

# HISTORIA
# DEL MOVIMIENTO REPUBLICANO
# EN EUROPA.




EMILIO CASTELAR.

# HISTORIA

DEL

# MOVIMIENTO REPUBLICANO

## EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO PRIMERO.

ADMINISTRACION:

OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,

plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1873.

LOS DOS MUNDOS.

IMPRENTA Á CARGO DE PEDRO NOLASCO SOLER, CALLE DEL DOCTOR FOURQUET (ÁNTES DE LA YEDRA), NÚM. 9.

# HISTORIA

DEL

# MOVIMIENTO REPUBLICANO EN EUROPA.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### EL CONTINENTE DE LA REPÚBLICA.

El mundo se rige por ideas. Y como el mundo se rige por ideas, así que las conciencias se trasforman, tambien se trasforman las sociedades humanas. Si quereis cambiar un mundo, cambiad ántes las ideas. Y las ideas á su vez cambiarán el espíritu humano.

Ninguno de los grandes monumentos históricos que se han desplomado y que han cubierto de ruinas el suelo de esta vieja Europa, se desplomáran, ni la teocracia, ni el feudalismo, ni la monarquía antigua, si no les hubiera faltado el aliento de las ideas y la base de las creencias.

Cuando los pueblos creen firmemente en una institucion, esta institucion subsiste. La personificará un Cárlos II, enteco, enfermo, sin fuerzas para sostener el cetro y la espada de sus abuelos en las flacas manos, sin vida para engendrar otra vida, con el siniestro verdor de los cadáveres en el rostro, el cabello muerto en la vacía cabeza, y apagados los ojos; sombra de sombras, que se pasea entre sepulcros y se estremece á los sortilegios y á los hechizos, pero que al aparecer ante el pueblo español en el siglo XVII, como este pueblo tiene vivo el sentimiento monárquico, le entusiasma, le arroba en trasportes infinitos, porque aquel imbécil rey es el pensamiento del pueblo, el espíritu de las generaciones pasadas y la sagrada imágen de la patria.

Decidle á un pueblo de esta suerte educado que proclame la República, y no os comprenderá. La monarquía ha creado la nacion como la palabra divina creara la tierra; la monarquía ha dictado las leyes que consagran las relaciones de la familia y aseguran la tranquilidad del hogar; la monarquía es la representacion de todas las tradiciones, el resplandor de todas las victorias: el nombre del

rey se confunde con el nombre de Dios en la oracion; la imágen del rey con la imágen de la patria en la memoria; el guerrero lo invoca en las batallas; el navegante lo saluda cuando la tierra, buscada en la soledad de los mares, aparece como nueva y reciente creacion; el poeta se inspira en su grandeza y la exalta en la epopeya y en el teatro; dibuja el pintor su rostro junto al rostro de los santos en los altares; y desde la escultura que trasforma las piedras hasta el sermon que esculpe las almas en las cimas del púlpito, que son como las cimas de la conciencia, todas las manifestaciones de la vida pública y privada, repiten el nombre del rey tan constantemente, que la corona es en medio de los pueblos, como el sol en medio de los astros, la clave de toda la sociedad.

Pero esta fuerza de la monarquía se hallaba en su prestigio, y este prestigio en la fe con que la creian, y en la exaltacion con que la amaban los pueblos. Desde el punto en que un hecho trascendental á otros muchos hechos sucede, y el sentimiento y la conciencia se trasforman, la sociedad se trasforma tambien. Las instituciones no creidas, no amadas, se descoloran, se desmayan, caen, mueren como las hojas sin savia. El sacerdocio hubiera conseguido convertir á Europa en asiática teocracia si las profecías burladas del año mil y el retroceso de los ejércitos católicos en Tierra Santa, por el malogro de las cruzadas, no le quitan á los ojos del pueblo su antiguo sobrenatural prestigio. Creyente el mundo, tenderáse el emperador Enrique IV como un perro á las plantas de Gregorio VII; y descreido el mundo, imprimirá audazmente Colonna, un condotiero, su guantelete de hierro en las mejillas de Bonifacio VIII. El feudalismo hubiérase perpetuado, si la Universidad no se funda, y la Universidad no educa á los legistas, y los legistas al estado llano, y el estado llano al municipio, sobre cuyas tierras se rompe la cadena del siervo, hasta que viene la pólvora, la antorcha de Prometeo convertida en fulminante rayo, á dar en el suelo con las ideas sociales que representaban aquellos castillos hundidos ántes en todas las conciencias.

Cuando cambia la fe social, cambia el estado social tambien.—¿Ha cambiado la fe social de la Europa monárquica?—Sí. Pues cambiará el estado social tambien. Y para saber si ha cambiado la fe, no hay más que preguntar si ha cambiado la educacion que la engendra y la mantiene. Pues ha cambiado por completo. Así como la América, colonial ayer, es hoy independiente y republicana, la Europa, monárquica hoy, monárquica en su vida exterior, monárquica en sus formas y en sus apariencias, es en su espíritu, en su educacion, esencialmente republicana. Si á esta educacion universal no corresponde todavía la universalidad de los hechos, es por lo impuro de la realidad y por lo largo de las estaciones sociales.

¡Cuántos obstáculos encuentran las nuevas ideas!—¿Quién dudará de la lentitud con que camina su difusion por el mundo? No anda la luz del espíritu con la celeridad de la luz material. Si pudiéramos saber las lágrimas que han costado los principios que nos parecen hoy más sencillos y admitidos, la seguridad de nuestro hogar, la inviolabilidad de nuestra conciencia, nos asombraríamos al ver cómo toda redencion exige un calvario, y todo altar donde arde una nueva vida es ara de grandes sacrificios. Cuando poseemos ciertos derechos, ciertas garantías, gozamos de sus beneficios sin acordarnos de su orígen, sin averiguarlo, como no averiguamos de dónde se ha evaporado la nube que refrigera nuestro campo, ni dónde se ha producido el oxígeno del aire que enciende y colora nuestra sangre. Pero lo cierto es que ha costado muchos esfuerzos, y á veces muchas penas á los grandes iniciadores del progreso la educacion de la humanidad. Y siempre, ¡qué lentamente camina esta educacion!

América es el continente más aparejado á

recibir las nuevas ideas. Y sin embargo se engañaria tristemente quien creyera que la República apareció de pronto en esa tierra bendita de la libertad y de la democracia. Tras de Franklin, tras de Washington, hay grandes movimientos sociales, como tras de nuestros terrenos hay otros terrenos más primitivos y más sólidos, indispensables á la fuerte constitucion del planeta. Fué necesario para el movimiento republicano de América, que la conciencia humana reivindicara su libertad interior por medio de la reforma en Europa. Fué necesario que tras aquella reivindicacion de la conciencia viniese una moral más austera que la moral luterana, la moral de Calvino; y una Iglesia más democrática que la Iglesia germánica, la Iglesia de Ginebra. Puede, pues, con razon asegurarse, que desde mediados del siglo XVI á fines del siglo XVIII, la iniciacion republicana de América no se detiene un momento, y comienza ántes de que los peregrinos hayan abordado en las playas del Nuevo Continente, comienza entre las luchas y los dolores del Viejo Mundo.

En Inglaterra, divídese la Reforma en dos religiones, aristocrática la una, democrática la otra. A esta segunda pertenece Hooper, que vive en la predicacion y muere sonriente sobre su lecho de encendidos carbones, como un niño que se durmiera en blanda cuna de rosas. En torno de estos suplicios, por la virtud fecunda del martirio, álzanse los puritanos, temibles á los reyes porque no quieren los puritanos aristocracias en la Iglesia, y sin aristocracias en la Iglesia no puede haber aristocracias en la sociedad, y sin aristocracias en la sociedad no puede haber monarquías en el Estado. Más dañosos que los mismos católicos, llama la gran protestante Isabel de Inglaterra á los cristianos que buscan la verdad con sencillez en la palabra de Dios. La libertad de la predicacion es la libertad del pensamiento; la libertad del pensamiento es el Verbo Divino comunicado á todas las almas; y en esta revelacion universal de todo lo divino, en este dia clarísimo de las conciencias, se desvanecerán las sombras de los antiguos seculares poderes. Por eso Jacobo I, al concluir las conferencias de Hampton Court, viendo que no ha podido persuadir á los puritanos con su retórica pedantesca, exclama alzándose de hombros: Los ahorcaremos.

Y allá en áspero matorral, á la desembocadura del Humber, varias familias dejan el suelo de su patria, las amadas playas, el trato de sus conciudadanos, todo cuanto sostiene y embellece la vida para conservar la pureza de sus almas, la idea de su Dios, la austeridad de su culto, en el refugio entónces ofrecido á la conciencia libre, en el refugio de la republicana Holanda. Los caballeros que los persiguen audaces entre las nieblas, y que llegan á recoger cautivas sus mujeres y sus hijas, cuando espolean los alazanes hasta dentro del mar para detenerlos, no saben que llevan aquellos pobres fugitivos en las tablas y en las lonas de su débil esquife, el espíritu inmortal de un nuevo mundo, de una nueva humanidad, el Evangelio de la redencion social, complemento y corona de la redencion religiosa.

Luégo pártense de Leyden, de Amsterdam, despedidos por melodías divinas, por cánticos semejantes á los entonados en la salida de Egipto; pártense al traves de la inmensidad del Océano, en verdad no tan grande ni tan profundo como sus almas, todas llenas de Dios; pártense desafiando los huracanes y las tormentas, á ejercer la industria de los primeros apóstoles, la pesca; á levantar un nuevo templo en el seno de una nueva naturaleza, cada uno para todos y todos para cada uno, hermanos en creencias como en virtudes; y ántes de desembarcar en la rada de Cod, ántes de arribar más tarde á las playas de la nueva Plymouth, ya han escrito el compromiso democrático que ha de ser como la primera carta fundamental de la República en América.

Desde mediados del siglo XVI al año vigésimo del siglo XVII, y desde el año vigésimo del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII, la iniciacion de América en la austera disciplina republicana, ni un punto se ha detenido, ántes ha marchado en progresiva série. Y sin embargo, más de un siglo, mucho más de un siglo mediará entre cada uno de estos grandes movimientos, entre la ardiente palabra de Calvino y la santa peregrinacion de los puritanos; entre el arribo de los puritanos á América y la proclamacion de la República en América. Y aún despues de proclamada en el Norte, correrán años ántes de que la idea pase del Atlántico al Pacífico, del Potomach, al Amazonas; ántes que atraviese el istmo de Panamá y escale la cima de los Andes y se difunda por sus dos vertientes, é ilumine ambos hemisferios, creando ese gran número de democracias, que á pesar de sus convulsiones, hacen de América el continente de la República, en oposicion á Europa, que es aún el continente de la monarquía.

—Y nuestra América ha ganado la República sin esfuerzos y sacrificios.—La Europa monárquica se conjuró de antiguo contra la América republicana. Desconcertaba todos sus planes, destruia toda su política un continente inmenso, antigua colonia convertida de pronto, por súbita inspiracion política, en metrópoli de la libertad humana. Desde el dia en que América mostró la inutilidad de los reyes, de las aristocracias, de las castas sacerdotales para dirigir el mundo, todos los antiguos elementos políticos del Viejo Continente tramaron confabulaciones de calumnias contra el advenimiento de aquellas democracias, contra el organismo de aquellas Repúblicas.

Queríase que de pronto, y con la magia de un nombre evocado entre los sacudimientos de la revolucion, América se asentase en cimientos de una solidez incontrastable. El milagro no existe ni en las leyes del mundo físico, ni en las leyes del mundo social. Una trasformacion súbita es tan difícil en la historia como en la Naturaleza. Los grandes resultados se alcanzan en la vida social como en la vida vulgar, por el trabajo y por el tiempo. No bastaba con adquirir la independencia para adquirir un gobierno ordenado, ni con proclamar la República para tener una educada democracia; no bastaba con esto. La inexperiencia de aquellos pueblos recien nacidos á la vida pública; las dificultades de las innovaciones recien planteadas en la sociedad, que es de suyo conservadora; la secular educacion colonial; las consecuencias naturales de una guerra en que habian de brotar todos los inconvenientes de la dictadura y del caudillaje; cuanto dependia de circunstancias ajenas, completamente ajenas á las instituciones, fué atribuido por nuestra ciega reaccion al influjo letal de la República.

Cuando un pueblo europeo queria moverse hácia la libertad, cuando instruido por las grandes adivinaciones que tienen los pueblos, derribaba los viejos ídolos, decíanle á una todos los publicistas de más autoridad y de mas crédito: ireis á dar en el Estado de las Repúblicas americanas. Este argumento era un argumento capital. A esta observacion todo callaba. Huir del estado de las Repúblicas americanas era una palabra de órden, una fórmula de reaccion que aprovechaba extraordinariamente á los poderosos del mundo. Hubo un momento en que esta supersticion contra la idea republicana tomó cuerpo, elevándose á ser como regla universal de vida y de conducta. La situacion de América parecia justificar esta política. La guerra civil en los Estados-Unidos, que sembraba de cadáveres aquella milagrosa tierra de la libertad y del trabajo; los combates contínuos de los mejicanos entre sí, con motivo de las reformas económicas que debian destruir el predominio del clero; las revoluciones y las dictaduras que continuaban perturbando la paz pública y las naturales funciones del gobierno, movieron á los reyes europeos, de-

seosos de restaurar su régimen de privilegio, de casta en el Nuevo Mundo, á llevar á Méjico aquella sombra de Imperio, bajo cuyo letal influjo debian sucumbir todas las Repúblicas americanas. Oíanse entonces los pronósticos más extraños. La gran democracia, fundada por los puritanos en los derechos naturales, en la soberanía popular, en la separacion de la Iglesia y del Estado, en todos los principios modernos, iba á desaparecer, y sobre sus ruinas iban á fundarse dos vastas monarquías. Por una contradiccion absurda con las leyes del progreso humano, las democracias iban á convertirse en aristocracias, las Repúblicas en monarquías, ¡las Repúblicas! como en aquel pueblo griego, como en aquel pueblo romano, muertos ambos bajo el yugo de los dos formidables imperios erigidos por César y por Alejandro.

América, destinada en las leyes históricas á ser la tierra de la libertad, desmintió completamente todos estos pronósticos. La guerra civil americana fué dominada por la energía de un pueblo á quien los hábitos de trabajo no habian quitado la necesaria pujanza para la guerra. El esclavo, abrumado bajo el peso de sus cadenas, muerto para el pensamiento, para la conciencia, en el informe terruño, bestia y no persona, llegó entre el fuego de un holocausto, que redimia y purificaba al derecho de hombre. El vasto imperio con que un príncipe descendiente de los conquistadores, queria resucitar la monarquía y la conquista, desapareció en un cadalso. La democracia y la República salieron, como el oro del crisol, más purificadas y más brillantes de esta terrible prueba.

Delante de semejantes enseñanzas, el ánimo y la conciencia no pueden ménos que preguntar si la democracia satisface las constantes aspiraciones de la sociedad moderna, la aspiracion al órden como la aspiracion al derecho, la aspiracion á la estabilidad como la aspiracion al progreso. La sociedad es compleja, muy compleja. Principios que parecen contradictorios la dominan con una fuerza igual. No basta con asegurar la libertad, es necesario asegurar tambien la autoridad. No basta con asegurar el derecho de cada indivíduo, es necesario asegurar el órden y norma en que han de coexistir estos derechos. No basta con asegurar el progreso, el movimiento de todas las cosas hácia su perfeccion; es necesario asegurar tambien la estabilidad, la solidez de las conquistas alcanzadas, de los derechos reconocidos, de las instituciones mismas, á pesar de sus naturales imperfecciones. Reformar y conservar, progresar y reposar; unir la libertad á la autoridad, los elementos individuales á los elementos colectivos serán siempre las dobles corrientes de la vida social.

Nosotros los indivíduos tenemos exclusivas vocaciones. Y como tenemos exclusivas vocaciones, imaginamos que sólo necesita el mundo aquellos principios por nosotros mantenidos y divulgados. El reformador cree que la sociedad sólo debe moverse hácia adelante, progresar en vertiginosa carrera. El gobernante ó el privilegiado creen que la sociedad debe vivir en una inmovilidad completa. Pero la sociedad no obedece á las pretensiones individuales; no anda ni se detiene al arbitrio de los indivíduos; combina el progreso y la estabilidad como nuestra vida fisiológica combina el movimiento y el sueño.

Será, pues, una imperfecta forma de gobierno aquella que sólo se preste al movimiento, como será una imperfecta forma de gobierno aquella que sólo se preste al reposo. Y los enemigos de la República en Europa mostraban la República en América, siempre en movimiento, siempre en renovacion, jamás estable. Esta aprension se confirmaba con las guerras contínuas, con la anarquía diaria, con el recrudecimiento de odios entre los partidos, con la dictadura militar, con los conflictos entre los Estados, con las impacientes aspiraciones democráticas contrastadas por el fanatismo de una orgullosa teocracia.

Pero América ha pasado del período de iniciativa, del período revolucionario, al período de organizacion, al período de estabilidad. Este es el fenómeno que sucede á los ojos de todos, y que pocos, muy pocos reconocen y observan. Aquellas eran naves con vela y sin lastre, con vapor y sin ninguna áncora. Á la menor tempestad se agitaban fuertemente y corrian grave peligro de zozobrar y perderse. Pero una série de fenómenos verdaderamente dignos de estudio, nos aseguran que las democracias americanas alcanzan una estabilidad muy superior á la estabilidad de las monarquías europeas.

Probemos esta tésis y no excluyamos de ella en ninguna manera á los Estados-Unidos. Seria optimismo no reconocer los defectos y los inconvenientes de aquella democracia; pero tambien seria estolidez insigne no atribuirnos sus ventajas. Dos naciones monárquicas, Prusia y Francia, tuvieron dificultades políticas, dificultades diplomáticas.—¿Cómo se han superado estas dificultades?—Con una guerra de seis meses, con la caida y la ruina de ciudades populosas, con el sitio de París, con el incendio de Saint-Cloud, con el holocausto de medio millon de soldados que nos han traido, como emanaciones de sus cadáveres, no solamente las amenazas de nuevas guerras, sino tambien el ruinoso armamento universal. Los Estados-Unidos tuvieron dificultades con Inglaterra, fundadas en grandes agravios inferidos durante la última guerra.—¿Cómo se han resuelto estas dificultades?—Cómo; se han resuelto en tribunales, por procedimientos jurídicos, apelando al derecho en públicas y solemnes sentencias de árbitros. Aunque las democracias modernas, aunque el gobierno del pueblo por el pueblo, no pudiera presentar otro ejemplo, bastaríale éste para demostrar su gran superioridad sobre las monarquías europeas. Allí, en los Estados-Unidos, no hay partido pretoriano que contentar, prestigio dinástico que establecer, batallas ruidosas con que dorar á fuego la diadema de los Césares y la cadena de los pueblos.

Y aunque este ejemplo no bastara para probar cuánto más sólidas que las monarquías son las democracias, tendríamos otro ejemplo aún más poderoso y concluyente. Toda nacion que tiene la esclavitud, está por necesidad sujeta á estremecimientos producidos por la violencia y el desórden. Dios no quiere que los pueblos tengan ese cáncer sin tener al mismo tiempo el dolor siempre en los huesos, y la muerte siempre ante los ojos. Sociedad con esclavos es una sociedad con guerra permanente. Y las democracias, esas democracias tan calumniadas, han abolido en todas sus Repúblicas, en toda la esclavitud, mientras subsiste á la sombra del único trono que se alza como planta venenosa y letal en el continente de la democrática América.

Es verdad que el mundo sabia todo el carácter reformista, innovador, de las democracias modernas. Lo que el mundo negaba á una, era su solidez, su estabilidad, su aptitud para fundar un gobierno, y un gobierno ordenado. Como no basta en los tribunales que las sentencias sean justas, sino que se necesitan tambien los procedimientos legítimos, en el gran consejo de las naciones no basta hoy alcanzar las reformas; se pide, se exige que las reformas sean realizadas por las leyes. Así el pensamiento individual elabora las nuevas ideas, extiéndelas, divúlgalas en la prensa, en la tribuna, con su maravillosa electricidad la palabra humana; acéptalas, despues de haberlas pasado por las grandes contradicciones la opinion pública, la conciencia, hasta que la soberanía popular las convierte en leyes, y en leyes de una solidez incontrastable. Este es el bello ideal de los gobiernos democráticos, de los procedimientos democráticos, de la organizacion popular y republicana á que deben aspirar los sistemas políticos en los pueblos verdaderamente libres.

Para lograr esto en América, se necesitaba una condicion, en apariencia sencilla y en realidad dificultosa. Se necesitaba que los poderes supremos nacieran de las leyes, y no de las revoluciones. Se necesitaba que la presidencia, legalmente constituida, terminara tambien legalmente su mandato. Contra esto habia gravísimos obstáculos. Mientras los partidos conservadores tendian á dar á los poderes públicos aspecto de monarquía, los partidos radicales tendian á ganar el poder por la revolucion y á conservarlo por la dictadura. Los ejércitos imaginaban que todo jefe ungido por la victoria tenia derecho al gobierno. Los sacerdotes absolvian las mayores tiranías, y santificaban á los mayores tiranos, con tal que les sostuviesen sus privilegios. Y el clubista, el demagogo, no acertaba á oponer á todos estos desórdenes de las clases privilegiadas otro remedio que la revolucion violenta, y la apoteosis de tribunos incapaces para todo gobierno.

Si con detenimiento y profundidad de análisis se examinan la varias dictaduras que han perturbado el suelo americano despues de la independencia, se encontrará que las originan todas estas concausas. Rosas, Itúrbide, Santa Ana, por nombrar aquellos dictadores más conocidos, ó han representado una furiosa demagogia, armada del puñal y decidida á perpetuarse por el terror, ó han representado la fuerza bruta de la soldadesca y la superstición absolutista del clero.

Contra estos males no habia en realidad más que un remedio, la revolucion. Nosotros, que hemos conquistado todos nuestros derechos por las revoluciones, tenemos una verdadera educacion revolucionaria, y á boca llena hemos de llamarnos siempre revolucionarios. La historia de las antiguas repúblicas clásicas, siempre en guerra, y la historia de la moderna revolucion francesa, siempre en dictadura, componen la trama verdadera de nuestra educacion política. Tenemos, pues, la supersticion revolucionaria. Pero que nuestra educacion y nuestros intereses no lleguen á obcecarnos hasta el extremo punible de desconocer, cómo las revoluciones desarrollan los hábitos de violencia y oscurecen las nociones del derecho, y sustituyen muchas veces la justicia con la venganza, y educan los pueblos tambien para dictaduras sangrientas y anónimas como la dictadura de la Convencion.

Así es, que para acabar en América con la dictadura y la revolucion, no habia más que un remedio; dar orígen legal á los poderes supremos, y obligarlos, por su carácter amovible, á una terminacion pacífica y legal. En el convencimiento de que esto era necesario, indispensable á la salud de América, ha entrado allí, no sólo el pensamiento de los hombres superiores, sino tambien el sentido general de las muchedumbres, el sentido del pueblo. Esta maravillosa trasformacion, que nuestros hombres de Estado desconocen ú olvidan, prueba cuánta virtud para la grande obra de la educacion humana tienen las democracias aun imperfectamente establecidas y organizadas. El antiguo pueblo colonial, educado como nosotros en largo absolutismo, salido apenas de la servidumbre, lanzado de la tremenda guerra por la independencia á las terribles guerras civiles, de los estremecimientos epilépticos de la anarquía al reposo letal de la dictadura, mezclado con razas que parecen inaccesibles á nuestra cultura, circuido del desierto, á causa de la enorme despoblacion de sus extensas regiones, condenado á no ver allí donde se ha establecido federalmente por la inseguridad de las comunicaciones y por la inmensidad de las distancias, fuerte lazo entre sus Estados, con todas estas dificultades, con todos estos obstáculos, ha adquirido por sí mismo el sentido político necesario para fundar en la ley sus poderes, y armonizarlos con su espíritu y su derecho democrático, resultado que aquí en Europa no alcanzaremos sino despues de tremendas y sangrientas revoluciones.

Un ligero exámen de los hechos bastará á persuadirnos de esta gran verdad. En Chile, el poder tiene perfecta estabilidad, y la estabilidad del poder da al crédito público una gran pujanza. Bien es verdad que el ejemplo de Chile no persuade á nuestros conservadores, porque dicen que la naturaleza de las instituciones de Chile está muy lejos de nuestro radicalismo y de nuestra democracia. Pero aun concediendo esto, aun concediendo que Chile no sea una República tan democrática, como nosotros la queremos y deseamos, ¿dejará de ser en plazo más ó ménos largo el poder amovible? Y en esta amovilidad del poder, ¿dejará de tener consistencia mayor que nuestras fuertes y sólidas monarquías? Pero si el ejemplo de Chile no sirve á los conservadores europeos, sirve el ejemplo de la Confederacion Argentina, que ha sabido apropiar á su estado y á sus necesidades un código semejante al código fundamental de Suiza. Y allí, en medio de la movilidad contínua de estas instituciones federales, el poder ha fijado su rueda, y dos presidentes han llenado con sus nombres un lustro. El general Mitre concluyó pacíficamente su presidencia, depuso el poder cuando se lo exigió la ley. El doctor Sarmiento le ha sucedido en el mando, y le ha sucedido por el voto solemne regular del pueblo. Y llena el doctor Sarmiento su cometido, aguardando á que le reemplace pacíficamente en el plazo designado por las leyes el sucesor elegido por los pueblos. Así llega el período de la renovacion del presidente, sin que los pueblos se alarmen, ni las facciones remitan á las armas competencias que deben resolverse y terminarse por las leyes.

La grandeza de Juarez, que acrecentarán los tiempos, que confirmará la historia, es debida principalmente á su culto religioso por la legalidad. Recogió el poder desde las alturas del Tribunal Supremo, y lo sostuvo como una magistratura, contra todo y contra todos. Las facciones le desafiaron, y venció con la resistencia de la ley á las facciones. El clero sublevó en su contra todas las supersticiones, y la fria impasibilidad del presidente fué pararayos bastante á las excomuniones. El ejército no quiso reconocer en la sencilla toga la virtud del poder y del órden, sólo concedida hasta entonces al sable, y superó las repugnancias del ejército. Los gobiernos europeos se coligaron en su contra, y desarmó la coalicion. Un imperio militar y autocrático brotó donde antes se alzara la República, y destronó este imperio. Todo su rigor estaba en su conciencia, y su conciencia resplandecia con la idea pura del derecho y con la majestad sublime de las leyes. Él ha restaurado la patria y la República, alevemente quebrantada por manos extranjeras. Pero su mérito mayor ha consistido en conservar el gobierno legal contra todas las facciones y todos los facciosos. Así, el dia en que Juarez ha muerto, el presidente del Tribunal Supremo ha tomado la presidencia de la República, y la nacion ha podido mostrar que el órden allí no está á merced ni de los cuarteles ni los clubs, sino á merced, como en el universo, de las leyes.

Pero el ejemplo más digno sin duda alguna de estudio es el ejemplo último del Perú. Los hechos son conocidos, pero deben ser por todos los demócratas profundizados. El coronel Balta, si no habia querido perpetuarse en el mando contra las leyes, sobre las leyes obró como si lo pretendiera. En el seno de una República, donde el pueblo se gobierna á sí mismo, usó y abusó de la influencia electoral para asegurar la eleccion de sus propias hechuras. La idea siniestra del golpe de Estado debió pasar como una sombra mil veces por su frente. No se explica de otra suerte la conducta seguida con diarios como *El Nacional de Lima*, tan ilustrados, tan leidos, tan dignos de universal estima, no sólo por su sensatez en la conducta política, sino tambien por el brillo y la elevacion de sus ideas liberales. Sus redactores presos, su publicacion suspensa, su imprenta confiscada, de-

cian el respeto que le inspiraban las libertades públicas y la tremenda conjuracion que urdia contra el voto de los pueblos. Restaurado el periódico en su derecho por los tribunales, burlóse descaradamente de sus sentencias y encarceló á sus redactores. *El Comercio* sufrió suerte igual á la suerte de su colega. Así preparaba las vías en silencio, ó bien á un golpe de Estado, ó bien á una eleccion fraudulenta. La única compensacion que tenia esta política insensata era el fomento de los intereses materiales; pero es antigua costumbre en los Césares ó en los aspirantes á Césares el pretender que los pueblos encuentren compensacion á la ausencia de la libertad en el bienestar material, como si oprimieran y pesaran ménos las cadenas por ser cadenas de oro.

La muerte se ha llevado el secreto de Balta.—¿Queria ó no á última hora respetar la voluntad nacional?—¿Le destituyeron, le suplantaron sus asesinos, porque se negaba á recoger la dictadura, ó porque aspiraban á tener la dictadura para sí?—Nada sabemos. En triste cárcel, oscuramente, le mataron los mismos cómplices á quienes habia industriado en los manejos de la conspiracion y en el desacato á las leyes. Una dictadura militar, victoriosa, en negra conjuracion, poseedora del Estado, sostenida por numeroso ejército, soberbia y orgullosa con su fortuna, se apercibia á suspender todo gobierno legítimo y á erigir en supremo legislador el sable despues de haber esgrimido el puñal. Parecia que todo la alentaba: el estupor de las gentes sorprendidas, la concurrencia del ejército obediente, la audacia del crímen afortunado, y hasta la complicidad de ciertos revolucionarios, los cuales han adoptado la funesta máxima de que para el fin de emancipar á los pueblos son buenos todos los medios, y son útiles todos los instrumentos.

La legalidad no tenia más que un refugio, la dignidad del Congreso nacional y el valor del pueblo peruano. Pero la historia de los golpes de Estado se encuentra ahí para demostrar que los Congresos caen fácilmente á los piés de un dictador afortunado, y que los pueblos comprenden difícilmente la virtud y la fuerza de la legalidad. Cuán fácil fué á O'Donnell acabar con nuestras Córtes Constituyentes y á Napoleon disolver la Asamblea francesa. Como el pueblo vió con verdadera indiferencia caer entre el humo de los cañones asfixiada aquella abstraccion que llamaban la legalidad. Se necesita un pueblo educado en las prácticas de la democracia para que comprenda la injusticia que hay en toda dictadura y el interés que le reporta el romperla y aniquilarla. Sólo una larga práctica en la libertad, una clara nocion del derecho humano, un sentimiento íntimo de la propia seguridad, pueden dar á los pueblos esta opcion difícil entre la verdadera y la falsa democracia. El pueblo de Lima y el pueblo del Callao, digámoslo en honor suyo, tuvieron todas estas ideas, todos estos sentimientos en mezcla felicísima. Sorprendidos, desarmados, corrieron por sus armas y las emplearon en defensa de sus derechos, de su majestad desconocida, de su soberanía usurpada. La dictadura pasó rápida, fugaz, como un delirio. El pueblo peruano volvió por sus leyes, volvió por su soberanía, volvió por su derecho. Las democracias necesitan más que ningun otro elemento social de las leyes, porque toda arbitrariedad las elegirá por víctimas. La democracia peruana ha estado á toda la altura de su destino en el mundo, salvándose á sí misma por un esfuerzo supremo y salvando consigo la integridad de la Constitucion. El nombramiento del doctor Pardo, despues del esfuerzo supremo del pueblo, significa que han concluido en América las revoluciones anárquicas, las dictaduras sangrientas, el régimen vulgar del sable, la invasion de los pretorianos en las Asambleas y de los generales en el poder. Un nombre ha vencido: una fuerza, una idea se ha sobrepuesto á un ejército; el abogado que representaba las leyes

al guerrero que sólo representaba su desobediencia y su audacia. El ánimo se consuela de las desgracias pasadas, y se fortalece con la esperanza de los bienes futuros, al ver como los poderes legales reemplazan á una en toda América á los poderes violentos. Los que hemos anunciado esta trasformacion, los que la hemos previsto, sentimos satisfaccion inmensa al verla realizada. La presentíamos en nuestro corazon y la esperábamos por los cálculos de nuestra política. El Nuevo Mundo ha venido á la vida para realizar en toda su pureza la democracia moderna. Los problemas que aquí se plantean y se resuelven con gran dificultad, allí encuentran luminosas y rápidas soluciones. La amovilidad del poder y su responsabilidad, la separacion entre la Iglesia y el Estado, la enseñanza láica, la federacion de los pueblos han hallado en el nuevo continente sólidas bases para erigirse con verdadero vigor y verdadera estabilidad. El Asia es la tierra de lo pasado; Europa es la tierra de lo presente; América es la tierra de lo porvenir. El nuevo continente está llamado á unir el indivíduo con la sociedad, la autoridad con la libertad, el órden más perfecto de la vida pública con el establecimiento más seguro de la democracia moderna, el progreso y el movimiento en las ideas, con la estabilidad y la solidez en el gobierno de los pueblos. Esa es la gran ventaja de haber venido á la vida sin nuestra larga historia, sin nuestras viejas instituciones, sin el feudalismo que nos condenó á la tutela de las aristocracias, sin la monarquía que erigió en nuestro suelo sobre la humillacion de todos, el privilegio de algunos, el incomprensible privilegio de esas castas asiáticas, sacerdotes hereditarios de la autoridad, que se llaman dinastías. Conserve y perfeccione América esta obra ¡ella! que no encuentra en el camino del progreso las espinas que nosotros nos clavamos tristemente á cada paso. Su gloria lo exige, y la honra del género humano. Para compensarla de sus largos trabajos y de sus contínuos sacrificios, les queda una satisfaccion inmensa, la de haber fundado y establecido en el mundo moderno los dos principios esenciales á la vida; la democracia; y el organismo de esta vida, la República.

# CAPITULO II.

## DE LA EDUCACION REPUBLICANA EN EUROPA.

A no dudarlo, si Europa es el continente de la monarquía, su educacion la inicia en la República. Y esta educacion democrática no es obra liviana y quebradiza sino ciclópea, obra de todo un siglo, del siglo XVIII. Si cada una de estas divisiones del tiempo, llamadas siglos, se presentara ante la conciencia humana para oir un juicio final, como el anunciado por las religiones á los hombres, el siglo que escribió los derechos fundamentales humanos en uno y otro continente; el siglo que fundó la República en América y arrojó la revolucion sobre Europa; el siglo que extinguió las hogueras y destrozó los tormentos; el siglo, que trajo con el viaje de Franklin el espíritu democrático del Nuevo Mundo á nuestro viejo espíritu y llevó allá nuestro sentimiento caballeresco en la cruzada de Lafayette, cruzada que buscaba no el sepulcro vacío de un Dios, sino la causa de la libertad de los hombres; no la tierra estéril de lo pasado, sino la tierra fecundísima de lo porvenir; este gran siglo, hacedor de tantas maravillas, puede exclamar ante el tribunal de la historia: si no forjé el arte moderno como el siglo XV con el Renacimiento; si no forjé la conciencia moderna como el siglo XVI con la Reforma; si no forjé la razon moderna como el siglo XVII con la filosofía, hice más que todo esto; llevé los progresos de tres siglos al derecho; soy, pues, el siglo creador de la nueva sociedad; el siglo que ha encarnado en el espacio la suma total de las ideas, y ha traido á los hombres en una série de reformas realizadas ó preparadas la plenitud de la vida.

Imposible seria conocer los precedentes de la revolucion sin conocer el siglo que ha producido su idea generadora, su idea madre. Así como la atmósfera envuelve y vivifica nuestro organismo, la idea envuelve y vivifica nuestro espíritu. Y el siglo XVIII no es grande por las ideas que originariamente produjera, sino por la fuerza, por la virtud con que difundió estas ideas en las conciencias. Hay alguna analogía entre el movimiento religioso, que inició nuestra civilizacion, el movimiento cristiano en su siglo primero, y el movimiento filosófico que la remata y perfecciona en su

siglo último, en el siglo XVIII. La primitiva teología tiene pocas ideas originales. En su seno van á desaguar tres grandes rios de luminosos pensamientos; uno que fluye de Atenas, otro que fluye de Alejandría y otro que fluye de Jerusalen. Pero el cristianismo se reservará siempre la honra inmaculada de haber moralmente redimido al género humano, porque arrancó las ideas de la escuela y las arrojó á la plaza, porque las encarnó en sus apólogos y se las dió en comunion santísima á los pobres, á los humildes; porque reveló el sentido huminatario, el sentido social de sistemas abstractos, que vagaban por los espacios de la mente, y que, merced á la inspiracion cristiana, se convirtieron pronto en levadura de nueva vida social, y suscitaron los redentores, los apóstoles, los mártires destinados á trasformar el mundo.

La historia de los hechos es un eco de la historia de las ideas. El siglo XVIII elevó la conciencia sobre todas las preocupaciones, sobre todos los intereses de secta. Despues de haber elevado á esas grandes alturas la conciencia humana rectificó el sentido comun quitándole aquella idea del milagro, que le obligaba á tener el falso concepto de que la naturaleza y la historia se rigen por la arbitrariedad y no por la ley. Juntó seguidamente los hombres en solidaridad superior á la solidaridad cristiana; porque en todos ellos reconocia, fuese cualquiera su religion, su doctrina, su raza, su nacionalidad, el carácter fundamental humano. La justicia fué sustituida en la moral y en el derecho á la gracia arbitraria. La economía política, uniendo las dos ideas de lo útil y de lo justo, anunció que la guerra seria cambiada con el tiempo y por la cultura general en comercio, múltiple trabajo de recíproca ilustracion y de universales ganancias. Al sentimiento de la irremediable decadencia del género humano, sucedió el sentimiento del progreso. Ya no recordaron los hombres un paraíso perdido á sus espaldas y por sus culpas en lo pasado, sino que creyeron encerrado el paraíso en lo porvenir, brotando de los dobles y gigantescos esfuerzos del pensamiento y del trabajo. Conoció el hombre que así como necesita de todo el universo para su vida, necesita de toda la historia para su educacion progresiva. Cada indivíduo, que se elevaba á la contemplacion de la ciencia, sintió en su corazon y en su mente agolparse las ideas de toda la humanidad. Los ídolos cayeron sin esfuerzo, no con aquella tristeza con que el mundo antiguo se despedia del paganismo agonizante, sino entre los epígramas de una aguda sátira, que fortalecia él mismo, seguro de no perecer bajo los escombros de las antiguas creencias, seguro de renovarse en nuevas y más progresivas ideas. Las madres fueron llamadas por una voz elocuentísima á no desmentir ni olvidar la Naturaleza; fueron llamadas á la educacion y lactancia de sus pequeñuelos, robustecidos como cumple á los Hércules que debian limpiar la sociedad de mónstruos. La poesía levantó la Naturaleza, antes menospreciada, á ser tan divina como el espíritu. El cielo con sus astros, el mar con sus infinitos séres, el planeta con su rica vida, formaron como una gran sinfonía ó como una epopeya viviente. El hombre no se reconciliaba solamente con el hombre; reconciliábase tambien con la Naturaleza. Voltaire y Swif llevaban á esta obra humana la ironía inmortal que acabó con tantos ídolos; Rousseau, el antiguo ideal republicano y calvinista de Ginebra, dulcificado por una grande elocuencia; Montesquieu, el espíritu histórico y jurídico de la libertad inglesa; Franklin la electricidad revolucionaria, la agitacion democrática que sentia la jóven América en el momento de dar á luz su nueva organizacion social; Kant, Lessing, Heerder, la conciencia y la razon germánica; Pombal, Campomanes, Aranda, el sentido práctico de la inquieta raza ibera; Alfieri, la forma severísima, el clásico relieve, las inspiraciones trájicas de la eterna musa de la historia moderna de Italia; y con todas estas corrientes de ideas, sin

que sus mismos autores lo supiesen, formábase en el cerebro del género humano una nueva alma fortalecida como un nuevo derecho.

Merced á esta educacion prodigiosa, concluyó el absolutismo en la conciencia mucho antes de que concluyera el absolutismo en el espacio.

¡Y qué trasformacion del espíritu humano! Para ver á qué extremos conducia el absolutismo, no hay sino mirar el estado de Francia y España al estallar la revolucion; Francia y España, las dos naciones que rigieran á Europa en los siglos XVI y XVII. España fué, durante el primero de estos siglos, nacion de predominio europeo por Cárlos V y Felipe II; porque poseia un imperio como nunca lo tuvieron ni Ciro, ni Alejandro, ni César, ni Carlo Magno. Francia lo fué tambien durante el brillantísimo período de la juventud de Luis XIV.—¿Y á qué estado vinieron poco antes de sus respectivas revoluciones ambos pueblos?

Miremos primero Francia. La córte de Luis XV se revolcaba en la prostitucion, y sólo creia placer el vicio. Los nobles esprimian sobre sus tierras abandonadas el sudor del pueblo para obtener rentas que despilfarrar en París y en Versalles. Nueve millones de hectáreas yacian sin cultivo, y el desierto con sus desolaciones devoraba el territorio nacional. Las viviendas de los campesinos competian con las chozas de los salvajes. Rodeadas de inmundicias entraba la luz y el aire del cielo por una sola rendija como en las madrigueras de las alimañas selváticas. Vestian una borra incapaz de preservar del frio y del calor sus cuerpos; comian una pobre sopa de negro pan, aderezada con tocino. La administracion no podia ocurrir al remedio de estos males. Eran los cargos concejiles vendidos y vinculados en familias ricas, que los convertian necesariamente en manantial de lucro para sí, de miseria para los inferiores. Mientras tanto, clero, aristocracia, reyes, dábanse á todas las combinaciones del agio, por más fantásticas é increibles que fueran, como la empresa de Law. El trabajo no se consideraba derecho inherente á la vida, sino merced graciosamente dispensada por el rey. Los gremios caian desde el trono sobre toda espansion de la actividad individual. Vendíanse los títulos de maestros como los cargos del municipio. Las máquinas estaban bajo el peso de antigua reglamentacion, y los inventos bajo el veto de antiguos privilegios. Poco más de sesenta mil trabajadores tejian lana para los innumerables pobres, mientras catorce mil trenzaban blondas para los escasos nobles. Novecientos millones de francos producia la industria de toda la nacion, tanto como hoy produce la industria de una sola provincia. La servidumbre engendraba su prole inextinguible: la miseria y la ignorancia.

El malestar social no era en España tan grande ni tan por extremo intenso como en Francia. Pero en cambio habia el pensamiento del siglo atravesado mucho ménos por nuestra inteligencia. Feijóo, que combatió grandes preocupaciones, jamás podrá ser colocado á la altura de Voltaire, ni el movimiento regalista de nuestros jurisconsultos á la altura de la Enciclopedia. La iniciativa intelectual de los siglos XV y XVI habia pertenecido á España é Italia; la iniciativa intelectual de los siglos XVII y XVIII, pertenecia de derecho á Inglaterra, Alemania y Francia. El clero, aunque la amortizacion comenzaba á ser combatida, poseia riquezas inmensas, é inmenso poder. El Arzobispo de Toledo recibia más rentas que el rey de Portugal. Existian los señoríos jurisdiccionales, trabajaba el pobre sólo para el rico. Así la situacion económica era horrible, á pesar de nuestros tesoros de América. A ochocientos veinte millones de reales subia nuestro déficit, y á cuatro mil ciento ocho millones de reales nuestra deuda. Las clases que cobraban del Erario llevaban setecientos millones de atrasos. Y el despilfarro crecia, sin embargo, hasta el ex-

tremo de percibir los consejeros de Castilla cuarenta mil duros por año. Las Córtes habian pasado á ser una sombra, y los municipios el predio de familias privilegiadas. Era tanto el silencio, tanta la atonía, que, antojadiza reina, de sangre voluptuosa y ardiente, celebraba sus báquicas y chipreas fiestas sobre las espaldas del pueblo español dormido; y para ceñir una corona al amante elevado desde el vicioso lecho á las alturas del trono, entregaba aquella mujer prostituida á los conquistadores la independencia y la honra de nuestra ilustre patria.

Pues todos estos males se curaron pronto con el bálsamo de las ideas. Y de todos estos sepulcros salieron los luminosos ángeles de la redencion social. La filosofía del siglo XVIII habia educado en la libertad á las generaciones revolucionarias. No habia remedio, las generaciones revolucionarias, así educadas, habian de traer la República.

Este nuevo espíritu tendia á encarnarse en nuevas formas. No podia ser esta forma otra que la forma republicana, única compatible por su variedad, por su amplitud con el ideal humanitario y democrático de la nueva revolucion. Mas esta revolucion tenia que luchar en la realidad, con obstáculos casi insuperables, con obstáculos que se han quebrantado, pero no se han destruido todavía en Europa.

Una Iglesia gerárquica, imbuida de su derecho divino, cimentada en tradiciones seculares, representaba la autoridad, y la autoridad indiscutible. Esta Iglesia recoje al hombre en la cuna y lo bautiza con sus ideas; pone junto á la infancia los ángeles custodios; bendice el amor y la familia; aviva la fantasía con sus templos llenos de todos los milagros del arte; da á cada una de las necesidades más legítimas de la vida un protector en la gerarquía de sus santos, y á cada una de las facultades más fundamentales del espíritu un alimento en la série de sus dogmas; convierte á los ojos de la tierna madre que ha perdido un pequeñuelo el cadáver en sonrosado ángel; y cuando sólo quedan de la Naturaleza humana los restos, los despojos, como armadura quebrada y deshecha en las batallas de la vida, todavía recoje estos restos en sus sepulcros, y hasta más allá del sepulcro se comunica con las almas por su liturgia llena de relaciones con los muertos, y sus plegarias, que se pierden como las nubes de su místico incienso en la inmensidad de los cielos. Una institucion así, que abraza cuerpo y alma, vida y espíritu, presente, pasado, porvenir, cuna y sepulcro, poniendo el sello de su autoridad divina, indiscutible, sagrada en todos los actos de la vida, sellaba tambien las almas con marca indeleble de eterna servidumbre.

Las Universidades, que educaron durante la Edad Media al estado llano, y que contribuyeron poderosamente á prepararlo para la libertad municipal, sometidas á los reyes absolutos y á los pontífices, enseñaban una doctrina de argucias, de sofismas, doctrina en la cual desaparecia la realidad del espíritu y de la Naturaleza, el criterio de la razon y el criterio de la experiencia bajo tradiciones teológicas que habian pasado por su artificio á ser contradiccion absoluta con toda la ciencia.

Una aristocracia territorial posea títulos, señoríos, preeminencias que á un tiempo degradaban y empobrecian á los pueblos. La nocion del derecho, que es una nocion salvadora, oscurecíase tras toda la legislacion positiva, grande fárrago de disposiciones contrarias en que, predominando la idea de la antigua jurisprudencia romana, elevábase la voluntad del príncipe á ser una especie de voluntad divina, puesto que era fuente de derecho. La administracion pública aparecia como una administracion cortesana. El municipio se asemejaba á la curia en los dias últimos del romano Imperio por su degradacion y su esclavitud. El ejército se consideraba como una guardia del monarca, y la táctica del gran filósofo, que reinaba en Prusia, lo habia acabado de convertir en máquina más

sometida aun á la voluntad real. Europa era, pues, el gran feudo de la monarquía; los hombres eran vasallos. Trasmitíase el poder y la autoridad sobre esos hombres, como se trasmite la propiedad á las venideras generaciones, por herencia. Y estaban de tal suerte acostumbrados á este régimen los pueblos, que ni siquiera sentian latir en su voluntad los impulsos del libre arbitrio, y en su mente la idea del derecho natural que trae consigo cada hombre á la vida.

De esta suerte se comprende cuán difícil es fundar la República en el teocrático y feudal suelo de esta vieja Europa. Sólo América puede adivinar la inmensidad de obstáculos que por todas partes nos cierran el paso. Los americanos del Norte no tenian tradiciones en el espíritu de nuevo creado por las reformas; ni ruinas en el suelo, vírgen de las antiguas leyes; huian del despotismo religioso y político de Europa é iban á fundar en el Nuevo Mundo una sociedad opuesta á la antigua sociedad europea, basada sobre la monarquía y la Iglesia; hijos espirituales eran del pensamiento emancipado; sangre sajona discurria por sus venas; la persecucion no logró doblegarlos ni la conquista normanda someter su republicana secular fiereza; puritanos llamábanse en señal de su nativa integridad; que sacudiera más allá del Atlántico todas las cenizas de la Edad Media; y sin embargo, por hallarse en contacto con grandes instituciones, no tan democráticas como las forjadas en sus ideas; por hallarse en contacto con la aristocracia del Maryland, con la oligarquía caballeresca de la Carolina, y con las leyes británicas de Virginia; por haberse unido con territorios de espíritu católico y de educacion monárquica, han tristemente necesitado pasar por una de las guerras más gloriosas, pero más cruentas de la historia, por la última guerra contra la esclavitud: que sólo entre las llamas se derriten ¡ay! en el mundo las pesadas cadenas de los siervos.

Pero las ideas vertidas por el siglo XVIII debian dar de sí más tarde ó más pronto, organismos republicanos. Las formas de gobierno encarnan el espíritu de los pueblos, como las especies encarnan la vida del planeta. Hay analogías misteriosas entre el nacimiento de ciertos organismos materiales en la tierra y el nacimiento de los organismos políticos en la sociedad. Ni la materia ni el espíritu son inertes. En su actividad, en su trabajo, el espíritu produce ideas; en su movimiento, la materia produce calor, electricidad, magnetismo, vida. Las ideas, que parecen abstractas, divulgadas por infinitos conductores, modifican las conciencias, y con las conciencias el estado social; como los grados de calor, de humedad, como las corrientes eléctricas y magnéticas han modificado los diversos terrenos del globo en su lenta y progresiva formacion. Y en cuanto las conciencias se han modificado, y esta modificacion de las conciencias ha traido un nuevo estado social, brotan nuevos organismos sociales, como brotan nuevos organismos materiales del estado físico, químico, biológico de las diversas regiones planetarias. En la Naturaleza, las nuevas formas progresivas vivientes tienden á reemplazar las viejas formas que permanecerán fijas é inmóviles; y lo mismo sucede en la sociedad. Cada nueva especie en la Naturaleza se forma y se mantiene en razon de alguna ventaja que posee sobre las especies con que batalla hasta que resulta la extincion de los organismos inferiores. Y lo mismo sucede en la sociedad, pues aquella forma social, aquella institucion que predomine en las grandes batallas por la vida, predominará definitivamente en virtud de reales ventajas, y aniquilará todas las formas que se opongan á su existencia y desarrollo. En el capítulo X de su admirable libro sobre el *Orígen de las Especies*, dice Darvrin: las especies extinctas no reaparecen, y las formas de la vida brotan casi simultáneamente en el mundo entero. Y esta ley del universo, añado yo, es una ley de la historia. ¿Dónde ha reaparecido la casta una

vez destruida? ¿Dónde la sociedad antigua despues que el cristianismo trajo su espíritu humano y los bárbaros trajeron su espíritu individualista á la nueva sociedad? ¿Qué restauracion ha sido idéntica á la forma social que ha creido renovar? ¿Y qué restauracion reaccionaria no ha precipitado el triunfo de las nuevas ideas que se proponia extinguir? Y lo que decimos de la extincion de las antiguas formas sociales, decimos de la simultánea aparicion de las nuevas formas sociales por todas las zonas sujetas á una misma cultura. Los pueblos en la Edad Media no tenian las relaciones que hoy. Muchos de ellos apenas se conocian, ó se conocian por la guerra que sólo engendra ódios. Los pensadores vivian y morian á la sombra del claustro, y la falta de imprenta incomunicaba las inteligencias. Mas, á pesar de todas estas desventajas, la aparicion de los grandes fenómenos sociales eran simultáneos casi en su desgarrado seno. Durante el siglo x, el terror teocrático sobrecoge y paraliza á todos los pueblos europeos; durante el siglo xi, sobre la tierra humedecida de sangre y bajo el ala de la Iglesia, van dibujándose los borradores de las futuras nacionalidades. En el siglo xii á un tiempo brota el inquieto espíritu que lleva los pueblos á las cruzadas, y de las cruzadas brotan las comunidades civiles, y de las comunidades civiles las raíces de las democracias. En el siglo xiii empieza el quebrantamiento del feudalismo y de la teocracia simultáneamente; y llegan á verse asaltados en el siglo xiv simultáneamente tambien, el feudalismo por los reyes; la teocracia por los cismas y los concilios. Pues si esto ha sucedido en siglos más atrasados, ¿no sucederá en nuestro siglo, que las ideas republicanas, formuladas por todas las inteligencias superiores, se encarnen y se organicen y se difundan en las diversas latitudes adonde alcance este espíritu de nuestra civilizacion, que es y no puede ménos de ser, esencialmente democrático?

Los hechos capitales históricos determinan la vida de una época, y son como el gérmen de larga série de evoluciones sociales. Al caer Troya se forma el mundo griego; al caer Tiro bajo Alejandro, el espíritu griego penetra en el Oriente; al fundarse Alejandría, las tres corrientes del espíritu antiguo encuentran como un centro comun; al caer Jerusalen bajo Tito, el cristianismo se difunde; al caer Roma bajo Alarico, se desarrolla el individualismo germánico; al caer Constantinopla bajo los turcos, el Renacimiento comienza: Guttenberg crea el nuevo órgano de las ideas, Rafael y Vinci el nuevo arte, Lutero la nueva conciencia, Copérnico el nuevo cielo, Colon la nueva tierra. Pues bien, así que el santuario de la antigua monarquía, Versalles, cae asaltado por los pueblos, que invisibles ideas agitan y encrespan, y llevan hasta desacatar la autoridad real, hasta arrojarla desde el trono al cadalso, el movimiento republicano de Europa, movimiento con varias y encontradas determinaciones, con diversos y opuestos aspectos, con puntos de detencion y aun de retroceso, sigue y sigue, ya oculta, ya manifiestamente, unas veces en la ciencia, otras en la realidad, ya tumultuoso, ya ordenado, comenzando por convertir las monarquías absolutas en monarquías constitucionales, hasta que concluya por convertir las monarquías constitucionales en repúblicas democráticas. Nadie podrá impedirlo, nadie. Lo pide la razon; y lo impone la Providencia.

# CAPITULO III.

## DEL CARÁCTER REPUBLICANO DE FRANCIA.

Por su espíritu militar, por su administracion centralizada, por las históricas oposiciones á los grandes señores que mil veces quisieron desmembrarla, era Francia una nacion esencialmente monárquica, y podia llamársela fundadamente la nacion por excelencia de la monarquía. En el tiempo en que la monarquía de España declinaba, y se suspendia institucion tan poderosa en Inglaterra, llegaba á su apogeo en Francia bajo el nombre ilustre de Luis XIV. Y esta nacion, sin salir de la forma monárquica, desenvainaba su espada al siglo siguiente de Luis XIV, en compañía de la España absolutista, á favor de la democracia universal, á favor de la democracia americana. Y llamó á la democracia americana la democracia universal, porque todos los movimientos democráticos anteriores al movimiento de los Estados-Unidos tuvieron objeto nacional. Lo tuvo el movimiento de Suiza contra Austria; lo tuvo el movimiento de Holanda contra España; lo tuvo el movimiento de Inglaterra contra el vergonzoso protectorado de Francia; pero el movimiento de América no fué sólo contra Inglaterra, fué un movimiento más íntimo y más humano: proclamó los principios democráticos, los derechos fundamentales, como independientes de toda circunstancia histórica, como desligados de todo accidente geográfico, y declaró su universalidad. Y al empaparse Francia, la nacion más monárquica de Europa, en este sentido profundamente democrático, no sólo puso á servicio de la democracia sus inmensas fuerzas militares, su vasto y autoritario organismo, sino que, nacion medio germánica, medio latina, árbitra durante mucho tiempo de la larga lucha entre los pueblos católicos y los pueblos protestantes; centro geográfico de Europa; su verbo, porque, ya á la sazon, habíase difundido la lengua francesa entre las clases ilustradas; tenia, como ningun otro pueblo, aptitudes providenciales para la difusion de las ideas republicanas por el mundo, abierto á los rayos luminosos de su espíritu.

Podrán echársele en cara á Francia, como algunos escritores germanos, vacilaciones entre el espíritu aleman y el espíritu latino; in-

credulidad religiosa al punto de pasar desde la mogigatería borbónica á la duda volteriana, desde la duda volteriana al deismo robespierista, y desde el deismo robespierista al concordato napoleónico; podrán echársele en cara cambios bruscos del absolutismo á la anarquía y de la anarquía al absolutismo; excesos de libertades reprimidos por excesos de dictaduras; tendencias á la igualdad, que se resuelven siempre en romano cesarismo y en oligarquías burocráticas; proclamacion de principios humanitarios y procedimientos de terror, de guerra, de matanza; podrán echársele en cara estos y otros defectos, mucho más hoy que es de moda insultar á Francia humillada y vencida: pero el género humano será de negra ingratitud miserable reo, si olvida que todas las ideas modernas se democratizaron y se difundieron por el tribunado, por el apostolado de Francia, por su genio propagador y cosmopolita; que ella democratizó y difundió el protestantismo con el genio de Calvino; que ella democratizó y difundió la filosofía con la pluma de Voltaire; que ella democratizó y difundió la revolucion moderna con la palabra de Mirabeau y de Danton; que ella, esa Francia tan calumniada, tiene aun el privilegio de agolpar en momentos supremos y críticos á su cerebro la idea, y á su corazon la sangre de toda la humanidad.

Cuántas veces la reaccion, sin embargo, monárquica se ha levantado en su seno. Cuántas veces la reaccion monárquica ha querido enlazarse, unirse con sus ideas generosas, caber, digámoslo así, dentro de su gran corazon. La monarquía antigua, despues de haberse largo tiempo resistido á tanta humillacion, aceptó la obra de la Constituyente como un pacto entre el trono histórico y el pueblo emancipado. Pero Francia rompió este pacto. La monarquía militar, levantada sobre las bayonetas de Marengo y de Arcole, quiso ser el cetro y la espada de la democracia. Pero la derrota rompió ese encanto, y Francia, aun bajo la planta de los aliados, recordó que sus sentimientos eran sentimientos republicanos. En vano la monarquía de los Borbones intentó seducirla con las apariencias de la antigua tradicion y de la antigua gloria; en vano las ideas y los intereses orleanistas que eran ideas é intereses de las clases medias, ciñéronse una corona y llamáronse la mejor de las Repúblicas; en vano el tercero y último Napoleon se dijo el representante de los principios revolucionarios, el jefe de la plebe, el magistrado del sufragio popular, el tutor del trabajo, el César del socialismo; en vano tanto esfuerzo: el genio francés, á pesar de sus largos eclipses, ha permanecido incontrastablemente fiel á la democracia republicana.

Y no podemos desconocerlo ni negarlo; tiene la idea republicana en Francia muchos matices y pertenecen sus partidarios á muchas sectas. Pero esta verdad, que á los ánimos apocados aflige, debe fortalecer á los ánimos conocedores de que solamente en la República puede estallar la rica variedad de la vida humana. ¿Echaríamos en cara á los espacios el que en su inmensidad quepan todos los mundos? ¿Tendremos por un defecto de la República el que en sus instituciones puedan todas las ideas desarrollarse? No hay idea alguna que no aspire á la mayor suma de libertad posible para difundirse en virtud de la propaganda y realizarse en poderosas organizaciones por medio de la asociacion. Y si no hay idea que no aspire á la mayor suma de libertad, no hay forma de gobierno que pueda resistir sin quebrarse el calor de la libertad, como la forma republicana. Por eso todo el movimiento de las ideas modernas se ha encauzado en Francia necesariamente dentro de la República, natural organismo de nuestro espíritu.

Mucho se ha criticado á los hombres denominados del cuatro de Setiembre, porque recibida la noticia de irreparables desastres, prisionero el emperador, reciente la rota de Sedan, el nuevo Waterlóo, proclamaron la República en medio de una revolucion, Pero

quien así discurre, desconoce, lo mismo el movimiento de las ideas que el movimiento de los hechos. Para nadie era un misterio que no podia perder Napoleon una sola batalla sin perder al mismo tiempo su corona. Para nadie era un misterio que no podia derrumbarse el trono de Napoleon sin ser inmediatamente sustituido por la República. Estaban de tal manera impresas en el sentimiento universal estas creencias, que á un dia fijo, á una hora por nadie señalada ni convenida, como si el viento que venia del Este, trajese disuelta la idea y se la comunicase á las ciudades de Francia, levantáronse todas, Marsella, Burdeos, Lyon, Nantes, á destituir el imperio y proclamar la República. Desde entonces, desde aquel momento, podrán los monárquicos de todos los matices intrigar en los palacios, conspirar en los conciliábulos para rehacer la monarquía; mas las clases verdaderamente productoras y mercantiles que gustan de la estabilidad social y del órden que la estabilidad social engendra, sostienen como un hecho, pero como un hecho ya definitivo é inmutable, la victoria de la República.

Es verdad que este hecho no fuera ni tan necesario ni tan universal si no lo produjese la idea que es la vida y el alma de los hechos. El pensar parece una operacion abstracta, propia del espíritu recluido en su impalpable y etérea esencia. Un pensamiento pasa á los ojos vulgares ó inadvertido ó fugaz, como esos aerolitos, que cruzan por el cielo de nuestras noches serenas. Y sin embargo, la idea es en la sociedad como la sávia en la vegetacion, como el oxígeno en el aire, como la luz en el universo, como el calor en la luz, como la vida que compenetra, y alimenta, y sostiene á todos los séres. La sucesion de las ideas no ha sido mera sucesion de abstracciones, de fantasmas, sin realidad y sin forma. La sucesion de las ideas ha sido como la trama de la vida humana en la historia. Sobre la corriente de los hechos ha fluido la corriente de las ideas, como sobre todos los fenómenos terrestres se extiende la atmósfera. Cuando estudiais la filosofía estudiais lo esencial á cada época. El hecho es un accidente. La idea nos da lo universal en la conciencia y en la vida. Las leyes, independientes de toda condicion y circunstancia, las leyes así de la Naturaleza como del espíritu, no pueden ser conocidas sino por la idea, ni formuladas sino por séries de ideas. En cada sér brilla esta alma que es su invisible resplandor. Las cosas mismas no llegan á nuestro entendimiento sino por medio de las ideas. ¿Qué seria de la vida, de sus relaciones con el universo, de sus relaciones con la historia, sino tuviéramos lo ideal? Así los movimientos sociales, antes que todo y sobre todo, se rigen por ideas, como el movimiento cosmológico se rige por fuerzas. Y nunca, nunca hubiera brotado la República en Francia con tanta expontaneidad si no hubiera sido preparada por una gran literatura.

«Permítame el lector reproducir aquí las observaciones que he escrito en otra parte sobre la moderna literatura francesa. La literatura contemporánea francesa ha sido la literatura de los conversos. Han abundado en este siglo las almas artísticas, esas almas canoras, destinadas, si no á producir, á propagar el pensamiento, á evangelizar las generaciones; almas que cantan porque sienten, y que sienten resonar así la voz del humano espíritu como la voz del universo material; y heridas, agitadas, convulsas, se exhalan por fuerza en cánticos, que suelen ser como el himno de lo porvenir, como el crepúsculo de las nuevas edades.»

«Entre estas almas artísticas descollaban tres: el alma de Lamartine, el alma de Víctor Hugo, el alma de Lamennais. Pues las tres grandes almas, que bastarian por sí solas á honrar todo un siglo, tuvieron su nido en los altares, en los panteones de lo antiguo, en la ojiva gótica, en el sepulcro del caballero cruzado, en la cúpula arrebolada de la catedral católica por donde las piadosas oraciones aun suben á lo infinito. Lamartine, el poeta de la

espiritual melodía, tan perfecto en las formas como un griego de Pericles; tan melancólico en el fondo, como un místico de la Edad Media, estaba llamado á cantar la elegía sobre la tumba de las sociedades antiguas entre el rumor que forman las ideas muertas en la conciencia, rumor tan poético y tan triste como el rumor de las hojas secas en el bosque. Víctor Hugo, el poeta de lo gigantesco, de lo ciclópeo, de lo sublime; el poeta, que lleva todavía en su frente la volcánica aureola de los antiguos Titanes; despues de sacar con su maza á las piedras de las ruinas dispersas ó enmohecidas por la humedad de las plantas funerarias, todas las chispas de poesía guardadas en sus moléculas, íbase ¡él! que ante todo y sobre todo es una energía, una voluntad, á cantar los loores de aquel César, que tuviera un momento en las garras de sus audaces victorias, el mundo como en peso, y tiñera en sangre los blasones de todos los reyes, y deslumbrara con su genio relampagueante los ojos de todos los pueblos.»

«Lamennais estaba con lo pasado más comprometido todavía que Lamartine y Víctor Hugo; porque Lamennais era sacerdote. Sus rodillas habian mellado las gradas de los altares; sus manos plegadas, cruzadas siempre, se habian cogido al velo del santuario como el niño lloroso y asustado al traje de su madre. Él no queria ver otra luz que la luz de las lámparas ardiendo bajo las bóvedas sagradas, ni oir otra armonía que el órgano y el cántico litúrgico, llenando de fé y de esperanza los corazones místicos. Breton, criado en aquellas regiones de costas agrias y de mares tempestuosos, el mugido de las selvas druídicas, mezclado al mugido de las olas hirvientes, le daban acentos rudos para cantar al implacable Dios del castigo y de la justicia, reclamado por el siglo de la glacial indiferencia en religion y en moral, por el siglo de la empedernida protervia. Todo lo cautivaba en el catolicismo: la autoridad absoluta, la sumision completa, la gerarquía aristocrática, el genio tradicional é histórico, la materia sometida al espíritu, los reyes á los profetas, el mundo al papa, que en magistratura moral y religiosa convirtió la antigua magistratura de los Césares, sobre la tierra sumisa y obediente. De suerte que los tres grandes artistas de Francia: Víctor Hugo, Lamartine, Lamennais, eran napoleónico el primero, legitimista el segundo, y el último ultramontano. Podia decirse que vegetacion tan exuberante, flora tan rica, aparecia como vegetacion, y flora de los sepulcros, sólo propia á dar frutos llenos de cenizas sobre los hosarios y para los muertos.»

«Mas el viento del siglo penetró en aquella selva petrificada llevándole su vida y su calor. A su vez, Lamartine fué á Oriente y tuvo, como los profetas, revelaciones misteriosas en el desierto. Las monótonas y uniformes soledades revelaron á su génio la unidad del espíritu humano como á Moisés y á Mahoma la unidad de Dios. Y desde el momento en que aprende el hombre la unidad del espíritu humano, aprende tambien la unidad fundamental del derecho. Así, cuando Lamartine ve dibujarse en los horizontes caldeados de Tierra Santa la Jerusalen, que él habia querido buscar con la fé de los antiguos cruzados, llevaba ya el mordizco de la duda en el corazon; y sólo vió en la ciudad, no el templo vivo de un Dios adorado, sino el jigantesco fósil, organismos de una vida legada en herencia á otras regiones, á otros mundos, á otros organismos, ya más progresivos y perfectos. Sus labios no besaron el sepulcro del Cristo muerto de la leyenda, mecido por los cantos litúrgicos de los sacerdocios gerárquicos, sino el sepulcro del Cristo resucitado por el espíritu moderno, vivo en las instituciones libres, que daba ideas sociales en comunion universal á las democracias emancipadas. Y á la luz de esta trasfiguracion de su genio, como si él mismo se resistiese á creerla, cogió la pluma para maldecir la revolucion francesa, que persiguiera y dispersara su familia, buscando en los crímenes de aquella época fraguas para

forjar de nuevo su antigua fé; y mientras la voluntad tiraba á escribir la elegia sobre los cadalsos de los sacerdotes y de los reyes, la conciencia le dictaba un cántico á los principios regeneradores, á los pueblos emancipados, á los filósofos que presentian el nuevo Verbo, á los oradores que lo hablaban, á los legionarios que morian como los griegos de las Termópilas, á los cánticos del pueblo en que renacia la virtud creadora de la antigua oda pindárica, á los mártires de la libertad humana; encubriéndose á sus ojos los crímenes de la revolucion universal entre los rosados vapores de las ideas como en la tragedia antigua se pierden, se desvanecen los horrores entre las estrofas del coro que eleva un cántico eterno de amor y de esperanza. Por estas trasformaciones el poeta legitimista contribuyó á derribar un trono y á fundar una República; pero, sobre todo, á poner como de relieve la democracia en la conciencia de un siglo.»

«Iguales trasformaciones sufrieron Víctor Hugo y Lamennais. Aquel que habia contribuido á exaltar la epopeya napoleónica, por sentimientos aprendidos en la educacion primero, y despues por su guerrera grandeza; sorprendido en la cima de la tribuna, y en la plenitud del genio, de la gloria por una revolucion, llena y henchida de ideas, consagróse á ser el defensor de la República, de la libertad, de la democracia en sus obras, y el incansable perseguidor de la restauracion imperial. Jamás la poesía flageló tan duramente el despotismo. Los tiranos de Babilonia y de Nínive, los reyes idólatras que elevaban sus efigies en los altares consagrados á los dioses, no fueron maldecidos por los antiguos profetas como el tirano de Francia por el genio más grande y más varonil que en el siglo presente ha producido Francia. Desde la ironía hasta la invectiva; desde la sátira hasta la epopeya; desde el epígrama punzante hasta la lírica oda, todo fué empleado con severa implacable justicia para perseguir al asesino de la República, atormentado por estas obras del genio como el griego parricida por las furiosas Eumenides. El dictador lanzó sus legiones pretorianas sobre la libertad y la democracia; pero Víctor Hugo lanzó su inspiracion sobre el dictador, y lo marcó severamente con el fuego de sus eternas ideas y el hierro de la sátira en el corazon y en el hígado, en el nombre y en la conciencia. Estos inmortales versos engendran prontamente una juventud dispuesta á jurar odio inextinguible á la tiranía. Durante todo el Imperio, los jóvenes se recitaban al oido, en las escuelas, sigilosa, pero entusiastamente, los versos del poeta, y se decian que las abejas del manto imperial, esos insectos del trabajo y de la miel incrustados allí para adornar y enaltecer al vulgar hombre de la guerra y de la sangre, despertaríanse al calor de la vergüenza, y clavarian sus aguijones en el cuerpo imperial hasta devorarlo y consumirlo en el trono, como devoran y consumen el cuerpo del zángano en la colmena. Tácito y Juvenal escribieron tambien contra la corrupcion de la tiranía; pero no lograron como Víctor Hugo ver en tierra á los tiranos, porque ni las generaciones eran tan libres como las generaciones presentes, ni las ideas entonces tan poderosas como son hoy nuestras ideas.»

«Parecia que el escritor ménos destinado á cambiar de todos los escritores era el sacerdote Lamennais. Sus ojos se habian fijado en el polo inmóvil de la idea de Dios. Allá, por la mística luz donde su alma se bañaba, podian verse los arquetipos eternos del universo; podia oirse la música de los mundos al girar sobre sus ejes en lo infinito, mezclada con el himno, con el hosanna de los ángeles; pero no podian verse ni los vapores ni los remolinos de polvo que se levantaban de los hechos diarios; no podian oirse los huracanes que rafagueaban ruidosamente en el hervor de nuestras pasiones. Del templo al bosque, del bosque al mar, del mar á la predicacion, del trabajo de escritor al cenáculo de los discípulos, del ce-

náculo de los discípulos á la muda contemplacion de la Naturaleza para recoger algo de su vida en el pensamiento y algo de su armonía en el estilo; era el sacerdote breton, como un padre de la Iglesia, entregado todo entero á pensar en las cosas eternas. ¡Él! que veia los altares y los sepulcros, los templos, y tras los templos la eternidad; los cuerpos, como armaduras quebradizas; las almas, como fuego que sube á los cielos; la oracion, como el único ejercicio digno del hombre; la inmortalidad, como el único puerto de dolor, á duras penas podia escuchar siquiera, y si alguna vez lo escuchaba, podia estimar en algo el rumor de nuestras cadenas y el clamoreo confuso de nuestros lamentos. Sin embargo, un dia creyó que no bastaba con adorar á Dios si no se elevaba á su pureza primitiva el santuario más digno de Dios, el espíritu del hombre, por la libertad y por el derecho. La Roma pontificia, que guardaba la idea de la autoridad arriba, de la obediencia abajo, del culto material y externo al Dios vinculado en los símbolos de una teocracia medio asiática, lanzó un anatema sobre el sacerdote breton semejante al que lanzara en otros siglos sobre Lutero. Desde aquel punto Lamennais fué el apóstol de la idea de su tiempo. Sin dejar de ser cristiano, apareció Cristo en su pensamiento, hijo del artesano, esclavo de Roma, víctima de la tiranía, mártir de la igualdad, el tribuno de los desheredados y de los oprimidos, enemigo de los reyes y de los poderosos, profeta del progreso, predicador sublime de la fraternidad universal, que no cabia en el estrecho recinto de una Iglesia privilegiada, histórica, sujeta á las circunstancias del tiempo, sierva de toda tiranía, Iglesia que levantaba el trono del Cesarismo degradante donde no habian osado los antiguos Césares, en el centro del infinito espíritu humano, corrompido y degradado en la abyeccion de una servidumbre que ahogaba hasta la conciencia.»

«Y estos tres hombres habian nacido para obrar por el arte en el sentimiento. Y cada cual tocó alguna de esas vibrantes cuerdas que hay en el arpa sonora del corazon humano. Y el sentimiento sonó como habia sonado en el siglo anterior al soplo de la elocuencia de Rousseau. Y esa aspiracion vaga, que crea los héroes y los martires, fué apoderándose de toda una generacion, que al cabo concluyó por enamorarse de la libertad, de la democracia y de la República.»

Es verdaderamente extraño este fenómeno repetido en tres de los escritores que más imperiosamente han dominado á Francia. Pero este fenómeno se explica de una manera bien natural y sencilla. Nacido cada uno de ellos en familias dadas á las antiguas ideas; educados supersticiosamente en el culto á creencias ajenas á su tiempo, en cuanto salieron de la estrecha atmósfera doméstica á la más lata esfera social, respiraron por todos sus poros el génio de Francia. Y el génio de Francia, á pesar de sus continuados eclipses, pertenece en todo á la moderna sociedad, al siglo décimo-nono, á la democracia, á la República. Abandonados á su inspiracion individual, fueron monárquicos, católicos, imperialistas, aristócratas. Intérpretes de la inspiracion universal, fueron liberales, demócratas, republicanos. Los tres en grados diversos eran poetas; y los poetas se parecen á la grande muda estátua del antiguo Egipto que hablaba cuando la herian los rayos del sol. No era posible que tres génios de esa colosal estatura, vivieran, el uno en los cuarteles del imperio, el otro en las sombras del cláustro, el otro en los salones de los castillos feudales. Habian de salir tarde ó temprano de su encierro al ether, y habian de encontrar en el ether la luz y el calor de la nueva vida. El génio francés habia de predominar sobre su génio individual. Y el génio francés podrá ser más ó ménos democrático, más ó ménos liberal; pero es esencialmente republicano. En el siglo que corre, desde la hora solemne y decisiva en que murió la antigua monarquía, no ha podido fuerza

alguna imponerle el principio hereditario.

Todos los delfines, todos los herederos, nacidos en las gradas del trono, han muerto en las sombras del destierro. Representaban, como las castas orientales, el principio de una autoridad hereditaria, de un privilegio hereditario; y su grandeza ha sido su desgracia. ¡Quién le hubiera dicho al Delfin, al hijo de María Antonietta, cuando se educaba en Versalles, saludado como un descendiente de los dioses, por los nobles, por los obispos y por los generales, que del palacio habia de pasar á la cárcel; que del trono donde le protegia el génio de Luis XIV habia de caer bajo la tutela de un zapatero; que de aquellas eminencias donde todos lo miraban y lo admiraban, habia de descender á una oscuridad tan profunda que todavía se ignoran las últimas horas de su existencia y el lugar y el momento de su muerte, como si el génio del siglo, y la Providencia de Dios hubieran querido enseñar á los reyes, á los eternos protagonistas de la Historia, que habian sido precipitados desde las alturas de su antiguo renombre y fama al osario comun donde los huesos y las cenizas se mezclan en el comun olvido!

Y desde el dia de esta catástrofe el génio de Francia ha diseminado y esparcido y proscripto por el mundo á todos los antiguos representantes del principio hereditario, del principio monárquico. No pudo trasmitir Napoleon á su hijo el génio de conquistador que tronaba en su cerebro. Nació rey, nació heredero de vasto imperio, nació llevando el nombre de la ciudad que ha fundado el imperio de la autoridad en el mundo moderno; y cuando parecia que tantas glorias y tantas grandezas debian preservar su cuna, y debian proteger su cabeza, naufragó el heredero del imperio, como todos los herederos de la monarquía, y fué á morir en la oscuridad del destierro. Y hoy mismo tres representantes del principio hereditario yacen lejos del trono; el representante de la monarquía de las clases medias, el conde de París; el representante de la restauracion borbónica, el conde de Chambord; el representante de la restauracion bonapartista, el príncipe Imperial; los tres inocentes de las faltas de sus respectivas razas y los tres condenados por el principio de solidaridad, que inhabilita igualmente para el poder á los hijos de los antiguos reyes.

A los ojos vulgares, sucesos de esta naturaleza pueden ser combinaciones fortuitas de la casualidad. Para el que pone más allá sus ojos, el suceso significa que la fé monárquica ha muerto en las conciencias, que el sentimiento monárquico ha muerto en los corazones, que el principio fundamental de la monarquía, la vinculacion del poder hereditario en una familia privilegiada, no puede, no, subsistir, no puede, no, prevalecer en Francia. Luego Francia en su génio, en su carácter, guarda impresa indeleblemente la idea de la República.

Yo bien conozco que las ideas no se encarnan tan fácilmente en la realidad como en la inteligencia se definen. Yo bien conozco que antes de tomar cuerpo, pasan por impurezas que á cada paso comprometen su existencia. Yo bien conozco que las tradiciones religiosas de un lado, los intereses conservadores de otro, la idea monárquica misma, dificultan el establecimiento de una verdadera República. Pero no espereis á que los séres humanos nazcan de un golpe en la perfeccion absoluta. Los séres sociales nacen, como todos los séres, imperfectos. Su robustez no puede venir sino de su crecimiento y desarrollo. Pero no lo dudeis; en cuanto el principio fundamental de una sociedad muere, se descompone, fórmase pronto, por una série de combinaciones y de afinidades tan prodigiosas como las combinaciones y las afinidades químicas, fórmase pronto el organismo de la nueva sociedad. Y sucede esto porque el mundo social no puede quedar, no, á merced del acaso. Si la monarquía cuatro veces restaurada en Francia, ha caido otras tantas veces; si la fuerza sobrenatural de esta

institucion se ha quebrantado y casi perdido; si los milagros que obraba se han disipado como ensueños; si los representantes de su principio fundamental, del principio hereditario, andan dispersos por el mundo; si la fé, que todo lo animaba, se ha disipado, es porque dentro de Francia, se halla formada ya, completamente formada la idea republicana, en la cual han de vaciarse indefectiblemente los hechos.

Así es que la monarquía ha tenido en Francia últimamente la fuerza, el ejército; ha tenido la legalidad, la Asamblea; ha tenido hasta el desencanto producido por los errores de los radicales, y la reaccion engendrada por las infamias de los comuneros; ha tenido la complicidad de la Europa monárquica, que teme la emancipacion de los pueblos y el advenimiento del derecho; pero con todas estas ventajas, con todas estas fuerzas, no ha podido no, resucitar, porque la habia destruido un corrosivo fortísimo, al cual nada resiste, el espíritu de Francia en perfecta conjuncion con el espíritu del siglo.

# CAPITULO IV.

## LAS ESCUELAS CIENTÍFICAS EN LA DEMOCRACIA FRANCESA.

Engañaríase quien creyera que el movimiento republicano tiene en Francia sólo carácter artístico. Las escuelas científicas influyen tambien y poderosamente en el desarrollo de nuestra idea. Entre todas ellas ha descollado la escuela positivista. La tendencia general de la escuela, es sustituir á la teología y aun á la metafísica, las ideas puramente humanas, indagadas por la razon, robustecidas por la experiencia, relacionadas con el universo, inmanentes en el espíritu, ajenas á toda tendencia trascendente, y contrarias á lo espiritual y supra-sensible. La série de las ideas fundamentales de esta escuela no entra hoy en nuestro tema; pero entra la série de las ideas políticas y sociales que han ejercido y ejercen decisivo influjo en el espíritu de nuestro tiempo.

Para los jefes de la escuela positivista, la base de la sociedad antigua era la casta, y la base de la casta era la herencia en las funciones sociales, sobre todo en las altísimas y preponderantes funciones del sacerdocio. Destruyó la casta para siempre el catolicismo, quitando el carácter hereditario al ministerio sacerdotal. Pero forzado, segun ellos, á establecerse en una sociedad semi-bárbara, vióse forzado tambien á fundar un régimen teológico para someter por la autoridad las conciencias y un régimen feudal para someter por la espada las fuerzas á una sociedad dotada de algun organismo.

Mas desde el siglo XIV la razon humana tendió á negar el régimen teológico y la voluntad humana á separarse del régimen feudal. Esta doble negacion dió en los pueblos latinos una dictadura monárquica y plebeya; en los pueblos germano-sajones una dictadura aristocrática y protestante. Mas entretanto que sucedia esto en las esferas políticas y sociales, la razon humana se desligaba por un trabajo negativo de las ideas teológicas. Y el gran siglo de este trabajo fué el siglo XVIII. La política absorbió las ideas como absorbe la planta el jugo de la tierra en que brota. Tres hechos capitales vinieron á demostrar la conclusion del

antiguo estado teológico. Primero: expulsion de los jesuitas, ejército de la autoridad y de la teología. Segundo: reformas de Turgot, encaminadas todas á fundar la sociedad en bases positivistas. Tercero: revolucion americana.

Todos estos hechos debian ser generadores del hecho principal en Europa, de la revolucion francesa. Esta revolucion nació entre ilusiones, creyendo armonizar sus nuevas ideas con la antigua monarquía. Pero el aniquilamiento de la monarquía era el fin primero de la revolucion, porque la monarquía, basada en la herencia de las funciones sociales, representaba el resto último de la antigua casta incompatible en el nuevo estado intelectual y moral del género humano. La Convencion fundó una nueva sociedad apartada de todas las ideas teológicas y contraria á todas las instituciones feudales. El odio de la Europa monárquica coligada en su contra, la forzó á una dictadura; la dictadura al terror dentro para sostener contra tantos franceses rebeldes y tantos extranjeros unidos la guerra universal.

Mas la dictadura fué extremada, y aun sometida á un espíritu reaccionario por el discípulo de Rousseau, por el maestro de Saint Just, por el heredero de la torba política de Luis XI, por el predecesor y Bautista de Napoleon, por el hombre á quien llaman los positivistas implacable y cruelísimo declamador, por Robespierre. La guerra engendró un grande ejército y el ejército grandes generales. Mientras el ejército combatió en la frontera por la patria fué un ejército patriota y republicano. En cuanto el ejército se alejó y se fué á extrañas y apartadas tierras, tomó el carácter pretoriano, y olvidándose de la patria, identificóse con el jefe que le diera la victoria. Este jefe lo convirtió en dócil instrumento de su propia elevacion. Así, ciego y reaccionario restauró Napoleon el régimen militar y teológico. Pero este régimen, contrario al estado intelectual del siglo, sólo podia sostenerse por la fuerza y sólo podia sacar la fuerza de la guerra. Reducido á esta fatalidad, sus ataques se despopularizaban cada dia más, en tanto que se popularizaba cada dia más, la resistencia. El poder de Napoleon pasó como un sueño, y su nombre será en la posteridad relegado junto á los nombres de los grandes reaccionarios, junto al nombre de Juliano el Apóstata y de Felipe II.

Pero dejó en pié una monarquía, y los Borbones creyeron que era su antigua monarquía, incontrastablemente asentada en las populares creencias; y trasmitida de generacion en generacion como el vínculo inmortal de semidivina familia. La revolucion de Julio vino á demostrar la imposibilidad de la herencia, y por consiguiente la imposibilidad ds la monarquía. En esta nueva situacion social habrá oposiciones que el juicio del público debia destruir, como la soberanía de la nacion mezclada al poder del monarca, y la libertad religiosa á la supremacía católica. El culto á la ley reemplazó el antiguo culto al monarca. Mas la ley, por confusa y contradictoria, exigió muchos comentaristas y diversos aplicadores, con lo cual vino el dominio de los abogados, que sostuvieron el predominio de las clases medias.

La monarquía confesábase débil cuando el parlamento alzaba en el oleaje contínuo de sus discusiones los hombres destinados á desempeñar el gobierno, y á recoger del gobierno así el ejercicio como la responsabilidad. De todos modos, el poder ha abandonado la antigua direccion intelectual de los pueblos, y ha perdido el carácter hereditario, es decir, el carácter monárquico. A consecuencia de esto, el régimen teocrático, el régimen militar y el régimen colonial, si no se han destruido por completo, se han quebrantado considerablemente. La industria ha obtenido el empleo de las fuerzas más útiles á la humanidad. La estética ha comprendido, inspirando á los grandes poetas del siglo, que las edades fetichistas, politeistas, teológicas, han pasado para que les sucedan las edades científicas.

Todas las ciencias se han trasformado. El sentido histórico se ha unido en todas ellas al sentido filosófico. Las matemáticas han tomado un carácter sintético. La astronomía ha descubierto nuevos planetas y ha ensanchado los espacios. La fisiología ha revelado los más recónditos secretos del humano organismo. Las ciencias naturales han sistematizado la série de los séres.

Todos estos progresos deben dar á la ciencia un poder político que hoy no tiene. Los sábios se burlan ó se oponen á este poder porque no lo comprenden, como no comprendian los sacerdotes el inmenso destino social que Gregorio VII les reservaba. Pero la ciencia, convertida al bien de la humanidad, tendrá el asentimiento voluntario de los hombres, como lo tuvo el dogma. Y volverán á levantarse el poder espiritual y el poder temporal de la Edad Media. Sólo que en vez de tener aquella oposicion que debia resultar entre ellos por el carácter teológico del uno y el carácter militar del otro, se fundarán y se sostendrán en la más estrecha armonía. El poder espiritual se consagrará á la educacion y el poder temporal á la accion. Y la religion de la humanidad habrá reemplazado á todas las supersticiones, y la república europea al despotismo y á la anarquía. Este sistema, en cuyo fondo se descubren algunas de las ideas sociales sansimonianas, en cuya aplicacion seria difícil evitar las aristocracias, á lo ménos, las gerarquías contrarias á la igualdad natural, ha dado orígen, no solamente en Francia sino en la misma Inglaterra, á muchas sectas, que aparte sus divergencias políticas, gloríanse todas de sustituir á la fé la razon y á la teología la ciencia.

Los fundamentos del sistema positivista son idénticos á los fundamentos del sistema sansimoniano. Este queria el pontificado industrial y aquel á su vez el pontificado científico. La tentativa de fundar y separar los dos poderes, el poder temporal y el poder espiritual, habíase malogrado en la Edad Media, por prematura primero, y despues por falta de ideas verdaderamente racionales y científicas. Así es, que durante los cinco últimos siglos de transicion lenta entre la Edad Media y mundo moderno, el ideal católico de la separacion entre la Iglesia y el Estado se fué acabando, y en su lugar brotó el ideal clásico de absorcion de todos los poderes, por un solo poder, por el poder civil y militar personificado en los monarcas. Pero el mundo moderno tiene intuicion confusa, es verdad, pero intuicion al cabo, de la necesaria, de la indispensable separacion entre las dos esferas del poder intelectual y del poder material.

Si en vez de presidir á la separacion de poderes en la Edad Media una teología autoritaria, presidiera una filosofía racionalista, el grande acto social se consumara entonces encontrándose hoy ya el organismo político formado y sus fuerzas perfectamente distribuidas. Pero desde entonces, la moral tuvo una órbita y otra el derecho; la mente una esfera, y otra la sociedad; y diferenciáronse las reglas universales de la vida y la conducta humana de sus aplicaciones á los diversos casos especiales. Pero la Edad Media, en vez de poner estas dos diversas esferas dentro, primero del hombre, dentro, despues de la sociedad, las puso en oposicion radical, fuera del hombre, en el cielo y en la tierra. Si la naturaleza no hubiera recobrado su dominio, si la razon su autoridad, si la vida civil su indisputable soberanía, el hombre moderno macerado en su gótica cuna, adscrito á su altar, con el pensamiento puesto en otro mundo oculto más allá de la muerte, convirtiera la sociedad en asperísima Tebaida, y concentrara todas sus fuerzas en cavarse un sepulcro sobre la faz de la tierra para caer, como aerolito de otros espacios, en los inmensos cielos del misticismo.

En cuanto el sentido natural se despertó y predominó sobre el antiguo sentido místico la obra de separacion, entre lo temporal y lo

espiritual, se encontró gravemente comprometida. Pero la filosofía positiva ha venido á comenzar de nuevo esta obra, solo que en vez de referirse al indivíduo, á su mejoramiento, á su salvacion individual, como se referia el Catolicismo, refiérese á la especie, á su mejoramiento en la universalidad de sus indivíduos y en la totalidad de su sér, refiérese á toda la humanidad. Porque la verdad es, que la antigüedad solamente constituyó un régimen político y social completo; desde que el Cristianismo trajo nuevos principios, desde la Edad Media, y en los mismos tiempos modernos, bien puede decirse que nos hallamos en período de transicion. El mundo antiguo presenta dos modos de ser: primero, el conservador y estacionario bajo la tutela teocrática; segundo, activo y progresista, bajo el impulso militar. El grande esfuerzo político intentado por la Edad Media, aunque prematura é imperfectamente, esfuerzo, cuyo éxito queda reservado á lo porvenir, consistió en reconciliar el poder teórico de la teocracia representado por los Papas con el poder práctico de la milicia, representado por los reyes y especialmente por los emperadores y por los Césares. En el mundo moderno se apreciarán mejor las exigencias varias y á veces contradictorias de la teoría y de la práctica, de la educacion y de la accion. En el mundo moderno se organizará como un poder la ciencia de la misma suerte que ha sido organizada como un poder la religion en la Edad Media. Esta tuvo gran menosprecio por la práctica, de igual manera que el mundo moderno tiene menosprecio por la teoría. Para la Edad Media solo existia el ideal celeste perdido en los arreboles del Empíreo; para el mundo moderno solo existe una realidad sin ideal y sin Norte. Se necesita crear el poder teórico y el poder práctico; establecerlos y erigirlos en bases análogas para que mútuamente se compenetren y compongan una verdadera armonía.

Este régimen debe ensayarse primero en los pueblos occidentales de Europa; extenderse luego por todas las razas blancas, y concluir reinando sobre la especie humana. Una asociacion espiritual, una iglesia científica, la más pura y la más modesta de todas las comunidades debiera dirigir y presentar constantemente un ideal de perfeccion á los ojos de la sociedad civil. Las diversas nacionalidades europeas, al dividirse y formarse, depositaron algo comun; su creencia, su fé, su espíritu en el seno de la iglesia. Las nacionalidades modernas tendrán este espíritu comun y esta solidaridad necesaria en la filosofía positiva. Y tendrá el órden una base más positiva que la fuerza material, hoy su único sosten, sí, la base de las comunes creencias.

Imposible desconocer que este régimen no podrá súbitamente concluir los grandes antagonismos entre patronos y trabajadores, entre campos y ciudades, entre propietarios y jornaleros, entre las concepciones políticas un poco utilitarias del pueblo, y las concepciones científicas puras de los filósofos. Pero la filosofía positiva no ofrecerá, no, combinaciones artificiales, como los antiguos sistemas metafísicos; ofrecerá al contrario la norma de principios universales á la razon comun, que encarnándose poco á poco, gradualmente en los hechos, llegará á fundar la sociedad más conforme y apropiada á nuestra naturaleza. Y en este mejor cimiento progresivo, entra por mucho la nueva ciencia, la estética, que da al hombre el sentimiento de su fuerza creadora, que ejecuta junto al mundo de la naturaleza el mundo del arte, donde las ideas brillan con la luz brillantísima de los soles en el espacio.

Pero el arte no debe ser un puro recreo, debe ser en una buena organizacion política, poder político y social, que ayude con la intensidad de sus virtudes á la educacion progresiva de la voluntad y de la conciencia. La nocion de la humanidad debe dar á la paleta, colores; á la música, tonos; á la arquitectura, líneas; á la escultura, tipos; á la poesía, idea-

les y horizontes que no han tenido las artes jamás, ni en los antiguos tiempos, ni en los tiempos modernos. El Edipo ciego, sujeto al yugo de la fatalidad, mendigando de puerta en puerta el pedazo de pan y el odre de agua á los pueblos griegos, apoyado en su hija, cuya hermosura y cuya inocencia no han logrado desarmar al implacable destino; el Prometeo encadenado á la roca, con la antorcha extinta á su lado y la idea de la perfeccion moral apagada en su frente, sobre la cual caen mezcladas con las lágrimas de las ninfas del Océano, las maldiciones de los dioses del Olimpo; todas estas víctimas del combate humano, del trabajo humano por la ciencia y por la existencia, serán sustituidas con la victoria del hombre, tanto sobre la naturaleza como sobre la sociedad, ciudadano verdadero de la creacion cosmológica, que recibe todas las revelaciones de la naturaleza y que siente refluir en su sér el sér de toda la humanidad. ¿Será más épica la victoria de Grecia sobre Troya que la victoria de la humanidad sobre la naturaleza? ¿Serán más dignas del cántico de la poesía las luchas del hombre con el hombre, que las luchas del hombre con la materia? Los prodigios de los juegos píticos, ¿no podrán ser sobrepujados por los prodigios de la sociabilidad moderna? ¿No se podrá sacar ninguna chispa de poesía del inmenso cable que une los continentes, combatido por la tempestad, atravesado por el rayo, uniendo el Nuevo y el Viejo Mundo en la comunion divina de la palabra lanzada por los espacios en las alas de fuego del relámpago? La ciencia, el arte, la industria, todo contribuirá conjuntamente á la formacion de la nueva sociedad, en la cual desaparecerá el representante de la antigua casta, el monarca; y aparecerá el nuevo organismo político y social, la República.

Tal es la doctrina que Augusto Comte ha sostenido y que Litré ha divulgado en Francia. Filósofo profundamente convencido de la virtud de su ciencia, con una vocacion verdaderamente extraordinaria, con fidelidad á esta vocacion pertinaz, é inquebrantable, atento al principio único de la Humanidad, desarrollándolo desde el seno del cosmos hasta el seno de las sociedades humanas; la vida de Augusto Comte fué una especie de vida abstracta, consagrada plenamente al culto de su ideal. En los primeros años de su vida y en los primeros borradores de su idea, influyó poderosamente su amistad con el socialista San Simon. Despues, su doctrina tomó un aspecto más universal y un sentido más científico que la doctrina de su maestro, completamente consagrada al problema social. Pero la causa principal de la separacion radicalísima entre San Simon y Comte, se originaba de que el primero intentaba renovar la sociedad renovando la teología y el cristianismo, mientras el segundo intentaba renovar la sociedad separándose de toda teología y admitiendo única y exclusivamente la ciencia.

Sin embargo, al fin de su vida habia dado ya un carácter casi teológico á su sistema. A fuerza de eliminar la idea de Dios, del mundo y de la conciencia, habia hecho de la Humanidad un Dios. Y á este Dios, le consagraba culto, le ofrecia sacerdotes y colegio de sacerdotes, le señalaba intervencion directa por medio de ritos más ó ménos impregnados de espíritu religioso en el nacimiento, en el matrimonio, en la muerte, en todas las primeras fases de la vida, en todos los más trascendentales actos del hombre. Esto ha traido una division profunda entre sus discípulos. Para los unos, á cuyo frente se encuentra Litré, del gran filósofo no cabe tomar nada más que la parte científica, aquella rigorosamente sistemática y derivada del principio fundamental; para los otros, á cuyo frente se encuentra Mr. Lafitte, es necesario no contentarse solamente con la idea científica de la Humanidad, sino elevar esta idea de la Humanidad á dogma religioso, y hermosear este dogma con todos los presti-

gios y todos los resplandores de un espléndido rito, bastante á contrastar el influjo estético ejercido sobre las muchedumbres por los dogmas del catolicismo y por sus ostentosas ceremonias. Pero estas diferencias, que muchas veces tomaron carácter de ruidosas polémicas, no destruian la creencia fundamental de las escuelas, es decir, la creencia en la unidad del derecho humano y en la forma propia de ese derecho, en la República.

# CAPITULO V.

## DEL CARÁCTER GENERAL DE LAS ESCUELAS SOCIALISTAS.

La influencia de la escuela positivista en las ideas de la nacion francesa, y la influencia de San Simon en la escuela positivista, nos llevan como de la mano, á tratar del socialismo y del influjo pernicioso que el socialismo ha ejercido en el desarrollo de la libertad y de la democracia.

Por socialismo se entiende, una série de escuelas más ó menos contradictorias que, ora dividiendo la sociedad en castas; ora juntando bajo un ideal religioso en comunidad de ideas y de intereses varias familias, como en las primitivas escuelas pitagóricas, en las sectas esenias, en las agapas cristianas; ora apareciendo como un espejismo de soñadas felicidades en esas utopias de Tomás Moro, de Campanela, de San Simon; aspiracion poética más que aspiracion política, deseo de mejoramiento más que fórmula de progreso, han venido en último término á tratar exclusivamente las relaciones del capital y del trabajo, no para fundarlas en las leyes del derecho, sino en las leyes artificiales del Estado, que, cuando se oponen á la naturaleza humana, cuya característica es la libertad, han de dar por resultado inevitable, fatal, lo arbitrario que engendra toda tiranía. Este es el sentido general de la palabra socialismo. Pues bien: como aspiracion vaga, no puede ser una fórmula precisa que encarne en la realidad social; como nombre comun de escuelas contradictorias no puede ser el dictado de un partido; como ciencia que sólo se atiene á una parte del inmenso problema, no puede ser bandera política; y como contradiccion radical de la libertad, como antítesis manifiesta del derecho, no puede ser, no, el ideal sublime de la democracia, sino el ideal de los que tienen la vista vuelta atrás, y lo esperan todo aun del poder del gobierno y del criterio del Estado.

Porque no hay decir, como han pretendido muchas escuelas, que su socialismo no es el socialismo por el Estado. Regeneradores de la humanidad, no os creemos. La palabra socialismo no significa más que desconfianza de los medios y de los procedimientos de la

libertad. Insistís todos los socialistas en que el socialismo no es por el Estado. ¡Ah! No es el socialismo por el Estado y maldecís la libre concurrencia; no es el socialismo por el Estado, y dejais al arbitrio del Estado la propiedad; no es el socialismo por el Estado, y decís que sólo caben dentro del derecho individual la conciencia y el sufragio; no es el socialismo por el Estado, y llamais hipocresía al propósito de encontrar la solucion del problema social en la libertad; no es el socialismo por el Estado, y al enumerar las libertades que deseais, confusos, balbucientes, os deteneis ante la libertad del trabajo, la libertad de tráfico, la libertad de crédito, sin enumerarlas, sin decir francamente si las quereis ó no, confesando así vuestra contradiccion manifiesta con las fórmulas capitales de la democracia moderna. Si no es el socialismo por el Estado, entonces no es nada, es una palabra sin sentido, es una aspiracion sin objeto, es una entelequia, es el sueño de una sombra. Si estamos engañados, decídnoslo; decidnos cómo vais á evitar la libre concurrencia; decidnos cómo vais á organizar el trabajo, sin atacar el derecho, sin desconocer la libertad, sin herir los dogmas fundamentales de la democracia. ¿Hay un problema social? Lo hay, ¿Es necesario resolverlo? Es necesario. ¿Cómo se resuelve? Nosotros creemos que la justicia no puede ser contraria á la justicia; que la libertad no puede ser enemiga de la libertad; y fiamos la solucion del problema social, al derecho humano, que abraza toda la vida; y por eso nos llamamos demócratas. A vosotros, más reaccionarios, ménos amantes del derecho, no os basta la libertad; quereis que, á riesgo de mutilar la personalidad humana, el problema social se resuelva por el Estado.

Escarmentados en el ejemplo de la democracia francesa que anduvo veintitres años errante y proscrita, por haber armado al imperio con la espada del socialismo, hemos aprendido mucho, y le decimos al pueblo: espera de la democracia la libertad de tu pensamiento; la seguridad de tu hogar; la inviolabilidad de tu persona; el trabajo libre, la asociacion libre, el crédito libre; espera de la democracia el sufragio universal, mediante el que entrarás en el derecho, te convertirás de paria en ciudadano; espera de la democracia todas las libertades, todos los derechos; pero la solucion del problema que te agita, pero el mejoramiento de tus condiciones materiales, pero tu redencion social, que es necesaria y que lo porvenir te reserva, todo esto, espéralo de la libertad. Ahora, si la libertad, la facultad más social, te parece estrecha y egoista; si crees, como Hobbes, que el hombre libre es enemigo del hombre libre, *homo homini lupus;* si no confias en esta virtud santificante que así ha renovado las fuerzas como las conciencias, entonces reniega del derecho, reniega de la libertad, y pide con los absolutistas y los doctrinarios la intervencion del Estado en toda nuestra vida.

Siempre que el socialismo ha aparecido, ha aparecido con sus pretenciones seculares, con la pretension, primero de violar la libertad; segundo, de ser una fórmula superior á la democracia. Pues bien: á una y otra pretension nos oponemos con toda nuestra energía, con todas nuestras fuerzas. La historia del mundo, ha dicho el más grande de los pensadores modernos, la historia del mundo es la historia de la libertad. A medida que el hombre ha ido creciendo, ha ido dominando la fatalidad natural y la fatalidad social. Merced á esto, la naturaleza se ha convertido de señora en esclava; y la sociedad se ha convertido, de cárcel, de ergástula, en hogar. El Estado ha perdido el derecho divino en que se parapetaba, y con el derecho divino ha perdido aquella superioridad científica, política é industrial que le atribuíamos. Por eso, contra su superioridad científica, pedimos la libertad de enseñanza; contra su superioridad política, la libertad de sufragio; contra su superioridad industrial, la libertad de trabajo; contra su superioridad social, el derecho de

asociacion. La sociedad ha salido de aquí más fuerte. El antiguo régimen, sin duda, en bien de la industria se oponia á la libre concurrencia; el antiguo régimen, en contra de la usura, decretaba la tasa; el antiguo régimen, por favorecer á los trabajadores, organizaba los gremios. Vino la revolucion: ¿y qué hizo? Oponer á los principios del antiguo régimen la libertad; declarar que el Estado es humano y no divino, y decir que no tiene legitimidad sino en cuanto asegura y garantiza los derechos de todos. Pues bien; los que venís ahora á armar de nuevo al Estado; los que venís á pedirle que evite la concurrencia; los que venís á pedirle que tase los salarios; los que venís á pedirle que decrete las horas de trabajo, sois reaccionarios, restaurais el antiguo régimen, ahogais entre vuestros brazos la revolucion. Así, del seno de todo socialismo, ha salido el poder fuerte y la libertad muerta. Esto sucede siempre en la historia. Catilina precede á César, Babeuf á Napoleon I, Proudhon á Napoleon III. El golpe de Estado fué para muchos socialistas el triunfo de la revolucion social.

Así llamais á la libertad egoista, á la libertad estéril; quereis, pues, que el Estado resuelva las crísis industriales. Para que el Estado resuelva las crísis industriales, necesita ser industrial él mismo. Para ser industrial, necesita dinero, mucho dinero. Para tener dinero, necesita impuesto crecido, muy crecido. Para tener impuesto muy crecido, ¿á quién necesita apurar? Al pobre. Despues de todo el impuesto pesa siempre más sobre el que ménos tiene. Matais la libertad de la industria, y al matar la libertad de la industria enriqueceis al poderoso, y empobreceis al pobre.

Decís que del seno de la libertad sale el monopolio armado. Haceis, pues, que, para limitar la libertad, intervenga el Estado; y regula los salarios, y los tase, y acelere ó detenga la produccion. ¿Y qué sucede? Que al poco tiempo, como toda violacion de la libertad, es un mal para los mismos privilegiados que sienten el daño de vuestra maléfica proteccion. En Francia, los cajistas pidieron al imperio que alzára sus salarios. El imperio, que fué eminentemente socialista, los alzó por cierto espacio de tiempo. Al pronto sus salarios eran los más crecidos. Pero despues todos los salarios crecieron; el de los cajistas se ha quedado á la zaga de todos, y los que se hartaron en un dia de privilegio, padecieron por largo tiempo hambre de justicia. Habeis herido la libertad del trabajo y causado la desgracia de los mismos á quienes pensais favorecer.

Así, de concesión en concesion, venís á matar la libertad. Decís que se debe evitar la concurrencia; abajo la libertad de tráfico; decís que se deben organizar por el Estado los bancos, abajo la libertad de crédito; decís que debe mediar el Estado en los conflictos entre el capitalista y el trabajador, abajo la libertad de asociacion. Poder que se levanta, el Estado; víctima que sufre, el pueblo.

Las escuelas socialistas tienen caractéres que no se pueden confundir con ninguna otra doctrina; desprecio por las reformas políticas; reaccion contra el movimiento de la propiedad que tiende cada dia á individualizarse más; desconfianza de la libertad, y sobre todo, de las libertades económicas; tendencias al cesarismo; anhelo contínuo á una felicidad material que ha engendrado cierta fiebre delirante, la cual mata las más altas sublimes facultades del hombre, y lo lleva rendido, sin fuerzas, á las plantas de un César, aunque sea del jaez de Napoleon III.

¿Quereis ver la democracia viva, la democracia perfecta, la democracia que no ha caido á las plantas de ningun César? Pues mirad la democracia anglo-americana; la que engendró la virtud de Franklin; la que trajo al mundo el ideal sublime del magistrado en Washington. Allí el pensamiento es libre; la conciencia vuela á lo infinito sin que ninguna fuerza la oprima; el propietario tiene su

propiedad y el trabajador su trabajo; la asociacion perfora las montañas, doma los rios, extiende el hilo telegráfico por el aire, el rail por el suelo; la enseñanza funda sus escuelas libres; el jurado corona con las ideas de justicia al indivíduo; las asambleas discuten, la prensa llueve luz sobre la frente de las muchedumbres; la industria hace milagros; es el país de la virtud y del trabajo, porque es el país de la libertad. En cambio, mirad lo que era el imperio francés que vosotros mismos nos habeis presentado armado de la espada del socialismo, miradlo sin prensa, sin asociacion, sin dignidad, sin derechos, juguete de un hombre que personifica el mónstruo del Estado. ¡Oh! repitamos con el gran poeta francés. Aunque la tiranía nos proporcionára todos los bienes materiales, aunque diera suculentos manjares á nuestro paladar, música á nuestro oido, aromas á nuestro olfato, todos los placeres juntos; diríamos, prefiero tu pan negro ¡libertad!

¿Cuál era el ideal de la sociedad antigua? La representacion de la sociedad por un solo hombre revestido de un derecho superior, de un derecho divino. En virtud de este derecho divino, en virtud de este derecho, toda vida estaba regulada por el Estado, desde la vida de la inteligencia hasta la vida de la industria. ¿A qué vino la revolucion? A matar ese inmenso poder, á difundir el derecho entre todos los hombres, á realizar la libertad. ¿En qué consiste el socialismo? En detener este movimiento de libertad, al ménos en la esfera del crédito, en la esfera del trabajo, en la esfera del cambio; á volver, pues, al ideal antiguo; á consagrar el monopolio del Estado en favor de una clase. La democracia es enemiga del socialismo.

La oposicion al socialismo ha sido eterna en la democracia. Nuestros hermanos de allende las mares, al escribir el acta de derechos naturales, que ha sido el primer ideal de la revolucion, consagraron la propiedad, como la raíz de la vida. Las Repúblicas americanas todas, que en medio de sus grandes desgracias, provenientes del socialismo monástico y pretoriano, legado del régimen colonial, han abolido la esclavitud y prestado grandes servicios á la civilizacion, fundaron y consagraron indeleblemente la propiedad. Hemos dicho que todas las Repúblicas se fundaron con tendencias contrarias al socialismo, y hemos dicho mal. Hay una, donde el Estado es todo, donde el hombre es nada; una República socialista, especie de Paraiso poblado de bestias; la República del Paraguay.

Y lo que sucedió con la democracia americana, sucedió con la democracia europea. Danton declara, que la sociedad debe igual seguridad á las personas y á las propiedades. La Montaña decreta pena de muerte contra todo aquel que proponga leyes agrarias ó cualesquiera otras, atentatorias á la propiedad. Robespierre, en su discurso de 28 de Octubre de 1792, dice: «¿No es la calumnia quien detuvo el progreso del espíritu público, persiguiendo á los defensores de los derechos de la humanidad, como insensatos apóstoles de las leyes agrarias?» Marat mismo, no podemos citar nombre más demagógico, Marat mismo dice en su profesion de fé, publicada en 30 de Marzo de 1793: «Me acusan de predicar la ley agraria. Es una impostura sin ejemplo.» La declaracion de derechos de 1793, redactada por los más avanzados montañeses, por los hombres, que, con su energía salvaron la revolucion, declara: «Que la propiedad es el derecho de todo ciudadano á gozar y disponer de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria; que el fin primero del gobierno es asegurar al hombre el goce de la libertad, de la igualdad y de la propiedad.» El nombre de Graco Babeuf, fué un nombre sospechoso siempre á los republicanos.

La propiedad, que no existia antes de la revolucion, ha sido la obra de la revolucion, la obra de la democracia, que la ha consagrado como derecho natural, y la democracia no

podria destruirla sin destruirse á sí misma, no podria negarla sin negarse á sí propia. ¿Sabeis quién sostiene el derecho absoluto del Estado sobre la propiedad? El teólogo de las monarquías absolutas, Bossuet. «En un gobierno regular, ningun ciudadano tiene derecho de propiedad; solo el rey, es decir, el Estado,» exclama en su política. Luis XIV, el gran déspota, realizaba esta teoría, confiscando los bienes de sus vasallos. ¿Puede la democracia rehabilitar una teoría que ha tenido por apóstol á Bossuet, y por ministro á Luis XIV? En donde quiera que la revolucion ha triunfado, ha prohibido las confiscaciones, porque la confiscacion es la guerra del absolutismo contra la propiedad; y la propiedad es la raiz de la democracia.

Y lo que ha hecho de la propiedad ha hecho tambien la revolucion del trabajo. El trabajo estaba esclavizado por el Estado, reducido á servidumbre por la corvea, el jusjurandum, el gremio privilegiado, la tasa. La revolucion ha traido la libertad del trabajo contra el monopolio del Estado; la libertad, mediante la cual la produccion y el consumo se aumentan, y son cada dia más necesarios los brazos del trabajador, como siempre que se dilatan los horizontes de la actividad humana. Donde quiera que un principio revolucionario ha triunfado, allí ha triunfado la libertad del trabajo. España representa en el siglo décimo sétimo la servidumbre del trabajo, y España decae. Inglaterra y Holanda llevan su revolucion hasta las relaciones económicas, y prosperan. Los Estados-Unidos fundan más tarde su República en la libertad del pensamiento, y allí encuentran un templo los proscritos de Europa; la fundan tambien en la libertad de trabajo, y allí encuentran los mendigos que no pueden vivir en la tiránica Europa trabajo y pan, el pan sabroso de la libertad. Esa República fundada en nuestras ideas, ha centuplicado su poblacion; ha asombrado al mundo con su riqueza; ha sido el ideal de los pueblos libres; ha justificado la democracia. ¿Pero sabeis por qué? Jackson lo dijo, al abolir el banco privilegiado de Filadelfia: «El equilibrio establecido en nuestra Constitucion se romperia si tole. rásemos la existencia de corporaciones privilegiadas. Estos privilegios no tardan en procurarles los medios de ejercer su poderosa influencia sobre el pueblo, puesto que ponen á disposicion del privilegiado el trabajo. *Allí donde el poder político se ha aliado al monopolio económico ha nacido la tiranía.*» Estos apotegmas de los privilegiados hombres prácticos que han fundado democracias invencibles, valen para los políticos algo más que todas las argucias de los sofistas, y todos los delirios de los forjadores de sociedades imposibles y contrarias á la naturaleza. Además, los hechos prueban que la libertad del trabajo es más saludable al trabajador que al capitalista. Un pensador eminente lo ha demostrado con datos incontestables. En Francia, donde hay ménos libertad, del producto ciento, por ejemplo, se lleva el trabajo cincuenta y seis, el capital veinte y uno, y el gobierno diez y siete. En los Estados-Unidos, el trabajo se lleva, del producto ciento, setenta y tres, el capital veinte y cinco, y el gobierno dos.

En los Estados-Unidos se lleva el gobierno por dar libertad, el dos por ciento por producto del trabajo; y en Francia, por quitar la libertad, el diez y siete por ciento del producto del trabajo. ¿Qué teoría de limitacion de la libertad no se quebranta en la piedra de toque de estos hechos?

El mayor servicio que los grandes escritores demócratas prestaron á la democracia, fué impedir su corrupcion por medio del socialismo.

Los republicanos y los socialistas batallaban incansablemente en los diez y ocho años de régimen doctrinario en Francia. Michelet, que ha educado toda una generacion republicana; Michelet, cuyo nombre ha sido el terror de los jesuitas y de los doctrinarios,

combatia el sensualismo socialista. Tocqueville, el gran escritor de la democracia en América, demostraba que el socialismo es la reaccion; que la fórmula de la democracia es la libertad.» Quinet, que es á un mismo tiempo el filósofo y el poeta de la revolucion; Quinet, cuando no pisaba aun el suelo de Francia, decia desde el destierro contestando á los que aseguraban la vulgaridad de que la democracia no seria poder, como no tuviera resuelto el problema social: «Una generacion, un pueblo que presentara su dimision de hombres, á pretexto de que el teorema de la geometría social no está resuelto ó está aun por descubrir, se cubriria de ridículo, tal vez de infamia, puesto que renunciaria á la naturaleza humana, que no admite dilacion ni excusa en el cumplimiento de los deberes políticos. El mal que esos sectarios han hecho, es incalculable; nosotros expiamos faltas que no hemos cometido.» Esta es la maldicion que, desde el destierro, arroja el partido republicano desgraciado sobre el socialismo que lo ha proscrito.

Mazzini, el gran Mazzini, el hombre que más calumnias ha devorado en el mundo por la causa de la libertad, atribuye la caida de la República francesa al terror que infundió el socialismo. Si en alguna publicacion amnistia su serena conciencia á los socialistas, es á título de que dejen de serlo y se limiten á predicar la libertad de asociacion. El Sr. Orense cuenta que vió á Ledru-Rollin en Lóndres. Hablaron de las desgracias de la República. Y el gran tribuno, moviendo tristemente la cabeza, le dijo: «Los desvaríos socialistas han perdido la causa de la libertad en Europa.» Víctor Hugo, en su admirable libro del destierro, en esa obra en que su genio y el genio de Shakespeare se confunden, dice que jamás ha querido llamarse socialista. En su colosal poesía «Los castigos,» donde la invectiva política contra el César llega á un límite á que no llegó nunca la invectiva de Demóstenes contra Filipo, ni la invectiva de Ciceron contra Antonio, dice que el pueblo ha perdido la libertad por dejarse llevar de las esperanzas socialistas que lo esclavizaban, prometiendo, no libertad á su espíritu, sino hartazgo á su estómago. El imperio, el imperio; hé ahí vuestra obra; gozaos en ella. Un socialista lo ha dicho:—«¿Cómo se portará César? Esta es la cuestion. De cualquier manera que sea, Saint-Simon, Fourrier, Owen, Cabet, ó Luis Napoleon, estamos en pleno socialismo.» El imperio napoleónico fué vuestra apoteosis.

La verdad es que la escuela socialista ha despreciado siempre los derechos políticos, queridos siempre por la democracia. La verdad es que, para ella, el derecho de caza y pesca vale mil veces más que el derecho de la conciencia, que la libertad del pensamiento. Así, todos los socialistas son la personificacion de la torpeza política. Víctor Considerant dedicaba su libro, su gran resúmen de la teoría de Fourrier, á Luis Felipe.

¿Y Proudhon? Este pensador llega hasta la anarquía en política, y á conclusiones completamente opuestas en economía. Para gobernar á los pueblos le ha robado su fórmula anárquica á la economía política, y para redimirlos su fórmula reglamentaria al socialismo. Él es el escritor de los ambiciosos pensamientos y de las fórmulas atrevidas. Él ha dicho: «Dios es el mal y la propiedad es el robo.» Él ha explicado la ciencia económica por la dialéctica de la série, y la historia por el eterno movimiento de la extrema izquierda hegeliana. Su alma toma todos los matices de las ideas; su estilo todos los acentos de la elocuencia. Es uno de esos génios que vienen armados de la clava de la ironía, como Voltaire. Pero ¿de quién ha sido principalmente enemigo? De la democracia. Él la ha llamado platónica; él ha dicho que era inocente. Nada ha respetado. Se ha reido de Armand Carrel, á pesar de su martirio; de Lamennais, á pesar de su genio; de Quinet, á pesar de que debian guarecerle de sus dicterios la santidad de la

desgracia, la majestad del destierro. El ha derramado el plomo derretido de sus sarcasmos sobre las heridas de los mártires que caian peleando en Polonia. El se ha dirigido á Mazzini, al que sostuvo la República en Roma, al que ha infundido el amor por la revolucion á la Italia, al odiado por todos los tiranos, al calumniado por todos los neo-católicos; y le ha dicho que, con su política, habia perdido á Europa y solo habia salvado su bolsillo. El se ha reido, como cualquier gacetero legitimista, de la herida de Garibaldi, y ha dicho con brutal ironía que los demócratas hacíamos una reliquia de su pierna; accion villana que le hará eternamente odioso á la democracia europea. El se ha vuelto á Lincoln, cuando el Washington de los esclavos reunia un mundo con su palabra para lanzarlo á los abismos de una guerra, solo por redimir á los negros, y le ha escarnecido. El ha dado armas á Antonelli contra Italia; á los bandidos napolitanos, contra la revolucion; á los reaccionarios, contra la democracia.

Los socialistas quieren hacer del hombre una máquina, de la vida llena de armonías y de encantos, cuando corre en el cáuce de la libertad, una geometría descarnada, seca. No quieren que demos un paso hasta que no hayamos resuelto un problema que solo pueden resolver los tiempos y la energía de la sociedad, y cuya fórmula no tienen ciertamente; porque están perdidos en las sombras. Lo primero que la sociedad necesita, es el derecho; lo primero que necesita el hombre, es la libertad. Fuera del derecho, no hay vida; fuera de la libertad no hay salvacion. Intentais que, por una parte de vuestro credo político fantástico é indescifrable, consintamos que todos los sentimientos arraigados en el corazon humano se conjuren contra nosotros; que los defensores del derecho nos entreguen al ludibrio de las gentes; que los defensores de la libertad nos arrojen de sí, como esclavos; que vayamos por el mundo sin saber á donde, recelando de la virtud de las mismas ideas que hemos sostenido, y condenándonos á la muerte, ó al menos, á ver como los tiranos se ceban en nuestra conciencia y en nuestro espíritu; mientras nosotros disputamos sobre fórmulas vacías, tan ruidosas, pero tan infecundas como una tempestad que no llueve ni una gota de agua sobre la tierra sedienta.

Los errores capitales del socialismo provienen de confundir la sociedad con el Estado, y de creer que la sociedad tiene leyes distintas de la naturaleza del hombre, cuando no es mas que el complemento de esta misma naturaleza. Así como en el universo, los agentes mas impalpables y etéreos, la luz, el calor, la electricidad, el oxígeno, el carbono, alimentan la vida, forman los cuerpos, así las ideas, las fuerzas morales, esos agentes invisibles, pero poderosísimos, forman la sociedad, reflejo del espíritu humano, realizacion de su vida terrena en toda su plenitud. La sociedad es un ser real, objetivo, con propia vida, con leyes tan naturales é inevitables, como las leyes de la mecánica celeste. El secreto consiste en haber encontrado esas leyes. Cuando no se conocian las leyes de la naturaleza, para explicar el hombre el ruido del trueno, la caida del rayo, apelaba á la mágia, arrastrábase á las plantas de las teocracias. Cuando no conocia las leyes de la sociedad, para asegurar su vida, para realizar su destino, acudia al hombre, á una falsa organizacion social, á un poder absoluto, á un derecho celeste, de orígen extra-social, de orígen divino. Pero, desde el momento en que el hombre conoce las leyes sociales, sabe que no son, en su fondo y en su forma, sino las mismas leyes de su naturaleza.

La ley característica de la naturaleza humana, aquella mediante la cual se distingue el hombre de todos los séres que le rodean, sujetos á una fatalidad inevitable, á fuerzas que no pueden romper, la ley primordial de la naturaleza humana, es la libertad. Por consecuencia, á medida que la sociedad sea mas justa, se aproximará mas á la naturaleza hu-

mana, y á medida que mas se aproxime á la naturaleza humana, asegurará mas la libertad. Es un error comun á absolutistas y á socialistas, el de creer que, para fundar la sociedad, el hombre necesita sacrificar su libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben todos los derechos. Y es otro error creer que la sociedad tenga derechos contrarios á los derechos del hombre. Así como en el átomo se encuentran las cualidades primordiales de la naturaleza, se encuentran en el indivíduo las cualidades primordiales de la sociedad. El átomo, sin perder su naturaleza esencial y sin contrariar sus leyes, cobra mayor vida en el horno inmenso de la naturaleza, en la agregacion infinita del Universo; el hombre cobra mayor vida, mas fuerza en la sociedad, en esa nueva naturaleza que lejos de robarle la libertad, la acrecienta y la consagra.

La sociedad no es el sacrificio de la libertad como creen los socialistas y los absolutistas; no es contraria á las leyes primordiales de la naturaleza humana, como creen los absolutistas y los socialistas; no tiene derechos antitéticos á los derechos naturales, como creen los socialistas y los absolutistas; sino que es la misma naturaleza humana y la misma libertad, elevadas á su última potencia. ¿Con qué derecho pretendeis dar á la sociedad una organizacion superior á sus propias leyes? Con el mismo derecho que los reyes absolutos, con el mismo derecho que las teocracias asiáticas; por alguna revelacion superior desconocida de nosotros los mortales.

Socialistas, sois, pues, reaccionarios, y en vano intentais borraros esa marca de la frente. Nosotros queremos la sociedad con sus leyes naturales y divinas; vosotros, la sociedad con vuestras combinaciones artificiales y arbitrarias.

Estado y sociedad no son equivalentes. La sociedad vive por sí, por sus propias leyes; el Estado vive por la sociedad. En toda sociedad hay un derecho; en todo Estado una representacion del derecho. La sociedad es el ser primero, esencial, el espíritu que, como el aire, no se ve en ninguna parte, y está en todas; y el Estado no es mas que la institucion encargada de la seguridad social, de velar por el cumplimiento de la justicia, por la coexistencia de todos los derechos; sin ser él, ni la sociedad, ni la justicia, ni el derecho, ni la inteligencia superior á todas las inteligencias. En la sociedad se realizan todos los grados de la vida. En la sociedad existen la ciencia, la religion, la familia, la industria, el trabajo. El Estado, ni puede crearlos, ni puede destruirlos; no puede, no debe mas que asegurarlos, teniendo un poder coercitivo para lograr que su vida no se perturbe, que sus condiciones de derecho se cumplan. El Estado no tiene poder en una sociedad bien organizada, contra ningun derecho; no puede contrariar ninguna libertad. Ha de legislar, sí; pero ha de legislar, no contra el derecho, sino sobre el derecho; no para destruirlo, sino para asegurarlo; porque el derecho es anterior y superior al Estado.

Negamos al Estado derecho para negar la libertad de trabajo, la libertad de crédito, la libertad de comercio, como la libertad del pensamiento, como la libertad del sufragio, como la libertad de imprenta. El Estado puede legislar para asegurar el derecho; no puede legislar para destruirlo, porque el derecho es, en sí mismo una ley. ¿Qué diríamos de un Estado que legislase contra la atraccion universal? Pues si eso es un desvarío, legislar contra la libertad es un atentado. Los socialistas, como los absolutistas, creen que el Estado es la misma sociedad. Por eso creen que el Estado va á resolver el problema social. Pues bien, nosotros creemos que el problema social se resolverá por la moral, por la ciencia, por el trabajo, por la industria; y como el Estado no es ni la moral, ni la ciencia, ni la industria, ni el trabajo, negamos radicalmente al Estado capacidad para resolver el problema social; ni aun derecho para

internarlo, si ha de sacrificar un átomo de libertad humana. Así como la sociedad fundada en nuestra naturaleza, es la sociedad más justa, el Estado que más asegura la libertad y el derecho, es tambien el estado más perfecto. En la sociedad viven, ciencia, arte, trabajo, industria, inconcebibles sin la sociedad. Y la sociedad delega el poder al Estado, para que represente la justicia social, y en virtud de este atributo, haga coexistir la religion, el arte, la ciencia, el trabajo, que no nacen del Estado, sino de la sociedad. Por eso, á medida que el Estado se limita á menores funciones, crece más la sociedad. Y vosotros, que os llamais demócratas, al mutilar la libertad, desconoceis la democracia; y vosotros, que os llamais socialistas, al elevar el Estado sobre el derecho, desconoceis la sociedad.

Y no hay que engañarnos, nuestros tiempos son los tiempos de la emancipacion del pueblo. Así como desde el siglo quinto al siglo décimo, se extiende la edad de la teocracia; y desde el siglo décimo al décimo-cuarto, la edad del feudalismo; y del décimo-cuarto al décimo-octavo, la edad de los reyes absolutos; y del décimo-octavo á nuestros dias, la edad del tercer estado, ahora comienza verdaderamente la edad feliz del cuarto estado, del pueblo. Y así como toda la historia que acaba hoy, puede calificarse con una sola palabra que diga historia de la guerra; la historia que hoy principia podrá calificarse mañana con una sola palabra que diga historia del trabajo. ¿Y no hemos de traer modificaciones saludables á esta ley del trabajo? El pária, el sudra, el ilota, el esclavo, el siervo, en una palabra, el mártir eterno que lleva sobre sus hombros el peso de la sociedad, vá á romper los últimos eslabones de su cadena. La libertad de pensar removerá hasta los más hondos senos del espíritu para encontrar una idea que apague su eterna sed, tantas veces burlada con la hiel de los sofismas. El grande movimiento político, económico, industrial que se siente por todas partes, lo emancipará del trabajo servil por medio de la máquina, lo unirá á todos sus hermanos de la tierra por medio de la libertad de comercio, abrirá las fuentes de la prosperidad por medio de la libertad del crédito, centuplicará sus fuerzas, sus recursos, sus ahorros por medio de la libertad de asociacion. A esto se unirá como un alivio la abolicion de las quintas que le quitan brazos, la abolicion de la enseñanza privilegiada que le quita luz, la abolicion de funestos arbitrios, resíduo de la Edad Media, que le quitan pan. El principio de asociacion, sobre todo, es fecundísimo en bienes para el pueblo. La asociacion añade fuerzas al obrero, le salva en las crísis económicas, le socorre en sus enfermedades, le arma contra los intereses contrarios, y le sostiene en la vejez, cuando se agotan sus fuerzas, y sus propios ahorros no bastarian á alimentar los últimos instantes de su vida. Así como la asociacion ha producido las letras de cambio, los billetes de Banco, las acciones de la deuda pública, los ferro-carriles, fecundando la propiedad, producirá, indudablemente mañana, cuando tenga toda su latitud, inmensos beneficios al trabajo. Las fuerzas sociales contribuirán á este fin sin necesidad de herir el derecho individual. La propiedad y el trabajo son dos términos correlativos é indispensables en toda sociedad. No los hagais contradictorios, cuando mútuamente se necesitan, negando al trabajo los derechos políticos que dais á la propiedad. El trabajor debe confiar en que la libertad mejorará su condicion social. Y sobre todo, no debe volver los ojos al Estado para pedirle un pedazo de pan que el Estado no podria darle sino empapado en hiel, y á cambio de lo más necesario á la vida, de la libertad, del derecho. Despues de la última crísis de la revolucion francesa, difundiéndose en los aires la idea de que todos los derechos políticos podrian cambiarse por un pedazo de pan, díjosele al pueblo que le importaba poco vivir en la genuo-

nia del esclavo con tal de tener lleno el vientre. El derecho para el pueblo debia estar reducido á una buena digestion. Un hombre funesto, coronado con los resplandores de gloria que centelleaba desde su sepulcro aquel génio inmortal de las batallas, cuyo acero cargado de electricidad llenó de tempestades el aire y de sangre el suelo de Europa, un hombre funesto, decíamos, se presentó, y halagó al obrero y le prometió, á cambio de su libertad, pan, y fundó una dictadura que se decia encaminada al bien del pueblo como si hubiera bien sin dignidad, vida sin honra. Y el pueblo de París vió levantarse magníficas viviendas para que él las habitara; caer toda la antigua ciudad para que él tuviera trabajo; iluminarse las orillas del Sena con iluminaciones fantásticas para que él se divirtiera y regocijara; humillarse á sus piés en las conferencias diplomáticas, Inglaterra, en las contiendas guerreras Rusia, para que él se creyera dueño de la gloria, rey de la tierra. Pero, ¿cuánto ha durado la fantasmagoría? Esa ciudad de París tan hermoseada y enriquecida, llena de jardines, que embalsaman los aires, de fuentes que la arrullan, de estátuas que la enorgullecen, de inmensas plazas, donde envian como á la antigua Roma sus representantes todas las gentes, sus embajadores, todos los pueblos; se ha sentido herida y avergonzada como la esclava que el gran señor aherroja con grillos de oro al serrallo, y poniendo en las manos de sus hijos, de sus adulados obreros la bandera de la democracia, ha dicho al César con el gran poeta de la revolucion; detesto tus orgías que me envilecen y quiero la libertad.

El problema social es eterno. Está en el Oriente, en Atenas, en Roma, en los municipios de la Edad media, en las monarquías absolutas, en las monarquías constitucionales. Para resolverlo, es necesario apelar á todas las leyes de la vida. Se engaña la política, cuando cree que lo resolverá ella sola; se engaña la economía política, cuando cree que lo resolverá ella sola; se engaña hasta el sentimiento generoso de la caridad, cuando se cree capaz de resolverlo. Resolveránlo todas las fuerzas sociales, todas, arte, ciencia, industria, propiedad, trabajo, todas. Pero no lo resolverán definitivamente. La política tiene fórmulas definitivas. La libertad de imprenta, el derecho absoluto de asociacion, la separacion entre la Iglesia y el Estado, todas estas reformas son definitivas. Pero el bienestar material de los pueblos, admite muy diversos grados de extension, es un problema que depende, en verdad, de muchas relaciones. ¿Cómo se resuelve? Dejando en libertad todas estas relaciones, para que por su propia virtud traigan el mejoramiento de las clases que padecen. El Estado no tiene más medio que explotarlas para redimirlas. Las gotas de sudor del pobre, no se convierten en nueva vida cuando caen sobre las arcas del tesoro; se evaporan como gotas de agua caidas sobre un voraz incendio. El Estado no puede ocurrir al remedio del pueblo sin dinero; no puede tener dinero sin tributos; y no puede recoger los tributos sin oprimir y empobrecer al pueblo. Por eso, en nombre de los derechos, en servicio de los intereses del pueblo, condenamos el socialismo. Las asociaciones libres han inventado el vapor, han extendido el telégrafo; y las obras de esos estados en que tanto confian los socialistas, se pueden medir por las pirámides tristísimas de huesos humanos con que han cubierto la tierra.

Resumamos: 1.° La sociedad es un sér real. 2.° Sus leyes son las leyes mismas de la naturaleza humana. 3.° El fundamento de la sociedad es el derecho. 4.° Por el derecho, el hombre será, en sociedad, tal como es por su naturaleza. 5.° El Estado es el representante de la unidad social, y el órgano de la justicia y el que asegura los derechos de todos. 6.° Ora sea el Estado democrático una delegacion, como en los Estados-Unidos y Suiza; ora, si

fuese posible, el gobierno directo del pueblo, no tiene derecho contra el derecho. 7.° No puede, pues, suprimir ni mutilar ninguna de las libertades, ni políticas, ni económicas, ni sociales. 8.° Si legisla sobre ellas, debe ser para asegurarlas, no para restringirlas, ni mucho ménos para negarlas. 9.° El problema social no puede resolverse por el Estado. 10.° La democracia no puede ofrecer, para resolverlo, mas que la libertad de pensamiento, que lo estudie; el sufragio universal, que arme de sus derechos al pueblo; la libertad de trabajo, la libertad del crédito, la libertad del cambio, que ha de fundar grandes relaciones sociales; y sobre todo, la libertad de asociacion.

Si nosotros nos creyéramos con derecho á dirigirnos al pueblo, habíamos de decirle: No te fies de remedios que no sean tus propios derechos. No creas en los curanderos sociales. Busca la justicia y el bien te se dará por añadidura. Lucha noblemente por la libertad, y antes que todo piensa en ser hombre, ya que solo has sido esclavo. La libertad ha depositado entre el lodo de las lagunas esa perla que se llama Holanda, entre las selvas inexplorables del nuevo mundo esa República que se llama los Estados-Unidos. No admitas cadenas aunque sean de oro, que no el metal, sino el peso te esclaviza. No admitas monopolios aunque se encubran bajo el nombre de tu interés. La libertad te dará un nuevo espíritu, y en ese espíritu de justicia, el caos social obedecerá á tus palabras y nacerá una nueva sociedad que sea la tierra de todos los hombres y el cielo de tus derechos.

Socialistas: ¿Cómo vais á legislar sobre la propiedad? ¿Cómo vais á organizar el trabajo? ¿Cómo vais á evitar la libre concurrencia? ¿Cómo vais con un criterio, con un derecho superior al criterio, al derecho democrático, que es la libertad de asociacion, cómo vais á armonizar el capital con el trabajo? ¿Cómo vais á organizar el crédito, puesto que la organizacion natural de la libertad no os place? ¿Cómo vais á regular el cambio, puesto que la libertad de comercio no entra en los derechos individuales? Vereis como se encuentran en esta alternativa, ó tienen que apelar á la libertad, á las leyes naturales de la sociedad, en cuyo caso su socialismo se desvanece como el humo; ó tienen que violar la libertad, que perturbar las leyes sociales, que llamar justicia á su criterio individual y arbitrario, en cuyo caso su sistema es un ensueño más, una utopia más, un delirio más, de esos que solo han servido para aumentar la fiebre de los pueblos, y postrarlos en tal abatimiento, que llegan hasta olvidarse de sus derechos. No hay justicia contra la justicia; no hay derecho contra el derecho; no hay, pues, justicia ni derecho que puedan nacer de la negacion de la libertad.

El presente siglo puede definirse con una sola palabra: es el siglo de la aparicion del pueblo en la escena política. Así como todas las revoluciones primitivas del globo se encaminaban á preparar la aparicion del hombre en la tierra, todas las revoluciones de tres siglos á esta parte se encaminan á preparar la aparicion del pueblo en la sociedad. La unidad de las nacionalidades vino á matar las aristocracias políticas; la imprenta vino á matar las aristocracias científicas; la revolucion vino á esculpir en el espíritu, la idea sagrada del derecho universal y humano; y todos los adelantos de las artes, de la industria, de la ciencia; todas las conquistas, todos los hechos capitales, como el Renacimiento, la paz de Westphalia, la América libre, la declaracion de 1789; todos los hombres mayores de la historia, como Napoleon, Washington, Danton, todo lo que ha habido de grande en ciencias, en artes, en política, ora impulsándolo, ora resistiéndolo, han contribuido á este movimiento, á cuyo término se encuentra la aparicion del pueblo en la escena política, y la consagracion de sus derechos.

Pero yo creí siempre que la aparicion del elemento democrático en la sociedad mo-

derna, se parecería en algo á la aparicion sublime del ideal religioso de los esclavos en la sociedad antigua. Yo creí que el reinado del pueblo no era la tiranía, sino la justicia; no era la venganza sino la paz; no contradecia la libertad, sino que la afirmaba, no creaba nuevas castas, sino que destruia las antiguas; no pensaba en nuevos privilegios, sino en la igualdad del derecho; y no fortificaba, sino disminuia el poder inmenso de ese Estado que solo ha sabido hasta aquí servir al progreso, contrastándolo con su insensata resistencia; y servir á la libertad, aumentando el catálogo de sus mártires. Pero no; hay una escuela que dice, que el pueblo no puede venir á la vida pública, si no se crea un Estado formidable para que sacrifique la libertad; para que perturbe las leyes económicas; para que tase los salarios; para que sea árbitro de las asociaciones; para que haga seres libres, pero no por el derecho, sino por el privilegio; una escuela que, ora se presente franca, ora solapada, tiende siempre á sustituir, al ideal severo de la democracia, al ideal de un Estado, que la revolucion ha destruido, y que no puede volver sino como ha vuelto en Francia, con el envilecimiento del pueblo y la exaltacion de la dictadura.

Para conocer el fin del movimiento del siglo, el fin del movimiento democrático, es necesario conocer el punto de que nos vamos alejando, el ideal que vamos combatiendo. Nos alejamos de una sociedad absolutista y nos dirigimos á una sociedad democrática. Aquella se basa sobre la tradicion, ésta sobre la razon; aquella enaltece al Estado, hasta divinizarlo, ésta enaltece al hombre, hasta investirle de todos sus derechos; aquella reglamenta desde la ciencia hasta la industria y ésta emancipa todo lo que aquella reglamenta; la una, era la autoridad, y la otra, es la libertad. Ahora bien, ¿qué sistema social se acercará más á la sociedad de que nos separamos? El sistema que tenga por fin la rehabilitacion del Estado, y por medio las reglamentaciones arbitrarias, nunca tan justas, nunca tan sencillas como los procedimientos de la libertad. ¿Y qué sistema es el que así procede? El sistema socialista. Luego el socialismo, aunque tenga fines revolucionarios, es, por su ideal, una escuela reaccionaria; es por sus procedimientos y por sus medios de accion tambien, una escuela reaccionaria. No creais, no, que la combatimos por espíritu conservador; no creais que la rechazamos en nombre de intereses conservadores; no, rechazamos su ideal por reaccionario, rechazamos sus procedimientos y sus medios por contradictorios, completamente contradictorios con el ideal vivo de una sociedad democrática.

¡Ah! El socialismo tiene en todas partes grandes males; pero incomparablemente mayores en nuestra pátria, por la raza á que pertenecemos y por el medio histórico en que vivimos. Aunque yo crea firmemente que el espíritu tiene en sí fuerza bastante para vencer las fatalidades de las razas, creo tambien que no deja de influir el temperamento de una raza en la direccion de la vida, como no deja de influir el temperamento del cuerpo en el humor del ánimo. Pertenecemos á la raza que ha sacrificado siempre la libertad en aras de la unidad social. La sacrificó en la historia antigua, cuando creó el imperio. La sombra de César todavía empaña nuestra conciencia. La sacrificó en la historia moderna, cuando creó las monarquías absolutas. Todavía nos arrastra á América en son de guerra la sombra de Cárlos V. La sacrificó en la revolucion misma en el momento que conquistaba sus derechos. Aun reina el despotismo militar de Napoleon. A una raza así dispuesta, como lo prueba la historia, á sacrificar en aras de la unidad social la eterna justicia y el eterno derecho, ¿vais á inspirarle desconfianza de la libertad? Pues si, por la raza á que pertenecemos, el socialismo absorbente y panteista es temible, lo es mucho más por el medio histórico en que vivimos.

Somos un pueblo fatalista. Tenemos de los árabes dos cualidades; la independencia heróica en nuestro hogar y la indiferencia por la vida política. Como todo lo esperamos de la Providencia en la vida, todo lo esperamos del gobierno en política. Nuestro suelo está sediento; y confiamos más en las nubes del cielo, que en los canales abiertos por el trabajo en la tierra. Esto prueba nuestra incomparable indolencia. A ella ha contribuido mucho el absolutismo. Los reyes escribian pragmáticas para ordenarnos lo que habíamos de comer, lo que habíamos de vestir, lo que habíamos de pensar. El trabajo nos disgustaba. Gustábanos en cambio la guerra donde, al grito de Dios y el rey, íbamos á morir heróicamente, á blanquear con nuestros huesos todos los campos de batalla del mundo. Despues el hidalgo, el soldado, rebujado en su capa rota, paseaba su miseria por las calles, y cuando le apremiaba el hambre, tendia la mano á la puerta del convento. De aquí ese menosprecio á la libertad, de aquí esa confianza en el Estado; de aquí el socialismo de peor linaje, el socialismo que pide al gobierno pan; y se cura poco de los derechos individuales, sin los que no hay ni pan ni trabajo. En pueblo de estas tradiciones absolutistas, me parece criminal todo lo que tienda á desautorizar la libertad, aun á pretesto de socorrer al menesteroso.

Trabajadores: no creais que pertenezco al número de los que miran indiferentes vuestros males. Los conozco y los he sondeado. Me entristece muchas veces pensar el número infinito de séres, cuya alma se consume en la ignorancia, cuyo cuerpo se consume en la miseria. Diez y nueve siglos de revoluciones, aun no han redimido al hijo de aquel esclavo, que alejado del derecho, incapacitado de entrar en los comicios, puesto junto al perro y al caballo de la casa en las antiguas estadísticas, era estimado en menos que una bestia por los señores del mundo. En el fondo del socialismo hay un deseo que es comun á toda la democracia; hay una aspiracion de que todos participamos; el deseo de vuestro mejoramiento, la aspiracion á vuestro bien. He dicho mal; es un deseo que se extiende á toda la civilizacion moderna. En el mundo antiguo, aun para aquellos hombres que condensan en su frente el espíritu de un siglo, la esclavitud es el derecho natural. El mundo moderno se abre con la igualdad religiosa, con el ideal de la fraternidad entre los hombres, con la religion que busca al pobre para divinizar sus dolores, con el sacrificio, con la exaltacion de la Cruz, el patíbulo del esclavo. El deseo de vuestro bien es universal en todos los que hoy vivimos. Solamente que unos creemos que vuestro bien está en la libertad, y otros creen que vuestro bien está en dejar parte de vuestra libertad; unos creemos que por el derecho natural, se disolverán las antiguas injusticias, como el cadáver tocado por el aire y por la luz; mientras otros creen que se disolverán conservando parte de esas injusticias en manos del Estado. Hé aquí nuestra diferencia. Pues bien; los que creen lo segundo, son utopistas, completamente utopistas. La utopia la lleva siempre la humanidad en su conciencia, como lleva siempre la esperanza en su corazon. Pero lo que hay de irrealizable, es lo que hay de injusto, y lo que hay de injusto, es todo lo que hay de reaccionario en sus utopias. ¿A dónde vamos en política? A la libertad. ¿Qué hace el socialismo? Restringe la libertad. ¿A dónde vamos en economía? A la emancipacion del trabajo. ¿Qué hace el socialismo? Por la reglamentacion, por la tasa, por la oposicion á la libre concurrencia, esclaviza el trabajo. ¿A dónde vamos en definitiva? A convertir la enseñanza, el pensamiento, el trabajo, no en facultades del Estado, sino en facultades de la sociedad. ¿Qué hace el socialismo? Devuelve al Estado lo que le ha quitado la revolucion. La democracia, va á la igualdad de todos los derechos; subordinando la justicia al interés de unas clases, va, el socialismo, en último re-

sultado, á la desigualdad de las castas.

Notadlo; los sistemas socialistas son coetáneos casi con la c ivilizacion ¿Cómo es que han sido siempre impotentes? ¿Cómo es que han sido todos infecundos, para realizar el bien que se prometian? Procede esto de dos errores que llevan en su seno. El primero, consiste en creer que el problema social se resuelve por una fórmula exclusiva, por una fórmula de escuelas; cuando no se resuelve, no puede resolverse sino por el conjunto de las fuerzas sociales. Y el segundo, en querer ir al bien por medios reaccionarios, por medios que la humanidad habia abandonado ya en su camino. El ilustre jefe de los socialistas resucita la casta del Oriente cuando el mundo griego ha llegado á modelar el boceto de la personalidad humana con el cincel de las artes. Mientras el mundo antiguo iba á la libertad, el socialismo iba hácia la tiranía. El gran socialista práctico, no acertó á resolver el problema social, sino creando un imperio romano como los imperios asiáticos, que habia de consumirse en una eterna orgía, y caer bajo la espada de los bárbaros. El mundo antiguo muere por un exceso de socialismo; pero, la utopia socialista no muere. Siempre reaparece con el mismo carácter: un pensamiento individual, queriendo sobreponerse al pensamiento social; un medio reaccionario, una organizacion reaccionaria que todo lo esteriliza. En el siglo décimo-sexto la utopia socialista se condensa en la mente de un hombre de esa Italia, esclava y dueña á un tiempo mismo del mundo. ¿Y qué medios proponia? La monarquía universal de Felipe II; el predominio de la teocracia sobre esa monarquía; un ejército de genízaros; la destruccion de Alemania, pátria de la libertad del pensamiento; la ruina de Inglaterra y de Holanda, que comenzaban á impulsar el trabajo y á resucitar las libertades políticas; los habitantes de América trasportados á Africa, y los de Africa á España; un consejo de sábios para promulgar la lengua universal, cuando el latin espiraba en los lábios de las nacionalidades nacientes; las cruzadas eternas; la Inquisicion siempre ardiendo; las castas, los esclavos, todo para encadenar los mares, para allanar las montañas, para completar la tierra con el cielo. Así como el socialismo griego miraba al Oriente, que era la reaccion, el socialismo del renacimiento miraba la Edad Media que era la reaccion. Y lo mismo sucede en los tiempos modernos. Despues de nuestras revoluciones, San-Simon va á constituir su pontificado industrial; á resucitar gerarquías semejantes á la gerarquía de las cortes despóticas barridas por la revolucion; á crear un poder irresponsable, cuando la base de la libertad de los pueblos se asienta sobre la responsabilidad de los poderes. El error de siempre que se reproduce, que se perpetúa; el eterno engaño del socialismo que renace; la esfinge con la vista vuelta hácia la espalda; en Grecia hácia el Oriente; en el Renacimiento, hácia la Edad Media; en la revolucion, hácia el Renacimiento. El socialismo pretende meramente ser la economía social de la democracia. Pero, ¿cómo? Conmoviendo el derecho de propiedad, limitando la asociacion, destruyendo la libre concurrencia; dando al Estado fuerza para una distribucion mejor de la riqueza; creando talleres nacionales; volviendo como el socialismo de todos los tiempos, en medio de un mundo que predica la libertad económica al mundo antiguo, que reglamentaba arbitrariamente las fuerzas económicas, en cuyo libre desarrollo está vuestra emancipacion, y la emancipacion de vuestro penoso trabajo. Despues de todo, el socialismo, tome la forma que quiera, se resuelve en el comunismo. El error comunista, le sirve casi siempre de base. Y el comunismo es el eterno principio reaccionario de la historia.

Solo se vence en el mundo por la libertad, Grecia vence al Oriente, porque en Salamina y en las Termópilas resonaba el grito de libertad. Atenas eclipsa á Esparta, porque

Atenas era una República democrática, en cuanto cabia serlo en la antigüedad, y Esparta era una República socialista. Los germanos vencen á Roma, porque traen el sentimiento de la libertad en su pecho. El municipio destruye el castillo feudal y emancipa al siervo, porque siente agitarse en su seno la libertad. Suiza vence á Austria, Holanda á España, porque invocan la libertad: que así es fecunda para el campesino en las montañas, como para el navegante en los mares. Los Estados-Unidos vencen á la invencible Inglaterra, porque proclaman la libertad. Con el grito de libertad en los lábios, la clase media derribó la Bastilla del absolutismo. Con el grito de libertad, vosotros, hijos del pueblo, alcanzareis vuestros derechos, y con vuestros derechos, el bienestar que da siempre la justicia. La historia del mundo es la historia de la libertad. No os interpongais, trabajadores, en el camino de la libertad.

Hoy, en verdad, han concluido las aristocracias científicas. La ciencia no puede ser el secreto de una casta. La imprenta, las asambleas, han difundido por los pueblos los pensamientos guardados antes en privilegiadas inteligencias. El trabajador sigue hoy á la idea, ese tribuno invisible; pero cuya voz alcanza hasta las últimas profundidades del alma.

El pueblo ha llegado á la madurez de sus facultades intelectuales y á la plenitud de su vida, y no puede retardarse el dia en que llegue á la plenitud de sus derechos políticos. ¡Dia feliz aquel en que no verá sus hijos arrancados al hogar por la quinta; ni el pan de su mesa menguado por la voracidad del fisco; dia en que entrará libre en los comicios, se asentará como juez en el jurado, y asociado á sus hermanos en la igualdad del derecho dulcificará y templará las duras condiciones del trabajo! Pero ese dia puede malograrlo la levadura del socialismo; puede perderlo la reaccion hácia el ideal del antiguo Estado, la desconfianza de la libertad, que inspiran siempre, sin excepcion alguna, todas las escuelas socialistas.

El mundo parte del socialismo y va á la libertad. En el fondo de toda escuela socialista se encuentra el sacrificio ante los derechos sociales de los derechos humanos. Pues bien; este es el carácter de toda la civilizacion primitiva; el carácter de Oriente, en que los sacerdotes, dueños de la tierra y de la conciencia, en nombre de los dioses que le confiaban sus secretos y le delegaban su poder, suprimian toda individualidad, petrificaban el Estado, dividian las castas, señalaban á cada clase su trabajo, á cada ser su destino, y convertian la sociedad en un inmenso templo, en cuyas aras corria la humana sangre, y en cuyo fuego se consumia la libertad. Sobre aquellas sociedades, la historia ha arrojado su anatema y el desierto su triste sudario. En sus ruinas malditas se puede ver la esterilidad de ese absorbente socialismo, en el cual perece el alma humana. Y así, notadlo, todas las escuelas socialistas, desde la de Platon hasta la de Cabet, todas tienen el mismo carácter oriental, como si estuviera allí el polo inmóvil de su vida: ora apelen á la comunidad; ora á la asociacion forzosa; ora á las reglamentaciones prolijas; ora á lo que llaman el dominio de las capacidades y la distribucion del premio segun el mérito; esas escuelas que intentan matar el egoismo, pero por la desaparicion de la familia; la lucha de los intereses, pero por la desaparicion de la competencia y del estímulo; la guerra entre los pueblos, pero por la paz del despotismo; suprimir los huérfanos, suprimiendo antes las madres; suprimir el mal, pero suprimiendo antes la libertad; convertirlo todo á los intereses generales, pero convirtiendo antes en una máquina la personalidad humana; esas escuelas, aunque prometan á cada hombre la felicidad de los antiguos sátrapas; á toda la humanidad un reino sideral allá en el éther; una comunicacion perpétua con todas las fuerzas del universo; un progreso contínuo y una exaltacion

infinita al través de miriadas de mundos, en una nueva cosmogonía fantástica, donde el magnetismo haga los cuerpos trasparentes y las almas luminosas, están condenadas á buscar su vida en un misticismo estéril; su apoyo en el vago y movible oleaje de la utopia; su organizacion en un mundo viejo, decrépito, en ese oriente de los patriarcados, de las castas; en ese mundo de las formidables organizaciones sociales; donde la muerte de la libertad ha matado el alma, y la muerte del alma ha matado hasta la fecundidad de la tierra. La eterna gloria de Grecia fué protestar contra ese socialismo oriental á que pretenden volvernos los defensores del socialismo moderno. Por eso Grecia es la pátria del arte, la pátria de la filosofía, la pátria de la personalidad humana, la pátria de la democracia, que no nace sino en oposicion al socialismo, individualizando los dioses, alzando en pequeñas repúblicas la primera imágen de la personalidad humana, matando las castas. En la historia del mundo moderno, la idea democrática aparece siempre en oposicion con el elemento socialista. Por eso al socialismo corresponde la gloria de las castas y á la democracia la gloria de la personalidad humana; al socialismo las teocracias, y á la democracia esos estados libres que se extienden desde Atenas á Wassingthon, desde Amsterdan hasta Ginebra, verdaderos oasis de la historia; al socialismo pertenece en lo antiguo el Oriente; á la democracia Grecia.

No creamos que la democracia antigua es como la democracia moderna, no: en la antigüedad predomina siempre el Estado sobre el individuo. Esta idea de la personalidad humana, con todos sus atributos, que son sus derechos, es el resultado del trabajo de cuarenta siglos, y en vano querrá mutilarla, romperla el atrevido socialismo. Pero aun predominando el Estado sobre el individuo, aun siendo los antiguos antes ciudadanos que hombres, hay dos repúblicas en Grecia; la una fundada en la libertad, y fundada la otra en la negacion de la libertad; la una fundada en la propiedad, y la otra fundada en la negacion de la propiedad; la una democrática y la otra socialista. Estas dos repúblicas son Atenas, Esparta. Contempladlas un momento. Esparta, severa como la aristocracia dórica, presidida por sus dos reyes, todo lo ha reglamentado; ha abolido la propiedad, ha negado el comercio, ha puesto un límite á la actividad, ha destruido la familia; y los hijos nacen solo para la pátria, que los educa, los disciplina, les niega todo amor expontáneo, todo sentimiento individual, los convierte en soldados, y los envia á la guerra para volver con el escudo ó sobre el escudo, porque el hombre es una de las ruedas esclavas de aquella sociedad mecánica, atenta solo á destruir todo principio de libertad. Al revés sucede en Atenas. Allí reina la democracia jónica; allí vive la libertad; allí se oye el poeta en los juegos, el orador en la Agora, el filósofo en la escuela, el sacerdote en los templos abiertos á todos vientos, saludado por el eterno cántico que se exhala del pecho de los hombres libres. ¿Qué es la socialista Esparta en la historia? Una noche; la escuela de unos cuantos soldados valientes, pero feroces. ¿Qué es Atenas, la libre Atenas? La eterna honra del espíritu humano. Sus poetas todavía son el ejemplo de la poesía; las estátuas que han modelado sus escultores, todavía reciben la adoracion de los artistas; sus filósofos rigen aún la conciencia humana; sus oradores son imitados en las tribunas de los pueblos modernos; y siempre que el espíritu necesite creer, amar, inspirarse en grandes pensamientos, volverá sus ojos á esa hermosa Atenas, cuya historia es, en la edad antigua, el eden del arte y de la libertad.

Repugna tanto á la naturaleza humana el socialismo, que no basta el génio más explendido para salvarlo. Como la ley de nuestro espíritu es la libertad, no se puede fundar sociedad durable contra la ley de nuestro espíritu, como no se puede fundar edificio

alguno contra la ley de la gravitacion. El gran sacerdote del socialismo en la antigüedad es el filósofo de los eternos ideales, de las eternas armonías. Su espíritu, que como el águila, solo reposa en las alturas, ha sondeado el cielo, ha visto á Dios; pero no ha conocido la tierra, no ha visto el hombre. Así es que su idea reina en la ciencia abstracta; pero no reinará nunca en la sociedad. En él está la eterna teología del socialismo. A duras penas saldrá de este círculo. En la naturaleza hay tres metales; oro, plata y hierro; en el alma tres facultades, razon, voluntad y sentimiento; en la sociedad tres clases, los que piensan, los que pelean, los que trabajan; los filósofos, los guerreros, los artesanos: y así como en el alma, la razon debe mandar en la voluntad, y la voluntad en las pasiones; en el mundo, el filósofo debe mandar en el guerrero, y el guerrero en el trabajador; y los tres, para cumplir la justicia en sus mútuas relaciones, fundar un Estado fuerte, poderoso, y que sea el padre, la madre de todos; el hogar y la familia de todos; el altar del pensamiento, y el templo de la conciencia de todos; Estado formidable, que posea los derechos; que regule el trabajo; que funde la familia; que eduque á los niños adiestrando en la gimnasia sus cuerpos, en la música sus almas; y mate, como contrario al bien, todo sentimiento individual, á cuyo fin debe poseer la propiedad, uniformar el amor y la paternidad; censurar las ideas, dictar su fé á la conçiencia; y unir tan fuertemente los ciudadanos entre sí, como están unidas las primeras partículas de la materia en el seno de los cuerpos, ó las primeras ideas universales en la inteligencia de Dios. Y mientras aquel hombre extraordinario vagaba por las alturas del socialismo, de la utopia imposible; el mundo, que él queria modelar en su pensamiento, se dirigía por otro camino, se dirigía hácia Alejandro para destrozar el Oriente y matar la casta; se dirigía hácia Roma para fundar la familia y la propiedad; se dirigía hácia el cristianismo para crear la eterna libertad humana; se dirigía hácia el mundo germánico, que con su fuerte espada habia de cincelar, sobre las ruinas del antiguo socialismo, el boceto rudo pero inmortal de la personalidad humana.

Lo cierto es que el socialismo se presenta con especialidad en las naciones latinas, revestido de un carácter que señala bien á las claras la reaccion, cierto espíritu á la antigua, mal capitalísimo, donde radica su incurable impotencia. Pedir hoy al Estado la solucion del problema social, como en tiempo de los Gracos, es pedir un desvarío. La democracia moderna sabe aminorar los males sociales; pero no por el procedimiento antiguo, sino por el procedimiento de la libertad. ¿Creeis, trabajadores, que el Estado es como el cielo? ¿Creeis que convertirá en bienes vuestro sudor, cuando se lo entregueis, como la atmósfera convierte en lluvia las evaporaciones del mar? El Estado no podrá hacer cosa alguna sin exigir grandes tributos, y no podrá alcanzar esos grandes tributos sin que salgan del producto de vuestro penoso trabajo, sin que mermen vuestro mezquino salario. No espereis, pues, la solucion del problema social del Estado, como sucedió en Roma. Y, sin embargo, estadme atentos, y vereis que aun en Roma, si el problema social se hubiera resuelto por la libertad, acaso no vinieran los tristes dias del imperio, la muerte infame de la ciudad eterna, convertida por la libertad en severa reina de las naciones, y convertida por el socialismo en inmunda prostituta, hecha una llaga, espirando sobre un estercolero.

Roma se fundaba sobre la conquista. El último y el más individualista de los pueblos antiguos, se basaba sobre la propiedad. Desde los tiempos de Numa, la propiedad tenia un carácter sagrado. Por esta naturaleza de la propiedad, fué imposible allí la tantas veces intentada reaccion hácia las castas. Pero, basada Roma en la conquista, la propiedad

habia sido conquistada por todos. De aquí, aparte de la propiedad quiritaria, guardada celosamente por el Dios Término, la existencia del ager público, de la tierra pública, que en realidad debia ser de todos los guerreros, de todos los que habian contribuido á las conquistas. Pero por medios que no son del momento referir, los patricios y los caballeros habian acaparado las tierras que eran de todos, que habian sido ganadas por todos, que debian, por consecuencia, tener todos. Los Gracos no pedian la destruccion de la propiedad; bien al revés, pedian la creacion de la propiedad. En realidad, querian destruir la inmensa confiscacion de la propiedad por el Estado. Y allí, el problema social no tenia mas que el término de la propiedad. No existia el término del trabajo. El único trabajador era el esclavo. Pero el esclavo no era hombre, era casi como el buey del campo, como el perro de la casa. Los patricios habian convertido sus propiedades en prados; la tierra de labor en tierra de pasto.

Y así, solo necesitaban un esclavo que guardase sus ganados, esclavo á quien ni siquiera daban de comer, dejándolo entregado á la fatalidad, al sustento que pudiera procurarse en los campos. Así, en Roma, donde no se conocia en los tiempos en que el problema social aparece, no se conocia el trabajo como entre nosotros, el problema social tenia dos soluciones; la solucion democrática, que hubiera consistido en desamortizar el campo público y convertir al ciudadano en propietario y trabajador de ese campo; la solucion socialista, que hubiera consistido en dejar la propiedad en manos del Estado y alimentar al pueblo ocioso con los productos del fisco. Imaginaos que se hubiera adoptado la primera solucion, la solucion democrática. La democracia se hubiera conservado; los tiempos del agricultor Cincinato hubieran vuelto; el ciudadano, alejado de la ociosidad, convertido á cultivar su tierra, se hubiera preservado del vicio que lo devoró; las grandes virtudes republicanas, que no anidarán nunca en el alma de los esclavos, hubieran traido la salud del mundo; y el tránsito de una edad á otra edad de la historia, acaso no hubiera necesitado nunca de aquella catástrofe de los bárbaros, que fué como el cauterio aplicado á la corrupcion universal, traida por aquel monstruoso Estado, que convirtió la humanidad en la impura manceba de Heliogábalo. La solucion democrática era fácil; respetar la propiedad privada, desamortizar la pública propiedad.

¿Pero qué solucion sobrevino? ¡Ah! Sobrevino la solucion socialista. Sobre la ruina de la libertad, sobre la ruina del arte, sobre la ruina de la República, se levantó un hombre que era cónsul, tribuno, dictador perpétuo, imágen fiel del Estado, inmenso, infinito; y aquel hombre era el jefe de las legiones, el oráculo del derecho, el sumo pontífice de la religion, el juez supremo y el supremo artífice; el que convertia los senadores en sus cortesanos, los soldados en sus gladiadores, Roma en el lecho de sus placeres, los pueblos en sus esclavos, el mundo en su palacio, el cielo en su cómplice; porque aquel César, ora astuto, ora asesino, ora ladron, ora voluptuoso; siempre desesperado, en medio de las mayores grandezas; siempre vicioso, aunque le hubiera dotado naturaleza de las mayores virtudes; al creerse un Dios, al condensar en su frente el espíritu humano, convertíase en asqueroso bruto, que, á manera del cerdo, vivia revolcándose en la inmundicia.

Pues bien; ese César hizo todo lo posible por el pueblo, todo. Sacrificó á sus plantas la aristocracia, lo emancipó de la aspereza del trabajo, levantó casas para alojarlo, fundó una inmensa alhóndiga donde le repartia su racion diaria de trigo, construyó baños como no los tendria hoy un rey, cubrió con toldos de púrpura el techo de sus teatros, con polvos de minio y oro sus circos, cazó leones en la Numidia y hombres en los Alpes, para darle luchas de fieras y de gladiadores; pero le quitó la libertad, y aquel pueblo, harto de

pan y necesitado de justicia, se debilitó, se corrompió, no pudo sostener en sus manos ni la espada ni el arado, llegó á la estenuacion del cuerpo, á la imbecilidad del alma; y un dia vinieron hombres valientes aunque no tan felices; más grandes porque eran más libres; y arrojaron de sus palacios á aquel pueblo, que al esclavizarse por un pedazo de pan, se convirtió de pueblo de héroes en pueblo de prostitutas.

Trabajadores: despues de este grande ejemplo, no hay que buscar el bien del trabajador en la esclavitud, porque encontraremos su miseria. No lo dudeis; el trabajo principal de la democracia es procurar vuestra emancipacion y asegurar vuestro derecho. Representa en la historia progresiva del mundo el momento feliz en que el estado último, proscrito tantos siglos, y marcado con la ignominia, aparece en la sociedad, reclamando la libertad que le pertenece de justicia. Ciertamente, una sociedad no es grande, no es hermosa por tener formidables escuadras, numerosos ejércitos, lujosas aristocracias, muchos magnates, sino por el grado de bienestar que gozan esas clases trabajadoras que la sostienen con sus fuertes brazos. Importan poco los palacios del Oriente, los jardines aéreos, las torres frisando con las nubes, las ciudades encantadas, los muros teñidos con los colores del iris, si al pié de tantas maravillas se consumen, arrastrando sus cadenas, generaciones de esclavos. Vosotros, pobres trabajadores, que continuais las obras de Dios, que pulís el planeta, que arrancais las espinas á sus campos, que tejeis las fibras de las plantas y el vellon de los corderos para cubrir nuestra desnudez, que herís el suelo haciendo brotar por do quier los manantiales necesarios para la vida; vosotros mereceis ser libres é iguales en el derecho, para continuar con dignidad la obra maravillosa de infundir el espíritu humano por todos los poros de la tierra.

Pero no querais una sociedad en que sea preciso herir en vuestro favor ninguna de las manifestaciones de la libertad, porque al herir la libertad, os herís á vosotros mismos en vuestros derechos. La ley de la naturaleza humana es una, y si creeis que merece más libertad el pensamiento que el trabajo, la actividad intelectual que la actividad material, como creen los socialistas, os exponeis á que renazcan á vuestros piés aquellas castas antiguas que os condenaban á eterna inferioridad moral, y con la eterna inferioridad moral á perdurable hambre. Las asociaciones comunistas han pasado, han muerto. El espíritu ascético de la Edad Media las creó fuertes y poderosas; les dió templos para orar, bibliotecas para instruirse, campos para trabajar, magníficas viviendas que eclipsaban los palacios de los reyes; y si durante el tiempo que no se oyó en la historia la voz de la naturaleza, ni en el espíritu del hombre el sentimiento individual, pudieron vivir en armonía con la civilizacion, así que vino el siglo del renacimiento decayeron, y se aniquilaron así que vino el siglo de la revolucion. Y es porque todo el movimiento de la civilizacion, todo el trabajo de la historia converge por una ley ineludible á crear esta personalidad humana, fuerte y poderosa, superior á todo cuanto la rodea, grande si es soberana de sí misma, porque solo á este precio es digna, y soberana de sí misma solamente cuando es libre.

No se me oculta que la libertad tiene sus males. Pero ¿dónde en la naturaleza humana, que por todas partes choca fatalmente con el límite, dónde no estará el mal? El dolor entra como una cantidad necesaria en la vida moral, y el mal entra en la vida material. Además, que el mal absoluto no existe; y así como de todas las leyes de la naturaleza, aun de aquellas que nos parecen más crueles, resulta el bien; de todos los efectos de la libertad, aun de aquellos que nos parecen más subversivos, resulta á su vez el bien. No hay nocion superior de bien á la que consiste en

asegurar que cada sér lo realiza cuando cumple su fin. Pues el hombre no puede cumplir su fin sin el medio propio, universal de su accion, sin la libertad. Luego la libertad es, no lo dudeis, la condicion primera de la vida. Esto es tan cierto, que donde la libertad no existe, ¡ay! no existe la vida. Mirad lo que ha hecho el trabajador libre de las ásperas selvas del Norte de América. Un paraiso. Mirad lo que ha hecho el trabajador esclavo, el trabajador mahometano de las más hermosas regiones de la tierra, del Bósoro, del Norte de África, de las islas griegas. Un desierto. ¡Oh libertad! Al maldecir de tí maldecimos como el blasfemo de nosotros mismos; al renegar de tí renegamos como el suicida de nuestra misma vida.

Los Estados, cuando no se limitan á asegurar la coexistencia de todos los derechos, violan en su interés propio alguna manifestacion de la libertad. Y hé aquí la principal desconfianza que me inspiran sin excepcion todas las escuelas socialistas. No pueden fundar sus arbitrarias teorías sin una rehabilitacion del Estado; no pueden rehabilitar el Estado sin volvernos á los tiempos del absolutismo. Cuando declaran á la libertad impotente para curar vuestros males, para dulcificar vuestros trabajos, para promover vuestro crédito, para activar vuestro tráfico, declaran á la libertad poco ménos que inútil. Así educan generaciones de esclavos. Cuando declaran que el Estado sólo puede organizar el trabajo, organizar el crédito, declaran al Estado superior al derecho, al Estado superior á la libertad, Así restauran el absolutismo. En aquellos tiempos en que se creia que el Estado era dueño de una ciencia infusa y llevaba en sí un derecho superior divino, de tal suerte, que los hombres le acataban como la imágen de Dios sobre la tierra, en los tiempos del absolutismo, se explica fácilmente que los hombres creyeran al Estado con una ciencia superior para sondear las llagas sociales, con un remedio superior para curarlas. Pero hoy que vamos á todo andar, á reintegrarnos á costa del Estado en todos nuestros derechos; hoy que proclamamos la libertad de pensar porque no creemos en su infalibilidad; la libertad de enseñanza, porque no creemos en su ciencia; la libertad de asociacion, porque no creemos en su omnipotencia social; la libertad del trabajo, porque no creemos en sus fuerzas; hoy seria indigno que le confiáramos la solucion del problema indudablemente más complicado y difícil, de aquel que no puede resolverse sino con la ciencia de todos, con el derecho de todos, con las fuerzas de todos, con la libertad de todos, con el capital y el trabajo de todos; por toda la sociedad libremente desarrollada en todas las direcciones de la vida. El progreso ha hecho que el hombre sea cada dia más dueño de sí mismo; que delegue cada dia en el Estado ménos facultades y ménos derechos. ¿Y quieren los socialistas que delegue en el Estado el derecho de procurarse el crédito, de procurarse el trabajo, de procurarse el sustento? Entonces el progreso es mentira, la revolucion un delirio; la democracia una escuela no de hombres, una escuela de esclavos.

Así, notadlo: los fines socialistas podrán ser muy buenos y muy santos, pero los procedimientos, los medios son todos absolutistas, todos, por consiguiente, inadmisibles. Y como los medios, los procedimientos son malos, quiere decir que el absolutismo, en su fondo, es socialismo; y el socialismo es absolutismo. Importa poco que se ponga á servicio de la aristocracia ó del clero, ó de los antiguos reyes, ó del pueblo; como es el mal, ha de dar el mal; que en la sociedad y en la naturaleza cada ser engendra su semejante, cada semilla dá su fruto. Investigad uno por uno los medios, los procedimientos socialistas y decidme: cuál hay que no sea absolutista, cuál hay que no sea conocido en la sociedad abandonada ya por la revolucion. Recorramos algunos al acaso. El dominio del Estado sobre

la propiedad, es una teoría socialista. ¿Qué otra cosa propone el autor de la Icaria, sino la abolicion de la propiedad individual? ¿Qué otra cosa el mismo autor de la organizacion del trabajo, cuando pide que las sucesiones colaterales sean abolidas, y pase la herencia en este caso al fondo comun social? ¿Qué significan las interpretaciones simbólicas dadas por el autor del libro *La Humanidad* á los nombres de los patriarcas sino una reseña de los graves males que, segun él, trae la propiedad? ¿Qué significa aquella especie de pontificado industrial de los sansimonianos, el cual puede disponer de las personas y de las cosas? ¿Qué el grito, aun resonante, que nos ha dicho: disminuye la propiedad, á medida que aumenta la libertad? Significa, en último resultado, la confiscacion de la propiedad por el Estado, á título de su dominio superior y eminente. Pues bien, esta teoría, es la misma teoría absolutista. Los reyes antiguos disponian á su arbitrio de la propiedad de la tierra. El menor delito político lo castigaban con la confiscacion de los bienes del culpado. Repartian tierras entre sus cortesanos. Por un capricho estético, confiscaban un campo, una casa. Apoderábanse, como hizo varias veces Felipe II, hasta de las naves que venian de América con dinero para los particulares. Mirad, pues, si no tengo razon, al deciros que en el fondo del socialismo se encuentra el absolutismo. La eterna honra de la democracia, es haber escrito entre los derechos fundamentales, lo mismo en la revolucion de 1777, que ha creado la democracia americana, que en la revolucion de 1789, que ha creado la democracia europea, la propiedad. La eterna honra de la democracia, es haber prohibido para siempre la confiscacion, expulsada ya de todos los códigos modernos. ¿Quereis volver á los tiempos en que la propiedad estaba á merced del Estado? Entonces habeis quitado todo aliciente al trabajo, todo encanto al ahorro; habeis destruido la consanguinidad entre vuestro organismo y la naturaleza; habeis interpuesto una sombra maldita entre vuestro fecundo trabajo y la tierra, esa eterna madre, en la cual prende el espíritu por la raíz de la propiedad. No es posible que, vosotros, ¡oh trabajadores! vosotros, los soldados de la libertad, hiciérais retroceder al mundo en su camino.

Otro de los procedimientos socialistas, es la organizacion del trabajo. No les basta la ley de la libertad para ordenarlo; necesitan otra ley que llama el socialismo justicia, y que realmente es la arbitrariedad del Estado. La organizacion del trabajo: hé aquí la palabra de órden del socialismo. En el mundo que ha señalado el más activo de todos los socialistas, no hay propiedad, ni moneda, ni compras y ventas; la comunidad recoge los frutos de la tierra, los productos del trabajo, y á cambio de ellos, instruye, alimenta, viste, aloja á todos los ciudadanos. Otro socialista dice. ¡El Estado es el reguladór supremo de la produccion, y debe hallarse revestido para cumplir este fin de un poder muy fuerte! ¡El Estado, investido de ese poder! ¿Con qué derecho nos quejaremos hoy si tal teoría admitimos, de que arranque brazos con la quinta á la agricultura, de que estanque las materias indispensables para la vida, como la sal, de que nombre los maestros, y expida títulos para todas las profesiones, abrogándose una capacidad superior á la capacidad de todos los hombres?

Pero, ¿á qué hablo de hoy? El socialismo no es solamente conservador, es algo más que eso, es tambien reaccionario. El antiguo absolutismo entregaba al Estado la facultad omnímoda de organizar el trabajo. El antiguo régimen vendia el derecho de trabajar; decretaba los oficios que cada cual podia ejercer; obligaba por la corvea á la sustitucion; nombraba los maestros, y de esta suerte organizaba el trabajo; y al organizarlo completamente lo aniquilaba. Si esa organizacion del trabajo por el Estado es justa, es de derecho, volvamos pronto, volvamos sin repugnancia

al siglo décimo-cuarto, y veremos á D. Pedro el Cruel negando á sus vasallos el andar valdíos en los caminos; mandando á los zapateros cómo han de hacer los zapatos, segun sean de cordoban, de lo dorado; á los alfayates, cómo han de tejer los paños, segun sean de tabardo ó capirote; á los remendones, cómo han de ser de recias las suelas; y á los carpinteros, ferreros, armeros, acicaladores, cómo han de realizar su trabajo, y á todos el precio de ese trabajo; llegando así á una organizacion bárbara, bajo cuyo peso el alma solo encontraba esclavitud y el cuerpo hambre. No hay diferencia esencial entre esta organizacion y aquella que proponia: 1.° La distribucion en cada municipio de los ciudadanos por clases. 2.° El nombramiento de magistrados destinados á cuidar de los trabajadores. 3.° La determinacion por la ley de las horas de trabajo. 4.° La aplicacion de las máquinas por la administracion pública. 5.° La inspeccion de los trabajadores por la administracion municipal, que deberá á su vez informar á la administracion suprema. ¿No os asfixiais en una sociedad semejante á una sociedad absolutista; vosotros tan libres? No es el trabajo reglamentado, el trabajo convertido en máquina, el trabajo que lleva el trabajador al taller como el pastor lleva al buey á la coyunda; no es ese trabajo esclavo el que ha escudriñado con el telescopio los cielos; el que ha vinculado en unas letras la inmortalidad del pensamiento; el que ha medido la gravitacion universal y ha pesado el aire, y ha encontrado los gases, y ha infundido alma á la materia con el vapor, y ha dado á la palabra alas con la electricidad, uniendo los continentes, anticipando el dia de la comunidad de ideas y de derechos entre los hombres, no; el que ha hecho todas estas maravillas es el trabajo libre, que ha de ser la redencion del trabajor, el hermoseamiento y la perfeccion de la tierra.

Y lo que digo de la organizacion del trabajo por el Estado, digo de la organizacion de las asociaciones por el Estado. No hay principio tan fecundo como el principio de asociacion. El trabajador aislado, sucumbe. No puede solo resistir á las exigencias del capital. El capitalista tiene interés en que mengüe el salario. Pero asóciese el trabajador con sus hermanos, y verá como se alivia su triste suerte, su dura condicion. Podrá poner por sí mismo el precio del trabajo; podrá señalar sus horas; podrá tener una caja de ahorros á poca costa, y encontrar en ella apoyo en la vejez, algun recurso para su viuda, alguna esperanza de que sus hijos, mientras sean niños, han de hallar, si muere, en la asociacion recursos y amparo. Estos resultados de la libre asociacion no son utópicos, no. Se han realizado. En Inglaterra comenzaron en 1843 las sociedades cooperativas. Aquellas sociedades no pedian apoyo ninguno al gobierno, ni un céntimo al Tesoro. Cada trabajador dejaba en un fondo siete cuartos por semana. Pues con estos siete cuartos llegaron á su redencion por sí mismos. Imaginaos lo que os exige un gobierno por asegurar vuestro trabajo; imaginaos cómo grava con los consumos el pan de vuestra mesa; imaginaos cuantos empleados, cuantos burócratas sostiene con el sudor de vuestra frente; y decid luego si no es próvida la asociacion voluntaria que os promete la democracia. Esas asociaciones inglesas comenzaron con 28 socios y un capital de dos mil reales, y á los diez y ocho años tenian 4.000 socios, y un capital de más de cuatro millones de reales. Mirad en cambio lo que hicieron los talleres nacionales franceses: aquellos talleres socialistas, fundados por el Estado, mantenidos por el Estado. ¿Qué hicieron? Fomentar la pereza, comprometer el trabajo individual, producir malo y caro, perturbar las leyes económicas, subventar la sociedad, y cansar de tal modo á los trabajadores mismos, que prefirieron el mañana inseguro, el pan incierto, el trabajo forzado, al amargo pan del socialismo, como el ave prefiere á la jaula de oro y al regalo de la escla-

vitud, el cielo azul que le convida con el bien de la libertad. Reglamentad las asociaciones por la fuerza del Estado, y tendreis tambien otra institucion absolutista; los antiguos abolidos gremios donde no habia trabajadores, sino siervos.

Imaginaos que el socialismo lograba todas las maravillas posibles. Imaginaos que fundia la nieve del polo, poblaba los desiertos de África, convertia en limonada gaseosa el mar, acercaba el mayor número de ástros á nuestros hemisférios, levantaba el Eden perdido sobre la tierra, bordaba con una primavera eterna los campos, suprimia la lucha, el dolor, la pena; alcanzaba alas como las del águila para nuestro pesado cuerpo, medios de subir de esfera en esfera hasta el sol de los soles; el néctar de los dioses para apagar nuestra sed, la ambrosía para satisfacer nuestra hambre; trasformar nuestro organismo en una forma tan bella como la forma de las estátuas clásicas; darnos la serenidad límpica; difundir por nuestras venas todos los placeres que hay derramados por el Universo; si para esto nos numeraba como esclavos, si hacía del trabajo una fuerza ciega; bien podíamos decirle: aparta, es mejor que el dominio sobre miriadas de soles y de planetas, la austera libertad.

# CAPITULO VI.

## RESEÑA DE LAS PRINCIPALES ESCUELAS SOCIALISTAS EN FRANCIA.

Ya lo hemos dicho: la democracia francesa ha tenido escuelas que, además de la reforma política, y sobre la reforma política, se han propuesto la reforma social. Imposible negar que una idea es una série de ideas, y que en la idea revolucionaria se encuentra virtualmente contenido el término económico y social, indispensable á la emancipacion de los pueblos. Todos los grandes movimientos históricos han sido movimientos económicos y sociales. El imperio romano destrozó la propiedad tal como la concebia y la gozaba el patriciado; la aparicion del feudalismo se enlaza con una soberanía y una jurisdiccion territorial; la corona, para erigir su autoridad sobre todas las autoridades, crea los realengos, y se incorpora los feudos; el municipio no hubiera engendrado el estado llano, ni roto la servidumbre del terruño sin los propios; la revolucion contra la monarquía ha destruido el patrimonio real; la revolucion contra la aristocracia ha destruido las vinculaciones; la revolucion contra la iglesia ha destruido la amortizacion. La grande evolucion social que la democracia engendra, seria incompleta si no emancipase económicamente al pueblo.

Miles de síntomas anuncian que, sin destruir la propiedad individual, necesaria á la personalidad, puede el derecho, la asociacion, el sufragio universal, llegar á la emancipacion económica del pueblo. Pues qué, ¿por la cooperacion no se emancipa el trabajo del capital? Pues qué, ¿por la cooparticipacion no puede llegar, no debe llegar el trabajo á convertir el salario en dividendo? Pues qué, ¿por la asociacion, que recientemente conquistada, no ha servido aun mas que para la guerra económica, no se llegará á la armonía entre todos los intereses? Yo lo espero, lo espero de la fecundidad de nuestros principios.

Mas no lo espero de utopias que, pretestando emancipar al trabajador, erigen locamente un estado fuerte, y le encargan el confundir á los hombres en lo más repug-

nante á su naturaleza, en el comunismo, ó por los conjuros del pontificado industrial, ó por las fuerzas de la gerarquía burocrática, ó por la autoridad de poderes invasores, ó por el aumento de la centralizacion y del presupuesto, medios todos reaccionarios que caen como pesada cadena sobre las espaldas del pueblo. Yo sé que la utopia es eterna. El género humano solo orea su rostro, solo seca sus lágrimas á la brisa de la esperanza. Hasta en la sociedad antigua, donde reinaba la desesperacion y donde era frecuentísimo el suicidio, alzábanse siempre sobre todos los dolores, sobre todas las ruinas, como la forma de una ilusion eterna, esas májicas sibylas, cuyos ojos, gastados de mirar lo porvenir, entreveian en sus celajes el vuelo de ideas que pasaban por la conciencia, henchidas de consoladoras promesas. La utopia es eterna. Yo he visto que el mundo antiguo no sentia sobre sus párpados el sueño de la muerte sin que sintiera sobre su corazon al mismo tiempo el anhelo de la renovacion, expresado en los inmortales versos virgilianos: yo he visto que entre las irrupciones de los bárbaros, terribles como las catástrofes geológicas, flotaba la ciudad de Dios; yo he visto que sobre la frente encorvada del siervo pasaban por el año mil con los terrores del supremo juicio, las promesas de la bienaventuranza, como esas nubes que fingen figuras fantásticas, cuando las encienden los rayos del sol en su ocaso. Yo no niego la esperanza social. Mas yo repugno que se puedan encerrar en el programa de la República todas estas esperanzas raras, contrarias unas al progreso, opuestas otras á los derechos individuales, peligrosas todas á la paz de la democracia, porque si prometemos lo imposible, lo inverosímil, lo absurdo, el dia de la República, en vez de ser el dia de la redencion, será el dia del desengaño y del desencanto. No olvidemos que los deletéreos efectos de esta cosmogonía sensual devastarán las almas de las clases trabajadoras, al punto de convertirlas á una indiferencia por la libertad, por la democracia, por la República, bienes baladíes en comparacion á los bienes materiales guardados en las utopias. Y cuando viene el dia siniestro, el 2 de Diciembre, el tirano, puede impunemente clavar su puñal en el corazon de Francia, porque el pueblo imagina, pervertido por la utopia socialista y por la leyenda imperial, que los diputados perseguidos, acosados, presos por la soldadesca, solo defendian sus veinte francos diarios al defender la soberanía herida de la Asamblea, y la majestad hollada de la República.

Todas escuelas socialistas demuestran, á pesar de su aparente contradiccion, que la idea republicana en Francia tiene grande vitalidad. Ochenta años han pasado de la primera República; seis veces se ha querido restaurar la monarquía ó aliarla, ya con la libertad por medio del sistema doctrinario, ya con la democracia por medio del régimen cesarista, y siempre se ha venido á tierra obra tan frágil. La República ha nacido de la voluntad expontánea del pueblo mientras que ha nacido la monarquía de la fuerza incontrastable del ejército. Si se exceptúa Julio de 1830, en que las muchedumbres fueron deslumbradas por Lafayette, proclamando en Luis Felipe la mejor de las Repúblicas, siempre ha venido la monarquía á Francia, ó por golpes de estado, ó por extrañas intervenciones armadas. La monarquía cesarista nació el 18 Brumario de una conjuracion militar. Los cosacos llevaron colgada de las crínes de los caballos del Don la corona de San Luis á las márgenes del Sena. Otra insurreccion militar restauró el Cesarismo; y otra intervencion armada y extranjera la monarquía legítima. Diez y ocho años habian al parecer arraigado el sistema doctrinario, cuando lo mató el lijero viento de las nuevas ideas levantado en Febrero de 1848. Napoleon cayó en Sedan porque habia siempre vivido en medio de París, como los conquistadores en tierra mal sometida, receloso y acampado. Efectivamente, la pérdida de la libertad solo

condujo á la decadencia intelectual y moral de Francia, á la ereccion de una política bizantina, á guerras sin sentido, en las cuales se favorecia la unidad de Italia y Alemania para convertirlas en enemigas implacables con el veto puesto á la una de llegar al Tiber y el veto puesto á la otra de atravesar el Mein; lo cual era tanto como unirlas y armarlas á ambas contra Francia. La demencia llegó al extremo de intentar que el cesarismo extendiera su letal sombra en América, en el continente de la libertad. Napoleon estaba destronado en la conciencia pública antes de que cayera prisionero en Sedán. El 4 de Setiembre de 1870 no fué más que la palabra reveladora de la idea que vibraba en todas las conciencias: el destronamiento de los Napoleones y la proclamacion de la República.

Y á pesar de este determinado carácter de Francia, ¡cómo se han malogrado todos los esfuerzos de los republicanos! ¡Cómo han crecido pobres, entecas, nuestras repúblicas, expuestas á morir al menor viento de reaccion! Yo atribuyo este resultado en su mayor parte al influjo letal de las escuelas socialistas. El socialismo engendra una doble corriente opuesta á la República. Inspira á las clases acomodadas que tienen la riqueza, y por ende el poder material y la influencia, terror á las reformas; inspira á las clases populares ilusiones sin realidad, deseos sin satisfaccion, esperanzas seguidas de inmediatos desengaños. Y de aquí proviene una reaccion, del terror de las clases acomodadas, reaccion que no contrastan las clases populares, porque les ha quitado toda fuerza la tristeza de sus desengaños.

Y para convencerse de estas verdades no hay como estudiar el desarrollo de la idea socialista en Francia. En la primera revolucion, la idea socialista comenzó á tener importancia cuando la perdió por completo la idea republicana. Reinan los últimos de los convencionales: todo se ha extinguido en aquella Asamblea; la elocuencia de los girondinos, la audacia de los montañeses, la fé de los jacobinos. Las grandes eminencias han desaparecido derribadas por el hacha del verdugo; y solo queda la monotona llanura que sacrifica á todos los partidos con su frio implacable egoismo.

Y á medida que la República se iba perdiendo, los republicanos se iban dando desenfrenadamente á la utopía. Y esta tendencia tuvo su representacion más genuina en la persona de Babeuf, que unia al fanatismo en las ideas, la energía en la accion. Despues de haber escrito en la prensa y de haber proclamado en los clubs una série de principios opuestos á la propiedad individual, consagróse por completo á implantar esta série de principios en la realidad, abriendo los surcos á la semilla de sus ideas con el instrumento de las revoluciones. Los vencidos, los proscritos de las Asambleas, los jacobinos dispersos, los que no habian acertado á conservar la República, se creian con fuerzas para realizar la utopia, y se congregaban en torno del tribuno. Allá, en la plaza del Panteon, merced á las disposiciones de la Constitucion del año tercero, se amontonaban en clubs, donde podia haber debates, pero donde no podia haber ni presidencia, ni mesa. Así todos los congregados hablaban á un tiempo en la mayor confusion y desórden. Mas no obstó este desórden á que redactaran un verdadero código en que negaban la propiedad y proponian una especie de reparto de las tierras entre los ciudadanos y sobre todo, entre los buenos ciudadanos, que eran los conspiradores. Los oficiales de reemplazo, las tropas licenciadas por la reaccion termidoriana, los jacobinos náufragos y dispersos; todos los elementos de perturbacion que encerraba aun París, una especie de ejército que ascendia á más de diez y siete mil hombres, se juramentaron para intentar radical revolucion y sustituir los códigos políticos, ya anticuados con el Código de la Naturaleza. Estaban convenidos los estatutos, trazados los programas, apercibida la gente, arreglada

la insurreccion, preparados los que habian de sonar la trompeta sobre aquel dia último de la sociedad, y los jefes señalados á las huestes organizadas, cuando el general Bonaparte disolvió el Club, y el Directorio mandó á Babeuf á la cárcel, y de la cárcel á la guillotina, donde murió como se moria en la revolucion francesa, con verdadero heroismo. Pero indudablemente ¡qué de fuerzas perdidas para la conservacion de la República! ¡Cuánto pábulo dado á la reaccion; y cuántas esperanzas á las restauraciones monárquicas! Acaso uno de los actos que más contribuyeron á la dictadura de Bonaparte fué el haber disuelto el club del Panteon y el haber sosegado las alarmas de los propietarios. El demagogo habia extremado las ideas de sus maestros. Mientras en el Código de la Naturaleza se reservaba solamente el presidio á los partidarios de la propiedad; en los planes de Babeuf se les reservaba la guillotina.

¡Error de los errores! Si el hombre crea, el hombre tiene derecho á conservar su creacion, á gozarla, á disponer de ella, no solamente para su sér individual, sino para la prolongacion de su sér en el tiempo y en el espacio, que es su posteridad. La propiedad y el trabajo forman el místico matrimonio de cuyo amor han brotado todos los bienes terrestres. Destruid la propiedad, y el trabajo no tendrá ni objeto, ni incentivo, ni premio. Destruid el trabajo, y la propiedad quedará estéril como el desierto. Unidlos y brotarán por todas partes bienes abundantes. Las escuelas socialistas quieren que los trabajadores suden para los que no trabajan; y los sóbrios se afanen para los glotones; y los económicos ahorren para los pródigos. No miran la parte que tiene el libre arbitrio en la pobreza, porque eliminan el principio moral por excelencia, el principio de responsabilidad. Cuántos han caido en la miseria por haber dispendiado grandes bienes en vergonzosos vicios. Cuántos han permanecido en la miseria, por no haber tenido ni la virtud del trabajo, ni la prevision del ahorro. Aun para los pobres por desgracia, aun para aquellos que son infelices por fatalidades naturales ó sociales, el comunismo es un remedio insuficiente, un remedio que en todas partes ha agravado el mal quitando dos virtudes: en los que tienen, la virtud de la caridad, y en los que nada tienen, la virtud del agradecimiento. Es verdad que se suprime esta terrible batalla de la concurrencia vital en que todos pugnan, en que todos derraman á torrentes sudor y á veces sangre, en que hay crímenes tan horribles como los crímenes de la guerra, en que el egoismo y la ambicion pasan sobre la debilidad y la pobreza con la misma serenidad olímpica con que un general pasa sobre montones de cadáveres; pero tambien es cierto que se sustituye á esta guerra por la vida el silencio de la muerte, la paz de los sepulcros, la igualdad con que los huesos se unen á los huesos y las cenizas á las cenizas en los cementerios. Donde ha reinado el comunismo, ha reinado la igualdad de la muerte. Así el asilo del comunismo es el desierto, ó las catacumbas. En cuanto ha entrado en la sociedad, se ha roto bajo la ley social más imperiosa, bajo la ley de la libre concurrencia.

Los tiempos que siguieron al terror y que precedieron á las escuelas socialistas, eran tiempos de efusion y de placer. La seguridad de vivir trastornaba los cerebros y encendia los corazones. Imaginaban los salidos de las cárceles, los resucitados de las tumbas, los redimidos de las amenazas extendidas sobre todos por la guillotina, que no vivian si no abusaban de la vida. Así, la sociedad tomaba una tendencia eminentemente sensualista. Y á esta tendencia eminentemente sensualista correspondia el nacimiento, el desarrollo de las escuelas sociales consagradas á la rehabilitacion del placer. Los tres grandes socialistas fueron prisioneros del terror: Babeuf, San Simon, Fourier. El primero, siempre de carácter apacible, aunque de ideas exageradas, y cuyas violencias antes deben imputarse al

exceso de males de su tiempo que al impulso de su propia conciencia murió por su doctrina. El segundo es uno de los caractéres más originales y de los pensadores más extraños que guardan los anales de la historia. En bien corta edad habia dado una muestra de su energía, porque educado en las ideas del siglo, se negó á recibir la primera comunion. Su padre, que era noble, grande de España y que se creia descendiente de Cárlo Magno, encerró al muchacho rebelde en pública prision, en la cárcel de San Lázaro. Despues, á los veintidos años, aparece en el Nuevo Mundo, cruzado de aquella legion de caballeros, que iban á pelear por la causa de la democracia en América con el mismo ardor con que habian peleado sus predecesores por el sepulcro de Cristo en Ásia. Vuelto de América, vino á España, donde se conservaban vivas las tradiciones de los servicios prestados por el más ilustre de sus antecesores, por el Conde de San Simon á la familia de los Borbones; y en España se consagró á estudiar en las orillas de nuestro seco Manzanares, problemas de canalizacion y de riego. En esto, sobrevino la revolucion, y aquel volcan de ideas necesariamente habia de atraer á sí un alma soñadora y un carácter arriesgado y aventurero. Aunque noble, latía su grande corazon por el pueblo, y en aras del pueblo sacrificó sus preeminencias sociales y sus heredadas prerogativas. Dudando de la fidelidad con que la aristocracia se adhiriera al nuevo régimen, propuso que no pudiese tener cargo alguno político, y habiendo sido él mismo designado para Alcalde, renunció por razon de su categoría y de su sangre. Presagiaba entonces que los descendientes de los Montmorencys no habian de vivir mucho tiempo en paz con los descendientes de sus esclavos y de sus siervos: que las diversas prosapias y los contrarios intereses romperian necesariamente en abierta y sangrienta guerra.

A pesar de sus ideas avanzadas, no se eximió de las persecuciones del terror. Y cuenta que ninguna parte directa ni indirecta tomara en las terribles luchas de jacobinos y girondinos. A su audaz pensamiento, á su inteligencia llena de aspiraciones más vagas, pero más humanitarias; á su corazon por el amor al pueblo henchido, á su carácter innovador pero místico, no cuadraban aquellas diferencias entre federalistas y centralistas, en cuyo seno hervia más un pensamiento de la antigua civilizacion pagana que un pensamiento digno del ideal señalado por la civilizacion al siglo, ideal, que debia renovar á Dios en el cielo y en la conciencia, al hombre en la sociedad y en la tierra. Prendieron á San Simon por sospechoso, y las sospechas se originaron de sus relaciones con un astuto diplomático prusiano, tachado universalmente de conspirador y reaccionario.

Nunca tuviera tal amigo. Juntaron sus fortunas para especulaciones, empresas, comercio; y el conde aleman se quedó muy bonitamente con la parte del conde francés. Este buscaba en el trabajo gloria; aquel, dinero. El buscador de la gloria despreció la materia. El buscador del dinero creyó que su consócio estaba suficientemente premiado con la satisfaccion de su conciencia y la cosecha de venidera glória. Salido San Simon de la cárcel, se refugió en Ginebra, y pensó en casarse. Inquieto ya porque le atormentaba la idea de la renovacion religiosa, proemio necesario para la renovacion social, trató de ofrecer su mano á Madame Stael, á la sazon tambien refugiada en Ginebra, con el fin de que cooperára, por el brillo de su estilo y el renombre de su pluma, á la divulgacion de las ideas sansimonianas. Pero al poco tiempo se casó con una jóven que dispendió su fortuna y con la cual solo pudo vivir á duras penas un año. Este casamiento consumó su ruina. Lo heredado y lo adquirido, todo desapareció en manos de su mujer y de su sócio. París iba á ser de nuevo su habitacion, porque allí creyó más fácil ganar su subsistencia y ocultar su miseria. Mas todo cuanto

pudo encontrar fué una ocupacion que le embargaba nueve horas al dia y le reportaba quince duros al mes. En esta gran miseria y en este ímprobo trabajo consumió su salud hasta el punto de quedarse en la mayor estenuacion y escupir diariamente sangre. Y sin embargo su inteligencia no se eclipsaba, su pluma no se detenia; llamaba á las puertas de las Tullerías, del Instituto, de la Sorbona, de los sábios, de los cancilleres y chambelanes, pidiendo atencion á su pensamiento, y brindándose á coadyuvar á la obra por excelencia del siglo, á la fundacion de una nueva Enciclopedia. Su familia, por fin, le dió una corta pension y con ella tuvo ménos inquietud por su suerte y más espacio para sus proyectos.

Pero ¡ah! que todos fracasaron. Lo más que lograba era alguna suscricion de los discípulos para publicar sus obras. Un dia, verdaderamente nefasto, entristecido por los recuerdos de lo pasado, amargadísimo por las zozobras de lo presente, desesperado de lo porvenir, viendo su hogar sin lumbre, su mesa sin pan, sus proyectos sin posibilidad de realizacion, depuso su reló sobre la tosca mesa de estudio, junto á su reló su pistola, señaló sereno la hora en que debia pasar de este mundo; y al sonar el minuto señalado, se disparó un pistoletazo al cerebro. La bala se le llevó un ojo y parte del cráneo; pero no se le llevó la vida. El cerebro pudo trabajar y pensar como en los mejores tiempos. De las siete postas con que habia cargado el arma, ninguna le entró en los sesos. Curóse, y consiguió que sus amigos redobláran sus atenciones y le dieran algunos recursos para la publicacion de sus obras. Pero al fin, los años y los trabajos vencieron aquella naturaleza tan poderosa y tan fuerte, que en luchas con la sociedad y el pensamiento habia consumido una gran parte de su vigor y de su sávia. En el lecho de la pobreza; rodeado de sus amigos del corazon y de la inteligencia; asistido por los primeros médicos de París; sereno, á pesar de que sabia á ciencia cierta las pocas horas de vida que le quedaban; departiendo sobre la renovacion social y sus resultados, sobre las revelaciones que aún guardaba el cielo, y las metamorfósis que habia de sufrir la tierra; viendo en idea la humanidad regenerada por su doctrina, entregó el alma al cielo, el cuerpo al planeta, con la plenitud de conocimiento y la serenidad de juicio que el sábio maestro de la antigua Grecia.

Esta doctrina, como todas las doctrinas socialistas, tiraba á destruir la naturaleza humana. Sombra que pasa un momento por el espacio, cae el hombre en el abatimiento, si no procurais en las leyes, satisfacer su sed de inmortalidad. Y hay dos instituciones en las cuales se sobrevive á sí mismo el indivíduo; la una es la familia y la otra es la herencia. Por la primera extiende sus sentimientos, y por la segunda sus obras allende la muerte. Si su familia no le interesa; si la suerte de sus hijos no le inquieta, ¡ah! tened por seguro que el hombre no se afanará en el trabajo ni se fortalecerá en el ahorro. ¿Qué le vá en dejar obras imperecederas si las deja en mitad del camino á la ambicion, á la audácia, á la codicia del primer ocupante, ó á la reglamentacion sin entrañas del Estado? Cuando el anciano encorvado sobre la tierra que le llama, vé sonreir á sus netezuelos, planta el árbol, que ha de dar sombra de consuelo en el estío á sus herederos, y sombra de agradecimiento en todo tiempo á su sepulcro. Y estas dos instituciones fundamentales de la familia y de la herencia eran destruidas por la doctrina sansimoniana. En realidad un poder irresponsable é infalible disponia de las personas y de las cosas dentro de esta nueva Iglesia. Este poder era un pontificado, que bien al revés del antiguo, tenia por objeto, no el dominio espiritual sobre las conciencias, sino el dominio material sobre la industria; no la rehabilitacion del espíritu redimido por el Cristo, sino la rehabilitacion de

la carne macerada por las penitencias de la Edad Media. A cada capacidad la juzgaba segun sus obras; á cada obra segun su mérito. Mas para juzgar la obra de las capacidades, y los méritos de la obra, no habia mas remedio que crear un poder destinado tarde ó temprano á convertirse en absolutismo, y en absolutismo teocrático. ¡Cómo! La Iglesia solo tenia que consagrarse á la religion; al juicio y aprecio de las buenas y las malas obras, segun el criterio moral; y necesitaba un Papa infalible y cuasi divino; un colegio de cardenales destinados á la asistencia del Papa; arzobispos en todas las grandes ciudades eclesiásticas rodeados de numeroso cabildo; obispos en las provincias, semejantes á las antiguas autoridades romanas; cura y vicario en cada parroquia; el instrumento de la confesion; el prestigio de las ceremonias, el sortilegio del arte; la facultad omnímoda de atar y desatar así en la tierra como en el cielo; el brazo del poder civil que constriñera á los remisos al cumplimiento del deber religioso y llevára á los relapsos al fuego de la Inquisicion; la obediencia de los emperadores, de los reyes, de los pueblos, la supremacía sobre el Estado; y una Iglesia nueva que había de poseer propiedades y personas; que habia de medir los grados de capacidad en cada indivíduo; que habia de estudiar y examinar sus obras; que habia de repartir entre estas obras el precio de su mérito; que habia de regular toda la vida, y habia de presidir al trabajo industrial del planeta, necesitaba con mayor razon Papas infalibles, poderes autoritarios, castas privilegiadas, aristocracias inmóviles, magistrados dependientes de los poderes públicos, delegados despóticos á la manera de los antiguos imperiales, una sociedad, en fin, que á título de renovar Europa, fuera como la resurreccion y el remedo del Asia.

San Simon creia que el mundo necesitaba lo mismo que el pueblo judío cuando se presentó Moisés; lo mismo que el pueblo romano cuando se presentó Cristo; lo mismo que el pueblo cristiano cuando se presentó Francisco de Asís; lo mismo que los pueblos modernos cuando se presentó Lutero; un verdadero innovador religioso, un profeta, que convirtiera las piedras en tribunas, que llegara con la espada invisible de su palabra á todos los corazones, que renovase la sangre y las almas, que viviera solo por su doctrina, por la predicacion de esta doctrina, por los apóstoles, por los creyentes y por los sectarios, hasta morir, si era posible, por su fé, como han muerto casi todos los redentores en el mundo. Despues de los sucesos ocurridos á fines del siglo décimo-octavo; caidas las cabezas regias desde las cimas de la sociedad á las tablas del cadalso; dispersos los sacerdotes y cerrados los templos; el culto á Dios reemplazado por el culto á la razon; las almas inciertas entre las antiguas y las nuevas creencias; la tierra sedienta de una lluvia de ideas religiosas como en aquellos tiempos en que el imperio romano desarraigara toda fé; el profeta habia estudiado la ley de la gravitacion cósmica y la ley de la gravitacion social; las trasformaciones de las especies y las trasformaciones de los pueblos; deduciendo la necesidad de un nuevo cristianismo que redimiera la materia como el primitivo cristianismo habia redimido el espíritu; pues así como durante la Edad Media, en todas las naciones reinaba la ley de variedad con el régimen del feudalismo, y sobre todas las naciones la unidad con el poder de los pontífices, ahora debe reinar la misma variedad en el régimen liberal, y sobre esta variedad la misma unidad en el poder supremo del Pontificado industrial, que dirija las sociedades á la plenitud de sus derechos y al cumplimiento de sus destinos. Pero toda esta sociedad, cambiados los términos, cambiadas las denominaciones, en su fondo es la misma sociedad antigua y dará los mismos resultados; la creacion de una aristocracia industrial y la esterilidad del trabajo sobre la faz de una tierra, desolada por la implacable reglamentacion del Estado y

yerta bajo la glacial autoridad de las castas, como el petrificado Oriente.

San Simon habia dicho una gran verdad en sus obras, á saber: que desposeyendo á Francia de sus cincuenta primeros sabios, de sus cincuenta primeros artistas, de sus cincuenta primeros industriales, de sus cincuenta primeros trabajadores, se la desposeia de todo aquello que realmente formaba su genio, mientras que desposeyéndola de su rey, de su príncipe heredero, de las princesas y delfines, de los chambelanes y camareros, de los duques y condes, en realidad, no perdia un átomo de peso, ni un matiz de explendor, ni una pulgada de grandeza. Esta idea y la idea del paralelismo entre la familia destronada de los Estuardos con la familia próxima á ser destronada de los Borbones, fueron los dos escritos más parecidos á dos actos políticos en toda su existencia. Y sin embargo, cuando muerto el fundador, creada la escuela, divulgados sus principios, organizada la asociacion, vino el sacudimiento de Julio, y con él nuevas esperanzas al corazon de las muchedumbres, y nuevas ideas á la inteligencia de los reformadores, tuvieron á gala en su mayor parte los sansimonianos afectar completa indiferencia. Para ellos el liberalismo no pasaba de ser un protestantismo negativo, y la salvacion de la sociedad estribaba en la teología industrial, en las sensuales revelaciones del nuevo Evangelio, en el organismo de las castas, en la Iglesia pontificia y teocrática llamada á sustituir el régimen católico-feudal de la Edad Media con el régimen cristiano social de los modernos tiempos, anunciados por el nuevo revelador que se llamaba San Simon.

Su doctrina no era pues una doctrina económica; era tambien una doctrina religiosa. El mundo debia dividirse en sabios, artistas é industriales. A los primeros les tocaba la direccion de la sociedad. Reunidos en colegio debian designar un Papa que se llamaba Padre. Pero el hombre solo era el ser individual, y no era el ser en toda su plenitud, no era el ser social. Componíase el ser social del hombre redimido y de la mujer rehabilitada. Al misticismo católico se oponia la rehabilitacion de la carne. A todas las funciones sociales debia presidir un matrimonio, un hombre y una mujer, porque solamente así la personalidad humana aparecia completa en el mundo y en la naturaleza. El discípulo por excelencia, el San Pedro del nuevo Cristianismo, el Padre Enfantin, que divulgaba la doctrina, que escribia diariamente innumerables cartas, que dejaba su oficio de comerciante por su oficio de revelador, que llamaba á todas las puertas, que hacia innumerables cuestaciones, que dirigía advertencias á unos, consejos á otros, lecciones y enseñanzas á todos, se habia elevado á la categoría de Papa. Jamás en los tiempos más místicos de la Edad Media, se consagró á un Papa católico el lírico lenguaje de cortesana adulacion que consagraban sus sectarios al Papa sansimoniano. Llamábanle Padre, luz del mundo, revelador de la verdad, espejo del cielo, alegría de los creyentes, regocijo de la tierra, gloria del espacio y otros loores dignos de continuar esta ridícula letanía. Celebraban ceremonias en que se vestian hábitos diversos, segun los diversos grados; en que se pronunciaban sermones henchidos de misticismo erótico; en que se cantaban himnos más notables por su claridad é ingenuidad, que por sus bellezas músicas ó literarias. El ministerio que dió á la mujer en sus reuniones; la rehabilitacion de la carne; la poderosa Iglesia que imitaba todo el vocabulario de las antiguas liturgias; las propuestas de suprimir la familia y la herencia; el carácter político que iba poco á poco revistiendo la secta, concluyeron por llevarla ante los tribunales y por escandalizar en el proceso á la opinion, en tales términos, que no pudo resistir al golpe airado del ridículo, y tuvo que morir rodeada de la odiosidad universal para ser enterrada en completo y desdeñoso olvido. Allá, cuando el imperio

francés se encontraba en el apogeo, y la democracia francesa en la proscripcion, todo el mundo señalaba á los sansimonianos como los acaparadores de las grandes empresas mercantiles, como los chambelanes del César, como los divulgadores asalariados del mesianismo bonapartistà, como los cortesanos retribuidos de la dictadura socialista, á cuyo calor rehabilitaron grandemente su carne, y satisficieron los apetitos de sus vientres.

Ya en este camino el socialismo no podia detenerse ante ningun obstáculo, ni dejar de intentar y difundir ninguna utopia. Tras el revelador, tras el sicofanta vino el hechicero, el mago, el Theurgo, que quiso para cambiar las condiciones sociales, cambiar tambien las condiciones cosmológicas, arrojar en los espacios una nueva creacion donde pudiese vivir y desarrollarse la humanidad regenerada. Las ciencias todas debian cambiar radicalmente. Nuestro globo tendria expléndidas noches y bellísimos satélites no soñados por los poetas; las aguas del mar, perderian su amargo dejo, endulzándose súbitamente al contacto de los nuevos agentes químicos diseminados por los aires; cada hombre aumentaria sus órganos corporales y sus facultades perceptivas, comunicándose por medio de corrientes magnéticas con todos los ciudadanos del planeta; la moral cambiaria de base, y en vez de refrenar las pasiones, dejarialas sueltas, entregadas á sus impulsos, bebiendo sin cesar en el manantial de todos los placeres; la política perderia su carácter antiguo para convertirse en una mera economía; y desde los cimientos de la tierra, hasta la bóveda de los cielos, desde el hombre interior, hasta la sociedad, todo se cambiaria en una série ascendente de milagrosas trasformaciones.

¡Qué más! Ya sabeis lo que significa, lo que representa, lo que vale el dolor. Nos apena, pero tambien nos corrige; desasosiega nuestros dias y nos angustia en nuestras noches, pero tambien nos eleva; arranca gotas de sangre al corazon y lágrimas á los ojos, pero tambien sirve de aguijon al trabajo, de incentivo al combate; y en tales términos, que si supriniérais el dolor, supririais el mérito mayor á nuestras obras, y la mayor sublimidad á nuestra vida. Y ya sabeis lo que vale, lo que significa, lo que importa la muerte. Aniquila, nos borra de la superficie de la tierra; confunde nuestros huesos con los minerales en lo frios y en lo inertes; hace de nuestros átomos estiércol para abonar nuevos séres; pero tambien renueva las generaciones, tambien rejuvenece la vida, tambien dá una inmortal perennidad á los seres, tambien es la mariposa que nace de la informe larva, y que asegura, al llevarse los frutos caidos del árbol del organismo una eterna primavera de renovacion, de progreso á las especies, y muy particularmente á la especie humana. Pues la muerte y el dolor se suprimen por completo en esta utopia socialista.

El hombre es un sultan epicúreo y el mundo su serrallo. La tierra se cubrirá de flores para perfumarlo; el cielo de estrellas para esclarecerlo y dirigirlo; cada uno de sus deseos será en el acto satisfecho; cada una de sus satisfacciones será un placer sin ejemplo en nuestros tiempos de guerra, y sin nombre en nuestras miserables lenguas. Adios la inquietud del deseo, la angustia de la incertidumbre, la pena del esfuerzo, el sudor del trabajo, el tormento del artista, el ¡ay! del enamorado, la tristeza del anciano, el dolor de la madre; porque de todas las flores se caerán inmediatamente todas las espinas. Gozar, subir en las escalas del organismo, subir todavía más en las esferas, bañarse en el éther, pasar por diversos planetas, ascender hasta el foco de la vida, hasta el sol, y desde el sol hasta nuevos torbellinos de mundos y de soles; ver en una especie de trasparencia universal todos los secretos de la creacion, es el destino del hombre que ha pisoteado la serpiente de las contradicciones, y ha entrado en el cielo de las eternas armonías.

Si el hombre cambia de medios, de instrumentos, cambiará tambien de vida y de destino en la vida. El hombre primitivo usa de la piedra y vive en la barbárie. Cuando encuentra el hierro ya sojuzga con mayor imperio á la naturaleza y crece en derechos como en fuerzas. Dadle nuevos medios y vereis como cambia de cultura. Augusto no hubiera creido al hombre que le dijera en su tiempo: Mira, los cuatro elementos de Aristóteles serán descompuestos en otros cuerpos simples; un ingrediente que se llamará pólvora, perforará y hará saltar vuestros muros, abrirá como las hojas de un libro el seno de vuestros montes; con unas letras de plomo se reproducirá hasta lo infinito el pensamiento de los hombres, como el follage de las selvas; los ciudadanos de Roma irán en tres dias desde las orillas del Tíber á las orillas del Bétis, atravesando por las entrañas mismas de los Alpes; descubriráse un Nuevo Mundo en el extremo Occidente, y á pesar de que millares de leguas le apartan de Europa, se comunicará con Europa por medio de las chispas del rayo en algunos minutos; aprisionaremos un reflejo del sol, un resplandor de las estrellas, y probaremos esperimentalmente que nuestros mismos minerales se hallan diseminados por todos los mundos, y probaremos hasta tocarla con las manos, la fundamental unidad del Universo. ¿Creeria todo esto Augusto? No lo creeria. ¿Por qué, pues, hemos nosotros de poner en tela de juicio la utopia?

Pues el socialismo ha encontrado los medios de separar el mundo porvenir de nuestro mundo con milagros mayores que aquellos que separan nuestro mundo moderno del mundo de Augusto. Este medio es la asociacion por falansterios. Es el falansterio una especie de municipio, de comunidad que se encierra en colosal palacio, donde se albergan mil seiscientas personas. Allí hay tierras para el cultivo, máquinas para la industria, instrumentos para el trabajo, inspiracion para las artes, alimento y pábulo para el empleo de toda actividad y para el desarrollo de todas las pasiones. Mil cuatrocientas personas contienen toda la escala de las pasiones, toda la diversidad de los humanos gustos, todas las diferencias de caractéres que pueden caber dentro de la humanidad; serán, pues, una humanidad en pequeño. Reunidas en el falansterio estas pasiones, podrán desarrollarse con robustez y sostenerse mútuamente con fuerza. Fundado un falansterio, brotarán y se diseminarán sus iguales por toda la tierra. En siete años se habrá trasformado el planeta. En setenta mil años se habrá convertido este planeta, ya trasformado, en paraiso tan hermoso, con cielos tan explendidos, con tierra en cosechas de bienes tan abundantes, que la humanidad robustecida, trasfigurada, despidiendo de su palabra ideas no soñadas, de sus sienes luz nunca vista, de su corazon torrentes de amor nunca sentido; con nueva alma, con nuevo organismo, irá ascendiendo á esferas superiores hasta trasladarse al seno de otro nuevo y más hermoso planeta.

Conseguiráse esto de una manera muy sencilla; en vez de dominar los deseos, soltarlos; en vez de contrariar las pasiones, avivarlas y fomentarlas. Cada sér tiene un destino que cumplir. A su destino particular, al cumplimiento de este destino, va el hombre llevado por el impulso de irresistible deseo. Los séres morales no son inertes, como no son inertes los séres materiales. Lo que en estos es movimiento, en aquellos es actividad. Todos los hombres, todos, trabajan de grado en algo. Lo necesario es dejar que las inclinaciones se desarrollen libremente, porque nos llevarán como la gravedad lleva á la piedra á su centro, nos llevarán á la realizacion de nuestro destino. De aquí el célebre axioma: «Las inclinaciones son proporcionadas á los destinos.» Pero esta sociedad, mal organizada, lo destruye todo. Padres egoistas destinan al templo, al sacerdocio el hijo robusto y enamorado que la naturaleza destinára al

amor y al matrimonio. Nace al pié del trono un Luis XVI, que fuera buen cerrajero, abandonado á sus instintos, y que ha sido un mal rey, como Cárlos IV hubiera podido mantener su familia con solo emplear su actividad en la caza, y no tuviera así ocasion de perder infamemente desde el trono á su ilustre é infortunada patria. La naturaleza ha querido que todas las grandes obras se engendren en el amor y el placer juntamente, como se engendra la obra magna por excelencia, la obra de la propagacion de nuestra especie. Si cada hombre ejerciera su actividad con arreglo á su deseo, y llegára á su destino llevado por sus pasiones, su vida seria un placer incesante, contínuo, mientras que ahora el mundo es una sociedad de penados y de forzados. Dejad el mundo al impulso de las pasiones, y vereis como la marquesa, que hoy se fastidia en su gabinete, desciende al rio á lavar su ropa entre alegres canciones y fiestas; como el profesor que se consume contra su voluntad contando diptongos, se convierte en carnicero; como el gañan arroja sus abarcas y se calza primoroso zapato de baile para cumplir su verdadera vocacion, que es el placer, y entrar en su propia esfera, que es el gran mundo; como Neron, lejos de gobernar á Roma, para lo cual no habia nacido, se va de teatro en teatro, de circo en circo, tocando la flauta, tañendo la cítara, mal emperador por los errores y las fuerzas sociales, y divino y consumado artista desde que se entregó á los impulsos y á las vocaciones de su privilegiada naturaleza.

La atraccion rige, pues, el Universo como la sociedad. Y si es una misma la ley cósmica y la ley social, quiere decir que habrá analogías entre la naturaleza universal y la naturaleza humana. Las hay. En el Cosmos existen tres principios; Dios, materia, universo; el movimiento de los mundos produce numéricas armonías; el crecimiento y desarrollo vegetal tiene sus proporciones y simetrías; el organismo animal está coordinado por consonancias aritméticas; y la humanidad, sacada de esta civilizacion artificiosa, distribuida por el mundo con arreglo á las leyes misteriosas del número, perderá las disonancias nacidas del estado social presente contradictorio con su naturaleza, y entrará de lleno en las luminosas esferas de las eternas armonías. Así, á la manera que los antiguos combinaban los números; á la manera que los ha combinado la Iglesia en sus triadas, en sus septenarios, los ha combinado el socialismo cosmológico en su falansterio. Hay cuatro movimientos análogos en el mundo; movimiento físico, movimiento orgánico, movimiento animal, movimiento (permítasenos la frase un poco bárbara en castellano), movimiento pasional. Cuando las pasiones se hayan extendido en toda su intensidad: el hombre habrá reconstituido su naturaleza en toda su plenitud; y espiritual, ethéreo, habrá desarrollado una nueva fuerza, y con ella un nuevo movimiento, el movimiento aromal, porque la vida entonces se escaparia en esencia del planeta como se escapa del pebetero el aroma.

Tres objetos capitales tienen nuestras pasiones: 1.° la satisfaccion de la necesidad del lujo; 2.° la satisfaccion de la necesidad de agruparse, de relacionarse; 3.° la satisfaccion de la tendencia hácia la unidad. El lujo es interno y externo: el interno se llama salud y el externo riqueza. Los cinco sentidos son los principales agentes de estas satisfacciones. La propension á agruparse, á relacionarse, engendra el amor, la amistad, la ambicion, el espíritu de familia. Pero sobre estas hay tres pasiones que se llaman directivas. Es la una la cabalista, que tiende á dividir, á separar los impulsos, á fin de darles más fuerzas y ejercer más influencia la pasion de la intriga. Es la otra la pasion que se llama alternante, ó mariposa, la pasion de los contrastes, de la variedad en la vida, de la multiplicacion de las pasiones. Es la otra la pasion compuesta, la que engendra el entu-

siasmo arrebatador, el anhelo por el sacrificio, la amistad desinteresada, la fé inquebrantable, la inspiracion artística, el amor á la humanidad y á la gloria. Así la humanidad cuenta doce pasiones fundamentales: cinco pasiones sensuales, que tienden al lujo; cuatro pasiones afectivas que tienden al grupo; tres pasiones directivas que tienden á la série.

El primer resultado de este desarrollo de todas las pasiones será asociar la humanidad en seiscientos mil falansterios que centupliquen la actividad de la produccion y rebajen el precio de las cosas; que dejen á cada instinto su libertad y distribuyan el trabajo segun la capacidad individual; que aseguren al capitalista enormes intereses y al obrero productos enormes; que borren los crímenes aniquilando su madre natural y eterna, la miseria; que destruyan la guerra, imposible allí donde todo se consiga por el ejercicio de la actividad y el empleo de las facultades humanas; que prolonguen la vida y sumen las fuerzas y asocien las familias y hagan de toda la humanidad como un solo indivíduo y de toda la tierra como un espejo del cielo.

El segundo resultado de esta organizacion será el cumplimiento de todas las vocaciones y el desarrollo de todos los instintos. Ochocientas parejas tendrán repetidos todos los caracteres humanos, que se elevarán á la última potencia de fuerza y de vigor en el seno de las asociaciones fundamentales llamadas falansterios. Es de esperar que á cada necesidad surja su inmediata satisfaccion; que desde las expansiones del sentimiento hasta los juegos de la fantasía; desde la luz de la ciencia hasta la inspiracion del arte; desde la ambicion de los estadistas y políticos hasta el trabajo de los industriales, todo se manifieste en una asociacion que con sus escuelas, sus lecturas, sus templos, sus museos, sus certámenes, sus justas literarias, sus premios, sea la abreviacion y como el compendio de la vida humana.

El mundo se organizará admirablemente en grupos, los grupos en series, las series en falanges. Cada falange habitará un falansterio. Tres lotes habrá en los falansterios: el primero para el capital; el segundo para el trabajo; el tercero para el talento. Los génios extraordinarios, los hombres que pertenecen á la humanidad, serán premiados por todos los falansterios. La tierra debe lauro y remuneracion al que es ornamento de la tierra. Seiscientos mil falansterios esparcidos por el mundo se cotizarán por pequeñas cantidades y podrán dar á Bethoven por una sinfonía; á Cervantes por una novela; á Rafael por un cuadro; á Jacquart, por un telar, seis ú ocho millones de reales; y en la capital de nuestro globo, en el falansterio un arca, á las orillas del Bósforo, se celebrarán las fiestas de coronacion de todos aquellos que ilustren y glorifiquen los anales del mundo.

La educacion será uno de los grandes fines del falansterio, donde se cuidará, no solamente de que las nodrizas sean robustas y hermosas, sino tambien grandes y excelentes cantoras que arrullen el sueño de los niños. Y se descubrirá la música del paladar, y se podrán dar banquetes que sean como una ópera de manjares. Y ejércitos de pasteleros, confiteros, fondistas cubrirán la tierra. Y los animales feroces se convertirán en animales bondadosísimos. Nacerán anti-tigres y anti-leones que vengan á lamer nuestros piés; anti-tiburones que en vez de devorarnos sean unos salvavidas vivientes; anti-ballenas que en vez de romper y destrozar con su cola un barco, le ayuden á navegar por las aguas del inmenso Océano, convertido en agradable limonada. No habrá necesidad de amos ni criados, porque los amigos exaltados se pondrán á servicio de sus respectivos amigos, y serán sus lacayos, sus limpiabotas, sus domésticos, sus ayudas de cámara voluntarios. Y lo que sucede con la amistad, sucederá con el amor. Bastará con desear una mujer, para poseerla; y las que se consagren á los viejos, serán honradas, y formarán una especie de órden de

caballería femenina que se llamará de las damas de la Misericordia. Los niños lavarán y enjugarán los platos por juego y divertimiento. La limpia de las letrinas será un oficio cuasi religioso que desempeñarán asociaciones distinguidas con todo género de premios y vistosamente uniformadas con trajes de húsares. Cuatro lunas de cuatro distintos colores vendrán á iluminar nuestras noches. La atmósfera se convertirá en un espejo que nos reproducirá la vista de nuestros antípodas y nos proporcionará el medio de comunicarnos con ellos por medio de señales. Desde este planeta nuestro pasaremos á Mercurio, que habrá entrado en el período de la armonía. Y de Mercurio, despues de haber aprendido la lengua unitaria del Universo, pasaremos al Sol, donde podrá hacer mucho calor; mas para contrastarlo, nos saldrá una especie de cola bastante larga y bastante espesa, propia para darnos grata sombra, porque tendrá la forma de paraguas y sombrillas. Y la vida, que es una música contínua, irá agrandándose en jigantesco crescendo hasta espaciarse en la inmensidad como el éther. Y por este camino se llegará al fin supremo de la doctrina, á la completa, á la absoluta supresion del dolor en la humanidad y del mal sobre la tierra.

En este sistema pasma la grandeza del medio y la escasez del resultado. Fourier conoce, como pocos hombres, la naturaleza, las ciencias físicas, la historia, la filosofía, el arte; pero desconoce al hombre. Y lo desconoce por completo, puesto que ignora toda la virtud que en la vida humana tiene el dolor. Jamás estimaremos el triunfo conseguido sin esfuerzo. Jamás nos tentarán las obras fáciles, pensadas y ejecutadas sin grandes trabajos. Tal idea tenemos de que la vida es un combate. Tal seguridad de que la victoria fácil no merece la pena del empeño. Quitadle al artista la pena, la incertidumbre, el afán, la duda, el esfuerzo, todo cuanto hay de doloroso en su ministerio, y le habréis quitado el aliciente, el estímulo. Todos somos mártires. Todos llevamos sobre nuestras sienes una corona de espinas. El dolor nos atormenta; pero tambien nos educa. Hay en su seno cierta virtud santificante que el sensualismo no podrá quitarle jamás. La destruccion de toda pena es la destruccion tambien de toda grandeza. Ya no habrá esa disparidad entre lo ideal y lo real que nos provoca á un contínuo perfeccionamiento. Ya no habrá ese disgusto de nosotros mismos y de nuestras obras que es el acicate del progreso. Ya no habrá ese paralelo contínuo entre la realidad histórica y el pensamiento filosófico, entre la sociedad y las reformas, que ha engendrado muchas batallas y muchas guerras, pero tambien muchas heroicidades y muchas grandezas. Habrá desaparecido del mundo el dolor; pero tambien la caridad, tambien el sacrificio, tambien los puros y desinteresados afectos. Preguntadle al padre qué hijos ama con más entrañable cariño, y vereis como os responde los que mayores afanes le han costado. Preguntadle al amante si la duda, si la incertidumbre, si el temor á perder su felicidad, si los celos mismos y los recelos han aumentado el precio al santo y querido objeto de su amor. Preguntadle al artista y veréis como sus obras predilectas son aquellas en que la inspiracion ha obedecido tardamente; en que la forma ha estado rebelde al impulso de la voluntad; en que el dolor y el insomnio se han mezclado á la creacion y á la encarnacion de sus ideas, La vida es un contínuo holocausto. La nolstalgía de otro mundo mejor, al cual constantemente aspiramos, causa es de tristeza, pero tambien de perfeccion.

No le quiteis al dia sus noches. Si la luz del sol reverberara eternamente en nuestros horizontes, no entreveríamos como entrevemos, merced á las tinieblas, otros soles y otros mundos. Quitadle al trabajo su esfuerzo, á la produccion su pena, al triunfo su combate, al amor su tristeza, al arte su melancolía, á la ciencia sus ensayos muchas veces sin

fruto, sus vigilias sin treguas, sus dudas llenas de torcedores y de tormentos, al amor sus sacrificios, á la maternidad sus angustias, á la amistad su abnegacion, á la vida su lucha, al hombre su heroismo, y habreis poblado el mundo de seres tan felices como despreciables.

La pretension de extirpar el mal, es otra pretension verdaderamente insensanta. Podreis disminuirlo; no podreis extirparlo. El mal nace del límite. Anda mezclado á la vida como una levadura necesaria. Siendo como somos seres relativos y finitos en la esencia misma de nuestro ser, se encuentra el mal. Nos sigue, como la sombra al cuerpo. Nos tienta quince veces al dia. Chocamos con él por todas partes. Lo tenemos dentro de nosotros; y fuera de nosotros lo encontramos. Es como la gota de amarga hiel que necesitamos para la digestion y para la nutricion. Es como el gas mortal que despedimos de nuestra respiracion y que necesitamos porque sin él seria imposible, completamente imposible la combustion de la sangre, la llama de la vida. El mal es una cantidad necesaria que podremos reducir á los menores límites, pero que no podremos jamás extirpar en nuestra existencia. ¡Oh, ley de la contradiccion, más útil á la vida, y de virtud más santificante en el alma que todas las armonías de los utopistas! Por sus contrarias definimos las ideas; por los contrastes gustamos de las bellezas del arte; y destruyéndote, se destruiria el mal, pero tambien con el mal nuestra naturaleza. Querer borrarte, querer desconocerte es insensatez tan grande como la insensatez de aquel que por huir de sus males se acoge al suicidio.

Y todo el remedio que encuentra á las enfermedades sociales en su fecundo pensamiento el gran reformador, es dejar á las pasiones humanas en desbocada carrera, sin ley, sin freno. Tanto valdria para orear la tierra desencadenarle todos los vientos; para iluminarla clavar en el zénit el sol, y dar un dia de siglos que concluyese por calcinarla y perderla. La vida es impulso y freno, movimiento y reposo. Una pasion en exaltaciones contínuas concluye por matar ó morir pronto. Y como el hombre es limitado, las pasiones malas son muchas. El falansterianismo ha tenido que reconocer los vicios del amor, y no sabiendo cómo combatirlos, se ha consagrado á enaltecerlos. Pues lo que ha hecho con el amor tendria que hacerlo con todas las pasiones, muchas de las cuales viven á expensas de la felicidad y de la paz entre los hombres. Si admitís que la gula tiene derecho á un hartazgo interminable, y la concupiscencia á un placer infinito y contínuo, teneis que admitir el mismo derecho en la ambicion y en la envidia. Será necesario que así como habeis creado las damas de la misericordia para satisfacer los apetitos más groseros, creeis seres bastante débiles para prestarse á blanco de las injurias ó de la malquerencia de sus conciudadanos, ó bastante abyectos para ser pasto de sus ambiciones, voluntarios esclavos. En vuestro falansterio, especie de cuartel, habrá quien tenga como se suele tener en el mundo, amor al aislamiento, amor á la soledad. Los anales de la humanidad guardan numerosos, ermitaños y penitentes que huian á la sociedad, que se encerraban dentro de sí mismos para meditar en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma.

Hombres extraordinarios como Miguel Angel, como Newthon, como Kant, no hubieran pintado la capilla Sixtina, no hubieran descubierto la atraccion universal, no hubieran escrito la crítica de la Razon Pura sin esa especie de aislamiento tan parecido á la soledad de las altas cimas, de las altas cúspides de las montañas, inaccesibles en la inmensidad del espacio. Luego ya está fundado vuestro falansterio. Los niños, juegan en coro; los ancianos, predican; los jóvenes, trabajan; las mujeres, muestran sus gracias; las cocinas, rebosan toda suerte de manjares y las bodegas, toda clase de vinos; una música volup-

tuosa llena los aires cargados de esencias; fantásticas figuras, esmaltan las paredes; legiones de estátuas, rompen las largas líneas de las marmóreas galerías; flores de todas las zonas, balancean sus corolas al beso de las áuras; frutas capaces de satisfacer todos los caprichos del paladar, brillan entre el ramaje; las aves de pintadas plumas gorgean sus cánticos en escalas cromáticas, expresando infinita alegría; cómicos, bailarines, acróbatas, juglares, magnetizadores, gimnastas, divierten los ócios con toda clase de juegos; procesiones de un lujo oriental consagradas al culto de los afectos, atraviesan las encrucijadas; y sin embargo, entre tantas delicias, nadie puede asegurar ¡ay! que no venga pronto, muy pronto, el vengador hastío ó el bestial embrutecimiento.

Lo que Fourier tiene indudablemente de más plausible, es su vida. Oscuro empleado de una casa de comercio, dos malas acciones que presenció en su niñez y en su juventud, inspiráronle ódio á la sociedad presente é impaciencia por el advenimiento de otra mejor sociedad. Su vida no fué una vida tan aventurera y vária como la vida de San Simon. Pobre dependiente, adscrito á su oficina, despues de diez ó doce horas de trabajo repugnante, se daba á soñar con el trabajo armónico. Apartado del mundo no vivia más que para su pensamiento, para su utopia. Pocos hombres han estudiado con tanta profundidad, ni difundido con tanto empeño las armonías entre el mundo físico y el mundo moral. ¡Qué relaciones descubre entre los séres animados y los séres sociales, entre el ruiseñor y el poeta, entre el canario y el padre de familia, entre el caballo y el noble, entre la prostituta y la gata, entre el perro fiel y el amigo verdadero! Como sabe cual se corresponden los astros y las flores en la inmensidad. ¡Qué estudio de astronomía, de historia natural, de física, de química, todo consagrado á la redencion del hombre! Si como tenia ciencia, hubiera tenido arte; si como tenia idea, hubiera tenido estilo; si escribiera en el lenguaje de Lamartine, su utopia hubiera caido siempre, porque iba contra la naturaleza humanana, pero hubiera apasionado á toda una generacion. Fourier pensó en todas las pasiones y no tuvo ninguna más que amor sin límites al género humano. Pensó en todas las delicias y no gustó más que la pobreza. Es el soñador por excelencia.

Estas utopias no podian permanecer perpétuamente en la esfera de la abstraccion y en la soledad de la conciencia. Levadura mezclada á la vida, en la vida real fermentaron. Así es, que durante la restauracion de los Borbones y la monarquía de los Orleanes, la idea socialista apareció como doctrina; despues de la proclamacion de la República en Febrero, la idea socialista fué ya como problema de revolucion y de combate. El hombre á quien la historia asignará mayor responsabilidad en este resultado, se llama Luis Blanc. Sus ideas habian perdido el carácter de las antiguas ideas socialistas, sin perder su naturaleza ni su intensidad. Ya no eran ideas teológicas á la manera de las ideas sansimonianas; ya no eran ideas cosmológicas á la manera de las ideas fourieristas; eran mucho más modestas, eran ideas de pura economía política, de pura organizacion social. Es verdad que dimanaban de una teología panteista, semejante á la teología propia de las otras escuelas; pero esta teología se ocultaba en el silencio, no sin dejar entrever que, siendo Dios el bien supremo, era imposible engendrara el mal, atribuyendo la existencia de éste á la imperfecta organizacion social que urgia rehacer y reformar á todo trance.

Hijo de padre francés y de madre corza; nacido en Madrid durante la guerra de la independencia nacional; educado en ciertas supersticiones imperialistas; idólatra de la revolucion francesa y de su ideal del Estado, y de sus dictaduras omnipotentes, y de sus Asambleas arbitrarias, y de sus jacobinos, y de sus utopistas; poco dado á creer en la vir-

tud y en la energía de este principio de libertad, que es en las sociedades como la fuerza en el Universo; insigne escritor, no tanto por la alteza de la idea, como por la hermosura del estilo; sóbrio, elocuente, propio, elegantísimo; historiador, que narra como pocos, que sabe mover los hechos y los personajes, agrupándolos con grande arte, aunque preocupado como ninguno de sus ideas socialistas, y de los problemas relativos á la suerte del cuarto estado; mal economista como mal filósofo, por su tenaz menosprecio del principio de libertad; peor político todavía, porque no lo hay ni tan desgraciado, ni tan calamitoso como aquel que trae, al nacimiento de una nueva forma política, progresiva y posible, como para aplastarla en su cuna, todo el enorme peso de una utopia imposible y reaccionaria.

El habia escrito la Historia de la revolucion francesa, en que admira la hermosura del estilo y extraña la estrechez del criterio. Y despues de la Historia de la Revolucion francesa, la Historia de los diez años; páginas admirables, en las cuales condénsanse todas las cóleras del pueblo contra los doctrinarios; por lo apasionadas folleto de circunstancias antes que libro destinado á la posteridad; páginas clásicas, de sóbrio estilo histórico; modelos de narracion movida y elocuente, que sobrevivirán á su autor en la memoria humana. Pero ¡ah! que pasó una gran parte de su vida acariciando la utopia de cambiar el malestar social del pueblo por medio de las fuerzas y de la iniciativa del Estado. Discípulo de Rousseau, admirador de Robespierre, imaginaba que un dia de revolucion, que un momento de omnipotencia parlamentaria ó gubernamental, bastaban á redimir al pueblo cuando los dolores sociales no se curan, no se alivian por uno de los órganos de la sociedad, sino por la sociedad entera. Proudhon, que ha esgrimido su acerada crítica en todos los utopistas, ha mostrado que la reaccion comenzó en Francia inmediatamente despues que Luis Blanc divulgó y organizó la idea de que se necesitaba un gobierno fuerte para resolver el problema social.

¡Qué error! Los gobiernos fuertes solo se comprenden y solo se explican en épocas de guerras formidables. Como la guerra es la ausencia casi de toda ley, la guerra es un despotismo, y á ese despotismo hay que oponer otro despotismo temporal con sus centenares de agentes y con sus millares de brazos. La escusa, la justificacion de los convencionales, se encuentra en que, insurrecta la Vendée, fraccionadas las provincias del Mediodía, divididos y exaltados los ánimos, coligada toda Europa contra la República, no habia mas remedio que convertir la República en máquina de guerra, y las máquinas de guerra son y serán perpétuamente disciplina obediencia abajo, y arriba dictadura y despotismo. Destinar un gobierno fuerte á la solucion del problema social, es como destinar un parque de artillería á la molienda del trigo. Así es, que intentando por el socialismo afianzar la República, en realidad resucitaba el imperio Luis Blanc, y al defenderse con razon y con derecho de la nota de imperialista, no puede negar la comunidad de sus ideas con las ideas del emperador en el socialismo. Reseña un diálogo con Luis Bonaparte en la fortaleza de Ham, y en las últimas palabras se encuentra todo lo fundamental resumido: «En el fondo, dice lo importante es que el gobierno, cualquiera que sea su forma, procure la felicidad del pueblo. En seguida púsose á hablar de la urgencia de las reformas sociales, y sus consideraciones sobre este punto no parecian diferir mucho de las mias. Lo seguro es que tanto como me disgustaron sus opiniones políticas, me extrañó su solicitud en aceptar estos principios socialistas, de los cuales debia más tarde usar para abrirse camino hasta el imperio!» Sabia mejor el aspirante á Cesar que el reformador social, la consecuencia indeclinable de las ideas socialistas.

Lo primero que el socialismo pretende es

la muerte de la sociedad actual; pretension muy buena para la theurgia, incompatible con una sábia política. La sociedad moderna no muere, como no murió la sociedad antigua, se trasnforma. El místico, el profeta verá una sociedad derrumbarse, y solo se le ocurrirá abrirle un sepulcro en la tierra y encomendarle el alma al Dios de los cielos. El político más modesto, ménos ambicioso, verá que solamente le es dado en alguna de sus manifestaciones, en alguno de sus órganos, reformar esta sociedad. Los que han querido como San Simon, cambiar desde la naturaleza hasta el espíritu, apenas han hecho nada por el pueblo más que exaltarlo y corromperlo; mientras que aquellos otros, como Cobden, dados á la reforma de una sola ley, á la reforma de la ley de cereales, han alimentado y han mejorado cien generaciones. El problema de la política se encierra para Luis Blanc en la produccion. El regulador supremo de la produccion debe ser el Gobierno. Para cumplir este alto ministerio debe estar dotado de una gran fuerza. Un crecido empréstito se consagrará á fundar talleres sociales. El Estado proveerá á estos talleres de capitales que no rindan interés alguno. Los talleres se regirán por reglamentos que tengan fuerza de ley. El taller nacional empeñará con la industria privada una competencia que concluya por destruirla. Los talleres de una misma industria se asociarán entre sí por asociacion forzosa, y dependerán de un taller central y capital. Los jefes de los talleres serán nombrados por eleccion directa. Su administracion estará bajo la inmediata vigilancia del Estado. Los salarios serán iguales. La agricultura se someterá al mismo régimen. Queda abolida la sucesion colateral.

En cuanto Luis Blanc llegó al poder, creyó tener bajo sus manos la máquina de la redencion social, cándida creencia, perdonable por su generosidad, si no hubiera sido una de las más eficaces, de las más ocasionales causas de muerte para la República. Así es, que inmediatamente despues de llegar al poder, se consagró con todas sus fuerzas á predicar la reforma social y á combatir á cuantos la tenian por imposible ó por peligrosa, denunciándolos ante las iras del pueblo con el nombre de demócratas platónicos, de republicanos formalistas. Como estuvo halagando durante largos años de propaganda al pueblo con la esperanza de una redencion inmediata en su estado económico, en cuanto la República se proclamara, no habia más remedio que dar algun alimento, alguna satisfaccion á esta esperanza. El 24 de Febrero se proclamó la República y el 27 del mismo mes se organizaron los talleres nacionales.

La primer batalla entre los fundadores de la República, se empeñó por el color de la bandera; y Luis Blanc defendió la bandera que más aterraba á las clases acomodadas y prudentes, la bandera roja. Vencido por la elocuencia arrebatadora de Lamartine, obtuvo que los funcionarios públicos llevaran al hojal una roseta carmesí. Es de notar que todas estas demandas del socialismo iban sostenidas por grupos y procesiones y clubs, y las correspondientes maniobras de los conspiradores vulgares, que confundiendo el progreso legítimo con las agitaciones violentas, fatigan á los pueblos en breve período y los arrojan exánimes en el sueño brutal del despotismo. La segunda batalla se empeñó en la cuestion del derecho al trabajo, derecho vago, místico, sin ninguna realidad, y que al quererlo tocar, se convertia en privilegio de algunos trabajadores, cuya ociosidad premiaba el Estado. Y á esto le llamaba el Ministerio del Progreso.

Instalado en la direccion ó gobierno de la República, dos ideas le asaltaban de contínuo: 1.ª Ejercer la dictadura: 2.ª Aplazar las elecciones. El ejercicio de la dictadura, cuando Francia estaba en paz, era una contradiccion manifiesta con todas las ideas republicanas. El aplazamiento de las eleccio-

nes era una grave falta política. Si los comicios se hubieran reunido en seguida, si en el gozo de la victoria hubieran designado los representantes del pueblo, la mayoría surge de las urnas decididamente republicana. Se aplazaron las elecciones sin motivo para dejar espacio á una dictadura sin objeto; y el desencanto de los dias siguientes á las primeras ilusiones, el descrédito de los principales republicanos gastados en el ejercicio del poder y en las dificultades de la revolucion los errores cometidos; los desengaños del pueblo que no vé llegar el tantas veces prometido eden social; las diferencias y luchas de los partidos avanzados; la recomposicion y el restablecimiento de los partidos reaccionarios; la estéril agitacion de los clubs, de las manifestaciones, de las procesiones cívicas; toda esta série de con causas, conspira contra la República, y engendra una Cámara reaccionaria, que jamás hubieran engendrado los dias primeros de efusion general, en que al República descendia sobre el pueblo, coro nada por tantas y tan risueñas esperanzas.

En uno de los extremos de París se levanta el palacio de Luxemburgo, erigido por María de Médicis. En sus piedras se conserva el génio del siglo décimo-sexto; en sus galerías y columnas el gusto de Italia y especialmente de Florencia; en sus salones muestras inmortales del génio de Rubens y reflejos de las ostentosas y varias artes del último imperio francés; en todos sus espacios recuerdos tristísimos de los innumerables prisioneros amontonados allí por el terror, y extraidos de allí para la guillotina; bosques, prados, jardines le rodean y le ciñen con los encantos de la vegetacion; y desde sus espesas alamedas sembradas de estátuas é interrumpidas por fuentes de vistosísima decoracion, descúbrense unas veces las torres del Observatorio astronómico, y otras los pórticos y la rotonda del Panteon, consagrado por la gratitud de las revoluciones á todas las glorias de Francia. En aquel palacio de la soberbia de los reyes, en aquella mazmorra de las víctimas de la revolucion, se refugió la utopia socialista para resolver el problema de ahuyentar el hambre y la miseria.

Allí Luis Blanc y su compañero Albert acaloraban la fantasía de los trabajadores con promesas sociales y resolvian el problema de la extincion del pauperismo, ayudados por los talleres nacionales, que ellos no trajeron, pero que ellos fomentaron, y que daban por toda ley una escepcion; por todo derecho un privilegio; por toda doctrina un absurdo; y por todo resultado la agravacion de los males del pueblo. Allí, en aquellos talleres, se aglomeraban trabajadores sin trabajo; se arruinaba la industria privada sin sustituirle ninguna otra; se pagaba jornal mezquino é insuficiente á una porcion de ociosos forzados; se consumian cuarenta mil duros diarios sin ningun resultado favorable; se fomentaban todas las pasiones, y se tenian séries y compañías de comparsas para alimentar todos los clubs y para dar aires de grandes erupciones del sentimiento público á la más descabellada é inoportuna manifestacion.

La República se habia proclamado el 24 de Febrero; algunas disposiciones extensivas de sus principios cardinales se habian tomado el 17 de Marzo; y á mediados de Abril ya se impacientaba con extraordinaaia impaciencia el representante de las ideas socialistas en el gobierno, porque no se habia planteado y resuelto el problema de la miseria. No hay gobierno posible, no lo hay, cuando se propone resolver un problema insoluble; un problema que depende hasta de las leyes fatales de la naturaleza; un problema para cuya solucion se necesita acudir á fuerzas, muchas de ellas independientes de toda política y por consecuencia fuera del alcance de la inteligencia y de la voluntad de todos los gobiernos.

Así es que los esfuerzos de Luis Blanc se resolvian al postre en manifestaciones com-

pletamente estériles para el bien, fecundas en desastres. Tal fué la manifestacion del 17 de Abril. Los trabajadores iban á pedir que el gobierno organizára el trabajo. ¡Organizar el trabajo! Todo gobierno puede organizar grupos, minorías, como un ejército, como una oficina, como una aristocracia; pero en esta sociedad moderna tan complicada, en que el trabajo ha concluido por ser ley universal de los ciudadanos; organizar todo esfuerzo, todo impulso, toda actividad, es empresa insensata que puede comenzar por una utopia humanitaria y concluir por un gremio feudal. Pero la insensatez sube de punto cuando se le pide esa obra secular, propia de todas las fuerzas sociales, á un gobierno que nace de súbita revolucion, que ejerce transitoria dictadura, y que se encamina á consultar la voluntad de un pueblo por largo tiempo oprimido, y á fundar una forma de gobierno, organismo de las nuevas ideas, temida de unos con sobra ciertamente de recelos y esperada por otros con sobra de ilusiones. En situacion tan extraordinaria, pedir á un gobierno que resuelva el problema social, es pedirle un verdadero imposible.

Así no me extraña cuanto sucedió en la manifestacion del diez y siete de Abril: que una parte del gobierno la creyera urdida contra la otra parte del gobierno; que los socialistas alojados en el Luxemburgo aparecieran como conspiradores á los ojos de los templados de la casa de la ciudad; que los rumores de haber sido asesinado Lamartine corrieran para alarmar á las clases medias, y los rumores de haber sido asesinado Luis Blanc para alarmar á las clases populares; que la Milicia tocase á generala y se reuniera en son de alarma y de combate; que al llegar los trabajadores al frente del gobierno, con su grito de Viva la República en los lábios, sus utópicas peticiones en las manos, sus banderas presidiéndolos, su carro cargado de sencilla ofrenda acompañándolos, se encontraran, sorprendidos é indignados, entre bayonetas, en vez de encontrarse entre sonrisas; y que todas las consecuencias de aquel hecho fueran al postre nuevos disentimientos en el poder, nuevos desengaños en el pueblo, nuevo terror en la sociedad, nueva reaccion en los ánimos, nuevas dificultades para la libertad y para la República.

Este falso espegismo levantado en la mente del pueblo, debió traer agitacion estéril y desenlace funesto. La Asamblea nacional se ha reunido el cinco de Mayo entre regocijos y esperanzas. A pesar de pertenecer la mayoría de sus miembros á los dos partidos monárquicos, al orleanismo y al legitimismo, catorce veces aclamaron con voz fervorosa y unánime el sagrado nombre de la República. Y en el átrio del antiguo palacio-Borbon, á orillas del Sena; ante el obelisco de Luxor, que entre soberbias fuentes se alza; descubriendo las líneas griegas del clásico templo de la Magdalena al frente, las torres, las cúspides, los rosetones, las flechas, las pirámides y triángulos góticos de Nuestra Señora á la derecha; y á la izquierda la gran rotonda de los Inválidos; bajo espléndido cielo de Mayo; bendecidos por la luz deslumbradora del sol; delante de Dios, que en el éther resplandecia; delante del pueblo aglomerado en muchedumbres, que tenian la inmensidad, la majestad y el solemne rumor del Océano, renovaron su juramento de consagrar el derecho y la soberanía de la nacion en el seno de la República.

Pero ¡ah! que la utopia socialista debia envenenar el manantial de todas estas esperanzas y alegrías. Recoge la Asamblea los poderes, nombra una comision ejecutiva que ejerza las funciones de gobierno, y excluye de esta comision al elemento socialista; medida necesaria, demandada á una por todas las exigencias de la política, pues nada hay tan temible como alimentar con ficciones, despues de haber engendrado con sofismas, en el ánimo de pueblos, entregados á las zozobras de los embates revolucionarios, esperanzas qui-

méricas, sin satisfaccion posible en la realidad y en la vida. Desde el punto en que el elemento socialista es por completo excluido del gobierno, la agitacion empieza en el pueblo, seducidos unos en su inesperiencia por la brillantez de la utopia, alimentados otros en el Luxemburgo por el dinero del presupuesto. Y la agitacion encuentra su fórmula en un pensamiento fútil, baladí, inane, en la creacion de un ministerio del Progreso destinado á resolver la cuestion del trabajo. Y á esta fantasía del socialista Luis Blanc, que no fuera elegido miembro del godierno, se juntaba un desengaño del atrabiliario Raspail, que no fuera elegido miembro de la Asamblea; y el uno concibió el proyecto de ruidosa manifestacion á favor del ministerio del Progreso, y el otro á favor de la insurreccion de Polonia, y ambos se juntaron y se confundieron, sin quererlo y sin pensarlo, por el peligro que hay siempre en jugar con las muchedumbres, para herir de muerte á la Asamblea, y con ella el seguro y la legalidad de la República. Un pobre trabajador habia dado cuenta de la idea de Luis Blanc, respondiendo que bastaba el Ministro de Trabajos públicos á todos los problemas, y que no era necesario ministerio de Progreso, puesto que no conocia ni hubo en ningun tiempo ministerio de estancamiento y de rutina. La Asamblea rechazó el ministerio socialista, y los trabajadores del Luxemburgo manifestaron en seguida sus quejas siempre con aire de amenazas.

La Asamblea, que presintió el peligro, tomó dos disposiciones prudentes y sábias: primera, entregar su custodia á la Guardia Nacional, amiga del órden; segunda, prohibir la entrada de las manifestaciones y de los manifestantes en el recinto de su palacio. El quince de Mayo debia tratarse la política del Gobierno en Polonia é Italia; y para el quince de Mayo se citó la manifestacion. Comprendese la intencion con que se habia decidido recordando las palabras con que se la habia excitado. «Bajo el reinado de Luis Felipe, se clamaba: precaveos contra la revolucion del desprecio. Pues, bien, nosotros debemos ahora precavernos, ó mejor dicho, imposibilitar la revolucion del hambre.» Y despues de un discurso así, pronunciado por Luis Blanc, nadie se habia levantado, absolutamente nadie en aquella numerosísima Asamblea á sostener la creacion de un ministerio, que nada podia hacer por el trabajo, y que solo satisfaria el hambre de algunos nuevos burócratas.

Llegó, pues, el quince. Toda la noche anterior y toda la madrugada se habia pasado en preparativos y planes dentro de los diversos clubs. Á las ocho de la mañana miles de banderas flotaban por los espacios de la Bastilla, y en estas banderas se leian siniestras inscripciones contra la Asamblea y contra el Gobierno. A las once la inmensa legion está formada; y se pone en movimiento con el sosiego de un gran rio que oculta bajo su tranquila superficie sus pavorosos abismos.

En el rio desaguan, como afluentes, primero los amigos de Raspail, candidato desairado; despues los amigos de Blanqui, agitador impenitente; precedidos todos por los amigos de Luis Blanc, por los trabajadores del Luxemburgo. La prefectura de policía, por complicidad ó por descuido, desatendió las precauciones necesarias. La Milicia Nacional no recibió ninguna órden. Algunos guardias movilizados, muy hostiles al comunismo y á sus muñidores, ocupaban el puente que conduce desde la plaza cercana al pié de la Asamblea, cuyo peristilo se encontraba tambien guarnecido y guardado. Á las doce de la mañana ya estaba inundada de manifestantes la inmensa y magnífica plaza de la Concordia. Sin embargo, el obelisco egipcio les habia parecido límite señalado á su escursion, y allí se detuvieron y pararon. Mas un sacerdote, que vociferaba á favor de Polonia, gritó: adelante; y el jefe de la Milicia, general Courtaiz, débil por carácter, y ansioso de popularidad,

apartó á los movilizados del puente, y ya no hubo diques á la general inundacion.

La verja es forzada y los delegados de la manifestacion impelidos dentro del edificio. Albert, el amigo inseparable de Luis Blanc, vá á su cabeza; y como Lamartine quisiera cerrarles el paso, recordándoles recientes decretos de la Asamblea contra la presencia de gentes extrañas á los diputados, le insultan, le desprecian, y entran. El representante que sostenia la interpelacion sobre Polonia, comienza su discurso en medio de religioso silencio. Pero á las pocas frases, vivas ruidosos suenan; miembros de la Cámara aparecen despavoridos; rumor siniestro se oye; figuras sombrias invaden las tribunas; vociferadores rabiosos se descuelgan de los antepechos al hemiciclo; las puertas del salon, empujadas más que abiertas, dejan paso al tronador torrente. Y todo cuanto se ocurrió decir al general encargado de defender la Asamblea, fué: á las vainas las bayonetas.

En medio de aquel tumulto, Luis Blanc, es arrancado de su banco, y conducido á la presidencia para que calme á las muchedumbres. En vez de dirigirles palabras de reconvencion y ponerles ante los ojos su desacierto, y hablarles el severo lenguaje de la justicia, el tribuno les ruega humildemente que callen, que oigan, que dejen leer el mensaje de los tumultuarios, que consagren así el derecho de peticion y no desconozcan su propia soberanía. En efecto, Raspail lee el mensaje, aunque algunos diputados le interrumpen y le preguntan á una en virtud de qué derecho se encuentra en aquel sitio, de donde le ha alejado la manifiesta voluntad del pueblo. Pero Raspail lee y nadie le entiende. Concluida esta lectura, la confusion crece; los gritos de las señoras concurrentes á las tribunas aumentan lo mismo en intensidad que en angustia; nuevas oleadas de gentes oprimen á las ya esparcidas por el salon; nuevos amotinados suben á la presidencia y bajan de las cornisas; el calor es sofocante, el polvo asfixiador; y las banderas de Italia, de Polonia, de Francia flotan, segun ha dicho pintorescamente el mismo Luis Blanc, cual mástiles combatidos en alta mar por las tormentas.

Todo aquel tumulto es dominado por las voces que piden oir á Blanqui, á Blanqui. Barbes ocupa la tribuna, é intenta decir algunas palabras que concierten y concuerden sus aspiraciones como uno de los manifestantes con sus deberes como uno de los didiputados. Pero no le oyen. Blanqui, por fin, aborda la tribuna y pronuncia un discurso clubista, declamatorio, furioso, oido al principio con atencion, ahogado al fin por el estruendo. El desórden no tiene ya límites, cuando el motin turbulento no se oye ni se escucha á sí mismo. Muchos diputados huyen á las amenazas y á las venganzas personales. Los ministros, desairados, desatendidos, desalentados se refugian en el jardin de la Asamblea. Uno de los representantes, que protesta contra los invasores, cae golpeado y herido. Lacordaire se levanta sereno en medio de la tempestad; sus ojos reflejan la tristeza de su alma; su blanca túnica de dominico le da pintoresco y majestuoso aspecto: y algunos de aquellos desalmados gritan: ¿por qué no le torcemos el cuello á esa cigüeña? Otros se lanzan sobre el relator de la comision que no ha querido validar el acta de Luis Blanc por la isla de Córcega. Un estafador perseguido criminalmente por un diputado, escupe á su perseguidor á la cara.

Los peligros eran ya de tal manera manifiestos, y las amenazas graves, que muchos de los directores de la manifestacion se arrepienten é instan para que se disolvieran y separaran. Por fin uno de ellos, Huber, antiguo preso político, jefe del club de los clubs, demagogo furioso, adulador más tarde de los tiranos y de los Césares, como suelen ser casi todos los intransigentes, sube airado á la tribuna, y pronuncia la palabra que se elevaba como un vapor de aquella saturnal

de insensateces y locuras, la palabra: queda disuelta por voluntad del pueblo esta Asamblea. Y el Presidente es arrancado con violencia de su sitial y sustituido por un clubista que blande larga espada en sus súcias manos, símbolo verdadero de la anarquía triunfante y encaramada sobre la augusta majestad de la nacion.

Consumada esta horrible profanacion, óyese tocar á generala, toque salvador para la Asamblea, temible á sus invasores. Barbes y otros se lanzan á la presidencia preguntando quién ha mandado aquel redoble de tambores, provocador á inmediata sangrienta batalla. Entretanto, la Milicia nacional y la Guardia movilizada adelantan rápidas contra los que han desacatado y herido en su soberanía á los representantes del pueblo. Cada redoble del tambor, cada paso de las legiones suena como la trompeta del juicio en los oidos de los demagogos. Los guardias movilizados, los milicianos nacionales entran, reinstalan al presidente en su sitial, á los diputados en sus bancos, al gobierno en su autoridad, á la ley en su fuerza, mientras los revolucionarios, á los gritos de organizacion del trabajo y de redencion social, huyen de la Asamblea, y se acogen á la casa de la Ciudad, creyendo tener ya la base y el santuario del gobierno; y de allí la reaccion de los ánimos y las fuerzas del órden los arrojan, dispersando las huestes, y prendiendo á los jefes, con excepcion de aquellos guarecidos por su inviolabilidad parlamentaria.

Pero estos programas sin realizacion posible; estos votos fantásticos que tienden á extinguir la miseria, problema de muchos términos y de muchos siglos; estas manifestaciones que tienen todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas de la revolucion; estos ataques á la soberanía del pueblo por el pueblo mismo; la agitacion contínua en las muchedumbres, y la debilidad en el poder, y la incertidumbre en los ánimos, y los espegismos que parecen lagos de serenas aguas, cuando son falsedades de la luz y del aire, y los programas que en dias intentan destruir la obra de siglos; todo esto engendra á la corta ó á la larga reacciones violentísimas, en que se eclipsan todos los derechos y retroceden todos los progresos, y se hunden y desaparecen las más fuertes Repúblicas.

El gobierno habia reconocido en el trabajador el derecho al trabajo, y desde el punto en que habia reconocido en el trabajador el derecho al trabajo, habia reconocido en el Estado el deber de procurarle este trabajo. Y si de la mente del gobierno estaba alejada esa idea, no lo estaba de la mente de los trabajadores: que tal interpretacion tenia en su idea la no bien definida y explicada fórmula de derecho al trabajo. Pueden ser asunto de discusion, de propaganda las ideas vagas ó abstractas; pero de gobierno solo pueden ser asunto las ideas precisas, que con mucha claridad se definan y por mucho tiempo se divulguen, como suelen los sajones, cuyo método es irreemplazable, pues no llevan á la realidad política una innovacion, una reforma, hasta que se halla completamente apoderada de la conciencia pública. Formular un principio, y no tener medios de realizarlo, es traer necesariamente una revolucion, y la peor de todas las revoluciones imaginables, aquella en que no hay victoria posible, en que el pueblo muere por una entelequia, por una ilusion, hasta que las reacciones vienen á echar sus sombras y su silencio de muerte sobre este pueblo suicida.

En la penuria del Erario, los talleres nacionales, que costaban cuarenta mil duros al dia, no podian en manera alguna sostenerse Ante aquellos ochenta mil hombres, venidos en su mayor parte al reclamo de las esperanzas revolucionarias á Paris, y en Paris alimentados, como la antigua plebe romana, de los dineros públicos, no habia solucion posible, no la habia, y cualquiera que se tomara, llevaba en sus entrañas pavorosa y segura catástrofe. Durante el gobierno provisional,

en los primeros arrebatos de la revolucion, en los primeros alardes del pueblo; mal segura la autoridad, mal señaladas sus esferas; cuando se necesitaba órden á todo trance en las calles para que la nacion pudiera dar su voto con toda libertad en los comicios, explícase como un expediente transitorio la creacion de los talleres nacionales; pero desde el punto y hora en que el gobierno entraba en una legalidad segura y los sucesos en un cáuce conocido, aquel ejército de trabajadores, alimentado oficialmente, que invocando un derecho, producia un privilegio con grave daño á un tiempo de la industria y de la hacienda, debia desaparecer como espantosa monstruosidad social, incompatible con el buen régimen del Estado y con la paz de los ciudadanos.

Mas no podia desaparecer sin graves peligros para la sociedad y sin gravísimo riesgo de que corriera sangre en las calles. El desencanto de los trabajadores igualaba al encanto de los primeros dias, la irritacion al entusiasmo. Muchos reaccionarios, muchos pretendientes atizaban esta irritacion, dándole todo el furor de verdadero delirio. Pero la culpa principal estaba en los que no preveian las semillas de reaccion esparcidas en el ánimo del pueblo con las fantásticas promesas, con las locas esperanzas. La revolucion del desengaño iba á sobrevenir; y de esta revolucion solo podrian aprovecharse los reaccionarios de todos los tiempos y los pretendientes á todos los tronos. Las siniestras jornadas de Junio relampagueaban en el seno de los talleres nacionales de Marzo. El gobierno, para concluir con ellos, tomó una resolucion insensata; la resolucion de incorporar su ejército del trabajo al ejército de la guerra; y de expulsar á los trabajadores, que no se avinieran á esta incorporacion de Paris, dándoles cinco francos para su doloroso é inesperado viaje.

No habia remedio. La revolucion estalla. El club de los derechos del hombre fué su Estado Mayor; los restos de los batallones de guardias republicana desarmados por sospechosos al órden con una parte considerable de la Milicia, su núcleo; el Palais-Royal, su cuartel general; los barrios apartados su vivero; los ochenta mil trabajadores de los talleres nacionales, su ejército; los numerosos venidos de los diversos departamentos, su refuerzo; el cambio radical en la sociedad, su objeto; las ideas utópicas divulgadas con tan criminal elocuencia y recibidas con tan inocente credulidad, su impulso; y su resultado, la deshonra, la muerte, la desaparicion de la República.

El gobierno tenia en su favor la reaccion de los ánimos, el cansancio general, cincuenta y seis mil hombres de las mejores tropas en Paris y sus cercanías; un general de hierro en el Ministerio de la Guerra, Cavaignac, que se habia propuesto, huyendo de los escollos de 1830 y 1848, no aislar sus cuerpos de ejército por las calles, dejándolos entregados á las seducciones ó los embates de la revolucion, sino reunirlos en torno de los dos santuarios del poder legítimo, en torno del palacio de Borbon donde residia el poder legislativo, y en torno de la casa de la Ciudad donde residia el Poder Ejecutivo de la Nacion, para desde allí lanzarlos como incontrastable alud sobre el sublevado Paris.

Pasma la batalla de Junio por lo tenáz, y por lo horrible y por lo sangrienta. Muchas veces, durante muchos dias, la anunciaron las declamaciones de los periódicos rojos, las violencias de los clubs exaltados, las amenazas de las juntas de trabajadores, las procesiones, que se extendian hasta las altas horas de la noche y que lanzaban toda suerte de injurias sobre el poder, y de proclamas sobre el pueblo. Cinco dias duró aquella guerra social, la más formidable y la más sangrienta que dentro de los muros de una ciudad se ha librado en el mundo. De extremo á extremo, desde el barrio del Panteon hasta el barrio de la Villete, París estaba erizado de barri-

cadas que se avecinaban á la vista casi de la Asamblea por los muelles, al Hotel de Ville por la isla, y por el barrio de San Antonio á los boulevares, puesto que la puerta misma de San Dionisio pertenecia á los sublevados. Ocho ó diez generales fueron inmolados; de los movilizados murieron ciento, de las tropas ochocientos, de la Guardia nacional y del pueblo innumerables. Los prisioneros llegaron á doce mil, y de los heridos murieron en tanto número, que la fama creyó, aunque sin razon, emponzoñadas las balas. Los cuarteles, las cárceles, los edificios públicos rebosaban de presos; los hospitales de heridos; los sepultureros apilaban en montones los cadáveres por no tener fuerzas ni tiempo bastantes á darles prontamente tierra. Con estos horrores se sumaron los horrores de la deportacion. Tras aquella formidable batalla vino la dictadura militar, tras la dictadura militar el Imperio bonapartista, como consecuencias indeclinables del socialismo: que las leyes de la inflexible lógica rigen lo mismo en la pura conciencia de nuestra alma que en el manchado espacio de nuestra sociedad.

El corolario de las escuelas socialistas se encuentran en el comunismo. Nada de derechos naturales, nada de libertad individual, nada de competencia; por toda imprenta el periódico oficial; por todo pensamiento la censura prévia; por toda reunion las Asambleas soberanas; por toda familia la comunidad; por toda religion la que designe un Concilio nacido de la conciencia pública, llamado á someter voluntades é inteligencias al yugo de una sola fé; en la cima de la sociedad un poder fortísimo que designa á cada cual su trabajo y recoge los productos y los distribuye entre los ciudadanos, educados, vestidos, alimentados, divertidos, inspirados, distribuidos, segun minuciosas leyes, y reglamentos prolijos, verdaderas máquinas, que so pretexto de cumplir y hacer cumplir la justicia, destruyen lo mas esencial á la justicia, aquellos principios sin los cuales ni ley moral queda sobre la tierra, los principios de la libertad y de la responsabilidad en el hombre, el resorte de todas las acciones, la esencia de nuestra naturaleza. Así es que, en realidad, todas las escuelas socialistas se resuelven al cabo en aquella ciudad llamada Icaria, medio cuartel, medio convento, medio taller, inspirada en la utopia de Tomas Moro, y venida á demostrar que todas las escuelas socialistas se resuelven, sean cuales fueran sus ideas, en el bárbaro comunismo.

¡Qué sociedad! Habeis destruido el interés personal creyendo destruir la raiz de todo egoismo, y habeis destruido el aguijon que mueve á todas las grandes acciones. Ya no hay miseria porque el Estado ocurre al mal, pero tampoco hay en el corazon humano la caridad, que muere por inútil; tampoco hay virtudes cívicas ni heroismo, que desaparecen dentro de la nueva mecánica; tampoco hay incentivos para allegar bienes con el fin de socorrer á los necesitados, porque la fria providencia de un Estado omnipotente y panteista, ha igualado á todos los hombres en una felicidad que bien pronto degenerara en el embrutecimiento universal. Sociedad sin tormentos, sin dolores, sin vigilias, pero tambien sin progresos; porque ó habia de estancarse y podrirse en su inmovilidad sensualista, ó habia de brotar la individualidad con su oposicion, con su protesta, con su sed de nuevas ideas, con sus tendencias al mejoramiento, con su ódio al yugo de la costumbre y la rutina. Porque, despues de todo, dais vueltas en torno de un fin, la felicidad humana, y para procurarla, solo sabeis erigir dos principios que serian nuestra eterna desgracia; arriba un despotismo oriental, y abajo toda esclavitud. Y no habiendo necesidades individuales, no habrá esfuerzo por satisfacerlas, no habrá trabajo. Y no habiendo concurrencia, no habrá emulacion. Y se concluirán las artes y la industria, que buscan la vida en gloriosísimo certámen. Y en el reposo, y en la igualdad impuesta y forzo-

sa, morirá el mal, pero ¡ah! morirá tambien la naturaleza humana, que al cabo de algun tiempo se habrá enterrado, como la Edad Media, en el sepulcro de un claustro: que no otra cosa es sino vida claustral, monástica, contraria á toda independencia personal, la vida del comunismo.

Ya en los antiguos tiempos, con esa finura de crítica y esa fuerza de analisis que le distinguen y enaltecen, Aristóteles señaló todos los vicios del comunismo, estudiando la mayor y la más expléndida de las concepciones comunistas, la República de Platon. Aristóteles distingue y separa lo que en cada ciudad, en cada Estado debe ser comun entre todos los ciudadanos, y aquello que debe ser de la familia ó del individuo, pues hay muchos elementos que solo pueden vivir por el carácter individualista de nuestra naturaleza. El Estado, por ejemplo, debe pertenecer á todos los ciudadanos, porque el Estado es la unidad comun á todos ellos, como es la atmósfera el laboratorio de la vida universal. Pero la comunidad no puede extenderse, como quiere Platon, á los hijos, á las mujeres, á los bienes. Si se extendiera á todo esto, perderia el Estado su carácter, ya no seria ni ciudad, ni familia, ni asociacion de ciudades y familias, sino un solo individuo, olvidando su ley natural, que es la reciprocidad y la diversidad en la unidad, y la igualdad, la relacion natural entre indivíduos libres é iguales: que si todos no pueden compartir el poder á un tiempo, deben todos tener la facultad de compartirlo y de pasar por él, merced á la movilidad de los cargos públicos y de la pública autoridad, á fin de que sepan todos mandar y obedecer á un mismo tiempo.

Pero de esta unidad al comunismo absorbente y panteista, media una distancia insalvable. Desde el momento en que todas las propiedades sean comunes, nadie se cuidará de su progreso y de su cultivo. En los puntos de interés, entra por mucho para la débil naturaleza humana el móvil de la utilidad personal. Decid que los hijos son comunes, y os sucederá lo mismo. Nadie querrá ser padre de los feos, de los necios, de los perezosos; y al ver pasar un niño listo y hermosísimo, dirán todos á una: ese, ese es hijo mio. Así nadie tendrá padre, ni nadie hijos. El amor á la familia se habrá extinguido, y con el amor á la familia uno de los más poderosos y permanentes incentivos al bien. Y este sentimiento es tan natural é invencible, que en los pueblos donde existía la comunidad de mujeres, imaginaba cada cual encontrar sus hijos en aquellos niños que más se le parecian; y el sentimiento ahogado por los artificios de la sociedad, resucitaba á los gritos de la naturaleza. Y el amor, ó no es nada, ó es un mero instinto de la carne, un mero hervor de la sangre, ó es el impulso incontrastable á fundirnos é identificarnos con el objeto amado. Pero ¿qué fusion ni qué identificacion caben desde el punto en que el amor se convierte en el ayuntamiento momentáneo de los cuerpos por la interposicion del Estado, que obliga á la comunidad de mujeres y á la comunidad de hijos? Los sentimientos más dulces y más avasalladores de nuestra naturaleza, vienen á ser con el comunismo incompatibles, y por tanto, es el comunismo de todo punto irrealizable, de todo punto imposible. Así raciocinaba Aristóteles.

La propiedad no puede pertenecer al comun de todos los ciudadanos, sin riesgo de convertirse en desierto para todos, segun el filósofo. Nadie tiene tanto interés como el propietario en la explotacion de su campo; nadie tanta inteligencia en la distribucion de sus frutos. Luego el instinto de la propiedad es tan fuerte é invencible como el más fuerte y el más invencible de los humanos sentimientos. Y la propiedad, que pertenece á todos, no pertenece en realidad á nadie. El amor á la propiedad, siendo natural como todas las inclinaciones del hombre, puede tener sus excesos, como el deseo de lucro natural para el comercio y el trabajo, tiene el

exceso de la avaricia; como el amor de sí, natural para la vida, tiene el exceso del egoismo.

Los comunistas dicen que la propiedad individual es semillero de ódios entre los ciudadanos y de pleitos en sus tribunales; pero los propietarios en comun de cualquier género de bienes, tienen los mismos ódios y entablan los mismos pleitos. El error de los comunistas dimana de la demasiada extension que dan al principio de unidad en la vida, olvidando el principio de variedad. Es cierto que el Estado debe ser unidad, que debe ser unidad la familia; pero en ninguna manera unidad absoluta. Cuando el Estado cae en la unidad absoluta, se halla muy próximo á desaparecer por falta de variedad, esencial á su composicion. Intentar un Estado con solo el principio de unidad, es como intentar el acorde con un solo sonido, el ritmo con una sola cadencia. La unidad y la variedad; la sociedad y el indivíduo, son dos términos precisos; y el principio comunista no podrá destruirlos. Por eso la teoría de Platon, en lo social, tiende á restaurar las castas, muertas, extinctas en la cultura de Occidente mientras en lo político tiende á una verdadera oligárquia; lo mismo, exactamente lo mismo que las modernas escuelas socialistas.

Así es que el socialismo, despues de haber tenido en el mundo de la libertad ese antiguo orígen y haber pasado por diversas trasformaciones, se descomponia en nuestro tiempo. Vanamente habia intentado Pedro Leroux dar al socialismo un carácter religioso y humanitario, sellando su obra con el sello de una vida pura é inmaculada. La triada es, segun él, la organizacion natural de la sociedad, especie de cábala, semejante á las cábalas de la Edad Media. El hombre es sensacion, sentimiento, inteligencia; los principios fundamentales Dios, humanidad, igualdad; las clases sábios, artistas, industriales; la mejor sociedad aquella que organice el trabajo dentro de estos principios, y funde talleres trinitarios que constituyan una nueva y más sólida autoridad. El misticismo era el fondo comun de las escuelas socialistas. Y en efecto, solo el milagro podria trasformar la sociedad como pretendia trasformarla el socialismo. La sustancia de todas estas teorías, es pues, sustancia esencialmente panteista, porque así como el panteismo es la absorcion del hombre en Dios, el socialismo es la absorcion del ciudadano en el Estado.

En cuanto, al contacto de las ideas de nuestros tiempos, apareciera en el socialismo un pensador bastante audaz para ser racionalista y no místico, para buscar las leyes naturales de la sociedad y no las leyes artificiosas del propio pensamiento, estaba muerto y concluido el socialismo, muerto por la más destructora de todas las fuerzas, muerto por interior descomposicion. Y este pensador, campesino por su orígen, obrero por su estado; hijo de la naturaleza antes que hijo de la sociedad por su educacion; escritor y polemista por sus vocaciones; fuerte en su temperamento y robusto en su conciencia como los habitantes del Franco-Condado á que pertenecia; pastor en sus primeros años, con lo cual recibió de los campos, como Virgilio, algo de su inagotable ternura; cajista más tarde, y cajista compositor de libros teológicos, en cuyas páginas y galeradas tomó algo de la argumentacion escolástica; siempre con la pena y el trabajo de hoy sobre sus hercúleos hombros y la incertidumbre y la duda del mañana en su tempestuosa alma; henchido el corazon de las cóleras y de los dolores de su clase, henchida la cabeza de los ensueños y de las ficciones con que habian querido tantos pensadores redimirla; poseedor sin embargo de la realidad como Aristóteles; irónico, y sarcástico y desconfiado de la excesiva fé como Voltaire; con toda la escala de la elocuencia humana en su pluma, que, ora agitaba como el manojo de rayos de un artista olímpico, ora esgrimía como el puñal ó la navaja de un obrero ébrio; en la miseria,

robando al trabajo tiempo y fuerza, y consagrándose á leer todos los autores y á criticarlos; enemigo del comunismo y proponiendo soluciones comunistas; enemigo del socialismo y contado entre los que más miedo habian puesto en la sociedad con sus utopias socialistas; enemigo de la democracia y acompañándola en sus infortunios y acompañándola en su destierro; necesitado para llamar la atencion sobre su oscuridad, desasiéndose de todos los partidos, á maldecir con ruidosa maldicion todas las revoluciones y seguirles hasta en sus extravíos; neo-hegelianos y neo-kantista á un mismo tiempo; ya materialista ó ya idealista; hoy entre los partidarios de la escuela economista y mañana entre sus contradictores; con una metafísica incierta pero con una lógica aceradísima y una crítica incontrastable; resumiendo sus ideas sobre la apropiacion y la posesion, á veces vulgares y corrientes, en el grito, la propiedad es un robo, y sus teorías sobre la reduccion del Estado á sus verdaderos límites y la extension de la actividad individual á todas sus esferas en la apoteosis de la anarquía; despues de haber renunciado á toda idea trascendental para que los resplandores del cielo no les deslumbraran y no le impidieran mirar claramente la tierra; despues de haber arrojado todos los ídolos y todos los penates de los antiguos sistemas en el movimiento perenne de la idea hegeliana extremada por la izquierda de la escuela; en realidad, cuenta una sola grande obra, que ni le agradece ni le atribuye el comun sentido, la demolicion una á una en la conciencia popular de todas las utopias socialistas, levantando sobre las sombras fugitivas y las ruinas pulverizadas de estas utopias, el dogma esencial á la vida moderna, el dogma de la libertad y de la responsabilidad en el hombre.

Pero examinémosle más detenidamente. Besanzon era su pátria. Nació á principios del siglo, en modesta cerveceria de las afueras; engendrado por un mozo del establecimiento en una criada, que á guisa de hombre, trabajaba tambien, como nacida y educada en el campo. Su padre fué vulgar, ordinario; su madre, santa, heróica. Primogénito de este matrimonio, que tuvo cinco hijos, pasó Proudhon su infancia en los establos, conduciendo al pasto los bueyes. El mismo nos ha descrito admirablemente en su libro de la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia el influjo del campo sobre la vida; las nupcias purísimas del hombre con la tierra; el amor infinito á la naturaleza; la idolatría por los árboles, que nos dan sombra; por las fuentes que embelesan el oido y refrigeran las fáuces; por los prados, que nos ofrecen mullido lecho; por las estrellas que nos guían con sus dulces resplandores; por las áuras que nos renuevan la sangre con sus besos; por toda la campiña, en cuyos húmedos surcos se hunden con santa voluptuosidad las raices de nuestra existencia, más serena, más segura de sí misma, cuando vuela á su antojo de flor en flor, cuando salta de árbol en árbol, cuando se alimenta de frutas recien cogidas, cuando se baña en el rocío ó en la corriente, cuando caza, y pesca, y ara, y cava, y trílla, y baja á las cavernas á sorprender la escultura de la estalactita por la gota de agua vírgen, y sube á las montañas á escuchar la sinfonía de la tempestad, y se revuelca en la arena de la playa ó en la yerba que borda la orilla del torrente, y se confunde con todos los séres, y bebe hasta embriagarse á grandes tragos la esencia de la vida universal.

Su madre tuvo que arrancarlo del campo y conducirlo al colegio. Allí se distinguia por su aplicacion sostenida y por su extraordinario aprovechamiento. Concurria diariamente á la biblioteca con puntualidad y devoraba con afán toda clase de obras. Mas su pobreza era tanta, que no podia ni comprar siquiera los libros de texto. Así veíase forzado á copiarlos de su mano y á retenerlos en su memoria con más esmero que el resto de sus

camaradas. Fué necesario buscar al estudiante un auxilio en el trabajo, y le consagraron á la imprenta. En sus últimos años todavía guardaba la libreta del trabajador asalariado llena de buenas notas. Y de esta suerte, regulando renglones y corrigiendo pruebas, se adiestró en el griego, en el latin, y se industrió en el aprendizage del hebreo. Los padres de la Iglesia habian empezado por ser su lectura forzada, y habian concluido por ser su lectura favorita. Así es que la primera de sus producciones, aquella con que inició su carrera de escritor, pertenece á la filosofía y tiene por objeto probar, estudiando las relaciones de las raices hebreas con las raices latinas y griegas, la unidad fundamental en el humano lenguaje. Por fin se mejoró su suerte por haber ganado la pension de mil quinientos francos anuales que la academia de Besanzon destinaba á los estudiantes de verdaderas aptitudes y de singular aprovechamiento. Con este recurso ya pudo entregarse á sus estudios y á sus escritos, si no con mucha holgura, con verdadera independencia.

Su primera produccion fué una especie de Memoria sobre el descanso dominical, en que, á través de páginas elocuentísimas impregnadas de espíritu religioso, dignas de un predicador sagrado y de los tiempos clásicos, se vislumbraban como relámpagos, ideas socialistas, fundadas en el Decálago de Moisés, y con sus prescripciones sobre el jubileo y sobre la reparticion de las tierras, como si una sociedad tan compleja y complicada como la nuestra, pudiese compararse con la sencilla y patriarcal sociedad descrita en las primeras páginas de la Biblia. El académico, un cura por cierto, consagrado á dar reglamentaria reseña de la Memoria, encarece el ardor de sus estilos, la pureza de su lenguaje, pero recela de la temeridad de sus ideas.

Necesitado de mayor espacio, oprimido por deudas contraidas en la empresa de una imprenta, más oprimido aún por la oficiosidad de la Academia, que á trueque de la mezquina pension se creia con derecho á celar sus actos y sus pensamientos, partióse de su provincia á París, hastiado de un trabajo sin éxito y ansioso de un renombre sin límites. Sobre la boca de aquel cráter de ideas; recibiendo su lumbre que esclarece y su humo que asfixia; lleno el corazon de cóleras más amargas que la hiel de su hígado y la inteligencia de tormentas más ruidosas que la tempestad de sus montañas; desconocido de un mundo que él queria reformar y salvar; menospreciado por sábios, que él queria conocer, discutir, fustigar; circuido de gentes, que cumplian sin su mérito y sin su ciencia destinos á los cuales se estimaba llamado por sus interiores proféticas vocaciones; lleno de los dolores engendrados por un trabajo sin recompensa y airado contra los que gastan y devoran los frutos de la propiedad sin el tormento del trabajo, Proudhon concentró todas sus fuerzas, asoció todas sus ideas, llamó en auxilio suyo todas sus pasiones, y trazó su fulgurante folleto sobre la propiedad, verdadero grito de alarma, verdadera campana de rebato, que revelaba á Europa dormida en brazos del sensualismo doctrinario, la significacion y la trascendencia de las venideras revoluciones.

A Proudhon le hubiera quizá convenido que todo el mundo conociese su Memoria sobre la propiedad, menos la Academia de Besanzon, y le sucedió precisamente lo contrario: solo su embarazosa Academia conoció la Memoria. De aquí innumerables tentativas para quitarle su pension que estaba á punto de espirar. Vuelto á Besanzon para conjurar estas amenazas académicas, y llamado nuevamente á París por la presencia de un amigo á quien amaba con fervor y consultaba de contínuo, regresó andando ochenta leguas á pié, por abrazar á su amigo y departir con él, sin haberlo conseguido, faltando al dia de antemano acordado, á causa de forzoso retraso impuesto por las fatigas y penalidades del viage.

En este tiempo dió á la estampa su segunda Memoria sobre la propiedad. Habia estudiado, aunque con rápido é improvisado estudio, las ciencias filosóficas, y habia contemplado sus leyes universales. Y viendo la armonía que existe entre las leyes del pensamiento y las leyes de la realidad, procuró hacer de la economía política una ciencia tan profunda como las ciencias filosóficas, y de encadenamiento tan seguro y rigoroso como el encadenamiento de las ciencias matemáticas. Las leyes naturales del cambio, del crédito, de la produccion, del trabajo, de la renta buscaba con verdadero ahinco. En su sentir era un descubrimiento tan grande como el descubrimiento de las leyes del Universo por Keplero, y propio de extraordinaria inteligencia; porque si bien no habia llegado á la altura del génio de Keplero y de otros no menos profundos y extraordinarios, por su mérito y por sus fuerzas, podia gloriarse de tener una inteligencia social más elevada, merced á los progresos del espíritu humano y á los torrentes de luz arrojados sobre nosotros por la fuerza creadora de los modernos tiempos. Buscar las leyes naturales de la economía política era el pensamiento capitalísimo del sistema proudhoniano.

La tercera Memoria sobre la propiedad fué un ataque furioso á los partidarios del falansterio, á los fourieristas; y á los redactores del *Nacional*, á los republicanos. La naturaleza del escritor es naturaleza de polemista. Cuando le contradicen ó le argumentan la sangre le hierve, los ojos se le inyectan de ira; le amargan espumas de negra hiel los lábios; su pluma ronca como una fragua de injurias. Los republicanos platónicos y los socialistas de las armonías son perseguidos, asaltados, conspuidos, derribados en las inmundicias de las más soeces polémicas, arrastrados por los cabellos, y puestos en la picota, llamando con ruidosas invectivas y alegres carcajadas al pueblo para que los denueste, los maldiga y los escupa. Tanto escándalo debia concluir por llamar la atencion de la prensa y del Gobierno. Su folleto es denunciado, su casa allanada, quinientos ejemplares recogidos, el jurado de su ciudad natal convocado, el clero de su diócesis conmovido y alarmado, la Academia irritada hasta el punto de proponer por medio de su órgano en la prensa contra él diez años de encierro, el fiscal arrastrado á la más terrible cólera y los devotos á los conjuros y á los exorcismos contra aquella alma endemoniada, y los jurados al rigor, cuando el terrible demagogo aparece ante la justicia, con su faz sonrosada y redonda, sus ojos azules, su cabello rubio, su sonrisa beata, su estilo dulce, haciendo reir á unos con su ironía, desarmando á otros con su mansedumbre, y persuadiendo á todos á que le absuelvan por unanimidad en vista de que sus investigaciones son inaccesibles á los entendimientos vulgares y objeto exclusivo de pura é independiente ciencia. En efecto, los jurados se convencen de que han sido inconstantes al incoar aquellos procedimientos, y absuelven el escrito y el autor.

Despues de este combate, Proudhon fatigado quiere á toda costa, á toda prisa reposo. Se hunde su alma en las investigaciones filosóficas á la manera que se hundia su cuerpo en la yerba de los campos. Discute con el filósofo Tissot acerca de la escuela crítica. Busca con empeño un modestísimo empleo en el Ayuntamiento de su ciudad que le quite toda zozobra respecto á mañana y le permita consagrarse al trabajo con desinterés y devocion y culto. Mas todas las puertas se cierran á sus llamamientos. Todas las bocas estipendiadas le vomitan injurias á la frente que lleva en sus espacios muchos sofismas pero tambien muchas ideas. Y él se revuelve airado contra todos, entra en los templos y derriba los ídolos, coge las creencias más arraigadas y las descompone con su analisis, se goza en decir gracias brutales,

en amontonar injuria sobre injuria, en reirse de los creyentes y de sus mitologías, en escuchar el estruendo de las pasiones que ha levantado con sus frases y sus ideas, especie de cometas sin órbita conocida, que aterran como una grande amenaza y un oscuro misterio.

Amigos de la infancia, compañeros de colegio, empresarios de vapores en Lyon, le dieron un empleo de consultor, y casi de jurisconsulto en su gran casa de comercio, y entre los trabajos abrumadores de su oficio, y las preocupaciones de sus pleitos escribió y publicó su obra maestra: Las contradicciones económicas. La dialéctica de Hegelo fué aplicada magistralmente á la economía política. Demostró la tésis y la antítesis de todas las ideas fundamentales. La libertad de comercio era apoyada y combatida; el crédito considerado como fuente de toda riqueza y como gérmen de miseria; la propiedad exaltada y maldecida; el comunismo consagrado como una efusion de la humanidad, como una consecuencia de la economía política, y destruido como una perniciosa utopia que retrocede á los tiempos prehistóricos; la generacion y el trabajo presentadas como causas que aumentan, sostienen y combaten y destruyen la sociedad; la division del trabajo como necesidad de la produccion y como principio de estancamiento; las máquinas como potencias redentoras del trabajador y como rémora de los brazos y de los salarios; la concurrencia como aguijon de la actividad y como subversiva de todas las libertades, convirtiéndose al cabo en fatalismo; el monopolio como una ley indispensable y como un desastre increible; crítica audaz que intentaba destruir la ciencia tenida por más útil en nuestro utilitario siglo, la Economía Política. Nunca se ha presentado el gran escritor tan atrevido en sus afirmaciones, tan rico en sus ideas, tan sóbrio y elocuente en su estilo, tan sistemático en la série de sus proposiciones, tan original en el desarrollo de su obra ni tan profundo en sus conocimientos científicos. La economía política se derrumbaba á los golpes de su clava de gigante. Pero, á decir verdad, esta obra tan maravillosa no pasaba de una obra puramente crítica. Buscó las antinonias, las contradicciones; pero no buscó las síntesis, las armonías. Las antinonias, las contradicciones, decia Kant, son en la inteligencia; pero se armonizan, se sintetizan en la razon.

Así es, que en realidad habia destruido mucho; pero no habia edificado nada. Conociendo que su obra era incompleta, que de la misma dialéctica hegeliana habia tomado la parte y no el todo, prometió una síntesis. Pero nunca llegó á cumplir su promesa. Realmente Cárlos Grün, escritor socialista, estimado en Alemania, ejerció algun influjó sobre el talento natural y la direccion científica del ilustre publicista.

Grande resonancia tuvieron allí en Alemania las cartas en que el jóven hegeliano de la extrema izquierda pintaba su extrañeza en la primera visita á Proudhon, cuando busca aquel campesino del Jura, ébrio de cerveza, vomitador de injurias; cajista, que profundiza con el pensamiento las obras que compone con la mano; proletario, que se lanza á todas las inclemencias de la guerra social para redimir á sus hermanos, los proletarios; pensador audaz, digno del castigo de Prometeo, que ha encendido antorcha y tea; y que solitario, abandonado en su pobreza, con la frente arrugada por los surcos del pensamiento, y el carácter agriado por las contrariedades del combate, jura ante la llama de su fé, como Anníbal ante la llama de su holocausto, eterna guerra al mundo egoista y utilitario que ni comprende su mente, ni sienté sus dolores, ni adivina y aprecia sus reformas; teniéndolo fuera de sí, maldecido, en la categoría de los ángeles soberbios rebelados por ambicion y orgullo contra los dioses y contra los hombres. Y en vez de este Encelado en su Etna, Grün encuentra un hombre

Lo cierto es que las ideas alarmantes, los propósitos descabellados, las reformas audaces, las innovaciones sin ningun sentido, las palabras lanzadas al aire, como bombas asfixiantes, mataban la República y solo avivaban la restauracion. Despues de las jornadas de Junio, vinieron las discusiones sobre la Constitucion y vino la Constitucion misma. Votada esta, y votada por un partido monárquico, el deber de los republicanos era sostenerla y confirmarla. Pero se empeñaron desde el primer dia en su reforma, sin pensar en que, despues de todo lo sucedido, no habia posibilidad de reformarla sino para destruirla bajo el rasero de la monarquía. Así ascendió á la presidencia, no Raspail, que representaba el socialismo, no Ledru-Rollin, que representaba la República avanzada, no Cavaignac, que representaba la República conservadora, sino Luis Napoleon Bonaparte, que representaba la monarquía imperial. La Francia se arrojaba decididamente en brazos de la monarquía. Y para separarla de este abismo no vislumbraba Proudhon otro medio que agitar los ánimos con sus folletos incendiarios y sus proposiciones socialistas. Así *El Pueblo*, su periódico, fué perseguido y él mismo encerrado en la cárcel. Y doctrinarios, eclécticos, teócratas, clericales, clases medias asustadizas y hasta muchos socialistas y republicanos se reunieron todos en torno de Luis Napoleon Bonaparte, á pesar de que significaba un socialismo militar, una amenaza á Europa, una época de luchas incesantes, y si al primer imperio habia de parecerse, allá al postre y término de su vida, la desmembracion de la patria.

Y vino Luis Napoleon Bonaparte. Y los republicanos cayeron del poder. Y surgió la República romana. Y fué ahogada por la República francesa. Y el partido republicano francés sintióse de nuevo herido en el corazon. Y apeló á las armas, craso error añadido á los errores antecedentes. Y la reaccion tomó aliento, fuerza. Y los últimos republicanos salieron de Francia. Y los partidos monárquicos avanzaron. Y el golpe de Estado resonaba en los aires. Y la monarquía en pos del golpe de Estado, como castigo á todos los errores y á todas las insensateces del socialismo. Y por no contentarnos con una República templada, vino un imperio despótico. Y este imperio fué obra del terror, y el terror fué resultado de las ideas socialistas y comunistas, que habian los innovadores arrojado sobre la mente del pueblo sin que jamás pudieran tener consecuencia alguna en la realidad y en la práctica. Y caimos donde los soñadores deben caer, en el abismo de la impotencia, siendo irrision del mundo los que debíamos haber sido su ideal y su norma. Y no hay que buscarle otra causa, murió la República por culpa del socialismo.

Despues del advenimiento de los Bonapartes, Proudhon creyó que por el camino del Imperio iba á venir la reforma de la sociedad, y como los Césares antiguos, los Césares modernos iban á destruir á los caballeros, á las clases medias; y á los patricios, á la aristocracia del capital; Proudhon creyó que la resurreccion de Polonia era un sueño de reaccionarios, y la unidad de Italia una amenaza á la democracia moderna; Proudhon creyó que la paz perpétua era una utopia y la guerra una necesidad; Proudhon creyó que debia perseguir con sus invectivas, con sus sarcasmos, con sus epígramas, á los republicanos, que vieron claramente el desastre á donde nos arrastraba la insensatez de los socialistas y sus vaguedades, y sus delirios, y sus ensueños.

Proudhon es uno de esos genios que señalan la decadencia de una sociedad y anuncian la muerte y la descomposicion de un sistema por largo tiempo creido y adorado. Entre sus cualidades descuella la sátira, sí, la sátira aristofanesca. Y la sátira es aquel género de literatura que tiene por objeto disgustar los ánimos de lo presente, y por consecuencia, moverlos, impulsarlos hácia lo porvenir. El gran publicista ha invocado en

alguno de sus más elocuentes escritos la ironía, y ha hecho bien al invocarla, porque la ironía es su musa. Involuntariamente, leyéndole, viene la risa á los lábios. Y siempre en la decadencia de las sociedades se oye esta sarcástica carcajada. No se vé la muerte de la democracia griega tan claramente en los tristes campos de Querónea como en las alegres comedias de Aristófanes. Antes de que vengan los bárbaros á enterrar el Imperio romano, mucho antes lo ha destruido como un terremoto la carcajada de Juvenal. Los padres de la Iglesia no han hecho tanto en contra de los dioses del paganismo como las invectivas de Luciano. En cuanto Hutten escribe sus *Epistolae oscurorum virorum*, se oyen resonar entre aquella algazara los funerales de la Edad Media. Cervantes, solo Cervantes ha destruido el espíritu de la caballería. Voltaire, solo Voltaire ha enterrado el antiguo espíritu monárquico y católico. La ironía de Proudhon señala tambien la muerte de las monarquías constitucionales, de los sistemas doctrinarios. Este es el destino de la sátira, disgustarnos de la realidad, movernos á lo ideal.

Porque, francamente, despues de haber combatido la idea de Dios por mística; la religion por avasalladora de la inteligencia y contraria al progreso; los partidos medios por eclécticos; los republicanos conservadores por demasiado transigentes con la realidad; los republicanos jacobinos por intransigentes y enamorados de los errores de la revolucion francesa; la democracia pura por utópica; la aristocracia antigua por anacrónica; las clases medias por egoistas; el socialismo por vago; el comunismo por brutal; los sansimonianos por místicos; los fourieristas por soñadores; los cabetistas y los blanquistas por gubernamentales; cuando llega á una solucion, á una série de afirmaciones concretas, todo cuanto propone y ofrece es el Banco del Pueblo, una reaccion verdadera hácia los principios más abominables de las antiguas escuelas, cuya esencia fué siempre el ideal comunista. De suerte que este hombre no habia venido á construir, sino á destruir el socialismo.

Porque en todas las demás ideas no hay novedad ninguna. La idea de la inmanencia, de un elemento humano que se mueve por una fuerza dialéctica interior, sin que trascienda á nada divino, á nada sobrenatural; esta idea es de la extrema izquierda hegeliana. La idea de la dialéctica, de la contradiccion, de la tésis y la antí-tesis es una idea puramente del maestro Hegel. La idea de la propiedad, las definiciones ruidosas y alarmantes con que se envanecia y se embriagaba, eran todas de los comunistas del pasado siglo. Su originalidad estaba en su estilo, y no en su pensamiento; era más originalidad de escritor que de economista ó de filósofo.

Cuán uniformes y monotonas son las revoluciones. La historia humana presenta una série de acciones y reacciones políticas que parecen tan periódicas y tan fáciles como el flujo y el reflujo en el mar. Y en toda revolucion hay un partido exagerado que cree llevar las ideas á sus últimas consecuencias, y que en realidad trae las reacciones. Subid con el pensamiento hasta las revoluciones sociales romanas, y vereis que los Gracos se pierden y los Patricios se rehacen por culpa de los violentos, que no se contentaban con la reparticion de las tierras del Estado, sino que pedian la reparticion de todas las tierras. El gnoticismo no fué sino la exageracion de las revoluciones cristianas. Y, en todas las revoluciones sucede lo mismo. Los campesinos exageran la idea de la reforma protestante; los anabaptistas la idea de la revolucion holandesa; los niveladores la idea de la República británica; los babeufistas la idea de la primera República francesa; los socialistas la idea de la segunda República; los comuneros la idea de la tercer República, y creyendo servir á la idea en toda su exten-

sion y en toda su pureza, han servido solamente á todas las reacciones en el mundo.

Hay en el socialismo algunos principios que no pueden desecharse, sobre todo la superioridad de las fuerzas sociales, la claridad del criterio social. En verdad el hombre es un sér social por excelencia. Como no pueden comprenderse los cuerpos fuera del espacio, no pueden comprenderse las almas fuera de la sociedad. Pero el error de la escuela socialista consiste en confundir la sociedad con el Estado; en creer que el Estado es el órgano único y exclusivo de la sociedad, cuando es tan solo uno, si bien el más importante de sus organismos. Y así, á medida que el Estado pierde facultades, las gana la sociedad. Y allí donde la instruccion, donde la religion, por ejemplo, nada tienen que ver con el Estado, se encuentran necesariamente más identificadas con la sociedad. Pero tambien es preciso convenir en que aquellas sociedades, poco fuertes, poco robustas para ejercer sus funciones expontáneamente, y cumplir expontáneamente su ministerio y su fin, necesitan de la tutela del Estado. Pero esa tutela debe ser transitoria; y acabar con ella, y reintegrar al hombre en su personalidad, y á la personalidad en sus derechos, debe ser el fin de toda alta y verdadera política. De la asociacion libre, de la asociacion voluntaria debemos esperar las soluciones del problema social y no del Estado. La asociacion libre ha levantado las ciudades obreras de Inglaterra; ha fundado el crédito popular en Alemania; ha traido las sociedades cooperativas; ha resuelto en gran parte el problema de la coparticipacion del trabajador en los intereses del capital. Y todo cuanto sea sacrificar la autonomía personal, destruir la propiedad, organizar el crédito, el trabajo artificiosamente, es engendrar la reaccion sin redimir al pueblo.

El individualismo exagerado, como el socialismo, olvida uno de los términos de la vida humana. Y esto es achaque universal. Suele suceder que el naturalista olvida el espíritu, Dios, y el místico la naturaleza, la humanidad; que el poeta retrocede ante todo cálculo matemático, y el matemático desprecia las inspiraciones del poeta; que el soldado solo ve en la vida la fuerza, y el filósofo la idea; que cada vocacion es puramente exclusiva; que el industrial cree al político impostor, y el político al industrial egoista; que de esta suerte el indivíduo forma un microscomo donde se encierra en su egoismo; pero la sociedad, más fuerte, más poderosa, más vívida, más inteligente, más llena de luz y de espíritu resuelve todos estos antagonismos, todas estas escuelas exclusivas, en una sublime armonía. Y aquellos que quieren contener y encerrar toda la sociedad en su pensamiento individual, en su utopia, se parecen al insensato que quisiera encerrar en una copa todo el océano. Así es que el socialismo se descompuso por sí, degenerando entre sus últimos mantenedores. Fué en Babeuf una protesta ardiente contra la sociedad de su tiempo; fué en San Simon una teología; fué en Fourrier una cosmología; fué en Luis Blanc y en Cabet una economía; fué en Proudhon una crítica, que creyendo destruir todos los principios, tan solo se destruyó á sí mismo.

Examinadas las escuelas socialistas en Francia, que tanto han contribuido á perturbar el movimiento republicano en Europa, vamos á examinar en los futuros capítulos las escuelas filosóficas de Alemania que tanto han contribuido á impulsarlo. Así seguiremos viendo las diversas corrientes de ideas que han formado la conciencia de nuestro tiempo, que al encarnarse en la sociedad, ha producido lógica y necesariamente la República.

# CAPITULO VII.

## DEL CARÁCTER DE LOS PUEBLOS GERMÁNICOS.

La raza germánica desempeña especialísimo ministerio en la sociedad moderna, como raza que ha creado en su alma y que ha traido á la vida el sentimiento y la idea de la individualidad, borrada en los antiguos Estados. Muchos escritores piensan y dicen que esta division en razas peca de falsa en sus fundamentos, y de atentatoria á la unidad humana en sus consecuencias. Sin embargo, el estudio concienzudo de la historia prueba que, ya por la conquista, ya por el influjo político, ya por relaciones entre los pueblos y la region que ocupan, relaciones tan estrechas como las del alma y del cuerpo en cada hombre, las tríbus, las naciones se acercan, se funden y forman una raza á la manera que las familias se acercan y se funden para formar un pueblo, para componer una verdadera nacionalidad. Y así como en nada contradice á la unidad de la naturaleza el que haya planetas y satélites, mundos y soles, cometas y aereolitos, en nada contradice á la unidad del género humano el que haya indivíduos, familias, tríbus y razas. El medio natural en que las razas se mueven, afecta al color de su piel, á la magnitud de sus ojos, á los grados de su ángulo facial; y la sociedad en que se crian, afecta á su razon, á su conciencia, á su vida intelectual y moral.

Nada hay, nada tan estrechamente unido al espíritu como la palabra. Muchos filósofos han confundido la idea con la expresion de la idea y han proclamado la imposibilidad de pensar hasta secreta é íntimamente sin el auxilio del lenguaje. La teología cristiana ha llamado á la segunda persona de su Trinidad, al Dios-hombre, Verbo. Y la revelacion de las ideas que es para nuestras almas como el calor para nuestra vida, ha sido la revelacion eterna de la palabra. Es por tanto la palabra humana la más intelectual, la más espiritual de todas nuestras funciones naturales. Y la palabra se diversifica, no ya segun las naciones, sino tambien segun las razas. ¡Qué estrecho parentesco entre el portugués, el italiano, el español y el francés! Puede asegu-

rarse que todos los latinos hemos nacido sabiendo estas cuatro lenguas. Con alguna lectura, con alguna práctica, llegamos por completo á poseerlas. Porque los cuatro idiomas se derivan inmediatamente de aquella lengua-madre, que ha dado su nombre á nuestra raza, de la lengua latina. Y en la más apartada antigüedad se encuentran de esta ley seguros testimonios. Mientras el habla de los pueblos paganos, de los pueblos progresivos, de los pueblos artistas, de los pueblos indo-europeos, tiene períodos rotundos, sintáxis complicada, verbo riquísimo en tiempos, en modos, que le sirven para someter pensamientos secundarios al pensamiento capital, frases subordinadas á la frase predominante y soberana; el habla de los pueblos semitas, de los pueblos religiosos, nacidos para difundir el monotheismo, criados en la soledad del desierto, artífices de esa música que parece sollozo del alma, y de esa arquitectura que guarda para el interior todas sus maravillas; el habla de estos pueblos es triliteral en sus raíces, simple en su sintáxis, onomatopéyica en sus palabras, cortada en versículos que se unen por el medio primitivo de la conjuncion, y que se diferencian de la riquísima variedad del griego y del latin, de las dos lenguas propias á contener y á expresar la varia riqueza del humano pensamiento.

Las lenguas indo-europeas tienen estos caracteres, porque son las lenguas de aquellos pueblos que han pasado por todas las ideas políticas y por todas las formas sociales; que han producido dioses á su imágen y semejanza; que han puesto la direccion de sus Estados en manos de los legisladores, de los tribunos, de los héroes; que han escrito los analisis de Aristóteles y las sentencias de Platon; que han consumido innumerables ideas filosóficas en el movimiento perpétuo y en la renovacion periódica de su espíritu; al paso que las lenguas semíticas son las lenguas de los pueblos religiosos; de los pueblos que han fundado la idea de la unidad de Dios en Jerusalén y en la Meca; que han resuelto casi todas sus formas de gobierno en pura teocracia; que se han dirigido por la voz de los profetas; que han escrito el Koran y la Biblia; que al coro griego han opuesto la cancion melancólica, al drama la poesía subgetiva, la poesía lírica, al pensamiento libre el comentario perpétuo de sus revelaciones, á los dioses y al Dios-hombre su Creador único, recluido, como en sacro tabernáculo, en la inmensidad de sus cielos. Pues bien, si dos razas fundamentales han llenado la historia antigua, el mundo antiguo, dos razas fundamentales llenan el mundo moderno, la historia moderna, á saber, la raza latina y la raza germánica. Esta ha traido siempre la idea de la individualidad, y ha opuesto la individualidad inmortal, sorprendida en el seno mismo de la naturaleza á las fuerzas sociales pero absorventes, á las instituciones, civilizadoras en ciertos períodos históricos, pero autoritarias de las razas heleno-latinas, más artísticas, más humanas si se quiere, que las razas germánicas, pero menos dadas á conservar su libertad interior en la sociedad, y á oir en la vida el llamamiento de la propia conciencia.

Es ley histórica irrevocable que la raza germánica venga á destruir las grandes unidades alzadas por las razas heleno-latinas, esas grandes unidades, bajo cuyo peso la personalidad humana desaparece, y con la personalidad humana la ley de la libertad en la vida. Los preclaros escritores de la antigüedad anunciaron con la adivinacion de su génio el destino confiado á la raza germánica en el fin de aquellas sociedades. Cuando Lucano describe en versos imperecederos la ruina de la libertad en Farsalia, no la vé morir, extinguirse, no; la vé pasar el Rhin y refugiarse en las tríbus inocentes, primitivas de la ignorada Germania. Y Tácito, la conciencia, el remordimiento de la sociedad antigua; Tácito, que ha enrojecido su estilo en el fuego del amor á la libertad para hundirlo como un puñal y revolverlo eternamente

dentro del corazon de los tiranos; Tácito, opone á la obra de César la obra de la naturaleza, al imperio despótico la federacion de las tríbus, á la elocuencia muda la asamblea en los campos, al magistrado impuesto por los siervos pretorianos el magistrado elegido por los hombres libres; á la córte corrompida de los Emperadores, la familia amante, la mujer respetada, la pureza de las costumbres adquiridas en las inspiraciones de la conciencia y en los ejercicios de la libertad.

César, en cuya frente parecia haberse condensado todo el génio romano, temblaba delante de ese inmenso misterio que se llama el mundo germánico, y queria encerrarlo dentro de su imperio. Y allá, por las selvas, por las estepas, en el sueño de la vida primitiva, en la confusion ciega con la naturaleza, los germanos sentian correr como viento abrasador la cólera contra Roma. «Yo no voy por mi propio pié á Roma, exclamaba Alarico en sus correrías hácia la Ciudad Eterna; yo siento que algo superior á mi voluntad me empuja, me arrastra, sin consentirme descanso, y me fuerza imperiosamente á saquear á Roma.» Genserico despliega las velas de su nave al viento. No sabia donde iba. El piloto le pregunta: «Señor, ¿á qué pueblos vamos? A aquellos pueblos contra los cuales se ha levantado la cólera de Dios.» Y fueron á Roma.

¿Qué odiaban principalmente los bárbaros en Roma? Odiaban el principio enemigo de su principio, el ideal contrario á su ideal; odiaban el poder omnímodo, la autoridad absorvente, el cesarismo que negaba la raíz verdadera de la vida, nuestra personalidad. Y desde entónces, siempre que el mundo latino ha llegado por impulso de su carácter, por obra de sus tradiciones á uno de esos estados políticos ó sociales, que reproducian el imperio romano, siempre ha venido á restablecer la raza germánica el principio de individualidad. Así como las hordas de Alarico, de Genserico, nacidas en las selvas, educadas por el estruendo de los combates, sin más hogar que su carro de guerra, sin más patrimonio que sus armas, corren á devastar á Roma por ser el centro de la unidad imperial y cesarista, los descendientes de estas hordas, cumplen tanto en la Edad Media como en el Renacimiento, y en el Renacimiento como en la Edad moderna el mismo ministerio que cumplieron al término de la antigua Historia. Y en efecto, si el pueblo franco, apostatando de los principios germánicos, restablece el imperio en Cárlo Magno, las densas tribus, las densas familias europeas del mismo orígen, azotadas por la espada de los normandos, fundan el individualismo moderno en el caos feudal; si los Pontífices predominan, se apoderan de la conciencia, organizan por su teocracia gobierno fuerte y autoridad universal desde Roma, el imperio germánico, y su representante más ilustre, la casa de Suabia, contrasta esta unidad religiosa con la oposicion política, civil, é impide la copia tristísima en Occidente del bizantinismo oriental fundado sobre la armonía entre el Patriarca y el César; si en el siglo décimo-sexto el Emperador Cárlos V de un lado, con sus inmensos dominios, y los papas artistas de otro, con su inmenso prestigio, salvado el cisma, disueltos los concilios, que amenazaban á la autoridad de la Iglesia, sometida Gante, descabezadas las comunidades en Villalar y las germanías en Valencia, que amenazaban al poder del imperio, si dos poderes de tanta fuerza sobre la tierra, como el poder de Cárlos V que habia encontrado en las mares el Nuevo Mundo y el poder de Leon X que habia encontrado en las ruinas el mundo antiguo, amenazan con estrecha alianza, que restaure el cesarismo; ahí está para impedirlo, para quitar al Pontificado su prestigio, al imperio su paz, el oscuro fraile Lutero, que recoge todas las iras de su raza, y que, repitiendo desde la imprecacion del campesino ébrio hasta la plegaria del ángel en éxtasis, toma la Roma de los espíritus con la misma ira que Alarico

y Genserico habian tomado mil años antes la Roma de los Césares; si la grandeza y la fuerza de Felipe II ahoga el protestantismo, un germano de raza, holandés de nacimiento, Orange de nombre, derriba al coloso que cubria con su sombra toda Europa; si la política de Luis XIV, en el siglo siguiente engendra otra gigante reaccion católica, asi en las conciencias como en los Estados, otro germano de raza, holandés de nacimiento, Orange de nombre, alza el protestantismo, la religion individualista, al trono de Inglaterra; si los reyes, á mediados del siglo décimo-octavo, han establecido su autoridad absoluta, despojando hasta la Iglesia misma de sus atribuciones, la raza germánica ó su familia sajona, viene á turbar tanto poder con la proclamacion de la República y el advenimiento de la democracia en América; si triunfantes los principios revolucionarios en 1793 y de nuevo triunfantes en 1848, cesarista reaccion, engendrada primero por el César de nuestro tiempo y despues por su descendiente, el nuevo Augusto, funda la autoridad imperial, los germanos Welligton y Blücher en Waterlóo, Moltke y Bismark en Sedan, destruyen esos imperios, y alzan nuevamente la idea de la individualidad humana, que es como el hueso y la médula de todas nuestras libertades.

No le pidais á la raza germánica, no, que en el movimiento republicano europeo traiga antes que la raza latina el organismo de la República. Este organismo será obra de la raza artística, de la raza inspirada, de la raza que apenas ha concebido la idea, cuando ya la ha vaciado, ansiosa de crear y de producir, en el molde amplísimo de sus formas, será obra de nuestra raza. Pero la raza germánica ha traido esa idea individualista; ese íntimo sentimiento de la independencia personal, que verdaderamente constituyen la dignidad, sin la cual son de todo punto imposibles las Repúblicas. Esas ideas, esos sentimientos vienen á ser como la materia de que la República es la forma. En la inmensa nebulosa, compuesta por esa difusion del espíritu humano, van brotando las democrácias como dice Laplace que debieron formarse en la nebulosa infinita de que somos parte, el sol y los planetas. La gloria de la raza germánica, á los ojos de las revoluciones modernas, ha consistido en procurarnos el conocimiento racional de aquella idea del derecho, que nosotros habíamos sentido, que nosotros habíamos casi implantado en la realidad, antes de que ellos nos dieran de esa idea clara y distinta conciencia. Porque otro de los caractéres más íntimos, no diré de la raza, diré sí de la nacion alemana, es el predominio del sentido indagador y científico, del pensamiento autónomo y libre, sobre el sentido práctico, sobre el pensamiento político.

Los alemanes han obrado sus revoluciones más en la conciencia que en el espacio. Sus sublevaciones más formidables han sido sublevaciones del espíritu. Ciertamente no han levantado ellos como nosotros la guillotina para sus reyes, no han puesto como nosotros la piqueta demoledora en las bases de sus templos, no han colgado en el presente siglo de la linterna á sus señores feudales, como los franceses colgaron á sus nobles y los españoles á sus frailes; aun estamos esperando aquella formidable revolucion anunciada por Heine, y á cuyo lado la revolucion francesa habia de convertirse en idilio: los alemanes no deben aspirar con derecho al título de revolucionarios. Pero, allá en la esfera intelectual, allá en el cielo de la idea, en la filosofía y en las artes, ¡cuántas revoluciones profundas, cuántos destronamientos audaces han consumado! Los dioses y los reyes, las castas sacerdotales y las castas aristocráticas, el dogma fundamental de las religiones de la Edad Media y el dogma fundamental de las monarquías tradicionales, todo ha sido descompuesto, devorado, consumido en el ardiente crisol de su crítica. Así es, que para investigar cuanto los alemanes han hecho por esta revolucion política moderna, á cuyo tér-

mino se encuentra la República organizada en los Estados-Unidos de Europa, precisa estudiar más que la historia la ciencia, más que el curso de los hechos el curso de las ideas. Allá en el cielo infinito, sereno, tranquilo del pensamiento moderno, donde no llegaban nuestras bajas tempestades, hervia el rayo destinado á herir el criterio religioso, el criterio filosófico, el criterio político, que realmente engendráran los poderes hereditarios y permanentes. Esta revolucion es menos visible, mucho ménos visible que las revoluciones políticas, por lo mismo que es menos cruenta; pero es más eficaz, más trascendental á los hechos aun que las mismas revoluciones violentas cuyo estruendo tanto nos aterra: que esa electricidad invisible, impalpable, esa electricidad de las ideas, suscita la revolucion material y encrespa el tempestuoso oleaje de las conciencias, como para vivificar y animar á los hechos.

Será cierto que los pueblos no pueden tener universalidad de aptitudes? ¿Será cierto que aquellos más duchos en la abstraccion y en la ciencia flaquean cuando bajan á la realidad y á la política? Tentados estaríamos á creerlo estudiando el movimiento científico y el movimiento político de Alemania. Su audacia no tiene límites, cuando de atacar los poderes morales y las ideas abstractas se trata. Los filósofos llegan al trono estrellado del Dios histórico y tradicional con la espuma de la rabia demagógica en los labios y el hacha del verdugo regicida en las manos. A los golpes de su implacable lógica, las supersticiones caen con estrépito más ruidoso que el estrépito de la revolucion. Hernan Cortés con todo su genio aventurero, con todo su valor épico, y con toda su fé española, jamás desacató los ídolos de los conquistados mejicanos como el humilde y tímido filósofo de Alemania ha desacatado desde las fórmulas científicas al Dios de sus conciudadanos. Todos nuestros motines en la plaza pública, todas nuestras insurrecciones de cuartel, todos nuestros movimientos revolucionarios que despiden tan tonante electricidad, jamás contuvieron la esencia, ni las cantidades de revolucion que contiene uno de esos discursos, al parecer oscuros, idealistas, agenos á la realidad, que pronuncia el doctor aleman sentado sobre su alta cátedra como sobre vaga y apartadísima nube. A ellos, á los maestros, á los filósofos alemanes, debemos esa teoría del derecho ante la cual aparecen las ideas de Rousseau como conservadoras y reaccionarias; á ellos, á los maestros, á los filósofos alemanes debemos esa teoría del progreso, á cuyos impulsos todas las instituciones, aun las más creidas de su orígen celeste y más destinadas por los poderes públicos á la eternidad, han caido en el movimiento dialéctico de las ideas humanas, y han aceptado la ley de la trasformacion universal, que condena todas las resistencias contra la libertad á segura derrota, y todas las reacciones á inevitable muerte. El Universo y Dios, el alma y el cuerpo, la naturaleza y el espíritu, han sido llamados al tribunal de su filosofía; los reyes y los papas, las castas sacerdotales y las castas guerreras, al tribunal de su historia. Jamás ningun tribuno dirigió imprecaciones al orgullo de los tiranos, á la manera que ellos á la autoridad de la monarquía y de la Iglesia; jamás ningun revolucionario limpió la sociedad de mónstruos con la fuerza que ellos emplearon para limpiar la conciencia de sofismas. Pero estos semi-dioses de la tierra, soberanos del pensamiento, jueces de las instituciones, al entrar en la vida han visto sus derechos más sagrados á merced del primer montero de uno de esos reyes, ó regulos, vestigios de la Edad Media, fuegos fátuos en el osario de lo pasado, que han reinado recientemente, y que en algunos pequeños Estados todavia reinan sobre el suelo feudal de la vieja Alemania.

Háse comparado el aleman al indio antiguo, absorto en la contemplacion del mundo y en la contemplacion de sí mismo, dando á los otros pueblos sus ideas y sus dioses. Há-

seles comparado tambien á los griegos despues de Alejandro; no porque posean aquella elocuencia escrita y oral propia de los griegos en todo tiempo, como si no pudiera el espíritu helénico ser tocado de decadencia; no porque posean aquel relieve de formas, de expresion que dá vida, y sangre y carne á los pensamientos mas abstrusos; no, parécense á los griegos en su vejéz, porque como estos, piensan, escriben, hablan, enseñan, trasforman las conciencias, se entregan á las ideas, y dejan que á su lado, sobre sus espaldas, se levante un imperio militar, y autocrático, el cual, de tiranía en tiranía, pueda llegar á engendrar la degeneracion física y moral de la antigua Bizancio.

Los pueblos latinos, que tan rápidos fueron siempre en la realizacion de sus ideas, apenas han tenido libertad de pensar. Los pueblos alemanes, que han tenido antes la libertad de pensar, apenas han experimentado el vivo deseo de realizar sus pensamientos. Y la idea, que no toca á la realidad, que no la trasforma, que no se convierte en el pan del alma distribuido entre los pueblos, que no derrite cadenas, que no destruye cadalsos, encerrada allá en las cimas de la razon pura, es como Dios sin Providencia, como Dios recluido en la soledad de su inaccesible sustancia, sin comunicacion alguna, ni con el espíritu ni con la naturaleza. Nadie admira como yo la Alemania, nadie. Su metafísica es el tuétano de nuestro pensamiento. Su poesía responde mejor que ninguna otra al vago idealismo de nuestro espíritu. Debe llamarse el arte aleman la filosofía del corazon. Su música misma, impenetrable á las primeras audiciones, parece despues de conocida, la voz de la naturaleza, la armonía de las ideas increadas, la anticipacion del espiritualismo celeste. Yo perdono á los escritores alemanes la confusion del estilo, y á sus filósofos la oscuridad del pensamiento, porque comprendo que solo así pueden conservar aquel individualismo característico á su naturaleza. Yo admiro la indagacion pacientísima, el culto religioso á la ciencia, toda la nutricion que los alemanes han dado al espíritu moderno. Pero cuantos amamos el progreso, tenemos derecho á proferir alguna queja, alguna reconvencion, y amarga, en los oidos del pueblo aleman. Si, aquel pueblo descrito magistralmente por Tácito con todas las aptitudes para la libertad; menospreciador del oro porque desconocia las necesidades que el oro satisface; reunido en asambleas donde los principales trataban de las cosas menudas, y el pueblo entero de todas; gobernado mas por el ejemplo que por la autoridad, mas por la persuasion que por la fuerza; dotado con la facultad de elegir á sus jefes y dispuesto al deber de acompañarlos y seguirlos por todas partes; adorador castísimo de la mujer en cuya frente vislumbraba las señales de la profecía, y en cuya hermosura el divino ministerio del sacerdocio; aislado en su hogar con su familia y con sus hijos, que no sabrian agarrarse de otro pecho ni nutrirse de otra leche que del pecho y de la leche maternales; amigo de su independencia personal hasta la exaltacion, y enemigo de la tiranía hasta el encarnizamiento; este pueblo que, á través de tantos siglos ha conservado alguna de aquellas antignas virtudes primitivas; como ha precedido á todos los pueblos modernos en proclamar la conciencia libre, debió tambien precederlos en establecer la Federacion y la República.

Pero no seamos materialistas. La idea, aun aquella que parece mas vaga y mas abstracta, alimenta las conciencias y se filtra en la realidad. Cuando nos perdemos en las abstracciones científicas, no pensamos en que aquellas abstracciones, como el Verbo divino, han de encarnarse en la sustancia y en la forma del género humano. El viajero, perdido en la cima de los Alpes, sobre las nieves eternas, sin poder apenas respirar, sin percibir ni asomo de vida en aquel desierto de hielo, no concebirá que allá abajo, en el valle hondísimo, sea tanta frialdad, tanta inmovilidad,

tanta desolacion el Rhin, el Tesino, el Ródano, derramando la vida y la alegría de la abundancia en las campiñas de Italia, de Francia y de Alemania. La idea es alma; la idea es vida. Los hechos no hacen mas que copiar las ideas y copiarlas imperfecta, borrosamente. En todo el curso de los hechos sociales van contenidas las ideas, y son como el hidrógeno en el agua, como el oxígeno en el aire. Quizá tarde siglos en formarse la sociedad animada por una idea progresiva. No nos curemos de los plazos. Pero el tiempo es una idea de relacion, el plazo será largo si con nuestra breve vida se compara, breve comparado con la vida de la humanidad. Nadie es capáz de calcular los millones de siglos que han sido necesarios para formar y componer el planeta en el cual vamos embarcados. ¿Quién puede adivinarlo que tardará una idea en caer de la mente de un pensador sobre el cenáculo de una escuela; en pasar de las indagaciones de la escuela á las fuerzas militantes de un apostolado; y de las fuerzas militantes de un apostolado al crisol del martirio; y del crisol del martirio á la conciencia de todo un partido; y de la conciencia de todo un partido á las leyes, y de las leyes á las costumbres? Pero no tenemos derecho á dudar de la virtud y de la eficácia que tienen las ideas, nosotros, despues de haberlas visto salir de los labios mucho mas ténues que el aire en que iban envueltas, y fundir con las bayonetas de los ejércitos reaccionarios las coronas de los reyes absolutos. Vamos á estudiar el movimiento de las ideas en Alemania, seguros de encontrar revoluciones á que ha respondido ó responderá la realidad.

# CAPITULO VIII.

## DE LA ESCUELA CRÍTICA.

El representante verdadero de la revolucion filosófica de Alemania es en el sentir universal Kant, fundador de la escuela crítica. Desmintiera el siglo décimo-octavo su espíritu progresivo, faltara por completo á su destino, si á la par que destruia las instituciones históricas en la sociedad, no destruyese las ideas tradicionales en la conciencia. Toda sociedad que se renueva, ha de renovar por precision el espíritu, y con el espíritu las ideas, en que el alma de las generaciones se alimenta, y el organismo de los poderes se forma. El siglo décimo-octavo no podia promulgar el derecho natural sin conocer la naturaleza humana. Y no podia conocer la naturaleza humana sin profundizar el problema humano por excelencia, el problema del conocimiento. Para profundizar este problema nada más necesario que trazar los límites de nuestra inteligencia; decir hasta donde puede llegar con sus pruebas y con sus raciocinios. Y para profundizar este problema, el nudo de la dificultad se encuentra en las relaciones entre el objeto y el sugeto. Renunciemos á conocer las cosas en sí, exclamó Kant. Distingamos en todo conocimiento aquello que suministra la experiencia de aquello que pone nuestro propio sér. Ningun fenómeno externo sucede para nosotros si no sucede en el tiempo y en el espacio. Pero el tiempo que puede agrandarse hasta la eternidad y disminuirse hasta instantes inapreciables é imperceptibles, el tiempo no ha entrado en nuestra mente, lo mismo que el espacio, por los sentidos. El tiempo y el espacio son leyes de la sensibilidad. El conocimiento seria imperfectísimo, si adquiriéramos solamente sensaciones, si solamente poseyésemos la facultad de sentir. Es la más primitiva, y en la gerarquía de nuestras facultades, la más rudimentaria, la que nos une con los séres ínfimos de las escalas zoológicas. Si de la vida, del Universo, hiciéramos solo sensaciones, tomariamos nuestros apetitos por regla de conducta, y la impresion fugaz de las cosas por leyes del Cosmos. Nuestra moral se reduciria á la

moral del placer, y nuestra ciencia se resolveria á lo sumo en acerbo inmenso de hechos y de objetos completamente fantaseados. El fenómeno y no su ley, seria el fondo único de nuestro conocimiento.

La sensacion se purifica, se transfigura en la inteligencia que es la facultad de las nociones, la facultad activa del conocimiento, en cuya virtud determinamos y definimos los objetos suministrados por la pura sensibilidad. Las sensaciones ó intuiciones quedarian sin luz y sin vida, cuerpos muertos en la mente, si no se elevéran á nocion; y las nociones serian espegísmos, entelequias, si no se relacionaran con los objetos. Así como la ciencia que trata de la sensibilidad, se llama estética; la ciencia, que trata del entendimiento, se llama lógica. La intuicion es la sensibilidad en ejercicio y el objeto impresionando al sugeto: la nocion es el concepto del sugeto sobre el objeto. Como la sensibilidad no puede salir del tiempo y del espacio; el entendimiento no puede salir de estas categorías principales, de la cantidad, de la cualidad, de la relacion, del modo. Estos elementos del juicio son formas de la inteligencia. Pero las nociones no bastan al conocimiento, no bastan. Para perfeccionarlo se necesita la razon que da universalidad á los juicios, que los pone fuera de toda condicion, que los eleva á ideas, es decir, á principios universales en la purísima region de lo infinito. Pero por lo mismo que la razon ejerce este ministerio sublime en la vida, precisa precaverse y precaverse con cuidado contra las ilusiones trascendentales. Por ilusiones trascendentales entiende Kant el esfuerzo inútil empleado en traspasar los límites de nuestra inteligencia. Por estos esfuerzos consumimos la razon en ambiciones insensatas, y poblamos de sombras espesísimas nuestra propia alma. El trabajo, que debíamos emplear en conocer lo posible, malgastámoslo en ir trás lo imposible. Así debemos renunciar, por ilusorio, al propósito de comprender en su esencia la naturaleza inmaterial de nuestra alma. Y lo mismo que sucede con la idea del alma, sucede con la idea de Dios, en tal manera y grado altísima, en tal manera y grado á nuestras facultades superior, que no puede ni demostrarla ni destruirla absolutamente la razon humana. Aparte de ciertas nomenclaturas arbitrarias, dispuestas solo para sostener el ritmo de las ideas, y la arquitectura del sistema, la crítica de la razon pura es el análisis más lucido y más minucioso que de las fuerzas y de los límites de nuestra razon se haya intentado desde los tiempos de Aristóteles. Necesitábalo por completo la razon humana para huir de investigaciones inútiles y encerrarse en la esfera de lo posible. Con él, por él, quedaba concluido y cerrado ese período teológico, que ha llevado al género humano desde las argucias de las escuelas monásticas á las violencias de las guerras religiosas para pelear y morir por vanas abstracciones.

El hombre, no solamente piensa, el hombre vive; no solamente tiene inteligencia, tiene tambien voluntad. Los principios, á que la razon pura no puede llegar por el mero raciocinio, brotan en cuanto necesitamos fundar y establecer leyes para la vida. En este punto nace la necesidad de la idea de Dios para que nos ilumine y nos vivifique; la necesidad de la libertad moral para que cree la vida humana; y la necesidad tambien de la inmortalidad de nuestra alma, para la realizacion completa de la justicia. A la luz de estos principios desarróllase la ley moral más pura, la ley del desinterés completo, la ley del amor al bien solo por ser bien y del horror al mal solo por ser mal, sin que ni el temor al castigo nos aparte del vicio, ni á la virtud nos lleve la satisfaccion de la conciencia ó la esperanza del premio, sino solo el puro móvil íntimo, independiente de todo otro mandato que no sea el imperativo categórico de nuestra propia conciencia. En virtud de esta ley moral debe el hombre proceder en términos

que pueda elevar cada una de sus acciones aisladas, individuales, á reglas universales de vida y de conducta.

Aunque los principios soterrados por la razon pura ó renacidos en la razon práctica, parecen contradictorios, no lo son, si atendemos á que la tésis del filósofo se reduce á poner límites naturales á las indagaciones puras y á demostrar que la existencia de Dios, la libertad del alma, su espiritualidad, su inmortalidad se afirman con mayor fuerza que en la pura metafísica, cuando se demuestra que sin estos principios no será posible fundar la moralidad de la vida ni llegar al bien sobre la faz de la tierra.

Pero filósofo que así escudriñára los límites de la inteligencia, las leyes de la moral, debia entrar en la esfera de la política. Encastillado dentro de su pensamiento y de su espíritu; analizando la propia conciencia y la propia razon mas que los objetos exteriores; sin pasiones, pero tambien sin desfallecimientos; no conociendo de la vida sino el curso regular y sereno, ni espaciando su ser en el regazo de la familia; frente á frente del alma humana y de la ciencia, como Dios frente á frente de la creacion universal, inútil pedirle observaciones sobre los hechos ni conceptos de la realidad; pedidle, y lo encontrareis, las ideas que mas se relacionan con la filosofía y la moral, las ideas puras del derecho. El orígen del derecho fué siempre la cuestion de las cuestiones. Aquel que causa, que engendra, que origina el derecho es el verdadero soberano. Por tal razon, la escuela teológica sostiene que el derecho dimana de Dios, y que en nombre de Dios lo debe definir y aplicar una verdadera teocracia. Para los pueblos antiguos, griego y romano, el derecho dimanaba del Estado; para los Césares de la voluntad del príncipe; para los tiempos feudales del territorio poseido ó conquistado; para los tiempos monárquicos, de la tradicion, de Dios, cuya imágen sobre la tierra principalmente representan los reyes; para Rousseau, el profeta revolucionario, de la voluntad de los pueblos. Para Kant el derecho se origina de la naturaleza humana, que es su fundamento inconmovible. Podrá criticarse la definicion del filósofo, podrá decirse que la série de condiciones indispensables para asegurar la propia libertad y armonizarla con la libertad de los demas hombres tiene alguna vaguedad, y peca de formalista y externa. Pero, en aquella hora crítica de la historia, convenia reivindicar dos principios, la naturaleza humana como orígen del derecho, la libertad humana como alma del derecho. Y ambos principios fueron reivindicados por el sublime pensamiento del filósofo, ambos principios, que debian producir una revolucion moral en la conciencia y preparar otra revolucion política en las sociedades humanas.

El objeto capitalísimo de su doctrina se concentraba en dirigir el mundo por las ideas, y fundar la política por la soberanía de la razon. Para dirigir el mundo por las ideas, no pide como Platon el poder para los filósofos, pide la libertad entera de los filósofos, es decir, pide la libertad, la autonomía del pensamiento. Para lograr el reinado de la razon, despues de combatir el regicidio y el derecho de insurreccion, como doctrinas maquiavélicas, solo atentas al éxito, enlaza, coordina la política con la moral, los principios de justicia positiva con los principios eternos de justicia. Asi, dentro de un mundo todavía dormido con el sueño inquieto de la Edad Media, bajo la pesadumbre del absolutismo, al ruido del tormento que aún descoyunta los huesos de los acusados, al rumor de los ejércitos que aun oprimen á los hombres, y de la guerra que aun devasta el planeta, en medio del feudalismo germánico, tovadía vivo, á pesar de la revolucion que relampagueaba y no iluminaba, Kant escribe, con el corazon puesto en el amor á la humanidad, con el pensamiento puesto en los oleages del porvenir, profundo tratado de paz perpétua, tratado que prepare el adveni-

miento de la libertad, y que sustituya á la conquista y á la fuerza las pacíficas relaciones de derecho.

Para conseguir estos grandes fines Kant propone que los tratados de paz se ajusten bajo el pensamiento y con el propósito de evitar nuevas guerras; que ningun Estado independiente pueda adquirirse por la violencia y la conquista; que desaparezcan los ejércitos permanentes; que los Estados se abstengan respectivamente de ingerirse en el gobierno de los demás Estados autónomos; que el derecho civil como el derecho político reconozcan otro derecho superior, el cual toca á la humanidad entera, y que puede y debe llamarse derecho esencialmente cosmopolita.

El estado salvaje aquel alabado por los utopistas como estado natural, es en realidad estado de guerra. El indio lleva por la inmensidad de los bosques vírgenes, en su vida nómada, errante, la envenenada flecha, no solo contra los séres de las demas especies, contra los animales que puedan ceder en su provecho, ó en su daño, sino tambien contra las demas tribus que le disputen el aire ó el sol, la tierra ó la caza. El estado salvaje es el estado de guerra. Pero el estado civil, el estado político se fundaron para asegurar la paz y para tener contra toda violencia seguro mas firme que la fuerza, en la santidad del derecho. Volver á la guerra, despues de haber entrado en la vida civil, es tropezar de nuevo en el estado salvaje.

Mas el gran filósofo reconoce que no bastan las relaciones de los pueblos entre sí para evitar la guerra y establecer la paz; que se necesita un organismo interior completamente pacífico. Y este organismo interior no puede ser otro que aquel capáz de asegurar los derechos de todos, y distinguir la órbita de los poderes públicos, y sus diversas facultades. La constitucion civil y política de cada Estado debe ser una constitucion republicana. Escribiendo bajo una monarquía y bajo una monarquía absoluta, Kant define tímidamente el gobierno republicano como aquel donde se hallan divididos el poder ejecutivo y el poder legislativo. Y como esto puede suceder y sucede en una monarquía, tambien algunos atribuyen á Kant, compaginando estos textos suyos con otros de Derecho público que á la monarquía constitucional tambien se refiere. Tal creencia la confirma el que mas abajo confunde la pura democracia con el puro absolutismo. Pero explicaciones claras, concretas, no dejan ocasion á dudas. Kant quiere la República porque con la República todo el mundo, todos los ciudadanos tendrán el derecho de paz ó guerra. Y es dificilísimo que residiendo ese derecho en el pueblo entero, se despeñe el pueblo entero por la sima de las batallas. El suicidio, como la demencia, es escepcion, y no ley general en las sociedades humanas. Luego, si los derechos individuales se derivan de la naturaleza, los poderes públicos deben derivarse de un pacto. Y el gobierno, que en pactos puede fundarse, no es otro mas que el gobierno republicano, precisado á sostener no el vasallo y el súbdito, de cuya vida puede disponerse sin contar con él, sino el ciudadano. Llámanle á este gobierno el gobierno de los ángeles, suponiendo que no puede conocerlo en toda su pureza ni practicarlo en toda su extension la debilidad humana. Pero él solo es humano porque reconoce el principio de libertad que necesita cada hombre; porque establece una legislacion comun en armonía con esa idea de la igualdad natural tan profundamente grabada en nuestra conciencia.

Así es que el inmortal filósofo, no solamente sostiene para el fin de la cultura humana ó de la paz perpétua el gobierno republicano, sino que sostiene tambien la Federacion de Repúblicas, la Federacion que es la gran mecánica de las sociedades libres, aquella que distribuye la fuerza en las altas personalidades políticas y luego la concentra en la unidad suprema. Así los Estados autó-

nomos, por medio de pactos conmutativos van estableciendo el régimen, donde la autoridad esté instituida en la ley, refrenada por la ley, como la libertad contenida en el derecho y asegurada por el derecho.

Los privilegios de los hombres y los intereses que de estos privilegios se originan, podrán oponerse con fuerza á veces incontrastable á la realizacion del ideal; pero la naturaleza de la tierra y las comunicaciones entre los pueblos, la naturaleza del hombre y la necesidad que tienen todos los hombres de vivir bajo las leyes comunes, aseguran que la interna educacion de los indivíduos y la superior educacion humana, obra de los progresos científicos y sociales, ha de fundar cada Estado en la República interiormente, y todos los Estados para la vida y relaciones exteriores en la Federacion que constituya como la nueva Humanidad sobre la tierra.

La revolucion liberal llegaba en este momento supremo á la plenitud de la vida por la conciencia de sí misma. El filósofo solitario, aislado, sin otro númen que su idea, la cual por completo le poseia, impulsaba al mundo con fuerza mas lenta, pero de mas eficacia que las fuerzas materiales. La naturaleza humana, estudiada en sus abismos mas profundos; la idea del derecho, definida y concretada en su fase mas necesaria; el régimen republicano, proclamado como el mas idóneo para los pueblos cultos; la federacion universal reconocida como el organismo de la justicia y del derecho; la paz perpétua prometida como resultado y consecuencia de todas estas ideas, daban á la revolucion moderna una idea que en parte se ha realizado, y en su plenitud se realizará bien pronto. Y estas fórmulas no eran fórmulas de estadista ambicioso, de tribuno acalorado é impaciente, de convencional que las lanzara en medio de encrespada guerra extraña, ó de profunda revolucion interior, para despertar á su partido ó á su pueblo, no; estaban concebidas en el recogimiento y en el silencio, pensadas en plena independencia de todo interés, dichas y difundidas para la humana conciencia.

Dos hombres renovaban la política del siglo décimo-octavo, Kant y Rousseau, dos hombres de incalculable poder moral. Kant era filósofo y Rousseau artista; Kant anteponia el pensamiento al estilo y Rousseau el estilo al pensamiento; Kant agitaba la conciencia del hombre y Rousseau su sensibilidad; Kant engendraba aquellas ideas progresivas que trasforman todo espíritu y Rousseau aquellas pasiones exaltadas que trasforman toda realidad; la vida del uno era tranquila y ordenada como sus fórmulas matemáticas, la vida del otro tempestuosa como la revolucion; el alma del filósofo se dirigia á herir, á manera del sol naciente, las cimas de la ciencia, y el arma del artista, á manera de la nube tempestuosa, los hondos valles sociales, el corazon de las muchedumbres; Kant define el derecho natural que engendra al hombre libre y Rousseau el pacto político que engendra el Estudio republicano; el uno es verdadero autor de la soberanía individual y el otro verdadero autor de la soberanía popular; ambos representan en sus dos sistemas el pensamiento y la accion, el principio y la vida, el espíritu y el organismo, el alma y el cuerpo de esas revoluciones modernas, que engendradas en las alturas de la metafísica y difundidas por el Verbo divino del arte, han de producir al cabo los Estados-Unidos de Europa, alzándonos, desde los sangrientos abismos de la monarquía y de la guerra, á las regiones, que pudiéramos llamar de luz perpetua, al triunfo del derecho, al goce de la paz.

# CAPITULO IX.

## LA FILOSOFÍA INDIVIDUALISTA, Ó EL IDEALISMO SUBGETIVO.

La filosofía crítica debió tener y tuvo sus naturales consecuencias. La idea de la personalidad humana, reconocida en toda su grandeza, exaltada en todos sus atributos, ébria de la propia sustancia; en la inquietud de su jóven vida, en la ambicion de sus pasiones, llegó á negar todo ser que no fuera su propio ser, y toda realidad que no fuera su propia realidad. Los cielos aparecieron á sus ojos como urdimbre del alma, semejantes á la tela que la araña tiende, al capullo que hila el gusano de seda.

El Universo material desapareció en la embriaguez de la personalidad humana. La luz, reflejo era de nuestro ethéreo espíritu; las estrellas, condensaciones de nuestras innumerables ideas; los séres todos, organismos formados por las séries lógicas de la razon emancipada. En la inmensa nube de polvo levantada por tantas ruinas, dibujábase tan solo nuestra avasalladora individualidad con su conciencia en la frente, como sol de los soles. Y no podia suceder de otra suerte. Toda idea nueva tiende al absolutismo de su ser, tiende á borrar el límite, á suprimir la oposicion, á creerse única en el Universo para vivir, y bastante á resolver todos los problemas. Separado por la crítica todo cuanto hay de interno y todo cuanto hay de externo en el conocimiento, demandaba casi una necesidad dialéctica que el espíritu llegase á creer la vida su propia sustancia, la luz su propio reflejo, el Universo su obra. Por tal razon es necesario juzgar los sistemas filosóficos, primero en sí, en sus principios fundamentales independientes de todo momento histórico; pero despues, en su relacion estrecha con el tiempo en que nacen y con la totalidad de la filosofía, que desarrollan bajo una de sus fases. El esclavo, el siervo del terruño, el vasallo, iba á ser hombre en revolucion que igualmente tocase á la sociedad y á la conciencia. Para llegar á este resultado tenia que alzar su personalidad en absolutismo independiente de toda contingencia; y tenia que poner su derecho sobre todo derecho. Los re-

yes se divinizaron. En oposicion á los reyes, el hombre libre se divinizó á sí mismo, se ungió con el óleo sacratísimo de su absoluta dignidad personal. Fué aquel un momento necesario en la sucesion de los tiempos y un principio lógico en la série de las ideas. La metafísica de la libertad llegó á extremos erróneos, quizá en sí necesarios para la emancipacion del espíritu humano en la totalidad de su ser, en la incomunicable entidad de su esencia. Negar todo cuanto se opusiese á la individualidad, atrevido era, mas sin estos atrevimientos no llegará jamás la victoria de una idea. El progreso procede por oposiciones radicales y absolutistas. La religion niega toda filosofía racional; y la filosofía toda religion revelada. El fisiólogo prescinde del espíritu y el místico de la materia. Para el panteismo del siglo anterior no habia más que un sér con dos formas, extension y pensamiento. La individualidad humana desaparecia en ese océano de la sustancia universal; la libertad quedaba reducida á fuerza mecánica del Universo. Para romper esta gran tiranía del panteismo, Fichte forjó en su sistema el hombre, su individualidad, su personalidad, y le declaró único ser real, y le puso la tierra por peana, el Universo por templo, donde todas las cosas eran modificaciones sucesivas de nuestra propia sustancia.

Fichte personifica este instante del tiempo, esta fase del espíritu. Para él hay una ciencia que es respecto á la metafísica lo mismo que la metafísica respecto al sentido comun, una ciencia de las ciencias. Esta ciencia necesita un primer principio inaccesible á la negacion; indudable, evidente de toda evidencia. Este primer principio no puede ser otro que el principio: yo soy. Hé aquí la afirmacion soberana, la base de todos los juicios, el fundamento incontrastable de toda ciencia, el primer principio de todo sistema, la tésis á la cual, jamás podrá llegar en sus vapores la duda: yo soy. De esta afirmacion soberana, luego por juicios téticos, antitéticos y sintéticos, deduce Fichte la existencia de algo opuesto al yo, de algo que tuvo realidad solo por ser distinto del yo. Pero el yo quedaba centro de todas las esferas científicas, número de todas las cosas reales, medida de todas las ideas posibles.

Filosofía tan audaz, engendraba general contradiccion con el sentido comun que se creia herido. Decíase que al concluir una conferencia, Fichte usaba esta fórmula extraña: «hoy hemos creado el mundo, mañana, señores, crearemos á Dios.» Asegurábase que en cierto convite, atrevido criado del anfitrion, le quitaba los platos de delante, diciéndole: «Aliméntese el filósofo de su propia sustancia.» Las señoras de Alemania contaban que Fichte, no creyendo en la existencia de ninguna personalidad que no fuese su propia personalidad, tampoco creia en la existencia de su mujer, tampoco creia en la realidad de madama Fichte. Los gobiernos se alarmaron y le persiguieron en las Universidades. El gran pagano Goethe le reconvino por la franqueza con que formulaba sus ideas. Y sin embargo, Fichte era además de un gran filósofo, un gran carácter. Nacido en oscura medianía, educado en pobreza próxima á la miseria, conducido por el aguijon de la necesidad desde la libre Zurich á la opresa Polonia, sin tropezar, no obstante las dificultades y asperezas del camino, sin ceder en sus ideas bajo el látigo de los opresores, prefiriendo á todo aplauso y á toda ventaja la religion de la filosofía, amando con amor casi místico la humanidad y sus progresos, vivió consagrado á despertar la conciencia de su patria en medio de los terrores de la revolucion y de los desastres de la guerra, y murió entre los efluvios de la peste, al servicio del dolor y de la miseria, maestro de la moral, héroe del deber, mártir de la ciencia.

A pesar de tantas exageraciones divulgadas sobre el individualismo de Fichte, el inmortal filósofo decia que la idea de indivíduo se derivaba de las relaciones del hombre con sus

semejantes. Para vivir en estas relaciones se necesita el derecho, condicion indispensable á la individualidad. El sér racional, no puede ni comprenderse á sí mismo, ni plantearse á sí mismo, sino como indivíduo, como uno de tantos séres racionales que en relacion con él coexisten. Sensible, inteligente, activo, la naturaleza y la sociedad, el mundo externo con sus varios modos de ser le solicitan á la accion, á obrar sobre ellos como causa. La obediencia á esta solicitud es el fin del hombre, el cumplimiento de su destino. Los medios que necesita para cumplir este fin son sus derechos.

Pero el hombre necesita reconocer no solo su existencia como persona y su derecho personal, sino su coexistencia con las demás personas y sus relaciones de derecho con las personas. Esta reciprocidad es fundamental en el derecho, porque sin ella desapareceria la sociedad. El derecho es primitivo, coercitivo, político. El primero, el primitivo, es aquel por cuya virtud el hombre se eleva á causa de su vida. Ninguna fuerza extraña debe compeler al hombre en el cumplimiento de su destino, mientras no desconozca ó vulnere el derecho de los demás. La actividad individual debe ser dirigida y regulada por la inteligencia. El derecho coercitivo es el que tiene por fin mantener el derecho personal en todos y supone un pacto entre los ciudadanos, y como consecuencia de este pacto la necesidad del Estado. El derecho político regula á su vez la voluntad comun, la soberanía comun. Esta voluntad comun da las leyes. El poder ejecutivo se encarga de su cumplimiento. El poder de vigilancia, que Fichte propone, como un tribunado, como un eforado junto al poder ejecutivo, se encarga de velar por el cumplimiento de las leyes. Cuando los encargados de ejecutar las leyes falten á su encargo, los encargados de vigilar el cumplimiento de las leyes, deben suspenderlos, y convocar al pueblo. El respeto á la ley determina la forma del gobierno. Allí donde el pueblo no tiene ni idea, ni sentimiento de legalidad, la forma de gobierno será necesariamente, sin que nadie pueda impedirlo de ninguna suerte, será la monocracia. Pero donde el pueblo respete las leyes, la forma del gobierno debe ser la república, única racional y justa. Todas estas consecuencias políticas derivábanse inmediatamente de aquella filosofía consagrada á la exaltacion del hombre interior, á la exaltacion de la conciencia. Dentro de nosotros mismos llevamos el ideal de la justicia, el código sublime del deber, y solo se necesitan los esfuerzos de nuestra propia voluntad para que este código se cumpla, y con su cumplimiento se realice nuestra felicidad sobre la tierra.

Perfeccionando al indivíduo, perfeccionaremos la humanidad, indivíduo superior, para quien los siglos son años, tardo, mas seguro, en su progresivo crecimiento. Objetivar las leyes sugetivas de la razon, objetivarlas en todas direcciones y por todas las esferas; hé ahí el destino supremo de la humanidad en la historia. La série de hechos sucedidos en cierto período de tiempo tiene como las progresiones matemáticas razon comun en la idea que los anima. Así en cada época predominará un pensamiento general, consecuencia de la época anterior, premisa de la época subsiguiente. Nuestro tiempo, en medio de los eclipses de la razon, en medio de los desmayos de la voluntad, solo tiene un fin, realizar la nocion del derecho. Mas la humanidad cuenta edades varias en la sucesion contínua de los tiempos; pues no se realiza en solo un dia la plenitud de la vida, que será la encarnacion, la objetivacion de la pura ley racional en la sociedad y en el mundo. Las edades humanas son cinco capitales. Primera: el hombre, encerrado en la naturaleza como la semilla en la tierra, como el feto en las entrañas, tiene de la vida solo despierto el instinto, de las facultades solo en ejercicio la sensibilidad, y el Universo se le aparece como poema viviente, y el fenómeno ó el hecho como milagro, y la ley como re-

velacion, y el gobierno como divino patriarcado, edad llamada de la inocencia. Segunda: poderosa autoridad externa, engendrada entre los horrores de la guerra, se eleva al despotismo, y exige de la conciencia fé absoluta en sus principios, de la voluntad ciega obediencia á sus mandatos, edad llamada con fundamento del advenimiento del mal á la tierra y de la caida en el pecado del hombre. Tercera: la autoridad es herida por la razon que comienza á poseerse á sí misma, y á declararse causa primera en la vida; los antiguos principios se quebrantan, los dioses históricos se mueren, los altares y los templos se arruinan, la indiferencia hácia los principios generales y las ideas admitidas por el sentido vulgar reina, edad de transicion, en que llega la sociedad á su madurez, el derecho á idea concreta. Cuarta: la razon eleva la ciencia á legisladora, la justicia á soberana: edad del crecimiento en la perfeccion. Quinta: el ideal de la razon se define por completo, el derecho en su plenitud se realiza, la moral es la ley, el arte es el Verbo divino de todos los principiòs filosóficos, el mal la sombra que huye, la libertad el medio único de cumplir la vida, el bien la finalidad universal de los séres, de las cosas, y el ángel de Dios desciende invisible de las alturas con la luz increada en los ojos, con la espada de fuego en las manos, con el amor divino en el pecho, para lanzar de la tierra el pecado y devolverle por completo la pristina inmaculada pureza del Eden.

La Filosofía de la Historia de Fichte dá por fin á la vida el cumplimiento de los preceptos de la razon; y la Filosofía moral el cumplimiento del bien por desinteresados y puros motivos de conciencia; y la Filosofía política la conformacion del derecho con nuestra personalidad y de la república con el Estado; y la Filosofía estética divino ministerio al arte, que ha de soterrar el mal con su vara májica, y ha de abrir los cielos de la razon: el sistema entero destroza á nuestras plantas con valor las pesadas cadenas del límite y promete á nuestras esperanzas, sedientas de lo infinito, un mundo puro, inteligible, del cual es como velo espeso, como tupido telon, ese infinito celeste espacio con todo su rocío luminoso de soles y de mundos.

Pero la mas elevada de las cualidades de Fichte se revela al considerar qué reaccion tan poderosa ejerce su mente sobre la impureza de los hechos. La revolucion francesa estalla, y con la revolucion francesa nuevo espíritu se derrama por la conciencia de la humanidad, nueva sangre por sus venas. Los caractéres apocados solo ven de este hecho capitalísimo los desastres, el verdugo siempre en accion, la guillotina en ejercicio, la guerra por las provincias y las fronteras, los revolucionarios confundidos con los aristócratas en la carreta y bajo la cuchilla, el poder dictatorial en manos de aquella sombría irresponsable asamblea, que se llamaba la Convencion; el crímen de los reyes agravado por el crímen de las muchedumbres. Pero Fichte ve alzarse de los hechos el vapor de las ideas; Fichte ve entre las lavas de la erupcion hoy hirviente el fecundo abono de mañana; Fichte ve tambien bajo la inundacion de sangre la cosecha de nuevos y mas saludables principios; porque Fichte se inspira en algo inmutuble y cuasi-divino, en la voz de la razon y de la conciencia. Levantado sobre el escollo de su cátedra, bajo el rayo que hiere, entre las ráfagas del huracan que todo lo trastorna, al rumor del oleage embravecido y al grito de los náufragos ahogándose, opone la persuasion aprendida en su mente de que el mundo no se desquicia y se pierde sino que se renueva y se anima. Su juicio sereno es el juicio de la posteridad. Su idea tranquila sube á los cielos y se baña en la aurora de lo porvenir mientras el comun de los hombres duerme y se arrastra en las tinieblas. El habia profundizado todo el espíritu humano y habia visto como llegaba, por virtud de las nuevas ideas, á tener de su derecho plena

conciencia. Y por esta razon, mientras el curso de los acontecimientos corria con turbia corriente por el espacio, el curso de las ideas corria con corriente serena por su alma, tranquila é iluminada, superior á las debilidades y á los errores del tiempo, como si, roto su matrimonio con el cuerpo, habitára ya las límpidas regiones de la eternidad.

Mientras todos claman á una en Alemania contra la revolucion, Fichte la estudia y la juzga. Para apreciarla plantea dos problemas que se refieren: 1.° A la legitimidad de la revolucion: 2.° Á su prudencia. Los medios empleados por la revolucion habrán sido más ó ménos justos, más ó ménos conducentes á reivindicar el derecho; pero nadie puede poner su legitimidad en duda, porque nadie puede negar con justicia á los pueblos el derecho á cambiar su constitucion política. Si este cambio trae males ¿á quién deben imputarse? Difícil, casi imposible evitar que pueblos habituados á las tinieblas de hondo calabozo no se dividan en partidos irreconciliables, y que divididos así, aun despues de emancipados, no se arrojen mútuamente al rostro, en pelea contínua, los rotos fragmentos de las antiguas cadenas. Por su triste educacion, al desposarse con la libertad, le preguntarán qué dote trae, como si lo hubiera más rico y pingüe que la dignidad personal en los indivíduos y la justicia en la sociedad.

Bajo estas consideraciones revuélvese airado Fichte contra aquellos que solo quieren dirigir el mundo por la fuerza de la tradicion, como el saber humano por el criterio de la experiencia, cual si no hubiera en la razon puras leyes anteriores á todos los tiempos, y principios bajo cuyo poder se desvanece toda autoridad arbitraria ó injusta. Si el hombre no ha de tener más libro que el libro de la historia; si porque ayer cayó en la esclavitud ha de continuar en la esclavitud mañana; y el tiempo ha de hacer justo lo que declara eternamente injusto la conciencia, despojémonos de nuestra naturaleza, pidamos el suicidio moral capaz de aniquilar hasta el alma, dejémonos de todo trabajo y todo esfuerzo por el bien, digámonos perdurables niños, siempre aprendiendo y jamás creando, desprovistos de toda facultad ó potencia original, y destinados á repetir perpetuamente los siglos que pasaron y perpetuamente á imitar las generaciones que fueron. La escuela histórica, los partidos históricos, para oprimirnos, dicen que solo en la historia se conoce al hombre. Error de los errores. Lo accidental de la vida humana, el fenómeno, el estado, la creencia de un dia ó de un siglo, la institucion fugaz se conoce en la historia; pero lo esencial, lo eterno, la naturaleza humana en sus fundamentos, en su virtualidad, el hombre-tipo, que no cambia, que no se modifica, solo puede conocerse en la ciencia de la razon pura, en la Filosofía, que nos da tambien la ley de nuestro derecho, y los principios fundamentales de toda justicia.

Pero los principios racionales son impracticables, segun los empíricos impenitentes. Y la historia, que invocan, para aquello en que la historia no tiene competencia, el derecho natural, la justicia natural, olvídanla, desconócenla para aquello en que la historia es competente, para demostrar cómo las ideas más abstractas descienden de la conciencia á la realidad, y como la realidad á las ideas se ajusta, cual á su troquel la moneda, y los objetos fundidos á su molde. Lo cierto es que la inmutabilidad de las constituciones sociales, deseada por las escuelas históricas, desmiente y contraría el destino de la humanidad, que es la perfeccion gradual y progresiva.

El género humano, más sometido hasta aquí á la sensibilidad que á la conciencia, habrá podido dar mayor crédito á la fé que al raciocinio, ó mayor precio á la tradicion que al derecho. Sus tutores, comprendiendo esto mismo, y explotando el atraso á que han contribuido, pedirán la continuacion de la tutela, á fin de educarle y darle más conveniente

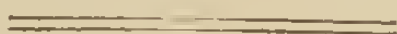
cultura. Mas ¡ay! que ninguna educacion posee virtud bastante á elevar, á moralizar al hombre, á darle dignidad para sí, autoridad sobre sí mismo, sino aquella que se inspira por su orígen ó su naturaleza en la razon libre, y que se dirige por su fin ó por su objeto á la seguridad del derecho; concluyendo por decir á los tutores del género humano aquello mismo que el filósofo decia al conquistador griego cuando le quitaba el sol: señor, apártate, que me quitas la luz de la libertad. Justifíquese como quieran, la tendencia de las monarquías, es fatal, necesaria á recabar dentro del Estado poder sin límites, el absolutismo; y fuera del Estado imperio sin fronteras, la conquista, la dominacion universal.

La monarquía supone el principio de que los hombres pueden ser propiedad de otro hombre, del monarca. Y el hombre es propiedad de sí mismo. Como si el rey le hubiera dado sus derechos, se atreve unas veces á negárselos, otras veces á restringírselos. Y el rey no ha dado sus derechos al hombre sino la naturaleza. No ya el rey, el Estado mismo, aun el más democrático, aun aquel regido por todos los ciudadanos, puede dar ni quitar el derecho, ingénito á nuestra personalidad. El hombre es primeramente espíritu; y como espíritu, solo tiene un soberano, la razon; solo un juez, la conciencia; solo un código, la moral. Pero el hombre no vive aislado en su personalidad; el hombre vive tambien socialmente. La ley positiva es bajo esta relacion su regulador; pero la ley positiva debe consagrar el derecho natural; los demás hombres deben ser sus jueces, pero en la más perfecta igualdad. Por una série de contratos políticos debe el ciudadano armonizar su soberanía individual con la soberanía de los demás indivíduos en Estado donde el poder sea expresion de la voluntad general. Más en estos contratos no puede el hombre enagenar derechos inalienables, por ser un contrasentido que pueda la inteligencia no pensar, y la voluntad no querer; la inteligencia dejar de entender, y dejar la voluntad de tener voluntad. El hombre posee derechos, á ser en la sociedad lo mismo que es en la naturaleza; á ser ante las leyes lo mismo que es ante el Universo, una persona y una persona libre y responsable.

Cuando la filosofía llegó á este punto, pudo y debió descansar como el Dios de la Biblia despues de haber creado el hombre. En el seno del antiguo paria, bajo la piel del esclavo herida por el látigo, en la ignominia de los vasallos que llevan la marca de sus reyes, la corona de sus señores; en la profunda humillacion de los oprimidos; bajo todas las cadenas y todas las mordazas, si late con el alma una conciencia, late con ellas una personalidad libre, hija de las fuerzas divinas de la naturaleza, suprimida, borrada por los errores de la sociedad, pero que al erguirse audáz sobre el potro de sus tormentos, reclama una ley tan real y tan armoniosa como la ley que sostiene con su atraccion los orbes; reclama, por racional, por libre, por responsable, la ley de su derecho.

Justo es decir que no siempre Fichte conservó este concepto sereno de su propio ideal, y esta fidelidad inquebrantable á sus principios. En otras obras escritas más tarde que las consideraciones sobre la revolucion francesa, cayó del extremo individualismo en el extremo socialismo, y dió facultades al Estado que el Estado no podia tener sin mengua de la libertad. Pero estas inconsecuencias, comunes á pensadores que han vivido ante el público, en relacion incesante con el público, no deben extrañarnos á los que sabemos cuánto empañan los vapores de los hechos, la serenidad de la conciencia. Pero no puede juzgarse la vida del hombre por el desfallecimiento momentáneo, ni la obra del filósofo por la desviacion excepcional. En todo el conjunto queda siempre un resultado, que es como el substratum químico, lo esencial del sistema. Y el sistema de Fichte puede definirse llamán-

dole con claridad y exactitud reivindicacion vigorosísima de la libertad y de los derechos fundamentales del hombre. Si alguna duda pudiera quedar, desvaneceríala su campaña contra la escuela histórica, contra esa escuela que tanta levadura reaccionaria ha mezclado en el ser y en la vida de la docta Alemania.



# CAPITULO X.

## DE LA ESCUELA HISTÓRICA.

En el seno de Alemania las batallas revolucionarias, que nosotros libramos á la fuerza de las armas, líbranse á las armas de las ideas. La agitacion material no responde á la agitacion de las conciencias. Allí son escuelas científicas lo mismo que aquí partidos militantes. La nocion del derecho es el lema que lleva cada contendiente en su respectiva bandera; el orígen del derecho entusiasma y apasiona entre aquellos eternos estudiantes, como la posesion del poder entre nosotros, latinos, eternos revolucionarios. Las dos escuelas enemigas son la escuela filosófica y la escuela histórica. Para la escuela filosófica el derecho es puro concepto de la razon basado en la naturaleza, independiente de tiempo y de lugar, consagracion de nuestra personalidad espiritual y moral, que debe someter las leyes de la política á las leyes de su propia esencia. Esta idea naturalmente alarmaba á los que ponian sobre todo criterio filosófico el criterio de la experiencia; sobre todas las facultades humanas el curso del tiempo; sobre toda ciencia la historia; sobre todo procedimiento la costumbre; sobre toda razon el instinto de los pueblos. La escuela histórica acusaba principalmente á la escuela filosófica de olvidar por la naturaleza del hombre la naturaleza del Estado, por la abstracta humanidad la patria viviente. Tachaban de poco patriotas los historiadores del derecho á los filósofos del derecho.

¡Poco patriotas! Absurda acusacion. Ninguno de estos lectores de códices; ninguno levantó jamás el patriotismo á la altura á que lo alzára Fichte, aquel filósofo tenido por falso sacerdote de vanos conceptos metafísicos. A su idea de que la patria ha de ser como órgano de la humanidad; á su puro sentimiento del deber moral; á su culto por la justicia; á su cuidado en la educacion del alma; á su alto sentido de la dignidad humana por todas las libertades ungida, á su espíritu, en fin, que iluminaba y vivificaba, débese el que en la crísis suprema, cuando la conquista devoraba toda Alemania, cuando el conquistador

deshacia el antiguo sacro imperio bajo las espuelas tintas en sangre germánica; cuando el ruido de los tambores y los cañones de Jena apagaba toda voz, se levantase desde las alturas de una cátedra elevada á cúspide moral del mundo moderno, sentida y arrebatadora elocuencia, condensando mas allá de las nubes de sangre y de lágrimas evaporadas por los campos de batalla, la conciencia inmortal, estóica, vigorosa del pueblo aleman, llevado por la fé viva en su derecho á la esperanza incontrastable de recobrar su independencia.

El mundo antiguo tiene arengas mas estéticas, pero no arengas mas morales que las pronunciadas en Berlin por Fichte bajo el sable de Napoleon. ¡Qué invocaciones al valor moral! ¡Qué exaltada vehemencia por el puro patriotismo! ¡Cómo sentia la falta de nuestro tiempo que ha dividido á los hombres en hombres de accion y hombres de idea, cuando la palabra vibra y corta, como la espada, cuando el pensamiento y el arte tambien tienen su heroismo, como lo prueban Esquilo combatiendo en Marathon contra los persas, y Cervantes enrogeciendo con su pura sangre las aguas de Lepanto. De aquellos discursos donde se definia la idea de la patria en consonancia con la idea de la humanidad; de aquellos conceptos del derecho y del deber que forjaban una nueva conciencia moral en la conciencia humana; de aquellas ideas que tronaban y relampagueaban como la pólvora quemada en las batallas, y que producian un nuevo espíritu capaz del mayor heroismo, derivóse la epopeya nacional de 1813, en que los germanos mostraron al mundo una vez mas como toda conquista se estrella contra la indómita voluntad de un pueblo resuelto al combate y á la muerte. La acusacion de la escuela histórica á la escuela filosófica era injusta acusacion. En cambio la escuela histórica ha consagrado y defendido todas las iniquidades seculares, solo porque tenian á su favor el privilegio del tiempo.—Falsa, falsísima nocion es aquella de que el derecho solo se encuentra en su desarrollo, en su movimiento, en su historia. ¿Pues qué no hay fundamental idea de derecho superior á todas las modificaciones? ¿Concebiríase que pudiese historiarse el derecho si no se tuviera del derecho á lo menos sentimiento, concepto, ya que no clara nocion y elevada idea? A un pueblo de suyo rutinario, dado á mirar con placer la exposicion de las ideas como vistoso juego, pero sin ninguna tendencia á realizarlas; á un pueblo así la escuela histórica le presentaba por ideal sus usos, sus costumbres, su antigua legislacion manchada de feudalismo, buena para la Edad Media, con lo que solo conseguia petrificarlo bajo el cetro de sus reyes, bajo el látigo de su aristocracia. A la idea de que el Estado es el organismo social único y completo; á la otra idea no menos falsa de que el instinto público está sobre la razon; á esa teoría que, despues de haber exaltado la conciencia nacional hasta convertirla en sagrada é infalible delega el culto del derecho á castas semi-sacerdotales, privilegiadas, de jurisconsultos; á ese predominio tan encarecido de la experiencia histórica sobre la ciencia pura; á esa contínua exaltacion de la costumbre, del uso, del derecho consuetudinario débese en gran parte que siendo Alemania uno de los mas cultos pueblos humanos, todavía discuta sobre la oportunidad de abolir el feudalismo en esos pequeños estados, piedras perdidas de los antiguos Castillos nobiliarios, piedras donde no han podido entrar con sus fuertes raices la saludable vegetacion de nuestras progresivas ideas.

No, el organismo de las sociedades humanas no debe perpetuarse, cuando contradice al espíritu, á la idea de un tiempo, de un siglo, porque sea producto de la fatalidad histórica. No, el instinto, que nos confunde con los brutos, no puede prevalecer sobre la razon que es la facultad divina por excelencia, la facultad de lo infinito. Por ese camino se llega pronto á poner la vida animal sobre la vida del espíritu; la conciencia sobre el estómago,

la costumbre sobre la justicia; la historia sobre el ideal; la tiranía secular, el poder pontificio que ha vivido quince siglos, el poder monárquico que ha vivido veinte sobre nuestro derecho natural, á pesar de haber vivido virtualmente en nosotros por toda una eternidad. Y no solo se destruye así nuestro derecho y con nuestro derecho nuestra libertad, sino que se destruye tambien todo principio de justicia, y con el principio de justicia toda moral. Si solamente la ley que tiene vida es justa, apercibios á ver justicia hasta en los cuatro malos usos de la legislacion bárbara; á ver justicia hasta en la inmolacion de los niños contrahechos y en el abandono de los ancianos inútiles. Y no solo se destruye la moral, sino que se destruye la ciencia, porque la ciencia no puede consistir en el comentario perpétuo á legislaciones ya escritas en varios códigos, ya sancionadas por las costumbres; legislaciones que cambian segun cambia el tiempo, el espacio, el alma, la educacion histórica, las instituciones, los hábitos y usos de los varios pueblos, más diversos por sus preocupaciones políticas y religiosas que por sus latitudes geográficas. La ciencia ha de elevarse á ley universal que no cambie por ningun incidente, que no falte por ninguna excepcion. Y si solo es digno de ser conocido lo que sucede en el tiempo, y no lo que existe en el alma, no hay ciencia posible del derecho. Y no habiendo ciencia posible del derecho, no hay esperanza de reforma; porque toda mejora, todo perfeccionamiento, proviene del contraste ofrecido entre la razon que se eleva á la pura justicia y las impurezas y las sombras de la realidad. Por estas oposiciones entre la razon pura y la tradicion, hemos pasado de la edad humana en que dominaba el instinto, á la edad humana en que domina la inteligencia. Por estas oposiciones entre la razon pura y la realidad, todas las reacciones y todos los reaccionarios se agarran como á su tabla de salvacion, á la escuela histórica. El rey que nace con el privilegio de mandar á turbas esclavas; el verdugo que aplica penas irreparables en su infame cadalso á la débil naturaleza humana; el sacerdote que aspira en nombre de Dios á someter las conciencias libres bajo el yugo de un dogma impuesto por la coaccion y por la fuerza; las aristocracias militares que viven de la guerra como las hienas de la carniceria y de la matanza; las aristocracias feudales que ven como nube tempestuosa la idea del derecho pasando por la frente de sus siervos, invocan la escuela histórica y sus sofismas, porque remachan las cadenas de los pueblos, y doran las diademas de los déspotas.

# CAPITULO XI.

## EL INDIVIDUALISMO PRACTICO FRENTE Á LA ESCUELA HISTÓRICA.

Corrientes de ideas opuestas contrastaban el poder invasor y reaccionario de la escuela histórica. Contra este sistema que convertia al hombre en continuador de la vida pasada, en esclavo de los tiempos antiguos y de las tradiciones muertas planteábase la protesta racional, filosófica, reivindicando la personalidad humana y los derechos de la personalidad. A poco que el movimiento aleman se estudie, aparecen dos grandes beneficios prestados á la ciencia y á la política universal: creacion de la personalidad libre y responsable, sellada con el doble sello de su orígen y de su fin divino; explicacion científica de esta ley interior del derecho, que reclama, como justicia debida á todo hombre, la plena consagracion de sus facultades en el seno de la sociedad.

Un diplomático célebre, filósofo, filólogo, literato, historiador, hombre de aptitudes universales, hermano del naturalista Humboldt, amigo constante de los reyes y devoto á la emancipacion de los pueblos por una de esas contradicciones tan frecuentes en Alemania; un diplomático que habia estudiado por larga série de propias observaciones la revolucion en Francia, la república en Suiza, la libertad en Inglaterra, el arte en Italia, la historia en España, donde siguió desde las primeras palabras escapadas á los vascos en sus riscos, hasta los monumentos últimos dejados por los árabes en las vegas de Andalucía; al resplandor de todas estas ciencias, estudia tambien la política, negando que el hombre esté sometido á las tradiciones de sus padres, como está la piedra sometida á las leyes de la gravedad; despierta en su alma el órgano divino de la conciencia, y en su pecho el sentimiento humano de la libertad; le aconseja que se constituya á sí mismo en virtud de sus sagrados derechos, y que despues de esta constitucion de su voluntad soberana, se eduque por las inspiraciones de la propia reflexion, buscando la ciencia natural que cada hombre lleva dentro de sí mismo; se espacie y se dilate en la extension de todas sus facultades;

porque arte, industria, política, los bienes todos, el conjunto de los fines humanos, consíguense mejor si en vez de entregar la direccion de la vida á gobiernos que comprimen y destruyen su actividad, y por consiguiente, la virtud creadora de su trabajo, se la confia á la espontaneidad de su libre naturaleza. Romped la cadena histórica que liga al hombre con Estados arbitrarios; unidlo por relaciones de derecho con los demás hombres. Desde nuestro organismo hasta nuestra idea, todo en el hombre necesita de la sociedad que es el complemento de la propia vida por la comunicacion con nuestros semejantes; pero el Estado, sustituyendo sus leyes de artificio á las leyes del derecho, en vez de fortalecerla, suprime la sociedad. Así precisa dejar á los ciudadanos la más completa libertad de accion; reducir el Estado al ministerio sencillísimo del mantenimiento de la seguridad general; impedirle que adultere la religion y la moral convirtiéndolas en ordenanzas de policía; encerrarlo en su esfera, á fin de que no convierta las acciones más loables en actos mecánicos, y no separe de sus fines humanos y universales la educacion pública para subyugarla á ideas ó intereses puramente oficiales.

Es verdad que Humboldt, despues de haber así definido la naturaleza del Estado, se cura poco de la organizacion del Estado. Las formas de gobierno le son por completo indiferentes. Más no podrá ocultarse á su perspicacia que todo Estado reducido á la funcion de la seguridad puramente, no se organizará bien jamás sino en la forma republicana. Dad la libertad, el derecho natural, la conciencia emancipada, la materia de las sociedades libres, y vereis cuán pronto viene el organismo de la república. Yo he maldecido siempre esta indiferencia por las formas que declaro resultado del mayor sofisma de nuestro tiempo. Indiferente la forma cuando es la revelacion de todo lo inteligible. Yo creo que la forma representa en la naturaleza y en la ciencia lo mismo que el Verbo Divino en la religion, la primera y mas fundamental de todas las categorías. Vuestros pensamientos teneis que reducirlos á forma, no digo solamente para comunicarlos á la humanidad, para ponerlos en órden y dividirlos en clasificaciones. Porque á la categoría de forma se une estrechamente la categoría de órden; y desde el punto en que órden y forma os fueran indiferentes, os serian indiferentes tambien las séries de las plantas encadenadas en la botánica; las escalas zoológicas divididas en especies y en familias de diversos organismos; los espacios celestes sembrados de constelaciones que se combinan por las simples distancias de los ástros entre sí; los sistemas todos científicos que se reducen á encadenamientos de ideas. La cultura social, la educacion del género humano jamás hubiera sido sin esta forma misteriosa de la palabra, articulada por los lábios, recogida por el ondulante aire, y que lleva en alas más ténues que las trasparentes de la mariposa todas las ideas, es decir, todo el peso de lo infinito. ¿Qué diferencia hay entre la materia orgánica y la materia inorgánica? Una diferencia de forma. Y direis que vale lo mismo el hierro escondido en las entrañas de la tierra que el hierro disuelto en las venas del hombre; el fósforo descompuesto en fuegos fátuos por los campos de batalla ó prendido á los palos del barco en las soledades del mar, que el fósforo sacado por las gramíneas de la tierra, disuelto en el pan, y elevado por la nutricion á las alturas del cerebro, de ese templo del pensamiento humano. Si las formas os son á la verdad indiferentes, os serán tambien indiferentes que el metál se halle fundido ó sólido en el planeta, que el agua sea gas en el hidrógeno, ó vapor en las nubes, ó líquido en el arroyo, ó cuerpo sólido en las montañas de los polos; que en vez de daros el té de Java os den el óxido férreo de aquella tierra; y en vez del vino de Borgoña el yodo de las colinas de Meudon; y en vez de la patata la potasa de los campos bri-

tánicos, como si toda la vida vegetal y animal, no estuviera reducida á este trabajo único, á la trasustanciacion por formas y organismos del aire y de la tierra.

¡Ah! millones de siglos han pasado desde que las aguas, desprendidas de espesa atmósfera se extendian sobre la tierra solitaria, y ensayaban en especies gelatinosas los primeros borradores de la vida animal, la rudimentaria forma primitiva, cristalizacion del organismo; hasta que apareció el sér de los séres, el que da por la ciencia idea de sí mismo al Universo, y por la religion intercede en divino sacerdocio entre el Creador y la criatura, elevándose por el progreso y la perfeccion de su organismo desde el espeso sueño de la materia á recibir en su frente alzada á los cielos el resplandor celeste del increado pensamiento. Y este árbol del organismo, este árbol, cuyas primeras raíces son los fósiles perdidos en las entrañas del planeta, y cuyo fruto último es el cerebro humano cargado de ideas, es contínua y progresiva sucesion de formas. Una mera forma separa el monstruoso ídolo indio, encerrado en la pagoda oriental, de la Venus de Milo, casta, hermosísima diosa, en cuyos labios sonríe la naturaleza entera, en cuyos ojos centellea el ideal, en cuyo seno se encierran generaciones de poetas, de artistas; y estas dos formas, engendro la primera del panteismo materialista, hija divina la segunda de la individualidad griega, señalan á todos los siglos y á todas las generaciones la trasfiguracion cuasi divina del humano espíritu.

Las ideas de forma son á la política tan esenciales como el número, como la línea á las matemáticas, como el tiempo, el espacio, la fuerza y la magnitud á la astronomía. Si es indiferente la república ó la monarquía; si es indiferente que el jefe del poder supremo sea designado por el pueblo ó trasmitido por la herencia, tambien será indiferente que el Ayuntamiento sea elegido por los ciudadanos ó por el gobernador de la provincia; que las Cámaras sean elegidas por los electores ó por los monarcas; que los tribunales sean colegiados ó de un solo juez, amovibles ó inamovibles, compuestos de jueces de derecho ó compuestos de jurados populares; y de indiferencia en indiferencia llegarian á sernos indiferentes tambien la libertad y la justicia. La República es todo un organismo político, todo un organismo social, todo un organismo del derecho, y por lo mismo la República es una nueva sustancia, una nueva vida. Desconocerlo es desconocer tambien los rudimentos de la ciencia política. No lo desconoceria ciertamente Humboldt cuando guardó con tanto celo el manuscrito de su Ensayo sobre los límites del Estado que no apareció hasta quince años despues de su muerte. Sin duda temió disgustar á sus amigos, los reyes, que hubieran sacado con lógica más implacable la consecuencia más inmediata de sus principios, á saber, que esa libertad natural tan grande, y ese Estado tan reducido á respetarla, no pueden existir, como he dicho antes, sino en el seno de la República. Todas estas ideas, más ó ménos perfectas, combatian el espíritu reaccionario de las escuelas históricas.

Todo contribuia en este tiempo á engendrar la idea liberal y la conciencia de la libertad en Alemania.

Sobre las tendencias de la escuela puramente histórica á justificar las instituciones antiguas, predominaban las tendencias de la escuela puramente filosófica á elevar el derecho natural en la conciencia, para que la conciencia trasformada lo encarnara en la realidad. Goethe, que á pesar de su indiferencia olímpica se interesaba vivamente por los problemas de su tiempo, criticó acerbamente la escuela histórica y le opuso el pensamiento fundamental de la escuela filosófica en una de las escenas más interesantes de su poema, en el diálogo del Estudiante y Mefistófeles. Las leyes y los derechos, decia el génio del mal en su acerba

crítica al jóven anheloso de ciencias, se suceden como eterna enfermedad; véseles pasar de generacion en generacion y arrastrarse de lugar en lugar: la razon se convierte en locura, la bondad en tormento. Eres hijo de tus padres ¡desdichado! y del derecho que ha nacido contigo, nadie te hablará. Tenia razon el poeta: la humanidad no puede vivir solamente en la historia.



# CAPITULO XII.



## LA FILOSOFÍA DEL SENTIMIENTO.

Vano intento olvidar lo que ha sido el hombre; pero vano intento tambien impedir que las ideas nuevas se condensen rápidamente en grandes instituciones, y que la naturaleza recobre sus derechos. La filosofía crítica, la filosofía individualista, sin embargo, aislaba demasiado al hombre en su derecho personal. Una reaccion de la naturaleza y de la sociedad contra este encastillamiento del hombre en sí, que era necesidad de aquel período histórico, pero no necesidad de todos los tiempos, pues tal carácter solo está reservado á la verdad en sí; una reaccion de la naturaleza debia venir contra la ciencia egoteista. El representante de esta reaccion se llamó Jacobi. Filósofo y con estilo de poeta; literato inspirado en abstracciones filosóficas; protestante de sentimiento y racionalista de vocacion; pensador casi asceta por sus inclinaciones naturales y comerciante por su estado social; devoto de todos los misterios de la fé, y obligado á todas las temeridades de la especulacion; republicano por su cultura ginebrina, por su comercio con las ideas de Rousseau y consejero de aquellos duques feudales de la vieja Alemania, Jacobi, que debia verse solicitado por fuerzas tan opuestas, era el filósofo destinado á reivindicar la ciencia de la realidad, elevando el sentimiento á la categoría de criterio.

En su oposicion á Fichte, á quien cree Mesías del idealismo de que el gran Kant solamente es Bautista á sus ojos, juicio no confirmado por la posteridad, proclama la fé purísima en la inmediata conciencia. Así la filosofía especulativa jamás sabrá nada de Dios, porque Dios es objeto de la fé, pero no objeto de la razon y de la ciencia. Toda filosofía tendrá que concentrarse en el pensamiento interno y reconocer el espíritu como sugeto y objeto á un tiempo de la ciencia. Pero sobre la filosofía está la verdad en sí, la verdad real, apartada de la ciencia interna, de la ciencia puramente especulativa. Nosotros no comprendemos, sino lo que creamos. Si todo

debe por la razon pura conocerse, todo en la razon pura existe. Las cosas no son comprensibles hasta que se trasforman en ideas y entran como ideas en la mente. El alma humana á sí misma no se comprende sino como mera nocion. La filosofía trascendental ha demostrado la vanidad de la metafísica y ha prestado el servicio de volver la razon á la fé, y de levantar sobre las sombras formadas por las ideas puras los continentes firmes y seguros de la realidad.

Jacobi extremaba las ideas de Fichte y de Kant para combatir dos sistemas que, socialmente considerados, dieran altísima idea de su propia dignidad, á nuestra conciencia. Pero si combatia dos sistemas de tendencias liberales tambien combatia aquel espinosísmo, en el cual se anegaban los indivíduos para ser meros atributos del sér único, primitivo, inmutable, que se revela en sus dos esenciales formas, la extension y el pensamiento. Y al mismo tiempo combatia aquel sistema que Proudhon quiso más tarde justificar sutílmente en su tratado de la paz y de la guerra, aquel sistema de despotismo asolador, que consideraba á los hombres entregados por la necesidad á lucha perpétua como las fieras en los bosques, y necesitados para vivir en paz de la férrea mano del déspota.

Y despues de haber combatido estos sistemas contrarios á la libertad humana, asienta principios políticos que pueden ser alma de toda verdadera democrácia. Es verdad que el estado histórico en que divulgó estos principios, imbuyóle algunos errores. Era la segunda mitad del pasado siglo. Los reyes, ensoberbecidos, habian llegado á fundar su autoridad absoluta sobre las ruinas mismas de la Iglesia que los consagrára y los nutriera en su cuna. La trájica escena de la disolucion de los Templarios se reproducia con la disolucion de los jesuitas. Los monarcas aspiraban como los Césares antiguos á ser emperadores, generales. pontífices, á concentrar las fuerzas humanas y divinas en su orgullosa autoridad. El filósofo, apenado de este espectáculo, y presintiendo un despotismo que desarraigara hasta la libertad de la conciencia humana, se declara por los ultramontanos contra los regalistas, por los papas contra los reyes. Pero no tiene razon el filósofo en esta preferencia. La teocrácia europea ha servido para iniciar la civilizacion moderna. La Iglesia fué la nodriza de nuestro espíritu. Mas aunque cumplió el destino transitorio de comenzar la educacion de las sociedades modernas, debió desaparecer la Iglesia como autoridad política. El feudalismo militar será considerado como un progreso, como un adelanto verdadero sobre la teocrácia. ¡Cuánto mas no lo serán las modernas monarquías civiles! La teocrácia tiraniza la voluntad, el pensamiento, la conciencia, el Estado, el hogar y ni siquiera deja su tiranía en las puertas del sepulcro. Extraño es en verdad que no vean los hombres de mas alta inteligencia los resultados de las trasformaciones sociales. Los reyes filósofos del último siglo iban mal de su grado á ofrecer sus homenages á la cuna de la libertad como los reyes magos del Evangelio á la cuna del Salvador.

Aparte de este error histórico, los principios de Jacobi, si bien tienen mas carácter moral que político, son principios esencialmente liberales y aun republicanos. El instinto encuentra medio de mantener en paz las sociedades de los animales, dice, ¡y no encontrará medio la razon de mantener en paz la sociedad de los hombres! Hay que aliar el órden con la libertad. No existe la sociedad sin órden, pero tampoco existe el hombre sin libertad. El mundo debe ser regido por la justicia impersonal é inviolable. El Estado no engendra el derecho, y debe reducirse á la funcion de procurar la seguridad social. La mecánica de la sociedad tiene sus fuerzas propias y sus leyes naturales como la mecánica del Universo. No debe perturbarse esta mecánica natural de la sociedad con arbitra-

rias reglamentaciones de los gobiernos. Las leyes naturales consagran y las leyes arbitrarias limitan la libertad. La soberanía reside en la voluntad viva del pueblo. Aun para llevar á los hombres á la virtud es nocivo el despotismo, porque la virtud deja de serlo desde que no es obra concienzuda del humano albedrío. La fuerza no debe ser mas que negativa de las pasiones perturbadoras. El hombre entregado á su libertad llega á conformar su vida, y la vida social á la razon eterna.

# CAPITULO XIII.

## NUEVA OPOSICION AL IDEALISMO SUBGETIVO,

### POR EL IDEALISMO OBGETIVO.

Esfuerzos grandes empleó el filósofo del sentimiento Jacobi en producir formidable reaccion contra la abstracta filosofía y el exagerado individualismo de Fichte. Pero el mayor esfuerzo y el mayor impulso debian venir de otro sábio, de Schelling. Este era á un tiempo filósofo original, poeta inspirado, orador elocuentísimo. Su palabra caldeada en ardiente fantasía brillaba, como hierro enrojecido, ante su auditorio, deslumbrado á veces y á veces estático, pero siempre maravillado. La filosofía anterior semejábase á esas altas regiones de la atmósfera, desiertas, solitarias, donde el sonido se apaga por el enrarecimiento del aire, y el cuerpo humano suda sangre. Necesitaba el pensamiento descender á la realidad, tocar en la tierra, vivir del calor de la vida universal, encenderse en el éther, embriagarse, como los faunos antiguos, en los jugos de los campos, y volver á celebrar sus nupcias con la naturaleza. Una ciencia así, algo tenia de poema; un filósofo así, algo de profeta. La elocuencia antigua renació en su ardiente palabra. Sus labios parecian perfumados por la miel del Hibla, y acostumbrados á los coloquios platónicos en las academias de la Atica. Aquel génio artístico que vagaba por los jardines de Florencia en los tiempos del Renacimiento, y que guiaba el cincel de los escultores y descomponia el color en las mágicas paletas; aquel vivificante génio animaba la elocuencia de este sacerdote, de este intérprete de la naturaleza. Era su tiempo á la verdad, tiempo apropiado á la reaccion hácia la vida real. Descomponian las retortas químicas en gases los elementos puros de Aristóteles; chispeaba la electricidad docilmente en nuestras manos, que, animadas al recien descubierto galvanismo, pugnaban por prestar movimiento á la materia inerte, vida á los cuerpos muertos; y el fluido magnético, revelado en medio de maravillas, de fábulas y de encantos, traia al seno del Universo nueva mágia; cual si el planeta fuera á florecer con más exhuberante sustancia y á entrar en mas expléndidos cielos. Entre es-

tas revelaciones de la materia, un génio de tendencias místicas, de acento platónico, parecido á revelador oriental, gnóstico de aquellos que componian filtros para la conciencia con los resíduos de todos los sistemas, con los fragmentos de todas las ideas, viene á elevar sobre la experiencia, sobre el analisis, sobre el raciocinio, sobre el criterio sistemático del criticismo la intuicion semi-divina, el criterio que se habia creido sobrenatural, propio de los ángeles, pues solamente ellos pueden abrazar el ser en sí, y comprender la variedad infinita y riquísima de la vida en la absoluta unidad del Universo.

Todo conocimiento supone dos términos: el objeto conocido en sí, la representacion del objeto en lá inteligencia. El conocimiento en general, es el conjunto de los términos de contacto entre las cosas inteligibles y el entendimiento humano.

Las ciencias de observacion investigan las leyes, lo que hay de más intelectual, de más cercano al espíritu en la naturaleza. Así idealizan el Universo. Las ciencias de indagacion tienden á lo contrario, á esteriorizar las leyes interiores del espíritu, á objetivar el alma en la creacion. Las ciencias metafísicas y las ciencias experimentales demuestran que las leyes del Universo tambien son leyes de la conciencia, y las leyes de la conciencia leyes del Universo. El sentido comun jamás comprenderá que el mundo exterior salga del espíritu; el espíritu á su vez jamás se doblegará á reconocer que procede del mundo exterior, que fluye de la naturaleza como el rio de la montaña. Mas hay un principio que contiene estos dos principios, el principio de lo absoluto. Hay una filosofía capaz de conciliar estos dos opuestos, la filosofía de la identidad. Lo absoluto encierra en sí el conocimiento y la existencia, lo subjetivo y lo objetivo, el alma y la naturaleza, lo real y lo ideal. La potencia de lo absoluto crea en lo real la materia con su gravitacion, y en lo ideal la ciencia con sus principios; en lo real la luz y el movimiento, en lo ideal la religion y la fé; en lo real la vida con sus organismos, y en lo ideal el arte con sus inspiraciones. Por su poder real lo absoluto produce ese conjunto de séres sujetos y encadenados á la ley, ese conjunto que se llama Universo; y por su poder ideal lo absoluto produce ese otro conjunto de artes, de ciencias, de religiones, de estados que se llama Historia. Despues de esfuerzos constantes, de combates nunca interrumpidos, de sucesivas elaboraciones, lo real produce aquel sér que compendia en sí todos los séres, la corona de la naturaleza, el hombre; y despues de guerras, de conflictos, de trabajos titánicos, en que el eterno Prometeo, el genio humano, se levanta hasta el cielo y cae bajo sus cadenas, produce lo ideal aquel organismo superior que contiene en sí todos los organismos sociales, produce el Estado. Despues de haber producido en la esfera de la realidad el hombre, en la esfera de la idealidad el Estado, reconcéntrase lo absoluto en sí mismo, y llega á la conciencia de sí, por la razon, por la filosofía.

Lo absoluto es lo total. Cada sér contingente tiene una totalidad relativa. En principio el éther era. Nada fuera del éther habia. Todo estaba dentro del éther en potencia. Entonces resonó la palabra divina en los espacios infinitos. Y las moléculas surgieron. Una fuerza de expansion diseminó las moléculas en torbellinos, y otra fuerza de contraccion las condensó en cuerpos. La materia brotó, y sujeta á condiciones diversas, revistió diferentes formas. Una fuerza de repulsion lanzaba los mundos lejos de su centro; y otra fuerza de atraccion los llamaba al centro. Sin atraccion el mundo volveria á la nada, sin repulsion al caos. Las fuerzas primitivas de la naturaleza son los fluidos, eléctrico, magnético, calórico, lumínico. Todos los fluidos llevan dentro de sí una oposicion, una antítesis. Los cuatro fluidos son despues de todo idénticos, manifestaciones varias, fuerzas diversas de un

solo fluido. Pero la oposicion es universal. El oxígeno es el gas de la vida, y el ácido carbónico el gas de la muerte. Hay esta contradiccion en el aire como hay el fluido positivo y el fluido negativo en la electricidad. El gran trabajo de la mecánica celeste es mantener el equilibrio de los astros, el equilibrio entre la repulsion y la atraccion; el gran trabajo de la tierra es mantener el equilibrio en la atmósfera, el equilibrio entre el oxígeno, el ázoe, el ácido carbónico. Á esto contribuyen váriamente las tempestades y las lluvias; contínuamente el mundo vegetal, ese gran laboratorio de gases. Los organismos se dividen á su vez en dos organismos opuestos por los sexos. La vida se esparce invisible en la inmensidad y se revela en el organismo, á la manera que el rocío, invisible en la atmósfera, se condensa en líquidos diamantes sobre las hojas del árbol, en el cáliz de la flor. El organismo está sometido á lo homogéneo y á lo hoterogéneo, como á la creacion contínua y á la contínua destruccion el Cosmos. Pero la vida sube, sube, se etheriza y llega á la mente del hombre. La vida duerme en la piedra, sueña en el animal, se despierta y piensa en el espíritu. La unidad primitiva reaparece. Mas aquella unidad que era el éther informe en el espacio desierto, es en la plenitud de la vida el espíritu y su conciencia.

Lo real se desarrolla en el Universo; lo ideal en la historia. Estas dos esferas del desarrollo de lo absoluto á primera vista son desemejantes. En el Universo imperan las fuerzas naturales y en la historia las fuerzas humanas; en el Universo todo hecho se sujeta á leyes inevitables, y en la historia, al contrario, todo hecho proviene de la voluntad: sucédense en el Universo las fases de la vida normalmente; los animales nacen y mueren; las plantas brotan, arraigan, crecen, fructifican; las estaciones se repiten á los mismos períodos; y en la Historia, por lo contrario, las ideas lucen y se apagan, las pasiones se desatan y se encauzan, los combates se empeñan y se resuelven, las instituciones nacen y mueren, las obras luminosas del arte, de la ciencia, del heroismo, aparecen y desaparecen sin que ningun entendimiento pueda comprender la ley misteriosa de todos estos hechos esparcidos á los cuatro puntos del horizonte por nuestro albedrío. El Universo es la region de la necesidad, y la historia, al contrario, la historia es la region de la libertad. Cada idea es un sol en su centro propio, más pendiente de otro sol apartado, hacia el cual gravita, Dios: cada voluntad es soberana, pero sometida á leyes morales, cuyo cumplimiento no puede ser tan necesario por parte de los hombres, como es el cumplimiento de la ley natural en las cosas; mientras lo infinito se concentra en los séres, en los indivíduos, en lo finito, en lo concreto, dentro del Universo, dentro de la historia, lo finito, lo limitado, el sér, el indivíduo, tiende á lo infinito, á lo absoluto, al Eterno; y así en todas las esferas de la vida se siente el universal anhelo por el supremo bien y la perfecta hermosura.

Pero no hay solamente la vida religiosa, la vida moral, hay tambien la vida pública, la vida social. El Estado es la imágen viva, animada de la razon; es un organismo donde se juntan las dos leyes fundamentales de lo ideal y de lo real: la libertad de la historia y la necesidad de la naturaleza. La voluntad humana, el conjunto de voluntades individuales no crean el Estado, que solo seria entonces una aglomeracion de indivíduos, y que podria disolverse al arbitrio de los ciudadanos; el pacto, la convencion, lejos de crear el Estado, ó lo perturban, ó lo imposibilitan. El Estado es un organismo, y como todo organismo tiene en sí propio su fin, existe independientemente de la voluntad humana; reune la vida social y la vida individual, la vida pública y la vida privada, como reune la libertad y la necesidad. El Estado, como es la encarnacion viviente de la razon pública, pasa por

grados de formas várias, hasta que llega á un límite de perfeccion, del cual no podrá pasar jamás.

El arte es la revelacion permanente de Dios. Para revelarse, Dios escoge sus profetas, los verdaderos reyes de derecho divino, los génios que hacen visible, palpable lo infinito, y lo encarnan en todas las conciencias y lo comunican á todas las generaciones, sabiendo por intuicion sobrehumana tocar en la mente y en el corazon, unir el sentimiento y el raciocinio, hablar á los hombres de ánimo superior y á las ciegas muchedumbres, fundar y establecer la divina religion de la ideal hermosura. Pero si el arte es la revelacion permanente de Dios, la historia es la permanente y sucesiva realizacion del derecho, de la nocion que más contribuye al humano perfeccionamiento. La historia es progresiva y pasa de la necesidad á la fatalidad, de la fatalidad á la Providencia. Y la medida del progreso se encuentra en el grado de perfeccionamiento que alcanza la nocion y la realizacion del derecho. El género humano va lentamente; pero va á cumplir el derecho sin que ninguna generacion pueda romper el término de esta idea que en la série de los humanos progresos tiene precisamente señalado. Al punto de partida de la humanidad se encuentra la nocion del derecho; y al término del viaje se encuentra la realizacion del derecho. La union de todos los pueblos en un solo pueblo, de todos los Estados en un solo Estado, la ley natural por código único, la justicia por rey, el bien por término de la vida; hé ahí el ideal completo y plenamente realizado. Pero el hombre no es dueño absoluto de sí mismo, puesto que leyes á él extrañas, á él superiores lo dominan. Ebrio de libertad, pagado de sí mismo, creyéndose número y medida de todas las cosas, contando con su soberanía en la naturaleza, avánzase el hombre como á tender la mano sobre el Universo hasta que la implacable necesidad asentada sobre los mundos le señala su límite, como al astro su órbita, como el océano su lecho. Cada indivíduo trae vocacion exclusiva; se lanza al mundo cual si estuviera solo en el mundo; usa de su libertad en términos que diríase solo su libertad soberana; hace de sus deseos la aspiracion universal de todas las cosas creadas y de sus intereses los intereses humanos, hasta que la relacion de unos hombres con otros hombres le obliga, si no quiere atraerse el castigo necesario, á unir su vida con la vida social entera y armonizar su voluntad particular con la voluntad pública. Como dos fuerzas sostienen el Universo, dos fuerzas sostienen la Humanidad. Allí se llaman la atraccion y la repulsion: aquí se llaman la libertad y la Providencia. Bajo estas leyes necesarias el hombre realizará sucesiva y gradualmente su derecho.

¡Y esta filosofía es una filosofía reaccionaria! ¡Esta filosofía, cuyos puntos fundamentales hemos expuesto, puede pasar en Alemania por filosofía de retrogradacion, de retroceso! En los pueblos acostumbrados á la intolerancia de la Iglesia católica pasaria el sistema de la identidad entre las leyes del Universo y las leyes del espíritu, por un sistema racionalista. Esto solo probará la supremacia de Alemania sobre los demás pueblos en libertad científica, en respeto al pensamiento de sus sábios. Pero no hay que dudarlo, es la filosofia de Schelling una filosofía reaccionaria. A la República que Kant presenta como seguro de la paz perpétua, sucede la proscripcion de la voluntad general, la proscripcion de las democracias. Se ofrece la forma republicana como presidiendo al período de la fatalidad histórica; y la monarquía como presidiendo al período de la Providencia. A la libertad individual de Fichte, que eleva la conciencia hasta enrojecerla en el fuego de la divinidad; que dignifica el pensamiento humano hasta hacerlo alma de todas las cosas; que fortalece la voluntad en el heroismo de la soberana independencia;

que protesta contra la tiranía de los hechos, impaciente por realizar la justicia, sucede esta idea de la necesidad, llamada á deshora para recordar al hombre emancipado, soberano, ébrio de esa vida nueva de la libertad, su triste dependencia en la Naturaleza y en la Historia. Luego esa misma idea de progreso en gradacion tan rigorosa, en série tan estrecha, somete las generaciones á no pasar de un término á otro término del derecho hasta la ilustracion general de la razon y de la voluntad pública. ¿Qué se ha hecho de la antigua y generosa impaciencia por la realizacion del bien? Pero hay más todavía. Esa idea del Estado con fin propio en sí, requiere que los ciudadanos, en vez de realizar con vocacion divina y libre su fin, se sometan á realizar el fin preconcebido por el Estado. Ese Estado tiene una especie de carácter divino como las antiguas monarquías. Ese Estado se eleva en la Historia á la misma estirpe que la Humanidad en el Universo. Ese Estado rechaza la voluntad general, la democracia, y la confunde con el despotismo. Ese Estado se resuelve en la monarquía universal. Ese Estado se confunde con la sociedad entera, y no hay error más grave que el error de confundir el Estado con la sociedad entera, porque así el Estado se cree con poder para regular todas las manifestaciones de la vida, desde la religion hasta el trabajo, que no pueden realizar los fines humanos de justicia, sino por los medios puramente humanos, por los medios de la libertad.

Las monarquías alemanas, con ese instinto de conservacion que tienen las instituciones viejas y gastadas, se apoderaron de Schelling para que fuese el filósofo de su autoridad. El rey de Baviera lo llevó desde la Universidad de Jena donde habia profesado con gran brillo á la Universidad de Wuazburgo. De esta Universidad pasó á Munich, á la segunda capital del catolicismo y de la reaccion alemanas que tenian su primer capital en Viena. La enseñanza de Schelling allí tomaba cada dia un aspecto más religioso y místico, ménos racional y humano. Durante el tiempo que la verdadera filosofía del progreso, la filosofía hegeliana dominó en Alemania, Schelling enmudeció, sí, enmudeció por largos años.

Condiscípulo de Hegel un dia, su maestro más tarde, el filósofo de la naturaleza, confesaba que su pensamiento fundamental vivia en las doctrinas del discípulo, pero adulterado por los sucesivos desarrollos y por las varias aplicaciones. Muerto Hegel, que durante toda su vida ocultara la trascendencia de sus ideas con grandes concesiones á la monarquía prusiana, Schelling fué llamado desde Munich á Berlin para que con todas sus fuerzas, con toda su autoridad se opusiera á los estragos revolucionarios y racionalistas causados en la juventud por la Filosofía de lo Absoluto. Desde aquel momento no fué más que el sacerdote de la reaccion científica, de la reaccion política, de la reaccion religiosa. Habia en su doctrina y en su elocuencia algo del desórden neo-pagano, de su mágia y de su theurgia, de aquel anhelo por detener la trasformacion necesaria de la conciencia humana con la evocacion á las fuerzas de la naturaleza, fantaseada místicamente, y con el renacimiento artificial del génio de los dioses devorados por los progresos de la ciencia. Como si el pensamiento libre pudiera tener más objeto que la verdad en sí, quiso sujetarlo á comentar las doctrinas oficiales de la religion, ni más ni ménos que los antiguos escolásticos. Sosteniendo que su único criterio era la razon libre, que su único objeto era la verdad en sí; reivindicando el derecho de inspirarse solamente en su conciencia, y de difundir aquello que su conciencia le revelára, trasforma su Dios antiguo, fuente de donde fluyen los seres, océano á donde desaguan las ideas, confusamente encerrado en el éther primitivo, y viviendo y desarrollándose luego á un tiempo mismo en lo ideal y en lo real, en el Universo y en

la Historia, hasta que llega á la conciencia de sí en la Filosofía; trasforma este ser dialéctico, hegeliano, en ser real, absoluto, creador, conservador del Universo, el Dios de Abrahum y de Moisés, ó mejor dicho, el Dios del rey de Prusia y de su córte. Y no se contenta con esto, perdiéndose en los abismos de la fantasía, apelando á la mágia como los antiguos gnósticos, lleno de un misticismo que hubieran envidiado Boemh ó Swendemborg, reconoce que hay en el Universo fuerzas teogónicas además de las fuerzas naturales, y que estas fuerzas en su relacion íntima con el espíritu humano, con la humana conciencia, han producido las mitologías, producto tambien de la contínua evolucion del pensamiento teológico, hasta que un dia la purificacion de este pensamiento del espíritu humano, y la virtud de aquellas fuerzas del Supernaturalismo traen la única religion verdadera, definitiva, absoluta, el Cristianismo, cuyos dogmas de la redencion, de la gracia, de la Trinidad, pueden deducirse del puro raciocinio, y aprenderse en el eterno poema de la Naturaleza. Todas estas teorías no tendian más que á satisfacer el orgullo y atizar las preocupaciones del tutor coronado que diera á Schelling un solo encargo, combatir las teorías de Hegel. El filósofo temia de tal suerte á la opinion y á sus juicios que prohibió toda publicacion de sus lecciones en Berlin. Algun discípulo infiel llegó á recoger estas lecciones, á ordenarlas, y trasmitirlas al doctor Paulus, que las publicó bajo este título: la Filosofía de la revelacion revelada, persiguiendo á su autor con vigorosos argumentos, y violentísimas sátiras. Marheincke le atacaba públicamente y á todas horas como á un renegado. Y Strauss, el célebre autor de la vida de Jesús, publicaba un folleto llamando al rey protector de Schelling, Juliano el Apóstata.

Y viendo los sectarios de esta doctrina, persuádese más aun el ánimo de las consecuencias reaccionarias que en sí encerraba y que sucesivamente se desarrollaron y extendieron. Eschemayer dividia la historia en cuatro periodos: 1.° Período de la naturaleza ó despotismo del más fuerte. 2.° Período de la esclavitud y de la tiranía. 3.° Período de la libertad tal como fué comprendida en las repúblicas antiguas. 4.° Período de las monarquías que acabaran por resolverse en una monarquía universal á la manera que los señores del feudalismo, verdaderos monarcas, se perdieron y se concentraron en las monarquías nacionales. El mismo error de la Filosofía de la Historia de Vico, renacia en estos sistemas fantaseados para dar leyes arbitrarias á la Historia; considerar como necesario el paso de la República á la monarquía. Vico limitaba sus leyes históricas al mundo antiguo donde verdaderamente la república griega se resolvió en la monarquía de Alejandro y la República romana en la monarquía de Augusto. Pero una y otra monarquía acabaron con aquellos dos grandes pueblos. Y hoy, las naciones modernas en su actividad y en su progreso, no perecerán con las monarquías, sino que darán á su viváz espíritu al organismo de la República.

Y todavía la reaccion fué más lejos. Si Eschemayer proclamó la monarquía como un progreso evidente sobre la República, Goerres proclamó la teocracia como un progreso á su vez sobre la monarquía. El mundo moderno andaba de esta suerte hácia atrás. El pensamiento moderno se perdia en las nieblas de la Edad Media. Llegaba á dudarse de que fuera beneficioso á la humanidad el empleo de la imprenta que acabara con el hechizo de la ignorancia. Sobre el Renacimiento, sobre la Reforma, sobre el alba del espíritu moderno se levantaba el poeta de cíclope imaginacion, el escritor de tropical estilo, buscando los marmóreos arcos de Roma, el génio augusto de los Pontífices á fin de que diera al inquieto espíritu moderno, atormentado de contínuo por dudas que se resolvian en negaciones, aquella fé propia de los tiempos primitivos, aquella obediencia de las trí-

bus asiáticas dormidas en paz bajo las sombras de sus templos, y sobre el regazo de la edénica naturaleza. En su afan de resucitar, este mago, este hechicero, que habia dado su génio por completo á la reaccion, evocaba de sus sepulcros hieráticos la fé que animó las Cruzadas, el patriarcado de Roma sobre los reyes, el sueño magnético de los pueblos siervos, y hasta el diablo, hasta el ángel caido de la luz en las tiníeblas, que habia llenado con sus tentaciones y con sus hechizos toda la Edad Media, y á cuya ausencia de la naturaleza y de la historia débese una pérdida de poesía mayor que la pérdida experimentada cuando los Dioses paganos exhalaron su último suspiro, bajo las ruinas del antiguo mundo y bajo el altar de los nuevos dogmas. El Estado, para este gran reaccionario, era un árbol, y en el Estado, los siervos, los plebeyos, debian ser las raices de ese árbol, pegadas siempre á la tierra, mientras que las aristocracias teocráticas debian ser las flores pintadas y las frutas maduradas por la luz, y por el calor de la luz emanada de los cielos.

Steffens proclamaba el bárbaro principio social de las castas, semejante al principio de las teogonías orientales; unos hombres llamados perpétuamente al trabajo sin goce y otros destinados al goce sin trabajo. Adam Müller enseñaba que el fatalismo de las leyes cósmicas habia destinado desde la eternidad el hombre á ser como un ganado, y al rey á ser como el pastor y el conductor de este ganado. Teorías inconcebibles en este siglo que ha visto desplomarse tantas tiranías, y llegar la libertad, el derecho, por esfuerzos sobrehumanos de tantos génios sublimes, redentores, hasta en el terruño del campesino, hasta en la ergástula del negro.

Schelling habia nacido para comunicarse con la naturaleza. En su vida serena, en su uniformidad constante encontraba paz que difícilmente se encuentra en las sublimes y vertiginosas alturas del espíritu. Pero en cuanto estudiaba la sociedad y el alma, su imaginacion exaltada tendia sobre una y otra falsos, falsísimos espegismos. Hasta en el mismo seno de la naturaleza parecia volver á la mágia, á la alquimia, á la theurgia. Pero la verdad es que su pensamiento escuchaba atentamente las armonías de la naturaleza, y encontraba en ellas un poema universal. Impasible á los dolores humanos, indiferente á los problemas sociales, aguardando toda mejora y perfeccionamiento de fatal progreso, anegóse en la vida universal. Así llegó á edad bien provecta, y murió en paz entre los brazos de su alma madre, la naturaleza. Sobre sus mortales despojos, los dos cultos en que el Cristianismo se ha dividido, mezclaron, confundieron sus oraciones. En los valles de Suiza, á las orillas del Rhin recien nacido, en medio de aquellos pinares oscuros, sobre las verdes praderas, junto á pintorescas aldeas, descansa en paz el cuerpo del filósofo en monumento erigido por la piedad de uno de sus régios discípulos, é iluminado por las reverberaciones del dia en las nieves eternas de los Alpes, como si naturaleza hubiera querido encantar con todas aquellas maravillas el sueño eterno de su inspirado intérprete, de su divino sacerdote.

# CAPITULO XIV.

## LA FILOSOFÍA DEL PROGRESO Ó EL IDEALISMO ABSOLUTO.

La verdadera filosofía del progreso es la filosofía de Hegel. Y es la filosofía de Hegel la verdadera filosofía del progreso, porque ningun sistema dá como el sistema hegeliano al movimiento dialéctico de las ideas fuerza bastante para remover desde las inmensas moles del Universo hasta las seculares instituciones de la sociedad. Yo reconozco y confieso que hay en los ánimos reaccion vigorosa contra las ideas del más generalizador, del más sintético entre los filósofos modernos; reconozco que cae en desuso su formulario, y que se atribuyen á pura arbitrariedad del talento las maravillosas construcciones de su sistema científico. Pero aquel ser de su filosofía que, indeterminado, vayo en las profundidades de la eternidad, se concreta por la existencia, se define por la contradiccion; pasa de la pura lógica á la lógica real; de la lógica real á la naturaleza inorgánica; de la naturaleza inorgánica á la naturaleza orgánica; y despues de haberse irradiado por los espacios infinitos en mundos sobre los cuales fuerzas físicas y químicas producen las especies, se alza á ser espíritu; primero, subjetivo ó individuo, luego objetivo, ó sociedad; y se eleva al Estado, y desde el Estado al arte, donde la realidad y el ideal se identifican en amor inextinguible; y desde el arte á la religion, que une lo finito con lo infinito y en cada ser humano encarna el Verbo divino ; y desde la religion á la ciencia en que triunfa la razon pura; hasta llegar, despues de haberse movido en séries tan perfectamente sistematizadas; despues de haberse agrandado en fases tan necesarias y sucesivas, desde ser indeterminado y vago á ser absoluto y perfecto en la plenitud de la vida, de la conciencia, de la posesion de sí mismo; aquel ser, en sus comienzos confinando con la nada, y al término de su viaje cosmogónico y espiritual, adquiriendo tanta riqueza de vida, contiene la eterna sustancia del progreso.

Hegel es el filósofo por excelencia del movimiento progresivo. Hasta él toda metafísica buscaba un principio absoluto, pero inmóvil;

un ser en sí, fuera de nuestras contínuas trasformaciones y de nuestros perpétuos cambios para contemplarlo en su perpétua quietud sobre las cimas inaccesibles de la ciencia y del Universo. Desde él, desde la aparicion de pensador tan extraordinario, el oleage de las generaciones, el rio de los tiempos, la metamorfosis contínua de las ideas, las mudanzas en el estado de los seres, la muerte misma que sobre todo se extiende y todo lo domina, la sucesion de las civilizaciones, los cambios contínuos en la historia, el progreso indefinido, forman como el organismo de lo absoluto. La metafísica hegeliana representa en las ciencias filosóficas lo mismo que el sistema de Copérnico en las ciencias astronómicas. El mundo inmóvil hácia el que gravitaban todas las ideas, se mueve como la tierra, se remuda como las estaciones. La corriente del pensamiento humano, como la corriente de las aguas, riega, fecundiza, vivifica. La lógica pierde el carácter puramente formal y abstracto, y toma realidad tan viva como las leyes de la mecánica celeste. La premisa contiene la consecuencia como la semilla contiene el fruto. Las contradicciones del pensamiento se llaman fuerzas opuestas en el Universo. La vida de la naturaleza no está en la esencia, en la materia primera, tan abstracta y tan etérea por su indeterminacion como el mas vago pensamiento; está en el mudar de los seres y de los fenómenos. La vida social tampoco está en ninguna abstraccion, en ninguna idea pura, sino en el desarrollo sucesivo de las instituciones, de las artes, de las creencias, de los pensamientos dentro de toda la historia. Los hechos copian á las ideas. Los sistemas científicos, que parecen mas abstractos, se encarnan vivamente en la realidad. Del seno de la metafísica griega, brotan las dos obras por excelencia prácticas que el mundo antiguo lega al mundo moderno; el derecho romano y la moral cristiana. Por eso los hechos no pueden separarse de las ideas como los cuerpos no pueden separarse de las almas. La aparicion de un nuevo sistema filosófico profundamente conmueve á la sociedad. Y por esto la historia de la filosofía es la filosofía de la historia en el sentido de que las sociedades copian el espíritu y se animan y se coloran, y crecen á su luz, á su calor, como los planetas siguen á la atraccion y se coloran á la luz, y se vivifican al calor del sol. Y el espíritu es primero ser, despues naturaleza, despues sugeto, despues objeto, y por último absoluto. Y desde el ser primitivo á lo absoluto median séries de determinaciones sucesivas que constituyen la ley del movimiento universal. Una filosofía así es la filosofía por excelencia del progreso.

Yo bien sé cuanto van á decirme aquellos que juzgan los sistemas por sus partes aisladas, más que por su espíritu y por su conjunto. Van á decirme que, despues de haber condenado la escuela histórica, pongo entre los filósofos del progreso al ilustre metafísico de la historia. Van á decirme que, despues de haber reivindicado la libertad del pensamiento, alabo y encarezco una filosofía del Estado adscrita al Estado y á sus intereses. Van á decirme que, despues de proponerme el seguir á todas sus esferas el movimiento republicano aleman, me detengo ante el filósofo que ha declarado la monarquía institucion esencial á las sociedades humanas, y que disolviendo la idea pura del derecho en el movimiento histórico de esta idea, ha llegado á justificar todas las instituciones, y ha sostenido hasta la pena de muerte. Mas yo creo que una filosofía no deba ser juzgada por sus fragmentos, por sus séries aisladas, donde pueden hallarse contradicciones palmarias con su general sentido y espíritu. Yo creo que las reservas de Hegel respecto al Estado son accidentes de aquel dia histórico, eclipses de aquel espíritu luminoso. Yo creo que aun condenando sus concepciones metafísico-históricas al espíritu en el desarrollo progresivo de su esencia á ser espíritu nacional, y á encerrarse en Estado cuya supe-

rior representacion sea la monarquía, cuando el espíritu crece, se agranda, pasa de espíritu nacional á espíritu de la humanidad, rompe los antes estrechos moldes, se espacia en superiores organismos y formas correspondientes á la elevacion y á la dignidad de su esencia. Y si esta conclusion en su pensamiento no se encontraba, encontróse luego en el desarrollo y en la difusion de su doctrina. Tuviéronla por algo más que republicana los gobiernos. Abrazáronla como su dogma, como el espíritu de sus creencias políticas, todos aquellos jóvenes que compusieron la extrema izquierda hegeliana, que pelearon así en los parlamentos con la palabra, como en los campos y en las calles con las armas por encerrar el individualista é independiente espíritu germánico en el organismo propio de su esencia, en el organismo republicano. Y el espíritu de Hegel no se ha contenido solo en Alemania. Si allí ha vivificado á los jefes del radicalismo, á Ruge, á Stirner, á Grün, á Fewerbach, en Francia ha vivificado á republicanos templadísimos como Vacherot y Michelet, á republicanos federales como Proudhon, y en Italia al ilustre Ferrari. No puede juzgarse todo el inmanente alcance de una doctrina por la inconsecuencia personal de su fundador y de su maestro. Aunque Cristo mandó pagar tributo al César, su doctrina de libertad y de igualdad destruia el cesarismo; aunque Lutero daba á la gracia tal extension que anulaba el libre arbitrio, su reforma alentó la libertad humana; aunque Hegel admitia la monarquía, su realidad de la lógica, su inmanencia de las ideas, su movimiento dialéctico del ser, su progreso indefinido, rompen abiertamente con las estrechas inconsecuencias del maestro, y van á fundar el gobierno de la razon pura y el advenimiento del espíritu absoluto en una confederacion de pueblos libres. El gran Maestro lo ha dicho en frase que admira, por lo profunda y lo sencilla: la historia del mundo es la historia de la libertad.

Así el pensador germánico no se aisla en su razon individual, á fin de encontrar allí la frágil base de la ciencia, dando por vanas todas las ideas anteriores al momento de su aparicion momentánea en la historia. Tanto valdria despreciar en el conocimiento de nuestro planeta los terrenos primitivos, cuando forman como sus bases inconmovibles; y en el conocimiento de nuestro propio temperamento fisiológico, el temperamento de nuestros padres y abuelos cuando salta por todo nuestro orgánismo y por todos nuestros humores. El hombre no aparece súbitamente en la tierra y en la sociedad; no debe creerse, pues, el triste abandonado expósito de los mundos. Como su vida natural se enlaza con la série de los minerales, de las plantas, de los séres orgánicos; su vida espiritual se enlaza con todos los siglos. La ciencia pura nos dá las ideas en sí, las ideas en su entidad; y la historia nos dá las ideas en su desarrollo y sucesion progresiva. En la ciencia las ideas son; en la historia las ideas viven y se mueven. No separeis la filosofía de la historia porque será abstraccion sin realidad; no separeis la historia de la filosofía porque será confuso monton de hechos sin ningun principio superior que los coordine. La razon es individual y universal. La razon individual se encuentra en cada hombre; pero la razon universal en todos los hombres y en todos los siglos, en toda la historia. Despreciar la ciencia anterior, y recomenzar á cada momento su estudio, es tanto como nacer todos los dias. De esta suerte la ciencia permanecerá en perpétua infancia. Lo presente, que desprecia lo pasado, jamás podrá engendrar un mejor porvenir. Toda ciencia, aun la mas material y empírica se resuelve en idea. No lo dudeis, idea es el átomo del materialista; idea es el substratum del químico. Y por consiguiente, aun los sistemas que más á la observacion se someten, no pueden salir del idealismo. Y como todos los sistemas contribuyen al desarrollo de la idea, todos son, mas

que falsos, incompletos, y todos se completan mútuamente en sus contrarios, en sus opuestos, porque la ciencia se encuentra en la totalidad de todos ellos, como la vida bajo todas sus fases en la totalidad del Universo.

En la idea se encuentran el pensamiento y el ser. Nosotros no conocemos en sí los objetos externos; solo tenemos ideas de ellos. El mundo interior y el mundo exterior se nos revelan por medio de esas divinas sibilas, por medio de las ideas. No detengamos nuestra atencion á reflexionar si las ideas son adventicias ó innatas, resultado de la experiencia ó resultado del raciocinio; no caigamos tampoco en el problema inútil de averiguar si el sentimiento es superior á la inteligencia, si sobre la razon hay aun otra facultad más perspicaz, más escudriñadora, más inspirada, más luminosa que se llama intuicion: declaremos con verdad, declarémoslo que ni las sensaciones llegarian á lo íntimo de nuestro ser si no se trasformáran en ideas; ni el pensamiento podria ejercitarse dentro de nosotros mismos, si no tuviera como elemento esencial las ideas; de suerte que bien podemos llamarlas, puesto que sin su auxilio no sentiríamos ni comprenderíamos las almas de las cosas.

Pensar es vivir, pensar es crear. El pensamiento lo abraza todo, lo contiene todo, lo explica todo. Más ancho que el espacio, más duradero que el tiempo; rápido y universal como la misma luz; vivificante, y necesario como el calor; atmósfera que envuelve, no á manera de nuestra baja atmósfera un solo planeta, sino todo el Universo; pasa desde el insecto que zumba en los límites de la vida, hasta la infinita via láctea; nota desde los arpegios del ruiseñor en sus escalas músicas hasta la armonía de las esferas en sus tablas astronómicas; se eleva de las cosas y de los fenómenos á las ideas abstractas y universales que son como la norma y el modelo de las obras humanas; y desde las impurezas de la vida, á la justicia, á la bondad, á la hermosura perfectas; y cuando llegado á la cúspide, parece rendido, cobra aliento, sigue en su rándo vuelo, en su ambicion infinita, y mira frente á frente á Dios, como el águila, que despreciando la tempes tad, se eleva sobre las nubes, á contemplar cara á cara los resplandores del sol.

La idea es necesaria al pensamiento. La idea es necesaria á las cosas. Ni podemos pensar sin ideas; ni podemos sin ideas conocer el mundo y el espíritu. La idea entra, pues, en la existencia íntima y sustancial de los séres. La idea es la razon de todos los fenómenos. Mas la idea no tiene el carácter del motor inmóvil de Aristóteles; la idea mueve, porque se mueve ella mismo. Al movimiento de la idea lo llamamos dialéctica. La idea no es una; es ella misma y su contraria. Dentro de cada idea hay una oposicion á esa idea. La idea de lo infinito supone la idea de lo finito; la idea de la hermosura supone la idea de la deformidad. En las religiones la fé ha opuesto al Dios del bien, el Dios del mal ó el diablo, al cielo el infierno; en la metafísica el filósofo opone á lo contingente lo absoluto, á lo finito lo infinito; en la mecánica celeste el astrónomo encuentra la atraccion y la repulsion ; en el aire el químico los gases opuestos que forman el equilibrio de la vida; en nuestro cuerpo el fisiólogo la sangre venosa y la sangre arterial, la batalla de humores contrarios; en la tierra por todas partes vé el hombre la vida que engendra, y la muerte que devora. Coexisten siempre los contrarios. Y sobre esta coexistencia se funda la dialéctica. Así la dialéctica no es un mero método subjetivo; es la ley real, objetiva de todos los séres. Ningun cuerpo escapa á la ley de la gravedad. No consiente esta ley excepciones. El ténue polvillo de las plantas que parece burlarse de ella, vuelve á caer ó sobre las alas de la mariposa, ó sobre el cáliz de las flores, ó en la tierra misma, tornando como la mole inmensa de Saturno ó de Júpiter á su centro de gravedad. Nada en el

mundo ni en el cielo se exceptúa tampoco de la ley imperiosa de los contrarios. Por do quier hay ser y no ser; unidad y multiplicidad; identidad y diferencia. Todos los seres por algun lado se tocan, por algun concepto se confunden; y por otro lado, por otro concepto, se diferencian y se combaten. Pero los contrarios se resuelven y se armonizan en otro tercer término. Por ejemplo, ser y no ser. ¿Cuándo se unirán estos dos conceptos? Pues, se unen, segun Hegel, en la ley fundamental de su dialéctica, en ēl llegar á ser, por cuya virtud lo que no ha sido, es. Véase, pues, como en filosofía el órden y la conexion de las cosas representa de una manera sensible, palpable, el órden mismo y la misma conexion de las ideas. La dialéctica es ley á un tiempo de las cosas y de los pensamientos, de la naturaleza y del espíritu, de la realidad y del ideal.

El secreto entero de la filosofía hegeliana se encuentra en el concepto fundamental de lo absoluto. Para la antigua metafísica lo absoluto es trascendental; para Hegel lo absoluto es inmanente. Para la antigua metafísica lo absoluto, pura esencia, ser purísimo, fuera del espíritu, fuera de la naturaleza, apartado del mundo, y sin claras relaciones con él más que por la idea confusa de la creacion, y por la ley no bien definida de la Providencia; fluye en su inmovilidad, en su serenidad los seres, de lo absoluto distintos, de lo absoluto separados, como la alta montaña fluye los rios que van en su carrera creciendo á medida que van de su fuente apartándose; y así para Hegel lo absoluto se mueve, se difunde, anima como el calor central todas las cosas, late en las ideas cual si fuera su sangre; es aquí materia inorgánica, allá materia organizada; toma las afinidades de la química para engendrar la vida de los seres y las fuerzas de la mecánica para producir la armonía de los mundos; sube, como la sávia por los árboles, sube por las fibras de la creacion y se convierte en espíritu, primero espíritu individual, personalísimo, luego espíritu objetivo, espíritu social; y planteando de contínuo oposiciones que resuelve en síntesis suprema, y tomando el carácter de la trinidad cristiana, tres términos distintos y un solo ser verdadero, encarna su derecho en el Estado, su hermosura en el arte, su vida en la historia, su esencia múltiple, rica de ideas, de pensamientos, plena, vivάz, perfectísima en la última y más acabada de todas sus manifestaciones, en la manifestacion de la ciencia.

Los antiguos creian que diciendo el ser, lo decian todo. Su Dios era el ser. Y creian no deber afirmar ya más. Para Hegel, para este gran filósofo del movimiento dialéctico, es más que el ente, que el ser por excelencia, de quien nada se afirma, el último de los séres que á su cualidad de ser, otras cualidades reune, y de quien pueden otras afirmaciones expresarse. Y lo que decimos de la antigua concepcion de lo absoluto, lo que decimos de la antigua concepcion del ser, decímoslo tambien de la antigua concepcion de la lógica. Demasiado extensa para unos, demasiado restringida para otros, la lógica no se hallaba, no concretada, ni definida para todos. Y la lógica principia las ciencias puesto que tiene por objeto la idea en su pureza. Externa, formal, arbitraria para los escolásticos, no pasaba de ciencia de las proposiciones. Para Hegel, bajo su primer aspecto, la lógica aparece como la ciencia de las formas universales y absolutas del pensamiento y de la existencia. Pero la idea lógica no es pura forma, puesto que puras formas no existen y todas reclaman su contenido. El contenido de la lógica, digámoslo así, la sustancia de la lógica es la idea nativa, la idea en su incomunicable esencia, la idea purísima, cuando se despierta, se levanta en el ser como se despertó y se alzó sonriente la Vénus griega en las espumas del mar. Dada la idea, se dá la lógica, dado el contenido, se dá la forma, porque la forma y su contenido se compene-

tran de igual manera que se compenetran la idea y la lógica, la sustancia y el organismo de la sustancia. Separad por medio del pensamiento el alma del cuerpo, contemplad el alma en sí, en su esencia, y tendreis la idea lógica, la idea pura, la idea antes de que la haya encubierto el velo de la materia en el mundo, y la impureza de la realidad en la historia. Y como la lógica es la ciencia de la idea en su pureza, todas las ciencias presuponen la lógica, y la lógica no presupone ninguna ciencia. Todas deberán á la lógica su método; y la lógica se lo deberá á sí misma. No hay ninguna ciencia que todo lo saque de sí como la lógica, ninguna tan libre, ninguna tan autónoma. La lógica es la ciencia del método absoluto, de la forma absoluta, no solo mientras la idea sea abstracta, ó en sí misma, sino despues que la idea se haya encarnado en la naturaleza y en el espíritu. Porque la idea se habrá desarrollado en otras sustancias sin dejar su propia esencia, ni su pura forma. Las categorías lógicas del pensamiento leyes son tambien de la realidad.

La idea no puede existir en la pura abstraccion. La idea pasa de lo posible á lo real. La idea pasa de la lógica á la naturaleza. Hay en la naturaleza principios absolutos, como los hay en la lógica, como los hay en las matemáticas. Y si hay en la naturaleza principios absolutos, hay la ciencia de la naturaleza como hay la ciencia de la lógica. Los principios lógicos, por ejemplo, el principio abstracto de la causalidad, pertenecen solamente á la lógica, y se pueden aplicar á todas las ciencias; los principios físicos pertenecen á la lógica y á la naturaleza. Como la lógica es la idea en su abstraccion, la naturaleza es la idea en su primer grado de realidad. El Universo es total. Nada existe en él separadamente, y en la soledad absoluta. No se puede apartar el espacio del cuerpo, ni el cuerpo del espacio, el calor de la luz, las cualidades de las sustancias.

Si por abusos de lenguaje separais, si apartais la sucesion de los fenómenos del tiempo; si apartais los cuerpos del espacio, caereis en puro nominalismo. Todo se junta y se vivifica, y se anima, y se relaciona, y se sostiene en la totalidad del Universo. La idea, no pudiendo ser solamente la pura abstraccion lógica, pasa al espacio, que es y no es á un tiempo mismo, que es algo y es nada; y del espacio la idea pasa á la materia, más tangible, más real que el espacio; y ya la materia en el espacio adquiere movimiento y se divide en unidades distintas que forman los astros, el sistema sideral; y la aparicion de los astros es el primer esfuerzo para engendrar la individualidad; y la atraccion es el deseo universal de los astros á juntarse, á sostenerse, á relacionarse mútuamente, divididos todos en grandes individuos, y subordinados todos á una fuerza comun; y de estas relaciones puramente mecánicas, en las cuales el peso, la gravedad predomina, va la idea á la vida química, que engendra la variedad de sustancias, la accion de unas sustancias sobre otras, el trabajo interno de union y de oposicion, que es afinidad, cohesion, calor, magnetismo, flujo y reflujo de combinaciones, metamorfosis contínua, gradual de esencias; hasta que aparece, despues del mundo mecánico y del mundo químico, el organismo, la planta, que se asimila y se nutre de materias inorgánicas, y las vivifica, y las espiritualiza; el animal, cuyos órganos están sometidos á la unidad central de cada cuerpo, y que afirma esta idea de la individualidad moviéndose y poseyendo además del movimiento calor propio, calor central; y así como el mundo mineral se une al mundo vegetal por las cristalizaciones que tienden á organismo propio, el mundo vegetal se une al mundo animal, por el zoófito, por el pólipo, especie de plantas animadas, especie de cordon umbilical que ata nuestro organismo á la vegetacion; hasta que desde estos bocetos, desde estos borradores, poco á poco, por grados sucesivos, por séries sis-

tematizadas, pasando en gradacion ascendente del crustáceo al mamífero, la vida animal crece, y crece en perfeccion, y llega al cabo á su obra maestra, al resúmen y compendio de la naturaleza, al organismo humano.

La vida orgánica realiza la idea de la totalidad. Cada individuo es en sí, dentro de sí, no solamente abreviado Universo, sino tambien abreviado absoluto. El más débil de los séres organizados, el más efímero, procede, no como rey, como tirano del mundo inorgánico; recoge las fuerzas mecánicas y las subordina á su fuerza propia; recoge los medios químicos y le obliga á servirles de alimento; derriba las plantas, destruye los séres inferiores, se apropia las sustancias que necesita, rompe, destroza, para procurarse ó habitacion ó alimento; acecha á otros séres, y vive por otros séres acechado, pero extendiendo á todas partes la sombra de su individual egoismo, hasta que viene como manifestacion de la eterna justicia, esa inflexible reina de los séres, la muerte, con su paso callado, con su mano huesosa, con su manto de tinieblas, con la guadaña por cetro, á castigar las ambiciones individuales, á refundirlas en la vida general de la especie, á demostrar que ningun indivíduo puede elevarse á lo absoluto, á rejuvenecer con la renovacion de las generaciones la vida sobre este vasto cementerio de séres desaparecidos, sobre esta vastísima pradera de séres renacientes, sobre los planetas: que la muerte, por destructora, por exterminadora, no deja de representar en el Universo la fianza y el seguro de la inmortalidad. En la lógica, el ser y no ser se confunden; y en la naturaleza se confunden tambien el amor y la muerte, ambos en último resultado sujetos á renovar la vida y á perpetuar las especies.

La idea, que no pudo permanecer en las puras abstracciones, que sintió necesidad de concretarse en la naturaleza, siente necesidad de subir desde la naturaleza á escalas superiores de la vida y del sér. Prepárase el Universo á convertirse en el teatro de una evolucion superior de la idea, desde que la evolucion orgánica está concluida, perfecta, y toca á sus últimos grados. La tierra se pule, la atmósfera se aclara, la luz y el calor dispersan los vapores y las nieblas, extínguense los volcanes, retíranse los mares; próvida vegetacion cargada de flores y de frutos surge; los continentes se dibujan rodeados de sus collares de islas, entre las cuales juguetean y cantan coronándose de espumas las agitadas ondas; en las séries de organismos, la vida busca instintivamente el organismo superior; los animales se perfeccionan; el sentimiento, el instinto, la memoria aparecen como profetas de la nueva vida, como precursores del nuevo sér; las aves abren sus alas y se elevan á las alturas entonando sacro himno, como si aspiraran á lo infinito; las fuerzas ciegas se van sometiendo á una fuerza suprema; y al fin, bajo el cielo expléndido, sobre la tierra perfeccionada, en la cima del organismo, en los ojos, en el cerebro del hombre, amanece el nuevo dia, el eterno dia del espíritu.

La lógica está sujeta á un desarrollo, la naturaleza sujeta á un desarrollo, el espíritu, como la lógica y la naturaleza, á un desarrollo tambien sujeto. En la cuna de la especie no existen aun ni la conciencia, ni la libertad. El hombre primitivo, pegado casi á la tierra, uno con la naturaleza en la cual parece como el feto en las entrañas maternas, todavía no es personalidad. El espíritu no se distingue de la materia, ni la inteligencia del instinto, ni la voluntad de los agentes naturales, y el sér humano se encuentra como asfixiado en el seno de la tierra. Esfuerzos grandes le costará tomar posesion de sí mismo, sentir su independencia del mundo, llegar al conocimiento de sí y al ejercicio de la libertad. Esta será una evolucion en realidad tan viva y tan radical, como la verificada para pasar desde la lógica á la naturaleza, y desde la naturaleza al

espíritu. Aquí comenzarán la moralidad interna del indivíduo y la vida superior de la sociedad. Cada hombre reconocerá su igual en otro hombre; y encontrará un límite á su propia libertad en la libertad de sus semejantes. El espíritu de cada uno existe íntegro y completo en la totalidad de los hombres, y comprende que necesita fundar su libertad en la libertad de los demás. Espíritu y libertad son sinónimos. Pero ningun espíritu individual puede ni debe abrogarse el monopolio de la libertad. Es como el aire, como la luz, el bien de todos. Y este poder superior á todos, que contiene la libertad, no de cada hombre, sino de los hombres juntamente, se llama por otra evolucion superior de la idea espíritu objetivo.

El espíritu objetivo tiene como la lógica, como la naturaleza, como el espíritu subjetivo, sus grados y sus desarrollos. El primero de estos grados es el espíritu nacional. Admítese con dificultad por el sentido comun la unidad sustancial de los espíritus, el espíritu general humano. Admítese con mayor dificultad todavía el espíritu nacional. ¿Qué quiere decir eso de espíritu de un pueblo? preguntan generalmente. Se ve que todos los hombres sienten la identidad, la comunidad de su sér en el espíritu, y no se quiere admitir el espíritu de la humanidad. Se ve que los ciudadanos de un pueblo se confunden é identifican en ideas comunes, en comunes sentimientos, y no se quiere admitir el espíritu nacional. El comun sentido, muy cerca siempre del empirismo, solo ve ciudadanos, solo indivíduos, y no esa fuerza superior de la vida social, que no es resultado de los esfuerzos individuales. En la experiencia solo se encontrarán indivíduos, pero en la razon existen tambien las naciones con su espíritu propio, existen las sociedades con su propia fuerza. Y no puede ser la nacion la suma de los ciudadanos, es algo más, es un organismo, es una vida, es un espíritu. ¿Quién os ha dicho que teneis un cuerpo cuando teneis la aglomeracion de órganos necesarios al cuerpo? ¿Y quién os ha dicho que teneis un pueblo cuando teneis una aglomeracion de ciudadanos? Hay en los organismos órden, proporcion, ley, armonía, funciones, y hay lo mismo en los pueblos. Tienen los organismos su unidad y la tienen los pueblos. En este órden y en esta proporcion de las naciones, hay una fuerza superior. Arrancar al hombre de la sociedad, es como arrancarle de la tierra, y arrancar las sociedades de esta determinacion llamada nacionalidad, es destruir una de sus leyes esenciales. El indivíduo no es un sér puro; como ha nacido en una familia, en un tiempo, ha nacido en el seno tambien de una nacion. Ningun hombre vivirá fuera del aire. Ninguno podrá vivir socialmente fuera de su tiempo ni fuera de su pueblo. A su vez los pueblos, que renuncian al espíritu de su siglo, como los hombres que renuncian al aire de su planeta, mueren. Las restauraciones políticas y las restauraciones literarias, significan vejez en la vida social. Los pueblos restauradores del régimen reaccionario que han destrozado, se parecen á los ancianos alimentándose de los recuerdos. Un pueblo es fuerte cuando vive en el espíritu de su siglo, como es fuerte un hombre cuando vive el espíritu de su pueblo. Véase, pues, como existe realmente ese grado del espíritu objetivo que se llama espíritu nacional.

Todos los séres tienen alas. Todos aspiran á subir. Todos, como la nube de incienso en las bóvedas del templo se elevan á lo infinito. Esta aspiracion es interna y constitutiva de los séres. La idea no reposa en su progresion ascendente, en sus evoluciones hácia la superior perfeccion. De la lógica ha pasado á la naturaleza, de la naturaleza al espíritu, del espíritu subjetivo al espíritu nacional objetivo; y al tocar en la region del Estado, la idea comienza á sentirse y á reconocerse espíritu absoluto. Por el Estado el espíritu subjetivo se objetiva en el mundo exterior, lo trasforma y se lo asimila. El Estado se diferencia de

la sociedad civil en que la sociedad civil procura el bien de los indivíduos ó de las familias, y el Estado procura el bien general. Así obliga á sacrificar las satisfacciones egoistas del individuo ó de la familia en el altar de la patria. El Estado es la esfera de lo universal.

Mas para Hegel hay error gravísimo en admitir como formas de gobierno la pura monarquía ó la pura democracia. Esta tendencia á las formas puras de gobierno consiste, segun su sentir, en el desconocimiento de la sociedad y de los elementos contrarios que la componen, y de las fuerzas opuestas que la sostienen. Así no responden á la idea total del Estado. La monarquía solo ve la unidad y suprime la libertad. La democracia solo ve la variedad, las individualidades, suprime la unidad. Se han considerado los gobiernos monarquico-parlamentarios gobiernos convencionales, siendo los gobiernos de la razon, los gobiernos de la naturaleza. Esta creencia, en sentir de Hegel, proviene de esos *hábitos* inveterados al espíritu humano, que ansioso de simplificar los sistemas, les quita sus elementos esenciales. La República, segun Hegel, confunde la sociedad civil con el Estado, y atiende solo al bien del individuo. Por eso, por confundir el bien del individuo, de la casta con el bien general, cayeron las repúblicas antiguas en el despotismo. Esta trasformacion de las repúblicas en dictaduras, es la condenacion inapelable de semejante forma de gobierno. Así proclama forma normal de gobierno la monarquía. El Estado para Hegel no pasa de pura abstraccion cuando no se realiza en una persona representante de sus ideas, de sus tradiciones, de su historia, encarnacion de su autoridad y de su derecho. ¡Lástima grande que concepcion tan alta se precipite en resultado tan lastimoso!

¡La monarquía forma normal del Estado! Para sostener tan extraña tésis tiene el filósofo que recurrir á la máxima proverbial en lábios de Luis XIV, «al Estado soy yo.» Y en verdad, aun para aquellos que más templada la quieren, tiene algo siempre la monarquía de apoteosis ó deificacion, ya sea de una persona, ya sea de una familia. Y esa deificacion, ese derecho hereditario á reinar sobre un pueblo, tiene algo de la casta oriental rota por tantos progresos. Suponer que un hombre, por grande que parezca, puede personificar la sociedad, es como suponer que puede personificar el Universo. Pedir su intervencion personal es tanto como creer la sociedad entregada al arbitrio de una inspiracion superior, milagrosa. Las leyes sociales son independientes de las personas, de las familias, como las leyes del Cosmos. Decir que dentro de la República no caben los dos términos de las sociedades humanas, la autoridad y la libertad, el derecho individual y los poderes sociales, el movimiento y la estabilidad, equivale á desconocer la esencia de la República, que distribuye la vida con regularidad y en proporciones, imposibles dentro de una monarquía. La ley social debe obligar á todos. Y es ley social, independiente de las convenciones de los hombres y de la voluntad de los poderes publicos, el derecho. Y es ley del derecho su universalidad. Y esta universalidad se desmiente si un solo hombre trae desde la cuna, desde el momento de su generacion, el privilegio de regirnos, porque este hombre se encontrará fuera del derecho y dentro del privilegio desde el punto en que una ficcion, necesaria á la monarquía, le declare irresponsable. Decir que la individualidad se desarrolla abusivamente en las repúblicas, argumento parecerá á todo espíritu recto tan baladí como el de aquellos filósofos misántropos que pedian el sacrificio de los derechos individuales para el sostenimiento de la autoridad y de la vida social. Hegel ha dicho en una de las más admirables analisis de su filosofía, que toda esencia lleva en sí misma su forma. Y nadie puede negar, nadie, que la forma perfecta de las democracias es la república. El espíritu nacional que

Hegel reconoce como un ser en sí, como un grado más en la ascension de la idea, no puede contenerse en organismo que le sea más propio. Los reyes fundan monarquías; las repúblicas verdaderas naciones. Y no se repita el argumento de que las dos repúblicas antiguas degeneraron en dictadura. Degeneraron desde el dia nefasto en que cayeron por su mal en los errores monárquicos de imaginar á un hombre personificacion de la sociedad. Y esta sustitucion de la república por la monarquía fué su muerte. Los génios que brillaron en la córte de Augusto hijos eran de la república. Despues la hinchazon sucedió á la grandeza, y la retórica á la elocuencia. Grecia murió el dia que murió su República. El género humano llora aun la batalla de Queronea en que murió la Atenas republicana; la batalla de Farsália, en que murió la Roma republicana; maldice al emperador Cárlos V y al papa Clemente VII, que mataron la república florentina; y no cree bastante castigo al primer Napoleon, Waterlóo, ni al tercero, Sedan, ya que cometieran el crímen de asesinar dos repúblicas.

Y la conciencia humana, encerrada en la historia, recuerda que las épocas fáustas han sido las épocas del florecimiento de las repúblicas. La federacion de Israel dictó la ley moral á que nuestra conducta se atiene, y educó aquellos profetas, cuyas imprecaciones contra los reyes todavía inflaman los corazones de nuestros varios pueblos y cuyas esperanzas de redencion todavía animan las ideas religiosas de nuestras varias civilizaciones. La República griega comenzó la educacion estética del género humano, y fundó á un tiempo la eterna forma del arte y el espíritu de la ciencia; cincelando con su cincel en la piedra las estátuas, modelos inmortales de la belleza plástica, y con sus ideas en la sociedad los primeros ciudadanos de la democracia. Los fundamentos del derecho civil en el occidente de Europa y en la América latina, débense á otra República, á la República romana. Mientras subsistió, sus héroes fueron capaces de merecer en pleno imperio la pluma de Plutarco, en tanto que los Emperadores más grandes solo merecieron las estóicas maldiciones de Tácito ó la vergonzosa ignominia de la Historia Augusta. En el mundo moderno sigue la prodigiosa vitalidad de la República. Todas las glorias de Italia en la Edad Media se unen á esta forma de gobierno.

En la República se educaron el génio que pintó la Cena, el génio que modeló el Perseo, y el génio que animó con su epopeya ciclópea las bóvedas de la capilla Sixtina. Cuando aquella República, nueva Atenas, cayera definitivamente, Miguel Angel modeló en mármol una mujer desnuda, con la belleza griega, con el alma cristiana; puso el dolor en su rostro, el sueño en sus párpados, y la llamó la noche, indicando que habia venido eterna noche sobre la conciencia humana al extinguirse tan clara estrella en su cielo. Y en efecto, Pisa, que animó las piedras; Florencia, que resucitó el génio griego; Génova, que avivó el comercio y encontró la letra de cambio, y engendró al descubridor de América; Venecia, que llenó con las maravillas de Oriente empapadas en la primera luz de la creacion los dias sombríos de la Edad Media, todas rodeadas de artistas, cuyas obras forman oasis de consuelos en el desierto de la vida, todas son repúblicas. Y repúblicas aquellos municipios de España, aquellos comunes de Francia, aquellas ciudades libres de Alemania que contrastaron el feudalismo, que sustituyeron á la justicia del señor la justicia del jurado, que echaron los fundamentos de la propiedad, que son artífices de la libertad y de la riqueza. Y república el pueblo alpestre, vencedor en los desfiladeros de los Alpes y en los bordes de sus lagos, como los griegos en las Termópilas y en Salamina, vencedor inmortal de los tiranos; y república la pequeña nacion que robó espacio al mar para establecer sus ho-

gares, verdaderos templos de la libertad del comercio y de la libertad del pensamiento. Y república la sociedad gloriosa que á fines del pasado siglo se alzó, fortalecidos sus sentimientos en las máximas democráticas del Evangelio, su razon en las ideas de la ciencia, á ponerse á la cabeza del movimiento republicano, que es la honra y la grandeza de América. Y república la que en Francia venció á todos los reyes de Europa, y sembró las primeras ideas de progreso, que concluirán por regenerar y democratizar á todos los pueblos de Europa.

En alguno de sus libros ha dicho Hegel, que al contenido, á la esencia corresponde invariablemente la forma. Y el contenido, la esencia de la civilizacion moderna es la democracia. El advenimiento de la democracia no es un problema; es un hecho. Inútil buscar quien lo ha traido. El movimiento hácia este elemento social fué tan grande, tan seguro é incontrastable, que buscar su impulso seria como buscar quien ha levantado nuestras montañas ó abierto nuestros valles. No tienen arquitecto. El que tal se creyera, el que se imaginara arquitecto de las democracias modernas, pareceríase á los hombres ideados por Voltaire en su Micromegas, que apenas visibles por su pequeñez á los gigantescos habitantes de otros mundos, teníanse por creadores de todos los espacios y de todos los orbes. No ha traido la democracia ningun hombre, ningun bando político. La ha traido el espíritu cristiano; la irrupcion de las tribus germánicas que sellaran con el sello indeleble de la dignidad humana nuestros corazones; las otras gentes, no menos guerreras, venidas del Norte á destruir la reaccion carlovingia y á surcar con sus espadas la tierra para poner en ella la idea de la personalidad; las antiguas órdenes monásticas que ungieron con el óleo del sacerdocio la frente del plebeyo; el misterioso valladar que detuvo el movimiento de las Cruzadas y obligó á las tríbus europeas á buscar en sus propias fuerzas lo que jamás hubieran encontrado en la conquista; la nube de gremios, de asociaciones, de municipios que comenzaron á reconocer la virtud del trabajo y á maldecir las calamidades de la guerra; los cismas que rompieron y soterraron la autoridad de la teocracia; los concilios de los siglos décimo-cuarto y décimo-quinto, que reanimaron el génio republicano del Evangelio; los descubrimientos que rehicieron y centuplicaron nuestras fuerzas; la pólvora que puso el fuego de Prometeo en las manos del hombre; la imprenta que dió el talisman de la inmortalidad á sus ideas, la brújula que le sojuzgó los mares, el telescopio que escudriñó los cielos, la América que trajo en su hermosura nueva creacion para la nueva alma; la Reforma que reveló como la escuela socrática el númen de la conciencia y la virtud interior de la libertad de creer y de pensar; el Renacimiento que reconcilió al genio moderno con la historia antigua y con la naturaleza eterna, que encontró las formas perdidas del arte en el culto al organismo humano; el establecimiento de la República holandesa y el progreso de la República suiza en el corazon de Europa; los viajes de los puritanos al Nuevo Mundo, para levantar un templo al Dios de la libertad y una sociedad al genio de la civilizacion; la filosofía que reveló el derecho natural; las revoluciones que hicieron saltar en pedazos todos los obstáculos opuestos al progreso; la conjuracion de todas las ideas científicas, de todas las fuerzas vivas que, si los movimientos del planeta y la evolucion de sus organismos convergen á producir el hombre, cima de la creacion, las evoluciones del arte, de la industria, de la política, de las ciencias, convergen á producir la democracia, cima de la sociedad y de la historia.

Las ciencias producen sus formas. Imagínese Hegel que á la idea, á la esencia de su filosofía, al viajero incansable de sus construcciones científicas, despues de haber descendido del desierto de la eternidad á la vida

multiforme de la naturaleza; despues de haberse irradiado por los espacios en soles y en mundos; y de haber subido por las escalas de los mundos á las más altas formas orgánicas; despues de haber entrado en nuestro cuerpo y haber visto con nuestros ojos, hablado con nuestros lábios, pensado con nuestro cerebro, sentido en la frente el resplandor de la nueva aurora del espíritu absoluto, le dijeran que retrocediera en su camino, que tornara á dormir en el mineral, á trocar el instinto por la inteligencia, el hado de las especies inferiores por la libertad, ¿no protestaría contra este absurdo, aunque se lo impusiera la voluntad misma de Dios? Pues las naciones modernas han llegado á concebir una idea superior del derecho, una forma digna de esa idea en el Estado, y no retrogradará su conciencia hasta encerrarse en los absurdos organismos de las castas teocráticas, en el monstruoso seno de las vacilantes monarquías.

Hegel lo comprendió tambien así; pero su carácter no estaba al mismo nivel de su inteligencia. Filósofo de un estado monárquico, sacrificó en el altar de la monarquía para que en paz lo dejasen los poderes públicos proseguir sus investigaciones científicas. Pero toda su filosofía de la historia desmiente sus consecuencias políticas. La historia es el desarrollo del espíritu universal en el tiempo; y este espíritu es la razon de Dios que gobierna al mundo. Decir que algo se desarrolla es decir que viene á ser en actos lo mismo que era en potencia. El espíritu, esencialmente activo, desarróllase en acciones. Las leyes de la lógica llámanse en el mundo de la naturaleza leyes físicas, y en el mundo del espíritu leyes históricas. Estas leyes tienen carácter racional y científico. En su movimiento eterno, los séres y las cosas, reciben el impulso de la razon, y van á convertirse en espíritu absoluto, en espíritu con plena conciencia de sí mismo. La Providencia divina que es poder, que es razon, que es virtud, que es fuerza, ha trazado con plan divino, un ideal divino para gobierno del mundo. Y este plan, este ideal, se encarna sucesivamente en la historia. La historia aparece como una verdadera Theodicea. La historia es el teatro verdadero del espíritu y la esencia del espíritu es la libertad; como la esencia de la materia es la gravedad, la pesadumbre. La historia es la série gradual de vicisitudes por donde ha pasado el espíritu humano para llegar á la libertad y á la conciencia. El Oriente ignoró por completo la libertad. Así, su religion fué como la confusion del hombre con la naturaleza. Allí no hubo libertad sino para uno solo, para la imagen de Dios, que se llamaba rey. Los griegos y romanos extendieron la libertad, la proclamaron para algunos; mas en sus respectivas sociedades quedó la esclavitud. A la raza germánica corresponde el privilegio histórico de haber traido al cristianismo la idea de la libertad personal, de la libertad debida al hombre, no como ciudadano de este ó aquel Estado, sino como persona moral. Mas para aplicar este principio á la religion, á la vida, al derecho, á la política, han sido necesarios esfuerzos verdaderamente gigantescos por su intensidad y seculares por su duracion. La historia del mundo es la historia de la libertad. Y la libertad busca la perfeccion en su desarrollo progresivo. El que no comprenda así la vida, no comprenderá el espíritu. La historia será para él una trajedia donde combaten pasiones encontradas, y que tiene por eternos protagonistas, ya el hado, ya el acaso. El espíritu pasa, al adquirir su libertad, su conciencia y al realizar su perfeccionamiento, por diversos estados históricos. Y no hay estado histórico que no se crea definitivo, y que no oponga resistencia al desarrollo espiritual y humano. De aquí grandes conflictos, en que la victoria definitiva toca siempre á la libertad y á la conciencia. El espíritu se ha confundido con la naturaleza en Asia; ha distinguido al hombre de la naturaleza en Grecia y Roma; ha llegado á la idea plena de su libertad en el mundo germánico-cristiano, en Eu-

ropa y América. Ninguna fuerza ha podido impedir este desarrollo. La humanidad ha llegado á su madurez completa. Esta última edad tiene tres épocas; irrupciones germánicas; feudalismo é Iglesia; tiempos modernos, razon y libertad. El descubrimiento de América fué el alborear de este dia, la Reforma fué su mañana, la Revolucion francesa su plenitud. El hombre se siente henchido de libertad, y la libertad henchida de espíritu divino. Y no quiere ya reconocer la diferencia entre sacerdote y láico; ni la diferencia entre monarca y vasallo. La edad de la razon se fortalece desde la paz de Westphalia que asegura la libertad religiosa hasta las revoluciones modernas que revelan el derecho. Decimos á esta edad última edad de la razon, porque conoce las leyes de la justicia y del derecho. La verdad que Lutero creyó encontrar en el libro histórico, en la Biblia, la busca todo hombre en el libro eterno, en la conciencia. Pero el hombre no es solamente razon, es tambien voluntad. Se necesita completar la soberanía de la razon humana con la soberanía de la voluntad humana. En Francia, Rousseau proclamó el derecho de los pueblos; y en Alemania Kant y Fichte dijeron que el hombre solo debe querer su libertad. En Alemania la idea era más libre, y siguió su camino más sosegadamente. En Francia, la idea era más perseguida, sobre todo por la Iglesia, y estalló la revolucion. Se ha dicho que la revolucion francesa provino de la filosofía, y la filosofía no debe negarlo, debe reconocerlo, porque la filosofía no es solamente la razon pura, sino tambien la razon viviendo, la razon realizándose en el mundo. Vino la tempestad porque la idea progresiva tuvo que romper la oposicion ciega y formidable del estado histórico. Para evitar estos conflictos se necesita que nada haya tan sagrado á los ojos de los gobernantes y gobernados como el derecho. Así desarrollaremos el espíritu humano hasta llegar á su plenitud y á su perfeccionamiento. Hé aquí la teoría de Hegel. Decidme si el filósofo que piensa así, que enciende este ideal en la mente, que traza este plan á la historia, que dicta las leyes del progreso, que ve al espíritu elevarse desde la naturaleza á la conciencia, puede querer sin contradecir radicalmente sus principios, que todo este progreso humano se detenga ó retroceda ante la sombra de la monarquía.

Y la filosofía del progreso aun aspira á más en su desarrollo; en su crecimiento, aun aspira á más que á encerrar el espíritu en la vida social. La política aparece á sus ojos como humilde esfera; el Estado como organismo positivo; la autoridad, á pesar de sus últimos progresos, como potencia exterior, necesitada de fuerza de coaccion, para cumplir sus más inmediatos fines; en tanto que el espíritu, aspirando siempre á mayor libertad, á mayor independencia, no puede encontrarlas sino fuera de su cárcel y de sus cadenas materiales, allí donde es creador, donde sacude de sus potentes alas todo el barro terrestre, en los cielos del Arte. Mientras que en el Estado el espíritu desceñido ya de la naturaleza y sujeto á fuerza más ideal, obedece sin embargo á la fuerza; en el Arte solo se obedece á sí mismo, en el Arte el espíritu solo obedece al espíritu. Y no solamente se emancipa del Estado en la cima de este luminoso Tabor; se emancipa tambien de la naturaleza, se emancipa de todo lo visible, y se recrea en la contemplacion de sí mismo, y se absorbe en su incomunicable esencia, y se acerca á Dios. No, no destruye ninguna de sus anteriores manifestaciones; no reniega de ninguno de los antecedentes y grados de su vida; no rompe la escala misteriosa por donde ha subido á la posesion de su esencia; encerrado primero en la lógica, despues en la naturaleza, pasando de la naturaleza al Estado, y del Estado al arte, no destruye ninguno de los términos anteriores de su vida, los toma por base, por pedestal, de la misma suerte que la tierra agrupa sus armoniosos organismos para que sirvan á su obra maestra, á la estátua que remata el

planeta, al hombre y á su conciencia. Profeta, artista, ya eleve un monumento lleno de grandezas, ya trasforme el frio mármol en estátuas donde el espíritu y la naturaleza se abrazan; ya anime con sus colores y matices, con sus creaciones las tablas y los lienzos; ya arranque á las vibrantes cuerdas divinas melodías, ó se eleve á las inspiraciones épicas, á los dolores trájicos, siempre será sacerdote de lo infinito, ángel de regiones etéreas, creador de un mundo ideal superior al Universo, mundo de libertad, como que en él se identifican la idea con su objeto, se tocan el cielo y la tierra, se confunden la criatura y el Creador.

Mirad cómo las artes van separándose progresivamente de la materia. En la arquitectura la materia con su grandeza abruma al espíritu; las piedras talladas no pasan de símbolos muy alejados de las alturas á que las ideas tocan; arte primero, equivale al mundo mineral en que tiene relativamente su magnitud, sus moles, sus proporciones, y no tiene aun la gracia, la belleza, la variedad de ideas que alcanzan otras formas del arte. El escultor usa tambien de la materia, pero la espiritualiza, la acerca más á la forma orgánica, la sujeta á expresar la idea, la obliga á manifestar inmediatamente la esencia de la idea, y la eleva hasta confundirla con el tipo perfecto de la humana belleza. La escultura, sin embargo, no puede expresar el alma, el mundo interior; este ministerio lo desempeña el pintor, en cuyos colores, en cuyas figuras, en cuyas escenas, más cercanas á la vida interior, comienza á alborear el espíritu y á dilatarse la esfera intermedia entre las artes plásticas, las artes de la forma y las artes espirituales; las artes verdaderamente expresivas de las ideas, expresivas del alma. La música, más vaga, menos material que las otras artes, ya entra en el mundo del espíritu y expresa lo más íntimo del sentimiento. Pero el arte por excelencia, el que resume toda la vida humana, el que expresa con mayor unidad y variedad á un mismo tiempo la esencia del espíritu, la identificacion de lo finito con lo infinito, el soplo creador de Dios difundiéndose por el espíritu, y el espíritu elevándose á lo divino, es la poesía.

Pero el arte no es el grado último del espíritu absoluto; hay otro grado superior, hay la religion. Como el arte tiene tres términos; símbolo, ó predominio de la forma sobre el fondo en Oriente: clasicismo, ó armonía del fondo y de la forma en Grecia; romanticismo ó predominio del fondo sobre la forma en el mundo cristiano; la religion tiene tambien tres términos. Lo que el mundo mineral en el desarrollo de la materia; lo que la arquitectura en el desarrollo de las artes; el panteismo materialista del Oriente es en el desarrollo de la idea religiosa. Dios lo llena todo, lo representa todo, lo absorbe todo; está en los cielos y en la tierra, en los templos de los sacerdotes y en los palacios de los reyes. La criatura, aun la misma criatura humana, de ninguna manera merece compararse ni con el polvo que levantan las ruedas del carro de Dios en los espacios infinitos. De la libertad no hay idea. Pero el espíritu religioso se trasforma. Un nido de perlas sirve á esta trasformacion: Grecia, tendida sobre los mares como una hoja de morera; rodeada de islas que parecen sirenas; ceñida por un cielo resplandeciente; surcada de montañas donde el mirto y la adelfa crecen como para coronar á los poetas; esmaltada de templos armoniosísimos como si fueran liras de piedras; poblada de dioses, nacidos en los cánticos de Homero, modelados por el cincel de Fidras, verdaderos reflejos y criaturas de la inspiracion artística: que así como en Oriente la divinidad lo llena todo con su esencia, lo lleva todo con su libertad en Grecia el hombre. Mirad cómo la idea se desarrolla. Asia ha producido Dios, no el hombre; Grecia ha producido el hombre y no Dios; pero Dios y el hombre se encuentran cincelados, aunque separados, al finalizar la antigua historia, y viene á reunirlos por medio del Verbo, el cristianismo, la religion

de lo absoluto, la religion del Hombre-Dios.

Pero ni el arte, ni la religion realizan la esencia del espíritu. El espíritu absoluto se realiza completamente en aquella esfera superior, en la filosofía, donde tiene por objeto único la verdad eterna, divina; donde el ser llega por fin, despues de tantas sucesivas trasformaciones, á la plenitud completa de su vida y á la absoluta posesion de su conciencia. Lo infinito, lo absoluto, tiene de sí mismo conocimiento en la filosofía, donde termina este largo viaje del ser, de la idea, desde la pura lógica á la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado al arte, desde el arte á la religion, desde la religion á la ciencia donde adquiere la plenitud, como hemos dicho, de la vida, la posesion de la conciencia, llegando á ser espíritu absoluto.

# CAPITULO XV.

## LA FILOSOFÍA DEL PESIMISMO COMO OPUESTA Á LA FILOSOFÍA DEL PROGRESO

La filosofía de Hegel fué combatida y contrastada por un filósofo, á quien el explendor májico del lenguaje ha dado fama literaria y poder científico en Alemania. Este filósofo se llama Arturo Schopenhauer. Si oimos los juicios que forma de los pensadores germánicos, nos admirará la confianza en sí, la arrogancia contra los demás. Lo mismo el filósofo del idealismo subjetivo, que el filósofo del idealismo objetivo; lo mismo el filósofo del idealismo objetivo, que el filósofo del idealismo absoluto; en su concepto, son charlatanes, sofistas, juglares ó acróbatas del entendimiento. Desesperacion, y solo desesperacion engendra en su ánimo considerar la decadencia intelectual de un siglo como el siglo XIX, y el extravío moral de un pueblo como el pueblo aleman, que tienen á Hegel por pensador y filósofo. La filosofía de este, es para su arrebatado enemigo ciencia al revés; conjunto de ideas empíricas convertidas por la nueva alquimia en ideas abstractas; comedia de mal gusto, y arlequinada de carnaval; gigantesca orgía de vacantes ébrios á los vapores de vino envenenado; espinosismo rejuvenecido y explotado para dar de comer á la familia; teatro de polichinelas movidas por el hilo de una dialéctica engañosa; encanto de profesores y agregados universitarios, los cuales serán considerados por una edad más sensata como rompe-cabezas de la juventud, desorganizadores de cerebros, mercaderes de ciencias lucrativas, paquidermos hidrocéfalos, cortesanos de la apocalíctica Bestia, que ha convertido la filosofía en rica mina y la cátedra en mostrador, jugando á las ideas como si jugara á la Bolsa.

Cuando oye todo esto, cree el ánimo encontrarse en presencia de un pensador original y nuevo, cuya filosofía sea como la filosofía de Kant en su tiempo, renovacion del espíritu humano. Pero en cuanto se le estudia con madurez y se meditan sus ideas con detenimiento, échase de ver que llama sofistas á los mismos á quienes copia, y ladrones á los mismos á quienes roba. Su filosofía puede y

debe llamarse metafísica experimental. Por un lado se confunde, pues con el idealismo platónico, y por otro lado con los sistemas que en la observacion se fundan. Aparte este propósito, antes que sistema tendencia, su concepto del mundo es fundamentalmente el mismo concepto de la escuela crítica; sus ideas sobre la razon y el pensamiento, son las mismas ideas de la escuela materialista; y el ministerio que concede á la voluntad y á su fuerza en el mundo, es el mismo ministerio concedido por Hegel á la idea. No valia, pues, malgastar tanta elocuencia en ditirambos anti-hegelianos; esgrimir todas las injurias monásticas de la Edad Media contra el maestro; para aceptar luego el movimiento eterno de su dialéctica, aunque trasladándolo de la idea á la voluntad.

El mundo es mi representacion, grita el enemigo de Hegel. Sus colores se descomponen y se entonan en mi retina; sus ruidos silban en mis oidos; las superficies de sus varios objetos, se prestan á mi tacto; mas yo ignoro si el mundo es tal como mis órganos lo reproducen y lo dibujan en mi pensamiento. El mundo es una apariencia. Pero sobre esta apariencia hay una fuerza real, inmanente, eterna: la voluntad. Así, la realidad no está fuera de nosotros, sino en nosotros. Y en nosotros lo más fuerte, lo más vigoroso, lo más permanente, lo que no sufre ni descanso ni eclipse, es la virtud de esta facultad por excelencia interna, la virtud de la voluntad. No puede decirse, no debe decirse, que la voluntad sea producto del cuerpo, no; la voluntad forma el cuerpo mismo, y nuestra organizacion y todos sus actos son la voluntad exteriorizada. Y no se trata de aquella voluntad sometida á la inteligencia y á sus conceptos abstractos; se trata de esa voluntad pristina, ingénua, casi instintiva, que se llama el deseo incontrastable, invencible de vivir, voluntad independiente de toda idea, y de todo motivo, ley eterna de nuestra existencia.

La voluntad se halla en todo el Universo y se eleva gradualmente desde los séres inferiores hasta aquellos que tienen razon y conciencia. En su ascension progresiva, la voluntad va huyendo del fatalismo y buscando la libertad. Y en esta progresion ascendente, llega á producir los indivíduos, las personalidades, con esa señal propia y distinta del sér individual llamado carácter. En los séres inorgánicos domina la pura causalidad. En las plantas comienza á haber, por el movimiento de la sávia, por la rudimentaria sensibilidad de las hojas, como gérmenes de voluntad. Los insectos, con sus sábios trabajos, con sus instintos artísticos, con sus progresivas metamorfosis, cuando liban la miel como las abejas, ó se tiñen las alas como las mariposas en el cáliz de las flores, anuncian la profecía de la voluntad. El magnetismo, el lejano poder de unos séres sobre otros séres, la virtud mútua de atraccion, dice que la naturaleza forma por sí misma con las múltiples combinaciones de la voluntad una especie de instructiva y maravillosa metafísica.

La voluntad estalla con todo su vigor en el hombre. Para comprenderla bien es necesario distinguirla de la inteligencia. El pensamiento es producto del cerebro, y la voluntad energía del sér; el pensamiento es el fenómeno, la voluntad es la esencia; el pensamiento es la luz, la voluntad es el calor; el pensamiento está en la inteligencia, la voluntad en todas las facultades; el pensamiento tiene un carácter subordinado, la voluntad un carácter soberano; el pensamiento no moverá la voluntad, si la voluntad no quiere moverse, y la voluntad penetrará á su arbitrio en el reino inaccesible del pensamiento y lo someterá á sus mandatos: hasta en el órden de tiempo, la primera facultad que aparece en nosotros, es la voluntad, pues el niño quiere antes de que entienda y piense.

Leibnitz, dijo, que la cantidad de fuerza es invariable en el mundo, y Schopenhauer dice que es invariable la cantidad de voluntad

en las sociedades humanas. El corazon es el órgano de la voluntad; y ese órgano, lo mismo se ejerce en los pueblos civilizados que en los pueblos salvajes. No en todas partes se piensa; pero en todas partes se ama. La inteligencia varía; produce y devora ideas, cree hoy lo que ayer condenaba, condena hoy lo que ayer creia, mientras el corazon constante, fijo en sus afectos, siempre quiere lo mismo y con igual intensidad. No todos los pueblos tienen filósofos; pero todos los pueblos tienen madres. La voluntad es indestructible, y á su fuerza se halla librada con la perennidad del mundo la perennidad tambien de la especie humana. Así como Bichat ha distinguido en fisiológia la vida animal de la vida orgánica, Schopenhauer ha distinguido en filosofía la vida de la inteligencia y la vida de la voluntad. Y la voluntad, esta fuerza cósmica y humana á un mismo tiempo, produce el cuerpo y la sangre. Así el corazon es lo primero que se mueve en la vida, y lo último que se extingue en la muerte. La filosofía de Schopenhauer es la filosofía de la voluntad.

Y este filósofo de la voluntad, pone la perfeccion moral en aniquilar completamente la voluntad. No predica el suicidio del cuerpo; predica el suicidio del alma. La plenitud de la vida, la exaltacion del sér, están para él como para los místicos en el olvido de sí mismo, en la abnegacion perpétua, en el sacrificio. Reducir á la nada esa voluntad soberana, hé ahí el esfuerzo más digno de la voluntad misma. El mundo, despues de todo, no merece otra cosa. La vida es un tejido, una trama que no vale el precio que cuesta. El mundo se parece á una cacería, en la que todos somos á un tiempo perseguidores y perseguidos. Trabajo, batalla, dolor, lo presente siempre penoso, lo porvenir incierto, el infierno dantesco en el corazon, los carbones ardientes de la pasion abrasando la sangre, el árbol de la vida, cuyas raices se agarran en la tierra, cuyas ramas son el cielo, sacudiendo sobre todos nosotros sus horribles calamidades; cada existencia una trájicomedia en que lo ridículo se mezcla á lo sublime, y las carcajadas históricas de alegría pasajera al eterno llanto: hé ahí la vida. Así en noche estrellada, luciendo el cielo con grandes resplandores, y resaltando en el cielo sereno el planeta Venus, un amigo le preguntó al filósofo si creia en la existencia de séres superiores al hombre en aquellas esferas; y el filósofo respondió que no, que el organismo termina en el hombre, y que ningun sér superior al hombre podria tener la voluntad de vivir, ni rebajarse hasta tomar un papel en esta triste y prosáica trajedia de la existencia desenlazada siempre con la misma uniforme escena, con la escena de la muerte. Y volviéndose á mirar á la tierra y alcanzando á descubrir tras su vegetacion y sus organismos generaciones extintas y acostadas en su inmenso seno, de las cuales provenimos los vivientes, y cuyos átomos circulan por todo nuestro cuerpo, exclamó: los muertos están ¡ay! en nosotros.

El pesimismo resume su doctrina. Y si el pesimismo resume su doctrina, inútil decir cuán opuesto será en política á la idea del progreso y de la perfectibilidad humana. Raramente triunfan las causas justas en la tierra. Las mejores se pierden por sus propios excesos. Profundo desprecio le merecen los ensueños democráticos. Esos axiomas del triunfo próximo é inevitable de las democracias le suenan á verdaderos barbarismos. Las democracias están destinadas en su concepto á pasto eterno de las tiranías. Las muchedumbres europeas no se diferencian de las muchedumbres asiáticas. Estas sirven á sus tiranos que las conducen al campo de batalla como el pastor conduce el ganado al pasto; aquellas sirven á los demagogos que las llevan á las revoluciones con las sonoras palabras de sufragio universal y nacionalidades modernas. La política oscila perpétuamente entre la dictadura y la licencia. Ya pasan los reyes constitucionales semejantes á los dioses de Epicuro, en que siempre

están á la mesa. Ya se levantan las formidables barricadas. A esta agitacion política de Europa prefiere el silencio, la muerte de Asia. Fia poco, muy poco, en los gobiernos para mejorar á los hombres, porque cree que tendrán siempre interés en corromperlos.

Hé aquí á donde conduce el misticismo, al desprecio de la libertad, al desprecio de la justicia, á negar una ley tan segura como la ley del progreso humano, á desconocer una verdad histórica tan evidente como el advenimiento de las democracias, á envidiar una vida tan semejante á la muerte como la vida de los pueblos asiáticos. Bien es verdad que todas las ideas de Schopenhauer se animan, se encienden vivamente en el ódio inextinguible á la escuela de Hegel. Y como quiera que la escuela de Hegel produjo la extrema izquierda, el partido que se llamaba de la jóven Alemania, y que era adicto á estos tres principios, á la unidad de la nacion, al derecho de las democracias y al gobierno de la República, Schopenhauer la persigue con su sarcasmo, y quiere soterrarla bajo sus hipocondríacos anatemas. Esa filosofía de la desesperacion social, pasará siempre como un alarde del mal humor del indivíduo; y no entrará en el tesoro comun de la humanidad. Solamente es fuerte, y solamente es duradero el principio social que se funde en la naturaleza del hombre. Y es ley de la naturaleza que la idea progresiva, pensada por un filósofo en las puras abstracciones de la ciencia, pase con vigor á la realidad y la trasforme. Tambien es ley de la naturaleza que estas ideas desciendan á clases oprimidas, las iluminen en su inteligencia y las alivien del peso de sus cadenas. Y el pensamiento en su trabajo contínuo va creando una sociedad superior, más asentada en el derecho, más propia para habitacion del espíritu, más cercana al ideal supremo de justicia. Estas verdades no podrán tener originalidad, como no la tiene todo aquello que pertenece al género humano, pero tienen completa, absoluta evidencia, y serán el consuelo al dolor presente y el incentivo á futuras glorias.

La causa primera del éxito alcanzado por la filosofía de Schopehauer, encontrábase en el cansancio que de la ciencia á priori experimentaba ya toda Alemania. Alzábase la realidad reivindicando sus derechos. La observacion y la experiencia exigian que no se olvidase su participacion considerable en el humano criterio y en el progreso de la humana cultura. Un sistema que volviese la razon al seno del mundo pareceria como abrigado valle, henchido de abundancia, tras penoso descenso de las altas cimas y de los infinitos espacios. El sistema de Herbart fué en parte este sistema y en parte alcanzó este resultado. Su mayor empeño consistió en declarar que las cosas no son, no pueden ser esas sombras llamadas por Hegel ideas; que las cosas son y existen, independientemente de nuestro pensar, en la viva realidad. La filosofia no crea el Universo, lo estudia. No encuentra en él un poema de la humana fantasía, sino un libro de verdades, un conjunto de séres, agenos á las combinaciones de nuestras ideas. La duda es saludable como aguijon de la ciencia; pero la duda, convertida en excepticismo sistemático, destruye toda ciencia. Podeis dudar de que las cosas existen; pero no dudar de que parece que existen. Esta apariencia del Universo, ó este parecer de que el Universo existe, se os impone con la misma fuerza incontrastable que la existencia de vuestro propio sér. Ahondando en el Universo, se encuentra el sér, el único platónico, que no ha penetrado en nosotros por los sentidos. Pero no solamente se encuentra el sér, la realidad absoluta, sino como realidades absolutas tambien, muchos séres, limitados unos por otros en la extension material, limitados á lo menos por el espacio, inextensos en su esencia. Las cosas externas de tal manera son esenciales, que el alma, su inteligencia, su voluntad, no existirian si no las suscitase el contacto, el choque con el mundo. La sensibilidad es pensamiento, la voluntad pensamiento; y la libertad moral no es si-

no el predominio del pensamiento reflexivo sobre el pensamiento pasivo y simplemente sensible. La vida del alma tiene las mismas leyes que la dinámica y la estética. La psicologia, la ciencia del alma, es en último resultado una verdadera mecánica, una ciencia tan exacta como las matemáticas mismas.

No entraremos en el exámen de esta doctrina, ni diremos que toca por sus extremos nada menos que al politeismo antiguo y al materialismo moderno. Lo que á nosotros principalmente nos interesa en la evolucion del pensamiento aleman, es el lado puramente político, para comprender las fuerzas de atraccion y de repulsion que han concurrido á acelerar ó retardar el movimiento republicano en Europa. El Estado, en concepto de Herbart, es continuacion de los fenómenos orgánicos, organismo superior. La sociedad comienza por constituirse en la necesidad, y concluye por constituirse en el derecho. Segun la nocion de derecho, debe el Estado descansar en el consentimiento de todos los ciudadanos. El Estado que se funda en el derecho, tiene que ser por necesidad democrático, puesto que exige y necesita el consentimiento público. Pero el Estado tiene fines útiles, que durante ciertos períodos históricos se oponen por completo á la idea fundamental del derecho. Para ir acercando el Estado al derecho precisa que todos se sometan á las leyes con gusto y reformen las leyes con órden, ajustándolas á los nuevos ideales de progreso, destruyendo los gérmenes de division y de guerra. La miseria sin remedio, la humillacion sin esperanza rompen la armonía de los sentimientos, y ponen abajo conjuraciones sin término, arriba dictaduras sin freno. A medida que los pueblos se ilustran más, conocen mejor la desproporcion existente entre el ideal puro y la realidad del derecho. Y cuando llega una situacion así, el Estado no puede salvarse si el partido del progreso no reforma con mesura, y el partido de la estabilidad social no resiste con inteligencia, y no se someten ambos al código que á todos obliga, al código de la moral. La ciencia del gobierno consiste en dejar á las diferentes aspiraciones que se manifiesten con libertad; y en satisfacerlas en todo cuanto tengan de justo, en todo cuanto tengan de progresivo con verdadera oportunidad. La fuerza de las constituciones se encuentra en su acuerdo con la voluntad general de los pueblos.

Imposible predecir la suerte reservada por la Providencia á las naciones. Apenas se divisa, no ya el término, pero ni aun el camino del progreso. El mundo mineral, vegetal y animal, parecen haber llegado al término de su desarrollo. No así el mundo político, cuyas progresivas evoluciones no pueden medirse con la inteligencia ni calcularse con las matemáticas. El hombre ha reconocido la unidad fundamental de su especie. Pero no ha sacado del reconocimiento de esta verdad las consecuencias naturales que entraña. Las familias humanas aun están separadas entre sí; aun no han alcanzado á establecer relaciones en armonía con la idea de humanidad. Pero todo tiende, desde el arte hasta el comercio, todo tiende á establecer y anudar estas relaciones. Y así que la tierra se halle ocupada por Estados verdaderamente orgánicos, las ideas de dominacion universal, los procedimientos de conquista, habrán cedido su lugar á inmensas federaciones de pueblos libres. Y habrá tanta desproporcion entre los Estados egoistas de hoy, al Estado humano de entonces, como la que hay entre la antigua astronomía que levantaba la tierra en el centro del Universo, y la nueva astronomía, que á pesar de haber convertido la tierra en satélite del sol, nos ha hecho palpar materialmente lo infinito.

# CAPITULO XVI.

## LA FILOSOFÍA ARMÓNICA.

El movimiento aleman llevaba la política á la libertad; pero la filosofía al materialismo. Un sistema se produjo al choque de tantos sistemas contrarios, con el propósito firme, firmísimo de engendrar en la ciencia verdadera armonía. El principio de la observacion interior, proclamado por Descartes, cayó en desprecio, merced á una ontologia muchas veces ambiciosa. A su vez el principio ontológico cayó en desprecio merced á desarrollos arbitrarios. Intentábase, pues, la rehabilitacion de los principios necesarios. El saber, recogido en el puro estudio del yo, es el saber esencial, es el saber, fundamento de toda ciencia. Pero la vida no se encierra solamente en el mundo interior; la vida no se reduce solamente al pensar. Hay que completar la psicologia con la ontologia, como hay que completar el analisis con la síntesis, como hay que completar la razon con la religion, como hay que completar el individuo con la sociedad; y hay que traer al mundo moderno una ciencia fundada en verdaderas armonías. Así pensaba la nueva escuela. Aunque los principios científicos parezcan diversos, forman una série sistemática, un todo armónico, á la manera que los gases, los líquidos, los sólidos, diversos entre sí, forman un todo armónico en el planeta; y los planetas, los satélites, los soles, diversos entre sí tambien, forman un todo armónico en el Cosmos. Puede y debe reunirse en la ciencia á la psicologia de Descartes la ontologia de Hegel; al sentido religioso de Leibnitz, el sentido crítico de Kant, todo inspirado en la idea de Dios, y convertido á mejorar al hombre por medio de purísima moral que á su vez mejore y perfeccione las sociedades humanas.

La ciencia tiene por objeto el conocimiento. El conocimiento supone relacion entre el sugeto que conoce y el objeto conocido. Cuando esta relacion conviene con la naturaleza de los objetos, ya sean cuerpos, ya cualidades, existe la verdad. La verdad no está solamente en lo que es, sino en la relacion de lo que es con el que piensa. Constituye la ciencia una série

sistemática, orgánica de verdades. El método es el medio de la ciencia. La verdad no está solamente en la ciencia, sino en el procedimiento para llegar á la ciencia. Conocemos las verdades por intuicion y por deduccion. De aqui dos métodos, el analítico y el sintético. El analisis comprende la observacion, y la síntesis comprende la contemplacion; el analisis examina lo experimental, la síntesis se eleva á lo que está sobre toda experiencia, á lo absoluto, á lo infinito, á lo eterno. Uno y otro método se completan y abrazan todo el espíritu y todo el Universo. Donde concluye el analisis comienza inmediatamente la síntesis. En todo conocimiento hay unidad ó tésis, variedad, oposicion ó antítesis, armonía ó síntesis. Y lo mismo que hay en el conocimiento, hay en la ciencia, série orgánica de conocimientos.

Esta filosofía se llama la filosofía armónica. Y su idea fundamental es la idea de Humanidad. Y la humanidad no puede solamente encerrarse en la tierra. La humanidad habita otros planetas tambien, y en este sentido es infinita como es infinito el Universo. Las hipótesis astronómicas de Laplace y Herschel explicando el orígen de los planetas; las observaciones hechas sobre Mercurio que han comprobado la existencia de continentes, de mares, de gases, de atmósfera; el descubrimiento maravilloso del espectro solar, por el cual se toca, se palpa casi la fundamental unidad del Cosmos; las revelaciones de los aereolitos, de esas piedras celestes que ruedan en torno de los planetas, y que no solamente tienen signos de los metales y metaloides terrestres, sino de los organismos tambien; la persistencia de la vida en aparecer y brillar donde quiera que encuentra para ello elementos favorables; todas estas razones si no prueban matemáticamente, inspiran la idea de que la humanidad se halla difundida, como los ángeles de la teología, por todos los espacios y por todos los mundos. Y la humanidad es el sér armónico en que se encuentran, en que se compenetran el espíritu y la naturaleza.

Como nosotros buscamos en los sistemas filosóficos más el aspecto político y social que el aspecto metafísico, prescindiremos de los conceptos y juicios de la filosofía armónica sobre el mundo espiritual y el mundo de la naturaleza. Y seguiremos buscando los conceptos más relacionados con la política. La filosofía, en sentir de la escuela que examinamos, funda las bases racionales de las instituciones. La filosofía nos dá la idea del derecho absolutamente conforme á la naturaleza del hombre. Las legislaciones históricas, los derechos escritos ó consuetudinarios podrán ser variables y progresivos; pero la idea del derecho es como la naturaleza misma del hombre, inmutable. La sociedad aparece como un organismo compuesto de otros organismos políticos y civiles cuyo objeto es asegurar el desarrollo de la naturaleza humana y el cumplimiento de nuestro destino en la tierra. Toda sociedad responderá en sus instituciones al estado moral é intelectual del individuo como el efecto responde á la causa. Elevando al hombre en pensamientos y obras, se elevará la sociedad en leyes é instituciones. Entre las instituciones que han de cambiar más directamente el modo de ser social, se encuentran, como fundamentales, el Estado, la Iglesia, la Escuela. La filosofía trabaja por la respectiva independencia de estos organismos políticos. Si la Iglesia absorbe al Estado, el pensamiento filosófico reivindica los derechos del poder civil. Si el Estado absorbe á la Iglesia, el pensamiento filosófico reclama el derecho á la libertad de la conciencia humana. Si el Estado ó la Iglesia absorben á la Escuela y pretenden dirigir exclusivamente la enseñanza demuestra la filosofía que la ciencia es independiente de todo poder, es un poder en sí misma, y tiene derecho á organizarse por su propia autoridad y por su interna fuerza. La práctica obedece á la teoría, la realidad al ideal como obedecen las piedras á las ideas del escultor y á los golpes de su cincel. Los

intereses reaccionarios llaman utopia al pensamiento capital que anima á cada siglo. Pero el pensamiento progresivo pasa de la conciencia á las leyes con fuerza incontrastable.

El ideal, la Reforma y la revolucion anuncian el comienzo de una nueva edad orgánica en el género humano. El ideal de la humanidad antes de la reforma fué religioso; el ideal de la humanidad antes de la revolucion fué político; el ideal de la humanidad ahora es científico, esencialmente científico. Este ideal no abraza solamente la relacion del hombre con Dios, ó la relacion del hombre con la sociedad ; abraza, además de estas relaciones fundamentales, todos los derechos y todos los deberes humanos en todas las manifestaciones de nuestro ser, en toda la plenitud de nuestra vida. Sintiéndose cada hombre dentro de la humanidad, una idea de justicia superior le guiará en sus relaciones con los demás hombres; sintiendo que además de estar dentro de la humanidad, lleva en sí la humanidad, una confianza en el progreso le sostendrá, y poco á poco en cada personalidad surgirá el ideal que ha de abrazar desde el sentimiento hasta la conciencia, desde las manifestaciones más primitivas de la vida hasta la sublimidad de la idea. Y se reformará en sentido progresivo la sociedad, porque mientras la historia de la filosofía cuenta las evoluciones del pensamiento, y la historia política las evoluciones de la realidad, la filosofía de la historia proclama el principio fundamental que sigue: las evoluciones de la realidad han obedecido siempre, en toda la sucesion de los tiempos, á las evoluciones del pensamiento.

La Historia es una ciencia experimental, una ciencia de hechos; la filosofía es una ciencia de leyes, de principios. Y juntándose ambas ciencias, forman una tercera, con soberano influjo en el siglo presente, y que se llama Filosofía de la Historia. En esta ciencia la Historia dará los hechos y la filosofía la razon de los hechos: la Historia lo que sucede, y la Filosofía lo que debe suceder; la Historia la realidad, y la filosofía lo ideal; la historia, los fenómenos, y la filosofía, las leyes de esos fenómenos; la historia, la vida en su corriente, en sus trasformaciones, en su mudar contínuo, y la filosofía, el pensamiento en su perenne luz. Así la Historia es la ciencia del desarrollo de la vida; y la Filosofía es la ciencia de los principios que deben regular la vida. Y la Filosofía de la historia es la ciencia de la vida y de las leyes tambien de la vida.

Por eso la filosofía de la Historia enseñará al hombre que vive bajo la autoridad de Dios, y la ley de la Providencia; en la naturaleza y entre sus leyes cósmicas, para realizar el mundo del espíritu. Pero ni la autoridad de Dios y sus leyes; ni el ambiente natural y sus poderosas influencias; ni el medio de la sociedad y sus accidentes históricos, anulan el principio, en cuya virtud el hombre causa su propia vida, el principio de libertad. E inmediatamente que surge la idea de libertad, surge con ella la idea del derecho. Esta concepcion del derecho, es la obra más maravillosa, más grande de la vida moderna, y con más trascendencia á la política universal. Las sociedades antiguas ponian el derecho en el Estado; la sociedad moderna pone el derecho en el hombre. La Edad Media, aquel período histórico, de un lado ponia el derecho en el espacio, en la tierra, y de aquí el poder feudal; de otro lado en el tiempo, en la tradicion, en algo sobrehumano, y de aquí el poder teocrático. La más alta concepcion de la filosofía moderna, es la concepcion del derecho humano, base fundamental de la nueva política. Reconociéndolo en cada hombre, ha fundado la libertad; reconociéndolo en todos los hombres, ha fundado la igualdad natural. Y el principio de que el derecho está en cada hombre, crea la individualidad; y el principio de que el derecho está en todos los hembres, crea el complemento de los indivíduos, crea la sociedad.

Este sér humano, que forma un mundo

aparte, completo; que reune como en su foco todos los rayos de la vida; que resume y compendia todos los varios organismos; sér sensible, por cuya virtud conoce lo individual, lo que cae bajo la experiencia; sér reflexivo, por cuya virtud conoce las relaciones entre los séres, lo general; ser dotado de razon, por cuya virtud se eleva hasta lo divino; libre, y artífice de su vida y responsable de sus acciones; perfectible, y por lo mismo capaz de crear nuevas instituciones, y de ilustrarse con la verdad y dirigirse al bien, bajo un ideal que tiende á realizar por su voluntad autonómica, necesita encarnar en la sociedad todas estas varias esencias de su naturaleza. El conjunto de medios, de condiciones, dependientes de la voluntad, y necesarios al desarrollo de nuestra naturaleza, y al cumplimiento de nuestro destino en la tierra, constituyen esencialmente el derecho.

En cuanto convertimos los ojos y el pensamiento al Universo, vemos fundado en el Universo un órden divino. En la nebulosa inmensa á que cósmicamente pertenecemos, el sol nos ilumina con su luz, nos vivifica con su calor, nos sostiene con su fuerza; tiñe de matices el cáliz de las flores, y llena de melodías la garganta del ave; saca de los torrentes, de los rios, de los océanos las evaporaciones indispensables á refrescar la atmósfera y engendra el magnetismo, la electricidad que parecen ya corrientes de la vida espiritual. Y la tierra, colocada en el término medio de nuestro sistema solar, vive recorriendo su elipse con movimiento uniforme que engendra la diversidad y la armonía de las estaciones, henchida de los frutos indispensables al mantenimiento de sus infinitas especies. Y el hombre, con su frente y sus ojos dirigidos á lo infinito, con su combustion pulmonar, encendiendo y colorando la sangre, con el amor fecundo para mantenerse y perpetuarse en la humanidad; con la muerte, con ese divino presente, para renovar las generaciones y trasfigurarse en otro sér más perfecto, allá en la cima de otros mundos mejores es el mediador entre la naturaleza y el espíritu. Y todo este sistema, que se extiende desde el zoófito naciendo en los confines de la vida orgánica, hasta el cerebro tocando en la vida divina; todo este sistema proclama la existencia, no solo de las leyes naturales, sino tambien de un órden providencial y divino. Pero este órden divino de la naturaleza proviene de la necesidad.

Se necesita fundar en la tierra otro órden divino, más hermoso aun que el órden natural, y fundarlo, no por medio de la necesidad, sino por medio de la libertad. Se necesita que el sentimiento sea, no solo el instinto que engendra y conserva, sino el afecto y la efusion de las almas que eleva y educa; la muerte, no solo la fuerza que destruye y renueva, sino el culto de lo pasado, la religion de los recuerdos, la esperanza, la certeza de la inmortalidad; se necesita que los afectos y las ideas formen otro nuevo Universo moral dentro de la naturaleza. En este Universo moral existirá la personalidad, el indivíduo consciente y responsable; la familia, personalidad colectiva, ungida por el amor, consagrada al sacerdocio de perpetuar la humanidad; el arte, ese edén, donde se refugia el corazon lacerado por las tristezas de todos los dias y por la oposicion entre la realidad y el ideal; la industria, ese esfuerzo constante para dominar la materia, trasformarla, ponerla á servicio de nuestras facultades; la religion, ese lazo de lo finito con lo infinito, esa eterna revelacion de Dios en la conciencia y en la vida; la moral, esa ley de nuestras acciones; la ciencia, ese sol de las ideas que todo lo mantiene, lo vivifica, lo ilumina. Y todas estas obras formarán en la sociedad algo semejante á los soles, á los mundos, á las estrellas en el espacio infinito. Y todas estas obras serán creaciones varias de los séres humanos asociados. Y todas estas asociaciones serán otros tantos organismos fundamentales que formen el organismo general, llamado sociedad. Y la red de relaciones que unirá todos estos orga-

nismos, de la misma suerte que las fuerzas de la mecánica celeste reunen los mundos, y de la misma suerte que los nervios reunen nuestros diversos órganos en el cuerpo y entre sí los comunica, esta red de relaciones se llamará el derecho.

La vida humana se compone de una série contínua de relaciones tan estrechas, que el bien de unos depende del bien de otros, y el desarrollo social de cada uno se determina por el desarrollo de todos. Estas relaciones, mediante las cuales se determinan los séres, mútuamente entre sí, llámase condicion humana. Todos los miembros de la humanidad mútuamente se condicionan y se completan. Y de aquí nace el órden divino en la sociedad, análogo al órden divino de la naturaleza. Pero aquel órden divino de la sociedad, que ha de realizar la libertad humana, no puede realizarse sino por medio de un principio de organizacion que establezca en todas las esferas, en todas las condiciones, de las cuales depende el cumplimiento de todos los fines humanos. Así, la escuela armónica ha definido el derecho: conjunto orgánico de condiciones libres, dependientes de la voluntad, que han de cumplir el destino del hombre sobre la tierra.

El derecho existe primero en la persona, y en la persona tiene su autonomía. Pero no existe solamente una persona, existen muchas personas, y el derecho hará coexistir estas personas, y coexistir sus diversas autonomías. Pero no existen y coexisten solamente las personalidades; existen y coexisten para asistirse mútuamente, para completarse, para coadyuvar, mediante relaciones mútuas, á la plenitud de la vida, y al cumplimiento completo del bien. Y el derecho que no consagre esta relacion de mútuo auxilio y asistencia, será un derecho formal, externo, áncora de una libertad estéril, y no será la vida en toda su extension, en toda su grandeza, en todo su desarrollo, cumpliendo y realizando todos sus fines sociales.

Es el derecho una ley de las relaciones humanas. Esta ley ha existido siempre, aunque no se haya revelado hasta nuestros dias como ha existido la gravedad antes de que Newthon la descubriera y formulara. Pero si ha existido, no ha tomado verdaderamente cuerpo en las instituciones, sino hoy en nuestros democráticos tiempos. El derecho no tiene solamente su esencia, tiene tambien sus procedimientos y sus formas. Para realizar el derecho se necesita el medio del derecho. No solo debe ser la justicia un resultado, sino que debe ser un procedimiento. Al bien debemos ir por el bien. Elevar los medios revolucionarios á medios permanentes de progreso, constituye uno de los más grandes errores, y uno de los más acerbos males de nuestro tiempo. Las revoluciones vienen como una crísis necesaria, como una enfermedad inevitable, como un mal preciso, cuando los poderes, muertos en la conciencia humana, pretenden perpetuarse por la fuerza. Una injusticia engendra otra injusticia. Pero las revoluciones se ahuyentan necesariamente de los pueblos donde toda inspiracion justa puede realizarse y cumplirse por medio del derecho.

El derecho tiene por orígen la persona humana; y por fin la perfeccion de la persona humana. La antigüedad tuvo de esta idea presentimientos en el arte, previsiones en la filosofía; pero no llegó á tener jamás conocimiento concreto ni á fundarla en el sentido social. El derecho es independiente de todos los poderes humanos, superior á todos los poderes humanos. Para llegar á esta concepcion se han necesitado muchas evoluciones históricas. Se ha necesitado romper el politeismo antiguo, que confundiendo los dioses con el mundo, oprimian al hombre bajo el yugo del destino; se ha necesitado elevar en el Cristianismo á Dios sobre el mundo y al hombre sobre las influencias de clima y sobre las particularidades de raza; y aún se ha necesitado mucho más, aún se ha necesitado que así como el cristiano nos trajo la idea de la unidad de Dios en el siglo primero de nuestra era, la

filosofía en el siglo último, en el siglo pasado, trajese la idea de la humanidad, no como un sér abstracto, sino como un sér orgánico y viviente. Las ideas se condensan en la sociedad. Y la condensacion de estas ideas humanitarias se ha visto primero en la revolucion americana, que puso como epílogo ó apéndice los derechos fundamentales; despues en la revolucion francesa, que puso los derechos fundamentales como proemio ó introduccion á sus constituciones.

Para regular las relaciones de derecho y para mantener el derecho, se necesita de un organismo político, que se llama Estado. Aristóteles señaló profundamente la necesidad del Estado, cuando dijo que para prescindir del Estado, seria necesario que el hombre cayese en la naturaleza de las bestias, ó se elevase á la naturaleza de los dioses. El Estado es el reflejo del hombre mismo. Como la razon dirige al hombre, el Estado á la sociedad, como la conciencia castiga al hombre interior por sus faltas morales, el Estado castiga al hombre social por sus faltas, por sus delitos, por sus crímenes sociales. Cada hombre lleva en sí un Estado abreviadísimo; cada Estado es un hombre superior. Señalar los límites del Estado, es el problema por excelencia de los tiempos modernos. Hay el sistema que debe llamarse de unitarismo, y que confunde el Estado con la sociedad, y le encomienda todos los fines sociales. Hay el sistema de variedad ú oposicion que deja el Estado reducido á la funcion sencillísima de la seguridad general. Por el primer sistema se va al despotismo, por el segundo sistema á la anarquía. El Estado de la escuela armónica es un término medio entre estos dos extremos; es la síntesis que contiene dentro de sí la unidad social y las variedades ú opiniones individuales.

El error más grave que puede cometerse en política, es considerar el Estado como un solo organismo, cuando debe ser una série de organismos independientes entre sí, pero tambien relacionados y unidos. Si consideramos el Estado como un solo organismo, caeremos en el error de la política democrática francesa, en ese error de crear una Convencion casi absolutista, y convertirla en la dispensadora general de todos los derechos, y la mediatriz única entre todas las sustituciones. Así ha resultado al poco tiempo de montarse tamaña máquina, ó la revolucion y con ella el gobierno de un partido, ó la dictadura y con ella el gobierno de un hombre. Considerando el Estado como una série de organismos, consíguese se reconozca la personalidad con su autonomía y sus derechos; el municipio como otra personalidad, con su autonomía y sus derechos; el Estado particular ó provincia, con su autonomía y sus derechos, siendo el Estado central ó nacion la clave de todos estos derechos y el seguro de todas estas necesarias y diversas autonomías. Y cuando se concibe así el Estado, la mejor manera de asegurar su existencia se halla en el contrato político. No hay que confundir el contrato político de ninguna manera con el contrato social. Es el contrato social pura ficcion. El contrato político es el pacto fundamental en que mútuamente se convienen los derechos de las personas libres, y las facultades tambien de los poderes públicos. El contrato supone deberes y derechos recíprocos; supone que nadie puede exigir el respeto de su autoridad sino á cambio del cumplimiento de su deber. Así los ciudadanos recaban la plenitud de su derecho é imponen al Estado el deber de reconocérselos y respetárselos. Los municipios contratan con el Estado particular los derechos y deberes recíprocos por medio de cartas municipales análogas á nuestras antiguas cartas-pueblas. Los Estados particulares ó provincias escriben sus respectivas constituciones donde están señalados los poderes que deben reservarse y los poderes que deben remitir al Estado central ó nacion. Esta forma de gobierno que distribuye la autoridad y la libertad por igual en todo el organismo social, no solo está en armonía con la naturaleza, no solo en armonía

con el derecho público más perfecto, sino en armonía con el mismo derecho internacional, que puede asegurar la paz perpétua sobre el suelo volcanizado de Europa. Los Estados-Unidos, que perfeccionan esta forma de gobierno, han merecido bien de la humanidad. Y han merecido bien de la humanidad, no solamente por el ideal de justicia y democracia que despertaron en el siglo pasado, sino tambien por la práctica escuela que ofrecen hoy de política republicana y democrática, de la única política bastante poderosa para asegurar la paz perpétua. Los reyes, dice uno de los más elocuentes defensores de la filosofía armónica, los reyes han puesto en sus banderas como símbolos, ya las alimañas feroces, los leones, los leopardos, ya las aves rapaces, las águilas; el pueblo americano ha puesto sus estrellas enseñando que cada Estado forma un mundo aparte, y todos los Estados se hallan congregados y mútuamente sostenidos en los dilatados espacios de la República.

Así es que la historia camina á la fundacion de los Estados-Unidos en todos los continentes, sí, Estados-Unidos que sean como el organismo interior de la federacion verdaderamente humana. Esta fórmula de la política señala el comienzo de la edad madura en el género humano, y de la edad armónica en la historia. Así como el pensamiento es tésis, antítesis y síntesis; el Universo unidad, variedad y armonía; la mecánica celeste atraccion, repulsion y equilibrio; el mundo orgánico, vegetal pegado á la tierra, animal que se mueve y se opone, género humano, ó especie sintética; la humanidad es infancia é inocencia, juventud y madurez, pareciéndose la muerte al nacimiento; y la historia, es: 1.° edad edénica ó paradisiaca; 2.° edad de oposicion; 3.° edad madura ó de armonía.

Dios preside la historia, como preside el Universo. Los séres finitos, los séres humanos, viven primero, como vive el feto en las entrañas de la madre, indivisos de la naturaleza, confundidos con el Universo; despues nacen á la oposicion, ejercitan sus fuerzas, las emplean, rompen con todo en abierta guerra, y adquieren así conciencia de su valor, de su fuerza; hasta que conociendo perfectamente su derecho, los límites de su derecho, el conjunto de las cosas creadas, sus propias relaciones con el mundo visible é invisible, entran en el período que tiene por ideal verdadero la ciencia y por fin práctico la justicia. El espíritu ha sido como la planta, un sér pegado á la tierra, y será en la edad de armonía un sér relacionado con todo el Universo, por un conocimiento superior de las cosas creadas, aproximándose á Dios, por una realizacion completa y plena del ideal en la vida.

Un divino instinto ha reunido á los hombres en sociedad, les ha enseñado á gorgear el lenguaje, los ha tenido en el encanto de la inocencia, en el seno del Eden. Pero esta edad embrionaria y paradisiaca se ha concluido, y ha comenzado la edad de lucha por una caida desde la paz en la guerra, desde la inocencia en la culpa. La naturaleza, que tenia al hombre en su regazo, que lo mantenia con su leche purísima, lo ha abandonado al esfuerzo y al combate del trabajo. Dichoso abandono de la naturaleza, bendita culpa del hombre, que han traido consigo la redencion divina del trabajo, de esa actividad, de esa fuerza que ha completado verdaderamente la naturaleza. Pero el hombre llegó á exaltar su orgullo hasta creer que todo lo debia someter á sus personales satisfacciones: de aquí la tiranía ciega de unos, y la obediencia servil de otros, de aquí el amo y el esclavo. Los conocimientos de la edad primera se conservaron por una casta, por la casta sacerdotal; se mantuvieron en privilegiado lugar, en el templo; se dilataron más tarde por todas las clases sociales, mediante el simbolismo y el arte. La filosofía entró en el templo como Prometeo en el cielo, y convirtió en humana, en racional, la ciencia májica, la ciencia teocrática. Y el mundo entró en la juventud. Mientras unos pueblos se perdian en el seno de la barbárie, otros

pueblos cultivaban los gérmenes de las ideas. Y esto provenia de que unos pueblos se aislaban de los otros, y cada uno vivia para sí solo. Habia pueblos guerreros como el persa, pueblos comerciantes como el fenicio, pueblos artistas como el griego, pueblos religiosos como el judío. Pero todos vivian en el egoismo, y no miraban más allá de su familia, de su gente, de su ciudad, de su tríbu, de su nacion. Roma, la más humanitaria de las ciudades antiguas, solo supo hacer el mundo romano.

Y en cuanto acaba el mundo romano, comienza la Edad Media. Su ideal, es un ideal de oposicion radicalísima al paganismo; es el ideal cristiano, en cuyo fuego casi desaparece el mundo, casi se derrite y se evapora la materia. Los pueblos rompen por todas partes, por todas las regiones en la guerra feudal, guerra de castillo á castillo, de ciudad á ciudad; y solamente les queda un lazo que los una, el lazo de la fé. Por eso la Iglesia absorbe el Estado. Pero el sacerdocio ya no es una casta, que se cierra á todas las gentes no selladas desde la cuna con el sello divino; es una clase libre y abierta por completo á todas las gentes. Así, en medio de aquel caos, hay un principio de unidad, la tendencia del hombre á Dios, la tendencia del arte á lo infinito, que el alma busca en la plegaria, las letras en el himno religioso, la pintura en los cuadros sagrados, la arquitectura en esas agujas góticas que parecen elevarse y perderse, como el incienso que se exhala del templo, como el misticismo que se exhala de la fé, en la inmensidad de los cielos.

El Pontificado quiso aprovechar este sentimiento de lo divino para fundar un régimen teocrático, á la manera del Oriente; pero la naturaleza humana reveló confusamente á los pueblos las primeras nociones de la libertad, y se fundaron contra la teocracia y sobre las ruinas de la teocracia las sociedades civiles. La monarquía, sosteniendo el dualismo entre la Iglesia y el Imperio, contribuyó poderosamente á impedir un retroceso hácia las teocracias asiáticas. Pero si este dualismo fué saludable, demostró tambien que el mundo de la Edad Media carecia de un verdadero y sólido organismo.

El Renacimiento vino, y fué para la Edad Media como el cristianismo para el mundo antiguo, el comienzo de otra edad, el alma de otro mundo. Desde los abismos del cielo, hasta los abismos del mar; desde los abismos del mar, hasta los abismos de la conciencia, todo se ha esclarecido é iluminado. El cuerpo humano se levanta, se erige en señor de la creacion, y respira y absorbe un nuevo espíritu. En este mismo instante brotan los dos partidos que van á dividirse la sociedad moderna, el partido conservador ó reaccionario que está representado por el jesuitismo, y el partido liberal ó progresivo que está representado por el masonismo.

Y en verdad, la Reforma tiene todos los accidentes históricos de las demás religiones. San Francisco de Asís es su profeta, Saronarola, su Bautista, Lutero su revelador, é Ignacio de Loyola es la reaccion, toda la reaccion religiosa.

Ignacio de Loyola que es toda la reaccion, toda entera contra esta obra, ha nacido en España, en la tierra, que va pronto á sacrificarse, á consumirse por conservar la ortodoxia católica. Ha nacido en las provincias Vascas, en las provincias de los grandes desfiladeros, de las razas tenaces, al pié de los Pirineos, llamados montañas de fuego por los antiguos; cerca de aquel indómito mar cantábrico, que con su oleage convida á las milagrosas aventuras. Es compatriota del marino por excelencia, Elcano, aquel que se asoció á la fortuna de Magallanes y que por vez primera dió la vuelta al planeta. Ha nacido en los últimos tiempos caballerescos y se ha criado en los primeros tiempos modernos y á fines del siglo XV. La guerra ha sido su ocupacion; las aventuras el empleo de su juventud. Pero de pronto en la guerra de Navarra, sostenida por el rey Católico, una

bala le hiere, una enfermedad le sobreviene, y tras la bala y tras la herida una exaltacion casi milagrosa al espíritu. Caballero fué en la guerra, caballero será en la religion; por su rey peleó en la juventud, por su Dios peleará en el resto de la vida; y la única dama de sus pensamientos será la Vírgen María. Poséele por completo la enfermedad nacional: amor á lo sobrehumano, á lo milagroso, á todo aquello que está fuera de los estrechos límites de lo posible. El Amadis de Gaula ha sido su lectura, y el Amadis de Gaula le inspira, ni más ni menos que al mismo D. Quijote. Tambien vela sus armas, tambien jura desfacer los agravios inferidos y los entuertos hechos á la religion Católica. Leyendo las páginas de la vida del caballero de Guipúzcoa, creeis leer las páginas del caballero de la Mancha. Ignacio es además un asceta. En la cueva de Monserrat se entrega al ayuno, á la maceracion, á la penitencia, como aquellos primeros solitarios del cristianismo, suscitados por la fé, y dispersos en la inmensidad del desierto. De allí intenta ir á Tierra Santa para beber en las fuentes del cristianismo una fé como la fé de los Cruzados. Y de su viaje vuelve á Monserrat para entregarse nuevamente á la penitencia. Mas conoce que necesita no solamente las oraciones y la mortificacion para pelear, sino tambien las ideas. ¿Cómo peleará, valiéndose de la virtud de las ideas si no sabe nada? Pues corre á estudiar, primero á Alcalá; de Alcalá á Salamanca, de Salamanca á París, á las tres universidades que contienen toda la ciencia de aquel tiempo. Ya en París reune varios amigos que luego habian de ser tan célebres como él: Lainez, Salmeron. Y con todos ellos funda en Montmartre, al pié de una fuente que todavía corre, despues de una comunion eternamente célebre, la nueva sociedad religiosa. Desde París, Ignacio y sus correligionarios van á Venecia á incorporarse en la cruzada contra los turcos. De Venecia, predicando en una especie de lengua franca entre españoles, franceses é italianos, se dirige á Roma, donde el Papa confirma sus estatutos, y donde nace la más célebre, la más pujante, la más temida de las órdenes religiosas, la órden de los Jesuitas.

Jamás se ha fundado institucion alguna en guerra tan abierta con el espíritu de su tiempo. El siglo décimo-sexto era un siglo de renovacion, el jesuitismo una secta de retroceso: el siglo décimo-sexto fundaba la libertad de pensar, el jesuitismo fundaba la servidumbre intelectual; el siglo décimo-sexto iba á la reforma religiosa; el jesuitismo iba á la reaccion religiosa; el siglo décimo-sexto adoraba la emancipacion de la conciencia, el jesuitismo la persona del Papa; el siglo décimo-sexto oia la voz divina, el Espíritu Santo en la idea de cada hombre, el jesuitismo solo veia á Dios en la autoridad tradicional y eclesiástica; el siglo décimo-sexto arrancaba á Roma la conciencia, y el jesuitismo devolvia á Roma el imperio absoluto sobre el tiempo y sobre la eternidad. Jamás de memoria humana se recordaba una asociacion religiosa, regular y secular á un tiempo; lanzada á los palacios y lanzada á los desiertos; en acecho del cortesano, del ministro, del monarca, y en acecho del indio salvaje perdido en las pampas de América ó en las selvas del Asia; jamás, repito, de memoria humana se recordaba una asociacion religiosa como esta, que se fundase en la autoridad y en la obediencia absoluta, que exigiese con tan soberano imperio la reduccion del hombre, de su espíritu vivaz, de su libertad indómita, de sus inclinaciones avasalladoras, á la fria naturaleza del cadáver. Era la secta de la autoridad. En vista de estas enseñanzas de la historia, atribuye la escuela armónica todos los principales retrocesos de nuestro espíritu al jesuitismo y al masonismo todos los principales adelantos. La base del espíritu moderno la encuentra en el Renacimiento; y la ley del Renacimiento en la armonía entre el sentido naturalista del paganismo y el sentido espiritualista de la Edad Media. Para llegar á esta síntesis uno y otro

sentido, tuvieron que perder ambos su exclusivismo. Y para cumplirla y realizarla entró la forma pagana á exaltar toda la simbólica católica; y se consagró el espíritu cristiano á destruir la autoridad externa de la Iglesia con el propósito firme de purificar más el dogma. Durante una gran parte de la Edad Media, la Iglesia predominó sobre el Estado; y desde el Renacimiento predominó el Estado sobre la Iglesia. Así todas las funciones sociales y civiles se fueron poco á poco secularizando; y todos los principios refiriendo á un principio absoluto, á Dios, revelado antes que en la Iglesia, en la pura conciencia. Las religiones históricas continuaron, es verdad, alimentando el espíritu del pueblo: el budismo, la extrema Asia, el cristianismo Europa, y la recien descubierta América; el mahometismo el Asia occidental, parte de la Europa oriental y el norte de Africa, donde refluia, expulsado de las occidentales regiones de España. Pero sobre estas religiones históricas levantaba el pensamiento filosófico la religion natural, la religion de la razon, consagrada á traer la moralidad á la vida y á volver las almas á su fuente, á Dios. Y así como el pensamiento filosófico encuentra en la conciencia pura la religion natural, encuentra en la vida y en sus leyes el gran principio de la política moderna, el principio del derecho humano.

Desde el punto en que una idea se concibe por la razon, hasta el punto en que una idea se realiza por la voluntad general, corren períodos de perturbacion y de anarquía, de guerra y de revoluciones. Pero poco á poco la impura realidad se amolda á la pura idea. El derecho internacional se funda; y si hay guerras de nacion á nacion, ya no las hay de castillo á castillo, de calle á calle, de casa á casa, como en la turbulenta Edad Media. Y el pensamiento filosófico corre por la tierra como la sangre por el cuerpo, como la sávia por el árbol, para trasfigurar la sociedad y su política. Alemania proclama el derecho de la conciencia; Inglaterra y Holanda el derecho de las naciones; América el derecho del hombre; Francia el derecho del ciudadano. Desde este punto el gobierno de las democracias se halla fundado. Cada ciudadano participa por derecho propio del poder y de la autoridad y de la soberanía de toda la nacion. A este contenido social le falta una forma, un organismo propio. Pero así como se ha encontrado el derecho en las leyes de la vida, se encuentra la República y la federacion en las leyes sociales.

Y al llegar á esta época, empieza verdaderamente la tercera edad histórica, la edad de madurez, la edad de armonía. La sociedad se organiza en consonancia con la naturaleza. Cada nacionalidad forma parte de una federacion continental; y los continentes parten tambien de una federacion humana. El ideal se realiza sin esfuerzo, sin guerra, hasta sin trabajo, por su propia interna virtud. La sociedad es una, y el Estado su órgano. La ley se identifica con el derecho. El pueblo entero da las leyes, porque el sufragio universal esclarecido por la instruccion, no amenaza ni perturba, sino que dirige, ilustra. Cada una de las facultades naturales de la vida, encuentra sus leyes y sus instituciones, su propio organismo. Hasta aquí solo se han organizado en asociaciones fundamentales el Estado y la Iglesia; se organizarán tambien el arte, la industria, el trabajo, el comercio, la ciencia: que todas las grandes esencias sociales deben tener en la sociedad su respectiva y proporcionada organizacion. La enseñanza comienza á ser ya un organismo independiente y á gozar de propia autoridad, de propio poder en los Estados-Unidos. El nuevo espíritu no viene á destruir, sino á vivificar; no viene á mermar la vida, sino á completarla; no viene á perturbar la sociedad, sino á erigirla sobre las sólidas incontrastables bases del derecho. Cada fin fundamental de la vida es un organismo; y cada organismo tiene su vida propia, como tienen los planetas su calor central. Devuelto al hombre su derecho, y á la conciencia su li-

bertad, cada indivíduo podrá escuchar la voz divina de su vocacion, como cada sociedad fundar por propia direccion su autonómico gobierno.

Este ideal, nacido de la ciencia, encarnado por sucesivos progresos en la realidad, norma de la vida, devolverá á cada hombre su sacerdocio en el Universo, y su relacion íntima con Dios; congregará y reunirá las familias humanas en asociaciones fundamentales, que centupliquen las fuerzas del trabajo, los rendimientos del comercio, las maravillas de la industria, las esperanzas de la religion, las visiones del arte, las ideas de la ciencia. Contará la humanidad con todos sus hijos, libres, iguales, hermanos, y cada hombre sentirá en su persona y en su conciencia la vida, el aliento, el espíritu de la humanidad; todas las naciones conservarán el carácter propio, la independiente personalidad formada por la naturaleza y por la historia, y todas se juntarán en el plan divino del derecho, en la armonía de la justicia, en el seguro de las instituciones democráticas, concurriendo á formar la federacion universal; las razas, todas perfectibles, llamadas por la voz de la razon y reunidas por los progresos de la industria, que acerca los continentes y domeña los mares, entrarán en la nueva ciudad de Dios; disolveránse los ejércitos de la guerra y se armarán ejércitos de trabajadores que conjuren los males y que preparen el planeta á ser el santuario de la nueva humanidad; y el Eden perdido se habrá encontrado al término de nuestro viaje, siendo cada hombre el compendio de la humanidad, cada planeta el compendio del Universo, y la humanidad y el Universo reunidos por la ciencia en amor inmortal, un santuario como los cielos infinitos, del Eterno, y de la divina Providencia.

Esta filosofía tuvo gran influjo en Viena por Arhens; en Bélgica por Thiberghien; en Francia por Pascal, Dupat y Darimon; en Heidelberg por Leonhardi; en España por Sanz del Rio. Como puede observarse, atendiendo á la exposicion de sus primeros principios, y de sus más universales puntos de vista, la escuela armónica, fundada por Krause, es acaso de todas las escuelas alemanas la que más profundamente toca á los dos principios capitales de la política moderna, á la idea del derecho, y al organismo de la federacion. Quizá si nuestro ministerio en este trabajo fuera de crítico y no de historiador, observaríamos ciertas tendencias á confundir la esfera del derecho con la esfera de la moral, y á dar á la virtud fuerzas coactivas, carácter de ley social, apoyo del Estado, que la quitaría su expontaneidad y su intrínseco mérito. Quizá tambien sus principios filosóficos están tocados de cierto eclecticismo trascendental, y sus ideas políticas de cierto socialismo utópico. Quizá, no en la moral ciertamente, no en el estudio y apreciacion de las pasiones, sino en las lejanas consecuencias de la doctrina, hay analogías con San Simon y con Fourrer, con el uno, por la idea casi mística de la Humanidad, con el otro, por la esperanza casi falansteriana de la armonía, con ambos por el sistema social. Mas, aparte estos reparos dichos á la lijera y apuntados por incidencia; ¡qué fé tan viva en la justicia, qué amor tan grande á la humanidad, qué esperanza tan cristiana en el cumplimiento de nuestros destinos sobre la faz del planeta, qué virtud dada á la idea de la federacion universal!

De todas maneras, el largo camino que hemos recorrido, muestra lo dicho al principio; que el movimiento republicano debe á la nacion alemana las fórmulas luminosas del derecho, la idea que lo mueve y que le impulsa. Hemos visto esta idea del derecho en la ciencia, ahora la veremós en la vida. Ahora veremos en otras secciones de este trabajo el derecho, y su organismo natural, la idea republicana, moviéndose en dos esferas más prácticas, más positivas: en el arte y en la política. Entonces aparecerán á nuestros ojos los campeones de lo que hace tiempo se llamó

la jóven Alemania; los jefes de la extrema izquierda hegeliana; los revolucionarios del 48; los diputados de los parlamentos; los enemigos jurados de las tradiciones religiosas; los propagadores de las ideas sociales; los apóstoles primeros de la Internacional; los decididos partidarios de la unidad y de la independencia germánica. Entonces veremos al doctor Strauss, proponerse despojar á Cristo de la corona de su divinidad y dejar al rey la corona histórica. Entonces veremos á Bruno Bauer en la esfera histórica esclarecer los primeros siglos de la Iglesia; y en la esfera política reivindicar la libertad. Entonces seguiremos á Ruge en su carrera de revolucionario por Alemania, y en su peregrinacion de emigrado por Europa. Entonces contaremos los trabajos de Stirner. Entonces veremos cómo han influido Lassalle y Marx en el movimiento social de la raza germánica. Entonces recordaremos desde las cartas sobre París del gran escritor republicano hasta las sátiras del gran humorista, y desde las sátiras del humorista hasta los versos democráticos, nacionales, que han encendido la sangre, el alma de toda una generacion. Y seguiremos á esa pléyade ilustre de revolucionarios, que despues de haber vertido su sangre en los campos de batalla, sus ideas en la prensa y en la cátedra, en el foro y en la tribuna del Parlamento, han hallado un asilo honroso en los Estados-Unidos de América ó en los cantones federales de Suiza, ilustrando como el suelo de su nacimiento, el suelo de su adopcion. Y entonces veremos tambien hasta qué punto los grandes cambios verificados en Alemania, las dos guerras con Austria y con Francia, la obra maravillosa de Bismark ha hecho adelantar ó retroceder al movimiento republicano en el seno de la moderna Alemania. Y se observará el influjo que la idea republicana ha tenido en la obra de la unidad germánica, y el influjo que la unidad germánica ha tenido en nuestra idea republicana.

De todas maneras, ¿por qué las naciones han de ser enemigas, cuando la trasformacion del espíritu se debe igualmente á todas ellas? Y sino, mirad los tiempos modernos, desde sus comienzos hasta nuestros dias. Italia acaba de exaltar la antigua forma clásica en el arte, el antiguo sentido naturalista en la ciencia por medio de esa primavera del espíritu humano que se llama el Renacimiento. Y mientras Italia completaba el arte y la historia, Portugal y España completaban el planeta, trayendo Portugal á la vida moderna, el Asia, olvidada, la tierra de lo pasado, y encontrando España la América desconocida, la tierra de lo porvenir. Preparado el espíritu humano por el Renacimiento, preparada la tierra misma por las navegaciones, sintiéndose fuerte y soberana de la humanidad, viene la revelacion de la libertad de la conciencia, viene la Reforma en la tierra, de donde habia venido el borrador, el boceto de la individualidad, primera raíz de las libertades modernas, en la tierra germánica. Inmediatamente el sentido del pueblo aleman intentó deducir las consecuencias prácticas de la Reforma en la guerra de los campesinos. Pero los excesos de esta revolucion exagerada y viciada por los anabaptistas imposibilitan su triunfo; y las consecuencias políticas de la reforma fueron deducidas por Holanda y por Inglaterra. La primera sirvió de asilo á los libres pensadores de las naciones católicas como Bayle, como Descartes, y por consecuencia de principal elemento á la formacion del espíritu moderno; la segunda empleó todos los recursos de la observacion y de la experiencia para componer una filosofía práctica que llevase las ideas liberales al sentido comun de la humanidad. Y á esta obra en el pensamiento correspondió otra obra análoga en el espacio con la aparicion maravillosa de una democracia libre, republicana, federal en la tierra vírgen de América. Y la libertad americana encendió á Francia. Y mientras Francia destruia los antiguos organismos sociales, la Iglesia into-

lerante, la monarquía absoluta, y los reemplazaba con nuevos organismos, y traia las tablas de nuestros principios; Alemania creaba elaborándola lenta pero seguramente en sus escuelas maravillosas de filosofía, la idea fundamental de la políticomoderna, la idea madre de todos nuestros progresos, la idea que tarde ó temprano se ha de encarnar en la República, la idea del humano derecho.

# CAPITULO XVII.

## DEL CARÁCTER DE LOS PUEBLOS ESLAVOS.

En nuestros capítulos anteriores hablamos del movimiento republicano en el pueblo frances, y del movimiento de las ideas en los pueblos germánicos; y debemos hablar en estos capítulos del movimiento republicano en los pueblos eslavos. Como el globo se mueve entre dos polos, muévese la Europa central entre dos razas. Los latinos, al Occidente, representan la sociedad histórica; los eslavos, al Oriente, representan algo de lo que representaban las razas germánicas en torno de la antigua civilizacion heleno-romana, en torno de los dos imperios, cuyas capitales eran Bizancio y Roma.

La sobra de materiales, de documentos, de libros, abruma cuando se estudia los pueblos germanos ó latinos; y la falta de estas materias de conocimiento, desespera cuando se trata de los pueblos eslavos. Muchos de ellos, encerrados en asiático despotismo, apenas pueden revelar cuanto pasa en el secreto de su conciencia, ni en la realidad de su vida. Es necesario atenerse para conocerlos, á obras de escritores desterrados, febriles obras, donde siempre se exageran dos sentimientos, frutos naturales del destierro, la pasion exaltada por la patria ausente y el exaltado horror á sus gobiernos. Yo he procurado, en cuanto de mí ha dependido, buscar la verdad en medio de las tinieblas, aunque estas tinieblas sean tan espesas que se palpen. La raza eslava se halla representada hoy en el mundo por el imperio ruso, y al conocimiento del estado de las ideas en el pueblo ruso deben principalmente enderezarse todos nuestros esfuerzos. Dentro de cada raza, un pueblo lleva la voz, lleva la representacion durante un cierto período de tiempo. En la primera mitad de la Historia antigua, llevó la representacion de nuestra raza heleno-latina el pueblo griego; en la segunda mitad el pueblo romano. En la Historia moderna, desde fines del siglo décimo-quinto hasta fines del siglo décimo-sexto, lleva la representacion de esta misma raza el pueblo español. Y en los siglos décimo-sétimo y décimo-octavo, pasa nuestro cetro á

manos del pueblo francés, que sostiene hasta sus últimas desventuras esta altísima representacion, hoy próxima tal vez á volver de nuevo al pueblo que la desempeñó en la Historia antigua, el pueblo italiano, independiente, uno, aliado de Prusia, dueño de esa ciudad de los milagros que se llama Roma, y que llegó á tener un feudo monárquico en la capitalidad de aquel vastísimo imperio español que engarzara hasta el sol en su corona.

Lo mismo ha pasado á las demás razas. Desde su fundacion hasta la paz de Westphalia, el imperio de Austria ha representado en el mundo la raza germánica. Pero desde la paz de Westphalia hasta nuestro tiempo, esa representacion ha tocado á Prusia. Y en la raza anglo-sajona, la representacion le toca al pueblo inglés durante tres siglos, hasta que á fines del pasado siglo pasa de derecho al pueblo jóven que preside al Nuevo Mundo, y lo llama con su ejemplo á la independencia, mientras deslumbra al Viejo Mundo y lo llama con sus instituciones á la libertad.

Pues hoy, el pueblo que conmueve á las tríbus diseminadas por las orillas del Danubio; que se interpone entre la raza griega y sus antiguos dominadores los turcos; que se asimila por fuerza la Polonia; que sostiene á Bohemia en la reivindicacion constante de su autonomía; que amenaza al pueblo escandinavo y al pueblo germano, y al imperio de Austria, y al imperio de Constantinopla; que se adelanta á disputarle su dominacion asiática á la poderosa Inglaterra, y se gloria de disciplinar bajo el sable de sus emperadores catorce nacionalidades distintas, para que á un tiempo lleven la civilizacion al Oriente y renueven la vida de Occidente; el pueblo que tiene todos estos varios ideales en la inteligencia y todas estas confusas esperanzas en el corazon, es el pueblo ruso, que se cree el órgano único de todos los pueblos eslavos en el mundo.

Los escritores moscovitas se empeñan con fuerte y decidido empeño en que Rusia ha de ser como el vivero de los progresos mas difíciles, de los progresos sociales.

Ninguna cuestion conozco en que los pareceres sean de tan radical manera, no ya opuestos, sino contradictorios; y en que la contradiccion carezca más de términos y medios para llegar á una síntesis. Para unos, el mundo moderno es más desgraciado aún que el mundo antiguo. Este podia prometerse de las tribus germánicas esparcidas por las orillas del Rhin y del Danubio, renovaciones para su sangre, libertad para sus instituciones, como lo muestran las apologías de Tácito trazando la vida de la independencia individual junto á la ergástula del imperio; como lo muestran las impresiones de Lucano diciendo que allende el Rhin resucitaban más vigorosos los principios vencidos por el Cesarismo en el dia de Farsalia, en la noche de Filipos. La venida de los germanos á Roma, podia ser, debia ser, para Roma saludable renovacion. Pero esos tártaros que conservan el carácter de las estepas asiáticas, esos mongoles acostumbrados á obedecer imperios tan podridos como el imperio bizantino en sus postrimerías; esos cosacos salvajes en toda su rudeza y viciados ya por el vírus corrosivo de la inmoralidad; solo guardan avaros en sus venas sangre cancerosa, y en sus instituciones uno de aquellos enormes despotismos que han despoblado con crueles guerras y embrutecido con teocracias inmóviles el antiguo Oriente.

Junto á tales tétricas pinturas, trazadas por los enemigos de Rusia, álzanse las apocalípticas esperanzas de los defensores y los amigos de Rusia. Para estos, los rusos podrán y deberán renovar el ministerio designado en los apocalipsis judío y cristiano á los exterminadores ángeles de la proterva Roma, de la inmunda Babilonia. Aunque nuestros tiempos no son tiempos de visiones místicas; aunque ninguno de estos renovadores contemporáneos hablaba desde Patmos ni veia los siete candeleros de oro; el varon envuelto en blanca túnica, semejante á la nieve, de ojos seme-

jantes al fuego, llevando en las manos guirnaldas de estrellas; los tronos á cuyas plantas brillaba un océano de cristal y en cuyas cimas un arco íris de mil varios matices; los ángeles que retenian á los cuatro puntos cardinales el respiradero de los vientos; y las maldiciones que, mezcladas con el estridor de la trompeta del Juicio y las ráfagas del huracan universal, caian, como lluvia de fuego, sobre la impura Babilonia, sobre aquella ciudad que corrompida y corruptora, abrevó al mundo en la copa de sus orgías, y lo envenenó con el viejo vino de sus vicios; aunque no veian este grande apocalipsis religioso, veian verdadero apocalipsis social. Y á los que no descubrian el medio de concluir con tantos intereses poderosos, con tantas gerarquías políticas, con las aristocracias industriales y los elementos burocráticos traidos por la misma revolucion francesa, mostrábanles los escritores moscovitas, bajo las capas de cieno sobrepuestas en el suelo de Rusia por un despotismo de orígen aleman, el cosaco nómada como todas las razas llamadas á fines progresivos, libre como el viento en sus estepas, individualista como los antiguos germanos, al punto de serle incomprensible, no ya la monarquía, pero el mismo Estado en cualquiera de sus formas; y socialista hasta el punto de desconocer la propiedad individual y vivir en sus tribus del acerbo comun, del trabajo de todos unidos en intereses y en espíritu.

Algun escritor ha llamado á los eslavos, al nervio de la poblacion rusa, árabes rubios. En efecto, tras aquella piel blanca y rosada, bajo aquella cabeza de áureos cabellos, en el fondo de sus ojos azules, ocúltase un alma tan poética como el alma de los semitas, y tan dada á expresar sus poéticas ideas en las cadencias de melancólicos cantares. Y si al árabe se parecen por su poesía y su música, se diferencian del árabe por su carácter gracioso y comunicativo, por su espíritu universalizador y cosmopolita. Tienen una aptitud maravillosa para apropiarse á todos los estados sociales; y para hablar todas las lenguas humanas. Pasan fácilmente de un estado á otro estado, y olvidan más fácilmente aun el antiguo, como los godos del siglo cuarto cambiaban con extraña movilidad la religion de la naturaleza por la religion de la secta arriana, y la religion de la secta arriana por la religion de la Iglesia católica. Acaso de esta inquieta movilidad proviene la fama de lijereza caida sobre los eslavos, fama que ellos contrastan denominando á esta lijereza flexibilidad saludable. Sus varias aptitudes para la vida social, dependen tambien de la diseminacion de esa raza sobre el planeta. Los griegos y latinos vivíamos asentados en las tres penínsulas mediterráneas y en las costas meridionales de Francia; los germanos vivian entre el Vístula y el Báltico, y el Rhin y el Danubio, en regiones de un mismo carácter; pero los eslavos habitan hoy, desde las orillas del Adriático, eternamente griegas, hasta las orillas del golfo de Finlandia, eternamente escandinavas; desde las regiones de la luz clásica, de las artes plásticas, regiones esencialmente pictóricas y escultóricas, donde los artistas de las formas plásticas se inspiran hasta las otras regiones interpolares, donde medio año de noches boreales reflejadas en argentados desiertos de hielo, suceden á medio año de dias blanquecinos iluminados por un sol pálido, noches y dias que convidan á la concentracion del espíritu en el pensamiento.

Pero de esta diseminacion extraen los eslavos contínuas argumentaciones en apoyo del carácter cosmopolita de su raza y del carácter sintético del espíritu de esta raza. No es, segun ellos, la raza eslava esa raza latina más social que individual, fundadora de los Estados fuertes y de las religiones universales, pero próxima siempre al cesarismo; ni tampoco esa raza germánica á la cual sus tendencias individualistas, su espíritu de aislamiento, su olvido de la igualdad natural entre los hombres aproximarán siempre á la aristocracia: los eslavos llevan dentro de sí la ecuacion maravillosa entre la libertad y la

igualdad, entre la sociedad y el individuo, entre el espíritu humanitario y el espíritu personal, entre todo aquello que tiene de eficaz el socialismo para redimir á los pueblos, y todo aquello que tiene el individualismo de saludable para la completa realizacion del derecho; los eslavos reclaman, pues, el título de la raza verdaderamente sintética en la moderna historia.

Oid en qué se fundan sus apologistas. Los eslavos son los más legítimos hijos de la naturaleza, los primeros guardadores de la sangre aria. Los eslavos han llamado á los labradores con el nombre zenda de *avatai*, que quiere decir venerados. En su mitología, especialmente en la polaca, no existió nunca el bárbaro dios de la guerra. El pobre roturador de los campos es llamado á la jefatura de la tribu, de la raza; y hasta en tiempos cercanos á nuestros tiempos, hasta fines de la Edad Media, el rey no podia vestir la púrpura monárquica si no vestia antes el sayal agrícola. Sus villas se llamaban *viec*, que quiere decir propiedad comun á todos los ciudadanos. El jurado existia antes que entre los sérvios y que entre los ingleses. El ideal de la sociedad eslava es el ideal republicano de las familias indo-europeas, que ha engendrado las ciudades de Grecia y de Italia; pero henchido de indomable amor á la colectividad, sin mengua de la propia independencia. Por esto los eslavos son los llamados á realizar la revolucion de nuestro tiempo. Como el Evangelio religioso, que fué el prólogo de nuestra civilizacion, exigió la presencia de los germanos en Occidente, el Evangelio social exige en Occidente la presencia de los eslavos. Ellos no son, no pueden ser milicia de los déspotas; ellos son y serán siempre por su temperamento y por su historia soldados de las revoluciones.

Extrañas teorías en verdad estas que cambiaban todo el sentido comun de la política europea. Los soñadores, los amigos de las antiguas restauraciones habian contado en todo tiempo con el auxilio de Rusia. Los cosacos en su esperanza debian desarraigar la revolucion y traer el mesianismo armado de la autoridad inmóvil y del órden gerárquico. El ideal para los reaccionarios estaba en aquel imperio ruso de que tenian confusas y raras noticias, pero en que vislumbraban al rededor del Czar omnipotente lujosísimo clero, fuerte ejército, y á los pies del Czar manadas de pueblos dormidos en la indiferencia estúpida de la servidumbre, prontos solo á moverse cuando el clarin guerrero los evocára, como el ángel del Juicio supremo á los muertos, para lanzarse feroces sobre los pueblos de Occidente y unirlos á sus mismas cadenas bajo el látigo de una autoridad semi-asiática por su poder y por su orígen. ¡Qué grande, qué tremendo desengaño encontrarse con que los soldados de la autoridad eran los más radiales entre los revolucionarios, los más propios para renovar la sangre y la vida de esta sociedad que los absolutistas querian hechizar con las antiguas creencias!

# CAPITULO XVIII.

## DEL MOVIMIENTO DE LAS IDEAS EN RUSIA,

### Y DE LA INFLUENCIA GERMÁNICA.

La revolucion rusa verdaderamente se personifica en Bakounine. Detengámonos á contemplar por breves momentos á este hombre sin el cual seria imposible comprender el movimiento de las ideas en Rusia. Su primer maestro fué Panlof, el cual definia la ciencia, el conocimiento de la naturaleza. En cuanto esta definicion se hallaba formulada, surgian las dos preguntas. Primera: ¿qué es conocimiento? Segunda: ¿qué es naturaleza? La respuesta á la primera pregunta contenia todo el mundo moral, y la respuesta á la segunda pregunta contenia todo el mundo físico. Entraba, pues, el profesor con este proemio en la cátedra de física, y á velas desplegadas, por el inmenso océano del pensamiento filosófico. El sistema de Schelling ya no privaba en Alemania cuando privaba en Rusia. Mas si en Alemania era una reaccion, desde el punto en que lo sustituia otro sistema mucho más riguroso y científico; en Rusia era un progreso superior al dogmatismo escolástico y á la ortodoxia griega. Los espíritus entraban en el seno de la naturaleza como paralíticos que recobráran el movimiento, como ciegos que recobráran la luz, echándose á nado con placer indecible en las tumultuosas ondas, en el explendoroso éther, en las suaves armonías de la vida universal, con todas sus maravillosas perspectivas, con todos sus ilimitados horizontes, reveladores de la existencia en sí, y de la presencia por do quiera de lo infinito y de lo eterno.

La filosofía de Schelling es el proemio de la filosofía de lo absoluto que habia de desarrollar Hegel, y lo absoluto es la identidad de lo subjetivo con lo objetivo. Por una reaccion contra la filosofía anterior, este nuevo sistema sacaba al hombre del aislamiento, de la concentracion en sí mismo, y lo sumergia en el Universo. Las leyes de la naturaleza, leyes son ideales en la conciencia, las leyes de la conciencia leyes son reales de la naturaleza. Lo absoluto se desarrolla, se encarna en la materia y sus organismos; en la sociedad y sus instituciones; en la filosofía y sus ideas, donde

adquiere la plenitud de la vida con la plenitud de la conciencia. El espíritu duerme en la piedra, se despierta en la planta, sueña en el animal, piensa en el hombre. El éther fué diluido en los espacios infinitos; esencia de esencias, fué la primera manifestacion de la vida. Cayó en el éther, como la piedra en el lago, la palabra divina, la palabra creadora. A las vibraciones de esta palabra en el éther, brotaron los organismos, y rompieron en abierta lucha las naturales oposiciones del Universo. Hubo oposicion entre las fuerzas centrífugas y las fuerzas centrípedas que constituyeron sin embargo la mecánica celeste; oposicion entre los agentes químicos que constituyeron nuevas afinidades en la vida; oposicion entre la electricidad positiva y la eletricidad negativa que produjeron un fluido necesario al planeta; oposicion entre el carbono y el oxígeno que formaron la atmósfera, donde todos respiramos; oposiciones, como la oposicion entre lo subjetivo y lo objetivo, que luego forma en su armonía el conocimiento; oposiciones que dan por resultado la naturaleza, el Universo. La vida universal, dispersa, difundida por do quier, solamente se conoce en el organismo, como el rocío disperso en la atmósfera, invisible en la atmósfera, solo se conoce cuando se concentra en trémula gota sobre el pétalo de las flores. Pero la vida no se acaba en lo real, sino que continúa en lo ideal. Es la naturaleza el desarrollo de lo real, y es la historia el desarrollo de lo ideal. En la naturaleza lo infinito se irradia en lo finito; y en la historia al revés, lo finito se irradia, se vuelve á lo infinito. Pero si la naturaleza es el desarrollo de lo real, y la historia el desarrollo de lo ideal, la filosofía es la identidad de lo real y de lo ideal, de lo subjetivo con lo objetivo, la grande, la suprema ecuacion.

Esta filosofía, sujetando el espíritu y la vida, la historia y la naturaleza á leyes fijas, á desarrollos normales, inspiraba cierta resignacion al estado social presente, como una consecuencia del estado social anterior, y una premisa del subsiguiente estado social. Sin duda, á razon de tal carácter, esta filosofía no pudo retener mucho tiempo en su mágia, en su encanto, el espíritu inquieto, intranquilo, activo de Bakounine. El soldado incansable podia decir, como el doctor de la leyenda alemana, cuando examina el orígen de las cosas: «En el principio no era el Verbo, en el principio era la accion, la accion, siempre la accion.» Su temperamento fuerte, sanguíneo, de un temple verdaderamente atlético, de una robustez incontrastable, habia menester el combate, entonces, por los años de 40 y 41, en que gozaba de todas sus facultades y vivia con toda su vida. El sistema de Schelling era un sistema místico, contemplativo, aunque el objeto de su misticismo y de sus contemplaciones fuera la naturaleza, como la política de Schelling era una política de transacciones, de pactos, de emancipacion gradual y sucesiva, aunque se apoyara en sentimiento tan liberal como el sentimiento del progreso.

Pero si Panlof llevó á Moscow la filosofía de Schelling, Stanekevitch llevó otra filosofía más lógica, más sistemática, ménos mística, la filosofía hegeliana. Era Stanekevitch á la sazon un jóven de veintisiete años, débil como un niño, impresionable como una mujer. La calentura de la tísis consumia su cuerpo quebrantado; y la calentura de la inspiracion su alma extática. En los sacudimientos nerviosos que atravesaban como tempestades interiores todo su organismo; en las palabras entusiastas que á borbotones, como lava encendida de ideas, caian á cada instante de sus labios; en la profundidad y la fijeza de su mirar tristísimo; en la aureola cási fantástica pero visible, ceñida por la inspiracion artística á su frente espaciosa como un cielo; en todo su sér, en toda su existencia, veíase que aquel jóven era uno de esos espíritus predilectos del arte, para quienes el mundo es como un punto de apoyo, que fugazmente huellan, anhelosos por volar en alas del éxtasis, en el ensueño magnético de un verdadero idealismo, á su habi-

tacion propia, á su natural espacio, á los cielos. Un jóven así debia ser la antítesis completa del revolucionario. El ruido de la accion le molestaba, y las realidades asperísimas de la vida le ponian aun más enfermo. Para aquel jóven febril, asaltado por crudos dolores de cuerpo y alma, no habia más que un ejercicio digno del hombre, el ejercicio del pensamiento; y no habia más que un refugio contra la tiranía, el refugio de la ciencia. Su estudio era la meditacion, sus obras todas discursos, su ministerio enseñar, su amor la idea, su esparcimiento el arte, su vida la compañía de sus discípulos y el comercio con los discípulos, su ambicion trasformar las conciencias, seguro de que una vez trasformadas las conciencias, trasformarian la realidad.

El sentido predominante en la filosofía hegeliana, profesada por este jóven, es el sentido histórico. Jamás la historia tuvo de sí misma una conciencia tan clara como en el sistema de Hegel. La realidad de la lógica demostraba la idea de Schelling de que las leyes del entendimiento son leyes de los hechos, como los cálculos de Galileo demostraran el sistema de Copérnico. El principio de que la Historia de la filosofía es la filosofía de la Historia, calificado por muchos de logomáquia, encerraba en fórmula felicísima la estrecha relacion entre lo ideal y lo real dentro de la vida humana. El gran pensamiento de que la historia del mundo es la historia de la libertad decia como la personalidad, dormida en el seno del panteismo asiático, ahogada en ese océano de tinieblas que constituye la servidumbre universal, se levanta por un desarrollo y crecimiento interior, produciendo la religion, el arte, la ciencia, en las diversas aplicaciones de sus facultades hasta llegar al grado mayor de la vida, á la plena conciencia de sí misma. No es maravilla si este sistema engendra en Rusia un elocuentísimo profesor de Historia, Granovski, que lo llevó á la cátedra de Moscow; y un crítico eminentísimo que lo aplicó al estudio de las ideas y al juicio de las artes.

El crítico de quien hablamos es Belinski, el cual ejercia por su acerado sarcasmo contra los viejos errores teológicos y las viejas castas sociales un ministerio á mediados del siglo décimo-nono en Rusia semejante al que ejercia Voltaire en Francia á mediados del pasado siglo.

Pero este gran crítico ruso, que habia llevado el espíritu revolucionario á las conciencias, tuvo algunos instantes de vacilacion, y aun de decaimiento. Era como el amigo íntimo, como el hermano de Bakounine, que por él tenia todo el cariño, todo el entusiasmo con que suelen mútuamente atraerse á la amistad y en la amistad completarse los temperamentos y los caractéres radicalmente contrarios. Belinski era en la vida privada taciturno, melancólico, tímido, caviloso. Su timidez y su modestia le impedian ejercer el magisterio que exige gran confianza en sí mismo como base de carácter, y gran fuerza dogmática como base de pensamiento. Pero así que sus ideas más claras eran combatidas, así que su espíritu político y científico era contrariado por algun libro servil, por algun escritor de córte, el tímido se tornaba héroe, el taciturno orador, el caviloso nítido como la luz, el melancólico risueño, alegre; y con vena digna de Cervantes, é ironía digna de Enrique Heine, flagelaba, conspuia á todos esos autores, olvidados de la propia razon, capaces de poner bajo las ruedas del carro de los emperadores como los supersticiosos indios, algo más que el cuerpo y la vida, el alma inmortal y la conciencia. En estos combates por crear la dignidad humana, á lo menos en la república de las letras, el eminentísimo crítico, no solamente destrozaba á sus contrarios, sino que al oponer ideas á ideas, sistemas á sistemas, elevábase muchas veces en alas de su génio lírico y lógico á un tiempo, hasta las cimas de lo ideal, y desde ellas derramaba á torrentes la más pura poesía.

Durante algun tiempo, Bakounine y Belinski, estuvieron separados. Provino la separacion de que éste, deslumbrado por un pensamiento de Hegel, no bien comprendido, se dió á justificar el despotismo arriba, y abajo la resignacion al despotismo. El pensamiento no bien comprendido, era: «todo aquello que es racional, es real.» Y el discípulo sacaba la consecuencia de que, si el Czar habia herido ó degollado catorce naciones; si con el cetro en una mano y el sable en la otra, regía por Asia, por Europa, aun por América, razas enteras sometidas á su dominacion, como el ganado al pastor, era porque tal autoridad se necesitaba para el progreso del género humano, y su total educacion. Así, desprendiéndose de la realidad como un místico, negándose á oir los quejidos del dolor humano, impasible ante la servidumbre universal, se absorbía en la contemplacion de su propio espíritu, se recreaba en egoismo intelectual, ante cuyos ensueños y abstracciones, disipábase el mundo y la sociedad como el ténue humo de los holocaustos.

Un génio activo, emprendedor, como el génio de Bakounine, poco dado á las abstracciones, y muy dado á la realidad, no podia, no, convenir con esta indiferencia entre el bien y el mal, entre la libertad y la servidumbre, que llegó á helar por algun tiempo la candente alma del crítico. Pero por fin, aquel frio fué pasajero, y Belinski volvió con fuerza igual, á reivindicar, en cuanto se lo permitia la censura moscovita, el derecho del pensamiento á su independencia, y del ciudadano á su libertad. En torno de aquel gran escritor, se agrupaba la juventud anhelosa de reformas. Bajo oscuros símbolos, en alegorías muchas veces inesplicables, buscando caminos tortuosos, con el escalpelo en la mano para analizar la ortodóxia religiosa y la autoridad imperial, con el fuego de la nueva fé en el alma enferma de aspiraciones infinitas é indomables, el gran escritor trasformaba la conciencia de la juventud, afrentada de aquel Emperador casi dios, de aquellos siervos casi bestias, y deseosa de modificar, desde la propiedad hasta la Iglesia, para recibir las inspiraciones de su razon y no la librea de la corte. Por eso decia el gobernador militar de Petersburgo, siempre que se encontraba al crítico en el paseo de la perspectiva: «os tengo preparada una fortaleza, y en la fortaleza un buen calabozo.» Y al cabo se prohibieron en vida sus escritos, y se negó á sus discípulos, despues de muerto, la honra de levantarle un sepulcro, que nunca podia ser tan duradero como su memoria.

Reducida la existencia al puro pensamiento, y reducido el pensamiento en su expresion á la pura alegoría, no encontraba, no, Bakounine en Rusia espacio bastante al desarrollo de su carácter. La agitacion política é intelectual de Occidente, le tentaba con tentaciones verdaderamente invencible. París le atraia como la capital del pensamiento, como el foco de la revolucion. A París pasó algunos años antes del movimiento de Febrero. Ya en la capital de Europa, convirtióse el revolucionario ruso en abogado de los infelices polacos. Nosotros no podemos comprender el esfuerzo que necesita hacer un ruso para sobreponerse á las preocupaciones de su tierra natal en los tristísimos asuntos de Polonia. Segun las ideas más arraigadas en la educacion rusa, Polonia es un pueblo que ha merecido su tremendo castigo por las internas divisiones y la incapacidad radical en gobernarse á sí mismo; un pueblo, que se vendió á sus enemigos de fuera, antes que reconciliar á sus partidos de dentro; un pueblo, que agitaba á toda la Europa con sus escandalosas elecciones de reyes, y luego reducia todos sus reyes á la nulidad y á la impotencia; un pueblo, cuyas mayores gentes vinculaban la autoridad en poderosa oligárquia, y cuyas menores gentes eran víctimas de aristocráticos privilegios, verdaderas argollas; un pueblo, que habia conquistado á los rusos, y los habia tenido largos siglos entre hierros y bajo el látigo; un pueblo, que destruido, desmembrado, dispersos sus hijos más ilustres, re-

partidas entre extrañas naciones sus provincias más antiguas, aun conserva tal temperamento que no puede libertarse de su catolicismo intolerante, de su servidumbre intelectual y material, de su aristocrácia soberbia, y de sus partidos rebeldes y entre sí enemigos, de sus dos eternas faltas, la monstruosa union entre la anarquía y el despotismo. Cuando un hombre se ha levantado de esa suerte sobre toda la educacion de su vida, tiene verdadero mérito ese hombre, y presta servicios á la humanidad que no podrán borrar fácilmente, ni otras faltas, ni otros errores.

En esto suena la revolucion de Febrero. Con la revolucion de Febrero estallan levantamientos sincrónicos en toda Europa. Alemania, foco de luz científica, conviértese á su vez en volcan de ardiente llama revolucionaria. El apóstol ruso recorre los campos germánicos, llenos de combates; visita las ciudades, presa de la exaltacion y del delirio. Su alma se dilata en la lucha. Organizar es su trabajo, combatir su deseo, sublevar su fin, establecer una dictadura revolucionaria su ambicion. Él no quiere Estado, ni gobierno. En su pensamiento, la autoridad se reduce á la gerencia de una compañía mercantil. La direccion social ha de perder en su sistema todo carácter político. No puede formularse con mayor crudeza la anarquía. Pero este hombre que no quiere ningun género de gobierno, á su vez gobierna con imperio. Criado en el absolutismo, gústanle las sociedades secretas y sus fórmulas cabalísticas, cual á las aves nocturnas las tinieblas. Aunque protesta contra toda autoridad, se conoce en todos sus actos que tiene del poder, de la autoridad una grande idea. Ejércela, cuando menos, con verdadero imperio sobre los trabajadores. Yo ignoro si encuentran algo misterioso en aquella su estatura gigantesca; en la blanca y poblada barba que le da aspecto patriarcal; en las formas atléticas que recuerdan uno de aquellos godos puestos al frente del imperio por los degenerados romanos; en su actitud y aire de pontífice oriental; en la luz concentrada de sus ojuelos, y la sonrisa irónica de sus lábios; en toda su persona, que parece reunir desde la perseverancia germánica, hasta la movilidad eslava, todos los caractéres más opuestos de la inmensa Rusia. Pero yo sé decir que le he visto ejercer poderosísima atraccion sobre los trabajadores, los cuales suelen prestarse á recibir como doctrinas luminosas las fórmulas de Bakounine; como trabajos emancipadores, sus trabajos de organizacion. Y este magnetismo que ejerce indudablemente sobre el trabajador, me explica la celeridad de su fortuna y de su desgracia en Dresde. Todavía le llaman por Alemania, acordándose de sus proezas en la revolucion, el dictador de Dresde. Preso con las armas en la mano, condenado á muerte, le conmutaron la pena en prision perpétua.

El imperio de Austria, que siempre ha gustado de estos cargos de verdugo y carcelero, tomó para sí la custodia del preso. Reclamóle el emperador Nicolás y le fué entregado, despues de un año de durísimo encarcelamiento. Al recibirlo en sus manos los soldados rusos, le recibieron cargado de cadenas, que habian hecho hasta hondas llagas en sus carnes. Inmediatamente le quitaron aquel peso, aquel tormento. Agradecido, se avalanzó al cuello de sus compatriotas, para abrazarlos con efusion. Este entusiasmo pátrio no le valió la libertad; pero le valió algun alivio en su cautiverio. Desde 1849 hasta 1855 estuvo preso. Pero á la exaltacion de Alejandro II, su prision en Rusia fué conmutada por la deportacion en Siberia. Habiendo hecho una correría á las orillas del rio Amor, fugóse á los Estados-Unidos, y de los Estados-Unidos vino á Suiza, donde se instaló, para darse, bajo la sombra de sus republicanas libertades, á la propaganda del colectivismo.

Y el colectivismo no es en su esencia otra cosa mas que el comunismo. Y no puede darse á una sociedad que viene del Renacimiento en sus artes; de la Reforma en su conciencia;

de la crítica de la razon pura en su filosofía; del dogma de la responsabilidad en su moral; de la idea de la libertad en su derecho; de la revolucion americana y la revolucion francesa en sus instituciones; y que va á completar todos estos progresos, consagrando la personalidad humana en su íntegra esencia, y en la suma total de sus relaciones; no puede dársele á una sociedad así, profundamente democrática, pero tambien profundamente liberal, por toda norma de vida, por toda esperanza de ascension y crecimiento, el comunismo asiático, el comienzo de las sociedades, la época de su gestacion en que la rica variedad de la naturaleza humana todavía no se desarrollaba, como no se desarrollan las ramas, las hojas, las flores ni los frutos en la tosca semilla, en el pobre gérmen, que sin embargo contiene toda la planta. El comunismo es la forma naturalísima del patriarcado antiguo, de la tribu nómada y errante que lleva en sus carros de guerra familia, propiedad, gobierno, leyes, y dioses. Pero en cuanto la personalidad brota, con ella brota la ley de variedad. Y con la ley de variedad la diversidad de aptitudes, resultado de la diversidad de facultades, que forman, por sus mismas contradicciones, las armonías de la vida. El hombre tiene derecho á vivir en sociedad donde todas sus facultades puedan libremente desarrollarse y crecer bajo su individual responsabilidad por los consejos de su conciencia libre, por los impulsos de su voluntad independiente y autónoma. Pero no tiene, no puede tener derecho el hombre á que el empleo desigual de sus facultades, producto de su propia voluntad, se premie igualmente. Para conseguir este fin, se necesita crear un Estado que violente la naturaleza; y para violentar la naturaleza, se necesita crear un Estado que asesine la libertad. Solamente la fuerza podrá destruir el individualismo ingénito á la personalidad humana. Solamente la fuerza podrá disciplinar, regimentar las aptitudes y distribuir con igualdad los productos de estas aptitudes. La tijera del jardinero de Versalles iguala los árboles que la naturaleza en su libre expontaneidad produce de diversas estaturas, para que las leyes de la variedad se cumplan. Y así como el jardinero igualaba los árboles en las combinaciones matemáticas pero yertas de *Le Notre,* la monarquía encorvaba á las clases bajo el yugo de Luis XIV. Pues una autoridad tan fuerte como la autoridad del rey-sol, se necesitaria para distribuir igualmente los bienes humanos, y conservar en comun la propiedad. Y uno de los males mayores del comunismo es su naturaleza mecánica, con la cual destruye la libre expontaneidad del genio. Si le preguntais á Bakounine, os dirá que el municipio comunista eslavo es el bello ideal de la sociedad humana. Y si le asegurais que preferís el municipio sajon, el municipio americano, os dirá que allí reinan la desigualdad y el egoismo. Pero yo le preguntaria: ¿cómo el municipio eslavo no ha producido todavía ni un Fulton, ni un Francklin, ni un Morse? No los ha producido porque la naturaleza solo se somete al genio, y el genio solo se revela en la libertad.

Lo cierto es que toda la idea social de Bakounine es una utopia, y una utopia desprovista de fantasía, una utopia que no se ha caldeado en el horno de la imaginacion. Yo comprendo los grandes utopistas que han escrito y han divulgado un poema cosmogónico, un poema social. Yo los comprendo, y me parecen sus teorías como una via-láctea de ideas, en la cual se desvanece todo lo indeciso, y se condensan nuevos mundos. Si estos utopistas que han buscado en su conciencia una nueva sociedad, no han hecho mas que sostener, señalar, abrir horizontes, han hecho mucho, sí, mucho por la humanidad. Han puesto junto á nuestros dolores sus esperanzas. De esta suerte, su idealidad se levanta sobre todos los tiempos, y mantiene las incontrastables aspiraciones al progreso, y aviva la sed de lo infinito. El profeta social es como el poeta, compañero inseparable de los hombres; y como el poeta, les encubre bajo las rosadas alas de sus

presentimientos los dolores de cada pulsacion de la vida, y las penas de cada dia de trabajo. En el mundo bíblico el profeta creó la idea de Israel, que alimentara cien generaciones. De igual manera, la sibyla del mundo pagano, queda de pié sobre los altares del cristianismo, cuando todos los dioses han muerto. Esta mujer misteriosa sobrevive á las divinidades, y resplandece aun bajo la bóveda de la Capilla Sixtina, en el santuario del catolicismo, porque ha esperado mucho. En toda época, junto á toda realidad, habrá un íris de esas ilusiones, que prometerá, no solo una reforma social, sino tambien una reforma cosmogónica. Despues de hojear uno de estos libros apocalípticos, yo siento latir con mayor fuerza mis sienes, y espaciarse en májicas esperanzas mis sentimientos. Si levanto los ojos al cielo, creo ver dentro de mi pequeña retina lo infinito, creo escuchar las vibraciones en mi torpe oido de la vida universal. Y cuando considero los orbes luminosos, los cometas errantes, las estrellas que son soles de soles, el astro de nuestros dias terrestres acompañado de su cintura de planetas, que á su vez arrastra en pos de sí plácidos satélites y enjambres de aereolitos, creo que las fuerzas cosmogónicas me auxilian poderosamente en mis individuales progresos; y que los misterios de la naturaleza y del espíritu se revelan á mi débil razon, y que los cielos florecen como en una primavera universal; y que la via-láctea llueve gotas de rocío misterioso en nuestras zonas celestes iluminándolas de nuevas lunas; y que lijeras y resistentes alas brotan en nuestras espaldas para volar con el éxtasis en los ojos y la verdad en el pensamiento de mundo en mundo, de sol en sol, comunicándome con todos sus habitantes, divisando nuevos aspectos de la belleza y de la verdad eterna antes de mi desconocidos, oyendo las armonías inefables de los astros, en las combinaciones de sus movimientos, hasta que la vida toda del Cosmos refluya en mí sin anegarme, y yo, sin sentir mi razon deslumbrada, vea las trasformaciones de mi sér en nuevas formas del espíritu, y sobre mi espíritu á Dios, animando y reproduciendo eternamente la vida y sus creaciones.

Esto no será sañoso á la política; mas es halagüeño á la fantasía. Pero ¿qué ideal es el ideal de Bakounine? Un ayuntamiento comunista sometido en lo político á un Czar sin responsabilidad y en lo administrativo á una burocrácia sin entrañas. Yo lo he visto, yo por mis propios ojos, subir á la tribuna del Congreso de Berna, y explanar friamente sus utopias en lenguaje fácil, pero descarnado. Una legion de trabajadores le seguia, empeñada en creer que su posicion no se mejorará, sino cuando haya igualado los hombres bajo el yugo de un Estado fuerte y reguládolos por el patron de sus combinaciones comunistas. Algunos jóvenes rusos le circundaban, pálidos como la muerte, febriles como la tisis, exaltados hasta la demencia, proponiendo la proclamacion del ateismo como dogma de la democracia, y el combate oficial, armado, público, por todas las fuerzas de los gobiernos, á la idea de Dios. Aquellos delirantes nihilistas deseaban ver una inquisicion del materialismo, un Felipe II que persiguiera á los deistas, la opresion material de las conciencias, la guerra violenta con las ideas que son de todo punto incoercibles como el calor, y como la luz. El comunista ruso paseaba su concentrada y chispeante mirada sobre todos sus adeptos como un Pontífice sobre sus fieles, y dirigía sardónicas reticencias á todos los que no imaginaban como el mejor de los gobiernos el gobierno de nuestros conventos, y como la region más privilegiada de la tierra, la triste y estéril estepa moscovita. «Yo quiero, decia, dirigiéndose á »los demócratas de Europa, una resolucion »clara, neta. Yo quiero la nivelacion de los »indivíduos y de las clases, porque fuera de »esto no hay justicia. Yo soy colectivista, y »por eso pido la abolicion de la herencia. Si »vosotros teneis otros medios, dádnoslos, »porque de lo contrario creeremos que solo

»llamais á los trabajadores para imponerles »nuevas cadenas.» Alberto Richard le sigue, y formula con no ménos claridad sus ideas. «El remedio á los males de esta sociedad se »encuentra en la posesion colectiva del suelo.» Faclart es el más fanático. Sus palabras están dictadas por una grande exaltacion: «Si no sois ateos, parareis lógicamente en tiranos. En lugar de ser una liga para emancipar á los pueblos, sereis una santa alianza contra las revoluciones. Antes que conservar cosa alguna de la antigua organizacion social, quiero las irrupciones de los bárbaros.»

El Congreso de Berna, representante fiel de la democracia, de la República, de la federacion, en ninguna manera podia aceptar semejantes doctrinas. Hubiera ahogado la obra, que tuvo entre sus profetas al Dante, y á Lutero; entre sus filósofos á Descartes y á Loke; entre sus Bautistas á Voltaire y á Rousseau; entre sus soldados á Wasingthon y á Hoche, hubiérala ahogado en el polvo del materialismo nihilista. En cuanto los demócratas rechazaron estas doctrinas, alzóse airado el publicista moscovita, congregó á los suyos, dirigió algunas amenazas á los que llamaba republicanos formalistas, y abandonó el salon de sesiones, diciendo que exclusivamente se consagraba desde aquel dia á los trabajadores y á la solucion del problema social por el colectivismo.

Efectivamente, un año más tarde se verifica el importante Congreso de trabajadores en Basilea. Bakounine ha cumplido sus amenazas, ha infundido la idea comunista rusa en las venas de los trabajadores occidentales. Sus teorías se reducen á las siguientes: 1.ª destruccion de todo estado político: 2.ª sustitucion del Estado político por las asociaciones de trabajadores: 3.ª liquidacion social: 4.ª propiedad colectiva de la tierra: 5.ª apropiacion en comun de todos los instrumentos de trabajo: 6.ª ateismo en religion, materialismo en filosofía.

¿Estas teorías aceptadas por una gran parte de los trabajadores europeos, provenian de alguna de esas naciones que han recorrido la civilizacion en todas sus fases, de alguna de esas Universidades que han agotado la ciencia en todas sus profundidades? No. Provenian de las estepas de Rusia, de tribus podridas antes de estar maduras, de inteligencias atormentadas por sombras que oscurecen cuanto alcanzan, de sectarios rusos, perdidos en el desierto, agenos á todo nuestro movimiento científico, y que huyendo de la intolerancia de su Iglesia y de las tiranías de sus bárbaros czares, se precipitaban resueltamente en el nihilismo, en verdadero suicidio de la conciencia y del alma.

# CAPITULO XIX.

## LA ESCUELA DE LOS ESLAVÓFILOS.

La teoría de Bakounine obedece en el fondo á un sentimiento análogo al sentimiento de los eslavófilos. Estos sectarios creen su raza la raza elegida de la libertad, cómo los judíos creian á su pueblo el pueblo elegido de Dios. En el corazon de tales patriotas solo existen ideas repulsivas, no ya á la dominacion, sino á la influencia extranjera. Creeríase que estaban sometidos como estuvieron los húngaros y los polacos, descuartizados como están aun los pueblos de Polonia, ¡ellos, los dominadores y los tiranos de tantas nacionalidades muertas! La idea de los eslavófilos rusos nació al calor del misticismo, en el seno de la Santa Alianza, cuando los reyes exaltados por sus victorias, y los pueblos febriles por sus batallas, creian extinguidas las ideas revolucionarias y posible la restauracion de la Edad Media con sus aristocracias teocráticas y militares, sus reyes-soldados, sus pontífices mediadores entre Dios y los hombres, entre los cielos y las grandes potestades de la tierra. Entonces toda una escuela, llamada romántica, coincidia con estas tendencias de los déspotas, y dábase en Alemania á levantar más allá de la invencion de la imprenta y del descubrimiento del Nuevo-Mundo; más allá de la predicacion de Lutero y de la ironía de Cervantes; más allá de las estátuas de Miguel Angel y de los cuadros de Rafael; más allá de este Renacimiento, que habia devuelto su calor al espíritu, su justo imperio á la naturaleza; una sociedad que los románticos creian católica y caballeresca, cuando en su esencia era militar y sierva. Arrastrados de estas tendencias arcáicas, los hijos de Bohemia, opresos por el Austria, levantaron sus brazos al Emperador Alejandro, en nombre de la comunidad de sangre, en nombre de la sangre eslava. A tal clamor los rusos se acordaron de que ellos eran tambien eslavos, hermanos de los oprimidos; y Alejandro, aleman, hermano de los opresores. Y un movimiento hácia los tiempos precedentes á la dinastía alemana, se pronunció en Rusia. Para estos arqueólogos, la religion

rusa, heredera del espíritu griego que ha sido el espíritu verdaderamente metafísico y dogmático del cristianismo; la raza eslava con su carácter emprendedor, con su nerviosa y femenina sensibilidad, unida á energías verdaderamente varoniles, con su talento asimilador en el cual todas las ideas penetran sin desnaturalizarlo como penetran los jugos de la tierra y el oxígeno del aire en la sangre; las tradiciones municipales del campesino ruso, que se administra con verdadera independencia y vive en perfecta comunidad de intereses, bases son de verdadero crecimiento político, social, interrumpido por un germanismo cuyos emperadores con sus soldados mecánicos y sus burócratas-máquinas, han puesto sobre las espaldas de un pueblo atrofiado en su juventud, la plúmbea capa de una cultura tocada ya de irremediable decadencia. La ciudad rusa verdaderamente es la ciudad oriental, es la ciudad de las doradas cúpulas, es la ciudad cabeza de la antigua Moscovia, es Moscow; en tanto que Petersburgo, fundada cerca del mar y á orillas del Neva, para aspirar más pronto las ideas y recibir más pronto la sangre de los germanos, es la ciudad, que ha sobrepuesto á las instituciones y á la vida eslava un imperio de extranjeros, el cual obliga á una raza de libres á ser en su aristocracia como una turba de cortesanos; y en su democracia como una manada de siervos. Restaurar el eslavismo, hé ahí toda la idea de los rusos tradicionalistas. Y la idea de Bakounine es análoga, es dominar al Occidente, á esta tierra donde las más altas instituciones han sido formuladas por los filósofos, y ensayadas por los pueblos con la doctrina nihilista, nacida en la yerta inmensidad de las estepas, que jamás producirán uno de esos profetas maravillosos como Cristo, y Moisés y Mahoma, engendrados por los caldeados desiertos del Asia y del Africa, por las riberas luminosas del Mediterráneo, el mar de las artes y el mar de las ideas; y bajo el nihilismo, especie de teología dogmática de la desesperacion producida por la servidumbre, extender la municipalidad rusa con sus tierras en comun, ó sus repartos de tierras en lotes, como todavía sucede en la India, lo cual puede ser principio de una civilizacion en mantillas, pero no idea, no esperanza de una civilizacion como la nuestra, que ha llegado á su completa madurez, y que ha adquirido, ó está próxima á adquirir este supremo bien, la alianza del órden con la libertad, de la estabilidad con el progreso, de la democracia con el derecho, del individuo con la sociedad en el cielo inmortal de nuestros principios de justicia.

Este partido de los eslavófilos ó eslavonófilos, como otros les llaman, es un partido que tiene aun extrema influencia en los destinos de Rusia. Dentro de Rusia el eslavismo se dirige contra el influjo de Petersburgo y de su córte. Fuera de Rusia se dirige contra los austriacos que dominan á los etchecos, y los húngaros que dominan á otra rama de la familia eslava. En cuanto hay un conflicto entre Francia y Alemania, los eslavófilos se ponen de parte de Francia, porque Alemania es el blanco de todas sus iras históricas. Pero en realidad, por el contraste con sus tribus patriarcales, detestan toda la civilizacion de Occidente. Moscow debia ser la natural residencia de esta secta. Por los años de 1840 llegó á la Ciudad Santa un aventurero croata llamado Jaz, apelando al sentimiento ruso para que le defendiera y le amparára contra los opresores de la Dalmacia y la Croacia. Enorme suma fué entregada á este apóstol. En explendido banquete ofrecido á su honor, pronunciáronse, y en verso, entre el choque de las copas estas terribles palabras: «Bebamos hasta embriagarnos sangre de magyares y de alemanes.» Un chusco, al oir este despropósito, acertó á desvirtuarlo con la siguiente salida: «Señores, perdon, voy á dejar á ustedes unos minutos. Mi casero es aleman, corro á matarle con este cuchillo de mesa, y vuelvo al instante.» En unos provocó á risa esta in-

geniosa broma, pero en otros de los asistentes á indignacion, que de esta suerte se arraiga el fanatismo en Rusia.

Contra tal tendencia, que era funesta, reaccionaria, se levantó un hombre de extraordinario talento, Tchedayef. Corria el estío de 1838. Este hombre, dolorido, melancólico, incapaz de olvidar la multitud de desterrados, hundidos en las minas de Siberia, cuyos lamentos llevaba en los oidos, cuyas tristezas en el alma, ahogándose como ellos bajo la máquina pneumática del despotismo, cogió nerviosamente la pluma y trazó al relámpago de su cólera la elegía de la desesperacion moscovita. Para él esa Rusia tan alabada por los eslavófilos, no era más en el mundo europeo que una escepcion horrible, una laguna ponzoñosa, á cuyos deletéreos miasmas se habia dormido la razon de todo un pueblo, y se habia estancado la sangre de toda una raza. Esta especie de condenado al infierno ruso, que tenia el valor de escribir audaz protesta contra la eternidad de su pena, mereció que un gran poeta dijera de él: «en Roma hubiera sido Bruto, en Atenas Pericles; pero bajo el yugo despótico, no fué más, ni pudo ser más que simple oficial de húsares.» El Emperador, al ver un hombre de tanta audacia, un hombre que osaba insultarle, é insultar la nacion, vínculo y mayorazgo de su despotismo, le hizo declarar loco oficialmente. Todos los sábados iban un médico y un alguacil á certificar que el grande escritor continuaba en estado de siniestra y monomaníaca demencia. El demente era un hombre de alta estatura, de aristocrático aire y finas maneras, vestido con elegancia, saludado por todos con respeto; un hombre, en cuya cara pálida como la cera, en cuyos ojos sombríos como un cielo del Norte, en cuyos lábios contraidos siempre por amarga sonrisa, en cuya conversacion, bordada de epígramas, descubríase la imágen de inmenso dolor soportado con melancolía inexplicable, que unas veces le apartaba de la sociedad como á un eremita, y otras veces le sumergia como á un náufrago en el oleaje de las pasiones y en las tormentas del mundo. Errante por las calles de Moscow, con el siniestro aspecto de un aparecido, ya se recluía en su interior y se callaba, como si hubiera renunciado á toda comunicacion de sus pensamientos, ya soltaba la vena satírica, y se reia á todo reir de la vida moscovita, de su servidumbre religiosa y social. Hay en Moscow una gran campana, que al primer toque se resintió, y hubo necesidad de quitarle el badajo. Esta gran campana sin lengua, era para el escritor liberal un símbolo de ese pueblo ruso, grande, inmenso, ocupando una parte considerable de la tierra, pero mudo, condenado á no tener ni una idea en su inteligencia, ni una palabra en sus lábios sellados por el despotismo. Así Tchedayef atribuyendo esta esclavitud rusa á la religion ortodoxa, huia de los altares bizantinos y se abrazaba al catolicismo democrático predicado por Lamennais y Lacordaire, trasformándolo con el naturalismo de Schelling, lleno indudablemente de ideas religiosas y hasta místicas. El Verbo habia sido la encarnacion de la idea divina en la vida humana. El Verbo, la revelacion eterna del pensamiento por la palabra, habia levantado la oscura conciencia humana, como una hostia luminosa en el templo del espacio, sobre el gigantesco altar del planeta. Y este inmenso territorio ruso, decia el escritor, hállase poblado por numerosísima raza, la cual se dá á sí mismo el nombre de eslava, un nombre que en su más genuina etimología, quiere decir palabra, cuando se halla privada del habla. En efecto, no puede comprenderse toda la virtud de la palabra humana, toda la fuerza y eficácia que para el progreso del mundo tiene este sonido, apenas articulado por los lábios, y ya desvanecido en los aires, no puede comprenderse cómo penetra hasta el fondo de las inteligencias, cómo mueve y levanta la voluntad, cómo abre nuevos horizontes en el tiempo é inaugura nuevas edades en la historia, cómo convierte en hombres las petrificaciones de razas alcan-

zadas por el despotismo; no puede comprenderse este milagro, sino cuando se ven los medios á que apelan los tiranos para impedir la difusion de esa luz y de ese calor fecundantes; y el poder con que al cabo la palabra humana se sobrepone á todos, y soterra ella tan deleznable, tan lijera, tan ethérea á sus fuertes perseguidores con todos sus esbirros, y todos sus ejércitos. La palabra, dicha en el desierto, suscita siempre un Moisés; y los Faraones, que lo persiguen, que creen alcanzar con su espada al profeta, se anegan tristemente en el oleaje levantado por la palabra.

Así, cuando los hombres no pueden ejercitar su palabra, comunicársela mútuamente en los problemas políticos, religiosos, buscan un problema histórico, un problema arqueológico, y allí estallan las oposiciones de las inteligencias, y allí brotan las luchas de los partidos, y allí se encierran todos los términos de los sistemas sociales. De esta suerte me explico yo la existencia de los eslavófilos en Rusia, y la enemiga de sus contrarios. Los eslavófilos ortodoxos vienen á ser como nuestro partido tradicionalista. Y esta existencia de un partido tradicionalista en Rusia es un bien, porque provoca la existencia de otro partido contrario, de otro partido progresivo. Es la condicion esencial de la naturaleza humana. Jamás se planteará una idea sin que se plantee inmediatamente su contraria. De la oposicion de ideas y de la oposicion de fuerzas resulta en verdad á un mismo tiempo el equilibrio en la mecánica celeste y el equilibrio en la razon humana. Así la historia marcha entre radicales oposiciones hasta que las oposiciones se resuelven, y se elevan á misteriosas armonías. Mi aliento y el aliento de las plantas, que son opuestos, se necesitan y se completan. Con las oposiciones de las ideas sucede lo mismo. Pueden los pueblos acariciar utopias sociales; pero los déspotas acarician utopias autoritarias. Y una de las mayores utopias autoritarias es conseguir la unidad de fé, la unidad de creencias religiosas y metafísicas. Para esto han empleado sus aristocracias teocráticas, seguidas muchas veces de sus legiones de inquisidores. Y la naturaleza se ha vengado de tales utopistas alzando junto á cada dogma su heregía, junto á cada Iglesia su secta disidente, junto á cada pontífice su tribuno, junto á cada idea por una fuerza dialéctica incontrastable la idea radicalmente contraria. Y así junto á los eslavófilos ortodoxos y autoritarios nacieron los eslavófilos republicanos y socialistas.

Los ortodoxos tenian tres hombres que descollaban sobre todos; Komekof, el dialéctico; Kireyefski, el místico; Aksakof, el fanático. Komekof era un moscovita vigorosísimo de inteligencia y de carácter; en memoria prodigioso, en fantasía poeta, en argumentacion poderosísimo, en el debate incansable; pronto siempre á la pelea, último en la retirada, armado de silogismos y de invectivas, de tradiciones poéticas y de dilemas insalvables; ya encastillado en la ciencia, ya espaciándose en el misticismo; y cuyo único propósito se reducia á demostrar en todas sus conversaciones que la razon humana está tocada de incurable ceguera para conocer la verdad, y la voluntad humana de irremisible impotencia para cumplir el bien, no quedándole otro recurso en la tierra que acudir al auxilio de Dios, cuyo órgano es la Iglesia griega, depositaria del espíritu y de la divina palabra. Kireyefski con su hermano, representaba el misticismo, el éxtasis. Filósofos humanitarios un tiempo; horribles desventuras los habian lanzado al pié de los altares, donde padecian, se desesperaban como náufragos sobre escollos desiertos, que han huido de una muerte súbita para encontrar una muerte lenta. Eran como dos monges; corrian á las Iglesias, se arrodillaban al pié de las imágenes, absorbian su vista y su idea en la contemplacion, desvanecíanse en plegarias perfumadas de misticismo, y cuando habian concluido los piadosos ejercicios y se miraban uno á otro con los ojos enrojecidos por cálidas lágrimas, decíanse con mútuos

dichos: pronto se cumplirán nuestros únicos deseos, pronto llegaremos al descanso eterno de la muerte.

Aksakof representaba la accion. Su entusiasmo era tan grande que creia encontrar en los campos rusos el granito para fundar una sociedad perfecta; y en la reaccion hácia los tiempos verdaderamente rusos, el único medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza. Por el ódio que á todo lo occidental sentia, iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos, recogidos dentro de botas de campana, túnica abrochada á lo campesino, alto gorro de pieles que le daba, como á Rousseau en sus postrimeras extravagancias, el aspecto de un armenio ó de un persa. Llevando á extremos tan pueriles su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serian sus ódios á todo occidental. Pedro I, que habia recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilizacion y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veia en él sino el perturbador de la vida rusa, el asesino como Felipe II de su propio hijo, el verdugo cruel que se gozaba en atormentar y rematar en persona á sus víctimas, el plagiario de Occidente, el fundador de Petersburgo, la ciudad anti-moscovita, la ergástula de los cortesanos, la fastuosa corte de los alemanes. Y si este horror sentia hácia Pedro I, sentíalo más intenso aun hácia Pedro III, hácia Catalina II, alemanes de nacimiento y orígen, fundadores de la dinastía germánica que aun oprime á los rusos. La vida entera de Aksakof se compendiaba en la reivindicacion del espíritu nacional. Cuanto más estudiaba la historia más crecia su fanatismo. La pasion le perturbaba. Su excesivo celo por la patria cegaba su clara inteligencia. Creia exclusivamente ruso el desarrollo de la vida popular, y era una ilusion tal creencia.

Los escandinavos constituyeron Rusia en principado; los mongoles en imperio; la ciudad de Nougorod ejerció un poder que pasó luego á Moscow, y Moscow lo guardó hasta que hubo de cederlo á Petersburgo. El tártaro, el cosaco, han llevado una grande variedad á la vida rusa. Y estas influencias del Oriente no podian ser las únicas influencias que formaran un pueblo tan grande, un imperio tan vasto como el pueblo y el imperio ruso. Acostumbramos á creer que solo en los pueblos meridionales se verifican las grandes irrupciones. Parécenos que la conquista se siente atraida por el aroma de nuestro azahar; por la claridad de nuestro cielo; por la mágia de nuestras costas esmaltadas de reverberaciones deslumbradoras; por la belleza plástica de estas sirenas que se llaman Grecia, Italia, España, coronadas de grandes cordilleras, y mecidas por las sonoras ondas del artístico Mediterráneo. Pero la historia enseña que tambien las estepas glaciales, las noches eternas, las sombras caliginosas del Norte han sido atravesadas por irrupciones contínuas: que de esta traslacion de las razas, de estas comunicaciones incesantes por el comercio y por la guerra, tarde ó temprano, resulta la vívida levadura de nuevos pueblos. Por consiguiente reintegrar á Rusia en su pristina esencia, como querian los eslavófilos, era un verdadero delirio.

# CAPITULO XX.

## LOS REVOLUCIONARIOS.

La pláyade, en que Belinski era la filosofía, Granouski la historia, Ogaref el apostolado, Hertzen la fantasía y Bakounine la accion, deseaba otra cosa, deseaba llevar á Rusia las instituciones liberales, democráticas de Occidente, y á Occidente las soluciones sociales, el espíritu de Rusia. Debemos decirlo en honor del revolucionario ruso. Ha recorrido todos los círculos de la vida, y ha llevado á todos igual pasion por su ideal. Desde las sociedades secretas á los públicos salones moscovitas; desde los salones moscovitas á los clubs parisienses; desde los clubs á las barricadas alemanas; desde las barricadas alemanas á los calabozos austriacos; desde los calabozos austriacos á las fortalezas rusas; desde las fortalezas rusas á las minas de Siberia; desde Siberia al Pacífico; desde el Pacífico á los Estados-Unidos, desde los Estados-Unidos á Suiza y sus congresos; desde Suiza y sus congresos á Bélgica y los suyos; desde Bélgica á Lóndres y á la Internacional; desde la Internacional á las últimas revoluciones de Lyon y Marsella, su único pensamiento ha sido fundar la tribu comunista eslava en medio de la civilizada Europa. En vano le hemos dicho que el comunismo es el principio y no el término de la civilizacion; que esa forma social solo se encuentra en el orígen de las sociedades y en la cuna de las sectas; que nosotros vamos á reintegrar la personalidad humana en toda su esencia, en todo su derecho, y no á encerrarlo en el seno de la naturaleza como un feto; que la propiedad colectiva es la propiedad de las primeras escuelas cristianas y de los últimos conventos católicos; que no hay emancipacion posible para el pueblo si no se salva la libertad en toda su extension, y como raiz de nuestras libertades, la propiedad en toda su pureza. Bakounine continúa infundiendo en las venas de Occidente, una idea utópica, una idea fundamentalmente reaccionaria, que de ser admitida, nos llevaria á los tiempos antiguos, y nos reduciria á lo mismo que está hoy reducido el campesino ruso, á perpétua infancia.

Es creencia general que las ideas revolucionarias no habian trascendido durante el reinado anterior en Rusia, sino á los salones y á algunos emigrados convertidos en verdaderos occidentales. La reprehesion triunfaba del espíritu humano, segun el vulgar sentir. Y sin embargo, para conocer la inutilidad de la reprehesion en el mundo, no hay como estudiar la ineficacia del despotismo en Rusia contra la fuerza de las ideas. Estos misteriosos rayos de luz habian atravesado todos los obstáculos. Volvíanse los espesos muros de la tiranía moscovita diáfanos, trasparentes como el cristal. A cada paso descubríase una misteriosa sociedad republicana. Y en cada sociedad republicana tramábase una conjuracion política. Mr. Liprandi, hablando de las descubiertas en 1849 y en 1850, en secreto informe decia: «Los discípulos de diversos colegios tienen perdida la cabeza. Embebidos en extravagantes sistemas, cada palabra, cada línea salidas de sus espíritus, respiran esas doctrinas perniciosas, cuyas terribles consecuencias ellos mismos no alcanzan.» En otro documento presentado al general Nabokoff sobre las mismas conjuraciones, léense estas palabras: «Abandonándose ciegamente á las »utopias, créense llamados á refundir toda la »vida social, toda la humanidad, prontos á »convertirse en apóstoles y mártires de esta »desdichada decepcion. Todo puede esperar»se de tales gentes; ningun obstáculo les de»tendrá jamás; porque en su concepto no tra»bajan por sí mismos, sino por la humanidad; »y en sus trabajos no miran á lo presente, »sino á lo porvenir.» «Sorprendióme, decia »cierto oficial de la guardia, en visita hecha »á un sobrino mio de la escuela de derecho »de Petersburgo, hallarle entre las manos las »Contradicciones económicas de Proudhon. »Habiendo preguntado en tono severo como »se procurara semejante libro, lo he recibido »de mis camaradas, me respondió, todos lo »tienen.» Léese en el folleto firmado Iscander, este juicio: «La Rusia parece tranquila porque está inmóvil bajo un sudario.» En 1855 decia un pensador ruso: «No puede señalarse el dia preciso del advenimiento de las ideas revolucionarias en Rusia; pero se acerca á más andar y revestirá una forma propia, la forma rusa.» Bakounine decia en uno de los folletos publicados despues de su cautiverio: «El pueblo ruso no se cree feliz. Gobernado por mano extranjera, por soberanos de orígen germánico, que no comprenden ni las necesidades, ni el carácter del país, y cuya política, mezcla informe de mongólica brutalidad y de pedantismo aleman, excluye todo sentimiento nacional. De suerte que, privados de derechos políticos, no tenemos ni esta misma libertad natural, de que gozan los pueblos civilizados, y que permite al hombre vivir en armonía con su carácter indígena, reposar entre los suyos y abandonarse plenamente á los instintos de su raza.»

# CAPITULO XXI.

## LOS POETAS.

El espíritu moderno penetraba por todos los poros de la nacion rusa, de la raza eslava. Hay en las naciones una bella manifestacion de su actividad, la poesía, el arte, á cuyas cimas alcanza el primer albor de las ideas, cuando todavía duermen oscurecidas en el fondo de las conciencias. Por este medio, la raza eslava demostraba hasta en tiempo de Nicolás que no podia ser monstruosa excepcion sobre la tierra, que no podia arrastrar tanto tiempo el peso de sus cadenas cuando innumerables pueblos las han roto. Es verdad que los emperadores tienden la mano hasta sobre el fuego sacro de las ideas que anuncia la aparicion de nuevas leyes, como el fuego del Sinaí; pero tambien es verdad que se abrasa la sacrílega mano con que atentan al espíritu inmortal de la humanidad. La poesía misteriosa, velada; incierta como los ensueños, indecisa como los crepúsculos; encerrando en símbolos á veces oscuros sus ideas luminosísimas, y en alegorías deslumbradoras sus libres aspiraciones, revela al hombre la dignidad interior de alma, y con la dignidad interior de alma la existencia del derecho. Cuando las nacionalidades han muerto en la tierra, viven aun erguidas en la poesía. Los hijos de Israel, proscritos, bajo los sáuces de Babilonia, á orillas de extranjeros rios, no se consolaban sino viendo el vuelo de la golondrina que traia en sus alas nuevas de la pátria, ó escuchando el canto de los profetas que traia en sus estancias verdades á la inteligencia, esperanzas al corazon, vida al espíritu.

El hombre, que personifica en su más alta expresion la revolucion literaria rusa, es Pouchkine. El romanticismo, que en Francia y en España, representaba la emancipacion, representaba en Alemania, por estos contrastes entre las razas que forman como la trama de la vida histórica, el retroceso. Era la escuela romántica entre nosotros, libre protesta contra el espíritu cortesano y tradicional de la literatura borbónica, llamada clásica, mientras era en Alemania franca reaccion contra las ideas de nuestro tiempo, y religio-

so culto á los tiempos de la Edad Media. En Rusia, el romanticismo tenia carácter análogo al carácter francés y español; en Rusia, era protesta viva contra el Estado germánico de la córte, ó invocacion elocuentísima al espíritu del siglo y al advenimiento de la libertad sobre los pueblos. Pouchkine fué romántico. En los albores de su romanticismo, no cantó, pues, la naturaleza, como la cantaban los poetas clásicos: Delille en Francia, Melendez en España; no cantó, como querian sus tiranos, los bosques de abedules y alerces; las estepas inmensas como el mar; la nieve vírgen, plateada por los rayos de la luna llena; las ondas del Báltico, ya celestes en los eternos dias del verano, ya aprisionadas bajo el marmóreo hielo en las eternas noches del invierno; los horizontes polares, con sus rosadas auroras boreales de un explendor indecible cuando los repiten y los descomponen los desiertos y las cordilleras de cristal; no cantó, no, esta naturaleza que continúa en sus movimientos, en su explendor, en su belleza, aun cuando presencie el crímen, y que recoge y bebe en completa indiferencia la sangre de los mártires, y sostiene con su vivificante aire el pecho de los tiranos; cantó el espíritu con sus ideas, el espíritu con sus agitaciones, el espíritu que se hincha de tempestades interiores, y sale airado hasta escalar el cielo en pós de la justicia y de la libertad; y que cuando cae, rugiente de dolor y desesperacion, no reconoce ni en Dios mismo autoridad y poder para robarle su derecho.

¡Cantar el espíritu en el seno de Rusia! Caro debia pagarlo el poeta. Segun unos historiadores, Pouchkine fué azotado antes de ser conducido al destierro. Segun otros, fué meramente proscrito al interior, y recluido en silencioso claustro. Allí devoraba su propio sér. El martirio del Titan, solitario en la cima del Cáucaso, era su martirio. A los ímpetus de la escuela romántica, sucedieron los dolores de Byron. Aquellos dolores punzantes, aquellas penas desgarradoras; la duda de lo divino y humano, derramada sobre las heridas interiores del corazon y de la conciencia; la hiel, saliendo á borbotones del hígado, como de ánfora quebrada; la ironía fina, el sarcasmo amarguísimo; los tránsitos bruscos desde los éxtasis de los ángeles en mística oracion á los juramentos de los campesinos en brutal embriaguez; toda aquella escala de la indignacion, fustigaba la conciencia muerta de un pueblo tristemente esclavo. Su dolor, su duda, su amargura, eran el dolor, y la duda, y la amargura de su generacion, que habia entrevisto la libertad en el cielo del porvenir, para caer herida bajo el látigo; bajo el Kout del pretoriano cosaco. Rusia gimió por el poeta; Rusia se avergonzó de sí misma en la vergüenza del poeta.

Este llegó á crear una personificacion de sus propios males, creando un tipo inmortal de su espíritu y del espíritu ruso; llegó á crear el tipo de Oneguine. Es admirable el talento de los poetas para poner en una sola persona el carácter de todo un siglo. Nuestro teatro español tiene de tal aptitud poética maravillosos ejemplos. El Segismundo de Calderon, nacido para rey, encerrado entre las bestias; puesto en las entrañas de áspera gruta, sin comunicacion alguna con el género humano, condenado á envidiar la libertad del ave que cruza sobre su cabeza, y del pez que coletea á sus plantas, y del bruto de las selvas, y del arroyo sin espíritu; con menos albedrío que los séres materiales, personifica aquel pueblo español, que desde la cima del mundo, cayendo en miserable servidumbre, perdió bajo sus cadenas hasta el alma. Oneguine era tambien el tipo, tambien la personificacion de Rusia y del espíritu ruso. Agil, y no puede moverse; inteligente y no puede pensar; con palabra, y no puede hablar; sediento, y no puede beber; hambriento, y no puede comer. Las facultades intelectuales y las facultades físicas, son en él completamente inútiles, hasta el amor parece vedado á quien solo ha de engendrar esclavos. One-

guine es la imágen de las generaciones, que nacen y mueren bajo el despotismo; ociosas para los más altos ministerios de la vida; inútiles en las esferas de la actividad humana; anhelantes por salir de su esclavitud pero sin acertar la salida; generaciones abortivas y yertas, para quienes la tierra es como vasto sepulcro, y la vida sin libertad, sin pensamiento, sin conciencia, como perpétua asfixia.

Esta persuasion de que eran todas sus facultades inútiles, llegó á infundir en el poeta una completa indiferencia entre la libertad y la servidumbre, entre el error y la verdad, entre la reaccion y el progreso. ¿A qué aspiraria la piedra á la inteligencia? ¿A qué aspiraria al calor de la vida? Poco á poco toda aspiracion fué ahogada en aquel corazon, toda idea fué muerta en aquella inteligencia, y el poeta quedó como la naturaleza, que produce la hermosura sin tener conciencia de producirla. Cantó, cantó; pero cantó en la olímpica indiferencia del arte por el arte. Cantó, cantó; pero cantó repitiendo las pasivas impresiones fugaces de todos los dias, como repite el trasparente lago los objetos de sus orillas. No fué una idea reanimando la naturaleza y la vida, como debe ser la virtud poética, fué una máquina fotográfica repitiendo los hechos y las ideas que pasaban por los cristales de su mente. Nicolás llegó al total cumplimiento de sus deseos, el poeta se habiá suicidado. En su triste suicidio maldijo el único elemento que le sostuviera contra la tiranía y que le auxiliara á soportar la soledad de su cláustro; maldijo la opinion pública, triste reo de crímen horrible contra el género humano, maldiciendo su protector en la desgracia, su juez en el perjurio. Para el sentir de aquella alma desolada, cuando sacudia y atormentaba las cuerdas del arpa puesta por Dios en sus manos, el pueblo estúpido, indiferente, capaz de apreciar el Apolo del Belvedere por el peso del mármol y no por la hermosura de las líneas; el pueblo dormido en el barro de sus campos, con su aliento de muerte como la cavidad de los sepulcros, le decia que su cántico era sonoro y ruidoso, pero vano y estéril como el viento; y á un pueblo así debia bastarle por todo regalo, no la poesía, don celeste, sino el calabozo de los déspotas, el látigo de los pretorianos y el hacha de los verdugos. En efecto, el látigo de los pretorianos habia mordido hasta el alma de Pouchkine.

Cuando suscita naturaleza un poeta, y pone en su inteligencia ideas universales, en su corazon humanos sentimientos, alzándole á la esfera luminosa, donde todos los objetos se esclarecen y se vivifican en la luz de la hermosura, y todas las ideas se expresan y se encarnan deliciosamente en suaves armonías, lo suscita, le dá la inspiracion, le confia el arte májico de las formas; le pone en la voz melodiosa acentos, y en la mente la virtud del trabajo creador; le hace sensible y á veces hasta desgraciado, para que embellezca las noches de la vida como el satélite embellece las noches del planeta, y despierte nuevas almas como la primavera despierta nuevos séres, y difunda ideas en los senos de la conciencia como difunden aromas, miel la luz y el calor en las entrañas de la naturaleza.

Renegar hasta de su inspiracion, nada podia serle tan beneficioso en la córte. Mandóle el déspota, no soldados que lo azotaran, cortesanos que le corrompieran. Acordóse de que todos los déspotas habian tenido junto á sí un génio; Filipo, Aristóteles; Augusto, Virgilio; Cárlos V, Garcilaso; Luis XIV, Moliere, y quiso Nicolás tener su poeta, escogiendo á Pouchkine, que habiá dado flexibilidad maravillosa á la lengua rusa, y que habia recibido los caudales de las ideas del siglo, evaporándolos en holocausto al despotismo. Así le nombró su chambelan. Todavía quedaba un resto de pudor en el corazon del poeta, y se resistió á semejante gracia. Pero Nicolás, resuelto á deshonrarlo, despues de oprimirlo, impúsole que

optára entre el cargo de chambelan ó el destierro al Cáucaso. El déspota asiático arrojó Daniel á los leones; el Czar ruso arrojó Pouchkine á los cortesanos. En semejante situacion no quedaba á Pouchkine otro recurso que morir ó deshonrarse, y escogió deshonrarse. Fué chambelan. La librea le pesaba como una cadena. Dios le habia hecho uno de sus ángeles de eleccion, y el despotismo lo habia convertido en una de sus bestias de carga. Allá, en la soledad de su alma, en el diálogo con su conciencia, cuando recordára que hay un Dios en el cielo y una justicia implacable en la tierra; delante de la historia, cuyos premios y castigos son eternos como la sucesion y la corriente de los tiempos, el poeta debia retorcerse de dolor, de ira contra sí mismo, de triste desesperacion por no haber preferido á los favores de los tiranos que matan, la trasfiguracion y la apoteosis del martirio, que deja inextinguible luz en la memoria humana.

Que su dolor fué grande, se conoce en que su vida fué desastrosa. Perdió lo más necesario á toda existencia, perdió la estimacion de sí propio. Buscó los medios todos de huir de sí mismo y no tropezar con el cadáver de su génio amortajado entre las espesas sombras de su conciencia. Para huir de sí mismo se entregó desenfrenado al placer. Aquella vida sin porvenir, torrente sin cáuce, pensamiento sin objeto, inteligencia sin luz, cántico sin ninguna inspiracion, corazon sin esperanza, espíritu sin ideal; aquella vida se evaporó, por lo que á ideas respecta, en lo vacío, y se estancó, por lo que respecta á sentimientos, en el vicio. La orgía fué para él como un bebedizo. Pero si en la orgía encontró alguna vez olvido, encontró tambien terrible, implacable castigo. Abrió las puertas de su casa á los epicúreos, y los epicúreos, segun sus sospechas, le corrompieron la única mujer á quien verdaderamente habia amado en el mundo, su compañera de destierro, su esposa.

El poeta fué siempre celoso como un árabe. Biznieto de un negro, las pasiones de Othelo hervian ruidosamente en su pecho.

¿Eran fundados sus celos? No ha podido averiguarlo la historia; pero sí dirá siempre que podia temerlo todo Pouchkine de su propia abyeccion y de los compañeros que le rodeaban. Los anónimos no le consentian vida tranquila. Varios maridos engañados le hablaban bajo sus firmas de la comunidad de sus desgracias. Danthes, oficial de guardias, era el rival preferido. Corrió el poeta á su casa, mostróle las cartas, y demandó en el acto un desagravio, una reparacion. Danthes, para disuadirlo, pidióle la mano de su cuñada, de la hermana mayor de la señora de Pouchkine. Verificóse el matrimonio; pero se engendraron nuevas sospechas. En tal situacion, el poeta injurió públicamente á su cuñado, y el cuñado no tuvo más remedio que empeñar y aceptar un duelo. ¡Terrible trajedia! Dos hombres unidos por tantos lazos, casados con dos hermanas, iban á matar ó morir. El uno de ellos arrastraba al sepulcro una existencia henchida de placeres; el otro una existencia malograda por haber faltado á la vocacion de su génio. Los dos, antes de matarse, llevaban algo muerto y podrido en sus respectivas almas.

El duelo se verificó en espeso bosque cerca de Petersburgo. Danthes disparó primero. Pouchkine fué mortalmente herido. En las ánsias de la muerte, con el velo de la eternidad ante los ojos, sintiendo partírsele el pecho al estertor de agonía desgarradora, apretó febrilmente la pistola, y la disparó sobre su enemigo. Herido Danthes en la paletilla izquierda, cayó al suelo. El poeta, creyéndole muerto, le arrojó la pistola á la cabeza, y dijo: yo pensé que me alegraría más la muerte de ese hombre. En realidad no habia otro muerto que él. Una larga, una penosísima agonía comenzó en cuanto le depositaron sobre su lecho. La familia, á quien habia deshonrado, le rodeaba desolada; y el pueblo, á

quien habia ofendido, pedia noticias de su poeta nacional. Solo un hombre, frio como el hierro, impasible como el destino, rodaba en torno de aquel triste lecho de agonía, para acabar de extinguir algo más grande que la vida material, para acabar de extinguir las obras del génio á quien habia corrompido. Este hombre era el Emperador. Podia el poeta haber escrito allá en la soledad de su gabinete, en el secreto de su conciencia, cuando el espectro de una vida malograda se apareciera á sus ojos febriles, cuando el torcedor del génio le demandara con imperio y con remordimientos alguna verdad saludable; podia entregar en tercetos, en estancias inmortales el tirano al castigo irreparable de una execracion eterna en la posteridad. Era indispensable arrancar este último floron á su corona; este último pedazo á su alma. El Emperador le mandó un emisario encargado de pedir todos sus papeles á cambio del pago de sus deudas, y del señalamiento de una pension á su mujer y á sus hijos. El poeta selló este trato al borde oscuro de la eternidad. Era la madrugada del 2 de Enero de 1838 cuando espiró. Al morir, no pudo contemplar, no, con ojos serenos la posteridad, ni decir que habia cumplido fielmente con el ministerio de su génio. Dejábase entre las garras del despotismo su inmortalidad hecha trizas, y su gloria tan deleznable como el polvo de su cadáver. Ni aun consintió su perseguidor que tuviera funerales. En Rusia todo pertenece al Emperador. Era, pues, suyo tambien el cadáver. A la callada, en noche glacial, conduciendo el muerto á otra Iglesia que no fuera su parroquia, estando un cura que dijese como á hurtadillas rápida misa, dió tierra el Emperador al poeta, que bien pronto desapareció bajo el sudario de una inmensa capa de nieve, no tan fria como la capa de nieve que el despotismo tendiera sobre su génio. Ese es el destino de toda alma grande nacida bajo la infame coyunda del despotismo.

¡Cuán desolador el Gobierno absoluto! ¡Cómo apaga el génio! ¡Cómo corta sus alas á todas las bellas inspiraciones humanas! ¡Cuán perseguidos fueron siempre los escritores rusos! Lermentoff, que habia sido osado á gritar en verso venganza sobre el sepulcro del primer poeta nacional, es arrojado á las sombras del destierro, y muere desgraciadamente. Palevoi, que osa recordar la existencia de un problema social, ve sus artículos secuestrados, su invectiva paralizada, y se entrega al silencio primero, despues al elogio de los pretorianos y sus mentidas glorias. Gogol escribe las Almas muertas, una novela digna de Cervantes. Así como las fantasías de la Edad Media recibieron golpe mortal de la razon madura y moderna de Cervantes; los horrores de la servidumbre, el comercio con las almas que debian contarse ó no en los censos, recibieron golpe mortal del alma humanitaria de Gogol. Los pobres siervos en su eterna noche; los agentes del fisco en su codicia eterna; el triste alcabalero de las estepas comerciando con los cuerpos y las almas; la podredumbre de una administracion, por cuyas venas corre el pus de todos los negocios; la vida del señor territorial encerrado, sapo asquerosísimo, en sus estepas, que parecen humedecidas de lágrimas; todos estos crímenes, y todos estos horrores, tomaron cuerpo y voz para denunciarse como siempre se denuncia á sí misma la maldad, en la obra imperecedera del inmortal escritor moscovita. La ironía es un gran corrosivo del mal y un gran despertador de la conciencia, porque opone á las tristezas de la realidad, á las sombras de lo presente, la clara, la vivísima luz del ideal. Aun cuando la ironía no señale ese ideal, búscalo ansiosa la razon, persuadida de las tristezas y de las tinieblas presentes. Una sátira elocuentísima aparece siempre junto á una iniquidad, que se cuartea y se arruina. Antes de que la esclavitud se acabara en América, la novela de una mujer cristiana esparció por todas las conciencias, y derramó en todos los corazones, las nubes

de lágrimas condensadas en las cabañas de los negros. Poco antes de que la servidumbre del terruño fuera enterrada en Rusia, la mató Gogol. Lo más admirable, para demostrar la eficacia del génio y la ineficacia de la persecucion, es que la censura dejó franco paso á la obra, y el Emperador la premió con un libro, cuyas hojas eran billetes de banco. Pero bien pronto conocieron todos el veneno guardado en aquella humilde flor de las estepas. Gogol fué acerbamente criticado, suponiéndole falta completa de patriotismo. La segunda parte de su novela ó no se escribió nunca, ó se quemó despues de escrita.

El poeta cayó en tristeza tan grande que nadie sabe todavía si lo consumió esta tristeza. Lo cierto es que su razon se extravió mucho, y en sus extravíos, para agradar al amo de todas las Rusias, publicó unas deplorables cartas sobre la ortodoxia griega. En la juventud, en la fiebre, consumido por un mal misteriosísimo, mal que le daba profunda y extraña melancolía, espiró Gogol, despues de haber dejado entrever algunos círculos del infierno de la servidumbre. Pero la literatura, despertada por Pouchkine, cumplió su destino; á través del látigo, del Kout, de las bayonetas, de los verdugos, y de los Emperadores, pasó con su antorcha; y encendió en millones de seres enterrados bajo el terruño, la luz y el calor de la vida con la luz y el calor de la libertad.

# CAPITULO XXII.

## UNA REVOLUCION RUSA.

Agitada Rusia por innumerables ideas, debia tambien agitarse profundamente en la esfera inferior de la realidad de los hechos, durante los primeros dias del reinado de Nicolás. Su hermano Alejandro, que indirectamente contribuyera á la muerte violenta de su propio padre, Paulo I, y que convidára á los asesinos á llevar el ataud en el solemne entierro de la régia víctima; vivió vida melancólica, y murió muerte desesperada y siniestra. El recuerdo de su padre; la conviccion de que la corona habia quemado la frente de su hermano mayor; la seguridad de que el propio temperamento le arrastraban á la violencia; el matrimonio con una mujer de rango inferior á su rango; decidieron al gran-duque heredero, á Constantino, resuelta, poderosamente á declinar el Imperio, que solo podia anticiparle desastrosa muerte. Antes, mucho antes de qué su hermano Alejandro pasara de esta vida, depositó el heredero Constantino en lugar seguro, solemne renuncia al trono, que debia recaer en la persona de su hermano segundo, Nicolás. Este dudaba si aceptarla ó no; y creia que la renuncia de Constantino necesitaba solemne confirmacion. Así, entre la muerte del Emperador Alejandro y el advenimiento del Emperador Nicolás, hubo un período de verdadero interregno.

La ocasion era propicia para un movimiento revolucionario. En esos instantes en que el poder carece de unidad, las revoluciones toman fuerza y corage. Por las estepas rusas corria el viento revolucionario que agitaba á toda Europa. El masonismo se confundia con las demás sectas de los campos rusos y llenaba los corazones de sentimientos progresivos y humanitarios. La irrupcion de las huestes napoleónicas habia sembrado tambien tras sus pasos vaga aspiracion á la reforma social. El ejemplo de los movimientos militares de España é Italia, esparcia esos contagios, en que palpita el espíritu fundamentalmente uno de toda Europa. La Constitucion española de 1812, constitucion esen-

cialmente democrática, deslumbraba las inteligencias, y atraia á sí muchas nobles almas. El Emperador difunto, en sus veleidades liberales admirábala mucho, y exigía á los soldados españoles reunidos contra Napoleon bajo sus banderas juramento de servirla y defenderla. A todos estos externos motivos, uníase el ideal acariciado en algunos cosacos de ánimo esforzadísimo, y que los impulsaba fuertemente á elevarse sobre los tiempos de la dinastía germánica á los tiempos de Ivan, para buscar en su tradicion puramente moscovita, no restauraciones imposibles de Imperios, yertos como los imperios asiáticos, sino gérmenes de una República federal eslava, que fuese el lazo sagrado entre toda una heróica raza.

De aquí sociedades secretas innumerables. Ya en 1823 la llamada del *Bien público* habia echado en Volhynia las bases de la alianza federal panlavista. Una comision de jueces, de esbirros, de verdugos, fué mandada de la corte contra esta sociedad de republicanos que padeció, pero no espiró en la persecucion. Muchos pensadores la llevaron á las provincias más apartadas, y muchos militares la recibieron como promesa de emancipacion y como medio de unir su instituto con el espíritu de nuestro siglo. Aquellas sociedades eran verdaderas conjuraciones. Por 1823 tuvieron los conjurados una reunion misteriosa en Kiew, donde se confabularon para destronar á la familia reinante. Sucedíanse unas á otras las reuniones en diversos territorios del Imperio, proponiéndose en todas el destronamiento de la dinastía alemana y la proclamacion de la República rusa. Estas sociedades crecian en tales términos que llegaban á tener asiento en la misma capital del imperio, bajo ejércitos de esbirros, y se animaban al calor del alma de un poeta, el cual se reia del despotismo, á pesar del presentimiento siniestro de que moriria á sus manos. Y mientras estas ideas hervian confusamente en la inteligencia de la juventud literaria y militar, Alejandro espiraba en su reclusion de Tangarog, herido, no por el puñal de estos conjurados, sino por su negra melancolía.

El 8 de Diciembre de 1825, supo el gran duque heredero la muerte de su hermano, é inmediatamente confirmó á Nicolás su resolucion de no aceptar el trono. A pesar de esta resolucion, Nicolás hizo jurar por Emperador á Constantino, y solo aceptó para sí la corona cuando se hubo convencido de que no le quedaba otro recurso, vista la tenacidad del heredero en renunciarla. Los papeles que llegaron del retiro donde habia muerto Alejandro, anunciaban la conjuracion, y aun designaban como sospechosos de tramarla y sostenerla varios oficiales de la guardia.

El gobernador militar, hombre de gran candor y de cortos alcances, no queria creerlo, y cuando le hablaban de las reuniones misteriosas de los jóvenes solia decir: «Dejadlos que lean entre sí y entre sí aplaudan mútuamente sus pésimos versos.»

Los conjurados supieron que despues de haberse prestado juramento de fidelidad á Constantino, debia prestársele otro nuevo á Nicolás; y pensaron hallar en aquel extraño caso plausibles coyunturas para arrastrar á los soldados á una sublevacion, asegurándoles que el heredero legítimo habia sido destronado por su hermano rebelde, intruso, tal vez fratricida. Era la mañana del 26 de Diciembre de 1825. Nicolás, asaltado de torvas ideas leia la fórmula del juramento y la completaba con una proclama á sus tropas. Muchos de los regimientos habian ya cumplido con la fórmula, y Nicolás respiraba, cuando llega la noticia que los soldados de Moskva se resistian, que mataban á alguno de sus jefes, que iban hácia palacio sublevados, y que se reunian en torno de la estátua de Pedro el Grande, amenazando con sus avanzadas y sus tiradores á todos los transeuntes. El Emperador vaciló un momento, pero al cabo se decidió á salir contra los sublevados. Su familia le detenia, arrojándose todos, y espe-

cialmente las princesas desoladas, á su cuello, á sus piés, para impedir la salida. El momento era decisivo, supremo; uno de esos momentos en que se resuelve la suerte de las dinastías y de los imperios. La vacilacion del Emperador podia alentar á los soldados. Nicolás salió. Una gran multitud rodeaba el palacio, y oia sumisa la proclama leida por el mismo Emperador con voz verdaderamente extentórea. Cumplido este acto, reinó silencio tan profundo, que el Emperador se dirigió á algunos ciudadanos diciendo que en sus mejillas besaba á todo el pueblo, y en aquella inmensidad solo se oyó la resonancia de los besos.

Los sublevados formaban una muchedumbre confusa, abigarrada, donde las voces eran tan discordes como las ideas, sin ninguna disciplina que los uniera, ni motivo alguno claro que los impulsara, pues mientras varios de sus jefes acariciaban una república, la totalidad pedia, anhelante de servidumbre, el verdadero, el legítimo tirano. Dábanse muchas voces de «Viva la Constitucion,» que los soldados repetian con delirio, imaginando que Constitucion era el nombre de pila de la mujer de Constantino. Y mientras esta discordancia reinaba en sus filas, adelantábase Nicolás á su presencia. Un viejo general, que le acompañaba, y fué el primero en reclamar de los sublevados disciplina, cayó traspasado de un pistoletazo á los piés del Czar. Un hombre resuelto hubiera en aquel punto destronado á la familia germánica y destruido la obra de Pedro el Grande, porque el Emperador, si bien exponia su persona, descuidaba toda decision y suspendia todo encuentro. Un ataque de caballería, que por fin se ordenó, hubo de suspenderse inmediatamente, porque los caballos resbalaban en el hielo. Decidióse apelar á la artillería.

Pero en esta incertidumbre los regimientos de granaderos de la guardia se habian sublevado tambien y tocaban al palacio de Invierno para apoderarse de la familia imperial. Cualquiera hubiese creido en tan supremo instante que sonaba la última hora de la dinastía de Rusia. Pero otro batallon de zapadores, fiel á Nicolás se interpuso, y evitó el golpe de mano. Las tropas sublevadas encontraron al Emperador en su camino, «Alto» dijo este. «Somos de Constantino» gritaron los granaderos. «Pues aquel es vuestro camino» les repuso el príncipe, señalándoles en su aturdimiento la plaza donde estaba el resto de las tropas. En estas habia universal indecision. El pueblo, fiel á Nicolás, se irritó, y comenzó á pedradas con los rebeldes. La artillería acabó la obra comenzada por el pueblo, y la insurreccion fué destruida, ahogada en su cuna.

Concebir con claridad un ideal, formularlo en silencio; difundirlo entre esclavos; tocar con su luz en las conciencias ciegas, con su calor en la tierra estéril; organizarlo por medio de sociedades que se difunden rápidas en vasto territorio de antiguo desolado por la tiranía; llegar á verlo estallar en el seno de los mismos institutos donde la autocracia encuentra el seguro de su poder, y el áncora de su despotismo; todo este trabajo podrá parecer baladí á los que solo miden la grandeza de los esfuerzos humanos por su éxito; pero eternamente parecerá grande á los que sabemos como toda idea sembrada germina, y como todo impulso dado mueve los pueblos, aunque al pronto desfallezcan, hácia el fin supremo de encarnar la propia vida, y realizar la propia esencia en la reivindicacion de sus derechos. El Emperador, en cuanto tiene del movimiento noticia, se arroja al pié de los altares, ruega y aun llora, despídese de su familia, monta á caballo, sale, impone respeto con su ademan imperioso, su hermosa figura, su mirada olímpica y centelleante, despierta en el pueblo los sentimientos de obediencia que hay en toda muchedumbre esclavizada, y concluye por medio de su artillería la salvacion iniciada por medio de su prestigio y de su audacia.

# CAPITULO XXIII.

## LOS MÁRTIRES.

El Emperador ha impedido la sublevacion. Pero no puede impedir que haya la idea relampagueado á los ojos del pueblo. No puede impedir que esta idea relampagueante haya tenido sus sectarios. No puede impedir que estos sectarios hayan grabado un dia de sublevacion militar en las páginas de la historia rusa. No puede impedir que este dia de sublevacion traiga otro dia de castigo. No puede impedir que este castigo engendre mártires. No puede impedir que el nombre de estos mártires sea repetido por las nuevas generaciones y ensalzado en el seno de los calabozos como rayo de la luz que penetra, y vivifica al través de los espesos muros y de las altas rejas. Nada de esto puede impedir la autocracia; y todo ello crea nuevas almas libres.

El movimiento de 1825 no es un movimiento inútil ó estéril. De entonces data ese impulso hácia las ideas modernas que sienten las varias generaciones rusas. De entonces data ese profundo sentimiento liberal y republicano que se arraiga en sus Universidades. De entonces data esa creencia de que es posible modificar la realidad con el pensamiento. Abortó la sublevacion, pero su propio aborto sirvió para atraer las almas grandes con la fecunda virtud del heroismo y del martirio. Y cuando se mira el vasto imperio, encerrado en el despotismo, se vé que una legion de pensadores, á través de todos los obstáculos opuestos por la censura, por la autocracia extendida sobre el pensamiento, reivindica la libertad; y que otra legion de mártires, en los helados caminos de Siberia, en las minas de los montes ourales, enseña la áspera y saludable religion del deber.

¿Y quiénes fueron los jefes de esta sublevacion, es decir, los verdaderos fundadores del partido republicano en Rusia? Hombres de gran talento, conocedores del pueblo en que trabajaban, comenzaron por buscar un nombre aristocrático, prestigioso. Y encontraron el nombre del príncipe Troubetzkoi.

Era este el jefe de una familia nobilísima, la cual, á la manera de los Medinacelis en España, pretendia tener más derecho que la dinastía reinante al trono de Rusia. Guiado el príncipe por esta tradicion, bien puede asegurarse que no tuvo en las horas supremas del levantamiento el valor á la altura de la ambicion. Pero un largo martirio le rehabilita de esta falta. La vida, que le dejaron, valia ménos que la muerte de sus compañeros en la horca. Proscrito á las minas de los montes ourales, bajo grados de frio insufribles para la naturaleza humana, y entre los duros tratamientos de los presidios, su destierro es trájica tumba, destierro lleno en cada minuto de indecibles sufrimientos. Hay á su lado un verdadero ángel custodio, cuyos dolores serán recogidos por la historia, su mujer. Durante su permanencia en la córte, los dos esposos, unidos por esas razones de Estado que tambien imperan allá en las aristocracias, se miraban con verdadera indiferencia mútuamente. Pero en cuanto la adversidad llega, siente la heróica princesa una intensa pasion, inspirada por el sentimiento del dolor, y sostenida por la idea del deber. Bella, tierna, jóven; nacida entre los refinamientos del lujo; criada en esos palacios moscovitas donde á las comodidades parisienses júntanse explendores orientales; ni su sexo, ni su educacion la detienen; y en el carro primitivo del campesino ruso, en la *talega*, por caminos muchas veces no hollados, entregada á todas las furias de los elementos, á todos los peligros del desierto, corre dias y dias, noches y noches, centenares de leguas, yerta unas veces, hambrienta otras, siempre dolorida, para compartir en el fondo de las minas, bajo eterna noche, el jergon de un galeote. Allí vive con él, allí le sostiene, allí le da cinco hijos. Y cuando tras quince años de dolores materiales y morales horribles, una familia, engendrada en la desesperacion, nacida con la marca de las cadenas, se ha formado, todavía sus males se agravan en virtud de una ley, que la envia á formar en el desierto una colonia penitenciaria. La madre, que no se asustó del tormento, se asusta de la soledad y pide que la dejen aproximarse con su marido á una poblacion donde pueda tener escuela en que eduque á sus hijos. ¡Los hijos de un galeote! jamás, dice el tirano. Y aquella madre, aquella esposa, que hubiera partido con su dolor las piedras, y las hubiera ablandado con el espectáculo de su sacrificio, no ablanda el férreo corazon del Czar, cuando le pide humildemente, con santa prevision maternal, que á lo ménos la deje vivir cerca de un boticario, para procurar medicina á sus hijos si están los infelices enfermos. Y el Emperador contesta al noble que le presenta esta sencilla peticion: ¿Cómo os atreveis á hablarme de esa familia de rebeldes? Así el corazon humano se endurece en las alturas del trono.

Pero los verdaderos jefes de esta sublevacion militar, vienen á ser el gran pensador Pestel y el gran poeta Ryleyef, ámbos militares. El primero, Pestel, educado en la escuela de pages, coronel en el regimiento Viatka, á la hora de la tremenda revuelta; inteligencia clarísima, corazon esforzado, carácter íntegro y entero; de una expansion, así en ideas como en sentimientos, que atraia y arrastraba á las muchedumbres; de una fuerza de voluntad que trasformaba y modelaba á imágen de su espíritu los hechos, dominados por la dulzura misma de su encantandora humildad y por el poder de su génio extraordinario; apóstol como todos los talentos luminosos y organizador como todas las voluntades fecundas; estudiando la pátria historia, encontró que la autocrácia, el despotismo, eran de orígen mongol; y la burocrácia, la centralizacion, de orígen germánico; que los mongoles dominarón doscientos años, los bárbaros ciento, los alemanes siglo y medio á Rusia; y que entre todas estas irrupciones, entre todas estas conquistas, no hicieron más que deslustrar y oscurecer las ideas

eslavas; los derechos inspirados por la originalidad de la naturaleza, la familia patriarcal y primitiva; la comunidad con sus bienes sagrados; proponiendo para destruir todo lo extranjero y restaurar todo lo nacional, á manera del eslavismo literario, que la raza se dirigiese por poderes de eleccion, celados en parlamentos de sufragio universal, y responsables ante los pueblos, que debian enlazarse en ámplia y republicana federacion. Pestel tenia de la revolucion social, un sentimiento digno de los Gracos; y de la pátria, una idea digna de Camilo; y por la república, un culto digno de Wasingthon; y en la guerra y en la milicia, aptitudes verdaderamente napoleónicas. El génio le habia sido dado en potencia por la naturaleza; y no quiso el medio de su desarrollo, la atmósfera bajo cuyo frio brotara, que este génio se desarrollase en la viviente réalidad. Ese es uno de los males mayor del despotismo: las ideas que apaga, los caractéres que mata, las voluntades que esteriliza, las generaciones de almas que arroja mudas y sombrías á la eternidad.

Pestel habia escrito un código republicano, que los jueces de su causa ridiculizaban, y que sin embargo contenia el ideal de las generaciones presentes, y la sociedad de las generaciones por venir. Su causa, como la causa de sus cómplices, fué comenzada, vista, seguida por un tribunal, bajo la inspeccion del mismo Emperador. Este dirigia preguntas á los acusados como un espía; los trataba como un fiscal; y luego los entregaba ya perdidos, condenados á sus irrisorios jueces. Y digo irrisorios, porque dióse el caso de que condenaran á un oficial á cierta pena, y el Emperador, de su propio puño y letra, la corrigiera y la elevara á pena superior. Pestel fué condenado á muerte, y murió como saben morir los valientes. Al saber su sentencia, solo pidió ser fusilado, en vez de ser ahorcado. El Emperador negó esta gracia. Al salir hácia el patíbulo, solo encargó que se salvara y se conservara su código político. Y el verdugo cogió al escritor, le ató las manos á la espalda, le ciñó una cuerda escurridiza á la garganta, apretó el nudo fatal, y lanzó como un péndulo aquel cuerpo en los aires, destruyendo un cerebro, del cual se escapaba á las alturas la invisible llamarada del génio. ¡Cuántas ideas se desvanecieron, y cuántas obras se destrozaron sobre las tablas de aquel espantoso cadalso!

Si Pestel fué la idea de aquel movimiento, Ryleyef fué la imaginacion, la fantasía. Creóle poeta el cielo, y dióle todos los presentes de la poesía. Aun hoy, recita la juventud rusa con emocion, versos inéditos, no impresos, no publicados, que las memorias conservan como en depósito, y que los lábios repiten como la oracion de esta nuestra edad. No se equivocaba, no, el poeta, sobre la suerte reservada á su génio por el destino implacable. «Moriré por la tierra que me vió nacer, decia; lo siento, lo conozco, y no solo acepto, sino que bendigo mi destino.» Empleado en la carrera militar y en la carrera judicial, jamás quiso tocar con sus manos purísimas la soldada del despotismo. Redactor de un almanaque literario, señalaba ya en sus páginas que la justicia es la estrella polar del humano espíritu. En sus acciones solo se encontraban estos móviles: el amor á su ideal, el amor á la humanidad, el amor á la pátria, siempre el amor desinteresado á todo lo sublime. Incapaz de odiar, amante del bien puro, sin ninguna baja pasion, queria ir al bien por el camino del bien, sin verter sobre la tierra sedienta de bien, ni una lágrima, ni una gota de sangre. La palabra de Demóstenes, le parecia más eficáz contra la tiranía que el puñal de Bruto. Imaginacion ferviente, purísima, enamorada de lo infinito, al abrir sus álas, debia troncharlas contra los hierros del despotismo. En el mundo solo amaba la salud de la pátria. Y para curar la pátria, sus primeras ideas fueron monárquico-constitucionales, ideas convertidas más tarde, merced al influjo de Pestel, en republicanas federales. Tal fué

la ley de su vida, y el consuelo de su muerte. En sombría mañana de Enero, bajo un cielo cubierto de plomizas nubes, sobre una tierra llena de nieve, subian varios condenados á muerte, vestidos de sayal, encubierto el róstro en largos capuchones, atadas las manos á la espalda, por las escaleras de un cadalso. A su cabeza estaba Conrado Ryleyef, y sus compañeros eran Murawieff, Rumime y otros. El verdugo les ata la soga al cuello y los lanza con violencia al espacio. Las sogas se rompen, y los condenados caen ilesos en el suelo. Desgraciada pátria, dijo Ryleyef levantándose, desgraciada pátria, donde no se sabe ni siquiera ahorcar á un hombre. Bien pronto le demostró el verdugo que se sabia ahorcar, y ahorcar perfectamente, bajo el imperio de los déspotas.

El despotismo podia creer que, al ahorcar aquellos hombres, habia tambien ahorcado una idea. Sus cuerpos yertos, sus voces extintas, la luz de sus ojos apagada, inspiraban la creencia al soberbio de que muere un principio cuando la sangre ha hecho estallar el cerebro que lo encubriera y la muerte acallar los lábios que lo propagaran. Mas la idea se trasmite por conductos misteriosos de generacion en generacion, de gente en gente, de siglo en siglo. Levantais en su contra la censura y la desvanece; oponeis fronteras celadas por esbirros á su paso de nacion á nacion, y las salva; la extirpais por el hierro, por el fuego, y queda como el eterno patrimonio del género humano en el fondo de su inextinguible conciencia, hasta que concluye por arrastrar á sus perseguidores y por modificar y trasformar las mismas leyes destinadas á su exterminio.

Los progresos que el derecho social ha conseguido en Rusia, débense principalmente á estos héroes, á estos mártires del pensamiento. Sin su apostolado, sin su muerte, la idea dormitaria aun tristemente en la conciencia; y el siervo, cómo las plantas, estaria aun arraigado en el miserable terruño. Si nueva vida ha latido en aquellas heladas comarcas; si un movimiento social ha impulsado los pobres campesinos, máquinas de trabajo, al derecho, á la libertad, sin duda débese á todas estas voces que han roto sus mordazas, á todos estos holocaustos que han santificado nuestra causa y han redimido á los siervos. Jamás la esclavitud antigua se acabára si los estóicos no predican la unidad fundamental del género humano, y á su vez los pobres nazarenos no completan este principio con la unidad de Dios. Pues jamás la servidumbre rusa hubiera concluido sin esta legion sagrada de poetas, de filósofos, de publicistas; que acertaron á desafiar las iras del poder en el destierro, en la horca; y á penetrar con la luz del pensamiento, en ese infierno donde la sangre se hiela, en el infierno de una educacion pervertida, de un espíritu nacional constantemente yerto bajo las sombras del error. Cuando el siervo se sienta dueño de su conciencia y de su vida; cuando se vea libre de la justicia señorial que lo oprimia y lo vejaba; cuando pueda abrazar á sus hijos sin temor al látigo que cruzaba su rostro, y al destierro en Siberia que contínuamente se cernia sobre su existencia, ignorará que la idea acariciada por los mártires desconocidos de la libertad, predicada por los apóstoles oscuros de la democracia, cuyo nombre ha borrado hasta de la memoria pública una censura implacable, esa idea castigada como un crímen, ha ascendido, sávia misteriosa, del cadalso de los criminales al trono de los Emperadores, y desde allí ha bajado por su propia virtud, por su propia fuerza, convertida en reformas sociales, como lluvia vivificante, sobre la gleba feudal, y como maná de nueva vida sobre los ganados de siervos.

# CAPITULO XXIV.

## LA EMANCIPACION DE LOS SIERVOS.

Indudablemente desde la muerte de Nicolás, ha progresado la sociedad rusa y ha progresado con sentido democrático. Y este progreso principalmente se debe á que la propaganda misteriosa y subterránea no ha cesado un momento. Cuando no ha podido hablar en Moscow, en Petersburgo, ha hablado en Lóndres, en Ginebra, y el golpe de la prensa háse oido desde el seno de los palacios hasta el seno de las cabañas, en toda la silenciosa Rusia. Ya por los años de 1848 pudo convencerse Nicolás de que progresaba la idea caida de los cadalsos de 1826. La revolucion francesa, que él saludó con alborozo por destructora de una monarquía constitucional, llevó calor, electricidad á su imperio. En 1849 descubrióse vasta conjuracion republicana, alimentada por una de esas sociedades secretas que brotan oscuramente en las sombras. Consejeros honorarios, oficiales de la guardia, estudiantes de la universidad, hidalgos y hasta gentiles hombres la componian. Veintiuno fueron condenados á muerte. En Rusia la pena capital está abolida por una disposicion de la emperatriz Isabel. Y como el despotismo es tan hábil y tiene tantos recursos, no pueden imponerla los tribunales ordinarios, pero pueden imponerla los consejos de guerra, sobre todo á los reos de alta traicion. Los conjurados fueron perseguidos, presos, condenados á muerte, puestos en capilla, sacados al lugar del suplicio, asistidos por los sacerdotes; sus ojos vendados, abiertos sus pechos á las balas, forzadas sus rodillas á hincarse en tierra, y al punto de sonar la palabra «fuego,» cuando ya habian devorado todos los horrores de la agonía, esperando como inmediato descanso la muerte, léese el perdon concedido por un capricho de su tirano, vengativo hasta en la compasion, cruel hasta en la misericordia.

Pero la muerte hirió al tirano Nicolás, y un nuevo reinado se inauguró en la persona de su hijo el emperador Alejandro. Nicolás era un déspota á la manera asiática. En el terror se encerraba todo el númen de su fu-

riosa política. Si el terrible Ivan azotaba, laceraba, heria los cuerpos de sus enemigos hasta arrancarles poco á poco, para que la vida durára más tiempo, y con la vida el dolor, cabeza, entrañas, arrojando despues todas estas carnes destrozadas en calderas de agua hirviente; Nicolás ponia bajo el memorial de una princesa que demandaba evitáran á su marido la pena de deportacion á Siberia: «que vaya á pié;» y obligaba á un pobre anciano á asistir á los bailes de córte en la misma noche en que comenzaba á cumplir su hijo único, bajo el peso de enormes hierros, horrible viaje á las minas de los montes ourales, sepulcros de vivientes. Como su padre Paulo, como su abuelo Pedro III, Nicolás tenia ramos de locura. Merced á ella el siglo décimo-nono ha visto lo que parecia reservado á siglos mas bárbaros, ha visto la muerte de naciones, la muerte de razas; ha visto caer los polacos, como los judíos en los tiempos de Nabucodonosor, de Ciro, de Vespasiano. Pero si Nicolás era un déspota á la manera asiática, Alejandro es un déspota á la moderna, un déspota ilustrado, un déspota que se gloría de ejercer su despotismo en pro del pueblo. Desconfiado, melancólico, deseoso de servir al espíritu moderno hasta donde el espíritu moderno le sirva á él, y de falsificarlo, ejerce la crueldad solo cuando cree que la necesita, y cae despues de haberla ejercido en tristezas profundas, que muchos temen degeneren algun dia, como sucedió á sus abuelos y á su padre, en verdadera demencia. Solo en Polonia, cuando la insurreccion última, ha sido cruel Alejandro. Para las deportaciones de muchedumbres, para tal exterminio de pueblos, para los fusilamientos de mujeres y niños, en el seno de las iglesias, conteniendo con las balas el cántico y la oracion, sustituyendo el humo de la pólvora al humo de inciensos; para todos los horrores del bárbaro Mouravief, tenia Alejandro un consuelo, un gran consuelo, por más ideal y arqueológico que parezca: pensar en los tiempos antiguos, en la opresion de los rusos por los polacos, en el carácter aristocrático de estos; en su intolerancia religiosa, en su apego fanático al catolicismo enemigo de la religion griega, en sus tendencias jesuíticas, en la opresion impuesta á los siervos, en el feudalismo de sus instituciones, en la perturbacion arrojada por sus dietas sobre toda Europa. Y despues de haberse mecido en estas disculpas dadas por todos los periódicos rusos, creia dulce, dulcísima venganza, emancipar revolucionariamente los siervos, y revolucionariamente despojar de sus propiedades á los señores. Pero la historia no agradece ni aun la justicia cuando la dicta el propio interés y se convierte en sañuda venganza.

El acto verdaderamente ilustre del reinado de Alejandro, fué la emancipacion de los siervos. La servidumbre última, en las condiciones que hasta nuestro siglo alcanzára, databa de 1597. Un bárbaro, un usurpador declaró propiedad de los señores sus campesinos convirtiéndolos en verdaderos animales domésticos. Nada le duele tanto á la naturaleza humana, como la pérdida de la libertad; y miles de sublevaciones sucedieron á esta horrible medida. Pero al cabo, cayeron los sublevados bajo el yugo, y al yugo quedaron apegados y uncidos. El propietario los mantenia; pero les golpeaba como á sus bestias de carga; los repartia entre sus tierras, considerándolos solo como fuerzas brutas; les daba los oficios que le placia; los alquilaba por cierto tiempo y cierta cantidad; disponia de ellos, creyéndolos una planta animada y móvil de sus tierras. Y la industria moderna, léjos de disminuir, agravaba sus males. Al cabo, en el antiguo régimen agrícola eran labradores adscritos al suelo, como el nido de la alondra, pero teniendo en el suelo su hogar y su familia, y con el hogar y la familia el aire, la luz, un relativo bienestar. Pero viene la industria, levanta sus fábricas, quiere producir mucho con escaso capital y grande tra-

bajo, corre á la gleba, ofrece alquiler por los siervos, los recibe sin más encargo que hacerlos producir alto salario para sus amos, y los explota hasta convertirlos en rueda de sus máquinas, y en resorte de sus telares, donde se dejan atormentados y exháustos, en los torrentes de su acre sudor, torrentes de la vida. Algunos de estos infelices son conducidos á Europa, adiestrados en las manufacturas, y adoctrinados en las escuelas industriales. La libertad ha sido la esposa querida de sus almas durante cierto tiempo. Cuando vuelven á Rusia y ven que la han perdido, desfallecen, se enferman, mueren de nolstalgia, de duelo por la libertad perdida. Este sentimiento honra á la naturaleza humana; este sentimiento dice que el hombre no quiere poseer nada cuando no se posee á sí mismo, y que la conciencia de sí, las informes revelaciones interiores de su derecho, le moverán siempre, á pesar de tantas doctrinas materialistas como han pretendido en vano corromperlo, á ser eterno reivindicador de la libertad.

Por fin viene la guerra de 1854, y con la guerra de 1854, la experiencia de que los soldados nacidos en la servidumbre, no pueden medirse con los soldados nacidos en la libertad. La idea, que tanto habia animado á los escritores más ilustres de la democracia rusa, esa idea de emancipacion de los siervos, penetró hasta en la mente de sus más implacables perseguidores, y se llevó en pos de sí á sus más encarnizados enemigos. El nuevo Czar subió al trono con esa aureola sobre su diadema. El rumor de que la servidumbre iba á abolirse, llegó á la cabaña del siervo cuando todavía no resonaba en los gabinetes de la diplomacia. Algunos, como si voz misteriosa les llamara á nueva vida, alzábanse, cogian sus mujeres y sus hijos, y se iban, como los israelitas de Egipto, á merced de Dios, por la estepa desierta é inmensa, buscando anhelosos la tierra prometida, buscando la libertad. Era necesario que los soldados salieran á su encuentro, que les cerráran con bayonetas el paso, que les hicieran volver por fuerza al terruño, donde les pesaba con pesadumbre infinita, su antigua esclavitud. Por fin la libertad resonó en aquellos oidos, como el cántico de Pascua en los oidos del doctor Fausto, devolviéndoles verdaderamente la vida. El Czar habló, y veinte millones de hombres palpitaron gozosos bajo la inmensa pesadumbre de sus cadenas. Sintióse la aristocracia horriblemente contrariada. No solo perdia parte de su riqueza, sino tambien parte de su influjo político. La jurisdiccion, el derecho de administrar justicia, una de sus mayores y más altas prerogativas, quebrábase entre sus manos acostumbradas á sostener el yugo sobre el cuello de los pueblos. El 20 de Noviembre de 1857 salia á luz el rescripto que anunciaba la emancipacion. El propietario debia conservar la propiedad de su tierra; y el siervo adquirir la cantidad de terreno indispensable á su habitacion y sustento. La nobleza, tan sumisa á su Emperador cuando el Emperadar oprimia, demandó en son de combate y de amenaza la formacion de comités que pusieran los intereses del propietario en armonía con las ideas del príncipe. Habráseles concedido á los nobles un período de doce años para recibir el pago de la vivienda y de la choza. Mas se les encargaba al mismo tiempo que resolvieran en esos comités nombrados por su propia clase, todos los problemas y apaciguaran todas las dificultades, teniendo en cuenta los intereses recíprocos. Una de las bases esenciales á la emancipacion, era que los siervos emancipados formasen comunidades rurales. La nobleza se reunió en comités, y los comités comenzaron á oponer dilaciones á las reformas. El Emperador cortó estas dilaciones, emancipando de un golpe, y por un solo rescripto, á los siervos de los dominios reales. Esta disposicion hirió profundamente á la nobleza. Han creido los aristócratas de todos los pueblos europeos que era cosa fácil y hacede-

ra conseguir la libertad política y descuidar la reforma social. Han creido que podian ellos tener prensa y parlamento, dejando solo á los siervos látigo y cadenas. Han creido que las ideas quedan, como vapores indecisos, allá en la mente, y no se encarnan aquí en la realidad. Han creido posible amalgamar la libertad y la servidumbre. Y cuando imaginaban que sus aspiraciones políticas no podian llegar hasta la mente del esclavo sujeto á la tierra, se han tristemente encontrado con que el esclavo era socialmente redimido, en ódio á ellos, por los mismos déspotas, por los enemigos de todos. Así, en las guerras de 1848 y 1849, cuando los nobles de Hungría y los nobles de Galitzia peleaban por patria y libertad, no acordándose de que tambien necesitaban patria y libertad los plebeyos, el Emperador de Austria rompia sobre el terruño las cadenas de los siervos, y se conciliaba al pueblo, inspirándole sus propios sentimientos, el ódio á la nobleza. El Emperador Alejandro habia, pues, realizado una revolucion en Rusia, una revolucion, mediante la cual, en todos los dominios moscovitas, millones de hombres entraban resueltamente al goce de la verdadera vida con el goce del derecho, encontrando la raiz de la existencia social, es decir su inviolable personalidad.

Esta revolucion social engendró verdadera revolucion política. El régimen bárbaro de la censura prévia fué esencialmente modificado. Reemplazóle el régimen, no ménos autoritario, pero más leve, de las advertencias, de las multas, de la supresion de periódicos. Es un progreso el sistema de ahogar las ideas sobre el sistema que no las deja nacer. El régimen judicial tambien hubo de cambiarse con la pérdida de los derechos jurisdiccionales de la nobleza. El jurado apareció sobre la estepa. Es verdad que el Gobierno se reservó la arbitraria facultad de declarar los delitos que debian ir ó no al jurado; pero la raíz de la institucion existe, y de esa raíz brotarán nuevas reformas. Las asambleas provinciales vieron ampliados sus derechos y crecida su influencia administrativa. Modificáronse algo las pésimas prácticas de la burocracia, y se prometió algun respiro á este pueblo siervo. El despotismo se dulcificó un poco. Y con la dulcificacion del despotismo, se abrieron un tanto á la esperanza las almas encerradas bajo la antigua servidumbre. Hubo quien presintió la aparicion de nuevos Estados generales; quien demandó para Rusia la palabra, la tribuna. Pero la palabra no le será nunca de grado concedida por el despotismo: que la palabra, henchida de ideas, es el Verbo de la redencion social.

El movimiento revolucionario no se detuvo por esta causa. El espíritu humano tiene la sed infinita, la sed insaciable del bien; y á cada reforma que alcanza, siente necesidad de otra reforma. El pueblo ruso demostraba que no era el antiguo pueblo romano, y que no habia perdido por completo en sus hierros la nocion de sus derechos. Cuando las tríbus bárbaras avanzaban, y el imperio romano se perdia, los Césares gritaban desde sus despedazados tronos, con la desesperacion de verdaderos náufragos: libertad, libertad. Y el pueblo romano, acostumbrado á cinco siglos de esclavitud, se preguntaba á sí mismo, y preguntaba á los demás ¡libertad! ¿qué es eso de libertad? Habia perdido hasta la conciencia de su derecho. El pueblo ruso amó y aceptó la libertad, como un don celeste; y se regocijó de obtenerla sobre aquel terruño regado con su sudor y con sus lágrimas.

# CAPITULO XXV.

## CONFLICTOS Y PERSECUCIONES.

La idea continuó su camino, lo continuó perseverantemente. Hertzen, Ogaref, desde el destierro, tocaban á rebato contra el viejo despotismo decadente, reo convicto y confeso de las desgracias de Rusia. Pero como el despotismo no puede existir sin suscitar conflictos, sobrevino la guerra de Polonia, que deslumbrada por la reciente emancipacion de Italia, quiso de nuevo demostrar su vida en su martirio. Los publicistas revolucionarios rusos doliéronse de las desgracias de Polonia, y demandaron para esta nacionalidad invencible la autonomía, el derecho. Los ódios contra Polonia son verdaderamente en Rusia ódios nacionales. Acuérdanse aun los rusos de aquellos tiempos en que eran esclavos de los polacos. Creen que la oposicion de los polacos á unificarse con ellos es fundamentalmente una infame, una escandalosa traicion á la raza eslava. Llámanse á sí mismos los demócratas de esta raza, y llaman á los polacos los aristócratas, los señores feudales. Por consecuencia piensan que toda defensa de Polonia es una defensa del feudalismo militar y de la teocracia. Los republicanos desterrados en Lóndres y en Ginebra, no podian participar de este sentido. El espíritu occidental los envolvia como la atmósfera, y para el espíritu occidental, Polonia es un pueblo mártir, un pueblo tres veces descuartizado, un pueblo, cuya indomable vitalidad asombra, y que tiene derecho á tomar cuerpo y sentarse entre las naciones europeas. Algunos de estos principios resplandecian vivamente en las obras, en los artículos de los republicanos rusos diseminados por Occidente. Rusia los maldijo. Así, el escritor nacional, cuyas cóleras tomaban la grandeza de las cóleras de todo un pueblo, cuyos escritos eran los escritos de toda una raza; capaz de despertar con su acerada palabra en las huesas los restos de los rusos esclavizados por Polonia, y capaz tambien de predicar una Cruzada exterminadora contra los católicos á la manera de la Cruzada católica contra los Albigenses; el escritor de esta fuerza, de este empuje, númen é inspiracion

de la *Gaceta* de Moscow, llamábase Katkof, y presentaba á los ojos de sus lectores entusiasmados el ministerio de la raza eslava en el mundo: llevar su pura sangre, su espíritu luminoso, su personalidad libre y su disciplina social á las razas occidentales necesitadas de una renovacion de su vida. Para este fin el Czar es como un jefe á caballo de una raza en armas, y Polonia un soldado de la vanguardia que se pasa á los enemigos, á los Emperadores y á los papas de Occidente. Era necesario ó someter ó matar á ese soldado. Por eso Katkof aplaudia las deportaciones á Siberia, los fusilamientos en las plazas de Varsovia, la violacion de las Iglesias, los incendios de las selvas; y presentaba á Mouravief en Polonia, como un ángel exterminador, que cumplia apocalípticamente los mandatos del Eterno.

La desgraciada revolucion polonesa circundó las sienes del escritor panlavista con una aureola de gloria. Pero el hervor de sus pasiones le llevó más allá del alcance de su pensamiento. Katkof ha admirado mucho las instituciones británicas, y ha caido en el bizantinismo ruso. Katkof se ha educado en Alemania y ha tenido, por ódio á Occidente, que odiar tambien la pátria de su espíritu. Katkof posee una razon independiente, y la ha sometido á la ortodóxia griega. Al representar el sentido de su raza, no lo ha purificado, lo ha seguido con ceguera incurable, y lo ha cegado tambien con sus propias preocupaciones. Coincidiendo con la guerra de Polonia, sobrevinieron los incendios de Rusia. Las llamas brotaban por todas partes. Desde los barrios populosos de Petersburgo, hasta las humildes chozas del campo humeaban, como si furias invisibles recurrieran con la tea en la mano todos los espacios de la nacion. Al mismo tiempo que estos incendios devastaban el suelo, innumerables manifiestos republicanos movian y alarmaban las conciencias. Para que nada faltase, los estudiantes se amotinaban en las Universidades. El partido republicano fué denunciado por Katkof, como perturbador, como rebelde, como incendiario. El poeta Michailof, enviado á Siberia y muerto allí; el periodista Tchernychevski, encerrado en una fortaleza; el desdichado Mastsanof, siervo que habia conseguido la emancipacion de su cuerpo, y que aspiraba á la emancipacion de su alma, encontrando en su nueva aspiracion toda suerte de males, dicen bien claramente que el despotismo, al sentirse criticado y urgado, habia sentido tambien renacer en sí la histórica, la implacable furia del Czar Nicolás. A estas desgracias del partido revolucionario ruso, sucedieron otras que escitaron aun más contra él y sus adeptos, la antigua cólera moscovita. Un dia se cometió terrible atentado contra la persona del Emperador. El brazo de un siervo que apartara la pistola, salvó la vida del Czar. La opinion pública imaginó que el regicida era un polaco. Pero el regicida resultó ruso, y ruso revolucionario. De aquí nuevo ensañamiento en la prensa contra la revolucion, y nuevas persecuciones contra los liberales. La idea que verdaderamente se ha abierto paso hasta el poder, ha sido la idea de Mr. Milutine, la idea del Czar revolucionario, la idea del Czar demócrata, la idea del Czar combatiendo á la aristocrácia y amparando á la plebe como los Césares romanos. Pero al partido revolucionario no le satisface y prosigue incansable, ya desde las sociedades secretas, ya desde las columnas de una prensa semi-libre, ya desde el destierro, la reivindicacion gloriosísima de la libertad, y la preparacion necesaria á la República.

¡Extraña Rusia! Bajo el dominio de una Iglesia intolerante las sectas más discordes pululan: unas que interpretan por sí mismas la Biblia á la manera protestante; otras que aguardan como los judíos el Mesías libertador de su raza; muchas que profesan, ya el principio maniqueo del eterno reinado sobre la naturaleza, en fuerzas iguales del bien y del mal, ya la práctica bárbara de la mutilacion á

lo Orígenes; algunas que corren á los desiertos, y allí encienden hogueras donde se abrasan voluntariamente los fanáticos; innumerables, que creen falseado el Nuevo Testamento y perdido el Viejo, vivo aun Cristo y errante sobre la tierra, vivo aun Pedro I, que encarna una de las manifestaciones del Mesianismo y que vendrá pronto á redimir á la tierra, mientras otras sectas, para las cuales el espíritu humano todavía no ha sufrido ninguna de sus maravillosas trasformaciones, hijas naturales de la Edad Media, aplican el oido á tierra, y aguardan silenciosas el momento supremo en que los cielos se desvanezcan como un vapor, y el planeta se disipe y se deshaga como un monton de cenizas, entre las espadas centelleantes de los ángeles exterminadores, y la cólera de Dios volcada como inmenso océano de hiel sobre todos los orbes. Y si bajo una Iglesia intolerante las sectas pululaban de esa suerte, bajo un cesarismo inmenso, que lleva en sus sienes como corona de diamantes los hielos del polo y en sus pies como sandalias de esmeraldas las ondas del Mediterráneo; que toca desde el frio mar blanco, hasta el meridional mar negro; que se enrosca á una porcion inmensa del planeta y penetra en el centro de los dos grandes continentes asiático y europeo; que cuenta bajo su cetro las razas más varias, el germano que se gloría de su carácter europeo, y el mongol, que conserva su carácter asiático; el lapon del polo, y el tártaro de la estepa; el griego, que es la raza más ilustre en lo pasado, y el eslavo, que espera ser la raza más ilustre en lo porvenir; bajo un cesarismo inmenso, armado de tantas fuerzas, defendido por tantos ejércitos; se reunen varios entusiastas apóstoles, oscuros, desarmados, hablando ó escribiendo desde el destierro, pero que hacen temblar á sus tiranos, porque tienen una fuerza incontrastable, la fuerza de una idea, cuya virtud ha de convertir, más tarde ó más temprano, esas legiones de razas siervas en una federacion, en una democrácia, en una libre y humanitaria República.

# CAPITULO XXVI.

## EL PROPAGANDISTA RUSO.

Uno de los escritores que más han contribuido en Europa á difundir la tésis originalísima del carácter democrático y socialista de los eslavos, es el escritor Hertzen. Mis lectores me perdonarán si reproduzco aquí su biografía que he publicado en otro lugar, y aparte de este trabajo, en el cual debe tener y tiene por necesidad inevitable un carácter predominante. Suprimir á Hertzen era imposible, porque suprimiamos la figura mas original y mas curiosa de la revolucion rusa. Presentarlo de dos maneras paréceme difícil. Además, este retrato fué hecho en presencia del original y no quiero retocarlo. Me contento, pues, con la reproduccion. Ya ha muerto despues de haber sido por espacio de mucho tiempo la víctima y la sombra del Emperador Nicolás y de su raza. Desde Lóndres primero, desde Ginebra despues, el escritor ruso lanzaba en estilo vivísimo, caldeado de fé, reluciente de poesía, llamamientos audaces á las razas eslavas para que cumplieran sus providenciales destinos. Me parece que todavía le estoy oyendo referirme poco antes de morir sus empeños revolucionarios, y sus audaces conjuraciones. Tenia el cuerpo breve, la cabeza grande, la cabellera larga y rubia como un godo, el color claro, la barba rara, los ojos pequeños y luminosos como aquellas pupilas de los ojos hunnos que, segun Jornandez, tanto aterraban á los degenerados romanos; todos los rasgos de las razas del Norte. Pero en cambio tenia en la viveza de su palabra, en el calor que la animaba, en las fuertes emociones que la sacudian, en los tránsitos bruscos de lo sublime á lo grotesco, en la variedad maravillosa, y en la gracia inimitable, todo el estro, toda la vena de los hombres del Mediodia. Para escribir el relato de la revolucion rusa habia escrito sus propias memorias, é hizo bien, porque sus memorias resumian todos los hechos revolucionarios que pasaban en la realidad, y todos los ideales que se descubrian claramente en la conciencia de los pensadores rusos. Hertzen era demócrata, republicano, federal; y ade-

más difundia con verdadero empeño las ideas sociales, destinadas á emancipar económicamente á los pueblos.

Con tales méritos, no hay para qué decirlo, pronto, muy pronto, fué á dar en el destierro, y á seguir la suerte de los desterrados á Siberia. A pesar de correr el mes de Abril, cuando le forzó el paternal gobierno ruso á emprender su viaje, los caminos estaban cubiertos de espesa capa de hielo, sobre la cual se resbalaban los caballos de su carruaje; y fuera de sus márgenes el Volga, en cuyas aguas estuvo á punto de perderse con su pequeña barca imperial, agujereada por un choque, henchida de agua, zozobrante, entre la indiferencia de los barqueros vecinos, la desesperacion del gerdarme custodio, los lloros del doméstico adscrito á su servicio, y las maldiciones del pobre barquero, dependiente del gobierno, que veia próximos castigos severísimos, y se lamentaba de que la barca se perdiera, y él no se ahogara; pues tan ruda y cruel es para los inferiores la bizantina administracion de los rusos. Son de estudiar en la animada descripcion de este viaje la barbarie de los empleados, la inmundicia de los paradores oficiales, la grosería de los gendarmes, las lamentaciones de los subprefectos que se quejan hasta de la disminucion en el consumo del aguardiente, cuyo despacho tiene monopolizado el gobierno, interesándole por ende fomentar el vicio de la bebida, que les aporta anualmente muchos millones de rublos.

Un pueblo, de corazon perdido por el despotismo, de estómago envenenado por el aguardiente, engendraba de necesidad corruptora política y corrompida administracion. Allá, en Perone, á las fronteras de Siberia, á la vista de las montañas Ourales, vivian multitud de polacos desterrados bajo el yugo de la infame burocracia rusa. Hertzen recibió del gobernador imperiosas órdenes de no tratar con ellos, al mismo tiempo que con ellos le juntaba el gobernador todos los sábados, merced á revistas de inspeccion celebradas en las oficinas del gobierno. Entre los desterrados conoció uno tan miserable de fortuna, como rico de alma, ido de Francia á Polonia para sublevar á sus conciudadanos, y enviado de Polonia á Siberia para purgar su gran delito, el delito de patriotismo. La mujer de este mártir corria, á la sazon, sola y á pié, sin saber casi el camino, guiada por su instinto como el ave, sostenida por el amor en aquel martirio, desde Polonia á Siberia, para unirse con su esposo en la soledad y en la tristeza del destierro.

Los empleados rusos, los burócratas castigan los territorios infelices que gobiernan con depredaciones propias más de conquistadores que de gobernantes. Entre las brutalidades entonces al uso contábase la increible de robar sus niños, sus pequeñuelos á los judíos, vestirlos de soldados, y en la edad más necesitada del cariño de las madres y el calor de los hogares, entregarlos á la vara del sargento y al frio del cuartel. Hertzen vió muchos, el que más de doce, el que ménos de ocho años, recien reclutados, conducidos por los desiertos de hielo, azotados por los glaciales vientos del mar blanco, llenos de heridas en sus cuerpos, y de tristeza en sus almas, que caian muertos á centenares por aquellas estepas, no tan desoladas ni tan tristes como las almas capaces de concebir y perpetrar estos crímenes.

De las fronteras de Siberia fué trasladado Hertzen á Viatka, region mas occidental, donde habia un gobernador, antiguo titiritero de ferias y fiestas populares, antiguo criminal y presidiario, cuya buena letra y cuya eterna paciencia en escribir dia y noche le conciliaron el afecto de un poderoso funcionario ruso, que lo elevó á la dignidad de gobernador, dignidad ejercida como un sátrapa, pues se abrogaba ciertos derechos feudales, que no son para nombrados, sobre el bello sexo. En cierta ocasion uno de los ofendidos, no recuerdo si esposo ó hermano, protestó, y púsolo á buen recaudo en los manico-

mios, á fin de poder probar con testimonios irrecusables que el ofendido era un loco, y la mujer por este defendida la amada de una noche del Emperador Alejandro, á la cual debia acatamiento y consideraciones un representante del Emperador Nicolás.

Cuando este gobernador se encontraba en Perone, enviáronle un noble, que llegó acompañado de su perro y de sus papagayos. Al mes, comprometido el nuevo confinado en amorosa aventura, salió á la calle de buena mañana en paños menores, persiguiendo á latigazos una infelíz mujer. Castigado con la internacion á Siberia por tal escándalo, convidó todas las personas de más viso en la ciudad á comer la víspera de su partida. Fué expléndido el banquete. Al terminar regalóles un pastel de carne, grande y sabrosísimo. Cuando lo hubieron comido y celebrado, díjoles: «no dudo que os haya sabido bien, porque esa carne es carne de mi perro.» Y arrojó la piel todavía ensangrentada sobre la mesa. Todos se pusieron malos de rábia y de asco. Leyendo los anales de los pueblos sometidos al despotismo, persuádese el ánimo de que el despotismo engendra así en las alturas como en los abismos sociales furiosa demencia. El Emperador Alejandro murió de melancolía; Nicolás casi de suicidio; el Czar reinante tiene en todos los rasgos de su rostro pintada torva tristeza; el general Souvarou despertaba á sus soldados cantando el canto del gallo por los campamentos; raras enfermedades morales y físicas, que son frecuentes en los libros de Tácito y de Suetonio.

Así no me extraña que en Rusia obligáran al demócrata Hertzen por fuerza á ser empleado del mismo gobernador que le atormentaba, y en el mismo gobierno que era como su vasto calabozo. Allí tenia el buen escritor, carácter de suyo inquieto, espíritu altivo, talento innovador y audáz, que resignarse á los burocráticos oficios de redactar estadísticas y que departir con empleados-máquinas, sujetos á ordenanza, siervos hasta de alma, esbirros de educacion, sin ningun sentimiento moral, sin ninguna idea elevada, tomando el cargo como vínculo, su ejercicio como socorrida industria; y oprimiendo al campesino que necesitaba de la administracion, cohechado y robado de mil modos, como bestia adscrita á los cargos públicos para la mejor explotacion y cultivo de tan pingües haciendas. Pero ¿qué extraño es todo esto en gentes dirigidas y mandadas, no ya por la arbitrariedad, sino por el capricho? Un dia se quemó el palacio de invierno. El Emperador Nicolás mandó que fuera reconstruido en el plazo de un año. Imposible obra tan larga en tiempo tan breve. Pero lo mandó, y no habia más que obedecer. El exceso de fatiga mató á innumerables trabajadores. Un dia criticó esta barbárie en la escuela de ingenieros cierto alumno. El gobierno quiso saber quién era el atrevido crítico. Negáronse sus compañeros á denunciarle, y todos fueron azotados. Uno de ellos, por no sufrir tal afrenta, lanzóse de una ventana y estrelló su cabeza contra las losas del patio. De tal suerte gobiernan los autócratas.

Y este gobierno era todavía más cruel y arbitrario en la persona de sus agentes y gobernadores allá por Siberia. El gobernador general Petel oprimia á los infelices campesinos y vedaba que sus quejas llegáran al Emperador, abriendo en la frontera las cartas y castigando como delitos los lamentos. Un hijo suyo conspiró por la libertad y fué ahorcado. Cuando estaba en capilla, entró el inhumano padre, y en vez de llorar, le reconvino ágriamente: que así muere la conciencia, así la naturaleza se asfixia y desaparece en los destinados á servir al despotismo. El hijo le respondió en esta frase; «muero por una idea, padre, por la idea de evitar en lo sucesivo á mi pátria gobernadores como vos.»

Imposible tal empresa; uno de los sucesores de Petel abria los caminos de su provincia por los mismos procedimientos de Nicolás para reedificar palacios. Otro, sin ser sacer-

dote, decia misa con toda pompa y toda solemnidad los domingos en su capilla y á presencia del arzobispo. Otro, siempre que se emborrachaba, hacia salvas con los cañones de las fortalezas para saludar como un grande acontecimiento su divina embriaguéz. Y estos hombres se creen de todo punto infalibles. Cierto agente administrativo contó entre los muertos de una casa de beneficencia un oficial espirante. Pero por uno de esos cambios súbitos en la naturaleza, no espiró el moribundo. Su muerte fué, sin embargo, anunciada; y los inferiores ascendieron y los parientes heredaron las tierras que le pertenecian. Cuando sanó y pidió la restitucion de su grado y de sus tierras, díjole el gobierno: «negado,» porque la estadística señaló á su tiempo irrevocablemente la situacion y estado de este oficial. Vivió todavía mucho, aunque para el gobierno estuvo siempre entre los muertos.

Así, los campesinos rusos cuentan por dias nefastos aquellos en que ven aparecer el ingeniero ó ayudante de ingeniero á señalar caminos; el agrimensor á medir tierras; el sacerdote á enterarse de los sacramentos recibidos por sus hijos; y solo conoce un medio de conjurar estas calamidades, tenderles unos cuantos rublos en papel, secos frutos de sus contínuos afanes. Y no hay miedo que se descubra el cohecho, porque la ley castiga igualmente al cohechador y al cohechado, al funcionario que con amenazas estafa y al pobre estafado; al que da casi por necesidad y al que recibe el dinero.

Así la impunidad es universal. Pero como sucede en las naciones entregadas á lo arbitrario, pagó por todos el más inocente. A la caida del primer imperio francés, á la victoria del imperio ruso, cuando el favorito de la fortuna y de la guerra bogaba hácia su prision de Santa Helena, creíase el Emperador Alejandro dueño del mundo; y poseido de exaltado misticismo, elevándose sobre antiguas dudas, proclamaba á Dios como dispensador supremo de tanta gloria para él, y de tanto poder para su autoridad mesiánica y cuasi-divina. Queriendo de alguna suerte perpetuar su sentimiento de gratitud, pensó erigir en Moscow, la ciudad santa, que habia sido tambien la ciudad sacrificada, grandioso templo á Dios. Un arquitecto de génio, habia imaginado construir esta obra, que debia eclipsar todas las obras humanas en piedra, dentro de las entrañas y sobre la cima de esbelta colina, que domina la capital antigua de Rusia. El templo debia ser en su primer cuerpo un sepulcro iluminado por escasa luz, abierto en el seno de la colina, destinado á guardar las cenizas de los mártires de la independencia; y en su segundo cuerpo, basado sobre grandes pirámides egipcias, una Iglesia de Cristo, del Verbo, del combate por la verdad, del sacrificio en la crucifixion, ornado de profetas y de santos, que unieran en sus simbólicas figuras el Antiguo con el Nuevo Testamento; y en su tercer cuerpo, especie de sagrado que contuviera y encerrara la idea incomunicable de Dios, un santuario, sin ninguna figura, de largas líneas, de grandes dimensiones, empapado en místicos matices, erigido airosamente sobre inmenso intercolumnio, y rematado por la cúpula mayor que hubiera conocido el mundo, perdiéndose como la oracion de los fieles, como el incienso de los sacerdotes, en la inmensidad de los cielos. Witberg se llamaba el arquitecto que habia concebido la obra. Mas puesto á la cabeza de una comision encargado de traer los materiales, vendido por los mismos que le rodeaban, estafado indignamente, cayeron sobre él todos los rigores de los Czares, y vivió pobre en el destierro, y murió deshonrado, pidiendo en vano la justa y merecida rehabilitacion de su nombre.

Este grande artista fué uno de los compañeros y de los amigos de Hertzen, allá en la segunda estacion de su destierro, en Viatka. Pero bien pronto iba á comenzar la tercera y la más feliz. A consecuencia de un viaje del actual Emperador, á la sazon príncipe here-

dero, las penas del desterrado se mitigaron y se dulcificó su destierro. Hertzen fué conducido de Viatka á Vladimiro, ciudad ya más cercana á Moscow. Las dos primeras épocas del destierro habian durado desde Abril de 1835 hasta Enero de 1838. Llegado á Vladimiro, los recuerdos de su vida pasada, los sentimientos de su corazon exaltado, le llevaron á compartir su ser con una hermosa é inteligente jóven, á quien habia amado mucho, y que mucho le amaba tambien. Era de su propia familia, prima suya, huérfana de padre y madre, pobre, protegida de una tia de ambos amantes, tia noble, rica, aristocrática, reaccionaria, egoista, gruñona, encerrada en viejo palacio, donde los muebles seculares, los ahumados retratos de familia pendientes en paredes vestidas de riquísimas telas descoloridas; los escudos bordados en todas las cortinas, las arañas de cristal oscurecidas por el tiempo y por el humo; los adornos de antigua porcelana; los viejos relojes con su sonido lúgubre; los siervos cargados de libreas; las ancianas criadas vestidas y tocadas á inmemorial usanza; los monos que tosian de viejos y los papagayos que de viejos se desplumaban, como que eran testimonios de eterna repulsion al espíritu moderno, y de aislamiento inaccesible á todas las ideas de nuestro siglo. Allí, en aquella casa feudal, la hermosa Natalia, privada de todo cariño, adivinaba al través de su servidumbre otra vida, otros sentimientos, otras ideas. La víspera de la partida de su primo para Siberia, fué á la prision, y con una mirada le reveló su amor, y en cartas escritas á hurtadillas, se lo dijeron. Descubriólo la tia, y se opuso á que Natalia, educada por ella, se casara con un calavera, con un demente, con un desterrado, con un demócrata, con un jóven caido de la gracia del clero, de la nobleza y del Czar. Hertzen dejó sigilosamente su destierro de Vladimiro, tomó el camino de Moscow, fué á la ciudad, obtuvo de Natalia que saliera á encontrarle en sitio de antemano designado, y se la llevó á su destierro, donde unióse en matrimonio con ella ante Dios y los hombres. Este amor fué bien pronto bendecido, consagrado por el nacimiento de un hijo, que vino á confundir más y más aquellos dos corazones llenos de amor, aquellas dos almas henchidas de poesía, dadas ambas al culto de las ideas de su siglo, y que solamente tocaban á la realidad, para embellecerla con sus esperanzas, y para modificarla con sus arraigadas ideas de progreso y de reforma.

En 1839, se levantó su destierro y pudo ir á Moscow, donde encontrara sus antiguos amigos, dados al trabajo del pensamiento filosófico, y al culto de las esperanzas sociales. Caso verdaderamente original y que apenas comprendemos en los pueblos de Occidente. El revolucionario, siempre perseguido, estaba siempre empleado. En Viatka habia sido adscrito al gobierno de la provincia y á la seccion de Estadística; en Vladimiro, á las oficinas del periódico oficial. Los diarios rusos del tiempo, merecen una especialísima mencion. Bajo aquella fuerte censura, en la necesidad de ocultar todo pensamiento libre, la nacion callaba amordazada; pero en cambio el gobierno escribia sin tasa y derramaba torrentes de negra tinta sobre el pueblo, como para oscurecer más su conciencia. Cada ministro tenia su periódico; y cada gobierno de provincia lo mismo. Para redactarlos hacíanse levas de escritores, quedándose con aquellos, que mostraban tener, si no buen estilo, buena ortografía. Y todo su deber estribaba en seguir ciegamente la consigna oficial.

Apenas llegado del destierro, su padre obligó á Hertzen á ir á San Petersburgo, donde le reservaba el ministro de la Gobernacion otro empleo en las oficinas de Heráldica. Moscow es la capital de la tradicion rusa, la capital del pensamiento ruso; Petersburgo es la capital de la burocracia rusa, la capital del Imperio aleman sobrepuesto al espíritu moscovita, nunca fatigado de reivindicar su antiguo predominio. Por consecuencia, Pe-

tersburgo es la ciudad de los esbirros y de los espías. Sí, espía el mozo de la fonda que enciende la chimenea; espía, el peluquero que os mueve á hablar mientras os peina y adereza el cabello; espía, la lavandera; espía, el comerciante, para quien llevais vuestras cartas de crédito, ó vuestras letras de cambio; el espía os sigue, se pega á vuestro cuerpo, á vuestra conciencia, vela invisible vuestro sueño; parece el aire, que os rodea perpetuamente. Como Hertzen hablara á un pariente suyo de la estatua de Pedro I, que ante la fonda se alzaba oscura y casi negra sobre la nieve, y recordara el primer grito de libertad lanzado á los piés de tal estatua, una seña expresiva le impuso silencio, recordándole el peligro de tales conversaciones, en la residencia del Emperador omnipotente. A los pocos dias, cuando más descuidado estaba, entra un gendarme en su habitacion, le manda seguirle, y tomándolo en un trineo, le lleva á presencia del director general de policía, que á boca de jarro, lánzale la amenaza de un nuevo destierro en Siberia. Pero ¿por qué? pregunta afligido, sin atinar con la causa de este nuevo tormento, horrible para un jóven casado y con hijos. «Por haber creido y divulgado la noticia de que un gendarme, un empleado en la policía imperial, robó y mató á un transeunte en las calles de la capital hace tres noches. «Pero si todo el mundo lo cuenta,» replicó Hertzen. «Son noticias ofensivas á la majestad del Emperador y al crédito del gobierno,» le dijo el general. Lo peor del caso, era que Hetzen no lo habia contado á nadie en Petersburgo; lo habia escrit) en carta á su padre. Y esta carta le costó humillaciones propias, pesadumbres de familia, destierro larguísimo; y un aborto á su mujer, herida por la presencia insólita del gendarme y la tardanza en el regreso del marido, á quien creia ya por siempre condenado á las minas de Siberia, pena tan triste como la pena de muerte. Estas persecuciones, despues de todo, mostraban los remordimientos del Emperador.

Pero ¡qué castigo habria para los déspotas, si no tuvieran la conciencia en remordimientos, la vida en zozobra! Ahogan el espíritu humano, arrancan la voz al pensamiento, extienden la soledad sobre la conciencia, apagan la luz de las ideas; no hay partidos en su imperio; no hay controversias en sus academias; todos creen lo que uno solo cree; todos ruegan públicamente á Dios por el mismo que los oprime y los degrada. El Imperio está en paz, porque está en silencio. Pero súbito estalla una conjuracion de cuartel, ó de serrallo. El cortesano, que besaba de rodillas, temblando los piés al opresor, saca un puñal y hiere. La mujer, que se prostituia á sus antojos, y le engañaba con mentidos trasportes, derrama unas cuantas gotas de corrosivo vino en la copa de la orgía, y envenena. El pretoriano, que blandia su lanza á las puertas del palacio para ahuyentar la cólera del pueblo, vuelve esa lanza contra su señor, y destrona. Como se ha sobrepuesto á la naturaleza el tirano, véngase de él ruidosamente la naturaleza. Como ha podrido las conciencias, no encuentra en la adversidad una conciencia pura. Los sentimientos más universales y más humanos huyen del corazon de su familia. La mujer le desprecia, el hijo le aborrece, el padre le maldice. En su propio lecho está la conjuracion. Su vida habrá podido ser vida de omnipotencia y de placeres, pero es su muerte, ese nacimiento de las almas grandes, muerte de dolor y de angustia. Estudiando el fin de los déspotas, he visto la inmortalidad del humano sér, la perennidad de la humana vida, porque en la agonía comienza verdaderamente para ellos la justicia.

La historia romana es la fisiologia experimental del despotismo. Augusto, que muere en su lecho, muere con sardónica sonrisa en los lábios, con frio escepticismo en el alma, creyendo su imperio una farsa, su vida una comedia, su fin el fin de un histrion. Tiberio espira huyendo del Senado y de su conciencia, en la casa de Lúculo, ahogado bajo las

almohadas de su lecho, sin saber á quien irá el anillo con que se habia como desposado con la tierra, oyendo ya anticipadamente las expansiones ruidosas de la alegría causada por la noticia de su muerte en la córte y en el pueblo. Calígula es herido entre comediantes asiáticos, y espira pidiendo en vano compasion á sus verdugos. Cláudio es envenenado por su propia mujer. Neron quisiera conservar la vida, convertirse de cesar en cantor, pasar del trono al teatro; ya cava una tumba para tomar tiempo; ya conjura á sus compañeros á que se mate alguno para darle ejemplo; ya llora y suplica, hasta que se atraviesa con gran trabajo una espada por la garganta, y muere en la desesperacion y la vergüenza. Galba cae asesinado en las calles, y su cabeza, separada del tronco, rueda por lugares inmundos, como piedra de cloaca. Othon se suicida. El gloton Vitelio huye entre su carnicero y su cocinero; se refugia en una portería; cae en manos de sus enemigos, niega su nombre, su persona; y es atado por el cuello con larga soga, conducido entre dicharachos del pueblo y pedrea mezclada con lluvia de fango y excrementos, á las orillas del Tiber, donde á puntapiés le rematan. Si Vespasiano murió erguido, Tito, el primer hijo de Vespasiano, muere de melancolía en su litera, llorando como débil mujer, creyendo oir el trueno amenazador en el cielo claro, asaltado por obsesiones de infernal terror; y Domiciano, el hijo segundo, muere herido en el bajo vientre por sus domésticos, luchando con una turba de libertos, de pretorianos, de gladiadores que le insultan, le escupen, le golpean, le atormentan y le acaban entre resuellos de rábia y carcajadas de burla.

Y así han muerto tambien desde hace más de un siglo los déspotas rusos: que la humanidad vive bajo leyes ineludibles. Pedro III es perseguido por Catalina, su mujer, la Pasifae del Norte, la grosera erótica furia de la sensualidad coronada. Prisionero, los mismos que le prometen libertad le envenenan sigilosamente en animadísimas veladas, donde, entre cuentecillo y cuentecillo, juramento y juramento, maldicion y maldicion, consúmense copas rebosantes de todos los licores. Cuando Pedro siente los primeros efectos del veneno, vuélvese airado contra los asesinos. Conocen éstos que no debe perderse tiempo, y le asaltan como á un toro bravo, lo sujetan á pesar de sus hercúleos esfuerzos, lo derriban á tierra, cayendo arrastrados por sus estremecimientos y su violencia hasta que al fin le hieren con mil heridas en todo el cuerpo, y le machacan la cabeza contra el suelo. Al dia siguiente, la Emperatriz desolada depositaba en magnificentísimo catafalco el cuerpo de su esposo vestido con traje de general prusiano. Tienen por costumbre los rusos besar en los labios el cadáver de sus deudos. Las muchedumbres besan los cadáveres de los Czares. Cuantos besaron los labios de Pedro III bebieron el veneno, y experimentaron súbitas hinchazones en sus propios labios: que tan corrosivo era el líquido, y tan implacable la amante esposa del Czar. Pablo I murió lo mismo. Sus siervos, sus domésticos, sus cortesanos tiraban de las cintas que debian ahogar aquel salvaje. Alejandro, despues de haber sido de Napoleon amigo y enemigo; de haber intentado repartirse con éste toda Europa como un prédio; de haber ido desde el incendio de Moscow á las victorias de París; estenuado de cuerpo en vicios eróticos, exaltado de alma en visiones místicas; creyéndose, ya un Mesías, ya un ministro de las venganzas divinas, ó ya un criminal castigado por torcedores de conciencia; viendo que el imperio mayor de la tierra, un imperio, cuyos límites apenas conocia; el ganado más numeroso de siervos que contaba la historia moderna, jamás bastaron á satisfacer su ambicion, ni á mitigar la sed de su deseo; encerróse como un eremita en la campiña, y allí murió á la manera de Tito, entre obsesiones y terrores, medio loco, airado contra sí mismo, de sí

mismo maldecido, sin creer en la humanidad y sin esperar en Dios. Y Nicolás á nuestra misma vista, en cuanto recibió la noticia de sus reveses, en cuanto supo la debilidad de su imperio, á pesar de que el médico de Cámara lo retenia de la brida del caballo, para que no saliese á una revista en dia rigidísimo y estando enfermo, por ser aquella salida un suicidio, salió desesperado en busca de la muerte. ¿Qué mucho, pues, si aquellos que así mueren, viven temblando hasta de las palabras y de las cartas de sus vasallos? ¿No es cada vasallo una víctima suya? ¿Y no es cada víctima suya un cadáver, sí, un cadáver ambulante, sin conciencia y sin alma, porque no existen allí donde no existe la libertad humana? Y estas víctimas le envían á la conciencia, quiera ó no quiera, miles de remordimientos.

El caso que veníamos refiriendo prueba en término último cuán azarosa es la vida de un tirano. Alejandro Hertzen habia escrito á su padre que uno de los representantes del déspota asesinaba en las calles y por las noches á los transeuntes. Alejandro Hertzen merecia implacables castigos, porque revelaba sus tendencias incontrastables á la crítica, que es la revolucion en la conciencia, en el espíritu. Mas sus destierros eran bien singulares destierros. Tratado como el hijo pródigo de una familia monárquica y aristocrática, pasaba de empleo á empleo en sus largas y forzosas correrías por todo el territorio de Rusia. Del Ministerio del Interior en San Petersburgo, iba al Consejo de Regencia en Nougorod. Inútilmente, una de las más consideradas princesas rusas se interesó por él; Nicolás fué inflexible, y no hubo más remedio que abandonar la córte y partirse para la provincia.

El cargo de consejero de regencia era una especie de ministerio de los gobernadores de provincia. Todas las mañanas debian los consejeros ponerse su uniforme, ceñirse su espada é ir á la recepcion del gefe, que entraba arrastrando su sable y haciendo reverencias, á firmar las diversas disposiciones del dia anterior, sin tomarse siquiera el trabajo de leerlas, y sin que permitiera á los demás de viva voz comentarlas, no sea que llegáran á imaginarse miembros de Asambleas deliberantes. Hertzen, que desempeñaba negociados varios, tenia entre ellos el de inspeccion de policía, y como estaba él sometido á la vigilancia de la policía, quiere decir que estaba sometido á la vigilancia de sí mismo. Todas las semanas llegaba el informe que sus subordinados solian dejar por deferencia en blanco, y trazaba estas palabras inflexiblemente: adscrito al servicio del Emperador.

En este cargo podia hacer é hizo favores reales á dos clases de séres igualmente infelices; á los siervos y á los sectarios. Son estos unos campesinos, que disintiendo de la religion griega, de la religion oficial, acuden al desierto por todas partes presente en la inmensa Rusia para salvar la fé de sus almas, el tesoro de sus creencias. Los sectarios de Nougorod creian principalmente en la revelacion y en la asistencia de un espíritu puro que se comunicaba estrechamente con su espíritu. Pablo I quiso conocer al anciano que en su tiempo presidia esta tríbu. El anciano se presentó, y por ser muestra de respeto en los suyos permanecer cubiertos, no se quitó su gorra de pieles. Tomóla á irreverencia el bárbaro Czar, y mandó que le condujeran á Siberia y quemaran la aldea donde se albergaba. Uno de sus ministros se echó, pasados varios dias, á los piés del Emperador y le dijo que no habia cumplido ni una ni otra órden, esperando las confirmara el Czar en mayor calma. No las confirmó, y fué encerrado el sectario en convento, donde edificaba á los monges moscovitas, en su mayoría glotones y borrachos, con la pureza de sus costumbres, severas hasta la austeridad, y la abnegacion de su vida consagrada al bien de todos sus semejantes. Las persecuciones aumentaron los sectarios. Y el jóven republicano pudo fa-

vorecer aun á muchos en su cargo de consejero, y evitarles grandes molestias.

Más difícil era amparar á los trabajadores del campo; pues para amparar á los trabajadores del campo debia reñir con los nobles. Sin embargo, por todos los medios que tenia á su alcance, los amparaba. ¿Y qué podia hacer contra la fatalidad de las instituciones? La sierva de un coronel entraba en el comedor con una tetera llena de agua hirviente, y el pequeñuelo del coronel que salia, tropieza con ella, y se abrasa la mano. ¿Qué castigo inventó el señor á este daño hecho involuntariamente por la sierva? La pena de Talion. Mandó traer un hijo, un niño de doce años que la esclava tenia, y le sumergió la mano en agua hirviente.

Las colonias militares eran una creacion digna de las siniestras fantasías de la Edad Media. Todos los delirios del despotismo arriba; todos los horrores de la servidumbre abajo. Habíase puesto á su cabeza uno de esos generales que resumen y compendian los vicios del imperio moscovita, que tienen la ferocidad del tártaro, la soberbia del mongol, y la fria indiferencia del sargento aleman reducido á máquina por la disciplina y la táctica del gran Federico. Llamábase Araktcheief. Tenia una querida insolente, grosera, que golpeaba á todo el mundo, y la asesinaron. El déspota empapó su pañuelo en sangre de la mujer amada, se lo puso sobre el corazon, y juró tomar una terrible venganza. Aunque el asesino fué su propio cocinero, no pudo descubrirlo sino muy tarde. Entretanto las prisiones se llenaron de inocentes, y los huesos crugieron destrozados innumerables veces en el potro. Hasta los transeuntes eran presos, y puestos á cuestion sobre la espantosa máquina del tormento y bajo el chasqueante Kouth. El criminal llegó á horrores monstruosos en su salvaje cólera. Tuvo sospechas de una pobre mujer inocente, y le dió tormento en el palacio mismo donde el mónstruo vivia. La infeliz estaba en cinta, y pedia piedad, no para sí, para el fruto el sus entrañas, para el sér que en su seno se agitaba, anheloso por la luz y por la vida. No hubo piedad. El látigo mordió las carnes, el tormento descoyuntó los huesos de la mártir, que espiró al dolor y á la vergüenza, matando de su muerte el triste hijo, antes de nacer, castigado.

El espíritu del jóven demócrata se enardecia á presencia de estos tristísimos ejemplos, que en su tiempo, y en tiempos anteriores, mostraban todos los crímenes del despotismo. Cierto dia que estando en el palacio del gobernador se presentó una campesina, condenada por su amo á separarse para siempre del hijo único que la infeliz tenia, y á permanecer de por vida en Siberia; como Alejandro nada alcanzára en su bien, presentó la dimision de su cargo, que solo podian ejercer los crueles y lucrar los concusionarios; y se retiró á Moscow bajo la alta inspeccion de la policía.

En Nougorod su vida era tristísima. Algunas veces la hipocondria le aquejaba en términos que entristecia á cuantos le rodeaban. Nathalia era naturalmente la más triste. Quisiera la mujer, naturaleza en su esencia afectiva, reducir toda la vida de sus amantes, de sus esposos al sentimiento; encerrarlos en el fondo del corazon, y convertir el amor en la única tierra, en el único cielo del sér amado. Como á ellas, ¡tan buenas! les basta por toda felicidad con la felicidad del hogar doméstico, creen posible abreviar así, compendiar así la vida más dilatada, y expansiva y multiforme del hombre. Sér que existe fuera de su sér, en el nido de otro corazon y al calor vivísimo del sentimiento, necesitando más que la luz del sol la luz de unos ojos queridos, y más que el aire de la atmósfera el suspiro y el aliento del amor, la mujer no comprende que haya para el hombre otro mundo que el mundo del hogar, ni otro cuidado que el cuidado de la familia, ni otra vida que la vida de los afectos, de los recuerdos, de las esperanzas para ella esenciales á su

existencia. Es un sér amante, y por lo mismo un sér celoso. Quisiera que sus éxtasis se comunicaran al hombre á quien ama con ese sublime egoismo sin el cual cree siempre vano y mentido el amor. Por eso, cuando ve que la política, que la ciencia absorben mucho la vida del hombre, se imagina la mujer que la política y la ciencia toman formas plásticas, y son rivales hermosas, que le arrebatan el cariño por ella exclusivamente exigido como culto intolerante, único á la divinidad de su amor. Nathalia era una mujer de sobresaliente mérito. Habia trocado un palacio por un destierro; y una rica herencia por un amor exaltado. Su afeccion hácia Alejando era tan grande, que perdió en sus brazos y en el comercio contínuo con sus ideas la religion aprendida en la cuna, observada en el hogar. Así descolgó el bizantino altarcito lleno de santos griegos; apagó las lámparas que ante estos altarcitos ardian; extinguió la oracion en sus labios, la antigua fé en el pecho; y abrazando las ideas filosóficas de su esposo, trocó toda aquella poesía, todas aquellas leyendas, perfumadas de incienso, embeliecidas por la historia, acompañadas de solemnes cánticos, nacidas entre la liturgia griega, y adoradas por siglos de siglos, trocólas todas por las rudas fórmulas de la hegeliana ciencia de su esposo. Hé ahí la mujer. Entrega á su amante corazon y conciencia; fé y esperanza; y sin él no quiere el cielo, y con él cree que hallará la felicidad hasta en el infierno. Llevada de esta exaltacion quejábase Nathalia de que Alejandro se entristeciera en Nougorod, cuando en Nougorod estaba ella, sí, ella, que solo vivirá para Alejandro, en cuyo amor habian desaparecido hasta su religion y sus creencias.

Bien es verdad que las costumbres del clero cismático-griego eran poco idóneas para mantener la fé en las almas puras. Hertzen cuenta en sus Memorias la muerte de un doméstico suyo, Matres, el compañero de destierro, ahogado en el estanque de una de sus posesiones del centro de Rusia. Padre Juan se llamaba el sacerdote ó cura de aquella localidad. Cuando el cuerpo estaba yerto, en su presencia, y en medio de las ceremonias religiosas para recogerlo, y de los procedimientos legales para testificar su fin, ya pedia padre Juan algo que comer, y sobre todo que beber. En el momento de salir con el cadáver salmodiando los versículos del ritual, interrumpia el cántico para preguntar si serian abundantes las agapas, las cenas de los funerales. Tenia por hábito emborracharse en todas las festividades religiosas, hasta caer desplomado sobre el suelo. Cogíanlo entonces como un fardo los campesinos, arrojábanlo en su carro, dejaban la rienda sobre el lomo del mulo, y este animal, más inteligente y ménos vicioso que el ungido del Señor, le llevaba por instinto y sin necesidad alguna de guias ni carreteros á su casa. Por regla general su esposa se encontraba en el mismo estado de beatitud alcohólica que el buen sacerdote. Solo habia firme en aquella familia la hija única de tan santo matrimonio, que se echaba entre pecho y espalda enorme tasa de aguardiente ó de ron, y su cabeza permanecia grave, serena, sólida, como si la hubieran fabricado en piedra. La embriaguez no era el vicio único de su santo padre, aquejábale tambien desapoderada codicia de los agenos bienes. Y cuenta Hertzen que llegó en su desenfreno hasta robar el reló á su mismo sacristan. La inmoralidad de su vida no se compensaba con la lucidez de su inteligencia, porque desconocia el griego, el latin, y á duras penas murmuraba entre dientes ininteligibles oraciones. Así molestaba frecuentemente á los crédulos campesinos, asegurándoles que no valian ni un sorbo de aguardiente las oraciones que él rezaba y las misas que él decia. Admiremos, pues, al clero de los rusos.

Alejandro Hertzen pasó despues de 1840 á Moscow, donde por muerte de su padre recibió una rica herencia, y de Moscow á Petersburgo en 1845, donde necesitó mover todas

sus relaciones para conseguir un pasaporte al extranjero. Cuando dejó aquella Rusia con su Emperador absoluto en la cima, con sus manadas de siervos en la base; con su clero desmoralizado é intolerante; con su ejército á servicio de todo despotismo; con su policía que cela desde el hogar y la alcoba hasta el recorte de las patillas ó de las barbas; con sus universidades montadas como un cuartel y dirigidas por generales; con sus naciones degolladas y palpitantes; con sus varias razas encorvadas bajo el látigo; Hertzen respiró y sintió avivarse, crecer su sentido revolucionario, contemplando el pensamiento, brillar en las conciencias, y la palabra huir serena de los lábios sin mordazas, y la prensa brotar como un árbol que diariamente se renovára, hojas cargadas de ideas, y las universidades discutir todos los varios sistemas que forman la trama de la ciencia, y tronar desde la tribuna esa elevadísima montaña moral en discursos admirables las nobles aspiraciones de los pueblos, y encresparse las muchedumbres en los comicios para prestar más fuerza é impulsar con más soberano impulso la civilizacion á sus fines naturales, á realizar la justicia; maravilloso espectáculo, en cuyo goce no se cansaba nunca, apareciendo á sus ojos la existencia pasada en la servidumbre, en el silencio, en los destierros, en las persecuciones de la policía, en la esclavitud de la vida y del pensamiento, como un sueño de muerte en el fondo de un podrido sepulcro.

Entonces sintió Hertzen una grande pasion por la propaganda revolucionaria en su pátria. Creia él que no obstante la ortodoxia estrecha de la iglesia rusa, y el despotismo semi-mongol y semi-aleman de la córte, en la raza cosaca habia un fondo de independencia, cualidades individualistas, espíritu personal y propio, facultades brillantísimas, que la hacian capáz de un régimen tan liberal como el régimen de los pueblos americanos. Para Hertzen los cosacos eran una especie de sajones continentales, inquietos, batalladores, nómadas, sintiendo siempre una voz que les decia libertad, y que les empujaba adelante, como si tuvieran que destruir algun viejo imperio y que levantar alguna nueva sociedad. Y si esto eran los cosacos á sus ojos, los eslavos eran algo más, eran por el génio municipal, por la propiedad colectiva, por la comunidad de los instrumentos del trabajo, por la mezcla de la independencia más individualista con el espíritu más social, cualidades exclusivas de su privilegiada naturaleza; el pueblo apercibido á fundar en nuevas bases de solidaridad y de armonía la vida económica de las modernas democracias.

En su sentir, lo que este pueblo necesitaba era una voz que lo despertase, un clarin que, resonando en su oido, lo llamára á vivir y á luchar en la sociedad por el derecho. Despues de haber asistido al nacimiento y á la muerte de la revolucion de Febrero en París, Alejandro Hertzen se retiró á Lóndres y allí emprendió la publicacion de un periódico en ruso y en francés, que se llamaba *La Campana.* A esta larga distancia, un periódico ruso parece que debia interesar poco á un Emperador elevado sobre tan alto trono. Pues no era así. Caíale en las manos la maldita hoja como si le lloviera del cielo. Encontrábala en su jardin, en su palacio, en su alcoba; diríase que la arrastraban hasta allí las ráfagas del viento. Nicolás sentia la publicacion de aquella hoja, que denunciaba todas las brutalidades de su gobierno; sentíala por los reyes y pueblos extranjeros, por la emigracion rusa que vagaba en Europa, por los mismos pueblos de su imperio á cuyos oidos pudiera llegar aquella palabra creadora de nuevas almas. Cuando Hertzen pidió por primera vez á Nicolás su pasaporte, puso el Emperador al márgen de su puño y letra en lápiz: demasiado pronto. El influjo poderoso de la princesa Olga Alejandrouna, suegra de Orlof, querida un tiempo de Jorge IV de Inglaterra, y directora de la conjuracion que asesinó al Emperador Pablo I, alcanzóle el pa-

saporte, ¡Cómo sentiria Nicolás haberle dejado escapar de esa suerte, para que llevára á conocimiento de las extrañas naciones los gérmenes revolucionarios depositados por la naturaleza y por la historia,en el seno de Rusia! Intimóle que volviera, y naturalmente se negó Hertzen á volver. Entonces le confiscó todos los bienes que tenia en Rusia. Los golpes de Hertzen redoblaban á medida que crecia la ira de Nicolás. El Emperador debió creer lo que creia Felipe II; debió creer en su dominio eminente sobre la vida y aun el alma de sus vasallos como Czar y como Papa. Cuentan de Felipe II que cuando tenia escrúpulo en mandar un asesinato, lo calmaba con el pensamiento de que la vida de los vasallos pertenece á sus reyes. Lo cierto es que en virtud de un razonamiento análogo, mandó Nicolás algunos esbirros á Lóndres contra el escritor revolucionario con más aire de asesinos que de jueces. Las ideas nuevas, á pesar de la férrea mano que pesaba sobre las conciencias en Rusia, habíanse extendido hasta crear otra policía secreta de la libertad frente á frente de la policía secreta del Imperio. Hertzen sabia los esbirros imperiales, que so color de amigos, le cercaban en Lóndres. Cierta vez convidó á beber en una taberna á uno de ellos, y cuando más dado se hallaba á las elucubraciones revolucionarias inspiradas por la necesidad de encubrir su ministerio, sacóle Hertzen un retrato fotográfico hecho en Petersburgo, y á cuyo pié se leian estas palabras: esbirro de Nicolás. Imaginaos cuál sería el asombro del pobre diablo. A la muerte de Nicolás, las persecuciones se mitigaron; pero tambien se mitigó la oposicion de Hertzen. La ley de emancipacion de los siervos cautivó su alma y engendró en ella nuevas apocalípticas esperanzas sobre el grandioso ministerio de la raza eslava en el mundo moderno. Así de Lóndres trasladó su periódico á Ginebra.

En su retiro de Suiza difundia las ideás revolucionarias, con las ideas revolucionarias las esperanzas de una renovacion verdadera en su raza, y por medio del ejemplo de su raza, en toda Europa. Embargado en estas gravísimas ocupaciones, sobrevino el Congreso político de Ginebra, que se llamó Congreso de la paz y fué Congreso de la República. Representantes revolucionarios de todos los pueblos se juntaron en aquella Asamblea.

Uno de los primeros invitados al Concilio de los nuevos dogmas, fué el escritor ruso, que tanto ha trabajado por la difusion de estos dogmas en estepas desiertas y en razas primitivas. No obstante su carácter revolucionario, escusóse Hertzen de asistir al Congreso revolucionario, y escusóse por la cuestion rusa, creyendo que los demócratas occidentales jamás serian justos con su nacion y con las esperanzas que su nacion, desconocida generalmente, guarda en sus entrañas. No se engañaba. Sus pretensiones originales de renovacion por los municipios eslavos y la sangre cosaca, iban á suscitar grande oposicion, á lo menos grande extrañeza en los revolucionarios de Occidente. Un emigrado aleman llevó al seno del Congreso vehementísimo discurso contra los eslavos en general, y contra Rusia en particular. Criticaba acerbamente su papa-cosaco, mitrado y á caballo, con el sable al cinto y la cruz en las manos; su religion enemiga del respeto á toda otra creencia, y basada en ortodoxia soberbia; sus manadas de pueblos hambrientos y helados, acariciando la esperanza de festin contínuo en las tierras de calor benéfico; sus pretensiones históricas á representar en el seno de tosca barbárie, ya corrupta, el antiguo y puro ingenio griego; sus hordas de escitas, medio bestias, medio hombres, mandadas por germanos renegados, y amenazadoras á la civilizacion occidental; sus generales-ogros, archi-asiáticos, adiestrados en el desierto á preparar nuevas invasiones de mongoles, tártaros y kalmucos; sus folletistas mesiánicos, educados y crecidos bajo el látigo de la policía, imitadores serviles de la cultura occidental en la forma, y enemigos de

esta cultura en el fondo, que presentan por toda esperanza las bárbaras instituciones ruso-eslavas, manchadas con la corrosiva gangrena de primitivo y brutal comunismo.

Como se vé, Hertzen habia temido con fundamento á los demócratas occidentales. El discurso no llegó á leerse, porque las inculpaciones á un pueblo, sublevaban á todos los pueblos, y producian universales protestas. Impreso más tarde en Bruselas, y difundido con verdadera profusion, escrito en estilo esmaltado de imágines deslumbradoras, y lleno de esas salidas de tono tan naturales al humor germánico, el discurso de Borkheim alcanzó éxito en los extrañados y aun resentidos de que pueblo puesto en el tormento de la servidumbre, y encorvado bajo el cetro de los autócratas, no solo desdeñara ser redimido, sino pretendiera ser Mesías y Redentor.

Hertzen hablaba con cierto menosprecio de los occidentales. Encontraba en todos señales de la precaria posicion que la generalidad de los escritores tiene en nuestras regiones, y los creia dotados de facultades brillantes, pero singulares, careciendo de las universales aptitudes por él descubiertas en su raza, en la raza eslava. Sin embargo, este encendido entusiasmo por la raza eslava no le llevaba á participar de las ideas de los panslavistas. Para estos era necesario combatir la cultura alemana traida por la casa reinante; cerrar el período iniciado en San Petersburgo y contrario al antiguo espíritu ruso; levantar la vida nacional con su autocracia pura y su iglesia bizantina, desligándola del germanismo en mal hora importado por Pedro I al seno de un pueblo íntegro en su originalidad, y puro en sus costumbres. Hertzen creia tambien que Rusia guardaba elementos generales de civilizacion y de progreso. La naturaleza individualista y social de los cosacos; la propia personalidad sentida en ellos con vigor y la sociedad amada por ellos con pasion; la aldea patriarcal; el *artel*, asociacion de trabajadores donde cada uno laboraba para todos y todos para cada uno; la vida comun agrícola, la reunion de los campesinos en asambleas; la reunion de las asambleas en cantones, que á sí mismos se gobiernan; todo esto fecundado por el espíritu moderno, por este espíritu de libertad y de igualdad, producto de tantos siglos de elaboracion espiritual, podia ser como el apocalípsis de una nueva era en la historia. Para Hertzen, los eslavos de genio inquieto y bullicioso, de voluntad emprendedora y audaz; sensibles y fantaseadores al par de fuertes y valerosos; faltos de expontaneidad y sobrados de espíritu asimilador; comunicativos sin desnaturalizarse nunca, y originales sin perder el genio universal humano; vienen á ser de todos los pueblos europeos el más apto para pasar del antiguo régimen aristocrático al nuevo régimen federal, y para resolver, sin sacrificar el individuo á la sociedad, ni la sociedad al individuo, todos los problemas sociales.

¿No hay en estas originales aspiraciones alguna ilusion? Trazaba tales ideas el publicista ruso en tiempos del imperio francés. Aquel eclipse de la conciencia humana le parecia eterna noche. Los pueblos de la revolucion tras sus maravillosas Cruzadas por la libertad, dormíanse brutalmente á los piés del despotismo. Volvian como verdaderos espectros aquellos tiempos últimos de la sociedad antigua, en que alzaban los ciudadanos altares y consagraban votos y ofrendas al César que los libertaba del peso abrumador de sus derechos. En tanta degradacion, los pueblos, embrutecidos y viciados, se preguntaban unos á otros cuando á la libertad los querian despertar: ¿qué es libertad? Y algo análogo habíamos visto en la civilizacion occidental por aquellos dias en que Hertzen trazaba sus libros. Y así como la monarquía de los Ptolomeos y de los Augustos, inspiraba la égloga, voz verdadera de la naturaleza, en medio de las arbitrarias combinaciones del despotismo; así como la tiranía de los Césares obligaba al historiador Tácito á trazar el retrato de los ger-

manos independientes en sus selvas, y desligados casi de la sociedad para mejor conservar sus libertades individuales, ese bien robado por una eterna dictadura y perdido por una incurable debilidad; cuando todos nos quejábamos del despotismo militar triunfante en el corazon de Europa, era como un consuelo, como una esperanza, refrigerar y levantar el alma desmayada y sedienta de fé, en la vida pura de los campos con sus razas patriarcales y nómadas, gozando en medio de todas las privaciones el inapreciable tesoro de su libertad.

Pero convengamos en que esas costumbres patriarcales, esa vida comun, ese trabajo solidario, esa ausencia de toda autonomía individual no es solo propiedad de los cosacos diseminados en el imperio ruso, es propiedad tambien de todas las razas primitivas, de todas las sociedades en inocente infancia, de todos los pueblos nómadas, de todas esas antiguas y apartadas épocas, que se caracterizan por esa confusion completa entre el hombre y la naturaleza, en que está pegada el alma á la tierra como el feto al vientre de la madre. Necesitaríase caer muy bajo para que pueblos como los pueblos heleno-latinos que han elaborado la estética de la humanidad; que han producido el derecho civil; que han divinizado el espíritu humano con su idea del Verbo; que han educado las razas nómadas en la religion y en la disciplina social; que han traido al mundo moderno la gran cultura del espíritu contenido en el renacimiento, y á la sociedad moderna los principios universales de justicia contenidos en la revolucion francesa, fuera así á tomar como ideal estados sociales por los que pasaron en tiempos casi fabulosos las tribus aborígenes de su larga historia.

Y lo que digo de la raza heleno-latina, digo tambien de esas razas germánicas que han fundado la libertad individual en sus municipios; que han producido la conciencia moderna en la Reforma; que han educado los puritanos, los apóstoles y los mártires de la democracia; que han dado al mundo el jurado y el parlamento de Inglaterra, la federacion y la República de América; que han iluminado la conciencia moderna con ideas filosóficas: trabajos que acusarian de estériles, actividad individual que acusarian de infecunda, si dentro de esta larga série de ideas no existiese la idea social llamada á redimir el cuarto estado de su servidumbre económica, sin detrimento alguno de los derechos fundamentales humanos, á que debemos la posesion de nuestro ser y la plenitud de nuestra vida.

En filosofía Hertzen pertenece á la extrema izquierda hegeliana. La naturaleza por todo ser, la vida presente por toda vida, el movimiento de las ideas por todo ideal; hé ahí su ciencia. No busqueis en ella ningun principio inmóvil, absoluto. Es una contínua procesion de sombras, que van y vuelven, como la danza macabra de nuestras catedrales en la Edad Media. Cuando contemplo estos sistemas científicos, la vida en ellos me parece un rio sin orígen y sin desagüe, rodando eternamente sus ondas por indeterminado cáuce. Y el mundo de lo porvenir necesita un ideal. Y no puede haber ideal si no hay ideas. Y no puede haber ideas sino en lo incondicional, en lo absoluto. Yo nunca he creido que para destronar á los reyes de la tierra sea necesario destruir la idea de Dios en la conciencia, ni la esperanza de la inmortalidad en el alma. He creido todo lo contrario, he creido que las almas, desprovistas de estos grandes principios, caen yertas en el lodo de la tierra, y allí las pisotean hasta las bestias. Dadle al hombre una grande idea de sí, decidle que lleva Dios en su conciencia, la inmortalidad en su vida, y le vereis alzarse por el sentimiento de su dignidad fortalecido, á reclamar aquellos derechos que aseguran la nobilísima independencia de su sér en la sociedad y en la naturaleza.

Alejandro Hertzen se habia propuesto conmover al mundo ruso con las ideas más ex-

tremas del mundo occidental; y conmover al mundo occidental con paradojas ingeniosísimas sobre el mundo ruso. A su naturalismo en filosofía, y á su socialismo en política, unia un claro conocimiento de las ciencias naturales y un brillante estudio de las literaturas modernas. Brilla como escritor en la variedad de tonos, en la nitidéz de diccion, en los contrastes felices, en la maravillosa flexibilidad de palabra, en la aptitud para poner lo grotesco junto á lo sublime, sin que resulte un gran desentono, porque conoce los delicados matices de las ideas y las varias gradaciones del estilo. Si frecuentemente extrema los principios, no hay que extrañarlo. El inglés, el americano, el suizo, como viven siempre en la realidad de la política, conocen sus asperezas, y no se proponen destruirlas con leyendas y ensueños, sino con prácticas y positivas reformas. Los pueblos presos llenan sus calabozos de leyendas. Dice el mismo Hertzen que el eslavo se parece al árabe en que se deja mecer muchas veces en alas de sus cánticos. Él ostenta las cualidades de su raza, tambien se mece en ilusiones y ensueños. Poeta era, naturalista, filósofo; y despues de haberlo sacrificado todo por la política, nada político, en el sentido real de la palabra. Mas de todos modos, él ha revelado la unidad del espíritu moderno revelando que hasta en el seno de aquella Rusia, parecida á inmenso desierto, brotaban bajo su iglesia bizantina, su autocracia alemana, su nobleza moscovita, su ejército de cosacos, de tártaros, y su burocracia de máquinas, las incontrastables aspiraciones á la libertad universal.

# CAPITULO XXVII.

## REFLEXIONES SOBRE EL SOCIALISMO RUSO.

Sí, verdaderamente extraño parecerá siempre que entre los más anhelosos de reformar la sociedad moderna, y de reformarla hasta en sus cimientos, se encontráran tantos y tantos hijos de esa nacion rusa que pretende ser como la clave única de la autoridad herida por las revoluciones. En esta trasformacion de los espíritus moscovitas representaba Hertzen la idea y el sentimiento; representaba el compañero antiguo amigo suyo, Bakounine, el combate y la accion. Hertzen era el republicano á lo Rousseau, elocuente, sentimental, un poco soñador; literato consumado, novelista agradable; con una fantasía capáz de mariposear sobre todas las artes, con una inteligencia docilísima al influjo de todas las ideas revolucionarias, llevando en su palabra caldeada por el fuego de la fé, el propio ardor á cuantos leian aquellos sus escritos dictados por la pasion y el entusiasmo, que crean como nuevas almas al contacto de nuevos pensamientos. Bakounine no es ciertamente esto, no representa esto; al contrario, representa la realidad, pretende modificar la vida; lucha, organiza, gobierna; cuando es preciso sublevar, subleva, y cuando ha sublevado un pueblo ó un partido, sostiene con las armas en la mano, á riesgo de su vida, la obra de sus conjuraciones.

Dificilmente se encontrará en el mundo un hombre más imbuido de sus ideas, más consagrado á realizarlas; con una doctrina tan rigorosamente lógica y una vida tan ajustada á la doctrina. El mundo para Bakounine, no se mejorará hasta que haya aceptado su ideal eslavo; y su ideal eslavo consiste en la muerte de todo organismo gubernamental, en la ausencia de todo Estado, siquier sea el más democrático; en la desaparicion de la familia dentro del municipio, que segun él, es la verdadera familia humana; y en la desaparicion de la propiedad dentro del colectivismo, reminiscencia de las tribus rusas acampadas en las estepas, á la manera de las antiguas tribus asiáticas.

Este ideal, en mi sentir, completamente

erróneo, dañoso, más bien que útil á la democrácia moderna, ha sido sustentado por una vida, en mi sentir completamente pura, consagrada toda entera con perseverancia admirable, á la defensa de los pueblos. Comprendemos todo el daño que las teorías de Bakounine hacen al progreso de la democrácia en Occidente, lo comprendemos y lo decimos; pero comprendemos y decimos tambien que sus intenciones son rectas y sus errores brotan todos en lo más hondo de su alma, sinceramente unida á un sistema, que dimana de toda una larga educacion, y se nutre con el riego de la ardorosa, de la inquieta sangre eslava. Bakounine alarma en Occidente á las clases propietarias con sus apocalípsis comunistas; y enerva á las clases populares con su menosprecio por los procedimientos de nuestro republicanismo, y su repulsion á todas nuestras soluciones políticas. Pero Bakounine se ha inspirado en el espectáculo de sus municipios rusos, propietarios en comun de las tierras, y cree de buena fé encontrar allí el gérmen de la nueva sociedad humana. En los congresos de la democrácia europea, en las grandes controversias, cuando el atlético ruso, de estatura casi gigantesca, levante su oriental cabeza sobre todos aquellos que le cercan á la manera que los jefes cimbrios, cogidos por Mario en los campos pútridos, alzaban su cabeza hasta sobre los trofeos romanos, descubriese claramente en la sonrisa despreciativa con que oye nuestros discursos, segun él llenos de sofismas; y en el siniestro relampaguear de sus ojos encendidos de cólera contra todas nuestras ideas individualistas; descúbrese que hay en su alma, sin darse él mismo cuenta, algo de aquel rencoroso ódio contra Occidente, que sostenia al godo Alarico, cuando asediaba á Roma, y la deshacia y la trucidaba, arrojando sus hijos dispersos, y sus monumentos saqueados al incendio como se arroja una víctima al fuego del sacrificio.

Bakounine seria incapaz de abrasar en el fuego material como el caudillo bárbaro nuestra sociedad; pero seria capaz de disolverla en el crisol de su inteligencia. Yo combato, pero yo comprendo esta concepcion de la política llamada con fundamento hoy en Europa concepcion exclusivamente moscovita. Una de las ventajas mayores de la libertad, es lo mucho que educa; y una de las mayores ventajas de la educacion, es lo mucho que enseña á contar con la realidad viviente en todas nuestras soluciones políticas. Hablad con un ciudadano de Suiza ó de los Estados Unidos; y lo primero que en él encontrareis de admirable, será el sentido práctico, el sentido de lo real, su seguridad serena de que toda reforma se realizará cuando la haya aprendido el pueblo en las escuelas de la política, en la prensa, en las reuniones públicas; y quiera encarnarla en la manifestacion más ingénua de su soberanía, en los comicios. Pero un hombre, nacido á la sombra del despotismo; criado entre los terrores de la propia familia y las sospechas de la autoridad arbitraria; educado bajo el látigo de un dogmatismo religioso y político; así que la idea brota en la conciencia, amordazado por la censura; así que el carácter de ciudadano se desarrolla por la edad, puesto en el potro de la servidumbre; con el espectáculo siempre ante los ojos de la omnipotencia de un solo hombre y con la vergüenza siempre en el alma de la propia servidumbre, de la propia impotencia; cohibido en sus escritos, en su palabra, en las reuniones más íntimas por los esbirros; desconfiado, inquieto; como todo lo vé posible, todo fácil á su tirano, se crea en el alma silenciosa un ideal fantástico que ama con delirante exaltacion, y concluye por oponer á la soberbia de los déspotas las tramas de la conjuracion, los misterios de la sociedad secreta, el supremo esfuerzo de las revoluciones. Por todo esto no me extraña que el partido republicano moscovita sea el ménos práctico y el más exaltado de todos los partidos republicanos de Europa. Por esto no me

extraña que Bakounine sea colectivista ante los problemas sociales, y anárquico ante los problemas políticos. En el estado de los ánimos, en las eléctricas corrientes de las ideas, el gobierno que no engendre ciudadanos libres tendrá que engendrar por necesidad demagogos furiosos. La libertad es una aspiracion universal, y para defenderla, aquellos espíritus, que son lanzados del derecho, se refugian en la utopia; y aquellos ánimos, que son lanzados de la soberanía, se refugian en las conjuraciones. Así explico yo la idea utópica y el temperamento revolucionario del ruso Bakounine.

Su profesion fué la profesion de oficial de artillería. Pero sus inclinaciones fueron siempre inclinaciones de conspirador y de apóstol. Explayábase en la filosofía su alma, en la filosofía que aplacaba un tanto la exaltacion de su carácter, y templaba la sed de las reformas. La cátedra de filosofía estaba, sin embargo, cerrada en Moscow desde 1826. Los déspotas saben muy bien que el pensamiento libre forja libres caractéres; y que en el mundo siempre domina sobre la fuerza bruta de los gobiernos, la fuerza inteligente de las ideas.

Pero la idea de Bakounine se ha extendido por el mundo y ha fundado la Internacional. Aunque se haya atribuido á Marx esta sociedad, aunque realmente la idea de Marx la haya animado, la organizacion y el impulso débese á Bakounine y á sus rusos. El que comenzó su carrera inspirándose en la más alta metafísica, la concluye y termina prescindiendo de toda metafísica. La idea de Dios le parece sobrado abstracta, y sobrado autoritaria; pues se olvida por completo de la idea de Dios. El concepto del Estado, en sentir de Aristóteles, tan necesario é indispensable al hombre que sin él seríamos ó ángeles ó bestias, este concepto fundamental le parece que ha de entrañar cierta autoridad, y cierta gerarquía, aunque se funde en las bases más democráticas; pues sacrifica el Estado, y le jura tanto horror á la República como á la Monarquía. El hombre solo tiene instintos, y su actividad solo debe consagrarse á los intereses; por consecuencia, su gobierno debe ser una especie de factoría ó de compañía mercantil. La Religion y la Metafísica, la Monarquía y la República, las ideas trascendentales, bajo cualquiera de sus formas, el Estado, bajo cualquiera de sus aspectos, lo fundamentalmente necesario á la vida moderna, lo elimina por innecesario y lo maldice por opresor.

Y si no quiere ni religion ni Estado, inútil añadir que tampoco quiere familia. Para él la familia se alimenta de la tradicion y se perpetúa por la herencia. La tradicion la hace teocrática y la herencia feudal. Un Municipio que adopte, eduque á los hijos del amor, es el bello ideal de la vida humana. Esto no se llamará comunismo, porque el nombre es anticuado y dá horror, pero se llamará colectivismo.

La propiedad será atacada tambien como todas las modernas instituciones. En sentir del publicista ruso, ninguna de éstas ha traido tantos y tan graves males como la concepcion de la propiedad. Los instrumentos de trabajo deben ser comunes, y entre los instrumentos de trabajo debe contarse la tierra. Por consecuencia, la tierra ha de pertenecer en comun al Municipio. Y cuando llega á este punto, sus instintos moscovitas se revelan. Nada de nacionalidades. ¿A qué hablarles de eso á los sacrificadores de Polonia? Casi casi se arrepiente de su antiguo entusiasmo por la víctima de sus Emperadores y de sus Patriarcas. La idea de nacionalidad le parece tan generadora de egoismo como la idea de religion, como la idea de Estado, como la idea de familia. Es en el fondo la Patria antigua. El género humano, se compondrá en adelante de una coleccion de Municipios comunistas.

No le digais que eso mismo era hace muchos siglos, antes de que viniese la civilizacion universal con dos grandes ideas, la idea

del indivíduo libre, la idea de la nacionalidad autónoma. Si le apurais mucho maldecirá toda la civilizacion y dirá que el ideal está á nuestras espaldas, en lo pasado, como cualquier neo-católico. Así nada le incomoda tanto como nuestras grandes trasformaciones políticas. Todo discípulo suyo, que se interesa por la República, está seguro de recibir una excomunion mayor. Él atizará durante tres años las cóleras de los pueblos contra los republicanos, contra los demócratas, contra los que se bañan en el éther, en lo azul, y desconocen las rojas ideas que deben llenar y henchir las venas de una revolucion verdadera. Él maldecirá de sus más ardientes sectarios, venidos á España durante la revolucion de Setiembre, porque han gritado «Viva la República,» cuando debieron gritar «Viva el Colectivismo,» aunque jamás los pueblos meridionales hubieran llegado á comprender esa extraña idea. Él irá á Lyon durante los primeros dias de Setiembre, pero á excitar las muchedúmbres contra un Gobierno que tenia el terrible ministerio de fundar la República y de salvar la Francia. Él aplaudirá á los comuneros de París, que han dejado tras sí en el suelo un rastro de sangre, de lágrimas, de asfixiante humo, y en las conciencias, en los ánimos, un espíritu de reaccion al que difícilmente podremos arrancar nuestros penates, nuestras libertades y nuestros derechos. El viento de la estepa rusa ha pasado por el alma de Bakounine, y Bakounine ha derramado ese viento asolador en toda Europa. ¡Ah! Solamente son fecundas las ideas que germinan, y brotan, y florecen y fructifican en el seno de la libertad.

# CAPITULO XXVIII.

## IMPORTANCIA POLÍTICA DEL MOVIMIENTO RELIGIOSO EN ALEMANIA.

Lo hemos dicho muchas veces en el curso de estos trabajos y nunca nos cansaremos de repetirlo: el movimiento religioso trasciende al movimiento político en Alemania, mucho más que en ninguna otra nacion. Nosotros, acostumbrados de antiguo á la indiferencia arraigada en el ánimo de razas que profesan un solo culto y tienen de grado ó por fuerza una sola religion, habiendo recibido con glacial indiferencia las cuestiones suscitadas sobre la autoridad del Concilio que declaró dogma la Concepcion inmaculada de María y sobre la naturaleza del nuevo artículo, añadido á la antigua fé, del artículo relativo á la Infalibilidad del Pontífice; nosotros que, puestos á creer, nos dá lo mismo añadir que quitar un milagro á la lista de nuestros milagros, un santo á la letanía de nuestros santos, no podemos comprender ni explicar cómo las razas germánicas, sobre todo sus familias protestantes, que leen y comentan los libros religiosos, casi vedados á nuestra humildad, se apasionan hasta el fanatismo por la version ó las interpretaciones de algunos versículos de la Bíblia, por la época en que se escribieron y publicaron algunos capítulos del Evangelio, por la creencia en el libre arbitrio ó en la gracia, cuestiones ni siquiera discutidas en nuestras escuelas de Teología, las cuales someten su criterio al fallo inapelable de la tradicion y su enseñanza á la autoridad infalible de la Iglesia.

Mas, parando mientes en el influjo que ha tenido la religion sobre la vida de estos pueblos, se alcanza toda la importancia política allí conseguida siempre por ideas y problemas, apenas sostenidos por nuestra fé rutinaria en la apartada y luminosa esfera de la teología ó de la moral. La religion ha creado ese espíritu interior, íntimo, propio de las razas germánicas, que se aislan severas en su conciencia, y que crean y fortalecen de esta suerte el principio capitalísimo de su política, el principio de la personalidad. Por más que los filósofos se empeñen, es hasta ahora imposible borrar la virtud de los dogmas teoló-

gicos en la vida práctica y en la vida política. Sobre nuestro sentimiento, sobre nuestra razon, hasta sobre nuestra fantasía se extiende, como el cielo sobre nuestras frentes, la idea misteriosa de lo infinito, de lo eterno, por la cual suspiran al cabo los más puros deseos humanos, y de la cual desciende la inspiracion sobre las artes, la luz sobre las ciencias, la esperanza de la inmortalidad sobre toda fugáz y frágil vida.

Mas no es la relacion de lo finito con lo infinito el principal carácter de la idea religiosa. Su virtud, su fuerza creadora se extienden á las relaciones sociales y á las leyes políticas. Así como decia Plotino, que cada alma se crea, se cincela un cuerpo á su imágen, podemos decir nosotros, que toda raza, todo pueblo tiende á formarse en la religion y en sus dogmas un alma en armonía con su temperamento, su complexion y su historia. El pueblo hebreo vé surgir en el inmenso desierto, cuando marcha desde Egipto á la tierra prometida, como un sol de su conciencia, el Dios, uno y próvido, que le guia con sus columnas de fuego y le alimenta con su lluvia de maná; y allá, en el cautiverio, cuando el férreo látigo de los tiranos vibra sobre sus espaldas, y el sombrío curso de extranjero rio corre á sus plantas, bajo los sáuces del destierro, á los ecos de la elegiaca arpa, brota el mesianismo, la religion de la esperanza que otras razas debian aceptar y cumplir.

Cuando el pueblo griego arrancaba á la naturaleza la idea de la ciudad individual, heredera de los antiguos imperios y madre de las futuras democracias, cincelaba, pulia los dioses venidos del Oriente, y elevaba en ellos, en su radiante hermosura, la imágen del hombre al Olimpo. Así, el egipcio, que se levanta en continente africano entre los pueblos europeos y los pueblos asiáticos, término medio del gran silogismo de la historia universal, sacerdote que revela á Grecia los misterios de Oriente, conserva en su teogonía el sabeismo, la luz, el alma de las regiones orientales; y calienta, y abriga el gérmen del politeismo helénico, el alma de las religiones de Occidente. Su religion parece la religion de la muerte y de la inmortalidad; sus sepulcros, ciudades de ideas alzadas entre los confines de dos mundos; sus momias, los dioses orientales, caidos de sus altares, muertos al pié de sus teocracias, embalsamados y conservados por filtros misteriosos, para ir á resucitar en las tierras occidentales, en Grecia, en Sicilia, en Italia, al conjuro de los oradores de los poetas y de los filósofos.

Las ciudades semíticas de la Mesopotamia, Nínive, Babilonia, capitales de las tríbus caldeas, que han recorrido el desierto con los ojos fijos en el cielo, tendrán por dioses las estrellas, por dogmas los principios esenciales á su naciente astronomía, por la universal inteligencia, que compenetra y dirige el Universo, los eternos efluvios de la increada luz. Nuestros más antiguos progenitores, los arios, llevaban ya en los indecisos comienzos de sus primeros dias, en las letras iniciales de sus primitivos himnos, los dioses, que luego han de adorar los helenos y los latinos en sus ciudades, los germanos y los eslavos en sus bosques. El cielo y la tierra; las estrellas que se pierden allá en los abismos del espacio y las arenas que se pierden allá en los abismos del mar; las montañas elevadísimas, y los nublados que ciñen su cintura, y los rios que manan de sus plantas; las ondas que se agitan coronadas de diademas de espuma, y los vientos que corren desatados entre las contínuas palpitaciones de las verdes oceánicas aguas; el éther con sus cerúleos matices y la atmósfera con sus brisas y sus áuras; el rosado alborear de la aurora y el misterioso reflejo del crepúsculo; todo cuanto existe en la inmensidad, todo cuanto vive en lo infinito, se halla poblado de dioses varios; almas de las cosas, como Savitar, el productor de la vida y de los organismos que llegará á ser el Saturno de los antiguos latinos; como Añi, el principio de vida, el calor universal, el elemento

ígneo que abriga al Universo, y que andando el tiempo ha de ser Hefestos en Atenas y Vesta en Roma; como el Indra, que allá en el extremo Oriente es el centelleante relámpago y que aquí en el extremo Occidente es el fulminante padre Júpiter; como Varouna, que es el cielo tendido, primero sobre el Himalaya y el Ganges, y luego Urano, el cielo tendido sobre el Hibla y el Pireo; como la Muntar, madre tierra de los medos y pérsas, Modor, tierra tambien de los anglo-sajones, Hertha, tierra tambien de los germanos; cual si todos los hijos de la misma raza aria, en toda la dilatacion de los tiempos, quisieran vivir y morir en el seno de la diosa, donde todos han tenido su cuna y donde todos tendrán su sepultura.

Y si los pueblos antiguos, si los pueblos primitivos se han atenido á la religion, ó bien creada ó bien admitida por ellos, que estaba más en armonía con su carácter; ¿los pueblos modernos, ya maduros, no habrán prescindido de esto, y tomado solo de las religiones su moral y su dogma? No. Un mismo dogma, una misma moral, constituye en su esencia el cristianismo. Para llamarse con derecho cristiano, se necesita creer en Dios y en la providencia de Dios, en la redencion de la primera culpa por los méritos de Cristo nuestro Salvador, en la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana, en los premios y en los castigos eternos despues de la muerte.

Creeríase que sobre estas bases no cabian variaciones posibles, y sin embargo, cada pueblo, cada raza fundamental de Europa, ha apropiado el cristianismo á su carácter y á su historia. Los griegos han levantado una ciudad santa cerca de sus mares, en oposicion á la ciudad santa de los latinos, y allí han fundado una Iglesia, que tiene como la raza, cuyo espíritu alimenta, carácter metafísico antes que carácter moral; Iglesia, que ha celebrado los grandes concilios ecuménicos, las Asambleas constituyentes de nuestros esenciales dogmas, gobernándose aun por confederaciones eclesiásticas, recuerdo y remedo de las ligas anfictiónicas en la antigua Grecia. Los romanos, los grandes unitarios de la historia, han llevado su unidad á su Iglesia: el dogma sagrado, la disciplina y la litúrgia unos en lo posible; un Papa-rey, como el antiguo Emperador-Pontífice en el trono de la Ciudad Eterna; sus Prefectos y sus Pretores, en los Arzobispos y en los Obispos; su Senado, en el Cónclave; su prestigio en la ciudad menos cristiana y más idólatra del antiguo mundo, en la diosa Roma, que quiere conservar el dominio sobre las almas, ya que ha perdido el dominio sobre los pueblos; todo lo cual prueba que el catolicismo es el Imperio romano, y como el Imperio romano, eleva con el dogma de la Infalibilidad sus Césares á dioses.

Y á nuestros mismos ojos, en los últimos siglos del Cristianismo, sucede lo propio, se repite este fenómeno en todos los pueblos. El pueblo español, que es entre todos los modernos el cruzado por excelencia, combatiendo siete siglos con los infieles, y al concluir esta obra, llevando la cruz mantenida por la espada al Nuevo Mundo, profesa un Catolicismo exaltado, fanático, intolerante, como la guerra. El pueblo francés, que es un término medio entre las razas germánicas y las razas latinas, erige una Iglesia, término medio entre el Protestantismo y el Catolicismo, la Iglesia galicana, que estuvo á punto de merecer hasta en su más alta personificacion, en Bossuet, un anatema del Papa.

En todos los fenómenos de la revolucion religiosa de Inglaterra se notan los fenómenos mismos de su revolucion política. Los anglo-sajones no podian dejar de entrar en la religion protestante, como no podian dejar de entrar en la política liberal. Raza individualista habia de abrazar una religion individualista tambien, y habia de ser como el brazo de esa religion en los mares. Pero la causa ocasional de la conversion de Inglater-

ra fué la voluntad y la pasion de un rey que deseaba constituir sobre la unidad fortísima de su reino su formidable autoridad. El principio hereditario de las monarquías contrastó y contradijo en parte el pensamiento y el propósito de los dos grandes reyes protestantes, de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra. El primero dejó su trono á María, que llevaba en sus venas la sangre de los fundadores de la Inquisicion en España; y la segunda á los Estuardos, que tenian afinidades con los Guisas, con los degolladores de los protestantes en Francia.

Así el protestantismo oficial inglés fué un protestantismo monárquico, aristocrático, más próximo á la antigua Iglesia católica que las otras sectas de la misma rama, protestantismo episcopal, con tendencias á constituir una especie de Pontificado británico semejante al Pontificado romano. Cuando se entra en la gran catedral protestante, en San Pablo de Lóndres, se echa de ver la distribucion de capillas semejantes á las capillas de nuestras iglesias, como revelando que el príncipe, su fundador, tenia puesto el nombre en los registros oficiales del protestantismo, pero el corazon todo entero en los dogmas de la Iglesia católica. Por el principio hereditario de la monarquía hubiera vuelto Inglaterra al seno de la Iglesia católica á no haberse opuesto la nacion, que sentia en sus venas la sangre de su raza, en su conciencia la idea de su individualidad, y en su corazon el sentimiento y el instinto evangélico. Y así los diversos partidos religiosos eran al mismo tiempo partidos políticos; los presbiterianos, enemigos del predominio real en las instituciones y del episcopado en la Iglesia; los independientes, amigos de los fueros del Parlamento en toda su extension y de la libertad religiosa en toda su pureza; y Cronwell representa el principio liberal en religion, el principio republicano en política; pero fundados ambos en la autoridad y en la dictadura, tan alejadas de la Iglesia episcopal semi-católica como de los niveladores, y de los demás exagerados, verdaderos demagogos en religion y en política.

Y lo que sucede en Inglaterra sucede con mayor razon todavía en Suiza. El gefe de su Reforma es al mismo tiempo el gefe de una gran democracia. Los protestantes podrán contar á Zuinglio entre sus apóstoles y sus doctores; los demócratas, los liberales, los republicanos le contaremos entre nuestros grandes tribunos, entre nuestros héroes, entre nuestros mártires. Nacido en las grandes montañas que hablan de Dios y de lo infinito; criado en las entrañas de la naturaleza; alimentada su inteligencia de grandes ideas, como su cuerpo de sanos alimentos; mezclando á la sangre de su corazon los más puros afectos, como al respirar de sus pulmones el más puro aire; de vida agreste y campesina en sus primeros años; de temperamento robusto, como la ruda y sublime tierra alpestre; durmiendo durante toda su primera educacion á la hora en que volvian los ganados y se borraba el crepúsculo para levantarse, despertado por el gallo, cuando levantaban su vuelo las alondras y renacia la esperanza de una nueva mañana por los bordes últimos del horizonte en las primeras alboradas; cerca del cielo y lejos del mundo, como las aves; impregnada su alma de lo divino, cual una estrella del éther; en las batallas de la vida, conservó el candor de los pastores; en los trabajos é innovaciones de la reforma, el afecto á la tradicion; en el seno de las ciudades, el aroma del cytiso en flor y el cántico del gilguero en celo; entre las cóleras de los hombres y de los partidos, la efusion infinita del aire y de la luz que se dan á todos los séres; y despues de haber conversado con los filósofos y con los santos, bebiendo en la fuente sagrada de Platon y en las lágrimas amargas de Job, cantando los salmos de David y las odas de Píndaro, como si todas las corrientes del espíritu humano fueran á desaguar en su espíritu, reducia las ideas más abstractas á vulgares, prácticas, tangibles

para repartirlas entre el pueblo, vivia en la predicacion y en las oraciones; y moria, héroe en el combate, hermana de la caridad en los hospitales, tribuno en la plaza pública, sacerdote en el templo, revelador en todas partes, como mueren los grandes caractéres, que varían y tuercen con el soplo de su pensamiento, con la fuerza de su voluntad la corriente de los tiempos; moria en la pelea por la verdad, y en el seno purificador de un santo martirio.

Y su reforma nace, y crece, y se desarrolla en el seno de una democracia, de una República, de una libertad arraigada y antigua, teniendo por lo mismo todos los caractéres del medio en que nace y marchando resueltamente á modificarlo y mejorarlo. Ménos combatido y ménos contrariado que los otros reformadores, aparece mucho más sereno. Brota su reforma de la conciencia más que de la pasion; y se dirige á la razon más que al sentimiento. Sin romper tan abiertamente, como sus cooperadores en la obra comun con el Papa y la Iglesia, sostiene tan solo aquello que expresamente en las Escrituras se encierra. Es un orador, y en su oratoria más brilla la luz filosófica que el fuego tribunicio. Es un sacerdote que predíca la gracia y que se distingue por la caridad y la grandeza de sus actos, que reza y obra. La lógica de sus argumentos no daña á la síntesis de su sistema; ni la fuerza del raciocinio á la elocuencia de sus discursos. Encuentra frente á sí ménos resistencia, y por lo mismo la combate con menor empuje revolucionario que los demás innovadores. Se ve que su alma individual es parte del alma de una gran democracia; que su educacion íntima ha dimanado de las dos escuelas que pueden ofrecer la naturaleza y la sociedad, del campo y de la República.

Su obra es religiosa y política á un mismo tiempo. Predica los méritos de Cristo y eleva el derecho de cada cristiano; arranca de su corazon la antigua fé teocrática con la misma pujanza con que arranca de la tierra las tradiciones feudales; habla de la santa cena como de una comunion religiosa y como de una comunion democrática; siembra con el ódio á la tiranía espiritual, el odio á las aristocracias reaccionarias, y con la revolucion en contra del cosmopolitismo romano el culto á la patria helvética; reforma los entendimientos y reforma las costumbres; pide que los sacerdotes dejen de llevar las almas al sacrificio ante las aras de una autoridad indiscutible y que los suizos dejen de llevar la sangre de sus más caros hijos al ejército de los despiadados déspotas para que no se convierta la cima de la naturaleza humana en pedestal de la tiranía monárquica; es, en verdad, su doctrina una religion y una República, el alma inmortal de Suiza regenerada por este arquero de las ideas, por este soldado de la lógica, por este Guillermo Tell del espíritu, que alza sobre la nacion material otra más alta y más duradera que los altos eternos Alpes, la nacion ideal de la conciencia.

Y donde quiera que aparece una grande aspiracion social, es al punto impulsada ó seguida por una grande aspiracion religiosa. La alegre Ginebra, que debia fundar la nueva moral del mundo democrático moderno, para no caer en las garras del águila de Saboya, su vecina codiciosa y rapáz, necesitaba de una religion severa, austerísima, que renovara la sociedad con sus dogmas, que sometiera á un yugo saludable los caracteres con su disciplina, que tocara de un lado á las altas cimas teológicas, y del otro lado á las profundas escabrosidades políticas; y encontró todo esto en estóico jóven, francés por su orígen, aleman por su pensamiento, grande escritor como cuadraba á una ciudad literaria, teólogo de la escuela de San Pablo y de San Agustin, jurisconsulto que unia á las más abstrusas concepciones de la metafísica la nocion más clara del derecho. Muy diversamente ha sido juzgado el gran hombre; hasta de fatalista le tacha estrecha crítica que se pierde en las minuciosidades y no acierta á

ver el conjunto de las grandes obras humanas; pero, cuando se recuerda que, teólogo y magistrado, dió á la nueva idea disciplina democrática, y á la sociedad nuevo carácter civil y republicano; que, merced á esto, creó partido poderoso en la misma Inglaterra, contra la tendencia autoritaria y la gerarquía aristocrática del protestantismo inglés; que, acosado este partido por los sacerdotes y por los reyes, salió de sus combatidos hogares, de su ingrata patria, se derramó por Suiza y por Holanda, con la palabra de la nueva fé en los lábios y el sentimiento y la idea en el corazon y en la conciencia, dispuesto á ofrecer siempre por su doctrina el holocausto de la vida; que una fraccion muy considerable de este partido, se embarcó en la Flor de Mayo, y se dió al mar á la manera que Moisés al desierto, y atravesó la inmensidad con el libro, la Biblia en las manos, y la igualdad cristiana en el pecho; que allá en el Nuevo Mundo, en la tierra sin mancha, fundó el templo de la conciencia perseguida, y el gobierno de la democracia despreciada; la libertad y la República, que son el timbre de honor de América y la esperanza de Europa; cuando se recuerda toda esta gran epopeya del progreso humano, se olvidan todos los defectos de Calvino, todas las inconsecuencias que pudo cometer contra el principio mismo de la emancipacion religiosa, y se le ve en las altas eminencias de la historia, entre los redentores de la humanidad, bañado por la luz inmortal de humanas y grandiosas ideas.

Por esta larga escursion, al través de la historia, venimos en conocimiento de la verdad de nuestra tésis: cada pueblo, cada raza, cada nacion, crea ó acepta el ideal religioso más en armonía con sus tendencias políticas y sociales. Pues la Reforma es la religion nenesaria, la religion nacional de la raza germánica. El carácter interior, íntimo de esta raza es la independencia individual; y el carácter histórico es el ódio á Roma. Las oscuras selvas de Germania, cuyo aire estaba cargado de rumores siniestros, y cuyo suelo de fuegos fátuos, engendraban aquellos primeros invasores, que muertos en los campos pútridos, llegaron á envenenar con los miasmas de sus cadáveres y de sus despojos, los cielos de Italia. El primer héroe de la raza es aquel Arminio, que sujetó en sus trampas y lazos de cazador, las legiones de Varo, destruidas hasta el aniquilamiento por las selvas de Teutoburgo, y lloradas hasta la desesperacion en el palacio de Augusto. La lengua latina se dibujaba en los lábios del jóven bárbaro; el anillo de caballero romano brillaba en sus dedos; acaso no tenia ni el sentimiento de patria en su pecho; pero afiló su espada en las piedras de las aras de sus dioses, la esgrimió contra Roma, y el mundo germánico, por cuyas discordias fué inmolado á los treinta y cinco años de edad, le cuenta entre sus fundadores y sus héroes. Si otra razon los alemanes no tuvieran para esta apoteosis, tendrian la razon del largo tormento infligido por Roma á la familia de Arminio, el recuerdo de la mujer, que él robara para su lecho, cautiva y expatriada, el recuerdo del hijo que él engendrara para continuar el lustre de su nombre, nacido en el destierro, y arrojado á la clóaca de Rávena, para ser contado entre los gladiadores que divertian con sus combates, sus heridas, su agonía y su muerte, el ócio de los romanos.

Cuatro siglos duró el combate de Germania con Roma, los cuatro siglos primeros de nuestra historia. Tácito no veia más esperanza para la ciudad eterna amenazada que las discordias de sus crueles enemigos. Pero las vallas del Rhin, del Danubio, se rompieron, las discordias cesaron, y la raza germánica sació su ódio en las ruinas de Roma. Hasta los muertos se despertaron en las cenizas del Foro, segun las tradiciones romanas, y subieron, aunque paganos, á luchar desde las nubes, en compañía de los santos cristianos, contra los enemigos de Roma. Pero eran estos los ángeles exterminadores del Apocalipsis, y aven-

taron con sus lanzas, mas largas que cometas, á los cuatro vientos las cenizas de la ciudad, madre de las ciudades latinas. Atila, que en nuestras crónicas es el azote de Dios, porque ha destruido el Imperio romano y ha espoleado á las razas bárbaras para que lo enterraran, es en el poema nacional de Alemania, en los Nibelungen, el rey épico, á quien gusta más la sangre romana que el vino, pues el ódio á Roma es el sentimiento nacional de Alemania.

Pero ¡oh prestigiosa ciudad! Rota, vencida, muerta, sin sus legiones en la tierra, sin sus dioses en el cielo; pulverizados sus muros, derruidos sus templos; todavía se rejuvenece y se trasforma; pone en el vacío trono de los Césares sus Pontífices; sustituye los ejércitos de héroes con ejércitos de penitentes; á las tablas del derecho olvidado reemplaza las oraciones de sus doctores bendecidos y santificados; y por medio de nuevos dogmas, asimilados de Grecia, de Alejandria, de Africa, de Asia, pretende primero y establece despues un dominio como jamás lo habia tenido en la antigüedad, el dominio sobre las almas. Los alemanes recibirán el agua del bautismo en su frente; el monasterio en sus ciudades; la cruz en sus encrucijadas y en sus selvas; los obispos en sus provincias; el latin en sus escuelas; y un germano, un descendiente de Genserico y de Alarico, Carlo-Magno, sostendrá el dogma del predominio de los Pontífices, que significa el predominio de Roma, é irá de rodillas á recibir sobre las ruinas de la gran ciudad, en la frente ungida por el óleo católico, la antigua explendente corona del romano imperio. Contra este dominio espiritual, que abraza el arte y la ciencia, la vida y la muerte, no podrá nada todo el mundo germánico, ni la espada de Arminio, ni el recuerdo del sombrío y victorioso Odino, ni el grueso martillo de Thor, ni los sacerdotes reunidos en las cavernas abandonadas por los lobos, ni las laderas de la májica montaña de Harz, preñadas de dogmas sanguinarios, ni las orgías de las cimas del Broken, donde acuden por las noches de primavera las reinas de las brujas con sus mantos semejantes á las oscuras alas del murciélago; ni los incansables cazadores que van en vertiginosa carrera sonando eternamente los roncos cuernos de caza; ni los dioses que en el viento gimen y en las nieblas vagan; ni toda la mitología nebulosa que se desvanece á los rayos del nuevo sol espiritual, naciente entre los altares de Roma.

Durante toda la Edad Media el Imperio aleman luchó contra Roma, luchó poderosamente, pero sin elevarse al cielo, de donde bajaba la luz y el aire de la vida, al cielo del espíritu. Allí y solo allí, en la region apartada y elevadísima de las ideas, cabia el combate, y estaba el premio de la victoria. Para derribar la Roma moderna se necesitaba derribar antes sus dogmas. Y para derribar el dogma de la universalidad latina, imposible encontrar otra antítesis tan radical y profunda como el dogma de la incredulidad germánica. En la sociedad como en la naturaleza, deben concertarse los dos principios de unidad y de variedad en verdadera armonía. Pero andaban á la sazon divididos, cuando son dos términos indispensables á la existencia humana. El principio germánico se removia, se enconaba en el Renacimiento contra el principio latino como en los tiempos de Othon, como en los tiempos de Enrique IV, como en los tiempos de Federico II. Venia, pues, y venia lógica necesariamente la fundacion de la nacionalidad religiosa en Alemania por un estallido de su conciencia. El hombre que surgió en este momento histórico para representar fielmente el estado del espíritu humano fué Lutero. En su humildísima cuna, y en su modesta educacion, aprendió á sentir y á padecer como el pueblo. Hijo de un trabajador, de un minero, habia en su naturaleza algo de la fuerza y del vigor de su padre. Estudió desde sus primeros años. Y para ocurrir al sustento y continuar en la

escuela, ganaba la vida cantando de puerta en puerta con voz entera, y recibiendo de unos y otros modesta y caritativa limosna. Siendo jóven, iba con un su amigo por cierto camino, le sorprendió la tempestad, y un rayo dejó muerto al camarada á sus plantas. Este súbito caso le conmovió en términos que tomó hábito y abrazó la religion de los agustinos. Allí aprendió el dogma de la gracia que viniendo de San Pablo se extiende y se afirma en San Agustin, se agranda y se exagera en Lutero. Del convento pasó á Roma, y pasó con ánimo de adorarla, de rezar, absorto, hundidas las rodillas en las cenizas de los mártires, fija la mirada en el sol de la autoridad religiosa. Cuando divisó á Roma flaquearon sus piernas, se estremeció su corazon, juntáronse sus manos, cayó en arrobamiento, en éxtasis ante sus innumerables cúpulas, y le pidió que le enviara su bendicion y su espíritu. Tambien Arminio fué caballero romano. Mas así que estuvo en Roma, toda el alma de su raza se despertó en su alma, todo el génio de sus predecesores entró en su fuerte corazon, y el jóven tímido se trocó en furioso Alarico, anhelante por entrar á saco en la ciudad que habia cazado á los germanos para gladiadores de sus cruentas fiestas; y los habia uncido como trofeos vivientes á sus carros de guerra, á sus carreras triunfales. Al mismo tiempo que este espíritu guerrero estallaba en su ánimo, se derramaba por su fantasía como un soplo de inspiracion lírica. Cantó y combatió. Compuso el coral que han repetido en coro cien pueblos; y escribió las invectivas que han roto la unidad cristiana. Negó las indulgencias, la virtud de las obras y de las ofrendas, la autoridad del Pontífice, la antigua Iglesia, en luchas contínuas, ante sus mayores enemigos, rodeado de los generales de Cárlos V en Worms; hasta fundar con la energía de su voluntad y con la acerada lógica de su idea la nueva nacionalidad de Alemania, la nacionalidad que era como el santuario de la conciencia emancipada. De Lutero proviene la lengua alemana, trasformada en sus controversias y en su propaganda; de Lutero la ciencia, porque todos los mayores filósofos germánicos pertenecen á la rama protestante, y todos derivan sus sistemas de la libertad de conciencia; Lutero ha convertido el humilde marqués de Bramdeburgo en rey de Prusia, el humilde rey de Prusia en grande emperador de Alemania, que á un tiempo ha desvanecido la sombra del imperio español, arrojando al Austria de la Confederacion, y la base del Pontificado, arrancándole la ciudad de Roma y el poder temporal. ¿Se comprende, pues, toda la importancia que tiene el movimiento religioso en el movimiento político de Alemania?

Hoy mismo el Príncipe Bismark, despues de haber triunfado del Austria y de Francia, de las dos potencias católicas, concentra sus vigorosísimos esfuerzos en el intento de combatir al catolicismo. Lejos de caminar hácia la separacion de la Iglesia y el Estado, que tan admirablemente han sabido arraigar en su constitucion y en sus costumbres los pueblos anglo-sajones del Nuevo-Mundo, camina hácia un cesarismo omnipotente, en que pueden quedar mermados los derechos de la conciencia humana, y con ellos la vitalidad y la gloria de Alemania. La guerra al Catolicismo es el alma de la política prusiana. Los católicos se quejan de que los veinte millones de reales adscritos á los fondos secretos, y las rentas de la fortuna privada del destronado rey de Hannóver, y los excedentes de los gastos votados para la anexion de la Alsácia y la Lorena, excedentes que suben á cerca de cien millones de reales, se emplean todos en suscitar enemigos estipendiados á la iglesia de Roma. El dogma de la infalibilidad ha sido combatido, negado, puesto en una especie de entredicho civil, con menosprecio de los buenos principios, que aconsejan separar toda fuerza coercitiva de las cuestiones candentes de dogmas, de disciplina y de Igle-

cia. Esta conducta extrañó tanto más á los perseguidos, cuanto que esperaban, aun despues de la guerra, por ciertas palabras leidas en los discursos de apértura de las Cámaras, por cierta visita del prelado de Breslau, que sobre la corona del nuevo Imperio se elevára y cerniera la antigua blanca paloma de los tiempos de Carlo-Magno, y la espada en tantas victorias engrandecida, se doblára al servicio de los Pontífices.

Pero en el corazon de Alemania los ódios al Austria y á Francia están animados, encendidos en otro ódio superior todavía, en el ódio á la Iglesia romana y á sus dogmas. Desde Sedán vió todo el mundo que el poder temporal estaba perdido; y desde el momento en que se declaró el dogma de la Infalibilidad vió tambien todo el mundo que corria Germania á otro nuevo cisma. Y este cisma era avivado por el poder político recien-nacido en Versalles á la manera que fué avivado el luteranismo por el elector de Sajonia en sus comienzos. El gran teólogo de Munich, á quien tanto debiera la Iglesia Católica, pasó á jefe de la secta disidente que se llamaba de los viejos católicos, así como los protestantes se llamaban los viejos y verdaderos cristianos. En su obsequio hizo cuanto pudo el nuevo imperio, y en detrimento de los que admitian la Infalibilidad Pontificia. Una grande ordenanza fué promulgada, llena de castigos y de multas, contra los predicadores demasiado exaltados ó fanáticos. El dia en que se quejó el Papa, y publicó una Encíclica contra el imperio, los periódicos liberales y ultramontano, que copiaran en todo ó parte aquel documento, fueron recogidos. La mano del Gobierno entró en los seminarios, y arregló la enseñanza religiosa á medida de la enseñanza oficial. El ministro de Cultos declaró que no podia continuar sin modificaciones importantes la vida de la Iglesia Católica en Alemania imperial. El clero, muy independiente de las autoridades civiles, dependia de una autoridad extranjera, que ignoraba por completo las necesidades y aspiraciones nacionales de Alemania. Sobre todo, el bajo clero le parecia amenazador desde las posiciones que le habia dejado cierta indiferencia que resultaba ciega imprevision. Y como, el cambiar radicalmente ese estado, atacaba algunos artículos de la Constitucion, pedia el gobierno que se examinara con gran detenimiento y calma el pavoroso problema.

Llevado, pues, de este pensamiento, se obligaba al clero á cursar toda la segunda enseñanza en los establecimientos del Estado y á recibir tres años de ciencia teológica en las Universidades oficiales; á sujetarse á exámenes presididos y celados por autoridades del gobierno; á sufrir una esquisita vigilancia en sus escuelas, en sus iglesias, y á dar una grande garantía de celo por el bien público; á proveer dentro de cierto tiempo y ciertos límites los beneficios vacantes; á invalidar todo contrato entre el superior y los inferiores eclesiásticos, que desconociera la autoridad y las leyes civiles; á recibir en su jurisdiccion y en sus castigos procedimientos agenos, y á veces contrarios al procedimiento canónico; á aceptar la intervencion del juez ordinario en las causas religiosas; á revisar en tribunales nombrados para este fin todos los títulos de todas las dignidades existentes en la Iglesia; á convertirse el clero, ¡él!, hasta entonces independiente, en funcionario completamente sometido á la autoridad del imperio.

Los jesuitas fueron expulsados, á pesar del mucho respeto y poco miedo que les tuviera siempre el gran Federico. Los obispos, que protestan, son perseguidos, multados, encarcelados. Los fieles se ven constreñidos á recibir los sacramentos de manos que no creen puras, y á doblar la rodilla ante católicos que no creen ortodoxos. El asunto de la Infalibilidad se ha tratado en las plazas, en las Academias, en los púlpitos, en las tabernas, en los clubs, y ha sido causa de grandes disentimientos en la córte de los Emperadores,

en los consejos de los ministros, y de ruidosos escándalos y alarmantes perturbaciones en las calles. Bismark se parece á los Emperadores de Bizancio influyendo sobre los concilios para la declaracion de un dogma, ó á los califas de Córdoba regulando las relaciones entre sus vasallos cristianos y su clero. Se debe sentir mucho orgullo, al penetrar, como un Dios, en el seno cuasi divino de la conciencia humana, con la espada de la autoridad en las manos; pero ¡ay! que nunca se desconoce impunemente la naturaleza de nuestro sér, ni impunemente se atenta á la santidad del derecho.

# CAPITULO XXIX.

## DE LAS ESCUELAS RELIGIOSAS EN ALEMANIA.

Si las escuelas filosóficas, definiendo y depurando la idea del derecho, han contribuido al movimiento político y al movimiento republicano en Alemania, cuánto no habrán contribuido, en qué alto y superior grado, las escuelas religiosas. Efecto de nuestra imperfecta organizacion política y social, quédase el pensamiento científico en las regiones superiores de la sociedad, en las escuelas, en las almas privilegiadas que han adquirido alguna cultura intelectual; en tanto que la religion, la idea religiosa, cómo abraza la vida y la muerte, cómo lleva en sí el consuelo á innumerables dolores y el aliento á innumerables esperanzas, cómo ilumina desde los cielos del arte hasta la piedra del hogar, y desde la piedra del hogar hasta la piedra del sepulcro, enciende y anima á un tiempo el corazon y la cabeza, la voluntad y la inteligencia, el tiempo y la eternidad.

Se han concluido las guerras religiosas. No se batalla en el género humano por la presencia real, por la cena, por el libre arbitrio, por la gracia, por la divinidad ó la humanidad de Cristo. Pero las controversias religiosas ni se concluyen, ni se concluirán nunca, mientras haya en el mundo quien doble las rodillas ante las aras sagradas, y para explicarse lo existente y lo posible, entregue su alma al templo santo, que flota como el arca de Noé, entre un diluvio de lágrimas. En toda cuestion política se encierra hoy, como ayer, una cuestion religiosa. La extrema derecha de la Asamblea de Versalles, no pugna tanto por someter la nacion á la autoridad del rey tradicional, como por someter la inteligencia al yugo de la fé histórica; y la extrema izquierda no pugna tanto por la República y la democracia, como por la independencia del pensamiento y el reinado de la razon. El ministerio liberal ha caido en la Gran Bretaña. Y su caida se debe, más que á ninguna otra cosa, á las cuestiones relacionadas con la Iglesia y con la enseñanza, á las cuestiones religiosas. Italia ha vencido al Austria, que le vedaba su integridad, y á la Francia que le

retenia su capital; ha tomado el sacro imperio y el cuadrilátero; vencida por la fuerza ha triunfado por la política; y no puede tomar el Vaticano, ni mover al Papa, desarmado, viejo, preso, porque ahí existe una inmensa cuestion religiosa. Nuestras verdes montañas del Norte chorrean sangre; el estampido del cañon y el bramar de las costas cantábricas, se unen con los salvajes gritos de guerra en los espacios de un cielo implacable, airado; y el incendio, y la mantanza y la depredacion, y las ruinas se explican, porque pelean allí nuestra antigua intolerancia con nuestra nueva libertad religiosa. Cada vez que la cuestion de Oriente se suscita, surgen de ella, como en tiempo de las Cruzadas, Jerusalén, la capital del mundo cristiano, Constantinopla, la capital del mundo griego; cuestiones de disciplina, de dogma, de ortodoxia. El cretense opone al turco opresor su derecho y su Dios; el polaco de Varsovia al ruso de Moscow su independencia y su dogma; el hijo de Bohemia remueve los huesos de Juan Hus y Gerónimo de Praga, para recordar á los Emperadores de Austria que ha jurado vengarlos. En la pequeña Suiza, el Sunderbun fué un asunto religioso; y en la pequeña Bélgica pelean por el poder liberales y católicos. Bismark, que no ha temblado ante los aguerridos ejércitos de Francia, tiembla ante los clérigos del Papa. De suerte que en toda cuestion política late hoy sobre este viejo continente una altísima cuestion religiosa, algo que se relaciona con la fé, que vive del dogma.

Quizá ellos mismos lo ignoraban; pero al remover los problemas religiosos, al interpretar la Biblia, al poner frente á frente del comentario de la Iglesia el comentario de la razon, al examinar si el libro de Job era hebreo ó árabe, si el libro de Judith anterior ó posterior al cristianismo, en todas estas cuestiones que tan de lejos interesan á los problemas planteados en nuestro tiempo, los teólogos alemanes encerraban torrentes de electricidad revolucionaria, que debian relampaguear, tronar, caer sobre la cabeza de una generacion, la cual, abandonando los viejos altares, á cuyo pié habia nacido y criádose, abandonaba con igual ímpetu y violencia, sin darse de ello pura cuenta, los viejos reyes y los carcomidos tronos.

El siglo décimo-octavo, es uno de los siglos mayores de la historia humana. Hay indudablemente en el desarrollo de la vida de nuestra especie, épocas decisivas, de una influencia más inmanente que otras épocas, en que el género humano parece haber descansado de sus antiguos trabajos y fatigas. En la historia moderna son para mí siglos de importancia excepcional, máxima, el siglo primero, el siglo cuarto, el siglo décimotercio, el espacio que comprenden la segunda mitad del siglo décimo-quinto, y la primera mitad del siglo décimo-sexto; y sobre todos quizá, y más importante que todos acaso, el siglo revolucionario por excelencia, el siglo decimoóctavo.

En el siglo primero, el cristianismo y el imperio se fundan; la idea del hombre que habia forjado Atenas, la idea de la humanidad que habia forjado Roma, la idea de Dios que habia forjado Jerusalén, la idea del Verbo que habia forjado Alejandría, todas estas ideas se unen por los apóstoles y por los mártires en la conciencia, por los filósofos en la razon, por el estoicismo y los Emperadores estóicos que cierran como gigantescas estátuas estos grandes tiempos en el derecho romano, con cuyos principios se compondrá una nueva sociedad, para que caiga sobre ella la vida de un nuevo espíritu.

Y en el siglo cuarto la unidad del mundo romano se rompe, la variedad y la personalidad de los tiempos modernos aparecen con las primeras invasiones de los Bárbaros; la Roma pagana es desposeida de su prestigio secular y fundada la Constantinopla de los cristianos que vá á continuar la obra de Jerusalen y Alejandría; el federalismo de las nacionalidades

nacientes se opone á la despótica autoridad de los Césares históricos; los dioses, á quienes Juliano diera un filtro májico, pero inútil, caen yertos á los piés de oscuro trabajador nacido en los establos de la plebe y muerto en el patíbulo de los siervos, para ser elevado á Dios de las futuras democracias; el Concilio de Nicea, que comprende todos los peligros encerrados en la prematura heregía de Arrio, promulga el símbolo de la fé cristiana, y proclama la divinidad de Cristo para que recoja la direccion del mundo, que se escapa á las desarmadas manos de Júpiter y eduque á las razas que avanzan rapaces y hambrientas; los Obispos, perseguidos por Diocleciano, vuelven, merced á los rescriptos de Constantino, con las señales del martirio en sus cuerpos quebrantados, á sustituir la rota unidad material con la eterna unidad humana; se funda el trabajo moderno, que crea y produce enfrente de la guerra, que destruye y aniquila, y se funda el trabajo merced á la órden de San Benito, órden de agricultores y de sábios, la cual guarda las cenizas de la antigüedad en sus bibliotecas y abre la madre fecunda tierra con sus arados; y mientras los cielos se oscurecen y los campos se anegan en sangre, y la tea del bárbaro y su hierro por do quier brillan siniestramente en aquella ocasion terrible, en que Amiano, enviado de Valente, no pudo contar los godos que pasaban del otro lado del Danubio al Imperio; San Agustin, despues de haber salvado la libertad humana contra los maniqueos y la Providencia divina contra los pelagianos, eleva en los aires la Ciudad de Dios, como una promesa de paz y de progreso, como un refugio á la perdida esperanza.

El siglo décimo es un siglo horroroso. La idea de la próxima destruccion del mundo ha sobrecogido á Europa y la ha postrado en la penitencia. La tierra se estremece y bambolea como nave combatida por la tormenta. Los espacios se tiñen de reflejos sangrientos porque viene sobre ellos el Juez airado de vivos y muertos, á cuyo aliento se rollarán los cielos como un pergamino, y se disiparan los mundos como pavesas. El universo entero es el nido de la muerte. El trabajo se suspende. Los hombres solo buscan un sudario. Llaman á las puertas de los cláustros los reyes y los emperadores ansiosos de cambiar las coronas por cogullas. El azadon se cae de las manos de los trabajadores. Una peste horrible quema la sangre, y convierte los cuerpos en llagas pustulentas. El hambre es tan grande que para alimentarse los vivos desentierran á los muertos. El demonio se sustituye á Dios, se agarra á las orejas de los reyes, sube al trono del espíritu junto á los papas. En los cielos solo resuena el cántico anunciando la ira divina; en la tierra el cántico pidiendo piedad y misericordia. Aquel oscuro mundo tiene tal idea del tiempo, que se le imagina mucho el período de mil años, y siente que al cumplirse resuena en los aires la estridente trompeta del ángel llamando á juicio los vivos y los muertos. Pero no sonó, y el feudalismo teocrático fué vencido. Y el histérico miedo de la humanidad fué disipado. Y el hombre comenzó á sentir toda la vida derramada en la naturaleza y á hermanar su alma con la esperanza. Y la paralítica Europa cobró movimiento, se incorporó sobre las piedras de su cláustro, dejó tras sí el sudario, y se fué á Oriente, á la tierra de los milagros, en busca del sepulcro de la tradicion para encontrar la cuna de la libertad, y traer la primera aparicion de la democracia en la moderna historia.

El siglo décimo-tercio es el siglo en que se escribe el testamento del Catolicismo. Las catedrales góticas son su testamento en arquitectura; los cuadros de Cimabue su testamento en pintura; la Divina Comedia del Dante su testamento en poesía; la Suma Teológica de Santo Tomás su testamento en ciencia; las Siete Partidas, que reunen la jurisprudencia romana con la jurisprudencia eclesiástica de la misma suerte que los doctores reunian los Padres de la Iglesia con Aristóteles, su testa-

mento en derecho; y los dos grandes papas, Inocencio III y Gregorio X, dejan escrito con esfuerzos increibles su testamento en política. El siglo décimo-tercio es á un tiempo la Biblia y el Evangelio universal del Catolicismo. Se reconstituye, se resume, se sintetiza porque ha llegado al término de su ideal. Desde aquel dia crítico todos los esfuerzos que la humanidad emplee para caminar hácia adelante saldrán de ese ideal. Y por eso el esfuerzo del Catolicismo es volver al siglo décimo-tercio: volver al gótico, dicen sus arquitectos; volver al misticismo artístico, dicen los pintores pre-rafaelianos; volver á la poesía dantesca, dicen los poetas; volver á la Suma, dicen los filósofos; volver á las Partidas, dicen los jurisconsultos; volver á la política de Inocencio III, dicen los más exaltados católicos.

Mas no será posible: que está ahí el siglo del Renacimiento, la segunda mitad del siglo décimo-quinto, la primera mitad del siglo décimo-sexto. La naturaleza tomó una fecundidad increible. Nacian los grandes hombres como no habian nacido antes, como no nacieron despues, de tan alta calidad ni en tanto número. El soplo del espíritu divino habia pasado por la faz del humano espíritu. El alma de la Europa moderna se debe á este dia creador. Dios manda en legiones sus reveladores á la tierra. Guttemberg asegura la perennidad al libro, la rapidez de la luz á las ideas, la propagacion de las especies en la naturaleza á los hijos del génio en el espíritu, con tosco alfabeto de plomo y sencilla máquina de presion; Erasmo se rie con risa inmortal de las locuras místicas y monásticas de la espirante Edad Media; Hutten convierte su pluma en espada maravillosa que derriba los mónstruos, los endriagos, las obsesiones todas con que la supersticion tenia como enfermo el entendimiento; Lutero reivindica la autonomía de la conciencia humana; Ramus y Vives entierran la escolástica, el falso aristotelismo teológico, y llaman el pensamiento á la comunicacion estrecha con la naturaleza y al estudio profundo de sí mismo; Paracelso encuentra la verdadera piedra filosofal, el principio de las ciencias químicas; Vesala revela los secretos del organismo en la anatomía; Porta reconoce las propiedades de los espejos cóncavos y de los espejos convexos en los fenómenos de la vision y prepara el telescopio; Gilberto descubre las virtudes de los cuerpos imantados; Cardan las leyes de las ecuaciones de segundo, tercero, cuarto grado, y la doble naturaleza de sus incógnitas; Pallissy, el mago alfarero, los comienzos de la Geologia, los tesoros de los fósiles; Servet la circulacion pulmonar de nuestra sangre; Copérnico la moderna astronomía que imprime nuevo movimiento á este planeta antes inmóvil, y hace visible, palpable, experimental, lo eterno, lo infinito; Marsilio Ficino despierta en los jardines de Florencia el alma de Grecia, evocándola con el habla divina de Platon; Bruneleschi corona las catedrales cristianas con los templos romanos elevados á las alturas en las maravillosas y atrevidas rotondas; Leon X resucita del polvo los fragmentos de la antigüedad y los corona y los exalta en apoteosis católicas; Leonardo de Vinci encuentra las formas perfectas; y Cellini anima con ellas los mármoles, los bronces, el oro, la plata; y Rafael, Fidias de los pinceles, pinta la hermosura serena griega en sus ángeles y en sus vírgenes; y Miguel Angel raya con lo sublime en sus coros de Alcides, Profetas, Sibylas; y Ticiano sumerge la forma humana santificada y redimida en mares de luz, en cielos de innumerables colores; y Ariosto reemplaza las sombrías visiones del Dante con alegres y rientes visiones; y Camoens canta la Iliada de la navegacion, del trabajo; y Shakspeare describe hasta el fondo de la naturaleza humana; y Cervantes pega la risa de Erasmo contra la Edad Media, que no habia pasado de los labios de la aristocracia inteligente á todas las clases, á todos los pueblos, á todas las muchedumbres; y mien-

tras el cielo se ilumina, y el espíritu se regenera, y el cuerpo humano se reincorpora y hermosea, Vasco de Gama encuentra el extremo Oriente , la tierra olvidada donde nace el sol, el teatro de lo pasado; Colon encuentra el extremo Occidente , la tierra desconocida donde el sol se pone, el teatro de lo porvenir; y Magallanes atraviesa el extremo meridional de América, entra vencedor en el Pacífico, y enseña el camino á Sebastian del Cano para dar por vez primera la vuelta al planeta, de suerte que cielos, soles, mundos, la naturaleza y la conciencia se revelan en todo su explendor, toman desconocidos matices , como para celebrar con una divina embriaguez de ideas y de vida el nacimiento de la libertad.

¿El siglo décimo-sexto crea la libertad de la conciencia? Pues el siglo décimo-octavo crea la libertad de razon. En este sentido es ménos poético, pero más grande que el siglo décimo-sexto. Y por su carácter, por sus tendencias, por su ideal, comienza en el siglo décimo-octavo aleman el gran movimiento religioso que ha de tener en política tanto y tan grande influjo como el movimiento filosófico, pero con una diferencia esencialísima, á saber: que mientras el movimiento filosófico queda aislado en las escuelas, y solo por derivaciones sucesivas, llega hasta la política; el movimiento religioso, anima, enciende, agita el corazon de las muchedumbres. Es el siglo décimo-octavo un siglo de razon y de sentido práctico; un siglo que dispersa los jesuitas y que congrega los filósofos; el siglo en que las Asambleas y las Convenciones suceden á los Concilios; el siglo en que los derechos del hombre se proclaman á una en América por el órgano de los Estados-Unidos, y en Europa por el órgano de Francia.

Pero como el siglo décimo-octavo es un siglo revolucionario, tiene por necesidad toda la pasion y toda la injusticia de las revoluciones. Y su crítica muy revolucionaria, poco histórica en verdad, porque el siglo décimo-octavo ignora todo lo que no sea su aspiracion de emancipar la inteligencia, y con ella al hombre todo, su crítica se esgrime principalmente en las religiones. Para una gran parte de sus pensadores todas son imposturas, y mas que todas aquella más cercana, y más inmediatamente opresora de su razon, la fundada por Cristo. Es un siglo que desconoce la lógica, la dialéctica del desarrollo de la idea y de su série. Abomina por lo mismo de la revelacion. No comprende que jamás la conciencia se hubiera declarado independiente en el espíritu, y tras la conciencia la razon, si antes el espíritu no se hubiera reconocido y declarado independiente á sí mismo. Y para esto fué necesario romper la armonía entre el hombre y la naturaleza que brillaba en los antiguos griegos y en sus maravillosas estátuas; combatir no ya el sensualismo sino hasta la materia, hasta el vívido Universo; crear por el dolor, por la penitencia, por la maceracion, en combate terrible con los sentidos, el alma humana en sí, por sí, desceñida, separada del mundo, como un sér, total, independiente, infinito. Los filósofos del pasado siglo no vieron en el cristianismo sino la opresion presente, y se rebelaron contra el cristianismo, poseidos de una verdadera furia revolucionaria, que el siglo décimo-nono, el siglo por excelencia humano, el siglo sereno, imparcial, el siglo que ha creado verdaderamente la historia y que ha hecho justicia á todas las manifestaciones del humano espíritu, no puede comprender. Pero estas pasiones exclusivas de cada tiempo han servido á la educacion entera del género humano, y al desarrollo progresivo de su luminoso ideal; porque si sus exageraciones han dominado por mayor ó menor espacio, tambien han destruido errores, concluyendo al cabo la sociedad por volver á su serena imparcialidad, y distribuir en sus debidas proporciones por todo su organismo la sangre de las ideas y entrar en su indispensable equilibrio.

El siglo décimo-octavo fué pues siglo de exaltadas ideas y de ruidosas contradicciones

en la cuestion religiosa, sobre todo, entre los pensadores alemanes. Wolff, con gran fidelidad á su ministerio de filósofo, combatió lo sobrenatural; y sostuvo que todo cuanto se cree llegado á nosotros por el maravilloso conducto del milagro, pudo llegar tambien por medio de la razon natural. La filosofía preparaba así el camino á una trasformacion religiosa de la misma suerte que la trasformacion religiosa preparaba una trasformacion política. Los escritores que llevaban la idea nueva, la idea racionalista á todas las esferas de la práctica, á todos los furores de la controversia, á todas las pasiones de las escuelas, eran escritores en literatura escasos, en ciencia pobres, apasionadísimos en sus juicios; de un estilo verdaderamente deplorable por su mediocridad, y si alguna vez se exaltaban, mas deplorable todavía por su furia y por su inconveniencia. Edelman comenzó en religion por ser apologista, y concluyó por ser excéptico. Sus dudas eran bien extrañas en protestante tan piadoso, y racionalista tan reciente. Se preguntaba á sí mismo si los irracionales no eran mas felices que los hombres, que los ángeles mismos, por no tener en la mente estos problemas religiosos llenos de ideas, pero henchidos tambien de dolores y de angustias. Se preguntaba cómo el hombre regenerado por Cristo puede continuar pecando; y si continúa pecando cómo ha sido regenerado. Se preguntaba si era eficaz el bautismo cuando no alcanzaba á borrar el pecado. Y despues se dirigia contra todos los dogmas, contra todas las creencias; y declaraba que todo el Viejo Testamento habia sido escrito en tiempo de Esdras, y todo el Nuevo Testamento en tiempo de Constantino, obedeciendo la redaccion del primero á las preocupaciones de una raza, y la redaccion del segundo á las necesidades de la política.

Compañero de Edelman en la obra de criticar la religion histórica fué Nicolai. El doctor Stauss se queja en uno de sus más profundos escritos sobre los problemas religiosos del menosprecio profundísimo en que suelen tener los reaccionarios alemanes el siglo décimo-octavo, llamándole por excelencia siglo de Nicolai, pésimo escritor. Sin embargo, este pésimo escritor era conocido de todos los grandes génios de su tiempo, al revés de Tácito, que se gloriaba de no conocer á los emperadores ni por sus beneficios ni por sus injurias, *nec beneficio, nec injuria cogniti*. Nicolai fué ó amigo entusiasta, ó enemigo encarnizado de todos aquellos que se consagraban en su tiempo á las letras y á las ciencias. Su crítica lijera, su tono burlon, sus conocimientos superficiales, sus salidas bruscas, sus injurias soeces, le atrajeron reputacion abominable y ódios inextinguibles. Pero vengábase ruidosamente clasificando á todos los escritores en tres categorías: cabezas redondas ortodoxas, embrollistas estéticos, cerebros cascados filosóficos. Despues publicó una novela contra la vida de los pastores protestantes; más tarde, en sus viajes por Suiza, atacó ruda é inconvenientemente á todos los catedráticos, sacerdotes y poetas más ilustres de su tiempo, achacándoles el pertenecer á una inmensa sociedad jesuítica destinada á subvertir los caractéres y á viciar las ideas de su tiempo. Naturalmente todos aquellos grandes génios, zaheridos y maltratados por un hombre de vulgar entendimiento y de mediano estilo, habian de vengarse en frases que por su relieve y por su mérito quedaran grabadas indeleblemente en la conciencia humana. Su reputacion por tanto es inmerecida. Exageró, es verdad, pero combatió con el mismo ardor que los enciclopedistas, aunque sin su ingenio y sin su gracia, un clero que en el fondo era tan atrasado é intolerante como el clero católico. Su ministerio se parece en mucho al ministerio de los filósofos del pasado siglo, que ahuyentando las ideas teológicas y sobreponiéndolas el sentido comun, creian realizar una revolucion filosófica, y en realidad, realizaban una revolucion democrática.

Bahrdt cierra el ciclo de estos escritores,

intermedios entre la religion y la filosofía, nacidos en el protestantismo y destinados á minar la iglesia protestante. Nervioso, impresionable, cambiante, tornadizo, atento á sus pasiones más que á sus estudios, predicador desde los diez y siete años, precoz por consecuencia, y como todos los jóvenes precoces sin desarrollo y sin madurez verdadera, teólogo de profesion, filósofo de aficiones, y además cocinero, peluquero y tabernero; su vida se parece, siempre en la miseria, husmeando siempre el dinero, amante de esta dama, esposo infeliz de la otra, querido desgraciado y aporreado de la de más allá, criado y señor á un tiempo, lleno durante algunas horas de respetos, y abandonado á la hora siguiente á todos los sarcasmos y á todos los insultos; su vida, decia, se parece á una de esas novelas picarescas, su tipo á uno de esos extraños tipos que nuestros escritores copiaron del natural, y que la fácil pluma y el brillante talento de copista que distinguen á Lesage trasmitieron á toda Europa. Nacido y criado en el protestantismo, predicador y predicador casi pietista, llegó de extravío en extravío hasta forjar una novela sobre la vida de Jesucristo y hasta decir que, así como Confucio y Moisés eran hombres extraordinarios que precedieron á Cristo, Cristo no fué sino otro hombre extraordinario, aleccionado en una sociedad secreta, circuido de antiguos masones y destinado por la Providencia á servir á su vez de predecesor á Bahrdt.

Realmente el hombre que funda la libertad de pensar en Alemania es Federico II. En la historia de su raza no hay carácter más atractivo, porque no hay carácter más humano. No es su idea la idea estrecha de Arminio, no es su pasion la pasion nacional de Lutero; es la idea y la pasion de la humanidad. Los que entran en la historia, en sus tortuosidades, en sus asperezas, como si entraran en la region serena y tranquila de la filosofía, suelen echarle en cara que escribió ardiente libro contra Maquiavelo y puso por obra prácticas maquiavélicas; que cantó los beneficios de la paz como un Virgilio y sembró la guerra como un César; que maldijo de la conquista como el abate Saint-Pierre y fué de los conquistadores como Ciro y como Alejandro. Pero los que examinan los hombres y las obras de los hombres, midiendo las dificultades que encuentran, los obstáculos que vencen, los males que ahogan y los progresos que traen, jamás admirarán bastante al filósofo coronado, que, solo en el mundo, perseguido de todos los poderosos, acosado por rusos, tártaros, croatas, húngaros, franceses, abandonado de sus amigos y de sus aliados, con su pequeño abigarradísimo ejército, sin más fuerza que su vigorosa disciplina y sin más impulso que la grande alma de su general, impulsada á su vez por otra idéa más grande, crea en el centro de Alemania la potencia destinada á ser, respecto á la libertad de pensar, lo que fueron los Oranges é Inglaterra respecto á la libertad política. No hay que dudarlo; el instrumento de que se valió fué un mal instrumento, la monarquía absoluta; las manchas que afean su reinado son grandes manchas, la desmembracion de Polonia; su conciencia no se eleva muchas veces hasta el ideal absoluto de justicia; sus lábios lanzan epígramas que cuestan guerras; su escepticismo degenera en sarcástico y lijero; pero con todos estos defectos, con mayores todavía si se quiere, no hay ninguna personalidad de su tiempo, en que estalle con tanta fuerza y tanto brillo el inmortal espíritu de su siglo, aquel siglo humanitario por excelencia. Aunque otros timbres no tuviera, bastaríale el que apenas recibe un dominio de dos mil leguas cuadradas y de tres millones de habitantes, quebranta desde este reducto el formidable Sacro Imperio, el representante de la tradicion, el Goliat del absolutismo, el carcelero de todos los pueblos, el enemigo de Guillermo Tell, el verdugo de Juan Huss, el asesino de Padilla, el envenenador de las razas latinas, el monstruoso imperio austriaco, que, de haber triunfado, que-

mára hasta la médula de nuestros huesos, redujera á pavesas nuestra conciencia, é hiciera de toda Europa lo que hizo con su nefasta autoridad y su terrible política de nuestra feraz España, un desolado desierto. La conquista de Silesia, que tanto y tan duramente le han criticado, fué la conquista de la libertad de conciencia, porque compuesta en su mayor parte de católicos, recibieron todos estos la consagracion de su derecho de manos del Rey, educado en el protestantismo y crecido en la filosofía. Despues de la batalla de Strieugan, en 1745, dos mil campesinos quisieron degollar á todos los católicos de la comarca. El Rey se indignó. La tolerancia humanitaria latió en su corazon, el espíritu del siglo se posesionó de su mente, el eterno Verbo Divino asomó á sus lábios, é invocando el tema de «amad á vuestros enemigos,» pronunció un discurso, digno eco del sermon de la Montaña, que arrancó las homicidas armas á los dementes fanáticos. De gran memoria como conviene á un estadista; de escasa fantasía como su siglo; de ideas claras más que profundas; de ironía fina y delicada; un cerebro más que un corazon; un carácter servido y á veces mandado por una grande inteligencia; con los poderosos altanero, con los humildes sencillo; del génio y de la ciencia apasionado hasta el delirio; del mérito siempre admirador; en sus versos mediano, en su prosa incorrecto, en su filosofía vulgar y de sentido comun, pero contando sus hazañas, digno de equipararse con César, no solo por la sobriedad del relato, sino por la sencilla y natural modestia; alegre como un héroe antiguo, administrador moralísimo, jurisconsulto distinguido, celoso de que la justicia llegara hasta las últimas clases sociales; tolerante con los juicios de su pueblo, á quien todo lo dejaba decir con tal de que todo se lo dejase á él hacer; entero en la adversidad; sereno en el peligro; reflexivo en sus planes; tenaz en sus propósitos; sobre todas sus cualidades resalta aquella efusion con que abria las fronteras de su reino, las puertas de su palacio, los brazos de su amistad á todos los que algo pensaban, á todos los que algo creian, á todos los que trabajaban por alguna idea, á los filósofos enciclopedistas perseguidos por las preocupaciones y quemados en efigie por los verdugos, á los hermanos Moravos cargados con sus utopias, á los fracmasones excomulgados por los papas, á los jesuitas maldecidos de los reyes, á todos los que padecian por alguna creencia: que su frente se eleva sobre todas las frentes, y reverbera y refleja la luz del porvenir, el pensamiento de los siglos futuros, porque su alma ha abrazado con fervoroso entusiasmo la tolerancia universal.

# CAPITULO XXX.

## LA CRÍTICA RELIGIOSA Y SU INFLUENCIA POLÍTICA.

Los dos hombres que verdaderamente personifican dentro de Alemania la cima de la revolucion religiosa en el siglo décimo-octavo, son Eimarus y Lessing. El primero, sobre las tradiciones piadosas, sobre la revelacion universal, se levanta á buscar, ya que no en los cielos, sordos á sus evocaciones, en la profunda conciencia, la ley de los espíritus, la religion natural, dimanada de nuestro más íntimo sér, y en armonía con los principios y los derechos de la razon. Y conviene apuntar este fenómeno histórico, pues desde el momento en que la razon busca fuera de las tradiciones religiosas la ley natural de las conciencias, por un movimiento lógico, superior á la voluntad individual, por una fuerza dialéctica, impuesta de propia virtud, buscará tambien, fuera de las tradiciones políticas, la ley natural de las sociedades. Hoy el principio fundamental de Eimarus, ha pasado á ser un principio vulgar y de comun sentido. Todo hombre medianamente ilustrado, sabe que debe buscarse la religion, no tanto en las revelaciones, como en la naturaleza y en la conciencia, de la misma suerte que todo hombre medianamente ilustrado pide á su vez la base de las sociedades, no á las tradiciones, sino á los humanos fundamentales derechos. Pero en siglos apartados de nosotros, en oscuros tiempos, cuesta sobrehumano esfuerzo elevarse á un nuevo ideal, y doloroso martirio comunicar á los empedernidos y á los ciegos, el resplandor de esta luz.

Mas no se contentó Eimarus con expresar las ideas nuevas, atacó tambien las antiguas tradiciones. En su exaltacion guardó pocos respetos á las creencias, y se atrajo enemistades implacables.

Ya comprendía, con solo haber levantado una punta al velo de su pensamiento, que el escándalo iba á ser inmenso. Así, despues de haber escrito resmas enteras para interpretar la Biblia y el Evangelio, guardó receloso, inquieto, como el ladron sus robos, los productos de sus ideas. La rígida educacion de las escuelas luteranas, su estrecho espíritu his-

tórico, su fanático dogmatismo sobre el pecado y la gracia, su repugnancia invencible á todas las inspiraciones de la razon humana, habian hecho del filósofo, que respiraba todo el aire vital de su siglo, enemigo ardorosísimo, exagerado, á veces irreflexivo, de la antigua fé religiosa. Así, en sus fragmentos, sostenia que el bautismo, impuesto por fuerza á los niños, era una usurpacion de los derechos del hombre, de la autoridad de Dios, y del ministerio de la razon; que la Trinidad y sus dogmas, resultan, por más investigaciones sobre ellos intentadas y hechas, dogmas no superiores, sino contrarios á la razon humana; que las penas eternas, infligidas á séres finitos, débiles, ignorantes, ni tienen sentido moral, ni misericordia, ni justicia; que Jesucristo y el Bautista eran dos puros judíos, adscritos al ideal judío, adoradores de un reino material y tangible para su raza, indóciles al yugo romono, conspiradores contra la autoridad de los Césares, enemigos de una aristocracia sacerdotal, si no tan heróica, más política y más sábia que ellos, y á cuyos privilegios, conservados por la tolerancia de los Pretores, atentó Cristo el dia de su entrada triunfal en Jerusalén, haciéndose así reo de su justicia, y dentro de la ley escrita, merecedor de su patíbulo. Todo cuanto el cristianismo tiene de más ámplio, de más espiritual, de más humano, su reino de Dios opuesto al estrecho reino de los judíos carnales, su exaltacion sobre las frágiles coronas y las limitadas ambiciones del mundo, todo eso débese principalmente á posteriores tiempos, á los afluentes de ideas más filosóficas, á los progresos naturales de la conciencia.

Como se vé, la crítica de Eimarus tenia el sentido de oposicion intransigente al cristianismo, es decir, tenia el sentido de su siglo. El desarrollo dialéctico de las ideas en la historia, es así. La generacion que ha de realizar un término en la série del progreso humano, es injusta y apasionada, y hasta cruel con las generaciones anteriores. Cuando nosotros nos embelesamos hasta ver la hermosura perfecta en la Vénus de Milo, y bendecimos á los bienhechores que nos han salvado de las cóleras de los hombres, y del diluvio de los siglos este raro portento, encarnacion del ideal humano en el mármol, apenas podemos comprender, que las primeras familias cristianas, vieran claramente en aquella gracia, en aquella serenidad, en aquella armonía, en la belleza incomparable de la diosa, el rostro deforme de Satanás y de sus ángeles. Pero fué necesario, quizá, ese horror á la naturaleza, á la estética, al arte de los antiguos para crear, con una formidable reaccion de la conciencia humana, el salvador espiritualismo cristiano. Y como en el siglo décimo-octavo se trataba de crear el hombre libre, el hombre en la plenitud de su derecho, todo lazo que ataba el espíritu á lo antiguo, si no se desataba, se rompía, se cortaba con furor y con estrépito. ¡Cuántas creencias, dulces y consoladoras, caían como hojas secas; cuántos manantiales de consuelo se evaporaban despues de haber calmado por siglos y siglos la sed devoradora de lo infinito; cuántas imágenes rientes, verdaderas estrellas en las noches del alma, se borraban y desvanecian del horizonte de nuestras esperanzas; cuántos huérfanos quedaban desnudos, hambrientos, yertos al pié de los altares sin Dios, en el seno de una sociedad sin fé! Pero el espíritu humano rompía sus ligaduras, saltaba sobre sus vallas, deshacia todos los obstáculos, y se lanzaba resueltamente, entre tempestades, á la conquista muchas veces sangrienta de sus imprescriptibles derechos.

El editor que publicó los fragmentos de las críticas de Eimarus sobre el cristianismo, habia de alcanzar un nombre inmortal en ciencias, en artes, en literatura, en crítica, en filosofía religiosa, como precursor de los grandes génios de Alemania. Se llamaba Lessing. Podemos llamarle el crítico por exce-

lencia, de la misma suerte que podemos llamar á su siglo el siglo crítico por excelencia de la historia. El pensamiento que Federico II realiza en la política, lo sostiene con esfuerzo gigante en las letras, Lessing. Tolerancia universal, espíritu humano alzándose puro sobre las discordias de los hombres, revelacion eterna de Dios por medio de las varias religiones, derecho de cada conciencia, de cada sér, á comunicarse libre é íntimamente con su ideal religioso, que en cualquiera de sus formas contendrá siempre lo infinito. Estas ideas valiéronle encarnizados contradictores, nacidos en su mayor parte del seno de la ortodoxia protestante. Y sus contradictores, como todos aquellos que se ufanan de poseer con su fé religiosa la verdad absoluta, lejos de resignarse á refutar las ideas contrarias á las suyas, denuestan, infaman, persiguen, atormentan á los mantenedores de estas ideas, viendo un crímen donde si acaso hay un error, en el seno de las creencias, independientes casi siempre de la humana voluntad, é impuestas al entendimiento por fuerzas superiores á nuestras individuales fuerzas. Para llevar sus ideas al seno de las muchedumbres, para iluminar las conciencias y persuadir los ánimos, eligió Lessing la esfera intermedia entre lo real y lo ideal, eligió la esfera del Arte, y en el Arte aquella manifestacion que más se aproxima á la vida, que más participa de sus emociones y de sus accidentes, la manifestacion del Teatro. Inspirándose como el gran dramático inglés, en los luminosos cuentos y relatos de la literatura italiana, de donde se han sacado asuntos dramáticos, á la manera que se sacan y desbastan hermosos mármoles de las riquísimas canteras de Italia, Lessing, tomó la base de su drama, verdadera apología de la tolerancia, en los célebres cuentos del Decameron de Boccacio. Es el tiempo de las Cruzadas; los judíos, los cristianos, los musulmanes, se encuentran en torno de Jerusalén, la ciudad santa, en donde todos han bebido la idea de la unidad de Dios, y de donde todos se han separado por rivalidades de raza, más que por motivos de dogma y de creencia. Y sin embargo, aquella comunicacion estrecha entre las razas, siquiera sea una comunicacion por la guerra, por ese elemento destructor y antihumano, enseña una verdad que difícilmente puede ocultarse á la razon natural, y es la verdad clara, pero escondida, sobre todo á los ojos de la superstición y del fanatismo, la verdad de que todos aquellos enemigos, todos aquellos rivales, todos aquellos guerreros que se odian entre sí, que se persiguen, que se matan, sienten afectos y necesidades comunes, viven de comunes dolores y esperanzas, débiles todos y todos fuertes en las mismas condiciones, hambrientos todos del ideal y todos necesitados de la naturaleza, de su luz, de su aire; sujetos á la muerte, forzados á juntar en la madre tierra los huesos y los átomos que en vida han separado los enemigos dogmas, las religiones enemigas, para despertar tal vez en otra vida y encontrarse allí, que un solo Dios ilumina, y vivifica, y calienta con su luz increada, lo mismo que los mundos y los soles, todas las almas y todas las conciencias.

El patriarca de Jerusalén, es la imágen del eclesiástico intolerante, materialista, avaro, sensual, cargado de preseas y de diamantes, vestido de brocados y de bordados, más atento á que teman, y veneren, y reverencien, y sostengan, y adoren los fieles su persona que su Dios. Saladino, es el sultan que se ha levantado sobre la intolerancia de su religion á un culto más íntimo y profundo de la humanidad y de sus derechos. El jóven templario, nacido en los feudales castillos de Alemania, hijo de sangre real, que ha buscado bajo las palmas de Jerusalén el sepulcro de su Dios, representa el término medio entre la intolerancia del patriarcado y el espíritu efusivo y humano de Saladino. Así es hijo sin saberlo, de un príncipe árabe, hermano del Sultan; y de una rica-hembra germánica,

perteneciente á nobilísima familia. El protagonista del drama, es el judío, precavido y prudente, llamado Nathan. Los furores religiosos, el fanatismo intolerante, los cristianos en los ardores de sus guerras, le han consumido su hogar, le han quemado vivos á sus hijos. Al pronto le posee horror implacable al cristianismo; pero más tarde conoce que sobre estas pasiones, debe levantarse la pura inteligencia, la tolerancia pura, y recibe en su hogar, como hija propia, á una hija de sus verdugos, la bella y piadosísima Raquél, educada por su protector en sentimientos más humanos, que los egoistas sentimientos de secta. A este judío, quiere Saladino, en sus apuros, sacarle algun dinero, proponiéndole una cuestion espinosa, á saber: cuál prefiere de las tres religiones monoteistas. El judío le refiere este cuento: Un señor recibió hermoso anillo, al cual iban unidas todas las ventajas de la fortuna y de la vida, é instituyó que aquel de sus hijos que se encontrara en posesion del anillo, fuese el único de sus herederos, con facultad de trasmitirlo á sus sucesores. Era ya tradicional en la familia que el mejor entre los hijos de aquellos mayorazgos recibieran el anillo en herencia. Pero en la sucesion de los tiempos, encontróse uno de aquellos señores con que sus tres hijos eran igualmente buenos, igualmente dignos, igualmente honrados; y mandó labrar dos anillos, idénticos al anillo prestigioso, y se los dió á sus hijos. Y muerto el padre, resultó que cada uno de ellos creia tener el verdadero anillo y pedia la herencia única. Y entablaron un pleito, y llevados al tribunal todos los tres anillos, resultaron tan idénticos entre sí, que el pleito no pudo fallarse. Y así como no se ha fallado el pleito entre los tres anillos, tampoco se ha fallado el pleito entre las tres religiones. Saladino, que creia que al judío no le quedaba evasiva, porque declarándose en favor del judaismo ó el cristianismo, tenia que darle todos sus tesoros por blasfemo; y declarándose en favor del mahometismo, tenia que darle todos sus tesoros por converso, quedóse maravillado ante aquella habilidad y prudencia. Y tales consideraciones le persuadieron más y más á la tolerancia, y luego resultó que la hija del judío Raquél, y el templario, eran sobrinos del Sultan, hijos de un su hermano, y que cautivado por la belleza de nobilísima cristiana, habia oido antes la voz de sus pasiones, la voz de sus dogmas, en demostracion evidente de cómo la naturaleza inmortal junta los séres divididos y separados por las discordias de los hombres y sus diversas religiones.

No se contentó Lessing, á la verdad, con defender la tolerancia en el Teatro, la elevó á dogma en su teoría sobre la educacion del género humano. Para el gran pensador la gloria de la humanidad no está, no, en la quieta posesion de la verdad, está en los combates, en las penas que la verdad ha costado. Por eso dice que, si le llamara Dios y le dijese en esta mano tengo la verdad y en esta otra el camino penoso, escabrosísimo, que á la verdad conduce, escoge, escogeria el camino de la verdad aun á riesgo de regarle con su sudor y con su sangre. Sí, virtud santificante de la lucha, del trabajo, del dolor, parece que destruyes y creas, parece que abates y exaltas, parece que debilitas y fortificas, parece que eres el signo de nuestra inferioridad y eres la señal explendente de nuestra grandeza y de nuestra gloria!

Lessing aceptaba la lucha por la verdad para fortalecer su espíritu, como el atleta antiguo aceptaba la gimnasia para fortalecer su cuerpo, y en estos ejercicios del pensamiento encontró la idea que todas las religiones son grados diversos, fragmentos diseminados, matices varios de una misma religion, que ha educado progresivamente al género humano. El ideal religioso no se encuentra contenido en un solo libro, sino en todos los libros que han sostenido, que han consolado á la humanidad en las tristes asperezas de su ruta hácia la rea-

lizacion del ideal. Así como el trabajo del Oriente no ha podido perderse, ni perderse el trabajo de Grecia y sus filósofos, el trabajo de Roma y sus jurisconsultos, así tambien el trabajo de las diversas iglesias servirá para esclarecer, para iluminar la conciencia humana. Desde los picos del Himalaya, á los cuales alzan sus brazos suplicantes los padres de los primeros dioses; desde las cumbres del Sinaí, donde aún relampaguea, truena y fulmina el Jehová de Moisés; desde el sombrío Calvario, donde corre la humilde sangre del hijo del Hombre; desde el Hibla, que ha visto la cuna de los dioses griegos y que ha escuchado los diálogos del divino Platon; desde el coliseo romano, en cuyas cimas brillaban los génios protectores de Roma y en cuyo centro hoy abre sus brazos la Cruz que parece alimentarse de las cenizas de los mártires como los árboles de la sávia de los campos; desde las cúpulas de San Pedro de Roma ó de San Pablo de Lóndres; desde las torres de la iglesia de Worms, que oyeron la protesta del monge Lutero, hasta las torres de la catedral de Colonia, que todavía abrigan la reaccion católica, no se descubren los límites últimos ni las últimas señales de la revelacion; no se ven ni en lo pasado los confines de los recuerdos religiosos, ni en lo porvenir, los extremos de las religiosas esperanzas; porque así como el libro de los Vedas ha podido ser el libro de la naturaleza, y el libro de los Persas el libro de la luz, y el libro del antiguo Testamento el libro del Dios Padre, y el libro del Nuevo Testamento el libro del Dios hijo, y el libro de la Reforma el libro del Espíritu Santo, y como el pensamiento humano jamás podrá contar las estrellas ni medir lo infinito, jamás podrá tampoco saber cuántos libros religiosos, reveladores, luminosísimos, vendrán mañana en progresion ascendente á continuar la obra que los otros comenzaron; á embellecer, á santificar el humano espíritu para el cual guardan los cielos en sus profundidades una revelacion eterna é incesante.

La idea fundamental de Lessing es que todas las religiones han poderosamente contribuido, aunque en grados diversos, á la totalidad de la educacion humana. El espíritu del progreso entraba, pues, hasta en aquellos sitios apartadísimos y sagrados que parecian exceptuarse del movimiento y de la renovacion de todos los séres y de todas las ideas. Los santos veian agitarse las hojas de sus inertes libros de piedra al soplo del viento de su siglo; los ángeles veian larvas de nuevas ideas animarse en trasformaciones progresivas al calor del fuego de los santuarios. En esta agitacion, en estos estremecimientos de la conciencia, engendrábase altísimo concepto de la dignidad humana. Y siempre que la ciencia eleva la dignidad humana á grandes alturas viene por necesidad una explosion de la conciencia cargada de ideas, y con esta explosion de la conciencia viene por fuerza otra victoria más de la libertad.

# CAPITULO XXXI.

## DEL INFLUJO DE LAS APOLOGÍAS ORTODOXAS
### EN EL MOVIMIENTO POLÍTICO.

Frente á la crítica racionalista se planteaba la apología protestante. Una escuela entera de apologistas, compuesta por numerosos escritores, atacaba furiosamente á la escuela de los críticos. En esto, como si la obra capital del siglo décimo-octavo fuera sembrar una idea dejando á otro siglo que la fecundase, muere Federico II, y con él muere la tolerancia. Su sobrino Federico Guillermo II le sucede. La estrechez sucede á la amplitud de miras; la intolerancia al espíritu humanitario; la rutina á la idea; un rey de pacotilla á un rey del espíritu; un oficinista á un héroe; un protestante, que quiere llevar el protestantismo por los medios burocráticos hasta las últimas conciencias, á un filósofo que deja las ideas esparcirse, mezclarse, combatir, formar las grandes combinaciones químicas de la vida intelectual, tener la misma expontaneidad que en su obra creadora tiene la naturaleza.

Y los apologistas protestantes, despues de todo, no aconsejan otra cosa más que la lectura de la Biblia. Nunca he podido comprender cómo los pueblos protestantes de Europa retardan tanto su entrada en la República. Muchas veces, en mis reflexiones sobre la Historia, he pensado con detenimiento y madurez sobre la vivacidad con que comprenden y la rapidéz con que realizan los pueblos latinos las más avanzadas ideas, sobre todo en la esfera de la política. Aquí se conjuran todos los elementos para tener á los pueblos en completa ignorancia. En mis viajes por Suiza, lo que más me maravillaba era la cantidad de ideas liberales que allí descienden desde los púlpitos mezcladas con los aromas de las ideas religiosas y de sus eternales esperanzas. Cuando oia en la Iglesia de San Pedro de Ginebra un sermon lleno de evocaciones al espíritu del siglo, al génio de la libertad, al Dios del Evangelio, libro y código de las democracias, involuntariamente pasaban por mi memoria los sermones oidos en la parroquia de mi pueblo, llenos todos ellos de amenazas, de terrores, de pinturas del infierno, de

la retórica propia para apocar los ánimos y precipitarlos en el abatimiento y en la desesperacion que al cabo engendran la servidumbre de la conciencia y del alma. Si los pueblos latinos supieran leer, si por obligacion tuviesen que hojear á lo menos todos los domingos las páginas de la Biblia en vez de oir las salmodias de sus sacerdotes en lengua extranjera é ininteligible, ¿no hubieran sido hace ya dos siglos pueblos republicanos? Porque la Biblia es un libro lleno, desde las primeras á las últimas páginas, no diré de ideas, pero sí diré de sentimientos republicanos, y los sentimientos influyen con su poesía más aún que las ideas en los pueblos.

El Nilo, el rio de los misterios, al lamer las piedras de los sepulcros, lleva sobre sus cálidas aguas, que serpentean por el desierto como la via láctea por el cielo, la cuna de mimbres, donde va el enemigo de los reyes, el salvador de los pueblos. Uno de los primeros y más bellos cánticos de la Biblia está consagrado á exaltar la rota de los Faraones y de sus caballeros, sumergidos en las aguas del férvido mar, que se los ha tragado como si fueran piedra de los abismos. En cuanto las tribus en la tierra prometida se establecen, fundan una República mandada por magistrados que se llaman jueces. Y el dia que cualquier tirano se levanta, los sentimientos de la libertad y el habla elocuentísima de los tribunos vibran hasta en el corazon y en los lábios de sus mujeres. Jahel ha clavado con su martillo la estaca en las sienes del tirano Sisara. Débora canta bajo la palmera la victoria de los humildes sobre novecientos carros de guerra, todos chapeados de hierro y todos sumergidos en las ondas del torrente Cison. Cayéronse á las plantas de Gedeon las diademas de oro y los mantos de púrpura de las sienes y de los hombros de los príncipes de Madan; y los soldados de estos murieron en el campo como mieses mordidas por la hoz del segador. Jephté se venga de su pueblo que le habia despreciado por hijo de una ramera, salvándole de conquistadores y de tiranos.

Demóstenes no ha hablado contra los reyes de Macedonia como el último de los jueces habla contra los reyes que desean y piden sus extraviadas tribus. Parece que todavía cuando se quiere condenar las veleidades de las muchedumbres por sus amos, hay que volver á imitar aquel sublime lenguaje y hay que anunciar aquellas mismas plagas. El discurso de Samuel se repite de siglo en siglo, así en las imprecaciones de Danton contra los reyes de Francia, como en las escenas de Schiller que pintan la naciente República de Suiza. Todo tribuno dirá á todo pueblo lo mismo: ¿Quereis rey? Vuestras libres tribus serán esclavas. Uncidos serán vuestros hijos á los carros del rey como bestias. Al nacer nacereis con la marca de vuestra ignominia y sereis desde el vientre de vuestras madres hasta el vientre del sepulcro, propiedad de otro, como los terrones del campo, como los borregos del ganado. Unos ireis delante de él como cabestros, y otros ireis detrás de él como recuas. Dispondrá de vuestros caballos y de vuestros caballeros, ya para su regalo y para su corte, ya para su ódio y para sus guerras. Empapareis la tierra con vuestro sudor y el fruto será para él. Empapareis el campo de batalla con vuestra sangre, y para él será la victoria. Sembrareis y él cosechará. Vendimiareis y él se emborrachará. Engendrareis y él dispondrá de vuestros hijos. Ya no os llamareis los elegidos del Dios de Israel, sino los eunucos del serrallo del rey. Vuestras hijas deben untarle el cuerpo de aromáticos ungüentos, y luego entregarse como meretrices á su lascivia. Os repartirais entre sus cortesanos como se reparte y distribuye una manada. Ya no dependerá ni la vida ni la hacienda de vuestra voluntad, sino de su capricho. Mullid los cogines en que se acueste. Lamed las plantas con que pise vuestra cabeza. Dejad que se tienda sobre vuestras espaldas, y que haga remos de sus galeras vuestros

brazos. La sangre, la honra, la herencia paterna, vuestras hijas y vuestras esposas, todo será propiedad del monarca, dueño de Israel como de un prédio. Y como lo quereis, quereis una mordaza para vuestros lábios, un freno para vuestras quijadas, argollas para vuestros cuellos, esposas para vuestras manos, grillos para vuestros piés, la noche en la inteligencia, la muerte en el corazon, la humillacion ante Dios, la deshonra ante el mundo.

Las terribles profecías se cumplen. La Historia de la Monarquía confirma desde sus primeras á sus últimas páginas todas las amenazas del profeta. El rey escogido por aquel pueblo, que se olvidára á un tiempo de su religion y de su República, ensoberbécese, llénase de orgullo como el ángel rebelde, créese un Dios, y no se contenta con la sencilla magistratura política y civil, sino que sueña con la magistratura religiosa y sacerdotal, para oprimir bajo sus férreas manos cuerpo y alma de sus imbéciles vasallos. Inútilmente los más grandes reyes suben al oriental y pagano trono de donde Dios está ausente. David, solo David brilla por algunos momentos; pero su persona es un mentís dado al principio monárquico, principio de trasmision hereditaria, de casta oriental; porque David es un pastor á quien ha exaltado, no su cuna, sino su mérito. En cuanto el principio hereditario aparece, con el principio hereditario aparece tambien el horrible crímen que entraña la monarquía, institucion radicalmente contraria á toda justicia. Salomon es el rey por excelencia. Todos los dones de la hermosura han caido sobre su persona; todo el fuego y toda la luz de la ciencia sobre su entendimiento: los pueblos lejanos le celebran, los magos del Oriente le buscan, los reyes le necesitan; bajo su cetro álzase el templo de Dios vivo, que las maderas de los cedros del Líbano coronan; que las piedras talladas por los trabajadores de Tiro y de Biblos forman; que el hierro, el bronce, la plata, el oro fundidos por Hiram esmaltan; que el Arca de la alianza santifica; que un holocausto de veintidos mil bueyes y ciento veintidos mil carneros inauguran; que los presentes traidos por las naves surtas en los puertos del Mar Rojo para el Oriente, para Ophir, para el Occidente, para Tharsis, enriquecen; que la sabiduría de su fundador ilumina; mas como nada corrompe tanto en el mundo, como nada es funesto y homicida, cual un poder absoluto, el rey cuasi divino envenena su corazon de artista con todas las abominaciones del vicio, debilita sus fuerzas de guerrero con todas las flaquezas de la molicie, mancha su inteligencia de sábio con todas las fábulas de la mágia, oscurece su fé de creyente con todos los errores de la idolatría; y muestra con otro ejemplo más que no puede el mayor entre los hombres, ser alzado á las alturas del trono y convertido en una especie de Dios, sin trocarse por esta derogacion á las leyes de la naturaleza en miserable bestia. Y así la monarquía, de tropiezo en tropiezo, de derrota en derrota, de caida en caida, con los primeros representantes de la dinastía de David, rompe, destroza la unidad de Israel, divide, dispersa las tribus unidas por la República; y con los últimos, entrega el reino al extranjero, la raza al cautiverio, la ciudad santa á la desolacion y al saqueo, el templo al incendio.

Leed á los profetas. Isaías grita: gentes corrompidas, dejásteis el templo de Jehová para tomar el camino del templo de los ídolos. Enferma la cabeza, enfermo el corazon, los piés hinchados, los miembros doloridos, sois todos hijos de Israel, una llaga que no curará la pomada ni ablandará el aceite. No quiere Dios holocausto, no le importuneis con el humo de vuestro sacrificio. Jeremías, desolado, llora. La ciudad poblada antes se halla solitaria; la esposa de los reyes viuda; la reina de los pueblos sujeta á tributo. Los soldados, que debian rugir como leones para defender á Sion, corrieron como cervatillos. Las vírgenes que la halagaban con sus cánticos, fueron, los piés desnudos, y las manos

atadas á la espalda, cautivas á los serrallos de Oriente. Ezequiel canta: tú eras una parra plantada en regadío. Tus pámpanos daban sombra á pueblos enteros, y tus sarmientos eran tan fuertes que los tomaban los reyes por cetro. Mas el viento solano te ha consumido como el fuego al heno seco. Y Daniel exclama: tu tirano ha levantado su esfigie en una estátua áurea de setenta codos de altura. El pregonero te llama en alta voz para que vayas á bendecirla y adorarla de hinojos. Oseas oye los sonidos estridentes que producen las trompetas de los ángeles. Y la tierra se conmueve como si llevara feto abortivo en sus entrañas. Joel tiende su vista y no ve campos. La oruga se ha comido sus árboles y la langosta sus sembrados. Los ancianos ya no duermen sino en la embriaguez, y las mujeres ya no velan sino para el placer. Los sacerdotes se han vestido de luto y los profetas de cilicio. La cólera del cielo ha consumido el granado de rojas flores, la higuera de morados frutos, la vid cargada de racimos, la palmera del desierto con sus dátiles de oro. Amós reconviene á Israel porque Jehová lo prefirió entre todos los pueblos, é Israel negó á Jehová ante todos los dioses. Abdias le dice al pueblo que la soberbia de su corazon le ha perdido, y que en vano querrá levantar su moradá allá donde el águila pone su nido, porque está más alto aún el rayo de los cielos. Jonás anuncia la caida de Nínive despues de la caida de Jerusalen, y convoca las plañideras del mundo al entierro de las protervas ciudades y de los soberbios reyes. Miqueas se queja de que donde Dios puso su casa de oraciones, los hijos de Jacob han puesto casa de prostitucion; donde Dios las tablas de la ley, los hijos de Jacob las esculturas de Samária. Nahun mira cómo pasa Jehová con su ejército de ángeles. Los montes tiemblan, los collados se derriten; á una palabra suya el mar se ha hinchado de tormentas y los rios se han salido de madre. Abacuc clama y Dios no le oye. En vano busca á su Criador como el incienso el cielo. No hay piedad para Israel. Sophonías se desespera en noche de espesas tinieblas. Las estrellas se han vuelto cenizas, y el sol pavesas. Las nubes han llorado fuego. La tierra, agitada como una caña, ha tocado en los profundos abismos. Los hombres han muerto como los peces que se quedan en seco. Tu cólera ¡oh Jehová! acaba de pasar sobre Israel. Aggeo verá los carros tropezar en las piedras del camino, los ginetes perder sus caballos, é Israel ahogarse como Faraon, pero en mares de lágrimas. Malachías maldice á su pueblo porque despues de ofrecer ofrenda voluntaria á los ídolos, ha querido ofrecer ofrenda forzosa á Jehová. Zacarías canta la esperanza de Judá, y cree que las entrañas de su tribu engendrarán un justo y volverá á sentarse el Señor sobre las montañas de Sion.

¿Qué vienen á ser todos estos profetas con su cólera en el alma, con su maldicion en los lábios, con sus rayos en las manos? Los defensores del espíritu republicano contra la tiranía de los reyes. El rey quiere unir por alianzas su pueblo con los pueblos idólatras, su Dios con los dioses paganos, su vida con la extranjera vida. Pero se oponen los profetas, que llevan el espíritu divino en su mente, y que saben la divina mision de Israel, destinado á guardar solo una idea, la idea de la unidad de Dios contra las asechanzas de todas las idolatrías, para que sirva de raiz á la religion y á la moral del mundo por venir. Así toda su elocuencia se emplea en maldecir á los reyes y á los ídolos, verdaderos dioses de los reyes. Así huyen á los desiertos, se encierran en las cavernas, se comunican allí con lo infinito en la naturaleza, forjan las aceradísimas espadas de su palabra, salen vestidos de sayal y de cilicio á los caminos, á las encrucijadas, para protestar contra la tiranía de los reyes é iluminar con la esperanza en Dios el alma de los pueblos. Por eso las páginas de la Biblia han derramado muchas y muy grandes inspiraciones republicanas. No sola-

mente le han robado su sublimidad Miguel Angel en las figuras del Vaticano y Palestrina en las cadencias de su música; el poeta republicano Milton, el general republicano Cronwell, las tribus republicanas que se formaron en las grandes ciudades donde se leian los libros de Dios, las tribus de los puritanos han debido á esas magníficas maldiciones de los profetas lanzadas sobre los reyes, y sobre los pueblos idólatras de los reyes, la mayor parte de su maravillosa elocuencia.

Y así, digo yo, trayendo todas estas reflexiones á mi tésis, que las escuelas más ortodoxas de Alemania, las más protestantes, las que tendieran á encerrarse dentro de una tradicion más pura y á tomar un carácter más intransigente, no podian salir de una recomendacion vivísima de la Biblia, y al recomendar la Biblia, recomendaban un libro esencialmente religioso, es verdad, pero tambien esencialmente republicano. Además, todos los llamados círculos piadosos, que oponian una reaccion religiosa á la crítica del siglo décimo-octavo, estaban formados de pensadores dados á remover las profundidades del alma con sus problemas de religion sobrepujando al ideal ortodoxo con sus esperanzas de progreso. Ninguno de ellos queria mantener un pueblo ignorante al pié de un altar inmóvil de donde el calor y la luz de la vida habian huido; al contrario, todos pugnaban por elevar el alma á las cimas del ideal rosadas y matizadas de reflejos que no eran ciertamente del sol de los santuarios. No hay sino abrir cualquiera de los libros de los protestantes de este tiempo, ó cualquiera de las historias que sobre estos libros se han escrito; la más reciente, por ejemplo, la del sábio Lichtenberger, que con Reuss y otros ha sido ornamento de la facultad de teología en Estrasburgo. Y allí se vé que los más piadosos no son los más intolerantes, ni los más apegados á la rutina de un dogmatismo egoista. Bengel se revuelve contra la tradicion, y cree que el conocimiento de la Historia no basta á la fé cristiana, la cual se alimenta de realidades eternas. Œtinger, es un místico arrobado en la contemplacion de las ideas religiosas. Debilita la teoría del pecado original, y reconoce, no ya en la razon pura, sino en el sentido comun, un órgano naturalmente poseido por el hombre para comprender lo eterno y lo divino. El sentido comun ha formado ese anfiteatro de ideas celestes, que desde las cosas más bajas se eleva á las más sublimes. Zinzendor reforma los hermanos Moravos, y renueva las teorías de Juan de Hus víctima de los emperadores y de los papas. Su adoracion por la segunda persona de la Trinidad, le lleva casi á divinizar el género humano. Lavater, físico, filósofo y poeta, nacido y educado en Suiza, glorifica en sus efusiones religiosas la conciencia humana, y diviniza la libertad. Poncio Pilatos es á sus ojos abominable, porque representa el escepticismo culto, y porque se atreve á preguntar ¿qué es verdad? Y aunque pasando á los ojos de los racionalistas por un místico, Lavater se revuelve airado contra el milagro y exalta las leyes de la naturaleza. Poeta republicano, sus cánticos por la democracia se confunden como en las estancias de los profetas hebreos con sus oraciones á Dios. Amann ha sido llamado el *Mago del Norte* por su oscuridad, en la cual relampaguean numerosísimos pensamientos que cruzan sin ley, sin sistema, sin órden como sorprendentes aereolitos. Su vida está consagrada á reconciliar los libros de la razon divina con las naturales enseñanzas de la razon humana. A sus ojos todos los séres, hasta los más apartados, hasta los que brillan lejos del alcance de nuestros telescopios en los abismos de lo infinito, son, como Cristo, á un mismo tiempo divinos y humanos. *Omnia divina et humana omnia*. La Historia es la realizacion del pensamiento eterno de Dios. Y desde el momento en que dice esto, ya no hay pueblos absolutamente perdidos, como quiere una ortodoxia intolerante, ya no hay religiones absolutamente erróneas,

ya no hay épocas absolutamente malditas. El hebreo podrá ver en los dioses de Grecia cortesanos del rey de los infiernos; el griego podrá ver en los judíos legiones de oscuros fanáticos; á los ojos del patricio romano será el nazareno de las catacumbas un rebelde, merecedor de que lo devoren las fieras del circo; á los ojos del nazareno serán todas las creencias, menos las creencias evangélicas, abominaciones del entendimiento, oscurecido por el pecado; el católico verá desde los altares del Escorial ó desde la Basílica de san Pedro, en Lutero, un monge sensual y ébrio; el protestante verá desde las desnudas iglesias de Ginebra ó de Berlin al papa como al Ante-Cristo apocalíptico que ha de perder el mundo; cada religion se creerá la verdad absoluta; cada sectario el hombre perfecto; y entre tantas intolerancias y sobre tantas guerras, y en medio de tan inconciliables contradicciones, todas las escuelas enemigas, todos los pueblos en armas unos contra otros, contribuirán á realizar el pensamiento de Dios en la Historia, como dos ejércitos en guerra sirven para abonar con sus cadáveres el campo donde han caido: que de sus enemistades y de sus cóleras nada sabe la madre naturaleza.

Wizenmann vá más lejos todavía y resucita el pensamiento de Orígenes. En su teología no cabe que haya un sér que esté condenado al mal eternamente. El espectáculo de los dolores humanos servirá para convertir á Satanás. El ángel de las tinieblas participará de nuestras penas, beberá nuestras lágrimas, y tendrá sed de lo infinito, y tendrá nostalgia del cielo y tenderá sus brazos á Dios, sus ojos á la luz de donde cayera, su pensamiento á la inmensidad, su corazon al bien; y el soplo de la divina misericordia apagará el fuego del infierno, y los ángeles de las tinieblas volverán á entrar, coronados de estrellas, en el éther de los cielos. Cláudius, el más original y el más poeta de todos estos escritores, será tambien partidario de la razon humana; la llamará luciérnaga, que se arrastra por la tierra, pero luciérnaga, á la cual tarde ó temprano han de salirle angélicas y misteriosas álas para volar por lo infinito.

Compárense estas teorías llenas de sentimiento humanitario y progresivo con las teorías de nuestros neo-católicos. Para estos la razon y el absurdo se aman con amor invencible; el género humano, que no está dentro de la Iglesia es más despreciable, mucho más despreciable que las béstias; los tres últimos siglos no han sido más que tres siglos de ignominias y de errores; la revolucion que ha promulgado los derechos del hombre, no ha hecho sino continuar la obra de Satanás, la obra de la soberbia y del orgullo contra Dios; la ciencia que ha vertido tanta luz, no ha hecho sino llenar del viento de la vanidad el frágil corazon humano; la Reforma es un retroceso; el Renacimiento una apoteosis de la sensualidad del paganismo; Rafaél un idólatra; las monarquías civiles una reaccion al despotismo del Oriente, y las repúblicas democráticas una demagogia sin Dios y sin freno; solamente puede haber salvacion para el mundo en tornar á la Edad Media, á sus teocracias en el trono, á sus pueblos en el polvo, á sus cláustros llenos de penitentes, á sus cruzados que vayan á recibir de la Iglesia voz de guerra y espada de combate, á sus papas levantados como demiurgos, dioses y reyes, entre el cielo y la tierra.

# CAPITULO XXXII.

## LA EDUCACION REPUBLICANA.

El siglo décimo-octavo continúa la obra de la educacion del género humano, obra que ha de dar, quieran ó no quieran los reaccionarios de todas las teologías, por resultado lógico y preciso, la República universal. Dos libros apasionaron al siglo; dos libros que podrá empequeñecer como quiera la crítica moderna, pero que no pueden ser juzgados sino poı el momento en que nacieron, por la situacion de los pueblos, por el estado de los ánimos. El filósofo Kant, era una especie de hombre mecánico. Las ideas habian calcinado sus huesos, y las pasiones humanas no habian penetrado en su pecho. No se le conoció jamás amor ninguno, ni ninguna mujer iluminó con su ternura aquel hombre fuerte y frio como el hierro. Todos los dias, á unas mismas horas, salia á dar sus paseos con la regularidad y la precision de las figuras en los relojes por antonomasia mecánicos. Durante dos ó tres dias, aquel hombre no salió de su casa. ¿Estaba enfermo? Como las pasiones no atacaban su alma, las enfermedades no atacaban su cuerpo. Tenia una salud, que por lo estable, podíamos llamar salud mineral. No salió en dos ó tres dias de su casa, porque no pudo apartar de sus ojos el libro que se publicaba por entonces, el *Emilio* de Rousseau.

Podrá la saña ciega de los partidos cebarse en el autor y en la obra, pero no podrá quitarle, no, la gloria inmarcesible de haber conmovido con sentimientos maternales hasta las entrañas más duras y los corazones más empedernidos. Desde los tiempos de Platon, hay que decirlo, no se habia hablado de una manera tan elocuente, tan apasionada, tan luminosa. Las ideas se encarnaban en esa hermosura, que segun el sublime fundador de la Academia, es el eterno resplandor de la verdad. La lengua francesa parecia, bajo la pluma de Rousseau, como el mármol de Paros bajo el cincel de Fidias. Rebosaba de aquella copa de oro el vino embriagador de los grandes sentimientos revolucionarios. La humanidad se concentraba, como en el pri-

mer dia de nuestra redencion religiosa, como en la noche buena de Belén, sobre la cuna del niño, frágil, tierno, menudo, pequeño; pero llevando en sus rosadas manecitas el mundo de lo porvenir, y repitiendo en sus celestes ojos el horizonte de las nuevas redentoras ideas. La madre, perdida en los salones, apartada de la lactancia por una falsa moral y una falsa higiene, vino con sus ubérrimos pechos, cargados de dulcísima leche, á alimentar á sus hijos, y con su corazon, todo amor, todo poesía, todo religion, á sostenerlos y educarlos para labradores de la vida, para sacerdotes de la libertad. La naturaleza regenerada se alzó de la tumba donde la tenian como muerta las teocracias; y en su resurreccion, tan bella como la resurreccion de las mariposas en primavera, anunció que el mal es en su seno un accidente, y que puede llamarse ella el alma santa madre, el bien supremo, como Dios la suprema justicia. Y sobre toda esta escala de ideas, como la más grande, como la más duradera, como la más divina, superior á la misma naturaleza, se levantó la idea casi negada en las diversas sectas religiosas por el principio semi-fatalista de la gracia, se levantó la idea de la libertad moral, que dió fuerza al hombre, esperanza al progreso, luz á la misma ciencia, doctrina é ideal á la revolucion y á la república. Este libro sobrenatural, con todos sus errores, con todos sus defectos, con todas sus imperfecciones, planteaba el problema humanitario por excelencia: el problema de la educacion.

El otro libro, que impresionó vivamente al siglo décimo-octavo, es el libro de Daniel Foë, escritor desgraciadísimo, á quien la intolerancia de aquellos tiempos habia por sus publicaciones sumergido varias veces en profundos calabozos, despues de haberle cortado bárbaramente las orejas. Su libro ha llegado á pasar, como el libro de Cervantes, al sentido comun del género humano y al lenguaje proverbial de todos los pueblos. Su libro es el Robinson. Y el Robinson es el poema de la naturaleza dominada por la fuerza del trabajo. Una y mil veces el mar con sus tempestades y sus naufragios le anuncia al marino intrépido su estrella; y como si fuera su alma el huracan que impulsaba á los sajones, y su cuna la barca de cuero donde aparecieron los normandos entre las embravecidas ondas del mar del Norte, lucha impertérrito con vientos, con trombas, con tormentas, con el rayo y el granizo, con todos los elementos, á la manera que el conquistador en la guerra. Mas no creais que esta lucha tiene el carácter épico, legendario, poético de los combates descritos por Camoens en sus Luisiadas, no; es lucha real, descrita técnicamente, apoyada en cálculos, probada con documentos, lucha de un mercader, de un inglés prosáico, que solo busca oro para sí, comodidades para su familia, puntales para su casa, apoyos para su vejez en su conquista del Océano. Y un dia el viento le vence, el mar le arrolla, la tempestad le lanza sobre una playa desierta. Y allí está solo, abandonado; sin más recurso que el vigor de sus brazos, sin más esperanza que el Dios de su Biblia. Y solo, y abandonado, lucha con la naturaleza como habia luchado siempre; y arranca los árboles, y pule las piedras, y teje los filamentos de las plantas, y empapa con su sudor la tierra, y educa los animales, y somete las fuerzas enemigas, y abre canales, y talla lanchas, y mueve los remos, y caza las fieras, y siembra, y siega, y muele, y amasa sin contar jamás con las dificultades, sin retroceder á los peligros, seguro de su derecho divino sobre la creacion y de la fuerza incontrastable de su voluntad; como que aquel hombre, al explorar las selvas inexploradas, al surcar los mares vírgenes, al domar los animales indómitos, al someter la insumisa creacion, demuestra la fuerza incontrastable de la libertad individual y la santa legitimidad de su derecho sobre la tierra. El héroe de Daniel no es un héroe fantástico. Cuando nosotros nos paramos á contemplar el pobre cuákero educado en el de-

sierto, nacido en una cabaña, con su libertad por todo patrimonio, con su Biblia por toda educacion, leñador en aquellas selvas primitivas de la América del Norte, navegante en las aguas del Ohio, del Mississipí, que por un esfuerzo de su voluntad soberana y por un milagro de su República democrática ha roto este cendal de la materia, y ha subido, á través de las tempestades de la naturaleza y de las tempestades de la sociedad, á la cima del mundo moderno, al capitolio de Washington, para ser allí el Moisés y el Cristo de los negros, y enterrar los últimos restos del patriciado bárbaro y romper las últimas cadenas del eterno esclavo, no podemos ménos de reconocer que el héroe de la novela del siglo décimo-octavo, el trabajador solitario y abandonado, que se crea á sí mismo por esfuerzos interiores y que somete la naturaleza á su mano y la ley á su pensamiento, es una realidad viviente en la gloriosa historia de nuestras modernas libertades. El libro debia apasionar en su tiempo á las generaciones que lo recibieron y lo devoraron, puesto que el libro venia á decir, apoteosis sublime de la industria, que no hay elementos con fuerzas bastantes para resistir á la voluntad del hombre cuando se la emplea con brio y se la educa con perseverancia.

La educacion, la educacion comenzó á ser entonces un gran problema en Alemania, y la educacion comenzó á ser esencialmente republicana. El primer nombre que se liga indisolublemente á este nuevo impulso del espíritu moderno hácia la libertad es el nombre de Basedow. Muy variamente se ha escrito y se ha hablado de este hombre. Mientras Michelet le llama ilustre, Herder dice que todo su secreto consistia en decir que criaba en diez años encinares que necesitan ciento, y que por su parte no le daria á educar, no ya hombres, pero ni siquiera bueyes. Y Goethe añade: «Basedow, que mira á todo el mundo como mal educado, es un hombre de pésima educacion.» Seguramente habia grandes lunares en su inteligencia y muchos vicios en su vida. Pero el pedagogo que comenzó la obra revolucionaria de la educacion republicana tiene dos méritos: primero, despertar en el alma la idea de que tiene dentro de sí virtudes bastantes á ilustrarla y moralizarla conduciéndola al cumplimiento del bien; y segundo, evitar cuidadosamente que las supersticiones se apoderen del entendimiento, lo perviertan en sus primeros años y luego necesite pasar el hombre la mitad de la vida destruyendo la obra y la fé de la otra mitad. Así, Basedow prohibia terminantemente que se enseñara á los niños ninguna religion revelada, limitándose á despertar en ellos la conciencia moral y á robustecerlos por los ejercicios gimnásticos en su cuerpo y en su organismo, por los sentimientos liberales en su carácter y en su alma.

Este impulso que la pedagogia moderna habia recibido de las obras de Daniel Foë, de Juan Jacobo Rousseau, y de los trabajos y prácticas de Basedow, fué fecundo en libros, en planes, en proyectos que tendian todos á la educacion de la infancia y á fortalecer y á arraigar en la infancia la idea de libertad. Salzmann se empeñó heróicamente en esta lucha por las nuevas ideas. Aunque sacerdote, tronaba con grande elocuencia y mayor justicia contra la estrecha educacion ortodoxa que encorvaba el entendimiento de la juventud, bajo el peso de la tradicion; embargaba su memoria con versículos innumerables de la Biblia, y pervertia su carácter en prácticas religiosas sin real trascendencia á la educacion y á la vida. Nadie como él se consagró á sacar del seno de las frias tinieblas, que lo pasado arrojaba sobre las almas, el ángel de luz que llevamos en nosotros, y que ilumina con su antorcha todo cuanto nos rodea, y nos señala con su mano bendita el camino que conduce á lo celeste, á lo eterno, camino sembrado de mundos y de soles, y oscurecido por las nubes sin rocío de la supersticion y del fanatismo. Campe, el imitador de Foë, quita á la educacion todo este sentimentalismo; se

revuelve contra la poesía llamándola linterna encendida enfrente del sol; y quiere que tenga el hombre la fé que Robinson en sus derechos, en sus fuerzas, en su imperio sobre la naturaleza.

El reformador que personifica esta grande revolucion pedagógica indudablemente con más títulos es el inmortal Pestalozzi. Fichte, en su Discurso á la Nacion Alemana, ofrecia como escuela regeneradora de su raza la escuela de este santo. Y en efecto, nadie como él ha distinguido las facultades intelectuales que en cada edad predominan, ni ha visto el camino más corto para llegar á estas facultades, y acrecentarlas en ejercicios diarios, y esclarecerlas con los raudales de la ciencia. Efectivamente, si cuando el sentimiento predomina en el hombre porque su edad lo une á la naturaleza y al hogar, educais la inteligencia; si cuando predomina, como en la juventud, la fantasía porque el hervor de la sangre y la inquietud del espíritu le llevan á las pasiones y á los combates, en oposicion casi con todo cuanto le cerca, pues necesita crearse su mundo propio, si en esta edad crítica educais, por ejemplo, la razon; y cuando llega la edad de la razon, y con ella los frutos muchas veces amargos de la vida, y se han secado las flores, y se han caido las mariposas que sobre las flores revoloteaban, os empeñais en educar sentimiento é imaginacion, hareis del hombre un ser artificioso, sin lograr el someter y amoldar á vuestra educacion lo más inaccesible, lo más indócil, su recóndita naturaleza. Como los frutos pasan por la semilla, por el gérmen, por la flor, pasan las ideas por las sensaciones, por las nociones, antes de llegar á su incondicionalidad absoluta. Y educando en el niño al niño y no al hombre, las facultades del niño, con símbolos á su alcance, con narraciones que le recreen y le deleiten, depositareis en su alma individual con seguridad, con certeza, los gérmenes de un alma universal, de un alma humana.

¿Quién educa verdaderamente al niño en la humanidad? ¿Quién tiene ese divino ministerio? La madre. Ella es la profetisa que prevé la vida por venir, y la Sibila que sondea los misterios del espíritu, y la Musa que lleva al corazon las inspiraciones humanas, y la Maga que llena de leyendas piadosas y suaves toda nuestra fantasía, y la Sacerdotisa que levanta la conciencia á las regiones de lo infinito: desde el momento en que siente su híjo en las entrañas parece como que el espíritu y la naturaleza se revelan á su mente para ayudarla en su divino ministerio; y así apropia todas las ideas á la inteligencia del niño, de la misma suerte que el ave cincela todos los agrestes objetos cogidos en su pico para formar el blando nido de sus amados hijuelos. Sabe la madre instintivamente la higiene con que ha de preservar á su hijo de las inclemencias del mundo, la medicina con que ha de curarlo en sus contínuas enfermedades, la moral con que ha de sostenerlo en sus futuros combates, la literatura con que ha de embellecer sus dias y con que ha de calmar sus tempestades, la religion que ha de convertirle en sér superior á los demás séres de la naturaleza y ha de abismarle en el seno de lo infinito; cuanto necesita el pequeñuelo en sus primeros años lo lleva su madre en la inteligencia como lleva en los pechos su único alimento. Hagamos de la escuela una madre. Hé ahí el pensamiento de Pestalozzi.

Un hombre así no podia nacer, no podia educarse, no podia vivir sino en el seno de una República. Las ciudades republicanas son las ciudades que han contribuido en mayor grado á la educacion del género humano. Volveos con los ojos del alma á todos los tiempos de la historia, y encontrareis que el género humano ha sido formado por esas ciudades. Cada una de ellas trae su tesoro á las riquezas comunes de la humanidad: Atenas sus estátuas; Roma sus leyes; Florencia las artes del Renacimiento; Génova la letra de cambio para el comercio; Venecia la brújula; Pisa la ley del péndulo; Strasburgo la impren-

ta; todas ellas la idea. Y así es que los pueblos modernos jamás llegáran á su perfecto desarrollo si no hubiera, como granos de sal, derramado la Providencia esas pequeñas repúblicas en su seno. Todo el movimiento intelectual de Francia en el siglo décimo-sexto se pierde si no hubiera cerca una Ginebra capaz de acoger á Calvino. Quizá la Inglaterra vuelve á ser presa de la reaccion católica, feudo de los empedernidos Estuardos, si no está cerca Holanda para crear y educar á los Oranges. Y en la vida intelectual de Alemania han ejercido poderoso influjo las republicanas ciudades de Suiza y entre todas Zurich. Allí habitaron Schelling y Fichte; allí escribieron Klopstok y Gessner; allí formó una especie de centro intelectual, de foco donde convergian muchos rayos de luz el teólogo, el físico, el republicano Lavater; allí se educó Pestalozzi.

Mas su primera escuela fué fundada en las riberas del lago de los cuatro cantones. Aquella hermosa maravilla tiene á nuestros ojos ese explendor más en sus horizontes y esa santidad más en sus recuerdos. Una vez visto no se le olvida jamás. Al extremo Norte, Lucerna con sus torres góticas, con sus pintados puentes, entre los cuales precipita el Saar sus verdes y espumosas aguas; á un lado el Pilatos, ágrio, abrupto, sembrado de abismos como si en su aridez solo engendrara tempestades; enfrente del Pilatos el Righi, apacible, tranquilo, sembrado de florestas, de quintas, como una montaña italiana cantada por Horacio ó por Virgilio; entre estos dos montes, como un anfiteatro de diamantes gigantescos, la cordillera del Oberland que refleja y repite en los cristales de sus nieves eternas la luz del dia; y, en todo el fondo, el lago, vário, lleno de ensenadas, de puertos, de aldeas, que se tienden entre las verdes praderas y los bosques de alpestres pinos: espectáculo maravilloso, indescriptible, como acaso no hay otro semejante en el planeta, pues difícilmente se encuentran á tan corta distancia contrastes tan grandes, ni en tan breve espacio se reunen y se conciertan de manera tan plástica lo hermoso y lo sublime. Y cuando impelido por sus vientos, surcando perezosamente la celeste superficie de sus aguas, oís la esquila del ganado confundida con el cántico del pastor y el grito del navegante con el eco de la campana, la imaginacion os trasporta á los tiempos en que aquellos campesinos y aquellos barqueros juraron, como inspirados por tanta grandeza, fundar la independencia, la democracia, la república, y las fundaron dirigidos por Guillermo Tell, más vivo aún que todos aquellos séres, más grande aún que todos aquellos Alpes, más poético aún que todo aquel incomparable lago, porque su mano ha puesto allí sobre los milagros de la naturaleza los milagros todavía mayores de la libertad.

Por aquellos sitios tan hermosos pasó la guerra en 1798, y dejó la desolacion, y todos sus horrores. Era el mes de Setiembre, y los franceses querian imponer una Constitucion unitaria, que aquellas federales regiones rechazaban completamente. Resistencia incontrastable se organizó. Los campesinos salieron á defender sus libertades y sus hogares como defienden las águilas alpestres sus nidos y sus polluelos; pero los franceses fueron implacables. Una cuarta parte de los salidos á cerrarles el paso quedó muerta en los campos. Los otros huyeron y se dispersaron por las selvas. Entre los cadáveres se encontraron doscientas mujeres y veinticinco niños. La Iglesia fué violada, sus altares ensangrentados, su bóveda henchida por disparos de fusilería; sesenta y cinco fieles que se habian refugiado allí, ó por no poder llevar las armas ó por pedir á Dios la salvacion de su pátria, fueron bárbaramente inmolados sin exceptuar ninguno. El sacerdote que decia misa cayó de un tiro al pié de su ara y de su cáliz. Toda la ciudad fué saqueada, y quinientas ochenta casas de sus alrededores reducidas á cenizas.

En medio de esta desolacion, por el mes de Octubre, quince dias despues de la catástrofe, apareció Pestalozzi entre aquellas humeantes ruinas. Su corazon llevaba aún mayores tristezas que el suelo hollado por sus plantas. Y en verdad el estado de aquellas regiones no podia ser más triste: aldeas arrancadas de cuajo como si por ellas hubiera pasado Atila; bosques de vívidos árboles trasformados en bosques de calcinados palos; las granjas, las casas de labor completamente destrozadas; los ganados, los animales domésticos ó consumidos ó dispersos; la soledad por todas partes, pues los habitantes habian huido de aquel suelo de maldiciones; las iglesias saqueadas y violadas; los cadáveres todavía en el campo, insepultos y podridos, llamando sobre sus restos las aves de rapiña. Allí, en uno de aquellos edificios, medio destruidos, ahumados, sin puertas, sin cristales, con manchas todavía de sangre, reunió Pestalozzi los niños hambrientos, pálidos, enfermos, llenos de llagas, tiritando en su desnudez de frio y en su desgracia de miedo. Pero aquel santo era como Jesús: se gozaba en rodearse de los niños, en contemplar sus ojos serenos, en beber su inocente sonrisa, en adivinar el hombre futuro que se encierra tras de aquel cuerpecito y el futuro mundo que ha de crear este hombre, como una madre, con sus ternezas, con sus inquietudes, con sus adivinaciones, todo para la infancia, todo para la inocencia.

Italiano de raza, tenia su alma los contrastes del suelo italiano en los Alpes, donde el Norte, con sus helechos, se mezcla al azahar del Mediodia; donde florece el almendro á vista de la nieve; aleman por su lengua, por su cultura intelectual, por la ciudad donde se habia criado, Zurich, esencialmente alemana; republicano por su nacimiento y por sus convicciones; revolucionario ó reformador, siempre en guerra con los privilegios de las aristocracias y en adoracion siempre ante el humano principio de igualdad, criado por una madre amorosísima que le guardaba durante toda la infancia á su lado, y que le infundia parte de su alma de mujer con todas sus delicadezas; casado en edad temprana con una heredera á quien arruinó en obras de caridad y beneficencia; sostenido algun tiempo en sus apuros por dos viejas criadas de la casa paterna que le profesaban afecto maternal, íbase aquel redentor de pueblo en pueblo, buscando á los ignorantes y á los pobres para ilustrarlos y para mantenerlos; adoptando á los huérfanos; tendiendo la mano, si era necesario, para pedir limosna con que satisfacer á los hambrientos; filósofo de accion, poeta de la vida, tribuno de la infancia, hijo divino é inmortal de la naturaleza. Su libro estaba en el Universo: ninguna letra de imprenta se puede comparar con una estrella de oro; ningun poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede compararse con el poema de los Alpes, cuando los doran en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosáceo reflejo del vespertino crepúsculo: ningun libro, ninguno hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana: ninguna poesía es tan bella y tan tierna como la poesía del corazon en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen, por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, previsora como la Providencia, santa como la Iglesia; separarlos de toda artificiosa revelacion que no provenga, primero de la conciencia, despues del Universo; matar en ellos los sentimientos de privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho espacio á cada vocacion individual, para que realice libremente su destino; obligar á unos á que sean maestros de otros, y á todos á que mútuamente se envien sus ideas, como los astros se envian mútuamente á través de la inmensidad sus rayos de luz; constreñirlos en la primavera y en el estío á que trabajen los campos, á que cultiven las plantas, á que siembren las flores, á que cosechen los frutos, y en el invierno á que

entren dentro del taller, y abracen, y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores, y comprendan todas las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en coro, para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto á la libertad y á la pátria; convocarlos, para que con el barro del jardin ó con las tablitas recortadas en sus juegos, formen de relieves, primero la escuela, despues la aldea, despues el canton, y luego la pátria, la Europa, el Mundo; darles nocion del número, de las denominaciones, todo por símbolos, todo por apólogos, hasta que las almas en su maduréz puedan definir y clasificar las ideas; recordarles que viven dentro de la naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla, y bajo la mano de Dios para imitarlo y repetirlo en sus obras; intentar todo esto, hacer todo esto, cumplir todo esto, sin más móvil que el bien, ni más fin que la justicia, ni más esperanza que la satisfaccion de la conciencia, y acaso una palabra en la historia; trasfigurarse de esta suerte, y trasfigurar á cuantos les rodeaban, era crear con la palabra el gérmen de un Nuevo Mundo social, que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad agradecida.

Como todos los hombres extraordinarios, fué víctima tambien de extraordinarias desgracias. Los católicos le perseguian en sus cantones por su orígen protestante; los protestantes le achacaban olvido de todo culto; los hombres ilustres desconocian toda la verdad de aquella ciencia sencilla; sus mismos discípulos como á Jesús le fueron ingratos; la reaccion piadosa que bajo el imperio y en los comienzos de este extraño siglo décimo-nono se inaugura, le cerca, le asedia, le asfixia. El gran Michelet ha contado en su estilo inimitable, los últimos dias de este génio. No pudiendo ya soportar las tiranías de lo artificioso, las combinaciones de la reaccion teocrática, la enemiga de la infame hipocresía, se fué de su último establecimiento de Iverdun á las montañas del Jura, á vivir en la inmensidad, solo con su conciencia, con Dios y con la naturaleza, con esta trinidad misteriosa, á la cual habia ofrecido el holocausto de toda su existencia. Un dia, teniendo más de ochenta años, bajó á una escuela, fundada segun su ideal y su método; los niños de ambos sexos que debian un alma nueva á la idea de este varon justo, salieron á recibirle entonando melodiosos coros y pidiéndole su santa bendicion. Uno de ellos se adelantó á ofrecerle sencillísima corona de encina: «Para mí no, dijo; coronad con ella la inocencia, lo único que hay santo sobre la tierra.» No, no es verdad. Hay algo más santo que la inocencia, como hay algo más grande y más santo que el Paráiso acá en la tierra. Es más santo el varon que ha conocido todas las seducciones de la vida y las ha despreciado para consagrarse al cultivo de la humanidad; que ha hecho de la verdad su religion, de la caridad su amor, de la justicia su esposa inseparable, de los desvalidos, de los desgraciados, de los opresos el objeto único de sus pensamientos y de sus afanes. Eso es lo santo, eso es lo eterno, eso es lo divino en la Historia. Los hombres que proceden así sufrirán en la vida, sufrirán en la muerte; pero sufrirán porque la Providencia quiere que se parezcan á sus génios hermanos en la sucesion de los siglos, que se parezcan á los mártires y á los redentores.

# CAPITULO XXXIII.

## LA REACCION.

El siglo décimo-octavo habia completado su obra fundando la educacion democrática, que debia en tiempos muy posteriores dar todas sus consecuencias necesarias. Al comenzar el siglo décimo-nono, comenzaba con él tambien una reaccion vergonzosa. No está en nuestras manos cambiar ciertas leyes sociales cuya razon no comprendemos con la inteligencia, pero cuya fuerza, cuya fatalidad sentimos sobre las espaldas. La revolucion francesa habia tenido, como la humanidad, su paraiso. Mil setecientos ochenta y nueve será siempre la fecha de esta edad venturosa. Todas las esperanzas la sonreian, todos los corazones la saludaban, todos los pensadores vislumbraban horizontes infinitos llenos de luz. Pero el progreso no sigue una línea recta. La humanidad no tiene un crecimiento contínuo. A las revoluciones suceden las reacciones; al impulso el retroceso, como si el mundo fuera un péndulo. Hay indudablemente dentro de la sociedad fuerzas que empujan hácia adelante, y fuerzas que detienen y á veces empujan hácia atrás. Hay vapor y freno como en nuestras locomotoras. Por regla general, los filósofos son los que impulsan, sin mirar los obstáculos, como que trazan un plano ideal. Y los hombres de Estado son los que contienen, como que han de realizar ese plano, y para ello necesitan tiempo, mucho tiempo, y espacio, mucho espacio, porque toda la tierra, de que podemos disponer, se halla ocupada por las instituciones antiguas, muchas veces fuertes y arraigadísimas. Luego, las nuevas ideas tienen sus inconvenientes; la nueva vida sus enfermedades. Y sucede en la sociedad con las instituciones recien nacidas, lo mismo que con los séres recien nacidos en la naturaleza. La muerte es en ellos más frecuente y más fácil. Así la revolucion francesa trajo el mal de la demagogia, es decir, el esceso de la democracia. Los reyes que odiaban democracia y demagogia, buscaron en los errores de esta pretesto para acabar con los derechos de aquella. Provocada la guerra, tuvo la democracia que ser guerrera;

siendo guerrera tuvo que ser militar, y siendo militar tuvo que erigir un gefe, y este gefe restauró la monarquía en castigo de las culpas demagógicas, y destronó á los reyes en castigo de las culpas monárquicas. Entonces Alemania fué conquistada.

Los reyes habian querido tener pueblos de siervos, y los siervos carecian hasta del sentimiento de pátria. La gran revolucion no habia dorado con sus rayos más que las cimas de la inteligencia. Entonces comprendieron los filósofos, los reyes del entendimiento, que era necesario convertir las abstracciones en realidades sociales, amasar con la levadura de la idea el pan necesario para el alma del pueblo. Y los reyes hereditarios comprendieron tambien que se necesitaba para crear soldados, crear antes ciudadanos, y que solo crea, solo tiene fuerza creadora el principio divino de la libertad. Promesas de reformas cayeron desde las cimas de los tronos durante la guerra de la Independencia, promesas recogidas y olvidadas despues de la victoria. Faltaron los tiranos á la fé que tenian prometida y jurada á los muertos; á los que se sacrificaron en cien batallas y cayeron contentos no solo por la material pátria de la tierra, sino tambien por la ideal pátria del derecho. Todo el resultado que vino á dar la guerra de la Independencia se resumió en el reinado de la Santa Alianza, una ignominia tan grande como la conquista.

Entonces sobrevino una reaccion religiosa. Muchos creyeron que tantas desgracias se debian al triste olvido de la religion protestante. De aquí el misticismo que se apoderó de tantas inteligencias, de aquí éxitos fabulosos incomprensibles como el éxito del *Génio del Cristianismo*, libro de bello estilo literario y de ningun valor científico. Pero las manos se alzaron al cielo en demanda de paz, de misericordia para la tierra, y una muchedumbre de sofismas secundaba la gran reaccion política. Estados iguales presenta la Historia. Cuando se caia la civilizacion antigua, más por fuerzas interiores descomponentes que por el asalto de los bárbaros, volvíanse á una todos los sacerdotes hácia los templos de los dioses, y los abrian de par en par, y enseñaban los pórticos sin ofrendas, las aras sin víctimas, el altar sin fuego, atribuyendo á la ausencia de la fé, la ausencia del poder y de la victoria. Así en el mundo moderno, en nuestros mismos dias, se resucitaba todo lo antiguo. Unos ponian ante los ojos de su siglo el poder y la fuerza social de las antiguas religiones con toda su simbólica. Pero otros no se contentaban con estas reacciones arqueológicas de la pura esfera científica. Querian llevar la reaccion de la ciencia á la vida, y habia quien demostraba que las almas se desligaban de los cuerpos y vivian por sí, en sí, pudiendo volver cuando quisieran á la tierra, con lo cual era muy legítima la creencia en los aparecidos; y otros, más dementes aún, trataban de probar que los fantasmas eran tan numerosos y tan ciertos como los séres vivientes, y que se podia llegar á ver las almas condenadas y las almas beatíficas, porque las primeras eran verdes y amarillas las segundas. Tristemente se inauguraba el siglo décimo-nono. De aquellas alturas donde brillaba la idea del derecho y de la justicia, donde nacia la idea de la humanidad y de su universal espíritu, habia caido rodando en los abismos donde yacian los leprosos de la Edad-Media con sus enfermedades nerviosas de terrores sin motivo, de apariciones sin sentido, de fantasmas sin realidad: sueños de la demencia, contradicciones con la naturaleza, conjuros lanzados al progreso, ofensas hechas á Dios.

# CAPITULO XXXIV.

## JENA Y TUBINGA.

En esta crísis religiosa produjéronse dos escuelas que verdaderamente habian de tener, á pesar de su carácter teológico, poderosísimo influjo en el movimiento político. Era una de ellas la escuela de Jena. Era otra de ellas la escuela de Tubinga. Las dos querian avivar el espíritu religioso, y para avivar el espíritu religioso querian quitar de la religion todo cuanto pudiese ofender al carácter y á las creencias universales del siglo décimo-nono. Hay en religion un elemento que hasta ahora le ha sido necesario, indispensable, y que es el escollo en el cual se han estrellado todos los apologistas, el elemento del milagro. Si lo sosteneis, imposible que un siglo tan adelantado en ciencias físicas y naturales comprenda ni una palabra de esa religion; y si lo quitais, imposible sostener una religion nacida del milagro, promulgada entre milagros y por milagros difundida. Estas dificultades se presentaban á los ojos de los pensadores de una y otra escuela. Los de Jena contradecian, negaban resueltamente el milagro; ó lo explicaban de tal suerte, y por medios tan naturales, que se desvanecia y disipaba. Los de Tubinga tenian espíritu más de conciliacion y de armonía, comprendiendo que despojaban á la religion de su esencia al despojarla del milagro.

Se ha llamado á la primera tendencia, á la que extirpa el milagro, tanto de la naturaleza como de la religion, tendencia racionalista. El más batallador entre los teólogos racionalistas es el célebre Juan Federico Röhr, que desde fines del siglo pasado hasta mediados de este siglo ha combatido con igual energía, muy cercana de la aspereza, á todos aquellos tenaces en conservar lo que él denominaba parte mitológica del Cristianismo. Para este autor asperísimo los ángeles que rodean la cuna del Salvador y despiertan á los pastores; la fuga á Egipto por merced y proteccion especial de la Providencia; las bodas de Canaam, donde se convierte el agua en vino; la milagrosa multiplicacion de los panes y los peces; el paso de Cristo sobre las aguas tempestuosas del mar; las piedras que se partie-

ron de dolor en la hora de su muerte; las mujeres que escucharon el relato de su resurreccion; el encuentro con los discípulos despues de haber rasgado el sudario; la apoteosis en el monte Thabor, iluminado por extraña y nueva luz del cielo; toda esta parte milagrosa del Cristianismo es puramente fantástica, creada por las necesidades de la predicacion y creida por las supersticiones del tiempo. La razon, y solamente la razon, debe ser criterio en materias religiosas como en materias científicas. Lo que repugne á la razon por falso, ha de expulsarse de la teología por irreligioso. La religion tiene por único ministerio en la historia fundar la moralidad en la vida. El fondo del Cristianismo se reduce á varios dogmas esenciales; al dogma de la existencia de Dios y de sus atributos, y al dogma de la espiritualidad del alma y de su inmortalidad. La Cristologia, con todos sus milagros, no pasa de ser una leyenda llena de bellezas, pero falta de verdad; propia á difundir la doctrina entre pueblos jóvenes, de sangre ardiente, de corazon apasionado, de exaltadísima fantasía, para quienes el dogma como el universo está poblado de increibles maravillas; pero nosotros, hijos de la razon, conquistadores de la libertad, sacerdotes de la ciencia, para quienes la naturaleza ha ganado en sublimidad todo cuanto ha perdido en fantásticas maravillas, y para quienes la historia ha ganado en grandeza todo cuanto ha perdido en milagrosas intervenciones; nosotros no hemos menester que Cristo lleve sobre sus sienes la mística aureola de lo sobrenatural; nos basta para seguirle, creerle é imitarle, su vida purísima, su muerte heróica, la moralidad sin mancha de sus acciones, la pureza sin sombra de sus principios, la doctrina que cae de sus lábios sobre la tierra sedienta, sobre la conciencia desolada y que engendra y eleva á las alturas como vapores henchidos de vida, almas ansiosas de conocer la verdad y de perderse en el amoroso seno del Eterno.

El hombre que trató con más empeño de explicar racionalmente las páginas evangélicas fué el doctor Paulus. Su padre se habia dado en tales términos á las exageraciones del misticismo, que pasó por demente entre una parte del mundo y por herege en el seno mismo de la Iglesia. Así, Paulus decidió, en justa repugnancia á la educacion recibida, no desoir, ni en teología, ni en filosofía, ni en las demás ciencias humanas la razon y sus inspiraciones. De purísima vida, de moral severa, de liberalismo ardiente, partidario del derecho, tanto en la esfera religiosa como en la esfera política, siguió sus ideas y las propagó con singular constancia hasta la hora misma de su muerte. Hizo más que Röhr. Trató de explicar histórica y naturalmente todos los milagros. Su principio de crítica es el siguiente: solo es cierto en la realidad histórica lo que es posible en la razon especulativa. Por consiguiente, hay que explicarse como natural aquello que sólo puede admitirse como milagroso. Para Paulus, para su exégesis los ángeles de Belem han sido apariciones fosforescentes, fuegos fátuos, como los que brillan en las largas noches de invierno por las tierras de pasto; las curas milagrosas han sido obra de medicinas desconocidas ú olvidadas por los evangelistas; la expulsion de los demonios remedios naturales á inveterada demencia; la resurreccion de los muertos el despestar de letargos á los desmayados ó á los catalépticos; el milagro de Canaam broma de sobremesa en alegre dia de bodas; la marcha de Jesús sobre el mar mala traduccion de la partícula ἐπι, que quiere decir al rededor; y una série de alucinaciones magnéticas, nerviosas, propias de climas orientales y de hombres ayunos la trasfiguracion de Cristo en las místicas cimas del Thabor.

Los dos pensadores que acabamos de mencionar personifican las ideas capitales de la escuela teológica de Jena. En la escuela de Tubinga, sin que la esencia del racionalismo

se pierda, consérvase con mayor fé el principio de la revelacion sobrenatural. Es cierto que nada contrario á la razon puede admitirse, pero tambien es cierto que la razon nunca hubiera llegado á su madurez presente sin las dos revelaciones bíblica y evangélica, cual no llega el hombre á su desarrollo completo si no es antes alimentado en el vientre de su madre, y aun despues de nacer, sostenido y criado á femeniles pechos. La revelacion, pues, y la revelacion sobrenatural es necesaria para la luz de la inteligencia y para la moralidad de la vida. Cristo es hombre y Dios á un mismo tiempo; su vida, por consiguiente, divina y humana; su enseñanza de todos los tiempos y del momento histórico en que aparece; su fin perfeccionar al hombre: y la perfeccion está en recoger todas sus doctrinas y concentrarlas, como en su foco, en nuestra inteligencia; y mirar, y estudiar, y meditar todas sus acciones, y reproducirlas, como en su espejo, en nuestra vida. El punto esencial de la Escuela aparece, sin embargo, un tanto vago é incoloro, cuando sostiene que lo principal, lo esencialísimo á la doctrina cristiana es creer que Cristo es más que nosotros, vale más que nosotros, y que ni nosotros somos él, ni él es nosotros. Así, la Escuela de Tubinga aconseja religion sin supersticiones; fé sin misticismo; piedad sin exageracion; sacrificio de sí mismo sin penitencias monásticas; culto á lo pasado sin espíritu reaccionario; confianza en lo porvenir sin utopias demagógicas; razon sin racionalismo; teología sin caer en lo exclusivamente sobrenatural y teológico.

Esta tendencia debia naturalmente engendrar una especie de eclecticismo superior y de conciliacion estrecha entre los dos extremos de la escuela de Jena y de la escuela de Tubinga. Así como hay muchos teólogos, que representan la escuela de Tubinga, é indudablemente el que con más títulos y más razon personifica su dogmática, es el teólogo Steudel; hay muchos teólogos de la conciliacion, y el que con más derecho la personifica es el teólogo Wethe. Su primer principio, por el cual toda su doctrina se explica, compéndiase en el reconocimiento y la admision de otro criterio, además del criterio racional, de un criterio que puede llamarse del sentimiento, del corazón, y que nos enseña por una especie de magnetismo inexplicable algo de sobrenatural y de divino, así en las cosas como en las ideas. Su método histórico es el mismo método que condena y extirpa los milagros. Inútil discutir sobre los libros del Antiguo Testamento cuando no hay medio alguno de certificar ni su autenticidad ni su época. Los últimos libros del Pentateuco fueron escritos en tiempo de Josías, y el autor de las Crónicas recompuso y rehizo el libro de los Reyes, y de Samuel en provecho de las teocracias; los salmos de David ni son todos del rey Profeta ni tienen todos el carácter mesiánico que una crítica estrecha y *á posteriori* ha querido atribuirles. Así aplica á la historia de la religion el mismo método que Nieburh á la historia de Roma, que Wolf á la historia de Homero. Imaginaos lo que de real quedará en esa historia de la religion, cuando se entre en ella con el espíritu, que ve en los primeros tiempos de la ciudad eterna fragmentos de una epopeya perdida y en sus reyes símbolos de las ideas y de las clases en guerra; ó con el espíritu que, advirtiendo la inmensa distancia existente entre la civilizacion de la Ilíada y la civilizacion de la Odisea, borra de la realidad la persona de Homero, poeta de los pueblos, ciego como la poesía, cantor como la inspiracion, que vá de puerta en puerta, y de pueblo en pueblo, al son de su cítara, refiriendo en melodiosos versos las hazañas de los dioses y de los hombres, creando el alma inmortal de la antigua Grecia. Como se vé, en esta conciliacion, si la parte dogmática y el carácter divino de Cristo se salvaban, perdíase irremisiblemente la parte histórica y tradicional del Cristianismo.

El jefe de la conciliacion religiosa entre la

escuela de Jena y la escuela de Tubinga, tenia profundamente arraigadas en su conciencia, y vivos y animados en su corazon los sentimientos y las ideas liberales. Corrian los tristes años que siguieron á la reaccion de 1815, y dominaba en el mundo con siniestro dominio la santa Alianza de los reyes y emperadores del Norte. El congreso de Aquisgran, escuela del congreso de Viena y premisa del congreso de Verona, funestos concilios de la tiranía espirante, el congreso de Aquisgran enterraba todas las esperanzas de Alemania. Como no tenian los reyes necesidad de los pueblos para combatir al génio de la conquista y de la guerra, los ataban nuevamente al pié de los tronos y de los altares. Presidia esta obra de servidumbre universal y de universal reaccion, el Czar ruso, fantaseador un dia de apocalípsis liberales, verdugo más tarde, y verdugo empedernido de toda democracia, y de toda libertad. La juventud germánica que, aleccionada en sus poetas, en sus filósofos y teólogos, soñaba con una regeneracion social, rugia furiosa contra la política de los reyes, resuelta á redimir del yugo la humillada cerviz de los pueblos. Tenia Alejandro de cónsul general en Alemania, régiamente retribuido, á todas horas consultado, un escritor germánico de indisputable mérito, de fecunda y rica vena, en la poesía lírica excelente, en la dramática notable, en la crítica amarga y sangrienta diestro, en la polémica combatiente aguerrido y superior; pero despreciable por su carácter, vendido á los enemigos de la libertad y de la pátria, tornadizo en ideas, liberal un tiempo, cuando la voz de Dios era escuchada por su conciencia, absolutista cuando el oro de los tiranos abrigó su estómago, y en Alemania consagrado á injuriar la nacion, á maldecir de sus preclaros hijos, á calumniar la juventud alemana, á sostener aquella política desoladora, henchida de sensual misticismo, y destinada á embrutecer las nuevas generaciones; política que sólo podia sostener un apóstata de la libertad por los treinta dineros de Judas. La juventud alemana aborrecia más al cortesano de los reyes, al aleman convertido en ruso, que á los reyes mismos, y al dios de los reyes en la tierra, al emperador de todas las Rusias. Un jóven estudiante bebió á torrentes la hiel de estas cóleras nacionales, que se le subieron á la cabeza y le abrasaron en ira. De pocos años, de muchos estudios, con ideas confusas pero liberales, con sentimientos patrióticos pero exaltadísimos, habiendo leido y admirado el tipo severo de Bruto en la historia antigua, creyóse por derecho propio juez de los tiranos y sus cómplices; por derecho propio, ministro y cumplidor de la sentencia contra ellos pronunciada por la humana y la divina justicia; é invocando el númen de su pátria con mágicas palabras, caldeadas en el horno de sus sentimientos, y resolviéndose á morir por su pátria con resolucion acerada en la piedra de su fria y sólida voluntad, cogió un puñal, lo afiló, dirigióse á Mannhein, entró en casa del poeta egoista, y á puñaladas lo mató á sus plantas, creyéndose más puro desde aquel momento, más digno miembro de la humanidad, más santo hijo de Dios. Los reyes se horrorizaron de este crímen, y los pueblos perdieron con este crímen mucho. No lo justificaremos jamás. Crímen era, y como crímen debe quedar en la tierra eternamente reprobado por la conciencia humana, y maldecido en la humana historia. Pero los pueblos opresos, las conciencias opresas, suelen apelar para romper sus ligaduras al crímen; y en algunos momentos hasta los corazones más honrados sienten inexplicables afectos por estos criminales tan grandes. Así fué el teólogo Wethe. Para consolar á la madre del jóven Land, inmolado en afrentoso patíbulo, díjole: que si bien el acto por su carácter moral era reprobable, considerado en sí mismo y consumado por un jóven purísimo y piadoso, lleno de convicciones liberales y de confianza en lo porvenir, era una señal de mejores tiempos para la pá-

tria. Esta carta le valió una destitucion de su cargo de catedrático. El teólogo continuó consagrándose á reconciliar la revelacion con la razon, la fé con la libertad, la democracia con el Evangelio. Y en 1842 murió sin haber interrumpido ni por un solo momento su grandiosa obra. Son dignas de meditarse las siguientes palabras de Wethe: «He sembrado la semilla, pero ignoro dónde madura la espiga. ¡Cuán raro es que se comprenda y que se aplique bien lo aprendido en la vida! Viví en tiempos perturbados que vieron rota la union de los creyentes, y mezcléme á la lucha, y mezcléme al combate. En vano fué, porque no he podido calmarlo. Por la libertad y por la justicia he combatido y combatiré más todavía. Fué para mí esta lucha necesidad del corazon. Mucho he sufrido, pero desearía sufrir aún más por la justicia y por la libertad.»

# CAPITULO XXXV.

## LA UNION EVANGÉLICA.

Indudablemente el período que vamos describiendo es de los más fecundos en grandes enseñanzas, en esfuerzos intelectuales gigantescos, y en autores de primera magnitud, tanto por la riqueza de las ideas como por la hermosura del estilo. Habíase intentado primero la armonía entre la razon y la revelacion; intentóse despues la armonía entre las dos iglesias que separaban profundamente el protestantismo. Así como Wethe preside al trabajo de armonía entre las dos escuelas de Jena y de Tubinga, Scheleiermacher preside al trabajo de armonía entre las dos iglesias protestantes; trabajo que se conoce con el nombre expresivo de *union evangélica.* No puede abrirse un libro de teoría ó crítica protestante sin hallar en él grandes elogios al orador, al filósofo, al apologista de que venimos hablando. Su paso por el suelo de Alemania deja inextinguible huella en la conciencia alemana. Los piadosos aplauden sus puras concepciones de la religion, y el estilo á un tiempo sóbrio y elocuente en que las ha expresado. Los filósofos aplauden la pura independencia de su pensar y la cándida ingenuidad con que la formulaba y difundia. Arróbanse los literatos ante aquella fecunda oratoria que parece asistida, como los apóstoles en el cenáculo, del don de lenguas. Y detiénense los historiadores ante la crísis que señala y determina como una de las fases más grandes y bellas de la conciencia germánica. Es una de esas figuras que se ven, como las altas montañas, desde muy lejos y desde muchos y muy diversos puntos. El mismo movimiento político se liga por diversos aspectos á su nombre y á su influjo, puesto que protestó contra la tiranía de los conquistadores; reivindicó la libertad de los alemanes; propuso la separacion de la Iglesia y el Estado; pidió con ardor, que así como los sacerdotes no podian ceñirse la corona de los reyes, pugnárase por impedir que los reyes levantaran sus tronos sobre las aras de los sacerdotes; y prestó siempre devotísimo culto, sí, culto del corazon, culto de la conciencia, culto de toda

la vida á las ideas fundamentales de la libertad.

Indudablemente Alemania podia estar satisfecha, y aun orgullosa de sus ideas y de sus obras. Mientras la guerra de la Independencia se malograba en fraccionamientos de los Estados alemanes y en ódios irreconciliables entre sus jefes; mientras la libertad prometida como una grande esperanza se desvanecia como un vano sueño; mientras el Austria se gozaba en esclavizar al pueblo, y tras el Austria se veía como un fantasma el Czar de todas las Rusias dirigiendo á los reyecillos germánicos, cual si fueran sus vicarios en la Iglesia, sus feudatarios en el trono, y sus sargentos en el ejército; mientras todas estas ignominias sembraban por do quier dolores y angustias; el florecimiento primaveral de la poesía; la elevacion de la música, que concertaba las voces del espíritu con las voces de la naturaleza, como un eco del cielo; el vuelo de sus grandes pensamientos, que se perdian audaces en los abismos del espíritu, como para traerle en presente revelaciones de lo infinito; la elocuencia de sus teólogos, que llevaban las almas en las pintadas alas de su palabra religiosa, allá por las cúspides del mundo moral, y por los confines de la inteligencia donde sólo alcanza á entrar una milagrosa intuicion; los descubrimientos de innumerables sábios, de astrónomos, de naturalistas, de matemáticos, que desentrañaban el Universo como para coordinarlo con la série maravillosa de sus ideas, y esclarecerlo y vivificarlo en el fuego de su conciencia; todos estos prodigios intelectuales anunciaban que algun dia tanta y tan grande fecundidad del pensamiento habia de traer larga posteridad política; y tantos sistemas, esparcidos por dó quier, habian de cristalizarse en múltiples y progresivas instituciones.

A principios del siglo décimo-nono surgia en Francia y en Alemania, en Italia y en España misma una reaccion religiosa. En Francia escribia Chateaubriand el Génio del Cristianismo, y en Alemania Federico Schlegel la Historia de las literaturas, en que levantaba y ponia sobre todo la Estética religiosa y católica; en Francia escribia Lamennais el Ensayo sobre la indiferencia religiosa, y en Alemania escribia Schleimacher su Discurso sobre las religiones. Gervinus ha comparado en el tomo décimo-nono de su grande historia á estos dos clarísimos escritores. En efecto, los dos son sacerdotes, los dos teólogos, los dos elocuentísimos, los dos poseidos del espíritu de su tiempo, los dos sirviendo á la reaccion religiosa, los dos rodeados de discípulos apasionadísimos; pero el fránces viene de la fé y va hácia el racionalismo, y el aleman viene del racionalismo y va hácia la fé: el fránces se revuelve en sus comienzos contra todas las escuelas panteistas, y á sus postrimerías se sumerge en el océano del panteismo; y el aleman se educa en las escuelas panteistas, se confunde con la naturaleza, ve á Dios así en el movimiento de su idea dentro de su conciencia como en el movimiento del tallo agitado por las áuras de los campos; no distingue entre el rocío del cielo, que la luz del alba argenta y el rocío de poesía que la inspiracion ilumina, espinosista en sus comienzos, en tanto que á sus postrimerías distingue y separa al hombre de la naturaleza y á la naturaleza del Dios, creador y personal del Cristianismo: el francés maldice de su siglo porque su siglo no admite ni la direccion moral ni la presidencia política del Papa, y desde estos arrebatos teocráticos pasa rápidamente á la pura democracia; el aleman, mucho más sereno, mucho más conocedor de la sociedad y de la historia, no vacila nunca en estos puntos fundamentales, y confunde siempre su razon y su fé, su culto al Dios vivo con el culto á la pura y santa libertad. Y Lamennais habia pasado su juventud en las costas de Bretaña, ante el espectáculo del mar, encerrado en la iglesia, de rodillas siempre al pié de los altares, maceradas por la penitencia sus carnes,

macerado por la disciplina y la escolástica su entendimiento; lejos del mundo y de los hombres, en comunicacion estrecha con su Dios; miéntras que Schleiermacher durante su juventud, á pesar del celo puesto por sus padres en preservarlo de los vientos del siglo, pasa por verdadera orgía de ideas, cayéndose y levantándose mil veces, pero dispuesto á entrar en todos los templos, á interrogar á todos los sacerdotes, á conocer y disecar con su crítica todos los ídolos, á herir con sus llamamientos y sus clamores todos los misterios, á vagar desde la pura ortodoxia de su educacion, á la extrema piedad de los hermanos Moravos; y desde la extrema piedad de los hermanos Moravos, al escepticismo burlon de los estudiantes de Halle; y desde este escepticismo á la fé serena é inquebrantable de las familias judías; y desde esta fé, á las veleidades, á la irritabilidad, á los sueños de los románticos; y desde estos sueños al profundo panteismo de Espinosa, donde se juntaban, para perderse, las dos ideas de la libertad humana y de la personalidad divina; y desde este panteismo á una ortodoxia religiosa que habia de ser auxilio, consuelo y esperanza de innumerables piadosísimas almas.

De educacion piadosa, de salud débil, de tendencias místicas, de temperamento nervioso, de gran cultura literaria y científica, de inclinacion al trato y al comercio espiritual con las mujeres, háse dicho del teólogo protestante que era un génio femenino. Por la esquisita sensibilidad de corazon, por la suma belleza del estilo, merece este calificativo, pero tambien merece el calificativo de génio varonil, si al valor y á la tenacidad con que defendia sus ideas se atiende. Cercado por do quiera de la inundacion que sobre Europa lanzaban las guerras napoleónicas; erigido en predicador y en profeta desde las alturas de su cátedra, que sobre esta inundacion se levantaba como un escollo sobre el mar, protestó, y protestó contra la conquista enérgicamente, en la esfera del pensamiento, con las armas de la palabra, temiendo que el vencedor se propusiera matar toda la rica variedad de la vida moderna, los derechos en el hombre, las nacionalidades en los pueblos, el protestantismo en la iglesia universal. Y para resistir con más empeño esta especie de imperio romano, de imperio carlovingio, que dentro de formas góticas encerraba tempestades del espíritu moderno, aspiró á reunir las dos iglesias protestantes, que dividian la religion reformada en Alemania.

Sirvió á esto el propósito del rey, hombre de más erudicion que talento, de más doctrina religiosa que doctrina política; escritor de teología que se consagraba á publicar memorias sobre sus graves problemas, y que pagado de su autoridad absoluta y deseoso de convertirla en instrumento de la religion tradicional, no se daba descanso en reunir las dos iglesias protestantes. Así despreciaba por cosa baladí los escrúpulos del clero y la fidelidad de los creyentes, componiendo á roso y belloso lazos de union entre las iglesias, redactando códigos, liturgias, que llevaba como ensayo á las iglesias militares para extenderlos despues en más altas esferas y más dilatados espacios á la iglesia nacional; pero sin ninguna meditacion, sin ninguna gravedad, y sin ningun juicio. El gran teólogo, para quien la religion era asunto de conciencia y no asunto de estado, ministerio propio de los pensadores y no de los reyes, viendo al de Prusia, lijero en todas sus determinaciones, pedantesco en su vano saber, que entraba como por propio dominio en el seno de la conciencia, y allí se asentaba y fortalecia como si fuera su soberbia personalidad una idea ó un dogma, para convertir la Iglesia de Dios en burocracia de la monarquía, revolvióse airado contra el rey, maldijo sus tendencias, habló elocuentemente contra estas absurdas agresiones, reunió en torno suyo al clero, y con actitud digna de Ambrosio de Milán ante la soberbia de Theodosio de Roma, vedó á los poderes terrestres la entrada en el cielo

guardado para Dios, la conciencia y el espíritu. Bien es verdad, que no se mantuvo firme hasta el fin, y que admitió, si no la primera litúrgia real, muy semejante á la misa católica, la segunda litúrgia, redactada en vista de los argumentos hechos y de las dificultades suscitadas en la contienda; hasta que al fin la union se realizó, antes que por las combinaciones artificiosas de la autoridad y del Estado, por el esfuerzo de tantos pensadores ilustres como deseaban darle una pátria á su pueblo en el espíritu, antes de darle la pátria una y entera en la tierra.

Lo que eleva principalmente á Schleiermacher y le dá reputacion altísima es su teología dogmática. Ya hemos dicho que su primera grande obra fueron los discursos sobre la religion. Allí sostuvo con ruda entereza que ni los milagros ni las profecías eran esenciales á la religion; que ni de la idea de Dios personal necesitaba para vivir la religion; que el secreto de su existencia consistia en ese impulso de todas las cosas creadas á buscar como instintivamente á su Creador, en esa atraccion que sobre todo lo finito ejerce y ejercerá siempre el principio divino de lo infinito. Así es que para él no está el sacerdote en el ungido, en el privilegiado. El sacerdote está en todo hombre, si quier sea laico, que busca á Dios para absorberlo en su conciencia, que ama á Dios para imitarlo en su vida. Todo sér humano tiene en sí dos actividades opuestas, que se atraen y que se completan como las dos electricidades enemigas: una actividad egoista, por la cual tiende á mantenerse en su individualidad, en sí mismo; y otra actividad humanitaria por la cual tiende á confundirse con todo el Universo. Como la naturaleza material está sometida al imperio de fuerzas contrarias, á fuerzas contrarias tambien está sometido el espíritu. Por una de estas fuerzas se cree solo y lo somete todo á su voluntad, y lo asimila todo á su sér; pero bien pronto se encuentra como solitario en su grandeza, como asfixiado en su soledad, y tiende á unirse con algo mayor que él, y á identificarse con algo superior á él, á identificarse con lo infinito. Hay quienes desprecian todo lo universal, perdiéndose en una sensualidad grosera como si el mundo fuese su serrallo; mas hay otros que se olvidan de sí mismos, de su individualidad, de su libertad, de su conciencia, y se adscriben á una autoridad y á una fuerza superiores como si el mundo fuera su sepulcro. Es necesario huir de estos dos extremos y condensar las dos actividades, y compenetrar lo individual de lo universal. Hay séres privilegiados en quienes las dos actividades se reunen. Hé ahí los sacerdotes. Pero camina el mundo á destruir los privilegios así en la sociedad como en la naturaleza, y cuando todos se penetren de que necesitan concentrar en sí lo universal y lo individual, todos serán tambien sacerdotes; como hijos de Dios, de Dios discípulos. Así es que la religion no es ciencia, no es pensamiento, no es saber, no es ni siquiera una moral. Es la tendencia del hombre á lo infinito. El teólogo aleman se acercaba pues á Espinosa por esta difusion de lo infinito en las venas de la humanidad, y por esta tendencia de la humanidad á confundirse con lo infinito; por esta idea de que la ciencia es el sér de las cosas en el entendimiento, y los séres son las dilataciones del entendimiento en el espacio; y por estas otras ideas de que el arte es la fantasía humana en los objetos, dándoles número y música, y medida y colores; y los objetos son como las irradiaciones de la fantasía, como los mundos y los soles de nuestro propio sentimiento, reflejándose en el Cosmos; que la unidad de la razon y de la naturaleza es eterna; que todo hombre debe sentirse entre dos infinitos, como el principio y el fin de todas las cosas, como el alpha y la omega de toda la ciencia; y mirarse en el Universo como en su espejo, y abrazar Dios y el Universo, la vida y la muerte, el gran Todo en su conciencia.

Se ha dicho que la religion comenzó por el

terror; que el trueno y el rayo, el huracan y el granizo fueron los primeros reveladores. Si tal fuese, la religion disminuiria á medida que aumentase la ciencia y se sometiese la naturaleza; pero no, la religion empieza donde empieza el amor y concluye el miedo. La religion no consiste en la contemplacion de las hermosuras de la naturaleza, del amanecer, del anochecer, del coro de sus aves ó los matices de sus paisajes; menos en la contemplacion de todo cuanto hay en ella de sublime, la alta montaña en desproporcion con nuestra estatura, el huracan y la tormenta en desproporcion con nuestras fuerzas, los mundos y soles que siembran lo infinito y no pueden compararse en número ni con los segundos de nuestra existencia; lo esencialmente religioso en la naturaleza, lo esencialmente revelador, el espíritu santo que de su seno se desprende, está en la regularidad de sus leyes inmutables, eternas, y en la suprema inteligencia que estas leyes anuncian.

Para sentir verdaderamente la vida universal en su seno, para ser religioso, necesita cada hombre tender á convertirse por cuantos medios estén á su alcance, y hasta donde lleguen sus fuerzas, en resúmen de la humanidad; porque el hombre perfecto no se encontrará jamás en el indivíduo, sino en la especie; no se revelará jamás en fugaz período de la existencia personal, sino en la inmensa y dilatada vida de la humanidad, la cual es semejante á perfecto artista, creando y distribuyendo nuevas formas cada vez más perfectas; evocando de la conciencia las ideas con sus riquezas naturales y su carácter propio; viviendo y desarrollándose perpétuamente en la historia, en esa lucha de tantos elementos contrarios, donde al cabo el progreso vence todas las resistencias, la vida á la muerte, la civilizacion á la barbárie, la libertad á la servidumbre, el derecho á la tradicion, para que lleguemos á la pura conciencia de nosotros mismos, y enrojezcamos nuestro breve sér en el sol de lo infinito, y vislumbremos en su esencia el espíritu y el pensamiento que rigen y regulan todo el Universo.

La religion no es una ciencia, y por consiguiente, no puede encontrarse en oposicion ni con la psicología, ni con la fisiología, ni con ninguna de las ciencias. La religion no há menester que las profecías se cumplan, que los milagros se realicen, que la revelacion sobrenatural venga, que las inspiraciones sobrehumanas caigan del cielo sobre la frente de sus doctores y maestros; le basta con que el espíritu tienda á comunicarse con lo infinito, á deseñirse del límite y ascender á lo ilimitado, á lo absoluto, pues la naturaleza humana, determinándose á obrar por todo cuanto hay en ella de divino, y prescindiendo por completo de la naturaleza exterior y material, prueba bien á las claras que en cada hombre hay oculto un sacerdote de Dios, y que la gracia no es en último resultado otra cosa mas que la armonía entre la revelacion religiosa y las propias interiores inspiraciones. Así, dice Schleiermacher que no siendo la religion una doctrina, no puede ser ni enseñada ni aprendida, solamente evocada, despertada en el hombre.

Lo único que tiende á salvar de la antigua teología histórica, es la mision de Cristo. Pero Cristo no redime porque sea el nieto de David, el hijo de María, el Verbo encarnado en nuestra naturaleza, redime por su conciencia de lo divino, por su idea de lo divino, por su vida ajustada á lo divino, que lo elevan sobre el error, el pecado, el límite, y lo hacen el tipo perfecto y eterno de la humanidad, la cual es por sí, por su sola voluntad, incapaz del bien, y necesita de la gracia divina, de sus efluvios, de sus inspiraciones, de su auxilio para sostenerse y salvarse.

Algunas ideas ha difundido tambien el teólogo protestante en la esfera de la política. Su horror á la intolerancia religiosa, á la divisa de cada Iglesia empeñada en declarar que fuera de ella no hay salvacion posible, son ideas y sentimientos que deben contarse en-

tre los grandes servicios á la libertad. En el problema de la union entre las dos sectas protestantes, su ardor en el combate, su elocuencia en la palabra, su actividad en la vida empeñáronse en la separacion completa entre la Iglesia y el Estado, y decidiéronse por negar toda autoridad á la monarquía sobre los derechos eternos de la conciencia. Así, el profesor Augusto de Bonn reclamó medidas coercitivas contra el audaz que no reconocia en el rey de Prusia el heredero legítimo de los privilegios litúrgicos de Constantino y Carlomagno; y Marheineke, discípulo de Hegel, le acusó de republicano sedicioso, mientras el superintendente Ammon reclamaba al rey de Sajonia su auxilio temporal para soterrar al nuevo arriano. Indudablemente, la grande elevacion que dió el ilustre teólogo á la conciencia y á sus intuiciones; el principio de que cada hombre lleva dentro de sí el manantial de las ideas religiosas; el poco precio dado á la autoridad de la tradicion, el mucho precio á la virtud del derecho, alzarán siempre á este pensador ilustre entre los defensores y los propagadores de la libertad en el mundo.

Muchas y muy graves cuestiones, muchas y muy ruidosas polémicas suscitaron las obras de Schleiermacher. Desde luego no habia roto resueltamente con ninguna de las tendencias de su época; ni con el racionalismo que eliminaba el milagro, ni con el espinosismo que eliminaba la personalidad de Dios, ni con los románticos que prescindian de la libertad, ni con los supernaturalistas que prescindian de la razon. Así, los ortodoxos le achacaban tendencias panteistas, los liberales supernaturalismo acomodado á la fatalidad de las circunstancias más que al dictado de su conciencia. Los más imparciales veian en él una mezcla de fé y de excepticismo, que ora le confundia en piedad escrupulosa con los hermanos Moravos, ora le lanzaba en las dudas irónicas de los estudiantes de Jena. Los mismos filósofos, á quienes habia servido proclamando la independencia del pensamiento humano, le denostaban por el empeño mostrado de excluir á la filosofía de toda jurisdiccion teológica, cuando los problemas de la existencia de Dios, de su naturaleza, de sus atributos, de sus relaciones con el mundo y de la intervencion de la Providencia en la historia, ó no son nada, ó son problemas esencialmente filosóficos y científicos. Luego, queriendo salvar la persona y la obra de Cristo, ni supo decidirse por la escuela que sostenia la autenticidad y la legitimidad de los Evangelios, ni por la escuela que criticaba los relatos de los divinos libros. Tampoco fué claro en el importante problema de si convenia llevar hasta el pueblo el tesoro de todas las verdades adquiridas, ó apartarlo de este tesoro en una santa ignorancia. El sacerdote que llamaba á todas las conciencias á participar de la idea divina, y que veia en cada sér sediento de lo infinito un sacerdote de Dios, y en la naturaleza y en la historia sagrados templos; este sacerdote cayó luego desde la democracia especulativa en una verdadera oligarquia práctica, sosteniendo inícuamente que sólo algunos privilegiados debian conocer y guardar la religion verdadera. Mas, á pesar de estos desmayos, á pesar de estos errores, no puede desconocerse ni ocultarse que contribuyó poderosamente á despertar la idea de lo divino en el hombre, y que contribuyendo á esto, contribuyó tambien á elevar el sentimiento del derecho, que es la eterna base de la democracia en el mundo.

# CAPITULO XXXVI.

## NUEVAS TENDENCIAS.

Era imposible que un escritor del mérito y de la importancia de Schleiermacher dejase de tener muchos y muy decididos discípulos. Cuéntase como principal entre estos al dulce Neander, Melanchton de este Lutero, y que por su poesía, por su delicadeza, y por sus conocimientos históricos, estaba destinado á llenar grandes lagunas dejadas en la ciencia por su ilustre antecesor. Hijo de familia judía, judío él mismo en religion y con toda la inquebrantable fé judía, convirtióse al cristianismo y recibió en su frente el agua del bautismo. Desde entonces consagróse á un ministerio para el cual parece haber escasas aptitudes en su raza, al ministerio de historiador. Los judíos comprenden difícilmente la historia antigua, porque la refieren toda al privilegio exclusivo que segun ellos recibiera de Dios únicamente su teocrática raza; y comprenden ménos la historia moderna, porque no alcanzan el sentido de la obra de Cristo, porque no sienten la fé de los pueblos cristianos. Pero Neander ha prescindido de este egoismo de raza y entrado como hombre y como hombre universal en la historia. Una de las primeras monografías que publicára, fué la curiosísima relativa al gran reaccionario de la antigüedad, al emperador Juliano. Pocos hombres han dejado en la historia huella más profunda que este hombre extraordinario. Muerto en edad temprana, pasando rápidamente por el trono, su nombre destella resplandor inmortal en la historia, á causa de haber intentado obra superior á las humanas fuerzas, la obra de una resurreccion. Inteligencia clarísima, carácter acerado y tenaz, corazon amante de la inmortalidad y de la gloria, fantasía abierta á todas las inspiraciones, memoria guardadora de todas las ideas, talento universal por sus tendencias y flexible por su rica variedad; filósofo profundo, artista de primer órden, orador elocuentísimo, guerrero digno de los primitivos tiempos romanos, un griego en el culto á la hermosura y al arte, un cristiano en la pureza de la vida, un estóico en la inflexibilidad de las cos-

tumbres; su alma llevaba en su inmensidad el espíritu de toda una civilizacion próxima á extinguirse; y viendo que esta civilizacion habia engendrado los dioses, los héroes, los filósofos, los poetas mayores del mundo, quiso á toda costa salvarla, resucitar al gran Pan muerto y enterrado por un ciego misticismo, volver á las ondas del mar de la Grecia sus cantoras Nereidas, al cabo Miseno y á las Parthenopeas islas sus misteriosas Sibilas, al archipiélago jónico sus marmóreos templos, á las selvas y á los bosques los ecos de los caramillos de sus faunos, á las fuentes la melodía de sus ninfas, al Universo entero la voz de sus dioses; y conociendo que para esto nada valian ni la fuerza de las armas, ni la autoridad de los Césares, ni el fuego de las hogueras, ni los dientes y las garras de las alimañas del circo; si persigue algunas veces, no persigue jamás, ni por sistema, ni con verdadero encarnizamiento; combate á los nazarenos con ironía digna de Luciano; reune todas las ideas antiguas, y sobre todas la idea de Platon en elocuencia digna de Plotino, para dar á sus dioses la bebida de la inmortalidad; se consagra por completo á la restauracion del paganismo, y sucumbe: que no hay fuerza por grande, ni génio por luminoso, ni poder por absoluto, capaces de contrastar las corrientes de los siglos, ni de detener las trasfiguraciones de la conciencia, ni de burlar las leyes de la historia.

La obra histórica por excelencia de Neander, es el retrato de San Bernardo, de este monge ideal, como le llamaba Lutero, que reproduce en su fisonomía propia, la fisonomía especialísima de la Edad Media; que sobrepone la teocracia democrática á la monarquía feudal; que detiene en Abelardo las prematuras impaciencias de la razon humana por emanciparse fuera de tiempo; que reorganiza las órdenes monásticas para darles un carácter más espiritualista; que sacude los inmóviles pueblos petrificados en su penitencia para lanzarlos á la guerra de las Cruzadas; y en su movimiento advertirles y enseñarles, como por milagro, la existencia de la libertad. Rico, poderoso, de grandes y feraces dominios, nacido en los ubérrimos campos de Borgoña, menosprecia dignidades, propiedad, riqueza por su tosco sayal de monge, por su errante vida de apóstol, por su comercio intelectual y religioso con los desvalidos y con los pobres, por sus combates con la soberbia de los fuertes y de los poderosos. Pálido como la muerte, demacrado como los esqueletos, sin más vida que el brillo de sus ojos centelleantes, estático hasta el punto de haber perdido las fuerzas para recoger y asimilarse el alimento, como si sólo devorara ideas y sólo bebiera inspiraciones; distraido hasta desatender durante dias enteros los sitios por donde pasa y las personas con quienes habla; de su palabra dependen los pueblos, de sus escritos los reyes: el Papa, á quien protege, es adorado; el guerrero, á quien maldice, es zaherido; el pueblo, á quien eleva, es de todo el mundo saludado; la guerra que condena, se suspende; la paz, que le es odiosa, se turba; el hombre, que le escucha, le sigue al desierto, al valle de la amargura, á enterrarse vivo en el cláustro, á correr desalado á las batallas: si él quiere, los ejércitos de Francia saldrán de la Champaña; el rey Luis se arrepentirá de su política; el emperador Conrado abandonará los asuntos de su imperio para correr en pos de los asuntos de la Iglesia; y doscientos mil hombres, pastores unos, que dejan su ganado y bajan de sus montañas; campesinos y siervos otros, que se despiertan como resucitados de su terruño; grandes y ricos-hombres que abandonan sus palacios; todos, como si poseyeran la demencia del heroismo y del martirio, menospreciando esposas, hijos, hogares, van sin saber á qué, ni por qué, no donde les manda la voluntad de Dios, sino donde les manda la palabra de San Bernardo.

A estos grandes estudios reunió Neander otros no ménos dignos de mencion sobre las escuelas gnósticas, esas tentadoras serpientes

del naturalismo oriental, que tiraban á seducir la Eva regenerada, la Iglesia cristiana; sobre Orígenes y Tertuliano, dulce y armonioso el primero como la híblica miel de que se alimentaban los poetas griegos; impetuoso, ardiente el segundo como las ráfagas del Simoun por los desiertos del Africa; sobre la Historia de la Iglesia, obra monumental que interrumpe su muerte en los tiempos de la Reforma, y que separa cuidadosamente con fina crítica, con piedad profunda, todo cuanto hay de esencial á la religion, y todo cuanto hay de accidental en el desarrollo de los tiempos, levantando así un templo á la idea religiosa. El objeto que más llamó la atencion de Neander, y que á su vez críticas más amargas le ha valido, es la Historia del Siglo, llamado por excelencia Apostólico, del siglo primero. Y en efecto, el historiador no entra en este siglo con su sana crítica. Rechaza el exámen profundo de los textos, desatiende las fuentes ciertas de su relato, y se atiene á un método que llama psicológico, cual si en vez de hallarse frente á frente de séres reales, se hallára frente á frente de abstractas ideas. Y hace todo esto para quitar su verdadero interés al siglo primero, que estriba en las diferencias entre los grandes fundadores de la Iglesia; entre Pedro que se atiene al sentido puramente judío, y encierra la Iglesia en la sinagoga, y quiere que el Cristianismo sea el cumplimiento de las puras esperanzas mesiánicas, y Pablo, que griego, judío, romano, hombre antes que todo, abre las puertas de la Iglesia de par en par á los viejos pueblos; entre Santiago, tambien atento guardador del primer rudimentario sentido teológico, y Juan, que judío primero, embebido en las teorías apocalípticas nacidas bajo el látigo de Nínive y de Babilonia, abre su alma á la palabra griega, y lleva el Verbo alejandrino en páginas deslumbradoras y platónicas á los misteriosos senos del Evangelio cristiano. Pero estos descuidos á sabiendas tienen por objeto reunir todos los discípulos bajo las alas amorosas de una sola idea, de la idea de Cristo. Los críticos descontentadizos, que se levantan y suscitan contra todos los grandes hombres, han ridiculizado el sentimentalismo de Neander, llamando á su teología teología *pectoral*, porque su pensamiento era que el pecho, el corazon, forjan la fé, la verdadera ciencia teológica. Sin embargo, su historia, impregnada de lo divino, su espiritualismo, fundado en la razon, su moral desinteresada y purísima, su ciencia profunda y vasta, su vida sin mancha, dan á este hombre virtuoso, á este escritor dulcísimo, una de las más verdes y más gloriosas palmas que han podido cosecharse en los combates y en las victorias del pensamiento aleman.

En la Escuela de Schleiermacher hubo, como en la Escuela de Hegel, derecha, centro é izquierda. La primera se atenia completamente á la doctrina del maestro, la segunda creaba un ideal más racionalista y la última rechazaba por completo el milagro y lo sobrenatural. Todas estas escuelas, sin embargo, no podian salir de los puntos capitalísimos ya controvertidos anteriormente y que se reducian primero á considerar el Cristianismo como obra del milagro y de la intervencion directa y personal de Dios en la Historia y en la vida; segundo, á considerar el Cristianismo en contraposicion al anterior punto de vista, que era el del supernaturalismo, como obra de las leyes generales que presiden á la Historia, como enseñanza destinada á separarse de todo cuanto pudiera haber en ella contrario á la razon humana, sentir puramente racionalista; tercero, á considerar el Cristianismo como una pura ley moral, sin otro objeto que disciplinar la voluntad y reformar la vida que es el sentido puramente filosófico; cuarto, á considerar el Cristianismo como una fuerza redentora que distribuye la gracia de Dios en la conciencia del hombre, que es el pensamiento de Lutero; y quinto y último, á considerar el Cristianismo como la union del hombre con Dios, como la unidad de lo divino

y de lo humano, como la glorificacion de las criaturas en Cristo y por Cristo, que es el punto de vista de Schleiermacher. A pesar de las tendencias de este gran teólogo y de su espíritu liberal, sus más ilustres discípulos no fueron, llegadas las supremas crísis políticas, fieles al espíritu del maestro. Nitzch se afilió al partido conservador y Ullmann al partido puramente reaccionario.

Donde la reaccion tuvo su ideal y su doctrina, fué principalmente en la escuela llamada la nueva ortodoxia, que de un rasgo queria suprimir todo el siglo décimo-octavo, toda la filosofía moderna, toda la crítica histórica, y volver á la concepcion de Cristo y de la gracia, y del pecado, y de la libertad, tal como la guardaba en su doctrina y en su historia el siglo décimo-sexto.

# CAPITULO XXXVII.

## LA REACCION ORTODOXA.

Las tendencias de la escuela de Schleiermacher, y sobre todo de sus discípulos de la derecha, llegaron á extremarse, más allá de los límites de todo lo justo, y á producir una reaccion religiosa, cómplice y sierva de la reaccion política. El siglo décimo-nono, como renegando del siglo anterior, se despertaba á la vida entre conjuros y oraciones. La guerra de la Independencia en España, que habia servido como de norma y enseñanza á todos los demás pueblos, superficialmente conocida y estudiada, aparecia como un milagro de la antigua fé religiosa. Ignoraban los políticos casuistas que Napoleon venció cuando peleó con los reyes, y fué vencido cuando en la pelea se encontró con un pueblo. El error de los protestantes más liberales que habian convertido su doctrina en patrimonio de aristocracia inteligente, dió pronto sus amargos frutos, y trajo pronto la necesidad de despertar el sentimiento religioso en pueblo abrumado con el sueño de la materia, como se despertara entre los primeros irruptores bárbaros, con doctrinas materialistas, con sobrenaturales milagros, con libros legendarios, con todo cuanto indica la infancia de la civilizacion y el apocamiento de la conciencia. Y así como De Maistre empleaba toda la fuerza de su áspera dialéctica y todo el peso de su severo estilo para volver hácia el ideal teocrático de la Edad Media, los protestantes ortodoxos empleaban todas sus fuerzas en volver hácia el puro ideal del Renacimiento y de Lutero.

Los reyes favorecian, no ya de grado, sino de corazon, estas abjuraciones de nuestro siglo. El regreso al templo de lo pasado era como el regreso al trono de los reyes; los esclavos de la fé heredada ni piensan, ni raciocinan, ni protestan; y alargan la cerviz material á la coyunda monárquica despues de haberse rendido y resignado á la coyunda religiosa. Jurisconsultos, poetas, filósofos, periodistas, largamente pagados de los presupuestos reales, bautizaban á los antiguos revolucionarios, quisieran ó no, como diz que

Cisneros bautizaba á los moros en Granada, vertiéndoles encima el agua del bautismo, obligándoles á ceñirse el sayal cristiano, sin preguntarles para nada dónde ponian su voluntad y su conciencia. Despues, como bajo las lavas y las cenizas del Vesubio se han conservado las ciudades antiguas, por lo mismo que no tenian aire, bajo las cenizas y las lavas de la revolucion religiosa habíanse conservado las escuelas pietistas, preservadas enteramente de las ideas modernas, adscritas á todo lo pasado, llenas de aspiraciones reaccionarias en todas las esferas, trémulas bajo la idea de la culpa, enemigas de toda la poesía moderna, excomulgadoras de toda la moderna ciencia, condenando la razon al error, la voluntad al mal, y arrastrándose en fervorosa idolatría ante el sentido material de la Biblia para no ver sino aquello que convenia á la absurda restauracion de los antiguos reyes en los mermados tronos, y de los antiguos sacerdotes en las emancipadas conciencias. Adoradores de la Santa Alianza, pietistas intolerantes de Guttenberg y Basilea, teólogos asalariados en las córtes de Berlin y de Dresde, viejos luteranos que habian cerrado su espíritu á todo el aire de la vida moderna, emisarios de Metternich, enviados por do quier á someter las almas como se habian sometido los cuerpos, todas las aves nocturnas que viven y medran al amor de las sombras en las espesas noches de la historia, todas se conjuraron para pervertir la conciencia de las naciones y entregarlas fácilmente á las ligaduras de las más pesadas cadenas.

Parece imposible; mas un hombre que habia nacido con todas las cualidades necesarias para cautivar á los pueblos; tribuno más que teólogo, y tribuno de club y de plebe, rudo campesino del Oeste del Holstein, hijo de un carpintero y trabajador de un molino; fuerte en su carácter, enérgico en su voluntad, humorista en su lenguaje, poeta muchas veces, sin perder nunca la serenidad del buen sentido; indisciplinado por conciencia, inquieto en su vida y múltiple en sus profesiones, sacerdote, jurisconsulto, médico, boticario, dotado de ingénio pedagógico, rico de antítesis bruscas, propio para el arte y la literatura popular, se puso al frente de la reaccion religiosa y llamó Ante-Cristo á la razon, como se lo habian llamado á los Nerones los antiguos cristianos; y llamó rebelde y destronadora de Dios á la conciencia libre; y dijo que no tenia derecho á levantarse contra la antigua religion un púlpito por esa religion levantado; y sostuvo que sobre los huesos de Lutero iba á consumarse el adulterio de la Iglesia con el espíritu del siglo; y rechazó toda explicacion natural dada á la Biblia, diciendo que solamente era digna de fé la palabra de Dios en sus literales y materialísimos sentidos; y tuvo toda constitucion por atentatoria á la lógica, y todo poder intermediario entre el gobernante y el gobernado por perturbador de la sociedad, y tóda República popular por la más cara y la más odiosa de las instituciones, y todo pueblo deliberante y legislador por el más arbitrario de los tiranos, trazando como límite de las humanas perfecciones la religion protestante y la monarquía absoluta.

Despues de esto ya nada hay que extrañar en nuestras reacciones católicas, en la vuelta al siglo décimo-tercio, en la apoteósis del Papa, en la restauracion del Infierno, en los deliquios por la teocracia, en la brutal franqueza con que la reaccion entre nosotros convidaba á la conciencia á dormirse en la barca donde habia permanecido incólume é inmóvil por espacio de diez y nueve siglos. La religion de la Reforma, de la conciencia, de la libertad, de la interpretacion individual en las lecturas evangélicas, habia caido en el abismo de servidumbre en que antes cayeran los neo-católicos. Hengstenberg sostuvo la reaccion religiosa y política con ménos entusiasmo, pero con más ciencia y con más habilidad que el impetuoso Harms. La Biblia es por él adorada con el sentido

materialista de los antiguos judíos carnales y con la intolerancia sangrienta de los modernos inquisidores católicos. Su vocacion fué el periodismo y el periodismo insolente, desvergonzado, libelesco, rico en brutales agresiones, en diatribas, en calumnias, que expía á todos los libre-pensadores, que los sorprende en los secretos de su familia y en las intimidades de su conciencia, que los arrastra á la picota contando con la complicidad y la satisfaccion de las autoridades políticas, que ya en la picota, agarrotados, espirantes, sin voz, sin defensa, los maldice, los abofetea y los escupe. Figuraos un Veuillot, sin su ingénio y sin su estilo, y tendreis una imágen fidelísima del escritor evangélico. Babea sobre la literatura clásica, henchida, segun él, de paganismo; confunde la democracia con la demagogia; llama frívola, y lijera y calaveresca á la Francia moderna; niega toda autoridad á la razon y toda virtud al derecho; declara la ciencia contemporánea más asoladora que el cólera morbo, y califica á la teología sentimental de rehabilitacion de la carne; todo bajo la bandera del más puro luteranismo, y con el propósito firme de restaurar la antigua religion. Y no le basta con la reaccion religiosa; sostiene tambien la reaccion política más desenfrenada é insensata. Los mandamientos de Dios cometieron imperdonable olvido cuando mandaron honrar padre y madre, sin añadir igual respeto al rey y á la reina; porque para este piadosísimo cristiano el rey y la reina son nuestros padres, nos han dado su sangre, nos han mantenido á sus pechos, nos conducen por la vida, y hasta nos aseguran la paz eterna en el seno de la muerte. Parécele insoportable tiranía orar por las cámaras segun los preceptos de la Constitucion y los rescriptos del rey, sobre todo por la Cámara popular, nacida del libre exámen y de la revolucion política, consagrada á regatear tributos al monarca, y á encender pasiones en el pueblo; llena de reformadores que son al fin y al postre con toda su apariencia de sensatos, dementes, demagogos. El clero sólo debia orar por la Cámara de los señores, por esos campesinos que traen la santidad del terruño, por esos caballeros feudales que mantienen la servidumbre de la gleba, por esos reaccionarios que adoran de rodillas la Santa Alianza, por esos luteranos que pegarian fuego en todas las Universidades á todos los simulacros de la Diosa razon, y á todos los filósofos, sus falsos y corrompidos sacerdotes. La separacion de la Iglesia y del Estado es el error de los errores. Los reyes necesitan de la Iglesia como del cielo donde el cetro de su autoridad se forja; la Iglesia necesita de los reyes, como de los ministros que le abren con sus varas y con sus sables el camino para el dominio material del mundo.

Todos estos insensatos podian libremente entregarse á sus insensateces, renegar de la conciencia libre, sin comprender que renegaban de Dios; suprimir la libre voluntad sin comprender que suprimian al hombre. Su rabia, su locura, sus negaciones de la luz, sus combates al progreso, su bárbara conjuracion para oprimir y envilecer á su tiempo, demostraba con qué razon, con qué derecho, con qué verdad habia sostenido el siglo décimo-octavo el salvador principio de la incompatibilidad absoluta entre las iglesias intolerantes y las modernas libertades.

# CAPITULO XXXVIII.

## EL HEGELIANISMO RELIGIOSO.

Las exageraciones de la escuela ortodoxa llevaban por necesidad los ánimos con verdadero impulso hácia las escuelas filosóficas. Ninguna, á la verdad, tan dominante entonces como la escuela hegeliana. En su afan de constituir una síntesis, dentro de la cual cupieran todas las manifestaciones de la actividad, Hegel acepta la religion como fase necesaria del espíritu, como instante preciso en el total desarrollo de la idea. En este concepto, servia su sistema á los teólogos. Pero la religion superior al arte en la teoría de Hegel, es inferior á la filosofía. En este concepto servia poco, muy poco, el sistema hegeliano á los teólogos protestantes. No era posible que las almas piadosas admitiesen, como manifestacion más digna de fé, más pura, más luminosa, la ciencia humana que las revelaciones tradicionales de Dios. Y los escesos de la escuela teológica habian sido tales y tantos, que el sentido general se refugiaba, huyendo de ese dogmatismo asolador, en el seno de la filosofía, donde á lo ménos el aire de la libertad volvia á refrigerar y templar las almas. Uno de los teólogos más eminentes de este tiempo y de esta tendencia, era Daub. Y Daub se extasiaba, primero ante la contemplacion de las fórmulas kantistas; de su imperativo categórico, dictado por la conciencia como ley suprema del deber; de su pura subgetividad, donde el indivíduo recababa para sí todas las libertades internas; de su severa y austerísima moral; de su Dios, enterrado en los glaciales desiertos de las frias eminencias donde la razon pura se aisla, y resucitado luego en los hondos valles de la realidad, en la razon práctica: y desde la filosofía crítica se precipitaba de un salto, como tocado de vértigo, en el inmenso océano del idealismo objetivo; en su vida embriagadora, en su naturaleza exhuberante, en su magnetismo misterioso, en sus corrientes eléctricas, en su gigantesca flora de ideas, en su intuicion sobrenatural, en sus milagros y en sus revelaciones; para irse despues, como cansado de todo reposo, como repulsivo á toda constancia, hácia el hegelianismo

y sus viajes eternos, desde el sér primitivo á la idea pura, desde la idea pura á la dialéctica, desde la dialéctica á la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado, que se desarrolla en mil formas, y que vive en innumerables siglos, al Arte, que pone el Universo material sobre la conciencia en el Oriente, que armoniza el espíritu y la materia en Grecia, que eleva el alma sobre la naturaleza en el mundo moderno; y pasa de allí á la Religion, y de la Religion á la Filosofía, siempre bajo la ley de la contradiccion, que engendra abiertas oposiciones, para resolverlas en síntesis y trinidades sublimes; hasta llegar por fin á la plena conciencia de sí misma, siendo la idea, por esfuerzos sobrehumanos y por desarrollos sucesivos, eterno y absoluto Dios.

Marheineke es el gran teólogo de la escuela hegeliana: lucha por consecuencia contra todos los extremos, así contra aquellos que se entregan, retrocediendo, al idealismo objetivo; como contra aquellos que caen por completo en los escesos y en las violencias de la extrema izquierda hegeliana. La ciencia es el desarrollo lógico de la idea en sí, y la teología, por consiguiente, el desarrollo lógico de la idea como Dios. La idea de Dios no es una pura representacion de Dios, no es un puro espejo donde Dios se refleja; es Dios mismo, inmanente en el pensamiento del hombre. La idea de Dios tiene tres formas: la escritura, la fé y la ciencia. La idea de Dios no comienza á tener conciencia de sí misma, sino cuando un objeto exterior á ella la solicita fuertemente á definirse, á concretarse, y este objeto es el Evangelio. De aquí la revelacion, á la cual se somete ciegamente la idea recien nacida, como el niño se somete á su madre. Y de la Revelacion, tenida por sobrenatural, proviene la fé ciega y obediente; pero esta fé primitiva, esta creencia ciega, es el borrador primero del conocimiento y el grado más elemental de la idea. No hay certidumbre verdadera sino en el momento en que el objeto de la fé se reconoce por la filosofía, como idéntico y uno con el contenido de la conciencia subjetiva. La dogmática es la fé comprendiéndose á sí misma. Así como la conciencia de Dios no se revela en el hombre, sino por la tésis y la antítesis; la dogmática no se presenta, sino en forma de contradiccion. Pero como todas las contradicciones se resuelven al cabo en verdaderas armonías, el descubrimiento de estos principios está llamado á reconciliar todas las iglesias.

La division del sistema se explica por estas premisas filosóficas. En su desarrollo lógico la idea divina «Dios» se concibe primero como sustancia absoluta y por consiguiente impersonal. Así el sér de Dios y sus atributos constituyen la parte primera de la teología dogmática. Distinguiendo en seguida de este espíritu absoluto aquel espíritu que lo piensa, que lo ama, que lo adora, la dogmática en su segunda parte trata del Hombre-Dios, revelado en su Hijo. La idea divina rompe en Cristo su forma subjetiva, y se eleva, sin dejar de ser individual, á universal, como Cristo, sin dejar de ser hombre, llega á ser Dios; hasta que el espíritu adquiere plena y definitiva conciencia de sí mismo en el seno de la Iglesia. Y la ciencia de la Iglesia forma la tercera seccion de la dogmática.

Si el hombre se niega á sí mismo la posibilidad de comprender á Dios, niega en el mismo hecho á Dios, puesto que el pensamiento del hombre no es otro sino el pensamiento del Creador. Dios es comprensible. El conocimiento de Dios se llama religion. La historia religiosa es el desarrollo del trabajo empleado para llegar á la idea de Dios y el desarrollo del trabajo empleado por la idea de Dios para llegar á su vez á la plena conciencia de sí misma. La religion cristiana es la religion definitiva; porque en ella el espíritu llega á la plena evidencia de ser en sí mismo absoluto. Como la idea de Dios es Dios, concibiéndose á sí mismo, no puede haber otra prueba de la existencia de Dios, sino esta idea misma. Dios es pensamiento. Y como el

pensamiento es idéntico al sér, Dios es el sér. Sus atributos se refieren á la substantividad, al Padre; á la subjetividad, al Hijo; y á la beatitud, al Espíritu Santo.

La creacion es eterna, incesante, sin ningun género de interrupciones, ni eclipses, necesaria, porque sin ella Dios no seria más que una abstraccion. El objeto de la naturaleza es revelar Dios á Dios mismo. Idéntica á lo absoluto en cuanto á su esencia, diversa en cuanto á su individualidad; el alma humana es la imágen de Dios. La identidad, que confunde el espíritu finito con el espíritu infinito, como el feto está confundido con el vientre de su madre, constituye la inocencia ó el estado inconsciente. El espíritu se distingue pronto en subjetivo y en objetivo, y por consecuencia se distingue de Dios. Y el indivíduo llega pronto al egoismo, y somete el mundo á sus goces. De aquí el nacimiento del mal. El pecado tiene su raiz en la naturaleza del hombre. El pecado es primero original, vicio inherente á nuestra naturaleza. El hombre no puede existir sin Dios, ni Dios sin el hombre, porque lo finito necesita de lo infinito, y lo infinito de lo finito. Dios y el hombre son eternos. Dios es esencialmente Dios-Hombre, y el hombre es esencialmente Hombre-Dios; y las religiones no tienen más objeto que divinizar al hombre, y humanizar á Dios. El Cristianismo es la síntesis absoluta de lo finito y de lo infinito.

El Cristo histórico es la realizacion del ideal divino en una individualidad humana. Todo por el mundo, nada para sí propio, es su divisa. Así domina todo instinto, borra todo pecado, sujeta toda pasion, y es el centro luminoso de la historia. Cristo se llamará siempre nuestro redentor, porque nos ha mostrado con el ejemplo de su vida y de su muerte que es posible llegar á la santidad. Su vida es la realizacion de la virtualidad de justicia existente en la naturaleza humana. Dios se descompone en trinidad y se recompone en unidad. El indivíduo muere, pero la personalidad es inmortal, y de grado en grado de perfeccion, subirá hasta Dios.

Desde el momento en que la razon apropiaba á una escuela filosófica todos los dogmas religiosos, habia de nacer por necesidad, como un término más en la série lógica de los progresivos desarrollos de la idea, quien extremara este sentido, y concluyera por combatir el Cristianismo. La escuela de Hegel se habia dividido desde la muerte del gran maestro en derecha, centro é izquierda. La derecha formaba un partido, en filosofía conservador de la pura idea del maestro, y en política conservador de la monarquía hereditaria, de la pena de muerte, y sobre todo, de aquellas teorías de los hombres representativos, como les llamaba Emerson, de los hombres-ideas, hombres-siglos, que Hegel extendia á los reyes del arte, de la ciencia, de la industria, á los que poseen por gracia y eleccion divinas el génio, á los reyes del espíritu, y que los reyes del mundo limitaban á sus dinastías tradicionales, como hizo Napoleon III en su célebre *Historia de la vida de César*. El centro conservaba las ideas filosóficas del maestro; pero daba á las ideas políticas un sentido más liberal y progresivo. La extrema izquierda lo trasformaba todo. Admitia el movimiento de la idea, la corriente de la dialéctica, pero eliminaba en este movimiento, en esta corriente, un término esencialísimo, un punto indispensable, generador de ideas sucesivas en el sistema hegeliano, eliminaba la religion, combatiéndola por contraria á la ciencia, denostándola por opuesta al progreso, y admitía en política la pura democracia, el derecho puro, la República, ofreciendo en sus principios el ideal de la sociedad. Mas hay entre estos pensadores un hombre que, teólogo de profesion y no filósofo, habia de apasionar en su pró ó en su contra al mundo entero con una obra de crítica religiosa; y que admitiendo el sentido filosófico de la extrema izquierda hegeliana respecto á religion, habia de comba-

tir, por extrañas contradicciones, todo su sentido político. Creo haber designado bien á las claras al escritor quizá más ruidosamente célebre de la Alemania moderna, el más combatido y criticado, Strauss, autor de la *Vida de Jesús* objeto de tantas controversias, y cuya tormentosa vida, cuyos numerosísimos escritos, cuyas radicales inconsecuencias enseñan mucho del estado moral de Alemania é influyen mucho en su movimiento político y en sus crísis históricas.

# CAPITULO XXXIX.

## EL DOCTOR STRAUSS.

La antigua Suabia es una region deliciosísima, quebrada en sus terrenos, vária en sus paisajes, humedecida y regada por claros arroyos y profundos rios, cubierta de bosques cultivadísimos y de agrestes selvas; con rientes colinas y sublimes montañas; rica en praderas donde se alimentan incomparables ganados y en viñedos donde se cojen suaves vinos; hermosa por la fecundidad de su naturaleza y hermoseada aún más por la virtud del trabajo. En esta region brotaron los coros de poetas, cuya gloria se refleja sobre la frente de toda Alemania; y nacieron el gran filósofo Hegel, y su infidelísimo discípulo el doctor Strauss. Inútil recurrir á los biógrafos para conocer la vida de este hombre, los sentimientos y las sensaciones de sus primeros años, los padres que le dieron el sér y le criaron, los maestros que le instruyeron; el desarrollo de su inteligencia, la vida de su corazon, porque él mismo se ha revelado al mundo y se ha trasmitido á la historia en páginas, en fragmentos, que brillan por la fluidez de la frase y la pureza del gusto.

En santa poesía rebosan las sencillas y delicadas páginas que ha escrito de su madre, contando á sus propios hijos, y ofreciéndoles como ejemplo que seguir y modelo que imitar, la vida de su santa abuela. No busqueis en estos relatos el arte trágico de Rousseau, que al nacer da muerte á la que le diera vida, y tiene existencia tormentosa, como si corriera sobre cáuce abierto en los abismos del infierno. La casa donde ha nacido y se ha criado Strauss, brilla por esa poesía íntima del corazon, del hogar, de la familia, que tanto sirve á vivificar y sostener el sentimiento de la propia individualidad en las razas germánicas. Su madre queda huérfana en edad bien temprana. Su abuelo materno la socorre, la acoge, la educa en sencilla medianía, con el cariño más tierno y el cuidado más previsor y más profundo. El abuelo tiene casa de comercio, donde aprende la netezuela todas las enseñanzas del menaje; y tiene viña productora, donde la netezuela aprende el amor al campo y á la naturaleza. Cuando los racimos comenzaban á madurar, no la permitia

ir á cogerlos; pero cuando llegaba la sazon de la vendimia, iba y comia todo cuanto le demandaba el gusto. En aquel pueblecillo, que el escritor bendice como la cuna de su felicidad, fué su madre á la sencilla escuela del siglo pasado, que enseñaba á leer en un solo libro, á entonar en coro los cánticos de la Biblia, á trazar sobre la pizarra suma y resta, division y multiplicacion, las cuatro fundamentales cuentas. No sabia francés, ni siquiera aleman clásico; producíase en dialecto suabo, pero asombraba á todos por su sólida instruccion, por su sentido comun, por su vasta memoria, por sus conocimientos de la Sagrada Escritura, en los cuales nunca llegó á sobrepujarla su hijo, á pesar de su larga carrera de teólogo. El abuelo habia ocurrido á su educacion. Así le guardó siempre religioso culto. Para obsequiarla en uno de sus cumpleaños, colgó su marido un retrato al óleo del abuelo en la sala, copia de otro antiguo, y cuando entró y lo divisó, se conmovió profundamente á la delicada sorpresa, llorando á un tiempo mismo de dolor y de alegría.

En Sttugart, donde fué enviada para que aprendiera á coser y cocinar, se casó con el padre de Strauss, comerciante tambien como el abuelo materno, aunque dependiente de otros sócios, y por lo mismo sin ninguna autonomía, y en posicion bastante delicada y crítica. En 1807 nació Strauss. A los pocos años de este nacimiento, y á los cuarenta y cinco de edad, llegó su padre á director de la casa de comercio. Pero esta posicion, que tanto habia deseado, solamente le sirvió para arruinarse. Las guerras de la Independencia y las medidas económicas de Napoleon destrozaron su almacen y desvanecieron sus ensueños de fortuna. Era el padre de Strauss en literatura clásica docto, incansable lector de Horacio y de Virgilio, que llevaba siempre bajo el brazo, y gran amigo de las abejas, de esas hijas de la luz, de esas madres de la miel, que nos regalan en sus productos la sangre y el alma de las flores, y que nos alegran con la unísona música de sus vibrantes zumbidos. A literato, á teólogo, á filósofo debieron dedicarle sus padres y no á comerciante, para cuyo oficio carecia de talento y de prevision. La bancarota hubiera venido á no ser por el trabajo de la madre, por su economía, por su celo, por su ciencia del menaje, por sus ahorros, por sus cuidados, por su alejamiento de todo aquello que no fuera el culto de su casa y la educacion de sus hijos. Así, la santa esposa, la madre santísima pasó toda su vida en padecer y en ocultar á la familia sus padecimientos. Siempre deseó tener una viña como en su niñez, y nunca pudieron procurársela en la ancianidad, ni su esposo ni sus hijos. Un pariente le cedió corto espacio de huerta, y allí plantaba legumbres y hortalizas para la casa, y con ellas rosas, violetas y algunas otras flores modestísimas, perdiéndose en la vida de la naturaleza y alabando á Dios en cánticos tan expontáneos como los cánticos de las aves. ¡Qué pena para esta santa mujer la publicacion de la *Vida de Jesús*, del escrito de su hijo! No participaba de aquellas ideas, no olvidaba la fé aprendida en su Iglesia y en su escuela protestante; pero no convenia en que malos móviles, orgullo ofendido, ambicion desapoderada, deseo de celebridad y de gloria hubieran guiado la pluma de su hijo. Y sin embargo, la ortodoxia intolerante, el pietismo feroz alzaron hasta la madre las ofensas inferidas al hijo, y amargaron los últimos dias de aquella mujer, que lo habia educado en la más severa virtud con el ejemplo; y en lenguaje divino, como es el lenguaje de las madres, le habia inspirado la fé cristiana aprendida en el hogar, en la escuela y en el templo.

Desde la casa paterna pasó Strauss al monasterio de Blaubeuren, fundado por los benedictinos en el siglo undécimo para casa de religion, trasformado por la Reforma en seminario de jóvenes eclesiásticos, presidido por un director llamado Eforo, á quien secundaba varios catedráticos llamados repeti-

dores; ornado de ogivales ventanas que acusaban su ancianidad; cortado por claustros abovedados, cuyos techos cubrian artesonados de encina; lleno de seminaristas, que dejaban el calor de su familia para caer en vigorosísima disciplina, en vida conventual, en trabajos excesivos, sino superiores á sus fuerzas, incómodos á su atencion, ajenos á su edad, y sólo interrumpidos por algunos paseos en comun, algunas oraciones en alta voz, algunos cánticos en coro.

Sus dos maestros principales allí fueron Baur y Kern, sábios verdaderos; más pensador y más decidido el primero en la difusion de sus pensamientos; erudito el segundo, con gran talento asimilador, pero indeciso entre los partidos teológicos: catedrático aquel de prosistas latinos y griegos, leia con sus discípulos en arrobamiento los diálogos de Platon; catedrático éste de poetas latinos y griegos, leia con igual entusiasmo los versos de Homero y Sófocles: el uno filósofo más que filólogo y crítico en sus explicaciones; el otro consumadísimo literato y artista; ambos eruditos y excelentes. Sin embargo, uno y otro tenian grave defecto para la segunda enseñanza. Traspasaban los límites señalados á su materia; desconocian ú olvidaban la edad temprana y la inteligencia tierna de sus alumnos; se remontaban tan alto y tan lejos que se perdian de vista en el cielo inmenso del pensamiento, olvidando á los jóvenes en sus nidos de barro, donde apenas les brotaban las ténues alas para seguirles y acompañarles; circunstancias dañosas al comun de la gente, favorables al carácter y al entendimiento, fuertes, animosos, precoces, del jóven teólogo, que adivinaba ya las lenguas de fuego destinadas á iluminar su espaciosa frente.

Strauss nos ha dejado en la biografía de su amigo Marklin descripciones, así de la impresion que le producian aquellos maestros, como de la impresion que le producian aquellos sitios: las pintorescas viciosas colinas que las viñas coronaban con sus pámpanos y sus racimos; las ágrias montañas cubiertas de asperísimos riscos y cortadas por peligrosos derrumbaderos; las rientes orillas del Neckar; los valles profundos abiertos entre eminentes y estrechas cordilleras; el aire vivificante que se respiraba en las altas cimas; los recuerdos que renacian de los arruinados castillos; el torrente de La Blau que los incitaba á bañarse en el estío, sin que pudieran atender á sus incentivos, porque entraban blancos y rubicundos como buenos germanos, y salian rojos y trasformados en cangrejos cocidos; el lago que tras el claustro retrataba el cielo en su tranquila superficie, del color de los lagos en el Tirol y en Suiza.

Del Monasterio de Blaubeurer, donde cursára la segunda enseñanza, pasó á la Universidad de Tubinga, donde habia de concluir su carrera. La ciudad es pequeña, pero bella y culta. El Neckar le besa los piés, y viejo feudal castillo le corona las sienes. Uno de sus señores, muy pródigo, le dió alguna libertad á cambio de que pagára sus régias deudas. El tiempo la ha dividido en dos, en ciudad nueva y ciudad vieja, y le ha impreso ese carácter de juventud y de ancianidad que presta á las ciudades tanta hermosura. Las montañas que la cercan y las selvas que cubren estas montañas, dan deleitosa amenidad á sus cercanías y mucha pureza á su atmósfera. En los momentos de llegar Strauss á esta Universidad, dominaban dos tendencias: primero un espíritu de conciliacion que se acercaba mucho al racionalismo; despues un sistema supernaturalista que se acercaba mucho á la ortodoxia. Por un felicísimo concurso de extrañas circunstancias, los grandes maestros del Seminario pasaron á la Universidad. La antigua ortodoxia fué proscripta, y la nueva teología ds Schleiermacher admitida. Aquel profundo culto á la razon, aquel sábio olvido de los milagros, la feliz concordancia entre la ciencia y la fé, las armas tomadas en la dialéctica, el espíritu panteista

esparcido en sus dogmas, la exaltacion del fundador de la Religion meramente como dotado de un espíritu que lo infinito henchia; todas las ideas del maestro le parecieron al pronto larguísima inconmovible paz firmada entre la revelacion y la razon, cuando al poco tiempo pudo persuadirse de que era solamente un transitorio armisticio. En tal coyuntura, en tan crítico estado de ánimo, llegó á sus manos el libro por excelencia de Hegel, la *Fenomenología*, su obra maestra, su tesoro, el resúmen de su doctrina, brotando por do quier ideas nuevas, puntos de vista desconocidos, encadenamientos jamás señalados antes entre la idea y el sér, entre las leyes de la lógica y las leyes del Universo; entre la filosofía donde todos los pensamientos nacen, y la Historia, donde el pensamiento se realiza; entre el arte y la Religion, la Religion y la ciencia, fases del espíritu, puntos de la línea incalculable de la idea, série filosófica, escala luminosa por donde el sér vá subiendo desde el abismo insondable de su primera esencia, cercana á la nada, hasta la plenitud de la vida, hasta la conciencia de sí en lo absoluto.

Y á medida que subia la idea filosófica en su ánimo, bajaba la idea teológica. Parecíale que el protestantismo caminaba rápidamente á desconocer su principio fundamental y primero, á saber: que la libre é íntima conviccion del indivíduo debe aceptar las creencias, sin ceder en ningun tiempo á extrañas sugestiones, principio reemplazado por una adoracion fetichista á la letra muerta. Sólo una aristocracia del pensamiento ha conservado la razon bastante serena, la conciencia bastante iluminada, la voluntad bastante libre para no petrificarse en la tradicion y seguir el camino abierto por sus íntimas vocaciones, por aquellos interiores llamamientos á que llamaba Sócrates la voz de Dios en la vida. La literatura nacional ha preservado del retroceso y del decaimiento, que pudo llegar hasta la reaccion católica, al espíritu germánico. Afortunadamente un hombre superior realizó el progreso de la union evangélica, despojando los dogmas y principios que separaban á las dos comuniones de todo su carácter y de toda su fuerza de obligatorios, con lo cual quedaba más espacio al libre pensamiento que en la antigua ortodoxia. La carga de dogmas, de milagros, de tradiciones, que hacia zozobrar la nave de la Iglesia, fué arrojada al mar, para que pudiese mantenerse más ligera, y correr más dócil á los vientos del siglo. Cristo mismo no era ya la segunda persona de la Trinidad, el Hijo de Dios separándose de su mansion divina para tomar nuestra pobre carne humana, y despues de su existencia terrestre, interrumpida por el patíbulo y el sueño de la muerte en el sepulcro, reanudada por la resurreccion, y terminada por su ascendimiento á los cielos; despues de su existencia terrestre confundido de nuevo con el Eterno; era un hombre moralmente perfecto, pero sujeto á las estrechas condiciones de la vida individual y la vida nacional, necesitado de ser engrandecido por la sávia de las ideas, por las corrientes del tiempo y por la luz de la conciencia humana en sus progresivas trasfiguraciones.

Pero á esta efusion del espíritu habia sucedido estrecha ortodoxia, hija de la reaccion. Las rotas banderas de las tradiciones fueron desempolvadas y lanzadas al viento. Los tribunales literarios cayeron bajo la inspeccion y la férula de las aristocracias pietistas. Los estudios preparatorios, que enseñaban filosofía y filología, se mermaron para evitar las tentaciones paganas. El estudiante de teología no debe preguntar qué ideas son verdaderas, sino qué ideas son provechosas. Y la locura de la supremacía sacerdotal entra en los entendimientos, y en los corazones el entusiasmo por la dominacion material. Cada sacerdote se propone más que iluminar la conciencia del pueblo, dirigir la voluntad del rey. Fanática intolerancia se apodera de los caractéres que odian todo cuanto

cierra el paso á sus ensueños y á sus ambiciones. Todos están podridos, porque todos llevan un feto muerto en su cerebro, la propia ahogada conciencia. Lo necesario es oirse á sí mismo, estudiar la propia razon, y no caer, como los siglos anteriores, en el error, en la preocupacion de que está fuera de nosotros, allá en cielos apartados, lo que está dentro de nosotros mismos; que es sobrenatural inspiracion la idea, nuestra propia hechura. Y llevado de estos pensamientos que eran para él reglas de conducta, Strauss se propuso estudiar la verdad con independencia de toda tradicion, y decir lo que él creyera verdad, sin temor á ningun género de preocupaciones. Y puso mano en el gran trabajo de escribir la *Vida de Jesús*.

No creais, sin embargo, que ha sido siempre el racionalista que revelan sus obras y sus polémicas. Educado en la tradicion religiosa por su piadosísima madre, crecido en las aulas de un Seminario, sus primeros años son años de creencias tranquilas. Pero el siglo guardaba mil tentaciones y la serpiente de la duda se deslizaba en el paraiso de la inocencia. Eran los dias del Mesianismo, los dias en que la electricidad brillaba como un nuevo espíritu difundido por el planeta; en que se aceptaban toda suerte de leyendas acerca de este agente del Universo; en que se creia posible la trasparencia de los cuerpos, la trasfiguracion angélica de las criaturas, la vista material y la experiencia tangible de las almas, el viaje á la luna, á Urano, donde Goethe, allí transmigrado, recibe á los recien venidos; la comunicacion estrecha con todos los mundos, el abrazo efusivo á todos los séres hasta llegar á la plenitud de la vida en la eternidad, identificados con Dios. Así no es mucho que de las tradiciones religiosas, de la piedad cristiana pasara Strauss primero á una doctrina en la cual tomaba la naturaleza mágico aspecto, á la doctrina de Jacobo Boemh, y de la doctrina de Jacobo Boemh á otra doctrina, en que la naturaleza tomaba carácter idealista, á la doctrina de Schelling. Era propiedad de aquellas almas, achaque de aquellos tiempos no detenerse, no fijarse en ninguna idea; clamar á la puerta de todas las escuelas en demanda de la verdad; arrastrarse al pié de todos los altares en busca de consuelo; pasar de sistema en sistema como la mariposa de flor en flor para libar su esencia; subir de la naturaleza á Dios, y caer desde el seno de Dios en la nada; sumar los dioses de todas las religiones para ver si daban fuerzas al desmayo de la voluntad y de la conciencia; estado semejante al estado de la escuela alejandrina, sincretismo semejante á su sincretismo, cuando la antigüedad reunia los números pitagóricos á los dioses homéricos, las ideas de Platon á las experiencias de Aristóteles, el Verbo de Plotino al espíritu universal de los estóicos, creyendo reunir sus fuerzas para la continuacion de la vida y trazando en realidad su testamento, el epílogo de sus creencias, para la próxima hora de la muerte.

La doctrina de Boemh debia tentar á hombres como Strauss: aquella relacion del mundo espiritual con el mundo físico, de la moralidad de las acciones humanas con el desarrollo de la vida cósmica; aquella resurreccion del número pitagórico y de sus combinaciones con las ideas y con las cosas; la virtud del siete que se extiende desde las obras espirituales de Dios hasta los dias de la creacion, desde los dias de la creacion hasta las cualidades primeras del sér, desde las cualidades primeras del sér hasta los brazos del candelabro apocalíptico, pues todo en la naturaleza es símbolo expresivo de alguna idea superior, todo animado, así en la materia universal como en el universal movimiento por el soplo divino, por la divina palabra, que primero crea el Hijo, despues el Espíritu Santo; y como hay tres Personas en la Trinidad hay tres mundos en el Universo; dos, mandados por Miguel y Ariel, donde los

ángeles buenos viven puros, hermosos, diáfanos, en mares de luz, viendo todos los dias el milagro de la creacion en soles de soles, y el florecimiento de los séres en primavera perpétua, en gigantesca flora de varias ricas formas, y escuchando la música incomunicable de las acciones divinas; santidad, que no tiene, que no puede tener el mundo tercero, presidido por Lucifer y habitado por nosotros, donde la ambicion de traspasar el límite y subir á más altas esferas, á vida más celeste, ha engendrado el mal que todo lo trastorna y lo corrompe y lo pudre, pero el mal mezclado al bien, porque entre los ángeles buenos todo es santo, entre los ángeles malos todo perverso y diabólico, entre los hombres todo bueno y malo al mismo tiempo, como la luz que vivifica y abrasa, como el amor que crea y consume, de cuya triste mezcla no saldremos, sino el dia de la segunda venida de Cristo á traernos la redencion de Lucifer y del hombre, la redencion de la materia y del espíritu, trasformados todos, y todos bendecidos, y todos salvos en la inmensidad de los primitivos cielos, y en la presencia del Eterno Padre.

Dos causas llevaron al doctor á estas extrañas y sobrenaturales creencias: primera su asídua lectura de los discursos de Schellig, el mago de la naturaleza, y segunda su comercio con Kerner, el magnetizador, el médico, el poeta, que tañía su lira, curaba sus enfermos, despedia los demonios del cuerpo de los endemoniados, estudiaba original profetisa, sonámbula, enferma en Prevorst, reducida por sus enfermedades á una especie de alma sin cuerpo, ó de cuerpo sin carne ni sangre, toda compuesta de nérvios, que la ponian en comunicacion directa, diaria, con los espíritus puros, exhalados como aromas de la tierra y de los demás planetas por ministerio de la muerte, y errantes en lo infinito para volver entre nosotros alguna vez á los conjuros de la mágia y á los efluvios del magnetismo.

Pero todas estas aficiones fueron pasatiempos de la juventud. Los libros de Hegel fijaron su vocacion de teólogo crítico. Las enseñanzas de filología decidiéronle á llevar á la Biblia el escalpelo de su razon fria acerada en sus profundos conocimientos. Un viaje á Berlin acabó de decidirle por la filosofía y la crítica religiosa. Desde aquel punto la heregía entró en su alma y se apoderó por completo de su conciencia. Y la suerte quiso que fuera sacerdote, y que le nombraran vicario sufragáneo en una villa de Suabia. Allí pasó algun tiempo viendo cómo se compadecian la sinceridad de su ministerio religioso con la profesion de su panteismo racionalista. En realidad no habia nacido para filósofo, y no habia tomado del maestro Hegel nada más que el método dialéctico. Pero su erudicion era rica en sí, brillante en sus manifestaciones. Y pronto habia de ser profesor en aquella misma Universidad donde habia sido discípulo, y profesor de teología. Perspicaz en el estudio de los más difíciles problemas, preciso y claro en su exposicion, brillante en su estilo, siempre perspícuo y sereno, Strauss es ante todo, y sobre todo, un consumado literato.

Creo que en el mundo no puede darse más crítica y dolorosa situacion para un hombre de clara inteligencia y ánimo entero que ejercer ministerio tan elevado como el sacerdocio; de fé ardiente en sus móviles, de virtud pura en sus medios, de abnegacion y sacrificio en sus fines; todo consagrado á los creyentes, á los fieles, á darles ideas de Dios y de su Providencia, á sostenerlos en los combates de la vida y de las pasiones, á infundirles el sentimiento de la alteza de su alma con la esperanza de la inmortalidad; y luego encontrarse que la base de este ministerio, la creencia en la religion de que es ministro, y predicador, y apóstol, va poco á poco muriendo, secándose allá en lo más íntimo, en lo más recóndito del sér, y apareciendo por consecuencia el sacerdote á los ojos del mundo, si de su ministerio se desciñe y aleja,

como criminal apóstata; y á sus propios ojos, si en su ministerio persevera, como farsante é impostor.

Varios poetas católicos han descrito magistralmente el conflicto de algunos sacerdotes nuestros, que despues de haberse unido á la Iglesia, despues de haber entrado en su profesion y hecho sus votos eternos, obligándodose á eterna castidad y alejamiento de las dulzuras del amor, de los goces de la familia, tropiezan en el mundo con una mujer, acaso destinada por la Providencia á completar y hermosear su vida, y desde entonces pasan por todos los círculos del infierno, por el amor sin esperanza, por los celos sin razon, por la sed hidrópica de los sentidos sin satisfaccion ninguna, por los deseos infinitos sin alivio en la tierra; desgarrados al par de pasiones ardientes y de remordimientos insufribles; víctimas del combate entre la voz del corazon y la voz del templo; exacerbados por las mismas escenas que consagran y presiden, por la celebracion del matrimonio entre séres más felices que ellos, por el bautizo á hijos nacidos de amores benditos, por el encanto de la familia en la cual sólo aparecen los sacerdotes como consagradores de la felicidad y á esta felicidad siempre ajenos; hasta que en guerra tan tremenda ó se despeñan y caen olvidados de Dios, ó mueren mártires de su religion, de su deber y de su conciencia.

Pero hay otro tormento mayor aún, el tormento de aquellos que nacen y se crian en familia piadosa, con los ojos en los libros divinos y el pensamiento en la fé revelada; que crecen al abrigo de próbido Seminario, donde la fé sentida en el hogar pasa á nocion agrandada en la inteligencia; que maduran en las facultades teológicas de sábia Universidad, donde los sentimientos aprendidos en el hogar ó las nociones aprendidas en el Seminario pasan á ideas universales, aceptadas, creidas, pensadas, por todo el sér, desde el sentimiento hasta la razon; abrazando solícitos, en virtud de estas convicciones, el sacerdocio; y apenas lo ejercen y practican, entra la duda en el paraiso del alma, muerde el corazon, ilumina con sus relámpagos los abismos del entendimiento, presenta los libros sagrados como Historia más ó ménos humana, que apenas resiste á la crítica; los dogmas, pasto de la predicacion, como símbolos de ideas muertas; el templo santo, como sepulcro de edades ya extinguidas; la religion toda como una luz que va pasando á sombra; y en esta situacion, la suerte les condena á la alternativa, ó de engañar al mundo faltando á su conciencia, ó de perderse para siempre ante el mundo si son fieles á sus deberes, y oyen las voces interiores de su alma que les aconsejan sobreponer á todo en los cielos y en la tierra el culto á lo que sienten, y creen y piensan y profesan como verdad.

Pues en esta situacion se encontraban Strauss y su compañero de Seminario y Universidad el doctor Marklin, de quien Strauss ha escrito interesantísima biografía. Los dolores de aquel eran más intensos que los dolores de este. Por más que pugnaba consigo mismo, no podia en manera alguna acostumbrarse á dar como verdadero en sus predicaciones lo mismo que creia falso en su conciencia. La idea de que lo divino sólo se hubiera unido con lo humano en una persona histórica, en Cristo; y sólo se hubiera revelado en un pueblo distinguido, en el pueblo de Israel, y en un momento histórico, en la crítica aparicion del Cristianismo, esta idea le atormentaba con tormentos indecibles. La misma inmortalidad del alma y de su individualidad, base, no ya del Cristianismo, sino de toda la doctrina espiritualista, que arranca de Sócrates y Platon, le repugnaba con repugnancia invencible, y le parecia natural consecuencia de una pésima concepcion de la vida y de un soberbio egoismo del hombre. En vano leia y releia el célebre discurso de Schleiermacher sobre los muertos y trataba de imitar el arte con que este sábio predicador apuntaba sus ideas espinosistas sobre la

vida y la muerte, sin aparecer en contradiccion abierta con la dogmática y la simbólica cristianas. En su dolor se dirigia Marklin á Strauss, y en aquel seno depositaba, lleno de efusion y con profunda confianza, todas sus amarguras y todas sus penas. El auditorio á quien predicaba era ilustrado auditorio, de poblacion culta al par de numerosa, y vislumbraba el combate empeñado en la conciencia de su predicador favorito.

Strauss se encontraba mucho más tranquilo, aunque no ménos cambiado. Habíanse deshojado, como los árboles por el invierno, las ideas religiosas de su infancia y de su juventud. El misticismo soñador de Boehm, y el naturalismo místico de Schelling, habian corrido la misma suerte que las ideas religiosas; todos estaban secos. No pasa una chispa eléctrica por nuestros nérvios con tanta rapidez como habian pasado aquellas ideas por las fibras de la inteligencia absorbente del jóven vicario. Un pensamiento de Hegel abria á su razon celajes antes ignorados. La esencia de la religion y la esencia de la filosofía son una misma esencia. Solamente que aquello que en la filosofía se presenta como idea, en la religion sólo se presenta como imágen. Desde estas creencias, el tránsito á una conviccion profundísima era inevitable; el tránsito á convertir la religion en filosofía, amoldando en lo posible los antiguos dogmas á los nuevos principios. Así es que su alma estaba en serenidad completa. Habia abandonado la fé, y no pensaba abandonar el sacerdocio. Habia entrado en la ciencia moderna y no se inquietaba por la muerte de la antigua religion. Vivia en sosegada aldea y su auditorio no le daba mucho cuidado. Seguia las prácticas externas y las predicaciones religiosas de la misma fé, que estaba socavando con su pluma y destruyendo en sus libros. Esta situacion podia parecerle muy segura; mas no era ni clara ni moral. Vicario del error, sacerdote de la mentira, predicador del sofisma, y vivia tranquilo, y estaba satisfecho de sí mismo, contento de su ministerio y de sus obras. Así aconsejaba á su escrupuloso compañero de profesion, que no se atormentara á sí mismo, como el personaje de la comedia antigua. Si le repugnaba la existencia del Dios de las tinieblas, pareciéndole resto de las teogonias pérsas, del dualismo oriental, proponíale que sustituyera la clásica palabra, «el diablo,» por la vulgar palabra «el mal.» Su conciencia tomaba estas doctrinas en la conviccion profundísima de que era necesario tener en reserva las ideas más elevadas para las aristocracias intelectuales, y dejar solamente una parte, y parte reducida de la verdad, para el pueblo. Teoría semejante es contraria á toda ciencia y á toda moral. La verdad es verdad en todas las esferas, y debe ser patrimonio de todas las inteligencias. Dar á unos la verdad y á otros el error; tener á estos en las eminencias donde llega el sol, y á los otros en los valles de muerte, donde reinan las tinieblas, es crear las castas; los nacidos al goce y los nacidos á la pena, los llamados á la idea pura y los llamados sólo al sentimiento, como en las naciones regidas por las antiguas teocracias del Oriente. Y de este error fundamental no hay más que llegar á sucesivas aplicaciones para establecer una aristocracia religiosa, destinada á pensar, y una plebe destinada á creer; una aristocracia destinada á dirigir, y una plebe destinada á obedecer; una aristocracia que debe guardar los libros sacros, el lenguaje hierático y una plebe que sólo debe guardar su ignorancia y su servidumbre; una aristocracia emanada de la cabeza y del pensamiento de Brahama para el santo ministerio religioso, y una plebe emanada de sus plantas para vivir perpétuamente sobre el campo, con el trabajo manual por única ocupacion de la vida, y la ignorancia por único horizonte del alma. Teorías así eran horrible retroceso en la ciencia y servian á una reaccion no ménos horrible en la política.

Y sin embargo, el hombre que así escribia,

pasaba desde su humilde vicariato de aldea á la plaza de catedrático de teología en Tubinga, profesion tambien esencialmente religiosa. Ya en Tubinga, escribia con toda madurez su obra por excelencia, lo que ha dado á su nombre fama imperecedera, la *Vida de Jesús*. Cuando el paganismo andaba ya próximo á la decadencia; y los templos se iban quedando desiertos; y la fé se iba extinguiendo en los pueblos antiguos; y el sentido humanitario de los estóicos penetraba, no sólo en las conciencias, sino en los códigos; y las ideas judáicas y alejandrinas del Cristianismo rompian las vallas de las creencias como los pueblos germánicos habian de romper poco más tarde las vallas del Imperio, renacieron con gran boga, y helaron la sangre en las venas de los antiguos creyentes, de los que aún adoraban los altares helenos, las ideas de un filósofo griego, de muy antiguo divulgadas, y que interpretaban materialmente los dogmas y tenian por hombres elevados á la apoteosis en la gratitud de los siglos, desde el Zeus que presidia la creacion é hinchaba los nublados y blandia el rayo, hasta el humilde Pan, perdido en la vida de los campos y de las selvas. Terrible angustia despertaban las interpretaciones en aquellos que habian creido, adorado, puesto su esperanza, su vida, su muerte, la inspiracion de sus artes, la luz de su ciencia, los huesos de sus padres, la cuna y la educacion de sus hijos, en los dioses del paganismo, en los que habian triunfado con Temístocles y con Escipion, en los que habian cantado con Píndaro y con Virgilio, en los que habian esculpido las piedras con el cincel de Fidias, en los que habian hablado por la boca de Demóstenes y de Platon, en los que habian tenido durante tantos siglos en sus lábios entreabiertos por la serena sonrisa de la inmortalidad todas las grandes inspiraciones que sostenian la vida y contrastaban la muerte entre los pueblos mayores y más gloriosos de toda la historia.

Pues algo análogo sucedió á la aparicion del libro de Strauss. Devorado por algunos, leido por pocos, impedian su divulgacion la mucha ciencia teológica y crítica que lo ilustraba, y el fatigoso método que lo componia, consistente en presentar de relieve las contradicciones entre los Evangelios; llegar á un relato, y sobre todo á un relato de algo sobrenatural ó milagroso, y ver la insuficiencia de la explicacion racionalista, y la falsedad de la explicacion ortodoxa, para ir luego á las propias explicaciones, que tienden principalmente á demostrar cómo la persona de Cristo y la vida de Cristo han ido surgiendo poco á poco de la imaginacion exaltada por la nueva fé, y extendiéndose entre las Iglesias cristianas con todo el aparato literario y todo el tinte artístico de una verdadera leyenda. El sentido vulgar dedujo en seguida que Strauss negaba la existencia de Cristo. No habia sido osado á tanto el siglo décimo-octavo. Imagínese, pues, la penosa impresion que produciria en los ánimos, si no la lectura poco divulgada, la noticia divulgadísima del libro. Suprimia de la historia á Cristo; al Redentor de los hombres, que habia fundido las cadenas del esclavo; al Verbo de los cielos, que habia iluminado la conciencia de las generaciones; al modelo eterno y perfecto de moralidad para la vida; al Crucificado, que desde su patíbulo abre los brazos como para acoger á todo el género humano, y separa dos edades, la edad antigua, la edad del fatalismo en religion, del privilegio en política, del Imperio cuasi divino, y esta nuestra edad, que, á través de luchas sin cuento, de desmayos sin medida, de reacciones contínuas, realizará las tres grandes categorías sociales, la libertad, la igualdad, la fraternidad, nacidas al riego de la sangre que de sus venas derramó Cristo sobre el ara sublime del Calvario.

Strauss mismo nos enumera las causas ocasionales que determinaron la publicacion de su libro. Dábanse por aquel tiempo, 1835, tres explicaciones á los Evangelios. Unos creian todos sus milagros ciertos y cumpli-

dos, creencia que su razon rechazaba. Otros creian que todo cuanto relataban los Evangelios habia pasado naturalmente; pero que omisiones de los evangelistas habian dado á los relatos aspecto legendario y milagroso; interpretacion que le parecia violenta. Otros tenian todos aquellos relatos por pura fantasmagoría é impostura; sospecha repugnante á su conciencia. Lo sucedido con los dogmas antiguos parecíale medio útil de llegar á la interpretacion de los dogmas cristianos. Nadie hoy cree que sean los dogmas paganos ciertos é indiscutibles como creia Herodoto; nadie que tengan una explicacion naturalísima é histórica como creia Evehemero; nadie que se deban á perversidades é inspiraciones de Satanás como creian en su exaltacion y celo religioso los padres de la Iglesia; todos los toman como mithos nacidos de la piadosa fé de los pueblos y de la rica fantasía de los poetas, sin que éstos creyeran engañar ni aquellos tampoco ser engañados. Así, la fé candorosa, inocente, purísima de los primeros apóstoles y de los primeros cristianos originó entonces los relatos evangélicos y explica hoy la facilidad con que crecieron y se divulgaron por el mundo.

Strauss dice que treinta años por lo ménos separan la muerte de Cristo y la redaccion de los Evangelios. El que podria aparecer más legítimo, el cuarto, como dictado por un historiador que fuera testigo presencial de la vida de Cristo, aparece á los ojos de Strauss como incierto, fantástico, cercano á las ideas alejandrinas, con carácter gnóstico, inspirándole la sospecha de haber sido obra de un falsario, resuelto á presentarse como el discípulo querido de Cristo, como el apóstol San Juan. Cristo fué en su primera aparicion sectario del asceta Bautista, elevándose luego á Mesías en la universal esperanza y en la fé ingénua de aquellos tiempos. Pero Cristo elevó la ley moral sobre la ley mosáica, á la manera que Sócrates habia elevado la voz de la conciencia humana sobre la voz de los dioses paganos. Así es que el Cristianismo fué engendrado por la esperanza general en la venida de un Mesías y por la creencia de que este Mesías era Jesús. Una vez que las esperanzas mesiánicas estaban en su colmo, apareció natural, lógicamente el Mesías.

En verdad que ninguna de estas interpretaciones explica satisfactoriamente un hecho capitalísimo. ¿Por qué Cristo, y sólo Cristo, apareció como Mesías? ¿Por qué vieron en él, y no en otro alguno, este carácter sobrenatural cuantos lo rodeaban? ¿Por qué aquel momento de la historia, y no ningun otro momento, es el concreto, providencial de la redencion? ¿Por qué la esperanza mesiánica, nacida en pueblo privilegiado y aparte, esperanza nacional, se ha convertido en esperanza humana, en esperanza de todos los pueblos? Una ebullicion de ideas sirvió de alma y levadura á la vida de Jesús segun Strauss. Pero las ideas no hubieran por sí mismas crecido sin que se personificaran en un hombre. ¿Por qué no fué ningun otro? ¿Por qué ese hombre no vino antes? ¿Por qué no vino despues? Dos grandes hombres históricos han sido muchas veces comparados: Sócrates y Jesús. ¡Qué diferencias! Sócrates ha sido un filósofo, y Cristo un redentor: Sócrates ha habitado la region por excelencia del pensamiento antiguo, Grecia, y la ciudad culta, sábia por excelencia, Atenas; y Cristo ha habitado la region apenas conocida ni estimada de los antiguos, Judea, y la ciudad sometida, esclava, Jerusalen: Sócrates ha tenido los discípulos más brillantes de la historia, Jenofonte, soldado é historiador de primer órden, y Platon, el más poeta de los filósofos, y el más filósofo de los poetas; y Cristo ha tenido los más oscuros discípulos: Sócrates y Cristo han dado su vida por su idea; aquel ha vivido cuatro siglos antes que éste en épocas de más fé, y no ha dejado, sin embargo, sus huellas en la historia, porque mientras Sócrates queda confinado en las alturas de la ciencia como maestro singular, que

provoca y origina un momento único en la filosofía, Cristo se apodera de griegos, de judíos, de romanos; baja á la ergástula del esclavo y sube al trono de los Césares; junta la idea de Roma con la idea de Atenas, la idea de Jerusalen con la idea de Alejandría; trasforma el mundo antiguo y educa el nuevo; recoge los sistemas de los filósofos y los populariza; se detiene ante los bárbaros, y los somete y los trasforma; alcanzando altares que duran siglos de siglos, lo mismo en el Asia, donde nacieron todos los dioses, que en la jóven América, donde brotaron las instituciones más avanzadas de los últimos siglos; y nadie entrevé todavía la época en que pueda su nombre dejar de ser la letra inicial de la más alta civilizacion sobre el planeta.

La verdad es que los espíritus, cerrados á las grandes inspiraciones históricas, no podrán jamás comprender este milagro. Él sólo redujo las ideas más abstrusas y divinas á verdadero alimento del pueblo; él sólo descendió desde las alturas de la metafísica á la choza del pobre y del esclavo á llevarle con el sentimiento de su dignidad moral la certeza de su redencion; él sólo predicó el dogma democrático por excelencia, el dogma de la igualdad religiosa; él sólo supo llegar, en el sermon de la Montaña, hasta la inteligencia del oprimido y del humilde; él sólo supo confundir en la humanidad todas las castas; él sólo juntar en la ley religiosa á todas las gentes, dándonos por único Padre, por único Rey, por único Señor á nuestro Dios que está en los cielos.

Strauss ha descuidado en su obra el punto que debia haber sido esencialísimo, los orígenes del Cristianismo, la época suprema y crítica en que brotó la doctrina. La libertad y la República habian muerto en Roma; los filósofos de Grecia se habian convertido con los estóicos en moralistas prácticos; Jerusalen, que tratara siempre de conservar su Dios apartado del mundo, sentia afan, el afan de los sadúceos, por darlo en comunion á todas las gentes y difundirlo en toda la tierra; poblábanse los desiertos de santos, de ascetas, de solitarios, que demandaban á grandes gritos el rocío del cielo sobre la conciencia desolada y sedienta; por Egipto, cuando pasaba un vencedor ó un tribuno ó un poeta le preguntaban las gentes si era el esperado; Alejandría congregaba las ideas de Oriente y Occidente para formar como un nuevo dogma; los ebionitas, los esenios se difundian por los alrededores de Jerusalen profesando públicamente la pobreza del cuerpo, presintiendo la rica renovacion del espíritu; los gnósticos traian no sé qué ecos de las religiones orientales, ni qué reflejos de los primeros crepúsculos de la conciencia religiosa; y toda aquella crísis fué recogida y personificada por un jóven de la más olvidada de las regiones, y del más oprimido entre los pueblos, jóven divino, que aniquiló las castas religiosas, y dió su vida por las dos ideas más grandes de la civilizacion futura, por la libertad moral de nuestra alma, y la igualdad religiosa, la igualdad ante Dios, de todos los hombres.

Junto á esta obra redentora, ¿qué importan los accidentes históricos? Strauss habia escrito su libro para los teólogos, y no para los laicos. Mas leyéronlo laicos, teólogos, filósofos, profanos; y produjo un verdadero escándalo. Su cátedra de Tubinga le fué violentamente arrancada con menosprecio de la libertad de pensar, de que tan devotos han sido siempre los alemanes. Millares de folletos y libros se escribieron para refutarle, escarnecerle, maldecirle. Los más exaltados pidieron que fuera expulsado de Alemania. Los más prudentes le echaron en cara, como recuerda con oportunidad y gracia mi amigo Mr. Cherbuliez, que no hubiera escrito en latin. El partido radical de Zurich quiso compensarle tantas amarguras y le ofreció una cátedra en la ciudad que ha sido siempre como escuela abierta á los alemanes. Una peticion firmada por más de cuarenta mil habitantes impidió que el teólogo alcanzara este tranquilo retiro,

y derribó al Gobierno que se lo habia ofrecido. A medida que aumentaba la vehemencia de la oposicion, extremaba Strauss sus afirmaciones. En la primera edicion de la *Vida de Jesús* nada dice claro sobre sus ideas acerca de la legitimidad del cuarto Evangelio; en la segunda duda de esta legitimidad; y en la tercera refútala resueltamente. Al principio mostró alguna serenidad y posesion de sí mismo; luego se dió á todas las iras de aquellos tiempos de la Reforma en que Enrique VIII llamaba con su latin especialísimo en ruidosa controversia *cacatus* á Lutero.

La verdad es que Alemania desmintió con este motivo y este libro su respeto proverbial á la libertad del pensamiento. En el combate dejó Strauss por completo su fé religiosa y renunció para siempre á su Cristianismo histórico. La dogmática es la obra que con más claridad señala esta trasformacion profunda. En ella estudia cómo las creencias y los dogmas fundamentales han nacido en la Biblia y en el Evangelio, cómo se han desarrollado en los padres de la Iglesia, cómo se han trasformado en la filosofía moderna, cómo se han convertido en ideas racionalistas y en leyes universales, deduciendo de todo que una sola personalidad, por superior que aparezca, no reunirá jamás los atributos prestados por la Iglesia á Cristo; y que solamente la especie humana en su totalidad puede reunirlos y concentrarlos: que el indivíduo peca y la humanidad es inmaculada; el indivíduo yerra y la humanidad es infalible; el indivíduo decrece, decae y la humanidad es progresiva; el indivíduo muere y la humanidad es inmortal; el indivíduo sucumbe muchas veces en su lucha con el error y la humanidad obra el milagro de someter las fuerzas contrarias en la sucesion de la historia; el indivíduo es limitado y la humanidad es la hija del Padre invisible, de Dios, y de la madre visible, de la naturaleza; es la reunion, como el Verbo, de lo finito con lo infinito, de lo contingente con lo eterno; y baja á los abismos, y resucita, y se trasfigura, y asciende á los cielos, como el Cristo de la tradicion, porque, cuerpo y espíritu, organismo é idea, se eleva sobre las naciones, sobre las razas, sobre los continentes y los mares, sobre la tierra, sobre los planetas mismos á identificarse con el Eterno por medio de sus luminosas y absolutas ideas.

Para continuar la exposicion de sus doctrinas trascendentales y venir á la exposicion de sus doctrinas políticas, no podemos olvidar su libro de la *Nueva Fé*, por las ruidosas polémicas que ha suscitado y la trasformacion de su inteligencia que há claramente manifestado. Habia roto Strauss el matrimonio entre el dogma y la ciencia de que fueran como padrinos Hegel y Schleiermacher. El primero, declarando que el contenido de la revelacion y de la ciencia es el mismo, habia aproximado la razon á la revelacion; el segundo, prescindiendo de las tradiciones, del milagro, de todo aquello que no fuera la mision de Cristo, habia aproximado la revelacion á la razon; de suerte que las dos enemigas se habian reconciliado y confundido en el seno de algo superior á la Iglesia histórica, en el seno de la conciencia humana, que parecia florecer con nuevo florecimiento y dar el fruto sazonado de una segura paz á las almas.

La publicacion de la *Vida de Jesús* rompió el encanto y trajo el nuevo divorcio. Filósofos y teólogos á una se revolvieron contra él, acusándole de destruir sin reedificar. Al fin de sus dias, en las horas supremas de la vejez, poco antes de su muerte, ciego ó muy cerca de la ceguera ya, escribió su último libro, su testamento científico, la *Nueva Fé*. En este libro se rebela contra toda tendencia á reconciliar la religion y la filosofía. No quiere más eclecticismos. No sostiene más la discorde concordia de la tradicion y de la ciencia. Se dirige á sí mismo estas preguntas: ¿Sómos todavía cristianos? ¿Tenemos todavía una religion?

¿Cómo concebimos el mundo? ¿Cómo concebimos la vida? En la respuesta á estas preguntas compendia todo cuanto cree de la ciencia y expone sus definitivos principios, los cuales luchan radicalmente con la tendencia idealista que á pesar de todo tenia su doctrina, cayendo en el puro materialismo, en sus últimas y extremas consecuencias.

Adios, religion de los primeros años; protestantismo maternal, que creia tan puro y tan inocente, y tan divino como las ideas evangélicas. Adios, misticismo de Boehm, que hasta en las leyes de la naturaleza descubria misteriosas combinaciones teológicas. Adios, panteismo idealista de Schelling, que sumergia y abismaba todos los séres en Dios, como las esponjas en el mar. Adios, filosofía hegeliana y su eterna idea, produciendo en el movimiento infinito de su curso, á través de los espacios, espíritus y soles. Adios, últimos esfuerzos para conciliar al Cristianismo con la ciencia, la revelacion con la razon, la idea divina con las ideas humanas. Adios, cielos en que se bañaba y tierra en que se nutria la explendente alma del filósofo. Desde la grande dialéctica, que construye por la idea Naturaleza, Estado, Arte, Religion, Filosofía, ha caido Strauss en el darwinismo contemporáneo; en la lenta formacion, por causas pequeñas, del planeta; en las evoluciones sucesivas de la materia que vá desarrollándose por medio de progresivos organismos; en la teoría de que los cristales se unen á las plantas y las plantas á los séres animados, y los séres animados entre sí, de familia en familia, de especie en especie, por medio de familias ó especies intermedias, naciendo unas de otras, á virtud de la seleccion natural ó sexual, que dá el premio de la perpetuidad, ó bien á las más fuertes, ó bien á las más hermosas, ó bien á las más ágiles; resumiéndose todos sus principios en las leyes de la concurrencia universal, de la guerra por la vida, que convierte el planeta en cruento campo de batalla, donde luchan unos con otros, sin trégua, sin término, los séres, las familias, las especies, las razas, para subir, amontonando los despojos y los cadáveres de sus rivales, de sus enemigos, vencidos y muertos, despues de la sangrienta victoria, una grada más en la progresiva escala del organismo.

Esta filosofía materialista, de la cual Dios, y el alma, y la idea, están por siempre ausentes; esta teoría nació en el pasado siglo, teniendo, como todas las teorías modernas, muchos y muy antiguos precedentes en la ciencia de los griegos. Lamark, francés, fué el primero en apuntar que las especies se desarrollan por progresivas evoluciones. La inmensa autoridad de Cuvier soterró la doctrina, á pesar de haber renacido en Saint Hilaire, hasta que vino á resucitarla Darwin, despues de veinte años de observaciones y de estudios, en su maravilloso libro del *Orígen de las Especies*.

En Alemania tenia precedentes la doctrina y tiene hoy continuadores que la extienden y la extreman. Treviranus ponia por raiz los zoófitos al árbol del organismo, cuyo fruto más perfecto es el cerebro humano. Oken dá el mismo orígen á todos los séres y los vé crecer, trasformándose unos en otros y saliendo todos á la vida superior en contínua ascension. Goethe, cuyos estudios sobre los séres orgánicos aventajan muchos en mérito y profundidad á sus estudios sobre la luz, proclama en sus Metamórfosis la existencia de un órgano típico, la hoja, del cual todas las plantas son como variantes ó irradiaciones: y considera á su vez la vértebra en el organismo zoológico, de la misma suerte que la hoja en el organismo vegetal, como otro órgano típico, llegando á tener el cerebro humano por un compuesto de vértebras semejantes á las que forman la médula espinal en los vertebrados. El cráneo es una cápsula huesosa, trasformacion agrandada de los anillos que encierran y contienen nuestra médula, y lo mismo el cráneo de todos los mamíferos. Así es que despues de haber reco-

nocido en el hombre el hueso intermaxilar para demostrar su parentesco con los séres inferiores, proclama que todos los organismos provienen de una raiz comun, que hay relacion estrechísima entre el organismo vegetal y el organismo animal, que unas especies se derivan de otras como se deriva la mariposa de la oruga, que por una fuerza centrípeda los organismos se unen fuertemente á la ley fundamental de su especie, y por otra fuerza centrífuga se diseminan, se diversifican y varían en especies innumerables que llenan con el rico tegido de sus formas lo eterno y lo infinito.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de referir todos los autores que en Alemania han sostenido, antes ó despues de Darwin, el principio de la trasformacion de las especies. El que hoy con más empeño y más éxito divulga la doctrina, bajo la alta tutela y la decidida proteccion del maestro, del jefe, de Darwin, es Haeckel, todavía más generalizador, más atrevido, más entusiasta, llevándola desde el reino vegetal y animal hasta el reino de la historia, y extendiéndola así al desarrollo de los mundos en el espacio, como al desarrollo de la humanidad en el tiempo.

Si la tierra se mueve entre dos polos, el ártico y el antártico; y el Universo se equilibra por dos fuerzas, la centrífuga y la centrípeda, las especies se determinan por dos leyes, la ley conservadora de la herencia, la ley progresiva de la variedad ó de la diversidad. La variedad en las especies proviene de la nutricion; la herencia proviene de la generacion; de suerte que hay en los organismos, como hay en las sociedades, una fuerza que impele hácia adelante y otra fuerza que dá la estabilidad y la permanencia.

El hombre observa las plantas en su jardin ó su estufa; observa los pichones en su corral ó en su palomar; observa los caballos en sus cuadras y los bueyes en su establo; y y por cultivo esmerado y trabajo contínuo los educa y los perfecciona. Pues así como hay esta seleccion artificial en las plantas y en los animales de inmediata utilidad para el hombre, así hay una seleccion natural en el Universo, que se determina por la ley de la concurrencia vital, por la batalla á muerte que tienen todos los séres empeñada, desde el zoófito hasta el hombre, á fin de conservar y adelantar su vida.

La ley que Malthus dió á la produccion y á la poblacion, es la ley que Darwin ha encontrado en toda la naturaleza, do quier se dilatan el calor de la vida y las combinaciones del organismo. Tambien para las especies hay muchos llamados y pocos escogidos en el gran banquete de la vida. Multitud de huevos desaparecen antes de llegar á producir un sér; multitud de indivíduos mueren apenas nacidos; otros encuentran á sus primeros pasos formidable enemigo que los soterra y los aniquila; unos sirven al alimento de otros, y todos están rodeados de peligros y de asechanzas. Pero si en estas especies los indivíduos superiores de diversos sexos se buscan, se encuentran, se aman, se entregan uno á otro, engendrarán indivíduos superiores que pueden llegar, por una progresion ascendente, á fundar con el tiempo una especie superior tambien, mediante la ley de variedad, de metamórfosis, que impera en toda la creacion.

Allá por las escalas inferiores de la vida, los moneros, séres orgánicos que apenas tienen órganos, próximos al mineral y al vegetal, en el confin de los otros mundos ó reinos de la naturaleza, se reproducen por la segmentacion, separándose, dividiéndose en séres iguales, idénticos, á la manera de las hojas, que se abren y separan en el capullo. Y desde la segmentacion hasta la generacion sexual á que obedecen los animales superiores y varias plantas, pasan las funciones generadoras por séries de lo imperfecto á lo más perfecto, como pasan los organismos. El gérmen de las diversas especies análogas es muy parecido, y de aquí parten los metamorfosistas para probar el parentesco entre

todas ellas, y de este gérmen casi imperceptible brotan los organismos y sus atributos, mantenidos, perpetuados por el gran principio conservador que domina en la naturaleza, por el principio de la herencia, llamado muy especialmente para la especie humana atavismo.

Pero si hay en la naturaleza el principio conservador de la herencia, hay tambien el principio progresivo de la diversidad y de la variedad. La herencia proviene de la generacion y la variedad de la nutricion. No entendais por nutricion el alimento; nútrese el animal del sol que le vivifica y calienta, del aire que respira, de la electricidad que atraviesa sus nérvios, del agua que bebe, de las plantas en cuya vecindad vive, del magnetismo, del rayo de los astros, de las sustancias que se apropia por la absorcion, de la tierra en que habita, de los átomos que en su descomposicion y recomposicion eternas, incesantes, contínuas, le presta la química de la vida. Y hay en las especies una facultad que los metamorfosistas llaman de adaptacion, y que consiste, como su nombre indica, en sujetarse al medio ambiante, al suelo, al aire, á la luz, al alimento, y por esta virtud llegar á la trasformacion que el medio ambiante exige. Y hay tambien lo que llaman la adaptacion virtual, la cual consiste en que ciertos cambios de organismo, determinados por el medio ambiante, no se manifiestan inmediatamente en el organismo sometido á su influencia, sino en los organismos que engendra.

La lucha por la vida dá la victoria entre las especies, entre los indivíduos, siempre á los superiores, siempre á aquellos dotados de cualidades que á sus rivales faltan. Cada sér lucha, no sólo con los séres de su especie, sino tambien con las demás especies, con todo el Universo, en lucha abierta y tenaz. La naturaleza ya los crea con medios ofensivos y defensivos, los arma para el combate. Este tiene un cuerno que es verdadera lanza; aquel unos colmillos que hienden y cercenan como afiladas espadas; el de más acá enturbia el agua con tinta para burlar á su perseguidor; el de más allá se envuelve en su propio cuerpo y forma una bola de espinas; las guedejas le sirven al leon para preservar su cuello de los dientes y de las garras de otros semejantes suyos que van en la hora del celo á disputarle su hermosa compañera; y unas veces los más fuertes, y otras los más hermosos; ya los de uñas más afiladas; ya los de plumaje más vistoso; ya los de más atronadores bramidos; ya los de voz más melodiosa, ó vencen ó seducen, y fundan por la mágia creadora del amor nuevas y progresivas especies, que tienen gigantesco pedestal de frios huesos mondados por la muerte.

El mundo no se ha formado por esas revoluciones violentas que deben considerarse como mitológicas, y que ha pregonado Cuvier. El milagro de la creacion se reproduce todos los dias á nuestra vista. La ola del Mediterráneo forma aún el fósil, como la erupcion del Vesubio produce aún los terrenos que parecen tan apartados de nosotros. Las cordilleras no se han formado por esa especie de grandes surtidores de materias incandescentes alzadas cuando la corteza terrestre no estaba aún muy solidificada y espesa. El tiempo incalculable, millones y millones de años bastan para explicar la elevacion de las grandes cordilleras. Sobre esta escena de la vida, causas químicas, físicas, biológicas, todas naturales, producen los organismos. Los cristales son en el reino mineral los profetas del mundo orgánico. En la composicion de este mundo no entra materia que no se encuentre en los otros mundos inferiores. Realmente no hay materia orgánica; es una misma la que permanece en el estado inferior y la que se eleva á estados superiores. Todo se enlaza en la creacion. Entre los séres que parecen más varios hay puntos intermedios, anillos que los unen. El ave que se pierde en el azul del cielo, llenándolo de gorgeos y de trinos, se enlaza con el reptil deforme que

se arrastra por la tierra, por medio del animal fósil encontrado últimamente en las excavaciones del Jura, y que tiene bajo sus alas cola de lagarto. Así, los moneros, que parecen inorgánicos, vienen á ser á su vez el término natural que une, que enlaza el mundo inorgánico y el mundo orgánico. Los laberíntulos, que se encuentran en el mar, del color de la yema de huevo, vegetales por la forma, animales por el movimiento, vienen á ser como líneas misteriosas que unen los confines de dos mundos. Las algas, los hongos, los líquenes representan á su vez séres intermediarios del reino vegetal y el reino animal. Absorben el hongo y la seta oxígeno, y exhalan ácido carbónico, al revés de las plantas, como anunciando el límite de otro nuevo mundo orgánico.

Y la progresion, la série ascendente continúa en los animales que á su vez enlázanse por medio de misteriosos anillos. El zoófito pertenece casi al mundo vegetal. Su forma, su color, su digestion y su respiracion reunidas en el mismo órgano, su crecimiento en el agua, sus sobreposiciones casi minerales, como claramente pueden verse allá en los bosques del coral, les dan aspecto de planta, y les colocan en los límites donde la vida vegetativa y la vida animal se acercan, se tocan, se confunden. Pero el organismo asciende otro grado en la ascidia, cuyo desenvolvimiento ya ensaya el borrador casi de un vertebrado. Y tras la ascidia vienen los moluscos, de los cuales unos habitan el agua, otros la tierra, y todos con sus imperfectos gánglios parece que ponen las cuerdas misteriosas de los nérvios en la sonora arpa de la vida. Y tras los moluscos los insectos, que en sus innumerables familias, en sus multiformes alas, en sus ricas vestiduras, en sus zumbidos misteriosos, señalan una exaltacion de la materia, una rica variedad en el árbol del organismo, una profecía del mundo de los vertebrados. Y la vértebra se extiende, se dilata en el pez. Y los batracianos vienen á ser el término medio entre el pez y el reptil, habitantes á un tiempo del agua y de la tierra, con medios de respirar en las dos atmósferas, en la de hidrógeno y en la de oxígeno, para ser en su esfera como los hongos, como las esponjas, como los corales, puntos de la inmensa série de la vida, eslabones intermedios de la infinita cadena de los séres. Las últimas clases de vertebrados se unen por signos comunes, por tener todos cinco dedos, por ser, pues, pentadáctilos. Y el reptil se vá elevando poco á poco en la batalla de la vida hasta convertirse en ave. El arqueropterix fósil encontrado en el Jura, con su cola de lagarto, sobre la cual brotan plumas, representa el misterioso organismo donde los reptiles y las aves se encuentran. Y vienen luego los pájaros corredores, como el avestruz, que están más cerca de sus padres, los reptiles; y que no pueden separarse de la tierra; y tras los pájaros corredores, los pájaros voladores, la alondra, por ejemplo, del color de la tierra, de la aficion al cielo, Sibila de la luz, sacerdotisa de la aurora, que en su diminuto cuerpo contiene toda una orquesta de músicos nérvios, y en su alegría, en su efusion, en su amor, llena de odas, de arpegios, de sinfonías los aires. Y el ornithorinco es el término medio entre el ave y el mamífero. Y los mamíferos pasan por diversas séries, desde el marsupial hasta el simio ó mono, que viene á ser el padre, el generador del último y más perfecto entre todos los mamíferos, del hombre.

Hé aquí la nueva fé del teólogo cristiano, del filósofo idealista, del jóven místico; una filosofía que nada sabe del espíritu; una filosofía reducida á la química y á la historia natural; una filosofía que, á fuerza de estudios y de agudezas, ha encontrado si se quiere la analogía de unos séres con otros séres, el parentesco de unos organismos con otros organismos; pero que no ha podido explicar ni por la adaptacion, ni por el atavismo, ni por la herencia, ni por la concurrencia vital, ni por la série, ese mundo superior del espíritu hu-

mano, ese cielo de la idea, ese misterio de la palabra, esa armonía del arte, ese concepto del derecho, ese organismo del Estado, esa série de las ciencias, ese mundo interior que no cae bajo los sentidos, que no se puede analizar en las retortas, que no se desprende en ninguna combinacion química como los gases, y que se llama y se llamará siempre mundo del espíritu, en cuya cúspide está Dios.

A primera vista saltan los defectos del sistema. Creer que la alimentacion explica hasta la inteligencia, es desmentir enseñanzas eternas de la historia. Si el mejor alimentado fuera el más inteligente, ¿por qué no escribió Felipe III el *Quijote* y lo escribió Cervantes? Las especies intermedias no se han encontrado todavía. Aún los séres próximos al mundo inferior que mayores analogías tienen con las escalas más bajas del organismo pertenecen resueltamente á una especie. Y las especies intermedias no parecen. Los nuevos naturalistas salen de este apuro diciendo que las especies intermedias han debido desaparecer por su propia debilidad y por el período en que surgieron. El mono antropóide, que andan buscando por todas partes, en todos los rincones de la tierra, en las entrañas del planeta, entre los fósiles, aún no han podido mostrarlo. Para su fortuna y la nuestra, este respetable padre de la humana especie, este Japhet del humano organismo, que ha engendrado á Rafael de Urbino y á Newthon, se encuentra en el fondo del mar Indico, sumergido con la tierra que fué su cuna. Allí hay que pescarlo.

A estos naturalistas les molestan nuestras teorías trascendentales, nuestras hipótesis, y ellos presentan por todas partes animales hipotéticos, creaciones de su fantasía, hijos de su naturalismo. Los *protamniotas*, por ejemplo, no existen, no se les ha visto en ninguna parte, no tienen, segun confiesa el gran apóstol del darwinismo en Alemania, más que una existencia fantástica; pero se los crea para establecer mejor el parentesco de reptiles, aves y mamíferos. De suerte que los metamorfosistas son como esos forjadores de genealogías heráldicas, que donde les falta un abuelo ó bisabuelo con que halagar la vanidad de los pretendientes á nobles, si no lo hallan, lo inventan. Todo cuanto han podido decir del mono antropóide es que el orangutan, el gorilla, el chimpazé se parecen al hombre, y pertenecen á esa casta. Todo su argumento para probar nuestra descendencia de los monos es que no son cuadrúmanos, que tienen pié y aun talon, y que los hombres son casi cuadrúmanos, que los niños agarran los objetos con el pié. Y si no han encontrado el mono antropóide, tampoco el hombre mono. ¿Dónde está? ¿Dónde habeis visto ese hombre que no habla? Mostrádnoslo. La existencia de hombres sin palabra la fingen, la suponen, no lo demuestran. Y son ellos los que rechazan el idealismo porque no cae bajo la jurisdiccion de los sentidos, porque no se demuestra segun el criterio de la experiencia. Y sus teorías, puramente experimentales, carecen de datos ciertos en sus experimentos.

Pero quizá haga fortuna y llegue hasta ser fomentada por los Estados europeos, cuando adviertan los príncipes, los monarcas, los poderosos de la tierra que les favorece, y que la doctrina del derecho divino puede fácilmente ser sustituida por la doctrina del atavismo. Las dinastías ya no son personificaciones de artificiales privilegios fundados por la fuerza de los poderosos y admitidos por la ignorancia de los débiles; las dinastías son obra de las evoluciones de la materia, castas nacidas de las entrañas mismas de la naturaleza, familias privilegiadas que han brotado de la seleccion natural, que se han perfeccionado por alimentos capaces de llevar enormes cantidades de fósforo á su cerebro, y que han ganado en la concurrencia vital, y han vencido en la batalla de la vida. Haeckel, en el octavo discurso sobre «La herencia y la reproduccion» de su obra titulada *Historia de la creacion de los séres orgánicos segun las le-*

*yes naturales*, invoca las castas, las aristocracias, la monarquía hereditaria. Dumont, discípulo del anterior, propagandista en Francia de su doctrina, que ha reducido á las proporciones de un folleto para que pueda difundirse con más facilidad y leerse en ménos tiempo, ha sostenido que el espiritualismo con su idea de la libertad y de la dignidad moral es esencialmente revolucionario, democrático, republicano, puesto que dá al hombre eternos derechos, en tanto que el darwinismo nos quita todo orgullo, enseñándonos que el gérmen de nuestra raza se confunde con el gérmen de los más viles animales; que las desigualdades en la sociedad están justificadas por las desigualdades fisiológicas en la naturaleza; que el principio hereditario es un principio de conservacion en el cual pueden asentarse las monarquías y las dinastías; que la doctrina evolucionista debe ser la doctrina de todos los conservadores; que, fuera de ella y lejos de ella, se cae inevitablemente en la democracia. Y sin duda por la teoría de la evolucion se explica un fenómeno á primera vista inexplicable, á saber: que Strauss, el racionalista puro, el enemigo de las tradiciones religiosas, el fervoroso adorador de la libertad de pensamiento, el gran demócrata de la inteligencia, el gran revolucionario en las ideas pueda aparecer tambien como el más conservador de los hombres, como el más atenido á la reaccion política, como el más devoto de las instituciones muertas, comparando en ese libro darwiniano de la *Fé Nueva* los pueblos modernos con los alanos y los vándalos, y sosteniendo las monarquías hereditarias como la forma mejor de gobierno y la más propia para la educacion de la humanidad y la continuacion de sus progresos.

¡Caso raro! Este hombre que ha saludado á Darwin como un salvador, porque Darwin ha conseguido proscribir el milagro y lo sobrenatural del Universo; porque Darwin ha conseguido explicar naturalmente, apoyándose en los trabajos geológicos de Lyel, por la sucesion de siglos y más siglos, por las evoluciones de la materia, por la série de los organismos, la creacion y las varias especies que en la creacion habitan, se extasía ante el principio monárquico, se arroba y trasporta, como si fuera un místico, y al dar la razon de esta preferencia, dice lo siguiente, que viene á derribar todo su sistema filosófico, dice: «en la forma monárquica hay algo de enigmático, de absurdo á primera vista; pero hé ahí la razon y el motivo de la preferencia que conviene darle. Todo misterio parece absurdo; sin embargo, nada más profundo: imposible vida, arte, estado, sin misterio.» ¿Puede darse nada más contradictorio? No quiere admitir misterio alguno en lo infinito, en lo absoluto, en lo eterno, en los horizontes de la religion, en el seno de Dios, en la Providencia, en la obra maravillosa de la naturaleza, en el advenimiento de las especies á la escena de la vida, en sus cambios, en sus trasformaciones, en la oscuridad de la muerte; y luego admite el misterio en lo humano por excelencia, en lo que depende principalmente de nuestra voluntad y de nuestra razon, en el organismo del Estado, en la forma de gobierno; y despues de haber intentado destronar á Dios, convierte en Dios al monarca, y lo corona con la diadema divina de lo sobrenatural, y lo envuelve en el cerúleo manto del misterio.

¡Misterio! ¿Existe la trasmision del génio? ¿Vinculan las dinastías el mérito por privilegios de la naturaleza, como vinculan el poder por errores de la sociedad? Cinco Césares hubo de la familia del gran César, y ninguno de ellos alcanzó el génio universal y humanitario del ilustre jefe de su raza. Augusto, hábil, prudente, en tal manera fué tímido, que se ocultaba debajo de las camas en cuanto oia el estampido de un trueno. Tiberio se alejaba de la guerra y se consumia en el placer. Claudio mereció que Séneca comparára su divino cráneo con gigantesca y divina cala-

baza. Calígula era un loco sanguinario, y Neron un sanguinario farsante. Indivíduos de la misma familia, hijos de la misma sangre, San Luis con Cárlos de Anjou; y el uno es un santo y el otro un demonio; el uno funda los tribunales y el otro los soborna; el uno concierta paces y el otro enciende guerras; el uno provoca la admiracion hasta remitir los reyes á su criterio los sangrientos pleitos entre las naciones, y el otro ódios, hasta legitimar los horrores de las Vísperas Sicilianas; el uno, bajo la encina de Vincennes, dá á cada cual su derecho, y el otro, en la plaza de Nápoles, asesina al último vástago de la casa de Suabia; el uno convoca los cruzados como un gran misionero, como un gran general, y el otro los roba en tierra y mar como un ladron y un pirata. No puede negarse que Cárlos V lleva con gloria sobre sus hombros, durante muchos años, el peso de la tierra; pero al siglo, el sucesor de aquel Atlante, se llama Cárlos II. Isabel la Católica, que conquista Granada y descubre América, que cierra los tiempos feudales y abre los tiempos modernos, es hija del débil Juan II y hermana del impotente Enrique IV. Cárlos III bebe en el trono á grandes tragos el espíritu inmortal del siglo décimo-octavo, sirve al progreso de su tiempo, deja una página gloriosa en la *Historia de Italia* y otra página gloriosa en la *Historia de España*, pero tambien deja su nombre y su autoridad y sus derechos á dos imbéciles, de los cuales el uno sólo sabe matar jabalíes en el Pardo, y el otro criar kanguros en Caserta. Las dinastías no existen, no, en la naturaleza. El génio es como el Dios de Mahoma, sin padre y sin hijos, en su grandeza y en su eternidad. El principio hereditario en el poder es un principio que condenan á una la razon, la naturaleza y la historia.

Parece imposible. Strauss, que es monárquico, y conservador, y hasta reaccionario en sus obras políticas, en su vida política, es demócrata, y republicano, y revolucionario en sus mejores y más preciadas obras históricas. Ha escrito una memoria apologética de Voltaire, de aquel hombre tan ilustre por haber limpiado de supersticiones la conciencia humana como por haber preparado el advenimiento de la revolucion francesa. Ha traducido á lengua vulgar y coleccionado las obras de Hutten, el libre hijo de Franconia; el caballero sin tacha, enamorado de la libertad como los antiguos caballeros andantes de sus damas; el discípulo de los monjes de Fulda, que jamás pudo soportar sobre su cerviz la cogulla ni sobre su conciencia la censura; el castellano de aquellas fortalezas inexpugnables, llenas de efectos de guerra, saturadas por el humo de la pólvora, vecinas á castillos enemigos donde aguzaban sus armas los señores feudales, circuidas de selvas donde ahullaban los carniceros lobos, santuario de la nobilísima familia de Hutten, muy pagada de sus timbres aristocráticos, que no valian á los ojos del más ilustre de todos lo que el tilde de una idea; el escritor errante y pobre, sin hogar y sin pan, que tiene por habitacion sus esperanzas y por alimento sus estudios; el admirador de la antigüedad, de cuyos oradores y tribunos toma ejemplo para seguir su vocacion de soldado heróico en la guerra cruentísima á favor de la razon libre; el gran satírico que, á gracias ingeniosas, á dichos agudos, á retruécanos felicísimos, á epígramas inmortales, derriba el monástico edificio de la Edad Media; el implacable perseguidor de la escolástica y sus comentaristas, del silogismo y de los rancios argumentadores, del antiguo derecho y de los jurisperitos bartolistas, de todos los retrocesos y de todos los reaccionarios; el revolucionario que destrona al duque de Wurtemberg, al tirano, al asesino de maridos amados, al ladron de mujeres hermosas; el crítico audaz que demostraba cómo los cuerpos adorados de los tres reyes magos de Colonia eran los esqueletos de tres pobres campesinos de Westphalia; el soterrador gigante de la bárbara Inquisicion, de sus feroces autos, de los infames que oponen

á la luz de la verdad el fuego de las hogueras; el propagador de las triunfantes contradicciones á la donacion de Constantino, destinadas á quebrantar el poder temporal de los Papas que hemos visto caer en nuestros tiempos y rodar á nuestras plantas; el guerrero y el poeta que esgrime con igual entusiasmo la espada feudal y la ardiente palabra revolucionaria á favor de los humanos progresos; brazo de hierro, corazon de leon, pluma de artista, estilo conciso y acerado como para el combate, palabra de folletista y de profeta; un Luciano en la gracia, un Demóstenes en la elocuencia, un Tácito en la pintura de los tiranos, un héroe en todas partes; más decidido á la muerte que á la servidumbre; destruyendo con una mano la teocracia en sus sátiras inmortales, y levantando con la otra mano en la áurea urna de sus poemas las cenizas de los mártires muertos por el culto de la conciencia libre; con todas las terribles cóleras y todas las nobles aspiraciones del Renacimiento en su alma; con el tambor de la revolucion siempre resonante bajo sus manos, con las armas del soldado al cinto y á la espalda; viviendo para la religion de la libertad; y dotado con todas las facultades y todas las aptitudes de los hombres llamados por la Providencia, y decididor por su vocacion á impulsar con gran fuerza la humanidad hácia adelante en sus procelosos caminos.

Y no solamente ha idealizado á los tribunos y á los reformadores, á todos aquellos que nos trajeron la materia, la esencia de las ideas modernas, cuyo organismo natural es al postre la República, tambien ha perseguido y acosado á los reyes. Su folleto *Un romántico en el trono de los Césares*, desde la primera á la última palabra, es ardiente diatriba contra Federico Guillermo IV. Por romanticismo se ha entendido en Alemania la tendencia de la poesía y de la filosofía reaccionarias, á volver hácia los tiempos de la Edad Media y sus extintos ideales. Y el romántico en el trono es Juliano el Apóstata. Llamar romántico á Juliano, que combatia y contrastaba la inclinacion de su tiempo á recibir y adorar las ideas que habian de componer más tarde el espíritu de la Edad Media, significa que, bajo el nombre del Emperador, bajo su púrpura, esconde sábia y prudentemente el escritor la persona augusta del rey reaccionario, que pugna por resucitar un Cristianismo histórico, próximo pariente del Catolicismo romano. Así, el crítico, el filósofo revolucionario no se cura de que tenga su retrato parecido con el Emperador histórico; bástale que lo tenga con el rey Federico Guillermo IV, á quien aborrece, esperanza un dia de la jóven Alemania, que príncipe, alentó con su liberalismo caloroso y su filosofía humanitaria, y rey, abandonó para perderse entre los devotos y los pietistas, restaurar la catedral de Colonia, arca donde están guardadas las creencias de la Edad Media, y pensionar filósofos de mucho calor místico en el corazon, de poca luz científica en la mente, corruptores del dogma y de la ciencia, destinados á resucitar la antigua fé con falsos espejismos, y á mantener á las generaciones nuevas con bastardos sofismas en perdurable servidumbre.

Así, escoge todas las palabras más duras lanzadas por sus enemigos al Emperador antiguo y las asesta contra el rey moderno. El Nabucodonosor, el dragon, el demonio, el apóstata, el fanático descrito por San Gregorio Nacianceno; dado á aparentar exaltadísimo misticismo y á proteger piadosos fraudes; decidido á primera vista por aplacar las guerras teológicas nacidas de la fiebre de su tiempo, y en realidad inclinado á las supersticiones populares; retórico y fraseador de las reminiscencias clásicas; fátuo que se mira al espejo de su estilo literario; comediante cuidadoso de su actitud y de su gesto; químico theurgo, que compone extraño brevaje de literatura griega, de religion cristiana y de filosofía alejandrina; acompañado siempre de sofistas burocráticos y de filósofos inspirados por

el presupuesto; dolorido de la soledad de los templos y del abandono de los sacrificios; conservador más de los nombres que de las ideas de los antiguos dioses, trasformados y rehechos y renovados por sus interpretaciones semi-racionalistas; pagado de su dignidad de Pontífice Máximo, que levantaba sobre su dignidad de César romano; exagerador de las ceremonias religiosas y de las hecatombes, hasta el punto de que escaseáran donde él estaba los bueyes; asistente á los templos; escrupuloso en las ceremonias; extático al pié de los altares; observante hasta de los fútiles preceptos que prohibian ciertas viandas; redactor de circulares contra la enseñanza y la profesion de la nueva fé; empeñado en la demencia arqueológica de restaurar el templo salomónico sobre sus desaparecidos cimientos; enemigo de que los cristianos fueran maestros en las escuelas imperiales; más obstinado que fuerte, más tenaz que verdaderamente persuadido; moviendo siempre la cabeza, alzando siempre los hombros; torbo en el mirar, inquieto en el andar, violento en el reir, incierto en el hablar, corto en sus períodos, como si le faltara el aliento, y largo en sus meditaciones; de preguntas inesperadas, absurdas, y de respuestas descosidas, contradictorias; el Juliano de Strauss verdaderamente es el romántico rey de Prusia, maltratado y zaherido, por haber antepuesto la reaccion ortodoxa y realista al ilustrado liberalismo de la jóven y pensadora Alemania.

Pero este escritor, que maltrata á los reyes históricos de su pátria, y que suspira por los tiempos republicanos de Grecia y Roma, celebra la elevacion de la autoridad de uno solo sobre los derechos de todos; censura á los franceses por haberse desasido de sus viejas dinastías y haber proclamado la nueva República; entona loores sin cuento á la cesárea familia de Prusia, é incita á los pueblos á someterse y á adorarla; entra á velas desplegadas en el absolutismo y en el cesarismo; desdeña el régimen parlamentario y las instituciones que han nacido del libre exámen; aconseja la resurreccion de aristocracias con muchos terrenos en el suelo nacional y muchas aptitudes para la guerra civil y extranjera; condena á las clases medias, cuya última hora cree haber oido en el reló de los tiempos, y las condena por demasiado liberales; inquiétase cruelmente de las perseverantes aspiraciones del cuarto estado; reconviene á los gobiernos por haber otorgado tantas concesiones á estos vándalos; propone todo género de medidas reaccionarias; llama barbárie al sufragio universal y consiente á lo sumo una modesta oligarquía; pide mucha autoridad y pocos derechos; anuncia que el mundo pertenecerá siempre á los más fuertes; y con elocuencia furiosa, digna del ultramontano de Maistre, pone á la cabeza de la sociedad entera, como un freno necesario, el siniestro brazo del verdugo.

Parece imposible. Este hombre representa una contradiccion que hiere todos los sentimientos y que abisma en estupor y en asombro la inteligencia deslumbrada y atónita. Ha trabajado toda su vida por la libertad del pensamiento, por la emancipacion de la conciencia; y quiere que estos trabajos no fecunden la vida y que esta lucha se detenga en el primero de los derechos sin pasar á los demás, sus correlativos, su coetáenos, con él coexistentes; quiere que venzamos en la conciencia, en la razon, y que seamos vencidos en la sociedad, en el mundo, en la tierra. Él ha dicho que la materia es una y ha ocultado que es una la libertad. Imposible proclamarla en las altas esferas de la vida sin que se extienda á todas las esferas igualmente. Los que dijeron allá en el siglo décimo-sexto que todos los hombres tenian derecho á ser sacerdotes, dijeron al mismo tiempo que todos los hombres tienen derecho á ser ciudadanos. Los que proclamaron la libertad religiosa, implícitamente proclamaron la libertad política. Querer la una y no querer la otra, es como

dar suelta á la palabra y poner una mordaza á los lábios. Los trabajos por la emancipacion del pensamiento, los derechos de la conciencia, la guerra á todo cuanto ha oprimido el entendimiento humano, la aspiracion á grandes renovaciones intelectuales, los loores á los apologistas y á los héroes y á los mártires de la civilizacion moderna, toda esta cantidad de ideas se condensa prácticamente en grandes democracias, y tarde ó temprano se organiza en verdaderas repúblicas. Cargais al hombre de cadenas, y luego le poneis en las manos el fuego de Prometeo. Pues no tardará en fundirlas, y en ser libres las ideas de su alma en el cielo de la conciencia, libres los movimientos de su organismo en el espacio de la tierra, libres las facultades de todo su sér en el seno de la sociedad. La libertad es como la Trinidad cristiana, vária en sus determinaciones fundamentales, y una y sola en su esencia.

Dia llegará en que las libertades todas se compenetren y se confundan, sin que sea dado al hombre separarlas ni dividirlas. Entonces se verá hasta por los empedernidos y por los ciegos que, así como nuestro organismo natural necesita de todos sus órganos fundamentales, del hígado, del cerebro, del pulmon, del corazon, necesita nuestro organismo social de todas las libertades fundamentales, desde la libertad de cambiar las ideas hasta la libertad de cambiar los productos. Y se verá tambien que si nuestros códigos penales no admiten castas en el cumplimiento del deber, ni gerarquías en la aplicacion de las leyes, nuestros códigos políticos no deben reconocer castas ni gerarquías en la existencia y el ejercicio del derecho. Y se verá, por último, que á la manera del Universo, la sociedad tiene sus leyes, y que estas leyes no consienten la intervencion anormal é incomprensible de una familia privilegiada en su direccion, sino que la verdadera mecánica y la verdadera dinámica de la política se encuentra en el organismo natural á la vida de las naciones maduras y cultas, en el organismo de la República.

Siempre he desconfiado, siempre, de toda filosofía que aminore ó mate la dignidad en el hombre. Siempre he creido que no pueden fundarse las libertades públicas sin alzar un luminoso ideal de moralidad en la conciencia, y que no puede alzarse este ideal de moralidad en la conciencia sin admitir la inmortalidad de nuestro sér allende el sepulcro. Ninguna partícula se pierde en el Universo; ningun átomo se disipa en la vida; ningun sér se aniquila en la tumba. ¿Y ha de perderse, huir, aniquilarse nuestra personalidad? Los muertos están ¡ay! en nosotros, ha dicho extraño pensador contemporáneo. Y en efecto: ¡cuántas veces he visto en mi niñez, al ir al cementerio de mi pueblo para llevar alguna ofrenda ó alguna oracion á la sepultura de mi abuelo, sobre la tierra de los muertos crecer la yerba de los campos, abrirse balsámicas flores de Mayo, juguetear la mariposa encendida en los colores del iris, zumbar la abeja ébria de dulces jugos, y hasta alimentarse y triscar satisfecho y harto el blanco inocente corderillo, recordándome la danza vertiginosa de los átomos, la trasustanciacion de una materia en otra materia, el crecimiento de unos séres por la bebida del jugo de otros séres, en términos que las fibras del esclavo pueden alimentarse del cuerpo yerto de sus tiranos en la química misteriosa de la naturaleza, donde por todas partes se siente el calor de los próvidos amores, el trabajo de las incesantes trasformaciones, el renacimiento de los séres; y en ninguna parte se siente la muerte, ni aparece la nada!

¿Quién alguna vez no se ha conmovido á la lectura ó en la representacion del inmortal poema dramático con que ha maravillado al mundo el primero entre los poetas sajones? La pobre Ofelia, que parece hecha de nieblas de los lagos y de rayos de la luna, toda amor, y por lo mismo toda tormento y pena, vestida de gasas tan blancas como su alma, coro-

nada de flores tan bellas como sus primeras ilusiones, salpicada de rocío tan claro como sus lágrimas, despréndese á la manera de un arpa profética ó de un nido desgraciado del sáuce al torrente, que la lleva algunos minutos en la superficie de su curso, como para escuchar su melancólica cancion de enamorados, y la sumerge luego como para extinguir en la muerte la sed de su corazon, eterna é inextinguible en la tierra.

Y luego, cuando Hamlet vá al cementerio y oye la mezcla del ruido que producen los azadones y las botellas de los sepultureros, los báquicos cantares y el rodar de los huesos entre las piedras, las huecas carcajadas y las huecas calaveras, pregúntase á sí mismo, no por el misterio del sér y del no sér, sino por el curso que á través de la tierra habrán seguido las cenizas de César y las cenizas de Alejandro, en cuyas manos y en cuyos mantos se prendió el mundo como pobre mosca en las patas y en las telas de astuta araña, y que ahora tal vez servirán tan sólo para tapar el barril en que se emborrachan los enterradores ó el agujero por donde entra el aire y salen los ratones.

Dejad en buen hora á los átomos que corran por la fibra de las plantas, por los globulillos de la sangre; que bajen á los piés callosos del leñador y suban al cerebro del filósofo; pero no atenteis á mi personalidad, no me disolvais en el bárbaro comunismo de la materia. Yo siento mi parentesco estrecho con todas las cosas creadas; pero tambien lo siento con todas las cosas increadas. Y hemos sido luz, calor, gas en el viaje aereolítico ó cometario de nuestro planeta, durante su fluidez primera, al desprenderse como un rubio cabello de la guedeja del sol; hemos sentido que nuestras carnes se condensaban en la levadura de la primera condensacion de la tierra; encontramos las raices profundísimas de nuestro cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra, que señalan en lápidas inmortales y epígrafes indelebles la carrera triunfal del organismo; crecimos con el zoófito, y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; nos arrastramos con el frio del reptil por la tierra, despues de haber sentido las trasformaciones del insecto, y entramos llenos de sangre hirviente, compuestos de líricos nérvios, vestidos de multicolores plumas, en el éther inmenso, cantando con el coro sublime de las aves; hemos luchado y reluchado como las fieras en el desierto y en la selva; hemos guerreado con el leon y con el tigre; hemos corrido con el caballo y con el gamo; hemos sido, si quereis, el ridículo bufon del Universo con el tití, con el orangutan y con el macaco; pero desde el momento en que llegamos á nuestro organismo, sentimos derramarse por todo nuestro sér algo que no vivia en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio, algo más claro que la luz, más rápido que la electricidad, más vívido que el calor y el magnetismo; sí, el espíritu, el humano espíritu, y dentro de él un sol sin ocaso que se llama pensamiento, y una fuerza incontrastable que se llama libertad; y cuando creíamos que este sol y esta fuerza nos tocaban y pertenecian, como nos pertenecemos á nosotros mismos, los tiranos y los conquistadores nos han hecho pasar en la sociedad por otra calle de amargura, por otra pasion más larga aún que la sufrida en nuestros seculares viajes á través de la materia; y hemos sido párias, sudras, ilotas, esclavos, siervos, cosa para regalo de otro, instrumento de trabajo para provecho de otro, todo ménos séres libres; hasta que han surgido los profetas, los mártires, los héroes, los redentores, y nos han revelado nuestro propio sér, y han roto la cadena en nuestras manos, y han apartado el látigo de nuestra espalda, y nos han creado nuevamente, dándonos como un segundo espíritu con la idea de nuestro derecho; y ya somos ciudadanos, victoria, que no puede satisfacernos, porque, despues de haber cumplido nuestro destino en la tierra, despues de haber realizado nuestro ideal en

el tiempo, despues de haber trabajado por el bien de la humanidad y de su planeta, hemos de suspirar con el deseo por nuevos mundos, por nuevos horizontes, por nuevos cielos, por la armonía de otras artes más bellas, por la luz de otra ciencia más grande, por el amor de lo infinito; y hemos de trabajar y de pugnar, ascendiendo en la escala del progreso, inundado hoy de sangre, mañana de luz, hasta encontrarnos frente á frente á nuestro Criador, á nuestro Dios.

# CAPITULO XL.

## LA EXTREMA IZQUIERDA HEGELIANA.

El impulso estaba dado, y la extrema izquierda hegeliana surgia naturalmente del desarrollo de la nueva dialéctica. Habíase quedado el maestro á la mitad del camino, segun sus discípulos, y se sacaban las consecuencias de su doctrina con rigorismo incontrastable. Dos principios rechazaba la nueva escuela: en filosofía el principio de la trascendencia; en política el principio de la monarquía. Los jóvenes hegelianos eran mucho más radicales que su inmortal maestro, mucho más revolucionarios; y se impacientaban por llevar á la realidad las ideas de la nueva ciencia. Ellos habian de formar principalmente el núcleo del partido republicano, jóven así en su alma como en su cuerpo, resuelto á despertar la vieja Alemania de la soñolencia espiritualista de su carácter y á sumergirla en las realidades materiales de la vida, para que, puesta en contacto íntimo con la sociedad y con la tierra, sintiera vivísimo deseo de mejorarlas.

Dos principios se dividen el mundo científico: el principio de la trascendencia y el principio de la inmanencia. Por el principio de la trascendencia tienen las ideas fundamentales de nuestra mente su orígen primero, su realidad absoluta en Dios. Por el principio de la inmanencia tienen las ideas fundamentales su único orígen y fuente en nosotros mismos, su realidad en la vida y en la naturaleza, su desarrollo en la historia, su movimiento en la dialéctica. Los hegelianos de la extrema izquierda se deciden por el principio de la inmanencia, creyendo y proclamando que en todo principio trascendental se encierra algo de derecho divino, y que en todo derecho divino hay algun gérmen de monarquía ó de teocracia, y por consecuencia, de retroceso y servidumbre. La idea, desarrollándose dialécticamente sin salir de lo divino ni ir á lo divino, como en el gran sistema, sino de la naturaleza á la humanidad, y de la humanidad á la naturaleza, la idea es el progreso incesante, pues nada hay inerte, nada; y todo está impelido por el movimiento en el Universo, lo mismo entre las ideas que entre los séres.

Esta tendencia neo-hegeliana tiene estrechas relaciones con la tendencia del penúltimo período de la filosofía antigua. Las grandiosas especulaciones han por completo concluido. Aristóteles y Platon han cerrado sus libros y les han puesto el sello de su génio, trasmitiéndolos á la posteridad como testamento del espíritu helénico. Sus discípulos dejan las alturas de lo ideal por la realidad; las abstracciones por la vida y por la práctica. De esto resulta que engendran la obra social por excelencia del mundo antiguo, el derecho romano; y el pueblo práctico por excelencia, el pueblo-rey.

Toda gran doctrina, por una fuerza irresistible, desciende á la realidad. Lo que parece más apartado del mundo, el ascetismo, se convierte en práctico, en mundano, dentro de la organizacion histórica, que toma esta tendencia, dentro de las órdenes monásticas. Examinadlas, y vereis cómo se trasforman y bajan á la realidad. ¡Qué diferencia entre los monjes ascetas, penitentes y solitarios de los siglos primeros del Cristianismo, en comunicacion perpétua con Dios, en místico apartamiento del mundo, alimentados por la palmera del desierto, sin más ocupacion que sus meditaciones, ni más esperanza que el sueño de la muerte; y el monje providencial, San Benito, que á mediados del siglo sexto [1] llama los ascetas, los convoca, los congrega, les dá el azadon y la pluma para que abran surcos en la tierra y surcos en la conciencia! ¡Qué abismo separa los franciscanos, estos monjes que vuelven al primitivo Cristianismo, de los jesuitas, embargados solamente por las ideas del mundo, de la vida, del influjo material, del poder político y religioso!

Así los neo-hegelianos. Su aspiracion era una aspiracion esencialmente práctica. Bajaban de las nubes apartadas, rasgaban el celaje de las ideas abstractas para modificar la realidad, la vida social; porque de otra suerte creian perdido todo el trabajo de dos siglos, malograda toda la ciencia germánica. Su metafísica tenia relacion estrecha con su ministerio político y social. No hay para qué hablarles de la teología católica ni de la teología protestante; han sido las almas de los reyes. No hay para qué hablarles de la religion ni de la metafísica, han materialmente envenenado á los pueblos. Todo cuanto á la vida ultramundana atañe, quita tiempo, aptitudes, vigor, ánimo, para trasformar la vida de este mundo. Guerra á la tradicion; guerra á la más alta y más permanente de estas tradiciones, á la tradicion teológica. El mundo social ha de recibir un nuevo movimiento en este sistema, que es respecto de la sociedad y de la ciencia, como el sistema de Copérnico respecto de la astronomía. El progreso mueve los átomos, renueva la vida, trasforma las especies, agita la sociedad, empuja á las generaciones, vivifica las leyes, engendra nuevas artes y nuevas ciencias, revela derechos nuevos, cristaliza desconocidas instituciones, expide torrentes de electricidad vital y de electricidad revolucionaria; es el movimiento cosmogónico que impulsa sin término y sin fin todas las ideas y todas las cosas.

Confesemos que la blonda y soñadora Germanía, perdida en su idealismo histórico, necesitaba un sacudimiento de esta especie, un sacudimiento fuerte, violentísimo, si habia de trasformar su vida social con arreglo á los principios de nuestro tiempo. Habia emancipado la conciencia, difundido la libertad del pensamiento, puesto en los altares el oráculo de la razon, abierto los horizontes de un progreso infinito, dado al mundo la comunion de todas las ideas; y luego, bajo el explendor de tanta ciencia, bajo el horizonte cargado de innumerables mundos, estendíase una tierra, vivero de castillos feudales, madre de seño-

(1) Un descuido de lenguaje, á la verdad imperdonable, parece indicar que pongo en el capítulo XXIX el nacimiento de la órden de San Benito en el siglo cuarto, lo cual seria otro error histórico, verdaderamente imperdonable tambien. Conste que la órden de San Benito nace en el siglo sexto, y el descuido de lenguaje se rectificará en la *Fé de erratas*.

res y esclavos, repartida entre más de treinta tiranos, marcada con los sellos del antiguo imperio, feudo de todas las viejas ideas que han muerto en el sentimiento universal y que han desechado los pueblos ménos cultos como resíduos y restos de la apartada Edad Media. No habia más remedio que socavar los tronos, maldecir á los reyes, armar á los campesinos con el furor de los tiempos de la Reforma, soterrar los caballeros feudales, tomar por asalto los privilegios, encender la sangre de las nuevas ideas en las venas de una gran democracia, y arrojar bajo las ruedas de su carro triunfal igualmente los viejos tiranos y los viejos altares, la teología protestante y el derecho divino, los principios monárquicos y todas las religiones, los viejos imperios y las viejas iglesias.

De suerte que esta evolucion nueva fué la más política de todas las evoluciones de la ciencia germánica; pero fué tambien filosófica, literaria, y sobre todo religiosa como las anteriores evoluciones. El jefe de la extrema izquierda hegeliana es Feuebarch, filósofo y escritor ilustre; hijo de sábio jurisconsulto, el cual pertenecia á la escuela llamada rigorista por su apego á la letra de las leyes. Comenzó su carrera estudiando las ciencias teológicas, y concluyóla poniendo su pensamiento en el cultivo de las ciencias filosóficas. Discípulo de Hegel, y discípulo entusiasta, merced á la enseñanza de su maestro Daub, se apartó de la doctrina del maestro para fundar otra, en su sentir más humana y progresiva. El hegelianismo es la Biblia, y el neo-hegelianismo es el Evangelio de la nueva ciencia. Expongamos en sus fundamentos esta doctrina. La religion sustituye á las leyes perpétuas de la naturaleza la arbitraria voluntad humana convertida en Dios. El Catolicismo es en el fondo la renuncia á nuestra verdadera vida; el sacrificio de la parte más esencial á nuestro sér, de la razon, y hasta cierto punto, de la naturaleza. El protestantismo ha llegado á ser tan místico, á pesar del humano principio de la libertad de conciencia, que sus doctores han visto la teología en todas las ciencias, y han escrito hasta la teología de los insectos. La verdadera religion consiste en el reconocimiento de nuestra dependencia de la naturaleza y en nuestra sumision á la naturaleza. Parécele más lógico tener, como los mejicanos, por Dios á la sal, que á los abstractos principios creidos y adorados por los pueblos modernos. Como uno de los Incas oyera piadoso sermon á un místico misionero español, díjole: «Vuestro Dios es un muerto, mientras el mio es el sol que no muere nunca.» Y Feuebarch se arroba ante esta frase, que le parece superior á toda la dogmática ortodoxa. Porque si el mundo ha sido creado por un sér sobrenatural, es el mundo sobrenatural tambien. La vida no desciende, no, de lo absoluto; marcha desde lo inorgánico á lo orgánico, desde la animalidad á la racionalidad, desde la inconsciencia á la conciencia. Las causas segundas, que los teólogos abandonan por la causa primera, explican la creacion toda en su conjunto.

No es de Dios cetro el rayo, no es su aliento el huracan, no es su vestidura el cielo, no es su corona el sol; la pila de Volta, los desequilibrios de la atmósfera, los descubrimientos de Lavoissier, el espectro solar hablan más religiosamente del Universo que todos los arrobamientos piadosos y todos los sobrenaturales milagros. La creacion del hombre por divino soplo lanzado sobre estátua de barro es puramente legendaria. La vida orgánica se produce en cuanto hay condiciones para el organismo; se produce por un progreso de la materia. Y el hombre nació en cuanto se humanizó la tierra; es decir, en cuanto tuvo medios de producirse esta superior especie. Triste es nacer del vientre y no de la cabeza; entre sangre y lágrimas, y no entre los torrentes de la luz increada triste es morir, descomponerse, podrirse; pero aquel que no quiera pasar por estas condiciones de la vida, que renuncie á vivir. La eternidad

es en el fondo como el vacío; allí no hay vida. Cuando un niño se dirige á su madre, y le pregunta cómo vienen al mundo sus hermanitos, contéstale con cualquier fábula, diciendo que los han traido de una féria, que los han pescado sus nodrizas en un estanque. Pues de una manera análoga explican los teólogos el advenimiento de las especies á la escena del mundo.

Pero ¿á quién recurrir en nuestras desgracias si el cielo está vacío, si todos somos huérfanos? Y á esta pregunta responde con resolucion Feuebarch: A nadie. La naturaleza apenas se cura de los indivíduos. Cumple sus leyes con exactitud matemática, produce la vida con expontaneidad completa; le importa poco que unos séres caigan en la desgracia y otros en la muerte. Antes, la naturaleza estaba endemoniada, en los tiempos más místicos de la Edad Media. El aroma de la rosa, el cántico del ruiseñor, el rayo primero del sol, descomponiéndose en la trémula gota del rocío, eran tentaciones del diablo. Ahora la naturaleza está divinizada. Todo lo hace en ella Dios. Pero ni antes ni despues ha habido tal génio superior en su seno. La naturaleza es la naturaleza; ni está endemoniada, ni es divina. La religion se vá convirtiendo puramente en moral; y á medida que se convierte en moral, se destruye, porque la esencia de las religiones no es la moral, es el dogma.

Como Homero invocaba una musa, y la invocaba porque la creia fuera de él, cuando esa musa era su interior fantasía, el género humano invoca á Dios, creyéndolo fuera de nosotros, y Dios está en nosotros, Dios es la misma humanidad. La unidad de Dios es la unidad de la conciencia humana. Los séres creados no explican el Creador, porque la naturaleza produce por necesidad, y no por ninguna voluntad superior y arbitraria que esté fuera de su seno y que sea superior á su esencia.

El mundo moderno debe dejar de ser religioso. Cuando Kant dijo que la esencia de la religion cristiana es la moral, destruyó la religion cristiana; como al decir Aristóteles que la esencia de los dioses paganos era el pensamiento, destruyó el paganismo. Y el mundo moderno debe dejar de ser religioso, porque toda religion es esencialmente reaccionaria. Dios es un padre que ejerce la pátria potestad por medio de sus delegados los reyes. Todo culto supone un verdadero intermediario entre Dios y el hombre, un verdadero sacerdocio. Todo sacerdocio compone una casta. Y toda casta oprime y degrada.

Feuebarch apunta en varias ocasiones sus ideas políticas con motivo de sus ideas religiosas. Los hombres que se esclavizan á Dios concluyen por esclavizarse al rey en quien descubren Dios mismo. La majestad real les deslumbra, y consienten que disponga de la vida y de la muerte. Así los reyes y los emperadores se llaman majestad, divinidad, algo superior y sobrenatural. Y los hombres sumidos en la supersticion llegan á imaginarse que la tierra se quebrantará y se destruirá si arrancáramos de ella el trono de un rey ó la sede sacratísima de un Papa. No espereis que haya sentimientos de progreso allí donde domina el fatalismo religioso. El hombre se conforma con la desgracia y con el mal, porque los cree obra de Dios, y no piensa ni en la reforma ni en la mejora social. El pensamiento de la brevedad de su vida le aparta de todo empeño en mejorarla. Y así como en los tiempos antiguos la riqueza se levantaba sobre la esclavitud, en los tiempos modernos la soberbia insolencia de los reyes se alza sobre la humillacion religiosa de los pueblos.

Hay un paralelismo para Feuebarch entre los errores políticos y los errores religiosos. La religion viene del misterio, y del misterio la monarquía; se impone la religion como un artículo de fé á la conciencia, y la monarquía como una fuerza sobrenatural á la voluntad; divide la religion los objetos en sagrados y no sagrados, y la monarquía los hombres en

aristócratas y plebeyos, en privilegiados y siervos; la religion sacrifica la conciencia á sus principios absurdos, y la monarquía el verdadero derecho natural á su mentido derecho positivo; señala arbitrariamente la religion lo que ha de ser verdadero, aunque nada tenga de comun con la verdad, y la monarquía lo que ha de ser justo, aunque nada tenga de comun con la justicia; pone la religion sobre todos los deberes morales los deberes para con Dios, y la monarquía sobre todos los deberes políticos los deberes para con el príncipe; justifica la religion sus falsedades por su carácter sobrenatural, y la monarquía su despotismo por la razon de Estado; la religion inmola en sus aras la conciencia, y cuando lo cree preciso, la monarquía inmola tambien la vida humana á su orgullo; y una y otra oscurecen el cielo y la tierra, oprimen al Estado y al hombre.

Stirner exageró todavía las ideas de Feuebarch. La teoría del yo, con objeto de arrancar la personalidad humana á las tiranías históricas, llegó á su última exaltacion, á su delirio en este escritor. Lo que yo más conozco en el mundo es mi propio sér, decia. Lo que yo más amo en el mundo, es á mí mismo. Por consecuencia, mi libertad ni puede, ni debe tener freno. La palabra Dios ya está olvidada en su concepto. La ha sustituido otra palabra, que cree tambien opresora y reaccionaria, una especie de Dios, la palabra humanidad. No hay más que el yo. Pero este yo, este indivíduo, ¿es materia ó espíritu? le preguntan. Y Marx Stirner declara que espíritu. Entonces otros hegelianos más exaltados todavía le acusan de religioso, de reaccionario, de pietista, y le arguyen que sólo hay en el Universo materia y materia bruta. El pensamiento se desprende de la materia como el magnetismo del cuerpo imantado, como el aroma del cáliz de las flores, como el calor de la luz; el pensamiento es una secrecion del cerebro. Lo voluntad es una fuerza mecánica que se determina por la nutricion, por el alimento. Lanzándose en el seno de este materialismo, imaginaban los jóvenes hegelianos que enterraban los antiguas creencias, y que con las antiguas creencias enterraban tambien los reyes tradicionales é históricos, alimentados, mantenidos por estas creencias.

# CAPITULO XLI.



## ARNOLDO RUGE.

El jefe verdaderamente de la escuela en la esfera política, el más perseverante en sus propósitos, el más práctico en sus ideas, escritor de gran mérito, filósofo de elevado pensamiento, es Arnoldo Ruge. El trabajo capital de su vida ha consistido en demostrar á la moderna Alemania, que pasó la época teórica, la época artística para ella, y que debia comenzar la vida política, por medio de Estados libres constituidos en verdaderas Repúblicas. Y, efectivamente, esta nacion, que resistiera al yugo del Imperio romano; que recabára la gloria de haber echado en nuestra vida la levadura de la libertad; que trajera el principio democrático de la personalidad humana entre las agonías del antiguo mundo y del antiguo Estado; la que emancipó la conciencia en su revolucion religiosa y maduró la razon humana en su filosofía; siempre dada al cántico, al arte, al pensamiento, y siempre tiranizada y opresa, asemejase á los gréculos de Roma, sábios, poetas, eruditos; duchos en toda suerte de trabajos espirituales, habilísimos escultores y músicos, profundos filósofos y retóricos elocuentísimos; pero siervos sin dignidad en el alma, con la marca de su humillacion en las carnes, y por todo mundo la vivienda de su ergástula.

Y á la emancipacion política debia presidir el pensamiento filosófico, segun Ruge. Las ideas científicas son meras entelequias, almas sin cuerpo, vapores disipados en los aires, si permanecen allá en las cimas de la inteligencia y no se filtran, siquier sea poco á poco, aquí en las tierras de la realidad. Todo grande movimiento filosófico ha producido movimientos morales y movimientos políticos, y movimientos sociales en las várias esferas de la vida. El pensamiento de la antigüedad, la ciencia de Grecia dejó al mundo moderno dos obras capitalísimas: el Derecho romano y el Cristianismo. La filosofía germánica, despues de haber profundizado todo el pensamiento moderno, despues de haber recorrido todas las esferas de la vida universal, se quedaba infecunda, estéril, allá en lo vacío, si no traia gérmenes á lo ménos de instituciones nuevas, materia de nuevas leyes, á la práctica y á la vida.

Imbuido de estas ideas, por ellas vivamente exaltado, deseoso de una regeneracion de Alemania, llegó Ruge al Parlamento aleman, al Parlamento de Francfort, y se puso á la cabeza de los veintisiete diputados republicanos que allí habia. Este número prueba cuán poco adelantaban nuestras ideas en la realidad, á pesar del gran movimiento producido en la ciencia. Entre setecientos diputados alemanes que Francfort habia reunido, veintisiete solamente profesaban las verdaderas doctrinas de la democracia moderna, despues del establecimiento de la República en Francia y de la profundísima revolucion que habia conmovido hasta las entrañas de la misma Alemania. Esto prueba que para impulsar un pueblo en su camino, es necesario no alimentarlo sólo de ideas abstractas; es necesario combinar el pensamiento y la accion, la ciencia y la vida, la teoría y la realidad, porque de otra suerte correrá su alma en álas de vagos ensueños por lo infinito, mientras su cuerpo yacerá inerte y frio sobre las húmedas pajas de oscuro calabozo.

La Alemania eligió para vicario del imperio un archiduque austriaco, y Ruge, viendo que nada podia esperar, se apartó de Francfort, y se unió indisolublemente á Prusia, esperando de ella las dos obras que él creia indispensables: la obra nacional de la unidad germánica, y la obra humana de su democratizacion, de su libertad. En el periódico *La Reforma*, publicado en Berlin, y sostenido con tanto brio como elocuencia, Ruge predicó estas ideas salvadoras, contribuyó á esta obra verdaderamente meritoria y verdaderamente digna de la humanidad y de la pátria. Pero la reaccion política vino, y la reaccion política le confiscó el periódico y le condenó al destierro.

Entonces volvió á Francfort, y de Francfort á Baden, donde estalló una revolucion. Sus amigos le comprometieron á ir á Paris á fin de entenderse con la Montaña de la Asamblea Constituyente para impulsar el movimiento republicano en toda Europa. ¡Inútil tentativa! La reaccion comenzaba, y decrecia el espíritu democrático. La República, venida á Francia por uno de esos súbitos estallidos revolucionarios que muestran toda la fuerza de la nueva idea, estaba herida de muerte por los errores de sus mismos partidarios. Olvidaron que, uniéndola indisolublemente á un ideal utópico, la obligaban necesariamente al aborto de un mónstruo. Olvidaron que las catástrofes súbitas nada engendran, mientras las lentas evoluciones de la materia y del pensamiento engendran la ciencia y la vida, como las lentas evoluciones de la sociedad engendran seguras y grandes libertades. Prescindieron de uno de los términos indispensables á todo organismo político, de la autoridad, de la estabilidad, de las condiciones históricas del tiempo, y se empeñaron en que una hora de República habia de curar, como por milagro, los males de veinte siglos de monarquía. Creyeron que, despues de tres dias de revolucion, como en Febrero, podian venir revoluciones sin cuento, ignorando que hay en los espíritus accion y reaccion, como en el Océano flujo y reflujo, y que á la vuelta de un año nos encontrábamos ya en el período de las reacciones. Y sin haber aprendido nada en las tristes enseñanzas de las jornadas de Junio de 1848, se empeñaron en acabar de perderse por Junio de 1849; volvieron á las revueltas, y se precipitaron de golpe en la reaccion, yendo á despertar de sus errores históricos y de sus alucinaciones políticas bajo el tristísimo techo de amarga expatriacion.

Ledru-Rollin, en el Conservatorio de Artes y Oficios, capitaneó un motin contra el gobierno por su absurda intervencion en Roma, crímen del presidente y de la Cámara que no se curaba con una locura de la Montaña. Y, vencido el motin, pasó á Lóndres, y con él fué á Lóndres Ruge, formando parte del comité central europeo que habia de trabajar asídua, aunque inútilmente, por una nueva revolucion. Este es otro error de los revolucionarios

europeos; imaginar que pueden forjar una revolucion á su arbitrio. Estos hechos universales, creadores, verdaderamente extraordinarios, no están, no, en la mano de ningun indivíduo; se forjan á la manera de la lluvia, á la manera de la electricidad, en el grande laboratorio de la vida social. Así es que todos los trabajos de Ruge abortaron. Y el año 1866, cuando ménos lo esperababa, encontró una parte de sus ideas súbita realizacion; y una parte de sus agravios completa venganza. Prusia se levantó condensando el espíritu de Lutero contra el pontificado romano, el espíritu de Federico el Grande contra el imperio austriaco, y el espíritu de todos los grandes pensadores de Alemania contra el fraccionamiento de la pátria; y en la batalla de Sadowa tendió por tierra al gigante que se habia desposado con la teocracia para corromper los entendimientos y oprimirlos; al mantenedor de todas las ideas reaccionarias; al enemigo de todas las ideas democráticas; al imperio austriaco. Desde entonces, Ruge ha sido más aleman que republicano. Ora fuese por los desengaños sufridos en una larga vida; ora por el patriotismo exaltado siempre en largo destierro; lo cierto es que, habiendo comenzado por pedir una alianza de Alemania con el partido republicano francés contra Bonaparte, concluyó por decir á la caida de Bonaparte que la República francesa sostenia una guerra de conquista, cuando la República francesa sostenia una guerra de defensa, y por aprobar la anexion de la Alsácia y la Lorena, cuando la anexion de la Alsácia y la Lorena es gérmen de guerra internacional, y por tanto de vicioso y terrible cesarismo.

Á pesar de este error, sus servicios á la democracia universal son inapreciables, y deben ser guardados con reconocimiento en la memoria de los pueblos. Opuesto desde sus primeros años al despotismo; enemigo de un Estado donde sólo cabia la personalidad del monarca, y enemigo de una Iglesia donde sólo cabia la ortodoxia intolerante; conspirador tenacísimo y publicista ardoroso desde su primera edad; preso durante un año en Koepinick y cinco en Colberg, digno por tanto de la consideracion que llevan consigo el sufrimiento y el martirio; grande agitador en el cautiverio donde comunicaba lo único que le habia quedado libre, su espíritu, con todas las ideas de su tiempo; redactor de los *Anales de Halle* que conmovieron la opinion y despertaron ideas de libertad y de progreso en la conciencia nacional; sombra fatídica de todas las córtes alemanas y de todos los reyes y régulos, aterrados por el atrevimiento de sus polémicas; poco amigo de la utopia que ha devorado tantas altas inteligencias, como lo prueban sus disentimientos con las escuelas socialistas; tribuno de la libertad en Francfort; periodista de la libertad en Berlin; revolucionario en Leipzick; en todas partes defensor de las nuevas ideas; su nombre está unido indisolublemente á la historia del movimiento republicano en Alemania y en Europa, y sus numerosas obras, en que la pasion se une á la idea, han esclarecido mucho á las jóvenes generaciones y han alimentado en su seno durante dias bien adversos la esperanza de una resurreccion.

Debia volver, era necesario que volviese Alemania á su sentido práctico. En el siglo décimo-sexto lo habia tenido como pocos pueblos. Inmediatamente que Lutero lanzó contra los poderes religiosos su palabra de fuego, resonó, como los sacudimientos de un terremoto, la revolucion por los campos. El mundo interior no se removia y perturbaba sin que el mundo exterior se conmoviese y perturbase tambien. Pasaron los tiempos en que una revolucion quedaba solamente aislada en la conciencia, como sucedia al término del mundo antiguo y al comienzo de nuestra era. Toda palabra debia tener por eco un hecho. Conmovido el cimiento de la fé religiosa, habia de caer por su propia pesadumbre el viejo feudo de la organizacion política. Lutero

mismo, aunque principalmente trataba de herir el Catolicismo, renovar la Iglesia, traer vida íntima y libre á la conciencia, divertia muchas veces su atencion hácia los asuntos políticos, y describia de mano maestra los reyes enviados por la cólera de Dios á los pueblos; y llamaba impura cortesana á Enrique VIII de Inglaterra. El pobre siervo sintió como un cántico de libertad en aquella renovacion religiosa. Mil veces alzado en armas, llevando por enseña contra la lustrosa bota de los señores el zapato claveteado de los campesinos; jamás habia sido definitivamente derrotado. Y en aquella hora suprema de la Reforma le habian hablado del Evangelio, de la libertad interior, de la igualdad cristiana, y queria ver cómo todas estas ideas se mezclaban al terron de sus campos empapados en sudor, en lágrimas, y derribaban los castillos feudales, y desvanecian las sombras de los tiranos, y destrozaban en sus muñecas sus argollas, y á grito herido demandaban con la rabia de la guerra la ruina de las corveas, de los feudos, de los diezmos, de todas las gabelas que, además de esclavos, hacian miserables y hambrientos á los pobres campesinos. Como siempre que hay en el fondo de las sociedades humanas una aspiracion incontrastable, se personificó esta en un hombre, que desde las alturas de su idea no abarcó los abismos de la realidad. Muntzer se embriagó en la idea revolucionaria, la convirtió en raudales de elocuencia, maldijo de los reyes que oprimian á los pueblos y de los reformadores que vedaban el paso de las ideas puras á la realidad; tocó la campana de rebato que respondia á la tempestad del alma de los campesinos; reunió treinta ó cuarenta mil hombres que se encendieron en las pasiones revolucionarias, y sembraron todos los horrores y todos los desastres de las resoluciones prematuramente surgidas; y sostuvo su bandera de igualdad hasta que, perseguido, acosado como una fiera, cayó roto y vencido por la metralla de los reyes sobre mares de sangre y entre montones de cadáveres, reo de haber querido deducir, aunque extraviándola, con lógico rigorismo, la revolucion política encerrada en el seno de la Reforma. Parece que en aquel momento perdió Alemania el sentido de la realidad. Lo cierto es que, habiendo dado al movimiento democrático moderno su impulso con el vapor de la nueva idea, con la Reforma, dejó que otro pueblo más práctico, el pueblo sajon, dedujera en la tierra de América sus últimas consecuencias, y fundara un Estado sin gerarquías hereditarias, únicamente animado y sostenido por las idéas de libertad y de igualdad.

Quéjase Ruge sentidamente en algunos discursos y obras suyas de que Alemania no acertase á llevar á las esferas de la realidad y de la práctica las puras ideas de su conciencia, y dejase este gran ministerio á otro pueblo de la familia germánica, al pueblo anglosajon, en el Nuevo Mundo. Pero si examina la causa, verá bien pronto que en el movimiento germánico hay mucho brillo en el ideal, mucho espíritu innovador en el impulso, mucha fuerza revolucionaria en los procedimientos; pero no aquel buen sentido, aquella mesura, aquel conocimiento de la realidad, aquella línea trazada entre lo ideal y lo posible que explican el éxito de la revolucion americana y la perennidad de sus progresivas instituciones. En toda grande revolucion aparecen grandes exageraciones que acaso sirven á moderarla y á convertirla á la realidad. En la Reforma aparecieron los anabaptistas; en la revolucion de Inglaterra los niveladores; en la primera revolucion francesa los babefistas; en la segunda los socialistas; en la tercera los comuneros, como en la última revolucion española han venido aquellos que, guiados por un falso concepto del federalismo, quisieron destrozar la obra gigantesca de nuestros padres, la unidad nacional, y hasta entregar sus dispersos fragmentos á la tutela de extranjeras naciones. Los pueblos, que no saben moderar esta exageracion, la cual apa-

rece por el misterioso concurso de las fuerzas sociales y por el cumplimiento de leyes todavía desconocidas, ó sucumben ó retroceden. Solamente á los pueblos sensatos les será concedida la libertad. Quizá en el partido republicano aleman, allá por 1848, hubo lo mismo que en los campesinos, sobra de idealismo, falta de un conocimiento práctico de la realidad, aspiraciones muy universales, y escasa atencion á los medios con que contaban para encarnar en la realidad sus ideas.

Ruge no se contentaba con predicar la política práctica; mezclábase tambien al movimiento filosófico y religioso, como buen aleman. Su doctrina descendia del antiguo racionalismo, renovado en séries lógicamente ençadenadas y contenido en formas claras y á veces brillantes. La filosofía del siglo décimo-octavo negó la supersticion, y la filosofía de este siglo la combate. Limpia de supersticiones la mente, lo necesario es llevar á la vida la concepcion del derecho que ha brotado de la filosofía. Para ello ningun esfuerzo, por grande que sea, basta, dadas las resistencias de la realidad. Los hegelianos han pretendido que la idea se realizaba por su propia virtud, en su perpétuo movimiento. Cada instante de la historia es para ellos bueno, porque nace del instante anterior y engendra los instantes sucesivos con lógica indeclinable, ley real, ley necesaria de las cosas. Estos puntos de vista, estas esperas dadas á la impaciencia del progreso, encantaron á una legion de soñadores muy apegados á pensar que bastaba decir el concepto puro del derecho y el organismo verdadero del Estado, para que se encarnasen prontamente en la realidad. Creia Ruge esta tendencia tan funesta como las tendencias reaccionarias, porque condenaba la Alemania á la contemplacion, cuando sólo podia salvarse por el movimiento, por la realidad, por la accion.

Y creia, como toda la jóven escuela hegeliana, que el medio único de contrastar la soñolencia de carácter aleman estaba en combatir su vago espiritualismo religioso. Fantasead la naturaleza, poned en su seno génios buenos mezclados con génios malos, decia, y tendreis ya el orígen de la religion. Desconociendo las leyes del Universo, se las sustituye por una voluntad arbitraria, que á su capricho concede ó niega la vida á los cuerpos, la gracia á las almas. El Cristianismo, proponiendo el sacrificio, renueva el budismo. Una concepcion poética del Universo ha dado vida á la religion cristiana; y el nacimiento de Cristo, su muerte, su resurreccion, sus páscuas, sus fiestas principales, son, como las fiestas de los griegos, otros tantos símbolos de la naturaleza y de su inmortal poesía. Cristo hubiera conseguido lo que intentaron los antiguos, convertir la religion en puro humanismo, si no se mezclan á sus conceptos las mitológicas falsedades de lo sobrenatural y maravilloso. La ciencia destruye lo sobrenatural, y proclama que la encarnacion de Dios sólo puede verificarse en la historia. El Sér Supremo es el pensamiento en accion; y el bien supremo es el Estado libre y democrático. Para que el hombre sienta la virtud de las nuevas ideas y la necesidad de llegar á ese estado, necesita desechar la concepcion de la primera caida, de la culpa, y el pecado original, que apoca la voluntad, oscurece el entendimiento, impide el desarrollo de la humanidad, y convierte en castigo el primero entre todos los méritos, el mérito del trabajo. Y cuando á este falso concepto teológico sustituya el verdadero concepto científico de su naturaleza, habrá llegado la hora de la trasformacion social, y del advenimiento de estas tres entidades necesarias al mundo moderno, de la libertad, de la democracia, de la República.

# CAPITULO XLII.

## BAUER Y DAUMER.

A la escuela neo-hegeliana pertenecen tambien Bauer y Daumer, aunque el uno la haya desmentido en sus aplicaciones políticas, y el otro la haya abandonado por un falso y engañador misticismo. Bruno Bauer pasa por todas las trasformaciones del génio germánico en su tiempo; primero es teólogo; más tarde hegeliano de la extrema derecha; y, por último, hegeliano de la extrema izquierda. La crítica evangélica fué objeto preferente de sus investigaciones, y en la crítica evangélica pretendió corregir y completar á Strauss. La vida sobrenatural de Jesús; los milagros que le acompañaron en tanto número; las leyendas que á su alrededor nacieron con tanta fuerza, no se deben, segun él, á las primitivas sociedades cristianas, séres impersonales, sino á la fantasía misma de los evangelistas. En su sentir nada hay de propio, de original en las enseñanzas morales del Cristianismo, en las mismas ideas del sermon de la Montaña; la originalidad evangélica está en los mithos y en las narraciones de hechos sobrenaturales y maravillosos. San Márcos ha escrito la vida de Jesús, inspirándose puramente en su fantasía, y los demás evangelistas le han copiado, y han seguido la línea que él trazára. A esta corriente de ideas, que separa las dos grandes edades de la historia humana; á esta trasformacion de la conciencia alzada desde el sensualismo á la pura contemplacion de lo infinito, no les encuentra más orígenes que engaños y falsías de los teólogos, credulidad y supersticiones de los pueblos. La irritacion de su carácter, la destemplanza de su estilo, el furor de su guerra y de su cólera le trajeron muchos enemigos, y sus enemigos le expulsaron de su cátedra. Desde este dia, en que un nuevo inútil atentado se cometió en Alemania contra la libertad del pensamiento, no tuvo su orgullo límites, ni tregua la explosion incesante de su cólera, expresada con la violencia y á veces con las groserías propias de las disputas entre los antiguos frailes y teólogos.

En sus obras, que son numerosísimas, defiende con ahinco las libertades modernas; pero comete por saña trascendentales erro-

res, y cae, como tomado de vértigo, en grandes inconsecuencias. Bien es verdad que hasta la libre y republicana Suiza recogió su obra *El Cristianismo desenmascarado*, y lo puso por consecuencia en la imposibilidad que más encoleriza á un escritor, en la imposibilidad material de publicar sus ideas. Pero todas estas desgracias de que ha sido víctima no explican los errores de que ha sido reo. Error grande combatir, denostar á los mayores profetas, á los mayores filósofos, á los mayores tribunos del nuevo mundo social, por parecerle cosa liviana y baladí toda obra que no sea su propia crítica de los Evangelios; error grande oponerse con espíritu estrecho y rencoroso á una de las principales obras del moderno liberalismo, á la emancipacion de los judíos; error grande no ver en las ideas, en los sistemas, en las investigaciones de la docta Alemania más que detritus orgánicos, montones de estiércol para abonar las tierras, segun él, de lo porvenir, las estepas rusas; error grande rebajar el movimiento liberal con críticas amargas, porque no provenia de un principio claro, fijo, y luego extasiarse ante la última guerra y sus victorias, que elevan á la categoría de un principio la fuerza bruta, y abren nuevamente el período nefasto de las conquistas en la vida de los modernos pueblos.

Merece atenderse á la especial manera que tuvo Bruno Bauer de combatir la emancipacion de los judíos, porque se relaciona estrechamente con su sentido político. Los judíos, dice, piden para sí una libertad especial, una libertad propia, una libertad egoista. Debian como hombres pugnar por la emancipacion de la humanidad; como alemanes por la emancipacion de Alemania; y no como sectarios por la emancipacion de su secta, demostrando así que asienten á la ajena servidumbre, puesto que si les desplace el yugo propio, les place el yugo universal. Quieren los judíos que el Estado cristiano se desligue de su criterio de secta, y lo piden ciegos en nombre de otra secta. Pues ni el Estado cristiano es capaz de emancipar, ni el judío capaz de ser emancipado. Mientras uno y otro continúen adscritos á sus principios fundamentales, uno y otro se encuentran imposibilitados de dar ó recibir la libertad. El Estado cristiano jamás se entenderá con el súbdito judío sino cristianamente, por medio de privilegios; y el judío no puede entenderse con el Estado cristiano sino judiamente, es decir, oponiendo á la nacionalidad verdadadera su nacionalidad quimérica, su vieja ley á la ley positiva, separándose de la humanidad; fuera de nuestro movimiento histórico, como miembro de un pueblo disperso y pagado de ser un pueblo aparte, vaso de eleccion divina, con esperanzas contrarias al destino y al porvenir universal de la humanidad.

¿Qüé títulos presentais para pedir vuestra emancipacion? Si es vuestra religion, acordaos de su enemiga á la religion del Estado; si es vuestro derecho de ciudadanos, acordaos que en Alemania no hay ni ciudadanos ni derechos; si es vuestra dignidad de hombres, ni vosotros lo sois, ni aquéllos á quienes os dirigís. No pueden esperar los judíos ni conceder los cristianos la libertad sino dejando de ser enemigos, y no pueden dejar de ser enemigos, sino dejando de ser cristianos los unos y judíos los otros, y viniendo á considerar sus dos religiones como dos vistosas pieles de esta gran serpiente que la humanidad se ha desceñido y ha dejado frias y abandonadas en su camino. El judío no puede pedir la libertad política mientras conserve sobre la cerviz el yugo religioso, y el Estado cristiano á su vez no puede emancipar si no es emancipado.

Pero Bauer se olvida de que los Estados modernos van admitiendo el principio de que en todo sectario y sobre todo sectario hay un hombre, y que este hombre tiene derecho á la seguridad, es más, á la inviolabilidad de su conciencia. Si aguardamos para emancipar á los hombres á que abandonen sus respec-

tivas creencias, ¿cuándo sonará la hora de la libertad? No creais á los indivíduos séres ideales ó abstractos. Contad con la realidad, sobre todo en política. Y el hombre, por regla general, es inconsecuente. Y el que cree teóricamente en el fatalismo, y no vé sino impulsos orgánicos, instintos ciegos en el hombre, pide prácticamente su libre autonomía, y combate, y dá la vida por esa misma idea del derecho que no ha entrado en su conciencia. Decís que los pueblos cristianos son radicalmente incapaces de emancipar y de emanciparse. No negaremos su título de cristianos á los Estados-Unidos, pues han emancipado desde sus judíos hasta sus negros, sin aguardar, como un filósofo germánico, á que cambiaran las creencias para romper las cadenas.

El Estado es político y no es teológico. Y como es político, no tiene que preguntarle al hombre para admitirle, ó el símbolo de su fé, ó la partida de bautismo, sino su título de ciudadanía. Estados que han sido emancipados políticamente, no han abandonado su fé religiosa. Al contrario, los pueblos que abandonan un ideal sin sustituirle otro ideal más sublime, caen pronto de la orgía en la servidumbre. Si las religiones tienen principios contrarios á las ideas fundamentales de un pueblo libre, déjense esos principios como asunto de la conciencia individual, y su práctica como asunto de la vida privada. El Estado no debe ser más que el áncora fortísima de la libertad y del derecho de todos. El hogar es el indivíduo, pero el Estado es la especie; y como es la especie, asegura la libertad general. Pero llega á esta seguridad por evoluciones sucesivas; y cuando plantea un principio, plantea una série de principios; y cuando consagra una libertad, consagra con ella tambien todas las libertades que se extienden, se dilatan por su propia virtud, allí donde cualquiera de ellas aparece. Comenzar á romper las cadenas del judío, es comenzar á romper las cadenas de todos los hombres. La mayoría de los americanos es religiosa; pero el Estado americano jamás se mezcla en la religion. ¿Quién será insensato hasta el punto de sostener que no debia haberse realizado esta reforma en la gran República hasta que todos sus ciudadanos hubieran tenido de la Biblia y del Evangelio el mismo concepto que tienen Bruno Bauer y los hegelianos de la extrema izquierda? El hombre se emancipa á sí mismo y emancipa al Estado cuando alcanza que una idea religiosa deje de ser como precedente necesario, como título indispensable para entrar en todas las profesiones y carreras, para vivir en ese Estado. Fué grande adelanto la paz de Westphalia que cerró las guerras de religion entre los Estados; y mayor adelanto aún los Códigos modernos que consagraron el principio de libertad religiosa para todos los ciudadanos. Ya el Estado no es el lazo que une católicos con católicos, protestantes con protestantes, judíos con judíos, sino ciudadanos con ciudadanos, familias humanas con familias humanas, prescindiendo absolutamente de su religion y de su culto.

Será una inconsecuencia que el judío ó el católico, teniendo la servidumbre religiosa, pidan la libertad política; pero estas inconsecuencias salvan al mundo. Será incomprensible que un judío pida su emancipacion; pero es más incomprensible todavía que un filósofo se la niegue.

El deseo de decir ideas originales por nadie antes pensadas, lleva muchas veces á estos jóvenes hegelianos á decir en realidad grandes extravagancias. Así, Daumer, despues de haber sido un panteista asiático en sus comienzos; un reconstructor de la geografía sagrada, poniendo el paraiso en las islas de la Polinesia, y llamando á Adam, por la etimología de su nombre, el de raza roja; un crítico severo de las tradiciones bíblicas, que identifica Jehová con el Moloch de los fenicios; un enemigo de Jesús, al cual atribuye espíritu reaccionario en sus doctrinas y abyectas ceremonias en su culto; un abogado de Judas, en cuya traicion cree ver el justo

horror á los misterios cristianos; un apologista del mahometismo, por su idea de la unidad de Dios y por los goces reservados á los creyentes en otra vida de delicias; un traductor de Hafis y de sus voluptuosos versos, con los cuales se embriaga y enloquece; un profeta de futuras religiones sensualistas, dignas del paganismo, que rehabilitarán la carne y prescribirán el goce; despues de haber pasado, como el sátiro antiguo, por toda la historia, do quier ha oido resonar la carcajada del placer, el ósculo del amor, la música del festin, la orgía de los sentidos, oye la nota mística del órgano en la catedral gótica, aspira el aroma del incienso, vé la Vírgen madre alzada sobre las áureas alas de los ángeles, con la mirada extática, el corazon rebosando amor, en el santuario perfumado de aromas, ceñido de flores, resplandeciente de místicas luminarias, y cae á los piés de aquellas aras, y recita las letanías, y recibe el agua del bautismo, y canta la Salve y el *Ave Maris Stella* con el entusiasmo de Lamartine ó de Chateaubriand; y al cabo, en esta conversion, como en todas sus anteriores extravagancias, no hay más que desenfrenado culto de sí mismo, y rebusco incesante de gratas emociones.

# CAPITULO XLIII.

## CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL NEO-HEGIELANISMO.

Declaremos, despues de apuntar estas extravagancias, que la escuela neo-hegeliana tiene prestados mayores servicios en la esfera política y social que en la esfera filosófica y religiosa. Pero estos servicios serán reconocidos y apuntados en otras secciones de nuestra obra, en las secciones en que tratemos puramente de las fases por que ha pasado la política alemana, y de la influencia que ha tenido el partido republicano. Hoy debemos limitarnos al movimiento religioso, que á la verdad ha informado y hasta cierto punto producido el movimiento político. Y en la esfera religiosa muchas de las exageraciones neo-hegelianas se explican, parte por la filosofía ultra-racionalista de la escuela, parte por su empeño en libertar de una vez, de un golpe, todo el hombre, así de las cadenas ceñidas á su naturaleza social, como de las cadenas ceñidas á su naturaleza interior.

Peleaban contra la sociedad cristiana con el mismo ardor que los cristianos empleaban justamente en pelear contra la sociedad antigua. Toda idea nueva es injusta con la idea que la ha precedido; y aparece como una protesta radical é intransigente en la vida y en la historia. Los cristianos pensaron redimir el alma, y se curaron poco de la política y del Estado, á la manera de muchos repúblicos modernos, que se curan mucho de la política, del Estado, y poco de la religion y del alma. Los neo-hegelianos querian librar las conciencias de supersticiones, y la política de reyes; el entendimiento de ideas abstrusas y el suelo de instituciones viejas; la razon de la antigua metafísica y la sociedad de la antigua política, ignorando que esta gran síntesis no puede ser llevada á término por una sola generacion ni por un solo partido.

Los enciclopedistas y los convencionales son fases de una misma idea; pero ni aquellos hubieran podido consumar la obra de la revolucion, perdidos en las alturas de su ciencia, ni estos difundir un sistema, azotados por las ráfagas de la tempestad. Los puritanos que salieron de las escuelas de Ginebra y de Holanda son verdaderamente los fundadores de la libertad y de la República

en América. Se necesita que pase mucho tiempo para que la idea evangélica de los peregrinos produzca sus frutos políticos hasta en el próvido y fecundo suelo de América. Cuando el trabajo no se divide por sí, lo divide el tiempo.

Pero aun dentro del éther religioso, la voz de los neo-hegelianos ha resonado con grande resonancia. Ellos han detenido al mundo moderno en los momentos mismos en que se arrojaba loco y suicida al pié de los destrozados altares. Ellos han flagelado los poetas románticos que, so pretexto de buscar una inspiracion arqueológica en los abismos de los pasados tiempos, recomponian una sociedad gastadà sobre las bases de los ruinosos castillos feudales y sobre los restos de las anguas teocracias. Cuando Alemania se perdia complacida en la adoracion de lo pasado, despertaban el sentido de lo presente y avivaban el culto de lo porvenir. Cuando la escuela histórica desenterraba los muertos, ellos jugaban con aquellos inútiles huesos y les oponian la encarnacion y el calor de la vida. Cuando los jurisconsultos volvian al derecho consuetudinario y feudal, ellos despertaban con su campana revolucionaria, al fulgor de los relámpagos, la idea viva del derecho humano. Cuando la erudicion se tornaba á buscar las fuentes de la vida en la historia, ellos la buscaban en la conciencia. Sus cóleras han sido injustas muchas veces; pero no juzgueis á los combatientes en la arena como juzgaríais á los dioses en su inmortal serenidad, creando y produciendo con el soplo de su aliento y con el eco de su palabra. El combatiente se mancha de sangre y lodo, del sudor de su cuerpo y de la rabiosa espuma que deja sobre sus carnes la mordedura de su contrario; pero luego, cuando la hora de la guerra ha pasado y el momento de la justicia ha venido, el mundo les perdona mucho, porque mucho ha padecido y ha trabajado tambien.

Así camina la idea en su progreso. Ninguno puede abarcarla en su totalidad y en su conjunto. La vida social tan sólo dispone del tiempo infinito y del infinito espacio como el Universo.

Trataremos más ámpliamente de los neo-hegelianos cuando tratemos de arte ó de política, pues en todas las manifestaciones de la vida moderna han tenido grandes personalidades, como Herwegh, que esgrimió su pluma de poeta y su espada de caballero con igual arrojo; que intentó con un puñado de valientes audaz revolucion sólo vencida por la fuerza y el número; que conservó en el destierro su vida sin sombras, su nombre sin manchas: como Blum, que vivió con el laurel de poeta en las sienes, con la palabra del orador en los lábios, rodeado de inmensa popularidad, y murió sobre el ara del martirio, elevándose á á ser altísima personificacion de la libertad alemana: como Marx, cuya fama ha llegado á todas partes á causa de sus ideas económicas y de su influencia en la Internacional; antes hombre de ciencia y de enseñanza que de revoluciones y de accion: como Freiligrath, el poeta revolucionario: como Gutzkocw, el novelista y el dramaturgo de la democracia germánica: como Boerne, cuyas cartas de París alcanzaron celebridad universal, y cuyo nombre está indisolublemente unido á todo el desarrollo de las nuevas ideas: como Mund, el jefe reconocido de la nueva escuela literaria, tan enemigo de la reaccion romántica como de los estacionarios, extáticos, petrificados en la estéril contemplacion de la historia.

# CAPITULO XLIV.

## LOS REPUBLICANOS DARWINISTAS.

Pero este es el momento y el lugar de que historiemos las relaciones entre la escuela materialista germánica y la política republicana. Además de Heckel, cuyas teorías en otro lugar hemos examinado, hay en Alemania tres hombres eminentes y célebres que, dedicados á las ciencias naturales, sirven tambien, cada cual en su respectivo grado, á las ideas políticas. El uno es Vogt, el otro Virchow, el otro Büchner. Vogt ha militado en las filas del partido republicano, y ha servido á la revolucion alemana. Lanzado por las sucesivas reacciones del suelo pátrio á la emigracion, se ha consagrado en compañía del llorado Agazis, bajo la proteccion de la libertad helvética, al estudio de la naturaleza que cultiva y profesa con gloria. Ginebra le cuenta como profesor en sus escuelas, como diputado con sus consejos. Y siempre que alguna cuestion se plantea, defiende con grande maestría en la ciencia política y exaltado amor á las instituciones democráticas la libertad del pensamiento y la inviolabilidad de la conciencia.

Virchow ha llegado á ser muy célebre hasta entre los más ajenos á la ciencia. Profesor eminente, y médico eminentísimo, ha combatido con igual energía el tífus en los hospitales y la reaccion en el Parlamento. Innovador en medicina, quiso tambien ser innovador en política. La revolucion de 1848 le sorprendió en los primeros años de su juventud, en los primeros trasportes de su entusiasmo, y fundó en Berlin avanzado club democrático donde encrespaba los ánimos con el huracan de las ideas. La reforma médica y la reforma política le embargaban igualmente. Pero la reaccion vino, le quitó le cátedra, le suprimió el periódico, le cerró el club, y tuvo por fuerza que refugiarse en otra Universidad alemana que no fuera la opresa Universidad de Berlin. Allí fué tan perseverante en sus estudios, tan feliz en sus descubrimientos, tan luminoso en sus explicaciones, que el mismo perseguidor llamó al perseguido y le devolvió su puesto en la Universidad.

Por 1859 la guerra de Italia volvió á despertar la libertad en Europa. Tras los desas-

tres de la reaccion que siguió al movimiento de 1848, fué aquel año como un albor de esperanza. Las nacionalidades resucitaban. La idea de la unidad de las razas venia en pos de la unidad nacional. Tres colegios llevaron el ilustre médico al Parlamento prusiano. Ya en esta época no pertenecia al partido democrático. Las ideas avanzadas, que predicara durante la revolucion, habian perdido mucho en su ánimo. Y perteneció al partido que, sin separarse del rey, profesaba los principios de la unidad nacional vigorizada por la libertad. Mas, á pesar de esto, el eminente médico tenia entrañable cariño á las instituciones parlamentarias y ódio invencible á la supremacía del rey sobre el Parlamento. Su lucha era tan viva, su palabra tan acerada, su empeño tan grande, su actividad tan incansable, su oposicion tan audaz, que un dia se presentó Bismark en el Parlamento y le provocó á duelo. Los triunfos de la fuerza no han deslumbrado sus ojos, y en mil ocasiones, antes y despues de las ultimas victorias, ha propuesto el desarme internacional, y ha tronado contra la centralizacion absorbente y la oligarquía militar.

Uno de los hombres que más popularidad han alcanzado en Europa es el célebre doctor Luis Büchner, cuyas obras andan hoy por todas partes. No puede compararse en mérito científico, á la verdad, con Vogt, ni con Virchow; pero les aventaja por sus calidades literarias, por el brillo de su estilo, por la facilidad de su locucion, siendo realmente el gran propagandista de la escuela. Reune á estas particularidades la muy singular de que mezcla con sus exposiciones de ideas científicas exposiciones de ideas políticas, comparando la lucha de las especies en la naturaleza por la vida con la lucha de los hombres en la historia por el derecho, y trayendo otras misteriosas analogías entre la sociedad y el Universo. Así, despues de haber presentado el orígen del hombre segun su doctrina, y el lugar que el hombre ocupa en la creacion, entra de lleno, al examinar las humanas vocaciones y los humanos destinos, en plena ciencia política, y trata tanto de los problemas relativos á la organizacion del Estado como de los problemas relativos al mejoramiento social.

Para Büchner la materia es eterna, infinita, universal. La partícula de hierro es esencialmente lo mismo, ora vague por los espacios en los aerolitos, que á manera de enjambres vuelan al rededor de los mundos; ora circule disuelta en la roja sangre que se agolpa al corazon y arde en los pulmones; ora mate con el filo de una espada ó la punta de un puñal; ora vivifique con la luciente reja del arado que vá abriendo los surcos para que en ellos caiga próvida semilla, ó con la píldora que robustece el desmayado cuerpo y entona los decaidos nérvios. Las trasformaciones de la materia en nada alteran su esencia. El pedazo de leña es fundamentalmente el mismo, cuando plantado en la selva recibe los besos de la luz, la vida de la sávia, el carbono del aire, las visitas del ave, el bautizo de la lluvia, que despues de arrancado, desarraigado, convertido en leña, puesto á la chimenea, encendido en la lumbre, quemado, reducido á cenizas, en las cuales se aumenta su peso por la absorcion del oxígeno, pero no se altera su pristina, su íntima, su esencial sustancia.

Y con la materia, eterna, infinita, es consustancial, coetánea la fuerza, que no está fuera de la materia como pretenden los místicos, sino en la materia misma, ora sostenga los astros pendientes unos de otros con la invisible cadena de la atraccion; ora junte molécula á molécula con el misterioso amor de las afinidades químicas que producen la cohesion; ora se condense en la nube de vapor impulsando y conduciendo la nave por el mar y la locomotora por la tierra; ora chispee en los torrentes de la electricidad; ora sea luz, calor ó magnetismo.

Conocidas estas ideas, no hay para qué recordar el pensamiento de Büchner respecto

al orígen de los organismos y á la aparicion de las especies. El sistema de Darwin es su sistema. Alemania lo recogió con grande ánsia y lo guarda con religioso culto. Es verdad que lo combatieron sábios eminentísimos; pero no lo contrastaron. Liebig, con la autoridad que le daba su ciencia y que conservará en la posteridad, opuso los principios vitalistas á los principios materialistas. Agazis, el ilustre sábio que ha ilustrado con sus descubrimientos dos Repúblicas, los Cantones suizos en Europa, los Estados-Unidos en América, dirige muchos de sus desvelos y parte de sus obras á refutar el darwinismo. En su concepto no es un sistema que haya nacido de la observacion y la experiencia, que se haya coordinado despues de largos estudios; es un sistema concebido *á priori*, pensado especulativamente, y al cual se ha querido luego ajustar y acomodar los hechos, aunque fuera desconociéndolos y violentándolos. Pasa lo mismo con el sistema de Darwin que años antes pasara con el sistema de Schelling. No surgió del estudio profundo de la naturaleza y del enlace real de los séres. Surgió del pensamiento filosófico y se buscaron las séries orgánicas para confirmarlo despues de componerlo. Y como Schellign sostenia que cada órgano del cuerpo humano era un organismo aparte, y que este organismo correspondia con los organismos de los séres inferiores, se inventó una especial anatomía y una especialísima zoología para comprobar los principios fundamentales del sistema y sus encadenadas séries.

Agazis achaca á exageraciones de sus discípulos gran parte de las ideas que hoy corren selladas con la marca del célebre naturalista inglés. Y le extraña que un sistema tenido entre tantos por clave que explica la aparicion del organismo y sus posteriores desarrollos, use por divisa y por mote el apellido de un hombre como para dar testimonio de su arbitrariedad. La idea que más le repugna es la idea llamada de la variabilidad en las especies. No, no es cierto que los séres engendren con el tiempo séres desemejantes, séres que se vayan apartando del tipo de su especie. En el producto de la mezcla entre las especies se conoce la parte adherente á cada uno de los autores que han contribuido á su procreacion. Y de consiguiente, es principio adquirido por la ciencia y demostrado por la experiencia, que los séres orgánicos se han reproducido en todas sus generaciones con los mismos caractéres señalados á la época de su aparicion primera en el teatro de la vida.

La escuela darwinista desconoce la realidad cuando cree que las diferencias entre los indivíduos de una misma especie pueden llegar á producir otra especie diferente. Los indivíduos de una misma especie no son ni perfectamente idénticos, ni radicalmente diversos. Agazis ha comparado hasta veintisiete mil conchas de especies muy cercanas y ha comprobado estas leyes. Si las diversas especies tuvieran una misma raiz y se originaran unas de otras en progresion ascendente, sucederia que los tipos de una clase inferior serian en todas partes más antiguos, y más modernos los tipos superiores. Seria necesario más, seria necesario que en ningun punto de la série se vieran surgir tipos nuevos, enteramente extraños á los que les han precedido, y superiores á los que han de seguirles. Para crear estas séries darwinianas se han creado analogías arbitrarias, se han desconocido ó adulterado las diferencias específicas, se han desmentido hechos ciertos, indudables, evidentes. Consúltense los tratados de Palenteología, y se verá cómo caen por su base todas las evoluciones contínuas y progresivas con sólo reconocer que, en ciertas épocas geológicas, es muy considerable el número de tipos diferentes, que han aparecido. Hay séres muy diversos que son muy contemporáneos. ¿A qué, pues, queda reducido el principio de las genealogías? ¿Estos contemporáneos serán unos antepasados de los otros? Evidentemente á esta sencilla consideracion pierde toda su

razon de sér la teoría de las trasformaciones.

El darwinismo ha engendrado el error exagerando verdades ciertas y fundadísimas. Todas las semejanzas que originan las fases sucesivas del desenvolvimiento embrionario se han tomado como pruebas de una filiacion directa ó indirecta. Se ha sacado, pues, de su quicio la verdad probada. Y Agazis termina de esta suerte sus observaciones: «La Palenteo»logía nos dice que do quier se han hallado »indicios de vida animal en las profundidades »de la tierra, se han hallado tambien séres »diferentes; la Palenteología nos dice que es»tos séres diversos no presentan entre sí las »conocidas relaciones existentes entre los pa»dres y los hijos; la Palenteología nos dice »que en todas las épocas se descubren orga»nismos de un cierto tipo superiores á aque»llos del mismo tipo que les han sucedido. Y »concluyo, que la manera con que se aplican »las ideas de Darwin á la clasificacion, no es »admisible, y que la doctrina de este estima»ble naturalista no tiene fundamento.»

Perteneciendo Büchner al sistema que Agazis combate, y perteneciendo con verdadero entusiasmo, establece la estrecha relacion del hombre con el mono. Nuestra especie ha nacido, como el Salvador en los establos, entre las especies inferiores. El orgullo humano queria divinizarse, buscar un parentesco superior con los ángeles, pero la anatomía está ahí armada de su escalpelo para confundirnos con las bestias. Si llevárais conservado en aguardiente un hombre al planeta Saturno y se lo entregárais á un naturalista, lo clasificaria inmediatamente en la especie de los monos. Durante mucho tiempo no estudiaron los atonómicos el cuerpo humano en nuestro cuerpo, sino en el esqueleto simio. Se necesitó el Renacimiento y se necesitaron sus luces para que fuera posible estudiar el esqueleto del hombre y disputárselo á los sagrados sepulcros. Una vez que Vesala hacia la diseccion del cadáver de un noble español, se movió, palpitó un momento el corazon. Creyeron que habia empleado su bisturí en un cuerpo vivo y lo condenaron á expiatoria peregrinacion á Tierra Santa. La anatomía nació bajo las manos de aquel hombre, y nació para mostrar cómo la especie humana se confunde con los animales inferiores, cómo se enlaza por medio del mono antropóide con los restantes organismos que componen el árbol misterioso de la zoología.

Si la anatomía es como el esclavo romano, que recordaba al vencedor en la carrera triunfal con voz ingrata la hora ineludible de la muerte, la idea de la humanidad y de sus derechos, las leyes uniformes de la civilizacion, los principios morales elevan sobre todas las cosas nuestra dignidad á tanta costa alcanzada en la ascension y en la metamórfosis de la materia. No habiendo producido la naturaleza sér ninguno tan perfecto como el hombre, tiene éste derecho á considerarse el señor de la creacion. Producto último y supremo de la tierra en sus contínuas trasformaciones, la mente del hombre adquiere al Universo la conciencia de sí mismo y enlaza á los séres en la série de las ideas. Nace de las entrañas de la tierra el hombre, y convierte á su reina, á su madre, en sierva, en tributaria, empapándola de tal suerte en su pensamiento, y trasformándola con tal fuerza por su trabajo, que ya puede presentirse y anunciarse la era en que sólo habrá los vegetales cultivados, y los animales consentidos por nuestra voluntad. Y el hombre podrá en lo porvenir sacar de su especie otra especie superior á él en fuerzas é inteligencia. Pero no podrá nunca sustraerse á la ley del combate por la vida: que si entre los pueblos primitivos se manifiesta en guerras cruentas, entre los pueblos civilizados se manifestará en competencias económicas, industriales, artísticas, científicas, que aguijonean su actividad y aseguran el progreso. Hoy mismo, el combate por la vida en las naciones más adelantadas, donde los acomodados y los inteligentes son tan pocos, y tantos los proletarios y los desgraciados,

tiene aspecto tristísimo; pero á medida que el hombre se aparte por su inteligencia y por su libertad de las fatalidades incontrastables de la materia y de la animalidad inferior, la guerra se convertirá en competencia, y la competencia nos llevará de trabajo en trabajo y de victoria en victoria al seno de un paraiso que no hemos dejado á nuestras espaldas, sino que se encuentra á nuestro frente, -reservado como premio y descanso á tantos y tan gigantescos esfuerzos.

La naturaleza humana tiene como complemento necesario el Estado. El objeto del Estado es allegar la mayor suma de bienes posible á todos los ciudadanos. Como es inconcebible hoy el bien sin la libertad, toda constitucion deberá reconocer, como sus dos primeros principios, la autonomía y la independencia á los pueblos, la igualdad y la universalidad de derechos á los hombres. Una constitucion así, organismo natural de este inquieto espíritu moderno, excluye el principio monárquico y la gerarquía aristocrática, condena la existencia de señores y esclavos. La trasformacion de todos los estados monárquicos de Europa en estados republicanos es una ley necesaria, cuyo cumplimiento, retardado por la oposicion de los intereses, al fin será completamente realizado por las ideas. La monarquía es un resto de los tiempos bárbaros, una sombra de los castillos feudales, una enseña de las atrasadas edades de guerra, incomprensible en esta edad del trabajo. La conciencia humana se subleva contra la anomalía de que un solo hombre disponga de los intereses y personifique los derechos de todos, anomalía que hubiera ya concluido por la conjuracion de todas las clases ilustradas, si las muchedumbres no vivieran en la ignorancia, y los intereses creados no se agarraran como parásitos al trono.

Los que alegan para sostenernos en la reaccion el pretexto de la falta de madurez en el pueblo para practicar la República, cometen á sabiendas un error y aceptan un sofisma; porque ningun fruto madura sino en condiciones vitales de calor, de aire, de luz indispensables; ningun hombre encadenado se mueve libremente; ninguna República se funda y se consolida sino en la atmósfera de la libertad. Los derechos van de tal suerte connaturalizándose con nosotros, que muchos pueblos los tienen de antiguo y los practican y los aman. ¿Será necesario, despues de una larga educacion liberal, que se aguarde á cambiar la Monarquía en República cuando se tenga el concurso unánime de los ciudadanos? En todo tiempo las minorías armadas de la fuerza de una idea han vencido á las mayorías que sólo contaban con la fuerza del número. El desenvolvimiento político y social mayor y más glorioso de nuestro tiempo se ha conseguido en virtud de la forma republicana, en los Estados-Unidos de América.

Se argüirá que siendo lo esencial la libertad es indiferente la forma, y que así como puede haber tiranía en una República, puede y debe haber libertad en una Monarquía. Pero el abuso nada quiere decir contra el uso. La libertad en una Monarquía puede deberse á empeños del acaso ó á la benevolencia del príncipe; en tanto que si la libertad falta en una República cae la responsabilidad en todos los ciudadanos que tienen medios de corregir su error y de reparar su falta. Todo hombre debe rechazar con indignacion la idea de servidumbre política, el sentimiento de sumision á los extraños, y reivindicar con orgullo el derecho de su completa independencia y el beneficio de la igualdad de todos en el mismo derecho y la misma independencia.

Existe vaga division entre los republicanos. Unos quieren la República unitaria y otros quieren la República federativa. Aquella, la República unitaria, es la heredera más natural de la Monarquía y la forma ménos complicada de gobierno. Pero le ha quitado algun crédito y ha prevenido en su contra la excesiva centralizacion y la apoplética unidad de Francia. Las pruebas por que ha pasado la

República federativa en los Estados-Unidos y en Suiza, cayendo aquella en la guerra del Sur y ésta en la guerra del Sunderbund, retraen á Büchner de abrazar el federalismo. Sin embargo, las grandes dificultades del unitarismo y de la federacion aparecen á primera vista. En la federacion se corre el peligro de la desmembracion inevitable; en el unitarismo se corre el peligro de la dictadura permanente. Y para evitar estos peligros hay un medio: conciliar la unidad necesaria á la existencia nacional con la autonomía indispensable del municipio y la provincia. En la descentralizacion germánica se encuentra el modelo práctico y realizado de esta fórmula: independencia de los intereses provinciales y locales con escrupuloso respeto á la unidad nacional. En el organismo zoológico, cada celdilla ó série de celdillas tiene su propia independencia, y todas contribuyen, por su actividad, con sus elementos propios, á la conservacion del conjunto, es decir, del cuerpo. Pues la nacion es un organismo. Y en los organismos superiores no podeis dividir y separar los órganos fundamentales sin traer la muerte, como podeis en organismos inferiores separar los órganos y constituir con ellos un animalejo ó un corpúsculo aparte. Así, en pueblos inferiores, puede separarse una porcion del todo y constituir otra pequeña entidad aparte; pero en pueblos superiores separar los organismos particulares que constituyen el organismo total, es traer la ruina y la muerte. De manera que, combinando la autoridad con la libertad y la descentralizacion administrativa con la unidad política, los pueblos modernos pueden tener seguridad completa y progreso incesante en el seno de grandes y verdaderas repúblicas.

No basta con la reforma política si no la sigue ó la acompaña la reforma social. La lucha por la vida en la naturaleza es implacable, y una gran parte de los indivíduos caen muertos deshechos en el combate bajo la rueda del fatalismo natural; y se pierden prontamente en las profundidades del tiempo, que se los traga y los disuelve en su seno como el Océano se traga las gotas de la lluvia. Pero en la sociedad las instituciones que hemos creado, las leyes que hemos escrito, lo mismo que hemos recibido como grande conquista de la moderna cultura, opone resistencias y trabas á la emancipacion social. Estamos connaturalizados con la miseria y no sentimos sus agudísimos dolores. Y Büchner pregunta si no es verdad que todos traen consigo naciendo un derecho al conjunto de los bienes morales y materiales aglomerados por la humanidad; al conjunto de los bienes morales y materiales aglomerados por su nacion; como al conjunto de los bienes morales y materiales aglomerados por su familia. Y, sin embargo, unos nacen con la corona del derecho divino en la frente, y otros sin madre, ni padres conocidos, como si estuvieran desde la cuna condenados á la desgracia y á la infamia; unos, con sólo respirar, entran en posesion de porciones inmensas del suelo, y otros apenas pueden vivir, y crecen enfermizos en la miseria, y consumen sus dias en trabajos penosos que solamente les procuran la continuacion de aquella vida maldita, y mueren sin haber aplacado su hambre y sin haber sentido un rayo de luz deslizarse en su oscura inteligencia ni una gota de felicidad caer sobre su yerto corazon. Es indispensable ocurrir á estos males. Y así como el movimiento político ha traido la igualdad de derechos y deberes, se necesita, segun Büchner, que el movimiento social traiga la igualdad de condiciones y de medios para que cada sér, de la misma suerte que ha vencido en el combate por la vida natural todas las fatalidades de la naturaleza, venza en el combate por la vida social todas las fatalidades de la sociedad.

Büchner reniega de todos aquellos que protestan contra el capital cuando es el capital producto del esfuerzo de muchas generaciones, acumulacion de trabajo, ahorro. El com-

batir al capital como capital, es la mayor de las insensateces. Mas tambien le parece insensato que el indivíduo acapare solo el ahorro de cien generaciones y el aumento que le han dado, ora nuevas reformas políticas, ora nueva actividad económica y comercial, ora el progreso de la poblacion, todo aquello que es esencialmente colectivo, y cree que los Estados modernos debian reivindicar una parte considerable de los bienes particulares para soterrar el frio egoismo y distribuir sábiamente la riqueza.

Büchner se duele de que haya querido la escuela socialista alemana, y su jefe Lasalle, convertir toda la cuestion social en la nueva cuestion del trabajo obrero y favorecer exclusivamente á los trabajadores de fábricas con privilegios que al cabo habian de redundar en daño y detrimento de ellos mismos. La cuestion del trabajo es una cuestion universal, como que abraza el trabajo toda la humana actividad. Y en esta cuestion, Büchner cree insuficiente la independencia y separacion del Estado que aconseja la escuela de los economistas, y dañosa la proteccion y la tutela que los socialistas mantienen. Sobre todo, la asistencia del Estado al trabajador parécele imposible en las condiciones de nuestra política presente. ¿Asiste el Estado á todos los trabajadores en virtud de un derecho perfecto que tienen y cuyo cumplimiento exigen? Pues necesita cúmulo tal de riquezas, acerbo de propiedad tan grande, presupuesto en tal manera extraordinario, que toda vida se agolpe á su seno, y toda actividad se regule por sus autoridades y por sus leyes. Para salvar estos inconvenientes, ¿asiste á unos trabajadores y á otros no? Pues engendra privilegios que á su vez engendran la guerra social. Unos trabajadores se alzarán de la miseria y se alzarán al bienestar fundando cierta especie de aristocracia odiada con razon por aquellos inferiores que hayan quedado hambrientos á la puerta de un festin, al cual debieran tener acceso, como dispuesto y servido por la entidad del Estado, representante supremo de la universalidad de los ciudadanos. Así, Büchner, si bien socialista, apunta un hecho radicalmente contrario á su escuela, que las fórmulas prácticas de la cooperacion, del crédito popular y mútuo, con ser individualistas han favorecido más al trabajador y han dado más positivas ventajas que las fórmulas lasallistas de la asistencia y de la proteccion al trabajo por el poder y por la autoridad del Estado, caidas entre los mismos alemanes en olvido y descrédito. Büchner cree que el mejor medio de resolver la cuestion social está en trasformar la propiedad, y que el mejor medio de trasformar la propiedad está en proceder con el derecho de testar en términos tales que la libertad del testador sea limitada, los derechos de la familia reducidos, y los bienes traspasados al Estado, para que el Estado los distribuya por todo el cuerpo social.

Cree firmemente que auxiliará á la solucion del problema económico y á las trasformaciones de la sociedad el mejorar muchísimo la pública descuidada educacion. El abandonar á la expontaneidad social todo el cultivo de la pública instruccion, sistema es desacreditado ya por el ejemplo de Inglaterra, donde las clases inferiores se arrastran torpemente en la espesa noche de brutal ignorancia. La educacion primaria universal y gratuita, es, en concepto de Büchner, lo ménos que pueden pedir los reformadores y conceder los Estados. Cuanto á los maestros se dé, á su enseñanza, á su cuidado, se le quita al carcelero y al verdugo; pues el crímen es antes mal engendrado en la ignorancia de la inteligencia que en la perversion de la voluntad. Quéjase amargamente del decaimiento á que han venido las Universidades alemanas. Ya no son aquellas islas luminosas á donde subia por su propio esfuerzo todo grande hombre, y de donde bajaban ideas con pureza concebidas, y con libertad dichas sobre la frente de las generaciones anhelosas por el conocimiento de la verdad y por la práctica del bien. La

grave opresion bajo que las tiene el gobierno; las creencias oficiales del Estado puestas como límite infranqueable á las investigaciones del sábio; la difusion de las luces que quita importancia á estos antiguos focos de todas las ideas y antiguos depósitos de todo el humano saber; la organizacion gótica en que el maestro se petrifica y el discípulo se pervierte; el crecimiento de las publicaciones y la rápida propagacion de los libros que aminora en mucho la antigua trascendencia de la enseñanza oral; las inclinaciones utilitarias de la época, que sólo siguen las carreras lucrativas; han mermado en tales términos la antigua Universidad germánica, madre de las ciencias, que para restaurarla será preciso abrirla gratuitamente á cuantos le pidan luz é instruccion, dejarla en libertad completa de profesar y difundir sus ideas, y hacerla tan desinteresada que preste culto á la ciencia por la ciencia misma, y llame, y elija, y abrace á los que solamente busquen el saber en su próbido y fecundo seno. Y no basta con atender al cultivo de la inteligencia, se necesita atender tàmbien al cultivo del cuerpo, sobre todo en las clases trabajadoras. Y para que estas pudieran vacar de sus esfuerzos contínuos y consagrarse al descanso, y en el descanso al esparcimiento del ánimo por los horizontes de las artes y de las ciencias, deberia darse una ley que señalase el máximum á las horas de trabajo y lo coordinara en términos que algun respiro á los trabajadores les quedase y alguna obligacion tuviesen de ilustrar su inteligencia. Todo el empeño puesto por los lasallistas durante nueve años en recabar la asistencia ilusoria del Estado, fuera más provechoso y favorable convertido á recabar la disminucion de las horas de trabajo, y con ella la posibilidad de algun vagar en el arte y en la ciencia para los pobres y opresísimos obreros.

Despues de algunas consideraciones sobre la familia, sobre el estado civil y social de la mujer; despues de una explícita condenacion de los impedimentos puestos en varias naciones modernas al matrimonio de los trabajadores, entra Büchner á decir sumariamente sus ideas sobre la moral y la religion. Funda la primera en la reciprocidad de sentimientos, de obligaciones, de deberes; y la define con sentido profundamente social, ley de mútuo respeto por la igualdad de derechos del hombre en general y en particular, á fin de proveer á la seguridad de la comun ventura del género humano. En cuanto á la religion, propone resueltamente que se la elimine de la sociedad. Dos pueblos dotados de grandes aptitudes nos presenta la antigua historia: el pueblo judío y el pueblo griego. Pues el primero nos ha dejado solamente sus libros religiosos, porque la fé ciega le vedaba todo progreso; en tanto que el segundo, libre en su pensamiento, libre en su conciencia, sin sujetarse á las teocracias inflexibles y á letras muertas de prescripciones teológicas, dejando vagar á su arbitrio la idea por cielos y tierra, ha concebido la forma perfecta en sus estátuas, y ha sido el revelador de las ciencias y de las artes. La diversidad de religiones y la unidad de la moral, sírvenle para declarar desligado el conocimiento del bien y su ejercicio de todos los dogmas. Contesta las pretensiones del Cristianismo á ser una religion universal, y bajo ciertos aspectos prefiere á su sentido el sentido de Buda y de Zoroastro. Lo que nosotros llamamos Cristianismo debiera llamarse paulinismo. Jesús ha sido un sectario de los esenios, un discípulo del Bautista, un sencillo judío, que lejos de proponerse fundar nueva religion, se proponia reformar la antigua, convertirla de su sentido material á otro sentido más humano é íntimo, pero sin abandonarla ni rehacerla, como lo prueba prácticamente la primera Iglesia cristiana, la Iglesia de Pedro, escrupulosísima en cumplir las leyes, en observar el sábado, en practicar la Circuncision, en respetar Jerusalen y su templo hasta que vino el judío de raza, fariseo de religion, griego

en su cultura, romano de ciudadanía y de carácter, tocado en el corazon por súbito efecto y en la inteligencia por súbita inspiracion, que rompe el sentido estrecho de los primeros cristianos, les aparta de la sinagoga salomónica y los lleva á la Iglesia universal, confundiendo todas las razas en su espíritu, y llamándolas á todas á recibir la palabra del Evangelio y la gracia de Dios. Por consiguiente, Büchner cree que el Cristianismo debe llamarse paulinismo; y que la rápida propagacion de esta doctrina se explica por la decadencia del antiguo mundo; por el apocamiento de los ánimos; por el ascetismo que vino tras la orgía á consecuencia del general cansancio; y tanto, que los emperadores más ilustres se alarmaron de aquella doctrina y presintieron que su propagacion quebrantaria las bases del imperio y la fuerza del carácter romano. Así es que Büchner desecha el Cristianismo para nuestro tiempo de progreso como una religion de decadencia. Bien es verdad que igual concepto le merece poco más ó ménos la explendente metafísica alemana, á la cual llama conjunto de frases sin sentido y de ilusiones sin realidad, proclamando como única doctrina verdadera ante la ciencia y renovadora de la sociedad su extremo materialismo.

# CAPITULO XLV.

## Á LOS ALEMANES.

Llegamos al término de este largo viaje, á través de las trasmutaciones de la conciencia religiosa. Hemos visto las ideas del siglo décimo-octavo pasar por el idealismo objetivo, desaguar en el sistema hegeliano, salir de este gran lago en torrente, impulsadas por la dialéctica de la extrema izquierda, hasta proponerse el fin de todo culto, el exterminio de toda religion, como exigencias del humano espíritu en su ascendente progreso. ¡Viaje inacabable! La ciencia alemana recorre todas las esferas, sube por la escala de todas las gradaciones de la idea, se hunde en el abismo de lo pasado, se pierde en el cielo de lo infinito, devora unos sistemas y produce otros, analiza la materia y la descompone, sigue la série de los organismos á través de sus infinitos desarrollos, enlaza la vida con el pensamiento, y sumerge el pensamiento lleno de fuego vital en la inmensa eternidad. Nada se esconde á su anhelo, nada se resiste á su crítica; el Universo se dobla como el cedro al huracan, cuando pasan por las altas cimas del sér las ráfagas impetuosas de su pensamiento. El arte humana parece una inmensa sinfonía cuando el pensador aleman recorre las teclas de este grandioso órgano. Los tiempos resucitan á sus conjuros y le revelan sus secretos. Los dioses, muertos ó vivos, bajan de sus cielos y se presentan como reos ante su tribunal. Segun recorre todos los espacios, segun vuela de mundo en mundo, segun abarca desde los infusorios hasta los dioses, en sus aspiraciones ambicioso, en sus trabajos desasosegado, diríase que guarda en las retortas de sus laboratorios el licor de la vida, y que tiene entre sus dedos los hilos misteriosos é invisibles con que todas las cosas y todas las ideas se suspenden unas de otras y se enlazan sábiamente en divinas armonías.

Pero despues que haya desarraigado el árbol de la vida para probar sus raices; despues que haya descompuesto como un poco de fósforo el pensamiento en sus análisis; despues que haya destruido los templos y encerrado en sus rotos santuarios la conciencia emancipada, si vuelve los ojos por do quier, encontrará más elevado en la escala

de la vida, y más dueño de sí mismo, y más digno de pertenecer á la humanidad, y más en posesion del espíritu moderno al pobre pastor de los Alpes suizos, al marinero de los diques de Holanda, al explorador de las selvas de América, al italiano en sus ruinas, al francés en sus revoluciones, hasta al español mismo, que los ojos alemanes no ven sino, como al diablo el creyente, entre las rojas llamas del doble infierno de su monarquía histórica y de su nefasta Inquisicion. Viendo esto, casi nos dan tentaciones de creernos esclavos de la materia, y proclamar que nuestros claros cielos, y nuestras costas pictóricas, y nuestras montañas en relieve, y nuestros mares de luz, donde el himno griego de las olas y de las brisas no se interrumpe nunca, nos llevan, eternos paganos, á realizar en el mármol de las inmortales formas las ideas antes de haberlas concebido; en tanto que las tinieblas, la humedad, el frio, la montaña cubierta de eternas nubes, la selva atravesada por fuegos fátuos y perdida en sudarios de nieblas llevan al germano á encerrarse dentro de sí mismo, á engendrar y consumir allí todas las ideas, y á menospreciar la reforma de la realidad exterior, indigna del trabajo que exige y de los sacrificios que cuesta.

La extravagante idea vertida por Bruno Bauer en sus trágicas indignaciones contra la emancipacion de los judíos; esa idea de que no pueden los pueblos emanciparse en política, si antes en religion no se han emancipado, ¿podrá ser una idea de su raza que aguardará á no creer en el Juicio Final para llamar á los reyes á público juicio? El sér creyente no impidió á Cronwell tomar como por asalto el trono de los Estuardos, ni á Hampden sembrar como por milagro las libertades parlamentarias. Los fundadores de la democracia americana habian aprendido á deletrear en la Biblia. El sentimiento de su fé, más que el sentimiento de su derecho, llevaba á los Paises Bajos á combatir la gigantesca tiranía de Felipe II. Los arqueros, los pastores que levantaron como ornamento de los Alpes la República helvética, iban á pedir inspiraciones á sus Iglesias antes de acometer sus empresas. Emanciparse debe la razon, la conciencia, la voluntad; cumplirse el derecho nacional y el derecho humano; ser todo el hombre libre en una sociedad democrática y bajo un gobierno republicano; pero no creamos que los términos de la emancipacion se cumplen y se suceden tan lógicamente en la realidad exterior como en nuestra propia conciencia. Y sobre todo, no aguardemos á que un pueblo haya perdido todas sus supersticiones para dotarle con todos sus derechos, porque entonces nunca llegará á la plenitud de la vida, que en sus impurezas y en sus inconsecuencias emancipa ahora una facultad, más tarde otra, sin someterse á nuestras leyes ideales, muchas veces arbitrariamente concebidas. Lo cierto es que dá pena poner en parangon las ideas que ha concebido Alemania, su ley del progreso, su concepto del derecho, su crítica histórica, su lucha con todos los poderes espirituales capaces de oprimir la conciencia, su saber inmenso con su realidad, su Imperio cesáreo, su aristocracia militar, su Cámara de los señores, su orgullo protestante, sus resíduos feudales. Hoy mismo la mano del Parlamento aleman se vé casi forzada por el poder monárquico á ceder en la cuestion del armamento y del ejército una parte considerable de sus fueros. Hoy mismo el feudalismo de pequeños Estados encuentra valedores en la prensa, en la Cámara, en el gobierno. Hoy mismo la resistencia á la ley de los círculos administrativos demuestra cuán arraigadas están las gerarquías aristocráticas en Prusia. Hoy mismo el combate á muerte con los católicos prueba cuán lejos se halla el pueblo pensador y progresivo, de la separacion necesaria entre la Iglesia y el Estado. Es indispensable que entre plenamente en la realidad, que la abrase en el fuego de sus ideas.

No se diga que el doctor Fausto es la personificacion del ideal germánico. Evoca el gé-

nio de la vida y el génio del arte; lleva en su frente el Verbo divino de la idea que esclarece todos los mundos, y á su lado el espíritu del mal que pone límite á todas las cosas; descompone en su retorta alquímica las sustancias dentro de su laboratorio y vá errante por las cimas de las montañas á escuchar la voz que sale de las cavernas, á recibir el rayo de la luna y las gotas del rocío, á sumergirse en la vida universal; se conmueve deletreando las palabras iniciales del libro de la ciencia y oyendo al son del órgano y de la campana los cánticos sagrados en la alborada de Pascua; estrecha contra su corazon desde la pobre Margarita, que sólo ha salido de su hogar al templo, hasta la sensual Helena, adúltera con los dioses y con los hombres, en cuyo lecho ha muerto Troya y ha nacido Grecia; baja desde los nebulosos picos del Brocken, donde las brujas vuelan á su antojo, como aves nocturnas en noches eternas, hasta los festines de los dioses antiguos, donde bebe el vino viejo de la inspiracion, á la sombra de los mirtos, al rumor del torrente coronado de adelfas, en la copa cincelada por la mano de Fidias, entre los coros ébrios de poesía y de vida; oye el choque del martillo de Thor en el yunque, el redoblar del tambor mágico en la selva, el cántico de la sirena en las ondas jónicas palpitantes de amor y coronadas de espumas, y la letanía mística, bajo las bóvedas de la catedral gótica; recorre, así las raices del Universo como sus frutas de oro, que se llaman soles, planetas; así el sentimiento en sus primeras apariciones como la idea en sus últimas metamórfosis; y despues de tantos esfuerzos y trabajos, proclamando siempre y en todas partes la accion, su único verdadero hijo es aquel homúnculo extravagante, engendrado en la redoma de la química por las combinaciones de la ciencia, y no en la matriz de la naturaleza por los milagros del amor; su única obra, la salvacion de aquel Emperador vulgar y mediano; su único porvenir, perderse como una nube de aroma, sin personalidad y sin alma, entre las flores místicas y los cantos armoniosos de un cielo panteista. Prefiero á la pobre Margarita, personificacion de la buena y blonda Germania, seducida por sus sábios en su casta ignorancia, y abandonada á sus penas sobre cuna de húmedas pajas en oscuro calabozo, porque la pobre Margarita, á lo ménos, ha sabido amar y morir.

---

# CAPITULO XLVI.

## OJEADA GENERAL SOBRE LAS ESCUELAS REPUBLICANAS EN FRANCIA.

Hemos visto el movimiento religioso en Alemania, y ahora nos toca ver el movimiento político en Francia. Allí hemos seguido la corriente de las ideas, y aquí debemos seguir la corriente de los hechos. Alemania se pierde en el pensamiento; Francia, al menor impulso de su conciencia, en la accion. Alemania es una escuela; Francia un campo de batalla. Parece Alemania la nacion de las revoluciones en las ideas; parece Francia la nacion de las revoluciones en los hechos.

No se comprende el movimiento político aleman sin comprender el movimiento religioso y filosófico; y tampoco se comprende el movimiento político francés sin comprender, sin estudiar el movimiento revolucionario. Hay que subir al siglo décimo-octavo. Hay que mirar cómo estalló allí la conciencia del pueblo en una revolucion sin ejemplo. Hay que ver cómo los partidos se formaron y se combinaron á la alta temperatura de aquella extraordinaria revolucion. Hay que seguirlos á través del tiempo y del espacio. Si no subís hasta allí, os parecerá la actual política francesa sin ningun sentido, y los actuales bandos sin ninguna enseña. Muchos se extrañan hoy de la importancia dada al asunto de la bandera blanca y la bandera tricolor. Pues esas banderas representan dos mundos. Son, como la cruz, símbolo de la religion del espíritu; y el tirso, símbolo de la religion de la naturaleza. La una, la bandera blanca, es la enseña del privilegio; y la otra, la bandera tricolor, es la enseña del derecho. La una es la Monarquía y la Iglesia; la otra es la revolucion y la República.

Todo está allí; todo está en la revolucion: partidos, escuelas, ideas, banderas, movimiento filosófico, movimiento político. Así, tended los ojos por los diversos partidos hoy existentes, y os parecerá el caos. Muchas y muy diversas escuelas republicanas hay en Francia. Ya hemos hablado de la escuela positivista, poniéndola en verdad la primera, porque parece determinar la metafísica de la parte más avanzada del partido republicano. Pues hablemos de una manera general de las principales escuelas y de sus hombres prin-

cipales, para subir á la revolucion francesa á impulso de todo el movimiento, al océano de todas las ideas.

Ya he hablado de la escuela positivista y de su jefe.

Litré está unido á la escuela positivista, aunque no haya acompañado al fundador en todas las fases de su espíritu y en todo el desarrollo de su doctrina. Otras escuelas hay dentro de la democracia republicana que á otras inspiraciones científicas responden. Desde luego, Hegel ha ejercido en Francia el soberano influjo digno de su génio sintético. Repitiendo como en copia las ideas del maestro, es difícil deducir de ellas una teoría republicana. A su trilogía fundamental, á su procedimiento dialéctico de tésis, anti-tésis y síntésis, cuadra mucho mejor el sistema monárquico-constitucional que el puro sistema republicano. Luego la concepcion del Estado en Hegel es invasora de los derechos fundamentales humanos. Aunque reconozca las personalidades y sus leyes, en cuyo reconocimiento está implícito el reconocimiento del derecho, la sustancia moral se desarrolla para Hegel, primero, como espíritu inmediato ó natural en la familia; despues, como totalidad relativa de relaciones recíprocas de indivíduos por medio de una generalidad mayor en la sociedad civil, y por último, como sustancia que tiene de sí conciencia, como espíritu desenvuelto por medio de una realidad orgánica en el Estado. El Estado es la síntesis de la familia y de la sociedad civil; la sustancia moral de los indivíduos, meros accidentes. En una doctrina así, difícilmente puede inspirarse un sistema republicano, aunque tienda la filosofía entera de Hegel, sobre todo, en sus determinaciones históricas, á la República, organismo necesario del derecho. Vacherot, discípulo de Hegel, concluye en su obra de *La democracia* por proclamar la República como la única forma de gobierno adecuada á la democracia, y por exigir para la República la centralizacion. Y yo digo que una República centralizada, en que la administracion de la capital y la direccion del gobierno se exageren y se extremen, caerá en manos de una oligarquía de burócratas.

Patricio Larroque es un filósofo eminente, que ha combatido en nombre de la libertad y con severa dialéctica las supersticiones de una falsa educacion religiosa, las cuales inhabilitan á los pueblos latinos para la comprension y el ejercicio del derecho. Profundamente espiritualista, despues de haber demostrado cuán poco gana la ley moral, fundándose en principios inadmisibles á la razon, ha buscado á Dios en la conciencia y en el espacio, su ley providencial en el universo y en la historia, y habiendo visto estas sublimes ideas, como espirituales soles que se levantan sobre los soles del Cosmos, ha predicado una religion teista, un puro código moral nacido de la conciencia, y sancionado por una vida futura, en la cual concluye el espíritu, despues de progresiva ascension, por ver y alcanzar el absoluto bien. Este sábio pertenecia en 1848 al número de aquellos que veian la República, que la deseaban; pero que no veian republicanos, y por lo mismo aplazaban la nueva forma de gobierno para cuando los republicanos estuvieran educados y apercibidos á recibirla, como si esta educacion fuera posible en el seno de las monarquías, por propio interés empeñadas en oprimir y embrutecer á los pueblos. Larroque hoy ha convenido en la necesidad de establecer, de organizar la República, y ha escrito un libro consagrado á este objeto. Pero su libro se ocupa más del poder que del derecho; más de organizar minuciosamente la República que de animarla con las nuevas ideas. Propone en este libro la supresion de la presidencia, aleccionado por el recuerdo del dos de Diciembre; y propone tambien excesivos poderes para una Asamblea, en lo cual yerra, porque tarde ó temprano tenderá toda Asamblea poderosa á la dictadura parlamentaria.

Escritor incomparable, artista eminentísimo, de una elocuencia cuyos tonos son múltiples, de una riqueza de ideas, y sobre todo de pasiones, que dá á sus escritos el interés y el movimiento de la tragedia griega. Michelet, historiador antes que todo, ha entrado en los antiguos tiempos con los ódios de los oprimidos, con sus dolores en el alma, con sus heridas en el cuerpo, como si padeciera su espíritu en todos cuantos han padecido bajo las cadenas y pelearan sus fuerzas en todos cuantos han peleado por la redencion humana, constituyéndose así en el perseguidor, en el juez y hasta en el verdugo de los tiranos, arrojados por su cólera despues de haberlos moralmente destrozado y escupido con ira inextinguible, al eterno ódio de todas las generaciones, al tormento eterno de toda la historia. Este grande historiador que así ha peleado en la sucesion de los siglos con todos los tiranos, divide el mundo moderno en dos eras, la era anterior y la era posterior á la revolucion francesa. Para él, la era anterior á la revolucion es la era de la gracia en que un Dios, crecido entre los falsos espejismos de la Edad Media, distribuye arbitrariamente sus favores; mientras la era posterior á la revolucion es la era de la justicia, en que, purificada la idea de Dios, y con la idea de Dios la razon humana, distribuye ésta, encarnada en la sociedad, entre todos los hombres, la comunion del derecho. En una de sus fórmulas dice: sacerdote, quiere decir Monarquía: maestro, quiere decir República.

Elocuentísimo tambien y tambien iluminado por grandes ideas; ménos enérgico, pero más tierno que Michelet; místico en el fondo de su alma; sacerdote de la idea de Dios ante la cual ha ofrecido como si fueran aladas oraciones todos sus pensamientos, viendo el espacio como templo y la conciencia como santuario del Creador, Quinet ha pensado que la República no se estableció fuertemente en Francia á causa de faltarle bases morales semejantes á las bases de la República en América; y ha pensado tambien que estas bases debian hallarse en una nueva religion promulgada, difundida por el Estado revolucionario. Grande y trascendental error. Nunca los Estados produjeron las religiones. Movimientos expontáneos del espíritu, las religiones nacen de la conciencia, se divulgan por la predicacion, se purifican en las contradicciones, se arraigan fuertemente en el voluntario asentimiento de los espíritus exaltados por las ideas. Así como el Estado no puede destruir; el Estado no puede crear una religion. Moisés y no Faraon creó la religion del Padre; Cristo y no Tiberio la religion del Hijo; Lutero y no Cárlos V la religion del Espíritu. Al contrario, las religiones han nacido en oposicion abierta con el Estado. Á sus cimas no han podido llegar sino despues de haber brotado y crecido la conciencia. Triste es que los pueblos latinos vean su libertad unida con una Iglesia autoritaria y gerárquica; pero es imposible sustituir esta Iglesia con otra que sólo tenga en su apoyo la sancion del Estado. Para levantar y regenerar moralmente al mundo, es necesario iluminarlo, enrojecerlo en los resplandores de ideas que salgan con expontaneidad de las conciencias, y con la fuerza moral se apoderen de las conciencias. En una doctrina moral, moralmente fundada, podeis establecer con solidez la República.

Renovaba América el planeta al tiempo mismo que se regeneraba el espíritu. Sin timbres de antigüedad, ni prestigio de tradiciones históricas; lejos de todo privilegio aristocrático, de toda gerarquía eclesiástica, de toda autoridad monárquica; cual si hijos de la naturaleza atendieran sólo á enlazar la sociedad con la razon pura, fundaron los descendientes de los puritanos un régimen liberal y popular; donde el derecho se elevó sobre todas las ideas, sobre todas las instituciones, sobre todas las leyes; y la autoridad social se distribuyó como el calor de la vida entre todos los ciudadanos; y el sufragio uni-

versal, inspirado en las libertades intelectuales, mostró en la soberanía popular una verdad práctica; y el hombre fué íntegramente dueño de todas sus facultades; y la familia soberana en hogar sacratísimo cual cerrado santuario; y el municipio autónomo como gérmen del Estado; y los Estados soberanos, independientes en su esfera, unidos por gravitaciones naturales á la nacionalidad fuerte, poderosa; y la justicia, administrada por todos y para todos en el tribunal del Jurado; y la Iglesia, independiente de los poderes públicos, cual la conciencia de la fuerza coercitiva, armonizando en estas sábias combinaciones de la libertad con la igualdad, los antagonismos que parecian eternos, la estabilidad con el progreso, el órden con la libertad, la democracia pura con la obediencia á la ley completa, la autonomía más lata de las diversas entidades sociales con la nacionalidad más poderosa, el patriotismo más ardiente con el cosmopolitismo más humanitario, la independencia indómita del indivíduo con el respeto religioso á la autoridad; como si hubiera querido con este ensayo de las ideas progresivas demostrar á todos los reaccionarios al progreso humano, que los sofismas se disipan como las tinieblas del error, á la purísima luz de la razon independiente y libre, revelada sin sombras ni limitaciones en el seno de la pura naturaleza.

Este ideal tuvo apóstoles y apóstoles ardentísimos en Francia. Un escritor de orígen aristocrático divulgó las excelencias de la democracia triunfante. Sóbrio de estilo, rico de ideas, reveló Tocqueville las maravillosas calidades de este gobierno del pueblo por el pueblo. Un Estado democrático, compuesto de innumerables muchedumbres, por ser un Estado ordenadísimo. El municipio sirve de escuela á todos los ciudadanos; la justicia de freno á todos los poderes. Las leyes son más fuertes que la naturaleza misma para crear y sostener esta grande y liberal democracia. Las ideas generales, que parecian patrimonio de la raza latina, entran en el seno de la raza sajona por virtud de la universal educacion de la República. El gusto á las ciencias y á las artes pasa á ser facultad tambien de las muchedumbres. El individualismo exagerado, que pudiera degenerar en egoista, desaparece bajo el poder de las instituciones libres. Toda profesion honrada es en la tierra de la libertad profesion honrosa. Las costumbres se dulcifican en la igualdad. Las relaciones de amos y criados se intiman, porque ambos participan de la misma dignidad de ciudadanos. Los salarios se aumentan en la asociacion. La igualdad de condiciones dá severidad á las costumbres. El Nuevo Mundo parece destinado á demostrar al Viejo que no hay ningun peligro en el cumplimiento de los dos términos necesarios al derecho, en el cumplimiento de la libertad y la igualdad.

Estas ideas descienden durante el Imperio al pueblo en libro tan leido, tan admirado, tan propio para llegar á todas las clases, para conmover todas las gentes, como el libro de Laboulaye: *París en América.* La escuela práctica de las libertades naturales, allí está en toda su pureza y en toda su verdad. El propietario vé que la República le asegura su renta; el trabajador que le asegura su trabajo; el sacerdote que le respeta su conciencia y la santa libertad de su palabra; la madre que le educa los hijos severamente en magníficas escuelas; los ciudadanos todos, que los llama á la vida pública segun su vocacion; que los arma con el derecho; que les abre todas las magistraturas; que les inspira con la conciencia plena y luminosa de su sér el sentimiento austero de la propia responsabilidad. Por lo ameno del estilo, por lo movido de la narracion, por lo creciente del interés, la obra de Laboulaye es la enseñanza viva dada á todo un pueblo en el arte difícil y necesario de gobernarse á sí mismo.

A este libro han seguido libros de viajes, en los cuales resultaban demostradas prácticamente las excelencias todas de la democra-

cia americana. Grandes servicios prestaron á la civilizacion, á la libertad, los mantenedores de esta escuela de federacion y de República. Ha sido América para el pueblo, en su concepcion del régimen democrático, lo que fué Inglaterra para las clases medias en la fundacion del régimen constitucional. Pero los apóstoles de la escuela americana en Francia, sus dos ilustres jefes sobre todo, Tocqueville y Laboulaye, han tenido la contra de no amar en la realidad, con amor fecundo y prolífico, un ideal que tanto han amado en la ciencia con amor puro y platónico. Tocqueville perteneció en 1848 á la comision constitucional. ¿En qué se conocieron sus profundos estudios de la Constitucion americana? Laboulaye pertenece hoy á la Asamblea francesa. ¿En qué se conoce su adhesion al ideal americano?

Cabe excusarse con el carácter unitario de Francia. Yo no pienso ni he pensado nunca en negarlo. Pero los que prefieren al ideal francés el ideal americano, dicen, tambien tiene Francia tradiciones federales. Federales fueron las antiguas Galias como la antigua Germania; federal todo el movimiento de las comunidades que engendró el Estado llano; federal aquel sublime comienzo de la época revolucionaria en que pedia cada region reformas inspiradas por sus ideas y sus necesidades; federal aquella cohorte de grandes oradores, de grandes tribunos, que traian la miel de la elocuencia ática en los lábios y el recuerdo de la liga anfictiónica en la memoria; muertos casi todos en el cadalso á la primavera de la vida, á la florescencia del alma, por haber combatido la dictadura gigantesca, que, absorbiendo el derecho municipal y provincial en fortísimo invasor Estado, habia de traer por fuerza el cesarismo, imposible en las federaciones. La revolucion francesa fuera ménos poderosa, ménos titánica, pero más feliz, más duradera, de haber sido federal. Pequeñas Repúblicas en grande nacion; hé ahí la fórmula salvadora. Los reyes de Europa, coligados; sus ejércitos en armas, imposibilitaron de todo punto la federacion. Los federales, reos de desmembracion de la pátria, murieron en la guillotina despues de haber dejado resplandores de la más alta elocuencia en la tribuna, y de haber departido en las agapas de la última cena fraternal sobre la inmortalidad del alma con aquel mismo lenguaje, puesto por Platon el divino en lábios de Sócrates moribundo. Pero en circunstancias normales, dicen los defensores del régimen americano, cuando no apremia la guerra, cuando no se impone la dictadura, es la federacion el régimen propio de las democracias. Proudhon, que resueltamente abogó por la idea federal en los últimos escritos de su laboriosa vida, creia tener á la sazon verdadero presentimiento de la suerte que habia de tocar á las democracias. Singular destino de este hombre, reivindica el título de socialista, y disuelve las escuelas sociales, y tritura los Estados fuertes, y deja como rastro de luz en toda su obra dos afirmaciones supremas: el dogma filosófico de la libertad moral y el dogma político de la federacion republicana. Quince Constituciones ha tenido Francia desde que ha entrado en el régimen democrático; se acerca á la décima-sexta, y apenas ha comprendido todavía en dónde está el secreto de la rápida descomposicion de todas ellas; en el exceso de autoridad y de poder central, no hay medio de que la democracia obtenga y guarde el poder; de que la autoridad y la libertad se resuelvan desde su oposicion presente en síntesis armónica; de que las entidades fundamentales de la sociedad, sin perder su autonomía se asocien; no hay medio de resolver todos estos problemas, de realizar todos estos progresos, sino en la federacion y por la federacion. La escuela federal en Francia comenzaba á formarse. Chaudey, asesinado en los dias postreros de la última revolucion parisiense, defendia con verdadero entusiasmo la República federal. Barni, grande propagador de las ideas filosóficas modernas,

desterrado del 2 de Diciembre, catedrático en la culta Ginebra, sustentaba tambien la federacion, aplicada á todos los pueblos de Europa. En igual sentido escribian y hablaban Coclin, autor del precioso libro sobre los orígenes de la revolucion; Acollas, eminentísimo jurisconsulto; Simon de Treve, un orador aleman, que las persecuciones y el destierro han naturalizado en Francia. Todos ellos contribuyeron poderosamente al Congreso de Ginebra, donde se proclama la federacion republicana como el organismo ingénito á la democracia moderna. Pero este partido, ya sea por su escaso número, ya por su mala organizacion, ya por las desgracias históricas de Francia, que crean la República en medio de las amenazas ó de las invasiones extranjeras, lo cierto es que, destruido el Imperio, no pensó el 4 de Setiembre en evitar, quizá porque no pudo, la antigua fórmula de la República, una é indivisible. Y acabemos de decir la verdad. La Commune ha desacreditado el federalismo en Francia, como los cantones lo han desacreditado en España.

Digamos toda la verdad. Es la tradicion revolucionaria más seguida en Francia la tradicion jacobina. Los girondinos han tenido de su parte la admiracion y las simpatías dignas de hombres que sabian sentir como Barbaroux, pensar como Condorcet, y hablar como Verguiand. Pero si sentian, pensaban y hablaban así, en el obrar no eran de igual acierto. Hombres de idea, parecian reñidos con la accion. Los vapores mefíticos de la realidad oscurecian sus inteligencias y les daban como vértigos. Aceptaron el poder de la monarquía y fueron conspiradores contra la monarquía; repugnaron la muerte de Luis XVI y por complacencias serviles con la opinion exaltada la concedieron; alcanzan mayoría en la Convencion y no fueron capaces de conservarla; sostuvieron la guerra ofensiva y olvidaron la energía necesaria á estos supremos esfuerzos; molestaron á los montañeses con arengas en la Asamblea, y no supieron ni vencerlos con votos en las secciones, ni arrojarlos con autoridad del ayuntamiento. Mas la historia les ha perdonado esto, porque la historia le perdona todo á los que saben morir.

En cambio la tradicion jacobina se extiende desde el 31 de Mayo, en que fueron vencidos los girondinos, hasta el 9 de Thermidor, en que triunfaron los llamados por esta nefasta fecha thermidorianos. Y en este tiempo se emprendieron todas las obras y se realizaron todos los milagros que han verdaderamente inmortalizado á la Convencion. A los discursos sucedieron los hechos. A las incertidumbres del gobierno de la palabra, la energía del gobierno de la accion. A las complicaciones de la política girondina que discutia y consultaba cuando era necesario decidir y obrar, aquella dictadura inmensa, que habia pactado con la muerte la victoria á toda costa, y habia puesto los generales entre la guerra en las fronteras y el cadalso en París. Catorce ejércitos se improvisaron. Seiscientos mil jóvenes corrieron con la *Marsellesa* en los lábios y la antigua virtud republicana en el pecho, á pelear por la libertad y por la pátria. Sus madres, que la revolucion fanatizara, hablábanles de la muerte como las madres espartanas. Veintidos comisiones obraban en la Convencion con el misterio y con la celeridad de la naturaleza. Así, toda Francia tributó su sudor á la guerra, merced á universales requisas. Los jóvenes guerreaban y los demás sostenian la épica pelea. Los reyes de Europa fueron vencidos y humillados por oscuros voluntarios; la antigua táctica de Federico el Grande desconcertada por la nueva táctica de Carnot. Vendida Francia por el rey al extranjero, se salvó del extranjero con esfuerzo sublime, que será siempre contado entre los prodigios del humano heroismo.

Dos hombres dirigieron esto principalmente: Robespierre y Danton. Estos dos hombres tenian cualidades bien distintas. Era el uno

el artificio y el otro la naturaleza; el uno la argucia y el otro la idea; el uno la declamacion y el otro la elocuencia; el uno la virtud insensible y el otro la perversion humana; el uno la crueldad sistemática y el otro la crueldad por recurso; el uno la secta con todas sus estrecheces y el otro la humanidad con sus vicios, pero tambien con sus virtudes; el uno el maquiavelismo revolucionario y el otro la franqueza revolucionaria; el uno la conjuracion y el otro la guerra; el uno egoista y frio hasta en sus impulsos más humanos y el otro generoso hasta en sus crímenes más abominables; el uno anhelante de poder y de gloria para sí, el otro de grandeza para la pátria; el uno astuto, el otro fuerte; el uno calculador y el otro apasionado; el uno discípulo de Rosseau, como son siempre discípulos todos los talentos propagandistas, y el otro originalísimo, personal, como son siempre originales los talentos profundos: en su rostro frio, pálido, huesoso, Robespierre revelaba la desolacion de su alma; mientras en su cara ciclópea, granizada por la viruela, Danton revelaba el relampagueo interior de su génio: cayó la cabeza de Danton, que era el cerebro de la Francia revolucionaria, en el cesto de la guillotina por el ódio implacable de su rival y su enemigo; pero cuando Robespierre, zaherido, acusado, puesto al borde del abismo por los thermidorianos, queria hablar en la Convencion y le desoian; queria suplicar y le amenazaban; queria amenazar y se le reian; queria imponer y se le sublevaban; al saltar de banco en banco por la Convencion, enemiga é insurrecta, díjole siniestra voz el sentido de toda aquella tragedia: Robespierre, la sangre de Danton te ahoga. Robespierre ha conservado mayor culto entre los revolucionarios por dos causas: primera, porque sólo sus amigos sobrevivieron y guardaron el génio de la revolucion; segunda, porque á la muerte de Robespierre siguió inmediatamente la estúpida é infame reaccion thermidoriana que al cabo, de orgía en orgía, fué á dar el 18 de Brumario en la infame dictadura del Imperio.

Quizá por todas estas causas el jacobinismo tiene hoy muchos sectarios todavía en Francia. Algunos quieren sus procedimientos de terror, otros no; pero todos tienen del Estado una concepcion que en mi sentir contradice las bases esenciales de la democracia y de la República. Cuéntanse entre los jacobinos franceses Peyrat, escritor sóbrio y profundo; Hamel, que ha llevado á la historia todas las pasiones de la primera revolucion y todo su exaltado celo por la República; el austero periodista Delescluze; y el poeta, muchas veces inspirado, siempre audaz en sus afirmaciones, siempre elocuente en su calorosa y coloreada palabra, Félix Pyat.

Pero yo sostengo y sostendré siempre, que si la revolucion francesa se salvó en 1793 por su génio unitario, se perdió en la posteridad por no haber fundado la descentralizacion. La democracia francesa tiene un glorioso abolengo de ideas, la ciencia de Descartes, la crítica de Voltaire, la pluma de Rousseau, la monumental enciclopedia; y la democracia anglo-sajona, tiene por todo abolengo un libro de una sociedad semi-primitiva, la Biblia: la democracia francesa es el producto de toda la filosofía moderna, es el cristal brillantísimo cuajado en el crisol de la ciencia; y la democracia anglo-sajona es el producto de severa teología, aprendida por unos cuantos prófugos cristianos en las sombrías ciudades de Holanda y de Suiza, por donde vaga la ceñuda sombra de Calvino: la democracia francesa llega con su cohorte de tribunos ilustres, de artistas, que recuerdan los tiempos helénicos ó los tiempos del Renacimiento; Mirabeau, la tempestad de ideas; Verguiand, la melodía de la palabra; Danton, el fuego, la ardiente lava del espíritu; Camilo, el inmortal Camilo, eterno sublime niño escapado de Atenas, con cincel en vez de pluma, especie de bajo relieve del Partenon, viviente, animado; y la democracia anglo-sajona llega con talentos modestos; Otis,

el publicista humilde; Jefferson, el orador práctico; Franklin, el sentido comun hecho hombre; todos sencillos como la naturaleza y pacientes y tenaces como el trabajo: la democracia francesa improvisa catorce ejércitos en un dia; gana batallas épicas; forja generales como Dumouriez, el héroe de Jemmapes; como Masena, el héroe de Zurich; como Bonaparte, el general de los generales, el héroe de los héroes; y la democracia anglo-sajona sostiene una guerra vária; reune ejércitos pequeños, hace campañas de escaso brillo y tiene por todo general un Washington, cuya gloria está más en la ciudad que en el campo, cuyo nombre será contado más entre los grandes ciudadanos que entre los grandes héroes; y sin embargo, la democracia francesa, aquella legion de inmortales, ha pasado como una orgía del espíritu humano, ébrio de ideas, como una batalla homérica, donde todos los combatientes, ceñidos de laurel, han muerto sobre sus cincelados escudos; mientras la democracia anglo-sajona, esa legion de trabajadores permanece en su serenidad, en su grandeza, formando la porcion más digna, más moral, más ilustrada y más rica de todo el género humano; revelador paralelo de los brillantes medios y de los escasos resultados en la una, y de los pocos medios y de los brillantes resultados en la otra; revelador paralelo, escrito en la historia con letras de fuego, para demostrar que la democracia no consigue ningun resultado por la dictadura, y los consigue inmensos por la libertad.

Pero no solamente era idea la República en Francia; era tambien accion. El tipo de los hombres de accion, á cuyo alrededor se formó una legion de la democracia y de la República, todavía no dispersada ni concluida por los años, fué Armando Carrel, soldado del pensamiento y pensador de lucha, de combate. Militar, su espada siempre se afiló en las ideas; escritor, su pluma combatió y flameó como una espada. Generosa naturaleza para el pensamiento y para la accion, se inspiró de contínuo en la voz de su generosidad. Muy jóven todavía, peleó en España contra la intervencion de 1823, á la sombra de la bandera tricolor, sin mirar si eran sus amigos extranjeros y sus enemigos franceses, porque en su corazon se levantaba sobre la gloria la justicia, esa causa inmortal, y sobre la nacion la humanidad, esa familia del alma. Enemigo de dos dinastías, amigo en su edad madura de la República, eterno combatiente por el derecho, tan repulsivo á las utopias comunistas como decidido á unir la democracia con la libertad, carácter estóico por la pureza de sus móviles y por el desinterés de sus acciones, prudentísimo para comprometer á los suyos, temerario cuando sólo comprometia su propia vida, Carrel unió en su persona, como pocos, la idea á la accion, la pluma á la espada, la tribuna y la prensa al combate contínuo por la emancipacion de los pueblos.

En el grupo de Carrel debemos colocar grandes caractéres, que si con él no se identificaban por las ideas completamente, identificábanse con él por su valor, por su elevacion, por su generosidad. Hombres de accion sobre todo y antes que todo, Godofredo Cavaignac, Armando Barbes, el coronel Charrás, dieron, á un grupo importantísimo del partido republicano, la caballerosidad de su carácter y la generosa impaciencia por la victoria. Todos tres combatieron con valor y todos tres dejaron recuerdos inmaculados de virtud y de sencillo heroismo. Soldados y organizadores, pasando contínuamente de las sociedades secretas á los clubs, de los clubs á la organizacion guerrera del partido, atacando con fuerza unas veces y resistiendo otras con verdadera constancia; siempre en la brecha, como si la vida de la democracia fuese una guerra contínua; de las batallas á las cárceles, de las cárceles al destierro, del destierro á nuevos empeños de accion, dieron al partido republicano la varonil fibra y el acerado carácter, indispensables á su combatida existencia. Los tres han muerto. La de-

mocracia los ha perdido como perdiera su caballero sin tacha y sin reproche, Armando Carrel. Fué el primero en caer Godofredo Cavaignac, hermano del general de este nombre, y al caer se llevó consigo á la tumba pedazos del corazon de todos los demócratas en su inmenso corazon, roto á los golpes del dolor y del trabajo. Ménos afortunados que Cavaignac, las tumbas de Barbes y de Charrás se levantan allá en el suelo del destierro. Barbes tenia un valor á la antigua. Para él, combatir era como la ley dura, pero inevitable de la vida. No medía los obstáculos ni las resistencias. Cuanto más contraria era la tormenta y más deshecha, lanzábase en su seno con mayor decision. Así ha compartido su solemne y trágica vida entre el calabozo y el destierro. Así muchas veces ha malogrado sangre y sacrificios, que hubieran sido provechosos en momento más crítico y más supremo. Pero ¿quién podrá en este mundo sumiso y obediente criticar la impaciencia por la justicia, cuando parecen todos resignados al yugo? Entre las brumas de Holanda se alza el sepulcro de Barbes, y la humedad que lo rodea y las nubes que lo envuelven, parecen como humedad y nubes de lágrimas. Ni siquiera ha podido volver al suelo de su pátria en cadáver, en huesos frios, porque desde que el destierro se levantó para estos huesos, Francia sólo ha tenido tiempo de recoger nuevos cadáveres sembrados en los campos, donde han sido castigadas implacablemente las culpas del segundo Imperio. El coronel Charrás, otra espada de la democracia francesa, murió á las orillas del ensagrentado Rhin, despues de haber escrito para enseñanza de su pátria la inútil leccion de las causas que llevaron el primer Imperio de la omnipotencia á Waterlóo y de Waterlóo á la desmembracion de Francia.

Todos estos hombres eran, ciertamente, hombres de accion; eran de aquellos para quienes la idea, cuando se desliga del hecho, no es sino una entelequia, un verbo sin realidad alguna en la vida. Para su pensamiento, la República vivia como la más gloriosa de todas las tradiciones de Francia, como la única al cabo que valia la pena de ser sostenida, exaltada, y de exigir el combate, el sacrificio. Los crímenes de la primera República se habian perdido y sólo quedaba el engrandecimiento de la pátria, la victoria sobre los reyes, el derecho encendido como un luminar inextinguible en la conciencia humana, las cadenas de los esclavos rotas y fundidas. Austeros, consecuentes, virtudes parecidas á las virtudes de los hombres de Plutarco los adornaban; y aspiraciones indomables, como son las aspiraciones de todos los verdaderos innovadores, les sostenian en su trabajo por la reivindicacion de la República. Su influencia ha sido poderosa é inmanente. Recorriendo las zonas del republicanismo francés, aún se encuentran estos caractéres forjados en bronce. Ellos forman la base primera y más firme del partido republicano. Por ligeramente que en él se investigue, encuéntrase esta tradicion como el fondo inconmovible del organismo de nuestra idea.

Al segundo tercio del Imperio, despues del atentado de Orsini, constituyóse en Francia un partido republicano oficial, que surgia de las elecciones y de las urnas. Este partido no podia reclutarse en los antiguos jefes republicanos, todos en la emigracion, ni en los más decididos y valientes soldados, todos opuestos al juramento. Fué necesario ir á la Universidad, á la Academia, al Foro, para sacar de allí oradores que recordaran la existencia de la idea republicana y su culto en el espíritu del pueblo. La palabra de estos hombres debia sonar sobre los desórdenes del Imperio, como el aliento del incendio y el trueno del cielo sobre los festines de Balthasar y Sardanápalo. ¿Tenian los designados fuerza para tanto? Cuando unos se habian quedado en Francia á pesar de la proscripcion universal, cuando otros no habian sido notados en aquel gran terremoto del

dos de Diciembre que echó fuera de Francia hasta las entrañas de nuestro partido, prueba era de que su fé democrática no tenia grande exaltacion. Algunos de ellos habian pertenecido á la derecha de las Asambleas de la República, y ahondado con su miedo á la libertad, y su entusiasmo por las medidas represivas las divisiones entre los revolucionarios. Á tan tristes recuerdos uníase que ya el juramento, ya la necesidad de someterse á reglamentaciones absurdas, ya el orgullo de una mayoría impaciente y vocinglera, les obligaban á largas amplificaciones ó sutiles distingos, sólo propios para quitar energía al pensamiento de ódio y horror hácia el Imperio, depositado por los electores en las urnas al depositar los nombres de los diputados republicanos. Luego, cuando el Imperio habia usado todas las armas prohibidas para triunfar, el perjurio escupido á la conciencia pública, la conjuracion maquiavélica, las violaciones increibles de los derechos naturales, de la inmunidad parlamentaria, de la Constitucion, de las leyes, de todo cuanto hay sagrado sobre la tierra; cuando sombríos esbirros habian asaltado el hogar de los representantes del pueblo en la callada noche, y sus legiones pretorianas y estipendiadas, remedo triste de aquellas legiones de la Roma imperial, que sólo supieron mancharla y no defenderla, habian violado el Parlamento y ensangrentado las calles; cuando á las matanzas en las calles habia sucedido una proscripcion semejante á las proscripciones de las guerras religiosas, una proscripcion que todo lo desconoció, desde los derechos de la propiedad hasta los derechos de la conciencia; los encargados de combatir al tirano manchado de sangre y reivindicar la República sorprendida por salteadores, aseguraban que jamás apelarian á la última razon de los pueblos oprimidos, á la razon suprema de las revoluciones.

Todos estos compromisos, de un lado desautorizaban á los representantes de la República en el ánimo de sus electores, y de otro lado abrian enemistades irreconciliables entre el partido republicano de la Cámara y el partido republicano de la emigracion. Y en medio de tanta debilidad de un lado y de tantas sospechas de otro, la abjuracion de Emilio Ollivier, entregándose al Imperio con olvido de los recuerdos de su familia y del mandato de sus electores; las veleidades de Ernesto Picard, que tanto ingénio y tanta hiel pusiera en sus combates contínuos al Imperio, quitaban fuerza en la opinion á los diputados. Sin embargo, cuando el César parecia haber sometido á su cetro la fortuna; cuando las batallas de Italia y las batallas de Crimea le daban falso tinte liberal; cuando el brillo exterior de su poder y de sus legiones deslumbraba á tantos, la voz severa de Julio Favre, su elocuencia elevada y sóbria, anunciaban á las nuevas generaciones, como la palabra de Tácito entre las orgías del antiguo cesarismo, que no se habia apagado por completo el calor de las ideas republicanas en los corazones franceses. Y al resplandor de aquellas contenidas y fugaces llamaradas de elocuencia, avivábase en la fé y en la esperanza una juventud, en cuyo corazon jamás podrá extinguirse el culto á la República.

Esta minoría fué en la Cámara última del Imperio considerablemente modificada por la aparicion de cuatro hombres, que traian una significacion particular cada uno en su respectiva esfera y con su génio respectivo. Eran estos hombres Bancel, Rochefort, Raspail, Gambetta. El primero representaba la poesía y la majestad del destierro; el segundo la amarga sátira que habia moralmente destruido y desautorizado al Emperador; el tercero el republicanismo histórico en toda su integridad y con todas sus cóleras; el cuarto, finalmente, la nueva escuela republicana, mucho más libre que las históricas, mucho más inteligente, uniendo á la luz de las ideas toda la energía de la accion, contenida por verdadera mesura de carácter y madurez de juicio. Es necesario mirar un momento á estos

hombres, si quereis estudiar el movimiento de su idea en Francia.

Bancel pasó por las cimas de la tribuna como un meteoro. Su discurso único, más literario que político, más digno de la Academia que del Parlamento, era elocuentísima apoteosis de los emigrados y luctuosa elegia llorada sobre sus dolores y sus recuerdos. Lució aquella palabra un momento en la Cámara, deslumbrándola más bien que persuadiéndola.

Raspail traia vivas todas las aprensiones de su vida pasada, la satisfaccion de la propia personalidad, el orgullo por la pureza de su larga historia, la desconfianza hácia sus compañeros todos, hácia los antiguos por ódio y hácia los nuevos por desprecio; las genialidades de un carácter severo, pero olvidado del rudimentario axioma de que en política nada puede el hombre solo, abandonado á sus fuerzas propias, necesitando para adelantar, para vencer, agruparse á sus afines, recoger la responsabilidad de sus faltas como la gloria de sus aciertos, y formar con ellos la legion disciplinada y entusiasta, capaz de reñir tantos y tan formidables combates como exige el triunfo de una idea.

Rochefort representaba las huestes por excelencia ardorosas y extremas del partido republicano. Su popularidad, como sus escritos, tenian más brillo que solidez. Hijo de París, crecido en los boulevares, colaborador de periódicos ligeros y chispeantes, dotado de esa facultad parisien que convierte en artículos sabrosos las murmuraciones de café, con una ironía ya ligera, ya sangrienta, fué el primero que dentro de Francia, en el seno de la capital, osara dirigirse al omnipotente César y escupirle al rostro toda la hiel segregada por veinte años de humillacion y de servidumbre. La sátira es un poderoso corrosivo. Su amargura no llega al lábio sin filtrarse y caer gota á gota sobre la conciencia, obligándola á comparar sus ideales de perfeccion con las impurezas de una viciada realidad. En cuanto aquella sátira estalló, y tras la sátira una homérica universal carcajada, y tras la carcajada el despecho de los poderosos molestados, que aumentaba la risa de sus enemigos divertidos y vengados, presintióse por do quier la muerte próxima del Imperio. Aquella sátira no tenia, no, la sal ática de Luciano ni la indignacion trágica de Juvenal, ni el ingénio fino y amargo de Voltaire: mas era la sátira que convenia al Imperio, baja como el enemigo á quien debia herir, enemigo hundido en la inmundicia. La sátira es el género literario que anuncia la muerte de las religiones caducas, la agonía de los imperios enfermos. El primero en herir al ídolo fué Rochefort, y el pueblo le pagó su audacia con un nombramiento para la Cámara. Este inmenso servicio nunca le será olvidado á Rochefort, sean cualesquiera las faltas de su carácter y las alternativas de su suerte. Pluguiera al cielo que hubiese reducido al fin de matar al cesarismo en la conciencia pública con la sátira todas las vocaciones de su vida, pues su nombre, combatido luego y mermado en el oleaje de pasiones encontradas, no se menguara un ápice y fuera siempre unido á una de las obras gloriosas de nuestro tiempo. Mas Rochefort, falto de talento político en la Cámara y de accion en la calle, no podia tener tanto sobre sus compañeros de diputacion como sobre las muchedumbres del pueblo, nada más que fugaz y disputada influencia.

El hombre destinado á influir más poderosamente en el partido republicano era Gambetta. Está hoy en uso criticarle acerbamente, porque se mantuvo de pié cuando todos caian; porque creyó cuando todos dudaban; porque tuvo fé en Francia cuando Francia desconfiaba de sí misma; porque prolongó dictatorialmente una guerra perdida desde la entrega de Sedan y la traicion de Metz, más allá de lo posible, perdiendo toda la campaña, pero salvando la honra de su pátria. Yo nunca he pertenecido á los adoradores del éxito. Yo no creo un crímen la desgracia. Gambetta se vió abandonado de la fortuna y

de la victoria, mas no del propio heroismo y de la justicia de una santa causa. ¿Qué debió hacer? No, no tuvo el fin de Bruto despues de la batalla de Filipos, cuando al ver que la libertad espiraba y la pátria caia, su corazon se despedazaba y sonreian las estrellas en el cielo azul de Grecia, dudó en el trance último y supremo hasta de la virtud. Gambetta es un hombre de su tiempo y sabe que la libertad se eclipsa, pero no se extingue; que la pátria cae, pero no muere. Yo creo á Gambetta, á pesar de sus infortunios, culpa de su tiempo y no de su inteligencia y de su carácter; yo le creo entre los primeros de los republicanos de Europa; yo le cuento entre los que más han contribuido á la difusion de nuestra idea. En su colosal cabeza, en su frente espaciosísima, en el brillo concentrado de la retina que tiene sana, en su escultórica nariz, en su boca abierta por una sonrisa de benevolencia, en su rostro coloreado por alto temperamento sanguíneo, en sus formas hercúleas á pesar de la baja estatura, en toda su complexion, adivínase desde luego la mezcla felicísima de la inteligencia con la fuerza, de altas ideas con enérgicas resoluciones.

La naturaleza suele dividir el trabajo y agrupar diversa y variamente las vocaciones humanas. Y cuando crea un hombre de accion, suele quitarle aptitudes para hombre de idea. Y cuando crea un hombre de ideas, suele quitarle aptitudes para hombre de accion. El hombre de ideas ama la indagacion espiritual, y el de accion los trabajos materiales; ama el retiro aquel y éste el mundo; aquel la paz del ánimo y éste el combate; aquel los grandes libros y éste las grandes pasiones; aquel la contemplacion serena del pensamiento, éste el curso revuelto y encrespado de los hechos. Sin duda Platon nunca hubiera podido ser Pisistrato, ni Montesquieu Colbert. Reunir el pensamiento á la accion, como César, es un prodigio; reunir á la energía de la palabra la energía de la voluntad, como Danton, es un milagro. Siempre las grandes cualidades resaltan de los grandes defectos. Equilibrar en una misma persona la idea con el hecho, la actividad de la inteligencia con la actividad de la vida, es el don que Naturaleza ha presentado á Gambetta, cuyo talento sabe volar con abiertas alas por el cielo y andar con paso firme y seguro por la tierra. Sin embargo, ha suscitado siempre mucha oposicion Gambetta. Naturalmente, la oposicion que Gambetta suscitaba provenia del empeño mostrado desde los primeros dias de su vida pública, por unir y disciplinar todos los elementos republicanos, los enérgicos y los templados, los jóvenes y los viejos, los de antigua y los de moderna extraccion, los reunidos oficialmente en la Cámara y los confinados en el destierro, los de unas y otras sectas sociales, para arremeter y derribar al Imperio antes que el Imperio derribara con su interna corrupcion y sus aventuras extranjeras el poderío político y el influjo moral de Francia.

En esta obra titánica, Gambetta habia pensado evocar del destierro y conducir á París el hombre que ménos desconfianzas inspiraba y que más autoridad tenia en el partido republicano, Ledru-Rollin. Desde 1832 habia sido este gran tribuno, este gran orador, nuestro Hércules. El trabajo que echó sobre sus hombros espanta por lo atrevido y por lo grave. Foro, club, prensa, tribuna popular, libro, folleto, las armas de combate moral que puede forjar esta civilizacion nuestra, tan rica en grandes instrumentos para las ideas, fueron todas esgrimidas en guerra sin término y sin tregua por la libertad, por la democracia, por la República, cuando todas estas ideas parecian fantasmas de imaginaciones calenturientas, perdido el espíritu público en los sofismas y en las argucias de la triste y vergonzosa reaccion doctrinaria.

Recuerdo con viveza el dia que hablé por vez primera á Ledru-Rollin allá en su casa de Lóndres. Era por el mes de Junio de 1868. Parecióme que conservaba en su figura pocos

rasgos de su ya pasada juventud, y en su palabra muchos ecos de su vigorosa elocuencia. Hablamos de nuestros respectivos combates y de nuestras respectivas emigraciones. Mi destierro, comenzado en 1866, debia concluirse antes que su destierro, comenzado en 1849. Ledru pertenece á la escuela republicana pura de la nacion francesa; escuela muy pagada de las antiguas tradiciones revolucionarias; muy amiga de los dos principios jacobinos por excelencia, la soberanía popular y el sufragio universal; poco decidida por los principios del derecho moderno, que para nosotros constituyen las bases de la verdadera democracia; poco ducha en las artes políticas, que la generalidad de las gentes denomina habilidades, y que para los conocedores de la verdadera naturaleza de la sociedad son procedimientos necesarios é ineludibles.

Único representante del partido republicano en la última Asamblea de la monarquía doctrinaria, no osaba ligarse á los liberales que promovian los banquetes políticos en contra de Luis Felipe y su primer ministro Guizot, por temor de aparecer como aliado con aquellos mismos á quienes creia falsificadores de la libertad y agitados por el deseo de conservar y aun purificar la monarquía. Así es que, rechazando la fórmula propuesta por la llamada oposicion dinástica de afianzamiento y desarrollo de las instituciones conquistadas en la revolucion de Julio, Ledru-Rollin reunió en Lila y en Dijon numerosos electores y ciudadanos en concurridas agapas democráticas; y les propuso como un modelo que seguir la fé de los hombres de la Convencion sin sus errores y sin sus crímenes, y como un objeto que alcanzar, la emancipacion política del pueblo, acompañada de reformas sociales conducentes á combatir y aminorar su ignorancia y su miseria.

Los liberales doctrinarios querian detener la agitacion dentro de la Carta de 1830; y los republicanos querian llevarla naturalmente hasta la fórmula de la República. Esto era tanto más necesario, cuanto que antiguos jefes del partido, en su afan de una victoria posible y en su trabajo por amoldar la realidad al ideal, proponian desde las columnas del *Nacional* hasta una transaccion verdadera en aquello que no puede ser sacrificado sin desdoro, en el principio fundamental, en la República, pareciéndoles más posible y más aceptable la fórmula híbrida de una monarquía democrática. En esto, la agitacion de los ánimos, las discusiones de la tribuna y de la prensa, los entusiastas discursos, las vivas polémicas, la cantidad de ideas diseminada en la conciencia pública, trajeron la consecuencia natural, trajeron la tempestad de la revolucion.

Podria repetir cuanto me contó del dia primero de la República de 1848 como si lo hubiera recogido taquigráficamente, de la misma suerte que podria describir aquel instante, su casa rodeada de un jardin, la habitacion donde departimos, tapizada de papel oscuro, sobre el cual resaltaban paisajes al óleo de vivos y encendidos colores. «El dia 24 de Febrero, decia, fué un dia decisivo, en que nuestra victoria no consistió tanto en nuestra audacia como en nuestra habilidad y prudencia. Ninguno de los jefes de la antigua oposicion dinástica estaba decidido por la República; y en cambio muchos de los republicanos históricos estaban decididos por la monarquía. Lamartine, á quien su reciente popularidad embriagaba, y mis alabanzas contínuas complacian, era el más decidido por nuestro ideal, pero el ménos seguro, á causa de su temperamento de poeta, accesible á las emociones más súbitas, y maleable por impulsos de propia generosidad, ó por rasgos artísticos y heróicos de nuestros enemigos, sobre todo, si como los reyes tenian el prestigio de la tradicion y de la historia.»

«Yo, sin embargo, me habia propuesto que el término de aquella crísis fuera la República, y estaba decidido á cumplir mi propósito. Arreglé con Caussidiere, muy influyente en

el partido y hasta en el pueblo, la manera de llevar á la Cámara numerosos grupos que gritaran contra toda monarquía, siquier se ocultase tras de la Regencia, y pidieran Gobierno provisional y República. Pero aquellos grupos no podian libremente proceder si no se contrastaba de alguna manera el inmenso imperio y la fuerza inmensa del ejército. Yo me fuí temprano á la Cámara, me adelanté al vestíbulo, y desde la última de sus gradas medí toda la fuerza de nuestros enemigos y toda nuestra debilidad. Allá lejos, hácia el boulevar de las Capuchinas, se oia rumor creciente del pueblo, pero detenido por el ejército, que de vez en cuando disparaba nutridas descargas semejantes al redoblar del trueno sobre el mar. En toda la plaza de la Concordia, en los alrededores de las Tullerías, á lo largo de los muelles, por una y otra orilla del Sena, se tendian las tropas fieles á la monarquía, mandadas por general tan probado y valeroso como el general Bugeaud. Sin embargo, á mi izquierda, por los Campos Elíseos, descubríanse algunos batallones de la Guardia nacional, y no sé por qué, con una de esas súbitas inspiraciones nacidas en momentos supremos, puse en aquellos batallones de la Guardia nacional toda mi esperanza.»

«Cuando más embebido estaba en mis meditaciones, y más exaltado por mis presentimientos, apareció un ayudante diciéndome que el general Bugeaud habia preguntado quién era yo, al verme en el vestíbulo, y como le dijeran mi nombre, deseaba verme y hablarme. Yo, ni de vista le conocia, y propuse que se adelantara desde su cuartel general hácia el centro de la plaza de la Concordia y yo me adelantaria á mi vez, y podríamos vernos y hablarnos. El general me tendió la mano, me saludó afectuosísimamente, y se mostró muy satisfecho de haberme conocido.»

«Díjome que estaba perplejo; que sabia la resolucion de Luis Felipe abdicando el trono; su precipitada fuga hácia Inglaterra; el nombramiento de un ministerio reformador; el triunfo de los principios liberales y democráticos; la próxima exaltacion al trono del conde de París; la Regencia de su madre la duquesa de Orleans; la victoria de la revolucion; y mientras tanto estaba sin órden alguna y sin norma de conducta; el ejército sin bandera; perplejo entre los deberes de la Ordenanza y los deberes de la política; obligado á defenderse de los que avanzaban, como siendo la revolucion por la calle de las Capuchinas, cuando acaso eran ya la legalidad y la autoridad. ¿Qué me aconseja usted en este crítico momento? Detúveme á reflexionar y le dije: Comprendo, señor mariscal, su incertidumbre. Usted no quisiera ceder á los que, en son de guerra, se aproximan por el boulevar, y acaso entren por la calle Real ó por la calle de la Paz; usted no quisiera derramar inútilmente sangre fecunda y preciosa, que debe conservarse para robustecer la pátria y el trabajo. Pues yo encuentro un medio sencillísimo de conciliar todos los extremos: allí en los Campos Elíseos veo formados algunos batallones de la Guardia nacional; llámelos usted, póngalos en torno de sus tropas, guarézcales así tras las bayonetas y las banderas del pueblo. Los revolucionarios que avanzan, no atacarán á sus compañeros y á sus correligionarios, unidos con ellos en los mismos sentimientos, defensores de la misma causa. Y si atacáran, la Guardia nacional se defenderia, sin ser usted responsable ni de la agresion ni de la defensa. Creyó admirable mi expediente; lo admitió sin reparo, y lo puso por obra inmediatamente. Yo me acerqué al jefe que mandaba las fuerzas populares, y que era antiguo condiscípulo y amigo mio; le insté para que cediera á las instancias del mariscal Bugeaud, y logré persuadirlo. De esta manera se me vino á las manos ocasion propicia de inutilizar el ejército, de cumplir mis deliberados propósitos.»

«En seguida me dirigí á la Cámara. Aquí el

peligro me pareció mayor y la salvacion más difícil. La noticia de la abdicacion del rey se habia divulgado, y con ella la noticia de la próxima venida de la duquesa de Orleans al seno de la Representacion nacional para ofrecer su completa adhesion á las instituciones populares, y su fiel observancia á la Carta constitucional, por ser su hijo personificacion de los modernas libertades.»

«Parecióme grave esta amenaza á la República. Una hermosa mujer, viuda, fidelísima, tierna madre; con todos los privilegios de su sexo; con todos los prestigios de su rango; rodeada de sus dos hijos inocentes y huérfanos, que llevaban sobre sus sienes la doble corona de la popularidad y de la desgracia, podian fácilmente entusiasmar á un pueblo ateniense como el pueblo de París, mover una Cámara monárquica como aquella Cámara, ahogando en su nacimiento nuestra anhelada República. Luego, Lamartine, á quien yo quise ganar para la democracia, embargaba mi mente. Poeta, artista, todo sentimiento, nervioso como una mujer, impresionable como una sensitiva; al ver en la desgracia á la misma señora, cuya Regencia defendiera en la prosperidad, podia por sentimientos caballerescos defenderla con abnegacion de sí propio, y salvarla con el acento de su prodigiosa elocuencia.»

«Ví entrar á la duquesa; la ví subir desde el pié de la presidencia á los bancos más altos; la ví dirigirse al presidente como en demanda de la palabra; observé la indecision de la Cámara; advertí el peligro, y me lancé resueltamente á la tribuna, con ánimo de no bajar hasta vencer la Regencia y salvar la República. Yo miraba al reló y á la puerta, pareciéndome imposible que Caussidiere tardase tanto con sus grupos y sus huestes. Mi salvacion estaba en hablar hasta que mi amigo viniese. Realmente no pedíamos la palabra. En aquella confusion hablaba el más atrevido. Mi estatura, mis puños, mi fuerte voz valiéronme seguro triunfo. Yo propuse la apelacion al pueblo en el mayor número de palabras que pude, y con la mayor pausa entre palabra y palabra que consentia la impaciencia de la Cámara. Recuerdo que Mr. Berryer, situado al pié de la tribuna, me decia con su voz de plata: Acabad, acabad pronto, y proponed, proponed un Gobierno provisional. Yo seguia resuelto á no acabar hasta oir el rumor de las muchedumbres. Cuando ya me iba faltando la materia á mí, la atencion al auditorio, escuché el ruido de la inundacion y bajé de la tribuna. A los pocos momentos el pueblo lo llenaba todo, y la altísima sombra de la monarquía se disipaba como un sueño. Cuando, triunfante la República, proclamado el Gobierno provisional, yo me dirigia desde la Cámara al Hotel de Ville, intercepté algunas cartas de colegas, de correligionarios mios, cartas dirigidas al ministro último de Luis Felipe, y en las cuales anunciaban que la Regencia estaba ganada, y que sólo algun exaltado demente como yo, podia soñar con la República. Algunos de los firmantes de aquellas cartas fueron, sin embargo, ministros de la República. Y hé aquí las causas más inmediatas y más ocasionales del triunfo de una revolucion y del advenimiento de una República.»

Ledru es uno de los hombres que más han trabajado y más han combatido por la democracia francesa. La toga ha sido en sus hombros manto de tribuno; la palabra ha sido en sus lábios rayo contra los monarcas. Existir era para él sinónimo de pelear. En el Jurado, en el Tribunal supremo, ante la Cámara de los pares defendia los derechos de la prensa contra sus perseguidores; en folletos, en libros, la legalidad ordinaria contra los estados de sitio; en el periodismo, la democracia contra sus falsificadores; en la tribuna, el sufragio universal y la República; siempre dispuesto al rudo trabajo, pasando siempre por las mayores pruebas, sin que las calumnias le amedrentasen, ni le impusiesen las amenazas, ni le desalentaran los grandes desengaños.

De alta estatura, de imperiosas maneras,

de prestancia oratoria, de actitud imponente, de ademanes atrevidos, de temperamento sanguíneo, de carácter exaltado, de ideas avanzadísimas; poco ducho en el conocimiento de la realidad, muy dado á las tradiciones revolucionarias; su sonora voz tronaba en lo alto de la montaña, y su estilo conciso y enérgico relampagueaba deslumbrante y heria como rápida centella. Era en su tiempo el Hércules de los oradores parlamentarios; y dirigia á todos aquellos que fieles á las tradiciones de la revolucion se llamaban la Montaña, y creian que estas montañas debian ser siempre volcanes.

Nadie puede quitarle ni la gloria de haber fundado la segunda República, ni la gloria de haber traido el sufragio universal, ni la gloria de haber roto las cadenas del esclavo en las Antillas de Francia. Mas Ledru no fué tan hábil para conservar como para traer la República. En primer lugar, nunca trazó la línea divisoria que debe separar la utopia socialista de la realidad política, y sin aplacar el hambre ni la sed de los trabajadores, antes exacerbándolas, se desavino de los propietarios. En segundo lugar, disipó los dias de su gobierno en los juegos vistosos de la palabra, cuando debia emplearlos en los empeños de la accion. En tercer lugar, quiso imponer más que persuadir, y violentar más que convencer á un pueblo poco ideóneo por su temperamento y por su carácter para las instituciones republicanas. En cuarto lugar, tomó á su partido por su nacion; error grave siempre, gravísimo cuando se tiene y se acaricia desde las esferas del gobierno. En quinto lugar, adoró las tradiciones jacobinas sin comprender todo lo que tenian de inaplicables á nuestro estado social y de incompatibles con las modernas democracias. En sexto y último lugar, creyó que despues de la revolucion de Febrero en 1848 podia aún iniciar otra revolucion en Junio de 1849. Estos gobiernos revolucionarios y estos métodos revolucionarios, son completamente desastrosos. La conspiracion engendra apocalípsis fantásticos. La facilidad con que se ha triunfado de ciertos obstáculos materiales, induce á creer en otra victoria análoga sobre los obstáculos morales. Como todo se improvisa en una revolucion, todo es débil. Las instituciones que nacen pronto, se parecen á los séres efímeros en que mueren pronto tambien. Nada grande se debe á la inspiracion de un instante. Todo es obra del trabajo y del tiempo. Hasta en Geología, hasta para explicar las cambios y trasformaciones del planeta, se ha desacreditado el sistema de las revoluciones súbitas y de las catástrofes violentas.

Cuando el gobierno francés cometió la locura de intervenir en Roma para destruir la República romana y restaurar el poder teocrático, Ledru cometió la locura todavía mayor de apelar á una revolucion. Su conciencia le anunciaba que seria vencido; pero sus debilidades con los exaltados del partido le arrastraron á intentar la victoria. Reunió en el Conservatorio de Artes á unos pocos, les arengó con ímpetu, les resolvió á una revolucion, que degeneró en ridículo motin; y de esta suerte disolvió la izquierda de la Cámara, deshizo bajo sus plantas la tribuna, se llevó consigo los restos de la democracia al destierro, y facilitó el golpe de Estado y la dictadura napoleónica; todo por desconocimiento de la realidad, por inexperiencia política, por puro romanticismo revolucionario, sin comprender que una falta así es un verdadero crímen.

Desde entonces han venido sobre nosotros el golpe de Estado, la proscripcion general, veinte años de Imperio, guerras é invasiones, la República en medio de las catástrofes mayores de nuestro siglo, los delirios de los Comuneros de París, que nos han perdido y nos han deshonrado; una reaccion que pone en peligro nuestras más santas libertades y nuestros más antiguos derechos; males gravísimos, venidos por no haber sido bastante fuertes con la desenfrenada demagogia, ni bas-

tante hábiles para contar con la realidad y traer la República posible.

Así es que en Francia hoy se nota gran repugnancia á la utopia socialista, gran enemiga á ese cosmopolitismo soñador, vago, imposible, que ha sembrado de delirios la mente y de estériles ruinas el suelo; gran tendencia á la República posible, á la política verdaderamente práctica y de resultados inmediatos, que no deja por el delirio de un instante la seguridad y el afianzamiento de nuestras verdaderas conquistas. Así es que Laboulaye dice con razon que al pueblo francés le pasa algo de lo que le pasó al Hijo Pródigo. Despues de haber recorrido el mundo, despues de haber gustado el placer, comprende que no hay sitio tan plácido como el hogar, ni goce tan grande como el amor de la familia. Los franceses han querido redimir á todos los pueblos, y se han encontrado esclavos; formar las nacionalidades, y se han encontrado invadidos y desmembrados. Por eso es necesario aconsejarles hoy el patriotismo, y sobre todo aconsejarles la política de lo posible. ¡Oh! Los hombres deben amar su pátria y no comprometerla ni en aventuras exteriores ni en utopias muchas veces henchidas de sangre. Violentar los hechos es traer grandes catástrofes. Imponer á una generacion reformas para las cuales no está ni apercibida ni preparada, es traer necesariamente la reaccion. Nada más triste que ver la guerra empeñada entre todos los republicanos franceses para averiguar quién tenia la culpa de la caida de la República y del eclipse de la democracia. Las locuras de Luis Blanc, decian los unos. Las conspiraciones y las revueltas de Blanqui, exclamaban los otros. A su vez Blanqui escribia desde la prision estas palabras acerca de Ledru-Rollin, que ya estaba en el destierro: Ese imbécil ha asesinado la República. Para los unos el asesinato fué obra de la espada de Cavaignac; para los otros obra de la poesía de Lamartine. Y todos podian consolarse acordándose de sus respectivas faltas individuales, y conviniendo en que la sociedad, y sus leyes, y su historia, y sus movimientos naturales, y sus trasformaciones lógicas no se encuentran, no, en manos de ningun partido.

Por eso, al ver ciertos trascendentales hechos, no puedo ménos de aconsejar á todas las Repúblicas, á todos los partidos, á todos los reformadores que rindan culto al patriotismo, que eleven á su antiguo vigor el culto á la pátria por la pátria.

Negar las estrechas relaciones del hombre con la naturaleza exterior seria negar lo evidente. El Universo nos nutre, no sólo con los alimentos de cada dia, sino con su luz, con su calor, con su electricidad, con sus gases, con todos los elementos de vida contenidos en su fecundo seno. Así, debemos amar á la naturaleza como á una madre próvida y fecunda, á cuyos pechos vivimos, y que nos mantiene, y nos acaricia, y nos mece en sus amorosos brazos. Aquel que no comprende, por ejemplo, las delicias del campo; que no ha visto amanecer desde lo alto de una montaña; que no ha oido en los profundos valles por la noche el cántico del cuclillo ó de la rana; que no ha pasado alguna siesta estivál entre los chirridos de las cigarras; que no ha respirado el aliento de la tempestad, ni ha sentido caer sobre su frente las gotas del rocío; jamás comprenderá toda la poesía de la vida.

Cada hora tiene su goce; cada estacion su encanto. El paisagista nunca os reproducirá la sávia que corre por las hojas del árbol en la primavera, ó el vuelo de la golondrina que vuelve del Africa y roza con sus alas cansadas la linfa del arroyo. La abrigada estufa no puede dar al pobre naranjo prisionero la alegría que le dá el jugo bebido en la tierra, al sol explendente, al aire libre, en las orillas del Guadalquivir ó del Túria. El campo, el mar, el monte, el llano, el árbol, el ave, guardan tesoros de vida y tesoros de emociones, oxígeno para vuestros pulmones, color para vuestra sangre, alimentos sabrosísimos

para vuestro estómago, y emociones para el sentimiento, inspiracion para la fantasía, ideas para la mente.

Cada hombre lleva en su rostro un ósculo indeleble de la tierra donde ha nacido. El germano es hoy rubio como en los tiempos de Tácito, y pálido el astur como en los tiempos de Estrabon. Si entre las ruinas de Roma veis erguirse la pastora que vuelve de llevar la comida al gañan de los búfalos, miradla; y aunque la fiebre de las Pontinas haya desfigurado su rostro, encontrareis en las escultóricas facciones los rasgos que acusan á las destronadas madres de los héroes. La poesía y la elocuencia griegas se comprenden tanto por el génio de sus poetas y de sus oradores como por el olivo y el mirto de los bosques de Colona y el lentisco del Eta y del Pindo, y la adelfa del Cytiso, y la ola que muere, coronada de espumas que la luz esmalta, en las armoniosas playas del Pireo, donde resuena eternamente el coro de la sirena y eternamente se balancea la cuna de los dioses.

Si de esta suerte el calor de la pátria llega hasta el fondo del alma, ¿quién dejará de amarla? Abreviado compendio es el hombre del Universo. Minerales somos, minerales son nuestros huesos. Vegetales somos, y de la respiracion del vegetal vivimos. Nuestros pulmones y nuestra sangre tienen calor propio como los apartados soles. La red de nuestros nérvios se agita como un arpa al choque de la electricidad. La partícula de hierro escondida en las entrañas de la tierra, ó el fósforo diluido en las estelas del mar, pasa por el movimiento eterno y la trasustanciacion universal á los lóbulos de nuestro cerebro. No hay sino ver á los animales inferiores para notar cuán estrecho parentesco tenemos, así con los séres animados, como con los séres inanimados en todas las escalas misteriosas de la creacion.

El Universo es el hogar de la vida, y la pátria es el Universo del corazon. No me digais que preferís otras tierras á la tierra de vuestros padres. Como dice con mucha razon uno de los más elevados escritores, y uno de los más profundos talentos de nuestra época, el Sr. D. Francisco de Paula Canalejas, no creo en ese cosmopolitismo. Siempre me ha conmovido el sacratísimo lugar donde mis abuelos yacen durmiendo el sueño eterno; porque he creido que aquellos huesos eran como las raices por donde estoy ligado á la tierra, como los eslabones de la cadena que me tiene unido á los pasados tiempos. Las historias de aquella edad, contadas al amor de la lumbre en las largas noches de invierno, despertaron los sentimientos del patriotismo en mi corazon. Parece que todavía veo á la madre de mi madre en su silla cercana á la chimenea. Reunia al carácter entero de un hombre, toda la delicadeza y toda la ternura de una mujer, de una madre. Nos referia el sitio de Alicante por los franceses, la rabia del general, uno de aquellos que luego pasaron á ser mariscales planetas del sol de la guerra y de la gloria. Estaba viuda, y no tenia más apoyo que sus dos hijos mayores. Pues á los dos les puso los cordones, como se decia entonces; los hizo cadetes para que fueran á combatir al conquistador. El menor de ellos murió al poco tiempo, cuando ya era teniente, y apenas tenia diez y nueve años, atravesado por una bala francesa, en el sitio de Tarragona. Al recibirse la noticia de esta desgracia, mi casa fué un mar de lágrimas; mi abuela creyó enloquecer ó morir. Uno de sus vecinos, afrancesado por más señas, fué á consolarla en el amargo trance; y á sus consuelos se mezclaban algunas reconvenciones, por haber consagrado aquellos niños contra un hombre tan poderoso como Napoleon, y á una causa tan desesperada como la causa de España. Mi abuela, que era toda corazon, toda sentimiento, como la generalidad de las mujeres en el Mediodía de España, suspendió su llanto, enjugó sus ojos y díjole al vecino: «Sólo siento no tener más hijos para llevarlos

todos contra el conquistador. Y si alguno vacilara ó temiera, seria capaz de matarlo yo misma.» Y la pobre abuela, que no contaba nunca aquella historia sino entre sollozos, y que añadia la particularidad de haber sido su hijo el último oficial enterrado regularmente y con todos los honores de la Ordenanza en aquel tremendo y heróico sitio, digno de ir en pos del sitio de Gerona, concluia su relato con estas palabras: «Hijos mios, amad sobre todo en el mundo á la pátria.»

¡Oh! La pátria, la pátria. En ella se contienen todos nuestros recuerdos y todas nuestras esperanzas. De ella se alimenta toda nuestra vida. No hay lugar como el lugar ungido por las lágrimas que le ha costado á nuestra madre nuestro sér. No hay en el planeta aire como el aire que ha recogido los primeros suspiros del pecho, ni templo como el templo donde se han disipado las primeras oraciones del alma. Los primitivos recuerdos que acariciais, los primeros objetos que mirais, las primeras ilusiones y los primeros amores que sentís, los amigos de la infancia, los próximos parientes que han dirigido vuestros pasos, el libro en que habeis deletreado, el papel de los palotes, el manjar de vuestros primeros años, la escuela del pueblo, el huerto de la casa paterna, el viejo mueble donde habeis visto dibujarse la sombra de vuestros mayores; todo esto, consagrado por vuestra inocencia, forma como el paraiso de la vida, en que el mal no se conoce, ni apenas el dolor.

Pero la pátria no es solamente vuestro hogar y vuestro pueblo; la pátria es vuestra nacion. Un agregado de familias, una raza que pone en comun sus aspiraciones, sus recuerdos, su historia, sus leyes, no explican la idea de la nacion. Es algo más. Es un organismo superior, es una personalidad altísima, es un espíritu más elevado que el espíritu individual y el espíritu de familia; es una dilatacion del sér y de la vida. El espíritu nacional ¡ah! lo sentís al través de los siglos; lo veis al través del espacio. El tiempo, la historia, la tierra misma, las afinidades de raza lo forman, como la física, la química, la biología vivientes del planeta forman y componen las organismos. Explicadme si nó por qué preferís vuestra humilde Sagunto á todo el génio de Annibal; vuestro pobre Viriato á toda la gloria de Roma; vuestro montañés de Roncesvalles, con su cuerno al cinto, y su primitivo grito eúskaro en los labios al poder de Carlo-Magno; vuestras toscas milicias castellanas al explendor de Damasco y de Bagdad; morir con Daoiz y con Velarde á triunfar con Murat y con Napoleon.

Los antiguos sólo veian los muros de su ciudad. Más allá de Cartago, de Tiro, no habia sino tierra de conquista, viveros de esclavos. Cuando una ciudad caia, caian sus dioses, sus leyes; y así, á una derrota preferian sus habitantes la muerte. El Dios más espiritual del Oriente era Dios de la montaña de Sion. Á las orillas de apartado rio no lo veian sus hijos. Para nosotros la pátria se extiende, se dilata por toda la nacion. Y su espíritu, el espíritu nacional es como una atmósfera que envuelve nuestra alma. Aunque no tuviéramos otra razon para creer en el espíritu nacional, tendríamos la razon del lenguaje. No podeis pensar ni emitir vuestro pensamiento sino valiéndoos de la palabra. Por muy entendido que seais en lenguas clásicas ó en lenguas extranjeras, no sabeis pensar sino en vuestra lengua propia. Y el uso os obliga á que amoldeis los pensamientos más abstrusos, las ciencias más nuevas, las séries de ideas más originales al génio de vuestra lengua; prueba evidente de que la pátria penetra con su sér hasta lo más profundo de vuestro sér, con su alma hasta lo más íntimo de vuestra alma. Y así todos los pueblos han adorado á sus oradores, á sus poetas, á sus filósofos, á sus escritores de génio, porque en sus obras traen y conservan algo más que su ciencia y su arte; traen y conservan el génio nacional.

Y este génio se perpetúa á través de los siglos, como se perpetúa el carácter. Séneca ha escrito en latin; el último de los Abdibitas ha escrito en árabe; Góngora ha escrito en castellano. Pues son tres poetas hermanos, y sus dramas, sus elegías, sus poemas revelan el mismo génio al través de los siglos, el génio que se evapora de las tierras de Andalucía, de las orillas del Guadalquivir, de las sierras de Córdoba, exuberante, hiperbólico, audaz, pujantísimo, asiático, ardiente como nuestra tierra y como nuestro cielo, como la sangre que corre por nuestras venas, como las pasiones de nuestro pecho, como las tempestades de ideas que estallan tonantes en nuestras encendidas almas.

Pues si desde el aire que respiramos hasta las calidades ó los defectos que tenemos pertenecen á nuestra pátria, ¿por qué no amarla con exaltacion, con delirio? Todo muere en nosotros cuando muere la nacion. Mirad si nó al judío en la historia antigua y al polaco en la historia moderna. Amarga hiel se ha mezclado á su pan. Negra sombra se ha extendido de generacion en generacion. Pongamos, sobre todo, la pátria. Si te olvido, que pierda antes la memoria; si prefiero algo en el mundo á tí, que se me seque el corazon; si profano con malos pensamientos ó con palabras indignas tu armoniosa habla, que se me pegue la lengua al paladar; y que muera mil veces si he de darte un dolor ó de inferirte un agravio, ¡España, madre mia!

Perdónenme mis lectores si, faltando á la gravedad del historiador y á la armonía de la historia, he desahogado mi corazon herido, mi alma entristecida, invocando el sacratísimo númen de la pátria. Al tener que describir en la série de las escuelas francesas la que podríamos llamar escuela demagógica, recordando sus grandes errores, que males tan enormes acarrearan á la República, no he podido huir á los patrióticos sentimientos avivados en mi alma por el recuerdo de tantas desgracias, por el espectáculo de tantas catástrofes. Son innumerables los errores demagógicos. El primero y más trascendental consiste en creer que las sociedades humanas se amoldan á las concepciones individuales, á las fórmulas psicológicas de un pensador solitario, á los extravíos de una imaginacion exaltada, cuando tienen sus leyes independientes de todas las arbitrariedades y de todos los egoismos. El segundo error consiste en creer que basta una conjuracion para producir grandes revoluciones. La conjuracion suele conseguir algun resultado allí donde la sociedad se personifica en una familia ó un hombre. La historia de las monarquías absolutas, de los gobiernos autocráticos, están llenas de conjuraciones felices, como lo prueban evidentemente los anales del Imperio romano y los anales del Imperio ruso. Pero donde las sociedades son muy complicadas, las instituciones muy numerosas, la civilizacion muy viva, los derechos muy dilatados, no puede disponer un conjurado á su arbitrio de la suerte de una generacion y del porvenir de un pueblo. El sábio en su laboratorio podrá analizar los elementos componentes del aire, pero no podrá componer la atmósfera del globo; podrá conocer los fenómenos de la lluvia, pero no podrá llover. Para todas estas grandes obras se necesita el inmenso laboratorio del Universo. La voluntad de algunos indivíduos, las combinaciones de algunos conjurados, producirán un motin, pero no producirán una revolucion, ese estallido de la conciencia pública, ese movimiento de generaciones enteras, ese impulso incontrastable hácia un nuevo ideal, esa sed de reformas, esa condensacion milagrosa de abstrusas ideas, esos dias tempestuosos y creadores, que matan y vivifican con la expontaneidad y el vigor de la misma naturaleza.

Nuestros demagogos toman unos cuantos nombres de batalla, organizan misteriosamente secreta sociedad, numeran sus afiliados, los reunen á hurtadillas en sitios misteriosos, les distribuyen consignas fantásticas y

papeles trágicos, les redactan, sin consideracion alguna á la realidad y á sus exigencias, extraños programas capaces de reformar desde los abismos de la tierra hasta los abismos del cielo; y luego creen bastar cuatro tiros ó cuatro gritos en las calles para que todas estas extrañas fantasías de su mente tomen carne, hueso, sangre, y bajen á la viviente realidad, que sólo se modifica y se mejora con mucho tiempo y muchísimo trabajo. En otros dias, los grandes enemigos de las democracias estaban naturalmente entre los reyes, los sacerdotes, los aristócratas; hoy, despues de nuestros progresos, despues de vencidos y destronados los reyes, hállanse los mayores enemigos de los republicanos y de los demócratas entre los demagogos, y el mayor peligro de la democracia en la demagogia y sus utopias.

Vosotros, los demagogos, llenais la conciencia popular de ideales groseros é irrealizables á un tiempo, el ánimo de temores y aprensiones, el aire de tempestades, y engendrais la reaccion. ¿Quién amenazó constantemente al Gobierno provisional en 1848? La demagogia. ¿Quién sembró la calumnia contra los mejores patriotas? La demagogia. ¿Quién llenó los clubs de sublevados y las calles de manifestaciones y manifestantes peligrosos? La demagogia. ¿Quién violó descaradamente la inviolable majestad de la Asamblea nacional? La demagogia. ¿Quién mantuvo las jornadas de Junio, fin de nuestras esperanzas? La demagogia. ¿Quién, sitiado París, se sublevó contra el Gobierno de la tercera República francesa demostrando no haber aprendido, no haber olvidado nada? La demagogia. ¿Quién nos deshonró despues con la horrible sublevacion de los comuneros? La demagogia. Es la enfermedad, la horrible enfermedad de que padecen las democracias modernas, que no podrán salvarse, que no podrán robustecerse, sino se limpian fuertemente de esa lepra.

El tipo acabado, perfecto, del demagogo en Francia, es Blanqui. Cuesta gran trabajo tratarlo con toda la severidad que merece cuando se recuerda su constancia rayando en tenacidad, su fé rayando en fanatismo, sus desgracias rayando en martirio; los combates que ha sostenido, las amarguras que ha devorado, el triste cautiverio en prision horrible que ha sufrido; los malos tratamientos que en ese cautiverio le han cruelmente probado; toda su existencia, que es como una llaga manando sangre, como un tormento sin término y sin medida, digna de aquellos penitentes y aquellos cenobitas que lo sacrificaban todo á su fé, con la esperanza de compensacion larguísima en el cielo, mientras Blanqui no espera esa compensacion ni en las páginas mismas de la historia.

Pero cuando se recuerda que sus utopias inverosímiles, sus agitaciones estériles, los deseos despertados por su palabra en el ánimo de las muchedumbres, deseos sin realizacion posible aquí en la tierra, las conspiraciones urdidas en la sombra y ocasionadas á toda suerte de desastres, los motines sin justificacion han alarmado las conciencias más serenas, han retraido de la vida pública á los mejores ciudadanos, han sembrado de deportados las lejanas islas, de cadáveres las calles, de aprensiones reaccionarias los ánimos, de ideas siniestras las inteligencias, haciendo abortar dos revoluciones y casi perecer dos Repúblicas, con lo cual cayó una generacion, nacida para la libertad en la servidumbre, el corazon más sensible, más henchido de compasion y de ternura no puede impedir que se levante la conciencia airada condenando al autor de tantos males á la eterna é inapelable maldicion de la historia.

Blanqui, más que contra los reyes, ha conspirado contra los republicanos. Uno de los medios políticos que empleaba con más empeño y más éxito para captar el ánimo del pueblo y perder á los grandes ciudadanos, era la calumnia. Y con la calumnia no perdia á sus rivales; perdia á la República. Los pueblos más demó-

cratas de Europa, con raras excepciones, tienen educacion monárquica, educacion fetichista. No ven tanto las ideas como los hombres que las personifican. Y matando con el veneno de la calumnia estos hombres en la conciencia general, matais la idea misma, porque es difícil elevar pueblos fetichistas, pueblos de tradiciones monárquicas, á la concepcion y al culto de lo ideal. Los calumniados se defienden, como es propio de la naturaleza humana. En la defensa acusan. En la acusacion mezclan á su vez, llevados del ardor de la pelea, otras calumnias. Y la impopularidad cae sobre todo y sobre todos. Y de aquí los enemigos irreconciliables, los ódios inextinguibles entre los hombres del mismo partido, que arrastran en el torbellino á sus amigos y crean facciones implacables, sobre las cuales alza su bandera triunfante la reaccion. El principio de libertad lleva en sí gérmenes de intransigente individualismo; el individualismo lleva en sí gérmenes de anarquía: que como todo cuerpo tiene su sombra, todo principio tiene su inconveniente. Y si á esto unís dentro del organismo de la libertad el corrosivo de aviesas pasiones, correis el peligro cierto de una catástrofe irreparable. Las mútuas calumnias de los republicanos han tristemente contribuido en mucho á perder la República. Ya lo dijo el gran fisiólogo de la sociedad, Maquiavelo, en palabras indelebles, fórmulas esculpidas en el bronce de la inmortalidad. «El que atentamente lea la historia de »Florencia, verá cómo la calumnia ha perse»guido en todo tiempo á los ciudadanos com»prometidos en públicos negocios. Decíase del »uno que habia robado el dinero del Erario; »del otro que no habia alcanzado la victoria »por haberse vendido al enemigo; del de más »allá que su ambicion era causa de tal ó cual »desgracia. Resultaban así mútuos ódios, y »se venia bien pronto á rompimientos, de los »rompimientos á las facciones y de las fac»ciones á la total ruina del Estado.»

«Entre los medios de que se vale más de un »ambicioso para llegar al poder, la calumnia »no fué el ménos eficaz. Esparcíanla hábil»mente contra los poderosos que contrasta»ban su avidez, y servia á maravilla en sus »proyectos; porque tomando el partido del »pueblo, cuyos celos contra todo cuanto se »eleva mantenian, llegaban sin esfuerzo á »captar su voluntad. Muchos ejemplos pudie»ra citar en apoyo de su aserto; pero me con»tentaré con uno solo.»

«El ejército de Florencia sitiaba á Luca »bajo el mando de maese Juan Guicciardini, »comisario de la República. Fuera torpeza, »fuera desgracia, la suerte quiso que no se »tomara Luca. Sin averiguar la verdadera »causa, echóse la falta sobre maese Juan, y »se le reprochó el haberse dejado ganar y »corromper por los de Luca; y apoderados »sus enemigos de esta calumnia, cayó casi en »la desesperacion. En vano para defenderse »prometió entregarse prisionero en manos »del capitan del pueblo; no pudo jamás dis»culparse.».............................

.................................

«Resultó de aquí profunda enemiga entre »el partido de maese Juan, formado de los »grandes, y el partido que pugnaba por mu»danzas en el gobierno. Estas enemistades, »atizadas diariamente por diversas causas, »produjeron al cabo incendio que devoró toda »la República.»

Parece que, leyendo estas páginas, asistis en espíritu al dia nefasto del 31 de Octubre de 1870, cuando el periódico de Félix Piat anuncia en París sitiado la capitulacion de Metz, y los demagogos, dirigidos por Blanqui, la atribuyen á traicion del gobierno republicano. Y convocan los clubs más exaltados, y pronuncian los discursos más incendiarios, y profieren los juramentos más terribles, y tocan á rebato, y arman las muchedumbres, y se encaminan á la Casa de la ciudad, y la violan, y la asaltan, y la invaden, y derriban el gobierno que tenia en sus manos toda la fuerza y en su prestigio toda la autoridad, á

la sazon irreemplazable, insustituible, y se entregan á las mayores demencias, con daño de la República desacreditada, de la pátria herida, y provecho y contentamiento del sitiador, del extranjero.

Recuerdo ahora mismo, porque viene muy al caso, mi última entrevista con Delescluze, que yo describia de esta suerte á los periódicos americanos en carta fechada desde París el 28 de Setiembre de 1869. «Es el director »del *Reveil* un demócrata catoniano. Su esti- »lo severo, á cada frase revela su carácter »íntegro. Ha padecido mucho por la libertad »y ha soportado con verdadera entereza sus »padecimientos. Piensa como un filósofo, y »procede como un mártir. Pero tiene la inve- »terada manía de criticar á los demócratas »extranjeros, y maldecir á los demócratas »franceses. Como al entrar en su redaccion »notara yo que tenia pegados con engrudo á »las paredes los vivas de nuestro partido en »la revolucion de Setiembre, y el «Viva á la »República,» pero recortado, suprimido siem- »pre el adjetivo federal, me dijo: Vosotros »habeis sido los demócratas más sensatos y »más hábiles de toda Europa. Y para que el »diablo os coja por alguna parte, habeis aña- »dido al grandioso nombre de República el »maldito apellido de federal. ¿Á dónde vais »con ese estúpido girondinismo? Á la debili- »dad en el poder, á la desmembracion y frac- »cionamiento en la nacion, á la impotencia »para todo influjo sobre Europa, á una ruina »cierta en el dia, para mí cercano, de vues- »tro definitivo triunfo.»

«Defendíme, y defendí mi federal como »pude, y rodó la conversacion sobre los de- »mócratas y los republicanos franceses. Im- »posible decir cómo los puso á todos. No ha- »bia por dónde cogerlos. Yo los nombraba »uno por uno, y él los rechazaba á porfía. En »honor de la verdad, debo decir que excep- »tuaba á Ledru-Rollin. Fuera de éste, los de- »más eran réprobos. ¿Julio Favre? Un aboga- »do que defendia con arte la República, y »deseaba perder su pleito. ¿Gambetta? Un »ambicioso. ¿Víctor-Hugo? Un poeta loco y »avaro. ¿Julio Simon? Un jesuita. ¿Pelletan? »Un escritor garrulo y un político incapaz. »¿Cremieux, Garnier-Pages, Carnot, Glais- »Bizoine? Viejos chochos, mezcla de lujuria »por el poder y de incurable impotencia. »¿Luis Blanc? Un comunista capaz de perder »cien repúblicas. Pues si Francia y el pueblo »francés piensan como vos, le dije, no dudo »que tras la próxima caida del Imperio triun- »fe la República; pero tampoco dudo de que »mandarán en ella los monárquicos.»

¿Se ha cumplido mi presentimiento? Pues Blanqui es más implacable todavía que el desgraciado Delescluze. Resumamos la vida de aquel en breves rasgos. El año de 1827 aparece por vez primera Blanqui en atrevido motin, y saca ancha herida en el cuello. El año de 1830 combate con valor en las barricadas de Julio. El año de 1831 promueve una sublevacion escolar contra su catedrático Mr. Barthe. Al año siguiente es condenado á doce meses de prision y doscientos francos de multa por otra calaverada política. El año 1834 sufre nueva condena á dos años de prision y tres mil francos de multa por maniobras de sociedades secretas y complicidad en atentado de regicidio. El año 1837 es expulsado de París y obligado á vivir bajo la vigilancia de la autoridad de Pontoise. El año 1839 promueve un motin sangriento por el mes de Mayo y cae preso en el mes de Octubre. Desde Octubre de 1839 á Febrero de 1848 anda de prision en prision y de hospital en hospital. En el mismo mes de Febrero protesta contra la desaparicion de la bandera roja. En Marzo promueve un motin socialista. En Abril toma parte en las manifestaciones contra el desarme de la Milicia de Rouen y por la expulsion del ejército de París. En Mayo invade y disuelve la Asamblea nacional. Cae, á consecuencia de este nuevo atentado, preso, y continúa en prision hasta la amnistía de 1859. Vuelve en 1861 á Francia, y á los pocos

meses, de nuevo es sorprendido en crímen de sociedad secreta y condenado á cinco años de presidio. Viene la tercer República, y continúa perturbándola. El 31 de Octubre de 1870 toma parte en el motin contra el Gobierno de la defensa nacional, y á primeros de Marzo de 1871, despues de haber alarmado nuevamente los ánimos en París, huye, y cae nuevamente en manos del gobierno, que lo tiene como el gobierno de la restauracion, como el gobierno de Luis Felipe, como el gobierno de la segunda República, como el gobierno del segundo Imperio, en durísima prision.

No encontrareis entre los conspiradores europeos ninguno tan audaz, tan creyente, tan constante, tan probado por toda suerte de infortunios, y por lo mismo ninguno tan temible para la seguridad de los gobiernos, y tan calamitoso para el progreso y el desarrollo de las democracias. Los hombres que pasan la mitad de su vida y de su tiempo entre confabulaciones insensatas y la otra mitad entre barricadas estériles; siempre con el santo y seña del motin audaz en los lábios y el puñal infame del demagogo en las manos; aunque tengan las cualidades más altas, y la inteligencia más comprensiva; aunque les acompañe la habilidad más exquisita y el valor más heróico; sólo sirven para engendrar esas agitaciones precursoras de la reaccion y para dejar tras sus pasos un reguero indeleble de lágrimas y sangre, que provoca horror á la libertad, y arrastra generaciones enteras al suicidio del alma, á la abdicacion del derecho.

¿Qué han alcanzado los demagogos furiosos de la última crísis francesa? La maldicion de los buenos, el destierro para sí, el retroceso universal. Ahora mismo han alcanzado por gran fortuna huir de las apartadas islas, donde los habia confinado el gobierno, y esquivarse á los tormentos de las deportaciones con los tormentos de la emigracion. La imágen del tenaz conspirador es Blanqui. Nada le falta para el cumplimiento de su vocacion y el ejercicio de todas sus maniobras; ni la inteligencia flexible, ni la imaginacion fecunda en expedientes y en recursos, ni el desprecio á los bienes de este mundo, ni el fanatismo por las ideas avanzadas, ni la exaltacion del carácter, ni la hiprocresía, ni la doblez cuando á sus fines convienen. Ha consumido en eso su vida. ¿Y qué ha alcanzado? Asociar su nombre á todas las revoluciones, participar de todos los motines, ser un conspirador permanente contra la monarquía de Luis Felipe, para convertirse luego á la hora del peligro de muerte y al pié de la horca en acusador de sus compañeros; perturbar la segunda República hasta violar su Asamblea y caer en prision; perturbar la tercer República, y bajo el látigo de fuego manejado por las legiones extranjeras, sembrar la discordia para recoger la execracion de todos los buenos y la derrota de su pátria. Todos cuantos aman la libertad deben aborrecer la demagogia.

Blanqui es bajo de talla, moreno de color, nervioso de temperamento; sus ojos negros y penetrantes, su nariz puntiaguda, sus lábios finísimos, su sonrisa siniestra, su pelo cano, su voz temblona y ágria; la expresion de su rostro acusa la invencible energía del carácter y la salud que conserva en medio de tan horribles padecimientos la intachable pureza de sus costumbres; sus espaldas encorvadas y sus piernas vacilantes le dan caractéres seniles en consonancia con su edad, que raya en los setenta; y lo descuidado y aun sucio de su traje revela á un mismo tiempo que es pobre de fortuna y que está consagrado enteramente al culto erróneo y fanático, pero al culto desinteresadísimo de una idea.

Los demócratas de todos colores le han aborrecido siempre. Lamartine no sabia cómo justificar el haberlo admitido una vez en su casa. Ledru-Rollin decia que llevaba en vez de corazon una bolsa de hiel. Luis Blanc muestra que le ponia miedo toda manifestacion política en que el feroz demagogo tomara

parte. Dafaure declaró en público juicio que habia denunciado sus compañeros de conjuraciones á los gabinetes de Luis Felipe. El íntegro Barbes le creyó siempre traidor; y cuando presente con él, por la violacion de la Asamblea, ante los tribunales, en el mismo banquillo de los acusados decia Blanqui algo que pudiera á Barbes referirse, exclamaba Barbes: «Os intimo que no hableis de mí.» Eran las ocho de la noche de 1870. Los milicianos del centro de París, todos adictos á la República, se reunian en el local de la Bolsa. Se habla de reaccion, de maquinaciones; se les conjura para que vayan á derribar al gobierno y á salvar la República. Unos vacilan; otros se deciden por los revolucionarios y casi quieren gritar que se proclame la Commune de París. Mas al pronto saben que Blanqui está al frente de todo y exclaman: «Con Blanqui jamás. Él perdió la República de 1848; él perderá la República de 1870.»

En el momento que corre, dada la situacion especial de Francia y el estado de los ánimos; para evitar revoluciones que pudieran herir gravemente la paz pública y la prosperidad material; para evitar reacciones que á su vez pudieran herir más gravemente aún las libertades indispensables y el progreso pacífico; necesítase á toda costa el predominio del partido que tiene el conocimiento práctico de la realidad, el amor verdadero al ideal, y el sentido de la política posible, que ha de aliar la autoridad social con los derechos individuales dentro de la República.

Cuando se ha vivido mucho tiempo; cuando se ha trabajado por la libertad y por la democracia con empeño, échase de ver, y á primera vista, en cuanto llega la hora del triunfo, que nos hemos curado de todo, de los derechos del indivíduo, de las instituciones progresivas, de los programas científicos, ménos de aquella condicion esencialísima á la vida de las sociedades, ménos de la seguridad general, cuya ausencia trae males tan graves y tan profundos, tiranías tan desordenadas y tan peligrosas, que obligan á los pueblos á suspirar por la autoridad derribada y á echarse en brazos de una ciega reaccion. El partido que provea al afianzamiento de las instituciones modernas, á la proclamacion de la República, á la autoridad, al órden social, sobre todo, á esa seguridad, sin la que la vida es tempestuosa y el progreso incierto, será el partido depositario de la política saludable á esta época procelosa de transicion y de crísis.

Este partido es la realidad viviente. Rechaza con ardor y con empeño la reaccion insensata hácia la monarquía legítima. Maldice aquel funestísimo desolador Imperio, que despues de haber opreso á Francia tanto tiempo, deshonrado su nombre, puesto el veto de la dictadura á las expansiones de la conciencia y del pensamiento para prolongar su expirante vida, lanzóse sin fuerzas proporcionadas á los tributos extraidos, sin madurez ni en la voluntad ni en el juicio, como ciego y demente, en la tromba y los huracanes de la guerra internacional, que lo arrastran y lo aplastan allá en las llanuras de Sedan hasta obligarle á dejar cuatrocientos mil prisioneros de guerra; treinta y seis departamentos invadidos; la capital asediada y palpitante bajo las amenazas del incendio y los horrores del bombardeo; veinte mil millones de reales por rescate; dos provincias desmembradas del suelo francés para vivo testimonio de la derrota; y luego la guerra civil engendrada por los males de la guerra extranjera y por las visiones y los ensueños de una larga y deshonrosa servidumbre. Y si este partido rechaza el Imperio, rechaza con más vigor aún la Comunidad de París, á la cual venció y soterró con vigor equidistante de dos utopias al igual dañosas, de la utopia de lo pasado y de la utopia de lo porvenir.

Este partido se ha formado de una manera natural y por procedimientos profundamente lógicos. De un lado aquellos republicanos que, advertidos por la experiencia, desean rea-

lizar gradualmente la emancipacion de la democracia, como procede en sus séries, y en sus evoluciones y en sus organismos la naturaleza, conságranse á robustecer la autoridad social dentro de la República; y á su vez, de otro lado, aquellos monárquicos que han querido la monarquía, sólo como áncora de la libertad, advertidos por la lógica de los hechos, por la enseñanza de la historia, renuncian á los poderes de orígen divino, de carácter hereditario, y se consagran á encerrar los poderes de orígen nacional y de carácter democrático dentro de su forma genuina y propia; dentro de la República. Son estos, en verdad, hombres de ciencia y de experiencia que conocen el principio más axiomático y más fundamental de la política, el principio de que no hay derecho alguno á sacrificar los intereses permanentes de la pátria á la consecuencia con ideal dogmatismo. La verdad es que el sentido comun y el sentido moral sólo llaman apostasías al cambio de ideas por móviles interesados y en sentido reaccionario. Es apóstata Juliano, que pasa del cristianismo al paganismo; no son apóstatas ni San Pablo, que pasa del judaismo, ni San Agustin, que pasa del paganismo á la idea cristiana. La conversion de Emilio Ollivier, por ejemplo, de la República á la monarquía, es una gran deshonra; la conversion de Mr. Thiers de la monarquía á la República es una gran gloria. El partido que le sigue y que le apoya en esta empresa tiene el verdadero sentido de la política necesaria; y tendrá la gloria de haber iniciado la educacion de una gran democracia y el establecimiento de una gran República.

El programa de este grupo, que compone el centro izquierdo de la Asamblea elegida entre los horrores de la guerra, se compendia en varios puntos fundamentales: conservacion de la República, haciéndola definitiva y estable; sufragio universal engendrando la representacion popular para que engendre el poder ejecutivo, el poder supremo; dos Cámaras, á la manera de los Estados-Unidos, con diferentes categorías y diversa esfera de actividad, y duracion tambien diversa, pero emanadas ambas de la voluntad nacional; consagracion de todas las fuerzas de Francia completamente á robustecer y regenerar la nacion, hoy más que nunca necesitada de las ventajas de un progreso pacífico y del concurso activo y de la union estrecha entre todos sus hijos, alzados á la altísima dignidad de ciudadanos.

A este programa le faltan resueltamente ideas y elementos que podrian darle más luz y más vida. Desde luego, los principios más propios de la naturaleza humana y más esenciales á su existencia y desarrollo, son aquellos principios del derecho natural que consagran el completo desarrollo de nuestras facultades, y nos facilitan el fin de la vida, el cumplimiento de nuestro destino y nuestro ministerio sobre la tierra. Y si le falta esto en la altísima esfera de los principios, le falta en el organismo la distribucion de la soberanía popular y de la autoridad social en grupos y entidades fundamentales, que aparten todo el calor vital del cerebro de los pueblos, expuesto por esas concentraciones absurdas de la vida, á una fulminante apoplegía. Descentralizacion y libertad son dos puntos que debe abrazar el centro izquierdo; que completarán su doctrina, y que, puestos por obra, serán la honra de las generaciones presentes, y el puerto y el refugio de las venideras generaciones.

El hombre que personifica con mayores títulos este momento glorioso, es Mr. Thiers. Nunca fuí admirador de su política. Rechazaba mi conciencia su filosofía ecléctica, su sistema doctrinario, su censo privilegiado; las complacencias serviles con la monarquía, nuevamente restaurada en la revolucion de 1830, despues de haberla visto perder la libertad y combatir la democracia desde las primeras á las últimas horas de la restauracion legitimista; el apego al ideal británico, incompatible con nuestras leyes y tradicio-

nes, con nuestro temperamento y carácter, devotos rendidamente de una verdadera igualdad; la apoteosis de Napoleon, que tanto contribuyera al renacimiento del Imperio y tanto ocultara á los ojos del pueblo los crímenes y los errores del cesarismo; el estrecho criterio con que examinaba la política internacional, los cambios radicales de Italia y de Alemania, y el espíritu mezquino con que proponia la desmembracion y la debilidad de todas las naciones vecinas en provecho de la unidad y de la grandeza de Francia; la ira enconada con que atizó la guerra contra Prusia, presentándola como una tradicion histórica de su pátria, aunque en el momento de condensarse todas aquellas ideas y comenzar aquella tremenda batalla, con el pretexto de la falta de preparacion, se arrepintiera y predicara una paz, á la sazon más necesaria que nunca, pero quimérica, imposible.

Y sin embargo ¡con qué gloria ha rescatado todas sus faltas y ha corregido todos sus errores! El obligó á una Asamblea, imbuida de espíritu monárquico, á reconocer y aceptar la proclamacion de la República democrática. El ajustó una paz inevitable, alcanzando que no acabara de perderse y desmembrarse la integridad de Francia. El pagó un rescate de veinte mil millones de reales, que todavía parece fabuloso. El alejó al extranjero de Francia. El reorganizó el órden y la seguridad pública; la administracion y los ejércitos de mar y tierra. El venció la desenfrenada demagogia que habia hecho de París antro de sus utopias y de sus fieras. El aconsejó constantemente que se admitiera y se proclamara la República definitiva como puerto de refugio contra las aventuras monárquicas en el interior y en el exterior contra la guerra. Derribado por una coalicion monárquica, él ha sostenido en sus manos vigorosas, jamás abatidas ni por los reveses ni por los años, la enseña que puede unir á todos los franceses en comunidad de ideas y de aspiraciones, la gloriosa enseña de una prudente y verdadera República. Por esa razon triunfa y triunfará su política. Es la política del progreso y de la conservacion; la política del movimiento y de la estabilidad; la política que contiene los dos términos necesarios en todas las sociedades, y más especialmente en las sociedades democráticas, la autoridad y la libertad.

Hasta los más empeñados en prolongar la interinidad para traer á su término la monarquía, comprenden que Francia no puede continuar en el marasmo de la incertidumbre sin caer en el desmayo de la muerte. Muchas y nuevas intimaciones se han dirigido al conde de Chambord para que renuncie á su bandera blanca, á la bandera de sus padres, y abrace la bandera tricolor, la bandera de los verdugos de sus padres. Pero el conde, íntegro en su carácter y tenaz en sus opiniones, y fiel á lo pasado, se aferra constantemente, sin vacilacion y sin duda de ningun género, á los apotegmas fundamentales de su política y á los signos consagrados de su familia. Hace bien. Se parece á los sacerdotes paganos que sacrificaban á los dioses en los últimos dias de la antigua Roma. Esas figuras que se levantan sobre los sepulcros, si no son figuras gloriosas, son figuras estéticas. Sólo á los peregrinos neo-católicos, que creen á una en duendes, brujas y aparecidos, puede ocurrírseles ahora la idea de alzar un Borbon petrificado en los terrenos primitivos de la historia con las instituciones modernas henchidas de luz, de calor, de electricidad, de vida. La República será proclamada definitivamente. El septenado del general Mac-Mahon será admitido por todos los lados de la Cámara, excepto esa derecha, aferrada á sus altares y á su trono. Y la tercer República francesa tendrá por lo ménos una duracion que no tuvo la segunda, sólo subsistente por tres años; que no tuvo la primera, sólo subsistente por diez años, tendrá doce años de existencia. Y á los doce años, penetradas las inteligencias de su práctica utilidad, habituados los pueblos á su normal ejercicio, habiendo entrado en las costumbres, la República

no será destruida ni cambiada por otra generacion que se haya educado en su seno; será mejorada y refundida, á fin de que contenga en sus amplísimos moldes, en sus flexibles formas, el ideal de nuestra conciencia y el espíritu de nuestro tiempo. Las generaciones que han nacido bajo la monarquía, si no quieren perder en vanos esfuerzos revolucionarios y en vanos juegos de palabras su tiempo, deben contentarse con fundar la República y remitir á las generaciones subsiguientes el trabajo de perfeccionarla. Es el general Mac-Mahon limitado en sus alcances, rudo en su carácter, escaso de conocimientos así militares como políticos; pero leal, muy leal, incapaz de una traicion, como aquellos sus predecesores que abandonaron Irlanda y vinieron á Francia y á España para ser fieles, fidelísimos á la Iglesia católica perseguida y á la familia de los Estuardos destronada. Por consecuencia, la República francesa nada tiene que temer del hombre á quien ha confiado su suerte, su duracion, sus instituciones. Y el conde de Chambord no tendrá que violentarse admitiendo la bandera bajo cuyos pliegues bajaron Luis XVI y María Antonieta las gradas del trono, y subieron las gradas del cadalso; la bandera á cuya sombra huyeron, se rompieron y dispersaron los ejércitos aliados de sus abuelos; la bandera que descolgó Luis XVIII cuando tornó á ceñirse la corona tradicional restaurada entre el humo de Waterlóo y el polvo de las ruinas de Francia; la bandera que invocaba Louvois cuando heria de muerte al duque de Berry, á la puerta de un teatro; la bandera exaltada por Thiers, el enemigo de los Borbones, y bendecida por Luis Felipe, el traidor á la familia; esa bandera que ha acogido y abrigado por espacio de ochenta años á todos los implacables enemigos de la antigua casa de Borbon. Sí; dados los antiguos compromisos de los reyes, las nobles aspiraciones de los pueblos, no hay más bandera que la bandera de la República.

Divídese el partido republicano en dos escuelas fundamentales; en la escuela radical y la escuela conservadora. Dos libros se han publicado por dos jóvenes diputados de una y otra fraccion de la Cámara, que resumen y concretan las respectivas ideas de estos grupos: el libro de Mr. Gustavo Naquet, diputado radical, y el libro de Mr. Duvergier de Hauranne, diputado conservador. Las ideas del partido radical son justas; los procedimientos del partido conservador son necesarios en este momento histórico. El espíritu verdadera y genuinamente republicano, se encuentra en el libro de Mr. Naquet, como el procedimiento único por ahora que puede infiltrar ese espíritu en las leyes y en las costumbres, se encuentra en el libro de Mr. Duvergier de Hauranne. Dice el primero, y dice con razon. La República no consiente ningun poder irrevocable ni infalible. Las generaciones presentes no tienen derecho á comprometerse por las generaciones venideras, creando un poder inamovible, hereditario, que las marque desde la cuna con el sello de la monarquía. Todo poder será electivo. El órden es artificial cuando sólo se sostiene por la fuerza; el órden es natural cuando se enlaza y se sostiene por los procedimientos de la libertad. El órden republicano proviene de la armonía de los intereses; el órden monárquico proviene del embrutecimiento de los pueblos. Las cuestiones sociales que en la monarquía engendran la guerra, en la República se resuelven por la libertad; en la monarquía buscan la espada y el cetro de la dictadura, en la República el lento y progresivo desarrollo de las fuerzas sociales, que plantea estos problemas y los resuelve. El progreso es una ley necesaria. Desarrolladlo dentro de instituciones libres; y su evolucion será tan serena como los movimientos del planeta en los espacios; oponedles vallas insuperables y las superará y las arrollará con fuerzas invencibles. El sentimiento más necesario á la fundacion y al desarrollo de una República, es el respeto á

la legalidad. Sin el culto más devoto á las leyes no es posible la práctica regular del derecho; y sin la práctica regular del derecho no es posible la existencia de la República.

Es necesario salir del sistema de Asambleas omnipotentes, que unas veces llegan á ser las humildes siervas de las dictaduras revolucionarias como en 1793, y otras veces de las dictaduras reaccionarias, como en 1873, para entrar en una Constitucion, que dé á cada ciudadano su derecho, y á cada poder su base. En esta Constitucion el partido radical rechaza abiertamente las dos Cámaras. Á fin de evitar la dictadura de una Asamblea y sus resoluciones prontas y peligrosas, pone en la Constitucion fuera de su alcance muchos puntos fundamentales: dá á un Tribunal Supremo el veto suspensivo contra toda la ley anticonstitucional, y remite la solucion del conflicto á una nueva Asamblea que en aquel punto concreto seria y se llamaria Asamblea de revision. El partido radical rechaza la presidencia tal como la constituyen los Estados Unidos, y tal como la organizó el Código de 1848; y proclama un gobierno nacido de la Asamblea, responsable ante la Asamblea, y amovible á voluntad de la Asamblea; sistema, en nuestro sentir, lleno de dificultades y de peligros, porque las Asambleas deliberantes carecen de la unidad y de la cohesion que se necesita para el gobierno, y ponen á cada nueva crísis en gravísimo peligro la paz pública. Como el Poder Ejecutivo depende por completo del poder legislativo, no hay por qué decir que el Poder Ejecutivo carece de la facultad de disolucion y de suspension de la Asamblea, la cual no debe ser renovada parcialmente, sino en su totalidad, no pudiendo tener de duracion nunca tres años.

El partido radical francés rechaza y condena resueltamente la federacion. Dice que la federacion, aplicada á pueblos desunidos, es el camino de formar nacionalidades; pero aplicada á pueblos unidos, es el camino de romperlas y aniquilarlas. En América, donde las diversas colonias, recientemente autónomas, no formaban una grande nacionalidad, la federacion era un progreso; en Francia, donde las provincias se hallan unidas fuertemente y componen esa grande unidad, la federacion es un retroceso. Además, el partido radical francés dice, por la pluma de su jóven representante que, al ver las primeras naciones federales marchar con paso cada dia más firme hácia la unidad, no habia de admitir que Francia fuera en sentido opuesto, y marchara hácia la federacion, resucitando el estado administrativo anterior á sus revoluciones, y disolviendo su unidad de legislacion, que es el primero y más fuerte seguro de su democracia. Lo único que admite es la descentralizacion; los asuntos municipales para el municipio, los asuntos departamentales para el departamento, los asuntos nacionales para la nacion, para el Estado.

El partido radical borra de su programa resueltamente uno de sus artículos más queridos y populares; el licenciamiento del ejército. Las recientes derrotas le han advertido que el ejército es indispensable á la existencia de Francia. Es verdad que un ejército numeroso puede ser una probabilidad muy grande de reaccion; pero prefiere correr estos peligros á herir y perder su nacionalidad. Sin embargo, el ejército francés tiene arraigadísimo el respeto á las leyes, el sentimiento de la legalidad, la disciplina y la obediencia. El mismo golpe de estado del 2 de Diciembre demuestra cuán vivo estaba en su pecho el culto supersticioso á la ordenanza, puesto que creyóse en el deber imprescindible de acatar y seguir á sus jefes, aunque sus jefes los lanzaron contra la legalidad. El partido radical dice que es necesario evitar este escollo introduciendo en la ordenanza algunos artículos mediante los cuales se imponga al soldado con la obediencia á sus jefes la obediencia tambien á la Constitucion.

Los puntos esenciales al programa radical son los siguientes: Separacion de la Igle-

sia y el Estado. No puede admitirse el sistema de la Edad Media que adscribia el Estado á la Iglesia, porque va á dar en la teocracia, opuesta á todo desarrollo progresivo del espíritu; no puede admitirse el sistema absolutista de los tiempos posteriores, que adscribe la Iglesia al Estado, porque va á dar en la autocracia, opuesta á su vez á la libertad primordial de la conciencia humana. Los concordatos modernos, napoleónicos, son todavía más absurdos. Se concibe una religion del Estado, que regule la vida y distribuya la autoridad y la libertad con arreglo al ideal único de moralidad; pero no se concibe que tres ó cuatro religiones, entre sí enemigas, sean al mismo tiempo religiones oficiales de un solo Estado. La separacion de la Iglesia y del Estado resuelve, y resuelve satisfactoriamente este pavoroso problema.

Otro de los puntos capitales de este programa es el siguiente: Instruccion primaria universal, obligatoria, gratuita y laica. Quieren los radicales la instruccion universal, porque en pueblos, donde el sufragio universal existe, es imposible dejar á la mayoría en completa y espresa ignorancia. Quiérenla obligatoria porque la idea de derecho es correlativa con la idea de deber; y no pueden los derechos reconocidos en el pueblo ser perfectamente practicados si no le ilumina verdadera instruccion. Quiérenla gratuita para que el pobre pueda acercarse á la mesa donde el pan del alma se reparte y comulgar al mismo tiempo que el rico en la comunidad de ideas como en la comunidad de derechos políticos. Quiérenla tambien laica por ser la consecuencia precisa de la libertad del pensamiento y de la indispensable separacion entre la Iglesia y el Estado. Los datos estadísticos que trae el Sr. Naquet, corroboran la utilidad indiscutible de esta parte de su programa. En Suiza, desde que la instruccion se ha reformado en sentido democrático, las prisiones, llenas antes, se hallan hoy completamente vacías. En 1864 no entró un sólo preso, ni en el canton de Vaud, ni en el canton de Zurich; y en el de Neuchatel entraron dos. En España acudian á las escuelas en 1797 cuatrocientos mil niños, en 1855 cerca de setecientos mil; despues que la instruccion es obligatoria un millon trescientos cincuenta mil. Estos datos prueban además que, segun crece la instruccion en los pueblos, mengua el crímen. Y los pueblos morales son los pueblos verdaderamente republicanos y libres.

A estos principios une otros principios como el impuesto pagado por todos, y en proporcion á su fortuna, para que tenga un carácter reproductivo. El impuesto único le parece verdadera utopia. En los desmedidos gastos que las crecidas deudas y los grandes ejércitos exigen, imposible, completamente imposible cegar ninguna fuente de ingresos, suprimir ninguna materia imponible. Pero ya que las contribuciones indirectas no pueden suprimirse, propone que se aumenten las directas haciendo el impuesto, no solamente universal, sino tambien progresivo. Y á este fin propone que se suprima el impuesto indirecto sobre las primeras materias de consumo y se cree un impuesto directo sobre la renta.

Despues sostiene que para organizar prácticamente la soberanía popular, para esclarecer el sufragio universal, para dar su verdadera ciencia, su primera sustancia á la República, se proclamen aquellas libertades necesarias, indispensables, que son luminosas como la libertad de la prensa, que son orgánicas como el derecho de asociacion y de reunion. Sin ellas el pueblo estará siempre á merced de la tiranía, y su inteligencia en las sombras, y su derecho será un nombre vano é irrisorio.

Y despues de estas cuestiones primeras sostiene una cuestion que ha sido de inmensa gravedad para Francia, que no tiene igual interés para Europa; la cuestion de capitalidad. París, que ha creado Francia; París, que ha

sido su núcleo en medio del fraccionamiento de la Edad Media; París, que con sus escuelas y sus Universidades ha producido el espíritu francés; París, que ha visto escribir á Fenelon y ha oido hablar á Mirabeau; París, que ha dado al género humano el espíritu, la esencia del siglo décimo-octavo; París, que ha proclamado los derechos fundamentales del hombre; París, que cuantas veces ha podido dejar oir su voz inspirada ha invocado la República democrática; París debe ser la eterna capital de Francia. Esta ciudad no es capital solamente porque en ella resida el gobierno; es capital tambien por su poblacion, por su riqueza, por su trabajo, por su ingenio, por la superioridad de su instruccion, por los servicios prestados á la causa del género humano, á la causa de la democracia, á la causa de la libertad, á la causa de la República, á todo aquello que verdaderamente ennoblece y levanta al género humano.

El partido radical francés ha progresado mucho en estos últimos tiempos. Ya no defiende aquellas utopias que en 1848 le perdieron tristemente. Ya no suspira por aquellos cambios profundos y radicales más propios de la cosmología que de la política. Sus ideas capitales pueden realizarse fácilmente, sin necesidad de alarmar á la sociedad ni de herir sus instituciones fundamentales. Dentro de una legalidad comun los partidos conservadores y radicales alternarán segun lo pidan el estado social y la opinion pública. Los tiempos heróicos del republicanismo francés han pasado. La leyenda revolucionaria se ha desvanecido. Hoy nadie cree posible cambiar profundamente la sociedad con el credo de un profeta en los lábios y el puñal del conjurado en las manos. ¡Dichosos los pueblos donde el partido conservador sostiene la autoridad sin reaccion y el partido radical sostiene el órden sin revoluciones, ambos dentro de una legalidad comun, dentro de la República! ¡Desgraciados los pueblos donde cada partido tiene su símbolo radicalmente opuesto al símbolo de los partidos contrarios; donde los conservadores creen que no podrán fundar la autoridad sin traer un príncipe de la casa de Borbon, y donde los avanzados creen que no podrán fundar la libertad y la democracia sino dentro de una República cantonal y socialista! Los pueblos libres, como Dios, son pacientes; porque los pueblos libres, como Dios, son eternos. Federales y unitarios han combatido en Suiza; pero han combatido en las urnas, en las controversias, sin derramar ni una lágrima, ni una gota de sangre. A esto mismo debemos aspirar en los perturbados pueblos latinos, á saber medir la distancia que media entre el ideal y la realidad para no atravesarla en uno de esos saltos en que podemos estrellarnos. El partido radical, proponiendo un programa claro, concreto, tangible, sin espejismos fantásticos y sin aspiraciones cosmológicas, ha prestado un verdadero servicio al progreso pacífico de su pátria y á la causa general de la libertad en el mundo.

Duvergier de Hauranne ha escrito el libro de la República conservadora frente á frente de Gustavo Naquet, que ha escrito el libro de la República radical. Más escritor, más experimentado á pesar de sus pocos años; de abolengo doctrinario, de ideas á un tiempo republicanas y conservadoras, fundamentalmente liberal, fuerza es decirlo, representa este instante necesario en la historia: la combinacion de los elementos conservadores con los elementos republicanos. Ya sabe y conoce que la República conservadora tiene muchos enemigos, de los cuales unos le quitan el adjetivo y se quedan con el sustantivo, otros le quitan el sustantivo y se quedan solamente con el adjetivo. Los unos quieren sólo ser conservadores; los otros quieren sólo ser republicanos. ¿Pero qué republicanos son esos, los cuales no saben que su idea, fórmula de gobierno en largo y dilatado porvenir, tiene muchos grados, no siendo posible llegar á los

más avanzados sin pasar por los intermedios: que la série no se rompe ni en la sociedad ni en la naturaleza? ¿Y qué conservadores son esos, los cuales, para conservar esta sociedad, no encuentran más medio que perturbarla, rehacerla, destruirla, vulnerar la democracia, traer contra la opinion general una monarquía, erigir de nuevo en guerra internacional y europea la autoridad política de los Papas? La República conservadora no es más que la República posible, atenta al estado social presente, que asegura la autoridad sin necesitar para ello de la monarquía y el progreso pacífico renunciando para siempre á las revoluciones, con ánimo de cerrar tanta herida como han abierto las generales discordias y traer una conciliacion entre los partidos liberales que funde un gobierno verdaderamente nacional.

Si en Burdeos se hubiera fundado la monarquía, ¿qué habria sido de Francia? La guerra civil viene en pos de la guerra extranjera. Cada gran ciudad imita á París. El ejército se divide. La parte que vuelve de Alemania con el recuerdo de sus reveses, toma una bandera; la parte que ha improvisado la dictadura toma otra. La República conservadora no podrá ser el gobierno de nuestra eleccion; pero es el gobierno de la necesidad. Despues de la guerra extranjera, ¿qué hubiese sido una guerra civil?

¡Pobre, pobre Francia! El hijo del Norte ha profanado tus monumentos; ha libado en sus cuernos de caza tu alegre vino; ha herido con el sable afilado en el antiguo martillo de Thor el corazon de tus hijos; ha hollado tu independencia y herido la soberanía de tu República. Las ciudades más hermosas han sido ametralladas, bombardeadas sin piedad. Estrasburgo, que representaba la conjuncion del espíritu germánico y el espíritu latino, la escuela de las dos razas; Estrasburgo, en cuyo seno vivió el descubridor de la imprenta, esa artillería de la inteligencia; Estrasburgo fué un monton de ruinas. Metz, ante cuyos muros se detuvo todo el poder de Cárlos V, Metz capituló. Nancy, la vírgen de Lorena, que repartia en sus vinos chispeantes algo del espíritu francés por las venas de todas las razas, cayó esclava. Orleans no vió renacer el antiguo génio de Juana de Arco en sus muros, y dos veces fué arrastrada bárbaramente á las tiendas del vencedor. Bretaña, Normandía, se vieron inundadas de guerreros que parecian descender de las nubes como los génios del Apocalipsis, blandiendo los cometas de la destruccion, de la ruina, del caos, en sus manos que destilaban sangre, sangre, siempre sangre. Dijon, la capital de los valientes duques de Borgoña, fué tambien señalada con el estigma de los esclavos. Y mientras Lyon, Marsella, Burdeos, se apercibian á nuevos sacrificios, París sitiada, el verbo de Europa suprimido, el corazon de la humanidad atrofiado, decian al mundo el horror que al César, al emperador Napoleon, causa de tan increibles desgracias, deben jurar todas las generaciones. Y aún hay quien desee levantar sobre estos mares de sangre, sobre estos montones de cadáveres, la sombra siniestra del principio asolador que los ha causado, el principio monárquico, que provoca á una guerra para fundir en su fuego una corona, para teñir en sus torrentes de sangre un manto de púrpura.

Y hay todavía en Francia quien pretende restaurar las instituciones monárquicas. Pues no se equivoquen los monárquicos franceses, enemigos de la dinastía napoleónica; en el aborrecimiento universal que los Borbones engendran, y en el universal menosprecio que engendran los Orleanes, sólo queda allá en las cabañas envueltas en la bituminosa atmósfera de salvaje ignorancia una monarquía, la monarquía del génio, la monarquía de Bonaparte. Si ofrecen la forma monárquica en holocausto á las preocupaciones populares, no desconozcan que el primer emperador reina todavía en el pueblo, y que su sombra acompaña aún á través del titánico sepulcro,

la repugnante figura de su maquiavélico heredero.

Y sin embargo, ¡cuántas malas artes para restaurar una institucion cuatro veces hundida en los abismos! ¡Qué prodigios de habilidad y de táctica! Mr. Duvergier de Hauranne los describe. La proposicion confiriendo á Thiers la presidencia de la República por tres años, corrió varia suerte. Esta proposicion tenia la forma de Mr. Rivet, indivíduo del centro izquierdo, republicano conservador y moderado. La trascendencia del asunto era inmensa. La reaccionaria Asamblea de Versalles iba á sancionar definitivamente la forma orgánica de las democracias, la forma republicana. El pueblo iba á salir de este régimen provisional, á cuyo influjo, si no maduran, se sostienen las esperanzas monárquicas. En el ánimo de muchos diputados, tal vez de la mayoría, el deber de esta Asamblea es declarar que el conde Chambord nunca ha dejado de reinar en Francia, y que continúa su reinado, obra de los siglos, hechura de la voluntad divina. Pero contra esta aspiracion se alzan la conciencia humana indignada, las nuevas ideas esparcidas en todas las almas, las generaciones presentes educadas en el derecho y para el derecho democrático, la revolucion europea que ha condenado á todos los Borbones, símbolos de tiempos y de instituciones radicalmente incompatibles con nuestra civilizacion. Sin embargo, es duro, durísimo, exigir de una Asamblea monárquica, de una Asamblea borbónica, de una Asamblea reaccionaria, engendro del miedo y de la angustia, consumado bajo el filo de las espadas germánicas, engendro que no volverá jamás á repetirse, es duro exigirle que reconozca la para ella detestable forma de gobierno que llama República, y que consagra sobre las ruinas de la soberanía de los reyes, el nacimiento de la soberanía de los pueblos.

La Asamblea se resiste á esta para ella desgraciadísima necesidad. Nunca se ha visto como ahora la fuerza de una idea del espíritu moderno. Con reservas, con distingos, con propósitos de variarla, los conservadores se avienen al principio de gobierno que han rechazado y combatido durante toda su vida. Mr. Duvergier les pide que se resignen. Yo les pediria más; yo les pediria que se decidiesen á no volver á inquietar á su pátria con proyectos insensatos de restauraciones monárquicas.

Basta de ensayos y de experiencias. La monarquía de la tradicion legitimista murió con Luis XVI en el cadalso; la monarquía de la restauracion de esas tradiciones murió con Cárlos X en el destierro; la monarquía cesárea y militar murió con Napoleon el Grande en Waterlóo; la restauracion de esa monarquía murió con Napoleon el Chico en Sedan. La monarquía de las clases medias murió con Luis Felipe al pié de las barricadas del pueblo; y ahora moriria, sí, moriria irremisiblemente la restauracion de esa monarquía. Nuevos ensayos que han de terminar por nuevas revoluciones. Nuevos pretendientes que han de conspirar contra la soberanía del pueblo. Nuevas guerras civiles que derraman el incendio por todas partes. Nuevas guerras dinásticas á cuyo principio haya noches como la noche del dos de Diciembre, y á cuyo término dias como el funesto dia de Sedan. Tales son los grandes resultados de las monarquías. Tales son los frutos venenosos que puede recojer Francia de una nueva debilidad, de una nueva y tristísima caida.

Y la prueba de que el pueblo francés no quiere volver á las aventuras de la monarquía se encuentra en que, habiendo venido la República, no ha encontrado á sus tributos alivio, antes gravámenes á causa de la guerra, y persiste en sostener la República mandando en cada eleccion un diputado republicano á la Cámara.

Los desastres de la guerra, las indemnizaciones de la paz, la necesidad de conjurar la ocupacion extranjera, imponen cargas imponderables á los contribuyentes. El primer Pre-

sidente de la tercer República, en su afan por libertar á Francia de la ominosísima ocupacion extranjera, buscó por do quier tributos con criterio más que conservador, con criterio ultra-reaccionario. Una de las ideas más arraigadas en Thiers, sin duda alguna, es la idea proteccionista. El antiguo doctrinario quisiera hacer de esa Francia tan comunicativa, tan humana, abierta á los vientos y á las ideas, en el centro de Europa, con su carácter cosmopolita y su génio de generalizacion, una especie de China mercantil. Así es que encontró como gran recurso un gravísimo, abrumador tributo á las materias primeras al entrar en Francia. Este impuesto sobre las primeras materias encarece el alimento y la vestidura del pobre; el café y el azúcar con que abriga un poco su estómago y vivifica y escita sus nervios. Pero además de estos inconvenientes, el impuesto sobre los primeras materias tiene el gravísimo de matar la industria. Es imposible que puedan los artefactos franceses competir con los artefactos de Inglaterra y de Alemania. Los industriales, que conocen estas materias, aseguran con datos fehacientes, indudables, la próxima emigracion de toda la industria francesa á las naciones vecinas. Así ha dado en llamarse el impuesto sobre las primeras materias la revocacion del Edicto de Nantes, que lanzó del suelo y del hogar á los hugonotes. Ante esta perspectiva tristísima los ánimos se han agitado con una agitacion creciente en todas las ciudades manufactureras. Las exposiciones han caido á millares sobre la Asamblea. Los diversos industriales han mandado comisionados que clamaban contra ese impuesto, comisionados que han imbuido las propias ideas á sus representantes. El empeño de Thiers parecia á todos los industriales sin excepcion una demencia.

Pero á Thiers debe llamársele en nuestro expresivo lenguaje, no sólo tenaz, sino tambien testarudo. Ningun medio, pues, desaprovechó que condujera al éxito de su idea. Discursos contínuos, debates prolijos, ruegos, amenazas, imprecaciones, salidas prontas, fina ironía, raptos de elocuencia, todo lo agotó en su colosal empresa de convertir á la prohibicion regiones enteras que viven del comercio libre y de su benéfica influencia. En algunos momentos, arrastrado por sus convicciones dogmáticas, apeló á medios reprobables, como el medio de indisponer la industria con la agricultura, encendiendo en estas dos maneras primordiales de la actividad y del trabajo terribles rivalidades.

Extraño espectáculo en verdad el de un Presidente de la República que no se contenta con luchar en el Parlamento por medio de sus ministros, sino que lucha en persona tambien, y consigue que al peligrar sus ideas propias, sus particulares soluciones, peligre la República. Es el gran orador una desasosegada naturaleza que no se contenta con ocupar el primer puesto en la nacion, sino que quiere ser el primer orador, el primer economista, el primer hombre de Estado, y como en su oratoria hace de pequeñas ideas grandes discursos, en su política con pequeños expedientes, hace cosas grandes. Y como en aquellas circunstancias, su autoridad era necesaria, indispensable, valíase de su posicion excepcional, quizá única, para imponer á la Asamblea sus errores económicos, que pueden atrasar su siglo y arruinar su pátria.

Pero en la discusion no pudo, no, sostenerse. Los diputados de todos los matices le demostraron que era tal impuesto, despues de una grande reaccion, una irreparable ruina. Pero Thiers se aferró á su sistema. Y la Cámara desechó el proyecto de impuesto. Inmediatamente Thiers presentó su dimision. Admitir esta dimision era imposible en aquellas circunstancias. Las fracciones todas de la Cámara le rogaron que permaneciera en el poder. Un mensaje le fué votado casi unánimemente. Al presentarle este mensaje, Thiers convino en permanecer al frente del gobierno; pero dijo que todavía quedaban cuestio-

nes y grandes cuestiones en las cuales habia un disentimiento entre él y la Asamblea. Efectivamente, Thiers quiere con razon la enseñanza obligatoria; y la Asamblea, sin razon la combate. Thiers quiere con razon reintegrar en la capitalidad á París, y la Asamblea con razon quiere decapitar á Francia. Thiers, á su vez, quiere sin razon el impuesto sobre las primeras materias; y la Asamblea con razon lo desecha. Thiers quiere sin razon el antiguo ejército, y la Asamblea con razon quiere el armamento universal. De suerte que, en tal estado, hallándose unas veces la razon de parte de Thiers, y otras veces la razon de parte de la Asamblea, no podia continuar la armonía entre los dos poderes.

El mal proviene del orígen que tantas veces he señalado, de la prolongada interinidad. En tan anómalo estado el Presidente de la República tenia una posicion tambien anómala y extraña. Es necesario encerrar cada poder en su esfera, cada autoridad en su límite. Es necesario organizar definitivamente la República. Es necesario salir y salir pronto de la interinidad. Y no sé yo que Francia se halla todavía poco dispuesta á recibir la forma republicana. Pero yo no conozco nacion ninguna, pueblo ninguno donde tantas inteligencias ilustres se hayan consagrado á la República, despues de haber servido á la monarquía: Thiers, el jefe de accion de la escuela doctrinaria; Duvergier de Hauranne, padre, uno de los más tenaces orleanistas; Casimiro Perier de quien puede asegurarse que ha heredado el carácter, la entereza, la energía del ilustre ministro de Luis Felipe, que le diera el sér.

A esta conversion oponen los monárquicos la union estrecha entre las dos ramas de la familia de Borbon, como grande y amplísima série de compensaciones bastante á consolarles de la desercion de tantos hombres ilustres. Pero esa union es pura fantasía. Las dos ramas de la casa de Borbon, la primera y la segunda, son á la verdad tan irreconciliables entre sí, como la monarquía y la República. Siempre recuerdo la grande agitacion suscitada allá por los meses de Julio y Agosto en 1873.

La entrevista del duque de Burdeos, Enrique V, con el conde de París, Luis Felipe II, era para muchos en Europa prenda de reconciliacion entre las dos ramas de los Borbones, prenda de restauracion de la monarquía en Francia. ¡Ilusos!

Los reyes no son como los demás mortales en muchos accidentes de la vida. Dentro de nuestras democracias, la mayor parte de los hombres públicos son hijos de sus obras. En las monarquías, los reyes mandan ó aspiran á mandar por los títulos y por los privilegios de sus ascendientes. Por consecuencia, la historia forma en ellos parte de la vida, el nombre de sus progenitores parte del alma. Enrique V ha conocido mejor que ningun otro rey antiguo y moderno esta fatalidad del nacimiento. Así, no quiere nada, ni con el dogma de la soberanía popular, ni con el voto de las Asambleas deliberantes: y se limita á llevar sobre su cabeza, como una aureola mística, el glorioso recuerdo de la majestad y del poder de sus abuelos. En su educacion, en su fé, la nacionalidad francesa no era aún cuando ya eran reyes sus padres, y el derecho de estos y la autoridad de estos, se eleva y se elevará siempre sobre la misma nacion. Y la vida entera de un príncipe así, hállase reducida á consagrar culto religioso á la memoria de los reyes muertos, y á recordar á los vivos que él es, él solamente el continuador de su autoridad y de sus privilegios.

Imaginaos qué efecto produciria en hombre así la presencia del descendiente de los Orleanes, de esos Caines de su familia y de su raza. Hijos de reyes como él, descendientes como él de reyes, por no haber sido en los caprichos de la naturaleza, en las combinaciones de la vida, los primogénitos se han elevado, merced á la traicion, al perjurio, al fratricidio, se han elevado á una primogenitura que les negaban los privilegios del naci-

miento. Para llegar á esta dignidad lo han atropellado todo, familia, honor, religion, hasta su propio nombre. En vano los reyes, para consolarles de haber nacido á la sombra del trono, y no gozar del trono, los enriquecieron fabulosamente. El oro dado por la munificencia de los abuelos, sirvió para perseguir y guillotinar á los nietos.

Estoy seguro, que al dirigirse el conde de París á Viena en pos del duque de Burdeos, este diria para sí: Ahí vienen los eternos enemigos de mi raza. Ya en Versalles conspiraban contra mi abuelo Luis XIV. Implacables, como el destino, seguian la rama de mi familia que se asentaba en el trono de España, y sirviéndola en público, la desirvieron en secreto y aspiraron siempre á suplantarla. El regente, que fué de los suyos, sólo tiró á corromper á los mios. Dia llegó en que la sombra de un Orleans fuera á mi mártir ascendiente, María Antonieta, más funesta en el trono que la sombra del verdugo en el cadalso. Este le quitó la vida, pero aquel ¡ay! la honra. Conspirador perpétuo, amigo de jacobinos y de girondinos, acaso nadie como él ha desarraigado del suelo de Francia la sacra encina de San Luis. Un Orleans, un Borbon abrió informaciones con desdoro de su madre, para probar que sangre de lacayos y no sangre de rey corria por sus venas. Una noche se votaba la muerte de Luis XVI. El duque de Orleans, el descendiente de Enrique IV y de Luis XIII, fué el que votó con más acentuacion en la voz y más rabia en el alma.

Aquella Asamblea, compuesta de regicidas; aquel público, de muchedumbres acostumbradas á respirar los vapores de la sangre destilada por la guillotina, se indignaron contra el mónstruo, y él no tuvo ni una vacilacion en su paso, ni un balbuceo en su palabra, ni quizá un remordimiento en su conciencia.

Mi familia, generosa siempre, recompensó despues de la restauracion á los que la habian perseguido y sacrificado durante las revoluciones, y eso que los mios se encontraban ya en Coblenza cuando los duques de Orleans se encontraban en Valmy. El oro que los reyes le habian generosamente dado, no se lo regatearon mis abuelos y mis padres. Al volver mi augusta tia, la duquesa de Angulema, el único hombre de mi raza, segun decia Napoleon, se desmayó á la vista de la consergería, del calabozo de su madre; y no se desmayó delante del duque de Orleans. Mi familia fué bastante desprendida para no procurarse de la herencia de los condes, la herencia más cuantiosa del reino, y los Orleanes se la procuraron para sí, á pesar de haber sido mis tios los Condés víctimas, y mis tios los Orleanes verdugos en la revolucion, El dia que Condé se arrepintió y quiso revocar su testamento, apareció su cadáver colgado á una de las columnas de su lecho.

Aún me llevaba mi madre en el seno, reciente la muerte violenta de mi desgraciado padre, cuando para deshonrarme y deshonrarla, me llamaban, codiciosos de una primogenitura burlada siempre por la naturaleza, codiciosos de un trono alejado siempre de sus combinaciones, me llamaban á mí el hijo del milagro. Por fin se levantaron los Orleanes y destruyeron el trono restaurado, el trono de San Luis, y con fragmentos de las barricadas, alzaron el nuevo trono á su traicion y á su perjurio, el trono sobre cuya cima estaba la soberanía de la nacion, el *Inri* de Pilatos, Y yo recuerdo aún cuando mi abuelo huia, cuando mi madre lloraba, cuando nos esquivábamos envueltos en las banderas blancas sembradas de lises, á los reflejos de la siniestra bandera tricolor. Y un emisario de la embajada de Inglaterra, fué en aquella peregrinacion al destierro en pos de nuestras huellas, pidiendo á mi abuelo que me dejaran sobre el trono de Francia y bajo la tutela de mi tio, el duque de Orleans. Y me tomó mi augusta madre entre sus brazos y me estrechó contra su corazon, y dijo: no, yo no entregaré el nieto de cien reyes á una familia de regicidas. Y me fuí al destierro. El viento

del cielo y los suspiros de mi familia, las gotas de lluvia y las lágrimas, el oleaje del Océano y los latidos de los corazones, se mezclaban, se confundian en el momento supremo en que nos apartábamos de la tierra de Francia para ir á la tierra del destierro. Y mi ilustre madre, anhelosa de restaurar la corona de su hijo, volvió á la tierra de los leales, á la tierra de la Vendée. Y compraron por oro un traidor que la denunciase, y la persiguieran como una fiera por los bosques. La infeliz estuvo á punto de morir mil veces. Y luego la tuvieron cautiva, y la deshonraron ante el mundo, ya que no pudieron matarla.

Y el descendiente de tal raza viene á mi presencia. Y me habla de concordia. El destino, que se burla de los reyes, ha querido que sea el heredero único de mi nombre y de mi trono. La corona de San Luis, el rey de los caballeros, vendrá á posarse sobre la frente del rey de los bolsistas. Pero yo no veré este, yo habré muerto, llevándome conmigo en mi ódio implacable á todas las tradiciones revolucionarias íntegro á mi régio panteon el honor y el nombre de mi raza. Pero los Orleanes y los Borbones, los descendientes del mártir, los descendientes del verdugo, los reyes y los regicidas, no se asentarán jamás á la sombra del mismo trono, jamás.

Hay algo en la política francesa que provocaria ciertamente á risa y á risa larguísima, si no provocase á indignacion y á indignacion profunda. Este algo es el empeño tenaz de los monárquicos en restaurar una monarquía que no tiene monarca. Los tres candidatos al trono destrozado, representan tres leyendas enemigas que mútuamente se contradicen y se anulan. El uno es último triste vástago de la dinastía de Luis XIV. A él pudiera aplicarse con justicia, cuando se le parangona con su ilustre antecesor, la genealogía tristísima de los reyes de la casa de Austria en España, delineada por un ilustre historiador. Cárlos V fué un gran artista, un gran guerrero, un gran político, un gran hombre, y sus sucesores perdieron cada una de sus cualidades; Felipe II no fué artista, Felipe III no fué político, Felipe IV no fué guerrero, y el vástago último de los Austrias, Cárlos II no fué ni siquiera hombre. En frente del tímido y respetable Borbon último, se alzan otros Borbones que ya no representan la tradicion católica, monárquica, secular, sino la tradicion revolucionaria, las ideas del pasado siglo, el predominio de las clases medias sobre la aristocracia y el clero; Borbones que debian poner junto al trono en su blason la guillotina á que arrastraron al jefe de su casa, al rey de su pátria, á Luis décimo-sexto. Y junto á estas dos tradiciones, junto á estas dos leyendas, hay la leyenda, hay la tradicion del Imperio, que parece condenado á repetir siempre la misma tragedia de una prosperidad fugaz y aparente para caer en desastres reales como la rota de Sedan y la rota de Waterlóo. Estas tres leyendas se contradicen, se anulan, y por exceso de pretendientes al trono, es imposible, absolutamente imposible la restauracion de este trono.

Pero da grima ver los esfuerzos que cuesta á los monárquicos persuadirse de la imposibilidad en que están de restaurar la monarquía. Tienen allá en la Comision permanente de la Asamblea Nacional una mayoría, debida más que á su número y á su mérito, al descuido de los republicanos. Esta mayoría no acierta con las atribuciones que le competen. Y las atribuciones son clarísimas: señalar el momento en que por circunstancias extraordinarias, hechos graves ó crísis difíciles, debe convocarse la Asamblea suspendida. Interpretando á torcidas un texto tan claro, desconociendo un misterio tan conocido y concreto, los monárquicos asaltan con preguntas inoportunas y ridículas al ministro de Negocios Extranjeros y al ministro de la Gobernacion. El uno se queja de que un periódico ministerial lo ha puesto en ridículo relatando sus conversaciones monárquicas en la presidencia de la República asaeteadas por

los finos dardos de la aguda sátira de monsieur Thiers.

El ministro de la Gobernacion contestó con sencillez y naturalidad que él no es gacetillero ni siquiera redactor principal de ningun periódico político. Esta respuesta natural, y que debia aguardar el ménos previsor de los hombres, enciende en ira al monárquico desahuciado, le saca los ojos de las órbitas, la bilis del hígado, y le obliga á maldecir de nuestros nefastos tiempos en que los periódicos y los hombres se rien de las cosas y de las personas ridículas.

Pero hay otro colega del anterior que no es ménos ridículo. Digamos su pecado que es grave y olvidemos su nombre que es oscuro. Este otro pertenece á los que votaron la ley de los Consejos generales en sentido descentralizador á fin de que el monarquismo de los departamentos ahogase el republicanismo de París. Sin embargo, su ley no fué tan descentralizadora como convenia y deslizaron un artículo prohibiendo á los Consejos generales expresar, votar ni dirigir peticiones sobre materias políticas. Pero todas las leyes que se proponen coartar la libertad humana, quedan burladas por los infinitos recursos que tiene la libertad, tan fecunda como la misma naturaleza. Los Consejeros generales se guardan de emitir votos políticos en sus consejos; como corporacion, como organismo administrativo. Pero en cuanto salen del Consejo, sin acordarse de la dignidad que tienen, del cargo que ejercen, firman felicitaciones, verdaderos mensajes al jefe del Estado. Y en estas felicitaciones, en estos mensajes, como el derecho de peticion y de representacion está reconocido á todos los franceses, piden y piden con verdaderas instancias, que se disuelva pronto la Asamblea de Versalles y se proclame definitivamente la República en Francia. De aquí la ira del diputado monárquico. Para él, desde la hora y momento en que un ciudadano ha sido elevado por el voto de sus compatriotas al cargo de Consejero general, ha perdido los derechos primordiales, los derechos esencialísimos á la persona y á la vida humana. Para él Consejero general quiere decir pária, que no debe tener interés en la forma de gobierno conveniente á su pátria. Luego esto de que los mandatarios, los soberanos retiren sus poderes á los procuradores; y esto de que los ciudadanos de una República pidan el afianzamiento, la robustez de la República son locuras que solo pueden disculparse, creyendo á los Consejeros generales capaces de atreverse á tanto, fuera de sí, locos, ó mejor ébrios. El diputado monárquico, para dulcificar sus palabras, para quitarles toda esperanza, las ha dicho en latin, ha dicho que esas felicitaciones y manifestaciones se habian redactado *inter pocula*, entre vasijas.

Pero no queda por eso ménos claro el calificativo de borrachos con que ha decorado á los Consejeros generales de los departamentos. Santos fueran, capaces de milagros, dignos de figurar en el Año Cristiano, y de tener las muelas, que hayan perdido, en algun relicario, si en vez de pedir esta fórmula sencilla de gobierno, la República Francesa, piden la bandera blanca, el advenimiento inmediato de Enrique V, la restauracion del feudalismo con sus horcas y cuchillos, sus siervos por los terruños y sus señores como águilas por las alturas de la tierra.

Otro (porque la procesion es larga) se deja de estas ridiculeces y se va al fondo. Para este misericordioso diputado Francia se pierde si cesan los consejos de guerra en sus vengativas sentencias, la marina de guerra en sus deportaciones á la Nueva Caledonia, y los cazadores del ejército en sus fusilamientos de Satory. No basta con la inmensa carnicería verificada en París; no basta con la matanza en la Magdalena y el degüello en el cementerio del Padre Lachaisse; no basta con aquellos fusilamientos sumarísimos perpetrados á la puerta del Panteon, sin identificar las personas; no basta con los deportados á los pon-

tones y de los pontones á climas insalubres; no basta con las legiones de emigrados que lloran en el destierro; Francia, despues de haber perdido doscientos mil de sus hijos en las batallas, veinte mil en el cautiverio, sin contar los innumerables de la guerra civil, necesita derramar de sus venas abiertas mucha más sangre. Ya que no pueden tener muchos reyes estos monárquicos de Versalles, quieren tener muchos, muchísimos verdugos.

Pero uno de los más autorizados entre ellos, el duque de la Rochefoucauld, dirige sus tiros más alto, mucho más alto. A los ojos de este representante de la monarquía, Thiers mismo ha roto las bases de su poder. Thiers ha faltado al pacto de Burdeos. Este pacto sólo daba á la República el carácter de interina, y Thiers le ha dado el carácter de definitiva. La carta del Presidente al general Chanzy, la carta de su secretario á varios consejeros generales acusan el propósito firme, resuelto, de proclamar la República definitiva. Y todos los franceses, en concepto del ilustre prócer, tienen derecho á decidirse por la forma republicana ó por la forma monárquica en este período constituyente, todos ménos Mr. Thiers. Él debe representar sereno el poder ejecutivo sin ninguna pasion, y sostener silencioso el derecho de los franceses sin ninguna preferencia. Esto seria fundado, perfectamente fundado, si la Asamblea francesa, á su vez, se mantuviera dentro de los límites de su estricto derecho. Pero la Asamblea francesa ha usurpado derechos que no le delegó la nacion, única soberana. Convocada para decidir de la paz ó de la guerra, problema del momento, quiere decidir de la monarquía ó de la República, problema del porvenir. Ni el número de indivíduos que tiene le dan derecho para ser una Asamblea constituyente. Las leyes y las costumbres han señalado en Francia los diputados que han de constituir las Asambleas ordinarias y los diputados que han de constituir las Asambleas constituyentes. La actual Asamblea de Versalles sólo tiene el número de las Asambleas ordinarias. Por consecuencia, la Asamblea actual de Versalles no puede aspirar, no debe aspirar á ser una Asamblea constituyente. Así es que con razon ha dicho el manifiesto de la izquierda que á la próxima Asamblea toca «desenvolver, fortificar, arraigar en el suelo francés la obra de regeneracion, á la cual habrán concurrido todos los verdaderos amigos de la pátria, congregados en torno del gran ciudadano, que guardará en la historia el insigne honor de asociar su nombre á la proclamacion definitiva de la República francesa.»

Es necesario distinguir con cuidado en la Asamblea de Versalles la izquierda simple y la extrema izquierda. Componen la izquierda los diputados republicanos y conservadores; componen la extrema izquierda los diputados republicanos y radicales. Por consiguiente, hasta los diputados conservadores piden que la proclamacion definitiva de la República sea obra de la próxima Asamblea y no de la Asamblea presente. Estos impulsos de la opinion pública desconciertan por completo á los monárquicos. No saben realmente dónde buscar un refugio. Primero proclamaron la monarquía legítima, despues la monarquía constitucional; y ahora, viendo que ni una ni otra clase de monarquía es posible, hablan del ensayo leal de la República. Pero ¿cómo se ensaya esta República? Un monárquico antiguo, hábil, es verdad, pero tambien afortunado, se empeña en que la República se ha de levantar sobre leyes monárquicas y ha de servir á los privilegios de las clases medias, y á los lucros de una corrompida plutocracia. Los estados de sitio amordazan á las ciudades más importantes, los consejos de guerra diezman á los obreros más trabajadores, la censura militar amenaza á los periódicos más patriotas, las huestes bonapartistas ocupan los cargos más remunerados, los generales de las capitulaciones y de la desercion están por

completo al frente del ejército: esta es una República de nombre y una monarquía de veras. Para ensayar lealmente la República se necesita ensayarla con sus libertades completas, con sus instituciones democráticas, con sus poderes bien definidos, con sus leyes bien determinadas y bien claras. Fuera de esto, sólo reinarán la confusion ahora y la ruina en lo porvenir.

Las ridiculeces monárquicas serian visibles si no trajeran á cada paso y á cada instante un verdadero conflicto. Una especie de Pedro el Ermitaño, uno de esos resucitados que la legitimidad y el absolutismo muestran, personas que parecen caidas de un planeta apagado sobre nuestro rejuvenecido planeta, háse empeñado en que habia de provocar piadosa y numerosísima peregrinacion para pedir á la Vírgen milagrosísima de Lourdes que hiciera el milagro patente de resucitar la monarquía. Cristo no anda por el mundo, Cristo, que tenia el poder de resucitar á los muertos. Aun el muerto que resucitó, era un hombre modesto, oscuro, virtuoso, Lázaro; pero Cristo no resucitó á Nabucodonosor, ni á Baltasar. Esos grandes mónstruos, una vez extirpados no vuelven, como no han vuelto aquellas ranas, del tamaño de bueyes, que segun los geólogos andaban entre los bosques de helecho y las aguas bituminosas de las edades carboníferas. La peregrinacion se organizazó para pedir al cielo que vuelva el mónstruo de la monarquía. No creais que los peregrinos de hoy, van como los antiguos, con su bordon en la mano del cual pende la calabaza clásica destinada á guardar el vino reparador; su sombrero de anchas alas circuido de conchas; su sayal pardo y su esclavina negra; sus sandalias romanas; místicos personajes errantes, que andan á pié, duermen al raso, se abrigan en la caridad, y se mantienen de limosna. Nuestros peregrinos de ahora son mucho más civilizados; van conducidos por impaciente locomotora, en cómodo tren de los ferro-carriles franceses, desde las costas oceánicas de Normandía á los ágrios desfiladeros del Pirineo. Van en tres largos trenes. Desde Nantes á Tours rezan el rosario y contemplan los misterios gozosos; desde Tours á Poitiers los misterios dolorosos; desde Poitiers á Burdeos no sé qué clase de misterios; y desde Burdeos á Lourdes, donde está la Vírgen, duermen para reparar sus fuerzas á fin de concluir en paz y gracia de Dios esta perfecta empresa política. Allí rezan, cantan, pero sobre todo, beben agua bendita de una fuente, que vuelve la luz á los ojos ciegos, el movimiento á los miembros paralíticos, el oido á las orejas sordas, la fé monárquica á los corazones republicanos, y la creencia en aquellos milagros á los entendimientos enteros y serenos. Despues vuelven de su peregrinacion á las respectivas Iglesias entonando el *Magnificat* de la Vírgen, el cántico republicano por excelencia, el cántico que dice: *potentes deposuit de sede, et exaltavit humiles*, que ellos traducirian bien libremente de esta manera, «humilló á los humildes y exaltó á los soberbios.» Libres son los peregrinos monárquicos de cometer todas estas ridiculeces, y nosotros condenamos severamente á los que llamándose republicanos, han desconocido su propia doctrina hasta el punible extremo de atentar á la manifestacion pacífica de esa mascarada religiosa. ¿Pero no indica el lamentable estado intelectual de una parte de Francia esa churrigueresca exhibicion? ¿Y no daña al sentimiento moral, y aun al mismo sentimiento religioso, ese funestísimo empeño de confundirlo con todas las instituciones decadentes, y de asociarlo á todas las causas vencidas? La idea y el sentimiento religioso deben apartarse de todo interés terrenal cuanto más de los intereses políticos. Los fines útiles, los fines transitorios y del momento, no pueden ser ya los fines de la religion, que mira á los cielos, que mira á lo infinito. La hieren de muerte todos aquellos que se empeñan en arrastrarla por nuestros

campos de batalla, en conducirla atada por el interés al seno de nuestros clubs, al pié de nuestras barricadas. Ciegos incurables son los realistas que creen poder resucitar á su rey, salpicándolo con agua bendita. Y la creencia de que la religion debe servir á sus miras terrenales, va de tal manera arraigándose en una parte, bien desatentada por cierto, del clero, que en rabioso sermon, un clérigo reaccionario ha dicho: «escoged, escoged pronto entre el agua bendita ó el petróleo.»

Es muy grande el atraso en las campiñas de Francia. Sobre ellas cae una verdadera nube de supersticiones. Por eso París es la ciudad capital de Francia. Por eso en París está el cerebro y el corazon de la gran pátria, porque allí se condensan todas las ideas progresivas, y de allí parte el calor de los grandes sentimientos. Por consecuencia, París será invocada por cuantos amen la libertad y la República; y aborrecida de cuantos quieran promover la reaccion.

Por Setiembre de 1872 Mr. Thiers entraba casi triunfalmente en París. La entrada del Presidente de la República en la capital de la República significaba un progreso en el afianzamiento y en la seguridad de las instituciones republicanas. Hacia pocos meses, muy pocos meses, el ódio de la reaccionaria Asamblea de Versalles á la ilustre ciudad de París era tan grande como el ódio que la antigua córte de las tradiciones monárquicas profesara á la capital de las ideas revolucionarias, trasformada por Voltaire, agitada por Mirabeau.

Al Presidente no le era dado acudir á la ciudad maldita sin que la mayoría monárquica le creyese entregado á todas las iras y á todas las fuerzas de la más desenfrenada demagogia. Así, á lo sumo, con peligro de llamar sobre su frente un voto de censura, Thiers iba algunas horas á París casi de hurtadillas, y se volvia, como la heroina de los cuentos de niños, como Cenicienta, al sonar las doce en punto de la noche, para que su monárquica mayoría viese cómo se acostaba á la majestuosa sombra del antiguo santuario de los reyes.

París habia enterrado las instituciones monárquicas; París difundido las ideas revolucionarias por Europa; y era necesario destronar á París. La estancia en Versalles tenia todos los inconvenientes de París y ninguna de sus ventajas; pero Versalles significaba toda la tradicion monárquica y París la tradicion republicana. Guerra á París, guerra á la ciudad que ha sido como la Sibila del pensamiento moderno; guerra, guerra á muerte. Ausencia del gobierno, ausencia de la Cámara, *capitis diminutio* forzosa, estado de sitio permanente, consejos de guerra asentados bajo el sólio de los tribunales, envio de los hijos de París y de los defensores de París á los fusilamientos del viejo Satory, á las playas de la Nueva Caledonia.

Así pensaban arrancar del alma de la gran ciudad su idea y de la frente su corona. Así pensaban reducirla al secundario papel de una ciudad de provincia. Así pensaban conseguir no tuviera en ella el pensamiento moderno, que ha trasfigurado al mundo, su más espléndida, su más elevada cátedra, oida de polo á polo por todas las gentes. Pero se han equivocado por completo. La ciudad que ellos querian destronar, ha permanecido en su trono; y la monarquía que ellos querian resucitar, no se ha movido de su sepulcro. Sucede todo esto, sucede con extrañeza de los mismos que en primera línea contribuyen á que suceda; porque no basta alcanzar el poder para alcanzarlo todo, y no basta tener mayoría dentro de una Cámara mientras no se tenga mayoría tambien dentro de la nacion.

Y yo he sostenido, llevándome en ello de un profundo convencimiento, que la mayoría de Versalles fué una mayoría de sorpresa. Francia queria la paz á toda prisa, y votó para su Asamblea soberana los diputados capaces de votar á su vez la paz á toda costa. Pero no pudo votar en aquel momento supremo ni por

la monarquía ni por la República. Creyó, con ese grande instinto de conservacion peculiar á los pueblos, que sólo era consultada sobre la guerra ó la paz, y votó por la paz. Mas en su mismo voto fundamental iban contenidos muchos votos que le eran idénticos. Al votar por la paz, votaba por el principio de la redencion del trabajo; votaba por el anatema á la guerra; votaba por el fin de las rivalidades dinásticas; votaba por el comienzo de una gran democracia; votaba, en una palabra, por la República.

Los monárquicos creyeron fácil, una vez instalada su mayoría en la Asamblea, instalar tambien su rey ó sus reyes en el trono. Pero la idea del siglo, la idea que corre como la sávia por las plantas, como el calor por los mundos, descompuso totalmente las maquinaciones monárquicas. Los Consejos generales á una emiten votos por el afianzamiento de la República, los Consejos generales que eran la última esperanza de los monárquicos. Thiers desliza, en una carta de su secretario, cierta especie de manifiesto asegurando su resolucion de defender contra todo amaño las instituciones republicanas deseadas por la nacion. Las conversiones abundan. El duque de Broglie declara que nada puede ya intentarse contra la República establecida. Casimiro Perier, hijo del célebre ministro de Luis Felipe, como haya recibido una visita de los condes de París, anuncia que esta visita de sus antiguos soberanos en nada significa que haya decaido ni un punto su creencia sincerísima en la virtud y en la estabilidad de la República. Los periódicos más influyentes de Lóndres proclaman que la República se establece definitivamente en Francia, y se atrae los votos del mundo entero, mientras las escuadras inglesa y anglo-americana acompañan con sus ilustres pabellones al Presidente de la República en sus viajes por el Océano como contrastando la entrevista de los antiguos reyes con esta noble y efusiva entrevista de los pueblos libres.

Pero hay miles de anomalías en la política francesa que apénas son comprensibles y explicables. Parece que el poder legislativo debe ser mucho más liberal y mucho más popular que el poder ejecutivo. Y sin embargo, en Francia, el poder legislativo es mucho más reaccionario, mucho más enemigo de un gobierno democrático que el poder ejecutivo. Parece que los republicanos debieran apoyar á la Asamblea nacida del sufragio universal; y los monárquicos apoyar al jefe del gobierno, monárquico y de antigua fecha. Y los republicanos se ven obligados á defender al jefe del gobierno, antiguo defensor de las ideas monárquicas; y los monárquicos á la Asamblea nacida del sufragio universal, Asamblea de carácter republicano. Parecia natural que en una República fuese el derecho de reunion completamente libre, y en Francia está bajo la República el derecho de reunion limitado por reglamentos restrictivos. Parecia natural que á lo ménos las reuniones privadas cayeran lejos del alcance de la policía, y en Francia son prohibidas por la policía hasta las reuniones privadas. Parecia natural que se permitiese festejar el advenimiento de la República, y no se permite festejar este fausto natalicio. Pero si la tercera República ha venido entre los desastres de Sedan, y por eso el júbilo puede contrastarse con un patriótico dolor, todavía hay un aniversario, lleno de gloriosas enseñanzas, el aniversario que conmemora la primera República, ante cuyas banderas huyeron los conquistadores, los reyes; y hasta esa fecha jubilosa é ilustre no ha podido ser públicamente conmemorada en Francia. Pues hay más, los saboyanos deseaban festejar la fecha de su anexion á la primer República francesa. Fiesta semejante era una fiesta republicana; pero al mismo tiempo que una fiesta republicana, una fiesta patriótica. Hoy que tantas mermas ha tenido la integridad de Francia, debia consolarla, debia fortalecerla el ver que la tradicion republicana aprieta lazos no muy estrechos de

anexiones recientes. Gambetta, invitado á tan nacional y democrática fiesta, debia decir al pié de los Alpes abiertos por el trabajo humano, cerca del bellísimo territorio de Italia, todo lo que pensaba y todo lo que sentia sobre las relaciones de dos pueblos hermanos y sobre el problema del Pontificado, que tantas sombras y tan espesas arroja entre ambos pueblos, nacidos para una profunda é íntima fraternidad política. Pues todas estas ventajas han sido sacrificadas en aras de una legislacion de todo en todo imperial y cesarista. Urge, urge que Francia anime su tradicional República con el nuevo y vivaz espíritu de la libertad.

¿Y todo esto qué prueba? ¿Qué prueban estas dificultades cogidas al vuelo, unas en mi memoria, expigadas otras en las crónicas de la última República francesa? Prueban la imposibilidad con que las escuelas más brillantes, los hombres más extraordinarios pugnan y chocan para modificar la realidad con sus ideas. ¿Y qué enseñan? Enseñan la necesidad en que estamos de ser precavidos y prudentes, de no sacrificar la parte conseguida y afianzada del ideal por conseguir la realizacion del todo. Trazamos el ideal con puras ideas en el apartamiento de nuestra conciencia; seguimos la política con hechos en la impura realidad. El arte de realizar el ideal es todo el arte político. En cuanto olvidamos los obstáculos y los desconocemos, ¡ay! nos hundimos necesariamente en una reaccion vergonzosa.

Mirad cuántas y cuán vivas fuerzas tiene el partido republicano en Francia. Los antiguos monárquicos doctrinarios se han convertido á la República moderna con Thiers á su cabeza. Los hombres que formaban la extrema izquierda del Cuerpo Legislativo, se han mantenido fieles hasta el fin á una República templada, sensata, equidistante de la reaccion y de la utopia. Los ilustres sábios que llevan la voz de la escuela positivista en la Asamblea de Versalles, como Litré y otros, lejos de pedir el régimen medio sansimoniano que pedia su jefe, piden lo posible, mantienen lo posible, una República, sí, pero una República que se atenga á las necesidades del momento, y no perezca por su entusiasmo hácia prematuras reformas. Y si de esta suerte procede el positivista Litré, de la misma suerte procede el hegeliano Vacherot. Cuando escribió su libro de la Democracia, dejóse llevar de todo el idealismo trascendental, que puede caber en planes puramente científicos. Hasta tocaba al servicio doméstico la prevision de sus reformas. En aquellos dias de prueba escribir un libro así, equivalia á una verdadera temeridad. La prision y la multa siguieron á la idea, como antes el hierro y el fuego. Pero en cuanto la hora de acercarse á la realidad, sonó por la revolucion de Setiembre, el filósofo, conocedor sin duda de la realidad por haber sentido sus espinas, se ha resueltamente afiliado en el partido conservador de la República. Algo análogo ha hecho á su vez el ilustre orador Grevy, aquel diputado sereno en su carácter, sencillo y conciso en su frase, grandemente previsor en la primera Asamblea de la segunda República, cuyo discurso contra la Presidencia fué uno de los timbres de la democracia francesa, cuya reaparicion en el departamento del Jura, al término del Imperio, una de las esperanzas de la libertad, y que adivinando cuánto habian cambiado las circunstancias, ¡enemigo de toda presidencia para la República! propuso y consiguió que fuera elevado Thiers á dignidad tan alta. Lo mismo han hecho los federales franceses. Han predicado la federacion en libros tan eruditos como los libros de Chassin; y en actos tan importantes como los congresos de Ginebra y de Berna en que tanta influencia tuvo Barni; y en folletos tan populares como el folleto de Laboulaye, que bajo el título de *París en América*, ha recorrido Europa entera. ¿Mas qué han hecho en la Asamblea? ¿Se han empeñado por ventura en rea-

lizar como políticos la federacion que habian predicado como publicistas? No. Todos ellos están en la Asamblea ó en la prensa francesa; todos han dicho que el exceso de unidad daña á Francia; pero todos ellos comprenden que si locamente se empeñaran en sostener su República federal, matarian la República unitaria, y no sostienen aquello que juzgan imaginario é imposible en las presentes circunstancias. Hasta los mismos socialistas han renunciado á la realizacion de sus utopias, advertidos, aunque tarde, por los sucesos; aleccionados por una larga y dolorosa experiencia. Nadie diria que Luis Blanc está en la Asamblea de Versalles. El fogoso tribuno de 1848 ha puesto, como dicen los franceses en lenguaje familiar, mucha agua en su vino. Y este soñador no truena contra los explotadores del trabajador, no se indigna contra la tiranía del capital, no propone que se cree un ministerio del Progreso, para resolver inmediatamente las cuestiones sociales; se resigna á los expedientes largos de una Asamblea y se daria por satisfecho con el afianzamiento de la República, habiendo votado muchas veces á favor de Mr. Thiers, del representante de las clases medias, á quien tanto denostara en sus discursos y en sus libros. Y lo que digo de Luis Blanc, digo tambien de Tolain. Es un trabajador y ha difundido las ideas apocalípticas de su clase. El Imperio le persiguió como á una fiera; y él atacó al Imperio. En los congresos de la democracia, en esos Concilios de la libertad, ha levantado su voz protestando contra las injusticias sociales y extendiendo sus ideas hasta los confines de la utopia. Y ahora que está en la Asamblea de Francia, sostiene la propiedad individual, la República posible, separándose de aquellos que en la revolucion última de París desacreditaron una y otra causa. ¿Qué habia de hacer, cuando Chaudey, el testamentario de Proudhon, el gran propagandista, el republicano íntegro, cae y muere á los tiros de los comuneros en las calles de París, que habia ilustrado con su palabra, y habia contribuido á redimir con sus titánicos esfuerzos? La misma escuela radical, como hemos visto por los discursos de Gambetta, por los libros de Naquet, quiere reformas que caben dentro de la presente legalidad.

¿Y por qué sucede esto? Porque el partido republicano ha pasado ya de la época utópica, de la época heróica; y ha entrado en la época humana, en la época de la realidad. Y para esta época no há menester tanto de filósofos que piensen, de oradores que divulguen el pensamiento, de héroes que pugnen allá en los campos de batalla y en las calles de las grandes ciudades como de hombres prácticos, de estadistas experimentados, que estudiando la realidad y sus obstáculos, sepan modificar aquella con lentitud, vencer estos con tenacidad, y no den esos saltos mortales hácia adelante ó hácia atrás, que han sido causa primera de nuestra ruina y de nuestra deshonra durante largos años. Los conspiradores han tenido fé, constancia, heroismo, sed de martirio; pero con todas estas brillantes calidades, han perdido cien veces la República y han retardado el único progreso seguro, el progreso pacífico. Y estamos muy escarmentados. Las páginas que van á seguir y en las cuales nos proponemos historiar la decadencia del último imperio francés y el advenimiento de la tercera República francesa, demostrarán mejor que todos cuantos argumentos pudieran aducirse, la necesidad que tenemos de una política templada, si hemos de impulsar el movimiento republicano en toda Europa.

# CAPITULO XLVII.

## DECADENCIA DEL ÚLTIMO IMPERIO.

Los años 1868 y 1869, son los años que señalan de una manera clara y definitiva la decadencia del Emperador. Cada uno de los pasos que dá, es verdadero tropiezo; cada una de las resoluciones que toma, verdadera ruina. No tiene intento que no se le malogre, ni proyecto que no aborte, ni amigos superiores que no mueran, ni amigos incapaces que no le pierdan, ni enemigo que no triunfe y prevalezca. Parece que un hado fatal le persigue, le acosa, le aleja de aquella gran fortuna que le sonriera con venenosa sonrisa en los primeros dias de su Imperio.

Inmediatamente despues de la guerra de Italia, todo era próspero á su alrededor, todo sonriente: Rusia vencida y humillada en sus propios mares; Inglaterra amiga y devota; el Austria destronada del alto sólio que los reyes le habian erigido en el tratado de 1815, y destronada por el sable de un Bonaparte contra quien aquellos tratados se escribieron; Italia, si no satisfecha, reconocida al vencedor de Solferino y de Magenta; la Lombardía libre y emancipada; Saboya y Niza volviendo por un plebiscito á engrandecer para el Emperador su Imperio y para los franceses su pátria; Prusia, en apariencias amenazada, y en realidad soñando con la unidad de Alemania, pero soñándola en virtud de estrecha alianza con Francia; el Papa sostenido en su destrozado y vacilante trono por la mano del César, tan fuerte, que así podia encadenar como desencadenar las revoluciones, y despertar como adormecer á los pueblos, y herir como sostener á los reyes.

Pero bien pronto se notó su decadencia. La falta de cumplimiento al programa con que empezara la guerra y la sobra de ardides diplomáticos con que sustituyera el antiguo ardor guerrero denunciaron al mundo la debilidad verdaderamente incurable de aquel Emperador y de aquel Imperio. Los gobiernos personales se hallan condenados á la infalibilidad y á la omnipotencia. Si un dia se engañan, si otro dia tropiezan, mueren sin tardanza y sin remedio. Puesto que me pedís mis ahorros sin darme cuenta; y me arrancais mis hijos sin tenerme compasion, le di-

con los ciudadanos; y pensais por mí, y por mí hablais, y sois la pátria misma en alma y cuerpo, probadme que yo nada valgo, que yo nada importo, acertando vos, venciendo vos perpétuamente; y así comprenderé que debais ser vos mi señor y yo vuestro esclavo.

Desde el punto y hora en que el Imperio se engañó una vez, no hubo medio de detener su decadencia. La Francia hasta entonces obediente, comenzó á ejercer y aguzar sus facultades de crítica; y la crítica de la nacion de Voltaire es mortal á todos los tiranos de la tierra. Cuando Francia se rie, los tronos tiemblan. Y Francia comenzó á reirse de aquel Imperio que la habia aterrado con la deportacion y los fusilamientos; que la habia sumergido y ahogado en mares de sangre. Napoleon tenia un hermano bastardo, el duque de Morny, que para indicar su orígen, pintaba á la portezuela de su coche una flor de hortensia, atravesada por una barra de bastardía. Los poderosos del mundo atropellan por todo con tal de conseguir larga cosecha de honores y de riquezas. Pero este hombre mundano, dispendioso, veia con clara mirada todas las nubes que se iban amontonando sobre el Imperio, y en parte las disipaba y desvanecia con sus inspiraciones y sus consejos. Solamente, cuando el interés lo aguijoneaba y tenia necesidad de dinero, cooperaba en alguna loca empresa á la conjuracion universal de los ánimos disgustados y á la ruina del Imperio decaido. Pero aparte de esto, su inteligencia clara y penetrante, su carácter flexible, sus maneras aristocráticas, el don de gentes con que atraia á los mismos á quienes despreciaba, eran poderosos auxiliares al Imperio. Él, y solamente él habia desconcertado la oposicion republicana del Cuerpo legislativo y atraídose con halagos á uno de sus miembros más importantes, á Emilio Ollivier. Pero Morny murió de anemia. Su cuerpo estaba consumido y apagado como su alma; y su alma y su cuerpo parecian el alma y el cuerpo del Imperio. La Emperatriz quiso verlo en su lecho mortuorio, y fué tan grande la emocion producida por la vista de aquel cadáver, que se desmayó de pena como si hubiera visto el cadáver de su propio Imperio. Y en efecto, desavenido de muchos de sus antiguos amigos, cercado por implacables adversarios, solo en las altas cimas de la sociedad donde falta el aire respirable; despojado por grandes desengaños, de aquella aureola socialista que habian ceñido á sus sienes algunos complacientes escritores para los cuales era Napoleon, como los Emperadores romanos, el César de la plebe; sin la victoria en los campos de batalla; sin el poder y la influencia en los consejos diplomáticos; veíasele sucumbir al peso de una grande impopularidad, entre las maldiciones de todos aquellos que pensaban con elevacion, y sentian con fervor, no ya en Francia, sino en Europa, en América, en toda la tierra.

Pero el hecho, que determina principalmente la decadencia del Imperio francés, sin duda alguna, es la victoria de Prusia en los campos de Sadowah. El año 1866 comenzaba en plena paz. No parecia que el horizonte político hubiera de empañarse. La guerra de los ducados acababa de consumarse en Alemania; y Prusia y Austria acababan de dividirse sus despojos. La posesion de Schleswig se contaba entre las grandes aspiraciones nacionales de la raza germánica por la magnífica posicion del puerto de Kiel y los peligros que habria en abandonarlo á extrañas y poderosas manos, siendo como es seguro de la integridad alemana y desaguadero de su riqueza y su comercio. Los daneses sufrieron la dura ley del más fuerte, y se encontraron vencidos, aunque no resignados á su derrota. El arreglo definitivo de esta cuestion debia ser asunto de conferencias diplomáticas; y estas conferencias engendran una nueva guerra continental que comenzó por trasformar Alemania y concluyó por trasformar Europa; que comenzó por un nuevo incidente

de la eterna rivalidad de Austria y Prusia para concluir en actos sucesivos por disminuir el Imperio austriaco, derribar el Imperio francés y el poder temporal del Papa, desmembrar á Francia, y coronar la unidad de Italia y de Alemania.

A pesar de las divisiones fragmentarias del territorio germánico; á pesar de sus régulos, sombras de los antiguos señores feudales; á pesar de sus grandes ciudades exentas, remedo de los antiguos municipios; con un Emperador que se asentaba aun bajo la sombra del desvanecido sacro Imperio; con un Papa que dirigia desde el sólio de Roma, eterna enemiga de Germanía, la conciencia de una parte considerable de los germanos; la obra de la unidad estaba perfecta en la conciencia, aunque no estuviera ni comenzada en el espacio. Las tentativas de 1848 habian abortado como todos los proyectos prematuros, como todas las ideas que se anticipan á su sazon oportuna. Pero las ciencias fisiológicas, estudiando los caractéres distintivos de las razas; y las ciencias filológicas comentando la palabra que Alemania llevaba en sus lábios; y las ciencias filosóficas en su apoteosis del espíritu nacional y en su conmemoracion de los destinos históricos reservados á este espíritu en el tiempo; y las artes y las letras, ciñendo su corona de inspiraciones á toda la nacion y elevándola al Thabor de sus grandes ideas; y la filosofía de la historia diciendo cuánto habia contribuido la idea germánica á la sávia de la idea universal, del espíritu humano, crearon esta nacionalidad superior, espiritual, cuajada en brillantes facetas, como un diamante, allá en el cielo de las ideas antes de bajar á estas esferas reales de la vida. Además la idea de la unidad tenia una institucion que, si bien disminuida y alterada, conservaba la generalidad del espíritu germánico. Y era la Dieta de Francfort, que, sin fuerzas, sin recursos, sin ejército ni presupuesto, juntaba en el haz de recuerdos comunes el espíritu y la vida general de la nacion. Quizá la Dieta hubiera podido hacer más, inspirada en otro espíritu que no fuera el espíritu gótico de la reaccion, y apoyada por otras potencias que no fueran las dos enemigas mortales, Austria y Prusia.

El Imperio austriaco, heredero del antiguo Imperio español; cabeza de la Santa Alianza; fomentador de la reaccion alemana; verdugo de Italia, representaba dentro de la Confederacion germánica las tradiciones más contrarias y los principios más opuestos á la libertad y al espíritu moderno. Prusia, por el contrario, engendrada al calor del puro espíritu germánico; nacida cuando nació la libertad de conciencia; fortificada despues de la paz de Westphalia, triunfo de este humano principio; agrandada en ese crítico y filosófico siglo décimo-octavo que le dió realmente el cetro de su raza con la espada del gran Federico; protectora en parte de la emancipacion intelectual; sus ideas estaban unidas indisolublemente á los progresos del espíritu moderno, y su destino señalado por toda la historia en la lucha con el Imperio austriaco para apartarlo de la grande y luminosa Confederacion germánica que habian levantado en sus alas de luz purísima las almas de los poetas y los filósofos. Además, mientras Prusia estaba formada, exceptuando las provincias polacas, de puros alemanes; Austria estaba formada de algunos alemanes, y de húngaros, ruthenos, eslavos, bohemios, checos, polacos y otras razas, á cuyos destinos varios no podia asociarse el destino concreto y claro de una raza central de Europa. Y el poder de Austria habia disminuido mucho con sus derrotas en Italia. Expulsada de Lombardía, creyóse fácil tambien expulsarla de la Confederacion germánica. Y el rey de Prusia recogió esta idea lanzada al viento por aquella misma democracia que habia fusilado y perseguido por las ciudades de Alemania.

En poco tiempo, el eje de la política europea se trastornó; la Prusia se alzó con la direccion de Alemania; sus fronteras del Bálti-

co se dilataron; la desembocadura del rio Elba cayó en sus manos; aumentos territoriales, redondearon sus dominios; el Austria se apartó del resto de Alemania; la Sajonia, Baviera y Baden entraron en la tutela de la gran potencia á cuyos esfuerzos se debia que la unidad alemana, el sueño de los poetas, fuese viviente realidad.

En las peripecias de la guerra, Austria cede la hermosa prenda Venecia, causa como la Helena antigua de tantas y tan cruentas guerras, al Emperador Napoleon para que el Emperador Napoleon la cediera, si queria, á Italia. Cuando vieron los franceses semejante hecho; cuando vieron que la porcion más codiciada de Europa era cedida á su Emperador, creyéronle nuevamente árbitro de Europa. Y los ménos optimistas se imaginaron que trás la cesion del Véneto por el Austria venia la cesion del Rhin por Prusia. Cuál no fué el desengaño del pueblo, la rabia del Emperador cuando vieron que Prusia se quedaba con sus grandes territorios y no traspasaba ni una pulgada de territorio germánico á Francia. El Emperador estaba perdido. Viendo que no podia nada en los campos de la guerra ni en los consejos de la diplomacia, se dió con empeño á evocar la libertad caida, muerta á sus manos. Y escribió una carta que prometia la libertad y que diera márgen á leyes falsificadoras de la democracia.

De este pueblo tan grande, sí, de este pueblo de Francia, que despertó á los pueblos con la voz de sus revoluciones, ha podido hacer el Cesarismo un pueblo bastante humilde para sufrir largos años de dictadura militar cuyo término todavía no entrevemos en el horizonte. Y esta dictadura enmascarada con todas las hipócritas exterioridades de la democracia, con los principios de 1789 por lema y el sufragio universal por base, necesitaba vulnerar aquellas instituciones progresivas que se iban escapando por una reaccion natural á su sombra de muerte. Cuando queria dar libertad á la imprenta, Keverguen, diputado reaccionario, emprendió triste campaña de calumnias, contra los periódicos liberales, que, muchas veces complacientes por necesidad, cómplices á pesar suyo del gobierno, eran como las cenizas donde se guardaban las centellas que habian de iluminar nuevamente la conciencia humana en dias más prósperos para la democracia universal.

La calumnia se mordió á sí misma. En efecto, La Varenne, hábil intrigante, aventurero audaz, salteador del Hotel de Ville en 1848, enemigo de los republicanos porque no quisieron sus manchados servicios, engañador afortunado de los gobiernos italianos, dispuesto á servir por dinero todos los partidos, lucróse un poco en negociaciones intentadas para servir la causa italiana y tomó como bandera para ocultar su innoble mercancía el nombre de la prensa francesa. Pero la prensa liberal francesa ha sido siempre entusiasta por la causa italiana, porque la prensa francesa es una prensa cosmopolita; porque la causa de la independencia de los pueblos tendrá siempre plumas dispuestas á su defensa mientras palpiten corazones humanos en el mundo; porque la libertad de Italia aparecia solidaria con la libertad de Francia; porque el derecho es universal y los pueblos son hermanos; y porque si hay algun pueblo que merezca excepcionales sacrificios y que despierte vivo entusiasmo, es esa Italia, que nos ha llevado á todos en su seno, que nos ha sonreido á todos con sus artes y que nos ha iniciado á todos, Vestal sagrada de la historia moderna, severa testamentaria de la historia antigua, en los misterios de la civilizacion y en los principios del derecho.

Por consiguiente, ¿á qué habia de comprar con dinero el gobierno italiano una prensa que tenia ganada por las ideas? Pero lo más horrible fué que un diputado de la mayoría y un director del periódico que se llamaba *Diario del Imperio*, no vacilaran en levantar sobre falsedades manifiestas el armazon de sus calumnias. Los documentos eran falsos y la

falsificacion verdaderamente escandalosa, no sólo por lo vil, sino tambien por lo torpe. Se hablaba de periódicos que á la sazon no existian, y firmaban ministros que á la sazon no eran ministros. Los periódicos incriminados de esta manera escandalosa, pidieron autorizacion para procesar al falsificador. El Cuerpo legislativo pudo negarlo, pudo pisotear, tratándose de uno de los indivíduos de su mayoría, los draconianos principios que ha establecido contra la calumnia; pero en la frente de ese Keverguen que deseaba pasar por caballeresco defensor de la monarquía y de la religion, quedará grabada siempre la deshonrosa marca de calumniador.

Es una ley de la historia: los enemigos de la libertad son los que más abusan siempre de la libertad. Cuando no pueden herirla, se contentan con deshonrarla. Y sin embargo, hay tal vitalidad en ese principio, que lo invocan como una religion para negociarla como una mercancía. El gobierno imperial prometió una ley de libertad de imprenta, y otra ley de libertad de reunion. La de imprenta modificaba un tanto el régimen antiguo. Pero las dos ventajas que tiene son haber abrogado la prévia autorizacion, y por haber disminuido el impuesto del timbre. Pero hay libertad de imprenta con depósito enorme, con timbre ruinoso, con penas pecuniarias y personales, con amenaza de suspensiones temporales y de una supresion definitiva, sin contar el grave riesgo de que los escritores todos pierdan sus derechos políticos, y en pocos meses los sacerdotes del pensamiento se conviertan tristemente en una raza de ilotas.

Despues de tal ley de imprenta, se discutió su complemento necesario, que era la ley de reuniones. Yo no comprendo un derecho más fecundo que el derecho de reunion. Ninguno debiera ser tan sagrado. Suprimidlo, y habeis suprimido en Grecia la Academia, en Asia el Cristianismo, en Alejandría los fundadores del dogma, en Roma los misioneros que bautizaron á los bárbaros y los rindieron al yugo de la ley, en el mundo moderno los filósofos que han divulgado los principios de justicia, los legisladores que han promulgado fórmulas, ideas del nuevo derecho, los reformadores de la conciencia y de la vida. En definitiva, es tan inútil reprimir el derecho de reunion, como todos los derechos esenciales á la naturaleza humana. Los masones se extendieron bajo la monarquía absoluta, á pesar de los esbirros innumerables de los reyes. La sociedad que es natural, que está reclamada por una idea viva ó por una exigencia imperiosa de la opinion, se organiza en las sombras y vive. Los Césares tienen contra los reformadores sus hogueras; pero los reformadores tienen contra los Césares sus catacumbas. Y encerrada allí la idea como el grano en la tierra, se fecunda y brota el pan del alma para muchas generaciones. Yo no conozco válvula más segura contra las violencias revolucionarias. Yo he visto las sociedades viejas guardadas en el sepulcro gótico de una Iglesia caduca, veladas por los reyes, inmóviles sobre la almohada de piedra de sus gastadas instituciones, estremecerse al temor de una revolucion como los frios miembros de un cadáver galvanizado por las fuertes descargas de una pila de Volta; mientras las sociedades nuevas, como la Repúbliza de Suiza, establecidas en el derecho moderno, abiertas á todos los vientos de la libertad, llenas de asociaciones varias donde se predican todas las ideas y hasta todas las utopias, permanecen pacíficas y serenas, viendo pasar de lejos, á la manera que las inmaculadas cumbres de los Alpes, el tumulto de las tempestades. Y cuando se piensa que sin el derecho de reunion son imposibles desde las asociaciones de crédito, que centuplican las fuerzas vitales, hasta las asociaciones científicas, que trasfiguran é iluminan las almas, se indigna el corazon viendo cuántos tesoros malgastan los gobiernos, cuántos bienes morales sacrifican torpemente en aras de su miedo.

La ley de reuniones corre parejas con la ley

de imprenta. Por el primero de los artículos se reconocia el derecho, y por el resto se derribaba lo mismo anteriormente reconocido. Las reuniones políticas se prohibian absolutamente y se permitian las literarias con tal que no se rozasen nada con la política. Esto es horrible. Tanto valdria decirle á un cuerpo: os permito el corazon, pero os arranco los pulmones. Los derechos son idénticos en su esencia. La correlacion que entre ellos existe es interior y orgánica. Las ciencias todas han llegado á una síntesis, y cada una de ellas representa el término de una série. Dadme un libro de literatura, y yo os diré cómo piensa el autor en política. La estética que profesa los principios de independencia ó dependencia del arte; el valor atribuido á la autoridad y á los códigos académicos; el juicio sobre la antigüedad clásica y sobre la Edad Media cristiana; sus inclinaciones á tal ó cual género de elocuencia, su entusiasmo por tal ó cual autor me indicarán si está afiliado á la causa de la reaccion ó á la causa de las revoluciones. No juzgan lo mismo á Cervantes el literato elegíaco, cuyo corazon se oprime al ver hundirse el ideal gótico y los sueños de la caballería, que el literato radical, cuyo corazon se ensancha con el progreso de los siglos y la emancipacion de los entendimientos en los espaciosos horizontes de la historia. No juzgan lo mismo á Voltaire un católico y un racionalista. Por consecuencia, cuando se prohibian las reuniones políticas, en realidad se prohibian las reuniones literarias.

Lo único que en política se consentia, eran las reuniones electorales, pero en una especie de jubileo de quince dias, vigiladas por un agente de la policía, toleradas por un permiso de la autoridad, en sitio cerrado como si se temiera al viento, y con la presidencia de un ciudadano que debia pagar diez mil francos cada vez que se le fuese la lengua á cualquiera de los reunidos; restricciones absurdas y equivalentes á la negacion completa del derecho.

Así, no es mucho que á cada instante se hallen sobrecogidas estas sociedades por revoluciones que amenazan sus bases. Y no se diga, que tambien hay revoluciones en los países democráticos, por el ejemplo de las revoluciones americanas. Yo no lo niego, porque nunca he negado la evidencia. Pero no me seria difícil probar: 1.°, que los gérmenes de esas revoluciones se hallan todos en los restos del régimen; 2.°, que las causas de esas revoluciones son ajenas á las leyes republicanas y á la esencia de la democracia; y 3.°, que, sea cualquiera su alcance, ninguna llega á querer cambiar las bases actuales de la sociedad y todas se estrellan contra un principio definitivamente admitido, contra la estabilidad de la República.

Yo no puedo negarlo ; en los pueblos muy divididos sobre las instituciones fundamentales, sobre la forma de gobierno, tienen grandes peligros la libertad de imprenta y la libertad de reunion. Pero el medio de evitar estos peligros, el medio único es fundar formas de gobierno bastante robustas para resistir el embate de las ideas. Allí donde una persona es todo el Estado, correis gravísimo peligro de que , gastando esa persona , ó por la crítica justa , ó por la calumnia envenenada, gasteis al mismo tiempo el Estado. La forma republicana, que no depende á la verdad de ninguna persona ni familia, que es puramente impersonal, que se confunde con las naciones mismas, tiene en sí bastante virtud y bastante fuerza para mantenerse erguida y firme, aunque se desaten los tempestuosos vientos de todas las ideas.

Pero la imprudencia , que rayó en temeridad, fué la imprudencia de Napoleon III, volviéndose á buscar en la libertad el aire vital que le negaban la fortuna y la victoria. El César, que habia asesinado la libertad, estaba incapacitado para desposarse con la libertad. Napoleon creyó hallar en la libertad una esposa, y encontró una Judith. No le pasó, no, lo que á los últimos Césares del Imperio ro-

mano; le pasó precisamente lo contrario. En aquellos tiempos, cuando los bárbaros se adelantaban hácia la Ciudad Eterna, cuando el Imperio se perdia, comprendieron aquellos dictadores que sólo una palabra mágica podia suscitar héroes, la palabra libertad. Pero los pueblos, embrutecidos en su ignorancia, cargados de cadenas, podridos por una grande inmoralidad, no sabian qué significaba esa palabra, no la sentian resonar ni en su corazon ni en su conciencia. Mas Francia conocia esa palabra y estimaba su precio. Y cuando el César pronunció la palabra libertad, todos dijeron, todos, que la libertad era derecho de los ciudadanos y no concesion de los Césares. Y se irguieron, y se levantaron, y le dijeron á una que detestaban aquel don robado á sus almas en la noche del 2 de Diciembre y devuelto como un depósito disminuido y mermado.

Es la libertad como la luz, que esclarece las grandes aspiraciones, como el aire, que las vivifica. Y la aspiracion indomable, inextinguible, que más arraigada estaba en la conciencia del pueblo francés, era la aspiracion á destruir el Imperio. Así, la imprenta maldijo al César. Así, el derecho de reunion se convirtió en una especie de tribunal revolucionario. Así, el libro revindicó la República é historió los crímenes de los Napoleónidas. Así, la cátedra misma fué una eminencia donde se condensaban las tempestades del espíritu y se encrespaban las grandes ideas de lo porvenir. El Imperio moria sin libertad, y moria por la libertad.

¡Qué error! Habia ahogado una República, herido la democracia, violado los derechos má ssagrados, puesto en ignominioso patíbulo al pueblo francés, combatido todas las ideas modernas, y luego queria vivir de todo cuanto habia asesinado y destruido. No, no era posible la reconciliacion entre el Imperio y la libertad. Al volverse hácia la luz del siglo, le hirió como un rayo. El oleaje de las ideas subia hasta su trono y le arrancaba de las sienes una corona maldecida por la conciencia humana.

# CAPITULO XLVIII.

## AGRAVACION DE LA DECADENCIA IMPERIAL.

El año 1866 fué el año del comienzo de la decadencia por la batalla de Sadowah. El año 1867 fué el año de la agravacion de esta decadencia por la muerte de Maximiliano y la revolucion de Garibaldi. El año 1868 fué el año en que comenzó materialmente la ruina por la revolucion de España, mecha lanzada sobre los combustibles de Europa; y por las concesiones liberales, muestra evidente de la impotencia del poder personal y abdicacion suicida de todos sus privilegios. El año 1869 fué el año de la derrota moral en el interior á causa de las grandes agitaciones que trajo el plebiscito y de los grandes escándalos que trajo el crímen del príncipe Bonaparte; y el año 1870 fué el año de la derrota material en los campos de Sedan, donde se renovaban todas las desgracias de Waterlóo, sin ninguna de sus grandezas y sin ninguna de sus glorias.

Encontrábase Europa á la sazon bien triste y bien desgarrada: amenazas permanentes de una reaccion todavía más implacable en España; hambre y temor de la guerra en Francia; inquietudes enormes y armamentos formidables en Alemania; tremendas conjuraciones de los fenianos en Inglaterra, que anunciaban una nueva catástrofe social; remedios heróicos y desesperados del Austria para salvarse de una muerte cierta; esfuerzos de Grecia, que perturbaban el Oriente, y extrañas conmociones de Portugal, que perturban el Occidente; mientras Rusia, atenta á todas estas catástrofes, que se anunciaban como las primeras oscilaciones de un gran terremoto, preparaba sus ejércitos para sostener su política de invasion y de conquista lo mismo en Asia que en Europa. El espectáculo era verdaderamente artístico y teatral por las emociones que inspiraba, si no se hubiera visto ya en vision anticipada chorrear tanta sangre. Artístico era el espectáculo del Circo Romano: las damas medio desnudas teñidas con los reflejos del toldo de púrpura; los senadores con sus togas blancas; los coros de mancebos y doncellas entonando á los acordes de la música versos de los antiguos poetas; el pueblo conmovido é irritado como el Océano en

tormenta; los sacerdotes ofreciendo sobre el ara de mármol, cincelada por maravillosos escultores, las víctimas ceñidas de guirnaldas; los diversos combatientes, ya desnudos como las estátuas griegas, ya vestidos de pintorescos trajes, sobre magníficos carros; el tumulto de millares de espectadores que llenaban el aire con la tempestad de sus aclamaciones. Pero luego vibraban las armas, comenzaban las heridas, chorreaba la sangre y quedaba sobre la arena enrojecida un monton de cadáveres. Imaginaos tres millones de hombres, magníficamente equipados, moviéndose para llenar los campos de batalla, y vereis algo épico. Pero imaginaos Europa, cubierta de incendios y de matanzas desde los montes Ourales hasta el Pirineo, y el corazon se os partirá de dolor, y la conciencia se os sublevará de rabia al ver que se llaman pueblos civilizados los pueblos capaces de tamaña barbarie.

Y por todas partes sólo se hablaba de guerra. Los franceses eran los más provocadores á la batalla, y los alemanes los más seguros de la victoria. El armamento de sus ejércitos, con el fusil Chassepot, habia inflamado la antigua cólera guerrera de Francia; mientras se armaba Prusia con madurez y con sigilo. Pero el mal del Imperio no estaba tanto en las dificultades exteriores como en la perturbacion que estas dificultades le suscitaban dentro de sus propios dominios. Por todas partes, en estos cuatro años de decadencia, conjuraciones misteriosas, protestas de los partidos, artículos incendiarios en la prensa política y en la prensa literaria, discursos amenazadores desde las Academias hasta los clubs, invocaciones á la República, estallido de la cólera, manifestaciones á las puertas de Francia así en los congresos políticos y en los congresos científicos, procesiones á los cementerios en honor de los mártires de la República y de las víctimas del Imperio, el calor de la revolucion extendiéndose desde las tabernas hasta los palacios, la protesta contra el cesarismo, oyéndose tanto en los tumultos de Belle-Ville como en los discursos de la Sorbona. No habia remedio. Estaba muerto moralmente el Imperio. Sólo faltaba que viniera una de esas catástrofes supremas que la limitada inteligencia humana no preve, ni el corazon presiente, á envolverlo en su triste sudario y darle tierra.

El dia 1.° de Noviembre, en uno de estos adversos años, agitóse por extraordinaria y extraña manera la opinion pública en París. Esta agitacion provino de evocar triste recuerdo y celebrar piadosísima memoria. Celebróse el aniversario de un hecho, cuya historia debe tenerse presente. Era la mañana siniestra que siguió á la noche triste del golpe de estado. Los representantes del pueblo, heridos en su inviolabilidad y en su soberanía, protestaron en contra de este criminal atentado que renovaba el perjurio, la infamia del 18 de Brumario, y traia la sombra nefasta y aborrecida del Imperio. Unos fueron arrestados, otros presos, muchos sorprendidos en sus casas y en sus camas á guisa de criminales, todos perseguidos é injuriados. Entre los que lograron salvarse de la primera criminal tentativa, encontrábase el representante Baudin, hombre de rarísimas cualidades, si no de inteligencia, de corazon y de carácter. A la agresion creyó que debia responder con la defensa. Nunca como entonces pudieron llamarse las barricadas levantadas á la insurreccion altares erigidos al derecho. Pero el pueblo estaba frio, indiferente al trágico y supremo combate. Los desencantos que le produjera la pérdida de sus ilusiones con el desvanecimiento de sus utopias; la predicacion de los goces materiales y de los fines útiles en la dañosa propaganda socialista; los errores mismos de la Asamblea disuelta y sus ataques furiosos al sufragio universal; la artera propaganda napoleónica, que atribuia escaso precio á los derechos naturales, á la democracia, á la República, enconaron de tal suerte los ánimos contra los

diputados más íntegros y más ilustres, que su voz, en demanda de auxilio para el derecho, se estrellaba sin ecos en la glacial indiferencia del pueblo. Parecian aquellas muchedumbres inertes, implacables, frias, reapariciones de aquel pueblo romano de los dias del Imperio, que iba con el mismo contento y la misma indiferencia á presenciar las luchas de las facciones en las calles y las luchas de las fieras en los circos.

Baudin se dirigió á un grupo de trabajadores del barrio de San Antonio y les dijo: «Venid á pelear por nosotros y con nosotros.» «¿Qué nos importan á nosotros, gritaron ellos, vuestros veinticinco francos?» Aludian á la dieta pagaba por el Erario á los diputados: que á tal extremo tenian corrompidas aquellos hombres sus conciencias. «Ahora vereis cómo se muere por veinticinco francos, respondió Baudin á los futuros esclavos.» Y tomando un fusil, se fué á una barricada, se opuso casi solo al paso de las tropas, y cayó y murió en el acto.

Este sublime suceso digno de figurar en la historia de los antiguos héroes, fué conmemorado por todos cuantos sentian las cadenas de la servidumbre, y echaban de ménos la asesinada República. En grandes grupos, en procesiones numerosas, recogidos como cumple á un acto religioso, silenciosos como la muerte, iban aquellos ciudadanos, regenerados, fortalecidos por el culto á la libertad, trasformados en el ethéreo baño de las nuevas ideas, á desagraviar con la ofrenda de una corona, de una oracion, de una lágrimas los manes del mártir en el dia de la conmemoracion de los difuntos. París, que ama mucho á sus muertos, tiene franco el paso en este aniversario solemne á todos los cementerios. El Emperador comprendió lo que significaba el culto á Baudin, y rodeó de policía su tumba como si quisiera oprimirlo hasta en el sueño de la muerte. Es verdad que la manifestacion recordaba aquella triste noche de atentados y de sobresaltos; aquellos inquisitoriales y siniestros esbirros que abrian las puertas y violaban el sueño como los ladrones; aquellas orgías de los soldados ébrios mandados y presididos por un magistrado á quien los pueblos habian conferido la sublime dignidad de Wasingthon y á quien el crímen elevaba á la siniestra dictadura de César; aquellos fusilamientos en las calles ennegrecidas por el humo de la pólvora y manchadas con torrentes de sangre; pero nadie puede borrar los grandes crímenes de la historia ni el horror inextinguible, que esos crímenes inspiran, del seno de la humana conciencia. Y los manifestantes fueron detenidos ante la tumba, como si cometieran un atentado, y conducidos á la cárcel como prisioneros vulgares,

Quejábanse los así maltratados de que no hay garantías para la seguridad individual en Estado donde los agentes del gobierno pueden detener á los ciudadanos pacíficos tan arbitrariamente como ellos fueron detenidos, y apresarlos tan arbitrariamente como ellos fueron apresados. Mr. Cremieux, célebre abogado, en largo informe que acababa de publicar como hombre de ley, aseguraba que existia en los detenidos derecho para exigir responsabilidad á los agentes de la policía. Pero este derecho se halla completamente burlado por las leyes de Francia. Para procesar á un agente del gobierno era necesaria la autorizacion prévia del Consejo de Estado y del ministro del Interior. Y como el ministro del Interior niega la autorizacion de procesar á los que se han excedido un tanto en el celo necesario para cumplir sus órdenes, no hay medio de garantizar los derechos del ciudadano, ni el más sagrado entre todos ellos, la seguridad individual. Pocos dias despues de los arrestos publicaba Mr. Pinard uno de esos comunicados allí tan frecuentes, en el cual decia que sus agentes no habian faltado en nada ni al derecho de los ciudadanos ni á las prescripciones de la ley. Emilio Girardin propuso, á consecuencia de esto,

que se publicara en grueso volúmen el memorial de quejas que la libertad individual y la libertad de imprenta tienen del régimen inaugurado en mil ochocientos cincuenta y dos. Las quejas son harto conocidas; lo desconocido es el remedio.

En cuanto á la libertad de imprenta no podia dudarse que reinaba tolerancia despues de las derrotas diplomáticas del Imperio en Europa; pero nada más que tolerancia. Los procesos contra los diarios de oposicion continuaban menudeando de una manera que ponia espanto, sobre todo, si se recordaban las promesas imperiales. Mr. Peyrat, escritor severo, de una gran fuerza lógica, y de un carácter íntegramente republicano, fué condenado á dos meses de prision; y á dos mil francos de multa Mr. Mangin, director del más popular y más honrado de los periódicos de Francia, *Le Phare de la Loir*. Este es uno de los pocos diarios republicanos que se salvaron del golpe de Estado del dos de Diciembre. La causa de su salvacion merece ser referida. Hallábase dirigido en aquella sazon por su propietario, uno de los más íntegros y más rectos jacobinos; uno de esos que han permanecido fieles á la libertad hasta en los dias de su desgracia, y que la han visto brillar hasta en los dias de sus eclipses. El jacobino siguió la suerte de los bonapartistas despues de la derrota de Waterlóo. Es bien singular el ministerio histórico de esta familia de los Bonapartes. Sus victorias no son nuestras victorias; pero sus derrotas son nuestras derrotas. Pues bien; el propietario del *Phare de la Loir* se vió unido á los bonapartistas en los dias de combate á la democracia que se llamaron dias de la Restauracion, y en los dias de falseamiento de la democracia que se llamaron dias de Luis Felipe. En tales períodos prestó servicios personalísimos al pretendiente Luis Napoleon. Cuando el pretendiente fué Emperador se acordó de estos servicios, y en la condenacion de diarios, condenacion casi universal, que siguiera al dos de Diciembre, fué exceptuado *Le Phare de la Loir*. Pues bien; al fin del Imperio era condenado á gruesas multas y se le movian nuevos procesos por las palabras consagradas á condenar los arrestos del cementerio de Montmartre. *El Courrier Français,* periódico socialista, fué tambien condenado por la administracion á no poder despachar sus números en la via pública. Era muy singular lo que sucedia con este periódico. Ninguno más formidable en sus ataques al Imperio. Vermorel es un escritor de estilo severo, que ha prestado eminentes servicios á la democracia publicando los discursos de Danton y de Robespierre, exparcidos en millares de volúmenes, cuya lectura es dificilísima, cuya adquisicion es imposible. Vermorel atacaba duramente las dos fuerzas más vivas que tenia la reaccion: el Cesarismo, la banca. Y, sin embargo, muchos le acusaban de ser cómplice del gobierno, de predicar el socialismo para desacreditar la democracia, de dividir las huestes de oposicion para que triunfase el Imperio, y hasta de ser un instrumento del hábil ministro de Estado para presentar candidaturas comunistas en las elecciones, fraccionar el pueblo de París, y trabajar indirectamente por los siempre vencidos candidatos del César. Yo recojo estos rumores, y los digo, porque tienen importancia histórica, y tuvieron influjo político. Pero puedo asegurar en conciencia, que no tengo datos para justificarlos, para afirmarlos. Puedo asegurar más, que tengo por inverosímiles tales móviles, y que me consta que *El Courrier* se mantuvo de grandes y extraordinarios sacrificios hechos por sus accionistas y del mucho favor que alcanzara en el público. Mi desinterés en estas afirmaciones, puedo decir que es mayor puesto que jamás he participado de las ideas socialistas, si por socialismo se entiende la mutilacion de la libertad, aunque sea á favor del pueblo. Pues bien; *El Courrier Français* fué á su vez severamente castigado. Y ni siquiera los periódicos li-

terarios se exentaban de la comun desgracia. *El Corsario* fué suprimido por un artículo, y *La Luna* suprimida tambien por una caricatura.

Se necesita estudiar un poco las leyes francesas para comprender de qué manera es potente allí la administracion pública. El artículo 75 de la Constitucion del año VIII, convierte á los que tienen algun átomo de la autoridad pública, siquier sea imperceptible, en especie de casta sacerdotal, de aristocracia sacratísima, de pontificado inviolable. El panteismo autoritario se extiende como una atmósfera venenosa en torno de Francia. Mr. Persigny interpretó el art. 75 en términos tales, que hacia otros tantos Emperadores de cada uno de los agentes de la administracion pública. Y se dió el caso siguiente. La historia de la casa de Condé, obra de uno de los príncipes de Orleans, fué recogida por la administracion. El editor se quejó de que se le hubiera infligido el castigo de confiscacion que las leyes francesas prohiben; y se quejó ante los tribunales de justicia por ataque á la propiedad. Los ataques á la propiedad, pasan á ser defensas de la propiedad, cuando se cometen á nombre de la seguridad general por los atrevidos agentes de la administracion pública.

No encontrando refugio en la prensa, justicia en los tribunales, el agraviado puede dirigirse al Cuerpo Legislativo. Pero este recurso tambien falta. Ni siquiera es permitida la queja. El diputado no tiene iniciativa, y por consecuencia, no puede presentar ninguna reforma á las leyes más duras. Y además de no tener iniciativa en realidad no tiene derecho á quejarse de los actos del gobierno, sino cuando la mayoría lo consiente. El atentado á la seguridad individual cometido en los primeros dias de Noviembre de 1867 fué tal, que muchos abogados exigian una protesta. Se desistió de la protesta y se entregó la cuestion á la minoría del Cuerpo Legislativo. La minoría interpeló, pero la interpelacion no fué autorizada. Y por consiguiente, en conflicto tan grande entre los derechos de los ciudadanos y la autoridad del poder, reinó un triste silencio, un silencio que iba siendo cada dia más intolerable para este pueblo francés, tan espansivo, tan orador, tan amigo de comunicar sus ideas al mundo, y que tantas veces ha sacrificado satisfacciones grandísimas á la excepcional para él de tener una tribuna muy alta donde las maravillas de la palabra humana brillen vivamente.

Y menudeaban á la sazon, no ya las asechanzas á las manifestaciones públicas, sino tambien las asechanzas á las reuniones privadas. Un eminente jurisperito de París reunia en su casa de la calle de Monsieur le Prince varios republicanos á discutir los asuntos más graves de la política diaria, desde la cual se elevaban á los problemas y tesis más trascendentales del derecho público moderno. Este abogado se llama Emilio Acollas y sus libros sobre el derecho civil tienen notoria autoridad en todas las escuelas de Francia. El Imperio no podia perdonar á él y sus comensales que hubieran ido al Congreso de Ginebra. La policía cela esta casa, toma noticias de los asuntos que se trataban en la tertulia, y la sorprende; y apresa, y encarcela á todos los asistentes. Entre los papeles registrados se encuentran algunos escritos á favor de la República. Julio Favre defiende al principal de los acusados y proclama su derecho á conversar con sus amigos en el santuario del hogar sobre los problemas que agitan á nuestro gloriosísimo siglo. Allí hasta los ausentes, dijo, nos hallábamos en espíritu. Si escudriñais, nuestras conciencias; si venís á penetrar en nuestra casa, á sorprender nuestra vida privada, á registrar nuestra cartera, á husmear el fondo del corazon, no estrañeis dar con los sentimientos que siempre, en todo tiempo, nos habeis inspirado, y con el amor que siempre, en todo tiempo, hemos tenido á la vencida República. El discurso de Cremieux que defendió á otro acusado, fué ménos elocuente,

pero más incisivo y más fuerte. Era el defensor de Nacquet. Este es un profesor de química, agregado á la facultad de medicina, tan ilustre por su ciencia como por el temple de su carácter. Cremieux, ministro de justicia en la República, recordó en su defensa la generosidad con que la República abrió sus puertas á los mismos que debian destruirla. Estas palabras me trajeron á la memoria la sombra de Lamartine, el poeta que apasionó un pueblo hasta dirigirlo con la palabra en medio de las tempestades sociales que parecen obedientes sólo á la fuerza, Lamartine, moribundo en aquella suprema hora. Si en su cráneo frio, decia yo para mí, quedan algunas pavesas de ideas, cuántos remordimientos deben asaltarle en esta hora suprema al ver que deja esclava Francia cuando en la ardiente lava de la revolucion de 1848 pudo imprimir á Francia con tanta facilidad, inspirándose en las ideas de la democracia, desposeyéndose del sentimentalismo realista de sus primeros años, la forma severa y santa de nuestra madre, de la respetable madre del derecho, de la República. Otra de las arengas más notables que se pronunciaron con motivo de este proceso, fué la defensa de Floquet á favor de Verlier. «Yo no he ido al Congreso de Ginebra, dijo el elocuentísimo abogado, porque se trataba de la paz, y yo creo que la democracia debe apercibirse á la guerra.» Es imposible una más audaz declaracion. Todo esto prueba cuán ardiente se hallaba la opinion pública en Franciá. Por todas partes sólo se oia hablar de política. Los procesos por gritos sediciosos proferidos en las calles de París llenaban los periódicos. Así es que la causa de Acollas, Nacquet, y demás compañeros conmovió á todo París. El tribunal condenó á Acollas á un año de prision y quinientos francos de multa; á Nacquet Verlier y Chouteau á quince meses de prision y quinientos francos de multa; privacion por cinco años del ejercicio de los derechos civiles; á Haya y Godichet un año de prision, quinientos francos de multa, y así á los demás.

Cuando un poder comete estos excesos; cuando lanza sus esbirros sobre los hogares, sus pretorianos sobre los transeuntes, sus jueces sobre el pensamiento y la conciencia, muestra que ha caido en los espasmos y en los delirios de una terrible agonía.

# CAPITULO XLIX.

## DIFICULTADES EXTERIORES.

Bismark era en fines de 1867, como es hoy, el protagonista de la política europea. Las tres grandes cuestiones que á la sazon agitaban al mundo moderno, se compendian en cuestion de la unidad alemana, cuestion de Roma, cuestion de Oriente. Pues bien, sobre estas grandes cuestiones pesaba con imponderable pesadumbre el voto del conde de Bismark. Por una alianza más íntima aún con el Sur de Alemania podia resolver la unidad alemana. Por una inteligencia con el gobierno florentino podia acabar con la cuestion de Roma. Por otra inteligencia con el gobierno ruso podia, ya que no resolver, precipitar la cuestion de Oriente. No es maravilla que cuando hablaba, todo el mundo prestase atento oido al eco de sus ideas.

Tiene Bismark una fortuna rara hoy en Europa, tiene una idea progresiva que servir, porque es progresivo unir una raza esplotada por treinta y cuatro tiranuelos; contrastar el peso antes decisivo de Francia en la balanza de los destinos europeos; y arrancar la direccion de Alemania á las manos de ese imperio austriaco, medio eslavo, medio aleman, encerrado bajo la pesada capa de plomo de sus recuerdos históricos, teocrático por esencia, despótico por necesidad, sean las que quieran sus veleidades presentes, enemigo de la libertad interior de los pueblos, y que ha consumido su vida peleando con la independencia de todos ellos, queriendo ahogar en su cuna á Suiza y á Holanda y encerrar en su sepulcro á Polonia y á Italia; imperio caótico, monstruoso, que no podrá reponerse hoy de sus rudos golpes, aunque traidora é hipócritamente pida un soplo de vida al aire vivificante contenido en nuestras salvadoras ideas. Destruir el Austria y unificar Alemania son dos grandes principios. Los medios, que Bismark emplea, merecen reprobacion, como todas las violencias, como todas las tiranías. Pero los fines que Bismark se propone en la cuestion concreta de la nacionalidad alemana son fines progresivos. Europa entera escuchaba con grande atencion el discurso que pusiera Bismark por Noviembre de 1867 en lábios del rey de Prusia. Por él se notaba cla-

ramente que el ministro prusiano seguia con germánica tenacidad la realizacion de sus ideas. El tratado de Praga oponia á lo que llamaban las ambiciones prusianas, á lo que llamaré la unidad germánica un límite en la línea del Mein. Pues bien, ese límite ya habia sido pasado, esa línea habia sido ya rebasada merced á la tenacidad del ministro y á la claridad con que viera siempre el destino de Prusia en la Confederacion germánica. Los Estados del Sur tenian á la sazon un tratado de comercio con Prusia que realizaba la unidad económica y un tratado político que realizaba la unidad militar. El Imperio francés declaraba que no consentiria más unidades. Pero el discurso de Bismark á su vez declaraba que no pondria rápida mano en concluir lo obra comenzada; pero si las nobles aspiraciones del Sur, si el voto de la opinion le llamaran tenazmente á una ampliacion de la pátria alemana, seria fiel sin remedio al encargo recibido de los ilustres progenitores de Prusia y á los deseos manifestados por los entusiastas pueblos de Alemania.

Inútil encarecer la profunda impresion que el discurso de Prusia produjera en Saint Cloud donde habitaba á la sazon el Emperador Napoleon. Conforme lo iba el rey pronunciando, lo iba el Emperador recibiendo por el telégrafo. Inmediatamente que leyó ciertas proposiciones relativas al Sleswig, llamó á Mr. Rohuer, su ministro de Estado. La conferencia fué larga y la agitacion grande. Aquella tarde no se comunicó el discurso á los periódicos que lo aguardaron hasta última hora. Al dia siguiente declaraba el *Monitor*, periódico oficial, que no habia llegado á sus oficinas cuando ya lo publicaban hasta los periódicos ménos solícitos en adelantar noticias como el *Siècle*. Las proposiciones relativas á la unidad germánica no habian gustado en los consejos del Emperador. Mas ya hacia tiempo que se contaba la resignacion entre sus virtudes. Y el Emperador Napoleon la mostró extraordinaria en breves dias, el diez y ocho de Noviembre, en el discurso de apertura de las Cámaras. Pocos espectáculos más curiosos que una apertura de las Cámaras en Francia. Nadie diria que era este el pueblo del noventa y tres, que era esta la lengua de Danton, que era este el ejército vencedor de los reyes en Valmy, el ejército arrebatado por las estrofas de la Marsellesa. Aquellas bayonetas con que ahondaron en el suelo europeo para buscar la sazonada tierra donde habia de brotar la libertad, se han roto entre sus manos. Aquella sangre generosa que ofrecian para verificar la trasfusion de la democracia á las venas de los pueblos esclavos, aquella sangre se ha perdido. Los hijos del 93 aparecian á la sazon como soldados del Papa. Yo creia soñar. Miraba con ojos atentos la plaza del Carrousel, donde se empeñó la batalla del 10 de Agosto, donde cayeron los últimos defensores de la antigua monarquía, donde se derritió entre el fuego del popular combate la corona de derecho divino que habian llevado San Luis y Carlo-Magno. Nàdie diria que las negras piedras eran los mismos testigos de aquellos espectáculos de 1792, y de estos espectáculos de 1867. Tropas de línea sin número, soldados de todas armas en 1867, huestes de policía que parecian familiares del Santo Oficio, carrozas engalanadas con blasones, uniformes hechos ascuas de oro, condecoraciones y coronas, todos los signos del endiosamiento de un hombre y de la servidumbre de un pueblo, todos los signos que habia barrido el viento de la revolucion venida del cielo para orear la cara de los esclavos cubiertos de ignominia, para convertir los lacayos en hombres. Yo, despues de haber visto todo aquello, necesité hacer un gran de esfuerzo para convencerme de que estaba en París, en la ciudad querida, á la cual tantas veces hemos saludado como la esperanza de la libertad universal. Me parecia que era posible que hubiese el génio del mal reedificado la Bastilla. Pero no, está aún allí, en sus ruinas, la columna de la revolucion sobre la cual se hallan grabados los nombres

de sus héroes. El ángel de la libertad desplegaba á la luz de un sol brillante sus áureas alas, pero tan alto, tan alto, que no parecia sino que tornaba al cielo. Yo, involuntariamente, recordando todo lo que habia visto y oido en aquella tarde, y descubriendo las áureas alas del ángel de la libertad en el azul firmamento, murmuraba estos versos de uno de nuestros mejores poetas:

¡Oh! querida libertad,
Mi consoladora idea,
Vuelve á Dios,
No te desea
La mísera humanidad.

El discurso del Emperador, no era solamente notable por lo que decia, sino tambien por lo que callaba. Ni una palabra de las grandes dificultades en América. Ni una palabra de esa alianza tan comentada, tan traida y tan llevada con el Imperio de Austria. Ni una palabra concreta, clara, sobre el poder temporal del Papa. Ni una palabra sobre los anunciados empréstitos. *El Univers*, periódico católico, notó tambien que no hay una invocacion siquiera á la Providencia, ni una palabra de Dios. El Emperador se apresuró á calmar la ansiedad de Francia y de Alemania sobre las probabilidades de una guerra. Mientras las alteraciones que se hayan de verificar en Alemania, se verifiquen con el asentimiento de los pueblos, el Emperador no escribirá una protesta. Pero en seguida demandaba, que sin consultar para nada el asentimiento del pueblo romano, se convocara una conferencia europea encargada de arreglar la pavorosa cuestion de Roma. En cuanto á los asuntos interiores, confesion de que las transacciones iban mal, de que el hambre amenazaba á Francia, de que los temores de guerra aumentaban la paralizacion del comercio. Y las reformas tantas veces prometidas, las reformas tan alabadas, no llegaban nunca ó llegaban mal, y unidas á fuertes protestas de represion y autoridad. Libertad de ir á la ruina y á la cárcel fundando periódicos sujetos á los tribunales correccionales y al impuesto del timbre. Libertad de hablar durante el período electoral en los comicios; pero bajo la vigilancia de un agente de la policía que podrá cortar con su baston de un golpe las alas gigantescas á la palabra humana. Aumento del ejército, organizacion de la Guardia nacional movilizada, el servicio elevado de siete á nueve años, y luego invocaciones á la paz.

Hé ahí las ventajas del Cesarismo. Los franceses iban á ser enviados á la guerra sin que se consultara su voluntad y su pensamiento, por meras cuestiones territoriales, como en los tiempos más tristes de la Edad Media. Y la verdad es que no merecian compasion alguna. Tuvieron en poco su libertad, dejaron sacrificar su República. Unos le pidieron la realizacion de utopias que no podia realizar; otros el cumplimiento de milagrosas trasformaciones que no podia cumplir. La mitad de los republicanos desacreditó, calumnió á la otra mitad. Los más sensatos se fueron tan lejos, que dudaron hasta del sufragio universal. Los más avanzados mancharon de sangre la cuna de la República. La demagogia, como siempre en los dias críticos, impidió la pacífica renovacion de la sociedad con sus aspiraciones exageradas, y en los dias adversos, la resurreccion de la esperanza con su desaliento y sus desengaños, Sobre las espaldas de un pueblo caido, tronó un César ébrio de orgullo y de soberbia. Durante mucho tiempo le creyeron los franceses el mantenedor de su gloria, y los trabajadores el Mesías de su socialismo. Las campañas de Crimea y de Italia, mantuvieron la ilusion de los patriotas, y los trabajos de París la ilusion de los socialistas. Pero al poco tiempo, Méjico y Prusia y Mentana dijeron cuánto habia de falso en las ilusiones de gloria nacional; y el trabajador, arrojado de París por la piqueta de la prefectura, cuánto habia de falso, de engañador, de horrible en las ilusiones de renovacion social.

La autoridad imperial iba á dar, ó los frutos que en Asia, ó los frutos que en Europa. En Asia, aquellos imperios inmensos concluyeron por enterrar á los pueblos en las arenas del desierto, y por hacer de las sociedades verdaderas necrópolis, de las razas verdaderas momias. En Europa, todo Imperio concluia por una catástrofe irreparable. El Imperio de Alejandro se disolvia en cuanto el héroe casi fabuloso espiraba en su lecho perfumado por los aromas del Oriente, y mecido por las sirenas de Grecia. El Imperio romano llevaba la desesperacion á sus Césares, la sensualidad á sus pueblos; y despues de haber tropezado de orgía en orgía, acababa entre las irrupciones de los bárbaros. El inmenso Imperio español, más grande aún que el Imperio griego y el Imperio romano, se cayó, podrido y gangrenado, á pedazos, sobre la tierra de sus conquistas. El Imperio francés iba á dar dos veces los mismos resultados: el eclipse total de la libertad, el decaimiento de la conciencia, la guerra en todas partes, la ruina, la derrota, las invasiones, la desmembracion, es decir, la muerte y la deshonra.

# CAPITULO L.

## DIFICULTADES EN ITALIA.

En este tiempo que historiamos parecia decaido en Italia, al ménos en el gobierno italiano, aquella profundísima mirada política, que llegaba hasta el fondo de los hechos y que preveia hasta las corrientes del porvenir. No se concibe sino por una irremediable decadencia ese empeño que el Parlamento italiano tenia en proclamar á Roma capital de Italia y ese empeño que tenia su gobierno en evitar que Roma llegase á adquirir tal capitalidad. Decretar por la autoridad del Parlamento una medida y evitarla luego por una convencion con gobierno extranjero era demostrar al mundo que Italia, á pesar de los inmensos trabajos hechos por su independencia, permanecia en oprobiosa tutela. Impedir que Roma se constituyera independiente, oponiéndole el obstáculo del Pontificado era demostrar al mundo que la brecha por donde habian entrado los enemigos de Italia siempre en su nacionalidad, ha sido el Pontificado. Arrestar á Garibaldi en Asinalunga, despues de haberlo herido en Aspromonte, era divorciar al Rey que acababa de ceñirse la corona de Italia, una merced á Garibaldi, divorciarlo de toda popularidad. Consentir que el Papa allegase para sostenerse tropas en todas las naciones y no consentir que de Italia pasára, ni siquiera el primero de los soldados italianos, á combatir al Papa era una injusticia irritante. Resolver todas las cuestiones con gran pulso, la cuestion de Venecia como la cuestion de Nápoles, y estrellarse ante la cuestion de Roma era una prueba palmaria de flaqueza. Y cuenta que las cuestiones italianas nos interesan porque esta nacion es un manantial de brillantísimas inspiraciones, en el cual han refrescado sus lábios todos los que aman lo ideal en el mundo, y porque los hombres de Occidente sentimos en nuestra sangre, en nuestra palabra, en nuestro espíritu, la misteriosa filiacion, en virtud de la cual procedemos de esa querida madre de las naciones latinas, que nos ha legado su lengua y su espíritu con ese carácter universalizador y artístico, timbre principal de nuestra raza. Pero las cuestiones que hasta ahora se han resuelto en Italia, han sido cuestiones nacionales.

Y lo que en aquella sazon se intentaba resolver, tenia además de su carácter nacional, un carácter humanitario. Roma era no solamente la cúspide hermosísima de esa gran pirámide que se llama la nacion italiana, amasada con la sangre de tantos mártires ilustres, sino tambien la base de separacion de la Iglesia y del Estado en todos los pueblos católicos. Desde el momento en que el Papa dejara de ser Rey, se planteaba por sí misma en Italia la cuestion completa de la separacion entre la Iglesia y el Estado. Y desde el momento en que Roma, la capital del mundo católico, realizara este progreso incalculable en sí mismo, por una fatalidad, se realizaria tambien inmediatamente en todas las naciones católicas. La ley civil y la ley religiosa dejarian de estar unidas en ese adulterio que las esteriliza y las deshonra á ambas. Los cultos pasarian de leyes impuestas por el Estado á principios admitidos por la conciencia. Seria la religion lo que la religion debe ser, la interior relacion del hombre con Dios, la norma moral independiente de todos los intereses mundanos, la casta musa del arte, la luz de los que creen, la fuerza interior de los que trabajan y de los que combaten, el consuelo de los que mueren, y la esperanza para más allá de la tumba.

Pero el gobierno italiano habia convenido indirectamente en no hurgar á Roma para que fuera á pedir su independencia. ¿Cómo? Se preguntaban á una todos los liberales. ¿Querrán forzar á Roma á la servidumbre? ¿Se habrán convencido de que Roma está resignada á su esclavitud? Lo primero es altamente execrable. No se excitan las pasiones de un pueblo, no se le ofrece la doble perspectiva de ser cabeza de la pátria emancipada, y ciudadano del derecho moderno para sacrificarlo en seguida á conveniencias diplomáticas. Lo segundo, la resignacion de Roma seria terrible. Podria decirse que un pueblo habia muerto; podria asegurarse que Italia llevaba un cadáver en su conciencia.

De cualquier manera, notábase cierto espíritu de reaccion en el gobierno de Víctor Manuel, espíritu que comenzara desde el instante mismo de hallarse constituida la Italia. Las dinastías todas, aun las de orígen más popular, son esencialmente reaccionarias. La casa de Hannover, triunfó en Inglaterra por los whigs y gobernó en los torys. Luis Felipe debió el poder al pueblo insurrecto en 1830 y gobernó hasta su caida en 1848 con la alta clase media. Víctor Manuel recibió de Garibaldi una corona, y le pagó con una bala. Pero hoy la reaccion se consuma invocando aparentemente la libertad. Es la táctica de los poderes modernos. Hace un siglo combatian la revolucion cara á cara, y hoy la combaten invocando sus mismos principios, sus mismas ideas. Cuando iba á espirar el plazo de la convencion de Setiembre, escribió Ricasoli una carta excelente sobre la separacion entre la Iglesia y el Estado. Resumíanse en este documento con una ciencia magistral todas las razones que hay para desasir el Estado del yugo que le ha impuesto la Iglesia y á la Iglesia del yugo que le ha impuesto el Estado. Nada faltaba, ni los principios de justicia mediante los cuales, cada hombre sigue la voz de su conciencia y regula por sí mismo las relaciones con el mundo de lo sobrenatural y de lo infinito; ni el derecho que tiene el espíritu religioso á esteriorizarse, á manifestarse en un culto que debe ser libre; ni la conveniencia de descargar al Estado de ministerios impropios de su naturaleza; ni el porvenir que se abria á la Iglesia pudiendo organizarse sin la intervencion del poder civil, enseñar y predicar sin la intervencion del poder político; ni el ejemplo de los Estados Unidos, de ese grande ideal de las sociedades modernas, donde cada conciencia tiene su culto en el hogar de sus íntimos sentimientos y cada culto su lugar en el derecho, su espacio en aquella sociedad animada por todas las libertades.

La Iglesia separada del Estado ha sido el

deseo de toda mi vida, especialmente para nuestra desventurada España. No comprendo nada más abominable que forzar á la conciencia, por su naturaleza incoercible como el aire, á tener un culto, á tener una fé impuesta por la fuerza que no puede llegar, que no llegará nunca, hasta el secreto asilo de la conciencia. Del error de tener una religion impuesta por el Estado, nace el rebajamiento de los caractéres, la corrupcion de las costumbres, la decadencia del sentido moral, la falta de inspiracion en el arte, la falta de razon libre en la historia, la brutal indiferencia por esos problemas sublimes de lo infinito, de la eternidad, de la vida y de la muerte, que ora se resuelvan en un sentido, ora en otro, mantienen siempre en el espíritu el resplandor inextinguible y el aroma inmortal que solamente exparcen las poderosas creencias. Pero es preciso no falsear este principio. La mano que derribe el poder material de la Iglesia, es una mano sagrada que derriba en los abismos la última piedra del viejo castillo de la Edad Media, cuyas almenas han asaltado una legion de héroes desde Abelardo hasta Lutero, á cuyos piés han muerto una legion de mártires desde Arnaldo de Brescia hasta Giordano Bruno. Mas tengamos en cuenta que es muy fácil avivar ese poder aparentando matarlo. Tengamos en cuenta que es muy fácil dar á la Iglesia una fuerza inmensa, si no se pone como contrapeso á su libertad que yo quiero completa, absoluta, la libertad de todos los demás cultos. La reforma de la emancipacion de la Iglesia que Ricasoli proponia, ni era justa, ni era conveniente mientras no se quitase del Estatuto italiano un artículo que declara una religion oficial en el Estado. El dia que este artículo se borre, el dia que el problema religioso pueda resolverse libremente por cada conciencia, será tambien el dia más feliz de nuestra historia. Y cuando se piensa que este gran derecho se puede anunciar al mundo desde el coliseo donde murieron los sagrados mártires del Cristianismo, desde el Vaticano donde el heredero de los Césares bendijo las matanzas de San Bartolomé, la inmolacion de los nuevos mártires de la conciencia humana; cuando se piensa que tan grande idea puede grabarse con la luz del espíritu libre en las mismas piedras donde Neron, Domiciano, Bonifacio VIII, Alejandro VI han grabado los principios de la intolerancia con el fuego de las hogueras, involuntariamente pronunciamos un *Sursum corda,* y bendecimos á Dios que nos ha permitido vivir en los tiempos de las grandes conquistas y de los universales derechos.

El Papa se defendia del progreso de los principios humanos, oponiéndoles el principio de la solidaridad teológica; y á campana herida, convocaba á todos los Obispos de la tierra á las sesiones de magno, de ecuménico concilio.

Los concilios ecuménicos se han reunido siempre en las crísis capitales de la vida; el de Jerusalen cuando era necesario unir en el espíritu religioso las dos razas que se dividen el mundo antiguo; y el de Nicea cuando era necesario verter sobre la cabeza de los bárbaros el agua del bautismo para inaugurar el mundo moderno. Pero estas asambleas no pueden ejercer influencia verdadera en la tierra sino sirviendo ó adelantándose al espíritu de su tiempo. ¿Qué iba á hacer el concilio ecuménico próximo á celebrarse en Roma? Oponer formidable negacion á los principios civiles sobre que descansa la sociedad moderna despues de la revolucion. Uno de estos principios es el amplio, el humanitario de que indivíduos pertenecientes á distintas religiones, separados por creencias diversas ú opuestas, pueden formar una misma familia, una misma sociedad. Pues bien; la Iglesia queria oponer su veto á la libertad religiosa y al matrimonio civil. Otros de los principios más fecundos de nuestra sociedad es la independencia de la razon humana. Los pueblos, que no han sabido sostener este principio en frente de las bárbaras invasiones de la autoridad, no han descubierto ni una nue-

va estrella en el cielo, ni una máquina para dominar las fuerzas brutas de la materia, ni una verdad para iluminar el espíritu.

En las cuestiones que la Iglesia presentaba á la consideracion del mundo de los fieles, notábanse caractéres mortales. El primero es el carácter mundano. Todavía los poderes morales podrian ejercer decisivo influjo en el mundo oponiendo á la corriente de las ideas positivistas modernas la corriente de las ideas metafísicas que Sócrates presintió, que Platon formuló, que Cristo popularizó en su vida y selló con su gloriosa muerte. Pero añadir al carácter utilitario de nuestro siglo utilitarismo, al carácter material materialismo, es perder hasta el encanto del contraste. Y todas las cuestiones propuestas se referian á las varias maneras de aumentar el poder material de la Iglesia. Y todas se compendiaban en recoger del suelo ese freno de la teocracia que hemos roto en seis siglos de luchas formidables. Por consiguiente la Asamblea nacia muerta. Su obra habia de ser frágil. Era de sentido comun que, llamados y congregados los Obispos para salvar el poder temporal de los Papas, sólo acertarian á destruirlo, y á destruirlo para siempre.

Sobre la celebracion del concilio se extendia una amenaza horrible. El héroe que ha llevado su nombre glorioso desde las orillas del Plata hasta las orillas del Tiber; su nombre, que es una epopeya de triunfos populares, se apercibia á entrar en Roma. La revolucion romana se respiraba en los aires. Hay en aquella tierra esa corriente magnética de vida libre, de vida civil que se escapa del Foro, de las cenizas de los Gracos, de los sepulcros hacinados de tantos héroes de la libertad y tantos mártires de la inviolabilidad de la conciencia humana; y nada contra esa corriente ha podido la tiranía horrible de los Papas. Roma suspiraba por incorporarse de su lecho de muerte, por sacudir las cenizas que sobre ella han aglomerado quince siglos de errores. Garibaldi iba á coronar su obra recogiendo del polvo la corona de Italia, que no es la corona de hierro de los reyes de Lombardía, sino la corona de laurel de los héroes de la República romana. El sentimiento civil y el sentimiento político no pueden morir en los pueblos modernos. Pero contra este sentimiento civil, contra este sentimiento político se han conjurado las preocupaciones religiosas de todas las muchedumbres que besan el pié del Papa, como si el pié de ningun hombre, por alto que esté, pudiera representar la conciencia moral del mundo. Y como en Francia, especialmente en los campos de Francia, hay tantas preocupaciones religiosas, Napoleon necesitaba mantener, al ménos, el poder temporal de los Papas, y deslumbrar así á tales gentes. Para sostener semejante política invocaba el tratado de Setiembre. Y el tratado de Setiembre invocaba á su vez el principio de no intervencion; y si el poder romano caia por voluntad de los romanos, Francia no podia intervenir en Roma. ¿Qué nacion intervendria? La Inglaterra y la Prusia nada tienen que ver con las cuestiones romanas. La Rusia retiraba hasta su embajador de Roma. El Papa de Oriente, el Papa de Occidente jamás se hallan en paz. Austria iba derechamente á romper su concordato con Roma, y en el momento en que destrozaba un compromiso religioso, no iria á contraer con la córte romana un compromiso político. Italia no se suicidaria levantando el poder que es á un tiempo mismo la negacion de su unidad y la negacion de su independencia. España quedaba á la sazon. Pero España no podia sostener una guerra con Italia para restaurar el poder temporal de los Papas. Además, como yo creo tanto en la eficacia de los principios liberales presentia y anunciaba entonces que para el dia en que la cuestion de Roma se resolviera, España habria sacudido ya la tiranía que la deshonraba. Por consiguiente, el mundo moderno caminaba á una renovacion. Y por todas partes se anunciaba el alborear de ese nuevo dia.

Toda la política giraba sobre la convencion de Setiembre. Y en la convencion se habia pactado respetar al Papa; mas tambien sacar las tropas francesas de Roma. En la córte pontificia eran grandes é incomprensibles los terrores por la evacuacion de las tropas francesas. Aquel gran poder se mostraba en verdad más contrario á sí mismo que todos sus enemigos. La base principal del gobierno está en la voluntad del pueblo. Si esta base falta, no puede subsistir un gobierno. Ahora bien, desde el momento en que las tropas extranjeras salian de Roma, el Papa se iba á encontrar frente á frente de sus súbditos, es decir, el Papa se iba á encontrar en las condiciones de todos los gobiernos regulares. Si sus súbditos se sublevaban, si protestaban contra el gobierno de los Cardenales, la culpa seria de este gobierno, incapaz de sostenerse á la luz del siglo XIX. Los neo-católicos de toda Europa temian que la caida del poder temporal modificase hasta en su esencia el catolicismo. Hagámosles esta justicia; su temor era fundado. Estos principados clericales no pueden sostenerse en el mundo sino por el prestigio de lo sobrenatural que los rodea. Cuando este prestigio les falta, se vienen fatal, necesariamente, á tierra. Ya lo anunció el mayor entre todos los escritores políticos de Italia, Maquiavelo. Su profecía se cumple. No se puede gobernar con las bulas, con las indulgencias, con el hisopo, con el agua bendita, con la confesion y la comunion; no se puede gobernar con la coaccion religiosa, y el Papa no gobierna. En el carácter analítico de nuestro siglo se aparta cada dia más el poder temporal del poder espiritual. Pero si estos dos poderes se separan, si el segundo crece, es porque el poder espiritual ha perdido casi toda su fuerza. Si la conservara en el grado eminente de otros siglos, si fuera la luz de las conciencias, la vida de los corazones, el ideal de las sociedades, la regla moral de los caractéres, el poder espiritual seria tambien, al mismo tiempo, el que gobernara políticamente las sociedades humanas. Imaginaos lo que era en pasados siglos, cuando las coronas de los reyes recibian su luz de la tiara de los Papas, y lo que es hoy, cuando vacila y cae porque le faltan unas cuantas bayonetas extranjeras, y comprendereis cuánto ha madurado la razon humana.

Roma no podia libertarse de los progresos del siglo; Roma no podia creer en la virtud sobrenatural del poder de su Pontífice. Harto tiempo lo ha creido. Pero así como al principio de la Historia Moderna fué la última ciudad que se convirtió al cristianismo, fiel á los dioses antiguos, agentes de su inmenso poder, al principio de la nueva historia, es tambien la última ciudad que se convierte á las ideas de la nueva filosofía política, de las nuevas sociedades democráticas, fiel á sus pontífices que tan grande autoridad moral le han dado en el mundo. Pero no hay pueblo, por poderoso que parezca, por apegado á sus tradiciones, que se crea capaz de eximirse de la influencia de ese agente misterioso, impalpable, que se llama espíritu del siglo, formado por las ideas que se exhalan de la ciencia y que son el oxígeno, digámoslo así, de esta atmósfera moral. Ese espíritu del siglo, penetrando en Roma, ha disuelto sus instituciones, ha asfixiado su teocracia, la cual se asemeja á ciertas plantas venenosas que sólo pueden vivir en un aire mefítico. Roma queria, como los demás pueblos europeos, tribuna, prensa, derecho de asociacion, código civil, la vida de los ciudadanos incompatible con el gobierno de los sacerdotes. Que tal era el estado de Roma, se demostraba por los temores de los cardenales y del Papa. ¿Qué haria en presencia de su pueblo el Pontífice? preguntaba todo el mundo. Habia dos partidos en el colegio romano, el partido de los cardenales italianos y el partido de los cardenales extranjeros. Los cardenales italianos querian la conciliacion con Italia. Los cardenales extranjeros querian el rompimiento completo y el abandono de

Roma por el Papa. Este partido se hallaba sustentado por los jesuitas, falange poderosa, ejército permanente de los Papas, cuyas riquezas materiales y cuya influencia moral le dan un predominio casi exclusivo en los consejos de Roma. El mundo sabia que el Papa se inclinaba á las resoluciones violentas de este partido violentísimo. Todos los síntomas anunciaban lo mismo. Pio IX se quejaba de que la Francia lo abandonara. Gladstone tuvo una conversacion con el Papa en la cual se trató de su posible retirada á Malta. Odo Rusell habló, aunque lo negara públicamente, en el mismo sentido. El general Fleury, cuyas íntimas relaciones con el Emperador eran tan sabidas, marchó á Florencia para inclinar al gobierno italiano á que evitara una sublevacion en Roma, y la salida, por consiguiente, del Papa. El gobierno italiano parecia decidido á impedir conmociones en Roma. El mismo Mazzini, cuyo fanatismo republicano es tan exaltado, aconsejaba á sus compañeros calma, mucha calma, y á sus partidarios prudencia, mucha prudencia. Sabian que la violencia podia destruir la obra de la astucia, que un dia de demencia bastaba á destrozar el trabajo de muchos años de prevision, y de sensatez y de cordura.

Pero proponia el emperador de Francia, para arreglar la cuestion de Roma, un Congreso europeo. No lo hubiera nunca creido, no lo hubiera ni aun imaginado. La cuestion de Roma no tenia, no podia tener otro arreglo sino el enérgico, pronto y radical propinado por Garibaldi: la caida del poder teocrático, mancha de Italia, foco de la reaccion universal. Yo no comprendia cómo se intentaba arreglar en congreso europeo la cuestion interior de un Estado, cuestion que sólo atañe á los ciudadanos de Roma. Si Europa se imaginaba con jurisdiccion sobre la Ciudad Eterna; si los diversos gobiernos se figuraban que tenian autoridad bastante para resolver un problema de gobierno interior, sometido por el derecho público á la soberanía de cada pueblo, ¿por qué no demandarian arreglar tambien la cuestion de los fenianos en Inglaterra, la cuestion del Sur en Alemania, la cuestion polaca en Rusia? Un Congreso europeo arreglando una cuestion interior de un pueblo, es enorme retroceso; recuerda aquellos nefastos dias en que, vencida hasta en sus últimas trincheras y en sus últimos disfraces la revolucion francesa, reuníanse en el Congreso de Viena los reyes de la Santa Alianza, y descuartizaban el mundo, y se dividian y se adjudicaban arbitrariamente sus despojos. Y si para justificar este atentado á los principios más elementales de nuestra civilizacion, se hablaba de la doble naturaleza que tiene el Papa, monarca y pontífice, respondia el comun sentido que no hay en el mundo europeo jefe de Estado, gracias á nuestras imperfectas condiciones de civilizacion, que no revista virtualmente este mismo carácter. La reina de Inglaterra es jefe de la Iglesia anglicana, el Emperador de Rusia jefe de la Iglesia griega, y el sultan de Constantinopla es el creyente de los creyentes, el depositario de la cimitarra de Omar, y del libro de Mahoma. Los mismos reyes católicos son hasta cierto punto, bajo cierto aspecto, jefes de sus diversas iglesias. Por el nombramiento de los obispos, y por el placet, y por la suprema direccion de la enseñanza pública y de la conciencia nacional, presidia Napoleon III la Iglesia galicana. Ese syllabus en que se han condensado todas las tremendas negaciones y todas las supersticiosas creencias con que la reaccion clerical quiere detener el progreso de la civilizacion y conservar en perpetua tutela el espíritu moderno sobre el inmundo detritus de los errores de la Edad Media; todo ese Syllabus, especie de Koran, no ha podido pasar los Alpes ni ser promulgado en las iglesias de Francia, porque el Emperador le ha opuesto su omnipotente veto. Pues bien; si en todos los pueblos tiene el jefe del Estado ese mismo carácter religioso, Europa debia intervenir en las cuestiones de disciplina an-

glicana, en el arreglo interior de la liturgia galicana, en las inflexibles leyes del Koran y en el patriarcado de Oriente. No se concibe mayor locura.

Y el Congreso no podia dar ningun resultado. Inflexible el Papa, como todos los poderes moribundos, demandaba la devolucion de sus antiguos Estados. España, la única potencia que existia adscrita á la teocracia romana, le apoyaba en sus pretensiones, continuando aquella desastrosa política que rompió nuestras armadas en mar, nuestros ejércitos en tierra, y que nos redujo á ser el ludibrio del mundo despues de haber sido sus dueños. No hubo pues ni una sola nacion que se adhiriera francamente á la idea del Congreso. Rusia, Prusia, Italia, Inglaterra, oponian dificultades de organizacion, dificultades de principios, dificultades diplomáticas, dificultades de todo género. Y mientras tanto, Italia se moria llevando ese cadáver en sus entrañas. Y mientras tanto, la independencia italiana era una mentira, porque el extranjero se hallaba posesionado de ese cuadrilátero moral que se llama Roma. Y mientras tanto, la reaccion europea, el derecho antiguo, la Inquisicion, la censura, tenian ese último asilo, esa última fortaleza, desde la cual amenazaban todas las conquistas de la civilizacion y todas las garantías del derecho. ¡Oh! La cruz, el patíbulo del esclavo antiguo, era por la muerte de Cristo el signo de la redencion universal, la esperanza del oprimido, el lábaro de la libertad; pero los tiranos la han profanado convirtiéndola en la cúspide de la corona de los reyes, y se han secado las raíces de ese árbol de la vida, que la sangre de nuevos mártires regará, á fin de que preste su sombra á las tres verdades de la democracia, á la libertad, á la igualdad, á la fraternidad entre todos los hombres; eternas verdades sociales que han de ser el Evangelio del porvenir.

Sí, en medio de todo, la civilizacion moderna no puede morir. No ha llegado para ella el torpe sueño de Babilonia, la inmunda corrupcion de la antigua Roma. Tiene algo que sustituir á sus ídolos muertos, algo con que reemplazar su fé moribunda, tiene la libertad, tiene esa idea por la cual llegaremos á la plenitud de nuestro sér, tiene esa fórmula con la cual ahuyentaremos las sombras de todos los errores, y fundiremos la cadena de todos los esclavos. Pueda ser que muramos sin verla. Pero nos sostiene la esperanza de que la verán nuestros sucesores. Moisés sacó al pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto, pero no entró con él en la tierra prometida. La descubrió desde una altura, y murió contento. Nosotros, que sólo tenemos la ambicion del bien, moriríamos tambien contentos si pudiésemos descubrir, aunque fuera al borde de la tumba, la tierra prometida de la libertad, esa pátria del alma.

Lo cierto es que las inhábiles combinaciones diplomáticas de Napoleon III, y las contradictorias controversias del Senado francés, mostraban el cesarismo muriendo en Europa. ¡Qué diferencia tan extraordinaria de aquellos dias en que el César dominaba con absoluto dominio, y su palabra resonaba como una amenaza ó como una esperanza en todo el mundo! Cedia en Europa, cedia en América, cedia en todas partes á la victoria de sus enemigos, al influjo de la política contraria á Francia. Y en Italia, en la nacion que habia sido su obra y debiera ser su aliada, se encontraba frente á frente de problemas insolubles, y se inclinaba á sus eternos enemigos, como si tuviera ese instinto del suicidio que parece guiar á todos los poderes reaccionarios. No le faltaba ya más que citar un congreso europeo y luego no poder reunirlo; citar á todas las potencias y luego no poder congregarlas. Napoleon III se perdió por sus incertidumbres y vacilaciones entre la libertad y la reaccion; entre las nacionalidades y los déspotas; entre el Papa y la Italia.

# CAPITULO LI.

## ERRORES DIPLOMATICOS.

Por la publicacion de los documentos diplomáticos hecha en Noviembre de 1867, que coincidió con la apertura del Cuerpo legislativo, estudiábanse las fases de la cuestion italiana. Lo más notable que de su largo exámen podia deducirse, era que esa desdichada idea del Congreso fué un recurso diplomático de Mr. Rattazzi para dar, como decimos en nuestro lenguaje vulgar, tiempo al tiempo. Cuando el gobierno francés le atosigaba para que suprimiese los alistamientos contra Roma, para que ahogara el partido de accion, el ministro italiano pedia un Congreso europeo. Sin duda, con ese tacto que del gran Maquiavelo han aprendido todos los italianos, comprendian bien Rattazzi y sus compañeros la imposibilidad de semejante solucion general, y la proponian mientras ellos arreglaban la solucion propia. El gobierno francés aceptó la idea, y yo no comprendo cómo pudo aceptarla. Despues de tantas y tantas derrotas diplomáticas en las orillas del Rhin y en el golfo de Méjico, esta idea del Congreso para arreglar la cuestion de Roma fué un aborto. Hacia pocos años que propusiera Napoleon III una especie de Congreso de la paz, de anfitrionado europeo. Este Congreso fué eludido por todos los gobiernos. Se creia que era, hablando en estilo mitológico, la caja de Pándora. ¿Cómo, pues, se le ocurrió despues la idea de un nuevo Congreso que habia de ser definitivamente un nuevo aborto?

Las respuestas de casi todos los gobiernos fueron idénticas. El gobierno romano propuso que le devolvieran sus antiguos Estados, único medio de vivir en paz y de procurarse el necesario sustento. El gobierno italiano propuso que le dieran Roma y le dejáran asegurar la libertad del Papa en la ciudad leonina como único medio de matar la efervescencia pública, de conjurar la revolucion siempre inminente. El gobierno inglés no queria conferenciar sobre esta cuestion. Poco más ó ménos le sucedia lo mismo al gobierno prusiano. Rusia aceptaba, pero con ánimo decidido de favorecer á Italia. España, como era natural, se inclinaba á favorecer en todo y por todo al Papa. Austria, como era tambien natural, se

inclinaba al lado de Francia. Por consiguiente, de todos estos diversos pareceres, lo que indudablemente iba á resultar era un nuevo aborto. Y en Roma la tranquilidad material estaba restablecida. Pero en cuanto se notaban síntomas de que los franceses iban á embarcarse, comenzaban nuevamente las proclamas revolucionarias y los trabajos de las sociedades secretas.

Los periódicos oficiales sin embargo declaraban con grande estrépito que el Congreso tenido por imposible iba á reunirse. Confieso que, á pesar de mi incredulidad, á pesar de mis dudas respecto á la reunion del Congreso, creíle ya reunido. ¿Quién no se rinde á la evidencia? Mas en seguida reaparecieron de nuevo las dificultades. El Papa accedia, pero con la restriccion de que el Congreso fuera sólo deliberativo, lo cual era tanto como quitarle de antemano su autoridad. Italia accedia, pero con la condicion de que habian de acceder las demás grandes potencias de Europa. Francia lo propuso, pero en términos tan vagos que no decia si su carácter habria de ser dispositivo ó meramente deliberativo como queria el Papa. Podria creerse que el gabinete de Viena era el más dispuesto á secundar las miras de Francia. Pero el gabinete de Viena tenia un periódico oficial, y este periódico oficial decia lo que á la letra copio: «En la cuestion roma»na no tenemos que reprocharnos ningun »equívoco. Nos es indiferente que el Papa con»serve ó no intacto su poder temporal; pode»mos acudir en auxilio de Francia para sa»carla de los embarazos que para ella resultan »de la convencion de Setiembre; pero no te»nemos necesidad de entusiasmarnos por el »poder temporal del Papa; daremos consejos »amistosos á unos y otros; seremos concilia»dores; pero si por unos ó por otros se des»atienden nuestros consejos, nos alzaremos »de hombros.» Viene en seguida el *Diario de San Petersburgo*: «La adhesion de las nacio»nes al Congreso no es todavía oficial, dice á »la letra. Se necesitan conferencias prévias. »La reunion no se verificará sino cuando las »potencias sepan que sus trabajos no han de »ser completamente estériles. Es muy difícil »que las potencias europeas quieran reunirse »por el placer de empeñarse en largos deba»tes, y de registrar voluminosos protocolos y »decir opiniones que, si bien desprovistas de »sancion efectiva, comprometerian más ó mé»nos á las naciones que las sostuvieran.» Todo el mundo sabe que el *Siecle* de París era casi un periódico oficial del gobierno italiano. Llamándose demócrata no tuvo inconveniente en defender siempre al rey Víctor Manuel y atacar siempre al demócrata Mazzini. Pues bien, el *Siecle* decia, respecto á Italia, lo que á la letra copio: «Es positivo »que hasta hoy (30 de Noviembre) Italia no »se ha adherido formalmente á la conferen»cia. Todo el mundo comprenderá que antes »de decidirse definitivamente el ministerio »italiano desea asegurarse del apoyo que la »política italiana encontrará en el futuro Con»greso. Los ministros y encargados de nego»cios han recibido la órden de conocer pré»viamente la opinion de los diversos gobier»nos de Europa.» Además, el gobierno italiano exigia la evacuacion por las tropas francesas de todo el territorio romano, y el gobierno francés insistia en quedarse, al ménos con la guarnicion de Civita-Vechia. El dia 27 de Noviembre, ni Bélgica ni Holanda habian manifestado su aceptacion del Congreso. Desde el principio, aunque por razones diversas, se habian negado á él Suiza y Portugal. A su vez Italia y Prusia apoyaban fuertemente la solucion italiana. El Hesse electoral y España solamente se habian adherido sin condiciones. Y el Hesse electoral recibió del gran canciller de la Confederacion del Norte, de Bismark, fuertes reconvenciones. El poderoso ministro prusiano aprovecha todas cuantas facilidades pueden ofrecerle los infinitos embarazos de Francia para ir perfeccionando, redondeando la grande obra de la unidad alemana. El poder temporal del Papa no podia

sostenerse por sí mismo. En el momento que Francia lo abandona se viene á tierra. No puede resistir á un corrosivo interior, á un principio letal que lleva en su seno el absolutismo teocrático. No puede contrastar un principio de atraccion que hay fuera de él y que lo llama con fuerza, como los cuerpos grandes á los cuerpos pequeños en las esferas celestes; no puede resistir al principio de atraccion, á la virtud de atraccion que ejerce sobre todos sus súbditos el gobierno italiano, el espectáculo de la unidad de Italia. Es cosa averiguada que, cuando llegaron las tropas francesas, Roma iba ya á caer á los piés de Garibaldi. Es cosa averiguada que tres ó cuatro dias despues de su victoria de Monte-Rolindo la unidad italiana hubiera surgido resplandeciente en el Capitolio. ¿Iba Francia á pedir una ocupacion eterna? ¿Y en nombre de qué la pediria? ¿En nombre de los principios religiosos? Se han acabado las guerras de religion. Además, de tales principios no entenderian una palabra ni Inglaterra, ni Prusia, ni Grecia, ni Turquía, ni Holanda, ni Rusia. ¿Iba á pedir una intervencion para combatir los elementos revolucionarios que hay en Roma? Entonces retrocedíamos á la Santa Alianza, retrocedíamos á los principios en cuyo nombre los aliados vinieron á Francia el año 1815 y expulsaron á sus habitantes. ¿Iba á pedir que todas las naciones garantizasen al Papa su poder temporal? Eso no podia ser sin que al ménos le pidieran que modificára su poder absoluto. Y el Papa no modificará nunca su poder absoluto. La cuestion del Congreso se resumia en estos dos aforismos: 1.º Era difícil que el Congreso se reuniera. 2.º Era imposible que, reunido el Congreso, diera ningun resultado. El problema de Roma sólo podia resolverse por la libertad.

Pero en el Senado francés no querian tal solucion. Cámara aristocrática en medio de esta democracia; cámara envejecida cuando en torno de ella toda se renueva; cámara proviniente de la voluntad del soberano, y compuesta de reputaciones seniles que en su mayor parte han seguido todas las banderas y han pactado con todos los gobiernos; allí no habia respiradero alguno por donde pudiera penetrar el espíritu de nuestro siglo. Si se encontraba allí algun libre pensador, como St. Beuve, sólo se atrevia á tomar la palabra cuando se hallaba en litigio su persona ó la persona de sus amigos, con tal que estos no sean de los desterrados, como Víctor Hugo. Cuando se trataba de un enemigo tan formidable como el absolutismo romano, pero tan amigo del Imperio, se calla y cobra en su alma y en su conciencia los doce mil duros de la soldada vitalicia.

No sucede lo mismo con los obispos y los cardenales. Comienzan por creer que sus palabras son divinas inspiraciones del Espíritu Santo, bañadas en la luz increada; siguen por reconocer que su autoridad proviene de la superior autoridad del Papa; y acaban por declarar el poder temporal una condicion precisa para la guarda del dogma, y un áncora indispensable para la salvacion del mundo. Sin embargo, el Espíritu Santo ha inspirado algo diversamente á sus oráculos en el Senado francés. Mientras el arzobispo de Burdeos y el cardenal Bonnechose quisieron que Italia fuera inmolada en aras del Pontificado, como la antigua Ifigenia griega, el arzobispo de París quiso que Italia conservara su unidad política, aunque renunciando á Roma; y Roma su poder teocrático, aunque renunciando á sus antiguas provincias. La anexion de las Marcas, de la Umbría, y de las provincias románicas en el tribunal de penitencia que tiene el arzobispo de Burdeos será siempre un robo; pero en el tribunal de penitencia que tiene el arzobispo de París, será siempre un hecho que ha creado intereses, los cuales ya se han elevado á derechos. De suerte que cada cardenal le tira de un ala al Espíritu Santo. Tal vez en las opiniones del arzobispo de París, influ-

yera algo ese roce cortesano que tanto ablanda las voluntades de los hombres. Pero lo cierto es, que los indivíduos del Senado disentian de todo en todo por sus apreciaciones políticas, y por sus ideas sobre aquella cuestion en que debian pensar más uniformemente desde que lo elevaron en Roma casi casi á la altura de un dogma. Si no recuerdo mal, en el Syllabus condenaba el Papa como relapsos á los que creyeran posible su renuncia á una partícula del patrimonio pontificio. El arzobispo de París debe felicitarse de que no estemos en aquellos tiempos del siglo XVI, en que un Papa llamaba á sí todo un arzobispo de Toledo, como Carranza, y lo entregaba á todo un tribunal como la Inquisicion. Pero lo más notable de esta controversia senatorial fué el discurso del marqués de Moustier, ministro de Negocios Extranjeros. Y no fué notable por su forma oratoria, ni por sus elevadas ideas. El marqués de Moustier no ha sido nunca orador. Es muy diferente hablar desde un sillon diplomático á hablar desde la tribuna de un Senado ó de un Congreso. Además, la cuestion era tan grave, que el ministro de Negocios Extranjeros no podia explicarse con claridad, ni fácilmente. Y por consecuencia, el Imperio y Francia andaban á tientas, entre las tinieblas, sin saber cómo resolver ese nuevo conflicto que brillaba en la oscuridad con el siniestro y tétrico fulgor de las grandes tempestades.

Llega la hora en que salen las tropas francesas de Roma en virtud de la convencion llamada de Setiembre, y en que Roma se agita por su libertad y por su unidad Italia. Garibaldi representa como siempre esta agitacion. Las tropas francesas son sustituidas por una legion llamada de Antibes y compuesta en su mayoría de legitimistas franceses. Los italianos dicen que esta es una intervencion extraña é indirecta y protestan contra ella. Ricasoli cae por sus tendencias á la dictadura ministerial y por su capacidad en la gestion administrativa. Rattazzi le sucede y trata de impedir con halagos la expedicion á Roma que Garibaldi idea con entusiasmo. El antiguo dictador sale de su isla, toca en tierra firme, remueve los ánimos, subleva las ciudades, se dirige amenazador á Roma. Rattazzi le detiene y por Italia se extiende una sublevacion moral. Tener á Garibaldi preso, es como tener presa á la Italia. La nacion forcejea como en los tiempos más adversos. Garibaldi es conducido á su isla y guardado por una escuadra italiana. Pero Garibaldi pasa en una lanchilla; aborda á un buque norte-americano; monta, se dirige á las costas, desembarca, corre por aquellas campiñas, subleva á los pueblos, reanima á los suyos y los conduce en Monte-Rotondo á una victoria que pareceria legendaria en el tiempo de leyendas. Jóvenes desnudos, hambrientos, desarmados; despues de marchas fabulosas, combaten cuarenta horas en escarpadísimas montañas, desde cuyas cimas fortificadas vomita sobre ellos la artillería con rabia el espanto y la muerte; y concluyen por plantar, subiendo unos sobre los cadáveres de los otros, en las torres casi inexpugnables, la bandera de Italia. El sentimiento nacional crece, llega al delirio. El rey nombra ministro á Menabrea. Es un antiguo saboyano, honrado por carácter, frio por temperamento, devoto, como nadie en Italia de la reaccion clerical, y amigo del gobierno francés. Su nombramiento es un desafío al pueblo italiano. Florencia se conmueve profundamente. Las calles se llenan de gentes que llevan banderas, en cuyos pliegues van escritas estas palabras: *abajo el gobierno y á Roma.* Algunos gritos se oyen tambien de: *Viva la República.* Víctor Manuel se escapa casi de Florencia y se refugia en Turin. Pero al llegar, oye los mismos gritos pero más acentuados, más amenazadores. En Nápoles, la sublevacion moral es unánime. En Génova, la policía tiene que trabajar mucho para impedir al pueblo derribar las estatuas de Víctor Manuel en la plaza pública.

La nacion italiana puede indignarse; pero el gobierno francés envia sus tropas. Entonces ese mismo ministerio Menabrea, que tantas consideraciones ha guardado á los clericales, decide á su vez intervenir en los Estados Pontificios, y manda á sus tropas que pasen la frontera. La decision es tardía, porque nada evita, ni la marcha de Garibaldi ni la marcha de las tropas francesas. Además, mientras estas se adelantan hasta entrar en Roma, las tropas italianas parece que se han evaporado, pues nadie sabe dónde se encuentran. La noticia de la decision del gobierno italiano, cae como un rayo sobre la frente del gobierno francés. *La Patrie*, uno de sus periódicos oficiales, llama á este acto del gobierno italiano, que le imponian todos sus deberes, una declaracion de guerra á Francia. Aunque *El Constitutionnel* desautoriza esta interpretacion, se ve bien claro que el gobierno francés se halla decidido á jugar el todo por el todo, y á correr hasta el riesgo de una guerra europea. Impulsa la política contra Roma, un clerical, Menabrea; toma el mando de un ejército que va á cumplir una obra revolucionaria, un reaccionario, Cialdini. Garibaldi se fortifica en Monte-Rotondo y no quiere oir al gobierno italiano que le pide se someta á su direccion.

¿Qué saldrá de aquí? preguntaba todo el mundo. Es una cuestion pavorosa esta cuestion de Roma, respondia la conciencia pública. El Papa no consentirá nunca en que le arrebaten el poder temporal. A todo arreglo político, ó diplomático, responderá vibrando los rayos de la excomunion en sus caducas manos. Italia no puede ya retroceder, tiene que ir hasta Roma. Si vacila Víctor Manuel un punto, perderá su corona, arrancada de sus sienes por la revolucion. Francia no puede retroceder tampoco. El negociar casi no cabe, cuando se hallan los dos gobiernos con las armas en la mano. Un congreso europeo es una utopia. Las más grandes potencias de Europa son protestantes, como Prusia é Inglaterra, ó cismáticas como Rusia, ó enemigas del poder temporal de los Papas como Italia. Francia tendria entonces que retroceder ante Europa. Mientras tanto Bismark se aprovecha de las tristes complicaciones de la política francesa para intervenir en el Sur con su poderosa influencia, y forzar al Wurtemberg y á Baviera á que acepten la unidad económica despues de la unidad militar hasta que llegue el dia de realizar la unidad política y administrativa.

En medio de todas estas tempestades se destaca la gran figura de Garibaldi. Él no ha medido las dificultades, no ha pensado en los obstáculos; inspirándose en su fé maravillosa y en su amor á la pátria, se ha lanzado sin armas en medio de la revolucion. El antiguo dictador vuelve á la isla de Caprera, no en aquella sencilla nave en que cruzaba el golfo de Nápoles cuando arrojó á los piés de Víctor Manuel la corona de Italia que no habian podido forjar quince siglos de guerras y de revoluciones, sino prisionero de ese mismo rey, en una nave del Estado. Sea cualquiera el juicio que mis lectores hayan podido formar del guerrero italiano, á la verdad, no puede ninguno de ellos dudar, que ora sea una série de faltas, ora sea una série de virtudes, la vida de Garibaldi es siempre una vida extraordinaria. Nacido entre el Mediterráneo y los Alpes, su alma tiene algo de la poesía de aquella hermosa naturaleza. Criado en el mar; acostumbrado á vencer sus olas, y sus huracanes, á deslizarse sobre los abismos, á recoger en la vela para marchar el mismo viento que parece venir á combatirlo, cree, como todo marino intrépido, que ninguna fuerza social puede resistirse al que ha vencido los elementos. Los hombres muy dados al mar, toman esa especie de carácter romántico que dan los horizontes inconmensurables, las luminosas estelas, el hervidero de las blancas espumas, la palpitacion del oleaje, los mundos embrionarios que hay en esos gérmenes de nuevos séres,

los movimientos concertados de los astros que parecen hacer con sus moles infinitas combinaciones aritméticas para señalar la ruta de la humilde nave, el estruendo de los huracanes, azotando las alteradas aguas, en fin, la realizacion visible, palpable de lo infinito. Para que nada faltase á acrecentar esta especie de carácter legendario, Garibaldi pasó los dias más floridos de la vida en las selvas de América, en el seno de sus rios que parecen mares, en aquella especie de exaltacion de la vida en infinitos séres que tanto contribuye á exaltar el espíritu y arrojarlo en el seno de infinitas ideas. Es además italiano, de la tierra del arte, y ha hecho de su pátria como Miguel Angel, como Savonarola, como el Dante, una especie de religion para su alma, una fuente de inspiraciones para todas las obras de su vida. Esto es tan cierto, que ese mismo hombre que hoy declara muerto el catolicismo, y caido el Pontificado, se confesó como un penitente cuando creyó que Pio IX, convertido al liberalismo, salvaria su Italia. Hay que mirarlo para comprenderlo. Su frente es ancha; la bóveda de su cabeza indica la benevolencia; de sus ojos destella una luz tan suave, que no es el centellear de la mirada de ave nocturna que tienen los implacables guerreros, sino la dulce resignacion de los mártires; su rubia melena y su no ménos rubia barba, surcada por algunas blancas canas le rodea de una especie de atmósfera luminosa como la que daban por fondo los pintores de la Edad Media á sus místicas figuras. Decid de él lo que querais; pero no dudeis que por su ingenuidad y por su candor, se distingue en el mundo maquiavélico de los diplomáticos y de los anexionistas, ese marino, ese guerrillero que tiene una sola pasion en el corazon, y ese mismo corazon siempre en los lábios. Se estrella contra las realidades de la vida moderna; pero si hay quien crea, si hay quien ame, si hay quien espere en el mundo, tendrá siempre un culto al hombre que combatió por la libertad á las orillas del Plata, que vino en alas de su amor pátrio á luchar en el sitio de Roma, que emprendió la inmortal retirada á Venecia, digna de compararse á la retirada de los diez mil; que volvió á reaparecer en los desfiladeros de los Alpes, cuando Italia peleaba por su independencia; que fué de Caprera á Palermo, y de Palermo á Nápoles, ahuyentando los Borbones y sus cortesanos; que despues de haber levantado con los conjuros de su génio y con el brillo de su espada, un trono, se volvió humildemente á su isla; que fué herido por el mismo á quien le habia dado la corona de Italia; que do ve un pueblo en peligro, allí está, inspirado por su ideal, á dar su vida por todos los oprimidos, y á pelear contra todos los opresores.

La cuestion de Italia contribuyó en mucho al descrédito y á la ruina del tercer Imperio. En medio de sus protestas de libertad fomentaba la reaccion. En medio de sus alardes de patriotismo, humillaba á Francia. El César que se mostraba humilde ante las escuadras de América y los ejércitos de Prusia, mostrábase valerosísimo ante los voluntarios de Garibaldi. La nacion de Voltaire sostenia al Papa de Roma. El general enviado á esta empresa habia avisado por telégrafo, contando los defensores de la libertad muertos por los disparos franceses, que los nuevos fusiles habian hecho milagros. La irritacion era inmensa, indescriptible; y se oian palabras de venganza en todos los lábios, y se veian relámpagos de revolucion por todos los horizontes.

# CAPITULO LII.

## LA CAMPAÑA ITALIANA EN EL CUERPO LEGISLATIVO.

La verdadera batalla sobre la cuestion de Roma se dió en el Cuerpo legislativo, cuerpo esencialmente democrático por su orígen, como dimanado del sufragio universal, pero esencialmente conservador por sus tendencias como devoto al Imperio. La discusion comenzó de una manera muy grave, muy solemne. Pocas veces el Cuerpo legislativo ha presentado un aspecto tan imponente. Mr. Jules Favre sube á la tribuna. Su rostro está pálido, su paso es vacilante; grande preocupacion agita su espíritu, pero su palabra sale serena, fluida, trasparente como un profundo rio de ideas que nace al pié de elevadas montañas. El discurso de Favre no tiene, al principio, esa agitacion nerviosa que dá escalofrios; no tiene esa poesía con que la elocuencia alcanza los efectos de la música; no tiene esa elevacion de pensamientos que provoca á las grandes meditaciones; pero tiene la severidad, el nervio, la lógica, la sencillez y la grandeza de una acusacion elocuentísima. Sus palabras, al tocar la grave cuestion de Roma, adquieren una solemnidad extraordinaria, porque en el fondo de su corazon el orador republicano es religioso, y en su conciencia aún tiene algo de teólogo. La diccion es severa, el estilo sóbrio, la dialéctica contundente, la idea elevada, la intencion profunda; y en algunos momentos, sobre todo cuando la indignacion habla, toma toda su arenga la solemnidad majestuosa de una gran tormenta. Voy á ver si me es posible resumir en breves conceptos sus principales argumentos. La primera expedicion á Roma tuvo en su orígen por objeto defender Italia contra el Austria. El ministro de Francia declaró ante la Asamblea nacional que jamás cometeria la República francesa el fratricidio abominable de aniquilar la República romana. Pero la República romana fué aniquilada, y el Papa repuesto en su trono. Entonces Napoleon Bonaparte, á la sazon presidente de la República, escribió una carta al embajador en Roma diciéndole que, al reponer el Pontificado en el sólio temporal, deshecho por las revoluciones, de ninguna manera habia sido su ánimo restaurar el absolutismo teocrático, y por

lo tanto era necesario exigir del gobierno pontificio las reformas indispensables á la vida de los pueblos en este nuestro siglo. El gobierno pontificio, á pesar de deber al gobierno francés su existencia, negóse á toda reforma. En vano insistia Francia; la insistencia de Roma era incontrastable. Vino la guerra de la Independencia, y Roma estuvo por sus simpatías con el Austria, con los Borbones, con los príncipes destronados, con los enemigos de Francia. Entonces perdió gran parte de sus provincias abrasadas como toda Italia por el fuego de un santo patriotismo. El águila francesa alejó con sus alas el incendio que llegaba hasta las frágiles puertas del Vaticano. A este nuevo servicio siguieron, por parte del gobierno francés, nuevas demandas de reforma, y á estas nuevas demandas de reforma nuevas negativas por parte del gobierno romano. Entonces, valiéndose el Papa de su autoridad religiosa, de sus ejércitos por todo el mundo esparcidos, de su fuerza moral, elevó á artículos de fé en un documento eternamente célebre, en el Syllabus, todos los errores, todas las preocupaciones, todos los principios que Francia ha condenado en sus códigos. Poder civil, matrimonio civil, libertad de pensar, libertad de cultos, igualdad en la ciudadanía, derechos modernos, todo fué declarado contrario al catolicismo. Italia que, merced á tantos trabajos, se constituia y se emancipaba del extranjero, fué maldecida. El Papa le declaró la guerra.

En su ansiedad por ver libre de extranjeros todo el suelo italiano, formó Italia la convencion de Setiembre, en que se comprometia á no intervenir en Roma ni á dejar que ninguna fuerza extraña interviniese. Pero si la convencion ha sido rota, decia Favre, ha sido rota por Francia. Francia organizó la legion de Antibes, que era una intervencion disfrazada. Francia envió al general Dumont á contener las deserciones de los zuavos pontificios. Francia dijo por boca de su ministro de la Guerra que servir al Papa era tanto como servir al Emperador. Y al mismo tiempo el Papa condenaba en contínuas maldiciones á Italia sobreexcitando contra sus leyes las conciencias. En este tremendo estado Francia ha intervenido, y al intervenir, sin favorecer al Papa, ha deshecho la Italia. La nacion francesa ha rasgado el Syllabus; pero de sus fragmentos ha hecho tacos para cargar el fusil contra los enemigos del Syllabus. Los resultados de esta política deben ser tremendos, como lo son siempre los resultados de toda política equívoca.

El discurso de Favre produjo inmensa sensacion. Monsieur Rouher, como hábil táctico parlamentario, queria procurarse el espectáculo de que la oposicion contestara á la oposicion. Pero habia una parte de la oposicion, los legitimistas y los orleanistas, que deseaban algo más que una batalla, deseaban una victoria sobre el gobierno. Y la obtuvieron. Mr. Moustier, ministro de Negocios extranjeros, se encerró en sus habituales reservas. Habló como en el Senado mucho de la independencia espiritual del Pontífice; pero nada de su independencia temporal. Estas reservas disgustaban á la mayoría esencialmente conservadora y católica. Entonces Mr. Thiers, como antiguo general de Parlamento, aprovechó la ocasion para poner el Parlamento sobre el Imperio. Habia del lado del gobierno la reserva; del lado de la mayoría la franqueza. Apoderarse de la conciencia de la mayoría; expresar su pensamiento; formular sus aspiraciones; defender claramente el poder temporal del Papa; ofrecer como solucion que permanezcan á su lado indefinidamente las tropas imperiales; decir que sin trono de rey no puede haber independencia de Pontífice para el jefe supremo de la Iglesia católica, la cual es la Iglesia nacional en Francia; maldecir de la unidad de Italia como una gran desgracia; esperar que sin Roma esa unidad será imposible; proponer francamente que Francia tenga su espada desnuda á la puerta de Roma para que Italia vaya en su demencia por la unidad has-

ta clavársela en el corazon; hacer y decir todo esto, entre los aplausos de la mayoría, entre los saludos y los gritos entusiastas de los imperialistas, era sustituir la política de un enemigo del gobierno á la política misma del gobierno, el pensamiento de Thiers, al pensamiento del Imperio y poner el Cuerpo legislativo que manda sobre el Emperador que obedece. La táctica fué hábil, de un consumado capitan, de un grande orador. No puede darse más flexibilidad de talento, más riqueza de recursos. En tres largas horas el sofisma, la reticencia, la argumentacion contundente, la ironía fina, la duda filosófica, la teología escolástica, la historia, la política, hasta las efusiones del misticismo, hasta los esplendores de una elocuencia religiosa, todo fué por el hábil orador empleado para conseguir un grande triunfo parlamentario. Este héroe de la palabra no ha tenido todavía un Waterlóo. Cuarenta años han pasado despues que su talento llegó á la madurez y todavía está robusto. Pero ¡ah! que esa palabra tiene la mala influencia del manzanillo. Importa poco que apague ó combata, asesina á cuantos se sientan á su sombra. Mató á la República que la creyó, y matará al Imperio si la cree. Y sin embargo, por este momento que historiamos, el Imperio la ha creido.

Mr. Rouher, al dia siguiente, va al Cuerpo legislativo, asalta la tribuna, y prescindiendo de todo género de consideraciones, franca y claramente descubre el secreto de la política imperial diciendo que Italia jamás, jamás, jamás tendrá á Roma. No puedo pintar bien el entusiasmo que esta declaracion produjo. Las señoras agitaban sus pañuelos blancos cual la enseña de los Borbones, los diputados aclamaban á grito herido al Emperador, los obispos y los cardenales aplaudian hasta el escándalo y se entusiasmaban hasta el llanto. Las Cámaras Francesas parecian un Concilio declarando un dogma de fé. La extrañeza era tanta, que se preguntaban unos á otros los católicos fervientes, si es que habian oido bien. Algunos arrancaban sus notas á los taquígrafos. Otros detenian al ministro para pedirle explicaciones. Entre estos se distinguia Thiers, al cual escuchaba Rouher con tanto acatamiento como si escuchara al mismo Emperador. Se veia, que el orador, enemigo del Imperio, reinaba sobre el Imperio. Así es, que obligó al ministro de Estado á subir nuevamente á la tribuna y declarar que entendia por dominios del Papa, no solamente la ciudad de Roma, sino todo el territorio sujeto hoy á su autoridad suprema. El entusiasmo redobló entonces. Favre intentó hablar, pero nadie quiso oirle. Tuvo que bajar de la tribuna sin expresar su pensamiento. Berryer, el legitimista, dictó el órden y la manera de la votacion, que fué numerosa, compacta, á favor del poder temporal del Papa. Entre los que más se distinguian por su adhesion calurosa, estaban los diputados judíos. Y, sin embargo, el telégrafo nos dice, que al abrirse el Parlamento italiano, Menabrea, ese ministro conservador, ese ministro, casi clerical, reclama Roma, como parte de Italia, dice que Francia nunca hubiera consentido un gobierno extranjero en París. ¿Por qué se ha de exigir á Italia que consienta un gobierno extranjero en Roma? El partido conservador, que presentaba á Lanza como candidato á la presidencia del Congreso italiano, ha triunfado sobre el partido avanzado que presentaba á Rattazzi. Pero la victoria ha sido solamente de cuarenta votos. Italia no renunciará jamás á Roma.

De nada abusan tanto los hombres como del poder. Por eso las sociedades verdaderamente conservadoras, son aquellas, que, á la manera de Suiza, Inglaterra y los Estados Unidos, limitan por todos los medios posibles las arbitrariedades del poder. Mientras la suerte de los pueblos se halle á merced de cuatro ó cinco potentados, no tendrán paz los pueblos. Mientras el derecho internacional de Europa se halle á merced de la vieja y egoista diplomacia, no saldrá Europa del triste estado de

latente guerra. Con razon ha dicho uno de nuestros primeros poetas dirigiéndose al cielo:

¡Oh, qué abismo tan profundo
De iniquidad y malicia,
Han hecho de tu justicia
Los poderosos del mundo!

Las palabras de Rouher fueron tan graves, de una tan grande trascendencia, que pesaban despues de muchos dias sobre todas las discusiones del Cuerpo legislativo. Al dia siguiente tomó la palabra Mr. Garnier-Pagés, uno de los indíviduos de la extrema izquierda. Á pesar de haberse comprometido á hablar sobre los asuntos de Alemania evocaba á cada instante la Italia, esa sombra querida, esa ilustre madre de tantas naciones, que parece condenada á un eterno martirio como el génio, á un eterno dolor como el arte. Cada vez que su palabra tocaba en la llaga de Roma, retorcíase la mayoría como herida de un acerbo dolor. El diputado de la izquierda curó de declarar altamente una cosa que sus compañeros de oposicion no habian declarado todavía, curó de declarar que la extrema izquierda del Parlamento francés defiende la causa de la revolucion en Italia. Efectivate, era vergonzoso que cuantos representan la revolucion se callaran el dia mismo en que la revolucion sufria una de sus más crueles derrotas. Si hemos de pertenecer al número de los que sólo aplauden el éxito, si hemos de ser tambien los ciegos adoradores de la fortuna; si hemos como Pedro de negar al justo, cuando el justo se halla maniatado y perseguido, vale más abandonar las legiones de los tribunos y de los mártires que defienden la libertad para irnos con las turbas de los cortesanos á incensar á los Césares. La parte capital del discurso de Garnier-Pagés versó especialmente sobre los asuntos de Alemania. Con una vigorosa entonacion y una lógica igualmente vigorosa manifestó las graves inconsecuencias cometidas en la cuestion alemana. No hay nadie en Enropa que no atribuya el ruidoso triunfo de Prusia sobre el resto de Alemania al arte con que Bismark supo envolver Italia en su propia causa. Una parte considerable del ejército austriaco, en vez de acudir á la defensa de Bohemia, acudió á la defensa de Venecia. El Austria fué definitivamente vencida, y lanzada con ignominia de la Confederacion germánica, sobre la cual habia ejercido una tan grande influencia. El eje de la política europea cambió. Francia se ve obligada desde entonces á compartir su gran poder continental con una potencia vecina que tiene por el Rhin puesta en sus riñones la punta de formidable espada. El equilibrio europeo se desconcertó con la aparicion de este terrible cometa de la unidad prusiana. Sí, cometa en el sentido de que es difícil calcular su órbita; de que es precipitada y errante su marcha; de que no sabemos si llegará á formar un nuevo planeta; y de que á los ojos de Europa, como á los ojos de la supersticion los cometas, aparece como una siniestra señal de muy terribles guerras y de muy próximas catástrofes. ¿Qué conducta convenia seguir á Francia en vista de tan grave suceso? Ó bien lanzar sus tropas sobre el Rhin á impedirlo; ó bien aceptarlo como una base de la alianza occidental, como un nuevo medio de reducir á polvo el Austria, negacion de todas las nacionalidades, y de encerrar en sus nieves á Rusia, amenaza á todas las libertades. Una de estas dos políticas hubiera sido algo fuerte, algo afirmativa una solucion. La incertidumbre presente sólo conduce al marasmo, á las amenazas de guerra universal, á la paralizacion de las transacciones, á la ruina de los intereses, á este triste estado que atraviesa Europa. Mr. Rouher no estuvo tan explícito respecto á Alemania, como habia estado respecto á Italia.

Es interesantísimo saber el efecto que produjo en Europa la grande discusion del Cuerpo legislativo sobre la cuestion de Roma. *El Obsservatore Romano*, periódico oficial de la

Santa Sede, publicaba con grandes elogios el discurso de Thiers. Ni siquiera suprimió los párrafos en que el orador predicaba la universal tolerancia religiosa condenada por el Syllabus. En cambio el periódico oficial de la Santa Sede, no ha querido publicar el discurso pronunciado por el arzobispo de París en la alta Cámara, discurso que proponia el mantenimiento del *Statu quo* y por consiguiente la renuncia á las antiguas provincias de parte de la Santa Sede. La prensa inglesa lanzó un grito de reprobacion contra el discurso del ministro de Estado. Los periódicos ingleses declaraban unánimes que ese harto franco discurso, habia ahogado la conferencia en el momento mismo de su difícil gestacion. La Prusia, cuya reserva y cuya prudencia en aquellos momentos, impidió la guerra universal, se mostraba tambien muy maravillada de que el gobierno francés fuera tan reservado ante el resto de Europa, y tan abierto y tan franco ante el Cuerpo legislativo de Francia. El movimiento de la opinion era muy original en Rusia. Existen dos grandes partidos en este vasto imperio. El despotismo no ha podido impedir que estallen allí las contradicciones naturales al espíritu humano, ni que entre allí como en todas partes la aspiracion á la libertad. Mientras un partido que se llama de la civilizacion propone que Rusia vaya al Congreso decidida á favorecer á Italia y destruir el poder temporal de los Papas, el antiguo partido nacional, el antiguo partido ruso pide que la nacion, representante del Cisma de Oriente, aproveche esta coyuntura para proponer lo que no pudo conseguirse durante la Edad Media: la unidad de las dos Iglesias. De suerte que en Rusia el partido europeo amenaza el poder temporal, y el partido ruso el poder espiritual de los Pontífices.

Italia contestó al discurso de Rouher con nuevas protestas á favor de la reivindicacion de Roma. Mr. Sella, uno de los repúblicos más moderados, presentó en el Congreso una proposicion de órden del dia concebida en los términos que trascribo á la letra. «La Cámara, firme en la resolucion de sostener el programa nacional que es la capitalidad de Italia en Roma, pasa á la órden del dia.» El presidente Lanza, á quien el partido de accion no votára por creerlo sobrado reaccionario en la cuestion de Roma, y sobrado completamente con el Imperio francés, dijo notabilísimas palabras, al tomar posesion de la presidencia, afirmó una vez más el derecho de su pátria á la posesion de Roma.

Hay momentos en que el hilo de los hechos se rompe, en que el sentido de la historia se pierde. Napoleon III continuaba la equívoca conducta del primer Imperio, tomaba dos caras, se creia á un tiempo la revolucion y la Iglesia, el despotismo y la democracia, Carlo-Magno y Robespierre, la Edad Media y el siglo décimo-nono; equívoco tremendo que el tiempo aclara, que la razon desvanece, y que tarde ó temprano, siembra ruinas en el suelo y llena los aires con relámpagos de tempestad y vapores de sangre. Desde el momento en que el tratado de 15 de Setiembre se firmó, la soberanía del Papa quedó abandonada á los romanos. Pero el Papa sigue las tradiciones de sus predecesores, llama al extranjero contra los italianos. La legion de Antibes y los zuavos pontificios, ese ejército de aventureros que tiene á Roma postrada por fuerza á los piés de un ejército de frailes, la legion de Antibes y los zuavos son todos extranjeros: aristócratas franceses llenos de orgullo por su historia y de preocupaciones religiosas, suizos pagados con el dinero que los obispos de todo el orbe envian al Papa á fin de que compre sangre en que ahogar la libertad de Italia. Y los que han nacido sobre ese suelo de Roma, los que llevan en la frente el beso de ese luminosísimo sol, los que hablan la sonora lengua romana, los herederos de todos esos monumentos levantados sobre los huesos de sus padres, los últimos testamen-

tarios de esa grande historia, no podian ir á expulsar del Capitolio los soldados extranjeros que lo ocupaban contra todo derecho, y los frailes extranjeros conjurados contra toda verdad. De esta inícua manera se interpretaba el tratado del 15 de Setiembre por el gobierno francés. Todo para los obispos; nada para los pueblos. El monte Aventino y el monte Capitolino; la cuna de los tribunos y de los jurisconsultos; el foro de donde se ha promulgado el derecho civil á todas las naciones; el Senado que envidiaban los reyes y respetaban los pueblos; los arcos de triunfo bajo los cuales pasaban los guerreros vencedores que abrian con su espada nuevos surcos en la tierra para la siembra de nuevas ideas; los sepulcros de Escipion y de Cincinato pertenecian como un feudo, como un patrimonio á unos cuantos monjes que obligaban á un pueblo entero á no respirar para ser ellos oidos, y á estar de rodillas para ser ellos vistos como los viejos oráculos del engañado Universo.

Los principios que la revolucion francesa ha esparcido por el mundo, se reducen á los siguientes capitalísimos: 1.° Los pueblos no son patrimonio de ninguna persona ni familia. 2.° El pensamiento es libre. 3.° La religion es asunto privativo de la conciencia individual. 4.° La ley civil y la ley política, no miran ni al nacimiento ni al culto. 5.° Todos los destinos y cargos públicos son accesibles á todos los ciudadanos, en fin, la libertad y la igualdad. ¿Y qué principios reinaban en Roma? Como representante del espíritu de la Edad Media, como jefe de una teocracia más inmóvil que la China, como personificacion de dos poderes igualmente absolutos, é igualmente superiores á todos los derechos humanos, como sombra de los Pontífices del Oriente y de los Césares de Roma, como heredero de todos los despotismos de la historia, el Papa cree que el suelo romano es el patrimonio y el mayorazgo de la Iglesia; que los romanos, los grandes hombres del antiguo mundo deben pasar á ser en el mundo moderno sus corderos; que solo á la casta sacerdotal corresponden todos los derechos; que la conciencia libre merece el título de conciencia rebelde; que las leyes civiles y las leyes políticas deben crear privilegios para los fieles de una religion esclusiva; que la libertad y la igualdad han de contarse entre las heregías más escandalosas del mundo; y que el espíritu humano está condenado á permanecer en los limbos de una teología fastástica, leyendo y releyendo la Suma de Santo Tomás, como la última palabra de la ciencia, esperando para pensar, para creer, para adorar, que hable la voz de un poder, el cual mira siempre hácia atrás, sentado sobre las ruinas, respirando el aliento de los sepulcros.

Y el pueblo de la revolucion va á sostener al jefe de las supersticiones. De suerte, que esa Italia, á la cual se le llama en Francia la nacion afeminada y débil; esa Italia que en concepto de sus enemigos y de sus rivales sólo sirve para pintar y para cantar; esa Italia de las leyendas religiosas y de las preocupaciones fanáticas, esa Italia, que al cambiar de religion sólo ha cambiado de ídolos, y que enciende hoy lámparas á la Vírgen como presentaba ayer coronas á Vénus; esa Italia del catolicismo, hace un esfuerzo supremo para salvar al mundo del último poder que, salido del abismo de la Edad Media, desafía las revoluciones, en tanto que la Francia de Montaigne, la Francia del edicto de Nantes, la Francia de Voltaire, la Francia de la Convencion, se arrastra en el polvo de las Catacumbas, y sostiene al Papa á quien ha herido, á quien ha destronado de la conciencia humana, y fuerza con sus bayonetas que han llevado la revolucion por el mundo á la infeliz Italia á que sostenga el trono donde están amarradas las últimas cadenas de los últimos esclavos.

Hágase lo que se quiera, el poder temporal no se sostendrá. El Papa y el César no pueden rehacer lo que han deshecho los grandes tribunos del pensamiento humano. Se necesitaria recomponer el Viejo Mundo desquiciado, y

ahogar el mundo moderno. La sombra de las viejas ideas que se levantaba sobre el Papa dándole tan extraordinario prestigio, se ha desvanecido. Hoy los aristócratas de la Iglesia van á Roma; pero los pueblos van á la exposicion de París. No solamente no puede el Papa convocar una Cruzada, pero ni siquiera reunir su Jubileo. El terror que habia inspirado á las naciones comenzó á perderse el año mil, cuando vino el Juicio final profetizado por los frailes, y continuó la tierra girando por los espacios, á pesar de los tremendos anuncios de los profetas eclesiásticos. Despues del año mil, ha cantado el Dante, ha pensado Abelardo, ha escrito Bacon, ha hablado Lutero, y se ha reido Voltaire.

# CAPITULO LIII.



## RESÚMEN DE LA REVOLUCION ITALIANA.

Compendiemos en breve epílogo la revolucion italiana para poder apreciar su orígen y conocer sus consecuencias. Resumamos los principales hechos y las ideas principales de la Historia de este grande acontecimiento.

Libre Roma de soldados extranjeros, debia pertenecer á sus habitantes en razon de un derecho indisputable. Pero los ciudadanos de Roma no pueden expresar ni su pensamiento ni su voluntad, porque la inquisicion los cela hasta en el secreto de su conciencia, y la policía los oprime hasta en el asilo de su hogar, y una fuerte guardia los ata con hierros á su ignominioso patíbulo. Si los católicos extranjeros á Roma, se creen con derecho á enviar soldados para mantener allí su capitalidad espiritual, los italianos tienen mayor derecho á enviar soldados para reivindicar su capital política. Tal es el pensamiento de Garibaldi. A la verdad un tratado diplomático retenia á los italianos casi cautivos de su palabra empeñada; pero los tratados diplomáticos han perdido toda su fuerza; primero, porque en la esfera de las ideas jamás se ajustan á los principios de justicia, y despues porque en la esfera de los hechos jamás sobreviven al dia de su nacimiento. La Europa contemporánea no tiene un derecho escrito con que regular sus relaciones internacionales. El que trazaron los reyes en la Santa Alianza ha sido deshecho por los pueblos en contínuas revociones.

El auxilio á Roma era el pensamiento capital de Garibaldi. En vano sus amigos de la extrema izquierda intentaban disuadirle presentándole prematuro el proyecto y arriesgada la empresa. Garibaldi oyó lo mismo la víspera de partir para Sicilia. En vano los amigos de Francia le escribian anunciándole una intervencion francesa á favor del Papa. Garibaldi contestaba que en esta intervencion podian entrechocarse y perecer dos enemigos suyos: el Emperador y el Rey. Las súplicas eran tanto más vivas, cuanto que los amigos de Garibaldi componian la extrema izquierda del Parlamento, y la extrema izquierda del Parlamento habia pactado una media alianza con Rattazzi en ódio á la reaccion clerical hi-

pócritamente fomentada por el ministerio Ricasoli, que acababa de sucumbir á consecuencia de sus serviles consideraciones con Roma.

Garibaldi es del temperamento de los héroes, y el temperamento de los héroes se sobreexcita con la contradiccion y con la lucha, saltando resueltamente sobre todos los obstáculos así morales como materiales para cumplir el destino superior de la realizacion de las ideas que les confia la Providencia, ó sea la ley racional y lógica reguladora del desarrollo de la historia. Hombre singular este héroe de otros tiempos, que se destaca del fondo de nuestra prosa diaria y de nuestras convenciones sociales como una sombra gigantesca ó como un cometa errante, ó como una nota épica, ó como una sublime discordancia, algo de extraordinario, sin nombre, que toca en los confines del misterio. Su sér ha nacido impregnado de una idea como los astros de luz. Su vida se ha consagrado á esa idea con la fé de un mártir, con la constancia de un héroe, con el sentimiento de un poeta, con la franqueza de un orador, con la rigidez de un cenobita. Hay algo en ese carácter de la conjuncion sublime del antiguo mundo con el mundo moderno, de la antigua historia con nuestra historia, como en esa Italia, donde se levanta el intercolumnio pagano junto á las agujas góticas, y las agujas góticas junto á las rotondas del Renacimiento, y las rotondas del Renacimiento junto á las escuelas de los filósofos. Él es marino como Andrea Dória, viajero soñador é inquieto como Cristóbal Colon, tribuno del pensamiento libre como Arnaldo de Brescia, plebeyo como Masaniello, severo como Cincinato, místico como Savonarola, sacerdote del pueblo como los Gracos, poeta en accion como todos los italianos; un Wasingthon legendario, maravilloso, sin el sentido práctico de este gran ciudadano, pero con ese poético sentido que brota del suelo sagrado de las ruinas doblemente esmaltadas por los rayos del sol y los sueños de la poesía. El mar le ha dado algo de la libertad de sus vientos; las selvas de América algo de la exuberancia de su vida; la Italia algo de la armonía de sus inspiraciones; la religion algo de su desprecio por los intereses de un dia; el arte algo de su extraña grandeza; la guerra algo de su audacia; y la fé el don de los milagros reservado á esos locos sublimes que se llaman redentores, y que sacan de su locura el sentido comun para muchas generaciones, y de sus sacrificios y de su muerte la vida para muchos siglos.

Garibaldi, pues, se hallaba decidido á todo. El gobierno italiano le detuvo. Entonces no pudiendo ir él, mandó á sus hijos á morir por la unidad de la pátria. Sublimes son los sacrificios de estos italianos; sublime la inspiracion que de sus corazones se apodera cuando se trata de la libertad de su nacion. La muerte se les aparece como á los antiguos griegos con una corona de rosas en la frente y una copa de oro en las manos por cuyos bordes rebosa el licor de la inmortalidad. Véase el ejemplo de ese Cairoli que acaba de morir ante los muros de Roma. La madre de los Cairoli se parece á la madre de los Gracos. Seis hijos tenia, seis hijos educados por ella en el santo amor á la pátria. Pero el amor á Italia en el presente siglo, es el amor al sacrificio, es el amor á la muerte. Los desposorios de sus héroes con Italia son como los desposorios de Romeo con Julietta; algunas horas de luna, algunos arpegios de ruiseñor en la embriaguez de la esperanza; en seguida, el panteon húmedo por toda habitacion, el sepulcro por todo lecho, la muerte por toda victoria.

Italia vivirá porque aún saben morir sus hijos. La madre de los Cairoli, ya lo he dicho, tenia seis. Uno murió en 1848, otro en 1859, otro en la expedicion de Sicilia, otro en la expedicion á Roma; y la mayor víctima es el corazon de esa madre, de esa santa matrona anegada en un mar de lágrimas, arrastrando

por el polvo de la pátria el sudario de sus hijos, que es el sudario de su entristecida alma.

Los hermanos Bandiero, jóvenes, ricos, gallardos, amados, mueren juntos sobre el campo de batalla, donde se pelea por la pátria. En pueblo que tiene tales caractéres no puede existir la esclavitud. Las revolucionarios italianos, inspirados por la idea de libertad, enardecidos por el entusiasmo de Italia, llamados al combate por la poderosa voz de Garibaldi, reunidos en torno de esa bandera tricolor que ha llevado la libertad y la independencia desde las cumbres de los Alpes hasta las orillas del Mediterráneo, se dirigen á derrocar el más opresor de todos los poderes; y como si desde el fondo de los sepulcros diseminados en el campo romano saliera la inspiracion del heroismo, se enardecen al ver dibujarse en lontananza los muros, los arcos, los simulacros, los torreones, los intercolumnios de Roma, y creen ser los cruzados del porvenir que buscan, no el sepulcro de la religion oculto en los desiertos de Jerusalen que oyeron la promulgacion de los códigos teológicos, sino la cuna de la libertad europea, quizá oculta bajo las ruinas de los destrozados monumentos que oyeron la promulgacion de los códigos civiles.

Indudablemente la religion de los recuerdos influye mucho en este pavoroso problema romano. El terror de los viejos poderes, en este momento, en que se halla amenazado el más viejo de todos, su terror es infinito, El entusiasmo de los pueblos italianos por concluir la obra comenzada, iguala al terror de los reyes europeos. El ejército no puede resignarse á la disciplina y se mezcla á la insurreccion, desbandándose muchas de sus compañías en pos de las banderas de Garibaldi. Los alistamientos se hacen públicamente. El comité que los preside se halla compuesto por diputados del Parlamento. Las municipalidades votan recursos abundantes para sostener la insurreccion. En crísis tan tremenda Italia no es, sin embargo, árbitra de sus propios destinos. La brecha por donde entraron Carlo-Magno, Barbaroja, Cárlos de Anjou, está abierta por medio del Pontificado, eterno extranjero en el suelo de Italia.

El gobierno francés, en presencia de estas campiñas tan católicas, de este Parlamento tan reaccionario, y de este tratado de Setiembre tan reciente, se apercibe á penetrar en Italia por la brecha de la teocracia romana. El pueblo italiano se ha arrancado de los piés los clavos del Cuadrilátero; pero no se habia arrancado á la sazon de las sienes la corona de espinas de Roma. Su crucifixion continuaba. Conforme las partidas garibaldinas se aumentan, los soldados franceses se concentran á las orillas del mar para embarcarse en son de guerra contra Italia. El ministerio del comendador Rattazzi quiere á toda costa conjurar este gran peligro. Pero no pudiendo conseguirlo, dimite. El ministro, que era impopular, se convierte en popularísimo. La poblacion entera de Florencia acude al pié de las ventanas de su palacio á celebrar y aplaudir el valor con que se opone á las serviles complacencias de Víctor Manuel con el gobierno de las Tullerías. Cialdini es llamado al ministerio. Antiguo ayudante de Narvaez, enemigo implacable de Garibaldi, reaccionario por temperamento militar, más reaccionario aún por su educacion y sus compromisos políticos, representa la resistencia á toda costa, y á toda prisa contra el espíritu revolucionario en Italia y contra su invasion en Roma. La idea de que lo conseguirá fácilmente se esparce de tal manera en los ánimos, que se dá contraórden desde París al embarque de las tropas imperiales para Civitta-Vecchia. La *Gaceta* oficial de Florencia anuncia que se ha conjurado el gran peligro de una intervencion francesa. Y sin embargo, Cialdini comprende, á pesar de sus antecedentes, las dos necesidades supremas de la situacion: un ministerio compuesto de todas las fraccio-

nes que defiendan la libertad y la pátria; una oposicion enérgica á la ingerencia del imperio francés en los asuntos de Italia.

En estos momentos, Garibaldi se pasea por su isla como el leon por su jaula. Sus hijos pelean, sus amigos mueren, y él está lejos del combate. Valiéndose de la oscuridad de tenebrosa noche, de la alteracion del mar embravecido, del traje de marinero, y de una frágil barca podrida casi en la desierta playa, pasa entre la escuadra, burla su vigilancia, pisa la tierra italiana, se presenta en Florencia huérfana de gobierno, arenga al pueblo que le sirve de escudo para evitar un nuevo arresto, y se dirige precipitadamente al campo de batalla seguido de nuevos soldados y acompañado como siempre del génio de la pátria. Cialdini quiere detenerle; pero Garibaldi le dice que está decidido á cumplir su deber. «Tal vez la bala que me hiera en el corazon, salvará á Italia.» En álas de su deseo llega al campo de sus voluntarios. «Que no me siga el que no esté decidido á morir. Que se vayan los que no puedan sufrir la sed, el hambre, la fatiga, el insomnio.» Este sublime idealismo es uno de los contrastes más maravillosos que ofrece el patriota italiano con el génio positivo egoista de nuestra mezquina civilizacion.

Mientras Garibaldi combate, Cialdini sucumbe. No puede formar ministerio con las bases que ha pensado, y con la política impuesta por los hechos. Dos caminos le quedan al rey, ó ponerse á la cabeza de Italia, ó ponerse á las espaldas de Francia. El rey, despues de haber debido una corona á la audacia con que aceptó los compromisos contraidos por el sublime valor de Garibaldi en su expedicion á Nápoles, el rey arroja esa corona á las plantas del Imperio francés. Enemigo de Italia, servil instrumento de las Tullerías, dócil cortesano de la fortuna, perseguidor de los patriotas que le han dado el trono más envidiable de la tierra; Víctor Manuel parece destronado moralmente. Nombra presidente del gobierno á Menabrea, conservador intransigente, enemigo de la capitalidad en Roma, amigo de Napoleon, devoto á los clericales. El nombramiento de este ministerio causó sensacion dolorosísima en toda Italia. Inmensas muchedumbres, movidas por el deseo de conjurar el peligro de una intervencion extranjera y de un ministerio teocrático, se reunen á las puertas de la Asamblea nacional y aclaman á los diputados; aclamaciones que fueron como una protesta viva contra el rey. Ferrari corre á palacio á revelar todos los peligros que amenazan. El rey se parapeta tras de su inviolabilidad constitucional y su ministerio responsable, como si la inviolabilidad constitucional, qne es siempre una mentira, no fuera un imposible, cuando los reyes anteponen su pensamiento personal á la voluntad y al voto de los pueblos.

Mientras tanto, los franceses desembarcan en Civitta-Vecchia y Garibaldi alcanza grandes victorias. La opinion de Europa es clara. Inglaterra favorece á Garibaldi, pero con simpatías y no con obras enérgicas que detuvieran á Napoleon. Prusia observa y medita sobre el porvenir. Rusia se decide como Inglaterra, platónicamente por Italia. En Francia los clericales no sólo aplauden la intervencion sino que piden una monarquía pontificia, una resurreccion monstruosa de la teocracia en Europa. El pueblo de París, sin embargo, el pueblo de París que es como el cerebro donde reside el pensamiento de Francia, es enemigo de la intervencion y del Papa. Moustier escribe una circular diciendo: 1.° que la expedicion romana de ninguna manera tiene un sentido contrario á Italia, y 2.° que la cuestion romana se arreglará en un congreso de potencias católicas.

¿Qué iba á suceder? ¿Se desmentirian todos los principios, se negaria la soberanía de los pueblos, se afirmaria la idea feudal de la patrimonialidad de los reinos, se descuartizaria la nacion italiana á tanta costa alzada de su sepulcro por tan terribles sacrificios, todo para

que callaran los jesuitas, y la reaccion tuviera un abrigo inviolable en mitad de Europa? Viendo Garibaldi que la intervencion del rey de Italia, unida á la intervencion del Emperador de Francia imposibilitaba todos sus trabajos, decidió retirarse de los Estados Pontificios y unirse á las partidas de Nicotera, que operaban sobre la frontera napolitana. Tomó, pues, el camino de Tívoli. No creia ser inquietado, y por lo mismo no guardó ninguna de aquellas precauciones que inmortalizaron su fabulosa retirada á Venecia, la cual eclipsará en la historia la retirada de los diez mil griegos descrita por Jenofonte. Cuando más descuidado estaba, al llegar á las alturas de Mentana, pueblo cercano á Roma, cayeron sobre él pontificales y franceses en número muy superior y con pertrechos y armamentos admirables. Garibaldi fué vencido despues de ocho horas de combate, en el cual murieron seiscientos de sus valientes. Nada hay de hazañoso en este hecho de los vencedores. Se hallaban combinadas tropas imperiales y pontificias compuestas de suizos y de franceses, grandes soldados, mientras las partidas garibaldinas, por el mismo entusiasmo que su jefe despierta, se hallan formadas de gentes de muy dudosa disciplina. Los vencedores venian de refresco, sin haber disparado un tiro, sin haber tenido ni una contrariedad ni un insomnio, puesto que eran las tropas francesas recien llegadas y la guarnicion de Roma, mientras los vencidos llevaban muchos dias de marcha, muy varios y muy sangrientos combates, asaltos formidables, prolongados insomnio, hambre y desnudez. Las tropas pontificias é imperiales ensayaban su fusil Chassepot de una precision matemática y de un grande alcance, mientras las tropas de la libertad ni fusiles tenian y peleaban casi al arma blanca tomando aliento de sus ideas, fuerzas de su misma desesperacion. Solamente así puede concebirse esa inmensa y desproporcionada mortandad, esos montones de cadáveres hacinados por los desfiladeros que están acusando alguno de los inverosímiles sacrificios de los pueblos libres que tanto se parecen al suicidio. No de otra suerte aquellos trescientos espartanos que interpusieron su pecho entre Grecia y Asia para salvar los gérmenes de la civilizacion universal, murieron sobre la tierra sagrada de las Termópilas, sabiendo que sólo peleaban por la derrota y por la muerte en el campo de batalla, pero que obtendrian la victoria y la inmortalidad en el seno de la historia. Sí, hay en este último y tremendo combate de los garibaldinos algo de ese anhelo de la muerte que han tenido todas las legiones de una idea superior en el momento de una derróta; hay algo de la terrible desesperacion de Bruto cuando vió brillar las estrellas en el cielo mientras se extinguia la libertad en el mundo. Con grande esfuerzo, rodeándolo cuatrocientos voluntarios que juraron morir antes que tolerar la prision ó la muerte de su capitan, logró salvarse Garibaldi. La principal preocupacion de su mente era no entregar las armas de la libertad en manos de los soldados de Italia que debian defender su misma causa, que debian auxiliarle, y cooperar á su obra. Sin embargo, tuvo que pasar por este amarguísimo trance. Sus partidas, derrotadas por los franceses, fueron desarmadas por los italianos. El general tomó el camino de Florencia. Aquí se encontró con los carabineros italianos que lo arrestaron conduciéndole como un facineroso á una fortaleza. Mientras tanto, las tropas italianas, cediendo bajamente á las intimaciones de Francia, evacuaban los Estados Pontificios y dejaban de nuevo al extranjero, al conquistador en el seno de sus mismos hogares.

Yo no pertenezo al número de los que sólo admiran la victoria. Confieso que casi siempre me inspira mayores simpatías que la fortuna el valor desgraciado. Yo creo que Garibaldi ha crecido en su derrota como Sócrates en su muerte. Yo creo que ese hombre, ese grande hombre, de la madera

de los héroes, que despues de haber tantas veces visto la fortuna sonreir á su causa, es capaz de sacrificar hasta su reputacion militar, de arriesgar hasta su corona de gloria, por devolver á Italia su capitalidad y por salvar al mundo de la teocracia, ese hombre merece que su desgracia sea contada entre los sacrificios sublimes y su nombre registrado entre las legiones de los mártires. Yo lo veo tan grande hoy en su cautiverio como en su victoria. Parece que el génio misterioso que preside al desarrollo de la historia se goza en atormentar á todos los hombres grandes como si no hubiera grandeza posible lejos del dolor. Garibaldi preso en esa tierra de Italia, que él ha emancipado, que él ha creado, me recuerda Colon volviendo en el fondo de un buque, por los mares antes de él inexplorados, preso en la misma tierra salida casi del fondo de su alma, y preso por los reyes á quienes habia regalado un mundo. Es la eterna triste historia del génio.

Pero debemos historiar otras escenas y otros peligros que en el mismo año 1867 habia corrido antes Francia y que mostraron el decaimiento inevitable del Imperio y la inevitable inminencia de la guerra.

# CAPITULO LIV.

## LA EXPOSICION Y LA GUERRA.

Es el dia 1.° de Abril de 1867. Acaba de verificarse el acontecimiento desde tanto tiempo esperado; la apertura de la Exposicion, el circo de la industria, el certámen del trabajo, donde los pueblos van á mostrar, no la rivalidad de sus fuerzas como en los campos de batalla, sino la rivalidad de su inteligencia, como en los juegos poéticos de la antigua Grecia. Es imposible no entusiasmarse en vista de las grandes obras del trabajo, de esos mundos creados por la actividad humana para vencer todas las resistencias, para hermosear toda la vida, para modelar la tierra á su imágen y semejanza, para levantar, ora por el arte, ora por la industria, ora por la ciencia, un nuevo Universo en el cual resplandezca vivamente lo que hay de más luminoso, de más grande y de más perenne, la idea que es un sol eterno, y el espíritu humano, ese eterno sacerdote que interpreta los misterios de la creacion, y que levanta á lo infinito el planeta trasformado, continuando la obra del creador en el Génesis eterno de la historia.

Cuando pensamos los obstáculos que el hombre ha encontrado en su camino, y la victoria que sobre esos obstáculos ha conseguido, estamos tentados á creer en la omnipotencia del trabajo. Las aves nacieron con ricos plumajes, las fieras con fuertes pieles, nosotros desnudos; y el trabajo nos ha vestido. La abeja encuentra en su aguijon, el águila en su pico, el leon en su garra, todos los animales en los órganos proporcionados á sus funciones, los instrumentos para procurarse la vida; y el hombre ha necesitado tallar la piedra, limar y fundir el hierro, templar el acero, trasformar la materia para procurarse el sustento. Su principal facultad ha sido el trabajo. No hay animal más delicado que la criatura humana. El frio y el calor, la lluvia y la nieve, el rocío que refrigera los campos, el sol que madura los frutos, la tempestad que purifica los aires, le son dañosos; y ha necesitado por medio de la arquitectura construirse una nueva vivienda en el seno de la inclemente naturaleza: el trabajo ha sido su hogar. Y mientras los séres terrestres tienen dentro de su esfera todo su Universo, el hombre ha nacido con un de-

seo de tal suerte infinito, que en él se pierden como leves arenas arrojadas á un abismo, los mundos y los soles. Así pone como los antiguos titanes Pelion sobre Ossa, y levanta esa torre de Babel del trabajo, donde no podrán ser confundidas las lenguas, ni desorientadas las razas, porque lleva escritas en cada una de sus piedras las fórmulas de la ciencia, el eterno lenguaje de las ideas. Cuando veo la vela extendida al viento, la chimenea de hierro que dejando en los aires su penacho de humo corre por los mares y los campos; el hilo misterioso que difunde en las chispas de la electricidad la palabra humana, haciendo del relámpago el enviado del hombre; el telar que teje las vestiduras para cubrir nuestra desnudez sacando de las plantas, de los insectos y de los cuadrúpedos, hebras maravillosas empapadas en los matices del íris; el faro que corona el escollo como una estrella descendida del cielo ; el escudriñador cristal que se abisma en la via láctea y busca en la inmensidad los mundos que son como eflorescencias de una nueva vida, no puedo ménos de admirar á esta criatura humana, que á pesar de todas sus miserias, tiene las alas del pensamiento en el alma y los instrumentos del trabajo en las manos para sostenerse en lo infinito. Una fiesta del arte, de la industria, no podrá dejar de ser para mí un grande atractivo, como es para mis lectores un grande asunto. Encaminémonos al sitio donde la fiesta se celebra. El dia 1.° de Abril convida con su luz y con su cielo. El ausente sol brilla en todo su explendor como si quisiera ¡el tan escondido siempre! asociarse al espectáculo, alegrar la fiesta. Un dia claro es en estos climas del Norte una verdadera excepcion, una rareza, una especie de diamante encontrado en negro estercolero, una estrella en una tempestad de sombras.

A decir verdad, el espíritu de París no está el dia 1.° de Abril tan claro como el sol y como el cielo. Hay en él vivas obsesiones de una idea fija, del engrandecimiento obtenido por Prusia que amenaza con una guerra. Y una guerra puede ser para la Exposicion como la entrada de D. Quijote en el retablo del pobre maese Pedro. Además, Prusia está provocadora y un tanto insolente. El gobierno francés creia poder inaugurar la Exposicion con una buena noticia; la de nuevas adquisiciones territoriales, como la anexion del Gran Ducado del Luxemburgo. Los franceses saben poca geografía, y por regla general viajan poco. Es fácil hacerles creer que con el Gran Ducado se tragaban media Alemania. Los estadistas de París no pueden consentir el voraz apetito de Bismark que se come reinos como la tarasca de nuestras antiguas procesiones muchachos. Y á fin de tener ellos tambien su gran dia, instaban al ministro prusiano para que les dejara al ménos recojer una migaja de su festin; el Gran Ducado de Luxemburgo. Y ¡oh crueldad! en el momento mismo en que la apertura de la Exposicion se verifica, llega la noticia de que el Gran Ducado no se entrega á Francia. Y el cable submarino envia á la vez desde el Norte de América una nueva preocupacion á este París ya tan preocupado; envia la noticia de que Rusia, el gran imperio, ha cedido á la gran República todas sus posesiones en el continente americano.

Esta nueva es gravísima. En su virtud, el principio de que América es para los americanos, queda grabado hasta sobre las nieves del Polo. En su virtud el telégrafo eléctrico atravesará mares de hielo, habitados por las ballenas y alumbrados por las auroras boreales para acercar Rusia á los Esdos-Unidos. Y esta union del primer Imperio y la primer República, de la primer potencia militar y la primer potencia marítima, de la nacion que ocupa el Norte de Europa y la nacion que ocupa el Norte de América, gigantes formidables que inician misteriosa civilizacion, la una en nombre de la autoridad y la otra en nombre de la libertad, casi al mismo tiempo en que manumiten sus siervos; esta

union puede ser, cuando todos los dias presenta nuevas complicaciones la cuestion de Oriente, y encierra nuevas amenazas la cuestion de Alemania, el principio de una guerra gigantesca, horrible, que abrase en sus llamas toda la tierra, que haga hervir con el fuego de los cañones el agua de todos los mares. Y si no lo tomais á mal, puedo decir que echando á la humanidad en esos mares, saldrá tan desnuda como la gallina echada en una olla de agua caliente. Nos llamamos civilizados, tenemos circos para la exposicion de los progresos pacíficos del mundo; y en el dia mismo en que tales circos se abren, como para convidar á los pueblos á una grande efusion, la guerra, ese ángel exterminador coronado de serpientes, seguido de tigres y chacales, como una vision apocalíptica, atraviesa el cielo, dando siniestros graznidos como los cuervos en campo de batalla, y blandiendo en sus manos las espadas del hambre y de la peste.

El pueblo de París se extiende en dos columnas cerradas desde la Plaza de la Concordia al Puente de Jena. Los guardias municipales de á pié, con su severo uniforme azul oscuro, y los de á caballo con su abigarrado uniforme verde, oscuro y rojo, mantienen el órden y facilitan la circulacion. Bien es verdad que no hay un pueblo más enemigo de molestar en la calle, en los espectáculos, en los paseos á los que tiene á su lado, que el pueblo francés, cuya finura ha sido en todos tiempos proverbial. La montaña del Trocadero que estaba frente al Campo de Marte, ha desaparecido, dejando en su lugar plaza á una dulce cuesta. El Puente de Jena es la principal Avenida. Desde su último arco hasta la puerta misma de la Exposicion, se elevan dos hileras de mástiles que llevan en su remate oriflamas, gallardetes, y que sostienen un inmenso toldo verde, adornado con mariposas de oro en su centro, y con guirnaldas y franjas de oro en sus orillas. El Emperador y la Emperatriz pasan bajo este toldo en sencillo carruaje descubierto, tirado por cuatro caballos, seguido de tres carruajes más, pero sin ninguna escolta. Ambos príncipes van muy sencillamente vestidos. En el rostro impasible del Emperador se nota alguna preocupacion. El príncipe imperial, cuya presencia estaba anunciada, no los acompaña. El príncipe Napoleon ha salido para el Havre con toda su familia. Hay en la ceremonia algo de triste que acusa la preocupacion del momento, y en el palacio algo de confuso que acusa lo prematuro de la apertura. Hay muchos invitados, pero el frac negro de rigor en Francia, aumenta la triste uniformidad del cortejo, que pareceria en verdad un cortejo fúnebre, si no lo alegrasen con sus bellos tocados de varios colores las damas, que semejan una nube de mariposas volando sobre un árbol seco.

El color del edificio es otro de los graves inconvenientes que para alegrar el ánimo y divertir la vista tiene la Exposicion. El color es el resplandor de la forma, su revelacion más expléndida, el color es como el centelleo en el astro, el color es la luz de las cosas, la luz, esa alma del mundo. Se han ensayado á la vista del Emperador para dar un aspecto artístico al monumento, casi todos los colores. Se ha rechazado el blanco por frio, el rojo por caliente, el negro por triste, el amarillo por chillon, el azul por impropio; y ha quedado así, de un color de chocolate muy metido en canela, ó de un color de pimenton bastante oscuro. Despues, la forma no tiene nada de artística; es una inmensa caldera en la cual han arrojado las hadas del trabajo sus joyas, como las hadas del Macbhet arrojaban en otra caldera sus misturas. Artísticamente considerado, el palacio de la Industria no vale cosa. Sus arquitectos se defienden diciendo que á la comodidad y al órden se ha sacrificado el arte y el gusto. Cuando andais circularmente, veis todos los productos de un mismo género ó de géneros similares. Cuando andais trasversalmente, veis los productos de una misma nacion. El pala-

cio, con sus edificios anejos y con sus parques y muelles, ocupa cuatrocientos sesenta mil metros cuadrados, más espacioso que muchas ciudades importantes. El circo de la Industria tiene ciento cuarenta y seis mil metros cuadrados. Los trescientos mil restantes se hallan compuestos por aquel número infinito de edificios que hay en torno de él, y por aquellos grandes jardines. Como todo anda de prisa, los jardines todavía no tienen sus flores, ni el suelo su alfombra de verdura. Sin embargo, entre estas construcciones exteriores, hay una muy romántica, á la izquierda de la gran entrada, detrás del bonito edificio levantado para descanso del Emperador. Son unas rocas graníticas amontonadas como si acabara de apagarse en ellas el fuego primitivo, la erupcion de un volcan; algunas yerbas medio secas penden de sus piedras, y un castillo arruinado se alza en su cima, de la cual cae con ímpetu y ruido un gran torrente.

Pero concretémonos al palacio. Las galerías son nueve, que se extienden concéntricamente en torno de la elipsis central formada por un jardin cuyo suelo esmaltan varios dibujos de flores, y cuyos anchos espacios adornan grupos de grandes estátuas y surtidores de murmuradoras fuentes. Las primeras galerías, las más cercanas á la elipsis central, están destinadas á la historia del trabajo y á las bellas artes; la última, que es la más importante, la más ancha, la más elevada, que recibe la luz por ventanas abiertas en sus muros, y que tiene una plataforma desde la cual se pueden contemplar grandes segmentos de arriba á abajo, es la galería de las máquinas. Ciento setenta y seis columnas de hierro tiene esta galería, y cada una de ellas pesa doce mil kilógramos. En la parte exterior se halla el círculo que podíamos llamar de las fondas, donde se podrá comer al gusto de todas las naciones. Las sendas y caminos abiertos en el Campo de Marte, estas grandes venas de la Exposicion, puestas en línea recta, formarán setenta y cuatro kilómetros. Indudablemente, no se puede negar á tan vasto edificio, ó mejor dicho, á tan vasto conjunto de edificios, la grandeza, y grandeza tanto más de admirar, cuanto que despues se desmontarán estas inmensas galerías, se arrancarán estas altísimas columnas, se sacarán los millones de clavos que contiene; y el hierro empleado en un palacio, que si no va á alojar á un soberano, va á alojar la eterna soberanía del trabajo, fundido de nuevo, tendrá varios destinos; tal vez sirva para acorazar algun buque prusiano ó inglés contra Francia, tal vez para fundir alguna cadena ó algun grillete contra los defensores de la libertad, contra los mártires mismos del trabajo. Pero, en fin, el edificio no merece otra calificacion que la calificacion de colosal.

¿Y esto es bastante? ¿No tiene derecho la industria á un bello alojamiento? ¿No debe revestir el templo del trabajo formas que revelen esa armonía divina, de la cual resulta la hermosura? Casualmente la Exposicion iba á resolver un gran problema intentando levantar el mayor edificio que hubieran visto los hombres y el más hermoso. Se dice que nuestro siglo industrial es enemigo del arte, que á su virilidad repugna la hermosura como repugnan los juguetes á un atleta. Si fuera así, en verdad podríamos llamarle un siglo bien desgraciado, un siglo incapaz de conocer el resplandor divino de las ideas y de las cosas; un siglo gigante, pero un gigante ciego. Yo bien conozco que cada grande época de la historia tiene á veces una direccion exclusiva y toma un solo carácter con daño de todos los demás caractéres de la vida, y desarrolla una sola facultad con mengua de todas las otras facultades del espíritu. Yo bien sé que, si un dia hubiera el juicio universal de los siglos ante el Tribunal del Eterno, bastaríale al siglo décimo-nono presentar el ferro-carril y el telégrafo, los adelantos de la química para alzarse orgulloso entre los siglos. Pero cuando el siglo décimo-sexto presentara la corona de

las artes y la libertad del pensamiento; y el siglo décimo-sétimo, su filosofía genesiaca, que es como uno de los dias en la creacion del espíritu humano; y el siglo décimo-octavo, su tabla de derechos, bastaríale al siglo décimo-nono, para completar estas grandes conquistas del espíritu, presentarse como un dios antiguo, montado en su locomotora, ceñida la frente de las chispas del rayo, y alzando en las manos la retorta de que se desprenden esos nuevos gases encontrados por su trabajo, esos gases que han sido como la espiritualizacion de la materia.

No parece sino que hayamos perdido el sentimiento estético. No parece sino que los descendientes de Rafael, de Miguel Angel, de Murillo, de Claudio Lorena, de Covarrubias, han bajado desde la categoría de los grandes dioses á la triste categoría de Vulcanos, armados del hierro, ennegrecidos por el carbon de piedra. Saquemos de la industria el arte, como la naturaleza en su fecundidad prodigiosa convierte el carbono en el diamante. Yo no sé qué ha sido de aquella intuicion artística que tuvieron nuestros padres. El levantar la Cúpula de San Pedro, el construir la joya de San Miguel de los Reyes, el tallar en el mármol la asombrosa figura del Moisés, el dejar en las tablas el Pasmo de Sicilia, no les impidió encontrar la brújula para posesionarse de la inmensidad de los mares, y la imprenta para fijar la eternidad del pensamiento. Y casualmente en lo que más bajo hemos caido, en lo que más hemos atrasado, es en la arquitectura. En vano seria buscar hoy aquel atrevimiento con que la arquitectura gótica escalaba los cielos dibujando en lo infinito sus agujas caladas llenas de hojas, de flores, de angelillos que eran como el florecimiento del alma; en vano buscar aquellas proporciones admirables, aquellos arcos graciosos, aquellas ventanas airosísimas, aquella cinceladura clásica de los edificios del Renacimiento, cuya vista es tan grata á los ojos como una melodía á los oidos; en vano la austera grandeza del Escorial, ese sepulcro de la antigua monarquía española, que espiraba en el ascetismo, ni la pomposa grandeza de Versalles, ese sepulcro de la antigua monarquía francesa, que espiraba en la orgía; nuestras estaciones, nuestras fábricas, nuestros hoteles, son de una utilidad indudable, pero de una indudable fealdad y de una abrumadora pesadez, como si los hubiera levantado el instinto de la conservacion tan sólo, y no el pensamiento, ese grande arquitecto que, desde el Partenon de Atenas hasta la catedral de Sevilla, desde el Oriente hasta el Occidente de Europa ha dejado en monumentos una guirnalda de piedras cinceladas que serán el eterno orgullo de la historia. Yo hubiera querido, pues, que se hubiera convocado á los pueblos, no solamente para que mostraran sus maravillas artísticas é industriales, sino para mostrarles un panteon de todas las artes como la Roma antigua construyó en el Foro el panteon de todos los dioses. Yo hubiera querido que esta nacion francesa, preciada con fundamento de ser el foco donde convergen todos los rayos de la luz de nuestro siglo, hubiera resuelto en la Exposicion universal el problema gigantesco de reunir el más gran certámen que han visto los siglos en el más hermoso edificio..... Pero ¿y el tiempo? Es verdad, queremos prescindir del tiempo, y como el tiempo es una ley de la vida, todas nuestras fuerzas son efímeras, todos nuestros frutos tienen dentro el gusano de la muerte.

Desde luego el estudio de la Exposicion es un estudio importantísimo, de la mayor utilidad para todos los pueblos y de un justo orgullo para nuestro siglo. Esta Exposicion de París tiene, sobre las antiguas exposiciones, dos ventajas: primera, su universalidad, por abrazar más ramos del trabajo y más naciones; segunda, su método, por haber clasificado con más órden los productos. Pero en el dia de la apertura, y aun en los dias siguientes, de nada puede hablarse con madurez, de nada decirse un juicio con certidumbre. A la

cita no han acudido todos los pueblos con igual prisa ni con igual celo. Mientras los ingleses tienen ya arreglada toda su exposicion, puestos en órden sus maravillosos productos y hasta impreso su catálogo, los españoles sólo hemos colgado nuestros cuadros, y en la parte industrial ni siquiera hemos hecho todavía los estantes. Mientras los suizos han trabajado con ese empeño que pone la admirable nacion en probar al mundo cómo se prospera á la sombra de la libertad, los turcos todavía están sembrando de estrellas de marfil y oro su departamento donde se ve el génio del Oriente. Rusia ha instalado sus muebles, sus malaquitas, sus mosáicos, sus altares bizantinos, casi toda su exposicion. Suecia y Dinamarca han hecho lo mismo, se han adelantado muchísimo á las otras naciones. Portugal ha construido en el Parque su casita con reminiscencias del convento de Belen; pero en el Circo aún se halla en sus trabajos tan atrasada como España. Italia tiene puestas en órden sus maravillosas estátuas, pero no tiene puestos en órden sus productos industriales. Aquello es todavía un caos donde sólo podrá poner alguna armonía ese gran regulador de todas las cosas, ese grande ordenador de todos los sucesos, ese infatigable trabajador que se llama el tiempo. En el dia de la apertura sólo se oye el ruido de la sierra, del martillo, del escoplo, el grito del trabajador; sólo se ven realmente, en aquella colmena de la industria humana, como nubes de obreros que deshacen bultos, que abren cajones, que reciben fardos, que colocan objetos en sus estantes, que montan máquinas, que arreglan y perfeccionan la grande obra para que vengan emisarios del mundo entero á celebrar la fiesta maravillosa de la fraternidad en el trabajo, la cual anuncia otra fiesta más grata para lo porvenir, la fiesta de la fraternidad en el derecho.

Pero no puede hablarse de nada de esto cuando resuenan en todos los oidos las últimas palabras pronunciadas en el Parlamento del Norte de Alemania por un amigo de Mr. Bismark. En un discurso en el cual pregunta qué hay sobre la cuestion del Luxemburgo, pero en tono tan grave y tan amenazador que todo el mundo teme una guerra. La respuesta del ministro no es mucho más tranquilizadora. Naturalmente no usa aquel tono guerrero empleado por el diputado. Pero, en medio de las reservas diplomáticas, la amenaza estalla como un relámpago en una nube oscura. Bismark dice que el rey de Holanda le ha consultado sobre la cesion del Luxemburgo; pero que le ha contestado que, al tomar tal decision, adquiriria inmensa responsabilidad. El asunto es grave, las amenazas terribles; el porvenir se halla preñado de tormentas. Los industriales han creido siempre que sus intereses podrian desarrollarse fuera del derecho, fuera de la libertad. Y en medio de una fiesta pacífica, en medio de una exposicion del trabajo, cuando todo parecia apercibido para unir los pueblos y reconciliarlos, viene á sentarse en torno del banquete, el espectro de la guerra. Ahora sí que podríamos decir con el poeta:

Paz á los hombres, gloria en las alturas
Cantad en vuestra jaula, criaturas.

Abríase pues, en la primavera de 1867, la Exposicion, el gran certámen del trabajo, esa fuerza creadora; y todo el mundo hablaba de otro certámen ménos plácido, de la guerra, de la gran fuerza destructora. Se libran á ella tantos intereses y hay tal solidaridad en los pueblos modernos, gracias á la extension de la idea del derecho en la conciencia y á la rapidez de las comunicaciones en el espacio, que todo el mundo recoge su aliento para escuchar si resuena el primer cañonazo de alarma. Cuando la nobilísima causa de la emancipacion de los esclavos trajo en el Norte de América aquella guerra, que será siempre una de las mayores glorias de nuestro siglo, los viejos políticos del continente europeo, apegados á sus altares y á sus tronos, achacaban tan supremo conflicto, nece-

sario para acabar con uno de los mayores males heredados por la jóven sociedad americana, á la índole inquieta y subversiva de las instituciones democráticas. Estamos en Europa; aparentemente las viejas instituciones se hallan todas de pié. Un Papa hay en Roma como representante de la idea religiosa y de la autoridad espiritual; un Emperador en Viena como representante de la última sombra del antiguo sacro Imperio; reyes se hallan á la cabeza de todas las naciones; colegios de sacerdotes dirigen, nuevos augures, las conciencias; ejércitos armados hasta los dientes con armas que siembran por do quier la muerte sostienen el órden; la diplomacia escribe y habla como si tuviera pendiente de sus labios ó de su pluma el hilo misterioso de los sucesos; las aristocracias del capital que han heredado á las antiguas aristocracias de la sangre se refugian en las altas Cámaras y en los nobilísimos Senados; la democracia está reconocida en la ciencia, pero está proscrita, negada en la práctica; y, sin embargo, en tres años hemos tenido tres guerras; la del Holstein, la de Alemania, la de Italia; tres guerras, que no han podido evitar tantos diplomáticos, tantos sacerdotes, tantos reyes, todo este órden artificial y costoso, á cuyos piés se inmolan los eternos principios de justicia, y los progresos de la civilizacion moderna.

El orígen de estas guerras se encuentra en los graves males que nos aquejan, efecto de nuestra imperfectísima constitucion social. Si el primer cónsul no hubiera entregado el Véneto al Austria como un despojo que se abandona sobre un campo de batalla, ¿hubiérase vertido tanta sangre para devolver el Véneto á Italia? Si las nacionalidades se encerraran dentro de sus límites y los hombres dentro de sus derechos, ¿hubiera regido en la cuestion de los Ducados la ley brutal de la fuerza? Y, ahora, si los principios de justicia dominaran, si cada pueblo no entrara sino en aquellas confederaciones señaladas por la naturaleza, por la afinidad de las razas, por los lazos de la lengua, de la sangre, de la historia, y sobre todo, por su propia voluntad soberana, ¿tendríamos conflictos que amenazan ser tan horribles como si nuestro planeta chocara con otro planeta en la inmensidad del espacio?

No podemos medir bien cuán caras le cuestan á la humanidad sus viejas preocupaciones. Si tuviéramos un instrumento para medir la sangre que ha caido sobre la tierra, por culpa de nuestros viejos errores, como tenemos instrumentos para medir la lluvia que cae en ciertos períodos de tiempo, llevaríamos un horrible remordimiento sobre la conciencia al mirar cómo nos hemos bañado todos en sangre humana, en esa sangre que debia ser la sávia de la vida.

Pero vamos á los hechos. El engrandecimiento de Prusia es una grave inquietud para Francia. El gobierno francés, á pesar de las largas perifrasis de Mr. Rouher, no puede contestar á los que le aseguran deberse principalmente este amenazador engrandecimiento de Prusia á la neutralidad de Francia. Hay quien supone más, hay quien supone que la guerra no se hubiera emprendido sin las conferencias de Biarritz entre el Emperador y Bismark, ni rematado tan dichosamente para Prusia si el Emperador no le hubiera aportado el auxilio de Italia. Naturalmente, en nuestro siglo se ve el fenómeno de la formacion de las nacionalidades no concluidas durante estos tres últimos siglos como en el siglo décimo-sexto, se vió el fenómeno de la formacion de nacionalidades no concluidas durante la Edad Media. Solo que entonces las nacionalidades se formaban por el principio del derecho divino, y ahora se forman por el principio del sufragio universal. Las naciones que se formaron tan fuertemente hace tres siglos como se formó la Francia, no pueden crecer, porque han llegado, casi al límite natural de su desarrollo; mientras que otras naciones, no formadas en-

tonces, precisamente se han de formar ahora, y se han de formar, violentando la ley del tiempo un poco, por lo rápido, sí tardío, de su crecimiento. Italia, llena de extranjeros por sus desgracias históricas, por el poder teocrático arraigado en su centro, por los duques feudales esparcidos en sus provincias, debia formar su nacionalidad, que ya está completa desde que se ha arrancado esos clavos que se llaman las plazas del cuadrilátero, aunque le faltara entonces desceñirse por último, para término de su larga pasion, la corona de espinas que es el poder temporal establecido en Roma, Alemania, donde el principio de individualidad ha germinado para esparcirse por la historia moderna, estaba casi reducida á un monton de polvo, merced á sus infinitos régulos feudales. Era necesario darle unidad, aun á costa de violentar un tanto los sucesos, y la opinion misma de Alemania. Era necesario crear esa nacionalidad. ¿Qué daño puede sobrevenirle á Francia de que las naciones vecinas rematen hoy lo que Francia remató hace tres siglos? Sean las que quieran sus aprensiones, así como la unidad italiana se ha constituido sobre su frontera de los Alpes, la unidad alemana se constituirá sobre la frontera del Rhin, y la unidad ibérica sobre la frontera del Pirineo. Los pueblos, para evitar que estas grandes unidades no se conviertan en grandes dictaduras, tienen un medio político que es la democracia y otro medio administrativo que es la descentralizacion. Pero caminamos á la unidad por nacionalidades que será el término anterior á la unidad por razas, la cual á su vez será el término anterior á la unidad por continentes, la cual será á su vez el término anterior á la unidad humana, que será completada por la variedad de las libertades y de los derechos individuales; bello ideal de la futura historia.

Mas la susceptibilidad francesa está muy herida por el crecimiento de Prusia. Además, Bismark no ha tenido el tacto que tuvo Cavour al unir la causa de la unidad italiana con la causa de la libertad; Bismark ha dado á su obra el sello del derecho divino, y á sus procedimientos el aspecto de una gran violencia. La causa ocasional de las angustias con que la Exposicion Universal se abria, era muy sencilla. El ministro prusiano comprendia que necesitaba dar alguna satisfaccion á esas susceptibilidades francesas, y propuso al Gabinete de las Tullerías comprara el Luxemburgo al Rey de Holanda. Acostumbrado á menospreciar la opinion, Bismark no calculó cuántas resistencias opondria la opinion alemana á su proyecto. Cuando el hecho iba á ser público, el Parlamento aleman anatematizó el hecho, ahogándolo casi en su cuna. Y no solamente lo anatematizó el Parlamento, sino tambien el Rey, ese Rey de quien Bismark ha sido el dueño durante largos años. Así es, que en París, en las altas regiones, se creia posible que el ministro prusiano arreglara la cuestion del Luxemburgo, ó sucumbiera. Su permanencia en el poder, decíase entonces, seria la paz, su caida del poder seria la guerra. Febrilmente cogido al telégrafo, lleno de preocupaciones que casi le matan, el Cavour aleman, consulta á los Gabinetes europeos, detiene la ira de las Tullerías, disciplina las bandas parlamentarias, entretiene al Rey, conjura á Rusia para que no le comprometa en su conflicto, recuerda á Italia que le debe la emancipacion de Venecia, despierta ó adormece á su grado el patriotismo aleman, y con frecuencia, en sueños, agitados sus nervios por tantas emociones, exacerbadísimo su cerebro por la fragua de un pensamiento siempre en combustion, cree que el juicio se le escapa, sobre todo, cuando ve su reciente y no bien cimentada obra expuesta á caerse, como los muros de Jericó, al sonar de las trompetas.

Así es, que todavía se creia, todavía se esperaba á mediados de Abril en la paz. El Rey de Holanda no sabe naturalmente qué hacer de ese gran Ducado en el cual subsiste aún la guar-

nicion prusiana. Conociendo que no tiene fuerza para sacarse tal espina, entrega el Ducado de Luxemburgo á Francia á cambio de unos cuantos millones. En tal punto, el sentimiento aleman, que tantos poetas han sobreescitado, se despierta, y se alarma. El Luxemburgo, dicen los de allende el Rhin, es la Saboya alemana entregada á Francia. El Luxemburgo es el territorio aleman vendido en pública almoneda. Italia pudo dar Saboya en pago de un auxilio eficaz, como soldada á los guerreros de Solferino, pero los que nada deben á Francia, con nada le pagan. Si al inaugurarse la Confederacion del Norte, se inaugura con la venta de un territorio aleman, bien puede decirse que la Confederacion del Norte se inaugura muerta. Francia, en el Luxemburgo, amenaza de un lado las provincias rhinianas y de otro lado la Bélgica, tal vez la Holanda. Cárlos V, viejo, achacoso, cercano ya á enterrarse vivo en Yuste, sitió á Metz para que el Imperio aleman tuviera en sus manos las llaves de la frontera francesa. ¿Vamos á dejar caer una de sus llaves cediendo el Luxemburgo? Entonces se deshojará en la frente del Rey de Prusia la corona de laurel que se habia ceñido á costa de tanta sangre alemana en los campos de Sadowah. Si quiere Francia dar á beber á Alemania la copa de esta grande humillacion, Alemania preferirá la guerra, la muerte. Si sucumbe, habrá salvado su honra, y no se dirá que el territorio aleman se vende y se compra como una hacienda, ni que doscientos mil alemanes son traspasados de unas manos á otras como un hato de ganado.

Tales son poco más ó ménos las palabras que en todo Alemania se oyen desde los periódicos al Parlamento, desde los clubs hasta los salones, desde las tabernas hasta los teatros. En tal crísis todo el mundo pregunta ¿qué piensa, qué hace el gobierno francés? La Bolsa oscila entre los temores de la guerra y las esperanzas de que no será la paz turbada durante la Exposicion. La minoría del Cuerpo legislativo interpela, y las secciones niegan la oportunidad de la interpelacion. El ministerio francés pasa la siguiente nota á ambas cámaras. Algunas negociaciones se han entablado respecto al Luxemburgo; pero sea cualquiera su término, la Francia no arreglará esta cuestion sino con estas tres condiciones: 1.ª la cesion expontánea del Gran Ducado por el rey de Holanda; 2.ª el consentimiento de los habitantes por el sufragio universal; 3.ª el prévio convenio de las potencias firmantes del tratado de 1830. Sabido es que en tal época se declaró la independencia de Bélgica y que se aseguró por un tratado entre Inglaterra, Francia, Prusia, Austria y Rusia. Pues bien, este tratado garantizó al rey de Holanda el Gran Ducado de Luxemburgo que se quiere ceder á Francia. La cuestion, pues, se eleva á la altura de una cuestion europea.

Hay quien propone la cesion del Luxemburgo á Bélgica, y en este sentido acaba de hablar el rey belga á Napoleon, como hubo quien propuso la cesion de Saboya á Suiza. Hay quien propone tambien que el Luxemburgo sea declarado autónomo y en respeto de su autonomía, Prusia retire la guarnicion de su fortaleza. En Francia la guerra no es popular. La creo más un arma de oposicion que un arma templada en el fuego de los corazones franceses. Cuando Francia quiere una guerra lo dice tan claramente y tan alto como lo dijo cuando arrastró al Imperio á la guerra de Italia. El *Avenir National*, el más avanzado entre los periódicos franceses, ha dicho que no desea la guerra, porque si sucumbe el ejército francés, peligrará la pátria, y si triunfa, se afirmará en Francia la reaccion. Así es que á todo el mundo ha extrañado mucho la actitud guerrera del periódico de Girardin, cuando rebusca diariamente alguna sentencia de cualquier hombre ilustre, y la publica, encabezándola con este título: guerra á la guerra. Girardin tiene en su carácter algo de lo que constituia el fondo del carácter de Prou-

dhon, algo de lo que constituye el fondo del carácter francés, tiene, no ya el amor á la originalidad, sino el amor á la singularidad. Y sacrifica la verdad al deseo de sostener una tesis que hiera fuertemente la imaginacion francesa y haga vibrar su nombre con grande resonancia en las ondulaciones del aire. Sólo así puedo explicar que diga hoy que Francia tiene su cuadrilátero en manos de Prusia como Italia tenia su cuadrilátero en manos de Austria. En cambio la *Opinion Nationale* escribe estas sensatas palabras: «¿Es herir el honor aleman pedirle que no ocupe sin derecho una posesion del rey de Holanda? No lo creemos. Esperamos que la diplomacia pueda fácilmente encontrar una base de transaccion honrosa en la neutralizacion bajo una forma cualquiera del territorio disputado; porque tenemos horror á una guerra, que empeñada entre Francia y Alemania tendria todos los caractéres de una guerra civil.»

La cuestion parecia entrar en la fase de las negociaciones. Y sin embargo encontréme por estos dias uno de los escritores más adictos al Imperio, y me dijo lo siguiente: «tendremos guerra, porque Francia ha encontrado un cañon que dispara ciento treinta y tantos cañonazos por minuto, capaces de barrer muchos ejércitos y de incendiar muchas ciudades.» Como veis, la razon no puede ser más valedera, no puede ser más fuerte. Pero desde este infierno de los conflictos guerreros, pasemos á la Exposicion, al Congreso de la Paz. Esta exposicion de París indudablemente es la más grande, la más rica de cuantas recuerda el mundo; pero ya lo hemos dicho, no la más bella. Comencemos por decir que no se han seguido ninguno de los dos sistemas que hoy traen dividido al mundo; pero que hacen cada uno con sus procedimientos y con sus medios las verdaderas maravillas. La Exposicion pudo hacerse por una asociacion libre como la Exposicion de Inglaterra, ó pudo hacerse como se hacen todas las cosas en Francia, por el esfuerzo exclusivo del Estado, del Imperio. Se han combinado los dos sistemas y ha resultado un eclecticismo, que como todos los eclecticismos, sólo engendra obras verdaderamente híbridas. Al lado de gastos fabulosos mezquinerías ridículas. Muchos millones para levantar un palacio como no se hubiera visto otro en magnitud; un regateo incomprensible de tiempo, de espacio, de dinero para alojar á cada nacion, y ya en su línea nacional, á cada expositor. El sitio escogido para la Exposicion parece á los parisienses un sitio ya extraño á su gran ciudad, porque para la flor y nata de los parisienses, la capital del mundo se compone de los puentes y los muelles que se extienden entre Nuestra Señora y la Plaza de la Concordia, y sobre todo, de la línea clásica de los grandes boulevares. Así es que á pesar de los muchos medios de locomocion empleados, los vapores, los ómnibus, los ferro-carriles, los coches, hay que sufrir siempre alguna molestia. Despues, cuando se acerca una gran multitud por cada puerta, por cada avenida, como rios que van al Océano, llegadas al palacio, se encuentran en un torniquete, que sólo permite la entrada de uno en uno, y que es por consecuencia el potro del tormento. Ya dentro del palacio, la orientacion es muy fácil, la clasificacion muy adecuada y lógica; pero jamás se encuentra un punto de vista grandioso que abrace, como sucedia en la última Exposicion, un maravillosísimo conjunto. El que va á estudiar y comparar tiene más medios que en las antiguas exposiciones; el que sólo va á ver tiene mucho ménos espectáculo. De todos modos, cuando entramos en este grandioso circo; cuando vemos tantos y tan varios instrumentos, tantas y tan potentes máquinas; cuando consideramos los productos que la industria ha aglomerado para conservar la vida y los productos que la ciencia ha aglomerado para iluminarla y los productos que ha aglomerado el arte para embellecerla; en el pensamiento nos acordamos de aquella tierra de los primeros dias de la creacion, humedecida

por el estancamiento de las aguas, erizada por el espesor casi impenetrable de los bosques, iluminada por la pálida antorcha de los volcanes en contínua erupcion, y la comparamos con esta tierra, con este planeta de hoy, iluminado por los faros que como estrellas de esperanza se levantan en las costas; surcada por los telégrafos eléctricos y los caminos de hierro que vienen á ser como su sistema nervioso; embellecida por esta série de obras de arte que es como una explendida diadema de la cual se irradia el resplandor de la hermosura, no podemos ménos de bendecir el trabajo que con sus fatigas, con sus martirios, tanto ha perfeccionado nuestro planeta, y tanto lo ha iluminado, haciéndolo irradiar de cada uno de sus poros el éther misterioso, más vívido que la materia cósmica diseminada por los espacios infinitos, el éther misterioso que siente y piensa, y tiene la indómita virtud de la voluntad, el éther del espíritu humano, lo que más se acerca y más se asemeja á Dios en el Universo.

Antes de entrar en el palacio de la Exposicion, voy á hablaros de un recuerdo. Enfrente del palacio habia una montaña que se llamaba el Trocadero, en conmemoracion de un irrisorio triunfo de los cien mil franceses que fueron en el año veintitres á arrancar á España el sistema constitucional. Con la montaña del Trocadero se ha nivelado el Campo de Marte y se han construido los cimientos de la Exposicion universal. El nombre, muy mortificador para nosotros los españoles, y poco glorioso para nuestros vecinos los franceses, ha desaparecido con la montaña. Una cuesta no muy ágria, y una escalinata no muy monumental, han reemplazado á la antigua montaña, ofreciendo al pueblo una gran plaza y una gran gradería para contemplar á vista de pájaro el conjunto exterior de la Exposicion. Esta plaza se llama Plaza del Rey de Roma. ¿Por qué tal nombre? Quiero evocar las memorias históricas. Es tan necesario á la vida humana el recuerdo como la esperanza. Si no se deslizara entre estas dos riberas seria insufrible la vida, porque lo presente es siempre muy triste. Por la historia dilatamos el breve minuto de nuestra existencia hasta convertirlo en una eternidad. En las fraguas de la historia, el tiempo se estiende con estraña elasticidad como el pequeño pedazo de hierro candente bajo el martillo de los cíclopes. Las pirámides en el Desierto son grandiosas, no tanto por sus dimensiones y por su arquitectura, como por guardar á sus piés enterrado un gran pueblo con sus extrañas teogonías. La Plaza del Rey de Roma encierra tambien un gran recuerdo. Cuando Napoleon tuvo un hijo, creyó tener una esperanza de perpetuidad para la dinastía levantada sobre las ruedas de los cañones. En aquella blonda cabeza reposaba la inmortalidad de su obra. El César acariciaba de antemano extraños proyectos, porque nada podia parecer imposible al corso que se levantaba desde oficial de artillería á nuevo Carlo-Magno, con reyes por vasallos, y emperadores por cortesanos, y la tierra por tablero para sus juegos de azar, las naciones por pedestal, el rayo de la guerra por cetro, y la corona de la fortuna por diadema. Napoleon era jurisconsulto, matemático, arquitecto, naturalista y cómico. Muchas veces invitaba á Talma á su palacio para que tomara lecciones prácticas de representar los papeles de rey. Arquitecto tambien, como he dicho, quiso levantar sobre esa montaña demolida enfrente del Campo de Marte, un palacio inmenso para su hijo el rey de Roma; un palacio desde el cual se descubriria ese mar de hombres que se llama París. Antes de levantar el palacio Napoleon hasta habia nombrado el conserge, un pobre trabajador que le escribiera cierto memorial en verso, pidiéndole indemnizacion por su industria perdida á causa de las expropiaciones. La obra de Napoleon debia ser mayor que la obra de Luis XIV. El palacio del Rey de Roma debia eclipsar el palacio de Versalles. Pero todos estos sueños se desvanecieron. Napoleon

cayó en Waterlóo. María Luisa, su mujer, se volvió á casar con un tuerto despues de haber compartido el lecho con un titan. El hijo de Napoleon murió en Viena víctima de los reyes, como el hijo de Luis XVI muriera antes en París víctima de los pueblos. Cuando las cenizas del conquistador iban á volver de Santa Helena, se proyectó levantarles el sepulcro sobre esa misma montaña donde habia soñado levantar el palacio de su dinastía. Esa montaña, que ni de palacio ni de sepulcro sirviera, sirve hoy de base al gran circo de la Industria. En el lugar que ocupaba, se extiende la Plaza del Rey de Roma. ¿No parece decir todo esto que el único poder permanente y glorioso es el poder del trabajo?

Nada hay más difícil que dar un análisis de este inmenso dédalo de la industria. Baste decir que he recorrido desde la alta plataforma la galería de las máquinas, y mirándola muy de ligero, he empleado más de cuatro horas. Esta galería es la más ancha, la más elevada, la más interesante. Allí se ven los grandes motores que el vapor impulsa y que á su vez impulsan las máquinas; los telares donde se peina, se limpia, se hila, se teje el algodon y la lana; las barras de hierro fundidas, estiradas, retorcidas, arregladas bajo la poderosa mano del trabajo, hasta hacerlas flexibles como una caña y manejables como el barro; los instrumentos prodigiosos que taladran las piedras, perforan las montañas, abren como las hojas de un libro las rocas primitivas guardadoras de los secretos de la creacion, y extraen la hulla de los oscuros senos donde la encerrára el enfriamiento sucesivo del planeta; allí las bombas que agotan el agua en los profundos pozos, los ventiladores que llevan el aire, las lámparas que derraman la luz en la noche eterna de las minas para sorprender la cuna de los minerales, los aparatos foto-eléctricos que encierran el dia en el seno de las tinieblas, las hornillas donde se depura el mineral y deja su rico substratum, esa piedra filosofal de la ciencia; allí los materiales para las fábricas agrícolas, los tubos que han reemplazado á los antiguos costosos acueductos, el aparato donde se tuesta el café, y el aparato donde se congela el agua, el destilador que clarifica el aceite para darle un rico sabor, y el lebrillo de hojalata que condensa la blanca leche en apetitoso queso; las retortas que exhalan vapores de amoniacos; el montgolfiero que nos promete las alas del águila y por consecuencia el dominio del aire; allí la aserradora para cortar los bosques, la cavadora para buscar la tierra sazonada en el campo, la sembradora para esparcir sobre el surco la misteriosa semilla preñada de ópimos frutos, la red para el pescador, el cable para atar la nave á la playa; desde el azadon hasta esos gases destinados por la química á dilatar los horizontes de la vida y á espiritualizar, digámoslo así, la materia; allí las de la mecánica, esa palanca de Arquímedes que remueve el mundo; los reguladores y los moderadores del movimiento, gruas capaces de elevar pesos enormes, máquinas hidráulicas, calderas generadoras de vapor, recipientes donde el vapor se condensa, retortas para dar el éther, el cloroformo; desde el esquife hasta el navío acorazado; los medios de fecundizar la tierra y de dominar las olas; allí desde la carreta hasta la carroza, desde el cilindro que estampa el dibujo en la tela y en el papel, hasta la máquina inmortal de Guttenberg que eterniza las obras del pensamiento, desde el lente que ayuda á la vista en su debilidad, hasta el faro que busca al navegante en la inmensidad de los mares y le contempla con la luz de su caritativa mirada; allí toda esa trasformacion que está esperando todavía el grande, el inspirado autor capaz de escribir el poema de la industria, como Virgilio en sus Geórgicas escribió el poema inmortal de la Agricultura. Ahora bien, analizar todo esto, y las otras ocho galerías, será el trabajo titánico de toda una generacion. Y un mundo con tantas riquezas, con

tantas glorias, con tantas maravillas, que va á resolver el problema de sustituir los brazos por las máquinas, que va á levantar todas las frentes abatidas, que va á ungir con el óleo de la dignidad humana á todas las razas, en vez de escribir la palabra paz y trabajo al pié de todas estas máquinas, ¿convertirá como Cain sus fuerzas á degollar á sus hermanos? ¡Oh humanidad, sublime ciega, que llevas una lengua de fuego sobre la espaciosa frente, cuán tardamente andas por el camino dél progreso!



# CAPITULO LV.

## UNA TREGUA.

A primeros de Mayo de 1867 adivinaba todo el mundo que la paz de Europa no seria perturbada por uno de esos terribles encuentros, sólo propios para dejar ruinas humeantes y regueros de sangre en el suelo de las naciones. Las conferencias para asegurar la paz debian reunirse el dia 7 de Mayo en Lóndres, que tendria la dicha de ser, como capital del trabajo y de la libertad en Europa, capital de la paz. Como ya he dicho muchas veces, yo consideraba que esta guerra, por un motivo tan fútil como la fortaleza del Luxemburgo, en el momento mismo de la apertura de la Exposicion, no podia ser, no debia ser popular en Francia. Aunque viviendo en tierra extraña, los que hemos ejercido durante mucho tiempo el magisterio de la prensa, estamos acostumbrados á medir las corrientes de la opinion con ese barómetro que se llama un periódico. Yo preguntaba á los industriales, á los trabajadores, á esas muchedumbres que se levantan henchidas por el viento de las ideas como las olas del mar, y nadie, absolutamente nadie me decia que creyera indispensable al honor ó á la seguridad de Francia una guerra. Yo veia que en los dias de más zozobra, cuando Girardin trazaba é imprimia su célebre mapa del cuadrilátero francés, comparándolo al cuadrilátero italiano, una carcajada contestaba en Francia á estas paradojas nacidas de la excesiva, y un tanto extraviada, imaginacion del publicista. Yo preguntaba, á los que pueden recorrer el cuartel latino, qué idea reinaba en los estudiantes, en esa juventud que siempre refleja como colocada en las cimas de la sociedad, cual las altas montañas, los primeros rayos de la nueva luz, y me decian que en el cuartel latino se firmaba una carta dirigida á los estudiantes de Berlin protestando contra la guerra. Felicitémonos, los que de veras amamos la libertad y la paz, al ver preservado el mundo de una gran catástrofe, libre la humanidad de una plaga terrible.

El rey de Prusia abria en aquellos momentos las Cámaras. Su discurso era firme y estaba lleno de esperanzas. La unidad entre el Norte y el Sur de Alemania, la unidad militar

estaba cimentada y concluida. El rey dirige militarmente una nacion de treinta y siete millones de habitantes. En esta poderosa confederacion los pueblos no han tenido que renunciar ningun derecho de los que ya tenian consagrados por la ley. En cambio, al movimiento unitario se juntará cada dia con más vigor el movimiento constitucional. Despues de haber dicho, con la seguridad que nace de una gran confianza, todos estos progresos de Alemania, añadia que la Confederacion estaba resuelta á cuantos sacrificios fueran compatibles con su honra para conservar la paz de Europa.

En efecto, Inglaterra é Italia representaron en los preludios de esta gran tragedia el papel de mediadoras. Uno de los errores de Francia ha sido comenzar por su cuenta y riesgo la emancipacion de Italia y dejar que concluyera esta emancipacion Prusia, á la cual es deudora Italia de Venecia y del cuadrilátero. Naturalmente, colocada entre dos aliados, la nacion italiana debia trabajar con todas sus fuerzas y con toda esa superioridad política que el mundo entero le reconoce, en evitar la guerra. La nacion inglesa, de cuya decadencia política tanto se ha hablado, como si pudieran decaer fácilmente los pueblos que admiten y practican el principio de libertad, la nacion inglesa ha reivindicado con gloria el arbitraje. Lo más extraño que hay en todo esto es que Rusia presentaba las proposiciones de paz. Todo el mundo creia á Rusia deseosa de la guerra. En un conflicto europeo, cuando la gran nacion de Occidente se desangraba á las orillas del Rhin, la nacion que sostiene todavía el imperio turco; los moscovitas, siguiendo como una estrella fija el pensamiento de Pedro el Grande, podian acercarse á las riberas del Bósforo y plantar la cruz griega, la cruz de Constantino sobre las torres de Santa Sofía. Acaso en la prevision de este grande suceso habian cedido el Polo americano á los Estados-Unidos para que los Estados-Unidos les prestasen el auxilio de su marina contra la marina de Inglaterra. Nunca se le podia presentar un motivo más justo que la insurreccion de los candiotas; nunca una coyuntura más propicia que la guerra occidental.

Francamente, era extraña la actitud pacífica de Rusia. Acaso midió sus fuerzas y no las encontró proporcionadas á la gravedad de su intento. Acaso conoció mejor que nosotros cuántas cordilleras de obstáculos se levantan entre San Petersburgo y Constantinopla. Los pesimistas no querian creer en la paz. Pretendian que el gobierno francés habia pedido préviamente la evacuacion del Luxemburgo. Pretendian que el gobierno prusiano habia sostenido que no evacuaria el Luxemburgo sino á condicion de que el gobierno francés desmantelara otras fortalezas análogas que tiene sobre esa incierta y movediza frontera del Rhin. Pero una nota del *Monitor*, suspendiendo todo armamento, vino á probar cuán segura era la paz. Y la seguridad de la paz se fundó en que las conferencias se restringieron á las proposiciones rusas, y las proposiciones rusas se limitaron á la neutralizacion del Luxemburgo y á la evacuacion de la fortaleza.

# CAPITULO LVI.

## UNA APOSTASÍA.

Desde que la historia moderna comienza, el mundo medita sobre este carácter francés, que ha de ser como el protagonista de nuestra sociedad. César, el hombre, no sólo de las victorias increibles, sino de las profecías maravillosas, pintaba en sus historias los germanos y los galos con gran cuidado, como si presintiese que los unos iban á matar á Roma y los otros á restaurarla. El espíritu francés nos interesa á todos, porque es la nota, si no más alta, más vibrante del espíritu moderno; y en este espíritu respiran nuestras almas, como en la atmósfera nuestros cuerpos. La lengua francesa, que es de suyo ligera, confunde la palabra espíritu con la palabra ingenio, y hasta con la palabra gracia. Pero yo entiendo por espíritu el carácter general, el alma colectiva de los pueblos. Y reconozco que el espíritu francés tiene luz, armonía, gracia, ligereza, y se volatiliza fácilmente, y se difunde por todas partes, y hay en él un gas sardónico capaz de pegar la risa de los vivos á los muertos; y siendo tan exclusivo de esta tierra, que se extiende entre los Alpes y los Pirineos, entre el Océano y el Mediterráneo, toma en las crísis de la vida universal, un carácter humano; y siendo tan positivo y á veces tan egoista, se sacrifica por las grandes causas; y aun se ofrece en holocausto por cosas y personas que no le interesan, por el Preste Juan de las Indias ó como si dijéramos, por el Emperador de Méjico.

Mas, reconocidas todas estas cualidades, ¿quién me llamará apasionado si tambien señalo sus defectos? No conozco ningun pueblo que entienda ménos la libertad ni que ame con más loco amor las organizaciones artificiales y ficticias propias sólo para encadenar la actividad humana. En Francia, el redoble del tambor es como el latido del corazon de todos los ciudadanos. Al fin de cada boulevard un cuartel; junto á Nuestra Señora, la casa de la Oracion, un cuartel; en el Louvre, la mansion del soberanó y la mansion del arte, un cuartel; á la puerta del Instituto de Francia dos soldados, y dos soldados tambien á la puerta de cada teatro. El francés

debia llamarse el mónstruo de la vanidad. Yo no conozco ningun pueblo tan vano. Los anglo-americanos tienen la vanidad de sus libertades; los ingleses la vanidad de su riqueza y de su comercio; los italianos la vanidad de sus artes; los alemanes la vanidad de sus ciencias; los españoles la vanidad de su historia; pero los franceses tienen todas las vanidades juntas. Con tal de ser los primeros, les importa poco ser hasta los primeros titiriteros del mundo.

¡Cuántas veces sufren largos períodos de tiranía, en que un hombre dispone á su arbitrio de la vida y de las riquezas de los franceses, á trueque de ver muy alta su bandera, ó de inscribir algun nombre glorioso y retumbante en los machones de sus puentes y en las curvas de sus arcos de triunfo. Y mueren gozosamente por uno de esos juguetes, por una de esas niñerías de los pueblos. Y á pesar de morir tan gozosamente, cuando el pánico se apodera de ellos, huyen veloces ó se entregan resignados. En un ataque acometen como tigres, en una fuga corren como cabras. Nadie ha visto un terror como el terror de la retirada de Rusia. Temian más la lluvia de los blancos copos de nieve, que la lluvia de las rojas balas de plomo. Nadie ha visto una resignacion como la resignacion de mil ochocientos quince. Abrieron sus filas y dejaron que los caballos cosacos se abrevaran en las aguas del Sena. Se hubieran resignado á perder su nacionalidad, ellos, los mismos que en mil setecientos noventa y tres habian con su furor galo vencido á todas las naciones. Y así hoy, en este período en que escribo, el francés tiene el pánico burocrático. Cree que un empleado del gobierno es dueño de la vida de los ciudadanos. Al antiguo feudalismo nobiliario, ha sucedido el feudalismo oficinesco. Ya no hay castillos, pero hay oficinas. Os habeis tomado el trabajo de nacer, decia Beaumarchais á los nobles de su tiempo, echándoles en cara lo inmerecido de su fortuna. Mas hay ciertamente mucho mayor trabajo en nacer, que en ser nombrado cualquier cosa por un ministro. Y estos nombrados se enorgullecen como los emperadores romanos cuando los nombraban dioses. Y los otros mortales temen á los nombrados como los romanos á sus Césares. La burolatría es la religion nacional de Francia. Lo teme todo, pero tambien lo espera todo del poder. Tiene el concepto de que el Estado es un cielo, el monarca un Dios, y sus leyes tan divinas como las leyes de la Providencia, y su poder tan extenso y tan fuerte como el mismo poder creador.

Digo esto, porque hay muchos franceses que se engañan, creyendo la libertad un regalo del poder, cuando la libertad es siempre una conquista del pueblo. Y entre estos franceses se encuentra un hombre tan eminente como mi amigo Emilio Girardin, que hoy está desengañado ya de sus ilusiones. Ninguno de mis lectores habrá dejado de oir alguna vez el nombre del escritor de las fórmulas atrevidas, de las ideas nuevas, de los rasgos admirables, de las sorpresas periodísticas, de los triunfos maravillosos, de las suscriciones casi inverosímiles, y de los sistemas sociales casi impracticables. Hoy puede asegurarse que el escritor, capaz de predicar el desarme de Francia á la sombra de los mil cuarteles que tienen como clavadas en el suelo fuertemente las grandes alas de la gran nacion, es el primer periodista francés, sobre todo, desde que la muerte ha segado á Armand Carrel, ¡ay! el periodista del sentimiento, á Louis Courier, el periodista ó el folletista de la crónica, á Pedro Juan Proudhon, el génio de la paradoja.

Girardin comenzó tristemente su carrera política. En estos comienzos tuvo un duelo. En el duelo mató á su adversario, á un jóven que habia luchado por la libertad con espada caballeresca, y con pluma tan cortante como su espada. En la monarquía de Julio, Emilio Girardin estuvo profetizando la República; en la República el Imperio; y en presencia del

Imperio la libertad. Y sin embargo, no es de la madera de los profetas, porque le faltan dos cualidades esenciales, el sentimiento que adivina y la imaginacion que canta, toda la escala de las profecías. Para Girardin la sociedad es una máquina, la libertad una mecánica, el fin supremo de la vida la utilidad ó la conveniencia. Sus artículos parecen grandes cálculos, operaciones de suma ó de sustraccion, como si el hombre fuera sólo una cifra. En estos cálculos casi nunca entra para nada el primer elemento de la vida, el elemento moral. Quiere convencer á los gobiernos fuertes como el gobierno imperial, á que dejen libre la prensa, porque dice que la prensa nada puede, cuando los gobiernos fuertes, avisados por su instinto de conservacion, saben que la prensa, la idea impresa repartida profusamente, llevada en alas del papel desde el palacio á la cabaña, lo puede todo. Es imposible que no conozca esto un escritor que ha dicho: «Yo dejo al poder la facultad de hacerlo todo, con tal que el poder deje á la prensa la facultad de decirlo todo.» Tiene Mr. Girardin demasiado talento para ignorar que es imposible vivir en paz á una prensa como la de Suiza, con un gobierno como el de Turquía.

Y es bien notable que en esta Francia tan apestada de comunismo haya un escritor que alce su frente radiante de luz sobre el nivel de las creencias vulgares, y reivindique fuertemente los eternos derechos de la individualidad. Y sin embargo, hasta en tal esfera, el escritor individualista, por no dejar de ser franco, se contradice. Las personas casi ilegislables, las cosas casi sujetas al Estado, exclama. Todos los derechos naturales al indivíduo, todos los trabajos públicos y todas las obras públicas al gobierno. Una grande libertad y un gran poder; mucha actividad individual y mucho presupuesto. Es decir, dos términos inconciliables. Y sin embargo, yo digo que Emilio Girardin es el primer periodista de Europa. He creido siempre que es un gran general aquel que cuenta grandes victorias, como es un gran periodista aquel que llega á conmover grandemente al público. No creo en el talento militar de los generales austriacos, siempre vencidos, ni en el talento periodístico de los publicistas olvidados. Un periódico es como un para-rayos; el mejor, el que más electricidad arranca á los aires y lleva á la tierra. Uno de los errores de Girardin, ha sido creer que el publicista puede como el filósofo permanecer aislado en medio de la sociedad, dominándola sólo por su idea. Todo ministerio político es un apostolado, y todo apostolado una legion. Durante la monarquía de Julio y la República, Girardin estuvo solo. Intentó formar una especie de tercer partido dentro del Imperio dentro de un régimen que casi imposibilita, los partidos. Ya era tarde.

He tenido la honra de ser invitado á uno de los banquetes que da en su casa este hombre dispuesto á reunir á todo París, aun aquellos que de él han maldecido. Un escritor español apenas puede concebir el lujo que despliega Mr. de Girardin, lujo reservado entre nosotros á príncipes ó á banqueros. En la Avenida del Rey de Roma, no lejos del Arco de la Estrella, se levanta el palacio donde el escritor habita. Atravesais una verja; un gran patio, abrís una puerta de cristales, subís una escalera alfombrada y cubierta de macetas llenas de varias flores, dejais vuestro abrigo en manos de dos criados vestidos de frac negro y corbata blanca, dais vuestro nombre á una especie de bastonero que está como un maniquí á la segunda puerta con una gran maza dorada, y entrais en la biblioteca del escritor. Imaginaos una inmensa galería llena de armarios, donde se ven millares de libros magníficamente encuadernados; una galería cuyo suelo y cuyo techo son de finísimas maderas, cuyas paredes pintadas de colores vivos, lucen grandes cuadros de todos tamaños, y de antiguos y modernos autores, cuyas ventanas cubiertas de vidrios rayados,

parecen como capillas en las cuales se levantan magníficas estátuas de mármol, y cuyos rincones todos, así como las mesas y los armarios, se hallan materialmente atestados de estatuillas, juguetes, bustos, medallas, copas cinceladas, planos, alhajas, todo lo que puede allegar la riqueza y esparcir el gusto en un ordenado desórden, especie de confusion maravillosa que revela al mismo tiempo un poeta, un anticuario y un publicista. Allí observé el busto de la primera mujer de Girardin, la ilustre Delfina Gai, una de las glorias de la Francia moderna; allí un retrato de sí mismo regalado por el príncipe Gerónimo Napoleon; allí un gran sillon bordado en cañamazo por la mano de Raquel, la gran trágica, que por lo visto manejaba con tanto arte la aguja casera como el puñal trájico. Nada, sino cierta viveza en el mirar y cierta sonrisa inteligente, nada acusa la travesura del escritor. Su conversacion es lenta. No tiene en verdad la lengua tan bien cortada como la pluma. De la biblioteca pasé al salon y del salon al comedor, apartamentos todos de igual magnificencia. Estaban allí Sardou, el autor cómico en boga, Clement Duvernois, el periodista en boga, Emilio Ollivier, el diputado que estaba en vísperas de ser ministro. El autor cómico con su cara rapada, sus pómulos aplastados, sus mandíbulas salientes, su tez blanca ó más bien pálida, su larga melena rubia que le llega hasta los hombros, partida en su frente, me traia á la memoria algunas de las figuras de la córte de Felipe IV, tan admirablemente trazadas sobre el lienzo por la creadora mano de Velazquez; me traia á la memoria figuras de decadencia. Clement Duvernois me parecia una franca naturaleza, un jóven lleno de fuerza muscular y de fuerza intelectual, una especie de alsaciano que une la gravedad alemana á la gracia gala. El orador Emilio Ollivier es uno de los hombres más satisfechos de sí mismo que he visto en el mundo. Antiguo republicano, prefecto de Marsella durante el régimen de 1848, elegido por su oposicion al Imperio, ha quemado todo lo que sus electores le mandaron adorar como el culto de los vencidos, y ha adorado todo lo que sus electores le mandaron quemar en las llamas de la elocuencia. Se conoce, sin embargo, que no en vano ha cometido estas grandes apostasías, pues á todas horas habla de sus desgracias morales y de su impopularidad manifiesta. Tiene el yo satánico tan desarrollado, que cuando se discute un sistema cree que se discute su persona, y á una exposicion de ideas opuestas á las suyas contesta con su historia, y á un argumento con el recuerdo de una accion propia, y en frente de toda la sociedad que le vuelve la espalda, alza su propia personalidad hasta las nubes. Pretende la más singular bellaquería que ocurrirse puede al cacúmen más próvido de ocurrencias, pretende ser un mártir ¡él! un cortesano de la fortuna. En el antiguo régimen no hubiera pasado de fiel de fechos ó de maestro de escuela; en el régimen doctrinario de abogado con pleitos; la revolucion le ha hecho su representante, y él ha recogido esa representacion para darse aires de ministro en el Imperio. ¡Que la historia le sea ligera! Y no creais que os hablo de todo esto por fantasía ó por capricho, no, os hablo porque desde el diez y nueve de Enero en que el Emperador escribió su carta liberal, en la prensa, en el café, en las tertulias, en los bailes, hasta en los ómnibus se habla del tercer partido y de su jefe el gran periodista. Este banquete mismo á que yo he asistido, ha dado ocasion á una de esas gracias en que tan fecundos son los franceses, le han llamado el banquero de los girondinos.

Pero he querido describir el escritor y sus comensales para deciros que este hombre, deudor á la prensa de cuantiosa fortuna y universal consideracion, abusa como pocos de la prensa. Su última apostasía solo es comparable á la apostasía de su tocayo Emilio Ollivier. Inauguró el año 1867 con una série de artículos que se titulaban *Guerra á la*

*Guerra*. En defensa de la paz perpétua agotó los recursos de su ingénio, y cuando estos recursos se agotaron, acudió á su prodigiosa erudicion. De cada escritor célebre, antiguo ó moderno, especialmente de los escritores franceses, extraia sentencias, apotegmas, aforismos en favor de la paz y en contra de la guerra. En su sentir, la guerra no debe condenarse solamente por sus ruinas, sus incendios, sus matanzas, sus atentados á las ciencias y á las artes, sino por su esterilidad para el bien y su prolífica fecundidad de dictaduras insolentes, de Imperios absolutos, de autocracias sangrientas. En cambio, la paz reconcilia los ánimos, convida las inteligencias al estudio, mueve las máquinas, fecunda los campos, siembra y cosecha ricos bienes, y deja por do quier las indelebles señales de la fecundidad inagotable del trabajo, que pule y perfecciona la creacion.

¿Quien no habia de persuadirse á la paz con sus raciocinios, con sus artículos, con sus citas, con sus ejemplos? Pero de la noche á la mañana, cuando todavía estaba fresca la tinta con que trazara sus artículos pacíficos, aturde á París con guerreros artículos. Su cambio fué tan súbito, que sobre la seccion capital del periódico, donde llamaba á las batallas, veíanse aún las sentencias de los escritores que ensalzaban la paz. Y no predicaba como Proudhon en sus postrimerías la guerra teórica; predicaba la guerra determinada y concreta, predicaba la guerra contra Prusia, la guerra por el Rhin, la conquista como instrumento único para alcanzar la grandeza.

¡La guerra! ¡La guerra! ¿No comprende los peligros que trae sobre su pátria? ¿No comprende que si en esa guerra vence Francia se arraiga el árbol del Cesarismo, el mayor de los males; y si es vencida Francia viene la desmembracion de la pátria, la mayor de las desgracias? Predicar la guerra en estas condiciones y con esos antecedentes ¡ah! paréceme una demencia, una verdadera demencia. Y yo tengo miedo á ese hombre. Le tengo miedo porque su pluma, criticada por unos, zaherida por otros, es temible para todos. Y levanta grandes pasiones. Y puede levantar la pasion de la guerra en los momentos mismos en que la opinion pública se decide resueltamente por la paz. Así va á recibir la prensa francesa la visita de los soberanos extranjeros, entre el ardor de ódio, entre amenazas de guerra.

# CAPITULO LVII.

## EL EMPERADOR DE RUSIA EN PARÍS.

Son los primeros dias de Junio de 1867. El Czar de todas las Rusias acaba de llegar á París entre dos filas de aquellos soldados que tomaron á Sebastopol; entre seiscientos mil franceses de aquellos que pidieron cuatro años antes la guerra por Polonia. El dia 1.° de Junio de 1867 era un dia bellísimo y no pueden imaginarse los habitantes de los pueblos meridionales, en verdad, lo que un dia bellísimo vale allí, en París, donde el barro mancha de contínuo el suelo y las nubes manchan de contínuo los aires. París entero, el París oficial que es crecido, el París ocioso, que es todavía más crecido, y el París de extranjeros que sobrepuja á los dos anteriores, habia, no llenado, henchido las calles, en términos que era difícil hasta para los carruajes de la córte, el paso entre aquellas muchedumbres, en unos puntos apiñadas como las piedras de sólido muro, y en otros movedizas y tumultuosas como el hervidero de embravecido oleaje.

La nacion de 1789, la que en la noche del cuatro de Agosto enterró con soberano aliento los privilegios feudales, grabando en la conciencia humana la idea de igualdad, mostraba tal número de bordados, uniformes, bandas, placas, distinciones despreciables para los varones de ánimo fuerte, que cualquiera hubiese creido encontrarse, no en el pueblo de los revolucionarios, sino en pueblo compuesto exclusivamente de lacayos. Bien es verdad que en el fondo de ese París tan calumniado, se hallan innumerables muchedumbres de trabajadores, los cuales encerrados en sus talleres, al son del martillo, al empuje del telar, al correr de la lanzadera, se acordaban acaso del Czar de todas las Rusias solamente para maldecirlo, desde la cueva del trabajo, que, á manera del pesebre de Belen convertido en altar por el sublime hijo del carpintero, ha de ser en lo porvenir más grande y más respetada que lo son hoy los sombríos palacios de los reyes.

En los edificios públicos se veian estrechamente enlazadas las banderas de Francia con las banderas de Rusia, extraño contubernio que haria palpitar de horror en su tumba á los vencidos en Leipsik, á los

muertos sobre los hielos del Berecina. Como en Francia pueden llamarse edificios públicos las tabernas, los cafés, las tiendas, por el soberano imperio que en todas partes, y muy especialmente en el pequeño comercio, ejerce la policía, el número de banderas no dejaba de ser bastante considerable. Digamos en honor de la poblacion que ni una sola flotaba en las casas particulares. Casualmente la aristocrácia polaca que ha podido salvarse de las garras del Czar, habita los barrios más nobles de París; los sacerdotes que no han sido asesinados al pié de los altares llenan las iglesias; y una gran parte del pueblo de Varsovia suspira, en los arrabales de la capital de Europa, por la ausente sacrificada pátria. Pocos dias antes de esta ceremonia oficial, en el bosque de Montmorency, no lejos de los sitios donde Rousseau habia meditado las páginas del Contrato social, ese evangelio de la Revolucion, casi al mismo tiempo en que Kociusko notificaba al mundo, en un grito sublime de angustia, la muerte de Polonia; el crímen más odioso cometido por los reyes, la injuria más infame escupida á los pueblos; en el bosque de Montmorency, decia, envolvíanse en el polvo del frio é ingrato suelo del destierro las cenizas del poeta nacional de Polonia, de Mikrewitz, que con sus cánticos, con sus sublimes invocaciones á lo pasado, con sus religiosas profecías de lo porvenir, llenando los aires con los sombras de los héroes, que salvaron á la Europa occidental de los tártaros y de los turcos, y con los clamores de desesperacion que hoy lanzan desde sus hierros los esclavos hijos de esos héroes, demostró al mundo en versos inmortales, á la manera de esos profetas bíblicos bajo la cautividad de Babilonia, que la omnipotencia de los tiranos, por incontrastable que parezca, no alcanza á extinguir el inmortal espíritu de un pueblo. Al pié del sencillo monumento arrojaron Víctor Hugo, Michelet, Edgard Quinet, desde el destierro tambien, esos pensamientos inmortales, esas lágrimas del génio, más duraderas que los diamantes de las coronas de los reyes, lágrimas que caen como una lluvia consoladora sobre los dolores humanos, y que descomponen los eternos matices de otra luz más bella aún que la luz material, de la eterna luz de las ideas.

Junto á esta oracion consagrada al génio muerto, ¿qué vale, ni qué importa la oracion consagrada al poder vivo? ¿Cuánto tiempo durarán los aplausos confiados al viento por muchedumbres siervas al lado de los pensamientos confiados á la eternidad por génios inmortales? Muchedumbres que los aplaudieran han tenido desde Tiberio hasta Rosas, pero esas muchedumbres han desaparecido en el abismo donde se pierden las corrompidas mareas sociales de épocas protervas. Y las elocuentes imprecaciones de Florencio Varela, y los sonoros versos de Mármol en el lenguaje imperecedero de la elocuencia y de la poesía, execrarán eternamente por las márgenes del Plata el recuerdo del tirano, y trasmitirán, de generacion en generacion, de gente en gente, el inextinguible horror á su memoria. Así Tiberio hubiera dado todas las infames muchedumbres, que le aplaudian en el circo, y todos los viles cortesanos que le lamian los piés en el Senado, por una página de Tácito, ese juez inflexible como la conciencia humana, que lo está atormentando eternamente en el eterno infierno de su Historia.

La estacion del camino de hierro se hallaba tapizada de paño carmesí bordado de abejas de oro. Oficiales de todos los ejércitos europeos, cortesanos de todos los reyes, diplomáticos de todas las córtes acudian con sus respectivas embajadas á recibir al Czar. Los cazadores de Vincennes con sus uniformes azul-oscuro y sus plumas negras; los fusileros con sus pantalones rojos y sus chaquetas verdes; los guias de á caballo con sus casacas blancas y sus plumas carmesíes; los cien guardias con sus levitas celestes llenaban de abigarrados colores todas las cercanías de la

estacion del Norte. Si el Czar no fuera cismático, y por ende enemigo de Roma, el clero se hubiera unido en la oracion á esa otra milicia vestida de color de sangre, para rendir homenaje á uno de los mónstruos de la fuerza que con más éxito han logrado torturar la conciencia humana. A las cuatro el Emperador Napoleon se dirigia, en gran coche de gala precedido por otros muchos, á la estacion del Norte. ¿Pensaria en aquel momento solemne, pensaria, digo, en los errores del primer Emperador, del hombre extraordinario que fundó el poder de su raza y de su familia? Superficialmente mirado el suceso, un Emperador de Occidente iba á recibir á un Emperador de Oriente, un César á un Czar, como si la obra de Diocleciano estuviera aún de pié, y el mundo dividido entre el Emperador que protege al Pontífice de Roma, y el Emperador que protege al Patriarca de Constantinopla.

Pero cuando nuestra mirada penetra más hondamente en lo porvenir; cuando ve que la rivalidad histórica de razas y de pueblos nos amenaza siempre con una guerra universal, pregúntase anheloso el incierto ánimo si Napoleon III recibe en sus palacios á un huésped, ó si recibe á un aliado. No tratemos de forjarnos ilusiones; la paz de Europa no está asegurada. Cuando vemos en la Exposicion universal moverse las máquinas á impulsos del vapor ó á impulsos del agua; cuando pasan deslumbradores ante nuestros ojos los cuadros y las estátuas de todas las naciones; cuando los instrumentos músicos elevan coros que más parecen ecos del espíritu universal; cuando desde la gasa india hasta el tejido británico, todos los portentos de la industria, todos los milagros del trabajo, que han purificado y embellecido el planeta, amoldándolo al espíritu humano, pasan como otras tantas esperanzas á nuestros ojos, creemos que la guerra, ese mónstruo hambriento, ha muerto, cogido entre los dientes de las ruedas, entre las planchas de la máquina, aprisionado por esos continuadores de la creacion divina, por esos legionarios del progreso humano, por los grandes artífices de lo porvenir que se llaman trabajadores. Pero cuando veo que hay coronas, que hay Césares, me rio interiormente de todas las esperanzas de paz, y preveo que dentro de poco hemos de volver á vernos, pobres náufragos, á la luz de los incendios, ahogándonos en océanos de sangre. ¿Pensaria esto mismo el Emperador Napoleon, al recibir á su huésped?

Pero es bien difícil adivinar lo que pensaria Napoleon III en su camino desde las Tullerías á la estacion del Norte. El llevaba el gran cordon de San Andrés, y el Czar llevaba el gran cordon de la legion de honor al cuello. ¿Quién se atreveria á recordarles la soga que lleva al cuello la infeliz Polonia? El emperador de Rusia es alto, grueso, rubio, de cierto aire desenfadado y militar muy pronunciado, y de esas maneras imperiosas que engendra naturalmente el arte de mandar sin responsabilidad y sin contradiccion. En la estacion del Norte hubo muchos saludos respetuosos y algunas aclamaciones ruidosísimas. El pueblo francés ama mucho el ruido. No le dejan que lo mueva con sus discursos y lo mueve con sus vítores. Pero si en el baile que por aquellos tiempos diera la embajada inglesa habia ciento sesenta señores de la policía secreta, encargados de velar por el príncipe de Gales, no será mucho suponer que en la estacion del Norte habria ciento sesenta mil esclavos de la policía secreta, encargados de vitorear al emperador de Rusia.

Lo cierto es que en la plaza de la Concordia, en el sitio más admirable de todo París, donde nosotros descubríamos desde el pescante de un coche todo el espacio y abrazábamos de una mirada todo aquel mar de cabezas, no vimos una sola que se inclinara, no oimos un solo viva que demostrase el entusiasmo público. Cuando pasó por la plaza de la Concordia quizá se fijaron los ojos del Czar en el obelisco de Laxon, quizá en el

Arco de la Estrella. Pero debió detenerse en la gran fuente de la izquierda. Allí, por esa ley tremenda de la solidaridad, de la herencia, por ese blasfemo error en que han fundado su poder eterno las dinastías históricas, Luis XVI pagó en un cadalso los crímenes de todos los monarcas. Sólo Dios sabe cuánta parte tuvo en esta expiacion de un dia, que pagaba los errores de siglos, el asesinato de Polonia, que unos reyes perpetraron y que otros reyes consintieron. En pueblos como Rusia no hay convenciones, no hay tribunales revolucionarios. Pero hay algo más horrible, hay hermanos que matan á sus hermanos, hijos que asesinan á sus padres. Si amontonara Alejandro II los cadáveres de sus parientes, que han sido como las gradas de su trono, se quedaria horrorizado, por poco horror que inspire la muerte al que tiene la costumbre de degollar á un pueblo. Escenas horribles las de Moscow. Alejandro y Nicolás han subido al trono resbalándose sobre su propia sangre. Nadie sino Dios tambien puede saber cuánta parte tiene en estos horrores la horrible crucifixion de Polonia. La demencia es la sombra que sigue de cerca á la tiranía.

Yo hubiera llevado al Czar de todas las Rusias á la seccion francesa de pinturas en la Exposicion universal. Hay allí un magnífico cuadro. Es una plaza de Varsovia. En el centro se alza un monumento, una columna que recuerda aquellos dias gloriosos en que la caballeresca Polonia salvaba de los tártaros á esa Europa occidental que hoy la abandona á los tártaros. Todos los polacos están de rodillas, sin armas, exhalando del pecho un *Te-Deum* y ofreciendo á Dios resignados el holocausto de sus vidas. Los cosacos disparan sobre ellos, é innumerables víctimas, ancianos, mujeres, niños, caen sobre charcos de sangre entre unas nubes de humo, pronunciando el dulce nombre de una pátria que no podrán encontrar ¡heróicos mártires! sino en la inmensidad de los cielos, en el seno del Eterno.

Pero se me olvidaba, no ha nacido todavía un tirano que tenga conciencia. Pues qué, ¿existiria el despotismo sin esa ceguera en el alma con que nacen los déspotas?

---

# CAPITULO LVIII.

## UNA TENTATIVA DE REGICIDIO.

El jueves, 6 de Junio, París entero se habia trasportado al grandioso bosque de la modesta Boulogne. Sesenta mil soldados congregaban en torno de sus vistosos cuadros, un millon de espectadores y unos ochenta mil carruajes, sin contar las locomotoras que echaban á la puerta del bosque sus nubes de humo y sus rios de gente La antes solitaria selva gala parecia una ciudad de follaje en la cual se reconciliaban el hombre y la naturaleza. Bien es verdad que esta reconciliacion entre el ciudadano ahumado de gas y saturado de carbónico, y la campiña saturada de oxígeno, resultó en daño de la última, á pesar de lo mucho que le conviene al mundo vegetal absorber nuestro aliento. Los montones de yerba seca fueron primero asaltados por los que deseaban descubrir un largo espacio y luego destruidos por los que no habian podido asaltarlos. La yerba verde, humedecida aún por el rocío, se agostaba casi bajo el peso de tantos cuerpos como caian sobre ella rendidos por la fatiga. Las inmensas columnas de espectadores no respetaban ni los cercados, ni las flores, ni los arbustos. Hasta las ramas de los altos árboles crujian y se desgajaban al peso de los más atrevidos, ó de los más curiosos. Entre las encinas no se veia la hoz sagrada cortando el muérdago, ni el túmulo celta donde reposaban los dioses, ni la fugitiva luna saludada por los coros de las sacerdotisas, ni las almas inmortales que hacian vibrar con su aliento las verdi-negras hojas, sino ridículos galanes y pequeños sombrerillos á la última moda, que jamás hubieran inspirado á Lucano sus admirables descripciones de un bosque de las Galias. Y cuidado que, digan lo que quieran, cuántos echan de ménos el antiguo París con sus calles sombrías y el antiguo bosque de Boulogne con sus siniestros ladrones; ¡cuidado que es bello este inmenso paseo! Aquí una alameda de tilos, y más allá otra de sicomoros; caminos tortuosos cubiertos de dorada avena serpentean hácia todas partes rematados por festones de yerba; la pradera extiende á cada paso una verde alfombra que convida al reposo, especialmente cuando el ciervo casi viene á vuestros piés y la paloma casi baja á vuestras manos, animales por la muchedumbre domesticados; el

arroyo susurra sus églogas en consonancia con el rumor del follaje, el zumbido de la abeja, el canto del ruiseñor y los coros de las alondras; entre los riscos, cubiertos de plantas parietarias y las estalactitas sembradas de cristalizaciones, se despeñan, despedidas por misteriosas grutas, bullidoras cascadas; grúpos de árboles, de todos los que permite el ingrato clima, levantan al cielo sus ramas y canastillos de flores abrillantan á intervalos el suelo; entre estos muros de verdura se ven, ya las aspas de un molino de viento, ya las almenas de un torreon feudal, ya el tejado triangular de una casita suiza; y mientras en lo más profundo el lago extiende su verde superficie, sobre la cual inclinan sus desmayadas ramas los melancólicos sáuces, en lo más alto los cedros abren sus copas como una corona, y sombrean la colina, desde la cual se descubre el campanario gótico de Boulogne con su calada aguja y la montaña de Saint-Cloud besada por el Sena, cubierta de blancas casitas, medio ocultas en la espesura y suspensas en las breñas, paisaje encantador que asemeja una miniatura de los Alpes.—Al mismo tiempo, ¡cuántos recuerdos históricos! Abrid cualquier historia ó guia de París y los encontrareis á millares.

El galo ha sacrificado á sus dioses bajo las ramas de las encinas, y ha presentido la inmortalidad del alma, creyendo en el rumor del follaje oir vibrar palabras de sus progenitores. Los germanos han pasado por este suelo removiéndolo con las ruedas de su carro de guerra, de ese arado que abria los surcos de la libertad. Un arzobispo lo ha poseido largo tiempo. Pero el feudalismo teocrático, como ha dicho profundamente Maquiavelo, ni sirve para gobernar á los hombres, ni para defender las tierras. Duguesclin, el condottiero francés que asesinó á Pedro de Castilla, ha visto sus bagajes desembalados y sus riquezas robadas en este bosque, donde hoy pasea muellemente reclinada, en su coche, la flor de la elegancia universal. Cárlos V le ha dado á Duguesclin autorizacion para que lo purgue de ladrones, y esta autorizacion es algo más que el decreto de un Rey, es la reconciliacion de la monarquía con el feudalismo militar, reconciliacion que sentará sobre las ruinas de la teocracia un nuevo derecho europeo. El infame Luis XI regala el Bosque á su médico. Y este regalo es algo más que el capricho de un Rey; es la reivindicacion de la soberanía territorial por el derecho monárquico. Francisco I fundó en el Bosque un palacio que se llamó de Madrid, en memoria del triste cautiverio á que lo sujetó la derrota de Pavía. Diana de Poitiers y Enrique II celebraron á la sombra de sus árboles muchas de las brillantísimas fiestas que caracterizan el Renacimiento. Cárlos IX cazó aquí jabalíes antes de cazar hombres en el Louvre. Luis XV, para cuyas orgías, y cuyos escándalos hubiera sido estrecho el mundo, trasladó algunas veces de los ordenados jardines de Versalles á los agrestes bosques de Boulogne sus babilónicas cenas que renovaban los amores de Pasifae y las protervias de Babilonia. Enrique III quiso levantar en medio del Bosque su sepulcro, y obligar á todos los nobles franceses á enterrarse á su alrededor en magníficos mausoleos coronados de estátuas, «con lo cual, decia, dotaremos á París de un divertido paseo.» En las sombrías alamedas se han visto muchas comedias. Una francesa y una polaca tuvieron un duelo á muerte, espada en mano, por un cantante de la ópera llamado Dechassée. La francesa fué muy mal herida. Visto el escándalo, decidió el Rey que la francesa fuera encerrada en un convento y la polaca echada de Francia. El cantante recibió por medio del duque de Richelieu un recado del Rey diciéndole que se portase con más prudencia para no inspirar tales pasiones. «Dígale á S. M., contestó el actor, que yo no tengo la culpa de ser el hombre más encantador que hay en Francia, el primero en la dignidad y en la suerte de inspirar grandes pasiones.» «El tercero, direis mejor, contestó

el duque de Richelieu, porque el primero es el Rey, y el segundo yo.» Ignoro si este Richelieu es el mismo que á pesar de sentarse entre los cuarenta inmortales de la Academia francesa, nunca supo ortografía. Y si han pasado en el Bosque muchas comedias tambien han pasado horribles trajedias. Fué un tiempo el lugar de los duelos. Gerome se ha inspirado en él para pintar un cuadro admirable, titulado: «Despues del Baile.» La nieve cubre el suelo, haciendo destacar las desnudas ramas de los árboles. La mustia luz de una alborada de Enero alumbra el cuadro con tintes más tristes que los de una lámpara funeraria. Yace por tierra un jóven vestido de arlequin, cuyo pecho ha sido atravesado en terrible duelo por una espada. Sus dos padrinos, vestidos de máscara, sostienen con mortal angustia el cuerpo inanimado. Por el fondo se va alegre el vencedor, envuelto en negro dominó y acompañado de uno de sus camaradas, tambien de máscara. Estos trajes de fiesta en tal escena de horror, dan materialmente ese frio indescriptible en que se encierra el secreto del terror trágico.

Levantando un poco la vista desde el montecillo, que en el Bosque se halla vecino á la histórica laguna de Auteuil, se descubre el lugar de una tragedia real más espantosa todavía que esta tragedia imaginaria. Hay allí, sobre la montaña de St.-Cloud un cenador, en el cual casi nadie repara. Bien es verdad que lo ocultan los árboles. Allí aguardaba la hija de María Teresa al hombre que derrocara la monarquía para rogarle que volviera á levantarla. Por el rugoso y manchado rostro de Mirabeau, pasó un reflejo de misericordia, de compasion hácia aquella grandeza caida, hácia aquella hermosura suplicante. La sangre de los nobles hirvió por vez primera en aquel corazon, donde se habian refugiado todas las tempestuosas cóleras de los plebeyos. Imaginaos á la orgullosa austriaca pidiendo con las manos cruzadas al tantas veces maldecido demagogo una palabra de fuego, para dorar moralmente la deslustrada corona de cien reyes. Mirabeau bajó de la colina con el propósito de levantar la monarquía. Pero la Providencia le habia reservado otros destinos. Á los pocos dias la palabra se ahogó en su pecho, el Hércules cayó en la tumba. Y la graciosa cabeza que se inclinaba ante el poder del génio, cayó tambien bajo el hacha del verdugo.

¿Habria tenido alguna idea política Napoleon III al citar en el bosque de Boulogne á sus poderosos huéspedes Alejandro de Rusia y Guillermo de Prusia? Digo esto, porque el Bosque de Boulogne es el lugar donde más se cebaron los aliados, es decir, los ingleses, los rusos y los prusianos, despues de la caida de Napoleon el Grande en Waterlóo. Ignoro qué idea política pudo tener el Emperador; pero indudablemente su vanidad personal estaria satisfecha, mostrando á sus colegas cómo convirtiera en paraiso el lugar que los aliados convirtieran cruelmente en desierto. Dicen que los cosacos acampados en París, solian bañarse durante el mes de Enero en el helado Sena. Yo no lo creo, y ménos cuando recuerdo la mucha leña que gastaron para calentarse. El Bosque debe su explendor de hoy á Napoleon III. Este magnífico paseo es la importacion en Francia por el César de los jardines ingleses. Hubiera hecho mucho mejor en importar la libertad inglesa; pero al fin, es algo. Al principio de la Revista, las manifestaciones tumultuosas que en obsequio á Polonia han hecho los franceses al paso del Czar, cesaron, gracias á unas cuantas prisiones, y á unos cuantos procesos en que brillaba el don de la oportunidad. Permitidme que medite un poco sobre las relaciones entre Francia y Polonia, porque son la clave de las escenas de que voy á hablar, de otra gran tragedia que registrará la historia; de la tentativa de asesinato cometida por un jóven, hijo de esa infeliz Polonia, de un jóven que ha llevado su amor á la pátria hasta un extremo punible, hasta el crímen. No podemos creer todos los que adoramos, como descen-

dientes de los héroes de Bailen y del Dos de Mayo, la santa causa de las nacionalidades, en la muerte de Polonia, y por consiguiente, esperamos todavía su resurreccion. El enemigo de esta nacion no puede ser más grande, no puede ser en verdad más poderoso; pero por lo mismo, no puede ser más grande, no puede ser más poderosa la simpatía de todos los corazones que aman más una causa cuanto menor es la esperanza de su triunfo. Así en París, durante la presencia del Czar, se ha oido por todas partes el grito de: Viva Polonia. Y no creais que el suceso último ha ahogado ese grito. Acababa de cometerse el atentado que subleva la indignacion pública, no tanto por ser un crímen en sí que trastorna las leyes morales, como por ser una falta que hiere los sentimientos más sencillos de la hospitalidad francesa; y al domingo siguiente, cuando los Emperadores vuelven de Versalles, despues de haber recorrido los jardines dibujados por Le Notre y de haber visto los maravillosos juegos de agua que divertian los ócios del Rey-Sol, como llamaban sus cortesanos á Luis XIV; en los campos solitarios, en las encrucijadas, en los caminos se oye todavía el grito de Viva Polonia como si saliera de las entrañas de Francia. Cuando los paseantes daban este grito, Napoleon se volvia al Czar para decirle: «Son incorregibles.» «Déjalos, contestó Alejandro. Eso prueba que lo mejor es consentir que griten.» Y aprovechó la ocasion para pedir la libertad de los que habian sido presos á consecuencia de las voces dadas á favor de Polonia, cuando la córte entera iba á la gran fiesta de la ópera. Poned á un pobre jóven, sin grande educacion, sin grandes medios, en los profundos senos del mar insondable que se llama París. Hacedle ir allá despues de haber dejado el hogar, el nido de la vida, y la pátria, el compendio de todos los amores humanos. Recordadle que su padre ha sido desterrado á Siberia, y que su madre ha muerto en el camino abrazando al último de sus hijos contra el yerto seno. Llenad su mente con el recuerdo de la nacionalidad; y su corazon con los gritos de simpatía que á favor de esa nacionalidad lanza París, la capital del género humano. Y en seguida, si no justificáreis, comprendereis su accion.

Pero dejo á un lado todo género de reflexiones para limitarme, en calidad de historiador, á referir sencillamente los hechos. En la puerta del Hipódromo, frente á la magnífica quinta del baron Rotschild, se reunieron para pasar la revista los Emperadores, los Reyes, los Príncipes que á la sazon albergaba París. Entre todos levantaba su cabeza el Emperador de Rusia. Alto, flexible, elegantísimo, el color blanco y sonrosado, la barba rubia, los ojos azules, el Emperador es personalmente uno de los hombres más distinguidos de Europa. No es un tártaro, no es un moscovita; es un aleman, y un aleman aristocrático. Sin embargo, cuando os acercais mucho á él; cuando distinguís por algunos momentos lo que encierra su mirada, veis descubrir algo de duro y de implacable, algo de esa severidad que engendra el hábito de mandar sin contradiccion y sin responsabilidad. Sus dos hijos han heredado la viril hermosura del padre sin la dureza. El Czar se hallaba en el centro; á su izquierda el emperador Napoleon y á su derecha el rey de Prusia. Este soberano se ha eclipsado en París, detrás, digámoslo así, del Czar de todas las Rusias. Pero cuando se piensa que en una batalla ha arrancado la corona de Alemania al Austria y ha devuelto Venecia á Italia, batalla, no sólo grande por sus resultados, sino tambien por su arte, por esa táctica militar que recuerda los tiempos del gran Federico, no puede ménos de fijarse la atencion con vivísimo interés en este hombre extraordinario que ha cambiado en su provecho el mapa del Norte de Europa. Nadie diria que hay en él esas puntas y ribetes de romántico, de pietista, de adorador del derecho divino, de creyente testarudo en una mision especial y cuasi-divina confiada por la Providencia á

su familia y á su raza. Alto, como lo son casi todos los descendientes de Arminio, robusto, de pacífico semblante, de tranquila mirada, muy gordo, casi degenerando en barrigudo, Guillermo I, más que un aspirante á imperar por derechos de conquista, más que un guerrero dispuesto á llevarlo todo á fuego y sangre para unificar su Alemania, parece un pacífico y bonachon comandante de la Guardia Nacional, que tiene tienda abierta y que sólo se ocupa en explicar la doctrina cristiana y la economía doméstica á sus hijos. Pero á fé que le seguia de cerca el antiguo redactor de periódicos satíricos, el astuto diputado de la extrema derecha, el Maquiavelo aleman, que se ha valido del partido feudal, para preparar la obra revolucionaria de la unidad alemana, y de esta misma obra revolucionaria, de esta misma unidad, para desarmar la democracia en Alemania. En su uniforme de coronel se encierra un hombre de Estado. Es un ergotista incansable en las Cámaras, y un hábil espadachin en el campo del honor. Pero como la obra es tan gigantesca, le abruma, cual abrumó á Cavour la no ménos gigante de la unidad de Italia. Su rostro deja ver las huellas del trabajo de su espíritu. El ministro de Prusia no se engaña respecto á las pocas simpatías que tiene en Francia. Uno de estos franceses, que llevan la hospitalidad hasta la adulacion, le decia en un almuerzo: «me parece haber oido en muchos puntos gritar *¡Vive Bismark!* El hábil político meneó la cabeza y dijo: no, han gritado *¡Voilá Bismark!* (hé ahí Bismark) que no es lo mismo.» Mas dejando aparte todo esto, ¡qué magnífico estado mayor el que acompañaba á los emperadores y reyes en su revista! Los generales rusos con sus cascos dorados; los prusianos con sus largos penachos blancos; los franceses con su tricornio galoneado; los ingleses con sus uniformes granas, los príncipes alemanes con sus casacas blancas y sobre la cabeza águilas de plata en actitud de volar, abiertas las alas al viento; los árabes envueltos en sus alquiceles, pareciendo, sobre sus caballos á galope, una nube blanca que cabalga sobre una nube negra; guerreros de mil zonas diferentes que pasaban extasiados en verdad delante de estos soldados franceses, los cuales, ya á pié, ya á caballo, ya al lado del cañon, ya como ingenieros, ya como zapadores, ya como fusileros ó como cazadores, tienen ese aire marcial indescriptible y se mueven con ese desembarazo soberano, unido á esa precision matemática, que les coloca al lado de los primeros ejércitos que ha tenido el mundo.

En el impasible rostro de Napoleon, que pocas veces refleja su secreto pensamiento, se dibujaba, al concluirse la gran revista, una sonrisa de satisfaccion. Todos los ginetes imperiales y reales habian dejado sus caballos. El emperador de Francia y el emperador de Rusia, con sus dos grandes duques, acababan de subir á una carretela abierta. Hallábanse en el sitio de la gran cascada desde el cual se descubre un panorama admirable: las colinas de Saint-Cloud, los campanarios de Boulogne, los bosques de Serret en lontananza, el camino de Versalles por donde cruzan las locomotoras, las dos vertientes del Sena cubiertas de verdura y los más espesos senos del bosque, perfumado á la sazon por el aliento de la primavera y vivificado por los rayos del sol que, además de sus cuerdas de luz, de esa arpa de los colores, tienden con su fuego las aves por los aires, las mariposas por las flores, la vida y la alegría por toda la naturaleza. Al rededor del carruaje donde iban los emperadores, las muchedumbres se agolpaban de manera que no podia el carruaje abrirse paso. El Emperador mandó cambiar de camino, y al camino nuevamente tomado corrió fuera de sí el infeliz regicida. Habia comprado por la mañana su pistola, y habia almorzado frugalmente un pedacillo de salchichon con media botella de vino. Cuando vió al Czar tan cerca de él, casi á cinco pasos, perpetró su crímen. La pistola era de dos cañones y soltó los dos tiros á un tiem-

po. Una pistola, tan inhábilmente manejada, le reventó en las manos y le llevó tres dedos. La bala fué á herir la cabeza del caballo de un oficial que marchaba á la portezuela del coche. El caballo manchó de sangre, vertida por las narices, á los dos emperadores y á sus hijos. Aquel fué un momento de horror. Los cuatro se abrazaron.—«¿Estás herido?» preguntó el emperador Alejandro á su hijo mayor.—«Nó, ¿y vos?»—«Yo tampoco.»—Iguales preguntas se dirigieron todos mútuamente con esa celeridad de la inteligencia humana en momentos supremos, con esa celeridad que aventaja la rapidez del relámpago.—«El tiro iba dirigido á mí, dijo el Emperador de los franceses; el asesino es un italiano.»—«No, iba dirigido á mí, dijo el Czar; el asesino es un polaco.»—«Hemos ya desafiado el fuego juntos,» añadió Napoleon.—«La Providencia tiene en sus manos nuestra suerte,» exclamó el emperador Alejandro. Mientras tanto, la multitud se lanzaba sobre el regicida con un furor indescriptible. Los franceses sentian herido su honor nacional y su reputacion de hospitalarios. Fué necesario que la policía emplease esfuerzos supremos para libertarle de una muerte segura. En seguida lo condujeron á la prefectura, y de la prefectura á la consergería. Yace muy cerca del mismo calabozo donde tanto padeció María Antonietta. Empezado el interrogatorio dijo ser polaco, y de la provincia de Volhiinnya. Preguntado por su padre, dijo que no tenia con él relaciones, porque habiéndole jurado entregarse en cuerpo y alma á la revolucion, su padre le habia maldecido. En tal respuesta se ve bien que trataba á toda costa de evitar la venganza del Czar y toda pena á su familia. Preguntado por qué habia intentado matar al Czar, respondió: «Por libertar á mi pátria de Alejandro, y al mismo Alejandro de sus remordimientos.»—«¿No pensásteis que vuestra bala pudo herir al Emperador de los franceses?»—«¡Imposible! dijo; la bala de un polaco no podia dar sino en el corazon del Czar.» Cuando supo que no habia conseguido su propósito demostró un dolor inmenso, una verdadera desesperacion. Ha sido necesario cuidarle, porque su herida le desarrolló una terrible calentura. En algunos momentos de calma, pide afanoso el conversar con los demás presos y el leer los periódicos para saber qué dicen de su crímen.

No puedo dejar de hacer algunas reflexiones sobre el regicidio. Delante de pavorosos hechos de esta clase, la conciencia se despierta y á su vez despierta al pensamiento. La vida seria un rio de sombras, si de los hechos particulares y aislados no dedujéramos una idea general, una ley, un principio. No vacilo en decirlo, porque jamás ha vacilado mi pluma en escribir lo que dictaba la conciencia.

El intento del jóven polaco es un crímen, y todo crímen merece una grande, una severísima reprobacion. Nadie tiene derecho sobre la vida del hombre, nadie, ni la sociedad, ni el indivíduo. Al bien no se va por el camino del mal. Pero téngase presente que el asesinato político nace en las monarquías absolutas, como una consecuencia necesaria de la violacion de todos los principios de justicia. Desconoced las leyes de la inteligencia, y os encontrareis con el error; desconoced las leyes de la naturaleza, y os encontrareis con el mal; desconoced las leyes de la sociedad, y os encontrareis con el crímen. La bala de Berezouski se ha forjado en las fraguas del despotismo ruso. Todo gobierno que es inmortal, que es absoluto, que es irresponsable; todo gobierno que arranca la palabra á los lábios, el pensamiento á la conciencia, la voluntad al carácter; todo gobierno que suprime una grande nacionalidad á su antojo, y lucha para matar un pueblo, se encuentra como Sardanápalo en Nínive, como Baltasar en Babilonia, como César en Roma, conculcador de las leyes de la vida, se encuentra con el espectro de la muerte. Los más grandes teorizadores del absolutismo, los que han escrito su teología, convienen todos en que contra el tirano que viola hasta el se-

creto de la conciencia y que suprime hasta el suelo de la pátria no hay más que un remedio: el tiranicidio. ¿Qué significa Judit matando en su tienda á Holofernes, Judit elevada á modelo por la Biblia, sino el símbolo de una pátria que se levanta para degollar un tirano? Y lo que es religion para Betulia ¿ha de ser crímen para Varsovia? Gerson, aquel grande orador del siglo décimo-cuarto, de tal manera místico y católico, que hasta la Imitacion de Jesucristo se le atribuye, el libro de la paciencia y de la conformidad; Gerson escribió la apología del tiranicidio. Mariana, nuestro historiador español, ilustre jesuita, ha escrito un libro dando reglas para matar á los tiranos. El jesuitismo, que es la quinta esencia del Pontificado, ha bendecido á los regicidas Santiago Clemente y Baraillac, porque diz que las víctimas de estos dos mónstruos violentaban ó perturbaban las conciencias católicas.

Nosotros no participamos de estas ideas. La Judit de la Biblia ha repugnado siempre á nuestra conciencia religiosa. Nosotros creemos que la manera de acabar con el tiranicidio, es acabar con la tiranía. El puñal de Bruto mató á César é hizo inmortal en Roma el Cesarismo. Pero el esfuerzo sublime de Wasingthon matando de un solo golpe la tiranía en lid honrosa, en revolucion sublime, ha hecho para siempre imposible los tiranos en la tierra libre de América. El crímen que no pudo, ó no supo arrancar el crímen de la esclavitud, engendró la última guerra y abortó á Booth, á ese infame asesino, á ese loco inmundo que la humanidad pondrá al lado de Pilatos, de Judas, de Barrabás, de todos los que han perseguido á los justos de la tierra, y los han colocado entre los mártires del cielo. Los que matan un rey son criminales, porque ningun hombre tiene derecho sobre la vida de otro hombre. Pero los que matan un pueblo son criminales tambien, porque ningun hombre tiene derecho sobre la vida de un pueblo. Arránquese el Czar de la frente su corona autocrática, y habrá arrancado de las manos de los tiranicidas sus puñales. El despotismo ruso engendra el regicidio, como las lagunas pontinas la fiebre, como los arenales abrasadores las ponzoñosas víboras. La bala de Berezouski, repitámoslo, se ha forjado en los fraguas del despotismo.

Mientras yo me entregaba á estas reflexiones, iban pasando ante mis ojos las tropas en desfile. No sé por qué, al ver aquellas legiones tan alegres, tan vistosas, precedidas de sonoras músicas, acompañadas de gran muchedumbre; no sé por qué me asaltó siniestro presentimiento. Lo cierto es que toda la tarde estuve inquieto, inquietísimo, comparando en mi pensamiento la sociedad tal cual es con la sociedad tal cual debiera ser. Estas ideas atormentaron hasta mi sueño, que fué incierto y fatigosísimo, interrumpido de pesadillas contínuas. Soñé que el cielo era una noche eterna y sin estrellas; que la tierra era un desierto inmenso, uniforme, como un sudario, despojada hasta de vegetacion; que bajo montones de cenizas, todavía humeantes, palpitaban millones de cuerpos, aún agitados por el estertor de la agonía y galvanizados por la chispa eléctrica de algun último deseo, de alguna última esperanza; que un clarin estridente sonaba y le respondia un frio rechinamiento de dientes, ruidoso, largo como un trueno, que helaba en mi corazon la sangre y desgarraba todos mis nervios; y al eco del clarin, legiones de muertos, seguidas por nubes de cuervos y manadas de chacales rodaban, rodaban en vértigo infinito, lanzando de sus frentes chorros de sangre, y profiriendo de sus cavernosas bocas multitud de maldiciones sobre varios gigantes, caballeros en esqueletos de grandes caballos, armados con fria guadaña que empuñaban, cual si fuera un cetro, ceñidos de imperiales coronas sobre las que aleteaba un mónstruo inmenso, indefinible, con gigantescas alas de murciélago, y con agudas garras, lanzando de sus vacías órbitas con el fosfórico resplandor de los fuegos fátuos en los osarios ¡ay! estas tremendas palabras: guerra, guerra, guerra.

# CAPITULO LIX.

## OJEADA AL CERTÁMEN DEL TRABAJO.

En medio de los grandes temores de guerra, consolaba, aliviaba fijarse en las promesas y en las obras de paz. Cuando entraba en el gran circo de la Exposicion y recorria aquellas galerías atestadas de objetos nacidos de la fuerza creadora, que se llama el trabajo, no me entusiasmaba tanto por lo que veia como por lo que esperaba y presentia. En medio de las inarmónicas condiciones en que vivimos, este templo de la gloria levantado á los trabajadores parecíame la ciudad del porvenir, dibujándose en lejanas riberas del tiempo. El vapor que hierve, el hacha que hiende, la sierra que corta, el agua que se eleva absorbida por la poderosa bomba, la hercúlea grua que sostiene enormes pesos y casi mueve las montañas, me anuncian que los trabajos penosos se acaban, que las máquinas van á sustituir á los brazos, y que los hombres, rescatados de las penas de ayer y redimidos de sus fatigas, podrán consagrarse á los goces puros de la inteligencia, formando sociedades tan cultas como la antigua Atenas y más justas por los grandes progresos que en nuestro mundo moderno ha obtenido la idea sacratísima del derecho.

El objeto del trabajo hoy es llamar á todos los hombres á la participacion de la vida. He notado que en los tiempos antiguos reinaba la manía de la singularidad en el goce de los productos industriales ó artísticos. Esta observacion se confirma por la leyenda tejida sobre cada maravilla de la Edad Media. Si hay una alta torre, una gran campana, una admirable cinceladura en piedra, oireis decir al sencillo campesino que se sacaron los ojos al industrial ó al artista para que no hiciera obra semejante, y dejara allí tan sólo el testimonio de su fuerza ó de su inteligencia. Bien al revés sucede hoy. La tendencia del trabajo es repartir sus maravillas entre todas las clases sociales; llevar las condiciones de bienestar y hasta de lujo al fondo de la cabaña y del taller. El mérito de las grandes obras consiste en la extension dada á la vida, en la universalizacion, si es permitida tal palabra, de todos los goces, como de todos los derechos. La imprenta es un milagro de la civilizacion,

porque la imprenta puede llevar en su misteriosa hoja de papel la luz y el fuego de las ideas, el calor de la vida intelectual á todas las conciencias. El telar de Jacquard ha sido en la industria otro milagro, porque el telar de Jacquard, añadiendo nuevos hilos á los tejidos, permite que hasta las mujeres de más humilde fortuna puedan envolverse, como las antiguas damas de los altos castillos, en la crugiente seda. La locomotora ha hecho que el placer del viaje no sea el patrimonio de unos pocos afortunados; y la fotografía que el retrato no sea el privilegio de unos cuantos distinguidos; y el telar de vapor que el traje no arroje un obstáculo social más en el camino de la reconciliacion de las clases, como en los tristes tiempos en que el señor habia de vestir precisamente el terciopelo y el villano la estameña, para que ni de los ojos se borrase un momento la injusta idea de la desigualdad humana, sobre la cual reposaban las castas.

Estos triunfos del progreso regocijan á todos los que aman la justicia. El naturalista en las hojas de un pobre insectillo ve ocultas maravillas tan extraordinarias como las que descubre el astrónomo en los planetas; y el que estudia la sociedad ve en estos esfuerzos del trabajo, apenas perceptibles, en estas pequeñas trasformaciones, apenas apreciables, los gérmenes ocultos de una nueva y más progresiva evolucion de la humanidad. Heróico Plinio, que por añadir una línea á la historia de la tierra pereciste consumido por el fuego de los volcanes; luminoso Guttemberg, que por detener el pensamiento en tipos imborrables y propagarlo en ejemplares infinitos con la prodigiosa fecundidad de la naturaleza, pasaste una vida de fatigas é insomnios en los sombríos cimientos de una catedral, tallando con cristal las letras de plomo á la luz de la luna, sin más compañeros que los murciélagos, como si hicieras una evocacion mágica; glorioso Galileo, que en los últimos dias de tu vida te quedaste ciego, por haber sumergido los ojos en la indecisa fosfórica luz de las nebulosas, que semejan una niebla de mundos extendiendo sus vaporosas gasas por lo infinito; sublime Beetthoven, que sordo, incomunicado con el mundo de las armonías, trazabas esos cantos, que parecen la voz de los espíritus; vosotros, todos, legiones de trabajadores, que habeis añadido la luz de la ciencia, la melodía del arte, la fuerza de la industria al poder de la tierra, que habeis endulzado la amarga levadura de la vida con vuestro sudor y con vuestras lágrimas; vosotros sois más grandes que esos conquistadores, cuyo poder se levanta sobre un pedestal de huesos humanos, y cuyas frentes aparecerán en todos los siglos ceñidas á las tristes sombras de la muerte.

Fundemos, pues, fundemos la sociedad en el trabajo. Así como el mundo feudal tenia por timbre la horca y el cuchillo, la lanza y el escudo, el casco de guerra, los instrumentos de la destruccion; el mundo moderno debe tener el martillo, el escoplo, la sierra, la retorta de donde se desprenden los gases, la caldera del vapor que lleva en sus moléculas impalpables el movimiento á la materia inerte, todo lo que sirve para conservar y para perpetuar la vida.

Entramos en nueva edad de armonía. Y las sociedades de seguros mútuos, las asociaciones cooperativas entre los trabajadores, las máquinas que vienen á aligerar las tristes asperezas del trabajo, las exposiciones de la industria y del arte son como los preludios todavía inciertos que anuncian las grandes síntesis de la nueva sociedad. Así como para sentir la poesía de un templo es necesario entrar con fé religiosa, para conocer el conjunto científico de la Exposicion es necesario entrar con estas esperanzas sociales.

El viento que reinaba durante todo el mes de Abril en el desapacible clima, rasgó el gran velo verde extendido ante la principal avenida del palacio. Los mástiles, adornados con anillos dorados, quedaron de pié como dos

hileras de gigantescos espárragos. En su mitad se han colocado unos trofeos con multitud de banderas tricolores coronadas por áureas águilas en actitud de volar. Pasais el tormentoso torniquete, que sigue al puente de Jena, y os dirigís entre estas dos filas de mástiles á la puerta principal de la Exposicion. Lo primero que veis es el gran jardin donde se aglomeran en confusion caótica obras de todos tiempos y pueblos; construcciones bizarras, á veces de arquitectura inverosímil, por lo extravagante y abigarrada; á veces de ligereza y gracia. Pasando entre aquellas dos filas de monumentos aglomerados en desórden, veíanse colosales fuentes de hierro, cuya fundicion es un prodigio; estátuas y columnas; la Iglesia gótica con sus vidrios de colores en las rasgadas ojivas; la sinagoga, la mezquita, el antiguo altar mejicano, que limpió de sangre humana el heroismo de Hernan Cortés: el templo egipcio con sus efigies y sus geroglíficos; la aglomeracion de varias muestras de arquitectura. Por cierto que pasando por el Parque y por el trayecto de la Avenida principal para entrar en el palacio, no se puede el ánimo desasir de una música misteriosa que atrae y cautiva. Es una especie de piano, ó de órgano, compuesto de campanas, graduadas de tal suerte, que entonan con sus poderosas voces y sus sonoras vibraciones, melancólicas y aun dulces cadencias. Imaginaos la media noche, la luna entre nubes, el lejano y monótono canto del sapo, ese ruiseñor de las lagunas, el rumor del bosque, semejante al *crescendo* de una orquesta compuesta sólo de violines, el ancho Rhin azul que se desliza mansamente entre sus bordes, cubiertos de viñas; y sobre esta sinfonía de la noche, que parece aumentar la solemnidad del silencio y tener la majestad del misterio, desde el gótico campanario, ó caer la melodía extraña, la música mágica, no tocada por ninguna mano, producida por una rueda invisible, por una máquina oculta, y en seguida en ese crepúsculo intelectual del alma, ni bien dormida, ni bien despierta, vereis pasar las leyendas alemanas, los génios que tejen los hilos en la urdimbre de la vida, los wilis y los gnomos, los ángeles que bajan en legiones á rozar con sus álas invisibles las campanas, para arrancarles esas notas que semejan un eco de las armonías de las esferas, el resonar lejano y apagado de la música de los mundos.

La primera galería que se encuentra, al entrar en la Exposicion, es la galería de las máquinas. Como los objetos que debe contener son por su misma naturaleza tan voluminosos, la galería es ancha, es grandiosa, y quizá la única, desde la cual se descubren algunos puntos de vista, que suspenden y asombran el ánimo. Su anchura es de treinta y cinco metros; su elevacion de veinticinco. Ciento setenta y seis pilares de hierro sostienen la bóveda que corona la galería. Estos pilares tienen veintiseis metros. Un metro entero de cada uno de ellos sale sobre el techo al aire libre, y le da al palacio por fuera tan mala vista, que ha sido necesario ocultarlos con trofeos y banderas, cuando sobre ellos un arquitecto de gusto podria haber elevado una cornisa ó una terraza, algo que fuera como la diadema de todo el edificio. Cada uno de los pilares pesa doce mil kilógramos. El centro de esta gigantesca nave está ocupado por una galería corrida, toda de hierro, á la cual se sube por varias escaleras. La galería recorre una extension de mil doscientos metros. En esta galería se apoyan los tubos de trasmision que comunican el vapor á las máquinas. Un antepecho, con gran balconaje, sirve para poder contemplar á placer estos mónstruos de la industria, los cuales parecen animados. Cuando el vapor hierve, y los émbolos se mueven con celeridad incalculable, y las ruedas giran como poseidas de un vértigo, y las aguas suben á grandes alturas, y gritan, y se mueven todos aquellos gigantes, que la industria humana ha animado, y que á pesar de su carácter positivo, y de su ministerio útil, parecen séres fantásticos, orga-

nizaciones caprichosas, como esas que se encuentran esculpidas en los terrenos antidiluvianos, la galería de las máquinas se convierte en el taller más grande que han visto los hombres, en el campo de batalla del trabajo, donde ejércitos de trabajadores pelean por la vida. Se ve con espanto aquel vertiginoso movimiento, se oye con asombro aquel ruido discorde, que parece como un quejido de la materia, resistiéndose al trabajo, ruido que alguna vez viene á templar ó endulzar la melodía dulcísima del órgano, desprendida de las altas naves; del órgano, cuyas trompetas sonando sobre las máquinas, me parecen un coro de aves que cantáran sobre una tempestad, ó una jaula de ruiseñores colgada sobre los quinqués de una fragua. La Exposicion no tiene un punto de vista que sea admirable, habiéndose olvidado dos elementos que son el secreto de todas las obras maravillosas: la síntesis y el arte. Mas para el análisis, para el estudio, no ha tenido rival.

Entrando por la puerta de Jena, en la galería de las máquinas, á mano izquierda, está Francia, á mano derecha Inglaterra, que vienen á cerrar el mágico círculo. Como estais en Francia, y como su industria ocupa un tan grande espacio, conviene comenzar por Francia y recorrer circularmente todas las naciones. Mr. Letrange de Saint Denis tiene el singularísimo privilegio de inaugurar la Exposicion, y casi merece por esto una mencion especial en mi brevísima reseña. Son de ver ciertamente sus productos de cobre, las colosales calderas, los rodillos, los varios productos de su útil industria, que forma á los dos lados de la escalera extraños, pero admirables trofeos. No lejos de estas calderas, que una máquina á ellas cercana construye á la vista de todos, con rapidez pasmosa, he visto colocadas elegantes y ligerísimas locomotoras, destinadas al ferro-carril del Norte de España, que hasta aquí se habia provisto principalmente en Bélgica é Inglaterra. Junto á la máquina que trabaja el cobre como cera, se ven rodar unos tornos que tuercen grandes maromas y magníficos cables. Todo este movimiento se comunica á las máquinas por un grandioso motor de Rouen, cuyas columnas son de una gracia casi griega, como si fuera un esfuerzo para reconciliar el arte con la industria. Mientras unas máquinas hilan y tuercen las gruesas maromas, otras tejen finos gorros de dormir. A pesar de la complicacion de sus ruedas y de sus telares, el vapor que se extiende por ella, como la sangre por un cuerpo animado, la mueve en tales términos y hace tales operaciones, que una mujer cruzada de brazos casi siempre basta para ir recogiendo los productos de esta especie de inteligencia alumbrada por la industria en la materia. Junto á esta hay otra gigantesca máquina de tejer. Allí se ve salir una tapicería de elegantísimo dibujo. La aplicacion de las máquinas á estos objetos de lujo, concluirá por ponerlos al nivel de todas las fortunas, y lo que antes tenia sólo un César, lo tendrá mañana un trabajador. Un industrial colocado junto á esta máquina de tapicería, enseñaba otra en la cual ha logrado sustituir para los tejidos el carton, que exigia Jacquard, con el papel. Cuando estábamos contemplando estas máquinas, vimos pasar los chinos enviados al estudio de la Exposicion. No hay nadie que no haya visto chinos, aunque sea en los abanicos, esta raza que se gloría de haber sido en los comienzos de la humanidad la raza príncipe, y que hoy permanece en una infancia imbécil. Sus borceguíes negros, su veste de seda morada, su sobrevesta de seda negra, su pelo partido por la mitad y arreglado como un moño femenil sobre la nuca, su color cetrino, sus pómulos aplastados, su frente sumida y estrecha, sus ojos tan pequeños que parecen puntillos luminosos, como los de un ave nocturna, les dan bizarro y singular aspecto, que despierta la curiosidad europea, y que provoca á meditar en este eterno problema: la influencia del organismo sobre la civilizacion y de la civilizacion sobre el orga-

nismo. Pasaban junto á las máquinas sin conmoverse, sin extrañar, sin admirar, ¿qué digo admirar? sin mirar casi. Cuando yo veo esta indiferencia en la hermosísima raza árabe, ó en la feísima raza china, casi dudo que puedan sus inteligencias salir del estancamento presente. La admiracion, la extrañeza es el principio de la ciencia. Así lo ha dicho Platon. Cuando un árabe ó un chino contemplan en París uno de estos portentos y no se admiran, y no se mueven siquiera á preguntar y á saber, ¿qué esperanza pueden inspirar de redencion? Solo que el árabe no se entraña por idealismo, por poesía, porque lleva dentro del alma una religion más explèndida para su fé que todas las industrias, y el chino ¡ah! no se admira por frialdad é indiferencia. Dejamos de ver los hombres-máquinas para mirar las máquinas-hombres. Un industrial francés tenia expuestas segadoras, podadoras, escardadoras. Al ver la elegancia de estas máquinas, cualquiera las tomaria, no por instrumentos de agricultura, sino por objetos de salon. El hierro ha logrado reunir á su perfecta solidez una grande elegancia. Entre las máquinas agrícolas hay una para abonar, que parece un juguete. Ante tales maravillas de la industria, ¿quién no ha de creer que algun dia el trabajo perderá el carácter de aspereza, de lucha, de fatiga, para tomar el carácter de una armonía más, añadida á las armonías del Universo? De pronto, una grande reverberacion de la luz del sol caia sobre nuestras cabezas y deslumbraba nuestros ojos, provenida de la luz descompuesta por las espirales de un faro gigantesco, girando sobre su eje, que parecia un diamante de deslumbradoras facetas. Los faros son una de las glorias de la ciencia francesa. Monsieur Auspere ha dado á la brillantísima luz recogida en los lentes de los faros, una intensidad infinita. Notamos un progreso hecho en estas máquinas, que vienen á sustituir las estrellas en las espesas tinieblas y en las terribles tempestades. Para facilitar la construccion de los faros de luz cambiante, se han inventado unas puertecillas movidas por un resorte, que se abren y se cierran con presion matemática, y que así alcanzan una grande sencillez. Junto á estos faros que toman, digámoslo así, posesion de los cielos, vimos una grande coleccion de máquinas destinadas á tomar posesion de las profundidades de la tierra. Son las que abren los grandes pozos, las que perforan las galerías, las que llevan la luz á los abismos, las que renuevan el aire, las que levantan enormes pesos. Llamáronnos mucho la atencion todos los útiles empleados en unas grandiosas minas de betun, útiles que forman baterías, en verdad más provechosas que las baterías destinadas á la guerra y á la muerte. Llama la atencion general, entre todas las máquinas, una que hay montada cerca del fin de la Exposicion francesa. Sus dueños han querido que trabaje como si estuviera en un taller. Los obreros la rodean y enseñan á la multitud, en torno de ella apiñada, los milagrosos productos. A un extremo de la máquina veis materialmente formarse el fieltro, mientras al otro extremo veis salir cortado, concluido el sombrero, todo obra de brevísimos instantes. Cuando la seccion francesa ha terminado, comienza la seccion de sus colonias. Francia no se ha distinguido nunca por su génio colonial. Dios la ha hecho una grande nacion en el centro de Europa, á fin de que concentre en su seno y condense en su laboratorio intelectual el espíritu moderno, al que Francia dá un gran carácter de ciudadanía universal.

Pero en sus obras coloniales, no se ha distinguido como se han distinguido Inglaterra, Holanda, Portugal y España.

Una idea me sobrecogia en medio de tantas y tan extraordinarias grandezas; la idea de lo breve que iba á ser aquella ciudad universal, donde tenian su habitacion los productos de la industria.

El inmenso campo de Marte, lleno de tantas maravillas, iba á ser restituido á las ma-

niobras de los ejércitos, al ruido de los caballos, de los fusiles y de los cañones. El 1.º de Noviembre se acercaba sobre él como telon sobre escenario. El mundo antiguo acaso haya visto erigir una ciudad para cincuenta mil habitantes en tres años. No quiero disputar nada á los fundadores de Alejandría. Pero lo que seguramente no ha visto el mundo antiguo es hacer una ciudad en tres años, para vivir seis meses y deshacerla en uno. Esas campanas que llenaban los espacios con sus sinfonías de bronce se iban á callar. Esos cuadros, que ornaban los muros de la Babel del trabajo, iban á desaparecer como los fantasmas de un sueño. Las estátuas corrian á ornar otros monumentos. Las máquinas, que allí tenian tan monstruosa actividad, y que respiraban juntas como inmenso ejército, formando bajo su bóveda de kilómetro y medio, las más estridentes, pero las más singulares armonías que han oido los hombres, dirigíanse á cardar, á hilar, á tejer, á perforar, á sembrar, á trabajar en otros puntos, donde servian ménos al estudio de los observadores, más á las necesidades de la industria. Hubo quien propuso que se dejaran como estaban todos aquellos objetos, para que compusiesen el museo de la humanidad en el campo de la federacion universal. No dudo que la idea es grande. Pero no creo que tantos propietarios pudieran sacrificar inmensas riquezas en aras de esta idea; no creo que ningun gobierno, y ménos el gobierno francés, en aquellas circunstancias pudiera pagarlas. Cada nacion se llevaba sus productos; cada raza se volvia á su hogar. El chino partíase hácia Oriente, contando que hay una ciudad maravillosa allá en la lejana Europa, mas que no vale ni la mitad de lo que su ciudad natal, porque la habitan los extranjeros, los bárbaros. El africano entrará en sus aduares, y el recuerdo de París con su cielo ceniciento le será un recuerdo triste, y los dias pasados á orillas del Sena, dias negros. Nada hay en el mundo como el pedazo de cielo que cubre, cual las azules alas de un ángel, ese nido sagrado de la pátria. La Exposicion se desvanecia; y no era dado decir, recordar, escribir esto, sobre todo por los que estuvimos allí y la visitamos todos los dias, durante seis meses, viendo sus maravillas, estudiándolas; no era dado decir esto sin profundísima congoja.

Un desterrado creia que aquel espacio era neutral y que allí estaba tambien su pátria. Porque, á pesar de las esperanzas contenidas en la redencion del trabajo, nuestro dolor era tan grande que algunas veces, cuando nos imaginábamos las montañas perforadas por la locomotora, el mar atravesado por los hilos del telégrafo, el telescopio del astrónomo penetrando más lejos en el abismo de los cielos y la sonda del minero ó del geólogo más hondo en los abismos de la tierra, mayor tristeza se apoderaba de nosotros, porque en esa actividad prodigiosa del trabajo nuestra vida de un dia se disipaba, como la mota de lana que se arroja en los dientes de una máquina. Sin embargo, el trabajo es creador, y su obra es la segunda creacion. Estos círculos concéntricos del cielo de la industria son la antítesis de los círculos concéntricos del infierno del Dante. Maldecid como querais la civilizacion moderna, pero antes miradla en sus obras. Si despues de haberla contemplado la maldecís, sereis tan ciegos como el ateo, que niega á Dios despues de haber contemplado una noche estrellada. Soberbia es la galería de las máquinas. Se entra por un arco de triunfo de ese hierro, que con el carbon es el grande auxiliar de la industria, lo que el oro y la plata son en el comercio. Una máquina hila, otra carda, otra teje; una inmensa torre móvil levanta los curiosos al techo del palacio; un motor alza su gran brazo de bronce que semeja la batuta de una orquesta. En cuarenta y cinco minutos fabrica una de esas máquinas un par de zapatos. Otra hace con escamas introducidas en globulillos de vidrio perlas falsas. Otra graba tarjetas con la celeridad del relámpago. A un lado

hay una máquina que fabrica á millares letras de imprenta; á otro cajistas del sexo hermoso que las componen y ajustan para imprimirlas. En cincuenta minutos la piel de un conejo se convierte en un sombrero de fieltro. Pero no nos detengamos ante las particularidades; miremos el conjunto. Ahí está Bélgica con sus máquinas de imprimir; Holanda con sus wagones; Prusia con su cañon mónstruo, tubo gigantesco por donde Bismark piensa hacer pasar los pensamientos de tantos filósofos y los cánticos de tantos poetas, para formar la unidad de la pátria; Baviera con sus bombas de hacer cerveza, esa bebida de la cual han salido los cuentos de Hoffmann; Austria con sus telégrafos de campaña ambulantes, que no han evitado sus pesadas derrotas, y sus magníficos cofres de guardar dinero, que tampoco evitarán su inminente bancarota; Suiza con sus magníficos telares; España con sus aserradoras muy dignas de estudio y sus troqueles que han inundado de medallas la Exposicion; Italia llena de maquinillas de helar el agua; Rusia que por toda máquina expone los zapatos de sus antiguos siervos, de esos verdaderos hombres-máquinas; el Oriente con sus sillas de mano, sus andas de mil colores, sus camellos y sus elefantes, sus caravanas tostadas por el sol, y sus guerreros indios, casi fajados en grandes cintas de seda, con máscaras deformes sobre el rostro, cascos bizarrísimos á la cabeza y sobre el casco una rata blanca; los Estados-Unidos con sus locomotoras que son un portento, su piano de componer que simplifica las operaciones de la imprenta, y sus calderas de vapor que se aplican hasta los usos más sencillos del hogar, hasta los trabajos de las agujas femeniles; Inglaterra llena de artefactos de todas clases y de instrumentos del trabajo de todos géneros; con su corona de favor y su pirámide de oro de la Australia; Inglaterra, nacion donde se han unido estas dos fuerzas, que se llaman la libertad del hombre y la actividad de la industria, estas dos fuerzas, cuyo alcance se ve, se toca, se puede medir materialmente, despues de haber contemplado esa magnífica galería de las máquinas que forman el ejército de la paz en el mundo.

La galería de primeras materias sigue á la galería de las máquinas. En este punto no muestra Francia ni la riqueza carbonífera de Inglaterra, ni la incomparable riqueza metálica de España. Pero pasando á la galería de tejidos, no puede darse variedad más rica de colores, ni gusto más esquisito de dibujos que los presentados por los telares franceses. Son los Ticianos, los Tintorettos del tejido. Y siendo esto cierto, no se concibe cómo las principales casas de París han podido presentar esos vestidos de señora tan chillones y abigarrados; esas telas verdes, sobre las cuales han aglomerado cintas de raso blanco, blondas de colores, bordados de hilillo de oro, y gargantillas de tal manera extrañas y tan llenas de broches y joyas, que no podrian ajustarse á la garganta de una dama sin destrozarla. Hay riquezas fabulosas, pero no iguala, no, á la riqueza de la materia la riqueza de la forma, que es el secreto del arte. Precisa decirlo; no se puede entrar en la seccion de mueblaje francés sin experimentar un sentimiento extraño de admiracion inspirado por aquellos muebles de todas épocas y de todos gustos, por aquellas estátuas de rinconera y por aquellas lámparas de cristal.

Bélgica ofrece encajes tan ligeros y tan aéreos, que parecen formados con las gasas mismas del aire. Sus esculturas en madera son muy notables, y fija la atencion un reló donde se ve á Napoleon desde la Isla de Elba á París, reló que está pidiendo otro donde se le vea ir desde Waterlóo á la isla de Santa Elena. La Prusia está por allí ostentando primero su riqueza mineralógica en grutas de sal de Silesia y en pirámides de bronces; y luego su riqueza industrial en tejidos maravillosos de lana y en admirables productos

de tierra cocida. Una de las más gratas impresiones que he tenido en la Exposicion, la debo á los acentos de un piano que tocaba sonatas de Mozart y de Weber. Esa música alemana tiene una sencillez tan encantadora, unida á un sentimiento tan profundo, que se arroba y se sumerge el alma en sus deliciosas melodías.

Estoy seguro de que el más indiferente contempla el Austria, donde involuntariamente se pára el espectador delante de aquellos cristales de Bohemia, que no tienen la trasparencia del cristal inglés, ni la elegancia del cristal veneciano, pero que en cambio tiene un colorido brillantísimo, que no parece sino que cada uno de sus vasos es un rubí ó una esmeralda vaciados como los antiguos vasos de las cenas de Neron. Pero ahí está Suiza con su joyería de Ginebra, sus encajes de Saint-Gall, sus tejidos de Zurich, sus esculturas campestres que evocan y recuerdan las églogas de los lagos y de las cabañas alpestres.

En pos de Suiza, España. Sus riquezas naturales se hallan en la severa casa del Parque, el más bello modelo de arquitectura que se ha presentado en la Exposicion. Mirad esos maniquíes; el murciano con sus zaragüelles blancos y su manta morellana y su montera de terciopelo negro, y su chaleco brillantísimo con botones de plata, y su faja carmesí, mientras la murciana al lado luce su zagalejo, que parece púrpura bordada de sedas blancas, su pañuelo de finísimo hilo cuajado de relucientes lentejuelas, sus agujas de esmeraldas que recogen la negra cabellera, y sus peines de oro que brillan, aunque no tanto como el azabache de sus profundos ojos.

Si pudiera detenerme, habia de mostrar los cuadros españoles que compiten con los primeros cuadros del mundo, mostrando que nuestra decadencia jamás ha llegado á tres artes soberanas: á la elocuencia, á la dramática y á la pintura.

En la seccion de armas tiene España sus célebres espadas de Toledo; en la seccion de vestidos, sus blondas de Barcelona y sus sedas de Valencia; en la seccion de muebles, unos magníficos embutidos, unos mosáicos de madera que son modelos de arte y de paciencia; un aparador blanco y morado y una librería que son modelos de buen gusto. En pos de España, Portugal, que brilla sobre todo en la galería de la Historia del trabajo, y en pos de Portugal, Grecia, que sólo brilla por las fotografías de sus ruinas, donde el alma de todo artista se recrea y se fortalece, como el alma de un verdadero creyente en el seno de su templo. De las regiones del Mediodía pasamos bruscamente á las regiones del Norte, sin que el pensamiento, esa grande ave capaz de surcar en un minuto lo infinito, se resienta ni de un constipado. Suecia, Dinamarca, Noruega, ofrecen sus admirables pieles, y los tipos de sus campesinos; los de las regiones polares, casi ocultos en pesados trajes y tendidos sobre rápidos trinéos; los de las regiones más dulces, vestidos de telas muy fuertes, sin ése amor á los colores vivos y esa falta de armonía en las tintas y en los matices, que es la propiedad de todas las regiones donde el sol no pinta los admirables paisajes del Mediodía. En frente de Suecia, está Rusia. Nada más extraño que el contraste que hay entre los rusos venidos de las grandes capitales como San Petersburgo y Moscow, á la sociedad de París, rusos civilizados hasta rayar en cierta degeneracion física propia de todas las civilizaciones muy maduras, rusos de una ilustracion y de una cultura singulares, y los rusos campesinos, los rusos de los bosques, los rusos de las estepas, cuyos tipos y cuyos trajes se descubren por los escaparates de la Exposicion, rusos de esa fuerza física propia de los salvajes. La exposicion rusa tiene un carácter oriental, bizantino, medio aleman y medio primitivo, que prueba la confusion de ese imperio, de ese cáos donde se están formando, para aparecer en lo porvenir, muchas naciones. Frente á frente de Rusia se dibujan ad-

mirables columnas clásicas pintadas al gusto pompeyano, que adivinó Rafael; estátuas, por cuyos lábios ha pasado el soplo vivificante de la antigua Grecia, y en cuyas frentes de mármol se refleja ese rayo de la luna espiritual, que se llama hermosura; cuadros en mosáico, destacando de su fondo de oro, especie de atmósfera luminosa, correctas figuras que expresan recuerdos del mundo antiguo é imágenes del mundo moderno; mesas de mármoles, en las cuales se hallan incrustados, formando ramilletes de una frescura y de una gracia incomparable, piedras de todos colores, lujosos espejos, artísticas copas, arañas deslumbradoras adornadas con flores y guirnaldas de chispeantes cristales; muebles, sobre los cuales se destacan en porcelanas aquellas hermosísimas diosas que nacieron á la sombra de los laureles y de los mirtos, que amamantaron á los poetas y á los escultores de un mundo nunca bastante llorado, y que todavía viven con sus coronas de espumas en las ondulaciones del Egeo y del Tirreno. Es la Italia, la bella Italia, el ruiseñor de las naciones, la musa de la historia moderna. Sus estátuas, sus muebles de lujo, sus mesas de mármol, son excepcionalmente bellas en este Museo universal del trabajo humano. El Oriente sigue, el Oriente, que se divide en tres grandes porciones. Los árabes que ostentan sus lápices, sus tejidos de seda, sus bordados de oro; sus pebeteros de ámbar, sus cogines de terciopelo, sus pipas de marfil, sus tazas de café, sus bandejas inmensas, los objetos propios de pueblos que han consagrado el cuerpo al serrallo, el alma al fatalismo, objetos empapados en esa luz del Oriente que parece como el amanecer de nuestro espíritu en los bordes del mundo.

Sigue la América; los Estados-Unidos con sus relojes de una precision matemática, sus máquinas sin rival, sus instrumentos de enseñar geografía á los niños, que hacen del mundo sideral donde se abismaban Galileo y Laplace un encantador juguete; el Brasil con sus maravillosas maderas y sus piedras de donde salen cinco condensaciones de los rayos de la luz, los topacios, las esmeraldas y los diamantes; las Repúblicas hispano-americanas del Sur con sus finas lanas; sus cacaos, sus pieles riquísimas, sus pintorescos gauchos, montados en caballos de la rapidez del viento, llevando el lazo para arrastrar al toro en la soledad de la verde y majestuosísima pampa. Cierra el círculo misterioso Inglaterra. Algunos muebles pesados, pero otros muy sencillos; máquinas de cocina propias del carácter positivo y económico del gran pueblo; pabellones góticos formados por ovillos de hilo; tejidos innumerables; calderas de todas dimensiones; artefactos maravillosos, propios de esa nacion-taller, de esa nacion-dock, de esa nacion que ha sabido unir á las fuerzas morales de la libertad, las fuerzas materiales del trabajo.

Despues de este grandioso espectáculo, ¿quién dudará del progreso? ¿quién temerá que caigamos en una reaccion sin remedio? ¿quién dejará de esperar en la santa redencion humana?

¡La naturaleza! ¿Habrá en el mundo quien aborrezca este gran todo de donde nos viene el aire, la luz, el calor? Es necesario preguntarlo hoy, porque de otros tiempos de la historia sabemos que era casi una ley de moral, una regla de conducta renegar de esta fecunda madre, á cuyos pechos mamamos todos la vida. El desamor de la naturaleza ha pasado; pero el desamor de la naturaleza ha existido en el fondo del corazon humano, capaz de todas las ingratitudes. No desamaban la naturaleza los hombres que produjeron los poemas de Hesiodo, las Geórgicas de Virgilio, los idilios de Jeocrático. Al contrario, teniéndola por el océano de la vida universal, pobláronla de génios y de dioses que entonaban, desde el fondo de los abismos hasta la inmensidad de los cielos, en una oda infinita, las alabanzas de todos los séres creados, del aire, de los colores, de la vida que á todos

los séres creados animan, esmaltan, alimentan. El desamor á la naturaleza fué propio de los duros tiempos de la Edad Media, cuando la sociedad tenia por sus dos polos el castillo y el convento. El monge daba un adios eterno al amor, á la familia, y no comprendia este grande hogar del Universo-Mundo, como decian nuestros antiguos, donde todo está regulado por las atracciones del amor y ordenado todo en séries interminables de familias: que no otra casa son los desposorios de las plantas, de las aves, el instinto general de la reproduccion, y hasta las varias maneras de reunirse que las moléculas tienen, por misteriosos procedimientos, en el seno de los minerales. La mitad, pues, de aquel mundo no sentia la naturaleza. A su vez, el guerrero, el señor feudal, que representaba otro de los lados de la vida en la Edad Media, no era para la naturaleza sino un verdugo, como no era para la sociedad sino un tirano. Aislado en las cimas de los riscos, bajaba sólo para hacer la guerra contra los pueblos, ó la caza contra los animales. Lleno de ódio, centelleando la cólera de sus ojos, armado siempre de pesadas armas, caballero en su troton de guerra, teniendo por timbre el cuchillo ó la espada, sabia que su vida infernal estaba consagrada á la matanza. Y antes de destruir pueblos, talaba campos; antes de incendiar ciudades, incendiaba bosques; antes de matar hombres, cazaba aves. Semejante al antiguo génio persa de la destruccion, el sepulcro era su mundo, el cadáver su obra, la muerte su esposa, la sangre su bebida, el ódio su religion y su númen. Imposible que una sociedad de este género llegase á comprender todos los encantos que hay en los susurros de un arroyuelo ó en los lejos de un horizonte. Imposible que una sociedad así llegase á comprender el éxtasis que hoy siente un amador de la naturaleza ante los más sencillos espectáculos, la nube que el viento se lleva; las alas del ave que se rozan en las espumas del mar; la cima de la montaña que hiende el cielo; el torrente que baja impetuoso al hondo valle, donde olvidamos nuestras penas, á la sombra de un árbol, sobre la yerba sembrada de campanillas, oyendo el zumbido de las abejas, el mugido del buey en el establo, el balido del corderillo que trisca, mientras los ojos se sumergen con amor en la contemplacion de los giros de alguna mariposa ó en las ondulaciones de las espigas, y el pensamiento se abisma en la vida universal. Cuéntase que en los tiempos últimos de la Edad Media, en una mañana de Mayo, salian de paseo dos hombres que asistian al concilio de Constanza. La aurora teñia las montañas, el rocío temblaba en las hojas de los árboles, al doble beso del aire y de la luz. Un rosal abria sus encendidas flores, y un ruiseñor lanzaba sus religiosos himnos sobre el nido de sus amores. Uno de los dos pensadores se quedó arrobado en la contemplacion de este espectáculo. Pero el otro le dijo: «Anda, anda, que todas esas bellezas son tentaciones del diablo.» Hasta donde puede arrastrar un falso misticismo, hasta ver el mal y las tinieblas en los milagros de la luz, en las fiestas de las flores, en los gorgeos de las aves, en las manifestaciones más bellas de la vida, en el seno mismo de Dios.

Este desamor de la naturaleza que tenian los hombres de la Edad Media, se convirtió más tarde en fria indiferencia. Yo no he visto nada que cause un vértigo tan grande, y que lleve al espíritu un olvido tan profundo de todo, como la caida del Rhin, cuando poco despues de salir del lago de Constanza, se despeña de una inmensa altura toda bordada por verdes viñas, abriéndose en dos blancas espirales de espumas, entre las cuales se levanta un peñasco casi negro, que esmalta el íris producido por las chispas y las nubes de vapor lanzadas á los aires del seno de aquellos torrentes, las cuales, al desgajarse rápidas sobre los abismos, retumban de valle en valle, y de monte en monte, como eterno trueno de una tempestad infinita. ¡Qué con-

trasto entre la plácida campiña y la guerra de las aguas; entre la estruendosa espumosísima catarata y el rio sereno que á los pocos momentos se encierra en su lecho de verdura sonriendo á los cielos en su azul y trasparente superficie. Pues bien; un hombre del génio excepcional de Montaigne, pasa junto á esta gran catarata sin conmoverse apenas, sin que su palabra lance ninguna de esas centellas de entusiasmo que ha despedido el génio de Heredia al contacto de las espumas del Niágara. Se necesita leer el relato mismo de Montaigne para comprender toda su indiferencia: «Abajo de Schaffhouse, el Rhin encuentra un fondo lleno de gruesas rocas donde se rompe, y más abajo aún, entre estas mismas rocas, una cortadura de casi dos picas de alta, donde dá un gran salto, que hace mucha espuma y mucho estruendo. *Esto detiene el curso de los barcos, é interrumpe la navegacion en dicho rio.*» El amor hácia la naturaleza ha tomado desde el siglo décimo-octavo una intensidad infinita. Juan Jacobo Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre, han resucitado á Virgilio. Las ciudades se han creado el campo hasta dentro de sus muros. En Francia, especialmente, ningun ciudadano se cree feliz, si no tiene una casita donde reposar el domingo á la sombra de los árboles. Yo de mí sé decir, que desde niño he tenido un culto extremo por la naturaleza. En mi infancia, cada árbol del huerto de mi casa, era para mí un amigo. Yo no me sabia ir sin despedirme, ni volver sin saludarlos. Cuando se vestian de flores, me alegraba tan locamente, como cuando me vestian á mí un traje nuevo. Cuando se le caian las hojas, cada una de ellas me heria el corazon, como si fuera una lágrima. No he vuelto á gustar bocado más sabroso que sus almendras, sus melocotones, sus albaricoques, sus crugientes racimos de uvas. En ningun cuadro he visto despues el bruñido y el relieve que á las peladas montañas del Mediodía dan la trasparencia del aire y la reverberacion de la luz, que las convierten en montañas de ópalo y zafiro. En ninguna parte he visto nada tan encantador como los bosques de enanas adelfas llenas de flores carmesíes, que crecen gallardas entre las piedras de nuestros secos torrentes. Nunca puedo olvidar los dorados haces de trigo amontonados en nuestras eras, las abejas del colmenar, los gusanos de seda que hilaban las finas hebras en el desvan, las uvas que rodaban sobre las tablas del lagar, las horas de las siestas en que bajo el tórrido calor del sol, todo callaba ménos la cigarra, las noches de la primavera y del estío con las músicas de los ruiseñores ó de los grillos, ó el despuntar de la mañana en los celestes horizontes del Mediterráneo. Y cuando muchas veces, evoco mis recuerdos más sagrados, y veo al pié de las alamedas de granados, la imágen adorada de mi madre, santa mujer, que entre sus virtudes tenia el amor á los campos, como la caridad por todos los infortunios, me parece que en esas líneas interminables del valle, quedan más que en mi corazon desolado las sombras de todo cuanto he querido y he respetado sobre la faz de la tierra.

Mas para escribir del jardin de la Exposicion ¿se necesitan todas estas reflexiones? Para hablar de sus estufas, de sus flores, ¿se necesita mojar la pluma en las lágrimas de tristísimos recuerdos? Voy pareciéndome al mal poeta que comenzó la relacion de la guerra de Troya por el huevo de donde salió Leda. Y despues de tanto disertar, se me ha olvidado recordar estas cuatro líneas que habia al frente de una comedia de Moliere: «El teatro representa un sitio campestre, y sin embargo, agradable.» ¿Y sabeis á qué atribuyo esta especie de repugnancia invencible á entrar en materia? Á lo rebelde que es nuestra frágil naturaleza. El cumplimiento de todos sus deberes le disgusta. Me he impuesto hoy como un deber, escribir sobre el Jardin de la Exposicion, y de todo se me ocurre hablar ménos del jardin. Vamos á él. Despues del ruido de tantas máquinas, de la vista de

tantos artefactos de la industria, como nada se puede comparar al efecto que en nosotros producen los contrastes, agrádame reposar en el jardin, donde los prados extienden su aterciopelada verdura y las flores levantan sus matizados cálices, y las cascadas se desprenden de los riscos, y las plantas parientarias se agarran á las piedras, y las palmeras se cimbrean en los aires, y los peces nadan silenciosos en el fondo de las aguas, y las aves ostentan sus plumajes á la luz, y un aroma incitante se eleva de los montones de rosas y de los blancos cogollos, digámoslo así, de las olorosas magnolias. Para comprender cuán maravilloso es el jardin, se necesita haberlo visto como yo lo he visto, antes de la apertura de la Exposicion. Ya no me extraña que el sueño de Fourrier se cumpla. El gran fundador del Falansterio, queria que el agua del mar se convirtiese en limonada, y el desierto de Sahara en el jardin del Globo. Si en pequeño ha podido una ciudad hacer del árido Campo de Marte un jardin como este, en grande pueden hacer todos los pueblos su jardin hermosísimo del desierto de Sahara. Una inmensidad de árido pedrusco, la Arabia petréa en París, en este París, cuyos alrededores son tan bellos, eso era poco antes de abrirse la Exposicion, la parte reservada al jardin. Y ahora hay estufas, pabellones, montañas, bosques, laberintos, puentes, ria, cascadas, estátuas, surtidores, peces de mar y peces de agua dulce, moviéndose á la vista de todo el mundo; y desde el pino que mantiene en sus verdi-negras ramas la nieve de los Alpes, hasta la caña de azúcar madurada por el sol ardiente de los trópicos.

La jardinería es un grande arte en Francia. Bien es verdad, que Hegel, ese génio sintético, abrazaba en su estética desde las concepciones del pintor hasta las líneas que traza el jardinero. Mas el arte de la jardinería ha cambiado mucho desde el siglo décimo-séptimo en que lo llevó Le Notre, bajo la mano de Luis XIV, á tan extraordinario esplendor. Entonces se queria ver, especialmente por los poderosos del mundo que hacian los grandes jardines, la naturaleza sometida al hombre, ó mejor dicho, la naturaleza sometida al Rey. Así es que el despotismo llegaba á recortar, alinear, oprimir la creacion. La fórmula: «El Estado soy yo», se imprimia en los troncos del bosque. Un jardin era un salon. Las plantas y las flores no podian faltar á la etiqueta, los árboles debian vestir uniforme. El jardinero los arreglaba de una manera bastante análoga á la que el peluquero usaba para arreglar la enorme peluca del Rey. Grandes terrazas, alamedas interminables, árboles recortados caprichosa, pero uniformemente, estátuas que parecian centinelas, cisnes que parecian cortesanos, fuentes alineadas que parecian escuadrones de mosqueteros, la regularidad artificial, nunca la vida. Ahora, el arte de jardinería francesa prefiere la línea curva, la línea de la sorpresa, la línea del misterio. Los canales no son rectos, sino tortuosos. Sus bordes no son de mármol, sino de verdura. Los árboles no están alineados, sino caprichosamente esparcidos, cual si nacieran á su arbitrio. La cascada no sale de tritones fabulosos, de dioses mitológicos, sino de riscos donde se mecen las plantas selvátivas. Se quiere mucho la decoracion, se busca mucho el efecto, se procura que parezca el jardin un tanto teatral; pero no se fuerza á la naturaleza á imitar al hombre, sino al hombre á imitar la naturaleza. La igualdad natural reina, sino la libertad, donde antes reinaba el despotismo cortesano. Pero yo, que amo con tanto delirio la naturaleza, no amo los parques ociosos, los jardines inmensos que nada producen. Me gustan ver los campos de trigo y los bosques de olivos y las ópimas viñas y el surco abierto por el arado, y la yunta, y el establo, y el corral de ganado, y la cabaña humeante, y la vida que sale á borbotones del seno de la naturaleza, que fecundada por el trabajo, mantiene en la abundancia y en la alegría á los buenos labrado-

res. Pero esos bosques inmensos, de leguas y leguas, que rodean un grande palacio á veces inhabitado la mitad del año, y que por todo labrador tienen algunos guardias con uniforme, parécenme bosques-eunucos, tristes como la ociosidad, raquíticos como el vicio, embusteros como las esperanzas cortesanas, que diria el elegante Rioja. En el campo es el trabajo como la salud, como la robustez, como la limpieza en el cuerpo. Y hay más poesía en un lagar que en una estufa. Las geórgicas de los jardineros podrá escribirlas un artificioso Delille; pero las geórgicas de los campesinos, de los seri-cultores, de los labriegos, de los pastores sólo podrá escribirlas ese divino hijo de los pastores que se llama Virgilio.

Desde luego la horticultura y la floricultura son grandes industrias. En Europa, y sobre todo en Inglaterra, han llegado á un extraordinario poder. Allí, donde el sol no exparce su azúcar en las frutas, su aroma en las flores, el arte sustituye la vida y el calor con los medios propios del trabajo. La Prusia tiene grande habilidad tambien para la jardinería, segun demuestra el espacioso parque, reservado á manifestar el esplendor de sus flores y los recortes de sus praderas. Para el adorno de los jardines ofrece Italia. porcelanas, columnas de barro cocido, estatuillas, jarrones, todo de formas admirables y de brillantísimos colores. Tambien el Austria, tiene en medio del parque, trofeos de todos estos preciosos objetos, adornos de fuentes y estátuas de jardin. Los belgas han brillado de una manera casi excepcional en el cultivo de las flores. No puede darse un espectáculo más bello que el de aquellas campanillas de todas formas y de todos colores, tachonadas de puntitos de variadísimos matices, y con los cuales encantan y alegran la vista. Bajo unos quitasoles de varios colores, hay tantas dalias, tantas camelias, tantas capuchinas, tantas violetas, tantas margaritas, que parecen materialmente mullidos lechos de flores. Los más grandes árboles han sido trasportados aquí, cual si no tuvieran raíces, cual si fuesen objetos de salon. Hay de esta suerte, sobre estos antiguos desiertos, plantados en un dia, castaños de proporciones colosales, magnolias que derraman su olor en los aires, pinos alpestres que resisten con noble porfía la feroz guerra del tiempo. En punto á estufas, hay muchas y de muy varias dimensiones. La principal ha sido construida por Mr. Dormois. Un pequeño lago se extiende al pié de una quebrada montañita. Las plantas alpestres bordan su pié y de su cima se precipita una bullidora cascada. Este es el pedestal de la grande estufa. Precédela un salon de honor construido con maderas doradas, sobre las cuales descansan grandes tapices de terciopelo verde y carmesí recamado de riquísimos flecos. En el suelo bordan las flores, en íris vegetales, caprichosos dibujos. En el centro, una fuente de bronce, cuya arquitectura es deliciosísima, y cuyas estátuas son de verdadero mérito, lanza á los aires en varios surtidores sus sonantes aguas. En el interior milagros de vegetacion verdaderamente increibles. La naturaleza se hermosea cada dia más á los conjuros del arte y á los esfuerzos del trabajo. Su seno se abre como para abrigar próvida á todas las generaciones, que la buscan. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendita sea la naturaleza! ¡Bendita la libertad y bendito el trabajo!

---

# CAPITULO LX.

## PROBLEMAS SOCIALES EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Es el obrero, el pobre obrero, eomo el cooperador en la obra divina del Universo. Por esto, los frutos del árbol que ha plantado con su mano, y regado con el sudor de su frente, no deben eaer podridos sobre la tierra feudal, sino servir de alimento á él y á su familia, que en esta gran colmena de la industria elaboran la miel de la vida, Y para resolver el problema de aumentar los frutos del trabajo y aumentarlos en bien del trabajador, habia en el eertámen de la Industria universal una seeeion entera donde se trataba de las cajas de ahorros, de las sociedades de seguros, de las asociaciones obreras, de la relaeion entre el capital y el trabajo, del reemplazo de las máquinas á la mano de obra, y de las soeiedades eooperativas; de ese nuevo mundo, en el cual parece como que se encuentra la solucion al eomplieado problema social de nuestro tiempo. Los dias de la utopia han pasado. Hoy seguramente no existe en el mundo quien crea neeesario, para busear el bien de los más, atropellar la propiedad de los ménos. Hoy todo el mundo sabe que uno de los derechos fundamentales, uno de esos derechos, sin los que se imposibilita toda sociedad, es el derecho saeratísimo, natural, de la propiedad. Hoy no existe tampoeo quien erea que la asociacion es omnipotente hasta para trastornar las leyes del mundo físico, que á sus eonjuros, la tierra va á eeñirse una diadema de auroras boreales, el mar á perder su sabor amargo, el polo á fundir sus nieves en eelestes y reposados lagos que retraten las estrellas, y el eielo á floreeer eon el soplo de una nueva creaeion, hasta eolgar siete lunas con los siete colores del prisma, un íris eósmieo en las noehes de nuestro planeta.

Pero todo el mundo ve que sin tocar los dereehos ineuestionables de la propiedad, y sin desvariar en las regiones utópicas, se pueden aumentar los goees y los rendimientos del trabajo. Gobiernos tan eonservadores eomo el gobierno francés, políticos tan sesudos como el gran ministro de Prusia, naciones tan práetieas eomo Inglaterra presentan en la Exposicion numerosas memorias, numerosos modelos, notas, cuentas, ensayos de soeieda-

des cooperativas, cuyo objeto es resolver el problema de dar al trabajador participacion en la propiedad de su trabajo. Estas memorias, estas notas, estas admirables estadísticas no se ven, cuando se entra en la Exposicion, y sin embargo, componen toda la décima clase. La grande reforma se oculta en volúmenes en fólio que nadie hojea, pero en esos volúmenes en fólio está, como en la semilla encerrada en el campo, el pan de muchas familias.

La sociedad cooperativa tiene por objeto principal convertir al trabajador en propietario. El medio único que el trabajador tiene de allegar algunos capitales, indudablemente es su crédito personal. El único medio de tener crédito personal el trabajador, asociarse á sus compañeros, para lograr que todos sean fiadores del crédito de cada uno. Hé aquí con estos sencillos medios resuelto el problema capitalísimo, el problema que encierra en su seno el mundo del porvenir. La rica ciudad de Rochdale en Inglaterra ha sido levantada de esta suerte; es una ciudad de trabajadores. Y en ninguna parte la propiedad está mas segura, porque en ninguna parte el trabajo es más libre. Una de las necesidades más urgentes del trabajador, es tener un abrigo contra las inclemencias de la naturaleza, un santuario de sus amores, un refugio de su vida, un templo donde pueda poner ese altar del corazon, que se llama la cuna de sus hijos, ó esa religion de la vida, que se llama el hogar de sus padres. La casa, la casa; hé aquí la primera necesidad del hombre. El ave del campo busca el follaje, y allí como un arquitecto, construye, y como un escultor, cincela el hogar de sus pequeñuelos, que cubre con las plumas de sus alas y encanta con sus gorgeos y sus trinos de amor. El más débil entre todos los animales, el hombre, necesita tambien un nido. ¡Qué preocupacion tan grave es en la vida del trabajador el mes de la casa! ¡Qué perturbacion en sus operaciones económicas este gran tributo! Y las ciencias sociales, ¿no han de tener algun medio de levantar una casa cómoda, ventilada, económica para el trabajador? Hé aquí uno de los problemas expuestos en el gran certámen del trabajo; un problema, de cuya solucion penden otras muchas soluciones importantes. Pero no olvidemos que en la vida nada se puede constituir fuera de la série, de esa ley que es un organismo de las ideas tan preciso, tan matemático y tan fuerte como el organismo de los cuerpos. Las más fáciles de las sociedades cooperativas, son las sociedades para el consumo. Prestarse apoyo y crédito unos trabajadores á otros, para adquirir los objetos de primera necesidad, es casi casi el rudimento de la cooperacion. Lo más difícil es la sociedad cooperativa para la produccion. Prestarse apoyo, crédito para emprender una grande industria, es gravísima, y á primera vista insuperable dificultad. Cuando la operacion tiene por objeto producir un inmueble de venta difícil ó de venta costosa, como es una casa, los obstáculos á la solucion del problema cooperativo se acrecientan de una manera formidable.

Y sin embargo, el milagro está en la Exposicion universal, á la vista de todo el mundo; allí se ve la casita del trabajador, elegante, ventilada, con dos pisos, con su ancha cocina, con su sala de recibo y comedor, con su sencilla, pero cómoda escalera, con sus gabinetes y alcobas, todo admirablemente pintado y empapelado, que por once mil reales de gasto, empleados en procurarse desde el terreno hasta la teja, puede ser en París mismo, en la capital del mundo, donde el suelo es tan caro, la propiedad eterna de una familia de trabajadores. ¡Cuánto no hemos caminado á pesar de la lentitud con que marcha el mundo social, segun la cuenta de nuestro deseo, desde la habitacion encerrada en las entrañas de la tierra, con un agujero para dejar paso á la columna de humo y al pálido reflejo de la luz, habitacion donde la familia vive confundida en la miseria con los animales do-

inésticos y de labranza; cuánto no hemos caminado, decia, desde esta habitacion que parece la madriguera del conejo ó la pocilga del cerdo, hasta la habitacion sana, espaciosa, graciosísima, de la cual habia un modelo en la Exposicion, y que puede, por medio de las asociaciones cooperativas y del crédito personal nacido de estas asociaciones, llegar á ser, no ya del arrendamiento, sino de la propiedad del trabajador! La arquitectura es una de las bellas artes que más obligan á la meditacion y al estudio. La arquitectura es respecto al espíritu humano, como la creacion, como el Universo respecto al espíritu divino. La arquitectura es el arte en que lo verdadero, lo bello y lo útil se identifican en maravillosa unidad. El problema de acercar el arte á la industria, que no ha podido resolver este nuestro siglo industrial por excelencia, lo resolvió hace tiempo la arquitectura. Nada más útil, nada más acomodado á las primeras necesidades de la vida que el hogar, cuyo principal objeto, cuyo único objeto es servirnos para albergue, un fin tan restringido á la esfera material, utilitario; y sin embargo, sobre esos edificios, el cincel, el buril, el pincel, la inspiracion misma del arquitecto ha levantado un mundo de inspiraciones, de bellezas, como las que vemos en las espirales de la Alhambra ó en los intercolumnios del Parthenon. Nuestro siglo no es siglo arquitectónico. Si algo agradable á la vista se ha construido, es en arquitectura rural, en casas de campo, donde el espacio es mucho, y donde los surtidores que se levantan al cielo, y los árboles que proyectan sus sombras en la tierra, y los muros de verdura, y las pintadas flores ayudan á los efectos arquitectónicos. Cuando yo veo que París ha sido en pocos años casi destruido y reedificado, sin que de tantos edificios nuevos, de tantas largas calles, de tantas obras colosales y casi monstruosas, resulte una sola de arquitectura agradable, casi desespero de la suerte de este arte, que desde las Pagodas hasta las Pirámides, y desde las Pirámides hasta los Arcos Romanos, y desde los Arcos Romanos hasta las agujas góticas, ha dejado sobre las ruinas de las edades, como faros construidos en los escollos, la luz del espíritu de los siglos pasados, inextinguible en medio de la muerte universal, perenne y fija al lado de la universal trasformacion y del incesante movimiento. Y no tenemos arquitectura, porque todo arte necesita una fé y toda fé necesita una idea. Y nosotros hemos nacido en la penumbra de dos edades, en esos momentos en que lo antiguo no ha anochecido del todo, ni levantádose la aurora del nuevo dia en el Oriente del porvenir. Y tales épocas de la historia son épocas de trabajo, de lucha, de pelea, donde se encuentran y chocan ejércitos que caminan á tientas, en la sombra, sin llegar á distinguir muchas veces el amigo del enemigo. En tales épocas no florece la arquitectura, y puesto que no podemos aspirar á tener ni una Agora ni un Foro, aspiremos á tener casas baratas y cómodas para los pobres trabajadores. La baratura de estas habitaciones consiste, segun el arquitecto que ha dado un brillante informe, en la supresion de puntos de apoyo en mampostería á largas distancias, en la supresion de paredes maéstras, en el empleo de columnas fundidas para todos los puntos de apoyo verticales, en la combinacion del ladrillo y de la madera para los pisos y los techos, de tal suerte, que sin grandes dispendios, ni el frio ni la humedad puedan penetrar en la vivienda, cada dia más hacedera por los medios infinitos de construccion que porporciona la manera admirable con que hoy trabajamos el hierro.

Y América, por ejemplo, no comprenderá la inmensa importancia que damos aquí á esta cuestion, hasta el punto de convertirla en una cuestion social. En el Norte se levanta una sociedad jóven, libre, á la cual sobran recursos para vivir y extenderse en esa admirable progresion que es el espanto y la envidia de las naciones caducas. En el Mediodía parece

que la naturaleza entera es la habitacion del hombre. A pesar de los ardores del Trópico, y de las nubes de insectos por esos ardores engendrados; en medio de esa naturaleza exhuberante, donde alegran la vista el colibrí y el ave del paraiso que parecen durante el dia ramilletes de piedras preciosas, y por las noches las luciérnagas volantes, que semejan estrellas, venidas á bañarse en las húmedas exhalaciones de las selvas vírgenes; en esa naturaleza donde se oye desde la vibracion del insecto hasta el grito del papagayo, y desde el grito del papagayo hasta el coro inmortal de los sinsontes, el hombre no podia estar privado de recursos en medio de tanta vida, y con los juncos se forma una estera, con las plantas parásitas una hamaca, con los troncos de los árboles gigantescos una casa. La América es una region demasiado grande; un teatro inmenso preparado por Dios para una epopeya gigantesca, cuyos albores se ven hoy en la libertad civil de sus florecientes ciudades y en la libertad salvaje de sus inmensas pampas. Pero en Europa, en esta tierra de los recuerdos, donde las ciudades parece que van á ser devoradas por los cementerios, y los campos por las ciudades, la cuestion de las habitaciones ¡ay! es una cuestion inmensa, como es una cuestion inmensa el trabajo, como es una cuestion inmensa la poblacion, problemas que se resuelven fácilmente donde hay tanto espacio para escribir los términos del problema como en América.

La sociedad cooperativa inmoviliaria de París admite hoy dos categorías de asociados: 1.ª los que podrán dar los tres mil francos á que sube el costo de la casa en el momento, y á estos los hace á tan poca costa propietarios; 2.ª los que no podrán tener reunida tal cantidad, y á estos les concede la misma facultad de ser propietarios, exigiéndoles un tanto de su jornal á la semana, en el plazo de treinta años. Los gobiernos pueden auxiliar indirectamente el gran movimiento cooperativo, primero, reduciendo los impuestos para que el trabajador no se vea obligado á dar al Erario la mitad del pan que debe llevarse á la boca: segundo quitando tantas y tantas trabas fiscales, como imposibilitan la baratura de las primeras materias, que ha de traer en un porvenir no lejano el cambio universal. Toda semilla es pequeña. En el hueso del dátil se encierra la palmera que ha de alimentar á muchas familias con sus dulces frutos y ha de ornar el horizonte con su corona de sonoras palmas. En estos ensayos cooperativos se encuentra la semilla de la extincion de la miseria, de ese problema que todas las ciencias van buscando en sus fórmulas y todas las industrias realizando en sus máquinas.

Hay en esta misma parte de la Exposicion universal un gran tapíz, que los ingleses han tejido en sus gigantes máquinas. En el centro del tapíz se ve Jesús, de cuyos lábios sale la divina palabra de Paz á los hombres. A los dos lados están los doce apóstoles que llevan, quién el buril, quién la escuadra, quién el compás, los instrumentos del trabajo. Parece que despues de haber conquistado en sus maravillosos viajes, en sus santas peregrinaciones, en sus martirios santísimos el mundo del espíritu y el cielo de la verdad, se aperciben á conquistar el mundo de la industria y el cielo del trabajo, que tambien necesita, apóstoles, redentores y mártires.

# CAPITULO LXI.

## LOS PREMIOS Á LOS EXPOSITORES Y LOS CASTIGOS AL CÉSAR.

Celebrábase el 1.° de Julio de 1867 grandiosa fiesta, para distribuir los premios ganados por los industriales que en la Exposicion acababan de presentar sus maravillosos productos. Empecemos por saludar con todo el ardor de nuestra alma la gran fiesta, cuyo único objeto ha sido la apoteosis del trabajo, de esa fuerza que, coadyuvando á las fuerzas creadoras de Dios, siembra la virtud en el espíritu y la vida en la naturaleza. Grande, en verdad, era la idea que yo me habia formado anticipadamente de este espectáculo; pero puedo decir que la realidad ha excedido á la imaginacion. No tenia el nuevo Circo de la Industria espacio á tal ceremonia suficiente, y se habilitó el antiguo palacio de la Industria, construido en 1854. Este palacio presentaba, para tal espectáculo, uno de los mayores salones que hay en el mundo, un salon amplísimo, en el cual cabian holgadamente más de veinte mil espectadores. Mucho nos queda todavía que andar para que el trabajo reciba el honor y la recompensa que le son debidos; pero mucho hemos ya andado. La concepcion sobre la cual se levantaba el mundo antiguo y el mundo de la Edad Media, era que teóricamente el trabajo es un mal, y que prácticamente el trabajo es una indignidad. Hoy el espíritu de la historia, la idea fundamental de la civilizacion puede decirse que ha cambiado por completo. Empiézase dándole honor al trabajo y se acabará por darle al trabajo su derecho. El mundo industrial está en Europa en su período de lucha, y está en América en su período de organizacion; le falta aún el tiempo necesario y las victorias brillantes, para entrar en el período del arte, en que no entró el mundo pagano, sino despues de cinco ó seis siglos de existencia, ni el mundo cristiano, sino despues de trece siglos de lucha. Toda grande forma social necesita que el tiempo convierta sus orígenes en sagrados y su historia en epopeya, para entrar en los cielos del arte. Si hubiéramos tenido un pintor cíclico del siglo XIX, trazara para este dia un maravilloso lienzo, ó un maravilloso fresco, que viniera á representar un período de la historia moderna, como la épica pintura trazada

por Miguel Angel en la Capilla Sixtina, cuando espiraba el mundo de la Edad Media, representa el testamento de este misterioso tiempo, en aquellas explendidas figuras, que todavía exhalan el *Dies Iræ* de la desesperacion y del terror. Un pintor podia haber trazado entre sombras, sobre mares de lágrimas, el infeliz que los sacerdotes indios sacrificaban á sus implacables dioses; el ilota ébrio que los lacedemonios ofrecian como ejemplo de horror á sus hijos; el vencido de la antigua Roma que los señores de la tierra cazaban en las selvas, para divertirse con su agonía sobre la arena de los circos, ó descuartizaban para alimentar los peces de sus estanques; y en un Sinaí fulgurante, á cuyo pié lucharan en espesa nube las tempestades de las guerras que registra nuestra historia y á cuya cima asomara la luz expléndida del nuevo dia, las legiones de los trabajadores, dominando con la locomotora la tierra, con el barco del vapor el mar, con el montgolfiero el aire, acercando con sus telescopios el cielo, y á sus plantas, quebrantada la serpiente de la miseria, y sobre su frente, en colores más vivos que los adivinados por Murillo, para hacer resaltar sus personajes celestiales, la atmósfera llena de vida, la luz espiritual, la luz increada, más hermosa que aquella primera nacida de la palabra de Dios sobre la creacion inmaculada, la luz de la libertad, que viniera á extender sus resplandores sobre esta apoteosis del derecho.

El dia primero de Julio fué el destinado á la ceremonia. Amaneció esplendente como pocos, muy pocos dias del año. Estamos en pleno mes de Julio y rara vez podemos ver el sol, ese bello sol que hace sonreir á las flores y cantar á las aves. Yo tengo tanta necesidad de luz, que saludo como un dia fáusto, como un dia de buen agüero aquel en que la luz brilla. Bajo un cielo expléndido, entre hileras de verdes árboles á cuyos piés se elevan caprichosas fuentes, que semejan fantásticos cisnes; no lejos del Sena cuyo color de hiel se ha mejorado convirtiéndose en verde claro, desde que no lo azotan las lluvias del invierno, en los Campos Elíseos, que de un lado limita la plaza de la Concordia con sus fuentes, sus candelabros, remedos de las antiguas columnas romanas, sus estátuas, y los majestuosos jardines, en cuyo fondo se descubre el sombrío palacio de Catalina de Médicis; y de otro lado limita el severo, el magnífico arco de la Estrella; en los Campos Elíseos, decia, se levanta el palacio de la Industria, que no es una maravilla arquitectónica, pues peca de monótono y de pesado, pero que es grandioso y tiene un salon, en el cual solamente podia acomodarse bien la inmensa multitud, venida de todos los puntos de la tierra á ceñir una corona de laurel á ese glorioso eterno vencedor de la miseria, que se llama el génio del trabajo. Precisa que mis lectores se formen una idea del salon donde la ceremonia se celebraba, y no hay más medio que dar las dimensiones precisas. Tiene ciento noventa y dos metros de largo, cuarenta y ocho metros de ancho, y treinta y cinco metros de alto. Desde un extremo se descubre el otro extremo, entre esos vapores y esas mezclas de líneas y de objetos que dá la luz á las largas distancias, no muy asequibles á nuestra mezquina vista. La inmensa y vistosísima muchedumbre, allí aglomerada, parecia un tapíz de raros matices y colores, pero un tapíz al cual comunicaba el movimiento la variedad de un cuadro disolvente. El salon es materialmente indescriptible. En el foco izquierdo de la elipse, mirando al Sena, estaba colocada la orquesta. A pesar de los mil músicos sonaba como una orquesta ordinaria en la inmensidad de aquellos espacios. A la derecha veíase la escalera por donde habian de bajar los expositores, escalera toda cubierta de paño blanco que semejaba una cascada, y toda ceñida y festoneada de macetas de flores. Al fin del eje más corto, frente á frente del Sena, se levantaba el sólio destinado al Empe-

rador y al Sultan, todo adornado con magníficas cortinas de terciopelo carmesí bordadas de oro, que descansaban sobre columnas doradas, y que estaban recogidas á los dos lados por magníficos escudos guerreros en el gusto del Renacimiento, los cuales brillaban en el fondo oscuro como dos planetas en las sombras de la noche. En la línea central se levantaban los diez trofeos, conmemorativos de las diversas secciones de la industria, estátuas, telas vistosísimas, instrumentos de agricultura, máquinas, telescopios, relojes, todos los signos de las victorias del hombre sobre la indómita naturaleza. Una guirnalda jigantesca de flores innumerables, un íris vejetal bordaba todos los pies del salon, y ceñia los grandes trofeos, como un beso que la naturaleza daba á su dominador, á su vencedor el trabajo. Entre esta guirnalda jigantesca de flores, que por su extension hubiera podido cubrir el pié de una montaña, y las primeras líneas de asientos, se extendia un ancho espacio destinado á paseo, por donde discurrian los tipos de casi todas las naciones, los representantes casi de todas las razas de la tierra. Desde este punto hasta el pié mismo de una galería, que podríamos llamar una série de palcos, se extendian unas diez mil butacas, para otros tantos espectadores. La galería ostentaba en los antepechos colgaduras de terciopelo carmesí, y de arriba abajo grandes cortinas, todo resplandeciente de bordados de oro. En esta galería, se levantaban otras diez mil butacas, para otros diez mil espectadores. La techumbre es una inmensa bóveda de cristal. Para templar la luz demasiado viva, habíanse colocado bajo los cristales unos paños blancos por rayas verdes cortados á intervalos, y sembrados todos de estrellas. En la línea de los palcos brillaban, recogidas por trofeos, las banderas de todas las naciones del mundo; y de la bóveda caian oriflamas verdes, azules, blancas, rojas, amarillas, sembradas de estrellas de oro que flameaban sobre la cabeza de la muchedumbre. ¡Qué bello, qué extraordinario espectáculo! La luz templada, cernida admirablemente; las ligeras oriflamas arriba, y los voluminosos trofeos abajo; las guirnaldas de flores de mil matices, formando un jardin en el suelo, y las grandes colgaduras de terciopelo carmesí, formando un inmenso salon de corte; por el paseo que por entre las flores y los muros del salon se extendia, los representantes de todas las naciones, los ediles de Lóndres con sus túnicas rojas recamadas de pieles de armiño, los turcos, vestidos de levitas azules y gorros colorados, los húngaros, con sus botas de montar, su manto de terciopelo negro, su calzon corto bordado de oro, y sus retorcidos sables orientales; los egipcios arrastrando sus blancos alquiceles, semejándose á evocaciones de un mundo destruido, los chinos, bocetos informes de la raza humana, envueltos en crugientes sedas de un lustre inimitable que les dán el aspecto de orientales ídolos animados y vivientes; y en la inmensa gradería, quince mil espectadores, los hombres vestidos rigorosamente de negro, las señoras, vestidas de seda de todos colores, envueltas en vaporosos encajes, ostentando en las cabezas ricas flores y abriendo y cerrando con voluptuosa coquetería sus ocho ú nueve mil abanicos de todos matices, que renovaban el aire y parecian bandadas infinitas de mariposas, discurriendo con sus brillantes alas abiertas sobre aquellas flores vivientes, vasos de bendicion donde ha depositado Dios la miel de todas las inspiraciones, el secreto de todos los amores, con la doble mágia de la hermosura y del arte, y que, por lo mismo, son el adorno más sobresaliente de todos los grandes espectáculos.

A las dos en punto aparecen el Sultan, el Emperador y la Emperatriz, el Príncipe Imperial, el heredero del trono de Inglaterra, el heredero del trono de Prusia, los Príncipes de las familias de Bonaparte y de Murat, los Príncipes de la familia turca, la Princesa Matilde, la Princesa Clotilde, la Gran Duquesa

de Leugtemburgo y no sé cuántos magnates más. Es el dia siguiente al de la llegada del Sultan, y todavía excita la curiosidad. Es la primera vez que el dueño de Constantinopla deja los encantados jardines del Bósforo, para venir á las tierras de Occidente, á las cuales no hubieran jamás venido sus predecesores, sino llevando en una mano la cimitarra y en la otra el *Korán*. Débil, heredero de todos los vicios del islamismo, con el peso del dogma mahometano sobre la conciencia, con un Imperio disuelto á los piés, sombra de un cadáver, todavía es para los franceses el que impide á la temible barbarie moscovita llegar hasta Occidente, y para los ingleses el atleta que tiene abierta la ruta de las Indias. Yo le miraba, y unia á su presencia los recuerdos de mi pátria. Yo recordaba que nosotros retardamos medio siglo la caida de Constantinopla en su poder, grabando las barras aragonesas en el Monte Tauro y en el Eta; que nosotros impedimos al turco extenderse por todo el Mediterráneo, convertir el mar de la civilizacion en estanque de sus serrallos, cuando sepultamos sus escuadras en las hirvientes aguas de Lepanto, donde perdió una mano el mayor entre todos los escritores; y reuniendo á estos recuerdos mi fé en la justicia y mi esperanza en los triunfos del derecho, acordábame de esos pobres candiotas, víctimas de la más implacable persecucion, que nos tienden los brazos desde las hogueras de su martirio y que mueren por arrancar la media luna á la Basílica de Constantino profanada, y por proclamar el dogma de la libertad en esas bellas costas griegas, hoy convertidas en ponzoñosas y estériles por el soplo letal del fatalismo. Por más que su representante venga á París; por más que baje la frente coronada por la diadema de Mahomet ante el pensamiento libre y el trabajo; por más que presencie fiestas como la fiesta de la Industria, no tiene remedio; el *Korán* es de esos libros que mueren y no se renuevan; la Turquía es de esos pueblos que perecen al contacto de la civilizacion, como perecen al contacto de la luz y del aire los enfermos y pálidos engendros de las sombras. Ese Sultan, á pesar de su traje europeo, con el cual ha burlado la natural curiosidad de los parisienses; á pesar de sus viajes y de sus visitas, muestra bien claramente en aquella su fria indiferencia, en aquella su impasible actitud, que la idea, de la cual es representante, idea con artificios sostenida por Francia é Inglaterra, tiene toda la rigidez de la muerte.

Prosigamos describiendo la bella ceremonia. Poco antes de que el Emperador y su córte vinieran, fueron apareciendo los principales premiados en cada grupo. A su cabeza llevaban su respectiva bandera con las insignias de su trabajo, instrumentos de sus luchas, principal causa de sus gloriosísimas victorias. Aquellos eran los ejércitos de la paz, y sus banderas las oriflamas de las únicas guerras posibles en el porvenir. Aquellos hombres modestos habian hermoseado la vida y no habian derramado la sangre que esteriliza la tierra y siembra la peste en los aires sino el acre sudor de sus frentes, más fecundo que la lluvia de los cielos. Un saludo respetuoso honraba cada grupo. Una emocion profunda se sentia en aquel público. Hubiéranse podido contar los latidos del corazon de los veinte mil espectadores. En tal emocion habia un presentimiento. El mundo de la guerra se iba como una sombra, y el mundo del trabajo venia como una aurora. Cuando el Emperador apareció, la orquesta entonó el himno de Rossini. Toda la prensa ha criticado acerbamente la cantata del gran maestro, el cual personifica una revolucion artística en nuestro siglo. Confesemos que el himno de *Rossini* no es ni como la plegaria de *Moisés*, saliendo libre de Egipto, ni como el cuarteto de *Guillermo Tell*, fundando la libertad de Suiza en el divino altar de los Alpes. Por muy escéptico que en la vida privada sea el maestro, para remontar el vuelo á las cimas del

arte, necesita alas, y las alas de su génio han sido siempre la fé y la libertad. Esa poesía, sembrada de cánticos de no sabemos qué especie de pontífices, que no pertenecen á ninguna religion; cortada por los coros de las cantineras; invocando la guerra en la fiesta de la paz y disponiendo, como de instrumentos principales de los cañones y de los obuses, no podia ser de ninguna suerte una inspiracion feliz. Rossini con otra letra hubiera tal vez compuesto otra música. Sin embargo, en algunos de aquellos grandes *crescendos* se descubre siempre el génio inmortal de las brillantes armonías. El águila ha dejado impresas, en ésta como en todas sus obras, las señales de sus garras. Concluido el himno, Mr. Rouher leyó el discurso en que referia las dificultades vencidas, los resultados obtenidos. El palacio ocupa cuarenta hectáreas; el peso de los productos expuestos asciende á veinte y ocho mil toneladas; los caballos de vapor que mueven las máquinas son más de mil; los grandes premios, sesenta y cuatro; las medallas de oro, ochocientas ochenta y tres; las medallas de plata, tres mil seiscientas cincuenta y tres; las medallas de bronce, seis mil quinientas sesenta y cinco; las menciones honoríficas, cinco mil ochocientas una, y sesenta mil los expositores. El Emperador pronunció en seguida, con voz muy sonora y acento muy firme, su discurso. Los periódicos ingleses decian que el primer orador de discursos oficiales en Europa era el Emperador Napoleon. Pero lo que no dicen los periódicos ingleses, por razones de mí desconocidas, es si debia tal habilidad á sus dotes naturales ó á la altísima posicion que ocupaba en Europa, como jefe de un pueblo tan grande y dueño casi de decidir de sus destinos en los momentos supremos de su vida. La palabra de Napoleon resonaba, mucho más que ninguna otra palabra en el mundo, por el tornavoz que formaba su inmenso trono y por el silencio que guardaba su dócil pueblo. El discurso tiene razon, cuando dice que la Exposicion es una maravilla, y que merece el título de universal por los productos que la componen y por los pueblos que la sustentan, y que es una innovacion felicísima el décimo grupo, destinado á estudiar los medios de resolver el problema de la miseria y de elevar á la instruccion al proletariado; pero el discurso no tiene razon cuando dice que en Francia habia libertad. Despues del discurso fué acercándose cada grupo á recibir su recompensa. Entre estos grupos, el que recibió más grande ovacion del inmenso público fué el décimo, aquel cuyo objeto es mejorar las condiciones morales y materiales de las clases trabajadoras. Indudablemente, en esta grande renovacion de las sociedades modernas, en estas inspiraciones nuevas que llenan su conciencia, en esta generacion de un nuevo derecho, el más pavoroso, y por lo mismo el más grande entre todos los problemas, es encontrar el nuevo mundo social.

Los mares son más procelosos; los bagios más temibles que los mares y los bagios del mundo material, aunque el norte de la justicia sea más claro en la inmensidad de la conciencia que la estrella polar en la inmensidad de los cielos. Cuando aquella multitud de gentes bien acomodadas, viviendo, no ya en la medianía, sino en el lujo, se preocupaba así del porvenir de las clases trabajadoras, mostraba cómo han cambiado las condiciones morales de un mundo, que ayer no se acordaba de los pequeños ni de los ignorantes, y que hoy les reconoce su derecho á la vida superior de la libertad. A la distribucion de los premios, ha sucedido un paseo de todo el inmenso concurso de príncipes y de soberanos por todo el inmenso salon. El Sultan iba en medio, dando muestras de la misma glacial indiferencia que durante toda la ceremonia. A su izquierda iba el Emperador, á su derecha la Emperatriz. Seguian despues los varios príncipes venidos de las principales córtes de Europa.

Todo el mundo notó que no estaban pre-

sentes ni el conde ni la condesa de Flandes. Los príncipes belgas no habian asistido á la ceremonia en virtud de una carta del Emperador. Tambien se notó que al entrar en el salon de descanso, antes de comenzarse la fiesta, llamaba aparte Napoleon III al Embajador de Austria, y le decia algunas palabras al oido. El Embajador tomó del brazo á su esposa y ambos salieron del salon. A las once de la mañana recibia Napoleon III la noticia de que su cliente, el Emperador Maximiliano, habia sido fusilado por Juarez. En el hermoso rostro de la Emperatriz se notaban las señales de profundísima tristeza, y aún hay quien añade que las huellas de encendidas lágrimas. El Emperador Maximiliano habia nacido el segundo de los herederos al trono de Austria, y se habia siempre imaginado, por la superioridad de talentos sobre su hermano, ser el primero. Esta conviccion le condujo á tener una política propia, cuando para dar pasto á su actividad le nombraron en Viena gobernador de Lombardía. Tal política disgustó á su hermano y cayó en desgracia. Entonces se retiró á Miramar, especie de destierro entre forzado y voluntario. En una de sus excursiones por Europa, habitó algunos dias el palacio de St.-Cloud, donde Napoleon III solia pasar los estíos, y desde el cual se descubre á lo lejos como un océano sin límites la inmensa ciudad de París. Aquí nació la idea de colocarle en un alto trono. Los viajeros tienen á gala pasear por las mismas galerías en que los dos príncipes departian sobre estos proyectos, que al uno le han costado la cabeza y que al otro debian costarle gran parte de la autoridad necesaria para conservar el trono. A las excitaciones del Emperador, se unian razones de familiá bastantes para aguijonear á Maximiliano. Era la una el desamor de su hermano, siempre de él receloso. Era la otra el deseo de reinar, que siempre aquejó á su esposa, mal contenta en su retiro, donde tenia por único recreo la vista de las altas montañas y de los profundos mares, no tan llenos de abismos, diria Bossuet, como las grandezas humanas. Maximiliano dudaba. El Emperador le escribia carta sobre carta rogándole que aceptase el trono, y la Princesa Carlota le dirigia con el mismo fin instancia sobre instancia. Maximiliano tenia un confuso presentimiento de sus terribles desgracias. Decidida la aceptacion, fué la Emperatriz Carlota á despedirse de los hermanos de su madre, de los príncipes de la casa de Orleans, los cuales entonces arrastraban por el mundo las tristes penas del destierro. Todos la despidieron afectuosamente. El duque de Nemours guardaba un profundo silencio.—«¿No me decís nada?»—le preguntó la Emperatriz. —«Nada.»—«¿Por qué?»—«Ya conseguiste lo que tanto has deseado. Quiera el cielo que lo conserves mucho tiempo. No creo, sin embargo, que estos mis votos se cumplan, porque no es nuestra familia de las nacidas para conservar largos años una corona.» Despues de algun tiempo, vistas las dificultades con que tropezaba el Imperio, vino la Emperatriz Carlota á Europa, creida de que su presencia bastaria á decidir una larga prórroga de la intervencion francesa. La prórroga era imposible, porque no la consentian los Estados-Unidos. La infeliz Princesa cayó en la demencia. Su estado era tal, que ni siquiera fué poderosa á sacarla por un momento de su estupor, la noticia del terrible fin que tuvo el amante esposo, el desdichado jóven, que todo lo sacrificó por ceñir á sus sienes esa corona, por la cual ella perdió la razon, y él la vida. ¡Horrible suerte, en verdad, la de esta dinastía que fundó en Austria un nieto de Isabel la Católica, un hermano de Cárlos V, un nieto de otro Emperador, caballeresco y pendenciero, que se llamó Maximiliano. María Antonietta murió en un cadalso. La archiduquesa María Luisa huyó entre nieves y tempestades del tálamo y del trono que habia compartido con Napoleon I. El hijo de sus entrañas, el Rey de Roma, destinado al Imperio francés, murió prematura y misteriosamente.

El último Emperador, Fernando, abdicó para encerrarse en triste retiro de Bohemia. El Emperador actual ha sido despojado de Lombardía y de Venecia; lanzado como un extranjero de Alemania, humillado en Hungría. La archiduquesa Matilde ha muerto abrasada. La prometida al hijo de Víctor Manuel prefiere un claustro á la corona de Italia. El Emperador Maximiliano muere fusilado en Méjico. La Emperatriz Carlota pierde el juicio. Si un Esquilo existiera hoy, escribiria una trilogía tan terrible como su Orestiada, tomando por siniestro argumento el destino que pesa con su mano de hierro sobre esa familia de reyes.

---

# CAPITULO LXII.

## LOS SOBERANOS Y LOS PRÍNCIPES EN PARÍS.

Cuando el Emperador de Rusia volvió de sus excursiones á Francia, el príncipe de Gortschakoff le reconvino suave y respetuosamente, por haber ido al gran volcan de las revoluciones modernas. Y en efecto, por todas partes pudo ver el asfixiante humo y la candente lava.

Fué á la ópera, é inmediatamente que llegó al boulevard de los Italianos, un grito inmenso, atronador de *¡ Viva Polonia!* llenó los aires. Aquel grito era indudablemente el eco de las palpitaciones del corazon de Francia, que no podia ser indiferente al martirio de su infeliz hermana, de Polonia, de esa Grecia del Norte. Y estas manifestaciones se prolongaron de una manera alarmente para el gobierno francés. Acudió el Czar al Museo de Clunny. En el momento mismo de llegar, una gran multitud de estudiantes apiñada á la puerta, gritó: ¡Viva Polonia! De allí se dirigió el Czar al palacio de Justicia. Los abogados, revestidos de sus togas gritaban: ¡Viva Polonia! como indicando que en este templo de la ley no podia entrar sin oir una protesta contra el que ha violado todas las leyes, sosteniendo la inícua supresion de un pueblo. Cuando el Czar vió la acogida que en el palacio de Justicia encontraba su cuasi divina persona, retrocedió sin pisar ni las escaleras. Entró en la Santa Capilla, y allí en el mismo santuario de la Edad Media, donde parece que debia dormir el espíritu de obediencia y de servidumbre, oyó la voz del siglo décimo-nono, rebelándose contra la infame crucifixion de Polonia. Por la noche, cuando iba á cualquier espectáculo, grandes grupos invocaban la resurreccion del martirizado pueblo con estruendosas aclamaciones. La policía hizo muchas prisiones en la entusiasta multitud, que demostraba no haber muerto en Francia la conciencia pública. Bien es verdad, que la prensa contribuyó en primer término á este resultado, porque dió la voz de que delante del Czar debia gritar todo el mundo fuertemente: Viva Polonia.— Y no sólo dispensaron este recibimiento al Czar de todas las Rusias, sino que se apercibieron á recibir de manera bastante análoga al Sultan de Constantinopla, cuya venida se

señalaba para mediados de Julio. Tambien de este potentado tenian algo que decir los periódicos franceses. Recordaban que, mientras las músicas de París sonaran armoniosamente en su loor, el cañon turco resonaria en la isla de Candía, y cien mil cristianos, sacrificados por su amor á la independencia y su fé en la Cruz, maldecirian á la ciudad, capaz de olvidarse en fiestas y orgías de tantos y tan cruentos dolores.

No hablemos de las bromas á que se entregaban todos los parisienses con motivo de la visita del Rey de Prusia. Un periódico, y bastante imperialista, *La France*, presentaba á los gobiernos de Francia y de Prusia como dos gascones, más largos de lengua que de manos, cenando juntos despues de un duelo frustrado. Otro periódico decia que fué el Rey Guillermo alojado en las Tullerías, porque pidió no le alojaran en el Luxemburgo. Y á propósito, un gran escritor, Pelletan, y un gran periódico, *La Liberté*, el primero nada ménos que en la monumental guia de París acabada de publicar, y el segundo en artículo de crítica muy severo para las faltas ajenas, confunden la fundacion del Luxemburgo con la fundacion de las Tullerías, y á María de Médicis con Catalina de Médicis, es decir, á la mujer con la suegra de Enrique IV.

Pero, sigamos. El príncipe heredero de Prusia llegó á primeros de Junio, y *La Liberté* preguntó si un conde que traia en su acompañamiento era el mismo que apaleó allá en Prusia, acompañado de otros muchos, á un distinguido francés, que hablaria sin duda de sorberse el Rhin con tanta facilidad como una copa de ajenjos. Y mientras el Rey de Bélgica andaba de fiesta en fiesta, del teatro de la Ópera grande, al teatro de la Ópera cómica, de un banquete ofrecido por el rey de los picapedreros de París, ó sea Mr. Haussman, el que ha derribado toda la capital, á un almuerzo ofrecido por el rey de los judíos, ó sea, por Mr. Rostchild, la prensa misma imperialista hablaba con grave descortesía de dejarlo cesante, anexionando la Bélgica libre á la oprimida Francia. No sé qué hubieran dicho si llega á ir el anunciado hijo del sol, el esposo de la luna, la estrella de la mañana, el celeste, el supremo, el inmenso, el infinito, el inmortal, el insondable Emperador de la China, que esperaban á la sazon en Marsella para primeros de Agosto. Baste decir, que *El Fígaro*, dirigido por un légitimista, estuvo tres dias con el grave entredicho de no poder ser vendido en la via pública, por haber escrito estas palabras respecto á las visitas de los Reyes: «puesto que el Mercado francés se halla rebozando reyes, nosotros no conocemos medio mejor de aderezarlos á la parisien, que consultar la Revolucion francesa.» Véase cómo la prensa de París tenia libertad de hablar de todo, con tal que no hable de la política interior. Y como estos franceses á veces han destronado reyes sin más objeto que cambiar de dueño, por veleidad de carácter, ya que no pueden hablar de los reyes de casa, hablan de los reyes de fuera, y París se divierte.

Pero vamos viendo á los diversos magnates. El rey de Bélgica es jóven, muy alto, de barba cerrada, de frente despejada, de ojos dulces, que revelan cierta inocente candidez. La Reina, su mujer, seria bella si no fuese chata. Cabalga con la rapidez del viento, y de esto puedo dar fé, porque la he visto pasear á caballo. Pretende cantar como el ruiseñor, pero de esto no puedo dar fé porque no la he oido. Un belga se quejaba el otro dia de que su Rey no tiene mucho talento, y le contestaba otro que para el destino reservado por la Constitucion de Bélgica á los reyes, el talento es casi, casi un grave inconveniente. Pero ambos á dos convenian en que el rey de Bélgica ha heredado la honradez de su padre.

El Príncipe de Gales, á quien he visto en la Exposicion, iba solo, vestido sencillamente, con un flexible junco en la mano, y alegre ária de Offenbach en los lábios. Disgustado de la

vida de corte, se ha dado al gran goce de todos los personajes muy notables por su posicion ó por sus talentos, se ha dado al incógnito, á la oscuridad. Parecióme su figura muy simpática y su aire muy distinguido. Algunos ingleses se quejan de que es un tanto inclinado al partido tory. No me extraña. Ese instinto de conservacion está en todas las monarquías. Pero las instituciones inglesas son tan poderosas que el Príncipe de Gales será lo que quieran los ingleses que sea. Hacia pocos dias entonces que habia sido invitado en domingo á unas carreras de caballos, la fiesta favorita de los aristócratas insulares. Mas observan el domingo con tal rigor, que en la Exposicion cubren sus escaparates. El Príncipe puso el sábado un telégrama á su madre la Reina Victoria preguntándole si debia seguir la costumbre francesa, yendo el domingo á divertirse, ó la costumbre inglesa, quedándose el domingo en el recogimiento del hogar. La Reina le contestó que no saliera de casa, y no salió. El Príncipe Alfredo, hermano del de Gales, me pareció un gallardo jóven, de tez curtida por el sol, y de viveza meridional. Yo, al ver á los que Homero llamaba ya en su tiempo pastores de pueblos, decia: véase qué hora esta para fundar en nuevas bases el derecho internacional europeo. ¿Por qué no se habia, despues de esta federacion del trabajo, por qué no se habia de proclamar la libertad de todos los mares, la franca navegacion de todos los rios? O mejor todavía, ¿por qué no se habia de sacrificar para siempre el mónstruo de la guerra en el altar benéfico de la industria? Y el mundo sacaria una grande ventaja de estas Exposiciones, si convencidos todos de que el trabajo es uno como la humanidad, y el cambio debe ser tan comunicativo y universal como el aire, se demolieran esos monumentos de desconfianza que se llaman aduanas, y sobre sus piedras se enarbolara una bandera de paz en cuyos pliegues se leyese: libertad del comercio, consagracion de la personalidad humana, consagracion, superior aun, de las nacionalidades.

Se me olvidaba decir que todo esto no puede conseguirse, sino en el dia en que se consiga plantear definitivamente el derecho. Y que el derecho no puede plantearse, sino en el dia en que triunfe definitivamente la democracia. Y la democracia no puede triunfar, sino dentro de la República. Y la República ha de ahuyentar á todos estos reyes que se imaginan dueños, por derecho patrimonial y hereditario, de los infelices pueblos.

Pero sigamos viendo á los señores de Europa.

Preciso es confesarlo; el Sultan no hizo fortuna en París. Si la frase peca de inexacta, la sustituiremos por esta otra: el Sultan no hizo gracia en París. Las causas de esta desventura son varias. En primer lugar los parisienses aguardaban ver un sultan de las *Mil y una noches*, con su túnica de seda bordada de lentejuelas, su manto de grana, su turbante de plateada gasa sembrado de perlas, y sus collares de piedras preciosas, como si dijéramos, un Sultan todo de oro. Y el Sultan fué modestamente empaquetado en la conocida levita y en el prosáico pantalon de los uniformes europeos. En segundo lugar los parisienses prefieren ser conocidos por sus talentos á ser admirados por sus edificios. La gran capital no es más que la concha del ingenio francés. Y el Sultan no puede admirar el ingenio francés, porque no entiende esta corriente y universalizada lengua francesa. Además, cuando reciben los parisienses huéspedes, gustan de importunarlos á preguntas. Creen, por regla general, especialmente aquellos nacidos en París, rara vez separados de esta su amada Francia, que fuera de su civilizacion las cosas pasan como en ciertas estampillas de ordinario papel, hechas para divertimiento de los niños, las cuales representan peces pescando hombres y coches tirando de caballos; todo al revés. Y como el Sultan no habla francés, no pueden diver-

tirlos con sus respuestas, ni llenar las columnas de los diarios con los equívocos, anécdotas, cuentecillos; invencion generalmente de los cronistas. Así es que el Gran Pachá, como ellos le llaman, ha pasado á la categoría de las cosas insulsas, y no hay parisien capaz de andar cuatro pasos por ver su conocido gorro colorado, del cual tienen miles de ejemplares en cualquier boulevard. A consecuencia de esto han caido sobre el Gran Señor las plumas de los gacetilleros, esas plumas tantas veces comparadas á los mas venenosos, ó al ménos, á los más incómodos aguijones de los insectos. Se comenzó por notar que en la fiesta de la Distribucion de premios, no dió el brazo á la Emperatriz al bajar del Trono; falta imperdonable de galantería. Se siguió criticando que gustara de comer solo, al revés de los franceses, los cuales gustan de comer con todo el mundo. Se vió con estrañeza que el Sultan durmiera una larga siesta, y despues de tal siesta, aún se permitiese cabecear en el paseo y en el teatro. A los pocos dias pidió que le llevaran á ver la plaza de la Bastilla, el espacio donde se levantaba el mónstruo mayor engendrado por el despotismo francés. S. A. se durmió profundamente al salir del Elíseo, y dormido pasó por toda la calle de Rívoli, dormido por el trabajador barrio de San Antonio, dormido bajo las doradas alas del Angel de la libertad, que se levanta sobre las ruinas de la Bastilla, y dormido volvió á entrar en su palacio; sueño ofensivo á los parisienses que saben cuán despiertos necesitan estar todos los sentidos para vivir en París. Hasta los comerciantes se quejaban. La comision imperial de la Exposicion, que era la primer explotadora del gran certámen, se quejaba de que el Sultan necesitase una grua mayor que las expuestas en la Seccion de Máquinas para ser movido á ir á la Exposicion, lo cual tenia el inconveniente gravísimo de que los rendimientos dados por las entradas no pasaban de cincuenta mil francos diarios; y la comision imperial habia tasado en cien mil las visitas del Sultan. Los fondistas se quejaban de que estando el Sultan en el Elíseo, sus cuartos no habian subido á los cuernos de la luna, á pesar de haberlos pintado y expuesto tales cuernos, en banderas rojas, sobre todas sus ventanas, en honor y gloria de la venida de S. A. á esta ciudad. Un comerciante se quejó en letras de molde, en las columnas de *La Presse*, de que el Sultan le hizo llevar todas las telas de su tienda, y solo compró por valor de setecientos francos, la compra de cualquier ciudadano modestísimo. ¿Y para esto se ha contratado el Empréstito turco? preguntaban los parisienses. Como un periódico dijera que el Sultan gustaba mucho de los muebles, en la Seccion francesa expuestos, le contestó otro periódico que no debia ser cierto cuando ni un metro de tapicería habia comprado para sus palacios del Bósforo, esos palacios que hoy están bajo el poder de Turquía, gracias á los heróicos sacrificios de los zuavos franceses. De suerte que el Gran Señor ha desoido los preceptos del Koran; ha abandonado las risueñas riberas orientales, donde el Asia y Europa se miran frente á frente, coronadas de flores, donde las barcas doradas vuelan sobre las aguas de color de ópalo, donde miles de muezines piden, al salir el sol y al ponerse entre los murmullos de aquella naturaleza que enseñó á cantar á los hombres, desde las altas torres, al Dios omnipotente por la vida del Gran Señor; se ha mareado atravesando el mar que en otro tiempo gemia bajo el peso de las escuadras de sus predecesores, sí, se ha mareado, hasta el punto de creer que le iba á costar la vida tal viaje de placer; ha pasado sin que se le reventaran los oidos entre los mil cañonazos despedidos por las barcas francesas apostadas en Tolon para saludarle, y ni siquiera ha conseguido divertir á estos franceses, de quienes diria el grave Platon lo que decia de los griegos: sois un pueblo de niños, y de niños interesados como los viejos.

Pero entre los reyes de Europa, ninguno tan

extraño y tan original como el jóven que dirige los destinos de Baviera.

El rey Luis padece indudablemente de crónica demencia. La poesía romántica, muerta hace tanto tiempo, revive en su corazon. La guerra, el gobierno le hastian; pero le gusta ascender á las montañas; perderse en las selvas; ver las nubes á sus piés, como si fueran espumas escupidas por su caballo; y entregarse allí, como el Manfredo de Byron, á recitar versos febriles y leyendas diabólicas. Su pasion es la música. Wagner, el gran compositor, que cree haber sorprendido y copiado en sus notas, no sólo todos los ruidos del Universo, sino hasta el nunca oido rumor que forman las invisibles álas de las ideas, Wagner es su ídolo. Mientras sus tropas se sacrificaban horriblemente en la guerra de Austria, inclinábase el jefe de ellas sobre las blancas teclas de armonioso piano. Ha llevado su pasion hasta el extremo de montar por su cuenta un teatro exclusivamente consagrado á dar las óperas de Wagner. Los franceses, muy dados á explicar por causas segundas y accidentales la historia, creen que una de las razones de la estrecha alianza entre Baviera y Prusia, ha sido el recuerdo de la silva dada en París á la obra maestra del músico que el rey tiene por amigo y á veces por consejero.

Yo creo que el poder monárquico, hasta en nuestros tiempos en que ha perdido tantas fuerzas, es un poder que inclina á la melancolía. Y la música es un arte que endulza ese estado del ánimo. Ya Fernando VI de España tuvo por único amigo al tenor Farinelli. Cuando la tristeza devoraba el alma del rey, cuando sombríos presentimientos sacudian y agitaban su corazon cargado de dolores, el consuelo único, el único alivio era aquella voz, que emanada de ún alma jamás poseida por el amor, expresaba el amor admirablemente. Farinelli habia conseguido tal ascendiente sobre el rey, que á Farinelli se dirigian los embajadores. Entonces gozaba España de una grande preponderancia en el mundo. Su voto era de mucho peso todavía en la balanza de los destinos humanos. María Teresa de Austria tenia que escribir al tenor Farinelli, el favorito de Fernando VI, para ganarse ascendiente en Madrid, y á madame Dubarry, la favorita de Luis XV, para ganarse ascendiente en Versalles. Y muchas veces arrojando la pluma, decia al terminar estas cartas desde las alturas de su orgullo imperial: «Yo, María Teresa, »emperatriz de Austria, y reina de Hungría, »descendiente de Cárlos V y de Isabel la Ca»tólica, me veo obligada á rebajarme hasta »dirigir amistosas cartas á una prostituta y á »un eunuco.» En efecto, Farinelli era grande cantor, merced al procedimiento en uso allá por las capillas del Papa, para procurarse voces melífluas y sonoras, que canten alabanzas al Creador y Regulador de la Naturaleza.

¿Si Bismark, ó el rey de Prusia habrán tenido, para arreglar los asuntos de Baviera, que escribir alguna vez á Wagner? Lo cierto es que el músico exalta la imaginacion del rey, á favor de históricos recuerdos. Lo cierto es que le inclina á creerse muy honrado, siendo uno de aquellos reyes feudatarios, de aquellos electores que giraban como planetas en torno del Emperador, del sol elevado por ellos mismos á las alturas, para distribuir las fuerzas y mantener el equilibrio en el grande Imperio de Alemania. En el centro de uno de sus palacios hay salones que por sus muebles, por sus armaduras, por su arte, repiten los tiempos feudales de Alemania. Y así como el rey va al palacio del músico para hallar olvido, el músico suele ir al palacio del rey para buscar en estas grandes salas inspiracion con que evocar el acento de la antigua Germania.

Un rey así no puede curarse gran cosa de los asuntos del gobierno. Yo recuerdo haberlo visto, y recuerdo haber sorprendido en su mirada alguno de esos relámpagos de locura que ahora cruzan sobre su reino y que ahora entreven casi todos los políticos de Europa.

Dió por Junio de 1867 la Emperatriz Euge-

nia fantástico sarao á los príncipes y reyes á la sazon huéspedes de París. La iluminacion de las Tullerías fué una maravilla. Desde el suelo del jardin reservado, al piso principal del palacio, se levantaba inmensa escalera, verdaderamente monumental, tapizada de terciopelo bordado de oro é iluminada por dos hileras de vasos que formaban dos barandas de fuego. En lo alto, la luz eléctrica bañaba la oscura mole de las Tullerías con la claridad del sol. Parecia en medio de la oscuridad de la noche un palacio formado con la masa candente de algun planeta en volcánica ebullicion. El jardin era un asombro. Dibujado por Le Notre, sembrado de flores, cubierto de bosques, cuyos tilos y cuyos castaños son de una prodigiosa altura y de un impenetrable espesor, ornado de estátuas de mármol y bronce; por todas partes lleno de surtidores que elevan á los cielos sus columnas de cristal, tiene el jardin, á pesar de tantas bellezas, el defecto de ser muy sombrío. Pero este defecto habia desaparecido con la noche. Y las girnaldas de millares de mecheros de gas suspendidas en todas las alamedas, los vasos de colores ocultos como frutos de fuego en el verdor del follaje; los torrentes de mágica claridad que aumentaban la trasparencia de las aguas y convertian en gotas de luz las gotas de los surtidores; los diversos colores que los fuegos de bengala extendian sobre aquellas sartas de estrellas; los dibujos fantásticos trazados con fuego en la oscuridad de los aires, como por la mano oculta de algun encantador ó de alguna hada; el sonido de las músicas que hallándose ocultas parecia salir de las ramas mismas de los árboles; los acentos lejanos de invisibles coros; la presencia de tantas hermosas, en cuyas coronas de diamantes se descomponia la luz con todos los matices del íris, daban en el silencio de la noche á la fiesta todo el aspecto del sueño de un poeta oriental ébrio por alguna de esas bebidas que hacen delirar con indescriptibles fantasmagorías y no imaginados placeres. Pero ¡ah! que Europa no está muy segura sobre sus cimientos. Poco tiempo antes de la revolucion de Julio de 1830, dió Luis Felipe un baile en el palacio real, en honor de su pariente el rey de Nápoles. Cárlos X asistia. Salvandy pronunció las siguientes palabras que han sido históricas: «Este es un baile verdaderamente napolitano, puesto que bailamos sobre un volcan.» El dia en que Mr. Thiers supo la noticia del atentado contra el Czar, dijo lo siguiente: «Europa sabrá que todavía humea el cráter del volcan.»

Pero los previsores oian otros ruidos más siniestros. Pocos dias despues de este baile, se despedia el rey de Prusia de los Emperadores de Francia. Gruesas lágrimas caian de los bellos ojos de la Emperatriz Eugenia. Siniestra emocion se trasparentaba en el impasible rostro de Napoleon III. El rey Guillermo apretó estrechamente la mano de sus ilustres huéspedes, y les dirigió estas últimas palabras: «Será posible que sólo podamos volver á vernos en la guerra.»

# CAPITULO LXIII.

## DERROTAS EN EL INTERIOR DEL IMPERIO.

El Imperio francés mostrábase muy sereno, á pesar de los grandes errores de su política exterior, porque tenia la suerte propia y la suerte de Francia, en manos de una mayoría rural tan atrasada como todos los campesinos de Europa. Mas los desaciertos eran bastantes á inspirar la esperanza de que pudiera hablar alto el patriotismo en las varias elecciones, hasta forzar la mano al Imperio y arrancarle necesariamente la libertad. Mucho habia de ilusorio, de halagüeño en esta esperanza. Pero lo cierto era que el sufragio universal, con todas sus imperfecciones, aseguraba al mundo que si Francia iba derechamente á perderse, perdíase por su propia culpa. En una democracia bien organizada, la palabra dicha en las reuniones y escrita en la prensa, dirige el sufragio universal, como en todo espíritu bien templado el entendimiento y la conciencia dirigen la voluntad. En Francia, la palabra escrita se hallaba sometida á tales reglamentos, y la palabra hablada á tales restricciones, que la inteligencia nacional no podia formarse ni dirigir el sufragio á sus fines, que deben ser el asegurar la libertad de los ciudadanos, y el hacer del gobierno la imágen de la nacion. Por aquellos dias, en Nimes, el candidato de oposicion habia convocado varios electores á una junta privada, tenida en el hogar, y en la cual, ni podia, ni debia intervenir la autoridad. Y sin embargo, el comisario fué; tras el comisario los soldados de policía; tras los soldados de policía los soldados de línea; y á pesar de las protestas del dueño de la casa, violaron su hogar y disolvieron la reunion á bayonetazos. A pesar de estas grandes violencias, que debian haber irritado los ánimos, el candidato imperial cantaba victoria. Y esta victoria probaba cuán lejos se hallan los campesinos en Francia de aquella claridad de inteligencia y de aquella fuerza de voluntad sin las cuales siempre se malogra el sufragio universal.

En estas circunstancias se presentó la candidatura de Grevy, que era como una reaparicion de la República de 1848, de aquella República que habia asesinado y deshonrado el Emperador. Conviene recordar algunas

ideas generales sobre el departamento y el diputado, para saber la significacion de las elecciones en aquellos instantes. Montañosa esta region del Jura, tienen sus habitantes esa independencia engendrada á la vista contínua de las montañas. Parece que el carácter se fortifica en esas regiones elevadas, donde el hombre está en lucha contínua con los elementos, azotado por las ventiscas y los nevascos en invierno, por los rayos y los pedriscos en verano, con el abismo siempre al lado y la inmensidad presente siempre, que dan á su espíritu la aspereza de la tierra y á su voluntad la impetuosa fuerza del torrente. Así, de antiguo hemos simbolizado la libertad en una montaña. Cercano además el departamento del Jura á esa bella Suiza, que conoce el derecho con tanta inteligencia y lo realiza con tanta pureza, debe tener y tiene deseo vivísimo de tocar esas instrucciones que producen tantos bienes morales y materiales á su vista, que purifican con sus aromáticas emanaciones el aire mismo del Jura.

En cuanto al candidato es, como he dicho, uno de los más considerables republicanos franceses. Nacido en 1813, se educó en el culto á la República vencida, lejos de las fascinaciones de la monarquía y del Imperio. Su pátria, conocedora del talento y de la honradez de ese hombre, lo elevó á diputado en la última Asamblea Constituyente. Grevy tiene el talento político por excelencia, el talento de la prevision. Nada más fácil en la vida política, donde la lucha es tan contínua y las pasiones tan ciegas, que sacrificar á triunfos del momento y á venganzas de partido la suerte de una generacion, el porvenir de una idea. Prever lo porvenir, mirar por los horizontes del tiempo como vienen los sucesos cuando nadie los descubre aun, como el piloto ve la tempestad antes de que asome; los que tal hacen, verdaderamente son los grandes talentos políticos, necesitados, no tanto de una grande profundidad como de una grande lucidez. Grevy tiene el talento político por excelencia, el talento de la prevision.

Redactábase la Constitucion de 1848, esa funesta Constitucion en cuyas estrechas entrañas murió la República, y con la República el espíritu de toda la generacion que entonces abríamos los ojos á la luz de la vida pública y parecíamos llamados á ser libres. Tocqueville, que habiendo nacido aristócrata, se convirtió á la democracia, al verla en América realizada con todos los explendores propios de tan hermosa idea y de tan hermosa tierra, Tocqueville olvidó muchos lados buenos de la Constitucion americana, el respeto ciego á la absoluta libertad de imprenta y á la absoluta libertad de reunion, la descentralizacion política y administrativa, para imitar los lados malos ú oscuros, como la organizacion de la Presidencia, que es aún lejana sombra, pero sombra al cabo de la monarquía en América. Contra el artículo de Tocqueville, redactor de la Constitucion, presentó Grevy una enmienda en la cual proponia que se aboliera la Presidencia única, y se confiara el Poder ejecutivo á comision nombrada por la Asamblea. De esta suerte no dieran los franceses el espectáculo de un Presidente emanado del sufragio universal, y por consecuencia, representando él solo tanto como toda la Asamblea, dueño del ejército y de la marina, armado de todos los poderes, dispensador de todos los honores, tentado siempre á convertir su autoridad transitoria en autoridad permanente, la República en monarquía. ¡Oh! En América, donde el temperamento de las razas por dicha es republicano, donde la independencia y la República se confunden y se identifican, la jefatura de un solo hombre no tiene tantos peligros como en esta tierra de Europa, donde la monarquía ha echado profundísimas raices en nuestras amontonadas ruinas. Grevy presintió esos peligros y los expuso. La Asamblea no los presintió y fué á perderse á los piés del mismo Presidente que habia levantado para salvarse;

porque las leyes sociales se cumplen tan fatalmente como las leyes físicas, y el error engendra siempre el mal.

Otra derrota parlamentaria de Grevy, fué tambien una derrota de la República. Veíase venir la conspiracion bonapartista poco antes del dos de Diciembre. Los aires se hallaban cargados con gasas de sombras, con chispas de tempestad. En aquella lucha entre el Presidente y la Asamblea, el presidente dispuso de todas las fuerzas públicas, y la Asamblea estaba completamente desarmada. La mayoría propuso que la Asamblea proveyera á su propia defensa y tuviese una fuerza para sostener sus actos y dar fuerza coercitiva á su soberanía desamparada. Esta mayoría se hallaba compuesta de elementos conservadores, orleanistas, reaccionarios, que habian modificado el sufragio universal, que lo habian restringido. Sin embargo, odiando ante todo á Bonaparte, su accion cedia en bien de la República, por contraria al restablecimiento del imperio. Sostener en esta tendencia á la mayoría, era una necesidad de la izquierda radical. Y en aquellos angustiosos momentos, del voto de la izquierda dependia que la República se salvara. Michel de Bourges, el más vehemente orador radical, se opuso á la adopcion de la medida en ódio á la mayoría conservadora, cegándose por los peligros que le cercaban, hasta no ver el gran peligro suspendido sobre todos. La proposicion fué desechada, la Asamblea no tuvo una fuerza bajo sus órdenes y cayó vencida, dispersa. Cuando despues de una larga lucha, despues de un debate tormentosísimo, despues de una votacion solemne y extraordinaria, en que parecia inclinarse á cada minuto la victoria á uno de los lados, Grevy salia sólo, triste, paseándose á lo largo de los muelles del Sena para distraer su melancolía; como uno de sus amigos le encontrase y le preguntara qué habia sucedido, respondióle con la voz ahogada por la emocion de aquella derrota, y repitiendo las sublimes palabras latinas de Kociusko: *Finis Reipublicæ*. En efecto, á los pocos dias habia concluido la República.

Los ciudadanos del Jura, los fuertes montañeses, los dignos vecinos de Suiza, los descendientes de aquellos antiguos siervos del terruño, que Voltaire defendió y que la revolucion redimiera, fundiendo sus cadenas de veinte siglos, saben que al votar al candidato de la oposicion, votan por el triunfo de la democracia, por el recuerdo augusto de la República, por el hombre sencillo que mejor personifica las virtudes populares, por el repúblico previsor, cuyos proyectos, cuyas ideas tendieron siempre á conservar al pueblo su soberanía y á evitar el advenimiento del Imperio; y al votar así, al votar por todo aquello que los ha redimido, que los ha alzado á la dignidad de ciudadanos y al derecho de hombres, dan un supremo consuelo en el ignorado polvo de sus tumbas á los manes de sus predecesores, víctimas del feudalismo.

Los más esperanzados desconfiaban mucho del triunfo, porque la administracion agotó sus recursos contra el candidato republicano, El ministro del Interior sostenia que el gobierno debe tener candidatos oficiales, debe nombrar sus propios jueces. Y dos cosas distinguen á esta sociedad francesa, la pasion de la igualdad y la supersticiosa creencia en la fuerza sobrenatural del Estado. En Francia pueden llamarse empleados públicos desde los ministros del Imperio hasta los conductores de ómnibus. Todas las tardes acostumbraba yo á mirar en las alturas del Trocadero el aspecto que presenta París. La inmensa ciudad parece un inmenso Océano confundiendo sus techos de pizarra con los últimos límites del horizonte. Nada sobresale en ese infinito muro de casas iguales. Aquí y allá, como pequeños puntos en el espacio, como naves diseminadas en alta mar, la cúpula de los Inválidos, las curvas del arco de la Estrella, la rotonda romana del Panteon, las agujas góticas de Nuestra Señora. El resto igualmente monótono, igualmente uniforme, igualmente

sombrío, como conviene á este pueblo que ha querido siempre la igualdad, pero que sólo ha realizado todavía la igualdad en la servidumbre. En todo se conoce este igualitario espíritu, que es la mitad y más de la democracia. El francés, á pesar de su pobreza, es una de las lenguas más flexibles, más bellas, más comunicativas que han hablado los hombres, á todo lo cual debe su difusion milagrosa hasta por las remotas regiones del Norte. Pues bien, el francés se distingue por sus fórmulas generales, reguladas artísticamente, lo cual hace que todo el mundo lo hable de idéntica manera. No hay esa variedad de construccion, esa diversidad de estilo, esa libertad de sintaxis que constituyen los caractéres fundamentales de nuestra lengua, la más hermosa, la más sonora, la más augusta de las lenguas modernas, y en cuyos acentos majestuosísimos, y en cuyas palabras rozagantes se descubren todavía las señales de nuestra antigua dominacion sobre la tierra. En el francés, casi todas las frases están hechas, como leyes, como códigos. De esta uniformidad en la vida, en la lengua, en el carácter, nacen las cualidades sociales de los franceses; pero tambien nace la ausencia de todo individualismo en que pueda arraigarse la libertad. Y como donde no hay fuerzas individuales, resistencia individual á la manera inglesa y á la manera americana; donde no hay esta idea vivísima de la personalidad, el Estado se apodera de todo, el Estado se sustituye á todo, aquí el Estado es omnipotente y con dificultad se puede luchar contra su omnipotencia. Escribo estas reflexiones, nacidas de un estudio diario de Francia y confirmadas por toda su historia, á fin de probar el fundamento que tenian los ánimos para presentir una derrota probable de la oposicion democrática en as elecciones del Jura por el carácter político de Francia. Aquí el gobierno usa de todo su poder, hasta que viene un dia no previsto, un dia no esperado, en que el espíritu francés se despierta, se trasfigura maravillosamente en las barricadas; y contra el poder del gobierno usa la revolucion de toda su fuerza. Y fué tan vivo el despertar de la opinion que triunfó Grevy en el departamento del Jura.

El disgusto público tomó proporciones alarmantes para el Imperio. Hacia pocos años, en el Consejo de la órden de abogados apenas se contaba un republicano. En 1867 era republicana la inmensa mayoría, y Grevy nombrado decano. Antes no salia el Emperador sin escuchar aclamaciones, y por 1867, en torno suyo reinaba extraño silencio. Las más pequeñas manifestaciones revelaban las profundas corrientes de la opinion. Los juegos más sencillos se elevaban á cuestiones políticas. Las muchedumbres de estas grandes ciudades tienen algo de la naturaleza felina, algo del tigre ó del gato. Comienzan por jugar con las manos del poder como si las acariciaran, y concluyen por clavarle cruelmente las uñas. Por la primavera de 1868 todos los sábados se reproducia un espectáculo curioso: la publicacion de *La Linterna.* Eran las cubiertas de este folleto semanal rojas, llamativas: se veian de lejos. Y todo el mundo lo llevaba en el café, en el paseo, en el teatro, en los talleres, en el imperial de los ómnibus. Representaban un síntoma del descontento público, porque los ataques de *La Linterna* eran ataques á fondo; su guerra era guerra implacable. ¿Y qué era *La Linterna?* Una sátira, nada más que una sátira. Pero yo he notado que al pié de los grandes monumentos ruinosos, á la hora del crepúsculo de una época, cuando se deshace un mundo, cuando se disuelve una sociedad, cuando se acaba una creencia, cuando se cuartea un Imperio, dibújase allí la amarga sonrisa de una sátira. Yo conozco que Grecia va á morir, no tanto en las legiones alineadas por Filipo sobre los desfiladeros de Macedonia, como en las comedias arrojadas por Aristofanes en el teatro de Atenas. Yo conozco que el grande imperio romano, el coloso apocalíptico, con sus cien

brazos como Briareo, con el mundo tendido á sus piés como un esclavo y el cielo sobre su cabeza como un dosel, va á caer en su lecho de inmundicias, no porque los bárbaros ahullen como hienas tras el Rhin y el Danubio, sino porque escribe sus sátiras Juvenal. Cuando San Pablo se enciende en la nueva fé, y habla, los dioses paganos se mantienen serenos en sus altares ornados de verbena; pero cuando Luciano se rie, los dioses se caen. La sátira es como esa sonrisa siniestra de la agonía, que se queda dibujada sobre los lábios de los muertos; la sátira es amarga.

Y el ingenio francés se ha distinguido siempre por la ironía, siempre por la sátira. Desde los tiempos más antiguos la ironía ha sido la más sobresaliente de sus facultades, la más pronunciada de sus aptitudes. Tiene el carácter francés esa misma alegría ligera que dan sus deliciosos agrios vinos, los cuales jamás llegarán á producir las pesadas borracheras inglesas ó las calientes borracheras meridionales. Bien es verdad que para la ironía cuenta con el admirable instrumento de su lengua dúctil, flexible, maravillosa de gracia, pobre en esencia, y por lo mismo rica en palabras de doble sentido. Lo mismo ha sido en todas las épocas de la historia. En el Renacimiento, se oye sobre todas la carcajada de Rabelais. Acaso el primer pensador francés ha sido Montaigne, y Montaigne es burlon, excéptico, satírico, una abeja que destila mucha miel, pero tambien mucho acíbar. La risa de Voltaire ha pasado á ser proverbial. Jamás ningun terremoto conmovió la tierra ni descuajó árboles seculares como una carcajada de ese hombre-siglo, de ese hombre-nacion, de ese Voltaire que era la Francia. Y á Voltaire precedió Moliere y siguió Beaumarchais. Y la República tuvo á Camilo, y la Restauracion á Pablo Louis Courier. Los gobiernos deben temblar siempre que los franceses se echan á reir. Y ahora la risa de Francia se llama Rochefort, poco literaria como conviene al Imperio, pero franca como conviene á la democracia; fuerte, porque son fuertes los sucesos que la provocan; amarga, porque es amargo el reir del esclavo entre el ruido de sus cadenas; y amenazadora, porque las olas de la opinion la inspiran, y esas olas están henchidas del viento de la ira y coronadas con espumas de hiel.

Era en vano que el gobierno luchase contra esta fuerza de la opinion y forcejease por romperla. Hasta los bienes materiales con que quiso reemplazar la ausencia de los bienes morales, faltaban ó iban faltando. Un dia cayó Mires. Despues los Pereires; cariatides de oro que sostenian el segundo Imperio. Una sentencia dada por el Tribunal Superior les condenaba á reembolsar las acciones de la segunda emision, y les decia que habian traspasado el límite de las habilidades permitidas. El Estado acudia á un empréstito de cuatrocientos millones cada dos ó tres años. La ciudad de París se hallaba imposibilitada de continuar sus inmensos trabajos. Iecker, el célebre banquero que entró por tan extraordinaria manera en los asuntos de Méjico, acababa de quebrar; y por haber dado la noticia de este suceso, provocaba en duelo á uno de los redactores de la *Liberté*. Su bala se estrelló contra el portamoneda del escritor cuando iba derecha al corazon. El director del Banco de Francia resumia así la situacion; resúmen que dejo en francés porque toda traduccion quitaria su fatídica onomatopeya al original: «Depression universelle, stagnation generale. Defiance de 'avenir, cauchemar de l'incertitude.»

Bien es verdad que contribuia en mucho á esta angustia el temor general de una guerra. Por estos momentos la reina Victoria llegaba á la estacion de Saint-Lazaire, acompañada de algunos de sus hijos y del ministro de Negocios extranjeros. Por cumplir sus deseos, no sale á recibirle ninguna comision, ningun enviado del Emperador. Detúvose un dia en París, y partió para Lucerna. Los ánimos estaban de tal manera inquietos, que daban

al viaje de esta desolada viuda un sentido político. Pero bastaba considerar dos cosas: primera, que la reina es completamente ajena á la política de su nacion; y segunda, que ni siquiera fué de los baños el Emperador á su encuentro, para disipar todas estas ilusiones. Y digo ilusiones, porque se daba al viaje de la reina Victoria trascendencia política á favor de la paz. La emperatriz le hizo una visita que le fué devuelta por la reina, y ahí concluyó todo.

En cambio se anunciaba para el 15 de Agosto un discurso del Emperador á las tropas. El quince es la fiesta anual del Imperio. Los mendigos salen por todas partes en tropel, los titiriteros se instalan en circos improvisados, los cómicos representan de balde, las bóvedas de Nuestra Señora resuenan con los acentos del *Te Deum* oido por un ejército de áureos uniformes, y cuando viene la noche, París se cuaja de luminarias oficiales que van desde el Arco de la Estrella hasta las Tullerías, y desde las Tullerías hasta el Hotel de Ville, subiendo por las altas cúpulas y dilatándose por el friso de los monumentos, con tales resplandores, que parece esta inmensa capital del mundo una ciudad de fuego. Pero hay otros dias, no tan frecuentes, en que París se recoje en sí mismo, recuerda que ha brillado en el mundo por la luz de sus ideas, que lo ha purificado por el fueg de sus revoluciones. Y en esos dias vota contra el Imperio. Consecuencia que el Emperador no está nunca en París el dia de su fiesta. Pero aquel año decíase que faltaria á tal costumbre, é iria á decir una arenga al ejército y á la Guardia nacional tendidos en parada por las calles. ¡Una arenga ante cien mil hombres! Eso olia á pólvora.

Un ejército numerosísimo, una Guardia nacional movilizada, un pueblo nervioso, inquieto, que ama sobre todo la gloria, nube de humo á la cual gustoso sacrifica la vida; enfrente la Alemania de Jena, creciendo desmedidamente en fuerzas; desafiando con su actitud y con sus discursos, agrandada por la teoría napoleónica de las anexiones, y conservadora de los territorios cedidos á su codicia por la Santa Alianza; territorios que muestran la derrota definitiva del primer Imperio; todo esto era verdaderamente tentador para un hombre que se asentaba en el trono de las conquistas, que llevaba el apellido del primer guerrero de la historia, y que era el jefe de una grande sociedad militar, á cuyas armas debia el golpe de Estado, y esta dictadura, por la cual ha podido reinar pacíficamente quince años sobre la nacion más revolucionaria de la tierra.

En vista de todas estas grandes preocupaciones, y de todas estas embarazosas dificultades, no es maravilla que el Emperador se encontrara como bajo una máquina pneumática. La ruina de las sociedades de crédito, la carestía de todos los alimentos, las crecidas contribuciones sobre el consumo, la debilitacion de los trabajos en la ciudad de París, la crísis universal del comercio y de la industria, hacian que el hambre amenazase en aquellos duros dias con todos sus horrores al pueblo francés. El Emperador parecia exclusivamente consagrado á desvanecer las aprensiones que pudiera engendrar el temor de una guerra y á impulsar las transacciones paralizadas. Así insista en todos sus documentos con una tenacidad y una persistencia sin ejemplo en las seguridades de la paz, y se desembarazaba con una claridad y una franqueza sin ejemplo tambien de las interminables redes de la cuestion alemana. Pero no bastaban las palabras cuando no iban acompañadas y seguidas de los hechos. Y los hechos eran que no se podia inspirar mucha confianza en la paz cuando se corrian aventuras como la de Roma, cuando se trababan alianzas como la de Salzburgo, cuando se mostraban recelos como los nacidos por el discurso último del rey de Prusia, cuando se tomaban disposiciones como la de aumentar cuatro años el servicio militar y se proponian

reformas como la de movilizar toda la Guardia nacional. Los dias eran duros para el Imperio. Los puntos negros se iban agrandando y amenazaban cubrir todo el horizonte. La ciudad de París no tenia aquellas facilidades para construir que tuviera en otro tiempo, ni aquellos tesoros que emplear, ni aquellos ejércitos de trabajadores que sostener. Para dar á sus operaciones mayor rádio, y á sus tributos mayor rendimiento, se le iban anexionando los pueblos vecinos donde algunas familias pobres se refugiaban huyendo de esta horrible carestía. Las fábricas, que en virtud de tal reforma acababan de entrar en París, veian perturbadas sin ninguna compensacion sus condiciones económicas. Los carbones eran más caros que antes, á causa de la contribucion de puertas. Los jornales más caros, á causa del subido precio, que tenia el título oneroso de habitante de París. Las fábricas cerraban sus puertas. La clausura de las fábricas arrojaba una muchedumbre inquieta de trabajadores, sobre las aceras volcanizadas. El Emperador, que intentaba ser personalmente el Emperador de los trabajadores, oyó sus quejas y las quejas tambien de los fabricantes, y se exceptuaron esas fábricas por algun tiempo de la pesada carga de los tributos parisienses. Pero monsieur Haussman, prefecto de París, su gran demoledor, el que aplicó la piqueta á sus antiguas calles, y abrió sus magníficos boulevares, se resistia á las pretensiones del Emperador, y dejaba su alto puesto. El Imperio se asfixiaba. Las dificultades eran graves, y muchas, y cada dia más insuperables para todo poder que no fuera el vigoroso poder de la libertad.

# CAPITULO LXIV.

## ESTADO GENERAL DE EUROPA.

¿Hay paz ó guerra? preguntaban durante los años de 1867 y 1868 todos los partidos. Y respecto á la cuestion de la guerra siempre estamos en igual incertidumbre. La única luz que se vislumbraba era el folleto: «Paz ó guerra.» Segun el autor de esta nueva elucubracion política, era necesario renovar la tentativa de general desarme, hacia algunos años anunciada ante Europa por Napoleon III. Los pueblos han llegado á tal extremo de violencia en sus armamentos, que no pueden ni sostenerlos, ni ménos aumentarlos, sin caer en la ruina económica hoy, en la bancarota mañana. La causa principal de esta violencia es Prusia con sus conquistas llamadas anexiones, y su despotismo militar llamado unidad política. Es necesario intimarle paz ó guerra. Si quiere paz, que desarme. Si quiere continuar en su armamento, es que quiere continuar en sus amenazas. Apercíbase, pues, para la guerra. El Emperador dará un manifiesto como el manifiesto de Milan, prometiendo libertar Alemania de sus opresores los prusianos y no querer en cambio ni una pulgada de tierra alemana. El folletista supone cándidamente que los prusianos son para Alemania como los austriacos para Italia, y ve ya en sueños á los pueblos del Sur echarse á los piés del redentor. En seguida los reyes destronados suben á sus tronos. La Rusia, desapercibida, no puede socorrer á su aliada la Prusia. Austria, Holanda, Suecia, son las aliadas de Francia. Inglaterra é Italia quedan neutrales. El reino de Polonia reaparece en el Norte. Prusia es perdonada. Napoleon III no repetirá los castigos de Jena. Y pacificado el mundo, nos abrazamos todos bajo las alas del águila imperial ¡Oh! Yo no llamaria al tal folleto: la paz ó la guerra; le llamaria las ilusiones del deseo.

Mientras tanto continúan las tendencias unitarias desarrollándose en Alemania. Los diputados, que han sido muy prudentes en la Asamblea aduanera, no lo han sido tanto en los banquetes con que han terminado sus trabajos. El vino del Rhin es tan locuaz como el vino del Gironda. Las invocaciones á la unidad de la pátria no han faltado, ni tampo-

co las amenazas al Imperio francés. Un diputado de Munich, tendiendo los brazos hácia Occidente, ha dicho que responderian á toda ingerencia extranjera como respondieron allá en 1813 sus padres, cuyo glorioso monumento descubríase desde el lugar del banquete. Sabido es que todo movimiento hácia la independencia de un pueblo es sagrado á mis ojos. Pero en el crítico estado en que se encontraban las relaciones de Francia y Alemania, no era prudente, no era útil darse á desahogos de elocuencia que podian precipitar pavorosas catástrofes. Si la guerra se hubiera evitado, si hubiéramos podido hacer pasar de nuestros lábios tan amargo cáliz lleno de sangre, hubiérase debido principalmente á los esfuerzos que, publicistas de mérito, sacerdotes del pensamiento, consagrados al culto de la justicia, emplearon generosamente para apaciguar los ánimos, para extender el soplo de las ideas sobre la agitacion de las pasiones. Nada conseguia, pues, Alemania con mover el hierro en la herida sino enconarla. Hubiera proseguido en buen hora su pacífico movimiento á la unidad, pero armonizándola con la libertad política y con la descentralizacion administrativa. En este sentido parecíame notabilísimo el manifiesto que veinte y seis diputados del Sur convinieron en firmar, dando cuenta á sus comitentes de la conducta observada en el parlamento aduanero. Gracias á sus esfuerzos, crecidas contribuciones, como la propuesta sobre el tabaco, no pasaron; ejemplo de entereza, útil en medio de las muchas asambleas complacientes que tenia Europa. Los veinte y seis diputados creian que la Prusia no podia representar con fidelidad el pensamiento aleman por las muchas tendencias manifestadas en su política, hácia el despotismo militar. Siempre lo he dicho. Es un error imperdonable en Bismark no comprender que la única fuerza de atraccion en la política es la libertad, y que sólo por la libertad puede realizarse, en país tan descentralizado como Alemania, una federacion de pueblos que tenga todas las ventajas de la unidad y todas las ventajas de la democracia. Un imperio militar centralizado, despótico, no haria en realidad otra cosa que aumentar la perturbacion, traida á Europa por el Czar de Oriente y el César de Occidente. El Rey de Prusia ha comprendido un poco esto cuando ha olvidado aquellos principios de derecho divino invocados, como una blasfemia escupida á la civilizacion y un reto arrojado al pueblo, el dia de su coronacion, para recordar tan solo, en el discurso de clausura del parlamento aduanero, el voto unánime de los pueblos. Pero tambien este principio de la soberanía nacional ha sido profanado, y escupido y puesto en ignominia. La soberanía que los reyes conceden á los pueblos, se parece bastante al *Inri* puesto por Pilatos sobre la cabeza de Jesús. Lo único que no se puede malear es la libertad. O la hay, ó no la hay. Pero su falta se conoce tanto como la falta del aire. Y si Prusia no sabe unir estos dos principios, sucumbirá en la demanda. ¿Por qué el Piamonte bajó desde los Alpes á los mares de Nápoles tan rápidamente? Los diputados del Sur se presentaban como intermediarios en los conflictos europeos. Difícil era parar el golpe, difícil evitar la guerra. Además, presentarse á sí mismos los diputados del Sur por intermediarios, me parecia tan inocente como si la presa tímida, por la cual riñen dos fuertes alimañas en la espesura de los bosques, quisiese contenerlas, cuando en realidad no haria con su presencia, sino excitar la furia del combate, aguijoneando la vivacidad del apetito. Más eficaz me hubiera parecido la intervencion del gobierno inglés y más segura. En aquellos dias creíamos que este poderoso gobierno habia renunciado á su antigua indiferencia. Asegurábannos que proponia un congreso general y un general desarme. La Inglaterra, apartada del continente en su libertad y en su isla, fuerte por su posicion, respetable por sus instituciones, indiferente á esos aumentos territoriales, que son la manzana de la discordia, aliada de Francia por las

tradiciones de Crimea y de Prusia, por parentescos de raza y de historia, Inglaterra hubiera podido convocando á Europa y pidiendo un desarme, conjurar esta tempestad, que antes de estallar nos sofocaba con su calor y nos abrumaba con su peso. Pero estaba visto que seguiria su política de neutralidad y de indiferencia. Los periódicos ingleses desmintieron que Inglaterra hiciera tales proposiciones. El *Monitor* prusiano lanzó un radical mentís á un periódico francés que atribuia la moderacion de Bismark en el parlamento aduanero á los buenos oficios de Inglaterra. Y la *Gaceta de la Cruz* sonaba el clarin guerrero y decia que todo habia de acabarse con ese recurso supremo de los cañones, la última razon de los reyes.

Mientras tanto, contra todas nuestras previsiones, el Emperador de Austria sancionaba las últimas leyes religiosas. El clero perdia su intervencion en la familia y su intervencion en la escuela, esa segunda familia del alma. Las declamaciones, las amenazas, las intrigas empleadas para conjurar esta gran reforma no tenian número. Obispo habia, de esos constantes y fuertes en predicar sumision á todos los poderes tiránicos, que se levantaba airado en su silla episcopal, y dirigiéndose al Imperio, le afirmaba su decision de no obedecer ni cumplir las nuevas leyes, por contrarias á las leyes divinas. El siglo décimonono tiene por objeto principal realizar, formular en la práctica las ideas del siglo décimo-octavo. Su trabajo no es tan brillante como el trabajo del siglo anterior; pero es más útil, y acaso más difícil. Salvando el muro de bronce puesto en torno de la conciencia por las monarquías absolutas, las ideas filosóficas iluminaron el mundo. Las llamas de la inquisicion, que aún ardian, palidecieron en la inundacion de luz producida por aquel sol de las almas. Y el primer pensamiento formulado por la filosofía fué la separacion entre la Iglesia y el Estado, y el segundo pensamiento la tolerancia con todos los cultos, resultado forzoso de la libertad para todas las ideas. La sociedad obedece con alguna resistencia á las inspiraciones sublimes del pensamiento, como resiste el mármol y el bronce al cincel de los escultores. Pero al fin cede. El doble movimiento de la opinion protestante contra los privilegios de la Iglesia protestante en Inglaterra, y de la opinion católica contra los privilegios de la Iglesia católica en Austria, prueba cuán profundamente las ideas del pasado siglo se han arraigado en los ánimos, y cómo, á través de infinitos obstáculos, modifican la realidad é impulsan hácia sus altos destinos á las sociedades modernas. Los que se oponen á este gran movimiento han perdido completamente ese órgano precioso, que debe llamarse el sentido ó el conocimiento del siglo. Así en su ceguera se hieren contra todos los objetos que las nuevas ideas van haciendo brotar en la órbita incalculable del progreso. Acababa de morir por entonces uno de los jefes del partido liberal, uno de los hombres que más han contribuido á la última revolucion de Austria, el jurisconsulto Muhlfeld. Los periódicos clericales, con esa impiedad en ellos innata, presentaban su muerte en el momento de su victoria, como un castigo del cielo, como un rayo fulminado por la ira divina. Veíase á esos periódicos que no creen ni en los juicios de la historia ni en la crítica de la razon; que suponen á un hombre, á un sacerdote, capaz, por delegacion celeste, de abrir ó cerrar las puertas de la bienaventuranza á sus hermanos; veíase cómo se inclinaban irreverentes sobre el borde oscuro del sepulcro, usurpaban el ministerio de sus sacerdotes, y juzgaban, y maldecian, y condenaban allí mismo donde acaba la jurisdiccion de la conciencia humana y empieza el juicio de Dios, entre las grandes sombras y los grandes misterios de la eternidad. Muhlfeld era un hombre de bien. Abogado, y abogado ilustre, fuerte en su argumentacion, si no fácil, vigoroso en sus discursos, vivió en la pobreza para defender á los pobres y á los desvalidos. El

año 1848 perteneció á la Asamblea de Francfort defendiendo la idea de una gran pátria alemana. Despues de Sadowah, el Emperador vencido invocó el auxilio del partido liberal. Muhlfeld se lo prometió á cambio de la destruccion del Concordato, esa cadena del Austria. Vió realizada su obra. Habiéndole brindado una cartera, la renunció, porque amaba las grandes reformas para su pátria y no las grandes posiciones para sí, desinteresado como todos los poseidos por el amor sublime de las ideas. Atacado de un mal de corazon en el Parlamento, en el campo mismo de batalla, murió despues de tres meses, viendo con alegría sancionadas las leyes, á cuyo cumplimiento fiaba la salvacion de su pátria. Abogado ilustre, hombre público distinguidísimo, jefe de un partido llamado varias veces al poder, murió tan pobre que sus amigos debieron proveer á los gastos de su entierro. Viena le lloró como deben llorar todos los pueblos agradecidos á sus grandes ciudadanos.

Sancionadas ya las últimas leyes políticas; las relaciones entre Roma y Viena quedan rotas. Sin embargo, el embajador Begssemburg salia, y tenia yo la plena seguridad de que no alcanzaria concesion alguna del Papa. Pio IX vibra todavía sus rayos despuntados en la cima del Vaticano. Se parece al pobre Júpiter que nos pintaba tan admirablemente Luciano en sus obras, modelos de excelente ironía, cuando los dioses antiguos espiraban uno á uno, y se perdian como gotas de agua caidas de un cielo tempestuoso en el profundo Océano formado por el nuevo espíritu, que se inspiraba ya en las revelaciones del cristianismo.

Extraños destinos en verdad los de Pio IX. Pocos hombres, tal vez ninguno en el presente siglo, han excitado tanto y tan ardiente entusiasmo. Su voz despertó la revolucion de 1848 en el mundo. Venia, despues que Lammainais acalorara los ánimos con su estilo bíblico lleno de brillantez y de energía, anunciando la reconciliacion eterna del cristianismo y la democracia. En este sistema histórico y político, Cristo era presentado como el precursor de la libertad y su doctrina de igualdad y de fraternidad, doctrina esencialmente republicana, como el prólogo de nuestras edades, como el decálogo de nuestros derechos. Sorpresa grande fué para el mundo ver subir á la cátedra pontificia, inmóvil, imperturbable, que parecia el asiento de las antiguas sociedades, un hombre resuelto valerosamente á arrancarla de su serena region de lo pasado, para lanzarla en el Océano de nuestras dudas, de nuestros dolores, de nuestras zozobrosas esperanzas. El mundo respiró. La batalla entre nuestra fé y nuestro derecho habia concluido. La cruz que habíamos abandonado, presidia las legiones de la libertad, como coronaba la diadema de los reyes. El templo, el hogar que tantas veces habian sido contrarios á nuestras ideas; los sentimientos de la familia que tantas veces se habian vuelto contra nuestras reformas; la mujer, sobre todo la mujer, que parece la estátua misteriosa de todas las urnas funerarias, la sacerdotisa por generosidad de todos los cultos moribundos, volvia con la sonrisa en los labios y el amor en el pecho, á comulgar en comunidad de ideas con su familia. Pero de pronto se rompe este hechizo pasajero, se acaba esta seductora esperanza, y renace la antigua guerra, la antigua discordia, porque Pio IX ha vuelto á maldecir de nuevo nuestra libertad.

A haber podido, nos trae el Papa de la libertad el terrible presente de la renovacion de las guerras religiosas. Urge, pues, llegar á la separacion de la Iglesia y del Estado, y llegar lo más pronto posible, exclamaban todos los liberales. Así, la Iglesia será libre para hacer cuantas declaraciones le plazcan, sin que pasen de apotegmas morales á leyes coercitivas. Y el mundo hubiera asistido al concilio que á la sazon se anunciaba, con respeto, con veneracion; pero decidido á no dar á sus decisiones más importancia que aquella que tie-

nen las varias controversias y las diversas ideas de las sociedades científicas, políticas ó religiosas, que á cada paso suelen reunirse tanto en Europa como en América.

Por de pronto, el Papa pensaba más en las armas que en las ideas, y más en el ejército que en el Concilio. Atronaban todos los periódicos reaccionarios los oidos con el himno de alabanzas cantado en honor de los jóvenes canadienses que, desde las selvas de América, desde las maravillosas riberas del Niágara, movidos por una fé como la de Pedro el Ermitaño, venian á las cenizas de ese gran cementerio llamado Roma, á las ruinas calcinadas de la ciudad eterna, al suelo estéril lleno de hosamentas, sólo por sostener con sus robustos brazos en los campos de batalla la autoridad del Pontífice. Algunos de ellos habian dado una prueba bien extraña de su fé religiosa, habian cambiado el traje de la Iglesia por el traje del ejército, el convento por el cuartel, y los breviarios por los fusiles, como si en nuestro tiempo la vida militar fuese algunos grados más perfecta que la vida religiosa para alcanzar y merecer el cielo. Más parece que la profesion de soldado del Papa es preferible en los cánticos religiosos de la prensa bienaventurada, que en las tristes asperezas de la realidad. El suelo romano despedia mortíferas calenturas. Y los soldados desertaban huyendo de la fiebre, de la muerte. El Papa trataba de retenerlos con espectáculos y con revistas. Por aquellos dias, celebró una en el campo desde donde Anníbal contemplaba con mirada codiciosa la ciudad eterna, para arrancarla de la tierra. Las tropas formaban un cuadrado. En su centro, habia un altar. Al aire libre, rodeado de los desolados campos y las majestuosas ruinas, teniendo el cielo por dosel, la naturaleza entera por templo, el Papa ofreció á Dios el sacrificio de la Misa. En aquel mismo instante, se desataron las nubes en torrentes de lluvia. Y cuando el Papa alzaba la hostia, un relámpago vivísimo cruzó la inmensidad y resonó por los espacios un largo trueno. Confieso que la ceremonia debia ser imponente. Desde luego, en ella habia más aroma religioso que en las carnavalescas procesiones de San Pedro. Pero héte aquí un periódico jesuita diciendo que el Papa desafiaba en aquel momento los malos espíritus del aire. ¡Qué idea de la naturaleza! Mal espíritu el fluido que sostiene la combustion de la vida, el agua que abreva los campos, la nube en cuyas fecundas entrañas viene la abundancia, el fuego eléctrico que devora los miasmas y dá salubridad y trasparencia á la atmósfera, ¡qué blasfemia contra Dios y contra sus obras!

Mientras tanto, el Emperador Napoleon procuraba establecer la paz entre Italia y la Santa Sede, paz cada dia más dificultosa. Las condiciones que el gobierno italiano proponia para un *Modus vivendi*, eran las siguientes: Restauracion del tratado de Setiembre, pago de la Deuda pontificia por Italia, evacuacion inmediata del territorio romano por las tropas francesas, establecimiento regular de aduanas en las respectivas fronteras, recíproca extradicion de malhechores, abolicion de pasaportes, paso libre de las tropas italianas por los ferro-carriles romanos, persecucion simultánea de los bandidos por los dos ejércitos, permiso á las tropas italianas para entrar en la persecucion hasta el territorio pontificio, libertad de los presos políticos, ciudadanos de Italia, que Roma tenia por tanto tiempo en sus calabozos. Ningun gobierno italiano concederá lo que concedió el gobierno de Menabrea. Y sin embargo, el Papa nunca aceptara esas condiciones que implican una debilitacion de su definitivo *Non Possumus*. La verdad es que la cuestion romana sólo podia resolverse ó por el triunfo de Roma sobre Italia, ó por el triunfo de Italia sobre Roma. Mientras no se llegara á uno de estos resultados, Roma habia de ser un muro de bronce entre la Italia del Norte y la Italia del Mediodía, un semillero de conspiraciones borbónicas, un lago muerto, emponzoñado, que

envenenase el aire en todo el resto de la península, y que mantuviese su libertad en ese estado enfermizo, inquieto, parecido al de los pobres cuerpos tocados por una raquitis material y moral, que nunca pasan de la infancia. Y no mostraba la córte romana síntomas de flexibilidad. Con motivo de las reformas austriacas, volvia á revelar su implacable ódio á la libertad. Los obispos, obedeciendo la voz soberana de Roma, se negaban á cumplir las reformas, á obedecer las autoridades civiles. La irritacion era tan grande, que el órgano de Roma en la prensa francesa, Mr. Veuillot, llamaba con redoblados llamamientos la democracia contra el Austria, y presagiaba un pueblo santo en sustitucion del santo Imperio. Desesperados debian los teócratas andar, cuando á tales recursos apelaban ¡ellos! los eternos aliados de todos los tiranos. La democracia europea es enemiga del Imperio, pero no intenta poner sobre sus ruinas la teocracia de la Edad Media, la institucion contraria al más fundamental de todos los derechos, á la libertad de pensamiento. Una prueba tenia de ello el órgano clerical en la grande peregrinacion organizada en aquel tiempo por la democracia de Bohemia. Los representantes de este país fueron á Constanza, y allí, á las puertas de la histórica ciudad, á la orilla del lago, entre las selvas alpestres, consagraron un recuerdo al mártir de la libertad, Juan Hus, precursor de la reforma, víctima sublime, como Savonarola, de las implacables iras clericales. La democracia es la libertad, y la libertad principia en la conciencia.

Los clericales no comprendian que se avecinaba una guerra, y que en una guerra podian perderlo todo. Y sin embargo, por instinto de perdicion tocaban más que ningun otro partido á rebato. Y todos los dias señalaban hácia Alemania.

La obra de la unidad alemana continuaba á despecho de tantas y tantas vociferaciones. Bismark conoce bien á sus compatriotas, sabe á ciencia cierta sus crísis futuras, y aprovecha todo cuanto hay de nervioso bajo su lustrosa grasa, para pulsar en ellos las cuerdas vibrantes siempre del patriotismo. El Parlamento aduanero recorrió una larga série de estaciones gastronómicas, del real palacio de Berlin, al real palacio de Postdam, y del real palacio de Postdam á la libre ciudad de Hamburgo, y de la libre ciudad de Hamburgo á la escuadra, donde en presencia de dos infinitos, el mar y el cielo, se lanzaron contra Francia ardientes brindis inspirados por vino francés. A los brindis del Parlamento sucedieron los artículos de los periódicos alemanes. Algunos de ellos llegaron á decir que si persistia Francia en dirigir la política alemana á su antojo y vedar el movimiento de los pueblos de allende el Rhin hácia la unidad, pudiera muy bien arrepentirse como en mil ochocientos quince, de su soberbia. Los ministros, los áulicos franceses corrieron al gabinete del Emperador á llevarle estos artículos guerreros y moverle á pedir explicaciones al gobierno aleman. Pero el Emperador, más cuerdo de ordinario que sus amigos, les mostró cuán digna era la reserva y cuán inútil preocuparse de cuanto dice la prensa allende y aquende el Rhin, cuando él mismo no ha sido fuerte á contener la prensa francesa consagrada en su mayor parte á demoler el Imperio.

Mientras tanto, el ejemplo de Austria liberalizándose, para contrastar la influencia de Prusia, se extiende por toda Alemania. La libertad es difusora, contagiosa. La abolicion de la pena de muerte ha sido votada casi unánimemente en Sajonia. Durante las tres largas discusiones que este problema social suscitara, fué siempre el Príncipe heredero uno de los más fieles á las ideas liberales y uno de los más prontos á votar por la conclusion de este último resto de las edades bárbaras. En cambio el Obispo católico Forwek votó á favor de la pena de muerte. Por todas partes se arruinan sobre el suelo feudal de Alemania las instituciones de la Edad Media.

Hay dos sentimientos que viven hoy con igual fuerza en Alemania. Es uno el sentimiento de libertad, es otro el sentimiento de pátria. El ilustre jefe del partido avanzado, Jacobi, acababa de publicar un manifiesto que tengo por ideal de la política del porvenir, y que pongo á la altura del discurso de Fichte á los alemanes, uno de los más gloriosos monumentos de la política nacional. Dolia ver hombres como Simon de Treves, que han sido condenados á pena capital por liberales y que arrastran veinte y ocho años de triste destierro, inclinados á la política austriaca con preferencia á la política prusiana. Pero este divorcio entre sus más ilustres servidores y la nueva Alemania, dimana del divorcio establecido por Bismark, entre la pátria y la libertad. Jacobi sostiene con gran copia de razonamientos y grande calor de estilo que la forma de gobierno más racional, más en armonía con el temperamento aleman y las tradiciones germánicas, la que se deriva de su historia y satisface sus necesidades presentes, no es un imperio unitario, centralizado, militar, especie de vasto cuartel como Francia, fatal modelo, sino una República que realice esta ley de la verdad y de la hermosura, reflejo de las leyes de la naturaleza, la unidad y la variedad, cimentada en bases indestructibles.

# CAPITULO LXV.

## DECADENCIA DEL EMPERADOR, ENGRANDECIMIENTO DE PARIS.

¡Qué diferencia en esta época, de aquella época en que activo, inquieto, soñando con grandes proyectos, poniendo mano en la política interior de los diversos paises, creia al Imperio destinado al fin civilizador de unir las razas, de aglomerar las nacionalidades, de cambiar por completo el mundo, con la norma suprema de infundir el espíritu revolucionario en el seno de las antiguas instituciones, sin que pierdan ni su naturaleza, ni su forma, aunque asentándolas sobre el dogma de la soberanía popular y derivándolas del sufragio universal.

Recuerdo que en esta época de la juventud del Imperio y del Emperador, un gran número de escritores que podria citar si no temiese distraer inútilmente la atencion de mis lectores, profetizaban al bonapartismo una especie de misteriosa mision evangélica; un mesianismo de nuevo género, á cuyo término estaba no sé qué unidad de los espíritus, no sé qué concentracion de las razas; una de esas infinitas utopias sociales, cuyos falsos espegismos han deslumbrado á tantas generaciones. Con el rumor de estas ideas en la mente, el Emperador mandaba sus tropas á Crimea, á Italia y á Méjico. Aunque todas estas expediciones eran contradictorias; aunque en unas se heria al Papa de Oriente y en otras se salvaba al Papa de Occidente; aunque unas mantenian la independencia de los pueblos y otras la negaban; aunque en Puebla se cañoneaba el principio defendido en Solferino, aunque en Cochinchina se hablaba de emancipacion y en América se iba á servir la causa de los plantadores, de los mercaderes de carne humana, todas estas expediciones nacian de la idea de disciplinar en un Imperio, en una confederacion de Imperios la raza latina, y poner á su frente, sobre alto trono, un archi-Emperador, una especie de reproduccion de César y Carlo-Magno.

Pero en 1867 y 68 todas estas ideas se habian extinguido completamente. Los periódicos declaraban que el Emperador estaba en las fiestas de Rouen como abatido, y de mal humor. Es verdad. Y habia razon para tal abatimiento. En el segundo período del nuevo

Imperio, se ha repetido el fenómeno del segundo período del primero, aunque en menor escala. El mundo, si no ha entrado en plena democracia, camina rápidamente hácia la democracia. Esta época de verdadera elaboracion social, se conoce en el advenimiento del cuarto estado, del pueblo á la vida pública. Y con el advenimiento del cuarto estado coincide la imposibilidad completa de que un sólo hombre, ni el mayor escritor, ni el mayor político, ni el mayor guerrero, se apodere de la voluntad ó de la conciencia de un siglo. Así como hubo reaccion contra la conquista material del mundo intentada por Napoleon I, la hubo contra la direccion moral del mundo intentada por Napoleon III. Y la caida del trono de Méjico, y la enemistad de Italia, y la unidad alemana, y el despertamiento del espíritu público en Francia, eran las señales de esta nueva crísis que Napoleon deseaba con grande prevision atravesar, en álas de la libertad. Pero la libertad es de suyo inquieta, ruidosa, agitada; es como el viento, como el oleaje, como la vida, llena de contradicciones, llena de luchas, llena de crísis, que son peligrosas para los poderes permanentes, más peligrosas todavía para los Césares plebeyos, pero saludables, muy saludables para la sociedad.

No hay viaje del Emperador que no vaya acompañado de algun misterio ó seguido de alguna emocion. Así el viaje de Rouen no se ha eximido de esta ley general de los viajes imperiales. Al dia siguiente se despertó *Le Pays*, diciendo que habian sido presos por la policía tres sugetos sospechosos de atentar á la vida de Napoleon III. Este periódico representaba la extrema derecha del bonapartismo. Y creia que desde la última fase de la política liberal en que habia entrado el Imperio todas las malas pasiones se habian desencadenado como furias del Averno sobre Francia. Y pedia la censura contra los periódicos, la ley de sospechosos contra los ciudadanos, el silencio para que las elecciones fueran meramente una explotacion de los ultramontanos, un conciliábulo de reaccionarios, que convirtiera en cofradía el sufragio universal, y la tribuna en púlpito. *El Constitutionnel* que representaba el centro derecho y estaba muy en armonía con las últimas reformas, desmentia que hubiera habido atentados, ni pensamiento de atentado, ni sospechosos, ni presos por la policía. Pero lo cierto es que el Imperio temblaba ante su propia sombra.

Bien es verdad que, segun ha dicho Thiers, se han cometido muchas faltas. Una de las mayores, tal vez la mayor, ha sido aglomerar en la cabeza de París toda la vida de Francia, aún á riesgo de una apoplegía. Yo sé bien, que este predominio de la ciudad de París, proviene de una causa, de los esfuerzos inmensos que ha hecho Francia para constituir una fuerte y uniforme nacionalidad; y de lo mucho qne necesitan las nacionalidades muy fuertes, muy uniformes una grande capital. Cuando el inglés ocupaba las costas del Océano, y el aleman los campos de Alsacia, y el español parte de la vertiente oriental del Pirineo, y el italiano parte de la vertiente Occidental de los Alpes; cuando se encontraba esta poderosa nacionalidad francesa, que habia de ser como un sol, disgregada, separada, confusa como un caos; circuida por todas partes de extrañas nacionalidades que la ahogaban, era necesaria una ciudad que fuese como el núcleo, en torno del cual pudiese condensarse la materia cósmica de que se forman las nacionalidades, y convertirse el cometa errante, vaporoso, sin órbita, sin forma definida, en planeta habitable por una poderosísima é ilustre raza. París fué ese centro. Luego vino la revolucion. Los peligros de la nacionalidad francesa se redoblaron con la liga de los reyes, y se centuplicaron al par los servicios de París. Así quedó ejerciendo sobre Francia una gran dictadura con aquella convencion, cuyos crímenes se van como una sombra, cuyas virtudes quedan, para probar que es siempre la virtud la semilla de la inmortalidad y de la gloria. Y to-

davía en el desnivel intelectual que existe entre París y las provincias, el influjo moral de París se conserva, como un poder de la inteligencia sobre la ignorancia, de la idea sobre el instinto. Pero yo creo que el Imperio, el segundo Imperio fué una reaccion del espíritu de los campos contra el espíritu de París. Así el Imperio residia en medio de aquella populosa ciudad, y no pudo jamás conquistarla. Á cada eleccion París le enviaba diputados anti-dinásticos, diputados, cuya significacion es esencialmente republicana. Y, sin embargo, el Imperio ha hecho por París toda suerte de sacrificios, lo ha dotado de calles interminables, de paseos encantadores, de casas colosales, de aguas, de luz, de aire. Y ha aumentado el predominio de París sobre Francia, y el encanto que París tiene para los extranjeros. Pero destruir y levantar una ciudad en quince años, obra es que, acaso no haya visto ninguna otra vez la historia. El martillo demoledor y la escuadra reconstructora se han movido con igual presteza. Casas recien hechas han caido; calles recien levantadas se han borrado de este suelo, como pudiera borrarse el paso de una caravana en el desierto; para comunicar el abigarrado teatro de la Ópera con el teatro francés, la piqueta entra por barrios tan centrales, que podríamos llamarles sin exageracion la espina dorsal de París. Y, sin embargo, este gran reconstructor que ha levantado en quince años una ciudad nueva, grandiosa, babilónica, en el sitio mismo donde se levantaba una ciudad confusa, estrecha, súcia, oscura; este hombre de las grandes construcciones, jamás acertó con una construccion hermosa. Tiene el sentimiento de lo grande, de lo colosal; pero no tiene el sentimiento de lo bello. Dios ha hecho la ballena gigantesca y muda; en cambio ha puesto en el pequeño ruiseñor, en su breve cuerpo, esas largas sartas de notas amorosas que derraman poesía dulce y melancólica en la soledad de los bosques. Cuando se vuelve de Italia, cuando se han visto plazas como la plaza de la Señoría, palacios como los palacios de Florencia, calles como el Corso de Roma, apenas se puede sufrir el París de Haussman, esta larga fila de cuarteles alineados como compañías, estirados como centinelas, y con adornos de uniforme. Se han abierto diez y seis leguas de calles, se han construido sesenta y cuatro mil metros de edificios, se han gastado ocho mil millones de reales; y no hay ni una sola piedra que sea bella. El Nuevo Louvre es el edificio más grande del mundo, y por fuera parece una casa de vecindad; la nueva Ópera es el más rico, y parece un ramillete de confitería, una caja de bombones. ¿Dónde está la belleza del palacio de los Duxs en Venecia, la elegancia de los patios del Vaticano en Roma, la ligereza, la esbeltez del maravilloso alcázar de Toledo? En ninguna parte. La arquitectura es siempre un arte simbólico. El coloso en Oriente, la columna coronada de acantho en Grecia, el arco triunfal en Roma, las severas líneas bizantinas en los tiempos místicos de la Edad Media, el gótico en el siglo décimotercio, el gótico florido en el siglo décimoquinto, la resurreccion de los tres antiguos órdenes, cuando resucitan las tres edades clásicas de la antigüedad, en el siglo décimosexto; un convento severo, como el Escorial, para sombrías familias como la familia de los Austrias, esos monges; un palacio sensual, como Versalles, para familias glotonas, y epicúreas como los Borbones, esos farsantes; cuarteles sobre cuarteles, para simbolizar el París de los Bonapartes, arrancado á la libertad en una noche por cien mil pretorianos que lo convirtieron en su campamento. Y para hacer esto se creó una dictadura municipal, como acaso no se haya visto otra en el mundo. París no podia elegir su ayuntamiento. Los proyectos de Haussman eran más que golpes de piqueta, golpes de estado. Ni un concurso, ni una discusion prévia. Dios no creó el mundo con más imperio. Y, sin embargo, en todos sus cálculos se engañaba

este albañil-Papa, este prefecto infalible. Baste decir, que los trabajos para hacer viables la segunda red de calles, se calculaban en cuatrocientos millones de reales, y costaron mil doscientos. En sesenta y cuatro, prometia concluir los trabajos de París con mil cuatrocientos millones de reales, y confesó despues que habia gastado dos mil ochocientos cuarenta. Esto es enorme. Ponerse á calcular y engañarse en mil y tantos millones, eso no ha sucedido nunca, ni á nadie. Por aquel camino la ciudad de París iba derecha á la bancarota. El déficit podia llegar á doscientos millones de reales por año. La continuacion del sistema necesitaba un empréstito de mil millones cada tres años. La contribucion impuesta sobre las materias de construccion á cincuenta y dos millones; pero este recurso habia de concluir el dia que concluyeran las construcciones. Cuatrocientos mil trabajadores de París mantenia el Estado. Y esto lo hacian esos mismos reaccionarios que crearon el Imperio, para salvar á Francia de los escollos del socialismo. Así notaba con dolor, que mientras el consumo de la carne, y de la leña permanecia estacionario, el consumo del vino y las bebidas espirituosas tomaba proporciones inverosímiles. La ciudad de París pagó treinta y seis millones de reales por las carnes de que se alimentó el año sesenta y tres, y pagó en 1867 unos diez millones; se aumentó poco el consumo. Pero en cambio pagó por consumo de vino el año sesenta y tres, ciento treinta y seis millones de reales, y pagó el año 1868 ciento setenta y dos. Cualquiera diria que esta gran ciudad se embriagaba como Baltasar en festines sin fin, para no ver dibujarse en los caliginosos aires las proféticas cifras que le anunciaban espantosas catástrofes. El terror fué tal, que despertó á los poderes públicos. Y el Cuerpo legislativo se ocupaba de un contrato monstruoso entre el Prefecto de París y el crédito territorial, contrato en que violaron todas las leyes. Mr. Haussman fué en aquellos quince años la paz del Imperio. Su obra ha entrado en el largo decálogo de las razones de Estado. Así es, que todo el mundo oficial tomaba por desacato el empeño de la oposicion parlamentaria en reclamar, como era de su deber, una larga investigacion sobre la dictadura de este doble prefecto de la ciudad y del palacio. «Se piden economías al municipio, gritaba el Prefecto.» ¿Y por qué no comienza dando ejemplo al Cuerpo legislativo? Lo cierto es, que el Imperio veia volverse contra él todas sus obras, convertirse en títulos de cargo y acusacion todas sus glorias.

# CAPITULO LXVI.

## VENCISTE, GALILEO.

Las ideas de Francia, su posicion geográfica, su poder político influyen de tal manera en el mundo, que cuanto aquí sucede, trasciende á todas las naciones. Aquella desmedida influencia que España tuvo en el siglo décimo-sexto por sus armas, la ha tenido Francia en el siglo décimo-nono por sus ideas. Y sucede un fenómeno bien digno de estudiarse. Piensa, trabaja, elabora doctrinas Francia, y piensa, y trabaja, y las elabora para el extrajero. Ora sea que le falte el sentido político que es eminentemente práctico; ora sea que no comprenda bien las mismas ideas por ella difundidas, como los oráculos antiguos que hablaban sin saber el sentido de sus sentencias, la Francia de nuestro tiempo no conoce, y por consiguiente no practica las ideas fundamentales de su revolucion, las ideas de libertad, que habian elaborado sus filósofos, defendido sus héroes, santificado sus mártires. Y no se diga que al ménos conoce la igualdad. Este principio no existe con toda su admirable sencillez en el país de las condecoraciones, de los privilegios para los más altos industriales, y del depósito para los más altos magisterios del espíritu, por ejemplo, para la prensa. Desde muy antiguo, en el tiempo mismo de la revolucion, cuando parecia que la individualidad iba á brotar y á desarrollarse con más pujanza, el Estado tomó las proporciones gigantescas, monstruosas que hoy tiene, y acaparó religion, enseñanza, arte, las más augustas facultades de la inteligencia humana, los derechos más sagrados del espíritu. Así es, que por la fuerza misma de este poder inmenso, tomó la forma propia de toda omnipotencia del Estado, la forma monárquica, y se personificó en un hombre. Y el hombre que á la sazon personificaba el Estado en Francia, era Napoleon. Y las palabras que Napoleon decia desde su altísimo trono, resonaban con grande y poderoso eco en todo el mundo. Hasta América tenia que oirlas y estudiarlas. Pasaron los tiempos en que América se creia, con el orgullo propio de la juventud, capaz de desarrollar su democracia fuera, aparte de la democracia universal. Cuando los Caínes del Sur hirieron el seno de la pátria de Washingthon; cuando en los primeros momentos de la sublime lucha, la fortuna fué en Manassas adversa á la justicia; cuando parecia que la

bandera de los esclavos iba á flotar sobre el Capitolio de la libertad, antes de la victoria de Richmond, la vieja Europa intentó llevar al nuevo mundo que habia nacido en los dias en que el Renacimiento lucia y la Reforma alboreaba, para ser el santuario de la democracia, intentó llevar allí sobre las ruinas de la República, próxima á perder su eterno ejemplo del Norte, nuestras gastadas monarquías. Por consecuencia, la causa de la libertad es solidaria en todos los pueblos, como el espíritu humano es uno en todos los hombres. Y siendo la causa de la libertad solidaria en todo el mundo, y Napoleon el César, el dictador, el enemigo implacable de todas las manifestaciones del pensamiento, invocaba, al aproximarse su ruina, el aire vital de la libertad. ¿Por qué causa?

El Emperador Napoleon se dirigia solemnemente á Francia. Desde luego el acontecimiento extraordinario que hiere la vista del Emperador, que llama su atencion, es el acontecimiento que embargaba el ánimo de toda Francia, la formacion de una poderosa Alemania en el centro de Europa. Este acontecimiento puede ser considerado desde dos puntos de vista: desde el punto de vista europeo y desde el punto de vista francés. Para Europa la formacion de una grande Alemania era un progreso como ha sido un progreso la formacion de una grande Italia, porque no se encuentra así á merced del poder exclusivo de Francia. Desde el punto de vista francés la cuestion cambia. Para Francia la formacion de una poderosa Alemania en el centro de Europa era un gran retroceso, porque así menguaba su influencia casi exclusiva en el mundo occidental. Habia que escoger uno de estos dos puntos de vista. Por el primero Prusia merecia un elogio; por el segundo una censura. El Emperador se quedó en cierto término medio. Ni alabó, ni condenó sin reserva la revolucion acontecida en Alemania. Dijo sólo que venia á justificar unas palabras del Emperador en el Memorial de Santa Helena, las cuales anunciaban la formacion de grandes nacionalidades como preliminar á los Estados-Unidos de Europa. La invocacion del nombre cíclico del Emperador era siempre un gran recurso para su dinastía, puesto que aún la cubria con sus alas jigantescas la sombra del gran génio del Imperio. Pero Napoleon I, que como soldado es acaso el primer soldado de la historia, como político es una deplorable medianía. Si para conocer el espíritu de su siglo, si para caminar al paso de las ideas hubiera tenido la mirada de águila que tenia para abrazar un campo de batalla, y la agilidad que tenia para marchar á la cabeza de un ejército, indudablemente hubiera sido el redentor de Europa. En política interior dudaba siempre entre una dictadura revolucionara y un imperio á lo Carlo-Magno; entre el antiguo y el nuevo derecho. Solo por estas dudas se comprende que teniendo el óleo del sufragio del pueblo, fuera á buscar el óleo de la consagracion del Papa. En política exterior supo escribir en Italia la página inmortal de Marengo; en Alemania la página inmortal de Jena y Austerlitz; tener á sus pies por un momento aguardando trémulos las palabras que cayeran de sus lábios á todos los reyes de Europa. Pero, ¡ah! que no tenia el látigo único con que pudo marcarles de ignominia el rostro, y arrancarles de las sienes la diadema; no tenia el látigo de la revolucion, tan poderoso como ese ígneo látigo de Dios que se llama el rayo. Así es que al uno le pidió su amistad, al otro su hija, cuando hubiera podido uncirlos á todos á su carro. Debia haber destruido á los reyes, y los cobijó bajo su manto. Debia haber levantado á los pueblos, y les hirió en su independencia. Nunca supo qué hacer ni en Italia ni en Polonia, que le seguian ciegas por aquella odisea de sangrientas batallas, aguardando en vano á que cayera de sus manos, que habian destrozado las coronas de los reyes, el acta de la emancipacion de los pueblos. Y despues que recogió en Waterlóo la

cosecha de todos sus errores, debiera haber apelado al silencio como su supremo refugio, y á la historia como su juez supremo. Y sin embargo, escribió tantas y tantas contradicciones en el Memorial de Santa Helena, que bien se veia cómo aquel hombre le faltó siempre la direccion suprema de un gran talento político. Que el Emperador anunció la confederacion de los pueblos. Ese anuncio está escrito en caractéres indelebles en toda la historia moderna. Pero conviene pensar, y conviene decir que tantas ambiciones coronadas, tantos ejércitos armados hasta los dientes, tantos gobiernos enemigos de los pueblos, tantas inmolaciones de la libertad; todo lo que presenciábamos en esta vieja Europa, lejos de acercar la hora de la confederacion de los pueblos, la alejaba. Se habian sembrado por todas partes recelos. Bélgica recelaba de Francia, Suiza de Prusia, Italia de Europa entera, que la queria tener clavada en la picota del poder temporal de los Papas. Para llegar á ese resultado, era un grandísimo obstáculo tambien otra doctrina que sustentaba Napoleon. Pedia el armamento de Francia, en vez de pedir el desarme de Europa.

Yo creo que la Europa no puede ser rica mientras se dispendien en la guerra las sumas que debian consagrarse al trabajo. Yo creo que la prueba mayor de su fuerza que Francia hubiera podido dar al mundo en aquella época tan crítica, hubiera sido arrojar lejos de sí, como si le quemara su contacto, las bayonetas, que son todavía un muro de bronce levantado entre nacion y nacion, un obstáculo inmenso á la reconciliacion de todos los hombres en el seno del derecho moderno. Para llegar á los Estados-Unidos de Europa, es necesario imitar los Estados-Unidos de América. Y los Estados-Unidos de América, despues de haber empleado sus ejércitos hechos en un dia; sus ejércitos, increibles por su número y por su disciplina, en la obra más meritoria del siglo presente, en la redencion del esclavo, los ha disminuido en un momento, obligándoles á convertir los instrumentos de guerra, es decir, de muerte, en instrumento de trabajo, que hacen brotar la vida de la tierra.

La más importante de las palabras de Napoleon III, era la promesa de libertad á Francia. Y la importancia estribaba no tanto en lo que el Emperador prometia, como en lo que el Emperador proclamaba. Yo sé muy bien, yo tengo de ello una perfecta conviccion que el Emperador no podia dar la libertad á Francia, sobre todo, esa libertad completa, absoluta, que se dilata desde el pensamiento hasta el trabajo, que emancipa desde las asociaciones de los creyentes hasta las asociaciones de los obreros, esa libertad que abraza toda la vida y que consagra todo el derecho. Yo sé muy bien que la libertad no puede nunca ser una concesion del poder, sino una conquista del pueblo. Yo sé muy bien que todos los poderes tienen un instinto de propia conservacion, el cual les manda imperiosamente no suicidarse, y la libertad concedida al pueblo hubiera sido el suicidio aceptado por el imperio. Yo en este punto no participaba de las ilusiones de Emilio Girardin y sus compañeros, que creian posible desarrollar la libertad entera, la libertad completa, á la sombra de un gobierno personal, casi absoluto como habia de serlo por necesidad siempre el gobierno de Napoleon III. Pero hay una confesion que debe recogerse y registrarse, una confesion impuesta quizá por ese doble oleaje de las ideas y de los hechos que marchan en progresion creciente á fundar la democracia en el mundo, la confesion de que no puede haber estabilidad para los gobiernos, dignidad para los ciudadanos, brillo para las artes, luz para las ciencias, moral para la familia, grandeza para las naciones, sin que se apoye todo en la libertad, que no será la vida entera, el destino total del hombre; pero que es la condicion primera, el instrumento indispensable, para realizar toda nuestra vida y para cumplir todo nuestro destino. Es

en verdad consolador para los que hemos consagrado nuestra pluma y nuestra palabra á la libertad, para los que hemos acudido en su defensa á todos los campos de batalla, para los que la llevamos como un culto en el corazon, como una luz en la conciencia, ver que aún los poderes fortísimos confiesan la existencia de otro poder más fuerte, que es la libertad. Se siente algo de la satisfaccion que debieron sentir los primeros cristianos, cuando despues de aquella inteligente reaccion de Juliano, inspirada por tan altos pensamientos, servida por tan grandes filósofos, proseguida con tan indomable constancia, le vieron vacilar y decir, llevándose la mano al corazon desgarrado por el mal logro de toda una vida ilustre, y por la debilidad de toda una obra jigantesca: «Venciste, Galileo.» Sí, hay que desengañarse. Crucificada, la libertad convierte su patíbulo en un trono, enterrada, la libertad convierte en una nueva cuna su sepulcro. Ella es como el espíritu humano, inmortal é incoercible. Los poderes que la han combatido, concluyen por sucumbir á su fuerza; los poderes que la han negado, concluyen por sucumbir á su evidencia. El principio de libertad es el principio humano por excelencia. El principio de libertad es el primer agente del progreso. Y sin embargo, escribo acerca de uno de los pueblos que ménos han comprendido la libertad. Lo cierto es que ya provenga de una tendencia constante del poder á conspirar contra la libertad, ó de una tendencia constante del pueblo á abusar de la libertad, su reinado ha sido siempre efímero. La Francia ha divorciado de una manera tristísima estos tres términos correlativos en toda la historia; ha divorciado la libertad de la igualdad, la autoridad del derecho, la sociedad del indivíduo. Ha creido que para ser verdaderamente democrática debia sacrificar el principio de libertad al principio de igualdad, cuando estos dos principios son en la sociedad, como la extension y la impenetrabilidad de los cuerpos en la naturaleza, perfectamente armonizables. Ha creido que la libertad debia fundarse sobre las ruinas de la autoridad, ó la autoridad sobre las ruinas de la libertad, cuando las dos ideas se necesitan, la libertad para que de ella nazca la autoridad social, y la autoridad social para que haga coexistir todas las libertades y la libertad de todos. La autoridad y la libertad son como el tiempo y el espacio en el Cosmos. Ha creido que para ser libre debia renunciar el hombre á la sociedad, ó para ser social, á la libertad; cuando sociedad y libertad son como la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta en los planetas. Estos errores han hecho òscilar contínuamente la historia moderna francesa entre la dictadura y la anarquía. Y luego los apóstoles de la libertad en Francia han creido reunir á su causa, á su planteamiento, no sé qué especie de esperanzas fantásticas, de poemas épicos, de renovaciones misteriosas, de felicidad sensual, de goces materiales, de bienestar completo para el pueblo. Y como la libertad tiene cierta gloriosa austeridad; como á ella va unido el derecho, y el derecho sólo puede hacer que cada hombre realice su propia vida, bajo su entera responsabilidad, cuando la libertad ha venido, y con ella no ha venido la realizacion de la utopia socialista, la Francia se ha creido engañada, y en su desencanto, ha abdicado su libertad. Además, cuando el pueblo francés ha sido dueño de sí mismo, no ha acertado á resolver estos dos grandes problemas, sin cuya solucion prévia toda libertad es imposible. Primero: reducir el gobierno á su menor expresion posible, quitarle toda suerte de facultades que puedan dañar al derecho. Segundo: realizar una amplísima descentralizacion administrativa. Pero de todos modos, cuando se veia al apóstata de la democracia invocando la libertad, el ánimo se elevaba á la antigua leyenda cristiana, que presenta al más hábil de los reaccionarios con profundísima herida en el alma, y esta palabra en los lábios: «Venciste, Galileo.»

# CAPITULO LXVII.

## MAS COMPLICACIONES.

¡El quince de Agosto! ¿Quién no habrá oido mentar la fiesta imperial? Un dia del año París se divertia. Pero el hombre tan fácil en buscar el dolor, tan rico de invenciones para matar, no tiene igual facilidad para buscar el placer, no tiene la misma inventiva para divertirse. Estamos en la moderna capital de Europa. El mundo entero le presta vasallaje como á la antigua Roma. Si aquella tuvo sus procónsules y sus pretores, tiene esta sus sastres y sus modistas.

A la fiesta imperial se consagraban cantidades enormes. ¿Pues creereis que lograban divertir á París? Nada de eso. La fiesta comenzaba por una circular del arzobispo, diciendo que aquel tiempo en nada desdecia de los mejores tiempos de Francia. Dios nos libre de los amigos inhábiles. Cuando el arzobispo de París afirmaba, como artículo de fé, la grandeza del Imperio, daba prueba de que muchas gentes lo dudaban. Yo no he visto á ningun obispo escribir una pastoral para afirmar la claridad del dia. Pero lo más donoso del caso es que su eminencia afirmaba que veremos bien la grandeza de este nuestro tiempo cuando nos hayamos muerto. Si para tan largo me lo fiais.....

Además, yo creí que la primera autoridad religiosa de Francia profesaba, como buen católico mitrado, el dogma consolador del Infierno. Pero lo dudaba desde el punto en que le veia afirmar nuestra admiracion allá en la eternidad por el París del segundo Imperio y por su tiempo. Tiene París tantas seducciones, hay bailes tan provocativos, comedias tan agridulces, cafés-cantantes tan verdes, cancioneros tan libres, mujeres tan amantes, can-canes tan contínuos y moralistas tan pesados, que en Dios y en mi conciencia os afirmo la imposibilidad para sus habitantes allá en la eternidad, de ver otra cosa que los tizones del Infierno, si no los ha extinguido la prosa de Voltaire.

Pero si admiramos no nos divertimos. La mañana comenzó por una de truenos, como si ya resonára el cañon de la guerra. Las nubes lloraban cual si ya vinieran los dias de Noviembre. Las hojas se caian y se pegaban

secas al barro. Un manto ceniciento cubria el cielo. El dia anterior hubo revista; pero como se ignoraba si habria guerra ó habria paz, nadie sabia por qué entusiasmarse. Un silencio grave, solemne, pesaba sobre París, como si la gran ciudad presintiese que despues de quince años de sueño, se acercaba la hora de despertar, siquiera para ver morir sus hijos en la frontera á una señal de su César.

En cuanto á la fiesta del quince, yo os hubiera desafiado á que os divirtierais como no llevárais dentro del corazon la fuente de la alegría. Algunas banderas por las casas que más ó ménos dependian de la policía; nubes de mendigos que podian por una antigua tolerancia tener la libertad de pedir limosna; titiriteros ambulantes que de mala gana y con la tristeza propia en los habitantes de las grandes ciudades, empleaban sus fuerzas en ejercicios gimnásticos; teatros de balde, á cuya puerta se reventaban y en cuyo interior se ahogaban los concurrentes; y por la noche, un fuego de artificio sobre el arco levantado á todas las glorias militares; fuego brillante que se convertia en humo como las glorias militares de los pueblos.

Confieso que prefiero las austeras fiestas de la libertad. Yo estaba en Suiza el dia del jubileo nacional. La naturaleza tiene allí en sus lagos, en sus verdes colinas, en sus bosques, en sus cascadas, en sus montañas coronadas por las nieves eternas, una solemnidad que en vano buscaríais aquí en estas ciudades-mónstruos, donde las habitaciones de los hombres quitan la mayor parte de su solemnidad á los campos. No habia teatros, no habia iluminaciones, no habia titiriteros, no habia ferias donde las sonámbulas dicen lo porvenir á pueblos que ni siquiera saben lo pasado. Nada de esto habia en Suiza. Pero en cambio se oian músicas de militares voluntarios, de soldados del pueblo, que entonaban los himnos de la naturaleza, unidos á los himnos de la libertad, himnos que parecian la voz de los lagos, uniéndose á la voz de las almas; en cambio, sacerdotes que predicaban la tolerancia universal, el respeto á todos los cultos, la fraternidad entre todos los hombres, la inviolabilidad de la conciencia humana, en el mismo sitio donde en siglos anteriores los protestantes quemaban á los católicos, y no lejos de sitios donde los católicos quemaban á los protestantes; sacerdotes llenos de elocuencia, que inspiraban la idea consoladora de que sobre las esferas celestes se alza el Dios de la verdad y de la justicia, trazando la ley de armonía en los espacios infinitos á los astros, y la ley de progreso en los infinitos tiempos, á los pueblos. Despues el pueblo reunido se entregaba á las expansiones del espíritu en discursos, en conferencias, donde se oian resonar las palabras que encienden el corazon de entusiasmo, y que orean el alma, como una brisa consoladora, pasando sobre sus heridas, las palabras á las cuales prestará eterno culto el corazon humano, las palabras pátria y libertad.

La verdad es que una série de escritores adictos al Imperio, se habian propuesto excitar los sentimientos rivales entre Francia y Prusia en vez de apaciguarlos. Yo no comprendo esa política francesa que consiste en molestarse y ofenderse del crecimiento de los pueblos vecinos. Si Alemania llega á la unidad, pasando sobre los reyecillos feudales, ese buen ejemplo se lo ha dado Francia. Si Alemania se constituye en Imperio militar, fuerte y centralizado, tambien le ha dado Francia ese mal ejemplo. Ignoro qué utilidad reportaba el recordar con acritud que los reyes de Prusia fueron electores de Brandeburgo, y que los electores de Brandeburgo recibian una pensioncita de Luis XIV. Estas rivalidades nacionales nada significan desde el momento en que se ha descubierto el interés de los reyes en estar entre sí en guerra, y el interés de los pueblos en estar entre sí en paz. Nosotros podíamos recordar que poseimos el Rosellon, la Cerdania, Flandes, Borgoña; que triunfamos en Pavía y en Bailen; y así los Es-

tados-Unidos de Europa, que son el ideal de todas las almas grandes, llegarán cuando nosotros los europeos dejemos de ser neciamente orgullosos, enfermedad espiritual de que no llevamos traza de curarnos.

La verdad es que el mundo moderno debe á Prusia, á esa Prusia tan maldecida, la renovacion filosófica, que ha formulado las grandes ideas del derecho moderno, y el aniquilamiento del Austria, que ha sostenido en su corona imperial como un titan el inmenso calabozo del derecho antiguo.

La verdad es que cuando se profundiza la historia, cuando se buscan las corrientes de las ideas bajo la corteza de los hechos, se encuentra que pueblos enemigos, contrarios, los cuales han peleado en los campos de batalla mil veces, desangrándose á un mandato real, se juntan, se unen allá en la obra celeste de la civilizacion, como dos coros de la epopeya eterna del progreso.

En la solidaridad de intereses modernos, en la difusion de las ideas y de las luces; cuando el telégrafo vibra, cuando las máquinas vencen y dominan la naturaleza, cuando todos aspiramos al mismo ideal de justicia que todos hemos entrevisto en la luz de la filosofía y en las tempestades de la revolucion, es un crímen dividir á los pueblos.

Y al cabo, si fuera meramente una tésis académica, podrian pasar, como esparcimento de espíritus atrabiliarios, aquellas maldiciones que leíamos á cada instante en los periódicos franceses contra los pueblos alemanes. Pero cuando de todos estos florilegios de retórica podia resultar una batalla en la cual chocaran dos pueblos y corriera la sangre á torrentes, y subiera el incendio hasta las nubes, parecíame un crímen aquella elocuencia preñada de muerte.

Por aquellos dias se celebraba en uno de los barrios más excéntricos de París conmovedora ceremonia. Los niños polacos, nacidos en el destierro, nacidos en tierra de Francia, celebraban la fiesta anual de sus escuelas. Allí, á las orillas del Sena, lejos de la pátria, aprenden la lengua nacional y la hablan, para decir que esparcidos en el mundo, diseminados por la tempestad, son testimonios vivos de la existencia de su pátria, á pesar del ensañamiento de los tiranos. Nada más tierno, nada más conmovedor que estos niños, hijos del destierro, invocando la nacion ausente, repitiendo los versos de su rica literatura, los ejemplos de su heróica historia. Me recordaban las razas de Israel á orillas de extranjero rio, bajo los sauces de Babilonia. Me parecian la descendencia augusta de los Profetas con la Biblia de las eternas esperanzas y de los consuelos eternos en las manos. Pero sobre todo cuando se oyó una música melodiosa, cuando sobre aquella música flotó entonado por un coro de voces puras é inocentes, por un coro de ángeles, el himno de la pátria, el corazon, las sienes latian fuertemente, y todos pronunciábamos la misma palabra, aun no ha muerto Polonia, y todos creíamos ver pasar el viento encendido de la tempestad á despertarla en su sepulcro, y todos invocábamos la libertad.

Todo nos acongojaba entonces porque veíamos por todas partes el mónstruo de la guerra. No podia interpretarse sino como grande amenaza guerrera el que estuviese á la sazon en el verano de 1867 Napoleon III por una alianza con el Austria. No puede, no debe darse otra significacion al viaje y á la entrevista de Salzburgo. El único entre los grandes monarcas europeos ó sus inmediatos sucesores, que no habia venido á París, ya adelantado el verano, era el único á quien el Emperador hacia una visita. Podia ser de duelo por la muerte trágica del pobre Emperador trasplantado desde el secular Imperio de Austria al fugaz Imperio de Méjico. Pero el duelo del Emperador de Austria por la desgracia de su hermano único, no debia ser muy grande, ni por consiguiente mover mucho á compasion, cuando á los pocos dias tuvo ánimo para asistir á las fiestas dadas con tanta pompa al Sultan de Constantinopla en las majestuosas

márgenes del Danubio. Lo cierto, lo indudable es que en la córte de Francia, en el mundo oficial, era muy popular una alianza del Imperio francés con el Imperio austriaco. Yo no lo concebia, no me explicaba aquella ternura por Austria, por el Imperio, contra el cual ha peleado siempre Francia, siendo este uno de sus principales títulos á la consideracion de las gentes. Cóntra ese Imperio peleó Francisco I, impidiendo que pusiera su pesado sudario de plomo sobre toda Europa; en la derrota de ese Imperio, se levantó el poder de Enrique IV á proclamar la paz religiosa en Francia; contra ese Imperio, pelearon Richelieu y Luis XIV; contra ese Imperio, ganó sus más heróicas batallas la República; y el haber herido ese sacro romano Imperio, es la gloria mayor que Napoleon I alcanzó en Austerlitz y haberlo arrastrado al borde de su última decadencia, la mayor gloria que alcanzó Napoleon III en Solferino. ¿Cómo se queria entonces rehacer lo que han deshecho tantos siglos? No hay que equivocarse; la resurreccion del Imperio austriaco es la muerte de Hungría, es la esclavitud de Venecia, es el restablecimiento de la reaccion en Italia; es el poder temporal del Papa restaurado, es la teocracia católica triunfando en Alemania: que no hay poder bastante fuerte á detener el desarrollo de una fuerza social, ni á impedir las consecuencias lógicas de una idea.

Debo decir que si la alianza con Austria era popular en el mundo oficial, no me lo parecia tanto en la opinion pública. Todos convenian ya en que el liberalismo de Austria era forzado y transitorio, como lo probaba su repugnancia invencible á destruir el Concordato, la obra mayor de la reaccion. No se puede dudar que las opiniones democráticas han caminado mucho en poco tiempo. Si los campesinos franceses continúan entregados á esos éxtasis católicos, que se interrumpen de vez en cuando con guerras tan crueles como la guerra de la Vendée, los trabajadores de las ciudades, cuya influencia es decisiva en los dias de las más graves crísis sociales, son hoy más que nunca amigos de la democracia liberal, de esa fórmula que encierra el porvenir del mundo. Así en los últimos consejos generales triunfó la opinion democrática en casi todas las ciudades y la opinion conservadora en casi todas las campiñas. ¡Cosa verdaderamente grave! El industrial se mueve en la esfera de las ideas con la misma celeridad que las ruedas de sus máquinas y con el mismo impulso que el vapor de sus calderas, mientras que el agricultor, á quien la comunicacion con la naturaleza debia inspirarle el deseo de ser libre como el viento, de remontarse como el ave al cielo, permanece inmóvil, alimentándose á la manera del árbol en el terruño de sus viejas creencias.

Y sin embargo, el mundo marcha. Así como durante los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo vieron una Alemania católica apoyada en una España absolutista, el siglo décimo-nono vá á ver una Alemania protestante apoyada en una Italia liberal. A pesar del viejo carácter individualista germánico, siempre ha soñado la Alemania con una grande y poderosa unidad interior. La verdad es que el problema aleman es hoy el problema mismo de Inglaterra y de los Estados-Unidos: agregar á una grande libertad y particularidad municipal un formidable poder de unidad política. No puedo decir si la pátria clásica de las razas germánicas sabrá tener la medida entre el poder central y la libertad individual, que han tenido sus poderosas hermanas, la Inglaterra de aquende y allende el Atlántico. Sí diré que los medios de Mr. Bismark no son muy de mi agrado. Pero al fin no ha visto el mundo formarse la unidad de las nacionalidades sino atropellando muchos intereses particulares. Y la obra de Bismark tiene á mis ojos los siguientes méritos: el predominio de la Alemania libre-pensadora sobre la Alemania teocrática, la semi-independencia de Hungría, y la libertad de Venecia. Esta obra iba á completarse, porque Bismark estaba decidido á que

se desvaneciera la última sombra de la Edad Media, á que se arruinara el poder temporal de los Papas.

Por aquel tiempo luchaban los dos jefes de la democracia italiana, Garibaldi y Mazzini.

Estos dos hombres son como las dos fases del espíritu italiano. Es el uno la idea y el otro la accion; el uno el conspirador y el otro el guerrillero; el uno la cabeza y el otro el corazon; el uno el misionero y el otro el cruzado; el uno todo lo que hay de más profundo y de más grande en el espíritu de Italia, mientras que el otro es todo lo que hay de más vivo y de más heróico en sus sentimientos. Mazzini tiene esa intuicion del génio que ve lejos, y esa paciencia del mártir que prefiere ver desvanecerse su sangre, á ver desvanecerse su ideal. Como todos los hombres de pensamiento, se adelanta á los tiempos y gusta anticipadamente el fruto de sus ideas, la vida del porvenir, ese placer, en cambio de sus dolores infinitos, reservado al génio. Garibaldi no es de la madera de este hombre, porque en el espíritu no se pueden desarrollar ciertas cualidades, y sobre todo, las cualidades eminentes, sino á costa de otras, porque el equilibrio entre las facultades humanas está casi siempre reservado á las medianías. Garibaldi tiene, como todos los héroes, la fiebre del trabajo, la necesidad apremiante de la accion, la impaciencia por el bien, la prisa por la satisfaccion del amor, la ceguera sublime que Dios ha puesto en todas las pasiones, las cuales, siendo poco escrupulosas, por lo mismo son más fecundas. Mazzini quiere ir á Roma bajo la invocacion de la República, aunque vaya más tarde. Garibaldi quiere ir á Roma bajo la monarquía por ir más pronto. Confieso que bajo el cielo de Roma, despues que haya desaparecido la sombra secular del despotismo teocrático, no cabe otra institucion, no cabe otra forma de gobierno, digna de aquella tierra de héroes, más que la República. La monarquía ha sido popular en Italia mientras la monarquía ha trabajado en la obra de la unidad. Pero satisfecha ya esta necesidad, Italia siente otra más viva, más profunda, más grande, más difícil tal vez de conseguir á razas habituadas á una larga servidumbre; siente la necesidad de la libertad. Y dígase lo que se quiera, no hay institucion, no hay forma de gobierno que pueda dar de sí la libertad como la forma republicana. Ella es la imágen viva del pueblo, y la práctica constante de la soberanía nacional. Ella solamente puede llevar la igualdad á las más altas y más elevadas esferas sociales. Bajo ella la unidad en la variedad, esta ley, así de la naturaleza como del espíritu, así de la ciencia como de la sociedad, se realiza completamente. La República es la forma única de gobierno posible en las democracias. Pero yo confieso que por ver á Roma libre, por ver la teocracia hundida, por ver cómo desaparece ese mónstruo ante el cual se han estrellado las palabras de Arnaldo de Brescia y de Savonarola, por ver concluido el adulterio del poder espiritual y el poder temporal, por ver desmentidas las fórmulas bárbaras de la última Encíclica y humillados los negros enemigos de la independencia humana, por el César espiritual contra cuyo dominio pelean desde el siglo doce las gloriosas dinastías de los tribunos del pensamiento libre, esa dinastía cuya corona es de luz y cuyo cetro es de ideas, he tenido siempre una impaciencia tan grande como la impaciencia de Garibaldi.

Pero los dos rivales tenian igual ódio al enemigo comun de la democracia, igual ódio al Emperador Napoleon.

# CAPITULO LXVIII.

## EL CONGRESO DE GINEBRA.

Oponerse á la guerra, conjurar sus ódios, herir á los déspotas, formar una liga europea que se interpusiese con ramos de olivo entre los contendientes, cuyo choque podia ser tan espantoso como el choque de dos planetas en la inmensidad del espacio, era un bello programa. Toda idea, lanzada á los cuatro vientos de la publicidad por un periódico, tiene partidarios, y los tuvo la idea del *Temps*, partidarios que comenzaron por formar una pequeña liga y concluyeron por convocar un gran congreso. Este congreso no debia ya limitarse á impedir la guerra entre Fráncia y Prusia, objeto conseguido por las conferencias de Lóndres, sino que debia formular un código de paz entre todas las naciones.

El teatro del congreso debia ser Ginebra. Pocas ciudades hay en el mundo tan hermosas, tan espléndidas como Ginebra. Yo he pasado tres meses de mi vida en su seno, y cuando la recuerdo me parece que sueño. Delicioso es el valle donde el Jura extiende al Occidente sus celestes muros, y la cadena del Mont-Blanc extiende al Oriente sus agujas de cristales eternos, que ya semejan pirámides, ya inmensas rotondas de una blancura inmaculada, sólo interrumpida por las nubes que la buscan como bandadas de águilas, ó por los rayos del sol poniente, que la hermosean con sus rosadas tintas. Desde las cumbres del Mont-Blanc y del Jura descienden, como un oleaje de piedra, montañas de caprichosas formas, colinas que vienen á morir al pié de esa preciosa turquesa, engarzada en sus sandalias, que se llama el lago de Ginebra. Sus aguas tienen el color de un espléndido cielo del Mediodía, y es tal su trasparencia, que parece que doblan la luz del sol ó de las estrellas cuando se miran en su espejo. Todo es titánico, sublime, como los restos de un mundo desgajado en las empinadas cordilleras, llenas de rocas estriadas por las nieves eternas y heridas por los aludes, y todo es bello, gracioso, como el cuadro de un idilio, en las colinas que circundan el lago, llenas de jardines, donde levantan sus caprichosas torres blancos caseríos y pintorescas quintas, sobre cuyos tejados vuelan las palo-

mas y á cuyas puertas se apacientan las vacas. Para que nada falte, al límite mismo del lago, al Mediodía, nace el Ródano, precipitándose con un ímpetu incalculable y abriéndose en dos cauces, por los cuales corren sus aguas azules recamadas de espumas, como si quisieran abrazar toda la ciudad; en su parte moderna, coqueta como Cádiz, y en su parte antigua, sombría y severa como Toledo. Desde los muelles se ve en primer término la ciudad moderna con sus blancos edificios, y despues la ciudad antigua con sus negros torreones; la isla de Rousseau, llena de sauces y de álamos, monumento levantado al profeta de la revolucion política, y la sombría catedral, por donde raya aún la sombra de Calvino, el dictador espiritual de la revolucion religiosa. Todo habla al espíritu, todo convida á la meditacion: el lago, que á cada momento cambia de color, las montañas gigantescas, las graciosas colinas, las selvas, las aves acuáticas, que rozan las espumas, y las velas latinas, que cortan el horizonte, los inmensos ventisqueros tendidos al borde oscuro de los abismos, y las casas cubiertas de yedra, que bañan sus cimientos en las tranquilas aguas; los contrastes de la Égloga y de la epopeya en la naturaleza; el caos coronando una campiña digna de Andalucía ó de Italia, campiña enriquecida por todos los tonos de la luz y por todas las armonías de la vida.

Examinemos la ciudad desde el punto de vista político. Ginebra es una República. En sus calles no se ve un soldado. Bajo su cielo, caben todos los cultos. A las puertas casi de la estacion de Francia, la Iglesia Católica; en el centro de la ciudad, la catedral protestante. Frente por frente de la Sinagoga, el templo masónico. Desde el lago se descubren resplandecientes en el horizonte las torres doradas de la iglesia griega. La imprenta es allí tan libre como la palabra, y la asociacion tan libre como la imprenta. El sufragio universal engendra el gobierno que, como nombrado por todos, es responsable ante todos. Las leyes constitucionales son por el pueblo entero sancionadas. Cuando llegais á la hospitalaria ciudad, ningun agente de la policía os pregunta vuestro nombre, ni os registra ningun agente del fisco vuestro equipaje. Pero veamos el reverso de la medalla. Ginebra es acaso el canton ménos tranquilo de la pacífica República suiza. Enclavado en el imperio francés, temia que á cada momento le ahogase el jigante, en cuyos brazos reposaba. Y ese temor ha llenado casi toda su historia, porque puede decirse que casi toda su historia es una lucha permanente con los duques de Saboya, region hoy perteneciente á Francia. Ginebra empezó por derribar el feudalismo de su Obispo, y concluyó por derribar el feudalismo de sus Duques. Como estos fueran católicos, acaso en odio suyo abrazó el protestantismo para fundar su república. Unida la causa protestante á la causa republicana, y una y otra á la causa de la independencia, Ginebra amó el protestantismo, como el santuario espiritual de todo cuanto hay para ella de sagrado en su historia. Mas los hechos históricos no se modifican en un dia. La sombra de los Duques de Saboya ha desaparecido ya, y sin embargo, sus soldados perturban todavía la tranquilidad de la República. Estos soldados son los habitantes de Carouge, ciudad anexionada á Ginebra y que hoy forma uno de sus más populosos cuarteles.

El Duque de Saboya la fundó como rival de Ginebra, y aún dura esa rivalidad. Los católicos de Carouse profesan odio implacable al protestantismo y á los protestantes. Como quiera que el protestantismo es la religion de más predominio, para combatir sus privilegios, se han refugiado los católicos á la sombra de la bandera más radical. Además, la aristocracia es la más protestante entre todas las clases de Ginebra. El representante del partido radical en la ciudad de Calvino, es un hombre de grande ta-

lento, de poderosa palabra, pero de una vida pública que manchan innumerables errores. Sus amigos convirtieron la ciudad severa de Calvino en verdadero garito. Por espacio de algunos años los jugadores que han compartido su banca, fueron los dueños de Ginebra. Sus arbitrariedades azotaron el rostro de los ciudadanos, como si hubieran llegado á convertirlos en esclavos. Los desórdenes de su jefe mataron al partido radical, que perdió la direccion de la República. Desde entonces no hay motivo que el jefe de los radicales no aproveche para ganar las elecciones y reconquistar el poder.

Grande agitador, subleva las conciencias con ideas en que no cree; y grande intrigante, mancha las elecciones con escenas demagógicas que repugnan á su carácter aristocrático. El recuerdo de los antecedentes históricos de Ginebra es muy necesario para explicar todas las tempestuosas escenas.

Seamos justos: el Congreso de la paz se convirtió en congreso de la revolucion. Se habia comenzado por invitar á todos los jefes reconocidos de la revolucion europea. Casi todos ellos se negaron á asistir. Los que en Francia mantenian la causa democrática tenian dos inconvenientes: primero, el temor de encontrarse con los desterrados, que son á sus ojos ó una reconvencion ó un remordimiento; segundo, el temor de que por ciertas declaraciones más ó ménos audaces á que les forzara el espíritu reinante en el Congreso, fueran castigados á su vuelta á Francia. Los desterrados tenian para asistir dos inconvenientes. Primero, muchos de ellos habian sido expulsados de Ginebra á instancias de Napoleon. Segundo, casi todos creian que la paz no era posible mientras la libertad no triunfase, y que el triunfo de la libertad no era posible sino por medio de la revolucion. No quiero creer, y por lo mismo no quiero mencionar un tercer inconveniente: las rivalidades que desgarraban de contínuo el seno de la emigracion francesa. El Congreso abortó verdaderamente. Levantáronse contra él muchos elementos pura y exclusivamente ginebrinos. Los ciudadanos de Ginebra, que tienen la República, se inquietan poco de que la República triunfe ó no en el resto del mundo. Pero los ciudadanos de Ginebra se inquietan mucho de que Francia pueda violar su neutralidad ó acabar con su independencia. Y no querian en su recinto un congreso que pudiera considerarse como una amenaza á Napoleon. Las cuestiones religiosas entraron por mucho, como entran siempre en Ginebra. Los protestantes se habian indignado de que el Congreso proclamase el racionalismo como base de la libertad, cuando ellos unen todas sus antiguas libertades á su antigua religion. Los católicos se habian indignado de que el Congreso pidiese la caida del Papa y declarase la muerte del Catolicismo. Los conservadores repugnaban el Congreso por su carácter radical. Los radicales, en su mayoría católicos, le anatematizaban por su carácter heterodoxo. El jefe del partido radical queria dos cosas: hacer algo que fuera grato á los fieles de Nuestra Señora de la Coulourvrier y algo que fuera grato á los huéspedes de las Tullerías. Pues nada podia ser tan grato á unos y otros como la disolucion violenta del Congreso. Para esto llevó allí unos cuantos vociferadores que impidieran el nombramiento de un Comité permanente.

Con esto, si bien el Congreso pudo celebrar todas sus sesiones y votar todo su programa, los misioneros de la paz en verdad se disolvieron á los ojos de Europa, desgarrados por todas las apariencias de una guerra, como si este fatal veneno se respirara en los aires. Mazzini expresó las opiniones generales de la democracia europea en una carta que á su profundidad de pensamiento, unia ese caloroso estilo meridional tan lleno de subidos tintes y de deslumbradores matices como el cielo de Italia. Mientras no tengamos pátria, mientras no tengamos hogar, mientras estemos condenados á ocultar nues-

tro pensamiento como un crímen, y ahogar nuestra palabra, á cometer por fuerza ese infanticidio horrible en la conciencia; mientras todos los hombres no tengan sus derechos individuales consagrados en las leyes y todas las naciones su independencia reconocida en Europa, no les hableis, no, á los hijos de Polonia, de España esclava, de Roma muerta, no les hableis de paz; tanto valdria haber impedido al sublime mártir Espartaco trasformar en espada el hierro de sus cadenas. La paz no puede ser, añado yo, sino el fruto de la libertad, y la libertad no puede ser sino el fruto de la democracia, y la democracia en aquel momento no podia ser sino el fruto de la revolucion. Las monarquías de todos los paises necesitan privilegios de toda naturaleza y los privilegios engendran la guerra como la corrupcion del aire la peste, y como la peste la muerte. Una monarquía no puede existir sino con estas condiciones; una aristocracia que la guarezca; un clero que la bendiga; una centralizacion que la apoye, y por consiguiente una monarquía no puede vivir sino en medio de la guerra, que le han de armar por precision las democracias proscriptas y que ha de resultar por necesidad de los derechos violados. El Congreso de la paz fué, pues, el Congreso de la revolucion.

Hé ahí por qué la presencia de Garibaldi en el Congreso era una gran necesidad y le dió un profundo sentido. Yo no disputaré ni sobre los talentos políticos ni sobre los talentos literarios de Garibaldi tan maltratados en toda Europa, con motivo de su aparicion en el Congreso de Ginebra, y de su conducta en la ciudad, y de sus palabras en la Asamblea. Humilde de talento, ha tenido fé en aquello que no creian posible los talentos más profundos. Garibaldi no es Maquiavelo; pero indudablemente es Savonarola. No pertenece á la raza de los ergotistas; pero pertenece á la raza de esas legiones que iluminan las noches de la historia, pertenece á la raza de los héroes y de los mártires. En los siglos primeros de nuestra era, hubiera ido á la cruz con los redentores de la religion, en los siglos medios, á las hogueras con los tribunos del pensamiento; en nuestro siglo, ha ido á los campos de batalla con los soldados de la democracia; y en todos tiempos hubiera pertenecido á los hombres de fé, que humildes y hasta ignorantes, en el fuego de su alma, funden la materia candente que se necesita para amasar una nueva sociedad. Él puede pasear su tranquila mirada sobre esa nube de publicistas que le niegan el sentido político, y preguntarles cuál de ellos ha derribado en tres dias una corona y hecho en tres meses una Italia. Estamos tan acostumbrados á ver unido el talento político á la mentira y al crímen, que no podemos creerlo hermanado con la virtud y la verdad. La política es todavía en los parlamentos el arte de mentir, y es todavía en las cortes el arte de engañar; es el catecismo del crímen. La política para un hombre de la sinceridad infantil, de la bondad angélica, del candor primitivo, de la conciencia pura y trasparente de las virtudes ingénuas de Garibaldi, la política es un eterno manantial de verdades, una agua pura y salutífera donde se fortifican los pueblos. No era político, es verdad, en el sentido que hoy se dá á la palabra, creer que la Ginebra de Fazy era la Ginebra de Calvino. No era político unir la causa puramente civil, puramente nacional, puramente democrática de la caida del poder temporal con la causa protestante de la caida del Pontificado. No era político pedir á una asamblea, donde pululaban los ateos y los materialistas, que proclamara muerto el catolicismo y promulgase la religion del nuevo Dios de la libertad y del progreso. Pero el dia que le quitárais á ese hombre sencillo el candor sublime de los redentores, que han salvado al mundo por la fé, le quitábais la cualidad que le hace único en este siglo cercano á la barbárie por el refinamiento de la cultura. El, sin acordarse de los católicos de Carouge, creyó que Ginebra debia

tener á orgullo continuar siendo la Roma protestante; él, sin acordarse de Rattazzi y de las habilidades diplomáticas, por donde querian ir á Roma los Maquiavelos de bajo cuño, notificó al mundo sus propósitos; él, sin acordarse de las supersticiones de sus compatriotas, sabiendo que el Pontificado ha abierto eternamente al extranjero las puertas de Italia, que ha quemado á Giordano Bruno, que ha arrancado la luz á los ojos de Galileo, y la lengua á la boca de Vanini, declaró muerto el pontificado; él, sin acordarse de los materialistas y de los ateos, miembro de una raza religiosa y artística, proclamó ante el mundo, el Dios de su pura conciencia, el Dios que ha encendido en su alma de tribuno la fé, el Dios que ha visto resplandecer en su vida de marino, como una luz inextinguible en los astros del cielo y en las estelas del mar. Que los hábiles se levanten y digan: yo haré más, yo conseguiré más, yo podré más que ese hombre, á cuya voz se conmueven sobre su trono de sombras diez y nueve siglos de supersticiones y de mentiras.

Cuatro discursos se pronunciaron que produjeron una honda sensacion: discurso de Lemmonier, que yo llamaré el discurso de doctrina, declarando sólo compatible la paz perpétua con el establecimiento de la República; discurso de Simon de Treves, que yo llamaré el discurso del momento, declarando que Alemania no heriria ninguna susceptibilidad europea el dia que fundase su gran trabajo de unidad en la federacion republicana; discurso de Edgard Quinet, que yo llamaré el quejido, el dolor de la proscripcion, declarando que la conciencia humana ha muerto desde el momento en que ha considerado criminales á los defensores de derecho, y el discurso, sin ningun género de exageracion más aplaudido, más celebrado, más elocuente, el discurso que mostraba la democracia práctica, la verdad realizada, el discurso eco de la República, el discurso eco del Nuevo Mundo, el discurso de Hector Florencio Varela. La idea del primer discurso es exacta. Las faltas de un hombre pueden perder un siglo, mientras no sean los gobiernos amovibles. La inviolabilidad de un hombre es su endiosamiento, y el endiosamiento de un hombre es contrario á su responsabilidad, base de los gobiernos libres. La herencia del poder por uno solo, mata el derecho de todos. Un privilegio anterior y superior á la soberanía del pueblo, es incompatible con la democracia. Las monarquías, para ocultar todos estos errores á los pueblos, los mantendrán en una dañosa rivalidad, generadora de la guerra. La paz sólo es compatible con la República. El discurso de Simon de Treves no era ménos fundado. Por haber perdido en 1848 la democracia alemana el momento preciso de fundar la unidad en la República, vemos ahora fundarse la unidad en el derecho divino; por no haber acertado á constituir una libertad que hubiera sido la paz de Europa, nos encontramos con un imperio militar que es la guerra. Caro van á pagar su error, muy caro, con la muerte de sus hijos, con la pérdida de sus propiedades, los pueblos que, ó no supieron fundar, ó no supieron sostener despues de 1848 la República, que era la alianza de la democracia con la libertad, y por consiguiente, la paz del mundo. Así es que el discurso de Quinet, ese discurso elocuentísimo, con su fondo de desesperacion y de amargura, con su forma de elegía, de larga y resonante lamentacion, era el discurso de las angustias presentes, el discurso de las dudas que nos asaltan, el discurso de los dolores que nos desgarran. El corazon se parte de pena al saber, por la boca de un hombre honrado, que la conciencia humana ha muerto, como se partian de pena las piedras de Jerusalen al saber, por boca de los ángeles, la muerte del justo. Pero si la conciencia individual desmaya, si la conciencia de un siglo se eclipsa, no hay en el mundo, ni en los soles, ni en todo el sistema planetario, un sepulcro que pueda contener el cadáver de la

conciencia humana. De los sofistas nació Sócrates, de los gnósticos y los esenios Cristo, de los nominalistas y los realistas Lutero, de los excépticos y de los jansenistas la Convencion francesa. La corrupcion de hoy es la semilla que se pudre en la tierra, más para dar de sí el árbol de la libertad. No repitamos la palabra de Bruto, al hundirse la espada en el corazon sobre el desolado campo de Philipos, en la última noche de la República: la virtud es un nombre vano. ¡Oh! no. Cuando por ella nos hemos visto arrancados de nuestros hogares, desalojados de nuestras cátedras, perseguidos como fieras por los mismos que persiguen á los criminales hasta en la tierra del destierro, consolémonos con creer que no nos hemos sacrificado por la muerte, consolémonos con creer que existe el sagrado objeto de tanto amor y de tantos dolores; la virtud de la libertad.

# CAPITULO LXIX.

## UNA REVOLUCION PACIFICA.

El Congreso de la paz no estaba tan lejos de la realidad cuando Europa presenciaba en aquellos años el espectáculo de una revolucion pacífica llevada á cima por la prudente y mesuradísima Inglaterra.

La poderosa Iglesia anglicana, que por espacio de tres siglos ha dirigido la conciencia de este gran pueblo; que ha entrado vencedora bajo los agudos arcos de Westminster levantados en la Edad Media á la fé católica, cuyos reflejos todavía se descubren por aquellas místicas ojivas; que ha construido, como rival de San Pedro de Roma, su majestuosa basílica de San Pablo, para abrigar gerarquías de obispos y de sacerdotes más ricos y más poderosos que los clérigos católicos del continente; esa Iglesia que ha visto á la gran ciudad de Lóndres lanzarse á las llamas y arder en un incendio infinito por conservar su intolerancia, será hoy expulsada de Irlanda en nombre de los derechos de la conciencia humana, y mañana, en plazo más ó ménos breve, separada del Estado británico, en nombre de la libertad y de la justicia.

Pensad, pensad un momento, vosotros, los dedicados de antiguo al titánico trabajo de abrir surcos en las inteligencias para sembrar las ideas; pensad en los prodigios de reflexion, que necesita un protestante, educado en estos hogares, tan sombríos como una fortaleza, tan severos como un templo, para levantarse animosamente sobre su educacion, y tender la mano á los eternos enemigos de su fé y de su raza, á los celtas oprimidos y oscuros, á los católicos de Irlanda. Y esta revolucion, que es profundamente constitucional, porque la constitucion británica reposa en la confusion de la Iglesia y del Estado; que es profundamente religiosa, porque la Iglesia anglicana descansa en el reconocimiento del privilegio de su dogma sobre los dogmas católicos; y que es profundamente social, porque va á disolver propiedades acumuladas por los siglos; esta revolucion, cuya trascendencia no cabe ni en el ilimitado seno del pensamiento humano, tiene de su parte á esa grande asociacion liberal de Inglaterra, compuesta en su mayoría de comerciantes

que saben unir á los cálculos matemáticos de sus atrevidas operaciones, el culto espiritual de las ideas.

La supersticion combate esta reforma usando los mismos argumentos que contra la libertad usan todos los reaccionarios del mundo. Yo creo estar en sueños allí entre los neo-católicos. Un protestante fanático sostiene la célebre teoría de no sé cuál de nuestros más célebres reaccionarios; dice que no se puede tratar ni contratar con los católicos, porque no son hombres de bien los que no profesan la religion protestante. Guerra á los jesuitas, á los papistas , á los enemigos de la pátria, á los traidores, á los que quieren perder la nacion, á los que se han conjurado contra la grandeza británica; guerra á muerte á los reformistas.

La pasion de uno y otro lado es intensa, calurosísima. ¿Concebís algo que pueda exceder en grandeza á un lord corregidor de la ciudad de Lóndres? Su magistratura tiene puntos de contacto con la magistratura del antiguo Dux de Venecia. Es el jefe de la más gran república de comerciantes conocida en el mundo. La fiesta de su instalacion se puede comparar á los ruidosos triunfos de los emperadores romanos. Para entrar en sus dominios municipales, necesita la reina de Inglaterra pedirle permiso tres veces, llamar tres veces á su puerta. El carruaje del príncipe de Gales habrá de cederle el paso y darle preferencia. Es el rey de la ciudad, es el almirante de este puerto á donde llegan todos los navíos del mundo, es la primer magistratura de este barrio inmenso, donde se hallan los banqueros más ricos y más poderosos que todos los monarcas del continente reunidos. Pues mirad lo que acababa entonces de sucederle, y decid luego que no se pueden imitar las libertades inglesas, porque las libertades inglesas son ordenadas, y desordenadas las libertades del Continente. El lord corregidor debia su eleccion á los liberales. Sin embargo, en un meeting celebrado dentro de Saint James-Hall, se expresó en varios discursos de extraordinaria energía contra el proyecto relativo á la Iglesia de Irlanda. Nadie podia negarle su derecho á tener una opinion sobre los asuntos de su patria. Pero allí estaba llamado á presidir la reunion, y no á manifestar sus propias opiniones. Convocó para el veintidos de Junio otra reunion en Guildhall, como si dijéramos, la Casa de ayuntamiento; edificio extraño, muy parecido á las instituciones de aquel país, en que al lado de una ventana ó un muro gótico, hay una columna ó un pórtico griego. Los liberales se hallaban resentidos por su conducta en la última reunion; los reaccionarios decididos á manifestarle extraordinarias simpatías. El salon es capaz de seis ó siete mil personas. Los partidos se hallan muy divididos. Las injurias más groseras caen mútuamente sobre cada uno de los enemigos bandos. El ruido es infernal. Entra el lord corregidor, y los aplausos mezclados con los silbidos estallan formando la más ruidosa algazara imaginable. Para oir gritar es necesario ir á Inglaterra y escuchar esas fraguas titánicas de los pulmones ingleses. Siete mil cíclopes no aturdirian como la gritería de estos hombres acostumbrados á hablar entre el ruido de las olas y el ruido de las máquinas. El lord corregidor se empeña, desde la plataforma presidencial, en acalorada discusion con un alderman del partido liberal. Nadie sabe qué quieren ni qué dicen. La discusion toma el giro de disputa; la disputa degenera en riña. El lord recibe golpes, empellones, puñetazos en el pecho, entre las ráfagas de un huracan de imprecaciones infinitas. Mientras tanto, en el patio, á las puertas de aquel mismo salon, donde la aristocracia mercantil de la ciudad no habia podido entenderse, un gran número de trabajadores que no llegaron á penetrar en el salon, celebraban su meeting, censuraban soberanamente al gobierno de Disraeli y á la reina que lo sostenia, condenaban la conducta del lord corregidor y de los diversos miembros de

aquella reunion tempestuosa, decidian que la abolicion de la Iglesia protestante en un país católico era una prenda de union segura entre Inglaterra é Irlanda, y conjuraban á los lores, á ese gran Senado de patricios, á dar su asentimiento al bill de Gladstone, proponiendo la suspension de todo nombramiento y de toda dignidad oficial en la Iglesia irlandesa; y de esta suerte demostraban que el pueblo inglés ha perdido su fanatismo antiguo y llegado á la madurez de su juicio, siendo por tanto digno ya de ver convertidos los antiguos privilegios de algunos en los derechos de todos.

Leed los juicios y escuchad la sentencia de la opinion. ¿Creeis que hay un sólo inglés capaz de pensar en la necesidad de abolir los meetings? No. La prensa toda censuraba la reunion de Guidhall; pero la censuraba, porque no tuvieron ni liberales ni reaccionarios mútuo respeto á sus diversas y encontradas opiniones. Pero así como nadie pide que el ferro-carril se suprima para evitar los choques nadie pedia que los meetings se suprimieran para evitar sus excesos. ¿Son así las naciones continentales? En seguida que se abusa de la libertad, en vez de corregir sus abusos, suprimimos la libertad. Para curar el corazon enfermo, lo arrancamos de nuestro pecho.

Admirable trasformacion la de Inglaterra. Los vientos de las ideas pasan sobre su profundo espíritu, y lo agitan, y lo renuevan con un oleaje infinito. En aquellos momentos estaba en uno de esos períodos de crísis, de los cuales sale más fuerte como el cuerpo de un ejercicio de gimnasia, como el alma de un ejercicio del razonamiento. La aristocracia protestante se defenderá en sus privilegios religiosos contra este formidable ataque de la igualdad y de la justicia. Pero se doblará sabiendo que así como en el Universo las viejas generaciones ceden su puesto á las nuevas, ceden en la sociedad su puesto las viejas á las nuevas ideas; que todo se rije por leyes análogas en la grande química de la vida. El Estado inglés dejará caer su vieja iglesia, intolerante, atrasada, oligárquica, fortaleciéndose cada dia más en la libertad, una para todos los hombres, y en la justicia, una sobre todos los continentes, y que por lo mismo reconoce á todos los hombres y en todos los continentes el derecho absoluto de la conciencia individual para dirigirse al Dios de la fé. Las ideas nacen como una ligera semilla en la conciencia individual; pero luego se extienden, se propagan, atravesando todos los obstáculos, venciendo todas las resistencias. Y el secreto de la política está en abrirles al través de las instituciones un respiradero para que en vez de hacer estallar en mil pedazos la sociedad que las contiene, la alimenten, y la impulsen á cumplir sus destinos. En la Gran Bretaña todo el mundo piensa, cree, habla, escribe, enseña, se asocia, segun las inspiraciones de la propia conciencia. Y por eso en la Gran Bretaña vemos el espectáculo más maravilloso que puede presentar una sociedad; las ideas más radicales subiendo á las Cámaras británicas como la sávia nueva á la copa de un árbol viejo; las clases más humildes compartiendo el derecho al voto con las antiguas clases privilegiadas y acercándose cada dia más al sufragio universal; la Iglesia más rica perdiendo su poder feudal y su intolerancia anti-humanitaria; el privilegio hundiéndose á los repetidos triunfos del derecho, en fin una revolucion pacífica.

# CAPITULO LXX.

## LA LEY DE ARMAMENTO EN FRANCIA Y LA ACTITUD POLÍTICA DE ITALIA.

Mientras la libre Inglaterra cumplia esta revolucion pacífica que acabamos de admirar, y agitaba todas las ideas, la esclava Francia se armaba hasta los dientes y se apercibia, á pesar de su grande y radical debilidad, á una guerra cruentísima.

Síntoma de guerra y tambien de debilidad era en este tiempo la cuestion del armamento nacional. Francia es nacion militar, esencialmente militar; pero la carrera de soldado es tan desagradable como en todas partes; pero el dia de la quinta es un dia tan nefasto como en todas partes; pero el número alto es tan deseado entre los jóvenes de Francia como entre los jóvenes de todo el mundo. Veíase entonces amenazar la guerra y el instinto de conservacion se revelaba contra aquellas innovaciones que amenazaban llevar al matadero á toda la juventud francesa, no por defender sus propios derechos sino por salvar los privilegios de sus señores. El ejército debe existir para ser áncora de la paz pública, y no como quieren los déspotas, gérmen de la guerra.

Los intereses dinásticos serán siempre como una pústula en que llevarán las monarquías encerrado el virus de la guerra. Y por consiguiente no podemos tener instruccion á la altura de nuestro estado social, ni escuelas suficientes á educar generaciones viriles en tanto que dispendiemos nuestro dinero en presupuestos crecidísimos y embrutezcamos la flor de nuestra juventud en los cuarteles para consagrarla á la guerra. Europa siente, al acercarse los últimos dias del siglo décimo-nono, el mismo triste afan que sentia al acercarse el fin del siglo décimo-octavo, el afan de los armamentos. Y este afan dará los mismos resultados: la ruina y la guerra universal. La nueva ley que se presentaba al Cuerpo Legislativo tenia varias tristes condiciones: 1.ª Llamaba á la juventud válida á las armas, con grave detrimento de las ciencias, de la industria, del comercio, y con grave peligro para la libertad: 2.ª aumentaba de siete que eran, á nueve, los años de servicio; 3.ª movilizaba la Guardia nacional. El resultado iba á ser que Francia tuviera un millon y doscientos mil soldados.

Pero ¡ay! mientras tanto las escuelas

todavía en mantillas; las poblaciones del campo todavía fanatizadas hasta el punto de inpulsar al gobierno á defender por las armas el cadáver de la teocracia romana; gran parte de las tierras todavía sin cultivo á pesar de la inmensa poblacion; los matrimonios en descenso, los placeres de la familia en disgusto, y la sombra de la guerra abriendo sobre todas las negras alas de la muerte. Así es que esta ley afectaba tristemente á todos los ciudadanos. Por poco habituados que estuviéramos á juzgar la opinion pública, sentiais bajo vuestra mano los latidos del corazon de un pueblo cuando rechaza innovaciones, leyes, principios contrarios á sus ideas, opuestos á sus deseos.

Mr. Julio Simon defendió con grande fuerza de lógica en el Cuerpo Legislativo la verdadera ley militar de la democracia: el llamamiento de todos los ciudadanos al ejército y no como sucede ahora solo de los jóvenes. Esta es la ley militar verdadera. Yo he visto prácticamente su aplicacion en Suiza. Ninguna nacion más débil, ninguna por sus inciertos límites, por su posicion geográfica entre Francia que la ciñe por el Ródano y el Jura; Italia, que la ciñe por el Tesino y los Alpes; Alemania, que la ciñe por el Rhin y por el lago de Constanza, tres grandes naciones que cada una ejerce sobre los habitantes de los diversos cantones la atraccion poderosa del mismo orígen, del mismo idioma; y sin embargo, con todos estos insuperables obstáculos ninguna nacion, ninguna tan fuerte, porque tiene en sí los principios de la democracia que le dan poderosa cohesion, y para los extremos peligros todos sus hijos armados, que, grandes ciudadanos, la salvarian de nuevo con el heroismo, con el martirio contra todos sus perseguidores, contra todos sus tiranos, aunque fuesen los más poderosos del mundo, como Grecia venció al Asia en Maraton y en Platea, por la virtud de la libertad. El ministro de la Guerra defendió la ley en un discurso muy hábil, destinado á pedir en nombre de la paz el estado de guerra, y á pintar como un idilio la vida de cuartel. Era una manía singular la manía del gobierno francés: amontonar todos los preparativos de una guerra formidable y pretender que estaban destinados á una paz perpétua. Es como si entráramos en casa de un amigo á hacer una visita de confianza con una pistola cargada y amartillada en la mano, apuntándola á cuantos vinieran á saludarnos. Precisa no engañarse. O esos armamentos son un capricho de vanidad costosa, ó son los preparativos para una guerra cruel, como acaso no ha presenciado otra el presente siglo. Nadie creia, nadie podia creer que el gobierno francés á toda prisa armara más de un millon de hombres por el placer de dar en el Bosque de Boulogne una revista-mónstruo á Mr. Bismarck cuando le pidiera el gusto otro viaje á París. Julio Favre presentó una fundada observacion. Desde que Francia cambió el régimen republicano que á nadie amenazaba, por un régimen monárquico á cuyo frente se veia aparecer el mismo nombre de aquel guerrero afortunado cuya espada llevó á todas partes la guerra y la conquista, Francia apuró los males del régimen militar y los agravó en toda Europa. El Emperador tenia, pues, la absoluta facultad de declarar la guerra, y como tenia esta absoluta facultad, el Emperador que presidia una nacion muy guerrera, amenazaba constantemente con tal poder discrecional y omnímodo la paz del mundo. Sirva de ejemplo la guerra contra Méjico. Emilio Olivier hizo observacion no ménos justa. Se vota esta ley en medio de cóleras contra Alemania, de amenazas al Rhin, de fervorosas aspiraciones tomar la orilla izquierda, de celos por la grandeza de Prusia que ha comenzado dominando intelectualmente Alemania, y ha concluido dominándola materialmente, porque ha representado sus intereses más caros y sus tradiciones más sagradas, y sobre todo, y antes que todo, porque tiene fuerza para preservarla de las amenazas

del Imperio francés. Dígase lo que se quiera, la ley sobre armamento era una ley de guerra.

Y el Imperio que se apercibia á una guerra sin piedad, se encontraba sin aliados necesarios, indispensables en estos graves trances. Italia habia sido por él fundada para lanzarla en brazos de sus enemigos.

A la sazon, las protestas contra Francia eran más vivas en Italia todavía que en Alemania, porque la herida era tambien más reciente. El Parlamento italiano usó y abusó de la palabra. Perdió gran parte de su tiempo en recriminaciones de la derecha contra la izquierda, y de la izquierda contra la derecha. La historia del tratado de Setiembre, la historia de las negociaciones para una inteligencia con Roma, la historia de la expedicion á los Estados Pontificios, la historia de las crísis ministeriales, la historia de los largos coloquios diplomáticos con Francia, todas estas historias, por interesantes que sean, ya inútiles, se escribieron, ó mejor dicho, se hablaron de una manera sobrado difusa en la tribuna de Italia. Pero cuando llegó el instante de votar, los diputados italianos fueron los fieles representantes del pensamiento de Italia. El gobierno Menabrea presentaba una órden del dia declarando Roma capital de Italia, pero infligiendo una gran censura á la expedicion de Garibaldi. Si el Parlamento italiano vota esta órden del dia, el Parlamento italiano arrastra Italia á los piés de Francia. Censurar el Roma ó la muerte de Garibaldi, era aprobar el Jamás de Rohuer. El Parlamento italiano votó en contra de la órden del dia manifestando así que llevaba en su seno el espíritu de Italia. Presentó, pues, su dimision el ministerio y el rey la aceptó. Pero cometió la nueva anomalía de encargar á Menabrea la formacion de un nuevo ministerio. ¡Terrible alternativa aquella! Si Víctor Manuel sostenia el Parlamento, desafiaba á Francia; si Víctor Manuel disolvia el Parlamento, desafiaba á Italia. La caida del gobierno italiano era una nueva complicacion para el gobierno francés. La política más sencilla es la política más saludable: la libertad. Las monarquías son maquiavélicas por naturaleza. Y en el fondo de su política oscura, tortuosa, hállase siempre la miseria, la ignorancia, la guerra. Esta ave de rapiña se cierne hoy sobre Europa. Caro paga este viejo y hermoso continente el abandono de la libertad.

Y el Imperio francés pagaba tambien su política, su triste política de dudas, de vacilaciones, de incertidumbre universal. Su aliado en América acababa de ser sacrificado por la implacable República de Méjico. Su aliado en Europa, Italia, se habia convertido en irreconciliable enemigo, merced á las inconsecuencias de su política. Y teniendo enfrente un enemigo tan poderoso, se quedaba solo en América, solo en Europa, solo en el mundo.

¿Y qué situacion era la situacion de Europa? No parece sino que una nueva irrupcion de bárbaros amenazaba nuestros hogares, ó que toda idea de derecho se habia perdido en nnestras conciencias. Siete millones de hombres tenia Europa sobre las armas; siete millones de hombres arrancados al cultivo del suelo, á la actividad del comercio y de la industria. Cada millon de hombres armados le cuesta al año cuatro mil millones de reales. De suerte que Europa dispendia anualmente veintiocho mil millones de reales en mantener su esterilidad y su pobreza. Convertid esos siete millones de hombres al trabajo; regad el suelo con esos veintiocho mil millones de reales, y bien pronto Europa se trasformaria en un eden. El comercio y la industria florecerian sobre sus campos empapados por el sudor del trabajo, y la corona de las artes resplandeceria sobre su frente. La facultad de produccion es de tal suerte activa, infinita, que podria hacerse una funda á la tierra con las varas de telas de algodon producidas en algunos años por la Gran Bretaña. Y cuando se piensa que para mantener una oligarquía ociosa sobre la vieja Europa, es necesario herir los sentimientos más sagrados de la fa-

milia, perturbar con las quintas las aldeas, condenar á forzoso celibato la flor de la juventud, empobrecer y arruinar el contribuyente, hollar la libertad humana en todas sus manifestaciones, no podemos dejar de preguntarnos cuántos males puede sufrir esta humanidad que toma siempre por utopia la realidad del bien, el reinado de la justicia. En Francia la ley militar es impopularísima. Con ella el Imperio heria las fibras del corazon de aquellas clases que le eran más adictas, las fibras del corazon de los campesinos. Estos veian claramente en la brutalidad de los hechos, que el primer Imperio concluyó por dejar caer Francia al pié de los cosacos; y que el segundo Imperio concluye por convertir Francia entera en un grande campamento, los ciudadanos en soldados. Así es que se notaba un vivo despertamiento político, una gran nostalgía de la libertad, esa patria del alma. En 1851, cuando Francia se entregó al Imperio, estaba cansada de una libertad que por nuestros errores, por los errores de los republicanos, errores que debemos confesar para en lo sucesivo evitarlos, se habia convertido en una especie de tempestad incesante, en una especie de oligarquía mezclada con otra especie de dictadura. Con razon ha dicho un periódico inglés que jamás ningun pueblo puso tanto empeño en conquistar la libertad como puso Francia en abdicarla. Pero los errores, como los crímenes, se expían. Y la expiacion de los pueblos suele á veces durar siglos enteros en la solidaridad inevitable de las generaciones. Mucho tiempo ha tardado Francia en comprender el error que cometió empezando por no usar bien de la libertad, y concluyendo por abdicarla; pero como la inteligencia francesa es tan viva, y el carácter francés tan vehemente, como esta inteligencia y este carácter tienen una tan grande necesidad de difundir, de propagar la luz de sus ideas y el calor de sus sentimientos, esperábamos con fundamento entonces que no tardaria mucho tiempo en reivindicar este pueblo su perdida libertad. Lo cierto es que esa cifra de sesenta diputados que se oponen á la ley del armamento militar, debió haber llamado vivamente la atencion del Emperador, y mostrarle cómo entraba la marea de la oposicion hasta dentro de los mismos diques, levantados para evitarla. El disgusto se manifestaba en el seno mismo de la familia de Bonaparte, que debiera ser primer apoyo de la autoridad del Imperio. El Príncipe Napoleon escribió un folleto sobre la política imperial, tan acre y de tan vivaz estilo, que los periódicos á su persona más afectos, no se atrevieron á publicarlo, por temor de atraerse las iras de las Tullerías. Los departamentos comenzaban á clamar contra la nueva contribucion de sangre. Bourges, ciudad muy reaccionaria, se quejaba de las consecuencias de su política favorita. Los Bajos Pirineos mandaron una fuerte protesta á sus representantes en el Cuerpo Legislativo. Dos distritos vencieron por una grande mayoría á los candidatos oficiales. La ciudad de Lila, que tan ardientes manifestaciones de simpatía consagrara al Emperador en uno de sus últimos viajes, consagraba á la sazon sus votos á un candidato republicano. Nadie quiere ni la paz armada que arruina, ni la guerra á toda costa que mata. Francia está ya desencantada de ejércitos innumerables y de armas de todos calibres, de aumentos territoriales que solo sirven á ensanchar el calabozo donde yace aprisionada la libertad, el cadalso donde se decapita la conciencia; y suspira por aquel inmenso influjo que le dió en el mundo su gran carácter de nacion propagadora de esa idea democrática que su ardiente palabra ha impreso en las conciencias.

Pero el Imperio se empeñaba en armar á Francia para apartarla de la idea de libertad; en conducirla á los azares de la guerra para separarla de los comicios de la democracia; en deslumbrar sus ojos con el fuego de los combates para que no viese la luz de las ideas, y el último eslabon de esta série de errores se perdia en los insondables senos del abismo.

# CAPITULO LXXI.

## LOS PRIMOS DEL EMPERADOR.

Celebróse en Roma, por estos años de decadencia, una ceremonia que recordaba los tiempos de la Edad Media, pero que tenia indudable trascendencia al porvenir. Tratábase nada ménos que de la investidura cardenalicia de un príncipe de la familia Bonaparte. La ceremonia fué, como son todas estas ceremonias, llena de fórmulas ridículas, enmascarada por un lujo asiático, ajena á la humildad de aquel que vivia en el desierto, y amaba más el templo del espacio, donde los séres elevan sus eternos cánticos de alabanza al Creador, que todos los templos de piedra levantados por el orgullo humano. Un alma grave no se detiene ante la carroza dorada y el caballo enjaezado, y la púrpura recamada de armiño y los cincuenta mil francos de propinas con que el nuevo cardenal saluda á sus felicitantes, á la manera que un patricio de la antigua Roma á sus parásitos y á sus clientes. Ya sabemos que quince siglos de cristianismo han sido impotentes para expulsar de Roma la antigua idea pagana, á pesar de haberla declarado muerta, los senadores trémulos bajo la imperiosa espada de Theodosio. Pero la ceremonia de entonces significaba una cosa muy grave; significaba que acaso habian hallado los eternos intrigantes del Sacro Colegio un sucesor á Pio IX, y que acaso la familia Bonaparte pretendia sentarse á un tiempo en el trono material y en el trono espiritual más poderosos de Occidente; en el trono de Francia y en el trono de Roma. Y si en aquel dia, el descendiente de Luciano Bonaparte, desde San Pedro, hubiera hecho á Napoleon III los servicios que su antecesor hizo en las Asambleas políticas á Napoleon I, podria verse de un golpe suprimida esa separacion entre el poder espiritual y el poder temporal, que ha sido la obra por excelencia del Cristianismo.

El sueño de Carlo-Magno ha electrizado siempre la conciencia de los Bonapartes: un imperio con dos cabezas, en una la corona, en otra más baja la tiara, acallando todas las voces de la conciencia, reprimiendo todas las fuerzas de la libertad, para fundar en Europa, ó al ménos en la Europa latina, un solo

pueblo, un solo código y una sola fé. Pero ¡ah! que la idea germánica de la variedad, por la cual se ha salvado el mundo de la viciosa absorcion en la idea latina de la unidad, está aún fuerte, poderosa, en las conciencias que quieren ser libres y en los pueblos que quieren ser independientes. Pero esta universalidad de sentimientos, contra la cual se estrellaria el ideal del segundo Imperio como se estrelló el ideal del primero contra las piedras de Zaragoza y contra los hielos de Rusia, era nuestra seguridad respecto al peligro, pero no respecto al proyecto. Un poder absoluto es capaz de idearlo todo en sus vertiginosas alturas y capaz de hacerlo todo en sus horas de orgullo. ¿Seria esto más descabellado que la expedicion á Méjico? La guerra franco-prusiana y la revolucion de Setiembre libertaron al mundo de este escollo.

No se puede mencionar la guerra sin mencionar Alemania, ni Alemania sin mencionar á Prusia, ni Prusia sin mentar las maniobras del príncipe Napoleon, que por Marzo de 1868 verificaba misterioso viaje. En verdad no tuvo éste ningun ministerio político, ningun fin diplomático en su larga excursion. El Emperador lo envió para cerciorarse del estado de los ánimos en Alemania y de las corrientes de la opinion pública. No habia necesidad de tomarse este trabajo. Con solo ver las poesías más populares, con solo hojear las historias más leidas, con solo meditar los filósofos más ilustres, puede comprenderse que habia en Alemania una opinion vigorosísima, deseosa de constituir la unidad de la pátria sin romper el lazo de la federacion; sin perderse en este monstruoso cesarismo, ante el cual ha sacrificado tantas veces sus libertades Francia. Cinco horas de conversacion tuvieron Napoleon y su primo el príncipe Gerónimo. Las ideas del Palais-Royal trascendian á todo el mundo, así como se ocultaban las ideas de las Tullerías á los ojos de todos. El Príncipe dijo á su primo que Alemania está decidida á romper las tres tutelas oprobiosas bajo las cuales se ha sofocado su génio nacional: la tutela austriaca tradicional ó histórica, la tutela francesa, que la oprimió durante el Imperio, y la tutela moscovita, que tantas veces se ha extendido como una sombra de muerte sobre sus aspiraciones liberales. La fuerza relativa de Prusia y Austria ha consistido en que las dos eran las potencias más fuertes de Alemania, y por consecuencia las más idóneas para realizar este pensamiento nacional. Mas en tanto que el Austria, compuesta de diversas razas, forzada fatalmente á disciplinarlas y regirlas por el látigo, aparecia dentro de sí como una potencia inmóvil y asiática, fuera de sí como un caos de razas; la Prusia, fundándose en la idea nacional, creciendo por grados desde el pobre electorado de Brandeburgo, representa con más fidelidad que el Austria el génio germánico en toda su nativa originalidad. La política de Bismark es clara. La union militar de Alemania está realizada por el tratado de alianza y la unidad mercantil se concluirá por el parlamento aduanero. En cuanto al Sur, su confederacion se ha desvanecido como sueño de una noche, como la ilusion de un dia. Prusia no admitirá al Sur en su confederacion sino cuando lo pida, cuando resueltamente lo desee. Pero hay un medio de que la unidad alemana se realice con la rapidez del pensamiento, y es que Francia la combata con la fuerza de las armas. Por consiguiente, la paz á toda costa y el desarme general á toda prisa deben ser las dos bases de la política europea. Hé aquí las ideas capitales traidas por el Príncipe Napoleon de su viaje.

Pero hay dos cuestiones que indudablemente son dos sombras muy espesas en este cuadro. Es la una la cuestion de Oriente; es la otra la cuestion de Polonia. Los pueblos cristianos de Oriente no pueden llevar por más tiempo la marca infame de la media luna. Y se retorcerian todos los dias con grandes dolores bajo su presente ignominia. Y estos esfuerzos, como las erupciones de un volcan

terriblemente conmoverán la tierra. Y la sacudirán en estremecimientos espantosos. Y el Emperador de Rusia acaba de rusificar la Polonia, acaba de destruir hasta el nombre sagrado de ese pueblo. Podrá borrarla; podrá arrancar su nombre de su memoria; pero Polonia permanecerá á sus piés inmortal en sus tormentos y en sus patíbulos, porque la muerte no llega hasta su alma.

Todas estas cuestiones fueron dilucidadas y controvertidas por César y príncipe en largas conferencias. Se podria formar un diccionario con las frases que se consagraron al Príncipe Napoleon. Quién le llamaba el príncipe rojo, quién el príncipe de la Paz, quién el comis-vogayeur de L'Empire. Un periódico francés dice, que cierto actor austriaco llamado Valiente, se parece mucho al príncipe Napoleon. El parecido es tan grande, que el actor topaba á cada paso con ovaciones á las cuales ni en el teatro se hallaba acostumbrado. «No le ha valido poco, dice el periódico francés, tal *quid-pro-quo*. Es la primera vez que han confundido al actor con un príncipe, y al príncipe con un valiente.» Desde luego hay en este indivíduo de la familia imperial cierto carácter inquieto, cierto deseo de ensayar su actividad febril en el dilatado campo que le ofrecen las cuestiones políticas europeas, esta madeja de pensamientos y de hechos, cada una de cuyas hebras tiene cien mil nudos. Ya que no reinar se contentaba su alteza imperial con darse aires de rey, arreglando las más intrincadas y las más difíciles cuestiones diplomáticas. Vió el Imperio aislado, su política mal comprendida, la guerra amenazante, el Austria inclinada hácia Prusia, el Oriente en gravísimas complicaciones, más irritada cada dia Alemania; y se fué, especie de peregrino político, en busca de las mejores soluciones como Gerónimo Paturot en busca de posicion social. Pero el príncipe no tiene criterio fijo, ni idea precisa y determinada en política. Unido á una poderosa dinastía, y antiguo amigo de todos los revolucionarios del mundo; príncipe de sangre imperial y demócrata de convicciones liberales; deseoso de servir el Imperio por servir su interés y tambien de derribarlo por ensanchar el horizonte de sus ambiciones; indivíduo de la familia real italiana y amigo ahora de la Imperial familia de Austria; deseoso de la unidad alemana á la cual ha contribuido con sus manejos diplomáticos y apesadumbrado por el aumento de Prusia que ha traido la disminucion de Francia; aspirando á una corona en Polonia pero sin atreverse á trabajar en la obra de sus aspiraciones por temor á Rusia; el príncipe Napoleon es un conjunto de vivas contradicciones; un candidato al poder que no sabe por qué camino marchar; si por el camino de los tribunos ó por el camino de los Césares. Hubo un tiempo en que acarició la idea de suceder á su primo. Entonces pronunciaba discursos tribunicios. Pero luego se ha convencido completamente de que no tiene ni un partidario en los diversos bandos políticos, ni un sargento en el ejército. Así diose en las postrimerías del Imperio á errar por el mundo. De tarde en tarde volvia á París. Pero se notaba que ora vendia sus cuadros, ora sus caballos; como si se apercibiera á un largo viaje. En Suiza tiene su retiro.

Mas verdaderamente yo ignoro qué se propuso con esta larga peregrinacion como no fuera procurarse los esparcimientos naturales del viaje. Es muy hermoso un viaje á Oriente, el espectáculo del ancho Danubio, las colinas del serrallo sembradas de jardines, el Bósforo, en cuyas celestes aguas se miran Europa y Asia, el cielo azul sembrado de estrellas del Oriente. Esto es muy bueno para la poesía. Pero en política poco podia hacer, muy poco el príncipe con tal viaje. Cada una de las grandes naciones tiene ya su alianza y su línea de conducta. Austria pugna por recuperar con el espectáculo de su reciente libertad el perdido influjo en Alemania, y Prusia por conservar y agrandar el suyo, mientras que el Oriente

atiende á su verdadera protectora, la poderosa Albion. La diplomacia del príncipe en este concierto de la política europea era tan inútil como una paja arrojada en medio del armonioso concierto de los mundos. Hubo quien le atribuyó la paz de aquel año, la inteligencia entre el Gabinete de Viena y el Gabinete de París, las grandes conciliaciones á que llegaron los ministros de Hungría con los ministros de Austria, una pausa en el movimiento de Bohemia hácia su independencia, ese movimiento necesario como el curso de los rios, obra de las leyes generales de la mecánica social. Pero yo creo que ni á la paz ni á la guerra contribuye la política del Príncipe Napoleon. La guerra universal fué inminente cuando Prusia, vencedora en Sadowah, dividió á su antojo la Alemania. Entonces Drouyn de Luhys propuso en Consejo de Ministros la declaracion de guerra que fué aceptada por unanimidad. Cada ministro se repartió uno de los diversos trabajos preparatorios de esta grande empresa. El ministro de Hacienda debia proveer de fondos, el ministro de Estado reunir el Cuerpo Legislativo, el ministro de la Guerra lanzar ciento ochenta mil hombres sobre el Rhin, el ministro de Negocios Extranjeros informar al Cuerpo diplomático de la suprema resolucion de Francia. El Imperio recobraba su vigor, y volvia á entrar como un astro de primera magnitud en los negocios del mundo, sobre todo, si era su audacia coronada por la victoria. Drouyn de Luhys, cuya idea no habia encontrado oposicion, empleó veinticuatro horas en redactar su nota guerrera. Pero al dia siguiente le llamó el Emperador y le dijo que el ministro de Hacienda no contaba con recursos, ni el de la Guerra con hombres suficientes á mantener un encuentro horroroso. El ministro de Negocios Extranjeros se retiró del poder presentando en el acto su dimision. Desde entonces la guerra ha sido asunto muy difícil. Intentada al ganarse la batalla de Sadowah, inminentemente al proponerse la evacuacion del Luxemburgo, en aquel momento de las manipulaciones del príncipe Napoleon (1868) era difícil, muy difícil, rayando casi en lo imposible. Dentro de Alemania misma las dificultades se hubieran allanado para la unidad total de la nacion si los alemanes acertaban á sustituir la iniciativa militar de Prusia con la iniciativa federal de todos los Estados. El príncipe Napoleon, pues, viajaba por su gusto, y paseaba la melancolía de sus grandezas decadentes y de sus ambiciones frustradas por las diversas regiones de Europa, y por esas orillas del Bósforo que son como la vega de Granada ó como la Bahía de Nápoles, uno de los paraisos del Planeta.

El Austria, que era como el objetivo de las excursiones del Príncipe, no podia desembarazarse de sus inmensas dificultades. La gran dificultad del Imperio austriaco es satisfacer las exigencias de los diversos estados que aspiran á su autonomía, como el pueblo húngaro. Los eslavos de Bohemia quieren imitar á los magyares de Hungría. La agitacion es cada dia más viva. Los polacos del Imperio austriaco se resignan; pero el dia en que hubiere alguna probabilidad de resurreccion para su antigua nacionalidad, irian á juntarse á ella, porque conservan la unidad de la vida y la unidad del espíritu. El Príncipe Napoleon ha aconsejado á los hijos de Bohemia resignacion, pero ¿dónde? en Pesth, en la capital misma de Hungría autónoma y emancipada. La verdad es que para emancipar Hungría y no emancipar Bohemia, no hay más que una razon, que será de Estado, pero no de justicia; la razon de que Hungría es fuerte, y débil Bohemia. Pero llegará en Europa el dia de los débiles y de los oprimidos, como llegó en América el dia de los esclavos.

El carácter del Príncipe Napoleon es uno de esos caractéres que engendran y sostienen las perversas instituciones monárquicas. Registrad la historia y descubrireis junto á las dinastías de primogénitos que heredan el

poder otras dinastías de segundo-génitos que heredan el odio á los herederos del poder, con los cuales se hallan unidos por los fuertes lazos de la sangre y de los cuales se hallan separados por las terribles inspiraciones de la ambicion. En nuestra historia, por otros conceptos caballeresca y sublime, se encuentran siempre junto á las dinastías que podríamos llamar fundamentales, otras dinastías que podríamos llamar secundarias, otras dinastías de príncipes, de infantes segundones, que nacen á la sombra del trono, que sienten las tentaciones del trono, que adquieren el ánsia de reinar, que para satisfacer esta ánsia rompen por todo, atropéllanlo todo, ahogan los sentimientos más humanos, aborrecen á las personas más queridas entre los demás mortales, olvidan que son hijos, hermanos, padres, venden la pátria, faltan á sus juramentos, se pasan á los enemigos, no ya de su nacion y de su rey, sino de su fé religiosa, y llenan de sombras la historia, de crímenes la tierra. Testigos: aquel infante D. Enrique, hermano de don Alonso el Sábio, que corre á buscar entre los agarenos aliados de su cólera; aquel otro príncipe que al pié de Tarifa inmola al hijo de Guzman el Bueno; aquel D. Sancho el Bravo que se revuelve en rebelion abierta contra el derecho de sus hermanos y contra la autoridad de su padre; aquellos Trastamaras, nacidos en el adulterio y al trono elevados por el fratricidio. Pues lo mismo sucede en todas las naciones. Alfonso VI de Portugal se ve despojado por su hermano del reino, de la libertad, de la familia; el rey Luis XVI de Francia se ve condenado á muerte por su primo el Duque de Orleans; Cárlos X, destronado por su primo Luis Felipe; y Napoleon III y el hijo de Napoleon III, perpétuamente contrariados por el Príncipe Napoleon que ama con furor el trono, el poder, y con furor odia á su propia dinastía, á su propia sangre. Hé aquí una de las grandes ventajas de los poderes monárquicos; sacrifican la naturaleza humana en aras de la conveniencia social, y esta inmolacion de la naturaleza engendra tarde ó temprano el crímen dentro de la misma familia que se cree llamada por los privilegios de su rara virtud y de su apellido á reinar sobre la tierra, y á dirigir á los hombres.

---

# CAPITULO LXXII.

## LA OPOSICION PARLAMENTARIA Y LA GUERRA EUROPEA.

Permitidme evocar todos mis recuerdos y subir á la contemplacion de una Cámara del Imperio como si todavía me encontrara en los tiempos del Imperio. Para esto no tengo otra cosa que hacer sino recurrir á mis *Memorias del destierro* donde guardo algunas páginas que enumeran todos estos grandiosos espectáculos de una Historia, cuyos hechos están muy recientes y que parecen pertenecer, por lo grandes y lo asombrosos, á bien lejanas edades. Léase la siguiente descripcion que yo trazaba en el mes de Noviembre de 1866, y en la cual se encontrará presentado con la mayor fidelidad, que me fué posible, el Cuerpo Legislativo del Imperio en uno de sus más interesantes períodos.

«Nada más interesante, decia yo, que ver una Asamblea. Es el espectáculo de los espectáculos. Esos altos intereses que las embargan, esos partidos que las dividen, esas ideas que las preocupan, esos ecos de grandes tempestades morales que se levantan de su seno, esos oradores agitados por el sublime génio de la elocuencia, esas corrientes de la palabra en que se vierte la sangre del alma y en que se decide la suerte de muchas generaciones, todo tiene los atractivos de un campo de batalla sin ninguno de sus horrores. Y si hay en el mundo punto que merezca ser mirado como el navegante mira al polo; si hay cúspide visible de la inteligencia humana, desde la cual desciendan fecundantes ríos de ideas, á no dudarlo, es la gran tribuna francesa, destinada á cambiar desde el dia en que surge coronada por la tempestad, toda la direccion de la inmensa corriente de los tiempos.»

«Encaminábame, pues, en los primeros dias de esta semana al Cuerpo Legislativo, atravesando la inmensa plaza de la Concordia. Los árboles del jardin de las Tullerías y de los Campos Elíseos han perdido sus hojas; el rio su trasparencia del verano; entre las nubes de color parduzco se dibuja el Arco de la Estrella que parece construido para coronar siempre la victoria, y el obelisco egipcio que parece en el centro levantado para recordar siempre la muerte. A la orilla izquierda del rio, frente por frente de la Magdalena,

aunque á larga distancia, se levanta el edificio que podríamos llamar Congreso de los diputados franceses. Fué un dia palacio de los descendientes del gran Condé, y palacio que pasó á la nacion cuando vinieron las confiscaciones de las tierras patricias; que cayó en poder de los Orleanes, cuando Luis Felipe se apoderó de la herencia de los Condés; y que volvió de nuevo á la nacion mediante uno de esos cambalaches á que tan aficionado era el difunto rey de los tenderos. Su pórtico griego, muy semejante al del Congreso de Madrid, aunque mayor y más artístico, fué obra de Napoleon I.»

«Entrando por la puerta de la derecha os hallais en espacioso salon. Allí se aguardan los billetes para las tribunas, se citan y hablan los periodistas, salen de vez en cuando los diputados. Es una especie de locutorio donde llegan algunas personas distinguidas que los porteros conducen con grandes reverencias, y donde se arma una animadísima tertulia preparatoria de la sesion. Sucede lo mismo que en tales sitios suele suceder en España. Todo el mundo es de oposicion. Los que tienen el público encargo de defender al gobierno, se burlan de él, cuentan picantes anécdotas que aprovechan los oposicionistas de oficio, y se vengan, como suelen los lacayos, de sus propias complacencias, renegando y maldiciendo de sus amos. De pronto se oye un redoblar de tambor, ese ruido tan frecuente en Francia donde el tambor es como la batuta en una orquesta. No sólo cierran los franceses á toque de tambor los cuarteles, sino las Exposiciones de artes é industrias. No sólo guardan con centinelas de línea los palacios, sino los teatros. En cuanto se oye el ruido del tambor, todos los ojos se convierten á la puerta. Dos filas de soldados aparecen y cubren la corta distancia que hay del palacio del Presidente á la puerta del salon de sesiones. Una nube de porteros se estiende por todas partes. Los indivíduos de la mesa vienen seguidamente llevando los secretarios sus respectivas carteras. El Sr. Presidente aparece de frac negro y corbata blanca, con un baston de áureo puño en la mano derecha y el sombrero en la izquierda, la roja cinta de la legion de honor sobre el pecho, y en los lábios la cortesana sonrisa que es de rigor en todos los ceremoniales franceses.»

«Entremos en el salon de sesiones. Yo ocupo un puesto muy cómodo en una tribuna designada por el Presidente. Lo debo á una recomendacion muy especial de un mi amigo diputado de oposicion. La sala de sesiones me parece mezquina, muy inferior á la del Congreso de Madrid, pero construida con más atencion á las leyes de la acústica. La tribuna es todavía la antigua tribuna. Mirabeau la ha acariciado, Danton la ha asaltado, Víctor Hugo y Lamartine la han poseido. Parece que todavía la encubre con sus alas el génio de la elocuencia, y todavía la conmueve en sus cimientos el génio de la revolucion. Los pueblos civilizados vendrán algun dia en peregrinacion á visitar esa tribuna, esa altar de la libertad, desde el cual se proclamaron la noche del 4 de Agosto de 1789 los derechos fundamentales humanos y á cuyos piés fué á expirar el mónstruo del feudalismo despues de quince siglos de tormentosa existencia.»

«Reina mayor algazara que en nuestra sala de sesiones. Los diputados hablan más y los secretarios se oyen ménos. Como es natural las miradas se fijan en los dos bancos que vienen á ser como los dos polos de la sala, en el banco de la oposicion y en el banco de los ministros. En este descuella Mr. Rohuer por la serenidad con que levanta su mirada sobre toda la Asamblea, como quien se halla seguro de dominarla; y la dignidad tranquila con que ostenta su poder, como quien está seguro de poseerlo. A su lado se ve el reciente ministro del Interior, Mr. Pinard. Este me recuerda en su impasible actitud al Senador español, Sr. Calderon Collantes. Parece que el Cuerpo Legislativo es una Audiencia, y el ministerio una magistratura, y el banco un tri-

bunal. No lo he oido en la oposicion, y por lo mismo ignoro si al combatir á un ministerio tomará los aires de un fiscal. Deténgome poco tiempo en contemplar este grupo. Los hombres del Imperio no son ciertamente los hombres más distinguidos de Francia y por lo mismo no pueden tener esa notoriedad que llama la atencion de un extranjero. Oigo los nombres de los administradores franceses, y en seguida los relego al panteon del olvido.»

«Pero no puedo ménos de fijar mi curiosa mirada en el banco de la oposicion donde los grandes oradores, los restos del naufragio de la tribuna francesa, descuellan todavía. Julio Favre tiene la frente abultada como una urna de ideas; los labios abiertos para dejar pasar el manantial de su fluida palabra. En su rostro hay algo de severo; en sus facciones mucho de duro. Lleva la barba á la americana, muy poblada bajo el labio inferior, mientras el labio superior se halla completamente descubierto. Los oradores franceses no tienen las grandes cualidades de palabra que tienen los primeros oradores de España. Bien es verdad que no manejan esa lengua española, ora ruda como las grandes pasiones políticas, ora melodiosa como un cántico, y que se abre en maravillosísimas ondulaciones de elocuencia para prestarse ya á la concision imperiosa del mandato, ya á la vibracion guerrera del argumento, ó ya á la sonoridad del estilo ciceroniano, oriental, expresado en períodos que parecen á entusiastas odas. Julio Favre razona friamente, y habla con un gran sosiego, con un sosiego que entre los españoles sólo posee Cortina. Pero al acabar sus oraciones, cuando el auditorio se halla encantado apaciblemente de aquella fluida palabra, lanza, ó una larga frase, ó un gran pensamiento, ó un aceradísimo dardo, algo que parezca al final ruidoso y deslumbrador de un fuego de artificio, algo que entusiasme y deslumbre, dejando como un gran eco en los oidos y otro eco mayor en la conciencia. Cierto dia, monsieur Rohuer acababa de emitir una brillante apología del Emperador. «No contendré, le contestó Julio Favre, sobre las cualidades que el ministro atribuye al jefe del Estado; pero si Mr. Rohuer se contenta con ser ministro de un Trajano ó de un Marco Aurelio, yo aspiro á más, yo quiero más que todo eso, yo aspiro á ser ciudadano de un pueblo libre.»

«No lejos de Favre se asienta un hombre cuya reputacion es más antigua y más universal, Mr. Thiers. Es pequeño, rechoncho, pero la cabeza es grande, y admirablemente modelada por el trabajo interior del pensamiento. Decia Plotino que cada espíritu se fabrica su propia habitacion. Y en efecto, la morada de Thiers acusa un espíritu más efusivo que profundo. Su inteligencia es antes el microscopio para ver el mundo de las cosas infinitamente pequeñas que el telescopio con que los génios superiores, los dioses del mundo intelectual, ven las cosas infinitamente grandes. Sus discursos son análisis de una minuciosidad incomprensible; conversaciones de un maravilloso encanto. Despues de haberle oido cuatro horas, os preguntais en seguida: «¿y ya ha concluido?»

«En la oposicion se encuentra tambien Emilio Ollivier, pero en la oposicion imperialista. Habla con portentosa fluidez, si bien con escasísima autoridad, por haber cambiado de bandera política tantas veces. Es alto, de fisonomía expresiva, de temperamento nervioso, de ojos grandes aunque ocultos casi bajo oscuras antiparras; y su aire es entre asacristanado y golillesco. En la cima de la montaña veo á Glais-Bizoine, respetable viejo, de entero carácter, de gracia finísima, de esquisita naturalidad, recordándome á nuestro ya casi olvidado Conde de las Navas; veo á Picard, en cuya cara se descubre la satisfaccion de una conciencia limpia y en cuyo trato la fina amabilidad de un parisien; veo á Julio Simon, célebre por sus virtudes privadas y su ciencia universitaria; veo á Pelletan, cuyo rostro pinta el desencanto de un alma que no ha llegado á dar los frutos pro-

metidos por las flores de sus primeros libros.»

Esta oposicion tan ilustre tenia alguna parte en los alardes guerreros que menudeaban por do quier, y que al cabo trajeron un conflicto dañosísimo á la causa de la civilizacion y de la libertad, que si bien de pronto produjo dos evidentes progresos, la caida del poder temporal de los Papas y la caida de la dictadura cesarista de Napoleon, produjo á la larga un mal de que difícilmente nos curaremos, la implacacable enemiga entre la raza germánica y la raza latina, entre Prusia y Francia, que ha roto una armonía necesaria y que ha traido el peligro de una incesante guerra.

Ha llegado la hora de hacer un estrecho exámen de conciencia y ver qué parte de responsabilidad cabe á cada cual en una de las catástrofes mas terribles que ha registrado la historia. Historiemos. Corria el verano de 1866 y se acababa la guerra austro-prusiana por la batalla y la victoria de Sadowah. El emperador Napoleon, que habia contribuido en mucho á este resultado, esperaba una parte en el botin. Pero, al ir á reclamarlo, se encontró con una redonda y absoluta negativa. Inmediatamente quiso apelar á la guerra, y no tuvo medios para sostenerla. Esta inmensa desgracia pudo costarle entonces la vida, porque de sus resultas le asaltó mortal enfermedad en Vichy. Napoleon sabia que su poder no duraba si no aparecia á los ojos de su pueblo como infalible en sus juicios é incontrastable en sus empresas. Entonces se conformó con necesaria resignacion; y predicó en célebre manifiesto que la victoria de Prusia habia sido una victoria del imperio, por varias y fundamentales razones; porque habia roto los tratados de mil ochocientos quince; porque habia realizado las grandes aglomeraciones tantas veces prometidas y sustentadas en las meditaciones y en las memorias del grande Emperador; y porque habia creado una potencia revolucionaria más, enemiga de antiguos poderes y necesaria aliada de Francia.

Ahí estaba la verdad. Ese era el profundo y necesario sentido político. Se necesitaba mantenerlo contra todo y contra todos una vez públicamente expresado. Las inquietudes de Alemania se hubieran concluido, y las consecuencias de la paz internacional se hubieran tocado inmediatamente. Los recelos del pueblo francés se hubieran poco á poco apaciguado. Pero el partido militar queria la guerra á toda costa; y á las cábalas, á las pretensiones del partido militar sirvió un discurso de Mr. Thiers, discurso admirable por su arquitectura, por sus formas, nocivo por sus tendencias, por sus ideas.

El discurso combatia todo el manifiesto de Napoleon, y por consecuencia toda su política europea. Jamás unió tanta elocuencia á tanta erudicion, ni tanta profundidad á tanta gracia como en este discurso. Cuatro horas tuvo la Asamblea pendiente de sus lábios, que fluian como un rio de ideas trasparentes, clarísimas, en las cuales se reflejaba con todos sus rojizos resplandores el orgullo nacional de Francia. Olvidando la unidad fundamental del espíritu moderno, y la solidaridad de los pueblos, habló como hubiera hablado un patriota á la antigua, uno de esos hombres que fijan la atencion y la concentran solo en su pátria; para las cuales todos los pueblos extranjeros deben ser considerados como pueblos, ó enemigos, ó bárbaros. Solamente por un sentimiento de esta altiva estrechez puede comprenderse y explicarse que olvidado de alemanes, de italianos, de españoles, de ingleses, de todos los pueblos circunvecinos á Francia, sostuviera que á esta nacion le conviene tener á perpetuidad en sus fronteras pueblos, ó desmembrados, ó débiles. Así condenó la obra de la unidad de Italia, esa obra debida á las fuerzas de Francia, y anunció á Víctor Manuel autoridad más fugitiva y reinado más tempestuoso en su nuevo amplio reino de Italia, que en su antiguo estrecho nido de Saboya.

Pero en el tema en que agotó sus fuerzas y

su elocuencia fué en el tema de la unidad de Alemania. Elevóse en alas de su maravillosa palabra á los tiempos más remotos, y recorrió con rica variedad de tonos en la voz, y de ideas en el discurso las crísis supremas que han formado la grandiosa nacionalidad francesa. Para él toda la historia moderna de Francia, se ha propuesto impedir la Alemania una fundada sobre Italia, ó sobre España. Por esta causa, porque Italia no fuera española combatieron Cárlos VIII y Luis XII de un extremo á otro de la hermosa península de las inspiraciones y de las artes. Por esta causa, porque el Imperio aleman no fuera una amenaza en el Rhin y otra amenaza en el Pirineo, merced á la poderosa familia de Cárlos V, combatieron Francisco I en París; sus herederos en San Quintin; Enrique IV en Crescy; Luis XIII en Rocroy, hasta que consiguieron humillar á España y Austria en la paz de Westphalia, preparada por Richelieu y concluida por Mazarino, los dos grandes políticos de Francia. Y Napoleon III habia contribuido con su política de las nacionalidades á fundar un grande Imperio sobre la frontera de los Alpes, y otro grande Imperio sobre las fronteras del Rhin que aminoraban toda la antigua grandeza de Francia. Y despues de haber luchado tantos siglos en impedir el feudal imperio austriaco unido á la nacion española, ahora nos encontramos con un imperio aleman unido á la nacion italiana. Y se querrá cohonestar todo esto con la frase de haberse concluido los tratados de 1815, ajustados en daño de Francia y concluidos y rasgados con mayor daño todavía de esta gran nacion. Y se añade que el gran Emperador predicaba la aglomeracion de razas, los inmensos calabozos donde se amontonan pueblos esclavos, cuya libertad y cuya independencia habian sido el secreto quizá de sus inspiraciones artísticas, de su cultura científica, de los esmaltes con que ornaran la expléndida diadema de la humana gloria. Esas teorías eran absurdas, y sobre todo contrarias á la dignidad de Francia, que por lo ménos debia compartir con otras naciones su preponderancia en Europa. Ya no queda ninguna falta más que acometer, dijo el orador con voz lúgubre, dejando clavado su agudísimo puñal de dialéctico en el corazon del Imperio.

Desde aquel dia todo cambió en Francia. El orgullo nacional se reanimó con una reanimacion extraordinaria. El partido militar cobró grandes brios y sonó sus sables amenazadores en las gradas mismas del cesáreo trono. Los patriotas pidieron la guerra con clamores y ahullidos espantosos. Francia se palpó las sienes y sintió que le habian quitado en las sombras su espléndida corona de oro. El pueblo mismo comenzó á ser cómplice del error que podia perderlo, esclavizarlo, retardar su emancipacion y su progreso. Y yo creí ver, entre aquellos siniestros relámpagos de entusiasmo, dibujarse el yerto cadáver de la noble Francia.

# CAPITULO LXXIII.

## CRIMENES Y ERRORES.

Otra discusion lúgubre se empeñó en el Cuerpo Legislativo respecto á las obligaciones mejicanas. Una trahilla de aristócratas indignos, espúreos hijos de la republicana América, la tierra de la democracia, la tierra de la libertad, creyeron difícil, imposible, vivir sin títulos, sin condecoraciones, sin esos marquesados y esos ducados que violan la igualdad humana, y sólo recuerdan la soberbia de unos pocos levantándose audaz sobre la humillacion de todos. Para reanimar el privilegio era necesario alzar una monarquía, cuyas raices se agarran al error, cuyas ramas llevan los venenosos frutos de la supersticion, cuya sombra engendra esa desigualdad de la cual brotan, como vestiglos de una pesadilla, arriba los príncipes, abajo los esclavos. Y á fin de llamarse condes, duques, marqueses, de cargar con una librea recamada de oro y condecorar el vil pecho con una medalla relumbrante que ocultara la podredumbre del corazon, quisieron una monstruosa monarquía en la misma América, que habia rechazado hasta la antigua, y bajo tantos conceptos gloriosa, monarquía de España. Pero América, esa tierra que ha producido á Washington, á Franklin, á Bolívar, á Lincoln, á San Martin, á Rivadavia, América puede producir ciudadanos, pero no puede producir reyes. Era necesario buscar el Emperador en Europa, en este semillero de príncipes. Ellos son las ortigas que brotan entre las junturas de las ruinas del feudalismo europeo. Aquí los hay de varias condiciones, de varios orígenes; pero igualmente deseosos de dominar, de tener un presupuesto crecido, de ver frentes y rodillas en el polvo, de engendrar hijos que nazcan con la estrella de la soberanía en la frente, destinados á dirigir esos mansos ganados que se llaman pueblos, y que siguen gustosos el cencerro de una corona.

La eleccion de príncipe no era cosa fácil. Los Borbones recordaban la antigua dominacion española y herian la justa susceptibilidad de América. Los Bonapartes reanudaban las conquistas del primer Imperio y herian la justa susceptibilidad de Europa. Entonces se pensó en buscar el príncipe entre esa raza

de verdugos que se llaman los Hapsburgos y que han nacido reyes y dominadores como los tigres nacen carniceros. Habia un príncipe blondo, melancólico, romántico, lleno de recuerdos de su familia, de aspiraciones á la dominacion; y que, despues de haber recorrido Europa entera y parte de Africa en pos de grandes emociones, volvia triste, desesperado, á su retiro de Miramar, sin encontrar reposo en la tierra, porque habia nacido para vivir en el absolutismo como las aves rapaces en las sombras, y porque necesitaba la cima de un trono, como el águila necesita la cima de una montaña. Los traidores vieron unánimes en aquel príncipe el destinado á restaurar la conquista europea en América, el imperio absoluto en Méjico, á sostener los negreros de los Estados-Unidos, prometiéndoles que, detrás de sus fratricidas banderas, empapadas en sangre humana, estaba su trono reciente, y detrás de su trono reciente todos los antiguos tronos de Europa, que se conmueven y tiemblan así que en cualquier region del mundo quiebra el esclavo un eslabon no más de su cadena. La traicion se consumó. El príncipe fué emperador, sí, emperador destinado á restaurar la monarquía, la aristocracia, la esclavitud, la conquista europea, la reaccion universal contra esos pueblos esparcidos por el Nuevo Mundo que se han empeñado en ser libres y en rechazar las imágenes de Dios sobre la tierra, los celestiales reyes. El príncipe tenia de todo; diplomáticos destinados á llevarle el reconocimiento de los reyes de Europa; bayonetas destinadas á abrirle paso hasta su trono y sostenerle en su cima; chambelanes de pantalon corto y sombrero apuntado que recibieran de sus manos las insignias de la Vírgen de Guadalupe y le llamáran en cambio sacra majestad; sacerdotes que le hicieran creer en la intervencion divina á favor de su autoridad y en que la imágen de Dios se reflejaba sobre su frente; un rio de sangre libre donde teñir su púrpura; solamente le faltaba dinero. Entonces se crearon esas obligaciones mejicanas que fueron arrebatadas, merced á solemnes promesas y á exaltadas pinturas, por la sórdida sed de lucro despertada en los pueblos europeos, cada dia más adoradores del vientre y más olvidados de la justicia. Pero lo que debia suceder sucedió. América rechazó de su libre seno el Imperio. En vano se apeló al fuego, al hierro, al terror. En vano se fusiló á jóvenes é ilustres generales que defendian la más noble de las causas, la causa de la independencia y la causa de la República. La justicia social se cumplió inflexiblemente. Y de este Imperio no han quedado más que las obligaciones mejicanas, á cuyo pago destina hoy el gobierno francés cerca de cien millones de francos. Glais-Bizoine ha dicho una palabra que es gráfica: «¿Por qué no se pagan esas obligaciones con la lista civil?» Es verdad. Pero no importa que los pueblos quieran separar su responsabilidad de la responsabilidad de sus gobiernos. Si no los quieren, los consienten. Y esto basta. De la catástrofe del Imperio sólo queda una mujer distinguida, que siempre deseó reinar, y que ha reinado, pero dejándose ¡infeliz! en las gradas de ese alto trono, al cual ha corrido como la mariposa á la llama, el cadáver de su marido y su propia razon. Espantosa trajedia. ¿Y creereis que algunos de los que, no sabiendo ser ciudadanos, aspiraron á ser chambelanes, todavía usan por Europa esos títulos y esas condecoraciones que han costado tanta sangre? ¿Para cuándo guarda la conciencia humana los rayos de sus remordimientos?

Por fin el Cuerpo Legislativo se cerró para que se abriera el último Cuerpo Legislativo del Imperio. Contra la costumbre de todos los años, el Presidente no pronunció ningun discurso. Este silencio se explicaba por dos razones: primera porque no podia decir á los diputados si volverian ó no á reunirse; y segunda porque no podia decir á la nacion si tendria paz ó guerra. La mayoría gritó: Viva

el Emperador. Y la minoría: Viva la libertad. Y el Cuerpo Legislativo se disolvió por fin. Pero se disolvió bajo bien tristes auspicios. Muchas veces creo haber dicho que no aparecia popular entonces la guerra en Francia. Al ménos, los armamentos apercibidos para empeñarla, no eran populares. El pueblo se quejaba de que el innumerable ejército le quitaba la mitad de sus fuerzas y el abrumador presupuesto la mitad de sus productos. Pero cierto ardor guerrero se despertaba en la prensa. Las causas de este despertamiento se resumian todas en el incidente que sigue. El estado mayor prusiano publica una historia de su última campaña que no deja bien parado al ejército de Italia. La verdad es que, gracias á la impericia de sus jefes, dejáronlo todavía peor parado las balas austriacas. La Mármora que no quiere conocer esta verdad evidente, por lo mismo que él mandaba la última guerra en representacion de Italia, sube á la tribuna, se queja, y entrega á los cuatro vientos de la publicidad una secreta nota en que el ministro de la Guerra prusiano le hablaba del plan de batalla. En esto comete falta gravísima porque debió permanecer secreta esa nota fiada á su reserva. En la nota el ministro prusiano dice antes de Sadowah que, contratada la alianza, dispuestas las dos naciones á la campaña, no deben contentarse con una guerra parcial, sino á fondo; atravesar los unos los desfiladeros de Bohemia, y atravesar los otros los desfiladeros del Tirol; reunirse prusianos é italianos en tierra de Hungría removida por la revolucion; enviar á Garibaldi á las costas para que sublevase los pueblos eslavos deseosos de su presencia; y entrar todos en Viena aventando al aire las cenizas del Imperio austriaco. Esta nota produjo extraña sensacion en Francia. ¿Quién nos asegura, preguntaban los franceses que no se tramará mañana igual confabulacion contra nosotros? ¿Quién nos dice que deseoso Víctor Manuel de entrar en Roma y deseoso el rey Guillermo de humillar á Francia, no se citarán en París mañana, como ayer se citaban alborozados en Viena? Pero yo pensaba que habia dos medios muy sencillos, muy fáciles de conjurar todos estos peligros sin necesidad de atravesar el incendio de una guerra: dejar Roma á los romanos y á los alemanes Alemania.

Abandonada Roma á los romanos era seguro que caeria el gobierno temporal del Papa, mas no era tan seguro que entrase Víctor Manuel. Abandonada Alemania á los alemanes, casi era seguro que se unirian en una grande federacion; pero no era tan seguro que se unieran bajo el cetro de Prusia. Oponiendo al movimiento italiano y al movimiento aleman el veto del Tíber y el veto del Mein, el gobierno francés les quitaba á los pueblos toda esperanza en la revolucion, pero les inspiraba esperanza en la guerra. Necesitaban, pues, prusianos é italianos, reunirse en torno de sus gobiernos para sostenerlos contra una potencia extranjera que los embarazaba y que los humillaba. Este es el grande error de Francia: no dejar Roma entregada á los romanos y no dejar Alemania entregada á los alemanes.

Por aquellos dias se celebraba en Viena una fiesta que tenia un gran sentido político porque tenia un gran sentido aleman. Todo el mundo sabe cuán populares son en la literatura alemana las leyendas campestres, los ejercicios de la caza, el aire embalsamado de las praderas, el rumor de los árboles poblados de aves, el sonido del cuerno cazador, la habilidad en el tiro, toda esa epopeya rural tan digna de los antiguos germanos, y sobre la que Weber ha tendido sus dulces melodías nacionales, que parecen salir como un vapor del seno mismo de la naturaleza, y ser una mezcla milagrosa de la cadencia de los arroyos con la vibracion de las selvas. Y lo que hay todavía más popular en esas leyendas son los tiradores, hábiles y certeros en manejar la escopeta, que van por las montañas y por las selvas, procurándose la caza tan necesaria en los países frios, y que si es preciso, cazan

con igual habilidad á los enemigos de la pátria. Puede decirse que hay de todo esto una literatura en Alemania. Pues bien; los tiradores francos de la antigua Germanía suelen reunirse cada año en una ciudad, para demostrar que, á despecho de las divisiones políticas, á despecho de los reyecillos feudales, á despecho de tantos pequeños Estados, la gran pátria alemana es una en su espíritu y en sus tradiciones, y se extiende como el cielo sobre todas las frentes de sus hijos. Los francos-tiradores de Suabia, de Sajonia, de Prusia, de Francfort, de Baviera, de los desfiladeros del Tirol, se reunieron en Viena para demostrar que, á pesar del tratado de Praga, la federacion germánica, tanto del Norte como del Sur, subsiste en el pensamiento y en la voluntad de todos los alemanes resueltos á fundar la unidad de la pátria. Habia en todo esto indudablemente un sentimiento de hostilidad manifiesta á Prusia; pero habia otro sentimiento de hostilidad manifiesta á Francia. No hay que olvidarlo: la Alemania herida por Francia, será una bajo el sable de Prusia. La Alemania abandonada á sí misma llegará á la unidad por la federacion. Al pueblo francés conviene ménos, mucho ménos que al pueblo aleman mezclarse en los asuntos germánicos, tan gravemente complicados, porque su intervencion le costaria una guerra bien sangrienta y le daria esa formidable unidad alemana tan temida. Pero las verdades más claras y más sencillas son las que más difícilmente penetran en el ánimo de los gobiernos y aun de los pueblos.

Habia un error en Francia por este tiempo, error tan grave que yo calificaba de ciega demencia en la siguiente carta escrita con fecha de diez y ocho de Marzo de 1868 á todos los periódicos de América. «No he visto á ningun gobierno ir tan derechamente hácia su perdicion, arrastrado por la fatalidad, como al gobierno francés. La dinastía napoleónica necesita la guerra porque todos sus timbres son guerreros; necesita la conquista porque su jefe augusto es un conquistador; y va á la guerra, va á la conquista sin calcular préviamente las probabilidades de una derrota en que la dinastía puede perder su corona, y la Francia su integridad y su influencia. O la diplomacia francesa no sabe cuánto ocurre en Alemania, ó la diplomacia francesa engaña á su nacion y á su gobierno. Lo cierto es, que aquí en Francia se ha concebido una idea y se ha formado un juicio de radical falsedad y de ningun fundamento. Se ha formado la idea ficticia de que una guerra en Alemania es tan fácil como una guerra en Italia. Se cuenta con el Austria, y se olvida que el Austria se halla dominada por los húngaros, y los húngaros no pueden consentir el antiguo predominio austriaco en Alemania que seria tanto como renovar la servidumbre de Hungría. Se cree que Prusia es tan odiada en Alemania como Italia en Austria; y se olvida que Austria representaba en Italia el impedimento insalvable á la unidad y á la independencia italiana, en tanto que Prusia representa en Alemania la unidad y la independencia alemanas. Se cree que Napoleon, desenvainando á las orillas del Rhin su espada á favor de los alemanes del Sur será tan popular como Napoleon desenvainando su espada á las orillas del Mincio. Pero se olvida por completo que si hay algun sentimiento vivo en Alemania, si hay alguna idea arraigada es el sentimiento y la idea de horror á esa Francia napoleónica que humilló á sus padres y que los llevó uncidos á su carro de triunfo, cuyas ruedas se hundian profundamente en las entrañas de Alemania. La gran literatura alemana, la grande idea de la pátria germánica, toda esa unidad que ahora aterra á Bonaparte, nació en la conciencia de los filósofos, en la lira de los bardos antes de nacer en la realidad, y nació engendrada por el odio al conquistador, por el odio á Napoleon. Y en cuanto el conquistador aparezca de nuevo sobre las orillas del Rhin aleman, tronando en la figura siniestra de uno de sus más odiosos descendientes, el

bávaro dejará de pertenecer á Baviera, el sajon á Sajonia, el austriaco mismo al Austria para pertenecer todos juntos á la gran pátria, á la Alemania. Y Napoleon decadente luchará con una idea vigorosa. Y el resultado de esta lucha no es dudoso, porque en el combate de un Imperio moribundo con una idea nueva y vigorosa, la victoria está reservada á la juventud y al vigor.»

En uno de los últimos viajes hecho con motivo de la conferencia celebrada entre los Emperadores de Austria y Francia, subió este á una de las montañas. Dícese que desde aquella eminencia se descubria el gran Ducado de Baden, y ese Rhin aleman, donde ya en tiempo de Augusto se perdieron las legiones de Varo. El espectáculo debia ser maravilloso en una clara mañana de Julio: los bosques oscuros, los lagos celestes, las praderas verdes, los pueblos por su torre gótica coronados, y por la humareda de sus chimeneas ceñidos; las locomotoras cruzando en diversas direcciones con sus penachos semejantes á nubes que serpentean por la tierra; allá á lo lejos el Rhin como una línea del horizonte, y tras el Rhin, como un reflejo indeciso, como una refraccion de la luz, centelleando las nevadas crestas de los Alpes. Yo me figuro al Emperador contemplando en las cimas de las montañas, en esos últimos refugios de la libertad, en esos eternos altares de Dios, la tierra desecada, el codiciado rio, como el águila desde su desnudo peñasco tantas veces azotado por el rayo, mira con su retina siniestra y sanguinolenta la anhelada presa. Me parece repetirse aquella escena descrita por Tito Livio, del supremo dia en que Anníbal miraba desde una montaña á sus pies, Roma, por la cual habia corrido los mares y la tierra, Roma, en cuya posesion estaba el secreto de su destino; porque con Roma libre era incompatible Cartago, y con Roma esclava Cartago era señora del mundo. Pero ¿habremos vivido tantos siglos, habremos allegado tantas ideas, habremos visto pasar por el cielo del espíritu las almas de tantos genios, habremos abonado nuestro suelo con los huesos de tantos mártires para asistir á la perpetuidad del reinado de la fuerza y á la repeticion del duelo de las razas? Si el Emperador Napoleon miraba bien, veria levantarse de aquellas praderas tan rientes, de aquellos lagos tan serenos, de aquellas aldeas donde en sus amores y en sus trabajos viven tantas familias; de todo aquel espectáculo realizado por la fecundidad de la vida, rojo vapor de sangre, que debia penetrar como siniestra nube en el seno de su perturbada conciencia.

Y allí debian dibujarse, como los condenados en el infierno, las siniestras figuras de dos pueblos en armas; el ódio evaporado de sus corazones, ocultando el sol; la guerra levantándose para desgarrar y ensangrentar el feraz suelo; los montones de cadáveres tendidos en heras donde antes se levantáran los haces de trigo; el incendio devorando los pueblos, santuarios del amor y de la familia; millares de familias tranquilas y felices, maldiciendo á su perseguidor y á su verdugo. Y todo por conservar un trono, ¡oh infamia!

# CAPITULO LXXIV.

## LA INCERTIDUMBRE.

Grande dolor heria por aquellos momentos á uno de los primeros republicanos del mundo, á Víctor Hugo. Su mujer murió en el destierro. Francia sintió por este infortunio de su gran poeta, de su gran tribuno, un dolor que bien puede llamarse nacional. Yo creo que este luto de un gran pueblo y de un gran hombre, cubria la frente de todos los pueblos donde á la sazon palpitaban amor al arte y amor á la libertad. Cruel destino. Bella, virtuosa, con mucho talento y mucho corazon; fluyendo de sus labios sencilla elocuencia y de su pluma admirables páginas que las letras contarán mañana entre sus tesoros inmortales; mujer de un genio al cual ha inspirado divinos pensamientos, madre de una familia educada en viriles virtudes y en el amor á la libertad; con todas estas venturas y con todas estas prendas, capaces de honrar un siglo, no pudo la esposa de Víctor Hugo tener el consuelo de morir sobre la amada tierra de Francia, en el seno sacrosanto de lapatria. Nos llamamos civilizados, y aun hay prescripciones, y aun las sociedades para vivir arrojan bárbaramente de su seno hasta aquellos hijos ilustres que por su genio las han de inmortalizar, dándoles la vida de todos los siglos en la memoria humana, con obras sublimes que se alzan sobre todas las ruinas, y que alimentan el espíritu de todas las generaciones.

En la cuestion de guerra no salia la nacion de su penosa incertidumbre. Si hubiera habido Parlamentos que fueran expresion de la voluntad nacional; ministros que tuviesen política propia y respondiesen de ella ante el Parlamento; asociaciones públicas destinadas á discutir las ideas y á dar las fórmulas del pensamiento general; si hubiera habido la libertad, en fin, hubiérase podido seguramente prever el porvenir y señalar hasta el momento del conflicto; pero en aquel Imperio, donde reinaba la voluntad soberana de un hombre que á su arbitrio lanzaba un dia la tea sobre los combustibles hacinados, no era dable penetrar la espesísima nube que rodeaba al poder, y la guerra amenazaba como un hecho súbito, imprevisto, que sorprendiera los ánimos, que los sobrecogiera, cuando

más inadvertidos se hallasen y ménos temerosos del peligro: situacion penosísima que naturalmente engendraba zozobras y temores paralizando todas las fuerzas del trabajo y todo el curso del comercio.

Los periódicos imperialistas comprendian á la sazon el mal que traia tamaña incertidumbre. Pero ¿creeis que se daban traza para impedirlo? «Renazca la confianza en la paz,» gritaba por la mañana el *Constitutionel*, devoto al Imperio; y por la tarde el *Pays*, no ménos devoto, exclamaba: «Solo hay una solucion posible á los conflictos europeos; solo hay un medio conveniente á la dignidad de Francia, la guerra.» Desmentíase un dia oficialmente que el Imperio tratase de pactar la union aduanera y política con Bélgica, y al otro dia se nombraba embajador en Bélgica al director de la *France*, diario que siempre habia sostenido la anexion de Bélgica al Imperio. Decia en los Consejos generales de un departamento el mariscal Vaillant, ministro de Bellas artes, bucólicamente, que el estado del Imperio era la paz en la abundancia; y decia en los Consejos generales de otro departamento el mariscal Niel, ministro de todas las armas, que el Imperio estaba muy bien armado y de él dependia la paz ó la guerra en toda Europa.

No paraban aquí las imprudencias. Ese mismo *Constitutionel* que tan solícito se mostrara en procurar la paz del mundo con sus artículos tranquilizadores, sustentaba una tésis muy extraña, la tésis de que la Emperatriz merecia la regencia por sus talentos, y que habiendo desempeñado tantas veces con gloria tan alta magistratura, la desempeñaria en lo porvenir con la histórica felicidad alcanzada por las varias regencias maternales durante siglos, desde San Luis hasta Luis XIV. A tamaña imprudencia solo se encontraba disculpa considerando la necesidad que tienen los cortesanos de adular como los reptiles tienen necesidad de arrastrarse. Cuando un periódico oficial sostenia en plena calma el gobierno de la Emperatriz, sin duda era por una de estas dos razones, clamaba el vulgo de las gentes, ó bien porque estando el Emperador muy enfermo se necesitaba preparar la opinion para una regencia definitiva; ó bien porque estando el Emperador apercibido para la guerra, se necesitaba preparar la opinion para una regencia temporal, transitoria de la Emperatriz; regencia indispensable, como durante la guerra en Italia, á causa de una larga ausencia del soberano.

El público no podia comprender que hubiera un académico bastante atildado, cortesano al par bastante abyecto, para bordar sobre un tema de lejana realidad política por el momento, variaciones de bizantina retórica, sin más fin que halagar los oidos de los poderosos, los cuales gustan de vivir entre nubes de incienso, aunque esas nubes, perfumadas de viles lisonjas por la adulacion, se eleven siniestras de un océano de sangre.

Otro de los personajes que continuaban contribuyendo á mantener el ardor bélico, convertida en trompa guerrera la pluma, era Emilio Girardin. Ya lo he dicho, durante largos años no habia nadie más pacífico. Sus artículos se dirigian todos contra los ejércitos, sus razonamientos contra la guerra, sus votos á sustituir la política del trabajo y la libertad á la política de la dictadura, de la matanza; y su erudicion á mostrar evidentemente que todos los génios, honra de la humanidad, todos los grandes profetas sociales han querido y anunciado la paz perpétua como el comienzo de una nueva era de redencion para el linaje humano.

Girardin cambió por completo. Sostuvo la guerra, y dijo que las fronteras del Rhin son las fronteras naturales, y que las fronteras naturales son las fronteras necesarias á Francia. Nada le detenia en esta calentura conquistadora. Si era preciso anexionar Bélgica, Holanda, Suiza, pasaba sobre todas estas independientes nacionalidades, sobre estos vivos ejemplos de libertad. El Aguila debia exten-

der sus alas desde los Alpes á los Pirineos, desde el Rhin al Bidasoa, aunque se alimentara con los despojos de cien pueblos. Un millon de franceses debian levantarse, y precedidos de la bandera tricolor, que tantas tempestades ha suscitado en el mundo, ir á degollar otro millon de alemanes para trazar con una roja línea de sangre humana los límites entre dos naciones. Y la humanidad, tranquila, indiferente, sonriendo en una implacable serenidad, como la Hecate antigua, debia tener este cruento sacrificio de sus hijos por uno de sus mayores triunfos, por el principio de la paz perpétua en la tierra.

Esto es horrible. Emilio Girardin gusta mucho de singularizarse. La originalidad es el contínuo anhelo de su espíritu inquieto. La contradiccion es la necesidad principal de su carácter. Dios le ha puesto en las manos mundos, y los rompe y los estrella como un niño los juguetes brillantes para gozarse en ver los esparcidos fragmentos, reluciendo á sus ojos. Disputa, no para defender la verdad como los apóstoles, sino para mostrar la agilidad de su inteligencia como los sofistas. Parece un gran dialéctico y es en realidad un grande acróbata. El estilo brillante y conciso de que naturaleza le dotara, le sirve para llamar la atencion sobre sus juegos y sobre sus saltos mortales como á un titiritero los cascabeles. Por eso cuando todo el mundo aspiraba á la paz, él defendia la guerra. Y llaman habilidad al salto desde la política de Cobden á la política de Casagnac. La Historia calificará eso con más agrias palabras.

Mas se queria emprender la guerra por recuperar provincias que si durante algun tiempo fueron francesas, hoy son fundamentalmente alemanas. Sucedia á la sazon extraño fenómeno en las fronteras de Francia y de Alemania. La Alsácia y la Lorena, provincias de orígen aleman, eran francesas, y uno de los baluartes de Francia. Los principados del Rhin, que fueron franceses durante la revolucion y el Imperio, son hoy alemanes y uno de los baluartes de Alemania. El amor á la nacionalidad francesa de los unos, se explica por las grandes reformas sociales con que los redimió la revolucion del ochenta y nueve. El amor á la nacion alemana de los otros se explica por varias razones de afinidad entre las razas; pero además por la excelente administracion alemana, por la amplia libertad intelectual, por la amplísima libertad religiosa. Estas provincias del Rhin tienen unánimemente en grande estima su ciencia y su religion, y gustan de un gobierno que les deje raciocinar, discutir, pensar, soñar, fantasear, ejercer todas sus facultades, sondear todos los problemas, al mismo tiempo que lleva su tolerancia religiosa hasta el punto de permitir que en una misma iglesia, despues de haber entrado los católicos á profesar su culto y á encender su incienso y á predicar la virginidad de María, las penas del purgatorio, la supremacía del Papa entre luces y flores, vayan los protestantes á predicar la gracia, á sostener la interpretacion individual de la Biblia entre los acentos del Coral de Lutero y las melodías de populares coros. Las iglesias, donde las conciencias son libres y las universidades, donde son libres los entendimientos vienen á ser los más fuertes lazos entre los principados del Rhin y el resto de Alemania.

Ahora bien, hubieran necesitado los franceses una guerra espantosa para vencer primero á Prusia, y una ocupacion oncrosísima, imposible, para tiranizar despues los principados del Rhin. Resultado, que iban á sacrificar la flor de sus hijos, la sangre más pura de sus venas, á mantener una guerra colosal, á exponer en grave peligro su propia nacionalidad, ó al ménos, á debilitarla; para conseguir al término de una campaña el tener entre las manos, como Rusia, una nueva Polonia.

Y en el interior, ¿cuál hubiera sido el resultado de esas victorias? Nuevos tributos,

nuevos armamentos, la oligarquía militar en gran pujanza, la gloria eclipsando la libertad, los derechos del pueblo confiscados por la conservacion de las recientes conquistas; y la dictadura cesárea con su sable de nuevo forjado y reluciente en las manos, arrojándonos para mucho tiempo del único eden que entrevemos en los desiertos presentes, del eden de nuestras esperanzas republicanas.

Aglomerar las razas queria á la sazon el Imperio. Y mirad lo que resulta en último término de esas aglomeraciones de razas en vastos imperios que son vastísimas ergástulas. El ejemplo de Austria es instructivo y capaz de disgustar á todos los repúblicos previsores del febril afan de las conquistas. Ese Imperio, sobre el cual se dibujan todavía las pálidas sombras de los hermanos de Cárlos V; ese Imperio, que es un fragmento del horrible altar de la inquisicion española; ese Imperio, medio gótico y medio bizantino, á quien no ha podido salvar ni la política reaccionaria de Metternich ni la política liberal de Beust, llega ahora, despues de haber bebido la sangre de tantas razas, despues de haberse engordado con la carne de tantos pueblos, á caer en la podredumbre y en la disolucion de gangrenosa muerte.

Sus cortesanos no quieren oir hablar de guerras, sino de placeres; no quieren oir el cañon, sino las canciones, como si el Imperio fuera un serrallo inmenso. Cuando los prusianos triunfaron en Sadowah, aún quedaba una salvacion al vasto Imperio herido, aún le quedaba que tentar un dos de Mayo como el de Madrid, un sitio de sublime heroismo como el sitio de Zaragoza. Para esto no tenia más que una ciudad: Viena, sí, Viena defendiéndose, Viena arruinándose al cañoneo de los prusianos para salvar, ya que no el poder, la honra del Austria. El emperador lo intentó, el emperador vencido fué á buscar un corazon en la ciudad enervada por el despotismo. Los cortesanos de Viena pidieron tan solo que les ahuyentaran las calamidades de la guerra, que los entregaran sin ninguna herida, sin ninguna de esas manchas de sangre que son las estrellas de la honra, á los brazos del vencedor, á la manera de aquellos caballeros de Farsalia que ocultaban el hermoso rostro como mujeres á los golpes de los soldados de César. Y despues las dificultades se aumentan, las sombras se espesan, los alemanes de Austria vuelven los ojos á la pátria comun de su raza y maldicen á los cortesanos del Emperador, los húngaros se apartan virilmente de su contacto corruptor, los bohemios piden la nacionalidad perdida, los polacos murmuran viéndose engañados, los eslavos se aperciben á emanciparse, las asambleas están desiertas, los obispos rebeldes, la autoridad sin fuerza, el ejército sin prestigio, la alianza austriaca sin precio, la libertad sin resultados, y Viena, Nínive envenenada por tantos tiranos, se rie, se embriaga, canta, juega, goza, como esos epicúreos que gastaban el último sextercio de su bolsa y la última hora de su vida en la última orgía.

# CAPITULO LXXV.

## LA NOTIFICACION DEL IMPERIO ALEMAN AL IMPERIO FRANCÉS, Y EL ESTADO GENERAL DE EUROPA.

El dia treinta y uno de Diciembre de 1867 se celebraba en el palacio de la Tullerías trascendental ceremonia. Mr. Goltz iba á presentar por vez primera á Napoleon III sus credenciales como embajador de la confederacion del Norte. El viejo diplomático estaba pálido, trémulo, balbuciente. Adivinaba las inmensas consecuencias que podia traer al mundo la notificacion del nacimiento de una nueva potencia que ha venido á trastornar el equilibrio de la antigua Europa. Habia tambien gente que atribuyera la inquietud casi angustiosa mostrada por Goltz al temor de una respuesta súbita, audaz, que fuese una declaracion de esa guerra universal prevista por todos, como densa nube de langosta, cayendo sobre los campos de Europa. Las palabras de Goltz fueron breves; las del Emperador brevísimas. Habia en ellas una afectacion de cumplido social, de saludo urbano como para indicar que allí sólo se trataba de una de esas fórmulas de cortesía, que preceden á un duelo. *El Constitucional*, el periódico que lleva la voz de las grandes declaraciones, se indignaba contra los que entreveian siempre una amenaza de guerra en las palabras de Napoleon III. Y no recordaba que si entreveian amenazas de guerra, era porque á ello obligaba la actitud del gobierno francés; la precipitacion en votar la ley de armamento general; el millon de soldados que iba á tomar las armas; el empréstito que iba á caer sobre la plaza; el dinero estéril encerrándose en las entrañas del Banco de Francia; las terribles palabras de los periódicos oficiales; las angustias patrióticas de que hablaba siempre el ministro de Estado; los rápidos ataques y los insolentes desafíos á Italia; el ensayo de armas de todas clases hecho con una tenacidad sin ejemplo; y los artículos que salian sonando la trompa guerrera de una especie de oficina alquímica ó química sita en el ministerio del Interior, donde se extraia por no sé qué misteriosos alambiques una esencia llamada espíritu público. Los periódicos del gobierno, combatiendo á los alarmistas, se olvidaban de que ellos habian sido los primeros en sembrar la alarma. Y al estado á que ha-

bian llegado las cosas, en lo supremo de las circunstancias, convenia algo enérgico, extraordinario, ó una declaracion de paz que sólo hubiera sido eficaz con el desarme, ó una declaracion de guerra que sólo hubiera sido salvadora con decision y prontitud, como en los tiempos en que el Imperio no estaba herido de paralisis.

Al dia siguiente de la entrevista Goltz partióse para Berlin. Los periódicos oficiales de aquende y allende el Rhin atribuyeron la ida del embajador prusiano á la imperiosa y premiosísima necesidad que tenia de consultar un oculista. Yo interrogué sobre tal asunto á un jóven médico prusiano que reside en París, amigo de Goltz y amigo mio, el cual me dijo que el embajador prusiano tenia entonces una vista de lince. La única catarata que acaso habia necesidad de operarle, era la muy espesa producida en sus ojos intelectuales por la proximidad al Imperio, á ese sol que le quemaba y le deslumbraba. Y el operador de esta catarata no era otro que Mr. Bismark, el cual llamaba al plenipotenciario prusiano para enterarle de las trascendentales revelaciones que se proponia hacer al Parlamento aduanero. Esta era una Asamblea de nuevo género que bajo la apariencia de arreglar los aranceles, de tratar cuestiones puramente económicas, afirmaba con grande autoridad las bases para una confederacion total de Alemania. En los bosques germánicos no nacen estos tribunos franceses, tan elocuentes, tan entusiastas, que saben tocar con tanta destreza la campana de rebato, é incendiar con tanto furor la vieja Europa; mas en cambio nacen hombres rubios, de apariencia bonachones, de carácter linfático, que cojen una idea, la toman fuertemente como un arma, la esgrimen, y la realizan con una tenacidad de que no son capaces los nerviosos é inspirados sicofantas del Mediodía. De esta suerte, el pobre electorado de Brandeburgo, ha venido á ser toda la Alemania. Y no hay más que leer los historiadores alemanes, Gervinus, Hegel, cualquiera, para convencerse de la superioridad que dan á su raza sobre todas las razas europeas. Aunque venidos tan tarde á la historia, y venidos con la tea en la mano para incendiar los templos de la civilizacion romana, y el martillo de Thor para demoler nuestras estátuas, se creen los dioses del mundo moderno, los renovadores de nuestra sangre corrompida, los fundadores del Cristianismo social, los que han sembrado los gérmenes de la individualidad y de la libertad con el feudalismo, los que han resucitado los municipios, los que han rejuvenecido la conciencia con la reforma y la han santificado con la filosofía, los que han cimentado en la libertad á Inglaterra con sus sajones, padres tambien de aquellos que, atravesando los mares, han escrito sobre las selvas vírgenes de la América del Norte el Evangelio de la democracia universal que ha de salvar al mundo moderno como la infusion de sangre germánica salvó el antiguo mundo. Y con tales ideas sobre la superioridad de su raza no hay para qué decir cómo suspiraran por el momento en que su raza forme una grande potencia, con derecho, con *seidad*, para hablar su intrincado lenguaje, que tome la direccion política y moral de Europa.

Así es que se mostraban impacientes por concluir esta obra. En todas partes se apresuraban á nombrar los miembros del Parlamento aduanero. La *Gaceta de Carlsruhe* publicaba un manifiesto de varios influentes diputados de Baden. Segun los firmantes, «el ministerio de los diputados badenses en el Parlamento aduanero no se reduciria sólo á contribuir al decreto de leyes de union económica, sino que debia extenderse á una inteligencia íntima y á una completa union entre el Norte y el Sur de Alemania.» Los electores de Heidelberg, la gran universidad propagandista de la unidad, hallábanse divididos. Los unos querian que los diputados al parlamento aduanero se limitasen á pedir la rebaja de las grandes contribuciones que los

amenazaban, mientras la inmensa mayoría pedia que se invitase á Prusia á pasar la línea del Mein para unir el Mediodía de Alemania á la poderosa confederacion del Norte. Así es que los periódicos ministeriales de Bismark, declaraban ya con gran gozo que la línea del Mein es una línea imaginaria. Baden se hallaba á las puertas de Francia. El dia que la Prusia llegara hasta allí, habria penetrado en el corazon de la Alsacia. ¿Seria este paso, preguntaba todo el mundo, como la trompeta apocalíptica que levante el espectro sangriento de la guerra?

Todo dependia de las alianzas de Napoleon. Si las tiene, decian los políticos, habrá guerra. Si no las tiene, hará de la necesidad virtud. Y á la sazon no las tenia. La expedicion á Méjico le enemistó con los Estados-Unidos. La expedicion á Roma le enemistó con Italia. El empeño puesto en minar el tratado de París á favor de Rusia, le enemistó con Inglaterra. La alianza austriaca le enemistó con Rusia. El Austria solamente le quedaba; pero al Austria no podia moverse, dividida por cuestiones internas de solucion dificilísima, desgarrada por una fuerza invencible de disgregacion y circuida de tres enemigos formidables: Italia, Prusia y Rusia. Si Mr. Bismark llegaba á lo que pretendia, á una alianza de Rusia con Inglaterra, á una inteligencia sobre la cuestion de Oriente entre estas dos naciones, que al ménos asegurase la neutralidad inglesa, Napoleon se encontraba aislado, encerrado en su jaula, frente á frente de su pueblo, que viéndose sin gloria, le pediria, por una de esas enérgicas veleidades del carácter francés, la confiscada libertad. Rusia debia estar muy segura de poder resolver la cuestion de Oriente cuando con tanta audacia la planteaba. La insurreccion de Creta se hallaba moralmente sostenida por la razon que asistia á este pueblo en reivindicar gloriosa independencia, para su isla, que se alza, como una nereida, entre las armoniosas olas de los mares de Grecia é Italia, coronada como en tiempos más felices, por la libertad. Pero la insurreccion de Creta se hallaba materialmente sostenida por Rusia. Un navío ruso acababa de violar el bloqueo puesto por los turcos. Pavoroso problema, en verdad, el de ese Imperio Ruso. Arriba, en lo alto, un despotismo que toca en lo aleman por lo espiritualizado, y en lo asiático por lo ostentoso; un César y un Papa armados, unidos en la personalidad semi-divina, de soberbio autócrata; en el centro una aristocracia que se arrastra herida sobre sus tierras removidas por los ukases imperiales; y abajo, en el fondo, unos siervos emancipados que se acaban de levantar como Lázaro de su sepulcro, reuniendo al individualismo germánico el comunismo semítico; pero todos inspirados por no sé qué ministerio legendario prometido por los ángeles de sus cielos interpolares, esos ángeles que baten sus alas, blancas como la nieve, en el seno de las auroras boreales, rojas como la púrpura, guardadores de un Apocalipsis nacional, que se resolverá en guerra espantosa, como no la han conocido igual ninguno de los siglos, cuyo recuerdo guarda la historia; guerra de exterminio como las irrupciones de los imperios asiáticos, y de religion como las cruzadas de la Edad Media.

Por fin se llegó á constituir entonces trabajosamente el ministerio italiano. Pero se constituyó con algunos hombres de negocios, con algunos administradores y hacendistas, los ménos idóneos para aquellos momentos en que principalmente se necesitaba la decision y la energía. Este ministerio no era más que un paréntesis. La izquierda del Parlamento acaso lo consentiria, porque la ascension de la izquierda seria una guerra con Francia, y para una guerra con Francia no estaba aun preparada Italia. Los italianos son los hombres políticos por excelencia. Yo no conozco en ninguna raza un arte más hábil para convertir las derrotas en victorias. De la derrota de Novara sacó la casa de Saboya su expléndida corona italiana; de la derrota de Custoz-

za sacó Italia su independencia respecto al Austria, y de la derrota de Mentana acababa de sacar su independencia respecto á Francia. Por eso la extrema izquierda dejára al partido conservador el triste encargo de proclamar el derecho á Roma, y no ir á Roma, reservándose el recoger el mando cuando sea hora de ir á Roma, aunque pasando por el incendio de una guerra universal. ¡Caso raro! De todas las disidencias últimamente ocurridas en Europa, ha sacado Italia, por su esquisita habilidad, esa virtud de los débiles, una parte de su territorio. Sacó de la guerra entre las potencias occidentales y Rusia el derecho de sentarse en el Congreso europeo, y convertir la cuestion de Oriente en la cuestion de Italia. Sacó de la guerra entre Austria y Francia, la Lombardía; sacó de la guerra entre Prusia y Austria el Véneto. Ahora esperaba sacar de la guerra entre Francia y Prusia, Roma. Lo cierto es que se armaba hasta los dientes, y que podria poner en línea de batalla hasta doscientos mil hombres. Mientras tanto el Papa, que debia levantar la conciencia moral del mundo moderno, que debia tener en sus manos el ideal de la moralidad absoluta como una hostia consagrada al Eterno, que debia ser el sacerdote de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, si quisiera continuar la educacion del mundo comenzada por el Evangelio, lleva su blanco ropaje manchado de sangre, y no la ve; bendice á los verdugos en vez de bendecir á los mártires; se va con los Césares, en vez de irse con los Apóstoles; y cree que el mundo se salvará por el fusil de aguja, cuando el mundo solo se salvará por la verdad y la justicia.

Bismark mostraba su gran talento cuando tendia á la union estrecha entre Prusia é Italia, entre los dos pueblos que han debido á las revoluciones modernas su respectiva unidad. En esto mostraba de una manera indudable, no sólo que sentia donde estaba la fuerza de su patria, sino que conocia tambien donde vive y se agita el espíritu inmortal de nuestro siglo, que despide la espaciosa frente de esa misteriosísima musa de la historia.

En efecto, las dos naciones se levantan sobre las ruinas de los dos polos de la Edad Media; Italia, sobre las ruinas del Pontificado; Alemania, sobre las ruinas del Imperio: Italia ha quitado á la Roma de la inquisicion su prestigio político en el siglo décimo-nono, Alemania le quitó su prestigio moral en el siglo décimo-sexto; los blasones del escudo de Italia son la soberanía del pueblo, el sufragio universal, y los blasones del escudo de Prusia son la Reforma, la Paz de Westphalia, la filosofía del siglo décimo-octavo; Italia encuentra su fundamento en la razon práctica, y Alemania en la razon teórica de nuestro siglo; ambas en la revolucion.

Luego el haber seguido la escuela de Cavour; el haber copiado su política; el haber comprendido que allí, en aquel ejemplo, estaba el secreto de la grandeza de Alemania, es una prueba más de la grande habilidad de este hombre de Estado que tantas relaciones tiene con Cavour. Ha comprendido que la Alemania del Norte debia regenerar políticamente á la Alemania del Mediodía, como Cavour lo comprendió en Italia; ha preparado la realizacion de este pensamiento en una guerra á él estraña en la guerra de Dinamarca, como Cavour preparó la realizacion del suyo en la guerra de Crimea; ha buscado y conseguido la neutralidad de Francia y la alianza de Italia, como Cavour buscó y encontró la alianza de Francia y la neutralidad de Prusia; ha suprimido cuatro ó cinco reyes feudales, como Cavour suprimió cuatro ó cinco reyes teócratas; ha realizado ya el ideal de la unidad de Alemania, como realizó Cavour el ideal de la unidad de Italia; y ha vencido al Austria, herida ya por la mano del gran estadista de Italia, con todo lo cual, aparte de las imperfecciones naturales en obra de tanta monta, bien puede decirse que ha servido como pocos al espíritu y al progreso de su siglo.

No podia verse con paciencia la contínua reconvencion de los franceses á los alemanes por esta obra suprema. Malo, muy malo, es indudablemente, que Alemania se haya constituido en un imperio militar y absoluto. Pero ¿quién le ha dado el ejemplo á Alemania sino Francia? En 1849 renunció Federico Guillermo IV la corona del Imperio aleman, porque estaba (son sus palabras) «manchada de barro democrático.» A su heredero le ha parecido mucho mejor una corona forjada con bayonetas en el horno candente de una guerra. El movimiento unitario impulsa al Mediodía. Es verdad que Baviera tiene la aspiracion á ser en el Sur lo mismo que Prusia es en el Norte. La religion de sus habitantes, las pretensiones artísticas de su capital, parece como que dan ese destino á la más fuerte de las naciones del Mediodía, despues de la hábil eliminacion del Austria, arrojada ignominiosamente hasta fuera de la gran pátria alemana. Pero las leyes de la gravitacion social se cumplen tan necesariamente como las leyes de la gravitacion física. Todo el mundo creia que la inmensa mole, formada por Prusia, atraeria el resto de Alemania como el Sol atrae los planetas, y los planetas atraen á sus satélites. Todo el mundo creia que Bismark no pasaria á la línea del Mein trazada á su ambicion por el tratado de Praga; pero dejaria que la pasase la Alemania meridional. El rey de Baviera y el rey de Prusia se acababan de ver en Augsburgo, la ciudad de donde salió el símbolo religioso que ha sido la primer carta política de Prusia. El rey de Prusia en Nuremberg recordó los orígenes de su casa; recordó que antes de ser sus abuelos reyes de Prusia fueron electores de Brandeburgo, y antes de ser electores de Brandeburgo fueron burgraves de Nuremberg. Así acalora al Norte y al Sur con las perspectivas de una extraordinaria grandeza en el seno de la unidad. Yo siento en el alma que esta gran causa de la unidad alemana se realice por un imperio militar cuando debiera realizarse por una república democrática. Pero colocada Alemania entre la hegemonía de Prusia ó la hegemonía de Austria, todo espíritu liberal opta por la hegemonía de Prusia. El Imperio de Austria es el sacro antiguo Imperio, la sombra fatídica de la Edad Media, el enemigo de Guillermo Tell y de Suiza, el carcelero de Italia, el verdugo de Lanuza y de Padilla, que ha estendido su huesosa mano sobre el Atlántico para degollar tambien á los descendientes de los héroes de nuestras libertades en el Nuevo Mundo. El Imperio de Austria debe desaparecer del mapa. Si el movimiento liberal que ahora se nota, movimiento combatido con fuerza por el clero, y aceptado con dificultad por el Emperador, diera resultados, los húngaros reivindicarian su nacionalidad con mayor fuerza, y los alemanes y los eslavos de ese Imperio caótico unirian á sus respectivas razas, mientras el Tirol entraba en el seno de Italia y los verdaderos alemanes del Austria, unidos por tantos lazos á su eterna pátria germánica irian orgullosos á encerrarse en su sagrado seno.

Las dificultades con que choca la obra de la unificacion de los pueblos, se halla manifiesta en Alemania. Despues de la guerra austro-prusiana, Bismark vió su salud quebrantarse abrumada bajo el peso del trabajo. Se necesitan hercúleas fuerzas para sostener esta titánica empresa de las reformas sociales en pugna siempre con preocupaciones muy arraigadas y con intereses muy antiguos. El dia que el primer ministro salió para su retiro, hubo necesidad de llevarlo poco ménos que en brazos: tan debilitado estaba su cuerpo y tan consumido por la calcinacion nacida de las combustiones contínuas del pensamiento. Lucha interior, resistencias de los reyes feudales, preparativos para una guerra formidable, enemiga natural de los demócratas en vista de la escasa libertad concedida por las instituciones prusianas; hé aquí los mayores obstáculos á tanta empresa. El último lo hubiera podido vencer el ministro pru-

siano valiéndose de otra política más en armonía con su siglo. El rey resolvió sin embargo una grande dificultad al presentarse valientemente en Hannover. Este nuevo Estado le es muy contrario, y su antiguo rey no cesa un punto en continuar sus maquinaciones contra la obra de Prusia. La recepcion no fué muy brillante y el rey confesó que hay sentimientos muy respetables, cuya manifestacion ha visto y cuya intensidad considera; pero que es necesario reprimirlos, templarlos, convirtiendo el pensamiento á considerar y el corazon á amar la gran pátria.

Pero de este crecimiento era cómplice, primer cómplice Napoleon, que habia imaginado sacar ventajas enormes de la trasformacion súbita de Alemania. Diga lo que quiera hoy Mr. Rohuer, el Emperador Napoleon miró siempre de muy buen ojo la empresa prusiana, sin prever los resultados de esa empresa, ni presentir los graves obstáculos que debia suscitarle en el interior, ni los puntos negros que debia sembrar en el dosel de su trono. Las entrevistas en Biarritz con Bismark prepararon esa inmensa catástrofe de Austria que el hábil ministro presentaba como una continuacion de la política francesa en Italia, como una nueva batalla de Solferino ganada por Francia. El Emperador Napoleon dijo en los críticos momentos de preparacion de la guerra, que Prusia estaba muy mal limitada, y que tenia derecho á procurarse mejores y más seguros confines. El príncipe Napoleon fué enviado por el Emperador su primo á Italia para concluir la alianza con Prusia que debia ser la sentencia de muerte arrojada sobre el Austria. A pesar de las denegaciones de Rohuer, Ollivier, amigo íntimo del príncipe, sostuvo esto con una grande é incontestable insistencia en el Cuerpo Legislativo, siendo su afirmacion la definitiva y la última. Pues bien; Bismark contaba lo que sigue, de que todo el mundo hablaba y que nadie se atrevia, sin embargo, á publicar en Francia. Iban ya á encontrarse frente á frente austriacos y prusianos. Bismark le escribe á Goltz, su embajador en París, á fin de que escudriñe las intenciones del gobierno francés y le diga que necesitaba anexionarse despues de la victoria, por lo ménos cuatrocientos mil alemanes. Todavía la diplomacia moderna cuenta los pueblos como los propietarios las cabezas de ganado. Goltz se presentó con esta notificacion al entonces ministro de Negocios extranjeros, Mr. Drouyn de Lhuys. Este le dice: Prusia no debe acrecentarse ni con un hombre ni con una pulgada de terreno sin suscitar justas desconfianzas en Francia, sin merecer tal vez una amenazadora protesta. Goltz comunica la respuesta á Bismark. Este por toda contestacion le telegrafía: «Ved al Emperador.» Goltz se presenta al Emperador y le dice lo mismo que habia dicho al ministro: «¿Cuatrocientos mil hombres? responde, eso es poco, que tome ocho millones, que vaya hasta el Mein.»

Y por un resultado en el cual habia tenido la primera parte Napoleon, iba á desatar sobre Europa la guerra. ¡Qué perversos, Dios mio, son siempre los tiranos!

# CAPITULO LXXVI.

## DE LA INCOMPATIBILIDAD ABSOLUTA ENTRE LA LIBERTAD Y EL CESARISMO.

Cuando el Imperio romano concluia, y los bárbaros se acercaban, los últimos emperadores solian gritar: libertad, libertad. Pero el pueblo romano, embrutecido por cinco siglos de servidumbre, falto de conciencia, olvidado en su abyeccion de la grandeza de sus instituciones antiguas, de la majestad de sus leyes, de la sombra de sus tribunos; sin ver ni á Bruto ni á Casio pasearse sobre las ruinas de la República en busca de venganza, ni á Caton morir sobre los altares de la pátria, apenas comprendia el sentido de esa palabra, por la cual han peleado los héroes, y han muerto los mártires; y cambiaba de dueños con estúpida indiferencia.

Pero si el Cesarismo antiguo consiguió extirpar la idea de libertad en el pueblo romano, el moderno Cesarismo no lo consiguió en el pueblo francés. Todos conservaban vivo el recuerdo de la República, y viva tambien la idea de la libertad. Pero por lo mismo que conservaban idea y recuerdo, no querian nada con el César. Éste, despues de haber hecho de la libertad su víctima, cuando la veia erguirse, levantarse, trataba de convertir la libertad en su manceba. Y la libertad no queria ceder, casta esposa del espíritu humano, á las caricias del que un dia creyó posible perderla y deshonrarla, entregándola maniatada á las infames brutalidades de sus pretorianos. El emperador, que habia abusado de la idea de órden y de autoridad, cuando la opinion pública estaba cansada de los excesos revolucionarios, abusaba tambien de la idea de libertad, cuando la opinion pública se volvia unánime hácia la realizacion práctica de la democracia, hácia la victoria del derecho.

Habíase convencido de que la inmovilidad era peligrosa para su Imperio y renunciaba á la inmovilidad. Desde el 19 de Enero de 1867 se proponia rematar el edificio levantado el dia 2 de Diciembre sobre la disolucion de la Asamblea y la ruina de la República. El emperador confesaba que este edificio sólo podia tener una base, la voluntad nacional; y sólo podia tener una cúspide, la libertad. Bien es verdad que despues

de tan esplícito reconocimiento suprimia la contestacion al discurso de la corona, ó sea el mensaje que en todas las legislaturas se dirigia al Imperio. Pero en cambio concedia el derecho de interpelacion, lo cual daba cierto tinte de iniciativa al diputado; y consentia la presencia de todos los ministros en las Cámaras, lo cual daba cierto tinte de responsabilidad al gobierno. A estas concesiones se unieron dos promesas: la promesa de una ley de imprenta que acabára con la arbitrariedad administrativa, y la promesa de otra ley importantísima que reglamentara el derecho de reunion. El emperador se gloriaba de haber conseguido que despues de quince años de paz y de prosperidad pudieran coexistir el poder y la libertad en Francia.

Debo decir cómo recibió la opinion estas manifestaciones de la política imperial. Noté con dolor en el pueblo francés cierta indiferencia por la política. Fuera que hubiese ensayado todas las formas de gobierno y en ninguna sentídose bien; ó fuera que, olvidara en este largo régimen de silencio el hábito de las cosas públicas; atribúyase el fenómeno á lo que se quiera, no por eso era ménos indudable su existencia: Francia parecia haber perdido aquella actividad política, en otro tiempo su timbre y su gloria. Así es que en los círculos generales, en el teatro, en el café, donde nosotros, los hombres del Mediodía, aun bajo los gobiernos más fuertes, tenemos las expansiones de nuestro corazon y de nuestra conciencia, el francés tenia cierto recogimiento y reserva que se aviene mal con su carácter oratorio y ateniense.

La opinion de los que se agitaban á la sazon en la superficie de la política, era varia. Habia los hombres del partido republicano, que conservaban la tradicion de las ideas democráticas y que nada querian del Imperio. Como no habian aceptado los jefes de esta fraccion una amnistía del emperador, no aceptaban los soldados ni un derecho del Imperio. Habia otros republicanos, ó más dúctiles ó más prácticos, que creian imposible todo su ideal, visto el estado de Francia, pero que creian posible mayor libertad de la actual, visto cierto despertamiento que suponian haber en la opinion pública. Aquí concluyen las fracciones enemigas del Imperio desde el punto de vista liberal. Desde el punto de vista monárquico habia dos fracciones: la clerical y la orleanista, que tampoco miraban de buen ojo las reformas imperiales, y que tampoco eran dinásticas. La fraccion clerical creia que en las reformas napoleónicas habiase dado un paso más hácia la política revolucionaria inaugurada sobre los campos de batalla de Italia. Inútil decir que las condenaban y las execraban. La fraccion orleanista pensaba que no valia la pena de haber hecho una revolucion y de haber dado un golpe de estado; de haber arriesgado las batallas interiores y exteriores arriesgadas por Francia, desde la caida de Luis Felipe, para llegar á una media restauracion, y eso tímida, del régimen de Luis Felipe. En cambio, dentro del campo de los dinásticos habia tres opiniones: unos que creian necesaria la union del Imperio con la libertad. Esta opinion tenia por representante en la familia imperial á Gerónimo Napoleon, en el Parlamento á Emilio Ollivier, en la prensa á Emilio Girardin. Habia otros que creian imposible y dañosa toda union del régimen imperial con la libertad. Esta opinion era quizá la opinion de la mayoría del Senado y del Cuerpo Legislativo. Pero existian otros que creian compatible el Imperio con una libertad prudente, mesurada, contenida dentro de ciertos límites arbitrarios, ponderada por la mano del poder. De esta opinion era quizá la totalidad del ministerio entonces gobernante.

El asunto de todas las conversaciones en Francia era la manera con que se cumplirian las promesas imperiales. Para mí que amo la libertad sobre todo, para mí era muy sencillo el cumplimiento de estas promesas. El emperador cumple su palabra con un decreto

de cuatro líneas que diga: Artículo primero. Se suprime toda legislacion sobre imprenta. Artículo segundo. Todos los ciudadanos podrán reunirse libremente para tratar los asuntos públicos, ó los de su interés privado, sin más formalidad que pasar un aviso prévio al Mair de su distrito, para que cuide, si lo cree necesario, de la conservacion del órden público. ¡Ah! La libertad es tan sublime por su fecundidad como por su sencillez. Pero me dicen que para esto hay un grave inconveniente, y es que el Emperador ha dispuesto ya sujetar la prensa al régimen correccional, y entonces me callo. Me dicen tambien que Francia es un país tan poco dispuesto para la democracia, que no puede usar de la libertad sin abuso, y lo lamento, porque la libertad de Francia es la libertad del mundo. Pero persisto y persistiré siempre en una opinion, nacida del fondo de mi conciencia, confirmada por una larga enseñanza, cada dia más viva en mi entendimiento, cada dia más fuerte en mi corazon, y es que nada hay tan difícil como la libertad á medias, ni nada tan fácil, nada tan sencillo, nada tan saludable como la libertad entera. Bien es verdad que, siendo la libertad el mayor bien de la vida, no se puede admitir cómo un regalo; hay que considerarla siempre como una conquista. Todos los bienes verdaderos de la vida son fruto del trabajo. ¿Cómo no habia de serlo el primero de todos, que es la libertad?

Era sofístico el régimen que se daba á la prensa. Se renunciaba á la prévia autorizacion, condicion indispensable antes para fundar periódicos. Se penaba á los escritores con fuertes multas. En caso de insolvencia se les condenaba á redimir la pena pecuniaria con una pena aflictiva. La facultad de suprimir periódicos quedaba completamente abolida.

Despues de estas medidas, el Emperador tuvo una larga conferencia con Emilio Ollivier. En esta conferencia le ofreció una cartera para que le prestase su apoyo en la obra que intentaba. Emilio Ollivier, aspirando á fundar situacion por sí, renunció á formar parte de ningun ministerio. La mayoría del Cuerpo Legislativo no se mostraba muy propicia á las reformas imperiales. De suerte, que mientras en el fondo de la sociedad reinaba una gran calma, en la superficie se agitaba un grande oleaje. Os contaré un hecho que me parece como la simbólica de toda esta historia y que acusa la imperial incertidumbre. Se habia mandado restaurar la tribuna francesa, aquélla antigua tribuna en la cual se acumuló tanta electricidad revolucionaria y ardió por tanto tiempo la luz más viva del pensamiento humano. Cuando los obreros pusieron mano en su obra, vino una órden de suspender el trabajo. Y se colocó una tribuna raquítica donde apenas podia moverse un orador á su arbitrio. Y á los pocos dias se restauró la verdadera tribuna, aquella que iluminó y abrasó al mundo.

En las provincias reinaba grande agitacion. Por todas partes se apercibian las plumas y las lenguas encadenadas á ejercer sus derechos; y hasta el movimiento de la opinion tomaba cierto aspecto revolucionario, parecido al sacudir de un volcan. Dos particularidades graves se revelaban en el conjunto de estos hechos. La primera una descentralizacion política á la cual nos tenia desde hace tiempo desacostumbrados el país de la unidad y de la centralizacion. La segunda era más grave todavía y más trascendental. No habia señal de movimiento en que no se invocase la República y se cantara la Marsellesa, el himno de la emancipacion popular. Él Emperador Napoleon creia detener este movimiento recordando los títulos de su dinastía á la gratitud de Francia, en folleto recientemente arreglado, si no por su pluma, por sus tijeras. Yo no quiero ser injusto. Reconozco la grandeza material del primer Imperio, y reconozco el genio extraordinario del fundador de la dinastía. Concedo que hay otras tantas páginas de una grande epopeya en sus victorias. Pero digo tambien que Francia las ha pagado

muy caras. Una gloria que empieza por el diez y ocho de Brumario matando la libertad y que acaba por el año quince destrozando la nacion francesa, enflaquecida, exhausta, bajo el doble peso del despotismo y de la guerra, es una gloria bien fúnebre. El pedestal de Napoleon es la ruina de Francia. Y al pié de su estátua todavía yacen cuarenta millones de hombres encadenados como si el despotismo se hubiese escapado de la tumba de ese genio, para ceñirse como una corona inmortal los resplandores de su funesta gloria. Pero ese recuento de los títulos de la dinastía; de los veinte millones de votos que en diversas circunstancias recibieran los dos representantes del bonapartimo en el mundo, ¿no indica verdaderamente que Francia iba olvidándose de sus propios votos? Si tan presentes los hubiese tenido, de seguro no se los recuerda un hombre de suyo hábil como Napoleon III. Si ha querido decir que el país ha fundado la dinastía por su voluntad, ha dicho al mismo tiempo que esa voluntad puede cambiar. El folleto «Los títulos de la dinastía,» me probaba que el Emperador estimaba en toda su gravedad ese cambio de la opinion. Como decia melancólicamente Mr. Rohuer en una de las últimas sesiones del Cuerpo Legislativo: han muerto la mitad casi de los que votaron el segundo Imperio.

Y á las nuevas generaciones se les ha preguntado su opinion sobre las cosas secundarias; pero no se les ha preguntado su opinion sobre las bases fundamentales del Imperio. Y las generaciones pasadas pueden enagenar su propia voluntad, pero no pueden enagenar la voluntad de las generaciones futuras. Así es, que aun admitiendo la idea ya atrasada y reaccionaria de que la democracia sea tan solo un gobierno fundado sobre la voluntad nacional, en tales bases, en tales apotegmas no se pueden fundar los gobiernos hereditarios y permanentes. Todavía cuadran á los franceses las cualidades que admirablemente descubrió en ellos Julio César: la movilidad, la gracia, la elocuencia, el ingenio agudo, la ironía, el furor en el empuje, la debilidad en la resistencia, el entusiasmo súbito y el descorazonamiento fácil, la inconstancia. Y estas cualidades del gran país, algunas sobresalientes, otras débiles, pero todas notables, no le hacen muy idóneo para sufrir largo tiempo un gobierno ya sea bueno, ya sea malo. Yo estudiaba entonces el movimiento de la política en Francia sin tener el interés que tengo en el movimiento de la política española; y por consecuencia, yo era imparcial y decia con los ojos puestos en la conciencia, que la opinion cambiaba radicalmente, apasionándose cada dia más de la libertad y volviendo cada dia más sus recuerdos y sus esperanzas hácia la República.

Se habia dicho que este gobierno, el gobierno republicano, amenazaba la propiedad con la utopia socialista; y las clases acomodadas vieron disiparse en humo su fortuna con la utopia militar y cesárea. Ochocientos millones de francos más que la República gastaba el Imperio. Solamente la ciudad de París habia adquirido una deuda casi tan crecida como la insoportable deuda de España. Se decia al pueblo que su trabajo iba á ser bien retribuido por un Estado omnipotente, rico. Y vió el pueblo burladas todas estas fantásticas esperanzas; enriquecida una aristocracia burocrática; aumentado el presupuesto que pesa principalmente sobre su trabajo; ahogadas sus quejas en forzoso silencio impuesto por innumerables esbirros, necesitando ocultar muchas veces las asociaciones consagradas al alivio de su miseria, como si fueran una conjuracion ó un crímen.

Pero el síntoma peor que habia en los tres años de 1867, 1868 y 1869 contra el Imperio, era el ódio de la juventud, ódio implacable, ódio inextinguible, en el cual se veia dibujarse su inevitable muerte. Los senadores reconocian públicamente este ódio, y los cardenales lo achacaban á las ideas materialistas vertidas en la Escuela de Medicina, contra la

cual reclamaban no los rigores de la ley, los rigores de la arbitrariedad, los rigores de la censura.

El decano de Medicina publicó notabilísima carta con este extraño motivo. En ella, nada de temores ridículos, nada de protestas hipócritas: una noble entereza para reclamar el derecho absoluto de la ciencia á ejercer su criterio sin preocuparse de las ideas ó de las instituciones que pueda herir; y una reivindicacion dignísima de la primera de las libertades, de aquella sin la cual es como una sombra el Universo, de la libertad de conciencia. Y os digo que era tan extraña semejante entereza, tan raro el hombre que desde un puesto oficial sabia defender los derechos científicos cuando los atropellan gentes poderosas como los cardenales franceses, que tuve la carta del decano de Medicina por señal vivísima de la vitalidad del genio francés, de este genio que ha limpiado mil veces de sombras la conciencia humana.

Si el ministro de Instruccion pública hubiese observado esta conducta impuesta por la altísima dignidad ejercida al frente de uno de los primeros pueblos del mundo, no diera de sí tan mala idea como dió á todo observador imparcial, y no arrojára lo más alto, lo más divino de la creacion, el espíritu, la ciencia, como una alfombra, á los piés de los reaccionarios para que la pisoteasen y la escupiesen. La verdad es que las ciencias físicas obedecen principalmente á la razon y á la experiencia como las ciencias metafísicas á la indagacion y al raciocinio. Si de estas indagaciones y de estas experiencias resulta que el planeta es muy viejo; que su principio fué la materia incandescente; que su forma es la esfera; que hay antípodas á pesar de San Agustin; que el sol está inmóvil á pesar de Josué; que todos los hombres son iguales á pesar de esos cánones creadores de una aristocracia moral; que el pensamiento es libre á pesar del *Syllabus*; si los cuatro elementos aristotélicos elevados á dogma por la escolástica se descomponen por la química moderna en impalpables gases, y el rayo obedece al mandato humano, yéndose, encadenado por el hereje Franklin, al fondo de la tierra; y el planeta á cada rebelion de la conciencia contra las antiguas preocupaciones recibe una nueva perfeccion y se empapa por todos sus poros en mares de nueva luz; esto querrá decir que Dios ha puesto la verdad humana en el seno de la razon libre, y que esta libertad de la razon es el más grande, el más necesario y el más civilizador de todos los derechos.

La cuestion de la libertad de pensar agitó un poco los ánimos; y luego todo volvió á su antiguo órden, á su natural y sosegado curso. Las fiestas de Rouen sucedieron á las fiestas de Orleans. El público no habló de las nuevas fiestas porque el Emperador no habia prometido hablar en ellas. Por consiguiente se redujo todo á recepciones oficiales, discursos aprendidos de memoria, banquetes múltiples, exposiciones de industria, bailes de etiqueta, entradas triunfales por calles henchidas de gentes, y reparticion de esas cruces de la Legion de Honor por las cuales tanto suspiran los nietos de los antiguos republicanos. El Emperador debia contestar al cardenal Bonnechose que acababa en el Senado de sostener ruidosa campaña en nombre de la Iglesia contra la ciencia del gobierno. Esperábase que indirectamente el jefe del Estado hubiera dirigido alguna diplomática reconvencion al príncipe de la Iglesía. Pero el Emperador fué prudentísimo y sólo dijo en muy concisas palabras, que la religion eleva el espíritu sobre los intereses materiales y que su santa causa debe unirse á los progresos modernos.

La manifestacion que ocupaba especialmente á la prensa por el mes de Agosto de 1867 era la manifestacion habida en la Sorbona. Celebrábase el certámen de premios en la Universidad. El ministro de Instruccion Pública decia en voz alta los premiados, y el príncipe Imperial les entregaba el premio. Los

jóvenes acudian todos á recibir sus diplomas. De pronto suena un nombre que recuerda una época, un nombre que recuerda la República perdida, la República llorada, la República, á cuya imágen todos vuelven los ojos como buscando en ella la libertad. El nombre es Cavaignac, el premiado es hijo del general republicano, de aquel que teniendo el poder supremo, lo entregó á Bonaparte en cuanto el pueblo lo nombró presidente de la República, y que luego recibió de Bonaparte la prision y el destierro en el dia en que Bonaparte dió el golpe de estado contra la República. En cuanto la concurrencia oyó el nombre de Cavaignac, prorumpió en una salva de aplausos. Pero el jóven se levantó, saludó, y como hijo de Cavaignac, no quiso recibir el diploma de manos del hijo de Bonaparte. Once veces le llamaron y once veces rehusó. Si hubiera podido dudar, su madre estaba allí, la viuda fiel á la memoria querida del hombre ultrajado por el Imperio; la madre, que retenia á su hijo con la mirada y con el gesto. Y como los sentimientos de familia son tan poderosos, como la imágen de una madre y de una viuda es tan santa, como el amor filial está en todos los corazones verdaderamente humanos, como el recuerdo de la República es tan vivo en Francia, sublime en medio de su decadencia, poderosa todavía porque no se ha apagado el resplandor de las ideas revolucionarias en su frente donde leemos aun los principios del derecho moderno; todos estos sentimientos y todas estas ideas arrancaron un aplauso unánime, entusiasta, universal hácia el jóven fiel á los penates del hogar y al génio de la libertad.

El gobierno expulsó de los institutos á los jóvenes que más se distinguieron y más se esforzaron en poner de relieve aquella manifestacion gravísima, de enseñanzas aterradoras, porque mostraba al príncipe heredero la generacion con que se podria encontrar si llegaba al Imperio. ¿Pero, qué sacó el Imperio con castigar tan duramente á jóvenes entusiastas? El príncipe estudiaba en uno de los Liceos; pero estudiaba nominalmente, siguiendo los cursos en su propio palacio. Optó á los premios, y obtuvo uno en matemáticas. Mas no habia hecho sus ejercicios en el aula, encerrado como los demás estudiantes, sino libre, y en su casa. El colegio entero protestó contra el premio, y la protesta debió alcanzar tal unanimidad, que el nombre del heredero del Imperio no fué proclamado en público por temor á una ruidosa manifestacion.

El problema de aliar el gobierno personal con la libertad es un problema de todo punto insoluble, porque son dos principios contradictorios y no pueden vivir sino perdiendo el uno lo que gane el otro, hasta el dia supremo en que el gobierno personal dé un nuevo golpe de estado contra la libertad, ó la libertad escriba con sangre de sus hijos en las piedras de las calles la protesta de la revolucion contra el gobierno personal.

Corria entonces un libro anónimo sobre la segunda República. El éxito de este sencillo libro, fué inmenso. Todo el mundo convenia, al evocar estos grandes recuerdos, que la República, pervertida y todo como estaba desde su orígen, explotada por los teócratas y los orleanistas, podia reformarse, podia traer la paz y la libertad con las grandes instituciones encerradas en su seno, miéntras el Imperio, concebido en las sombras, victorioso por un golpe de estado que hirió todas las leyes, traido, no por el llamamiento del pueblo, sino por las bayonetas de los soldados, no podia reformarse; y condenaba á Francia al sacrificio de pasar nuevamente entre las llamas de una revolucion.

Sí, aquel dia cayeron con la República las esperanzas de nuestra generacion, la libertad del pensamiento, los derechos de todos los pueblos oprimidos; y se abrió un nuevo horizonte cargado de guerras que se avanzaban tronando y amenazándonos con toda suerte de calamidades y catástrofes. Los Estados-Unidos de Europa, que tan fáciles serian bajo

la idea de la libertad, se alejan ahuyentados por las preocupaciones de la diplomacia y por la ambicion de los reyes. Y un movimiento de la opinion cada dia más vivo, cada dia más impetuoso, se habrá convertido en siniestra nube allá en los profundos senos de su conciencia. El descontento crecia de una madera espantosa. Y lo más formidable del caso era que ese descontento elegia la legalidad para manifestarse. Ved la virtud de los principios democráticos. En el sufragio universal estaba la mayor válvula de seguridad que tenia el Imperio. Mal organizado, mal dirigido, aplastado bajo el inmenso peso de la centralizacion política y administrativa una daba esperanza de poder despedir pacíficamente al aborrecido Imperio.

Emilio Ollivier, que excitaba al Emperador á sostenerse en el camino de la libertad, lanzaba extrañas teorías á la sazon para aliar con la libertad el Imperio. Aristóteles ha dicho que los gobiernos puros están muy cerca de perecer por exceso. El exceso de la monarquía es la tiranía. El exceso de la aristocracia la oligarquía. El exceso de la democracia la demagogia. Pues reunid los tres elementos, decia Ollivier, y llevará cada uno lo mejor. La Constitucion francesa es por el César una monarquía, por el Senado una aristocracia, por el sufragio universal una democracia. Prescindiendo de que si sumais tres elementos, no sé por qué sumando sus ventajas, no habeis tambien de sumar sus defectos; prescindiendo de que tantos elementos contrarios han por fuerza de desarrollar una guerra interior en la Constitucion; prescindiendo de todo esto, no reune Ollivier tres elementos, reune tres sofismas. El César no es monarca, sino dictador. El Senado no es aristocracia, sino burocracia. Y el sufragio universal sin descentralizacion no es la democracia, sino el envilecimiento de la democracia. Esa mixtura es la mixtura de las tres mentiras. Esa mixtura es, no la química, sino la alquimia de la política. Y en esa alquimia no encontrará Ollivier el oro que necesita para forjar una corona al heredero del César.

Pretender que sea democrática una Constitucion que deja al jefe del Estado, entre otras facultades absurdas por excesivas, la de declarar la paz ó la guerra, lo cual pone siempre á su arbitrio la vida y la hacienda de los ciudadanos; pretender que sea democrática una Constitucion que deja á ese mismo jefe del Estado el disolver cuando le parezca el Cuerpo Legislativo; pretender que sea democrática una Constitucion que comparte las facultades de la representacion nacional entre dos Cámaras de las cuales una proviene siempre de la eleccion de la Corona; pretender que sea eso una democracia, el advenimiento por la libertad y la igualdad, por el derecho y la justicia, de todos los ciudadanos á la vida pública, me parece una de esas indignas sofisterías, de las cuales se reirá la conciencia humana, que no ha perdido aún aquellos ojos espirituales con que distingue el bien del mal en la vida.

Así es que nadie hacia caso de estos sofismas y la oposicion continuaba enconándose, cada dia más exacerbada é implacable. El César habia querido poner sobre su manto de César el manto del tribuno; y el manto de tribuno iba á quemar y á consumir sus carnes entre el horror del género humano y las eternas maldiciones de la historia.

# CAPITULO LXXVII.

## ITALIA, EL ORIENTE, AUSTRIA, RUSIA, INGLATERRA, SUIZA, PRUSIA Y FRANCIA DURANTE EL VERANO Y EL OTOÑO DEL AÑO 1868.

Fué esta época decisiva en la historia del movimiento republicano. Los hechos se combinaban de suerte que debian traer por necesidad ineludible la victoria de nuevos principios, puesto que vacilaban y caian los representantes y personificadores de los antiguos. Sobre todo, el Papa mostraba cada vez más una ceguera incurable para ver con claridad la difusion de las ideas modernas por el mundo, empeñandose en vencer á lo invencible.

No hay ciudad que explique la relacion de las instituciones con las creencias como la Ciudad Eterna. La política general ha tomado en los últimos tiempos, como en los últimos tiempos de Bizancio, carácter religioso. Un partido potentísimo, que se apoya en las dos fuerzas de la sociedad antigua, en el clero y en la aristocracia, quiere á toda costa restaurar la Monarquía y la Iglesia en el estado de explendor alcanzado por ambas instituciones antes de la revolucion. Para esto no perdona medio de agitar las conciencias. Así en el fondo de toda cuestion política se encuentra una cuestion religiosa. La independencia de Méjico fué vulnerada, y la república en toda América herida por los católicos que deseaban impedir el triunfo del principio sagrado que es la base del mundo moderno, el principio de libertad de conciencia. La última victoria de Napoleon fué la victoria de Mentana pedida á gritos por los católicos de toda Europa, que deseaban impedir la coronacion de la unidad italiana en el Capitolio. La última defensa de la reaccion es una victoria religiosa. El problema de la familia civil y de la enseñanza independiente que Austria plantea con tanto valor y resuelve con tanta dificultad, es un problema religioso. La reaccion española se ceba principalmente en la Universidad, porque la reaccion española es principalmente religiosa, y la Universidad la única institucion que se mantenía independiente de la tutela eclesiástica. Esa tempestad que se forma en Oriente, esa horrible tempestad que descargará sobre Bizancio; reproduciéndose en algo catástrofes como la de Jerusalen en el siglo primero y la de Roma en el siglo quinto, es una tempestad formada

por las corrientes eléctricas que hay en las ideas religiosas de dos pueblos, los eslavos y los griegos, cuya política toma hoy la solemnidad de un Apocalipsis. Pero ¿qué más? La raza sajona, raza esencialmente práctica, raza que ha traido al mundo moderno las ideas políticas y las ideas económicas de que el mundo moderno se gloría, ha sentido que la tierra estallaba bajo sus plantas, ha visto penetrar en el seno de sus ordenadas leyes nubes de conspiradores movidos de una audacia incomprensible; y cuando ha querido examinar el orígen de esta perturbacion, ha encontrado como un reguero de pólvora bajo las piedras ciclópeas de sus instituciones, una cuestion religiosa.

Y no hay ciudad en el mundo para aprender toda la trascendencia que los problemas religiosos tienen, no la hay como la ciudad de Roma, que parece alzada para tan alto fin social en el centro de Europa, sobre las aras destrozadas de todas las antiguas religiones y sobre las espaldas de todos los antiguos dioses. Italia amó en estos últimos tiempos su independencia y su unidad con el amor infinito que ponen los pueblos meridionales en el cumplimiento de todos sus deseos, en la realizacion de todas sus ideas. Italia estaba dividida bajo el sable de varios procónsules austriacos, y se levantó una por la fuerza de su pensamiento y por el amor á su independencia. Italia estaba abandonada, casi olvidada del mundo; y se adquirió poderosos valedores por la habilidad de su política y por el prestigio sobrenatural ejercido en todos los ánimos en virtud de sus gloriosos recuerdos. Italia tenia el cuadrilátero, como una bala puesta á sus pies para que nunca se moviera, é Italia se ha arrancado el cuadrilátero, la fortaleza más formidable del mundo.

Ahora bien; ¿cómo es que Italia, á pesar de la viveza de sus deseos, y á pesar del indómito valor de Garibaldi, se habia entonces detenido ante Roma? No lo atribuyamos á causas segundas; á falta de prudencia en Garibaldi, á falta de habilidad en Rattazzi, á sobra de celos por la alianza del prusiano con Napoleon. Atribuyamos este fenómeno más bien al prestigio inmenso que, á despecho de tres siglos de filosofía y un siglo de revolucion, ejerce aún sobre la conciencia humana la autoridad del Pontífice. Nada ménos político que el empeño de ocultarnos los obstáculos de nuestra política. Nada ménos lógico que la ceguera voluntaria para mirar las sombras extendidas sobre nuestras ideas por las ideas opuestas. Para conocer bien los grandes fenómenos políticos, precisa estudiarlos, si es preciso, en el sitio mismo donde sucedan. Y la medicina social necesita de la clínica.

En cuanto llegais á Civitta-Vechia, por poco atento que os mostreis á lo que sucede en vuestro alrededor, os asaltan miles de enseñanzas que guardais para establecer vuestras observaciones como el zoólogo los varios ejemplares que le enseñan á definir un órden de séres en la escala orgánica de la vida animal. Desde lejos, las montañas cortadas escultóricamente; el cielo resplandeciente de hermosura y de incomparable nitidez; el mar azul que refleja los rayos del sol, como ciñendo á sus claras aguas una gasa de éther, ó como presentando en el planeta una nueva via láctea, pues no parece sino que las ondas chispean estrellas; las poblaciones, tendidas sobre las lejanas cordilleras como velas de cristal de roca sobre gigantescas turquesas; la inmensa cadena de castillos que se dilata por las costas y que parece una greca de almenas puesta para defender esta tierra de tantos conquistadores como han venido á violarla despues que ella conquistara al mundo; los aromas que os envian las tibias auras desde los vecinos campos; todo os anuncia que llegais á la tierra del arte, que llegais á Italia. Y cuando pensais que de estas tierras son las partículas del hierro de vuestra sangre y los átomos de vuestros huesos; que de esa tierra heredásteis las bases del derecho y las palabras capitales de la lengua; que ahí se

amasó, con sudor de todas las razas, la unidad material del género humano por el Imperio, y ahí se fundó con ideas de todas las filosofías la unidad religiosa del mundo moderno por el catolicismo, y ahí se despertaron todas las artes por la evocacion de incomparables génios para formar la corona de inspiraciones y de resplandores ceñida á las edades modernas, un sentimiento indefinible os sobrecoge, semejante al que debió sobrecoger á los cruzados cuando por vez primera descubrieron Jerusalen, la cuna y el sepulcro de su Dios, entre los espegismos del desierto. Yo confieso que una emocion inexplicable se habia apoderado de mí, y que una mezcla de asombro y de sentimiento religioso se unia en mi alma conmovida á la vista de aquellas costas, como si fuera un sueño magnético mi proximidad á esa Italia que tanto habia deseado ver toda mi vida.

Pero inmediatamente que desembarcais, veis la imposibilidad absoluta de que subsista aquel Estado pontificio inmóvil en medio del movimiento y del oleaje de las ideas. Subsistiria el Papa, ese jefe de la teocracia, en su serenidad absoluta, si estuviera circuido, como las pirámides hieráticas de Egipto, por las arenas del desierto. Pero cuando tantas ideas y tan grandes se encrespan tumultuosamente en torno suyo, el Papa no puede continuar ejerciendo un poder temporal que necesita para vivir, negar todos los principios humanos, todas las ideas científicas, y contrastar y detener el movimiento de la civilizacion moderna. En cuanto veis á Roma pontificia, os persuadís de que allí no puede entrar el rayo de la luz del dia sin convertirse en el rayo de tempestad formidable. Es una de esas antiguas cúspides, medio alzadas en su gran quebrantamiento, sobre ruinas, y que atraen la tempestad con fuerza invencible. Legiones de aduaneros para impedir el libre-cambio de los humanos productos; legiones de censores para impedir la libre difusion de las humanas ideas; un ejército reclutado en todas partes, pequeña Babel nómada, donde se confunden, como todas las lenguas, todas las supersticiones; los monges de rodillas melancólicamente sobre las ruinas como las hortigas ó la cicuta; el colegio de cardenales, aristocracia religiosa con el orgullo y sin la fuerza de los antiguos senadores romanos; el silencio del pensamiento interrumpido sólo por los pasos de los peregrinos que andan estáticos en torno de una tumba; el Papa-rey, sentado en su trono que quiere competir con el trono de Dios; infalible, inefable, sacratísimo, Papa cuasi-divino, persona nuevamente añadida á la Santísima Trinidad, con la creencia íntima de que su palabra es la palabra del cielo; especie de tirano, César y Pontífice, como sólo se encuentran en sombra, en recuerdo, en imágen allá entre los fragmentos destrozados de los templos y de los palacios del Asia.

Por eso todo el mundo creia en Italia á la sazon que el poder temporal de los Papas no podia durar, no podia subsistir sino lo que durase, lo que subsistiese la paz, y que al primer sonido de la guerra, al primer rompimiento, sacando Napoleon de allí sus tropas, no habia más remedio que una desaparicion completa, un completo desvanecimiento de esa sombra de la Edad Media.

Hallé, pues, muy viva entonces la preocupacion por la guerra en Italia. Contábanme que el dia antes de su partida para Génova, tuvo el Príncipe heredero de Prusia en Florencia una entrevista con Rattazzi, el cual, como sabeis, habia caido del poder por sus simpatías á favor de prontas soluciones en la cuestion romana. El príncipe le alabó mucho llegando á compararle con Bismark, en lo cual anduvo un tanto exagerado. La habilidad política de los conservadores italianos quedó enterrada toda entera en el sepulcro de Cavour. El príncipe dijo que Prusia é Italia son dos aliadas naturales, idea muy racional. Pero que Italia se habia equivocado poniendo la capital en Florencia cuando debia haber elegido á Nápoles antes de conseguir á Roma, llegando

á ser así lo más necesario para fortificar la union de los dos pueblos, una grande potencia marítima. De todos modos, el príncipe habló de las contingencias del porvenir, asegurando que esperaba entonces encontrar á Rattazzi en el poder para coronar la obra tan felizmente comenzada, la obra de la unidad italiana. Esta conversacion, muy difundida en Italia, era una última flecha arrojada al corazon de Bonaparte.

Lo cierto es, que el Príncipe Napoleon, cuya habilidad diplomática he oido encarecer tantas veces á Emilio Girardin, no estuvo muy feliz ni en sus negociaciones con Prusia ni en sus negociaciones con Italia. Llevó por principal fin á Prusia comprometerla en una alianza anti-rusa y no lo consiguió. Llevaba por principal fin á Italia arreglar un *modus vivendi* en la cuestion romana, y tampoco lo consiguió. Víctor Manuel se negó explícitamente á todo trato que pudiera implicar un reconocimiento del poder temporal y una renuncia á la capitalidad en Roma. Contábase entonces ya, á principios de Mayo, cerca de treinta dias de fiestas en Italia con motivo del casamiento del príncipe heredero, y no llevaban traza de concluirse ni en otro mes. Comenzaron las de Turin, siguieron las de Florencia, vinieron despues las de Génova, y á fin de Mayo tocaba el turno á Nápoles, y luego á Venecia y á Milan. Ví el célebre torneo de Florencia y puedo decir que, á pesar de mi repugnancia á las fiestas reales y á las resurrecciones de la Edad Media, salí encantado. Sólo en Italia pueden darse estos espectáculos sin correr el peligro de que se conviertan en ridículos. Sólo en esa tierra donde el arte es casi un sacerdocio, hay gusto bastante para realzar con la belleza de la forma la puerilidad del fondo de estos espectáculos. Pero era de ver aquella gradería elíptica henchida por más de treinta mil espectadores; aquellas grecas de seda celeste rematadas por escudos rojos que coronaban todo el recinto; la expléndida decoracion de los árboles, y la más expléndida de las lejanas montañas envueltas en los vapores de la tarde, y la explendidísima del cielo tachonado de nubes enrojecidas por los rayos del sol poniente; y junto á tales encantos los inexplicables de aquel bellísimo coro de damas capaces de resucitar con el aroma de su aliento la muerta caballería, y con la luz de sus ojos las olvidadas justas y córtes de amor de otros tiempos; y en aquel momento de rápido remedo de pasados dias excitando con su mirar á los caballeros, que ya vestidos de rojo y negro con el Toison de oro al pecho, ya de seda amarilla y terciopelo morado dejando caer sobre la espalda blanca pluma á guisa de nobles aragoneses; ya de azul y blanco; ya de otros varios trajes recamados de oro, formaban cabalgando en hermosísimos corceles de bellísima estampa y rápido andar, vistosos pelotones, precedidos por sus portas-estandartes, acompañados por sus pajes, seguidos por los universales aplausos, las entusiastas exclamaciones, los ecos de los clarines y las armonías de las músicas; mientras al impulso de sus lanzas y de sus estoques, unas y otros esgrimidos en alegres juegos, se llenaban los aires de palomas y la tierra de ramos, formando todo aquel conjunto un cuadro que sólo seria posible pintar al que reuniera á los calientes toques de Claudio de Lorena, y á las atmósferas luminosas de Bartolomé Murillo, las figuras del Ticiano vestidas de infinitos colores por Pablo Veronés. Sin embargo, haced aquello mismo en otra tierra, bajo otro cielo, y resultará ridículo.

Algunas observaciones personales pude hacer en aquellas fiestas. Lo hecho en Italia es poco si desde nuestro punto de vista radical se mira; lo hecho en Italia es mucho si se mira desde el punto de vista de la aristocracia y de los destronados príncipes que no dejan de tener y guardar recuerdos en sus antiguos estados. El pueblo está por la unidad. El pueblo comprende tarde una idea; pero cuando ya la ha comprendido, tiene mucho corazon para amarla y mucha sangre para defenderla.

Yo he visto al lazaroni de Nápoles grabar el busto de Garibaldi en la ardiente lava del Vesubio. Yo he oido á los pescadores del sublime é inolvidable golfo de Bayas; yo les he oido hacer votos al cielo, que convidaba á orar, por la unidad de Italia y por la capitalidad de Roma. Pero yo no creí que la aristocracia italiana fuese adicta á una monarquía nacida de un plebiscito. La he visto, sin embargo, rodear la casa de Saboya en todas estas fiestas con una adhesion, que me prueba cuán universalmente es amada ya en Italia la idea sagrada de la independencia de la pátria. Algun más talento político ha mostrado siempre la aristocracia italiana, que muestra la aristocracia polaca agradeciendo por boca de Czartorisky las concesiones de Austria. Cuando la herida es tan profunda como la herida de Polonia, no hay más que esta alternativa: ó la resurreccion á la libertad ó el silencio de la muerte.

¡Qué maravillosa nacion! La fantasía abulta siempre los objetos con los resplandores de sus creaciones; el corazon con los espegismos de sus deseos. Pues bien; la realidad ha excedido á la imaginacion y al deseo. No podeis figuraros lo que es Italia, con sus severos monumentos, con sus legiones de estátuas que realizan la belleza material en todo su esplendor, con esos cuadros de los cuales se destacan coros de figuras tan ideales como los ensueños de la poesía; con sus recuerdos que dilatan la vida por los pasados tiempos; con sus flores que os embriagan los sentidos y sus cantares que os embriagan el alma; con sus ruinas y sus esperanzas; con la ancianidad respetable de sus destrozadas columnas, de sus caidos arcos, de sus despedazados anfiteatros y la juventud eterna de su raza consagrada como la raza griega á cultivar las artes y á hermosear los dias de la humanidad; con las estrellas de sus claros cielos y los ojos que centellean bajo las largas y negras pestañas de sus mujeres, las cuales parecen nacidas como las musas, con la miel de la inspiracion en esos sus rosados lábios, donde tomó Petrarca la singular dulzura de sus versos y Rafael la inmortal sonrisa de sus vírgenes.

Prescindiendo del objeto á que estaban consagradas, casi era imposible resistir á la tentacion de admirar en las fiestas tanto gusto, tanta elegancia, la sencillez severa unida á la riqueza, las decoraciones de las calles que se elevan á la region del arte, la magnificencia de los monumentos, sólidos como fortalezas, y cincelados como joyas. La noche de la iluminacion de Florencia creí soñar. Era necesario verlo todo; el cielo azul, las estrellas que centelleaban; la luna creciente en el horizonte esparciendo por las alturas una gasa de plata; las colinas cercanas, cuya vegetacion se dibujaba en sombras dulces é inciertas como el crepúsculo; los edificios cuajados de guirnaldas de luces tomando una forma aérea; las altas torres, de tal manera iluminadas, que parecian de trasparente ámbar; las líneas de fuego, enroscándose como fantásticas serpientes en las líneas de la arquitectura; las dos orillas del Arno, cuajadas de millones de luminarias, cuyos caprichosos dibujos repetian, duplicaban las aguas, que se semejaban á un rio de luz, la via láctea caida sobre la tierra, y rodeáda de monumentos de cristal, de castillos labrados en piedras preciosas, segun resplandecian con todos los cambiantes del íris, con todas las chispas de las refracciones diamantinas; en tanto que las barcas, como fantásticas sombras que llevávan una estrella celeste en la frente, se deslizaban sobre las aguas, llenando con los acordes de varias músicas aquellos espacios, que parecian pertenecer á otro planeta, donde pudieran realizarse fácilmente por mágicas artes ó por manos de misteriosas hadas, los más bellos ensueños de los poetas. Ignoro si el porvenir corresponderá á las esperanzas que aquella noche manifestaban los italianos. Un secreto presentimiento me decia que aquellos festejados príncipes acaso no se asentarán en el trono de Italia.

Pero prescindiendo de esto, que me llevaria muy lejos, no sé por qué los italianos han de haber tenido tan consumada ciencia para ser independientes, y despues de haber logrado este gran bien, tengan hoy tan poca para gobernarse á sí mismos. No os podeis imaginar lo perdida que está su Administracion, lo desbaratada que está su Hacienda. No podeis imaginar la rapidez con que se precipita su política por el camino de la resistencia, sembrado de reacciones y de revoluciones. Pero sobre todo, el mal mayor de Italia es el estado de su Tesoro. Yo sé bien que un pueblo tan privilegiado para las artes ha de carecer de ciertas aptitudes necesarias para la Administracion. Pero no olviden los italianos que, así como la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago, la salud de toda la nacion se fragua en las oficinas de la Hacienda. El estado de la política y de la Hacienda engendraba profundísimo descontento que se manifestaba en motines, en conjuraciones, en amenazadoras proclamas, en sociedades secretas, á las cuales se halla de antiguo habituado el italiano como todo pueblo que ha padecido larga servidumbre. Se ha pedido á Italia el sacrificio de sus glorias municipales sin haberle dado en cambio por entonces la unidad nacional, ni la anhelada independencia. Su frontera de los Alpes se hallaba abierta todavía al austriaco; las rivalidades entre las regiones meridionales y las regiones del Norte, vivas por la falta de una capital que las apagase; Roma con su rey-pontífice en medio de todas estas provincias dislocadas, conservando el pabellon extranjero como la marca inextinguible de la servidumbre italiana, y trayendo, bajo sus enseñas cosmopolitas y anti-nacionales, una turba de condottieros de todos los pueblos, estipendiados por las cofradías, diversos de pátria, de lengua, de carácter; pero dispuestos á lanzarse voraces sobre su presa, sobre la libertad, al primer anuncio de que vacila en sus mal ajustadas bases la reciente nacionalidad italiana. La situacion era por extremo angustiosa. El Imperio francés, que proclamó la teoría de las grandes aglomeraciones de razas, la abandonaba por completo, despertando las esperanzas de los reaccionarios borbónicos. La imposibilidad de entrar en Roma atormentaba ese pueblo italiano, á quien nada le parece difícil despues de los milagros con que ha obtenido la anexion de tantos de sus Estados perdidos bajo el yugo extranjero. Menabrea pedia la evacuacion de Roma, y Napoleon no se dignaba ni siquiera contestarle, porque Roma era el secreto de una combinacion táctica y el talisman de una alianza. La córte de Roma, en cambio, consagraba todo el dinero que le enviaban los reaccionarios del orbe á conspirar contra las libertades italianas y á mantener viva la agitacion moral por medio de sus agentes. Las señales de afecto con que el infante de Nápoles y la infanta de España, dos Borbones, fueron recibidos en la córte de Francia, sobreexcitaba las esperanzas de los borbónicos y de los clericales. Habia quien veia una inteligencia entre París y Madrid para restaurar los Borbones en Nápoles y guarnecer con un ejército español Roma. La desesperacion era tan grande hasta por parte de los conservadores, que se pensaba en seguir el consejo prusiano, en trasladar definitivamente la capital á Nápoles, con lo cual, sin resolver ninguno de los inconvenientes actuales, se podian obtener dos resultados negativos: descontento y desesperacion de los liberales al ver esa expresa renuncia á la capitalidad en Roma, y disgusto profundísimo de las provincias del Norte, que son las más vigorosas y las más adictas á la causa de la unidad italiana.

La córte de Roma no veia que por el áspero camino de la intransigencia, por el ódio inveterado á las reformas democráticas, por el empeño en reunir todos los aventureros del mundo bajo sus banderas de sombras, por su intolerancia en este siglo de tolerancia, por su tiranía en éste siglo de libertad, por su ene-

miga á la independencia de los pueblos en este siglo de la resurreccion de las nacionalidades, por todos sus errores, sin poder salvar el corto terruño que se estremecia bajo sus plantas, como tierra atravesada y sacudida por el terremoto, comprometia gravemente el sagrado depósito de sus creencias religiosas.

Pero es inútil raciocinar cuando se trata de poderes á quienes la tradicion ha cegado. La córte de Roma no olvida sus principios. El criterio que la ilumina es el criterio utilitario, y el fin supremo que busca es el propio interés. Aplaudia la maravillosa campaña de Gladstone á favor de la libertad religiosa de Irlanda, porque en Irlanda era la Iglesia católica la oprimida; pero condenaba fuertemente la maravillosa campaña legislativa de Beust en Austria, porque en Austria era la Iglesia católica la opresora. La censura á las nuevas reformas austriacas fué tan acerba en una entrevista de Antonelli con el embajador, que éste llegó á pedir su relevo. El cardenal le dijo con la biliosa amargura propia de su carácter, cuya dureza se retrata en su semblante verdoso y airado, que no debia esperar concesion alguna de Roma un Imperio capaz de votar las leyes inmorales sobre el matrimonio civil votadas últimamente por Austria. Todos los medios de conciliacion se agotaron, y todas las transacciones se rompieron. Sin embargo, el emperador rogó á Beust que le permitiera designar un ministro en Roma, aceptable al Papa por su piedad y dispuesto á reconciliar la Iglesia con el Imperio por su lealtal al emperador. El baron Beysenbug fué el embajador electo. Inútil, completamente inútil. Los poderes, que se imaginan poseedores de la verdad absoluta, de esa verdad que contiene á todas las verdades como el espacio á todos los mundos, no pueden ceder ni en pequeñas minuciosidades que desdigan de su alta soberanía y de su completa infalibilidad. Quien no discute porque no puede engañarse, no se convence porque se desmentiria á sí mismo. Por consecuencia, no habia para el emperador de Austria más remedio que romper con la reforma ó romper con el Papa. Los periódicos oficiales del Imperio austriaco esperaban una solucion de paz y de armonía. Pero añadian que el nuevo embajador no saldria sino despues de haberse sancionado las últimas leyes. Y yo aseguraba que corria un gran peligro de no ser recibido. Una de las razones que movian á los periódicos oficiales en su cándida seguridad, se apoyaba en las ideas del nuevo representante austriaco. Y casualmente estas ideas son otra de las razones que yo tenia para fundar mi juicio contrario á las esperanzas austriacas. Beysenbug pertenecia al partido católico liberal. Y este partido es uno de los más detestados en Roma. La mayor parte de aquellos célebres cánones del *Syllabus*, resúmen de las ideas políticas, religiosas y morales de la curia romana, estaban escritos contra los católicos consagrados á predicar la reconciliacion del catolicismo con la libertad. Por consiguiente, si el embajador de Austria pensaba prevalecer en Roma por sus relaciones ó puntos de semejanza con Montalembert, se engañaba tristemente. Fué considerado, en efecto, como un hereje.

Espanta comprender el número de dificultades que habia de vencer Austria para cumplir su programa liberal y deslumbrar los ojos de Alemania con los resplandores de la libertad. Así es que le corria mucha prisa de comprometer en una guerra á toda Europa antes de verse forzada á llegar hasta el fin último en este drama de libertad á medias que representaba á la sazon en el mundo. Su política tenia muchos precedentes, muchos ejemplos en esa misma Alemania. Cuando los reyes germánicos no pudieron vencer á Napoleon el Grande con las armas, trataron de vencerlo con las ideas, y como no las hay que tengan la virtud de las ideas liberales, prometieron constituciones á sus pueblos. Pero vencido Napoleon, olvidaron todas sus promesas. Si mañana el Austria venciera á Prusia, volveria á recojer instantáneamente en el campo de batalla

donde se proclamaria su victoria, el férreo cetro del despotismo. Por eso Prusia no debe contentarse con representar la unidad de Alemania; es necesario que tambien represente la libertad en el mundo, la libertad, esa eterna pátria de las almas, esa unidad suprema de la naturaleza humana, el mayor bien de los pueblos, el sello augusto de la dignidad de los hombres, y Bismark, que no vacila en la política unitaria, vacila y retrocede en la política liberal. Tal vez imagina falsamente necesaria, indispensable, una dictadura para conducir la Alemania á sus destinos históricos. Pero yo creo que no hay virtud en ningun poder para realizar las grandes ideas como lo hay en la libertad. Los pueblos del mundo se echaron en brazos de Francia cuando Francia representaba el triunfo de la democracia. Y esos mismos pueblos se volvieron todos contra Francia, cuando Francia representó la dictadura de Napoleon. Víctor Manuel no ha realizado la unidad de Italia, sino esparciendo en sus marmóreos sepulcros donde parecia enterrada el alma italiana, ese soplo de libertad que como la palabra de Cristo resucita á los muertos. Los Estados-Unidos han fundado y han mantenido la más poderosa confederacion republicana conocida en la historia por el poder de la libertad. Y no solamente es de justicia esta idea, sino tambien de interés. Si Alemania ha de constituir un imperio formidable, militar, reunido bajo el sable y donde no haya espacio para un derecho, ni voz para la libertad, vale más que continúe en su presente fraccionamiento. De esta suerte se conseguirá al ménos que un enemigo de la libertad sea impotente para combatirla. Pero la unidad de la raza germánica, de esta raza esencialmente individualista, que á costa de tantas catástrofes, de tantos incendios, de tantas matanzas, de la pérdida de tantos monumentos y de un retroceso tristísimo en las artes, vino á libertar al mundo moderno del cesarismo romano; la unidad de esta raza que guarda aun el recuerdo de sus campos de Mayo y de sus tumultuosas Asambleas, no puede conseguirse sino por la libertad, y la libertad no puede fundarse sino en la descentralizacion. No se deje, pües, Bismark aventajar por el Austria, lo cual seria una gran ignominia para su nombre y una gran desgracia para los defensores de la unidad alemana.

En verdad no era únicamente esta cuestion la que entonces agitaba al mundo; las dos graves cuestiones de Oriente y de Rusia, tenian tambien embargados los ánimos. Pavorosa cuestion esta de Oriente. Si ponemos nuestras simpatías de parte de los pueblos cristianos, servimos los intereses del Imperio ruso, el bárbaro degollador de Polonia, que últimamente habia llevado su crueldad hasta borrar el nombre de tan heróica nacion y forzar á sus hijos á olvidar lo más querido, lo más natural, lo más sagrado, la propia habla, la lengua nacional, en cuyos acentos creeis oir la voz de una raza martirizada, pero no vencida, capaz aun de mayores sufrimientos pero tambien de indómitas esperanzas y de resoluciones heróicas. Mas si ponemos nuestras simpatías de parte del *Statu quo* mantenido por Francia é Inglaterra, apoyamos un sultan imbécil, una teocracia decadente, el fatalismo dogmático, algo parecido al poder temporal de los Papas, algo que oprime y hechiza tristemente á una de las razas por cierto más ilustres que han habitado la tierra.

El Imperio turco acababa de hablar invocando los principios del derecho moderno para todos los ciudadanos, y la tolerancia universal para todos los cultos. Estas tribunicias palabras en boca de un Sultan, conmovieron profundamente á Europa. Es frecuente el suicidio de los indivíduos; pero no conozco en la historia el suicidio de las instituciones. En esos séres sociales hay tal vigor de vida y tal fuerza de organismo, que atraviesan muchos siglos y sobreviven á muchas ruinas. Si el Sultan de buena fé invocaba esos principios,

hé ahí antigua instituçion que desmentia una ley social, y se suicidaba. Pero averiguamos que el Sultan habia pronunciado dos discursos; uno en francés para Europa, y otro en árabe para sus vasallos. Como es natural, no se presta el árabe, lengua semítica, un poco rígida como sometida al régimen triliteral, no se presta el árabe al lenguaje político, á los giros flexibles y civilizados del francés. El árabe que puede decir de mil maneras la palabra camello, acaso no tenga una manera propia de expresar nuestras reformas políticas. Por eso no me extrañaria que fuese muy tolerante el discurso francés y muy intolerante el discurso árabe. Cuestion de gramática. Catalina de Rusia escribia manifiestos filosóficos: «para engañar á Europa.»

Al lado de Turquía y aspirando á heredarla está Grecia, esa patria del genio descendida al grado último de miseria. La diplomacia ha puesto una monarquía constitucional en la República de Arístides, y prueba muy mal esa planta exótica en la tierra madre de la democracia universal. Grecia se encontraba muy preocupada con la idea de admitir á los fuertes candiotas como diputados en su Parlamento. Todo indicaba que una diferencia de Grecia y Turquía podia traer á la superficie la cuestion de Oriente, es decir, la guerra. Pero no habia solamente esta dificultad. Los Principados que se encontraban entre el Imperio turco y las potencias cristianas del Norte, aumentaban las probabilidades de grandes conflictos. Un ilustre escritor los ha comparado á bajos relieves antiguos perdidos en las orillas del Danubio. Yo las compararia á botellas de Leyden cargadas por la máquina eléctrica. No podeis acercar un dedo sin que despidan una chispa. Interiormente el príncipe Cárlos no superaba en Rumania las dificultades que le suscitaba la cuestion de los judíos; y el príncipe Miguel se peleaba en Montenegro con su Parlamento y con el Sultan; con el primero por la lista civil y con el segundo por construcciones militares en la frontera. Todos sus vecinos ó sus afines tienen pretensiones sobre esos pobres Estados. Grecia los invita á una confederacion; Turquía los reivindica como parte de su Imperio; Austria los considera como su herencia; y Rusia los proteje como miembros de la familia eslava. Cada una de estas diversas pretensiones significa un semillero de guerras. La Bosnia y la Herzegovina, provincias turcas cercanas á esos Estados, amenazan constantemente con una revolucion. Y la Rusia tiende sobre todos su manto protector.

Pero no solamente provienen de aquí las dificultades inmensas de Oriente; provienen tambien de Bohemia. Esta antigua nacionalidad forma una provincia del Austria. Pero en el fondo de su memoria hay un recuerdo de su independencia, y en el fondo de su corazon hay una aspiracion á renovarla. Naturalmente, Rusia sostenia que estos son tambien eslavos y los amparaba secretamente con su reconocida habilidad. En cambio el Austria molestaba á Rusia en Polonia. La autonomia concedida por el Austria á Galitzia, su parte en el despojo de Polonia, era un ejemplo que invitaba á los polacos siempre deseosos de su independencia, á reclamar la autonomía de su opresora, la Rusia. El Imperio ruso contestaba á estas pretensiones confiscando las propiedades de los patriotas y suprimiendo hasta el nombre de Polonia.

Y sin embargo, hay en los rusos ilustrados vivísimos arrebatos de orgullo en que anuncian un porvenir de libertad y de federacion para su pátria, parecido al presente de los Estados-Unidos. La facilidad con que han emancipado sus siervos, y la felicidad con que han sabido unir la propiedad en comun de la tierra á la independencia individual, les parece la obra capitalísima de la civilizacion moderna. Dicen que el cosaco, libre, acostumbrado á la vida de la naturaleza, se eleva sobre los hombres de Occidente, como el antiguo germano sobre los menudos hombres de la Roma imperial. Dicen que las diferen-

cias religiosas, tan vivas, tan ricas, tan poderosas, á pesar de la autocracia del Emperador y del poder de la Iglesia, prueban la variedad del pensamiento ruso que en lo porvenir sobrepujará al pensamiento aleman. Presentan con orgullo su régimen municipal de una antigüedad muy respetable, y sus repúblicas históricas de una libertad muy firme. Hay allí el combate de estos elementos con la monarquía como en Francia y en España. Ivan III y IV, el Grande y el Terrible, son como el Pedro Cruel de Rusia, como el Fernando V, como el Luis XI; son fundadores del Imperio y de la unidad. Nowgerod, refugio de la democracia cosaca, es destruido por la monarquía moscovita. Pero esa democracia subsiste y sueña con la república, y aspira á fundar los derechos individuales, y á constituir en el norte de Europa un Estado tan fuerte y tan libre como el Estado que los descendientes de los puritanos han constituido en el norte de América. Desde hace mucho tiempo forman los republicanos una grande sociedad secreta. Alejandro I, queriendo dar una idea al príncipe Volkousky de la importancia de esa sociedad decia: «No sabes lo que son esas gentes, han alimentado, durante el hambre, distritos enteros del gobierno de Esmolenko.» Pues bien, este partido es cada dia más poderoso en Rusia. La libertad se extenderá sobre el espíritu como el aire y la luz sobre el planeta.

Por eso en Rusia se daba inmensa latitud y perfecta organizacion al espionaje que mantenia arriba una monarquía en el despotismo, y abajo un pueblo en la opresion contra la doble corriente de las ideas y de los hechos que marcha impetuosa hácia la libertad. En nuestros paises occidentales el espionaje es uno de los oficios más viles y más abominados. Un espía queda materialmente fuera de la sociedad como un verdugo. Nadie le tiende la mano. Su sombra mata, su compañía deshonra. Y esto es natural, porque un espía es un traidor, y un traidor es más perverso que un asesino claro y franco. Pero el despotismo no puede dominar sin subvertir todas las leyes morales, sin corromper todos los caractéres, sin nublar todas las conciencias, porque el despotismo es el mal, engendrando perdurable progénie de males. Y por consecuencia uno de los mayores empeños del despotismo es rehabilitar el espionaje, convertir el espía en magistrado y en sacerdote. Publicábase en Ginebra una *Revista* política redactada por republicanos rusos. Su objeto era despertar el sentimiento de libertad en las razas del Norte y denunciar al mundo así los crímenes de los autócratas, como su impotencia para impedir el progreso de Rusia hácia la libertad. El poder de este periódico era grande. Sobre las legiones de soldados, de esbirros, de cortesanos que rodeaban al Czar, recluido allá en su inmenso palacio como un déspota oriental, rey, juez, pontífice, semi-dios, pasa el periódico, instalándose ya en los árboles del jardin, ya en las columnas del patio, y algunas veces hasta en las sábanas del lecho imperial. En vano se destituian empleados, en vano se celaban mútuamente desde los chambelanes hasta los barrenderos; á la hora prefijada en un dia de la semana, el periódidico entraba, como si lo llevase algun espectro vengador salido de las regiones de sombras donde habitan los remordimientos para castigo de los criminales.

El Czar quiso saber de qué medio se valia el redactor de la *Revista* para arrojarla hasta en sus manos. Nubes de esbirros, de espías, de cortesanos, corrieron desde las orillas del Neva á las orillas del Leman. Vano empeño. Nada averiguaban. Por fin se logró ganar un jóven literato, republicano, amigo de los redactores de la *Revista*; y fué enviado á Ginebra. Ya allí, extremó sus ideas avanzadas, su horror al despotismo, su entusiasmo por el único castigo que tenian los crímenes de los tiranos, por la *Revista*, por la campana que despertaba á los vivos resonando en su calabozo, y vengaba á los muertos, despidiendo remordimientos sobre el Czar.

Los redactores de la *Revista* le dieron un gran banquete. Cuando estaban en los bríndis, se habló, como era natural, del periódico, á cuya prosperidad consagraron muchos entusiastas recuerdos. El jóven espía cogió la ocasion por los cabellos. Los vapores de un banquete arrastran á la espansion. El vino es siempre locuaz y hasta garrulo. A través de las copas el mundo aparece de color de rosa. «Lo más admirable, dijo, es ver lle- »gar el periódico á las manos del Czar. ¿Cómo »os componeis? ¿De quién os servís?» El director de la *Revista*, levantándose, dijo: «Ese es »mi secreto. Y lo guardo porque hay muchos »espías.»—«¡Espías! replicó el jóven sin des- »concertarse. Pero aquí, en la soledad de nues- »tra casa, en la misma redaccion, en Gine- »bra, á tan larga distancia.... ni que fueran »brujos.»—«¿Quiéres conocer uno que acaba »de llegar?»—«Con mucho gusto.»—«Pues »mira su retrato,» y arrojó sobre la mesa, en medio de la comida, el retrato de su interlocutor en una tarjeta de fotografía. «Yo, yo, yo....» murmuró el criminal cubriéndose el rostro con las manos.—«Sí, tú, tú, y ahora »mira el retrato de otro espía enviado para expiarte.»—El jóven se levantó de la mesa, tomó la puerta, y no paró hasta San Petersburgo.

Y sin embargo, el despotismo, ese gran verdugo de la conciencia humana, ha logrado inspirar hasta gusto por el espionaje. Los periódicos lo ejercen al aire libre, á la luz del dia. Todo el mundo sabe que en el gran despojo de provincias, de reinos, de nacionalidades, propiedad de la Santa Rusia, hay varios territorios alemanes, por la geografía, por la historia, por la raza que los puebla y por la lengua que esta raza habla. Dos sábios, uno de las provincias alemanas independientes, Treschke, y otro de las provincias alemanas sometidas á Rusia, Eckardt, disputan en la region de las teorías sobre el porvenir de su pátria. *El Golos*, periódico de Moscow, los sigue, los expía, descubre en el aleman rusificado el crímen del patriotismo, el amor á su raza, y lo denuncia como un perjuro, olvidado de que el propietario implacable, eterno de su pátria y de su alma está en San Petersburgo, y es el Czar. ¿Cuánto se tardará, pregunta el periódico, en castigar al rebelde? Esto es verdaderamente asqueroso.

Un sacerdote protestante llega á la segunda capital rusa y pide permiso para predicar un sermon. No hay edificio bastante capaz á contener la muchedumbre que acude á recoger su palabra. Van á la plaza. El sacerdote les habla del Dios protestante, de su providencia, de su gracia eficaz, de la salvacion por el sacrificio, de Cristo en la cima del Calvario, de los demonios de Milton, de los ángeles de Klopstek; y despues de haberle oido, la multitud desfila serena, cada protestante con su Biblia bajo el brazo, y con el Coral de Lutero en los lábios, perdido en los sueños de su vago misticismo, y alentado por las promesas de la redencion. Pero un cristiano griego de Bohemia se constituye en delator público, y dice que deben ser castigados cura y auditorio, porque en Viena no se consentiria un sermon griego, y en Rusia solo deben hablar sacerdotes ungidos con el óleo ruso. Vista tal demanda de delacion, no extrañareis ahora que se hayan publicado unas memorias sobre la última guerra de Polonia, memorias á cuya cabeza pone el aûtor su propio nombre, y como una ilustracion á este nombre, el título de espía imperial.

Pero es inútil tanto lujo de despotismo. El ogro que se asienta en el trono de Rusia; ese dueño de cien millones de hombres embrutecidos á sus pies como un ganado; ese pontífice de otros tantos millones de almas á quienes cree negar ó conceder á su arbitrio el cielo; ese conquistador que mientras esclaviza razas célebres del Asia por las orillas del rio Amor, sueña con extenderse hasta las orillas del Bósforo; ese déspota que quiere ser un patriarca como Abraham y es un infame como Sardanápalo; ébrio de sangre polaca, acosado

en su nube de incienso por los remordimientos como un cadáver por los cuervos; podrá tocar con una mano en el Mediterráneo y con otra mano en el polo; podrá extender su corona cesárea como una sangrienta aurora boreal por todo el Norte; podrá calentar sus piés en las entrañas humeantes de pueblos degollados sobre nefastos altares; pero no podrá impedir que los polacos conspiren y se preparen á una nueva revolucion; que los alemanes sueñen con reincorporarse á su antigua pátria; que los montañeses del Cáucaso afilen sus armas en las piedras teñidas con la sangre de sus progenitores; que las sombras de los mártires de Siberia se alcen á imbuir la libertad en los habitantes de Rusia; que los campesinos aprendan á ser libres despues de haber dejado en el terruño sus cadenas; que las varias sectas esparramadas hoy, reclamen mañana la propiedad inviolable de su conciencia y la profesion pública de sus ideas; y no pudiendo impedir todo esto, mantendrá en sorda agitacion á Rusia hasta que llegue el dia verdaderamente deseado de todos, el dia de la libertad, que será tambien el dia de la justicia.

Volvamos los ojos á Inglaterra, donde se discutia por 1868 el humano principio de la libertad religiosa con motivo de la gran reforma de la supresion completa de la Iglesia anglicana en Irlanda.

Llamaba vivamente la atencion el debate empeñado en la Cámara de los Comunes sobre este tema. La verdad es que no puede continuar este monstruoso consorcio del Estado y la Iglesia sin que el poder se resienta y se resienta el derecho. Obligar á los católicos á pagar una Iglesia protestante es una grande injusticia. En esto, como en todo, la aristocracia inglesa tiene que entrar, tarde ó temprano, en los principios de la democracia moderna. La coaccion de los Estados se ha roto contra la inflexibilidad de la conciencia. La raza europea ha rechazado el islamismo que quisieron imponerle tantos conquistadores. Y la raza árabe admite el yugo civil de los cristianos, aunque con disgusto, pero no les deja llegar hasta el Dios de su espíritu. ¿Por qué la raza anglo-sajona ha de imponer á la raza céltica nna religion que esta raza rechaza? Yo creo que en la separacion de la Iglesia y del Estado hay grandes tesoros morales para el mundo. De este gran principio han sacado los Estados-Unidos su fuerza. Méjico, que lo ha promulgado, ha podido salvarse de una horrible conjuracion clerical y de un atroz Imperio extranjero. El principio de la separacion entre la Iglesia y el Estado es sin duda hasta la base de un nuevo derecho internacional de los pueblos; derecho que acelera el pacto federal de los continentes despues del pacto federal de las naciones. Notad cuán impotentes han sido todos los poderes del mundo para matar la variedad religiosa. A pesar de sus esfuerzos esta variedad subsiste.

Yo lo he dicho en otra ocasion. «La unidad religiosa no se ha conseguido todavía en la tierra. Aún los dioses índicos murmuran en las orillas del Ganges, y el carro de Brahama rompe con sus ruedas las cabezas de los devotos; aún se levanta, en los templos de la China, la diosa en cuyas tetas cree la vulgar preocupacion que se amamanta la naturaleza; aún suena el atambor mágico en las llanuras de Tartaria, y vuelan como murciélagos las brujas que, para ir á Roma, evocaba Atila; aún el negro del interior de África inmola al espíritu de sus padres, cuyos lamentos cree oir en el simoun, víctimas humanas; aún quizá el abisinio deletrea, como un libro sagrado, los geroglíficos que encuentra en las ruinas cubiertas de arena; aún desde la helada Laponia, hasta las selvas de los trópicos, se extienden mil religiones; y en la misma Europa se levantan, por todas partes, las sinagogas, donde los judíos aguardan al Mesías; en las orillas del Guadalquivir y del Rhin, las dos grandes catedrales góticas, que representan en sus agudas agujas la aspiracion de la

Edad Media á lo infinito; en el Bósforo, sobre la Santa Sofía de Constantino, la media luna y las inscripciones del Koran; en el Norte los templos monstruosos teñidos de los colores del íris, y coronados con cimborrios dorados que representan el cisma griego; y en Roma, á la vista del panteon de todos los dioses, no lejos del despedazado anfiteatro, sobre los restos mutilados del paganismo, el templo de todos los católicos, donde Rafael unió, en el ideal de sus Vírgenes, las dos edades de la historia, las dos fases del espíritu, el mundo pagano y el mundo cristiano; donde Miguel Ángel unió, con las piedras milagrosamente alzadas á lo infinito en la cúpula maravillosa, la tierra con el cielo. ¿No podria tratarse una paz religiosa, entre los pueblos del mundo, semejante á la paz de Westfalia, que trataron los pueblos de Europa? Aún cabria esperar que, merced al telégrafo, á la navegacion, al vapor, rotas las murallas de la China, explorado el interior del África, convertidos en instrumentos de trabajo los instrumentos de guerra, asegurada la libertad de los misioneros por los esfuerzos de todas las naciones, respetados los derechos de la conciencia humana, se evangelizara toda la tierra, se cumpliera el ideal sublime de la fraternidad de todas las razas en el seno de un mismo derecho y de todos los espíritus en el seno de un mismo Dios.»

La libertad religiosa seria en otra parte propuesta por algun filósofo, y su triunfo remitido á una revolucion; pero en Inglaterra, donde toda idea se formula en el inmenso espacio concedido á la publicidad por el respeto al derecho individual y adquiere partidarios por la constante práctica de la asociacion, en Inglaterra la reforma de la Iglesia de Irlanda entra vencedora en el Parlamento. Por eso la tribuna inglesa es el primer poder de Europa. Sus altas cimas son las primeras en reflejar los albores de las nuevas ideas. Y no creais que no encuentra obstáculos el pensamiento reformista. A tres votaciones en que la oposicion ha triunfado, la reina ha respondido manteniendo el ministerio. El Parlamento que votaba tales reformas iba á ser disuelto. A pesar de los cortos plazos de que se podia disponer, el nuevo Parlamento se reuniría á fines de Diciembre con arreglo á la última reforma electoral, que tanto extiende el derecho del sufragio. Disraeli creia que esta grande extension del sufragio le seria favorable porque tachaba la reforma propuesta por sus enemigos de poca práctica, y por consecuencia, contraria al génio de este pueblo y al carácter de su política; y creia posible renovar contra ella los ódios protestantes, no bien apagados todavía. Últimamente la corporacion de los sastres le habia dado un banquete. El jefe de esta orgullosa aristocracia no se desdeñaba de presidir reuniones de artesanos, porque sabia bien que la primera virtud de Inglaterra era su trabajo. Para comprender toda la fuerza de estas asociaciones habia que ver en Lóndres sus palacios parecidos á palacios de reyes. Por eso todo un presidente del Consejo hablaba á los sastres de su política, de su línea de conducta, de su pensamiento, como pudiera hablar á una reunion de diplomáticos. En los pueblos acostumbrados de antiguo á la servidumbre, se llega á creer incompatible la política con el trabajo. Zapatero á tus zapatos, se suele decir entre nosotros cuando un artesano eleva su inteligencia y su alma hasta confundirla con el alma y la inteligencia de la humanidad ó de la pátria. Los asuntos de Inglaterra son asuntos de cada uno de sus hijos. Las verdaderas elecciones se verifican en las magnas juntas preparatorias para designar los candidatos, puesto que luego el escrutinio es pura fórmula; y en tales juntas todo el mundo toma parte, hasta los extranjeros que pueden hallarse de esta suerte revestidos por un momento de la envidiable dignidad de ciudadanos ingleses. Pues bien: Disraeli habló de la reforma pintándola con sombríos colores; dijo que puede romper en mil pedazos el cetro de

la reina y el poder británico; que no es un pensamiento liberal, sino un pensamiento demagógico. A pesar de estas excomuniones, yo fiaba en el buen sentido del pueblo inglés; yo creia y pensaba que triunfaria inevitablemente la reforma.

El clero protestante ponia inmensos obstáculos. Esa tierra de la libertad, tiene tambien que luchar con su clero. Entrad en uno de los edificios más sagrados del mundo, en las Cámaras inglesas; investigad los elementos mayores de resistencia á todo progreso, y los encontrareis en su alta Iglesia, en la oligarquía eclesiástica, en los Obispos. Ellos se opusieron á la reforma electoral, ellos á la emancipacion de los católicos; ellos se oponen ahora al grande acto de justicia meditado y propuesto por los liberales á la reforma de la Iglesia de Irlanda.

La arquitectura tiene misteriosas combinaciones que harán de ella siempre un símbolo magnífico, la expresion de una época. Cuando se entra en San Pablo de Lóndres, lo primero que hiere la atencion de todo observador, es que, empezada y concluida esta Iglesia en tiempos del protestantismo, tiene la disposicion de capillas propia de las Iglesias Católicas. Cualquiera diria que San Pablo ha sido como la abadía de Westminster, alguna vez, de la religion romana. ¿Qué hacen allí aquellas capillas laterales destinadas en la liturgia católica al culto de los santos? El secreto de esta inconsecuencia lo sabe la historia. El Duque de York, más tarde Jacobo I, no renunciaba á la idea de restaurar el catolicismo en la Gran-Bretaña; y la catedral protestante obedeció á este pensamiento político y reprodujo la construccion simbólica de las Iglesias del continente. El arquitecto lloró cuando le impusieron esta heregía; pero la iglesia protestante queda ahí con el sello católico en cada una de sus piedras. Es el símbolo de la iglesia anglicana, ortodoxa, amiga de las grandes riquezas, dada á las exterioridades del culto, con sus obispos vestidos de lucientes casullas, su clero fraccionado en gerarquías feudales, su intolerancia semejante á la intolerancia pontificia; separado de Roma más que por cuestiones de dogma, por rivalidades de raza.

Pero admiremos una y mil veces al pueblo inglés, ó mejor dicho, admiremos una y mil veces el poder de la libertad en el mundo. Toda nacion que se habitúa á la libertad, se transfigura. Por eso predije en todo tiempo una transfiguracion maravillosa á las Repúblicas americanas, que, á despecho de la educacion colonial, y del medio histórico donde han vivido, aciertan á conservar con grande firmeza, disputándosela palmo á palmo á todos los elementos conjurados en su daño, la santa libertad y la adhesion tenaz, invencible á los principios democráticos. Pues bien, decia que todo pueblo se transfigura en la libertad. Notaba la transfiguracion del pueblo inglés, uno de los más apegados á sus tradiciones; uno de los más avenidos con sus hábitos y costumbres seculares. La abolicion de la iglesia protestante de Irlanda es popular en la protestante Inglaterra. Este progreso de las costumbres ¡oh! es uno de los milagros mayores de la libertad.

Aun quedan gentes intolerantísimas, porque las sombras de las ideas viejas no se disipan rápidamente. Por el mes de Junio de 1868 hablaba Brigth, el orador radical, de esta reforma, que es religiosa porque se refiere á la conciencia, y social tambien porque se refiere á la propiedad. Y decia lo que solamente los ciegos pueden desconocer, decia que la reforma relativa á la iglesia de Irlanda es uno de los títulos de gloria con que nuestro siglo se presentará á lo porvenir. Y al mismo tiempo que estas justísimas palabras despertaban caloroso entusiasmo en su auditorio, no lejos de allí, los intolerantes, los enemigos de todo progreso, quemaban la efigie del grande orador, como Enrique VIII y Calvino quemaban en nombre de la libertad de conciencia á los que adoraban al Dios de su conciencia.

En Bandbridge, cerca de Belfast, se presentaron tres oradores católicos á catequizar en nombre del derecho sagrado que todo hombre tiene en Inglaterra á expresar libre y públicamente sus ideas políticas y religiosas. La irritacion que las discusiones sobre la Iglesia de Irlanda ha producido, se conserva tan viva, que los intolerantes persiguieron á los católicos y atacaron á mano armada sus capillas. Fué necesario usar de la fuerza pública para impedir un desastre. Nada más natural. La libertad es siempre tempestuosa. Una de sus mayores ventajas, la mayor, está en la posibilidad que dá á todas las ideas y á todos los sentimientos de manifestarse, impidiendo esa oscura aglomeracion de dolores ocultos, de aspiraciones silenciosas que suelen estallar al pié de los poderes tiránicos en pavorosas catástrofes.

Así los actos de intolerancia pasan en el libre pueblo inglés. Son los fuegos fátuos que corren por el inmenso hosario de las ideas muertas. La verdad es que, á pesar de la oposicion personal de la Reina, á pesar de la liga de todos los intolerantes, á pesar de los manejos del alto clero anglicano herido hoy en sus antiguos privilegios y amenazado para mañana; en la Cámara de los Comunes, esa representacion única de las ideas de Inglaterra; en la prensa británica, ese faro de luz eterna levantado sobre el escollo donde la libertad de pensar hoy se refugia; en las grandes reuniones que agitan todos los problemas y se renuevan al choque de la contradiccion moral todas las conciencias; en el ánimo del pueblo, asilo en que los penates de otros tiempos conservan su último altar y aspiran su último incienso; la abolicion de la Iglesia protestante es una causa ya definitivamente ganada para honra de este pueblo y para honra todavía mayor de la libertad.

En los horizontes del tiempo no nos hallamos hoy lejos de 1780. Aún no se ha cumplido un siglo. Y en los horizontes morales ¡cuán lejos, casi hemos recorrido lo infinito! En 1780 Lord Gordon protesta contra ciertas ligeras concesiones á los católicos, y el pueblo le secunda en su senil intolerancia. Las casas de Lóndres aparecen llenas de rótulos con este grito de muerte «abajo el papismo.» Los habitantes se ciñen el cintillo azul, signo de guerra y de matanza. Las prisiones se abren al tumulto y se une la hez de la sociedad á la hez del populacho como dos rios de inmundicia. Son destruidos los juzgados de paz y quemadas las Iglesias de los católicos; destrozados á pedradas todos los reverberos como si aquellos hijos de las sombras amotinados contra los principios humanitarios de tolerancia, temiesen á un tiempo la luz material y la luz moral. Los barrios estallan en muchedumbres informes de saqueadores y asesinos que parecen evocados del seno de una sociedad desconocida. El incendio aumenta los horrores de la rebelion, y el estampido de las descargas mezclado á las voces de rabia, de ira y de terror, forma la más siniestra de las tempestades. Caen criaturas humanas á centenares sobre arroyos de sangre y entre círculos de fuego como las piedras de muros destrozados. Los depósitos inmensos de licores arden y forman como un rio del infierno. Arrójanse las muchedumbres á beber y se abrasan retorciéndose entre dolores infinitos, metidas en el ardiente baño. Aquello fué una orgía infernal, una degollacion en el seno de un incendio, como si la sociedad se desquiciara, teniendo en sus cimientos un terremoto infinito y en su cima las bocas de cien volcanes.

Pues bien, contemplad cómo han cambiabiado los tiempos. Hoy esa misma ciudad aclama á los que piden la abolicion de su Iglesia en Irlanda, y el reconocimiento del derecho que tienen sus enemigos eternos, los católicos, á no pagar el culto protestante. Hoy esa misma ciudad está impaciente porque no cae un ministerio, cuyo mayor empeño es defender la religion de Lóndres. Hoy se grita contra el papismo, y una carcajada

universal responde á ese grito de muerte. El gobierno se resiste, hasta tocar en los límites de lo inconstitucional. A pesar de la formidable mayoría que el bill de reforma eclesiástica ha tenido, se mantiene de pié Disraeli, desafiando la tempestad. Nuevas elecciones vendrán, y recibirá el poder reaccionario, que hoy domina en la Gran-Bretaña, un golpe mortal.

En la noche del 8 de Junio de 1868 reveló bien el Canciller del Echiquier, respondiendo á una interpelacion de Mr. Childers, cuáles eran los proyectos del gobierno. Proponíase pedir que los subsidios se votaran hasta fin de año, puesto que el nuevo Parlamento no podria reunirse sino para la pascua de Navidad. Con tal motivo, añadió estas amargas palabras: «Nuestro mayor deseo como gobierno, es salir por un llamamiento al país de la posicion verdaderamente intolerable en que nos encontramos.» Tenia razon; para los representantes del pueblo intolerable como forzados á sostener un gobierno que no representaba su voluntad soberana.

Todo el mundo creia en la Gran-Bretaña al gobierno tory transitorio. Gladstone, que tantas muestras de elevadísimo criterio y de poderosa elocuencia ha dado; que desde las alturas del poder, montañas cuyas cimas están hácia abajo, hácia las sombras, ha visto los horizontes luminosos del porvenir; Gladstone, que reune á la constancia y al sentido práctico de los sajones el amor á lo ideal de los latinos; Gladstone era el repúblico llamado á fundar un gobierno capaz de corresponder á los sentimientos de progreso cada dia más arraigados en su grandiosa pátria.

El problema sin duda más difícil que habia de resolverse era el de contar ó no contar con los radicales, que tan poderoso auxilio en esta solemne ocasion le habian prestado. Quizá su número no fuera considerable, pero es considerable su fuerza moral, la fuerza de sus ideas. El inconveniente que tendria para Gladstone, la asociacion por ejemplo, de Brigth, seria que este no puede ascender al gobierno sin suscitar la reforma electoral, y no puede suscitar la reforma electoral sin proponer el voto para todos los ciudadanos. La Inglaterra meditará mucho esta reforma; pero la aceptará al cabo. No hay cuestion política alguna que suscite las tempestuosas pasiones de una cuestion religiosa; santuario donde el pueblo halla consuelo á sus dolores y alimento á sus esperanzas. Y sin embargo, los liberales han podido abordar esa cuestion y vencer. ¿Por qué no habian de vencer en la cuestion ménos candente del sufragio universal?

Cuán distinto es el método inglés de nuestro método político. En Francia, en España para ahogar una insurreccion como la insurreccion feniana, se apela á persecuciones horribles contra todas las libertades, mientras se apela en Inglaterra á un ensanche, á un progreso de estas dobles garantías de la paz y de la dignidad de los pueblos. Allí se presenta cada reformador como un criminal por las conjuraciones del poder contra la verdad; y aquí se levanta al pueblo, su tarda conciencia, hasta el Thabor, donde las inteligencias superiores se transfiguran, y se le hace ver en los reformadores sus profetas y sus héroes. Este sublime desinterés de un pueblo tan esencialmente positivista, será el asombro de la historia, y será tambien la vergüenza de aquellos pueblos católicos, hijos de la inquisicion, que convirtiendo el Evangelio en Korán, y la Iglesia en fortaleza militar, nieguen á los disidentes del catolicismo el derecho que Inglaterra, cuya gloria desde el siglo décimo-sexto se halla unida al protestantismo, concede, no generosa, justamente á los católicos.

Y no se crea que el espíritu de resistencia deja de existir en esta sociedad forjada en el bronce de la historia; existe poderoso, vigorosísimo, tanto más fuerte, cuanto más se encierra en las leyes. Quizá no hay en el mundo un poder más tenaz en su resistencia

al progreso que la Cámara de los Lores. En 1804, cuando la abolicion de la infame trata de negros, habia sido votada por los Comunes, se vió ir á votar á la Cámara de los Lores contra esta santa reforma, á cuatro indivíduos de la familia reinante. Setenta y cinco años resistió la alta Cámara al bill que abolia la pena de muerte para los delitos de robo de menor cuantía. Inmensa oposicion hizo á la ley de cereales, á la reforma electoral, y al bill que emancipaba los católicos, dictado á la conciencia de Inglaterra por la voz tempestuosa de O'Connell, ese tribuno sublime de una raza oprimida, y de una religion proscrita.

Pero todo el mundo sabe que esta resistencia no llega hasta la negacion absoluta y por eso no llegan nunca las reformas en su fuerza impulsiva hasta la absoluta desesperacion de las revoluciones. En 1868 se apela á los medios de siempre. Los privilegiados, los poderosos lores, los obispos, la Iglesia anglicana, la aristocracia más rica de toda Europa, recurren contra Gladstone á las eternas calumnias que oponen todas las reacciones á todos los progresos: le dicen católico, papista, defensor de los jesuitas, enemigo jurado de la grandeza de su pátria, sacristan de Roma, teniente de Antonelli; ignorando sin duda que el liberalismo en sus amplias formas políticas se eleva sobre las disidencias de los cultos, sobre la oposicion de las religiones, y lo abraza todo, lo consagra todo, con respeto escrupuloso á la conciencia individual, en fórmulas de derecho inspiradas por las ideas de justicia.

Yo participo en mi oscuridad y en mi destierro de ese mismo desinterés. Yo me elevo sobre todas las heridas abiertas en mi alma á las altísimas regiones de la eterna justicia. Yo defiendo el derecho de los que han negado mi derecho. Yo aplaudo la emancipacion de los que han tiranizado mi conciencia, y en nombre de su religion, me han arrebatado la propiedad de mi pensamiento y el hogar sagrado de la pátria, arrancándome hasta la esperanza de mezclar en la tierra natal mis huesos con los huesos de mis padres. Pero antes que todo está la justicia, y bendigo el que sus rayos vivificadores caigan sobre la frente petrificada de mis verdugos. Emancipacion universal, libertad de todos, justicia para todos, respeto á la conciencia de los católicos y de los prostestantes; inviolabilidad del pensamiento humano. Este es nuestro dogma, y lo acatamos en todas partes, y lo queremos para todos los hombres, trabajando en la medida de nuestras fuerzas por aquellos mismos que nos persiguen y nos calumnian. Honor, pues, á los liberales ingleses. Y como cada dia las diferencias de nacionalidad, y las oposiciones de razas se van perdiendo barridas por las nubes del vapor, y las chispas del telégrafo, honor á la humanidad. Yo no creo, yo no puedo creer que la libertad sea el patrimonio exclusivo de la raza germánica. Si tal creyera, le aconsejaria á mi propia raza el suicidio en toda la extension de la tierra, aunque hubiera de perecer yo el primero en la universal catástrofe. Nosotros realizaremos tambien la libertad.

Hay otro pueblo en Europa para el cual guardaré siempre mi admiracion y mi culto. Las tierras de Francia tienen la brillante uniformidad del Cesarismo. Pero así que nos volvemos á Suiza, así que penetramos por los primeros estribos de los Alpes, el terreno cambia en una variedad prodigiosa; en montañas, sobre cuyas cimas se alzan las ruinas de un castillo feudal poblado hoy de águilas; en valles, por cuyo fondo corren impetuosamente los rios, y á cuyas laderas se suspenden, á guisa de blancos nidos, las aldeas. ¡Ginebra, cuna ilustre de la conciencia de los pueblos libres, yo te saludo!

Mil veces he descrito á Ginebra, y por lo mismo excuso repetir sus magnificencias; las luminosas aguas del Ródano que saltan á borbotones engalanándose de espumas tendidas sobre su corriente como blancas nubes sobre un cielo azul; la limpidez del lago, cuyo color desafía en trasparencia al color del golfo.

de Nápoles ó de Bayas; la belleza de la ciudad coronada en sus cimas con las torres austeras de la catedral calvinista y ceñida en sus barrios bajos de una larga série de joyerías que forman como una greca de oro y de diamantes; las colinas cubiertas de praderas y sombreadas de árboles que ocultan entre el follaje blancas quintas; las dos cadenas de montañas, el Jura al ocaso, el Mont-Blanc al Oriente, que os darian ideas trágicas, de desolacion, con sus picos, ora desnudos, ora cubiertos de nieve, si la casita triangular suiza coronada de yedra, la pacífica vaca con sus tetas cargadas de leche, la esquila del ganado que se apacienta sin necesidad de pastores, no os anunciáran que os hallais en una de las más tranquilas regiones de la tierra, y en medio de uno de los más bellos idilios que puede componer con su poesía la naturaleza.

En este pequeño territorio, ¡cuántas enseñanzas políticas! Parece que la naturaleza y la historia lo han trazado para escuela de los pueblos, para ejemplo de la humanidad. En un lado Saboya, educada por la córte de Roma, y en otro lado Ginebra educada por la Reforma; Saboya atraida al despotismo español por ese cometa sangriento que perturbó los pueblos, y que se llamó Cárlos V; Ginebra atraida á la libertad suiza por los cantones que engendraron á Guillermo Tell y le infundieron el alma de los Alpes: Saboya entregada, como un feudo inmóvil, como una propiedad señorial, á la monarquía; Ginebra, bogando como una misteriosa nave, en las ondas alteradas, pero vivificantes de la República: Saboya poblada de capuchinos, de jesuitas que sólo fundan conventos; Ginebra poblada de libre-pensadores, de filósofos que sólo fundan escuelas: Saboya, convocada por sus Duques á la guerra y sembrando de huesos de sus hijos el Norte de Italia; Ginebra, convocada por sus magistrados al trabajo, y llenando el órbe con la prodigiosa mecánica de sus relojes que miden el tiempo: Saboya, engendrando el profeta de la reaccion católica, el ceñudo conde de Maistre, que no encuentra salud para el mundo sino en las plagas de la guerra y en la rehabilitacion del verdugo; Ginebra, engendrando á Rousseau, el profeta de la revolucion que enseña á los pueblos á rehacer el pacto social y á fundar las bases de la democracia; Saboya, triste, pobre, leprosa, encadenada, sin una gloria que recordar, sin un nombre que oponer á su vecina, sin artes, sin ciencias; y Ginebra, alegre, rica, limpia, libre, con una legion de pensadores que honran el linaje humano, con otra legion de sábios que han estudiado hasta las entrañas de su hermoso suelo, con artistas que han reproducido en obras inmortales su naturaleza y su historia, las gradaciones de su alma; Saboya, cayendo en el Imperio francés, en una ergástula donde ha ido á aumentar el número de los esclavos; y Ginebra, entrando en la confederacion suiza como un estado más de esta tierra de la libertad, como un planeta luminoso más que se engarza en este cielo moral de nuestra Europa; Saboya, castigada así porque fué un esbirro de la reaccion europea; y Ginebra, fortalecida, salvada así, porque fué un soldado de la libertad universal; espectáculo maravilloso, cuadro deslumbrador que nos obliga á prorumpir en un himno al progreso y á reconocer la suprema justicia que dirige é ilumina la historia.

Yo nunca me canso de contemplar esta ciudad. ¡Cuántas veces me he oido llamar soñador! ¡Es soñar querer el bien, pedir la libertad! Pues mirad si soy poco ambicioso, si soy poco idealista: aquí está mi utopia. Le faltan algunos complementos, la separacion de la Iglesia y el Estado, por ejemplo; pero no importa: aquí está realizada mi idealidad, aquí está practicado mi sueño. Yo bajo de la estacion y nadie me registra mi equipaje. Vóime á mi posada y nadie me pregunta mi nombre. Si me da la idea de fundar un periódico, trato con un impresor y lanzo el periódico á la calle, sin censura, sin depósito, sin

timbre. Se publican hasta periódicos en ruso. Si me da la idea de fundar una enseñanza, una escuela, de profesar una ciencia, no temais que me pidan mi título, ni que me pregunten mi doctrina. Si quiero establecer una asociacion, la establezco. Las hay de todas clases que tienen congresos donde se discuten todos los problemas. ¿Soy católico? Ahí está el templo gótico de la Vírgen donde se practica la sumision á la autoridad de Roma. ¿Soy luterano? A dos pasos tengo la Iglesia anglicana. ¿Soy judío? Más allá alza su rotonda oriental la Sinagoga. ¿Soy calvinista? La catedral me ofrece sus sermones, sus salmos cantados por todos los creyentes al son maravilloso del órgano. ¿Soy de la religion griega? La Iglesia rusa levanta sobre una colina sus ocho cúpulas doradas bajo las cuales un sacerdote vestido con vistosos ornamentos agita dos incensarios de oro en presencia de una triste y severa Vírgen bizantina. ¿Me cansan las religiones positivas? Pues ahí tengo el templo masónico invitándome á celebrar el Arquitecto del Universo. ¿No tengo ninguna religion? A nadie le importa, ni esto me quita ningun derecho civil ó político. En un libro impreso en sus infinitas librerías ó en un sermon pronunciado al aire libre, puedo decir cuanto piense. Los escaparates se hallan atestados de obras prohibidas en Francia. Veo entre otras: «Jesucristo reducido á su verdadero mérito» por Miron. Los trabajos públicos son de una magnificencia extraordinaria. Sus puentes y sus muelles rivalizan con los de París. Los caminos serpentean hasta las cimas de las montañas. El alcalde de Carouge invita al pueblo á celebrar con himnos á la libertad la inauguracion de nuevas fuentes. El Consejo de Estado convoca á todos los ciudadanos mayores de edad á sancionar una ley constitucional que es un paso más dado en el camino de igualar todos los cultos, de reconocer sus derechos inviolables á todas las conciencias. Y para que todos voten, para que todos hablen, para que todos escriban, para que todos gobiernen, ni un soldado hay sobre las armas. ¡Oh, santa libertad!

Decimos que las formas de gobierno son de todo punto indiferentes, que la libertad así puede existir bajo una monarquía como bajo una República. Pues los progresos incomprensibles de estas Repúblicas, cercados por monarquías militares y sin ejército; junto á pueblos en el polvo y de pié; serenas, cuando toda Europa tiembla; orgullosas de haber reunido en una asociacion perfecta la libertad y la igualdad; los progresos de estas repúblicas se deben exclusivamente al privilegio de haber podido salvarse de la monarquía. Ginebra era tan aristocrática, tan feudal como Saboya. Ginebra era en su austero protestantismo tan fanática como España en su catolicismo. Uno de los más gloriosos españoles, metafísico que ilustró el siglo décimo-sexto, fisiólogo que precedió al ilustre Harvey en el descubrimiento de la circulacion de la sangre, Servet, fué encerrado en estos calabozos que no conocen ya reos de pensamiento, y tostado en estas plazas donde hoy se confunden todos los cultos y se oyen todas las ideas. Si Ginebra hubiera sido una monarquía, el monarca la enseñara á conservar la aristocracia feudal para rodear el trono, y el exclusivismo prostentante para mantener la obediencia. Pero fué una República y la libertad ha entrado, se ha extendido por los dilatados espacios de esta gran forma de gobierno.

La República ha roto la intolerancia de los teólogos calvinistas; la República ha convertido el átomo de tierra en planeta; la República ha conseguido que esta ciudad pequeña, este diminuto estado casi imperceptible tenga un soberano influjo en la vida moderna, en la civilizacion europea. No hablemos de los tiempos de la Reforma. No recordemos que Ginebra ha impuesto la moral nacida en sus muros á los cincuenta millones de ciudadanos, más libres, más dignos, más poderosos, más trabajadores que hay esparcidos por la tierra. Recordemos, alejados de todas las sectas re-

ligiosas, como indivíduos de la humanidad, como filósofos de la historia, los servicios prestados por Ginebra á las ciencias; recordemos que bajo las anchas alas de su libertad, nacieron ó se criaron, Abraham Trembley, cuyos descubrimientos ilustraron en tan alto grado la zoologia; Abauzit, que presintió la ciencia geológica, ese Génesis, razonado de nuestro globo; Bonnet, el divino, el místico, el sublime que encontró en su Palingennesia los anillos intermediarios por los cuales se eleva la naturaleza orgánica en una escala misteriosa, en una armonía creciente desde el pólipo hasta el cerebro humano; Huber, el ciego, que sostenido por su mujer é iluminado por el amor describió el mundo de las abejas con estilo empapado en virgiliana poesía; Saussure, que escaló como un Titán los Alpes, estudió sus eternas nieves, clasificó su flora maravillosa, los reveló en su grandeza al mundo; De Candolle, que sistematizó la Botánica y refirió las plantas y los organismos á sus tipos, dándoles así las leyes generales científicas; Rousseau, que dió á la revolucion en las entrañas mismas del porvenir el bautismo ginebrino; Burlamachi, que enseñó el derecho natural á los ingleses; Neker, el hombre más popular en tiempo de Francia, el rival de Turgot, el doctrinario que sostuvo con su poderosa mano un momento la monarquía al borde del abismo; Madame de Stael, que renovó con su aliento de libertad la literatura; Sismondi, uno de los fundadores de la escuela histórica moderna; todos, gloriosos hijos de la forma republicana, y todos luciendo en la ancha frente el beso de su austera madre.

Y no creais que se limita á Ginebra esta fecundidad maravillosa; se extiende por toda la República. Las instituciones se perfeccionan cada dia. Berna propone al pueblo entero, al pueblo reunido en asamblea, al pueblo que en otras naciones sólo debe sufrir y pagar; Berna propone al pueblo la amortizacion de una gran parte de su deuda. Zurich trata de resolver el problema del gobierno directo, de la legislacion directa, suprimiendo las delegaciones y las asambleas. Para comenzar esta admirable obra social desarma al verdugo, y el cadalso no se levantará en frente de esos Alpes inmaculados que destilan desde sus urnas de nieve en grandes y fecundantes rios los manantiales de la vida por todo el centro de Europa. Dejadme respirar este aire; dejadme tomar la sombra de estos árboles de la libertad; dejadme saludar esta pura democracia. Ya que tan tristemente estoy condenado á contaros las argucias de la diplomacia, los crímenes de los reyes, los horrores de la guerra que nos amenaza; las tristezas de los pueblos esclavos, tendidos en las sombras, odiando y sirviendo á sus amos; permitidme que me detenga un momento, aquí, en plena libertad, dueño de todos los atributos de mi alma y de todos los derechos de mi sér, á contemplar una sociedad sin reyes y sin aristocracia; una sociedad donde todos los que la componen, gozan de las mismas libertades y le prestan la actividad de su vida y de su pensamiento; donde todo hombre es soberano, juez, legislador, sacerdote; donde la prensa es libre y no se mancha con la calumnia ni la impostura; la asociacion es libre y no piensa en conjuraciones ni en asonadas; el trabajo es libre y no se extravía en la utopia; el gobierno nace de todos y no distingue con privilegios ni oprime con su peso á ninguno; la conciencia es libre y brilla como un santuario resplandeciente lleno de espíritu de Dios. Si la libertad es un sueño y otro sueño la igualdad para gran parte de los hombres, la Providencia ha querido que estos sueños se realicen aquí, á fin de consolar, de fortalecer las almas que han hecho de esos sueños divinos la fé de la conciencia, y han puesto en su realizacion sobre la tierra el fin casi exclusivo de su vida.

Fuerza volver á las grandes naciones los ojos si hemos de reseñar el movimiento político europeo en aquel año de 1868. No dejaba esta libre Ginebra de mostrarnos alguno de

esos personajes, cuyo nombre embarga la atencion de la diplomacia universal. Por fines de Agosto Europa entera se conmovió con la noticia telegráfica de que el Príncipe Napoleon habia arribado á Homburgo, aunque en perfecto incógnito. No puedo decir á ciencia cierta cuántos céntimos bajó la Bolsa; pero sí puedo decir que bajó. Los artículos escritos en toda la prensa, fueron innumerables sobre la súbita aparicion de este embajador misterioso en plena Alemania del Norte. Los cálculos, los comentarios, los recelos de unos, los temores de otros debian resultar infinitos. Aunque la experiencia hubiera mostrado la manía política de los viajes del príncipe, fastidiado del secundario papel á que su posicion le obligaba, y por lo mismo decidido á pasear su fastidio por toda Europa, especie de Childe-Harold de la monarquía, los bolsistas, los negociantes no hacian grande caso de la experiencia, y seguian creyendo esos viajes tan funestos y tan preñados de males como cree el vulgo de las gentes los viajes de los cometas.

Hallábame yo sentado á la puerta de un café contemplando las montañas y el lago. Ginebra tiene aún la severidad, la austeridad calvinista. A pesar de la afluencia inmensa de extranjeros, hay pocos espectáculos, y malos. Voltaire no logró convertirla á los bailes, á las fiestas, á los placeres. El discurso de Rousseau sobre los espectáculos, todavía es el código moral de esta poblacion enérgica. El único grande, inmenso que hay es el espectáculo de la naturaleza. Ese contemplaba yo saboreando una taza de café en el sitio mismo donde las aguas del Ródano, de una trasparencia aeriforme, abandonan el lago para lanzarse impetuosamente al Mediterráneo á través del Mediodía de Francia. Por no perder mis costumbres parisienses, ya que el hado me condenaba á vivir en la gran Babilonia, ojeaba el periódico de las murmuraciociones y los chismecillos. He nombrado *el Fígaro*. Y en él saboreaba al par del café los renglones siguientes: «En medio de este ma»rasmo sólo hay un personaje que se agita, »el príncipe Napoleon. Siempre está de viaje. »Hoy me dicen, se va, mañana ha vuelto, pa»sado mañana se ha ido otra vez, y ha vuelto »á venir, y se ha partido y repartido, y vuel»to y revuelto. No viene sino para irse; y no »se va sino para volver. Desastrosa concur»rencia para el Judío errante. Diríase que un »Dios irritado persigue al príncipe, gritándo»le: Anda, correá ver la exposicion del Havre, »inaugura los caminos de hierro, visita los »acuarios. En ciertos momentos cree uno oir »la voz ahogada, desfallecida del príncipe que »exclama: Señor, estoy en Rouen, diez minu»tos de parada. Dios, irritado, continúa man»dando, y el príncipe siguiendo en el wa»gon... Los periódicos extranjeros lo presen»tan como un diplomático audaz. No puede »moverse sin conmover á Europa. No renun»ciamos á leer sueltos como el siguiente: «Ayer, como hiciera mucho sol, calóse el »príncipe un Panamá. Tal audacia pronostica »nuevas complicaciones.»

En estos renglones andaba yo cuando se para de pronto un coche de alquiler, un simon que diríamos en nuestro lejano Madrid, á la puerta del café. Un caballero, vestido de negro, con largos bigotes rubios, faz y ojos alemanes, aire misterioso, baja del coche, y se detiene á la portezuela como diciendo: aquí traigo un gran secreto. Detras de él baja otro con un pantalon blanco muy súcio, un gabancillo de lana color de tierra, un sombrers de fieltro color de chocolate; alto de estatura, suelto de maneras, ligero, á pesar de una crasitud que va rayando en obesidad; de sonrisa un tanto contraida por el desengaño, y de mirada burlona. Era el príncipe Napoleon. El descuido de su traje, lo pobre de su coche, no le sirven de disfraz. Todos los ginebrinos le conocen; ninguno le mira. Estos republicanos tienen á orgullo despreciar los potentados que todo el mundo aprecia. No han nacido como los pueblos monárquicos, ni para gentiles-hombres, ni para lacayos. El

príncipe parece fatigado. Su rostro tiene todavía el reflejo de sus últimos viajes. Los rayos del sol de Oriente y las brisas del mar lo han bruñido. Se parece mucho á Napoleon: el mismo corte en la fisonomía, la misma cara pelada, la misma frente ancha, los mismos ojos inquietos, la misma nariz, todas sus facciones. Pero sea por la superioridad del génio, sea por el peso de los pensamientos, sea porque el tiempo reviste ya con resplandores legendarios la figura de Napoleon, lo cierto es que hay á mis ojos tanta diferencia entre el busto del Emperador y el busto de su descendiente como entre la maravillosa cabeza que Cánova trazara en mármol digno del antiguo Paros, y la tosca estampa iluminada que pende en el hogar de las cabañas, todavía fieles al fundador del Imperio. Cuando concluyó su refresco, el príncipe se volvió á su coche; no sin que el cochero, entretenido en tomar un vaso de cerveza, le hiciera esperar largo rato discutiendo con los mozos del café y guiñando el ojo á los paseantes de las aceras, como para decirles con socarronería: miren que carga me ha tocado en suerte. El mundo podia, pues, reposar tranquilo. El príncipe Napoleon ya no iba ni á Oriente, ni á Viena, ni á Hungría, ni á Prusia; el príncipe Napoleon reposaba en tierra republicana, en estas hermosas orillas fatales á los reyes, á la vista de estos Alpes donde pronto debia celebrar la democracia herida, engañada, vendida por los Bonapartes, uno de los Concilios de la libertad que necesariamente ha de arrojar muchas nubes sobre muchas coronas.

Mientras el príncipe Napoleon se paseaba por la libre tierra de Suiza, el Emperador Napoleon se paseaba por el campamento de Chalons. Ahí teneis la imágen fiel, fidelísima del Imperio. Los periódicos son argumentadores sometidos á una ley severa que no pueden traspasar sin caer en prision ó en ruina. Cuando alguno se atreve á mayores como *la Linterna,* desaparece cazado al vuelo por la policía y cocido por la magistratura. El Cuerpo Legislativo es una legion de cortesanos como las asambleas del antiguo Imperio de los Césares. En cuanto al Senado napoleónico, no pasa de ser un mudo salon de Inválidos, donde St-Beuve hace siempre de racionalista y de liberal como en las compañías de cómicos de la legua hace uno mismo siempre de traidor. La fuerza del Imperio, su núcleo, el representante de su energía, el áncora de su salvacion, era el ejército. El campamento era su prensa, su opinion, su aristocracia, su senado, su cuerpo legislativo, su sufragio universal, sus principios de 1789, su diplomacia, su nervio; su pasado, porque de ahí salió la noche del dos de Diciembre; su presente, porque esas bayonetas son el trono y la corona de la dinastía; su porvenir, porque esos fusiles que se cargan con maravillosa rapidez por la culata y esparcen con su granizada de plomo derretido la muerte, van á permitirle una vez más ahuyentar la libertad, encubriéndola entre nubes de humo y nubes de gloria.

Varios dias pasó el Emperador en el campamento. Las cenas menudearon, las visitas á los grandes hospitales tambien, las maniobras audaces, los ensayos atrevidos de nuevas máquinas de matanza, todo lo que puede sostener, alentar, sonreir al ejército, á las legiones de la destruccion, al génio del odio que bate sus negras alas sobre Europa, impidiendo el progreso del trabajo, retardando la hora de la fraternidad. *El Times* anuncia que las balas del fusil Chassepot abren, al salir del cuerpo, atravesado, un boquete tan grande como la copa de un sombrero, y propone que se prohiba su uso por el congreso reunido para tratar de las balas explosibles. Los artilleros se hacen lenguas de los prodigiosos efectos del cañon-abanico, que, merced á una mecánica misteriosa, multiplica su boca en cien bocas, de cada una de las cuales sale una lluvia espesa de hierro candente y plomo derretido cayendo con tanta furia á largas distancias como los rios de la-

va lanzados por el Vesubio y por el Etna. Si hemos de creer todos los encarecimientos hechos de estas máquinas, la Europa camina al suicidio. Dos ejércitos en batalla se matarán en unos cuantos minutos. Cada guerra será un huracan de fuego. El laboratorio inmenso de la naturaleza no habrá producido jamas, con todas sus plagas, con todas sus calamidades, una destruccion tan activa y tan implacable como la que prepara este débil organismo, esta sombra de un dia, que se llama hombre, no contento con la muerte encerrada en su mezquino sér.

Cuando al son de los clarines, al redoblar de los tambores, en el embriagador espectáculo de un simulacro, tomadas un poco de aguardiente, ennegrecidas bastante por el humo, cubiertas con el sudor del ejercicio, y el polvo del campamento; precedidas por la bandera tricolor, las águilas doradas, y las músicas esparciendo acentos de guerra y de entusiasmo; pasaban las legiones por delante del César, que les sonreia desde su caballo de guerra; un grito unánime, atronador, encerraba estas fatídicas palabras: al Rhin, al Rhin. No de otra suerte en aquellos dias fatídicos del Imperio Romano que acabaron con el antiguo mundo, allá por los desfiladeros de los Alpes que avecinan á Oriente, las legiones de Pannonia, deseosas de oro y de pláceres, fáciles en la embriaguez de la guerra, tomaban en hombros á Vitelio, y le paseaban, agitando en una mano la espada del combate y en la otra la copa del festin, y diciéndole con grandes clamores: al Tiber, al Tiber. Diez y nueve siglos de cristianismo, tres siglos de libre pensamiento, siglo y medio de revoluciones formidables, los inventos maravillosos de la industria, ciñendo con sus hilos eléctricos la tierra y los mares, para dar á la palabra humana la celeridad de la luz; todo este poema del espíritu humano da por resultado que los pretorianos jueguen sobre un manto de púrpura á los dados la suerte de esta generacion, la vida de los pueblos. Al ver eso debíamos avergonzarnos de ser hombres. Diz que ora fuese por el calor, ora por la agitacion del ejercicio, ora por las emociones del dia, al concluirse la revista y entrar en su tienda, el Emperador se desmayó. Yo creo que debió ver la boca del abismo á donde nos arrastra la dictadura militar y sentirse sobrecogido de terrible espanto.

La verdad es que Francia siempre ha mantenido una rivalidad con sus vecinos, rivalidad secular. En la época de la grandeza española nos buscó en todos los campos de batalla del mundo. Nosotros peleamos con ella en Irlanda, en Italia, en Holanda, y á las puertas mismas de París. Luego sucedió á la rivalidad con España la rivalidad con Inglaterra. Desde la Edad Media se trasmitió el siglo décimo sexto, desde el siglo décimo-sexto al siglo de Luis XIV, la heredó Luis XVI, la heredó la República, la heredó el Imperio, que pensó en la grande y bárbara utopia del bloqueo continental y en arrancar á Inglaterra hasta la India. Leed el libro del protestante Michelet, su dramática Historia de Francia, y en cada página encontrareis una maldicion contra la protestante Inglaterra. Su patriotismo es mayor que su religion. Ahora viene la rivalidad con Alemania. Los políticos alemanes han absorbido por todos sus poros las emanaciones eléctricas de la revolucion francesa. Las ideas que Francia arroja poseida de la inspiracion súbita en frases entrecortadas, en oráculos Sibilinos, como la Pitonisa de Delfos, Alemania las sistematiza y les da carácter científico. En cambio los franceses plagian todos los sistemas alemanes, revistiéndolos de su expléndido estilo y propagándolos con su clara elocuencia. Y estos dos pueblos que viven el uno del otro, se detestan á muerte. Cuando el aleman quiere llamar á un hombre ligero, vicioso, le llama francés. Cuando el francés quiere llamar á un hombre estúpido, le llama aleman: *tete carrée*. Y hé aquí las preocupaciones donde los reyes trazan con sangre sus planes de batalla.

Todo es motivo de recelo; todo es anuncio de guerra. Propone Francia la union aduanera con Bélgica, Holanda y Suiza; é inmediatamente Bélgica y Suiza se niegan, aunque Holanda acceda, y Prusia ve en esa combinacion un caso de guerra. Propone Prusia á Holanda un sistema de libre navegacion por el Rhin que muere en sus pantanos, é inmediatamente Holanda se niega, y Francia ve en estas combinaciones, cuyo buen resultado seria provechosísimo á su comercio y á su industria, otro caso de guerra. Ni siquiera se puede tratar de los caminos de hierro sin que se susciten cuestiones gravísimas. Y lo peor del caso es que nadie acierta con el pensamiento de estos dos beligerantes, cuyas amenazas mútuas van siendo una catástrofe inmensa para Europa. Nadie sabe si Bismark es partidario de la paz ó de la guerra: ese es el terrible secreto que se reserva en sus selvas, donde pasea como el feroz cazador de la balada alemana. Tampoco sabe nadie si el Emperador y su primer ministro son partidarios de la política militar que pide la conquista ó de la política pacífica que pide la libertad. Id á leer un pensamiento tras esa máscara de bronce que se llama la faz del César. La Prusia desarma ciento veinte mil hombres y le trasmite esta noticia pacífica al gobierno francés. Y el gobierno francés responde por boca de sus periódicos oficiales que ese desarme no proviene de intenciones pacíficas, sino de necesidades económicas; que el presupuesto de la federacion no puede subir un céntimo; que el Tesoro del Norte de Alemania está apurado ya hasta en sus heces por la insaciable, por la hidrópica sed de Prusia. Un ministro de Baden pronuncia elocuente brindis en loor de la unidad alemana y vibran todas las bayonetas francesas. Un oficial francés oculta su nombre en largo viaje por Prusia y vibran todas las bayonetas alemanas. Esto es la ruina del mundo. Esto no puede continuar: ó la paz ó la guera. Cese la incertidumbre.

Sí, porque esta incertidumbre era dañosa á todos los pueblos, y dañosísima á los pueblos trabajadores, comerciantes. Así me explico los desaires hechos en aquellos tiempos por la Reina Victoria al Emperador Napoleon. Un nuevo dia acababa de pasar en la capital de Francia la señora que simboliza hoy el Imperio británico. Ni devolvió la visita que le hiciera la Emperatriz, ni aceptó ninguna nueva visita. Empló cierto número de las doce horas trascurridas en la capital para recorrer los jardines de Saint Cloud, bajo cuyos umbrosos árboles pasó algunos dias felices con su llorado esposo. Pero como Reina constitucional de Inglaterra, no quiso dar ninguna muestra de simpatía á un gobierno odiado hoy por la nacion inglesa. Los cortesanos del Imperio francés decian que la Reina estaba muy mala, que los puros aires de los Alpes habian sobreescitado sus nervios, que la demencia era manifiesta, y la abdicacion en el príncipe de Gales próxima. Yo acababa de hablar con un diputado inglés, que la habia visto en Lucerna el dia de su partida; y me aseguró la robustez de su salud, la mejoría en las irritaciones nerviosas que padece despues de su inmensa desgracia.

Lo que no podia perdonarse al Imperio era la incertidumbre eterna, la vacilacion inveterada y crónica. Rohuer, la palabra del Emperador, prometia con grande seguridad la paz. Mas al dia siguiente de estas tranquilizadoras promesas del ministro de Estado, el ministro de la Guerra exponia con verdadero aparato unos planos en relieve de las fortificaciones del Rhin, planos que tomaron toda la importancia de un plan de campaña. Los curiosos habitantes de París, los cuerpos de la guarnicion, los alumnos de la escuela politécnica corrian en gran número, y algunos en corporaciones, á visitar el plano de los diques alzados para encauzar el diluvio de sangre próximo á desatarse sobre Francia á causa de los errores del Imperio. Esta exposicion pareció al ministro de Estado un alarde im-

prudente. Las discusiones por tan pequeño motivo se elevaron á la altura de una batalla política en los Consejos del Emperador, entre los que deseaban la dictadura con la guerra y los que deseaban la paz con la libertad. El estado de los ánimos parecia tan fluctuante, la opinion tan por extremo incierta, las ventajas de una campaña gloriosa y rápida se contrastaban de tal manera con los gastos y los sacrificios necesarios, que en los Consejos del Emperador penetraron por medio de palabras enérgicas las nobles aspiraciones de los amigos del desarme, único medio reconocido ya en Europa como suficiente á conjurar la ruina de todos los tesoros públicos y el hambre de todas las clases trabajadoras. Pero no encuentro en la red de instituciones tendidas por el Imperio sobre Francia, no encuentro absolutamente medio alguno de que la libertad penetre. Se necesitaria una abdicacion inverosímil, porque poderes tan fuertes como el Imperio Francés pueden sucumbir, pero no pueden abdicar. Las últimas leyes sobre libertad de imprenta y derecho de reunion, eran concesiones mezquinas que trazaban límites arbitrarios á facultades fundamentales de la naturaleza humana y de la sociedad. Sin embargo, asustaban al Senado francés, esa Cámara de cortesanos, inseparable compañera de todos los Césares en todas las épocas de decadencia. Y el gobierno, para aplacar su oposicion á las concesiones imperiales, se vió forzado á prometerle que en los momentos necesarios á su juicio, suspenderia los derechos de la prensa y volveria á la arbitrariedad. De suerte que el Imperio era capaz de conceder á los ciudadanos todas las libertades; pero á condicion de que no las practicasen; y era capaz de escribir toda clase de leyes, pero á condicion de vulnerarlas en su provecho. No se pueden gobernar así los pueblos en el siglo presente. Nuestra concepcion social es que el hombre nace con derechos constitutivos de su personalidad, derechos naturales, ingénitos á su sér, superiores y anteriores á todo gobierno, necesarios al cumplimiento de su destino y á la plenitud de su vida, y que ni un César, ni un Parlamento, ni todo un pueblo, tienen jurisdiccion alguna sobre esos derechos primordiales á cuyo conjunto llamamos la suprema libertad, y cuya realizacion es la suprema justicia. Y á esta concepcion social adquirida por la filosofía, universalizada por la revolucion, se oponen aquellos hombres que desde las alturas sociales debian descubrir los horizontes más dilatados y ver más pronto amanecer los nuevos dias de la historia. Las resistencias ciegas, las luchas porfiadas con el espíritu de un siglo engendran necesariamente las revoluciones. Y de esto Francia tiene en el presente grandes ejemplos, que no debian olvidarse porque la historia de los pueblos será siempre la Biblia ó el catecismo de los gobiernos. ¿De qué sirve vivir si no se aprende viviendo la ciencia de la vida?

Pero en las batallas dadas en torno suyo sobre las grandes cuestiones políticas, ¿qué haria el Emperador? preguntaba todo el mundo? Era infinito el número de sus partidarios oficiales. Ningun poder ha dejado de tenerlos hasta el dia de su caida. Unos como Niel querian la continuacion de la dictadura y la guerra: otros, como Rohuer la continuacion de la dictadura y la paz; otros, como Duvernois, la guerra y la libertad; otros, como Ollivier y Duruy, la libertad y la paz. Tened por cierto que en el encontrado oleaje de estas ideas henchidas unas por la ambicion y otras por la fé, el Emperador observaria, estudiaria, inclinaríase unos dias al lado de los reaccionarios, y otros al lado de los liberales en las deliberaciones de sus Consejos; pero al cabo cumpliria su propia voluntad. Y su voluntad era la guerra. Dos razones le movian; dos causas le arrastraban. La ambicion de reintegrar á Francia en sus fronteras perdidas por el primer Imperio, y el deseo de perpetuar su dinastía. La libertad es una facultad demasiado preciosa para que caiga como don

gratuito de las manos de un dictador perpétuo, de un César. Y los Césares tienen demasiado vivo el instinto de la propia conservacion para que ignoren la imposibilidad de unir en paz los derechos de los pueblos con su propia omnipotencia. Si no se habia empeñado entonces la guerra, era porque el Emperador se encontraba frente á un enemigo formidable y sin alianzas seguras. Y el Emperador no se arriesgaba á una campaña sino contando matemáticamente con una victoria. ¿La obtendria? Hacia tiempo que se eclipsaba su estrella. Eclipsóse la estrella guerrera en la expedicion á Méjico, y la estrella política en las negociaciones con Alemania. Su empeño de entonces necesitaba el vigor de una poderosa voluntad y la robustez de una florida juventud. Y poco á poco se le iba acabando la época mejor de la existencia.

La más grave de todas sus contrariedades era el movimiento persistente, tenaz, que se observaba en Alemania hácia la unidad. La reunion del Parlamento aduanero era una de las obras más perfectas que habian salido de la astucia de Bismark. Sin tener en apariencia aspiraciones políticas, sin excitar alarmas prematuras, Prusia pasaba la línea del Mein, puesta como un límite á su desarrollo, y reunia en una grande Asamblea los pueblos todos de Alemania, los cuales trataban de sus asuntos económicos, en cuyas entrañas se encontraba vivo y robusto, pugnando por salir á la luz de la vida, el feto de la unidad política. El discurso del rey de Prusia disgustó profundamente en las Tullerías. El *Monitor* tradujo el párrafo de *La Alemania una* con esta desviacion y esta infidelidad ingeniosa, la Alemania compacta. Pero no hay institucion que muestre la unidad alemana como el Zolverein, ni Asamblea que la acelere como el Parlamento aduanero. Pueblos de un mismo orígen, de una misma historia, que hablan igual lengua, que componen una formidable nacion, puesto que tienen los mismos intereses económicos, no deben estar políticamente separados, por agradar á sus débiles reyezuelos y obedecer á las conveniencias ya trasnochadas de la vieja diplomacia europea. A pesar de haber prevalecido en las elecciones del Sur si no un espíritu anti-unitario un espíritu anti-prusiano; cuando el presidente del Parlamento aduanero se vió rodeado de los representantes de todos los Estados personificando la unidad de la gran pátria alemana trazada como un ideal en los libros de tantos filósofos ilustres, y cantada como una inspiracion en los versos de tantos poetas inmortales, su espíritu se sintió como trasformado en la esperanza ya cercana de tocar la realidad, y la palabra «unidad» cayó de sus labios entre grandes y ruidosísimos aplausos.

Por vez primera, una Asamblea económica se habia elevado á la altura de una de esas Asambleas religiosas de la Edad Media en las cuales ponian sus ojos los pueblos por creerlas depositarias de la vida ó de la muerte eterna. La Asamblea de Berlin ciertamente nada tiene que ver con los misterios de allende la tumba; pero tiene mucho que ver con las prosperidades de aquende. Si no llevan sus diputados la vida ó la muerte eterna en sus palabras y en sus decisiones, llevan la vida ó la muerte de muchos hombres con la paz ó la guerra. Si el Parlamento aduanero precipitase, violentase la unidad alemana, seria inevitable la guerra. El Emperador Napoleon no podria tolerar por más tiempo que el pueblo francés le tomara por cómplice del crecimiento de la influencia alemana, y de la disminucion de la influencia francesa en el mundo. La agitacion que sus amigos han sembrado, los sentimientos patrióticos que han herido con sus contínuas declamaciones contra la unidad germánica, serian grandes y tenaces acusadores de su política, la cual, como toda política arbitraria, no puede justificar su omnipotencia sino con el acierto y la victoria. El Parlamento aduanero tenia como todos los Parlamentos alemanes, cuatro matices: el feudal que andaba ocultándose tras

los resplandores de la corona de Prusia; el nacional, que deseaba la unidad de la pátria mantenida por un gobierno fuerte; el nacional liberal, partidario de la unidad de la pátria, pero en alianza con la libertad parlamentaria; y el radical que tambien queria la unidad de la pátria, pero por medio de una confederacion republicana. De estos cuatro partidos los dos extremos eran los más hostiles á la unidad: los feudales en virtud de su amor á las tradiciones y de su entusiasmo por los príncipes cuyas coronas han caido ó peligrado en el movimiento último; y los demócratas en virtud de su amor á la libertad y de su receló de ver fundada la unidad alemana, el sueño de toda su vida, sobre un millon de bayonetas, y concluida ó rematada por una corona imperial. Pero hay un sentimiento en el cual se unen todos los partidos, porque es un sentimiento tan universal á los pueblos, como la dignidad á los hombres: la independencia. Y para sobreescitar este sentimiento, no habia nada tan propio como la conducta de Napoleon y su falaz política. Si cada decision que el Parlamento aduanero tome á favor de la unidad, ha de ser asunto de una nota, decian los alemanes, si cada paso que dé hácia la reconstitucion de Alemania, ha de ser orígen de una amenaza, el Emperador Napoleon se encargará de mostrar prácticamente la necesidad de estar unidos para no caer bajo el yugo de la dominacion ó de la influencia extranjera. Y seria muy fácil que sobreexcitada la fibra nacional, demócratas y feudales se asociasen á las miras de Prusia, solo por contrariar las miras de Napoleon. Las naciones son como grandes personalidades que dan de sí muy mala idea, que demuestran una inferioridad muy triste, cuando someten sus decisiones interiores á una potencia extranjera. Convencer á los pueblos del derecho que tienen á disponer de sus destinos, fué la grande obra de la filosofía del pasado siglo. Y realizar este principio ha sido la obra de nuestras revoluciones. No ha tenido otro sentido esa larga epopeya de guerras que llenan nuestros anales: la guerra de los Estados-Unidos contra Inglaterra, de España contra Napoleon, de la América española contra España, de Grecia contra Turquía, de Italia contra Austria. No tiene otra explicacion la profunda simpatía que una antigua nacionalidad, Polonia, aunque aristocrática en su forma y reaccionaria en el fondo de su espíritu, despierta entre todos los pueblos liberales. No tiene otra justificacion la conducta de hombres que como Bertani, Crispi, Garibaldi mismo, siendo muy republicanos, han apoyado la monarquía y la dinastía de Saboya en Italia, á fin de salvar dos principios capitales, á saber: la independencia y la unidad de la pátria. Pues bien; no se podria comprender que siendo este sentimiento de la independencia tan general, y estando tan arraigado, lo dejase impunemente herir una tan grande nacion como Alemania que ha venido á equilibrar en el continente con su poder la antes avasalladora influencia de la nacion francesa. Y no se comprende herida más honda que ver á un soberano extranjero trazar desde lo alto de su trono límites á la voluntad de un pueblo sobre el cual no ejerce ninguna jurisdiccion. Así es que unidas Alemania é Italia en una misma misma ofensa por ese doble veto escrito en las orillas del Mein y en las orillas del Tíber, no seria extraño verlas tambien mañana unidas en la guerra. Todo el mundo notaba la prolongada residencia del príncipe heredero de Prusia en Italia. Yo comprendo que los encantos de la bella pátria de las artes encadenen largo tiempo á los que la visitan. Pero yo creo con el vulgo de las gentes que la residencia prolongadísima del príncipe de Prusia en Italia, solo se explicaba por las mútuas simpatías que nacen de su mútua situacion política. Yo lo ví acompañado por la multitud, seguido á todas partes, aclamado con delirio, y creí notar en su impasible rostro de hombre del Norte, como un vivísimo deseo de

que la futura alianza de Italia y Prusia, fuese tan afortunada como la última en que Prusia ganó la batalla de Sadowah, ó Italia, perdiendo muchas batallas, ganó Venecia.

La unidad alemana tiene una historia, como la unidad italiana, muy interesante. Cuando Napoleon I dispuso de sus destinos, demostró prácticamente la necesidad de la unidad de Alemania. Desde entonces los más grandes pensadores se han consagrado á cultivar esta idea. Uno de los primeros que la formularon fué el profundo filósofo Fichte en su admirable discurso á la nacion alemana. La Prusia apareció siempre como el núcleo de esta idea, como el punto céntrico en torno del cual debia concentrarse la materia cósmica destinada á fundar la Alemania. Por eso hasta los más demócratas ofrecieron en 1849 la corona de Alemania al rey Federico Guillermo, predecesor del rey actual. Y el rey la rechazó porque no queria deber una corona á la democracia. Y los doctores demócratas de Alemania le llamaron Juliano el Apóstata. Y en efecto existian analogías entre Juliano y el rey Federico Guillermo IV. Pero cuando el rey Federico Guillermo murió, la unidad alemana estaba hecha por el trabajo de tantos filósofos y de tantos poetas en el pensamiento de la nacion. Nada contribuye á hacer fermentar la masa de los hechos como la poderosa levadura de las ideas. En esto, el mismo pensamiento, iniciado por los primeros artistas del mundo y convertido en realidad, merced á una larga série de maravillosas combinaciones, se realizaba en la tierra llamada hasta entonces de los sepulcros, y que yo he llamado siempre de los milagros, se realizaba en Italia. Napoleon se presentaba entonces como el defensor de las nacionalidades para hacer olvidar que su dinastía representaba en el mundo la última era de las conquistas. Bismark logró atraerlo á la idea de la unidad alemana en tales términos, que antes de la última guerra declaró muertos los tratados del quince y mal limitada, como ya hemos varias veces dicho, á la Prusia. Es verdad que en todo esto habia un cálculo de egoismo dinástico; la conviccion de que el segundo Imperio podria devolver á Francia sus fronteras sobre el Rhin, perdidas por el primer Imperio. La analogía entre la guerra de Prusia y la guerra de Italia contra Austria encerraba la analogía entre la Saboya y los principados rhinianos. Pero Napoleon llevó un gran desengaño al saber que no podria recobrar este codiciado territorio, unido á Francia por las victorias de la República y separado de Francia por las derrotas del Imperio, sino despues de una guerra. Hubiérala hecho rápida, instantánea, en el verano de 66, volviéndose de cara al Austria, á cuya perdicion tanto habia contribuido, vencedor de Solferino, cómplice de Sadowah, si no lo impidieran, primero la incertidumbre de las alianzas, y despues la poca preparacion de su ejército. El golpe fué tan tremendo que en Vichy, donde á la sazon se encontraba, estuvo á punto de perder la vida. Era la primera nube que pasaba sobre su corona.

Desde entonces dos pensamientos contrarios, opuestos, se desarrollan á uno y otro lado del Rhin: el pensamiento de impedir la unidad alemana en Francia y el pensamiento de realizarla en Alemania. Napoleon hizo saber á todo el mundo que, si Prusia pasaba la línea del Mein, Francia en el acto le declararia la guerra. Pero tenia enfrente un enemigo muy hábil, un digno heredero de Federico de Prusia, tenia á Bismark. Tres maneras encontraba la Prusia de pasar el Mein y cumplir la unidad alemana: la manera militar, la manera económica, y la manera política. No he acertado á expresar bien mi pensamiento: lo diré más claro. Cuando los pueblos se unen, tienen unidad militar, unidad económica, unidad política. Pues bien: Bismark pensaba que, realizando las tres unidades en un dia, con una de esas combinaciones hábiles á lo Cavour y uno de esos golpes rápidos á lo Garibaldi, comprometia gravemente la causa alemana y desconocia el carácter reflexivo y

parsimonioso de su raza. Lo más necesario era la unidad militar, y la realizó antes que Francia estuviera armada. Todos los reyes se resignaron á poner, en el caso de una guerra extranjera, el mando de sus ejércitos en manos de Prusia. Despues realizó, con el Parlamento aduanero, la unidad económica. Y cuando los obstáculos fueran menores, y la ocasion propicia, estaba resuelto á realizar la unidad política. Tenia dos grandes enemigos que vencer: los reyes existentes en el Sur, que temian perder su corona á pesar de las grandes cesantías apercibidas para consolarlos, y los recelos de Napoleon, que temia acabar de perder su antiguo predominio en Europa. Pero no es Bismark de esos hombres que van en línea recta, aun á riesgo de estrellarse contra el primer obstáculo encontrado en su camino. Los recelos que el Parlamento aduanero despertaba eran muy infundados. Bismark solo se proponia demostrar, con la unidad económica, la invencible necesidad de la unidad política. Sabia muy bien que las sociedades tienen su mecánica, y que esta mecánica se reduce á fórmulas matemáticas, las cuales no pueden realizarse de una vez, y en toda su pureza, sobre el movible y fangoso océano de los hechos. La fórmula de los cuerpos perfectamente elásticos será una verdad eterna. La naturaleza se aproxima á ella y no la realiza. Pero todo problema está muy cerca de cumplirse cuando se ha planteado en una série de fórmulas conducentes á su demostracion. Y el problema de la unidad alemana se demuestra en el Parlamento aduanero por la unidad económica. Bismark no quiere pasar al tercer término sin haber resuelto el primero. Caidas las barreras que la preocupacion levanta para el cambio de las ideas; quebrantadas las barreras que levanta el interés rutinario y egoista para el cambio de los productos, ¿quién detendrá la doble accion de los espíritus y de los tiempos? No digo la Alemania, que tiene una historia, una lengua, una raza; los diversos pueblos formarán grandes y libres confederaciones en lo porvenir, porque la unidad humana se desprende, como un nuevo gas vital, de todos los trabajos de la filosofía; porque el hierro del camino, y el alambre del telégrafo, borran las fronteras; porque todos somos ciudadanos de este planeta, á cuya hermosura contribuimos, trasformándolo con el trabajo y ciñéndole esa corona más espléndida que la luz boreal, esa corona de inspiraciones y de ideas que forman nuestras artes y nuestras ciencias.

El movimiento de federacion es invencible. Comienza por las naciones, sigue por las razas, se dilatará á los continentes, y concluirá por ser humano: todos los hombres ciudadanos de todos los pueblos. Es verdad que contra este trabajo humanitario existen preocupaciones enormes. Pero no es ménos verdad que existian de pueblo á pueblo durante la Edad Media; y que esos pueblos, á pesar de sus mútuos sangrientos recuerdos, han comenzado por unirse en el seno de una misma provincia y han concluido por identificarse en el seno de una misma nacion. ¿Quién no recuerda las guerras sangrientas entre Pisa y Florencia de las cuales tantos ecos hay en los tempestuosos tercetos del Dante? Cuando todos estos problemas se agitaban, paseábame yo por el cementerio de Pisa, uno de los monumentos más sublimes de la Edad Media italiana. Los sarcófagos de todas las épocas; los bustos de los antiguos tribunos de Roma unidos á los bustos de los obispos del Catolicismo; los sublimes frescos de Giotto que representan los dolores de Job y los no ménos sublimes de Orgagna que representan el juicio final; la larga línea de estátuas funerarias que recuerdan todos los misterios de la eternidad y todos los nobles impulsos del alma por romper el círculo de lo finito y vencer á la muerte; las galerías góticas al través de cuyos severos intercolumnios se veian las aves posarse sobre las ramas de los cipreses como para entonar un coro á los difuntos; la conviccion de que pisaba la tierra misma de Je-

rusalen traida por las escuadras de Pisa para envolver los huesos de sus ciudadanos; el melancólico tañido de las campanas que caia de la torre inclinada, la cual semeja una inmensa columna doblándose al impulso de un huracan invisible; todas estas maravillas del arte y de la historia me trasportaban fuera del mundo real, allá á las vagas regiones en que las ideas vuelan sin forma y las almas sin cuerpo. Y, sin embargo, unas cadenas colocadas no lejos del sepulcro de uno de esos príncipes que tanto contribuyeron con su política á fomentar las rivalidades de las ciudades italianas, me trajeron á la realidad de la sociedad y de la historia. Eran las cadenas del puerto de Pisa que los genoveses habian arrancado regalándoselas despues á los florentinos en una de las infinitas guerras de las ciudades italianas durante la Edad Media. Los florentinos se las devolvieron á los pisanos en la efusion fraternal que produjo la primera guerra de 1848 por la independencia de Italia. Pues bien; aquellas cadenas devueltas ¿no significaban que en nuestro siglo han concluido las guerras entre las ciudades tan comunes en la Edad Media? Pues así concluirán las rivalidades entre los Estados que pertenecen á una misma nacion como los estados alemanes; y más tarde las batallas entre las naciones, batallas incomprensibles cuando todas realicen el derecho y se convenzan todas de que pertenecen á la humanidad.

Pero volviendo al Parlamento aduanero que empleaba uno de los mayores esfuerzos á favor de estas ideas de conciliacion humanitaria, debemos decir que Bismark evitó en todo lo posible complicaciones graves. Los impacientes habian presentado un mensaje en respuesta al discurso del Rey. En este mensaje proclamaban la unidad alemana, y por consecuencia se salian de las atribuciones propias de un Parlamento aduanero. Dos graves contradicciones despertaba este mensaje, las separatistas de los Estados del Sur todavía no bastante maduros para la unidad; y las diplomáticas del Imperio francés todavía no bastante resignado á compartir con Prusia su influencia en el mundo. El ministro prusiano evitó todos los conflictos trabajando hábilmente para que la Asamblea aduanera desechara un mensaje político que no entraba en su competencia. El Parlamento aduanero, pues, conjuró por este instante la guerra.

Los ministros de Francia se encontraban satisfechos. Pero no por eso disminuian los preparativos de guerra en el Imperio francés. El mariscal Niel desplegaba una actividad asombrosa para todos los preparativos de una campaña. Mientras el ministro de Negocios Extranjeros se mecia en una grande confianza, y el ministro de Estado, que llevaba la palabra en el gobierno, aseguraba la perpetuidad de la paz, el ministro de la Guerra decia en pleno Consejo de Estado que un general prusiano habia sido sorprendido estudiando las fortificaciones francesas, y que el ministro de la Guerra en Prusia lo tenia todo preparado para dar una batalla, emprender una marcha más rápida todavía, y entrar en París hiriendo de un golpe el corazon de Francia. Esas reducciones de ejército que tanto encarece Prusia, eran para el ministro francés artes maquiavélicas encaminadas á enmascarar la guerra con apariencias de paz y facilitarla con estudios de maniobras. Prusia se desprendió en su opinion de muchos sargentos para enviarlos á los pueblos á fin de que sirvieran de maestros á los milicianos nacionales, á los soldados de la reserva tan importantes en la organizacion del ejército aleman. Lo cierto es que nadie podia explicarse cómo siendo tanta la seguridad de la paz, tan pocas las probabilidades de guerra, se amontonaban provisiones de boca, víveres en las ciudades fronterizas de Alemania. Compréndese que se forjen cañones para los fuertes; que se ensayen maniobras para aumentar la inteligencia y la habilidad del ejército; pero no se comprende que se almacenen víveres para el por-

venir. Además, en la gente diplomática, en los amigos hábiles del Emperador, en aquellos que le aconsejaban la libertad y la paz, se notaba humor guerrero impropio de sus antecedentes. Compréndese bien ciertamente en *Le Pays*, un periódico extremo, batallador, neo-catolico, que quiere un imperio militar, un César omnipotente, la tribuna y la prensa unidas, las guerras de religion renovadas, una batalla sangrienta en el Tíber para devolver al Papa sus antiguos estados, y otra batalla sangrienta en el Rhin para apagar esa Prusia que representa la causa de la libertad del pensamiento; y luego el bonapartismo convertido en una especie de mesianismo armado, renovando en los campos de batalla el pacto entre la Iglesia y el Estado de allá de los tiempos de Carlo-Magno. Pero no se comprende esta actitud en periódicos tan moderados, tan hábiles como *La France*, académicamente redactado, amigo de la paz, predicador incansable de la libertad, que quiere el Imperio como un valladar á las invasiones de la democracia, pero tambien como un fuerte donde poner su prensa y su tribuna. Lo cierto es, que todo el mundo estudiaba estos fenómenos; y como el pueblo francés atiende principalmente á su vida económica, todo el mundo desconfiaba del porvenir y temia los azares de la guerra, y se preparaba para terribles eventualidades, y contaba los hombres que iban á morir, y los millones que se iban á gastar, y la oscilacion de los fondos públicos entre tantas manos repartidos en Francia.

Se acercaba para la grande y nobilísima nacion el castigo tremendo de su falta, el castigo de haber abandonado, como los pueblos seniles y decadentes, su libertad y sus derechos á merced del Cesarismo.

# CAPITULO LXXVIII.

## LA GUERRA COMENTADA EN EL HOGAR.

Guardo en mis memorias del destierro, escrita al dia siguiente de sucedida, el 12 de Setiembre de 1868, larga conversacion entre una aristocrática familia imperialista y yo, que trascribo, pues da idea del estado de Francia á la sazon y explica los preliminares del gran movimiento republicano.

Dice así la letra:

«Yo creo que la cuestion para el mundo más interesante hoy es si habrá paz ó habrá guerra. Nos interesa por humanidad porque va en esa cuestion comprometida la existencia de millares de séres humanos, de semejantes nuestros. Nos interesa por derecho, porque no llegaremos á la política de la libertad y del trabajo si no renunciamos á la política de la guerra y de la conquista. Nos interesa económicamente, porque todos los valores europeos decaen durante esta larga incertidumbre y todos pueden zozobrar en el dia próximo de una catástrofe.

Así es que la guerra va siendo la preocupacion universal. Vais al teatro, y á lo mejor, vuestro vecino os interrumpe con las fórmulas sacramentales de la educacion francesa: perdon, señor, ¿pero V. cree que tendremos guerra? Os paseais por el boulevard y oís un rentista que dice á su ajente: vended, vended, he leido *El Pays* y no me cabe duda, tendremos guerra. Acudís á una tertulia, á donde se celebran en la estacion presente las grandes tertulias, al campo. En vano todo respira tranquilidad. En vano el rumor del bosque y el eco de la esquila del ganado os inspiran ideas bucólicas y os convidan á creer en la égloga de la paz perpetua.

Yo bajaba, hace pocos dias, á la puerta de una de las quintas donde descansan hoy de los placeres del invierno dos de las primeras familias de Europa, cuyos nombres no puedo entregar á las indiscreciones de la publicidad. Ninguna de ellas participa de mis ideas políticas; pero ambas me distinguen con igual amistad. Al través de una dorada reja, cubierta de enredaderas, se oia sonar melancólicamente un piano. Tocábalo con tristeza una hermosa jóven, rubia, de diez y seis años, cuyo casamiento debia haberse celebrado este oto-

ño, y se ha remitido para despues de la guerra. Una señora mayor, muy avezada á la política, leia, de pié en la escalera de mármol, que da á la alameda de entrada, un periódico. Estaba tan absorta, que á pesar de haber salido para aguardar á su huésped, no echó de ver mi llegada, precedida de un campanillazo y de dos ó tres golpes de impaciencia sobre la verja, sin contar con el ruido del carruaje. Al llegar creí sorprender una lágrima en sus ojos.

—¿Qué os sucede?

—¿Qué quereis? Los que nos sucede hoy á todos. La guerra.....

—¡Bah! Estoy por desterrarme de Francia para no oir hablar siempre de lo mismo. El Emperador ha dado mil promesas pacíficas.

—No sea V. niño. ¿Conoce V. esa firma? dijo mi interlocutora, sacando una carta del bolsillo.

—Conozco vuestras relaciones de parentesco con la persona que firma; pero la firma no.

—Esa carta es un documento histórico, que acabo de traer como prueba en una discusion. Es una seguridad de paz dada el año cincuenta y nueve en el seno de la confianza á un pariente que tenia pedazos de su corazon en uno y otro bando. Pero los hombres proponen y Dios dispone. A los diez dias estallaba la guerra. El jefe de un estado no empeña siempre la guerra por su voluntad; le obligan. Y vereis cómo se repite el cuento de antaño, vereis cómo tenemos guerra.

Ya iba la señora, con su movilidad italiana, á cambiar de conversacion, cuando sale uno de sus sobrinos, jóven militar de graduacion, que viene corriendo á darme la bienvenida, y que oye las últimas palabras de nuestro diálogo.

—Sí, tendremos guerra, exclama con viveza. El partido militar la quiere y la obtendrá; porque el partido militar con las tradiciones guerreras del primer Imperio ha rehecho el segundo para la guerra, es decir, para la gloria. ¿Quereis hacer de un Napoleon un Luis Felipe? Eso es imposible. Concibo que las señoras lloren y se aflijan; es su destino. Pero no comprendo eso en los hombres; no comprendo eso en los publicistas, en los oradores, sino por su espíritu de ciega oposicion. Si hubiérais visto, como yo, al Emperador en el campamento de Chalons, no dudaríais de la guerra. Desde el caldo económico hasta los cañones y la calidad de la pólvora, todo, absolutamente todo, lo examinaba con detencion, como convencido del uso que habrá de hacer pronto, muy pronto, de todo ello. El dia último no pudo caber duda alguna. Cuando los regimientos pasaban delante de su caballo de guerra decian á una: ¡al Rhin, al Rhin! S. M. ha envejecido mucho en poco tiempo, sin duda por los esfuerzos empleados para reprimirse y no lavar en el acto la afrenta inferida á Francia por Bismark, negándose á darnos lo que nos tenia solemnemente prometido. Pero veíase que al eco de aquellos gritos guerreros se reanimaba su semblante. Es verdad que, concluida la revista, hubo de acostarse un poco asaltado de fuerte jaqueca, no extraña por el calor infernal, el polvo espeso y el cansancio. Pero, al despedirse, todos pudimos leer en su rostro las disposiciones guerreras. No faltó alguno de sus allegados á decirnos: S. M. está satisfecho del ensayo y os emplaza para la primera representacion.

—Muy bien, dije yo, pero no veo la razon de la guerra. Segun eso, debieron declarar Inglaterra y Prusia la guerra á Francia, cuando se anexionó á Saboya. Segun eso justificais el que no pueda tratarse de una simple union aduanera entre Bélgica y el Imperio, sin que se pongan en movimiento los ejércitos del mundo. Dejad á Alemania gobernarse como le plazca.

—Pero no con detrimento de la grandeza de Francia, me replicó. Desde que elegimos un Imperio, declaramos que no dejaríamos descansar á Europa hasta que nos devolviese nuestras fronteras naturales.

—Que habeis perdido, dije yo, por el afan de

meteros con todo el mundo. La Francia no puede crecer materialmente, está rodeada de pueblos libres que no quieren ser franceses, sino independientes. ¿Creeis que un belga, un suizo, un aleman del Mediodía cambia su pequeña nacionalidad, donde tiene lugar seguro, prensa libre, derecho de asociacion completa, libertad religiosa, absoluta libertad intelectual, por vuestro grande Imperio? Francia puede crecer mucho moralmente, porque es el corazon donde refluye toda la sangre de Europa. Mas para crecer moralmente, necesita la condicion primera de toda grandeza moral, necesita la libertad.

—¿Aun estais ahí despues de tantos estudios prácticos sobre nuestra Francia? Habeis vivido en medio de nosotros y nos creeis capaces de ejercer la libertad. Recorred nuestras campiñas. Cuando no llueve le piden agua al Emperador. Hablad con nuestros comerciantes. Cuando no ganan se vuelven al Imperio á reclamar la tasa. Vuestros amigotes de la extrema izquierda han votado las penas corporales para los escritores, y no se han atrevido á sostener la abolicion de los privilegios de imprimir.

—Eso es muy exagerado, muy exagerado, sobre todo por lo que respecta á mis ilustres amigos. Pero si fuese verdad, si os creyese incapaz de la libertad, os tendria por el último pueblo del mundo, y yo admiro mucho á Francia.

—Notad, exclamó la señora terciando en la conversacion, que hemos perdido hace tiempo toda gravedad. Nos reimos de todo y hasta de nosotros mismos. Es un mal incurable. Hemos querido erigir en religion la duda. Y la duda, que puede ser una crísis saludable en la sociedad por algunos momentos, como enfermedad transitoria, como principio de renovacion, no puede erigirse en sistema sin quebrantar las fuerzas de las naciones. El estado moral de Francia es el siguiente: París, una ciudad volteriana, rodeada de una nacion supersticiosa. Como nuestros filósofos no han sabido darnos nada para llenar la ausencia de la fé, nos hemos vuelto al antiguo régimen moral.

—Eso nos llevaria muy lejos, señora dije yo, muy lejos, distrayéndonos de la cuestion principal. Esa corriente de dudas arriba, y esa otra corriente de supersticiones abajo, se curarian, como se curaron en Inglaterra, con la libertad, sí, con la libertad, la cual, por una ley necesaria, sustituye los vínculos materiales que rompe con fuertes vínculos morales que crea. ¿Cuáles son los tres pueblos más libres del mundo? Los Estados-Unidos, Inglaterra y Suiza. Pues son los tres pueblos más religiosos. Si un dia el Emperador escribiera una de aquellas proclamas de Lincoln, llenas de misticismo, le tomarian por loco. Si otro dia el Cuerpo Legislativo decretase un ayuno general en toda Francia, como lo decretan los Consejos federales de Suiza, en vez de aquel recogimiento sublime, se veria un pueblo muerto de risa y una Asamblea muerta de ridículo. Pero es porque esclavos nosotros, nos entretenemos con juegos y cascabeles, con las niñerías propias de los pueblos en tutela; y libres ellos, abren su alma á viriles pensamientos. Mas no hagamos de una cuestion militar una cuestion religiosa.

—¿Como no? me dijo entonces el militar, acabais de poner el dedo en la llaga, amigo mio, en la misma llaga. Prescindamos de Francia. Yo convengo, con mi cara tia, en que mientras París se sumerge en el materialismo, Francia se dirige cada dia más de prisa hácia el catolicismo. Las cátedras donde se predica que no hay Dios ó se propone al hombre el culto de la humanidad, se hallan cercadas por una muralla de conventos, de cofradías, de Iglesias, de procesiones. Mas París vale por sí solo toda la Francia, más que la Francia. El Imperio lo tiene por enemigo irreconciliable. Pero como el Imperio es la centralizacion, y la centralizacion es París, no ha podido destruir el poder de la ciudad; antes lo ha agrandado. París lo usa; en las elecciones

primero, votando contra el Imperio; en la prensa luego, escribiendo periódicos incendiarios; murmurando en sistemática oposicion; metiendo ruido, si el príncipe imperial va á la Sorbona, y callando con amenazador silencio si el Emperador nos pasa una revista. Pero ¡ay del dia en que se atreva á mayores! El Imperio no se irá como se fueron Carlos X y Luis Felipe, vencidos por quinientos vociferadores á lo sumo.

—Volveis á sacar, dije yo, la conversacion de su cáuce. Perdeis los estribos todos los imperialistas en cuanto recordais que París es una ciudad republicana. Dejémonos de calcular lo porvenir para conocer lo presente. Decíais......

—Que París no puede tener libertad porque siempre es de oposicion. Que París no puede tener fé porque los huesos de Voltaire han salido del panteon, pero la médula ha quedado en la conciencia de la ciudad. Es necesario darle gloria.

—¿La conoceis superior á la gloria de ser libre, á la gloria de fundar con su ejemplo la democracia en el mundo?

—¡Dále! Pero esa gloria no puede alcanzarla sino derribando el gobierno actual, porque París tiene vuestra misma locura, la locura de creer que sólo por la República es posible la libertad.

Suprimo aquí el elogio que yo hice de lo que el otro llamaba mi locura, y voy al grano.

—Esta alma inquieta de París, continuaba el militar, no puede vivir sin pasto, sin mucho pasto. Rumió durante cinco años la guerra de Crimea. Durante otros cinco años rumió la guerra de Italia, la gloria de haber emancipado al pueblo de los pinceles y de los organillos. Le prepararon luego la guerra de Méjico, la reconquista de América por la raza latina. Pero este fué un golpe en vago. Le teníamos preparada la anexion de los Principados rhinianos, con la cual volvia á traer á la pátria el segundo Imperio, lo que el primero habia perdido. Pero Bismark no tuvo palabra. Cuando vió esto Drouyn de Lhuys, á la sazon ministro de Negocios Extranjeros, propulos inmediatamente la guerra. El Emperador aceptó la idea, y hasta encargó al Ministro que redactara un manifiesto para notificarla á toda Europa. Los demás Ministros convinieron en la necesidad de la guerra. El de Negocios Extranjeros pasó la noche redactando la nota. Al ir á las Tullerías al dia siguiente, se encontró al Emperador abatido, que le dijo: Imposible vuestro plan, ni tenemos bastante ejército ni bastante dinero. El ministro presentó su dimision. Desde entonces ha consagrado el Imperio todas sus fuerzas á reorganizar militarmente Francia, y ya estamos preparados. ¿Creeis que nuestros dos millones de fusiles van á permanecer mudos? Puesto que es necesario dar algo á la inquietud del pueblo francés, démosle el humo de la gloria.

—Eso es; habeis descubierto, dije yo exaltadamente, en vuestro último razonamiento la filosofía de la guerra. La extension de Francia os importa poco; Francia es bastante grande. Su predominio en el mundo os importa ménos. Acostumbrados á las glorias de la fuerza material, apenas comprendeis las glorias de la fuerza moral. Lo que importa es conservar la autoridad del Imperio, por ser la autoridad del soldado. Lo que importa es erigir el sable en el jefe de la sociedad. El único enemigo es el pueblo de París. Pero al pueblo de París se le distrae con el ruido del cañon y se le debilita con sangrías sueltas. La guerra es un grande espectáculo. Luego vuelven los soldados vencedores y hay dias de entusiasmo. Los puentes reciben nombres de batallas. El arco de triunfo se engalana con nuevas retumbantes victorias. Los coronas de siemprevivas se entrelazan á esa Columna Vendome que fabricásteis con cañones, y deberiais haber fabricado con cráneos. Y así burlais á la libertad, que está ahí, inmortal como el espíritu, severa como la conciencia, inflexible como las leyes de la naturale-

za, implacable como la justicia, aguardando su hora que nadie puede evitar, que nadie puede detener, porque su hora es la eternidad. Y queda demostrado que el cesarismo moderno es como el cesarismo antiguo, una orgía de sangre. Sólo que las fiestas del circo se han sustituido con guérras, y los gladiadores con ejércitos.

—Si creeis que voy á interrumpiros, á pesar de herir todas mis creencias, á fé que os engañais. Me parece que estoy oyendo á toda la revolucion europea; porque todos dicen lo mismo.

—Ya sabeis, añadió dirigiéndose á mí la señora, que no participo de vuestras ideas; cuanto más las estudio, ménos las comprendo. Vais á dar en la tiranía de las clases trabajadoras, que acaban de pedir en su congreso de Bruselas muy claramente el crédito por el Estado, lo cual seria la mayor de las centralizaciones, y la abolicion de la propiedad de la tierra, lo cual seria el mayor de los retrocesos. Y para corolario, demandan que se disuelvan los Congresos de sábios, á fin de que sólo se oiga en el mundo la voz de los jornaleros. Pero vuestro juicio sobre el cesarismo me parece exacto. Sólo que, en vez de caer la responsabilidad sobre el dictador, cae sobre los que han erigido la dictadura con sus complacencias serviles, y sobre los que las han justificado con sus excesos.

—Permitidme, señora. Nadie más enemigo que yo de las utopias comunistas. Las he combatido siempre. Pero nadie se extraña ménos que yo de las pretensiones erróneas y exageradas de los trabajadores. El mundo no está socialmente bien. Es necesario reformarlo. Cada reforma tiene un ideal que se expresa absolutamente. Cada clase tiene un derecho que se plantea con violencia. Los trabajadores padecen el error de todas las clases. Creen que les será posible constituir una sociedad privilegiada para ellos. No saben que, siendo ellos el mayor número, sus soñados privilegios se convertirán en el derecho comun. Por consiguiente no me asustan. Acabais de oir á los militares, pidiendo privilegios á costa de la muerte que siembran, y os maravilla que los trabajadores pidàn derechos á título de la vida que hermosean y prolongan.

—Yo he dicho, exclamó el militar, que la guerra es una necesidad de política interior; pero añado ahora, impuesta por los gobiernos extranjeros. Aquí tengo un telégrama de Prusia. Ahora llega vivito, como para responderos. Parece que el correo nos estaba oyendo y ha traido el periódico para darme en razon lo que me falta en elocuencia. Mirad ese viejo chocho de rey de Prusia, ébrio con el mosto de su victoria de Sadowah. Todo el estío lo ha empleado en paseos militares, en revistas, en examinar las fortificaciones, en conspirar con sus tenientes, los reyezuelos del Mediodía, contra Francia, y en asegurarse al generalísimo de su retaguardia, al Czar de todas las Rusias. Ahora dice lo siguiente, lo que voy á leeros, contestando al Rector de no sé qué Universidad, al Rector de Kiel, que, por encargo suyo, le habrá hablado de la paz para darle ocasion de amenazarnos con la guerra.

—Parece que conoceis á fondo las mañas de los reyes, le dije yo riendo.

—Lee, lee, añadió la señora con grande impaciencia.

—Leo: «Relativamente á la paz, nadie como »yo la desea; porque es una responsabilidad »penosísima pronunciar la palabra guerra para »un soberano. Y sin embargo, hay circunstan»cias en que no puede un soberano sustraerse »á tamaña responsabilidad. Sabeis bien, por »vuestra propia experiencia, que la necesidad »de la guerra puede imponerse tanto á un »príncipe como á un pueblo. Nosotros mismos »debemos á la guerra las ventajas de nuestra »actual posicion. Por lo demás, yo no veo en »Europa ningun motivo de que la paz se rom»pa; lo digo para vuestra completa tranquili»dad. Pero todavía os tranquilizará más el »ver aquí reunidos los representantes de mi

»ejército y de mi armada, dispuestos á pro»bar, como en otras ocasiones, que no temen »arrostrar un combate impuesto por la nece»sidad.»

—En verdad es duro ese lenguaje. No trataré yo de ser abogado del diablo. La monarquía militar de Prusia me es tan odiosa como el Imperio cesarista de Francia. Pero despues de dos años y medio de provocaciones, de amenazas, no comprendo que se pueda ni que se deba decir ménos. Francia tiene una fuerza centrípeda en Europa que aumenta su poder, pero tambien su responsabilidad. Si os hubiérais organizado libremente, el mundo civilizado seria una federacion republicana. Os habeis organizado militarmente, y el mundo civilizado, al ménos el mundo europeo, es un campamento. Nada más natural, pues, que una batalla. Pero cuenta que no teneis un principio en que apoyaros para emprenderla.

—Tenemos un Chassepot.

—No importa. Cuenta que tampoco teneis un aliado. Inglaterra está disgustada de vuestra política. Bien lo ha demostrado en París la actitud de la reina al volver de Suiza. Inglaterra sabe que á la primer victoria os anexionareis Bélgica, y no puede consentir nunca la nacion inglesa que esté en manos de Francia la desembocadura del Escalda. Con Italia no conteis. Le creásteis para que fuese vuestra aliada, y habeis tenido el talento de arrojarla en brazos de vuestros enemigos con la batalla de Mentana. Al emperador de Rusia vos mismo le habeis llamado el generalísimo de la retaguardia prusiana. Si algo me demuestra vuestrá penuria de aliados, penuria inconcebible, es el saludo hecho últimamente por vuestro emperador á la reina de España. De mucho os serviria la alianza española. No hay soldados ni más valientes, ni más sufridos que los nuestros; lo digo con orgullo. Pero la nacion española veria como una injuria á sus héroes esas alianzas con la familia enemiga de su nacionalidad en Bailén y en Zaragoza. Los recuerdos de la guerra de la Independencia están muy vivos. Los hemos recogido todos como un alimento del alma; los hemos recogido de los labios de nuestras madres, tiernas, sensibles, divinas por su virtud en el hogar, pero que fueron las primeras en decir á la asombrosa generacion de nuestros héroes: «antes vuestra muerte que la deshonra de la pátria.» Nunca, nunca renegaremos de tan gloriosa tradicion, porque seria renegar de nuestra sangre; permitidle este desahogo á un pobre desterrado, que lleva en el alma desolada, como una religion sacratísima, el culto de la familia y de la pátria ausentes. Pero esa alianza *in extremis* la tengo por imposible. Además, el trono español se halla minado por una revolucion eterna. Isabel II no puede sacar de España un regimiento sin exponerse á una catástrofe.

—Comprendo los inconvenientes de la alianza como vosotros, dijo mi contradictor, y condeno que en estos momentos supremos el Emperador dé tantas pruebas amistosas á una familia enemiga del Imperio y opresora de España, por recelos de esos fantasmas de Orleans, alejados del trono francés, como los Borbones, por la cólera del pueblo. Pero nos queda todavía una alianza poderosa, la alianza contraida en Salzburgo, nos queda la alianza con Austria.

—Que no os servirá de nada. Si yo quisiera definir con una sola frase la historia de la política exterior de Francia, desde tres siglos á esta parte, la definiria: guerra eterna con Austria. Los Valois la sostuvieron en Italia y en Flandes; los Borbones en Francia, como lo prueba la victoria de Ibry, y en España como lo prueba la guerra de sucesion. La gloria de Richelieu es haber preparado, y la gloria de Mazarino haber concluido la paz de Westphalia, que mellaba el cetro austriaco. La enemiga más implacable de la revolucion francesa fué Austria. La nacion, que llevó al cadalso á Luis XVI, Austria. La espada del primer Napoleon me parece el hacha de las ideas revolucionarias cuando derriba el árbol carco-

mido del Imperio Sacro. Ya sabeis mis juicios sobre el tercer Napoleon, y sin embargo, me entusiasmo siempre que veo pasar las banderas victoriosas en Solferino y en Magenta. Vais á romper toda esta tradicion de gloria para uniros con podrido cadáver. El Austria ha querido curarse la gangrena del despotismo cuando llegaba ya al corazon. El remedio ha sido muy tardío y ha acelerado la hora de su muerte. No hay fuerza humana capaz de sostener una federacion bajo el cetro de un emperador. Mirad la Confederacion Helvética, formada de franceses, de italianos y de alemanes. Ninguna de estas razas quiere incorporarse á su nacion madre. Todas perseveran en ser suizas, porque Suiza es la libertad, porque Suiza es la democracia, porque Suiza es la República, porque Suiza es el oasis moral de Europa, porque Suiza es el santuario donde se ha refugiado la dignidad humana. Pero las razas aglomeradas en el Imperio austriaco tienden á separarse como presos que ven abierto su calabozo y que se dispersan en diferentes direcciones. El nervio de Austria está en Hungría, y Hungría no la ayudará en una guerra, porque sabe cuán cara habia de costarle su propia victoria. Los demás Estados son enemigos entre sí, y enemigos todos del Sacro Imperio. A estas graves cuestiones se une la cuestion religiosa. Los obispos no quieren obedecer las leyes constitucionales que promulgan la libertad de conciencia. Invocan las antiguas leyes para justificar su desobediencia. Pedimos que se les apliquen, exclama un publicista; entre ellas hay una que dispone coser en pieles de cerdo fresca á los obispos rebeldes y arrojarlos al Danubio, como los romanos arrojaban, dentro de un saco, en compañía de un mono y de una serpiente, los parricidas al Tíber. Ese Imperio no tiene fuerza. Alianza dañosa.

—Pero ¿qué hemos de hacer cuando nosotros somos los provocados? Thiers y todos los orleanistas dirigen las mayores acusaciones al Imperio, porque iniciando la política de las aglomeraciones de razas y de territorios ha disminuido la grandeza material de Francia. En vano el Emperador Napoleon ha querido poner esta política bajo la augusta égida del fundador de la dinastía; se le han reido en las barbas. En vano ha mandado á Berlin el diplomático de la familia, su propio primo, para decir á Bismark que le sacára de los grandes apuros en que le ponia el haber auxiliado tan de buena fé á la grandeza de Prusia. No han querido oirle. De la anexion de los Principados rhinianos á Francia no se puede hablar sino despues de la primera victoria. A todo esto nos suscitan las naciones, que más nos deben, innumerables dificultades. Italia aprovecha esta coyuntura, á fin de obtener la evacuacion del territorio pontificio, evacuacion imposible. Los pequeños Estados de Oriente, siervos unos de Rusia, como Grecia, y siervos otros de Prusia, como Rumania, atizan aquella pavorosa cuestion, para aumentar nuestro embarazo. Grecia sostiene á Creta y subleva á Albania, Rumania enciende á los búlgaros, que ya están en armas y que tienen empeñada una campaña, la cual es tan peligrosa como una hoguera á la puerta de un polvorin. Si queremos tratar de una alianza económica con Bélgica y Holanda, Inglaterra nos opone su veto. Si queremos, aprovechándonos de una cesion en regla, fortalecer nuestra frontera del Nordeste con la anexion de las fortalezas del Luxemburgo, nos opone su veto Prusia. En cambio, el Ministro de Baden se burla del tratado de Praga, por nosotros puesto como límite á los engrandecimientos de la Alemania del Norte, y brinda porque desaparezca la línea del Mein. Hasta los Estados-Unidos vienen á traer su contingente de cólera. Vuestro compatriota el Almirante de los Estados-Unidos, Ferragus, se pasea por el Mediterráneo y turba la serenidad de las aguas del Bósforo con vivas á Rusia, la enemiga de Occidente. Y Rusia se acerca sigilosamente á su paraiso, á Constantinopla. No hay más que un medio,

no hay más que un recurso en estos instantes supremos, en esta suprema angustia; no hay más que la espada de Francia.

—Pero la espada de Francia, una fuerza material, no sirve de nada contra tantas fuerzas materiales. Imposible que reproduzcais la epopeya guerrera del primer Imperio, al cabo rematada por una catástrofe, por Waterlóo. La precision y la fuerza de las máquinas de guerra han imposibilitado las inspiraciones del génio. Tantos contra uno pueden aniquilarlo. Pero aun os queda un recurso, la fuerza moral: arrojad la espada é invocad la libertad. Entonces volvereis á ser la nacion iniciadora del progreso, el pueblo redentor, el génio de la filosofía; y con el viento que vuestra bandera agite, se caerán las coronas de vuestros enemigos; y cada paso que dé Francia resonará como un golpe mortal en las bases de los tronos. Entonces vereis cómo los reyes no pueden declararos la guerra. Unos habrán caido á vuestros pies, derribados por vuestras ideas. Otros necesitarán sus fuerzas para emplearlas contra sus pueblos. Y Francia volverá á ser el sol de las naciones.

—Pero todo eso á costa de proclamar la República, exclamó el militar, jamás; la República, que nos desarmaria, jamás, jamás. Venga la guerra contra todos y contra todo, que yo tengo fé en los destinos del Imperio.

—Sonad, sonad la trompa guerrera, le dije yo. El mundo político europeo, amenazado por la guerra, me parece como aquel jigantesco sueño de Byron, en que el sol se ha ido, las estrellas se han apagado, el dia ha muerto, el planeta rueda como un yerto cadáver en los espacios infinitos, cosido dentro de un saco de tinieblas; y los hombres queman sus bosques, sus pueblos, sus riquezas para iluminarse; hasta que todo consumido, todo devorado por el frio, dos eternos enemigos, palpando en la oscuridad, encuentran las cenizas medio apagadas de un altar, soplan su rescoldo, lo avivan, y al mortecino resplandor se ven, y espiran de rabia, leyendo cada cual mútuamente, en su pálida y demacrada cara esta siniestra palabra: ¡Maldito, maldito!

# CAPITULO LXXIX.

## LA REVOLUCION ESPAÑOLA.

¿Qué impidió en aquel momento la guerra? Un suceso extraordinario, aunque previsto; el estallido de la revolucion española y el destronamiento de la dinastía de Borbon.

Si alguna vez el despotismo logró apagar la vida de un pueblo, fué en los últimos tiempos del reinado de Doña Isabel II. Nadie pensaba que pudiera verificarse el milagro increible de la resurreccion de España. Todos creian llegada la hora siniestra y solemne de su muerte. La noticia de que la espada de Narvaez se habia embotado para siempre en la losa de su recien abierta tumba no tuvo eco ninguno. Los que esperaban una revolucion triunfante así que dejase la férrea mano de guardar la frágil corona, quedaron muy desengañados.

¿Qué importaba, ni qué significaba un muerto más en aquella tierra de los muertos? Se morian los opresores sobre el cadáver de los oprimidos sin que se viera despuntar ninna luz por nuestros horizontes cargados con las miasmas de cuatro siglos de corrupcion y tiranía. La pátria infeliz, bien deseaba sacudir tan triste estado que embargaba todas sus facultades; pero la magnitud de la empresa excedia á la intensidad del deseo. El régimen vigente se apoyaba en tradiciones creadas por una larga servidumbre, en el miedo á la libertad de las clases conservadoras, en la cándida ignorancia del pueblo oprimido brutalmente para que no viera la libertad y no la desease con la viveza propia de nuestra raza, y la conquistase con aquella energía, característica de los conquistadores del mundo. La monarquía forjaba una mordaza para todos los lábios, y ponia un límite infranqueable á todas las ideas, un freno á las más nobles aspiraciones. El clero la apoyaba en esta obra de la degradacion de una raza de héroes, en este aniquilamiento de la conciencia de un pueblo nobilísimo; y las clases conservadoras, que empezaban á temer por sus propios intereses, en vista de la tenacidad de la reaccion, temian más, mucho más, los azares de las revoluciones. Por consecuencia Gonzalez Brabo, dueño absoluto del poder, no ha-

cia otra cosa que impulsar la máquina montada por el clero y la monarquía como la impulsaba Narvaez. Singular hombre en verdad este Gonzalez Brabo que fué el primer ministro de la Reina Isabel, y que estaba destinado en los secretos de la Providencia á ser tambien el último. Tenia todas las cualidades del demagogo antiguo: valor, audacia, elocuencia, volubilidad de carácter, mayor volubilidad todavía de ideas, vida pública guiada por su interés; ningun escrúpulo para agitar como los tribunos al pueblo cuando se hallaba en la oposicion, y ninguno para oprimirlo como los Césares cuando estaba en el poder; facilidad increible para cambiar de banderas; sofistería ingeniosa para sostener todos los principios; temeridad en los combates políticos, fé extrema en su destino, menosprecio por la opinion pública, amor, sin embargo, al aplauso, impaciencia contra las censuras, rapidez en la concepcion de un sistema, prontitud y energía para realizarlo, mucho amor propio, y ninguna consecuencia. ¿Quién podia representar mejor el sistema de aventuras á que se entregaba la córte? ¡Él! que adulára al pueblo, sabia cómo se abate á los pueblos. ¡Él! que fuera tribuno, sabia cómo se enerva á los tribunos. ¡Él! siempre conspirador, sabia cómo se desbaratan las conjuraciones. Catilina se vestia de fraile.

La prensa española no tiene páginas tan demagógicas como las que escribiera Gonzalez Brabo. La tribuna española no tiene discursos tan tribunicios como los que Gonzalez Brabo pronunciara. Durante la guerra civil disolvia pólvora en el vino de las tabernas; y esa era su tinta. Arrazola fué su compañero de ministerio varias veces. Y sin embargo Arrazola no pudo olvidar que Gonzalez Brabo, dirigiéndose á él, dijo estas palabras: «No hay espectáculo más instructivo á un pueblo que enseñarle en la horca la cabeza de un ministro.» La Reina Isabel le ha nombrado cuatro veces su ministro, dos su presidente del Consejo. La Reina Isabel le ha condecorado con el Toison de Oro, guardado en las pueriles etiquetas cortesanas para los reyes ó para los iguales de los reyes. Y sin embargo, la Reina Isabel no podia haber olvidado que dirigiéndose á su madre, ¡oh! á su madre, Gonzalez Brabo comenzaba así un artículo: «Ilustre prostituta.» Yo comprendo que un rey constitucional nombre en la pasividad impuesta á sus deseos por las leyes ministro á un hombre aclamado por la opinion pública. Pero no comprendo que una Reina absoluta, ó al ménos arbitraria, desafíe la opinion para nombrar ministro á un hombre que ha insultado lo que más queremos en el mundo, lo que más respetamos nosotros los plebeyos; nuestra madre, por cuya honra perderíamos cien veces la vida y hasta el alma.

Bien es verdad que en este culto á la familia, natural en todos los corazones, muestran los reyes tan monstruosas excepciones, que solo me explico y solo me disculpo con pensar que el metal de una corona quema una conciencia. Cárlos III, sin embargo, no perdonó jamás á los jesuitas que abrieran una informacion para probar que era hijo, no de Felipe V, sino de Alberony, ministro favorito de su madre. Este recuerdo fué una de las causas que más directamente influyeron en la expulsion de los jesuitas. Pues bien: la Reina Isabel hizo uno de sus oráculos, una de las personas más influyentes en su córte, á la monja sacrílega, que intentó probar el año 39 con el milagro de sus llagas, que la Reina Isabel no era ni hija de Fernando VII.

Continuemos en el estudio de Gonzalez Brabo. Nombrado por la córte para armarle á Olózaga un proceso cuyo fundamento era una calumnia, saltó con la impetuosidad propia de su carácter violento por encima de la Constitucion y de las leyes. Cayó á los pocos dias tan desacreditado, que ni siquiera su nuevo partido lo quiso para ministro. Veinte y tres años pasó fuera del poder, aunque buscándolo con todos los medios y por todos los

caminos. En esto, las necesidades de la política habian traido un nuevo partido conservador que se llamó la union liberal, y que en cinco años de un gobierno largo y fuerte desmintió su título con una política reaccionaria. Gonzalez Brabo recobró sus hábitos y su lenguaje de tribuno, fué á los clubs, escribió artículos violentísimos, y hasta amenazó á la dinastía con suerte semejante á la suerte de la dinastía de Nápoles. El ministerio llegó á sus manos, merced á la caida de la union liberal; y, ya ministro, comenzó á practicar la autoridad con la misma violencia antes empleada para defender, como orador, la libertad. El partido liberal no podia perdonarle su política ni olvidar su historia. Comprometido en una série de violencias contra la Universidad y contra la prensa, cayó Gonzalez Brabo del poder bajo los anatemas de la opinion. No olvidó nunca esta caida, en que la cátedra y la prensa tuvieron tanta parte, alcanzando una de esas victorias morales reservadas á las instituciones modernas cuando pueden moverse en los dilatados espacios de la libertad; y vuelto al poder en la última reaccion, iniciada á consecuencia de nuestra última derrota, resolvió tomar ruidosa venganza de la prensa oprimiéndola y de la Universidad despoblándola. En cuanto á los que, por un deber de conciencia, contribuyeron á su caida, todos fueron condenados á muerte. Pero se realizaron sus deseos: mandó á su arbitrio en el silencio y en la oscuridad, sin que una palabra contraria le perturbara, sin que la más ligera oposicion asomase, conservando las apariencias del sistema constitucional como los emperadores de Roma conservaban los nombres de las magistraturas republicanas despues de haber suprimido la Repúlica. Su política estaba resumida en dos frases: combate á la revolucion armada con las armas, y á la revolucion pacífica con las leyes. Comprendo lo relativo á la revolucion armada: es su deber. Pero en esta Europa, donde la mayoría de los gobiernos presentan la soberanía popular como su título, el sufragio universal como su orígen, el cumplimiento pacífico de la revolucion como su destino, el gobierno español ofrecia una excepcion monstruosa, consagrado á comprimir las ideas modernas como aquel tirano persa que azotaba el mar.

El ministerio que Gonzalez Brabo constituyó, era un ministerio insignificante, donde no se oia ninguno de los nombres que formaban como el núcleo del partido moderado. Hasta Sanchez Ocaña, que era el representante en el gobierno de una fraccion tan numerosa como la de Moyano, y de una idea tan popular como la idea de las economías, cesaba, convencido sin duda de que la tiranía es un mónstruo hambriento, el cual necesita tambien un presupuesto incalculable para satisfacer su hambre. El abandono del ministerio de Hacienda por Sanchez Ocaña demostraba que la fraccion ménos reaccionaria del partido moderado no apoyaba á Gonzalez Brabo.

Lastimaba ver un país tan hermoso por su cielo, tan rico por sus campos, tan abierto á todos los productos del comercio por sus costas, tan grande por su gloriosa historia, tan ilustre por los génios dados al mundo en las artes de la paz y de la guerra, tan amable por el carácter de sus hijos, tan sublime por el valor de sus razas; lastimaba verlo reducido á sufrir un gobierno tiránico, que manchaba con su hálito venenoso los huesos de nuestros padres, los cuales se sacrificaron en la guerra de la Independencia y en la guerra civil para darnos los dos primeros bienes de los pueblos: la libertad y la pátria. Pero España enseñaba cuán fatal es una ciega generosidad á cuyos impulsos los pueblos vencedores suelen dejar confiada la custodia de sus derechos á los tiranos vencidos. Caeremos todavía más bajo con el peso del cadáver que llevamos sobre nuestros hombros, hasta que por un esfuerzo supremo consigamos alzarnos á ver la luz y á respirar la libertad, dando á los manes de nuestros padres, tantas veces ilustres domeñadores de la tiranía, el consuelo

de creernos dignos de continuar la obra comenzada en 1808, y de llamarnos hijos de los que redimieron á Europa. Yo lo esperaba aún, y esta esperanza era mi fortaleza en el abatimiento de la derrota y el lenitivo único á los dolores del destierro.

Así en otoño de aquel mismo año sobrevino la revolucion, por no poder España sufrir más tiempo resignada la horrible reaccion borbónica. Tres años hacia que el más absurdo despotismo se implantára entre nosotros. Y no pasó un sólo año sin protesta. Podia sucumbir este nuevo esfuerzo; pero no por eso dejaba de ser digno y honroso ese forcegear contínuo de nuestro pueblo bajo su yugo. No hemos nacido para la esclavitud. La Reina preveia que su política de persecucion no contaba con una grande vitalidad. El vacío ganaba su trono. Olvidando que España quiere, sobre todo, su independencia, trataba de unir la reaccion española á la reaccion europea. A este fin desposó á su hija con un ex-príncipe de Nápoles. Los muertos abrazaban á los muertos en la fosa comun de su historia. En seguida demandaba el auxilio de Napoleon á quien odiára siempre. Cuando la entrevista debia celebrarse, no sin gran repugnancia de parte de las Tullerías, la bomba estalla entre los piés de la mesa del festin ya preparada en San Sebastian para festejar á los huéspedes, á la familia imperial de Francia.

La marina tiene la gloria de haber comenzado la revolucion. Y no se venga diciendo como tantas otras veces que estas son insurrecciones militares, contrarias al honor nacional. Tal idea proviene de una falsa concepcion de la sociedad, y de una série de preocupaciones monárquicas. ¿Pues qué los soldados, tanto de mar como de tierra, no son ciudadanos? Y siendo ciudadanos, ¿han de ver indiferentes que se esclaviza á su pátria, que se persigue á su familia, que se dilapida el tesoro público, que se violan todas las leyes, y se rasga artículo por artículo el pacto sobre el cual descansa la nacionalidad española? Cuando un gobierno quiere ser respetado, comienza por respetar la ley. Cuando una monarquía quiere ser obedecida, comienza por obedecer la Constitucion.

Nosotros teníamos un derecho perfecto, absoluto, aun dentro de aquella legalidad, para negar á la Reina el juramento de obediencia, porque ella habia comenzado por negarnos el juramento de respeto á nuestros derechos. Pero contemos y no discutamos un hecho, cuya justificacion se encuentra en la conciencia universal. Isabel II quiso al entrar el otoño de 1868, aflojar un poco su política de cuerda tirante. Conocia bien que no era posible tirar mucho tiempo de un cuerda podrida. Pero el miedo á una media libertad de prensa que dejara penetrar algun rayo de luz en el calabozo de su poder; y el miedo á una amnistía que pudiera enviarle á vivir á su lado, respirando el mismo aire que ella, á tantas víctimas de su arbitrariedad, le impidieron una inteligencia con el partido conservador que le proponia medidas de reparacion y sentimientos de concordia.

La escuadra de Cádiz, la *Villa de Madrid* y la *Zaragoza*, enarbolaron la bandera de insurreccion. El brigadier Topete se puso al frente. Los generales desterrados á Canarias llegaron á bordo de estos buques. En los primeros momentos, segun unas noticias, Cádiz, ó mejor dicho, el gobernador de Cádiz se negaba á entregar la plaza á la revolucion. Segun otras noticias, la revolucion estaba en Cádiz vencedora. Al mismo tiempo, el general Prim se dirigia á Valencia, á Cartagena. Estas plazas rebosaban de elementos revolucionarios, y debian responder inmediatamente al grito lanzado en Cádiz. El gobierno se encontraba sin ministro de la Guerra. El general Concha (D. José), fué nombrado á última hora para este cargo por la Reina, prescribiéndole una resistencia á toda su costa.

El país estaba cansado de la tiranía insolente que sobre él caia, y aprovechaba aque-

lla ocasion suprema de reivindicar su libertad y de regir por su soberanía los propios destinos. Es necesario para conocer la corriente de esta revolucion, remontarse á su orígen. No hablamos del antiguo, del eterno, de la irremediable contradiccion, del profundo antagonismo entre las ideas de la dinastía y las ideas del siglo. Hablamos del inmediato, de los hechos que lógicamente vinieron á engendrar el hecho capitalísimo de este levantamiento. Un partido se formó en España, como un organismo nuevo de una nueva idea, el partido democrático. La Reina en su ceguera no solamente queria desconocer la idea, sino hasta negar el hecho. Esta manía la heredó de su padre, el cual dió un decreto declarando que no habian existido los tres años del régimen constitucional. Registrad los delirios de los déspotas desde el azote del mar por Ciro hasta los desposorios con la luna de Calígula y no encontrareis en ninguno la idea de suprimir el tiempo. Estaba reservada á Fernando VII. Pues su hija se dió á suprimir un hecho inevitable. El partido democrático no existia. En vano entraban los diputados demócratas en las Córtes, los periódicos democráticos en el palacio de Madrid; en vano desde la Universidad Central, catedráticos muy populares que profesaban públicamente estas ideas, las infundian á toda una generacion; para la Reina los hechos no eran hechos. A cuantos ministros llegaban á su presencia les imponia esta declaracion: la ilegalidad del partido democrático.

Tal locura debia dar sus resultados. Fueron disueltas por el ministerio Miraflores unas Córtes y convocadas otras en el mes de Junio de mil ochocientos sesenta y tres. Los partidos liberales, que habian hecho en la tribuna grande y provechosa propaganda, se preparaban á luchar legalmente en los comicios. El partido democrático, pidió permiso para celebrar una reunion electoral. Los que firmaban la peticion, escritores, abogados, catedráticos, estaban todos en las listas electorales. Pero el ministerio, violando el principio de reunion, dió una Real órden en la cual disponia que solamente facultaba para ejercer este derecho á los electores, á la sazon muy reducidos en número por lo aristocrático del censo. Tal órden mataba la influencia de los oradores sobre las muchedumbres, la influencia de las muchedumbres sobre la opinion, la influencia de la opinion sobre las elecciones. El partido progresista, partido hasta entonces constitucional, presentó una protesta contra la Real órden, anunciando que si no se revocaba, entraria en la abstencion, y que esta abstencion significaba el propósito de apelar á la fuerza contra la fuerza, á la violencia contra la violencia, á la ilegalidad contra la ilegalidad. La Reina pudo salvarse revocando la Real órden inconstitucional; pero prefirió una lucha á una concesion. Los dos partidos liberales se retiraron de las urnas publicando á la vez dos elocuentes manifiestos que la historia registrará como dos muestras clarísimas de la entereza política de España y de su virilidad de carácter. La Reina habia sido advertida á tiempo. Su orgullo iba á ser tremendamente castigado.

Pronto comprendió su error al ver cómo la opinion pública se despertaba. Por aquellos dias murió el promovedor principal del retraimiento, diputado á Córtes por Madrid y director de *La Iberia*, murió Calvo Asensio, que se habia distinguido por una energía de voluntad y una fuerza de conviccion verdaderamente incomparables. Jamás ningun ciudadano tuvo entierro como aquel entierro. Madrid entero se vistió de luto. La Reina se vió obligada á no salir aquel dia de su palacio, porque sólo encontraba rostros amenazadores. Las elecciones estuvieron desiertas. Una comision de los partidos liberales se instalaba á la puerta de los colegios, y notaba con un lapiz los nombres de sus correligionarios, que iban á votar para entregarlos á la execracion pública. Ninguno aparecia. En Madrid, en Barcelona, en Zaragoza, hubo

distrito donde sólo se presentaron veinte y dos electores. Las Córtes nacian muertas. La mayoría de la prensa no daba cuenta de sus sesiones. Algunos diputados se sonrojaban de ir á su asiento como electos por dos docenas de amigos. Mientras tanto, donde quiera que hablaba un orador liberal, acudian las gentes á millares, como diciendo que el Parlamento estaba fuera del Parlamento. Y estos oradores con reticencias, con alegorías, con metáforas, con apólogos, tan fáciles en la oriental lengua española formulaban el pensamiento capital de la revolucion: la deposicion de los Borbones.

Los parlamentos nacian y morian sin ninguna autoridad. Baste decir que fueron disueltos cinco en cuatro años. Entonces la Reina empezó las concesiones. No conocia el carácter del pueblo español. Cuando se ha decidido por una causa la sostiene hasta el martirio. Cuando ha tomado una resolucion, la lleva hasta la violencia. Un ministerio Mon se formó encargado de formular las concesiones. Suprimiéronse cuatro artículos furtivamente introducidos en la Constitucion por una Asamblea reaccionaria. Dióse una ley de Imprenta relativamente liberal. Y en una ley de reuniones, se abolió la malhadada Real órden, orígen de la abstencion. Mas era tarde. Los partidos liberales contestaban á estos halagos diciendo claramente: no elegimos diputados, elegimos conspiradores; no vamos á las elecciones, vamos á la revolucion. La prensa liberal empeñaba con la dinastía una de las guerras más formidables y más brillantes que recuerda la historia. Nada tan digno de estudio como el sentimiento, el calor, la facundia del periodismo español en una época de efervescencia. Unid las austeras convicciones de Armando Carrel con el pintoresco, sentimental lenguaje de Camilo Desmoulins, todo teñido por esos reflejos orientales que da á las ideas la más hiperbólica y la más rica de las lenguas modernas, y comprendereis el periodismo español, nervioso, imaginativo, improvisador, elocuentísimo. Cada artículo era una proclama. El pueblo y el ejército devoraban estos artículos con la avidez propia de una raza entusiasta.

La Reina, viendo que un ministerio Mon nada conseguia, nombró un Ministerio Narvaez como una amenaza. En Setiembre de 1864 tomó este antiguo dictador el poder, acompañado de Gonzalez Brabo, el cual acababa de contraer grandes compromisos con las oposiciones liberales en una série de actos y de discursos tribunicios que aconsejaban á la dinastía refugiarse en el liberalismo. Su orgullo era tal, que se lisonjeaba con sacar á los liberales del retraimiento. Apenas entró por las puertas del poder, disolvió las Córtes, y ordenó que durante los tres meses del período electoral en que debian nombrarse las nuevas, no se recogiese ni se denunciase ningun periódico. Mas los periódicos aprovecharon aquellos noventa dias de libertad para afirmar el retraimiento y desacreditar la dinastía. Jamás ningun rey, ni Cárlos I, ni Luis XVI, han oido en el trono lo que ha oido doña Isabel II.

Seria digno de la historia el recoger aquellos artículos y el mostrar cómo sus ideas, cómo sus frases mellaron la corona y destruyeron el trono de doña Isabel II de Borbon. Celebrábase el aniversario de la muerte de Fernando VII, y era costumbre antigua el pronunciar en la Capilla de Palacio el sermon de sus honras fúnebres. Los predicadores, por regla general, lanzaban sobre la maldecida memoria del muerto, en obsequio á su hija, desde lo alto del púlpito el incienso de la adulacion y de la lisonja. Puede decirse que jamás la Cátedra del Espíritu Santo fué por tan extraña manera profanada. La prensa liberal, en el mismo dia del aniversario, á la faz de su hija asentada en el trono, levantaba el sudario que cubria la asquerosa figura de Fernando VII, y la mostraba en toda su horrible desnudez. Merecen citarse para conocer el valor de la prensa, alguna de aque-

llas oraciones fúnebres que la cátedra de la revolucion oponia á la Cátedra del Espíritu Santo, convertida en centro de la lisonja cortesana.

«Hoy hace treinta y un años que expiró este rey funesto; este rey que ha manchado nuestra historia y ha envilecido nuestra política. Todos los años, la adulacion servil que no muere nunca, suele arrojar desde lugares donde solo debia oirse la voz de la justicia, á manos llenas, flores sobre su maldecida memoria, como si el incienso de la adulacion pudiera contrastar el hedor que exhala siempre la asquerosa tiranía. Es preciso que la historia no calle, porque la historia es la conciencia de la humanidad: y entiendan los que no la temen, que su justicia es implacable, y sus castigos eternos. Espiraba en este dia el hombre funesto, sin amigos, divorciado del partido en cuyas aras lo sacrificara todo, desobedecido por su hermano mayor, abominado de la teocracia á quien sirviera, oyendo los gritos de los liberales en armas á las mismas puertas de su palacio, y de los facciosos en armas á las mismas puertas de su monarquía; dudando de la suerte de su esposa y de sus hijas, viendo aparecer sobre su lecho de agonía, los destellos de la revolucion que habia creido apagar con sangre; corrompido por gangrenosos males su cuerpo, y por la desesperacion su alma: todo podredumbre. Jamás se conoció rey que haya sido tan cruel como Fernando VII. Quince mil expatriados en 1814; veinte mil en 1823; seis mil españoles sacrificados por sus venganzas en los cadalsos; doscientos cincuenta mil muertos por sus errores en los campos de batalla, ya en mar, ya en tierra, dicen cuán grande y cuán negra debia ser la mancha de sangre con que aquella alma se presentaria ante el juicio de Dios.»

«Nacido en una córte corrompida, su conciencia no tuvo un dia sereno. Sus primeros enemigos fueron ¡qué horror! sus padres. Contra ellos dirigió las primeras asechanzas de su carácter; sobre la humillacion y la vergüenza de ellos alzó sus primeras ambiciones. Oyó los consejos de un sacerdote infame: convirtió su córte en conciliábulo; armó los frailes; conspiró con embajadores extranjeros; contó al capitan del siglo hasta debilidades que debia ocultar por propio decoro; pidióle sus princesas por esposas; desconoció la autoridad de aquel de quien recibió la vida y debia recibir la corona; y al fin de toda esta trama, pudo ver la ancianidad de su padre ultrajada, la independencia de su pátria vendida, el extranjero en el sólio, su corona en el suelo, y su pueblo en la servidumbre.»

«¿Qué hubiera hecho un príncipe digno de mandar en España? Caido en la celada que su propia ambicion preparó, y que Napoleon aprovechara con tanto arte, erguirse y protestar contra la violacion de su pátria, contra la usurpacion de su corona. ¿Qué hizo Fernando VII? Mientras el pueblo español abrazaba ¡pueblo mártir! el sacrificio más glorioso que recuerda la historia; mientras la guerra desataba sobre nuestro suelo todos sus furores, y el hambre consumia poblaciones enteras; mientras la sangre rebosaba en los bordes de la Península, y el incendio oscurecia nuestro claro cielo; mientras Madrid caia en el Dos de Mayo á los golpes arteros de la traicion, y Alicante y Cádiz veian pasar sobre sus hogares las bombas francesas, y peleaba desarmada Valencia, y sucumbia sobre montones de cadáveres Tarragona, y diez mil españoles morian entre los escombros de Gerona, borrada casi del suelo, y se suicidaba Zaragoza, y los campos sólo guardaban cadáveres insepultos, y el aire los miasmas de la peste, todo por Fernando, ¡ah! Fernando, sin ver las sombras de los mártires, las escuálidas mujeres que, como las madres de Jerusalen, sólo con sangre podian lactar á sus hijuelos; Fernando escribia á Napoleon felicitándole por sus victorias, demandaba á José I una banda de la órden que habia fun-

dado en España; y entre fiestas, saráos, conciertos, iluminaciones, bailes sin fin, brindaba agitando la espumosa copa en la mano, con estas palabras: *por nuestros augustos soberanos el grande Napoleon y María Luisa su augusta esposa.* Tácito no registra un hecho análogo á este en sus anales; no lo recuerda Suetonio; no lo han referido ni los historiadores de la historia augusta en aquellos últimos dias de la decadencia de un mundo, en que tantas manchas aparecieron sobre la faz lívida de la civilizacion clásica.»

«Tenia en el ánimo de Fernando VII la ingratitud su propia habitacion. Libre en 1814 por los heróicos sacrificios del pueblo español, ¿qué debió hacer? Ocultar con sus liberalidades las miserias del cautiverio. ¿Qué hizo? Mostrarse más enemigo del pueblo español que los extranjeros vencidos. Su primera idea fué borrar el código á que fiaban los españoles la libertad; su primera accion encarcelar á los que habian escrito ese código y evocado esa libertad. Doce mil españoles sufrieron la pena de proscripcion. Para todos los hombres más ilustres de España fué la libertad de Fernando VII señal de cautiverio. Todos los que podian enaltecer al país estaban en el destierro ó en la cárcel. El poeta clásico Gallego; Quintana, nuevo Tirteo de la independencia nacional; Argüelles, de cuyos lábios comenzó á brotar la elocuencia política española; Muñoz Torrero, que esparció con su soplo las cenizas de la inquisicion; Moratin, nuestro primer dramático de aquel tiempo; el dulcísimo Melendez; Lista, Marchena, Mora, restauradores de las letras, todos gemian en el destierro ó en la cárcel, como si la luz gloriosa que despiden sus aureolas hiriese los ojos del déspota. La crueldad era tanta, que no perdonaba ni á las familias de las inocentes víctimas. La mujer que hubiera cumplido con su deber, acompañando á su esposo en la emigracion, era castigada como criminal y quedaba para siempre fuera de España. Así la tiranía que se cree en su soberbia, imágen de Dios, castiga como crímenes las virtudes que Dios premia con premio inmarcesible. ¡Y si hubieran sido estos solamente los horrores de aquella época!.... Porlier, soldado de la independencia, es bárbaramente inmolado. Lacy tambien; los que oyeron el ruido de las armas en el dia de los conflictos, sólo oyen el ruido de los cerrojos en el dia de la victoria; la inquisicion renace, y Fernando VII quiere emular á Felipe II; fúndase una órden para enaltecer el Santo Oficio; vuelven los jesuitas; levanta La Bisbal una horca permanente en Medio de Cádiz; arroja Elío una turba de asesinos sobre Valencia; los capitanes generales organizan ejércitos de esbirros; el fraile Ostolaza pronuncia sermones y publica libros en que habla de los triunfos recíprocos ¡oh blasfemia! de Dios y de Fernando VII; y una vil canalla, hez de la sociedad, carne de los presidios, alimentada por los frailes, y por los frailes movida, puñal en mano, se desata como legiones de furias, en pos de víctimas liberales que ofrecer al hambre voraz del despotismo.»

«Pero la revolucion en el siglo décimo-nono está, ó suspensa, ó eclipsada; no vencida. Renace en 1820. El rey cae á sus plantas! ¡Cuántas perfidias para combatirla! ¡Cuántas iniquidades para vencerla! Juró la Constitucion de Cádiz con rostro sereno, como si no hubiera cometido ninguna felonía con la causa de la libertad. Rey constitucional, no lo fué nunca. Odiaba á sus ministros, y entre dientes llamábales mil veces presidiarios. Resistíase á sancionar las leyes más liberales y convenientes al país. Decretaba nombramientos que no tenian al pié la firma del ministro como mandaba la Constitucion. Leia en la apertura de las Córtes discursos contrarios á los que habia redactado su gobierno. Presidia las sociedades secretas del realismo. Usaba dos lenguajes, uno humilde cuando le poseia el miedo, y arrogante otro, cuando le poseia la esperanza. Enviaba emisarios á fomentar

las discordias entre los liberales, y emisarios á procurarse auxilio de los déspotas. En el 7 de Julio alentaba á los guardias contra el pueblo, cuando los creia vencedores, y despues al pueblo contra los guardias, cuando los vió vencidos. Con mano aleve rasgó las glorias de la independencia que no eran suyas, maquinando para que vinieran los soldados franceses á vengarse en el Trocadero de las afrentas de 1812, y á mancillar así nuestro glorioso nombre.»

«Y desde el punto en que recobró su poder absoluto, el terror recobró tambien su imperio en nuestro suelo. ¿Quién no recuerda 1823? Los delatores señalaban con sangre las casas de los liberales, como para consagrarlas al esterminio; los claros varones defensores de la pátria, ó pisaban el cadalso, ó el destierro, ó el árido camino de la mendicidad; el sistema de purificaciones, sistema no conocido por Tiberio, escudriñaba hasta los secretos del corazon, hasta el silencio inviolable de la conciencia; condenábase á más de cien mil personas, por afectas al régimen liberal, á no acercarse en quince leguas ni á la córte ni á los sitios reales; se daban instrucciones para que muriesen los reos de lesa majestad, y se declaraban reos de lesa majestad á los que habian proferido alguna palabra contra la tiranía, ó habian mirado con tristes ojos el sitio donde se levantaba la lápida de la rasgada Constitucion; cinco liberales eran ahorcados en un sólo dia en Madrid; diez en la Coruña; treinta en Almería; trescientos en Tarifa; un ciudadano llamado Alfaro en Valencia, por haber dicho en estado de embriaguez, viva la libertad; Moreno Solano y Ferretí en Murcia, por haber loado el régimen representativo; y en Barcelona, en el silencio de la ciudadela, en aquellos húmedos y oscuros calabozos, caian sagradas cabezas á la voz del conde de España, como si la muerte únicamente hubiera podido nivelar este suelo de libertad para que sobre él se asentase la tiranía. No podemos continuar. El ánimo se abate al recordar tristezas que han amargado los dias de nuestros padres, qne han cubierto de luto nuestra misma cuna. Nos hemos propuestó conservar vivo el horror á los tiranos, y estos hechos bastan. Decia un historiador contemporáneo, hablando del entierro de Fernando VII: «Al »bajar al panteon el féretro, rompieron con »él una grada de piedra para que hasta su »muerte causase ruinas; y durante la última »ceremonia, era tal el hedor, que la comitiva »no podia resistirlo, y algunos indivíduos se »desmayaron. Imágenes vivas del reinado de »Fernando; porque en el sepulcro, exhalados »las aromas de la lisonja, sólo queda la ver»dad, y la verdad de la tiranía es toda cor»rupcion.»

La Reina se indignaba de que la prensa tratase á sí á su familia; veia en aquellas palabras ultrajes á su nombre, á su raza, á su historia; y demandaba á todas horas la represion y la censura. El gobierno, deseoso de desarmar á los partidos revolucionarios y llevarlos de grado á la legalidad, aunque en el fondo del alma deseaba tiranizar á la prensa, no se atrevia á realizar su deseo, por miedo al retraimiento. Así mantenia una política verdaderamente imposible, una política de tirantez al par con la Reina, con la córte y con los partidos liberales.

Para contrastar las corrientes absolutistas de suyo desencadenadas, el gobierno llama á la reina Cristina que en la tristeza de aquellos tiempos y en la oscuridad de aquella reaccion, representaba con mayores títulos el único elemento liberal y la única influencia liberal que podia penetrar en el sagrado de Palacio.

Nacida Cristina en una córte donde el derecho divino estaba en grande predicamento; esposa de un rey que á una llamarán tirano, y tirano odiosísimo todos los siglos, por la revelacion de sus entrañas de madre, fué sin embargo, liberal, buscando en el fuego de la revolucion, no la vida de su pueblo, sino la corona de su hija. Movida por este santo in-

terés, por este sublime egoismo, la reina Cristina jamás comprendió la libertad tribunicia de los tiempos modernos, la que, arrancando del fondo del alma, se cree superior á todo privilegio, y estima que la humillan las concesiones y los favores de los reyes. Esto es tan cierto, que en aquel mismo momento de su mayor gloria, de su mayor popularidad, cuando soterraba á los apostólicos y abria las puertas de las Universidades á la ciencia, las puertas de la pátria á los liberales, como si pudiera con sus rosados dedos trazar un límite al espíritu, ó con su dulce sonrisa aplacar la revolucion, decretaba que no se cambiaria nunca, y ménos por su voluntad, la forma de gobierno en España. Es más, muerto el rey, comenzada su regencia, amenazando desde Portugal D. Cárlos, concentrados los ódios de los apostólicos sobre su frente, próxima la régia cuna donde dormia su hija á flotar sobre mares de sangre, abierta casi la guerra civil, cerrada toda esperanza de acomodamiento con los carlistas, aun persistia la reina gobernadora en que la nacion llevase la coyunda de la monarquía absoluta, y vertiese su sangre antes por los derechos de los príncipes que por sus propios derechos.

Las ideas pueden más que las voluntades de los hombres; el espíritu humano es más fuerte que aquellos que se creen sus dominadores; y á pesar de las negociaciones de la reina Cristina, á pesar de sus esfuerzos, la revolucion subió las gradas de su trono, y estendió su tromba de fuego sobre aquella hermosísima cabeza. Cristina vió asaltada su cámara por unos soldados que le arrancaban un juramento; vió los liberales volver en su contra las armas; vió en tierra los ministros nombrados por su autoridad soberana; vió disperso el partido moderado que forjara en su palacio; vió la democrática Constitucion del doce, arrancarle el veto absoluto, sembrar de ayuntamientos republicanos la Península, ahuyentar y esparcir los próceres, y poner en el trono la imágen augusta del pueblo, representada por unas Córtes soberanas y constituyentes. La revolucion, siempre generosa en España, guardó á la reina gobernadora toda suerte de consideraciones. Aunque el artículo ciento noventa y dos de la Constitucion del doce prescribia que la regencia se compusiera de tres personas, las Córtes dejaron la regencia en manos de doña María Cristina. Algunos diputados protestaron contra el quebrantamiento de la ley, como los por tantos títulos ilustres Gorosarri y García Blanco, y el pueblo mismo oyó con desagrado sus protestas.

Y sin embargo, para la reina madre la revolucion fué siempre un enemigo. El dia en que iba rodeada de su córte, con su hija de la mano, á presentarse ante la Asamblea, sus cortesanos, su mismo secretario, escribian un artículo escandaloso en que llamaban conciliábulo á la representacion nacional, esclava á la reina, turba de sangrientos demagogos á los legisladores, sicarios á los milicianos que acababan de ahuyentar de las puertas de Madrid á D. Sebastian, y juramento inútil, por forzado, al que iba á sellar el Código de 1837. En efecto, cuando volvia á su palacio, llevaba ya la reina decidida la suerte del partido liberal, y decretada su proscripcion del poder. Auxiliábanla en ello mucho las reaccionarias disposiciones que en materia electoral tomaron las Córtes del 37, malbaratando el sufragio popular por el censo. Pronto volvió el partido moderado, fijo el pensamiento en robustecer la autoridad de Cristina, y en matar los libres municipios. No comprendieron ni la reina ni su partido que aquellos municipios habian, durante la guerra civil, salvado la libertad. Con la grande autoridad que ejercian, con la milicia nacional que mandaban, con el voto popular que les servia de escudo, renovaron las hazañas de Zaragoza y de Gerona en Ceniceros, Gandesa, Bilbao y Lucena. Herirles era herir la revolucion en la frente. La reina los hirió, y al poco tiempo tocó las consecuencias de tamaño atentado; el

país se sublevó en su contra; cada Ayuntamiento fué un foco de revolucion; cada miliciano nacional un enemigo de la señora que les habia dado el nombre de Cristinos; y un dia, siempre memorable, vió á la reina más popular, que ha habido en el presente siglo, huir de su pátria, dejar su corona, abandonar sus hijas, y lanzarse entre el tumulto de las olas y de las maldiciones populares á extranjeras playas.

Para que volviera se sublevó O'Donnell, y se sacrificó Leon; para que volviera se entabló el proceso de Olózaga; para que volviera cometió Gonzalez Brabo su traicion política, y comenzó Narvaez sus primeras venganzas; y volvió en efecto, saludada, festejada como en los primeros dias de su reinado, entre nubes de incienso, entre palmas y flores, á ser el espíritu y el corazon, el alma y la vida del partido moderado. Pero ¡ah! la habia abandonado la aureola popular que llevara en sus sienes. El pueblo no conocia del partido moderado más que su hermoso símbolo; no miraba la idea, miraba la mujer que parecia representarla como un simulacro, como una estátua. Todos los desórdenes de los once años, los fusilamientos sin formacion de causa, la violacion sistemática de los hogares, las cuerdas á Filipinas, las horribles proscripciones que emulaban las de Sila, el despilfarro de los caudales públicos, la inmoralidad gangrenosa, los escándalos de las concesiones de ferro-carriles, los empréstitos ruinosos, la anarquía electoral, las amenazas de golpe de estado, todo fué á recaer, por culpa del partido moderado que profanó su nombre, sobre la cabeza inviolable de la reina madre. Así, el gobierno revolucionario de 1854 le prestó un gran servicio proscribiéndola; y así decia con elocuencia verdaderamente sublime desde Monte-Mor á su hija: «dos veces te he salvado, hija mia; una por el amor, otra por el ódio de los españoles.»

¿Quién habia de creer que las locuras de la reaccion llegasen á ser tantas y tales en estos últimos años, sobre todo en 1864, que dieran motivo á muchas gentes para reclamar el regreso de la reina Cristina como contraste á la influencia de los viejos apostólicos? Pero apartando esto á un lado, consideremos cómo se dejó la reina Cristina España, y cómo la encontraba. En apariencia nada habia cambiado. El mundo oficial era casi el mismo, y las mismas las instituciones. Sin embargo, si quitando los ojos de lo exterior, fijábalos la reina Cristina en lo interior de los sucesos, ¡cuántos y cuán profundos cambios! En vano habria buscado en esas llanuras de Castilla, asiento de la lealtad monárquica, el pueblo entusiasta que iba desalado á recojer una mirada de sus ojos, una palabra de sus labios. Ese pueblo habia vestido ya la toga viril. En vano habria buscado aquella juventud moderada de 1843, en cuyo pensamiento se encerraba la inteligencia que iba á dar vida á la escuela doctrinaria. La juventud, aleccionada en más sublimes doctrinas, comprendiendo que no vive si no deja de sí un reflejo en la historia, y que no deja un reflejo en la historia si no abraza una nueva idea, éstaba consagrada completamente á la causa de la libertad. En vano tambien habria buscado aquella uniformidad con que los antiguos partidos liberales invocaban un sólo nombre. El partido liberal, el que recogió en sus manos la corona de Isabel II, el que llenó de gentes y de entusiasmo las filas de la milicia nacional; aquel partido que hizo la guerra é hizo la paz; estaba proscripto, estaba maldecido; y desde el monte Aventino señalaba con seguridad la sangrienta nube que á más andar venia sobre nuestro cielo preñado de tormentas. Y lo más nuevo, y lo más extraño ciertamente que la reina Cristina habia encontrado en su camino, era este partido democrático, ayer desconocido, hoy fuerte; ayer tenido por un delirio, y hoy oxidando con sus ideas hasta la inteligencia de sus enemigos; partido que sin necesidad de tocar las regiones del poder, sin

apoyo oficial, perseguido por las calumnias que acompañan á todos los adeptos de las nuevas ideas, detenido en su camino por los inmensos é ímprobos trabajos que cuesta crear un nuevo dogma, subyugaba todas las inteligencias, atraia todos los corazones, y guardaba en su seno las esperanzas únicas de renovacion y de progreso que acaricia nuestra envejecida sociedad.

La reina Cristina, que asistiera al nacimiento de una nueva forma social, debió ver en todas estas ideas que cruzaba por su mente una muy triste enseñanza, la enseñanza de que la forma social por ella iniciada, el sistema doctrinario por ella sostenido, estaban heridos de muerte.

Por eso el periódico democrático que á la sazon publicábamos en Madrid, le dirigió el dia de su llegada en el invierno de 1864 estas palabras:

«Pero ¡ah! señora, que así se realiza el progreso de la historia. Los hombres que ayer eran grandes esperanzas, mañana apenas son recuerdos. El mundo marcha devorando en su febril actividad, ídolos, coronas, dinastías. Cuando V. M. ha vuelto á Francia, ¿qué ha encontrado de aquella dinastía de Luis Felipe, que dictaba leyes al Mediodía de Europa? Cuando V. M. ha ido á Italia, ¿qué ha encontrado de su propia dinastía? En cambio habrá encontrado por todas partes renovacion de ideas, renovacion de instituciones. ¿Qué mucho, pues, que esas leyes misteriosas de la Providencia se cumplan en todas partes? Sentimos nacer, señora, bajo la maldicion de aquellos que, como V. M., enjugaron las lágrimas de nuestras madres y abrieron el hogar de la pátria á nuestros padres. Pero no tiene remedio. Toda nueva revolucion nace maldecida por la revolucion que la ha precedido. Aceptamos la maldicion de V. M.; creemos merecerla y adoramos la Providencia que ha querido que la historia del mundo sea la historia de la libertad.»

La Reina Cristina desde el punto en que llegó á Madrid, empleó todas las seducciones de su conversacion y todos los medios de su influencia, para persuadir el ánimo de su hija, siempre inclinado al gobierno personal, á que diese alguna esperanza á la libertad y á los liberales. ¡Inútil empeño! Despues de algunos dias de lucha constante entre hija y madre, en que nada valieron ni consejos ni advertencias, ésta se retiró desesperadísima, y penetrada firmemente de la proximidad de inevitable catástrofe. Así pudo decir un periódico democrático que al irse la Reina madre á visitar otra de sus hijas, creo que hácia Astúrias, divisaba desde su wagon los campos cercanos á Madrid cubiertos de nieve, y sobre la nieve, destacándose como sombras, los espesos muros, las altas torres y la gallarda rotonda del Escorial. Y ante este espectáculo ofrecido por la naturaleza y por el arte; ante estos campos que parecian cubiertos por blanco sudario, silenciosos como la muerte, y aquella tumba de tantas grandezas caidas, de tantos antiguos reyes, siniestro presentimiento pasó por su corazon, ideas siniestras por su inteligencia, y cubriéndose el rostro con ambas manos exclamó entre sollozos: ¡Oh Escorial! no reposarán, no, en tus marmóreos mausoleos, ni mis huesos ni los huesos de mis hijos!

Quien ejercia entonces influencia preponderante en la córte, era D. Sebastian, el príncipe venido de la emigracion, de su residencia de Nápoles, cuando estaba próximo el destronamiento de aquella dinastía, y consagrado por completo á recibir algunos millones á que llamaba atrasos, y que eran el importe de cuanto hubiera cobrado, si no abandona la causa de Doña Isabel II para abrazar la causa de Cárlos V. Pero venido á una monarquía constitucional, no olvidaba su bandera absolutista, intrigando perpetuamente para que las instituciones, vencedoras en los campos de batalla, se desnaturalizasen y se perdiesen por completo en los consejos del gobierno. Esta extraña ingerencia,

este anormalísimo influjo de un general carlista, de príncipe rebelde en el Palacio, donde solo debia albergarse la imágen de la libertad, perdia á cada momento más á la familia reinante, y condensaba sobre su ungida cabeza todas las cóleras del pueblo. Cuando fué jurada heredera del trono la reina Isabel, juróla el infante D. Sebastian. Pero despues se pasó al campo de D. Cárlos, y desde allí combatió lo mismo que habia jurado, y puso particular empeño, su espada, sus fuerzas, su nombre, su sangre, toda su autoridad, todo su poder en salvar las instituciones antiguas, los frailes, la amortizacion, el absolutismo, y ceñir una corona á las sienes del príncipe rebelde. Él vino, ¡él! casi á las puertas de palacio cuando las Córtes discutian la Constitucion de 1837, cuando el cólera diezmaba á Madrid, cuando se mecia en la cuna una reina niña, que no tenia para su defensa más que un escudo, el pecho de los liberales. El infante D. Sebastian, segun dijo entonces y repite hoy la historia, se proponia entrar en las Córtes, y ahorcar á los diputados. No pudo cumplir su propósito, porque Dios decretó la victoria á favor de los enemigos de D. Sebastian de Borbon, á nuestro favor, que habiamos visto violados nuestros hogares y perseguidas nuestras familias por las tropas de que era generalísimo el infante.

Fué á Nápoles á pasar los dias de su emigracion. Allí vivió en la córte más absolutista de toda Europa. Allí comió el pan del rey que le decia á Luis Felipe en una carta, que jamás transigiria con el régimen constitucional, por considerarlo funesto para su raza, funesto para su familia. Allí pudo ver los tormentos, pudo oir las quejas de los liberales perseguidos, de áquellos esqueletos errantes, cuyo martirio denunció á Europa atónita la conciencia de Gladstone. Respecto á nosotros, respecto á España ¿qué hacia aquel rey, qué hacia aquella córte donde el infante D. Sebastian se encontraba? Sostener, avivar constantemente, con todos los medios posibles, la conspiracion carlista. Con sus recursos y con sus escitaciones, venia Cabrera, sí, Cabrera en persona, á incendiar nuestros caseríos, á inmolar á los defensores de la libertad que aun quedaban por nuestras montañas. Allí estuvo el infante D. Sebastian hasta la muerte del rey.

Muerto el rey quedaba en el Trono su hijo, inexperto, desarmado, expuesto á todas las iras de la revolucion, víctima inocente destinada á pagar las iniquidades de su padre. Grande ocasion se ofrecia entonces al infante D. Sebastian para pagar los favores recibidos, para sostener á su familia en tan amargo trance, para encerrarse con aquel rey sin corona en la fortaleza de Gaeta, como se habia encerrado en su palacio de Nápoles, y sucumbir con una dinastía, pudiendo decir la frase que los absolutistas de ahora repiten: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.* Pero no, prefirió venirse entre nosotros. No sabemos lo que trajo, pero sí sabemos que se llevó á su casa los cuadros más bellos de nuestro Museo nacional, la rica encomienda de la órden de San Juan; algun millon del presupuesto, demandando despues á nuestra esquilmada Hacienda treinta millones de atrasos. Decidnos, ¿qué más consiguiera el infante D. Sebastian, de haber triunfado D. Cárlos?

Y lo peor del caso estaba en que no eran muy claros los derechos del infante D. Sebastian. El Sr. Olózaga dijo en la tribuna que llamaria siempre al infante D. Sebastian ex-infante, porque fué espulsado del reino por una ley, y solo por una ley podia ser admitido: que no tiene poder un decreto para derogar las leyes. «Sea de esto lo que quiera, exclamaba á la sazon un publicista, reciba el infante D. Sebastian y consuma sus treinta millones. Y será bien que los paguen los héroes de Cenicero y de Gandesa; los propietarios que vieron sus casas incendiadas por la faccion; las viudas y huérfanos de los que cayeron en Morella, en Ramales, en Madrid; los defensores del trono de Doña Isa-

bel II. Todo esto se merece el generalísimo de los facciosos, el brazo derecho de D. Cárlos, y todo esto debe pagarlo nuestra eterna candidez.»

Hablábase mucho en aquellos dias de una conversacion habida entre la Reina Isabel y la Reina Cristina. Habia encargado ésta á cierto pintor un cuadro, que evocaba glorioso recuerdo, la revista pasada entre sus dos hijas á la Milicia Nacional, cuando las tropas del Pretendiente asediaban á Madrid mandadas por el Infante D. Sebastian. La escena sucedia en los altos del Retiro, tras la frágil tapia opuesta á la invasion absolutista, entre la arboleda, viéndose á lo lejos, en lontananza, los grupos de los carlistas, entre los cuales caracoleaba airoso ginete el Infante, anhelando cumplir un juramento; el de colgar á los diputados que le despojaran de sus encomiendas, de sus honores y de sus títulos.—¿Te acuerdas, preguntó Cristina á Isabel, te acuerdas de este dia?—Me acuerdo mucho, dijo la Reina. Hasta me acuerdo que miré con unos anteojos de teatro y ví que mi tio Don Sebastian montaba un caballo blanco por las cercanías de Vallecas.—¿De veras? volvió á preguntar la Reina Cristina. Pues no sabia que tuvieras tan buena memoria.

El epígrama corrió por todo Madrid y alcanzó gran fortuna, y fué pasto por muchos dias de la implacable oposicion que se ensañaba en la córte. ¡Memoria! ¡Cuántos de aquellos milicianos, que temblaban de entusiasmo al aproximarse la régia carretela; que veian en la matrona la imágen y en las tiernas niñas la esperanza de la libertad; que oponian sus pechos como escudo entre el usurpador siniestro y la inocencia; que abandonaban hogar, familia, para pelear y morir por su Reina, héroes y mártires de supersticioso entusiasmo; cuántos de aquellos debian ir más tarde, víctimas de negra ingratitud, en barcos apestados, por los inmensos mares, á merced de la tempestad y de las ondas, á morir en la zona tórrida, de fiebre y de nostalgia, enviados por la misma niña á quien habian defendido y salvado, santa imágen de la libertad en la cuna, Euménide de la reaccion en el trono!

Así es que todo el mundo gritaba: *Delenda est Cartago.* Y esta expresion significaba: abajo la dinastía.

«¡Qué decadencia! Despues de medio siglo de revoluciones, decíamos entonces, la palabra muda, la imprenta rota, la cátedra herida, el derecho de reunion proscripto; y sobre este mundo de la electricidad y del vapor, las sombras del histerismo monástico del siglo décimo-sétimo; y sobre el ruido de las máquinas, sobre el rechinar de la imprenta, los conjuros y los sortilegios de los tiempos del fanatismo, *Delenda est Cartago.*»

«Hemos hecho los mayores esfuerzos para libertarnos de este fanatismo, y nada hemos podido. Hemos vuelto á conquistar la tierra pátria, heredada de nuestros abuelos en la guerra de la Independencia; hemos visto la generacion entera del 23, la generacion de nuestros padres, cuya sangre llevamos en las venas, cuyos dolores llevamos en el alma, la hemos visto, como los hijos de Polonia, proscripta y casi aniquilada; hemos sustentado una guerra civil que salpicó de sangre nuestra cuna; y despues de haber triunfado de tantas luchas, no sabemos qué mala raiz queda al pié del árbol de nuestras libertades, que sus frutos son sabrosos para los realistas vencidos, y de muerte para los liberales vencedores. *Delenda est Cartago.*»

«Levantamos la libertad y la pátria en 1812, y nuestros enemigos nos dieron por libertad una cadena, por pátria un calabozo. Volvimos en 1820 á triunfar, y nuestros eternos enemigos entregaron la Constitucion á los franceses, y sus salvadores al verdugo. Tornamos con otro esfuerzo en 1836, y nuestros eternos enemigos nos espulsaron nuevamente, riéndose de las leyes que habian jurado. Vencimos por la revolucion en 1840, y fuimos ven-

cidos por la intriga en 1843. De nuevo triunfamos en 1854, y de nuevo fuimos sacrificados en 1856. Y si nuevamente consintiéramos un 1814, un 1823, un 1843, un 1856, bien podia decirse que el partido liberal en España tenia ménos instinto de conservacion que el infusorio ó el zoófito, y que era una raza de suicidas. *Delenda est Cartago.*»

«Entre nosotros y Europa media un abismo. La nacion que llevó al aterído seno de la Edad Media el calor de la ciencia oriental, tiene por toda ciencia las cenizas del neo-catolicismo; la nacion que interpuso su pecho entre las hordas del desierto y la civilizacion europea, está hoy fuera del coro, lejos de la legion sagrada de los pueblos libres; la nacion que descubrió el Nuevo Mundo, ha reconocido el bárbaro imperio galo-tudesco que profana el Nuevo Mundo; la nacion que protestó contra el desmembramiento de Polonia, y dió su código al Piamonte y á las Dos Sicilias, y despertó el sentimiento de la independencia en el seno de Grecia, esta nacion que bien puede llamarse de mártires de la libertad, parece hoy una nacion de esclavos del neo-catolicismo. *Delenda est Cartago.*»

«No es posible aquí la imprenta libre; no es posible la tribuna libre; no es posible el derecho de reunion libre; no es posible ninguna, absolutamente ninguna de esas libertades, que son la honra de los pueblos modernos, que son el alma de la civilizacion, que son el resultado primero del progreso. *Delenda est Cartago.*»

«Cuando consideramos estas cosas; cuando vemos las camarillas que influyen, la política que nos envilece, los comicios que se usan, la corrupcion electoral que crece, las bandas de apóstatas que se lanzan sobre el país como los cuervos sobre el cadáver; los conventos convertidos en asamblea, y las asambleas convertidas en conventos; cuando vemos todo esto, las alas del corazon se caen; y si fuera estrella nuestra que hubiese de durar mucho tiempo, bien podiamos abandonar, no solamente los comicios, no solamente la prensa, sino tambien la pátria, esta tierra que guarda los huesos de nuestros padres, la pátria, para ir á buscar, como los puritanos de Inglaterra, en cualquier rincon del mundo, otra tierra donde pudiéramos recibir el único rayo de sol que llega hasta las profundidades del espíritu; el rayo del sol de la libertad. *Delenda, delenda est Cartago.*»

Uno de los asuntos que más escandalizaban á la opinion, era el influjo de cierta monja célebre en los consejos de la política y en los salones de palacio. Esta mujer extraña, de cualidades excepcionales, de alguna belleza, de magia en el decir, de rara habilidad en las intrigas, fascinadora y supersticiosa, capaz de resucitar los sueños históricos del claustro y las alucinaciones del misticismo; pretendia con descaro que se maceraba con vigor, y que Dios, en premio á sus virtudes, á sus maceraciones, á su penitencia, le habia estampado las llagas en su cuerpo, las mismas cinco llagas que destilaron la sangre divina de la redencion, desde las cimas augustas del Calvario.

En el mundo de la Edad Media, cargado el aire con los aromas del misticismo, empapadas las conciencias de ideas religiosas, vivas por todas partes y lucientes las señales augustas del milagro, verificado por el poder de lo sobrenatural y sucedido en el inmenso espacio de una fe sin límites, podia y debia extraordinario jóven, orador elocuentísimo, que llegaba con la espada invisible de su palabra á penetrar en los mas empedernidos corazones; poeta tierno y dulce que oia el diálogo del astro con el astro, del rocío con la flor, del ave con su nido, y lo trasformaba en coro de oraciones á Dios; místico soñador y extático, para quien las cosas creadas se trasparentaban al contacto de la luz increada; podia muy bien despues de haber dicho adios al mundo y sus placeres, despues de haber sacrificado una gran riqueza, despues de haberse recluido en triste apartamen-

lo, sentir por la contemplacion extática, por las visiones magnéticas, y hasta experimentar que las cinco llagas de Cristo se estampaban en su cuerpo mortal, y le anunciaban como hondas heridas del alma saliendo á la superficie de su sér, que llegaba la hora de fundar aquella gran democracia cristiana, menospreciadora de las gerarquías y de la fuerza en medio del feudalismo, y que debia traer así á la sociedad como á la religion luz de nuevas ideas, sávia de consoladoras esperanzas.

Pero una mujer de mundo, experta en cosas terrenales, ducha en cortesanas intrigas, jefe de partidos políticos, sintiendo en el claustro ruinoso del siglo décimo-nono, claustro carcomido por la duda y calcinado por la revolucion fenómenos místicos, solo posibles, como el mito religioso, como la historia poética, allá en los tiempos de la fe, era cosa bien singular y extraña, más propia de la jurisdiccion de los tribunales, que de la jurisdiccion de los críticos. Y sobre todo, las cinco llagas se estampaban en sus miembros cuando la guerra civil ardia en los campos, no como resultado de la congoja, de la angustia que debia asaltar á un alma mística, al escuchar el rumor de las batallas, el crujido de los incendios, el resuello de los combatientes, el estertor de los moribundos; las cinco llagas se estampaban en su cuerpo, como si fuera su cuerpo papel de prensa carlista, para anunciar al mundo que Isabel II ni hija era de Fernando VII, y que el derecho divino estaba por ende vinculado en la persona y en la autoridad de D. Cárlos. Estas profecías dichas con escándalo general allá en 1839 excitaron la curiosidad pública, y por consecuencia trajeron la intervencion del gobierno y de los tribunales, que rodearon el convento, pusieron mano sobre la monja y encerrándola con centinelas de vista, concluyeron y curaron unas llagas que pasaban entre el vulgo, por dichos de la propia monja, como indelebles, como incurables, y la condenaron en sentencia firme, estigmatizándola con los nombres de falsaria y embaucadora, los cuales pasaron del fallo de los magistrados á todas las conciencias y por consiguiente á todos los labios.

¡Quién habia de creer que monja milagrera de tal calaña, fautora de escándalos atentatorios, no ya al derecho, sino al honor de doña Isabel II y de su extirpe, tuviera tanto y tan extraordinario predicamento en el ánimo de doña Isabel II y de su extirpe! Lo cierto es que su convento de San Pascual parecia el palacio; que á sus procesiones iban los ministros, con el cirio en la mano, con el excepticismo en el alma; que su clausura se rompia diariamente para trasladarse de las austeras celdas á las cámaras reales; que sus parientes y amigos aparecian como privados y validos; que en cada uno de los deliciosos sitios donde los reyes pasaban las estaciones varias, surgian costosos monasterios y conventos llenos de novicias y monjas; porque Sor Patrocinio no se contentaba con ser la elegida del favor divino que le estampaba llagas y hacia en ella otros milagros como en San Francisco de Asís, sino que aspiraba tambien, como Santa Teresa, á fundar en nuestro siglo comunidades ascéticas y nuevas religiones monásticas.

Así un célebre periodista conservador, el Sr. Lorenzana, de rica erudicion y gallardo estilo, brillante é intencionado al mismo tiempo, trazaba fatídicos renglones, que herian á la reina en el corazon y anunciaban su destronamiento. Para el eminente escritor puede el místico llegar por exaltacion, por ayunos, por penitencias, á éxtasis místicos, á visiones beatíficas, á un estado de magnetismo, de sonambulismo en que hasta fisiológicamente alcance á experimentar sobre su cuerpo las señales del estado candente de su alma.

«En esta situacion toma la cruz con Jesucristo, sube al Calvario con Jesucristo, es sacrificada con Jesucristo, recibe la lanzada en el costado con Jesucristo, padece, en una palabra, con Jesucristo. Los trasportes del alma

no tardan en invadir el cuerpo, y en virtud de una ley misteriosa de la fisiología trascendente, ó si se quiere sobrenatural, los estigmas espirituales se reproducen alguna vez exteriormente y llegan á manifestarse bajo formas sensibles. Tales son sobre el particular nuestras ideas, que emitimos á riesgo de incurrir en el sarcástico desagrado de los espíritus fuertes de la prensa, y de que se nos atribuyan puntas y ribetes de neo-catolicismo.»

«Mas hé aquí que entre nosotros se declara un caso de estigmatizacion cuya celebridad viene en *crescendo* desde 1835. No necesitamos describir puntualmente ni individualizar este *caso*, porque basta aludirle para que sea de todos conocido. Este *caso*, lejos de edificar, escandaliza; lejos de consolar, aflige; lejos de regocijar, entristece. Con motivo de este *caso*, unos se rien, otros se lamentan, éstos insultan, aquellos compadecen, algunos lo explotan, no pocos le consideran como un plagio diabólico, y nadie, absolutamente nadie, le concede un orígen divinamente místico. Entre este *caso* y los siniestros que con tanta frecuencia conmueven hondamente los cimientos del edificio político, media, segun el comun sentir del vulgo, un lazo indisoluble y pavoroso. Si los ministerios se forman, se modifican, se disuelven ó se levantan, resucitando al cuarto dia de entre los muertos, de una manera insólita y chocante, tiene el *caso* la culpa, dice el vulgo.»

«Si el sistema representativo se ha visto alguna vez sériamente amenazado en su esencia, *el caso* es responsable, repite el vulgo. Si el poder ejecutivo, usurpando la jurisdiccion de los tribunales de justicia, acusa desde las columnas del diario oficial á la prensa periódica de mancharse con la perpetracion de crímenes gravísimos, es que el *caso* lo exige, vuelve á insistir el vulgo. Los gobiernos más fuertes (y continúa el vulgo) han tenido que rendirse ó transigir con el *caso* en cuestion, ó tolerar con una indignacion mal reprimida su funesta influencia. Si alguno ha querido aislarle ó alejarle, ha sucumbido en la demanda, y hasta la córte romana, con todo su poder y autoridad, ha tenido que llevar en paciencia que el *caso* desobedezca sus mandatos. Este *caso de estigmatizacion,* concluye el vulgo, es, pues, un verdadero *estigma*, y no santo y glorioso ciertamente, que lleva impreso sobre su noble faz el longánimo pueblo español; ¿qué pudo haber, qué hay en el oscuro fondo de este caso?»

«¡GRANDES MISTERIOS!»

«Pero misterios que los profanos no podemos descifrar, porque no hay llave alguna que abra las puertas del santuario en que se celebran, como no sea la llave tan renombrada de oro de la invencion y fábrica del sencillo, virtuoso y verdaderamente apostólico varon padre Claret y Clará, llave que tan extraña celebridad ha granjeado á este curioso é interesante personaje. Pero misterios de una trascendencia funestísima en el porvenir de los principios fundamentales de nuestra sociedad política, si pronto, pronto, no se aplica el remedio que el mal está imperiosamente reclamando. *Et nunc intelligite.* Sí; ténganlo entendido todos aquellos, todos sin excepcion, á quienes interese. Si el cataclismo sobreviene, si la revolucion estalla, si llega ese verdadero *dies iræ* de los pueblos en delirio, entonces, á la luz de los siniestros resplandores que despida, se leerán y comprenderán esos y otros misterios. Entonces las llamas del *incendio* consumirán todas las impurezas de la inmensa orgía política á que el país viene asistiendo estupefacto. Entonces, como el dia del juicio final, nada quedará oculto y sin venganza; entonces

*quidquid latet apparebit*
*nihil inultum remanebit.*»

Eran estos maravillosos artículos eco de los discursos pronunciados por el gran orador D. Salustiano de Olózaga en el Parlamento español. Pocos hombres han nacido en el mundo con las cualidades de inteligencia y de

palabra que el Sr. Olózaga. No busqueis en él, no, aquellas ideas sublimes de Donoso Cortés que se perdian raudas en las profundidades de lo infinito; no busqueis aquel estro lírico de Lopez que daba ritmo á la prosa y convertia en odas los discursos; no busqueis la rica erudicion literaria de Alcalá Galiano que castigaba su estilo hablado como si fuera estilo escrito, y evocaba en la tribuna moderna el habla de Granada y de Cervantes; buscad, y encontrareis la intencion profunda, la ironía delicada y certera, la sal ática, la sóbria frase, el estilo natural, la sencillez incomparable, y la suprema elocuencia de una oracion demosteniana. Parece que todavía lo veo, y que lo oigo todavía. Se levantaba en el Congreso como los grandes actores en el teatro, con la plenísima seguridad de sí mismo, y con el pleno dominio de la escena. Erguíase sin ninguna afectacion, y tomaba, ya de pié, posesion de su sitio sin ninguna actitud, con la naturalidad aquella de Romea, que no hemos admirado en toda su grandeza hasta haberla perdido para siempre. Su voz era un órgano, segun el número de notas y de registros que tenia. Bastábale por tanto ligera inflexion para expresar y comunicar todos los afectos: risa, asombro, indignacion, entusiasmo. Cuando decia cosas graves y solemnes tomaba aquella voz una majestad indecible; y cuando queria conmover llevaba en sus acentos nubes henchidas de lágrimas. Parece que todavía le veo, alto, robusto; el pecho ancho como cumple á los atletas de la palabra; el rostro de abultadas facciones pero hermosas; la cabeza grande y quizá peinada con sobra de esmero; poblada la barba, rosadas las megillas, expresivos y profundos los ojos, delgados los labios en señal de su astucia, corto el cuello, proporcionados los brazos, serena la actitud, reposado el ademan, sóbrio el estilo, sonora la voz; ora elevado, ora vulgar, ora risueño, ora triste; pero siempre intencionado, siempre sencillo, siempre elocuente, levantando como los artistas griegos con escasos medios y recursos eternos monumentos. La Reina Isabel hirió despiadadamente á aquel hombre en su honra y el Sr. Olózaga jamás se lo perdonó. Pero, jefe de un partido constitucional y monárquico, hizo esfuerzos sobrehumanos para reconciliarse con la Reina. Y la Reina menospreció esta reconciliacion, condenando al partido progresista á la más injusta de todas las proscripciones cuando en realidad el partido progresista habia levantado su trono. Convencido Olózaga de que la Reina y el partido progresista eran completamente incompatibles; aleccionado por el ejemplo de Francia y de Italia donde la libertad no pudo arraigarse sino despues de haber destronado á los Borbones, comenzó en sus admirables discursos á combatir enérgicamente á la dinastía, y cada una de sus palabras arrancaba una piedra á la corona de España.

Pero el asunto que precipitó los sucesos fué el asunto de la enseñanza pública; y lo relataremos con toda la imparcialidad y toda la severidad propia del que es en estos asuntos actor é historiador. El ministerio Narvaez, salido al poder por Setiembre de 1864, se propuso una política relativamente liberal, que fué contrariada por la dinastía y por su córte. El arma que escogieron para esgrimirla contra la libertad, fué una larga série de artículos publicados en los diarios neo-católicos, diarios leidos con fruicion en palacio, contra los catedráticos liberales y su enseñanza. La Reina exigió que se tomasen contra estos catedráticos algunas enérgicas medidas, encaminadas á cerrar el libre curso de las ideas y á molestar la serena tranquilidad de sus conciencias. Encontrábase en el ministerio de Fomento á la sazon uno de nuestros primeros oradores, el Sr. Alcalá Galiano, hombre de divina palabra, y de endeble carácter. No pudiendo resistir á las objeciones de la córte, escribió una circular que satisficiese al palacio sin alarmar á la Universidad. En esta circular el Sr. Alcalá

Galiano, aunque se dirigia á todos los catedráticos, se encaraba sólo con uno, con el que era á un mismo tiempo, catedrático de Historia en la Universidad y director de *La Democracia* en la prensa. El catedrático aludido recogió el reto en la siguiente declaracion publicada por Noviembre de 1864.

«Hace más de cinco años que la prensa neo-católica viene asestando sus venenosos dardos contra el profesorado, contra los libros de texto. Diariamente con sus imperiosos consejos han pedido los neo-católicos que los catedráticos fueran destituidos: el gobierno les ha otorgado más: el entregárselos deshonrados. A pesar de los muchos gobiernos débiles que en ese largo período de tiempo se han sucedido en nuestra pátria, ninguno fué osado á oir los consejos neo-católicos. Parecia que la libertad de pensar, en todas partes perseguida, se habia refugiado en la cátedra, y allí lanzaba sus últimos destellos. Desesperados de esta inútil lucha, los periódicos neo-católicos condensaron sus iras sobre algunos profesores á quienes sólo podian echar en cara la adhesion á los derechos de la ciencia. Aunque el último de todos en merecimientos, he sido de los primeros en devorar injurias. Por fin, hay un gobierno que los oye, un gobierno que en el mismo periódico oficial copia estas injurias. Para que no se juzgue que es en mí arrogancia creerme aludido, trasladaré las palabras testuales de la *Gaceta*. Si el gobierno me acusára por ideas vertidas en la cátedra, yo callaria, respetando su autoridad, ó pediria el competente permiso para defenderme. Pero al acusarme, por las ideas que profeso como ciudadano; al herirme por lo que digo, fuera de cátedra, ha faltado á todos los respetos, y herido en mi persona derechos sacratísimos que la Constitucion concede á todos los ciudadanos.»

«Véanse sus palabras:

«Pero como sea conveniente, y aun justo, al tratar de la conducta que puede y debe justificar un acto de severidad, precisar bien los casos en que el rigor se hace indispensable, viene bien recordar á V. S. I. cuáles son las doctrinas con título incontextable á ser consideradas como basas en que estriba el edificio de nuestra sociedad, las cuales deben ser escrupulosamente respetadas.»

«Por la Constitucion del Estado es la religion católica, apostólica, romana, única y exclusiva en todo el territorio español. Para mantener en su fuerza y vigor este principio fundamental de nuestra legislacion y sociedad, hay que tomar por base y regla el Concordato celebrado con la Santa Sede, el cual hoy es ley del reino, digna, como la que más, de alto respeto, y que debe ser religiosamente observada.»

«La monarquía hereditaria es la forma de nuestro gobierno. Los derechos de la augusta señora que ocupa el trono, con arreglo á todas nuestras leyes, no pueden ser puestos en duda sin delito.»

«Nuestro gobierno es monárquico constitucional. Otro sistema cualquiera es contrario á la actual ley fundamental del Estado.»

«Pero si en la cátedra el profesor está obligado á cumplir con sus obligaciones, aun fuera de ella debe no portarse de un modo que desdiga de la dignidad de Maestro de que está investido. Por ley comun de las cosas, tanto cuanto es alto un carácter, es rígido el deber que le está anejo. Lo que en un indivíduo particular no pasaria de ser una imprudencia ó una temeridad, en el que está encargado de la enseñanza seria, cuando no un abuso de confianza, una falta de decoro altamente vituperable. No cabe en la razon concebir que los que en voz alta proclaman y pregonan ciertas doctrinas, puedan, con provecho comun ni con honra propia, enseñar, en lugar alguno, otras muy diversas ó hasta contrarias. Además, los profesores, al entrar á desempeñar su cargo, han prestado un juramento, y todo cuanto dijesen no ajustado á él redundaria en perjuicio público así como en el suyo privado.»

«No por esto pretendo que deban los profesores estar sujetos á una regla que les vede declarar su sentir fuera de la cátedra sobre materias en que están discordes los partidos legales, que en el campo espacioso de las lides políticas se hacen guerra. Pero fuera de tan ancho campo, á un catedrático especialmente, no es lícito lanzarse, ni por uno ni por otro lado, á los extremos opuestos. Desvarío seria en convertirse en declarado enemigo de nuestras instituciones civiles y religiosas quien por su cargo está dentro de estas mismas, y de ellas ha recibido la investidura de la dignidad de que con razon está ufano.»

«No ha de creerse que estas obligaciones del profesor se refieren á los actos de su vida privada. Lo que dijeren en conversaciones particulares, aun cuando pueda hacerlos dignos de censura, está fuera de la jurisdiccion de la autoridad. Pero en los actos públicos y solemnes, en que se declara la opinion en voz alta y se procura extender y propagar la propia, seria chocante contradiccion en un catedrático la predicacion de doctrinas contrarias á las leyes fundamentales del Estado; y quien así obrase, se haria merecedor de severa censura, y el descrédito personal se aviene mal con el carácter de quien se sienta en la cátedra y desde tan alto lugar dá lecciones.»

«Al expresarme como acabo de hacer, pongo la vista principalmente en lo venidero. De lo pasado no soy responsable.»

«Me complazco en repetir que el cuerpo profesional en España, y en el dia presente, está á grande altura por las cualidades intelectuales de quienes le componen, y que ha prestado señalados servicios al Estado en varios puntos. Esta justicia le debo, y esta le hago; pero del uso que pueda haber hecho uno ú otro catedrático de sus grandes facultades no me toca hablar, ni podria, sin temeridad, formar un juicio exacto, á no proceder un prolijo y maduro exámen. Baste que en lo sucesivo sea la ley en nuestra pátria en lo político y en lo religioso la norma á que hayan de atenerse quienes tengan la honra de ejercer el profesorado.»

«La alusion no puede ser más clara. Se acusa, no al profesor de la Universidad, de quien nada en concreto puede decirse, sino al director de *La Democracia*. Yo recojo la acusacion, y con ella me honro. He sido catedrático con arreglo á las leyes, y con arreglo á las leyes he conservado mi cátedra. He fundado *La Democracia* con arreglo á las leyes, y con arreglo á las leyes la publico. ¿A qué ley he faltado en mi cátedra? ¿A qué ley falto en mi periódico? Es incompetente el gobierno para declarar esto, porque en tal caso tendríamos la confusion de poderes, propia, no del régimen absoluto, del régimen despótico. ¿Qué tribunal me ha condenado? El gobierno, poniendo su caprichosa interpretacion sobre las leyes, dice que no pueden ser catedráticos los ciudadanos militantes en los partidos extremos. Es así, que yo milito en un partido extremo, luego yo no puedo ser catedrático. Me declaro reo. Estoy convicto y confeso. Puesto que el gobierno cree, como los gobiernos absolutos, en la incompatibilidad de ciertos cargos con ciertas ideas, á él le toca resolver esa incompatibilidad, no á mí, que creo los derechos universales á todos los ciudadanos, sin distincion de personas ni de clases; que creo mi partido perfectamente legal y en armonía con todos los principios fundamentales del verdadero régimen constitucional, nacido de las modernas revoluciones.»

«Nada me extraña tanto como la extrañeza del gobierno. Demócrata y periodista era yo antes de ser catedrático; demócrata y periodista mientras hice oposiciones á mi cátedra; demócrata y periodista despues en el ejercicio de una profesion adquirida por mi trabajo, consagrada por mi derecho. En el camino de la apostasía tan lleno de gentes, no me he encontrado nunca. Cuando la idea liberal es signo de proscripcion, yo, á la faz del país que nos ve á todos, á la faz de Dios que á todos nos juzga, me declaro reo de esa idea su-

blime; yo soy demócrata. Proceda el gobierno como quiera. ¿Le faltan más datos para condenarme? Sentado en mi cátedra espero á que me despoje con mano aleve de mi honrada toga. Me siento fuerte con el auxilio de mi conciencia, y el escudo de mi derecho.

Fué lanzado este reto por el catedrático, por el Sr. Castelar, pero no fué recojido por el gobierno. Tanta debilidad despues de tanta arrogancia así daba pié á severísimas censuras en la prensa como en la tribuna. El ministerio no acertaba que contestar y se veia muy molestado con la presencia del catedrático aludido al frente de su asignatura y al frente de su periódico. Así buscaba la ocasion más propicia de hacerle sentir toda la pesadumbre de la ira gubernamental y pronto la encontró.

La Reina desamortizó su patrimonio; y el general Narvaez fué á las Córtes á llevar esta fausta noticia, atribuyendo á abnegacion lo que era deber, y á generosidad lo que era cálculo. Las Córtes se entusiasmaron; y el gobierno mandó que se colgaran de dia las fachadas, que se iluminaran de noche los balcones, que salieran á todas horas las músicas, llenando de alegría los ánimos y los aires de gritos de alegría. Con esas rápidas trasformaciones de los pueblos meridionales hubo quien creyó que por aquella medida la Reina habia recobrado toda su popularidad, y que con aquella popularidad, la democracia habia perdido toda esperanza de próximo advenimiento. El catedrático amenazado, estimó de su deber contrastar tanto entusiasmo y publicó el siguiente artículo titulado *El Rasgo*, que quilataba el valor de aquella medida y demostraba no pertenecer el patrimonio á la Reina en el régimen constitucional.

«Los periódicos reaccionarios de todos matices nos han atronado los oidos en estos últimos dias con la expansion de su ruidoso entusiasmo, de sus himnos pindáricos; verdadero *delirium tremens* de la adulacion cortesana. Segun ellos, ni la casta Berenguela, ni la animosa María de Molina, ni la generosa Sancha, ni la grande Isabel, ni reina alguna desde Semíramis hasta María Luisa, han tenido inspiracion semejante á la inspiracion que registrarán con gloria nuestros anales, y escribirán con letras de oro los agradecidos pueblos en bruñidos mármoles. El general Narvaez, que en esto de achaques de historia es muy fuerte, ha dicho, si bien con voz más apagada que en Arlaban, ha dicho no recordar rey alguno capaz de tanta abnegacion. D. Martin Belda, hombre de grandes pulmones, ha gritado de suerte que bambolearon hasta las bóvedas del Congreso. D. Lope Gisbert nos ha dado una muestra de oratoria bizantina, digna por lo extraña á los Parlamentos, de eterna recordacion. El Congreso ha salido de madre, y dilatádose por esas calles, mereciendo de la guardia de palacio honores idénticos á los que se tributan al liberal infante D. Sebastian Gabriel. La mano tribunicia de Gonzalez Brabo, que en otro tiempo acariciaria el puñal de Bruto, ha movido los hilos del telégrafo para que la nacion entera se postrase de hinojos, y todas las campanas perturbaran los aires difundiendo con sus lenguas de bronce en ondas sonoras el entusiasmo público por la region de las estrellas. Hasta el paraiso del Teatro Real se ha contagiado, ese paraiso que por su particular idiosincracia, es el infierno de las silbas. Sólo falta una corona poética y una estátua. De la primera ya se han encargado los gacetilleros de los periódicos subvencionados, y la segunda ya la ha propuesto *Las Noticias*, de tal magnitud, que á su lado parecerán enanos el Coloso de Rodas y la ésfinge de Tebas. Regocijémonos, pues, juntemos las manos, abramos el pecho, doblemos la rodilla y la espina dorsal, y el mundo entero sepa que aquí no ha muerto la raza de los cortesanos.»

«Si la voz de *La Democracia* pudiera llegar hasta el palacio de los reyes, tapiados á la verdad por turbas de cortesanos, seríamos osados á decirles que despidieran tantos adu-

ladores. No eran para los reyes los dias del siglo décimo-sétimo tan difíciles como son los dias del siglo décimo-nono, y sin embargo, Quevedo aconsejaba á Felipe IV que arrojase lejos de sí á los atrevidos que con la casa real comercian. «El rey, decia el grande escritor, puede y debe tener sufrimiento para no castigar con demostracion por su mano en todos los casos; mas en el que tocare á desautorizar su casa y profanarla, él ha de ser el ejecutor de su justicia. Este género de gente, señor, el rey que los vé en su casa no ha de aguardar á que otro los castigue y los eche. Mejor parece el azote en sus manos para esto que el cetro.» Los moderados, ineptos y corrompidos, que pendientes de un cabello, caian sobre el abismo, han hecho del patrimonio de la corona asunto de sus cábalas, alimento de sus intrigas, pedestal de su poder maldito; y no han tirado sino á presentar la casa real como el escudo interpuesto entre su pecho y la justa cólera del pueblo.»

«Sólo de esta suerte se concibe cuánto ha pasado aquí: la improvisacion del proyecto; el sacrificio de Barzanallana; la retirada del anticipo; la presentacion como un donativo para el país de aquello mismo que es del país propiedad exclusiva; el entusismo de una mayoría servil y egoista; los telégramas á los cuarenta y nueve procónsules; el ruido y la algazara de todos los satisfechos, y la vocinglería infinita de esos periódicos que sólo alaban y sólo creen grandes á los reyes cuando pueden convertir su cetro en llave del Tesoro, para dividirse los tributos que sobre el Tesoro suda el esquilmado pueblo.»

«Pero vamos á ver con serena imparcialidad qué resta, en último término, del celebrado rasgo. Resta primero una grande ilegalidad. En los países constitucionales el rey debe contar por única renta la lista civil, el estipendio que las Córtes le decretan para sostener su dignidad. Impidiendo al rey tener una existencia aparte, una propiedad como rey, aparte de los presupuestos generales del país, se consigue unirlo íntimamente con el pueblo. En Inglaterra, donde la monarquía tiene tanta autoridad, poder tan prestigioso, sus bienes han pasado á ser de la nacion. Diferentes alternativas tuvo la lista civil en el reinado de Jacobo, I, de Cárlos II, hasta que por fin los productos de las tierras reales, y los servicios decretados por los Parlamentos, se reunieron en un fondo comun, que se llamó fondo consolidado. Con él Inglaterra paga su salario á los reyes, y parte de los intereses de la Deuda pública. La reina Victoria, el jefe de aquella aristocracia de grandes propietarios, no tiene propiedad. Si posee el ducado de Lancastre, lo posee, no como soberano, pues como soberana ciertamente nada posee que no sea de la nacion; lo posee como particular, como duquesa de Lancanstre. La reina de Inglaterra percibe por su lista civil unos treinta y seis millones de reales, mientras que la reina Isabel percibe cincuenta. Y en los treinta y seis millones de reales se incluyen los servicios votados por los Parlamentos, y los productos de las antiguas tierras reales administradas por el Estado. Ahora bien, ¿existe en España una legalidad semejante? Existe. Los fundadores de nuestro sistema constitucional, fueron demasiado grandes para consentir un rey con dominios feudales, alzando sobre la Constitucion de 1812, esa tumba del feudalismo. Y en virtud de esto declararon propiedad del país los bienes de la Corona. Ahora bien; cuando el patrimonio se ha presentado ante las Córtes de una suerte anormal é incomprensible, ofreciendo al país bienes que eran del país, las Córtes, en vez de entusiasmarse y gritar, han debido decir al patrimonio con el texto de la ley en la mano: los apuros del Erario no permiten que continúe una usurpacion tanto tiempo consentida; nos incautamos de esos bienes que son nuestros, y desamortizándolos, emplearémoslos en deuda instransferible, y los daremos al monarca á cuenta de sú dotacion, descargando al Erario de los cin-

cuenta millones de la lista civil que no puede sobrellevar. El rasgo del patrimonio no ha sido más que un rasgo de atrevimiento contra las leyes.»

«Pues si ha sido una grande ilegalidad, ha sido tambien un grande desencanto. Hace mucho tiempo que se viene encareciendo cuánto podian servir para sacar de apuros al Erario los bienes patrimoniales de la Corona. Y, sin embargo, nada, absolutamente nada se sacará ahora; nada. La Reina se reserva los tesoros de nuestras artes, los feraces territorios de Aranjuez, el Pardo, la Casa de Campo, la Moncloa, San Lorenzo, el Retiro, San Ildefonso, más de cien leguas cuadradas, donde no podrá dar sus frutos el trabajo libre, donde la amortizacion extenderá su lepra cancerosa. El Valle de Alcudia, que es la principal riqueza del patrimonio, no podrá ser desamortizado á causa de no pertenecer á la Corona, y segun sentencias últimas, pertenece á los herederos de Godoy. En igual caso se encuentra la riquísima finca de la Albufera, traspasada por Cárlos IV á Godoy en cambio de unas dehesas en Aranjuez y unos terrenos en la Moncloa. Si despues de esto se trasmite á la corona el veinte y cinco por ciento de cuanto haya de venderse, quisiéramos que nos dijesen los periódicos reaccionarios qué resta de tan celebrado rasgo, qué resta sino un grande y terrible desencanto.

Además, resta una grande imprudencia. Se ha engañado á los pueblos induciéndoles á creer que á consecuencia del rasgo de la Reina, se retiraba por innecesario el anticipo. Los labradores, los industriales han abrazado á sus hijos que ya veian sin pan, y han mirado con éxtasis sus propiedades, que veian ya en pública subasta. La donacion de la Reina era popular porque estaba unida en el corazon del pueblo á la retirada del anticipo. El hambriento bendice como un mensaje de la Providencia la mano salvadora que le trae un pedazo de pan. Y cuando apenas acaba de difundirse la alegría, cuando el corazon descansa, cuando el sueño tranquilo se ciñe á los párpados antes inquietos, el gobierno anuncia que renace el anticipo con más fuerza, con más poder, cayendo con doble pesadumbre sobre la mayoría de los contribuyentes, y aumentando el hambre del pobre, de cuyo pan, mermado por el fisco, salen al cabo todos los tributos. Dígasenos si al fin de todo esto las manos que han aplaudido, no amenazan; los corazones que han bendecido, no maldicen; las fuerzas que se han serenado, no se irritan, víctimas de un engaño. Los pueblos no se gobiernan con el charlatanismo de los curanderos, ó con los saltos mortales de los clowns, ó con los milagros y portentos de los embaucadores. Los que han aconsejado todo esto, los que han tramado todo este enredo, son, por engañadores del pueblo, reos de lesa nacion; por desleales al monarca, reos de lesa majestad. Acordaos de lo que sucedió en la revolucion francesa. Las promesas no cumplidas del ministro de Hacienda Calonne, perdieron á la monarquía. Cuando despues que este prometió aliviar al pueblo y el pueblo respiró, su sucesor vino á pedir el empréstito de los cuatrocientos veinte millones de francos; el pueblo engañado y ofendido, comenzó aquella revolucion que arrancó de las sienes de Luis XVI la corona, de los hombros de Luis XVI la cabeza. Asi que los pueblos reciban la noticia del nuevo anticipo, vereis las consecuencias, ministros de Isabel II, de la indigna farsa en que habeis comprometido, para salvaros vosotros, el nombre de la Reina.»

«Y en último resultado queda una gran pérdida para el pueblo; una inmensa, irreparable pérdida. Casualmente la desamortizacion del real patrimonio podia y debia hacerse con arreglo á los principios democráticos y con la mira puesta en el pueblo. Muchos de estos bienes se originan de aquellos tiempos en que el pueblo era el más enérgico aliado de los reyes. Entre las clases inferiores, mediante un pequeño cánon, debian dividirse esos do-

minios inmensos que ha regado tantas veces la sangre del pueblo. Todavía se pueden descubrir las huellas de las Milicias municipales que fueron á Toledo y á las Navas en las campiñas de Aranjuez, definitivamente convertidas en sitio real, si no estamos equivocados, por Isabel la Católica. Nosotros deseamos la desamortizacion fecunda, que convertiria esos terrenos, hoy improductivos, en colmenas, digámoslo así, de innumerables trabajadores. Los bienes que se reserva el patrimonio son inmensos; el veinticinco por ciento, desproporcionado; la comision que ha de hacer las divisiones y el deslinde de las tierras, tan tarda como las que deslindan los bienes del clero; y en último resultado, lo que reste del botin que acapara sin derecho el patrimonio, vendrá á engordar á una docena de traficantes, de usureros, en vez de ceder en beneficio del pueblo. Véase, pues, si tenemos razon; véase si tenemos derecho para protestar contra ese proyecto de ley, que desde el punto de vista político, es un engaño; desde el punto de vista jurídico, una usurpacion; desde el punto de vista legal, un gran desacato á la ley; desde el punto de vista popular, una amenaza á los intereses del pueblo; y desde todos los puntos de vista, uno de esos amaños de que el partido moderado se vale para sostenerse en un poder que la voluntad de la nacion rechaza; que la conciencia de la nacion maldice.»

Este artículo, apenas leido, fué denunciado. El ministerio no pretendia en aquella denuncia tanto perseguir al escritor como deponer al catedrático. Así es, que el artículo fué remitido de oficio á la Universidad y de oficio al rector instado para que procediese á formar causa. Era el Rector antiguo jurisconsulto, catedrático antiguo, hombre modesto, pero firme, gran conocedor del derecho público, gran maestro en tradiciones y reglamentos universitarios. Y con estas cualidades comprendió inmediatamente la dificultad de aquel proceso dictado por las pasiones más exaltadas á los batalladores ministros. La dificultad estaba en que el Rector no podia procesar al catedrático sino por faltas académicas cometidas dentro de la Universidad en el ejercicio de su cargo. Los abusos que pudieran cometerse fuera de la Universidad, en el ejercicio de derechos concedidos por la Constitucion y las leyes, caian bajo la autoridad de los tribunales ordinarios, que ya ocurrian á este caso y ejercitaban plenamente su jurisdiccion. ¿Qué falta habia cometido el catedrático en la Universidad? Ninguna. ¿Qué competencia tenia el rector sobre la falta ó el delito de abuso en el derecho de escribir? Ninguna. Sin embargo, el Rector trasmitió el oficio del ministerio al Sr. Castelar, y el señor Castelar recusó la jurisdiccion académica y declaró que ante los tribunales ordinarios solamente probaria su indudable inocencia. Y recibida esta respuesta por el Rector, fué elevado á la superioridad fuertemente sostenida en vigoroso escrito, notable por la fuerza del razonamiento y la majestad del estilo.

Al dia siguiente, el Rector, que habia vuelto por el derecho de la ciencia, apareció exonerado en la *Gaceta* por la cólera del Gobierno. La sensacion que este acto arbitrario produjo, fué inmensa. Veíase por todos que aquella Universidad, serena en sus robustos cimientos; inaccesible á los ódios de los partidos; reflejando siempre la luz como las altas montañas; conteniendo manantiales de ideas para apagar la sed de la juventud; necesitada si cumplia su ministerio de una libertad interior y de una independencia ante el poder público absolutamente incontestables, iba á verse asaltada por la discordia y oscurecida por la intolerancia.

La juventud universitaria, que tiene inspiracion siempre en todos los momentos difíciles para expresar las nobles aspiraciones de la conciencia pública, pensó en manifestar al Rector exonerado su aprecio de la manera corriente y tradicional entre nosotros, en una

serenata, para la cual demandaron y obtuvieron la competente licencia. Apenas obtenida la licencia, pusieron manos en la obra de arreglar su manifestacion, cuando llega una contra-órden que prohibe la serenata, pretestando haber visto en ella lo que desde el primer momento era claro, una manifestacion política. El contrasentido que precedió á la contra-órden causó tal indignacion, que una tempestad de silbidos fué á dar en la cabeza del gobierno y de sus agentes, desahogo de la opinion pública, unánime en acusarlos á un tiempo de débiles y de soberbios. En la noche de la serenata, las tropas, armadas hasta los dientes, llenaban los cuarteles, y fuertes pelotones de caballería obstruian las principales calles. Todo el mundo preguntaba cuándo iba á salir la artillería. Y la desproporcion de este aparato militar con la fuerza de los estudiantes engendraba aquel sentimiento opuesto, contrario á lo sublime, que se llama lo ridículo. Y contra este ridículo, no habia mas que esgrimir un arma, el pito, y sobre este ridículo no habia más que lanzar un proyectil, uno solo, el silbido.

Pero el dia verdaderamente triste fué el dia diez de Abril de 1865. El decreto exonerando al Sr. Montalvan, rector fidelísimo á las leyes, habia sido agravado con el decreto que nombraba al señor Marqués de Zafra, desconocido por completo en la Universidad, y llevado allí para empezar una reaccion insensata. El gobierno arrancaba al Sr. Montalvan de su asiento, porque no habia querido reunir tribunales incompetentes, formar proceso escandaloso, suspender en su cátedra á un catedrático que cumpliera con sus deberes; víctima reclamada por la poderosa reaccion teocrática, próxima entonces á aniquilar en nuestra pátria la libertad de la ciencia y los derechos del magisterio.

Aun recordamos el dia en que el Sr. Montalvan entró á tomar posesion de su cargo de rector; tres años antes del funesto dia de su exoneracion. La marejada neo-católica bramaba contra todos los catedráticos. Nombráronlo como una prenda de estabilidad para el profesorado y una protesta contra la reaccion. La Universidad se vistió de gala. Pocas veces, quizá nunca, hemos visto el claustro tan concurrido, la juventud tan entusiasmada, hasta los últimos dependientes de la Universidad tan satisfechos. La Universidad se veia regida por un hombre de integridad moral, de profunda ciencia, largos años catedrático; respetado de la juventud, siempre liberal, siempre popular. Habia dirigido la enseñanza pública en los dos años de la revolucion. Los catedráticos que escribian periódicos furibundos contra las Córtes Constituyentes, que con motivo de la segunda base lanzaban proclamas incendiarias para sublevar al país, habian sido sostenidos en sus derechos de ciudadanos, respetados en las inmunidades de sus cátedras. Dígalo el Sr. D. Leon Carbonero y Sol. Los catedráticos que tomaron parte activa en la funesta administracion polaca, barrida por la revolucion; catedráticos que llevaban sobre sí el ódio inmenso de un pueblo esclavo que se acababa de emancipar; estos catedráticos fueron sostenidos por él en sus derechos, y aun ascendidos en el escalafon y premiados por sus servicios académicos. Dígalo el Sr. Fernandez Espino. Representaba, pues, el Rector de la Universidad el respeto profundo á la independencia del profesorado, que se conoce más cuando de los enemigos se trata.

Aun recordamos las palabras que pronunció en medio de un cláustro numerosísimo, en presencia de la juventud que se apiñaba para oirle, entre esos murmullos de aprobacion más apreciables en la Universidad que los tempestuosos aplausos de una asamblea deliberante. «Yo, dijo modestamente, no he sido nombrado ni por mi ciencia, ni por mis servicios; yo he sido nombrado por el respeto profundo que la ley me inspira, y el entusiasmo que me inspira la independencia del profesorado.» Cuando las reclamaciones con-

tra la enseñanza pública venian de todos los clubs neo-católicos de España; cuando las pastorales se habian desatado furiosas contra el profesorado; cuando la prensa oscurantista llegaba al último estremo del *delirium tremens* de su embriaguez; en tan supremos instantes, aquellas nobles, aquellas elocuentísimas palabras eran un compromiso de honor con la juventud, un compromiso de honor con la enseñanza, un compromiso de honor con el país, un compromiso de honor con la ciencia, que hablaba por su boca, afianzando su libertad y proponiéndose sostener siempre sus derechos.

Hemos llegado á tiempos tan tristes, se han perdido de tal manera las costumbres, se han relajado tanto las caractéres, que podia temerse una debilidad. Pero el Sr. Montalvan, que pertenece á la generacion que en 1820 peleó, y que sucumbió en 1823, siente aquel amor á la libertad nacido en los calabozos donde padecieran las víctimas de Fernando VII, y no podia vacilar. Llegó la hora, y se encontró frente á frente con el gobierno. Este, faltando á todas las leyes, desconociendo todos los principios de derecho, saltando por encima de la Universidad, abofeteando al cláustro de catedráticos, quiso que se incoara un proceso administrativo por un artículo político, proceso contra la Constitucion, proceso contra las leyes académicas, proceso inícuo que venia á barrenar por su base hasta el respeto debido á los tribunales de justicia.

El Sr. Montalvan no se quiso prestar á esta gran iniquidad, á esta violacion de todas las leyes académicas, á este inmenso escándalo que hubiera sido una falta completa á sus compromisos y una mancha indeleble en su reputacion. Prefirió perder un crecido sueldo, una grande posicion á cometer una bajeza. Cumplió la palabra solemnemente empeñada; repitió al despedirse de la Universidad, de aquella casa tan querida, las frases solemnes que pronunció al entrar; frases que resuenan bajo aquellas bóvedas sagradas, y que debian helar de terror al osado capaz de profanarlas en el santuario mismo de la ciencia.

Es preciso comprender cuánto se ama la Universidad por el que en ella se ha criado, por el que sube de los bancos del discípulo á la silla del profesor, por el que ve inmóvil llegar todos los años una juventud que se renueva como las flores, y ve que con sus esperanzas, con sus ideas, con sus ilusiones conserva en una perpétua juventud el alma de sus maestros. Allí no hay mas interés que el interés de la verdad; allí no hay más espíritu que el espíritu de la ciencia; allí el alma se dilata, y sobreponiéndose á las condiciones accidentales de la vida, contempla frente á frente lo absoluto. El ruido de las pasiones no llega allí, y la vida toma la solemnidad de un sacerdocio.

El general Narvaez creia haber destruido la independencia de la Universidad, y como todos los reaccionarios, habia engendrado el principio opuesto á su política, la libertad de enseñanza.

El 10 de Abril fué el dia primero de su Génesis. Como todos los progresos vino entre lágrimas y sangre. A las doce de aquel siniestro dia tomó posesion el señor marqués de Zafra, que venia á sustituir al Sr. Montalvan, de su cargo de rector. Cualquiera hubiera dicho que se trataba de tomar alguna fortaleza. Un batallon en la plaza de Santo Domingo; caballería por toda la calle Ancha de San Bernardo; guardia veterana dentro del claustro. Nosotros hemos visto sublevaciones de estudiantes, y todos los rectores tenian á gala que no entrara allí un tricornio. El señor marqués de Zafra penetró entre tricornios. La juventud protestaba pacíficamente contra la fuerza. Su protesta se redujo á ir á casa del Rector que simbolizaba la paz, el órden académico, la tranquilidad dentro de aquel claustro, donde solo se oia el rumor de las esplicaciones de los catedráticos, inspirados en el culto á la ciencia.

Pero por la tarde cuando los ministros salian del Senado, salian heridos, ofendidos por las reconvenciones de la oposicion, que mostró con cuánta insensatez habia procedido en la noche de los alardes militares contra los estudiantes indefensos. El marqués de Molins les decia que él estaba en un concierto, en el sitio mismo de la serenata, y ni siquiera aquel concierto se habia desconcertado. El señor general Serrano decia con mucha gracia, que él estaba en el mismo concierto, y que no habia ido á ofrecer su espada al gobierno, porque viendo que ni siquiera las señoras se alarmaban, no juzgaba que debiera alarmarse un capitan general. El marqués de Molins añadia, que imaginaba imposible la continuacion de un ministerio silbado. El Sr. D. Cirilo Alvarez pintaba magistralmente lo que deben hacer los hombres que, como Narvaez, han escrito con sangre su nombre en los patíbulos; deben resignarse ó al ostracismo ó á la abdicacion. Todos los senadores que hablaron, mostraron claramente á los ministros la grave falta que habian cometido, dando permiso para la serenata, retirándolo luego, recibiendo á los estudiantes como un ejército invasor, desplegando fuerzas inmensas, haciendo alardes ridículos, que dieron por resultado una inmensa derrota envuelta en atronadora silba.

Don Luis Gonzalez Brabo contestaba á todo esto con gracias, con retruécanos, con preciosidades de ingenio, como si nada sucediera, como si el gobierno nada hubiera hecho. Y despues, encendido el rostro, airado el ademan, temblorosa la voz, desafiaba á que salieran, como quien desea un combate; matonismo ridículo que debia llenar de indignacion otra atmósfera ménos fria que la glacial atmósfera del Senado.

Y en efecto llega la noche, sale el gobierno del Senado, reune la Guardia civil veterana, y cuando solo habia en las calles algunos niños, que volvian de las escuelas silbando, desata, sin disposicion alguna de policía, sin prévio aviso, sin las intimaciones de ordenanza, sin desplegar la bandera que previenen las pragmáticas de Cárlos III, sin tomar las disposiciones que prescribe el Código penal, desata una soldadesca furiosa, que hiere, acuchilla, asesina; que viola seguridad, vida, derecho; que deja en la Puerta del Sol muertos y heridos, que ensangrienta las calles cercanas, que siembra en todos los ánimos un terror intenso, intensísimo, porque, despues de tantos sacrificios hechos por la causa de la libertad, parecia Madrid una Varsovia y España la Polonia del Mediodía.

La indignacion general penetró en las Cámaras. La gran batalla comenzó por el Senado. Pocas veces hemos visto el Senado español tan imponente; pocas veces hemos presenciado una ansiedad tan grande. El dolor se pintaba en todos los semblantes, reflejo fidelísimo del recuerdo que vagaba en todos los ánimos. La indignacion pública se sentia materialmente hervir. Era la primera vez que el gobierno se presentaba ante sus jueces. Con solo mirarlo, con solo contemplarlo se veia bien que entraba como reo, y que aguardaba que allí se formulara la indignacion general. Y se formuló. El Sr. D. Fernando Calderon Collantes se encargó de formularla, y desempeñó su encargo con rectitud de intenciones y elevacion de ideas. No era su oratoria la oratoria de la pasion; no respondia acaso al sentimiento de horror apoderado de todos los ánimos; pero era la oratoria de la ley; acusaba como un fiscal consumado ante un juez inapelable, ante la conciencia pública; y acusaba friamente, pero de esta misma frialdad nacia su fuerza. Uniformidad en el tono, sencillez en el lenguaje, á veces frialdad excesiva, á veces amplificaciones larguísimas; pero en fondo y en forma una acusacion fiscal, vigorosa, razonada, y para el gobierno completamente implacable. Esto es tan cierto que, cuando comenzó su discurso, cuando pintó el espectáculo que ofrecia el Senado, cuando en estas circunstancias, apareciendo los senado-

res progresistas, habló de lo extraordinario del caso, de lo grave de los hechos, de la indignacion general, corria por el Senado, por aquel cuerpo frio, una especie de conmocion, en la cual vibraba la idea de un anatema tremendo lanzado sobre la frente del gobierno.

¿Constituian los silbidos de los estudiantes una sublevacion? preguntaba el severo senador. De ningun modo. Eran una manifestacion más ó ménos conveniente, y no eran, no, una sublevacion armada. Pero dado caso que lo fueran, ¿no tenemos ley alguna que regule el momento en que debe comenzarse la lucha con el pueblo sublevado? La tenemos. Dispuso una pragmática de Cárlos III que, cuando hubiera lo que llamaba bullicio, ó motin, la tropa se encerrára en sus alojamientos, é intimaran el órden las autoridades ordinarias; dispuso la ley de Abril, ley de excepcion y dura, las mismas intimaciones; concluye el Código penal afirmándolas y prescribiéndolas en términos tales, que sólo podia desconocerlos la ignorancia ú olvidarlas la pasion de D. Luis Gonzalez Brabo.

Pero aquí los silbidos fueron contestados con balazos; los soldados se difundieron por todas partes llevando consigo la matanza y el horror. Ni en el dia Dos de Mayo se cometió tal atentado. Ni en los anales de Polonia se recuerda una tan grande infamia. En calles excéntricas; lejos del radio donde se hallaban los primeros que habian asestado sus armas contra el gobierno, es decir, sus silbatos, fueron ciudadanos pacíficos, ciudadanos que ni siquiera habian cometido el acto inofensivo de silbar, fueron ¡iniquidad de iniquidades! asesinados. Iban por las calles á sus naturales ocupaciones, y se vieron sorprendidos por una soldadesca ébria que se gozaba en verter sangre. ¿No lo decian esas heridas de bayonetazos? ¿No lo decia el que los cadáveres de los sacrificados tuviesen señales de ensañamiento, algunos hasta tres y cuatro heridas? Y como en la noche del Dos de Mayo, como en las terribles noches de Polonia, en las calles de Madrid hubo charcos de sangre; en las calles de Madrid no se contentaban los agentes del gobierno con herir, prendian, llevaban á la cárcel á los mismos que habian herido.

Infeliz herido que se hubiera salvado, de ser atendido como merecia, murió en los calabozos del hospital general. ¿Qué mucho? Los presos fueron puestos de rodillas y luego abofeteados.

El gobierno se retorcia en su banco.

No podian oirse sin rubor estas tremendas palabras que anunciaban el mayor grado de servidumbre en los pueblos y el grado mayor de arbitrariedad en el gobierno. Así es que el debate llegó á tomar en la Cámara alta toda la vivacidad y toda la pasion de los debates populares. Y era natural, y era lógico, y era inevitable que sucediese así. A medida que el poder cae en una tiranía mayor, se eleva la palabra humana á una más tribunicia elocuencia. La palabra será eternamente el verbo de la libertad, cuyo divino espíritu, difundido en los aires como un débil sonido, como un ténue aroma, vivifica las conciencias, fortalece los caractéres, mueve á las grandes empresas, excita al heroismo, y funde las cadenas en los brazos del esclavo y las coronas en las frentes de los reyes. Mas parece que la palabra, por la claridad de juicio, la fuerza de voluntad, el ánimo, el aliento que exige en su ejercicio debia ser patrimonio de los jóvenes; y un viejo la ejercitaba elocuentemente en el Senado para defender la causa de la enseñanza libre, el Sr. D. Claudio Anton de Luzuriaga.

Al terminar sus dias el ilustre anciano, sustentaba las ideas capitales que sirven de base á la civilizacion moderna, la independencia del profesorado, la libertad de la ciencia, el respeto á los derechos del hombre, la libertad del pensamiento. No podia comprender, no comprendia sin duda el Sr. Luzuriaga que las ideas hubieran retrocedido hasta el punto de que ¡él! que habia luchado con el absolu-

tismo antiguo, tuviera que enseñar los principios tutelares de las instituciones modernas, á los mismos que recogian sus beneficios, á los mismos que estaban obligados á ser los más solícitos en sostenerlos y ampararlos.

El Sr. Luzuriaga habló como presidente del Consejo de Instruccion pública, y bajo este aspecto, su palabra tenia una fuerza inmensa, una inmensa autoridad. Y dijo una idea que está en la conciencia de todos, un sentimiento que está en el corazon de todos; dijo que se queria convertir el Consejo de Instruccion pública en cuerpo puramente político. Y desde el momento mismo en que se queria convertir el Consejo de Instruccion pública en cuerpo puramente político, el Sr. Luzuriaga estimaba que no era de su deber, que no era de su dignidad volver á él, porque volviendo á él, cuando es enemigo del gobierno, se quebrantaba completamente su carácter.

Debió contestarle el Sr. Alcalá Galiano, como ministro de Fomento; pero en aquellos dias acababa de pasar un horrible suceso. Amargado por los inmensos pesares que le habia traido la cuestion de enseñanza; llena de dudas su inteligencia, de espinas su corazon; abrumado con el peso de tantas desgracias como habian ocurrido y con el ódio de la juventud que habia estallado en ruidosas manifestaciones, su ya débil salud se alteró en términos que murió de apoplegía fulminante en pleno consejo de ministros, y al morir, llevóse consigo la elocuencia, quizá más fácil, más sonora y más castiza que jamás se oyera en los Parlamentos de España. Su última frase fué tremenda acusacion á la dinastía: *Compulsus feci,* dijo, y expiró. Tenia, pues, que responder su reciente sucesor, el nuevo ministro Orovio, á quien no llamaba Dios por el camino de las letras y mucho ménos por el camino de la crítica. Así fué su discurso desdichadísimo.

Dijo que el Sr. Castelar habia sido separado provisionalmente. Esto nos recuerda aquel general que mandaba fusilar provisionalmente á sus prisioneros. Dijo que en España sólo deben ser catedráticos los progresistas, los moderados y los unionistas. Suponemos que sólo deberán obedecer al gobierno los progresistas, moderados y unionistas, suponemos que sólo pagarán contribuciones los progresistas, moderados y unionistas, porque esto de eximirnos de los derechos y no de los deberes, nos parece cruel. Antes para regentar una cátedra se exigia: 1.° veinte y cuatro años de edad. 2.° El grado de doctor. 3.° Conducta moral irreprensible. Desde aquel momento debia exigirse, además de todos estos requisitos, el de ser ó progresista, ó moderado, ó unionista. Y de esta suerte hubiera vuelto el siglo de oro, y la enseñanza prosperado tanto que nos envidiara Marruecos.

Despues del Sr. Orovio entró en el debate el Sr. D. Cirilo Alvarez. Bien puede asegurarse que su discurso fué una acusacion, en el fondo tan contundente, en la forma más acerba que la acusacion del Sr. Calderon Collantes. El orador, al ver las brutalidades de los agentes del Gobierno, el desenfreno de la soldadesca, las violencias contra los ciudadanos inermes; muchísimos apaleados, muchos heridos, algunos muertos, y toda la poblacion aterrada; al ver á los señores Gonzalez Brabo y Narvaez echándosela de matones, y enviando la guardia veterana á los cuatro puntos del horizonte para perseguir y acosar á la gente pacífica, así por las calles de la Montera como de Carretas, así por la calle de Alcalá y la Carrera de San Gerónimo como por la calle Mayor y la calle del Arenal; al ver todo esto decia que se trataba á los hombres como fieras, y que en la noche del 10 de Abril, noche funesta, se habia hecho un ojeo, en el laberinto de las calles de Madrid.

No hay para qué decir cómo montó en cólera el Sr. Gonzalez Brabo. El ministro de la Gobernacion no discutia, peleaba, convirtiendo el Senado en un salon de esgrima oratoria. Su robusta voz, que tan sonoramente hu-

biera resonado á consagrarse á la defensa de la libertad, hervia como un volcan de pasion, pero como un volcan sobre el cual no flotaba ni una sola idea. Buscaba medios de defensa en todos los arsenales, y todos los arsenales se cerraban. Pedia para conmover todos los tonos de que es susceptible su voz de trueno, y le faltaban todos los tonos que iba buscando. Entonces se revolvia en su banco, extendia los brazos á todos lados, invocaba al partido moderado para que viniera en su auxilio; y se dejaba caer rendido de fatiga, magullado y deshecho, como una de esas víctimas de los guardias veteranos, que habia visto el pueblo de Madrid, pero magullado y deshecho á los golpes de su propia elocuencia.

El asunto pasó del Senado al Congreso, y en el Congreso llevó la voz el Sr. Posada Herrera primeramente. El Sr. Posada Herrera no está nunca en el banco de oposicion á la altura que alcanza en el banco ministerial. No es tan feliz en el ataque como en la defensa. Le falta ímpetu para acometer, como le sobra serenidad para resistir. Pero su discurso sobre aquel asunto tuvo períodos, partes, de verdadera, de extraordinaria elocuencia. Empezó por decir que condenaba á los revoltosos de la noche del 10. Y en realidad, como los revoltosos no se vieron en ninguna parte, no condenaba á nadie. Lo que sí se vió, lo que pudo ver todo el mundo, es que los silbidos de los niños, eran tratados como una rebelion abierta; lo que sí se vió, lo que pudo ver todo el mundo, es que personas inermes eran sacrificadas en medio de las calles. Tuviéronse en aquella noche triste, cuyo recuerdo difundirá siempre horror en los ánimos, ménos consideraciones al pueblo de Madrid de las que suelen las naciones extranjeras entre sí cuando se declaran guerra. Ni un bando, ni un aviso al pueblo; ni una autoridad que estuviera en su puesto y que usara de sus atribuciones; el desórden por toda direccion; la pasion por toda consejera y la catástrofe por todo término. Se olvidó el reglamento de la Guardia veterana, dado para las ciudades á favor de los ciudadanos, y se aplicó el reglamento de la Guardia civil dado para los despoblados y contra los foragidos. No aparecieron grupos; gentes pacíficas fueron sacrificadas en medio de la calle, al ir ó volver de sus tareas, como si no hubiera seguridad para los ciudadanos, respeto para la vida, las garantías que constituyen los fundamentos eternos de los pueblos libres. Así preguntaba el Sr. Posada Herrera: «¿qué le dísteis á la Guardia veterana?»

Y despues de estos atropellos, ni siquiera esperanza de encontrar justicia. Los mismos heridos que debian ser recogidos en cumplimiento de las leyes de la humanidad, y en cumplimiento de estas mismas leyes curados, fueron entregados despues de su desgracia á los tribunales, y á tribunales incompetentes. En cambio los que los atropellaron no han sido conducidos á ningun tribunal. Justicia, justicia, pedia el Sr. Posada Herrera. Pero ¡ay! era imposible encontrarla. Cuando preguntó si autorizarian para acusar al gobernador civil ante el Tribunal Supremo, el Sr. Gonzalez Brabo indicó bien claramente que no concederia la autorizacion.

Pero el grito de la indignacion pública resonó por fin el dia 28 de Mayo majestuosamente en el Congreso. Pocas veces hemos presenciado una escena parlamentaria tan sublime; pocas veces se ha elevado tanto un tribuno. El Sr. Rios Rosas era el orador de la tempestad. Cuando los ánimos se encienden; cuando suenan por todas partes los rumores; cuando estallan los grandes sentimientos; cuando se agita ese oleaje de las pasiones que en los parlamentos dominan, el Sr. Rios Rosas lo sujetaba todo, lo subyugaba todo, y su palabra flotaba sobre aquel grande tumulto como el trueno de las nubes sobre las tormentas de los mares. En el Sr. Rios Rosas era oratoria toda su persona: el semblante, la voz, la accion, la apostura, el gesto; aquellas manos que se crispaban

como si una corriente de electricidad las agitase, y que arrojaban esa misma electricidad sobre su auditorio; aquella voz tonante que llevaba en sí el eco de tantas tempestades. En aquel dia se excedió á sí mismo.

Cuando se levantó, comprendimos que iba á pronunciar un gran discurso; porque se revelaba en su mirar, en su acento, en su gesto, la pasion que encendia su alma, la grande indignacion que lo agitaba. Tenia la sublime enfermedad de su elocuencia calenturienta, y comenzaba rugiendo. La hiel que el dolor de sus entrañas habia segregado, teñia su rostro de un color lívido, que semejaba la iluminacion de un relámpago. Cada uno de sus adjetivos era como un cañonazo; cada uno de sus períodos una batalla; todo el discurso, todo aquel discurso de ardiente ira, una lluvia de fuego que caia sobre la cabeza del gobierno, teñida en sangre, y abrasaba como plomo derretido su conciencia.

No era el discurso del Sr. Rios Rosas la acusacion fria, la acusacion legal, la acusacion razonada; era algo más alto que todo esto, algo más sublime; era el eco de la indignacion pública, era el acento de las pasiones que agitaban el ánimo del pueblo. Allí no se invocaba la ley, no se invocaba esta ú otra disposicion del Código, pues harto sabia el país que todo fué violado; invocábase algo más alto, algo que está sobre todas las leyes y todos los Códigos: el sentido moral, las eternas prescripciones de la conciencia. Así su discurso fué como las Filípicas de Demóstenes, como la Catilinaria de Ciceron; una imprecacion contínua, incesante, magnífica. No lo busqueis en el *Diario de Sesiones*, no lo busqueis allí, porque no encontrareis el estampido de aquel acento, el eco de aquella voz, los relámpagos de aquellos ojos, la serenidad de aquella apostura, la crispacion de aquellas manos, la melena que nos recuerda algo de la melena de Mirabeau; la agitacion y el movimiento, que algo nos recuerda á Danton; las chispas de electricidad que se escapan de sus palabras y que se unian á los rumores varios del público; porque en el orador hay siempre dos agentes, él y su auditorio; y con todo esto, que en él está, que tambien está fuera de él, que está, sobre todo, en la atmósfera formada por su candente palabra, en todo esto vereis pasar hirviendo y tronando la tromba de portentosa elocuencia.

La historia consagrará un perpétuo elogio al orador que condensara la ira del pueblo, y agitándola como un rayo entre sus manos, cruzara el rostro de aquellos hombres, para que la tierra los arrojára de sí, y la voz de Dios los persiguiera como perseguia al fratricida Cain. Su discurso no se podrá analizar, porque el mérito no estaba ni en sus ideas, ni en sus proporciones, ni en su hilacion, ni en su série, ni en la armonía de sus períodos; su discurso estaba en todo lo que constituye la personalidad de este orador.

En el curso de esta peroracion hubo notabilísimo incidente. Como dijese que los que habian perpetrado los asesinatos del 10 eran unos miserables, los rumores de la mayoría ahogaban su voz. Miserables, repetia el señor Rios Rosas. Y los rumores de la mayoría se aumentaban. Y el Sr. Rios Rosas esplicaba estas palabras, diciendo que los llamaba miserables porque habian sido instrumentos de un crímen, porque habian deshonrado el uniforme que vestian, manchándolo de sangre, y de sangre inocente. Aquí de la mayoría. Estos señores no sabian hablar, dejaban abandonado el ministerio en las grandes ocasiones, en las luchas, en la discusion; y luego manoteaban, gritaban como energúmenos; insultaban, amenazaban y armaban esas batallas que solo conducen á deshonrar un Congreso.

¡Magnífico espectáculo! Cuando la mayoría más gritaba, más ruido promovia, el Sr. Rios Rosas, de pié firme, erguida la frente, cruzados los brazos, paseaba su mirada sobre aquel oleaje sin conmoverse, como convencido de que todas aquellas tumultuosas pasiones eran espuma. Cuando le tocaba la hora de luchar

¡cómo luchaba! A la mayoría la acallaba con el gesto, con el ademan, con unas cuantas palabras. Al Sr. Sanz, que le interrumpia, lo arrojaba lejos de sí con un corto esfuerzo, desarmándole. Al presidente le contestaba con arrogancia que si la mayoría reclamaba que se escribieran sus palabras, él pedia que se esculpieran. En medio de aquella tempestad, él sólo estaba firme, él sólo estaba sereno; él cogia las alusiones de unos, las reclamaciones de otros, los gritos de todos, convirtiéndolos en una especie de nube que se disipaba á su soplo, y que se desvanecia como niebla á sus plantas. En vano el general Narvaez reclamaba; Rios Rosas mantenia sus palabras. En vano protestaba el Sr. Gonzalez Brabo; las mantenia. En vano el mariscal Reina, el brigadier Santiago, protestaban tambien; mantenia sus palabras. Cuando un orador hablaba, se dirigia á su banco á escucharlo impasiblemente, y con dos ó tres palabras desbarataba sus argumentos. La protesta quedó escrita; las palabras del Sr. Rios Rosas se esculpieron por su mano vigorosa en todos los corazones.

No era posible que continuase el ministerio del general Narvaez. Desde el dia en que escribió la circular sobre enseñanza pública, y por consiguiente, abrió aquella lucha, no con un hombre que nada vale, sino con el espíritu del siglo que es omnipotente; desde aquel dia fatal no tuvo hora de reposo. Las protestas de la conciencia libre, las manifestaciones de la opinion, el grito de la juventud en cuyo pecho palpita la esperanza del espíritu moderno; la indignacion de todos los ánimos que veian arrebatadas las últimas garantías de los pueblos libres derribaron el gobierno del general Narvaez. La Universidad perturbada, el Ayuntamiento disuelto, la Diputacion luchando; cátedras que habian pasado sin conmoverse por la reaccion y la revolucion cerradas y solitarias; el Parlamento en son de guerra; la prensa en son de universal protesta; los más grandes oradores del antiguo partido conservador fulminando tribunicios anatemas; Madrid consternado; los testimonios de los horribles atropellos de la noche del 10 creciendo en una progresion asombrosa; las fiestas más sencillas convertidas en temibles manifestaciones políticas; la Guardia veterana, que conservaba el órden público y era el arma de la autoridad civil, completamente disuelta; la enseñanza casi suprimida; las autoridades académicas desacatadas; los claustros universitarios pasando entre bayonetas, y los ministros de la Corona entre silbidos; todo esto era una perturbacion moral y material inmensa, que no podia cesar sino con el sacrificio del ministerio Narvaez, provocador de todo con su soberbia y su torpeza.

Cuando subió al poder, decíase que siendo sus hombres tan importantes, formaban el cuerpo más homogéneo y más ilustre de cuantos podia dar de sí el partido moderado. Este hijo de la ancianidad del viejo bando moderado era un hijo robustísimo en sentir de los doctores de la sinagoga doctrinaria. En él estaba Narvaez, su fuerza; Llorente, su inteligencia; Alcalá Galiano, su palabra; Gonzalez Brabo, su pasion; Arrazola, su historia; Barzanallana, toda su ciencia económica. En él estaba el espíritu liberal que habia animado á la juventud de *El Contemporáneo*; y la experiencia de las inmensas desgracias que por las ridículas tentativas del Sr. Nocedal habian caido como una especie de cruda calamidad sobre el partido moderado. Él iba á ser el regenerador del gran partido; él su salvacion definitiva. La vieja escuela doctrinaria se habia levantado del estercolero donde agonizaba, á recibir el calor de las nuevas ideas en su mente, y el soplo del nuevo espíritu en su rostro.

Pero desde Setiembre de 1864 á Junio de 1865, el ministerio Narvaez, que vino con propósitos liberales, solamente pudo agravar la situacion y no salvarla. El retraimiento continuó más amenazador, la revolucion más relampagueante, los ánimos encendidos en ira, las pasiones enconadas, el órden per-

turbado; señales ciertas de que una nueva idea pugnaba por convertirse, por cuajarse en nuevas instituciones; y no habia más remedio que abrirle paso, ó sucumbir á sus tempestuosas ráfagas. Narvaez no alcanzaba á comprender el cambio de los tiempos. Esgrimia su espada contra las ideas y daba con vanas sombras; porque las ideas que lo atormentaban, eran inaccesibles á la persecucion, y á la muerte. Así cayó del poder sin saber por qué; fatigado de luchar con un enemigo omnipotente é invisible.

Habia contribuido y no poco, á la caida del ministerio Narvaez la pasion ardiente de la prensa. Un escritor muy leido acababa de trazar la figura de María Antonieta, para ofrecerla como ejemplo, y recuerdo siniestro á los ojos atónitos de la reina. Dicen que Luis XVI leia con empeño en la Historia de Inglaterra por Hume, las páginas de la revolucion que decapitó á Cárlos I, y luego contemplaba el retrato de este desdichadísimo rey trazado por el célebre Vandik. Pues bien, la Reina Isabel á su vez leia y releia con horror el retrato de María Antonietta, de la pobre guillotinada. El escritor ahogó todo sentimentalismo; y se sobrepuso á todas las inspiraciones del corazon para mirar sereno, y cara á cara la figura de la pobre reina tal como se dibuja en el fondo de la historia. Quizá alguna vez habia apartado su atencion de la infeliz mártir destronada y muerta en Francia para convertirla á la poderosa reina viva y reinante en España. Doña Isabel II se miraba y se veia en el espejo de aquella vida de María Antonietta. Y acordándose de su poder y de su autoridad se quejaba de que la prensa osase entrar irreverente en su palacio y disecar su persona, aunque fuera bajo la alegoría de una reina extranjera. Suscitáronse con ocasion de estos estudios ruidosas polémicas en la prensa diaria. Unos decian que la reina Maria Antonietta habia sido un verdadero angel, y que la Francia y la revolucion no tenian de ella ninguna justa queja; otros decian que la Reina Maria Antonietta habia conspirado con tenacidad, y traido por sus propias culpas el tremendo castigo sobre su cabeza.

Y ahora, aunque no aprobemos nunca, porque repugna á nuestro corazon y á nuestra conciencia la pena de muerte, debemos decir en voz muy alta, sin temor de herir supersticiones antiguas, que creemos, que proclamaremos que María Antonieta de Lorena era merecedora de un gran castigo, porque su empedernido espíritu absolutista y su soberbia hereditaria, derramaron sobre Francia y sobre Europa un mar de lágrimas y sangre, en que se ahogaron tres generaciones.

Era mujer, era esposa, era madre, pero antes que mujer, antes que esposa, antes que madre, era reina. La educacion habia ahogado en su seno la voz de la naturaleza. Por conservar los timbres hereditarios sobre la frente de su raza: por adorar las supersticiones y los privilegios de una sociedad que se arruinaba: por sostener títulos, honores, pergaminos que las ideas habian borrado con su electricidad, la reina no quiso convertir á su esposo de rey absoluto en rey constitucional; ni supo hacer de aquellos príncipes, sobre los cuales ejercia tanto imperio por su belleza y por sus gracias, ni supo hacer de aquellos príncipes ciudadanos; y entregada al influjo de su educacion realista, á la idolatría de su autoridad y de su raza, que imaginaba cuasi divina, en aquella grandiosa revolucion, no vió la luz, sino el humo; en aquellos profetas del nuevo mundo social, no vió las ideas, sino las pasiones; en aquel movimiento no pudo comprender sino que se llevaba á pedazos su corona, y con un ódio invencible en el alma, y una doblez repugnante en el carácter, concluyó por ser víctima de su obcecacion y de su orgullo.

Su familia no era ardientemente católica; y así habia fomentado la idea filosófica del siglo XVIII; habia herido á Roma en sus más queridos privilegios. Pero su familia era in-

dudablemente la más realista entre todas las familias reinantes de Europa. Vinculando en sí el sacro romano imperio, si habia luchado con el Papa, habia luchado, no por interés del progreso ó por servir á la filosofía, habia luchado por llegar á una autoridad absoluta y autocrática que tuviese un doble imperio sobre los pueblos, y sobre el alma y la conciencia de los pueblos. Así, el sentimiento católico estaba helado en el corazon de la reina; y cuanto hizo á favor del clero y de sus prerogativas, lo hizo no por la fé que escusa, sino por la ambicion vulgar de conservar su corona. Mas si el sentimiento católico estaba muerto en su alma, el sentimiento monárquico estaba vivo, muy vivo, rayaba en delirio; y todos los revolucionarios, desde el superficial Narbonna hasta el gigante Mirabeau; desde el complaciente Lafayette hasta el austero Robespierre; desde los filósofos que discutian en las Asambleas los derechos del hombre hasta las turbas que clamaban á las puertas de su palacio, todos le parecian extranjeros en un poder que á sus ojos era propiedad exclusiva de su familia, rebeldes contra un derecho que en su conciencia emanaba directamente de Dios.

Contra esta preocupacion ¿qué encontró en la córte de Francia? Nada. Cuanto encontró, servia para recrudecerla. Casóse con Luis de Borbon, que en los primeros años de su matrimonio ni siquiera estimaba su hermosura, y que no comprendió nunca su carácter. La falta de amor la precipitó en la ambicion. La vida aislada de la córte, los placeres del pequeño Trianon, la corrupcion natural de costumbres que habia allí donde reinaban el viejo sátirico Luis XV y la infame prostituta Mdme. Dubarri; algunas pasiones que nacieron involuntariamente en su alma casi abandonada y solitaria; el odio mismo de la aristocracia francesa, que la creia un instrumento de la política de la casa de Lorena, y que la llamaba por desprecio la austriaca; el célebre escándalo de su collar, que á tantas hablillas y consejas dió ocasion; su amistad hácia Monsieur y su enemistad hácia Orleans; su implacable orgullo y su furor realista le trajeron desde que su carroza entró en Versalles hasta que su carreta salió para el cadalso, una negra impopularidad; mujer desgraciada, extranjera para la revolucion, extranjera para Francia, extranjera en su mismo hogar.

Creyendo solo en la fuerza del prestigio real, en el númen de su familia, y en las cábalas de los palaciegos, formó en torno de sí una córte, con la cual creia gobernar un pueblo. Mujer de escaso talento, digan lo que quieran sus apologistas, no quiso estudiar nunca aquella advertencia sapientísima que le dirigía Neker: los reyes que tienen camarillas, están destinados ó á la suerte de Cárlos IX ó á la suerte de Cárlos I. Cuando vió los Estados generales reunidos, contribuyó en gran parte al funesto desaire que recibió el Estado llano, para el cual solo se abrió una puerta de la cámara régia, mientras se abrieron las dos de par en par, ampliamente, para que entraran el clero y la nobleza. Cuando la revolucion comenzó, imaginóse siempre que bastaban á ahogarla los cañones de los reyes de Europa. No contaba con que los pueblos son más numerosos que los reyes. En aquellas oleadas de la pasion popular que escupian férvida espuma á su frente, decia, como Enriqueta de Francia, la mujer de Cárlos I, cuando atravesaba el canal de la Mancha, en medio de deshecha borrasca: una reina no se ahoga. Tenia mucha fé en la estrella de su raza, en el ejemplo de su madre. Y no comprendia que si su madre, cuyo talento era muy superior al suyo, habia salvado una guerra, la habia salvado con el favor del pueblo; y ella, cuyo carácter era odiado, cuya vida era calumniada, cuyo orgullo era maldecido, cuyo despego á la reforma la habia hecho blanco del rayo revolucionario, iba á luchar teniendo por único aliado un clero fanático que no la queria, una aristocracia que no la estimaba, y por enemigos, una revo-

lucion y un pueblo. No era bastante la corona para salvarla. La historia dice que el mejor conductor de la electricidad que se conoce, es el metal; y mucho más el metal de una corona de derecho divino, y que descansa sobre una frente bajo la cual se oculta un cerebro ciego.

Pero la lucha de María Antonietta con la revolucion, no es la lucha franca, no es lucha abierta; por el contrario; es lucha artera, es lucha de doblez y de engaño; sonrie cuando acaricia el puñal; adula cuando prepara el golpe; hiere siempre á la revolucion por la espalda. Así cuando los representantes del pueblo arrojados de la Asamblea se congregan en el Juego de pelota, y se levantan altivos, frente á frente de la monarquía, María Antonietta congrega sus guardias en el teatro de Versalles, los embriaga, los fuerza á cantar los himnos realistas, á besar la escarapela blanca; á jurar sobre la cruz de la espada el esterminio de la revolucion y de los revolucionarios. Y cuando el pueblo vence, cuando la obligan á salir de Versalles, de aquel mundo oficial, de entre aquellos cortesanos autómatas, que como dice un grande escritor, son tan frios como las estátuas de los jardines; cuando vuelve al seno de París, saluda al pueblo que aborrece, sonrie á los hombres cuya muerte ha jurado para el dia de la victoria. Ya en Paris, y en el seno de aquella poblacion, su único empeño es ganar á Metz, acusar ante Europa á los revolucionarios de rebeldes, á la Asamblea de facciosa, á la Francia entera de un club gigante contra la paz del mundo. Con áspero estilo decia á su hermano en una carta: «*El mal francés*, si no se ataja pronto, se estenderá por toda Europa.» Y estamos seguros que, fresca aun la tinta con que habia escrito aquella injuria, se levantaba sonriendo para recibir una comision de la Asamblea, y le contestaba su frase favorita: «Yo he cumplido fielmente el encargo que de mi madre María Teresa recibí al separarme en Viena; soy francesa de todo corazon.»

Por Octubre, cuando salió de Versalles, todavía pudo salvarse; todavía pudo llegar á la reconcilicion con algunos de los principales jefes de la revolucion. Pero les tenia profunda malquerencia. A Lafayette lo despreciaba; á Mirabeau lo aborrecia. Su alma estaba encendida en una ira volcánica, en una ira en la cual hubiera encendido á Europa. Todo pasaba en proyecto por su pensamiento; la guerra religiosa, la guerra civil, la guerra extranjera, el esterminio de Francia, todo ménos la necesidad de la reforma, ménos la justicia de la revolucion. Aunque no estimaba gran cosa á los hermanos del rey, aunque el núcleo de la emigracion realista era el núcleo de sus antiguos enemigos, aunque se desesperaba contra el emperador porque no habia llevado la coalicion europea sobre Francia, se entregaba á su direccion, porque de los plebeyos y de los revolucionarios no queria la paz, no queria la salvacion; para que ellos no pudieran tampoco en su dia aguardar olvido ni perdon.

Lo cierto es, que llevaba en sus manos los hilos todos de una inmensa conjuracion, para arrojar sobre Francia el peso de toda Euroda, y conseguir su desaparicion como pueblo. Así aconsejaba al rey que sancionase los decretos de la Asamblea con una mano, y con la otra escribiera su protesta contra esos decretos, y los enviase para su custodia á los reyes de España. El rey llevaba tan lejos su hipocresía, que consultaba con el obispo de Clermont y con el Papa si le absolverian de los juramentos prestados, de las palabras empeñadas, de las promesas hechas que jamás habian salido de su corazon, sino de sus labios. Mientras tanto Brateuill, amigo y emisario de la reina; Fersen, caballero sueco, de la reina tambien cortesano; Lamarke, otro de sus íntimos amigos, iban de Metz á Bruselas, de Bruselas á Viena, levantando conjuraciones contra la Francia empeñada en la obra inmensa de construir una nueva sociedad. El asilo y el trono que de Franca habia

recibido, los pagaba concitándole sañudamente los enemigos de toda Europa. Inglaterra, Austria, España, Turquía, Rusia, todas las potencias se levantaban para aplastar al pueblo cuyo crímen era tener aliento para escribir la idea del derecho en las tablas de sus leyes, y entregar esa idea luminosa á la conciencia de la humanidad.

La coalicion europea le aconsejó que se entendiera con Mirabeau. Cuando se decidió á entenderse con él, ya era tarde. Un dia del mes de Mayo subia á caballo el grande orador la cuesta que conduce á uno de los últimos jardines de Saint Cloud. Las áuras de la primavera, henchidas de aromas y de gorgeos de los ruiseñores, y de frescos vapores de los estanques y de las cascadas, acariciaban el rostro del grande orador, henchian su cansado pulmon, y renovaban la sangre de su corazon y las esperanzas de su alma. La reina esperaba en un kiosko al hombre extraordinario á cuyo acento mil veces habia sentido vacilar su trono. Mirabeau le pidió que fuese fiel aliada de la libertad, y él seria fiel aliado de la monarquía. La reina prometió lo que no queria cumplir. De aquella entrevista salió muerto el grande orador. La idea que llevaba en su mente, y que habia despertado una nueva sociedad, desapareció herida por el oro de la córte. A los pocos dias fué á buscar en el pecho su corazon de tribuno, y sintió que él mismo lo habia aplastado en Saint-Cloud, bajo su rodilla de cortesano. Entonces dejó caer su cabeza agotada sobre su despedazado pecho, y murió. Lo ahogó el contacto de la córte. La idea fija de María Antonietta era la fuga para volver con los ejércitos europeos y restaurar el absolutismo.

En su delirio reaccionario no sabia donde acogerse, y se acogió al clero. Al fin, la princesa Isabel, hermana del rey, que alimentaba con su soplo las pasiones del clero, tenia fé, tenia fanatismo. Pero la reina sostenia al clero, porque imaginaba que era una misma la suerte de la monarquía y la suerte de la Iglesia. La religion en manos de esta mujer era meramente *instrumentum regni*. Pocos dias despues de acordada la constitucion civil del clero, comulgaba ceremoniosamente recibiendo la hostia de manos de un clérigo que no habia jurado fidelidad á la revolucion. Para ella el veto era una necesidad de la monarquía y su ejercicio debia reducirse á impedir toda reforma progresiva, como por ejemplo la venta de los bienes del clero. Tenia tambien su imprenta, y su imprenta católica donde cuatro religiosos sin religion usaban el estilo de Voltaire contra las revoluciones, confundiendo la fina ironía con las repugnantes bufonadas. Para mayor escarnio, su periódico se llamaba el Acta de los apóstoles. Y al mismo tiempo aconsejaba al rey que hablara contra los jacobinos el lenguaje de los jacobinos. Y se mostraba alegre al pueblo de París mientras preparaba su fuga al ejército del extranjero. Y escribia al emperador su hermano, que no se fiara de Calonne, y al conde de Artois, su cuñado, que Calonne era un grande hombre. Y por fin, arrastraba al rey á sublevarse contra la voluntad de la nacion; se iba disfrazando á su esposo de lacayo, y volvia entre las bayonetas y las maldiciones del pueblo. Un dia se nombró el ministerio girondino. Grave error en el rey nombrar ministros republicanos; grave falta en los republicanos aceptar el nombramiento de un rey. Pero desde el instante en que entró el ministerio republicano la reina se redujo á conspirar contra el ministerio republicano. Incitó á Lafayette y á Dumouriez contra Rolland. Vió con secreto placer la oposicion de los jacobinos. Y cuando llegó la hora oportuna, despidió al ministerio impidiendo que el rey firmara un decreto contra los clérigos facciosos. La confusion horrible que habia en su mente, la confusion de los intereses religiosos con los intereses de la monarquía perdió á la reina.

Si el 20 de Junio vió al pueblo entrar en las Tullerías y desacatar su autoridad é injuriar su nombre; si entre cadáveres, man-

chándose de sangre, el 10 de Agosto, se refugió en la Asamblea que odiaba; si cayó en dura prision donde trascurriesen los dias más siniestros y más amargos de su vida; si le arrancaron de los brazos á su esposo; si oyó el redoble fatal que acompañaba á éste al patíbulo; si tuvo largas horas de hambre, larguísimas noches de frio, meses de miseria; si la apartaron de sus hijos; si remendó con sus manos, acostumbradas á sostener el cetro, las rasgadas vestiduras; si en el tribunal revolucionario la injuriaron de una manera horrible; si salió al cadalso á los treinta y ocho años de edad, cuando todavía la hermosura se reflejaba en aquel serenísimo rostro; si al subir, pisó al verdugo y tuvo que pedirle perdon; si rodó su cabeza al filo del hacha, su cabeza que nunca se habia querido humillar ante el pueblo; execrando todo cuanto haya en eso de execrable; maldiciendo lo que haya de inhumano, bajemos la frente ante la justicia de la historia, que muchas veces no concebimos, porque no la miramos en su conjunto; bajemos la frente ante esa justicia en que se guarda siempre una gran leccion de la Providencia para los poderes ciegos y soberbios.

El sentir de los periódicos republicanos respecto á María Antonietta era contrastado por el disentir de los periódicos moderados que la presentaban como un modelo de esposas, de madres, de hijas, de reinas. Decian á una que si hubiera tenido su carácter el rey mártir, ni la revolucion se enseñoreara de Francia, ni las personas reales sintieran sobre su cuello la segur de la guillotina. Pero en estas discusiones apasionadas la Reina Isabel menospreciaba el lado literario, el lado histórico, y descubria que se estudiaba, aludiendo á ella, la vida de una Reina guillotinada, y que la revolucion, no solamente se atrevia á su trono, sino tambien á su persona. El ministerio Narvaez no habia podido reprimir estos ardides de la publicidad, y la Reina pensaba que, desautorizado y perdido, tenia todos los inconvenientes del general O'Donnell sin ninguna de sus ventajas. Mas para probar que su voluntad dominaba todas las voluntades, que sus deseos tomaban aspecto y vigor de mandamientos imperiosos, olvidó todas las cuestiones que habian herido al ministerio, su conjuracion contra la enseñanza, sus heridas á la Universidad, sus atentados á la independencia profesional, su noche triste del diez de Abril, su menosprecio á las prescripciones legales, su batida en las calles de Madrid, los asesinatos consumados y las heridas abiertas por su guardia pretoriana, todos los escándalos; y se fijó solamente en una cuestion palaciega, en el nombramiento para altísimo cargo de su córte, recaido en el Marqués de Ezpeleta, que formaba en las filas de la union liberal, y que pasó de su palacio nobiliario al palacio real para despedir indirectamente á Narvaez y á sus ministros.

El pensamiento de cambiar la situacion era ineficaz, dadas las circunstancias. Pero la dinastía de Borbon llevaba en España el mismo torcido camino que la dinastía de Borbon habia llevado en Francia. Las analogías eran sorprendentes. Una revolucion de 1830 se preparaba. El general O'Donnell no era más que el ministro Martignac, aquel ministro que dió un poco de respiro á la opinion, de suelta á la prensa, de esperanza á la libertad para caer en seguida y abrir paso al ministerio Polignac, destinado á destruir la monarquía histórica. Para que nada faltase á este paralelo, tambien aquí habia en el Duque de Montpensier un príncipe de la casa de Orleans, rico y comerciante como todos los suyos, conspirador y ambicioso como todos los suyos, enemigo de la primera rama y amigo del propio engrandecimiento como todos los suyos, que ingresó en la familia real con el sino de destronarla, como su padre y su abuelo habian destronado á la familia de Francia, y no paró ni un minuto hasta cumplir entre nosotros el ministerio histórico, que parece como vinculado en su nombre y en su sangre.

La historia es, considerada bajo su aspecto más vulgar, la experiencia de la humanidad. Interrogándola, podríamos llamar á este siglo, el siglo de la renovacion de los poderes públicos. Dentro de las antiguas formas de gobierno, cupo la agitacion religiosa del siglo décimo-sesto, la agitacion filosófica del siglo décimo-sétimo, y aun la agitacion regalista del siglo décimo-octavo; pero así que todas estas grandes agitaciones se condensaron en una que las contiene á todas, en la agitacion democrática, las antiguas formas de gobierno fueron estrechas y mezquinas para contener el océano de la nueva vida. Entonces nació el régimen constitucional. La revolucion se encontró cara á cara con los antiguos poderes, y luchó con ellos fuertemente. Do quier hubo una poderosa influencia en pugna con el sistema constitucional, fué vencida; do quier hubo un poder opuesto á la revolucion, una dinastía enemiga del progreso, sucumbió ese poder, cayó esa dinastía. Mirad, mirad, Nápoles, Toscana, Grecia, Inglaterra, Francia, miradlas, y vereis que ninguna de estas naciones ha consentido las dinastías enemigas de sus libertades, las dinastías que han avivado el espíritu reaccionàrio, esa negra sombra que hiela y oscurece á la moderna Europa. Es preciso, es indispensable, que los pueblos recuerden las escenas históricas en que se ve de un lado las dinastías, de otro las naciones. La historia es algo más que una mera narracion, es una viva enseñanza moral, es la conciencia del espíritu humano que se eleva sobre todos los poderes, y los juzga con inflexible justicia. La historia no calla nunca. Si el mundo se entrega á Domiciano, la historia se entrega á Tácito. Por esto ningun poder, ninguna fuerza ha podido jamás ahogar la voz severa de la historia, que es el espíritu humano, reconociéndose y juzgándose.

El grave mal de los Borbones en su segunda restauracion, fué no saber cosa alguna del espíritu de su siglo. Habian visto una revolucion triunfante, una República colosal y agitada por el delirio del nuevo espíritu, la dictadura del génio sobre Europa atónita, y no alcanzaron que todos estos hechos, eran solamente la roja lava del volcan de ideas que entrañaba Europa; y si vieron las ideas, imaginaron que se podian apagar con agua bendita. Así Cárlos X, el representante de la reaccion teocrática asentada en el trono, se rodeaba, además de sus ministros constitucionales, de una córte absolutista, que hacia sospechosa su política, y odioso su nombre. El arzobispo de Reims, el de París, dirigidos por el Nuncio de S. S, verdadero oráculo de la córte, capitaneaban á todos los aristócratas, á todos los absolutistas, que maldecian del régimen constitucional, y acariciaban la idea de una reaccion insensata. El pueblo que veia esto, aquel pueblo en cuyos labios vagaba la Marsellesa, que aterrára con sus viriles acordes á cien reyes, creia su rey instrumento de la córte romana, y su sistema constitucional, á tanta costa rescatado de la antigua tiranía, nido de los jesuitas.

Y estas creencias eran harto fundadas, si se atiende á los hechos de la córte. Habia pedido, y aun propuesto, una ley que castigaba con pena de muerte el sacrilegio, ley atentatoria á la tolerancia religiosa establecida en Francia, ley de esas que empiezan á mover las revoluciones. Durante su discusion, los partidarios del rey en las Cámaras, los que con él privaban, bendijeron el cadalso, santificaron el verdugo. Y como la reaccion no se detiene un punto, pidió y obtuvo indemnizaciones cuantiosísimas para pagar á los emigrados que habian vuelto sus armas contra Francia; pidió y obtuvo la restauracion de los conventos que habian caido á los golpes de las nuevas ideas. Estas victorias, y el silencio del pueblo que es paciente, porque es eterno, indujeron á la córte á nuevos alardes reaccionarios, á nuevos intentos de oprimir entre sus manos la conciencia, y detener la corriente de las ideas, mofándose á

un tiempo de la libertad que late en el seno del siglo, y de la Providencia que encamina hácia la libertad toda la historia.

En su ceguera, Cárlos X prescindió de las ideas modernas, convocó la nobleza, fingió haber encontrado la sacra ampolla donde se guardaba el óleo de los reyes de derecho divino, y arrojó su corona constitucional á los piés de un arzobispo. Consecuente con esto, su córte parecia, como la córte de Cárlos II, la reunion de todos los frailes batalladores, de todos los obispos intrigantes de Francia. Pasaba el tiempo, no en meditar las reformas propias de este siglo, sino en celebrar procesiones, donde iban los volterianos y los escépticos del ministerio y de la cámara, con velas en apariencia encendidas á los santos, y en realidad encendidas á su propio poder. Así el rumor público murmuraba de aquella reaccion que creia capaz de resucitar la política de Cárlos IX, y evocar las matanzas de San Bartolomé. Mr. de Montlosier denunciaba, en interés de la religion y de la monarquía, estas conjuraciones teocráticas, á Francia indignada. «El partido sacerdotal, decia, »es un partido invasor y ambicioso que, »arrastrándose en las sombras, bajo las ins»piraciones de los jesuitas, congregacion ilegal »y anónima, penetra en la política, se atrae á »los magistrados, subordina á su poder los »ministros, distribuye todos los favores, ven»de á Roma las libertades tradicionales de la »Iglesia galicana, prepara, en fin, por medio »de sus sectarios, en todas las zonas del po»der público la servidumbre de la monar»quía, para conquistar al yugo de una com»pañía desconocida é intolerante, un pueblo, »no religioso, sino degradado en las más »viles supersticiones.»

Este partido no se contentaba con dirigir la política, queria tambien dirigir las ciencias, queria tambien borrar la filosofía de tres siglos, queria tambien volver las Universidades á la Edad Media. A este fin entregaba el pensamiento, al nacer en la conciencia, al brotar en la pluma, entregaba el pensamiento á la censura que lo prostituia primero y despues lo aniquilaba. Esta reaccion en la esfera intelectual es la más odiosa á los pueblos modernos, porque es la más insensata. Cuando desde el siglo XII Europa viene con la voz de Abelardo, de Bacon, de Vives, de Hutten, de Descartes, protestando contra la servidumbre intelectual; restaurarla en pleno siglo XIX, en esta edad de la realizacion práctica y tangible de todas las ideas; restaurarla para acallar la conciencia, el pensamiento, es un delirio como el delirio de Calígula, que intentaba acallar con su voz la eterna voz del mar. Aquella dinastía teocrática quiso poner por límite á la razon humana sus propias preocupaciones, y creyó haber conseguido un triunfo cuando los catedráticos, estigmatizados como Michaud y Villmaine por los jesuitas, descendieron de sus cátedras, sin comprender que dejaban escrita la indeleble protesta de la razon libre contra la infame tiranía, protesta que se grabó en la conciencia y en la memoria del pueblo, más poderosa que todos los poderes, más fuerte que todos los gobiernos.

Y no habia esperanza para Francia, porque el heredero de la corona, aun inocente de las faltas de sus predecesores, ya era educado para repetirlas. Mr. de la Reviere y el obispo de Estrasburgo, maestros del príncipe heredero, revelaban bien claramente el doble aspecto militar y teocrático de la ciencia dinástica. Los enemigos de las libertades públicas, los que excomulgaban la prensa, los que tenian la tribuna por una barricada permanente, los adoradores del derecho divino, los militares cortesanos y los cortesanos mitrados, llenos de ódio á la libertad, iban á sembrar en el tierno corazon que debia ser prenda del progreso de la vida, los principios odiosos de una civilizacion muerta, las ideas de un régimen destruido, declarando guerra á lo porvenir en nombre del mismo príncipe á quien la Providencia parecia ele-

gir para que lo dirigiera y lo iluminara. Error lamentable en verdad de aquella dinastía que maltrataba al pueblo, robándole con tales maestros, la última prenda de reconciliacion posible, la esperanza de encontrar un príncipe liberal en el heredero del trono. «En tales manos, dice Mr. de Lamartine, en el capítulo segundo del tomo octavo de su Historia de la Restauracion, en tales manos, parecia el heredero del trono como una prenda entregada por la monarquía al sacerdocio.» Y en verdad que en el siglo presente, aun se concibe por algun tiempo, efecto de la descomposicion de una sociedad gastada, aun se concibe la dictadura personal de un rey; pero lo que no se concibe es la dictadura de una corporacion, de un sacerdocio, que radicando en la conciencia, pretende ser eterna porque se apodera del espíritu.

Esta política de la dinastía francesa le captaba la enemistad de los poderes públicos, verdaderamente liberales, del mundo. Todos los pueblos libres se apartaban de ella con horror. De grado ó fuerza tuvo que reconocer en 1828 la emancipacion de Santo Domingo. Así Canning, que aborrecia á la sazon á los Borbones de Francia, como Gladstone más tarde á los Borbones de Nápoles, pudo decir desde la tribuna inglesa: les entrego el viejo peso del absolutismo que los matará. Y las primeras costosas glorias de Africa, no bastaron á contrastar la inmensa popularidad de la dinastía. Esta impopularidad tenia causas muy conocidas; el pueblo no perdonaba á la dinastía el que hubiera desarmado la Milicia Nacional de París, el que creyera esta institucion incompatible con su existencia.

Así, cuando la córte salia de gala, el pueblo de París iba con curiosidad á presenciar el espectáculo, y le anunciaba sus resentimientos con su amenazador silencio. Hasta un dia en que la duquesa de Angulema, respetable por sus desgracias, fué al teatro de la Opera, no recordamos ahora si en París ó en Burdeos, el pueblo, segun cuenta Luis Blanc en su historia de los diez años, el pueblo, so pretexto de silbar á los actores, silbó á la más ilustre y más augusta de las princesas que personificaban la dinastía de los Borbones en Francia.

El rey echó de ver tarde, muy tarde, su impopularidad. En vano trató de remediarla; en vano proscribió los jesuitas; en vano redujo el número de los seminarios; en vano dió la libertad á la prensa. Esta concesion tardía volvióse en su daño: esta libertad ya concedida á última hora por el ministerio Martignac, le mordió la frente, le arrancó la corona. La libertad de la prensa saltó sobre los ministros, y fué á herir el corazon de los reyes. Francia creia que el orígen de sus males no estaba ni en Villel, ni en Martignac; creia que el orígen estaba más alto, en una dinastía soberbia, para la cual no guardaba enseñanza la historia, fuerza el tiempo, derecho el pueblo, poder las revoluciones. La imprenta, libre por algun tiempo bajo Martignac, expresó esta queja. Entonces se encontró Cárlos X con una apariencia de legalidad en su favor; se encontró con que la imprenta se levantaba sobre su corona; con que la imprenta limaba los fundamentos de su trono; con que la imprenta desconocia su inviolabilidad; con que la imprenta le retaba á singular combate; con que la imprenta olvidaba los ministros responsables para herir su autoridad sagrada; y con las ordenanzas de Julio creyó aniquilar la imprenta, cuando en realidad tan solo aniquilaba su corona.

Herida así la institucion principal de los tiempos modernos, por el ministerio de Polignac, sobreescitados los ánimos por las contínuas imprudencias de la córte, llena la medida de los agravios, divorciada completamente la dinastía del espíritu popular, la revolucion estalló, armóse el pueblo, luchó en las calles con las tropas reales, triunfó, y fué á sitiar á sus reyes, que de nuevo anduvieron errantes por los campos, y de nuevo abandonaron el suelo de la pátria y la sombra del trono. Al lado mis-

mo de la antigua dinastía nació la nueva rama desprendida del tronco principal, que más tarde consumió tambien el fuego de las revoluciones; rama que se volvia contra el árbol; parientes que conspiraban contra sus parientes; sangre que se sublevaba contra su propia sangre. El rey depuso al ministro reaccionario Polignac. No bastó; subieron las olas revolucionarias. El rey revocó las ordenanzas contra la imprenta. No bastó. El rey nombró su ministro á Casimiro Perier. No bastó. El rey nombró lugar-teniente del reino al duque de Orleans. No bastó. El rey abdicó en su nieto. No bastó. Las olas de la revolucion pasaron sobre la cabeza de la dinastía. Triste, abatido, rodeado de su familia, de la duquesa de Berri que aun soñaba con ser la tutora de un grande imperio, de la duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI, que habia visto tres veces en la desgracia su dinastía, y que llorosa juraba no haber aconsejado la reaccion que de nuevo la heria; seguido solo de algunos guardias reales, tipo de la antigua fidelidad monárquica; oyendo el rebato de la revolucion y las maldiciones del pueblo, Cárlos X, se embarcó en Cherburgo; y al poner los piés en la nave que le conducia al destierro, levantó los ojos al cielo sombrío, y exclamó: triste suerte, en verdad, la suerte de mi raza!

Cuántas y cuán estrechas relaciones entre la dinastía de Borbon en Francia y la dinastía de Borbon en España. Allí, como aquí, el espíritu de retroceso; allí, como aquí, el culto á la teocracia; allí, como aquí, el ódio á la libertad; allí, como aquí, la confabulacion siniestra contra toda reforma; allí, como aquí, la complicidad con las reacciones europeas; allí, como aquí, el llamamiento á la revolucion. Parecia que, al heredar la corona, habian heredado tambien la desgracia de toda su raza. Diríase que el destino antiguo los llevaba de la mano, como llevaba al infeliz Edipo de infortunio en infortunio, de puerta en puerta, desde el trono á la mendicidad. Todos ellos han sido heridos por la revolucion, y todos ellos se habian empeñado en luchar con la revolucion. Todos ellos habian caido derribados en el polvo, y se levantaban audaces á continuar de nuevo su batalla sin tregua, como un loco mal curado que vuelve siempre á su anterior manía. Y en España era más enconada y más ciega la superstición de la familia borbónica. Aquí no tenia ni explicacion ni escusa. El Borbon último que en el trono quedaba era el Borbon español. Todas sus gentes habian seguido igual camino, impulsadas por los mismos errores. Todas sus gentes se habian precipitado en el hondo abismo por luchar con la libertad en lucha tenaz, cuyo éxito era de antemano sabido. Así la prensa liberal hacia desfilar ante los ojos de la Reina las figuras de todos los reyes destronados en la era moderna, y las causas de su destronamiento. Parecia que leyendo aquella historia de lo pasado se adivinaba la historia de lo porvenir. Parecia que las fases políticas se suceden en la sociedad, como las estaciones en el planeta. Parecia que el destronamiento de la reina Isabel estaba decretado por un espíritu superior á la arbitraria voluntad de los indivíduos, por el espíritu de este nuestro siglo.

Y si no ¿por qué ostentaba los mismos antecedentes y caia en los mismos errores que su familia de Francia? Un dia se celebraba en el Congreso español solemne sesion, en que el gran pensador Donoso Cortés pronunciaba su último discurso. Con voz entera, con acento profético, elevándose á las cimas de lo ideal, descubriendo desde allí los tiempos y la historia, anunció que el destino de la casa de Borbon era fomentar la revolucion y morir á manos de la revolucion. Y volviéndose á los ministros, añadió: ministros de Isabel II, libertad á vuestra Reina y á mi Reina del anatema que pesa sobre su raza.

Y en efecto, la casa de Borbon dió en el Edicto de Nantes carta de naturaleza á la tolerancia nacional; dió en la paz de Westphalia carta de naturaleza á la tolerancia inter-

nacional; dió en la Enciclopedia espíritu y pensamiento á la revolucion; dió con la guerra á los jesuitas el golpe de muerte á la antigua autoridad. Y cuando la revolucion que habia sostenido y alentado, se volvió contra sus tronos, la casa de Borbon se vistió el sayal de penitente, y ella, que habia sido en la persona de Enrique IV protestante, y en la persona del Regente, de Luis XV, de Cárlos III, sin quererlo, y sin saberlo, revolucionaria, enciclopedista, fué en la persona de sus últimos vástagos, los más débiles y los más oscuros, neo-católica, reaccionaria, jesuítica, cortesana del Papa.

Las advertencias no le faltaron. La historia de los reyes destronados pasó á sus ojos sin ninguna interrupcion en nuestra prensa. Y en cada una de esas catástrofes notábase una secreta y misteriosa analogía con la catástrofe que entre nosotros venia á más andar sobre la frente de la dinastía. Estas grandes trajedias se abrieron en la Historia con la desgracia de la casa de Estuardo.

Cuando Cárlos I subió al trono, la revolucion existia ya en potencia para usar de una fórmula escolástica, su imágen habia cruzado seguramente más de una vez por el alma del pueblo y debia ser acariciada constantemente por los atrevidos y los patriotas.

¡Cuán lejos estaba, sin embargo, á su exaltacion de ser una realidad temible! Al morir Jacobo I, no desaparecia más que una persona: pero el pueblo bueno y humano, como todo pueblo de la tierra, podia creer que espiraba con él la tiranía. Y lo creyó. Todavía ignoraba que aquella perseverància fanática en despojarle de todo derecho, no debia proceder tanto de la condicion personal de un príncipe, como del génio familiar de una dinastía; ni habia reflexionado sin duda, que el suplicio de aquella hermosa María, víctima de las intrigas jesuitas, habia hecho tradicionalmente incompatibles á los Estuardos con todo pueblo liberal y protestante. Por otra parte, Cárlos I debia seducirle por su juventud y su afabilidad, y hasta los antiguos infortunios de la familia real, debian contribuir á que se mirase con respetuosa simpatía al último vástago de ella por un pueblo que no habia dejado de ser en alto grado caballeresco. Pero Cárlos I que naciera príncipe constitucional y jurára serlo, no aspiraba sino á morir rey absoluto. La memoria de su ascendiente María Estuardo, sacrificada á la seguridad del protestantismo, le convertia en oculto enemigo de la reforma, de la reforma que en Inglaterra era á la sazon la libertad; tentábale el ejemplo de Francia, donde á su misma vista estirpaba Richelieu con el hierro y el fuego, las últimas reliquias de la libertad; y los jesuitas, la supersticion y la ruina á la vez de su familia, los jesuitas vencidos y expulsados con el aplauso del país, se habian vengado de su suerte, uniendo al rey con Enriqueta de Borbon, princesa ignorante y fanática, que se creia ajada en su fé y en su dignidad, si los representantes del pueblo reclamaban contra sus gastos y sus devociones, y creia contribuir á su salvacion y á la de sus hijos, si precipitaba al rey con sugestiones tan tenaces como temerarias contra los hombres y las ideas de la libertad.

Si Cárlos I hubiera sido más valeroso ó más inteligente, la libertad habria perecido desde el primer instante. Pero no encontrando en su alma recursos bastantes para ejecutar los funestos designios que Enriqueta diariamente le sugeria, entregóse á un favorito todavía más débil é inepto que él. Strafford, no habia aparecido todavía, y el ministro fué entretanto Buckingham. En vano reclamaban los Parlamentos contra su administracion inmoral y violenta: en vano le señalaba la opinion como dilapidador imbécil y cruel. Los Parlamentos eran disueltos; la opinion, tenaz, sistemáticamente contrariada; y un puñal hubo de venir á reclamar en forma deplorable la responsabilidad que el rey obcecado se empeñaba en sustraer á la justicia ordinaria. La arbitrariedad no murió tampoco con él.

Antes bien, la desaparicion de Buckingham permitió el acceso de Strafford; y el rey, que mientras se apoyaba en el primero solo se habia atrevido á falsear un sistema que no tenia el valor de destruir, no bien sintió sobre él la inspiracion de esta alma corrompida y temeraria, se atrevió ya á todo.

El tercer Parlamento acababa de desaparecer. Si Strafford hubiese poseido la habilidad política que otros ministros de la tiranía han tenido posteriormente para fabricar un Parlamento de donde la oposicion hubiese de alejarse por una necesidad de decoro, lo habria intentado. Cárlos I, era bastante débil y bastante pérfido para complacerse en la desaparicion de la libertad sin necesidad de comprometerse en los riesgos de una reaccion. Pero Strafford tenia más audacia que astucia, y en la imposibilidad de comprender su política, prescindió de él. Once años atravesó Inglaterra huérfana de toda garantía. El rey, emancipado al fin de la oposicion parlamentaria, se entregó á todo linaje de excesos. Las garantías individuales fueron violadas; los impuestos exigidos sin que el Parlamento los hubiese autorizado; la ley marcial sustituyó á las franquicias otorgadas, á la Carta magna. Mientras los favoritos se enriquecian, mientras saqueaba Strafford la Irlanda, mientras se entregaba la córte al lujo y la disipacion, el arzobispo Land establecia el reinado de la teocracia.

Pero Inglaterra se habia apasionado de la libertad, y la merecia. Un dia agobiado el rey por dificultades económicas, vencido por la resistencia implacable que los patriotas, todos los buenos ingleses oponian á la exaccion de impuestos no votados por el Parlamento, se decidió á recurrir de nuevo á su consejo y á su voto. Pero el Parlamento no estaba ya de humor de ceñirse á la votacion de los impuestos. No en vano habian pasado once años. Dotado de una inteligencia política bien superior á las de otras Asambleas que en situacion parecida no supieron decidir y acabar con sus adversarios, el *largo Parlamento* quiso probar cuál era el grado de sinceridad, cuál la verdadera resolucion del rey. En vez de conceder nuevos subsidios, acusó, procesó y castigó duramente á los ministros, y exigió la sancion de un *bill de derechos*. Bien pronto se demostró que al recurrir con aparente arrepentimiento á las instituciones de la libertad en un dia de conflicto, el rey solo trataba de esplotarlas, incurriendo en un nuevo perjurio. Para entrar en el camino de las concesiones, era tarde. Una concesion falsa é intempestiva ha sido siempre mil veces más funesta que una resistencia obstinada.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Algun tiempo despues, Cárlos I moria en un cadalso.

Monótona es en verdad la historia humana. Parece que un solo personaje la llena siempre y que sus leyes se cumplen con la misma rígida fatalidad de la naturaleza. Perdia á los primeros Estuardos de Inglaterra, lo mismo que perdia á los últimos Borbones de España: el completo desconocimiento de su pueblo y de su tiempo. Perdia á los Estuardos el poner la fé católica sobre el protestantismo, en que se animaba el espíritu de aquella edad; y perdia á los Borbones el poner sobre toda institucion y toda libertad el influjo teocrático, opuesto al pensamiento de nuestras generaciones. La reina Enriqueta de Francia, educada en la supersticion, movia á su esposo á que combatiese con el espíritu del siglo; y el mismo funesto influjo ejercian sobre la reina Isabel deudos tan próximos como el rey y el infante D. Sebastian. Un confesor petrificado en los altares cegaba la conciencia de Cárlos I, y otro confesor, ajeno á todo el movimiento de su tiempo, á todo el curso de las ideas, piadoso si se quiere, pero inepto, cegaba la conciencia de Doña Isabel II. El desgraciado rey de Inglaterra, y la desgraciada reina de España, quisieron detenerse en la pendiente, y con sus concesiones tardías

solamente lograron avivar el impulso de la enemiga revolucion y la celeridad de la propia caida. El rey Cárlos recordaba su ilustre antecesora, la reina María, presa en Inglaterra, reducida á devorar toda suerte de insultos, enterrada viva en sombrío castillo, sacada de allí, cuando el trono inglés le pertenecia, para subir al cadalso, y doblar la rodilla y la cerviz ante el verdugo que hizo rodar de un hachazo impío sobre las tablas su cabeza. E Isabel II recordaba de contínuo su ilustre pariente el infeliz Luis XVI, arrancado por fuerza de Versalles, conducido entre apiñadas muchedumbres á París, encerrado en las Tullerías para ceñirle sobre la régia corona el gorrio frigio, obligado á vergonzosa fuga, preso por la vigilancia de sus vasallos, conducido entre nubes de polvo é inprecaciones de cólera desde la frontera á la capital, llevando á su lado en aquella larga calle de amargura sus mayores enemigos; desacatado en su palacio por las muchedumbres que todos los dias lo profanaban; perseguido, acosado por las balas de la revolucion armada en la noche del 10 de Agosto, al punto de tener que refugiarse en la Asamblea y oir á sus verdugos y someterse á ellos y resignarse á la prision del Temple, y salir para presenciar su juicio; y desde la Asamblea á la capilla, y desde la capilla al cadalso, y desde el cadalso al cielo, devorar todas las amarguras en la trajedia más terrible y más cruenta que han visto los siglos. Si la reina Isabel mostrara el fondo de su pensamiento, veríase que tenia de los liberales de Europa la misma idea que Cárlos I de los parlamentarios de Inglaterra. Y estas ideas no se curan jamás; como que están perfectamente connaturalizadas con el espíritu y el carácter y el pensamiento y la vida de un rey, que suele ser tan extraño á su siglo como el fósil encerrado por millares de siglos en los terrenos antiquísimos, es ajeno y extraño á la vida presente. Igual ceguera perdió á la reina Isabel II y al rey Cárlos I. Pero lo que prueba cuán poco aprenden los reyes en el infortunio, es la historia de Cárlos II y Jacobo II de Estuardo.

Cárlos II y Jacobo II, eran hijos del infortunado Cárlos I, y sin embargo, olvidaron en el trono lo que pudieron aprender en la orfandad y en el destierro, los más severos mentores de la vida humana. El trágico recuerdo de su padre decapitado se amortiguó ó se extinguió al arrullo de las lisonjas cortesanas.

Jóvenes aun, casi niños; ambos habian pasado desde los régios esplendores al destierro, á la penuria, á los peligros. Ambos pudieron aprender, á precio de una amarga experiencia, cuánta bajeza, cuánta perfidia, cuánta ingratitud se ocultan entre las falaces sonrisas palaciegas. Ambos, por el contrario, hallaron en las cabañas más humildes la verdadera nobleza del alma. ¿Quién podia esperar que, educados en tal escuela, no llegaran á ser buenos monarcas, cuando no carecian de cierto talento ni de cualidades apreciables? Y sin embargo ¿cómo vivieron? ¿cómo reinaron? ¿cómo murieron? Cárlos II, frívolo y excéptico, incapaz de abnegacion y de energía, indiferente al honor y á la vergüenza, vivió entregado á la disipacion, y murió en brazos de las cortesanas.

Y Jacobo II, fanático, supersticioso, insconstante en sus afectos, irresoluto en sus determinaciones, cruel hasta la ferocidad, ni supo seguir en el interior una política conciliadora, ni en el exterior una política vigorosa; y de restriccion en restriccion, y de resistencia en resistencia, se hizo odioso á su pueblo, fué el juguete de la Francia, exasperó á los whigs, perdió las simpatías de los thorys, decapitó al duque de Monmouth, ensangrentó y deshonró su victoria de Sedgemoor con horribles ejecuciones militares, persiguió cruelmente á los disidentes protestantes, disolvió el Parlamento de Escocia, se sujetó á los jesuitas, se dejó dominar por las camarillas palaciegas, exigió tributos no votados por las Cámaras, atentó á

la independencia de las Universidades, y de torpeza en torpeza, y de locura en locura, un dia oyó con espanto llegar á Lóndres el rumor de las olas revolucionarias que venian de Holanda.

Aquel rumor le dió miedo. Comprendió su aislamiento, y buscó auxilio para sostener su corona manchada de sangre, y su cetro mojado en agua bendita. Pidió auxilio al pueblo, y el pueblo permaneció indiferente y mudo. Pidió auxilio á la aristocracia, y la aristocracia le recordó la muerte del duque de Monmouth. Pidió auxilio á las ilustraciones del país, y las Universidades le recordaron sus persecuciones, sus privilegios hollados, su independencia escarnecida. Volvió los ojos á la clase media, y la clase media se encogió de hombros. Volvió los ojos al ejército, á aquel ejército, único poder que no habia lastimado, y el ejército manifestó su descontento. El dia de la expiacion se acercaba. La obra de sus desaciertos iba á desplomarse. Llegado el momento del peligro, quiso en un solo dia borrar las manchas de su vida entera. Quiso reconciliarse con sus súbditos, prometió concesiones.... ¡Era ya tarde! Guillermo de Orange habia desembarcado en Torbay, cundia la agitacion por todo el reino, y la desercion en todo el ejército. Hasta un indivíduo de su familia, el príncipe Jorge, le abandonaba, presintiendo la proximidad de la catástrofe. Jacobo estaba solo, solo con su fiel Milicia irlandesa, especie de guardia pretoriana, que habia mandado venir apresuradamente desde que pudo dudar de la fidelidad del ejército.

El triunfo de la insurreccion fué casi instantáneo. Todo el país se levantaba en masa. Las tropas que habian permanecido fieles se retiraban á Salisbury. Guillermo avanzaba rápidamente hácia Lóndres. Ya no quedaba ninguna esperanza. Era preciso huir. Jacobo arregló con el mayor sigilo los preparativos para su huida. Al propio tiempo convocaba á los lores que le eran adictos: les exhortaba á cumplir su deber (él que nunca habia cumplido el suyo!); les confesaba que habia juzgado necesario enviar fuera del país á su esposa é hijos, pero asegurándoles que él permanecia en su puesto. ¡Farsa innoble! ¡Caida ignominiosa! En los mismos instantes en que arengaba á los lores con palabras indignas de un hombre y de un rey, tomaba la resolucion de partirse al amanecer. ¡Así terminó la dinastía de los Estuardos! ¡Tal fué la caida de Jacobo II!

La revolucion inglesa de 1688 difiere notablemente de las revoluciones que en diversas épocas se han verificado en el continente. Aquí han sido ménos durables y más incompletas, porque para edificar ha sido menester destruir; y en estas alternativas de destruccion y de creacion, los poderes reaccionarios han prevalecido. En Inglaterra, por el contrario, los acontecimientos de 1688 cierran el período de las revoluciones. Ellos no constituyen en su fondo sino una revolucion conservadora. El pueblo inglés no derribó la dinastía de los Estuardos para realizar en sí una trasformacion radical, ó para conquistar un principio nuevo, ó un nuevo derecho. Todo esto ya lo tenia adquirido desde los tiempos de la gran Carta.

La revolucion de 1688 fué extrictamente defensiva, y buscó su fuerza en la legitimidad y en la tradicion. No fué por lo tanto necesaria una nueva Constitucion. Bastó modificar la existente asimilándola á las necesidades de los nuevos tiempos. La mala administracion de los Estuardos, y los desórdenes que habia ocasionado, probaron la urgencia de despojar á las leyes fundamentales de todo concepto ambíguo, y borrar del espíritu de gobernantes y gobernados la falsa y perniciosa nocion de que la prerogativa real era algo más alta que aquellas leyes fundamentales. Corregido esto, que se consiguió sin hondas perturbaciones, todo entró en su cauce natural. Y hé aquí, por qué la revolucion de 1688, sin ser tan violenta como otras, ha dado re-

sultados tan positivos, y dejado huellas tan profundas.

Indudablemente en pueblo tan apasionado de la legalidad como el pueblo inglés no hubiera revolucion si la familia real no la provocára, como en pueblo tan monárquico cual la nacion española no reinará nunca la República si la monarquía no llega á morir de interior descomposicion. La casa de Estuardo, los últimos representantes de la casa de Estuardo, en todo se parecen á la casa de Borbon, á los últimos representantes de la casa de Borbon. Cuando sus pueblos los rechazaban debia quedarles el refugio último del corazon y de la conciencia, el santuario de la familia. Y sin embargo, la familia tambien se vuelve contra ellos, como si en los palacios no pudiera oirse la voz de la sangre, la voz de la naturaleza. El primer sublevado contra Jacobo II es su yerno, Guillermo de Orange. La hija misma que debia piedad filial, esa piedad tan frecuente en las calumniadas muchedumbres, la mujer de Guillermo, va á la iglesia y pide de rodillas á Dios en el templo que bendiga las naves y los ejércitos enviados contra Jacobo, contra el rey su padre. En este dolor consuélase el último de los Estuardos llamando al corazon de su hija menor, ó sea de la princesa Ana, casada con el príncipe Jorge de Dinamarca. Y el príncipe corre á afiliarse bajo las banderas rebeldes, y le sigue la princesa diciendo que, puesta en la dura alternativa de optar entre su padre y su marido, las leyes de Dios y las leyes de la naturaleza le mandan seguir á su marido. Y Jacobo II no encuentra arrimo, no encuentra consuelo, ni siquiera en el corazon de sus hijas. Los reyes que se creen jefes de la sociedad no son ni jefes de su familia.

Y lo mismo que á Jacobo II de Inglaterra sucede á Isabel II de España. Tambien la reina Isabel tiene parientes, y tambien halla en sus parientes la empedernida crueldad que el rey Jacobo. Su hermana, aquella niña angelical, que compartia en la cuna la gloria y la popularidad de Doña Isabel II; que recibia hospitalidad en Sevilla y estaba allí rodeada de una córte tan brillante como la córte de Madrid; que ve á sus hijos honrados con todos los títulos y todas las distinciones de los hijos de reyes, acaricia á los enemigos de la dinastía, atiza la cólera universal, ampara en sus palacios la oposicion, reparte dádivas entre los conjurados y contribuye á la ruina del trono, en cuyas gradas naciera y á cuya sombra se albergára como á la sombra del propio hogar.

Y aun hay otra analogía. Tiene un hijo Isabel II como tiene Jacobo II un hijo, príncipe de Gales éste, aquel príncipe de Astúrias, herederos cada cual respectivamente de un trono. Y la general murmuracion se ceba en la legitimidad de estos hijos. Y esas murmuraciones sirven de pábulo en Inglaterra á las hábiles maniobras de Guillermo de Orange y en España á las desdichadas maniobras del duque de Montpensier.

Y aun hay más analogías. La familia real inglesa huye desde su capital á las orillas del mar como la familia real española. En noche oscura la Reina de Inglaterra disfrazada de dama italiana, seguida de algunos servidores, con su hijo en brazos, su hijo que llora cual si presintiera la irreparable pérdida de sus derechos, mojada hasta los huesos por la copiosa lluvia que cae, perdida y extraviada por las fangosas riberas del Támesis, en peligro de ser conocida de los transeuntes, pasando el rio en barca descubierta, errante algun tiempo á causa de no encontrar el coche que estaba preparado, huye de su palacio y de su trono para morir en el destierro. Y Jacobo, incierto entre su temor y su deber; rey católico de un pueblo protestante; padre infeliz de hijas desnaturalizadas, como las que pintó el gran trájico inglés en su epopeya dramática del rey Lear; dudando entre conservar la corona y perder el alma ó perder la corona y salvar el alma; rodeado por todas partes de traidores como todos los poderes en sus pos-

trimerías; va á las costas y vuelve á su palacio; torna á irse y quiere tornar á volver; pero al cabo, azotado por los vientos, y combatido por las olas, deja su palacio, y va á Francia á encerrarse en San German, donde estuviera antes toda su familia para fundar allí una nueva dinastía de desterrados, que conmoverán con sus pretensiones á Europa; que pasarán como sombras y apariciones sobre el trono de Inglaterra; y que no podrán salir jamás de su duro infortunio, como no pueden salir los condenados del infierno católico.

Hay analogías entre la fuga del último Estuardo y la fuga del último Borbon. La noticia de la insurreccion cae á los piés de la Reina Isabel como un rayo. Se halla á orillas del sublime Océano, tan tormentoso como la revolucion. A un cortesano que le pregunta si cree posible el triunfo de la insurreccion, le responde enseñándole sus salones desiertos. A un diputado vizcaino le pregunta si podrá contar con la fidelidad de las provincias vascas, con la fidelidad de aquellas provincias que habian combatido siete años su trono. Apercíbese á partir para Madrid, y cuando ya humea y silba la locomotora y ya se mueve el tren, recibe contra-órdenes y va á encerrarse en su palacio sin contar siquiera con la fidelidad de la guarnicion de San Sebastian. Por fin, rodeada de algunos alabarderos, seguida de su esposo y de sus hijos, custodiada de las tropas que guardan la frontera y tocan los acordes de la marcha real, huye de su pátria, entra en Francia, recibe los homenajes de un monarca que le da asilo, y va á refugiarse en el palacio del fundador de su dinastía, en el palacio de Enrique IV, devorando como otros tantos reyes las amarguras del destronamiento y del destierro.

Podia creerse que los Estuardos se habian perdido por su fé, y por su fé los Borbones. Y si recorreis la larga legion de reyes destronados observareis que nada les salva. Dicen muchos que Estuardos y Borbones se perdieron por timidez y se hubieran salvado apelando á la crueldad. Los reyes crueles tambien se desploman. Y si no, mirad la dinastía de Nápoles, miradla y comprendereis que igual resultado dará la fuerza y la debilidad.

La denuncia de un enemigo bastaba allí, en los tiempos de Fernando y Carolina, para que á un hombre se le encarcelara; bastaban las presunciones para que se le condenara. El martirio ha inmortalizado los nombres de tantas víctimas ilustres, juntamente con el del juez instructor, Vicente Speciale, que insultaba á los reos y á sus parientes, arrancaba por ardid las confesiones, y hasta alteraba las piezas del procedimiento. Viéronse allí altos ejemplos de heroismo, de ese heroismo que solo puede infundir el sacro fuego de la libertad.

Pascual Baffa, gran erudito, rehusó el ópio, creyendo que el suicidio no es lícito, ni aun en los casos extremos. ¡Estaba ya condenado, y el inícuo Speciale aseguraba á su esposa que solo seria castigado con el destierro! Velasco, por el contrario, le respondia fieramente cuando le amenazaba con llevarle al suplicio: *Tú, no*, y se arrojaba por el balcon. Preguntado Cirillo, qué era bajo el reinado de Fernando, le contestaba: *¡Médico!*—¿Y en la República?—*Representante del pueblo.*—¿Y ahora?—*Ahora yo soy un héroe comparado contigo.* Y rehusó pedir perdon al rey y á Nelson, á quienes habia curado. Vitaliani continuó tocando la guitarra al oir su sentencia y dijo al verdugo al subir al cadalso: *Te recomiendo á mis compañeros: son hombres, y tú tambien: algun dia podrás ser desgraciado.*

Trescientas personas distinguidas perecieron sobre el cadalso; nobles, literatos, militares, dos obispos, dos bellísimas jóvenes de veinte y de diez y seis años, entre ellas la San Felice. Otros muchos fueron sepultados en los fosos de la Favignana. Con penas menores fueron castigados infinidad de republicanos. Dióse órden para que cesaran los toques de agonía por los ajusticiados, porque

se repetian con demasiada frecuencia. Se pagaba al verdugo por dias, no por cabezas. Comisionados especiales recorrian las provincias para descubrir los *enemigos del altar y del trono*, y dos de aquellos agentes bastaban para quitar la libertad, la fortuna y la vida. Perecieron en el suplicio Nicolás Florentino, sábio matemático y jurisconsulto, y Eleonora Pimentel, poetisa apreciada de Metastasio y famosa por sus discursos republicanos. Hasta Dominico Cimarosa fué llevado á un calabozo por haber escrito un himno republicano, y puesto en libertad más tarde por los rusos, le dejaron marchar á Venecia, donde murió triste y olvidado. ¡Tal es la historia de todas las reacciones: odio, crueldad, venganza, frenesí, demencia, rios de lágrimas y torrentes de sangre!

Todos estos horrores pasaban en 1799, y siete años más tarde, en 1806, se verificaba la segunda caida de Fernando. Los destinos de Italia se decidian en Alemania, en la batalla de Austerlitz, despues de la cual la córte napolitana se encontró abandonada de los ingleses por consejo, de los rusos por convenio. Entonces declaró Napoleon que el reinado de los Borbones habia concluido. Napoleon deseaba tener un rey en Italia. Al aproximarse los franceses, Fernando huyó á Palermo dejando una regencia con órden de no entregar las fortalezas bajo ninguna condicion. Así recomendaba el heroismo ¡huyendo! Carolina se quedó, determinada á no ceder sino á la violencia. Reunió los bandos realistas, llamó á las armas á Fra Diávolo, á Nunciante, á Sciarra, tan temibles á los amigos como á los enemigos; pero las provincias no respondieron á su ardor. Armó á los *lazzaroni*, pero los *lazzaroni* excitaron tales desórdenes, que los ciudadanos intentaron defender por sí mismos la ciudad; y cuando tuvieron las armas en la mano, llamaron á los franceses como libertadores. Segunda caida de Fernando.

Fernando no volvió á sentarse en el trono de Nápoles hasta 1815, en que fué llevado por la gran reaccion europea que sobrevino despues de la batalla de Waterlóo. ¿Qué aprendió en la adversidad? Nada, nada, como Fernando VII de España, como Luis XVIII de Francia. A los reyes absolutos no les sirven las adversidades de enseñanza. Su caida estrepitosa debió enseñarles que separados de los pueblos serian arrastrados por la primera tempestad. Tan imprevisores como ingratos, imagináronse que sus súbditos estaban harto recompensados con el olvido. En vez de hacer prudentes concesiones á sus pueblos, se esforzaron en comprimir sus justas aspiraciones. El absolutismo les pareció una conquista, y no quisieron renunciar á ella despues de las restauraciones. El espíritu de familia, de cuerpo, de ciudad, de pátria, ese espíritu que constituye la fuerza y la vida de la sociedad, quedó extinguido bajo la simétrica geometría de una administracion central, de una centralizacion absurda. Y desde el momento en que los gobiernos quisieron concentrar en sí mismos toda la vida, debieron ser los responsables de todo. Extinguido el espíritu de sacrificio, suprimido el deber ó el móvil de la actividad individual, los hombres no fueron ya sino cifras, y para dirigirlos contóse solo con el auxilio de la fuerza. ¡Efímero auxilio! Solo quedó, pues, que escoger entre una sumision ciega y desesperados arranques de independencia.

La historia recordará siempre con horror aquella córte, el rey imbécil á quien llamaban sus vasallos el rey pollino, huyendo de la noble profesion de la guerra y encerrándose en los corrales y departiendo con los séres más abyectos; la impura reina Carolina, verdadera Pasifae, dada á todas las abominaciones; el cardenal Rufo, verdugo con capelo; Emma que de las calles de Lóndres, donde vendia su amor pasó á los estudios de los pintores donde vendia su belleza, y de los estudios de los pintores á la embajada de Inglaterra, comprada tambien para mujer legítima por un

viejo aristócrata; y de su lecho conyugal á los brazos de Nelson y á la privanza de la reina; hermosísima mujer como el angel caido, y como el angel caido perversa, siniestra, que ofrecia á la amistad con la reina y á su propia ambicion en holocausto los mártires de la libertad, ahorcados en las calles de Nápoles, arrojados al hondo mar en aquella orgía de sangre.

Y á pesar de tanta infamia, de tanta crueldad, de ese feroz despotismo, de esas ciegas venganzas; de las deportaciones, de los asesinatos; del absolutismo trasmitido como un vínculo á todos los príncipes de la familia, y de la resistencia opuesta como un muro de bronce á todos los humanos progresos; la marea del pensamiento nuevo ha subido al trono de los Borbones, y se lo ha tragado para siempre: que no sirve la fuerza, no, á eludir las leyes ineludibles del humano progreso.

Pero sirve la astucia. ¿Quereis ver el rey astuto por excelencia? Es Luis XVIII, el burlon, el excéptico, el volterariano.

Luis XVIII no se habia ruborizado de obtener su trono del beneplácito de los extranjeros. Era el año de 1814. La revolucion odiaba á los Borbones: el ejército los tenia en poco. El pueblo les habia olvidado. Solo una escasa fraccion, compuesta principalmente de los antiguos emigrados, libertinos y traidores que habian renunciado en ley de honor y de verdadera caballería á la nacionalidad francesa, desde que osaron deshonrarla en las conjuraciones y las orgías de Coblentz; sólo los aristócratas eran sus amigos. Sólo ellos, fuera de aquella escuela perversa, ya por entonces propagada por De Maistre y De Bonald, que habia fijado sus ojos en el ideal de Gregorio VII y en la temeridad de Bonifacio VIII, y dirigido sus propósitos á la restauracion inexorable del antiguo régimen, instrumento que debia ser de una teocracia insaciable. Y Luis XVIII no hubiera podido asaltar con semejantes auxiliares la direccion política de un país que Voltaire limpiara definitivamente de supersticiones clericales, despues que Montesquieu la libertó de preocupaciones políticas. Luis XVIII no hubiera podido sorprender á Francia con su imperio, si la desdeñosa indiferencia de Alejandro de Rusia, la oculta complicidad del Austria, la gestion interesada de Inglaterra, la presion de las potencias de segundo órden, y ante todo la postracion moral y material de Francia, no le hubiesen allanado el camino.

Luis de Borbon, por lo demás, no era capaz de crear un trono, no ya á la cabeza de una minoría fanática y desprestigiada, pero ni aun al frente de una mayoría inteligente y resuelta. Enrique IV, su ascendiente, habia ganado á París adoptando la misa. En cuanto á él jamás habia conocido ó hablado de la revolucion sino para escarnecerla y temerla. Parecia prudente, y no era mas que tímido; astuto y no era mas que taimado y frio. Primer príncipe de la sangre, intermediario natural entre el trono, á quien le ligaban vínculos sacratísimos para todo hombre honrado, y el pueblo, cuyos agravios podian llegar más fácilmente á él, á los dos hizo traicion en los momentos del conflicto, de los dos huyó ruinmente cuando se encontraron, ó porque su natural malevolencia le impedia intervenir en favor del trono, cuya superioridad le humillaba, ó del pueblo, cuya exaltacion le ofendia, ó porque la pobreza y frialdad de su alma no le permitian presentir la siniestra trascendencia de aquel conflicto, que no habia de terminar sino en una expiacion sangrienta de la dinastía y en un sacrificio heróico del pueblo: en el suplicio de Luis XVI y en la guerra europea.

Luis XVIII era todavía en 1814 el mismo que cuando en 1790 huyó de Francia, dejando el trono de sus mayores comprometido y el pueblo exacerbado. Si los ultramontanos y los aristócratas habian confiado en su ódio á la libertad, no carecian de razon. Solo él se habia atrevido á dudar de la virtud del derecho y de la sabiduría política de las Córtes españolas, al proclamar el principio de la

soberanía nacional frente á las pretensiones de Napoleon Bonaparte, que creia poseer á España porque poseia á su rey. Sólo él se hubiera atrevido á dudar que el brillo de la libertad fuese en Francia absolutamente necesario para desvanecer el brillo todavía tan deslumbrador del imperio. Pero consecuente con su naturaleza, dominado ya por los instintos propios de una dinastía en decadencia, que la oscuridad reclamaba ya con imperio, Luis XVIII era más capaz de pervertir y falsear las instituciones liberales que de aniquilarlas. La revolucion le era odiosa, pero la reaccion proclamada por los jesuitas y los aristócratas le espantaba. Accedió al fin á que los poderes públicos obedeciesen á una Constitucion, pero no la consintió sino otorgada. Toleró que los representantes del país interviniesen en la formacion de las leyes, pero no sin reservar á la corona la facultad de publicar las ordenanzas que fuesen necesarias á la salud del Estado. Hubo todavía segunda Cámara; pero su nombre clásico, y un si es no es republicano de Senado, fué sustituido por el feudal de Cámara de los Pares. Hubo tambien *libertad* de imprenta, pero subordinada á la facultad del poder de *prevenir y reprimir* los abusos, y la misma facultad parlamentaria de examinar y votar los impuestos, tradicional en la Constitucion europea, no llegó hasta el extremo de privar al rey de decretar los créditos extraordinarios.

Figuraos ahora cuál debió ser la obra de aquel rey armado por una Constitucion retrógrada de poderes tan extraordinarios, rodeado de nobles que habian perdido á manos de la revolucion su jurisdiccion, sus rentas y sus privilegios, seguido de clérigos que le hablaban de la cólera de Dios, porque no podian obtener el favor y la sumision del pueblo, y animado en cuanto á él de una prevencion tan profunda contra el régimen constitucional. Sus asechanzas á la libertad no tuvieron más límite que el miedo. Si la revolucion lejana ya, y al parecer definitivamente vencida, no le hubiera, á pesar de todo, intimidado, si las potencias europeas, y ante todo la astuta Inglaterra que le hubieran favorecido, no le hubieran moderado, la libertad habria perecido. Aun así no hubo uno solo de los principios de 1789 que no amenazara, ni interés liberal que respetase, ni garantía constitucional que no infringiese ó anulase. La Francia épica del imperio y de la república, quedó bien pronto reducida á una reproduccion absurda y vergonzosa de la Francia de los últimos Valois y de los penúltimos Borbones. Napoleon la ahuyentó por un momento con un rasgo de audacia suprema al desembarcar en Cannes. En aquel instante Luis XVIII, es decir, el rey invariable de las catástrofes, en aquel instante, Luis XVIII arrojó sus emigrados, sus clérigos, sus prerogativas, hasta sus amigos y sus preocupaciones al ejército que seguia á Napoleon, al pueblo que se decidia por el emperador. La degradacion fué inútil. Luis XVIII salió desterrado, abrumado hasta por el sarcasmo y la indignacion de Chateaubriand, el último poeta de la legitimidad.

Cuentan las crónicas que cierto dia estaba Chateaubriand departiendo con Luis XVIII. Los Borbones debian mucho al gran poeta de la legitimidad. Evaluaban su folleto contra Bonaparte en el precio y en la fuerza de un ejército de cien mil hombres. Estas deudas de gratitud no obstaron á que lo trataran indignamente, sacrificándolo á su rival Villele, y despidiéndole del ministerio de Negocios extranjeros como quien despide á un lacayo. Pero el rey Luis XVIII, cuyo talento más abierto á las ideas modernas, gustaba de comunicarse con todos los hombres extraordinarios, trataba de política un dia con Chateaubriand. Y en el curso de la conversacion le preguntó: «¿Qué creeis de la monarquía?» —«Perdóneme V. M. que le hable con toda franqueza. La creo perdida.»—«Y yo tambien, añadió Luis XVIII.»

Y efectivamente, aunque en la persona de este rey se restauró la monarquía, murió en la persona de su inmediato heredero Cárlos X, supersticioso, fanático, pagado de su autoridad legítima como un monarca del siglo décimosexto; implacable en perseguir á los representantes del espíritu moderno, inaccesible á todo progreso, especie de bajo relieve perteneciente á una sociedad antigua y perdido en el naufragio de la sociedad moderna; capaz de imaginarse haber detenido el tiempo con resucitar las ceremonias de la antigua monarquía en Reims, donde se coronó entre nubes de incienso, armonías del órgano, cánticos sagrados, legiones de nobles y de obispos, para caer al sacudimento de la revolucion, y atravesar las mismas aguas, amargas como las lágrimas, verdi-negras como las atrabilis, que dos siglos antes habian atravesado los Estuardos, precipitándose desde el trono al destierro por los mismos errores y las mismas culpas.

Visto que la monarquía, rígida, austera, no fué bastante á salvar los reyes, los penates de las antiguas sociedades, empeñáronse los monárquicos en una falsificacion, que adulterase á un tiempo el principio de libertad y el principio de autoridad. Y para esta falsificacion jamás se hubiera encontrado un hombre de los antecedentes y de los caractéres de Luis Felipe. Hijo de reyes por su cuna y perteneciente al pueblo por sus desgracias; indivíduo de aquella familia de Orleans que al cabo habia de servir á la monarquía aunque fuese por ambicion, y servido al pueblo, aunque fuese por interés; bastante hipócrita para estar bien con la Iglesia y bastante excéptico para estar bien con la filosofía; regicida y víctima de los regicidas; amigo y enemigo de la revolucion; demócrata capaz de poner toda clase de límites á la democracia y monárquico capaz de adulterar con todo género de adulteraciones la monarquía; representante de aquellas clases medias nacidas de la revolucion que eran sensatas por carácter y duchas en las cábalas políticas, pero egoistas y corrompidas, Luis Felipe representaba con títulos excepcionales el eclecticismo universal y por ende la duda y la incertidumbre que al cabo se convierte en corrupcion.

Habia combatido heróicamente por la libertad y la gloria de Francia en la batalla de Jemmappes, habia llevado además de su pericia militar, su esclarecido nombre y su discretísimo consejo á nuestros diputados de Cádiz, los enemigos del imperio y de la servidumbre francesa, más formidables de que haya noticia: no habia desdeñado participar de los oscuros conflictos de la emigracion dedicándose como ella al profesorado ú á las ocupaciones mecánicas; y sin embargo, indudablemente reservaba con misteriosa inquietud en el fondo de su alma la palabra de Danton, del sagaz y heróico Danton, que dándole una palmada en el hombro le habia predicho en el campo de Jemmappes el trono de Francia.

Luis Felipe era además un personaje esclarecido. Víctor Hugo, la profecía y la cólera de la revolucion, no ha tenido inconveniente en referir en una obra para siempre célebre, las virtudes domésticas, la fidelidad conyugal, la piedad filial, la prevision, ó mejor aun, la ceguedad personal y los humanitarios sentimientos del rey Luis Felipe. Nosotros podemos añadir que, á diferencia de otros reyes ménos experimentados en la política y en la vida, el inteligente Luis Felipe no habia estimado jamás el militarismo y la teocracia. Del primero, apenas si se habia acordado para consumar la conquista y sumision de la Argelia. En cuanto á la teocracia, ¿quién no recuerda, siquiera sea por las rientes reminiscencias de la juventud, que Luis Felipe no le permitiera jamás traspasar el dintel de las universidades, y sostuviera con ella la heróica lucha que no debia terminar hasta que la restauracion bonapartista, en su época de inexperiencia y de debilidad,

sacrificase á las conveniencias jesuíticas hasta su significado esencialmente democrático y revolucionario?

Pero Luis Felipe incurrió en la suprema inconveniencia de entregarse absolutamente al partido conservador, ó para hablar con más exactitud, en crear y dirigir á su antojo un partido llamado conservador. Ningun militar habia, por ventura, al frente; ni siquiera Bougeaud, el ilustre vencedor de los marroquíes en Isly. Su verdadero jefe era Guizot, del cual dice el cáustico Cormenin, que le habia visto tierna y honradamente abrumado bajo inmensas desventuras domésticas; de quien positivamente se sabe que cualesquiera que fueran los medios corruptores que para la intriga política empleó, jamás fué sospechoso de haber intervenido ó haberse aprovechado de ágios, negocios y robos; hombre eminente en suma, hombre honrado tambien en su vida privada, á quien solo faltó algo más de flexibilidad, de inteligencia y de modestia política para haber servido poderosa, si más modestamente, á la monarquía, á la cual arruinó al fin con su fogosidad y su obstinacion tenacísima en sostener el retroceso.

Guizot y sus amigos los moderados eran en efecto mil veces más funestos que los más astutos enemigos. Su política podia llamarse la inercia sistematizada. Cuando movida por tiránicos abusos, exigíales la oposicion que reformára el artículo 291 del Código penal, ó sea aquella disposicion que prohibia la reunion espontánea de más de 20 personas, Guizot contestaba, que no era á la sazon cuando la libertad peligraba, que su intencion no era cohibir las reuniones legítimas por numerosas que fuesen, pero que entretanto, ley del país era la disposicion impugnada, y mientras una modificacion legislativa no viniese, todo el mundo debia someterse á las leyes existentes. «Toda vez, añadia al concluir el desventurado, toda vez que el poder está provisto de un arma legal, no solo no debe desprenderse de ella, sino que debe servirse á toda costa.» Algun tiempo despues, ni aun las reuniones puramente religiosas de la Iglesia reformada de Francia, eran toleradas.

Cuando estimulados por su orígen, por su protesta contra las ordenanzas sobre la imprenta promulgadas por Cárlos X, los revolucionarios de Julio, es decir, los autores y mantenedores de la dinastía, reclamaban la aplicacion prometida á mayor abundamiento por una ley del juicio por jurados á la prensa, Mr. Guizot contestaba con su habitual imparcialidad: «la enmienda que proponeis, tiende á cambiar la legislacion de la prensa, y á abolir todo lo que se ha hecho sobre esta materia desde 1819; pero no creo que esta modificacion pueda intentarse inmediamente, y sin maduras deliberaciones.» En fin, cuando la oposicion monárquica y dinástica, en el colmo de la exasperacion, pedia rendida, angustiosamente, que la reforma electoral y parlamentaria se verificase para que nuevas clases, una parte del pueblo, la mitad de Francia siquiera, se creyese solidaria de aquel régimen, en cuyos destinos podria de entonces en adelante intervenir; cuando la oposicion deciamos reclamó la reforma electoral, el eterno, el indispensable, el ciego Guizot contestaba aun con inocente sangre fria: «Hay quienes creen que la reforma electoral es un objeto hácia el cual debemos dirigirnos inmediamente..... nosotros creemos que, hasta que sobrevengan tiempos todavía muy remotos, el interés del país, lejos de exigir esa reforma, la rechaza.»

Aquella resistencia injustificada, arbitraria, servil, sistemática; aquel régimen frívolo y cruel que creia haber dado la libertad porque habia respetado un mecanismo; aquella situacion que con haber consentido la existencia de dos Cámaras ficticias y un cuerpo electoral oligárquico y corrompido, se creia dispensada de toda culpa, aquella resistencia debia morir.

Si Luis Felipe pudo sostenerse aún diez años más, merced á la debilidad é ineptitud

del partido progresista, al optimismo é inocencia de los jefes reconocidos del partido republicano, Thiers, el orador y el hombre más inteligente del primero, habia tenido más de una debilidad con la córte, habia transigido alguna vez con el gobierno personal del rey, y tal vez no habia pensado en la necesidad de depurar el régimen constitucional y humillará la córte, sino como en una tentativa capaz de satisfacer su vanidad. Los hombres más ilustres del partido republicano, oidos en las Cámaras hasta poco antes de la revolucion de 1848 con indudable y merecido respeto, habian llegado á contagiarse con la inercia oficial, y poco antes, muy poco antes aún de los sangrientos dias de Febrero, en el célebre banquete de Chateau-Rouge se atenian á la forma electoral y parlamentaria y confiaban ¡cándidos! en que su envidiable reputacion parlamentaria y su justísimo crédito en el país, bastarian á ganar Francia para su república.

Solo cuando unos cuantos hombres, republicanos en el fondo de su alma, oscurísimos por lo demás en su inmensa mayoría, á quienes por entonces se calificaba de inteligencias rígidas, pero cultas y poco flexibles en lo general, libres de toda vacilacion, poco versados en el conocimiento de los hombres, impacientes, irritados, llenos de desprecio hácia los términos medios, dominados por una idea fija, movidos por una pasion viva, profunda y generosa; solo cuando estos hombres, despreciables al parecer, pusieron su ódio y su alma sobre aquella dinastía ingrata y perjura, y se atravesaron entre la córte humillada y el pueblo exasperado en la primera hora de una revolucion, solo entonces cayó la dinastía de Orleans.

Pero entonces cayó instantánea, completa, ignominiosamente. ¡Como Cárlos X! refiere el legitimista D'Arlincourt, que exclamaba en su hora postrera Luis Felipe aterrado. Como Cárlos X y como Cárlos I, como Luis XVI y como Francisco II, como todo rey que ha mentido á su pueblo un amor que no sentia á la libertad, admiracion de que en realidad no participaba, Luis Felipe, poseido á su vez del vértigo ignominioso que arrebata á todo rey vencido y moribundo, llamó á Molé cuando Guizot fué imposible; á Thiers, despues de Molé; á Odilon Barrot despues de Molé y Thiers; á la abdicacion en favor de su nieto y la regencia despues de Odilon Barrot, de Thiers y de Molé. ¡Pobre hombre! Diez y ocho años hacia que hostilizaba á la libertad. Pero la libertad ultrajada encontró á su vez sus vengadores. Era la hora, y la libertad ultrajada devoraba un rey más.

La historia recordará siempre el trágico drama de este dia, en que el rey único de la revolucion, el rey prometido por algunos girondinos, y profetizado por el génio de Danton se desvanecia y disipaba como la sombra de un pesado sueño; recordará las oposiciones, vacilantes entre renunciar á sus derechos ó recurrir á la violencia; la guardia nacional, tan devota de los Orleanes, convocada á una manifestacion anti-dinástica y decidida á este gran desacato; los estudiantes, que con los milicianos empiezan y concluyen la revolucion madre de aquella monarquía, jurando en el Panteon nuevas protestas y yendo á llevarlas en son de guerra hasta las puertas de las Cámaras; el ejército, no muy seguro, y mandado antes que por generales de combate por generales de salon; el ministerio, no muy sólido, disolviéndose en la crísis suprema que no habia acertado ni á calmar, ni á prevenir, ni á resolver; las sociedades secretas, que alarman y no trabajan, que engendran los proyectos más colosales y paren las empresas más ridículas en busca de la policía por los cajones y en requerimiento de armas por las tiendas; muerta la princesa Adelaida, el talento varonil de la familia; ausente el duque de Aumale en su gobierno de Africa; semi-desterrado el de Joinville; atemorizadísimo y perturbado el de Montpensier; Molé traido á las Tullerías, corriendo en pos de un

compañero que compartiese el poder; turbas congregadas misteriosamente, con banderas rojas á su frente, buscando fuerzas que se unan á la revolucion; Thiers llamado á última hora, y por lo mismo sospechoso al pueblo sin dejar de ser odiado por el rey; entre el Palacio Real y el histórico Carroussel que avecina al patio de las Tullerias una batalla sangrienta y una victoria del pueblo; entre Odilon Barrot, último ministro de la monarquía nombrado en la hora suprema del estertor, y Luis Felipe, último rey de los Borbones, irresoluto en las supremas crísis, la misma lucha, como si el uno fuera dueño de la autoridad y de la libertad el otro; por último, á la vista del pueblo que se arma, avanza, triunfa, y del ejército que se desarma, recula, cede, la abdicacion del rey, su fuga en humilde fiacre, la presencia en la Cámara de la duquesa de Orleans que lleva entre sus brazos al representante último de la monarquía doctrinaria y dirige una última mirada á los bancos donde hervia la más alta elocuencia y que deberian brillar como el Vesubio en erupcion iluminado por la última reverberacion de la tarde; hasta que las turbas entraron sublevadas en aquel palacio de las leyes y se llevaron como una inundacion en sus remolinos el último rey constitucional posible, el término último de transaccion entre las tradiciones antiguas y las modernas democracias.

Luis Felipe habia sido un modelo de virtudes privadas; mas no le sirvieron sus virtudes. Otros reyes habia á quienes destronaban sus vicios al mismo tiempo que á Luis Felipe. El año 1848 fué un año funesto para los poderes tiránicos que en Europa habian resistido por tanto tiempo á la influencia liberal. Entre los que fueron heridos por aquella revolucion memorable, se encuentra Luis I de Baviera. Esta nacion ha pretendido siempre en Alemania contrastar la influencia de Prusia, representando el espíritu de la Edad Media, el poder teocrático. Para esto Baviera concentraba todas sus fuerzas en su rey, y su rey seguia los consejos de los jesuitas. El gobierno personal de un hombre, la camarilla jesuítica, una especie de Cámaras ó Estados feudales, obispos influyentes, prévia censura, prensa por consiguiente muda; hé aquí todo cuanto podia ofrecer Baviera á los ojos del mundo; conjunto de males que tarde ó temprano habia de dar su natural resultado, sus consecuencias indeclinables, las que están en la lógica fatal de los hechos, la revolucion.

El rey Luis personificaba todos los males de Baviera. Dado al amor y á las artes, pasaba su tiempo retratando mujeres hermosas, componiendo poemas elegiacos, fundando y dotando conventos de frailes y de monjas. Así iba la política bávara, cuando una pasion del rey vino á influir gravemente en la suerte de la nacion. ¡Cuán triste es la vida de estos pueblos, que regidos por un rey absoluto, y no por grandes instituciones, libran su destino al buen ó mal humor de un hígado exacerbado, á la buena ó mala digestion de un estómago harto, á los caprichos, á las debilidades, á la veleidad de un señor absoluto! Luis ejercia un imperio incontrastable sobre Baviera, y y Lola Montes un incontrastable imperio sobre Luis. Esta mujer era una mediana bailarina, pero una verdadera beldad, á cuyos piés depuso el rey su cetro y su pueblo. Pidió á su régio amante que la declarara bávara de nacimiento, y la declaró; que la nombrara condesa de Landsfel, y la nombró; que la donara grandes tierras, y se las donó; que la cediera dos mil siervos, y la cedió dos mil campesinos, como quien cede un hato de ganado. El país, al verse herido por aquella influencia anormal, indigna, gobernado por una mujer que bailaba sobre sus espaldas, se decidió á protestar solemnemente contra tantos desvaríos, y á no ser víctima por más tiempo de las insensateces del rey.

En el mes de Marzo de 1847 estalló la cólera popular. Los estudiantes de la Universi-

dad, secundados por los trabajadores, se dieron á protestar públicamente contra los escándalos de la córte. Para contener á los estudiantes, desplegó el gobierno una fuerza inmensa. Pero el dia 10 de Febrero de 1848 la manifestacion estudiantil tomó un aspecto formidable. Las calles de Munich fueron triste teatro de escenas terribles. Apareció Lola Montes desafiando con grande audacia el tumulto, y perseguida por la multitud, disparó sus pistolas atrevidamente, hasta caer desarmada y sin fuerzas. El rey corrió disfrazado al socorro de su querida. Una piedra le hirió. Apaciguóse el tumulto, pero no sin que hubiera gran número de víctimas por el choque inevitable entre un destacamento de tropas y el pueblo inerme. El dia 11 el movimiento habia cesado, pero las calles de Munich estaban encharcadas de sangre.

El rey tuvo que sacrificar sus amores en aras de sus deberes. La municipalidad publicó un bando en que se notificaba terminantemente al pueblo que la querida del rey abandonaba, merced á repetidas instancias del Consejo de ministros, el suelo de Baviera. Pero la cólera del pueblo no se apaciguó, exacerbada por la sangre inocente que en la noche del 10 de Febrero se habia vertido. El 2 de Marzo de 1848 comienza una verdadera, una terrible revolucion. Caen á pedradas los reverberos, se levantan como por milagro las barricadas. Afortunadamente para el rey, á instancias mismas de las clases medias, se apacigua el tumulto. Pero entonces los que procuraron la paz, en cambio piden la libertad. «El único medio de combatir, dicen, la revolucion popular, es aceptar las ideas populares.» El rey promete reunir una Asamblea; pero la retarda cuanto le es posible. En vano la prensa y las corporaciones populares piden que la Asamblea se reuna. El rey se resiste. Entonces el pueblo se arma y se levanta airado contra el rey y contra el gobierno. De un lado está la tropa, de otro lado el pueblo. La lucha va á comenzar y será terrible. Correrá la sangre por las calles de Munich á torrentes, si no cede el rey. Por fin, el rey cede y se humilla. Se señala el dia de la reunion de la Asamblea, y desde aquel momento se dá por rebajado, por vencido ante el pueblo. El rey vuelve á repetir en una proclama la frase célebre de «marchemos todos y yo el primero por la senda constitucional.» Entonces comienzan esos dias de reconciliacion que intentan casi siempre los generosos pueblos con los poderes reaccionarios. La prensa recobra su voz, y hiere los aires con sus clamores de libertad. Los comicios se reunen y los ciudadanos expresan por la libertad sus votos. La milicia nacional se arma y ofrece su vida por la libertad. La política encerrada antes en los estrechos límites de un palacio, se esparce por las asociaciones, por las asambleas, por los cuerpos deliberantes, para agitar, para vivificar á Alemania. Todo promete una época de paz, de tranquilidad, porque la libertad lleva siempre en su seno tan preciosos frutos.

Pero de pronto se descubre una conspiracion palaciega contra la libertad á tanta costa alcanzada. Se cree que la favorita del rey se encuentra en los alrededores de Munich, acariciando la idea de tomar una sangrienta venganza. La reaccion se engendra en el tálamo real. El pueblo arde en indignacion al verse de tal suerte engañado y con tan malas artes combatido. Viene en seguida una sublevacion popular. El ministerio de policía es invadido; el palacio real amenazado. El gobierno se ve forzado á dar una satisfaccion al pueblo, mandando que do quier sea habida la favorita del rey, sea presa y entregada á los tribunales. Sin embargo, la revolucion no se apaciguaba. Pueblo, clase media, estudiantes iban por calles y plazas pidiendo á grandes voces que la reaccion fuera vencida y castigada. Luis, en realidad estaba vencido y castigado. Su conciencia tenia la sombra del remordimiento y su corazon la úlcera del dolor. La corona que él habia querido sostener íntegra y absoluta

como la recibiera de sus abuelos, le quemaba las sienes. No tenia ánimos para luchar por más tiempo. Como entregó su favorita, entregó su autoridad á la cólera popular. El 20 de Marzo de 1848, entre el fragor revolucionario, Luis abdicó su corona.

Antes de la revolucion de 1848, la Alemania se encontraba postrada bajo la influencia despótica del imperio austriaco. A las repetidas quejas de los pueblos, contestaban los gobiernos con negativas constantes. En vano la Alemania anhelaba romper sus cadenas. Oprimida, aspiraba á la libertad. Dividida en múltiples fracciones, aspiraba á la unidad. Su espíritu innovador, su alma soñadora, necesitaban la vida de la libertad, el movimiento del progreso. Pero los pueblos no podian realizar estos deseos legítimos en las leyes que los oprimian. Encerrados en un doble círculo por sus soberanos y por la Dieta germánica, no podian traspasarlo, y se agotaban en inútiles esfuerzos.

Austria oprimia á Alemania y aniquilaba á Italia. Sus soldados estaban en Milan, en Verona, en Venecia, en Ferrara, y vigilaban á Módena, á Parma, á Bolonia. Sus emisarios desparramados en todas las ciudades capitales, obraban en las tinieblas, allí donde el sol no iluminaba sus armas. Todas las vias pacíficas que conducen á las reformas estaban obstruidas. Multiplicábanse los abusos, llevados hasta el último límite del escándalo. ¿Qué recurso queda á los pueblos que tienen á su frente esos poderes insensatos? No les queda otro medio de salud que las sociedades secretas, las conjuraciones, las rebeliones. Y como por oprimido que esté un pueblo nunca le faltan hombres enérgicos y patriotas, el fuego sagrado circula y se reanima incesantemente. Y por grande que sea el vigor de los opresores, nunca sobrepuja á la perseverancia de los oprimidos. Diezmados, estrechan sus filas, caidos, se levantan; dispersos vuelven á reunirse, y continúan con mayor teson la obra empezada. No ha nacido aun el verdugo de las ideas, el asesino de los pueblos. Cuando las vallas que detienen el progreso humano son insuperables, no se puede marchar hácia adelante sino rompiéndolas. ¿A quién toca la responsabilidad de la lucha y de la sangre derramada? ¿A los poderes inflexibles ó á los pueblos escarnecidos?

La proclamacion de la República en Francia, fué la señal de la insurreccion en Italia, de la rebelion dentro del mismo imperio. Quince dias despues de los acontecimientos de Febrero, toda Italia estaba hecha un volcan. Era el 18 de Marzo, y aparecia en las esquinas de Milan el programa de las concesiones hechas por el emperador: la abolicion de la censura, la promesa de una ley de imprenta, y la resolucion de convocar los Estados de los reinos alemanes y eslavos, así como las Asambleas centrales del reino lombardo-véneto. Pero las concesiones que llegan tarde, en vez de contentar, no hacen sino aumentar el descontento, enardecer los ánimos, apresurar la explosion. Los edictos imperiales fueron rasgados, y los milaneses se lanzaron al combate con la voluntad que se impone, con la energía que domina, con la fé que triunfa.

Derrotados los austriacos despues de cinco dias de sangrienta lucha, fueron echados de Milan, y expulsados de casi toda la Italia. El movimiento de Milan se propagó rápidamente. Los ducados de Parma y de Plasencia verificaban su revolucion el 20 de Marzo. En Parma, el duque Cárlos de Borbon abdicaba en una regencia compuesta de cinco patriotas. Se insurreccionaba Sicilia. Triunfaba la revolucion de Nápoles. En Venecia, el ilustre Manin proclamaba la república.

Pero una revolucion más inesperada, más sorprendente que todas las que habian sucedido en Europa desde 1789, debia admirar á Europa. El imperio mas absoluto, el imperio que representaba en Alemania las ideas de lo pasado, y que se habia declarado campeon del principio de derecho divino, el Austria iba

tambien á ser arrastrada en este movimiento convulsivo del progreso, que quebrantaba los tronos, enaltecia los pueblos y cambiaba las bases de la soberanía.

El Austria, para mantener su poder y su despotismo, se vió en la necesidad de adoptar, desde los tratados de 1815, una política de equilibrio y de contrapeso. En Europa contrabalanceaba la influencia de Inglaterra y de Francia con la de Rusia, de la cual acababa de obtener la absorcion de la república de Cracovia, último despojo de la infortunada Polonia. En la Confederacion germánica, oponia á la Prusia alternativamente, los reinos de Baviera, Hannover, Sajonia, Wurtemberg. En sus estados, mantenia bajo un yugo de hierro, sin unirlos, á Hungría, Croacia, Bohemia, Gallitzia, Venecia, y el Milanesado, sirviéndose de las legiones sacadas de unas comarcas para dominar las otras. Bien podia decirse que aquel inmenso imperio era como la ergástula de los pueblos esclavos.

Esta situacion por lo mismo tenia mucho de vacilante. En lo exterior, sus alianzas eran poco sólidas; en Alemania, sus amistades falsas. Sus mismas provincias, sin ninguna cohesion entre sí, debian separarse al menor choque y desgarrarse el imperio por todas partes. Devoraban la Hacienda numerosos ejércitos, necesarios para la opresion. Nacionalidades dispersas que aspiraban á reconstituir su independencia, pueblos oprimidos, un tesoro exhausto; tales fueron las consecuencias fatales de un sistema seguido con insensata perseverancia por un gobierno cuyo inspirador y jefe real era el príncipe Meternich.

Bohemia y Hungría vieron en la revolucion francesa la ocasion propicia de reclamar su independencia, sus derechos, sus libertades. En Praga, las esquinas aparecieron cubiertas de proclamas, circularon grupos en las calles, se multiplicaron las reuniones, y los más impacientes se prepararon á la lucha. El 10 de Marzo se anunció una gran reunion. La autoridad la prohibió, pero la autoridad no pudo ya hacerse obedecer. Acordóse que diputaciones de todas las clases partieran para Viena á exponer al emperador la urgencia de la situacion y las reclamaciones de Bohemia.

En Hungría, la aplicacion de la lengua magyar á la legislacion, al gobierno, á la administracion, habian reanimado las antipatías tradicionales que este pueblo valeroso ha demostrado siempre contra la dominacion austriaca. Aun aceptando la misma dinastía y aun reconociendo el mismo monarca, Hungría ha aspirado constantemente á una separacion completa. Las proposiciones y medidas emanadas del gobierno austriaco son recibidas allí con desconfianza y acatadas con repugnancia. A un sistema permanente de compresion, ella responde con un deseo constante de emancipacion. Los contrastes se ven en todas partes, por todos los motivos y en todas las circunstancias. Kossuth y Batthyani, jefes del partido liberal húngaro, comprendieron que para regenerar la Hungría era preciso pedir al gobierno de Viena reformas sociales y financieras, y garantías nacionales y políticas, y declararon que si no se accedia á sus ruegos apelarian á la fuerza.

La agitacion crecia por momentos en todo el imperio. Las noticias que llegaban á Viena de Bohemia, de Hungría, de todas partes, electrizaban los corazones. Un ardor inusitado se apoderó de la juventud. El 12 de Marzo los estudiantes, los aspirantes al profesorado, y los discípulos de la Escuela politécnica, se reunieron en una sala de la Universidad y redactaron una peticion reformista. En vano el gobierno adoptó las medidas militares más enérgicas. La fermentacion crecia. En las calles, en las plazas, los grupos se multiplicaban, los oradores arengaban, sin temor á los numerosos destacamentos de tropas y á los cañones colocados en las principales avenidas de la ciudad. Los gritos de *¡libertad de imprenta! ¡una Constitucion!* se mezclaban con el grito insurreccional de *¡abajo Metternich!*

El tumulto se desbordó, las tiendas se cerraron, los soldados fueron silbados. Poco despues sonaron las descargas y cayeron las primeras víctimas, La revolucion empezaba.

Llegó la noche, y el combate duraba todavía. Precipitóse la multitud sobre el arsenal en busca de armas. A pesar de la resistencia de los soldados, el arsenal fué asaltado, las armas tomadas y distribuidas. En los arrabales la batalla era más desordenada, si no más furiosa que en la ciudad. Y desde lo alto de su palacio, Fernando I, rodeado de los archiduques y de los ministros, pudo ver estenderse, sobre las caballerizas imperiales, el incendio y la muerte. Y cuentan que lágrimas ardientes escaldaron la megilla de aquel soberano abrumado por la edad. La monarquía absoluta se sentia herida en el corazon.

Mientras que el drama revolucionario se desarrollaba en las calles, el Consejo de ministros reunido estaba devorado de inquietud. ¿Qué decision debia tomar? ¿Adormecer al pueblo con la promesa de algunas concesiones? ¿Resistir á todo trance? Podian darse órdenes implacables; pero el entregar la capital á la destruccion y al asesinato, ¿aseguraba la obediencia? Y aun dado caso que la rebelion fuera vencida, el levantamiento general del país, de las provincias, de los diversos pueblos del imperio, ¿no podria ocasionar la expulsion de una dinastía enemiga de todo progreso, manchada de sangre, y queriendo dominar al mismo destino? El príncipe de Metternich era objeto de la execracion pública. Sacrificado él, se salvaba la dinastía. Aun vacilaba el emperador, y acaso no le hubiera separado, si una diputacion no se lo hubiera exigido, declarando que su permanencia en el poder hacia toda conciliacion imposible. Metternich fué destituido. Huyó, se escondió, y pudo refugiarse en Inglaterra. Así, el campeon más decidido del despotismo se salvaba en una tierra de libertad.

¿Cómo terminó el reinado de Fernando? Terminó como acaban los soberanos que, sin amar la libertad, ceden en el momento del peligro, para venderla en ocasion oportuna. Aceptó ó afectó aceptar las consecuencias de la revolucion. Dió una Constitucion al imperio. Satisfizo las reclamaciones de Hungría y Bohemia. Pero despues, como Fernando II de Nápoles, y como Fernando VII de España, conspiró contra la Constitucion que le habia sido arrancada, retiró sus concesiones á Bohemia y Hungría, volvió á llamar al príncipe Metternich, el ministro odiado, y cuando hubo restaurado el régimen antiguo, abdicó en Francisco José. ¡Fortuna grande para Fernando I, que su abdicacion fuera posible!

Pero el gérmen de la revolucion quedaba intacto en la tierra de Austria.

La tempestad revolucionaria llegó, como al imperio de Austria, al reino de Prusia. Federico Guillermo IV, aunque educado en el protestantismo y en la ciencia, tenia de la revolucion la misma idea que el emperador educado en el catolicismo y en aquella monarquía semi-española, ungida por el óleo del derecho divino y sustentada sobre la férrea base de la fuerza.

En el acto de su coronacion habló como rey absoluto, diciendo que solo de Dios recibia la corona, pero los prusianos se mantuvieron algun tiempo en la ilusion de que su rey era liberal, y esperaron. Corria el año 1840. La Asamblea de Notables, reunida en Koenisberg para felicitar á Federico Guillermo, se atrevió á pedirle una representacion nacional. El rey dió algunas esperanzas, pero bien pronto se arrepintió de ello, declarando terminantemente que no queria hacer ninguna concesion liberal á favor del pueblo, y aun restringió las garantías provinciales que habia concedido su padre. El partido liberal prusiano, ya robusto entonces, se irrita: Koenisberg y Breslau, protestan contra la decepcion del rey. La prensa periódica se constituye en eco fiel de la indignacion pública, y clama tambien contra Federico Guillermo. La conducta del rey, el espíritu reaccionario

que lo anima, levanta asimismo una valiente protesta desde los bancos de las aulas universitarias, cuya juventud entusiasta anhela ver realizada en la esfera práctica el moderno derecho que le inculcaban sus grandes maestros. El rey, se pone en frente de la opinion del país y lucha con ella. Prohibe toda clase de manifestaciones públicas, y persigue á la prensa periódica con un encarnecimiento sin igual. Temiendo más que á nadie á la revolucion moral que se agitaba en las Universidades, llama á Schelling para que inocule el virus de la reaccion en la enseñanza pública, y el criterio de la ciencia oficial oponga al derecho humano que nace del espíritu, el derecho divino que nace de la historia; y á la filosofía inspirada en el racionalismo hegeliano las estériles preocupaciones del misticismo romántico. La Universidad de Berlin se ve invadida por una turba de catedráticos reaccionarios. Stahl, orador de la escuela histórica, reeemplaza violentamente en la cátedra á Eduardo Gant, discípulo de Hegel.

Este trastorno de la universidad de Berlin arrastra á los estudiantes á una ruidosa protesta, á una verdadera insurreccion que sólo cede ante la fuerza de las armas. El rey se entrega al delirio de la reaccion más insensata. Rodeado de todos los elementos reaccionarios del reino, doctores y sábios, que sólo hablan de theodicea en el lenguaje de los escolásticos: poetas y artistas cuyo tenebroso númen sólo se inspira en las tinieblas de la Edad Media, allí encerrado en su palacio de Berlin, que para lisonjear su fantasía reaccionaria habia convertido en un edificio informe, medio fortaleza, medio abadía, pasaba su vida, fijo el pensamiento en los tiempos del sacro imperio; resucitando las pavorosas creencias y supersticiones de aquella época, sus castillos feudales, sus monasterios, sus poderes despóticos y aquella humanidad ignorante, y como ignorante esclava. Aislado de todo movimiento, sordo á todas las exigencias no emanadas de su despótica voluntad, Federico Guillermo llega á olvidarse de que vive en este siglo; místico, se hace fanático; apasionado de la ciencia y literatura de la escuela histórica, su afecto á los símbolos de lo pasado, acabó en una monarquía peligrosa. Estravagante, acosado siempre por el demonio de la reaccion, llegó hasta carecer de sentido comun: en su delirio, pasaba de lo sublime á lo ridículo: estaba loco.

En 1847 continuaba viva la lucha entre el rey y el pueblo, cuando se reunieron los Estados. Ya en la primera sesion, declaró Federico Guillermo que ningun poder de la tierra le haria dar una Constitucion escrita en el papel. El partido liberal indignóse al oir esa orgullosa declaracion, y amenazó al rey con destituirle. Federico Guillermo hizo entonces alguna concesion, aunque de poca importancia. El partido liberal pidió más. El rey se resistió, y en esta lucha sorprendióle la revolucion de Febrero de 1848. El grito de *¡viva la República!* que lanzaba el pueblo de París y resonaba en toda la Europa monárquica; el espectáculo de Luis Felipe, embarcándose fugitivo en Cherbourgue; el recuerdo del trágico fin de Cárlos I y Luis XVI debieron despertar aquella enferma imaginacion, dormida en las tinieblas de la Edad Media; y á la luz del incendio revolucionario que pavoroso veia ya traspasar las fronteras de Prusia, se decidió el rey una noche á hacer algunas nuevas concesiones, aunque mezquinas. ¡Era ya tarde! El pueblo ya no solicitaba concesiones del poder; desde lo alto de las barricadas presentaba á Federico Guillermo las condiciones con que le aceptaba como rey, es decir, como ejecutor de su voluntad soberana. El rey cedió en todo, convocó una Asamblea constituyente, y su orgullo de déspota se vió humillado hasta el extremo de obligarle á saludar los cadáveres de los defensores del pueblo, en medio de los gritos de la multitud indignada.

Aquel rey romántico, enamorado de la Edad

Media; con su derecho divino por toda creencia política; con su misticismo semi-panteista, y semi-católico por toda filosofía; dado á las ciencias y á las artes, pero tomándolas como magas y hadas que pudieran resucitar una sociedad como la imaginada en sus ensueños; protestante y restaurador de la catedral de Colonia; descendiente de Federico II, y acariciando la intolerancia en las mismas Universidades donde prendió la llama del pensamiento libre; llamado por el ministerio de su raza á fundar la unidad alemana, y cortesano del Austria; su exaltacion religiosa y monárquica no fué bastante á preservar la monarquía de los asaltos de la revolucion moderna ni su menosprecio á la democracia fué bastante á conjurar la tempestad que llevó las ideas revolucionarias al pié de su lecho y de su trono despedazados en aquel diluvio. Así cuando vió que el sentido revolucionario habia pasado á ser el sentido general de su tiempo volvióse loco, y en la locura expiró, acariciando el ideal apagado de una sociedad ya muerta, y sin presentir que su corona lavada con sangre, limpia del barro escupido por la revolucion, iba á coronar inmediatamente una idea revolucionaria, la idea de la unidad alemana.

Y la revolucion de 1848 pasó de Alemania á Italia, á la tierra de los volcanes.

Las simpatías de todos los italianos se concentraban en el Piamonte, porque en el Piamonte habia de nacer la idea de la unidad de Italia con condiciones de vida. Bien pronto, esta aspiracion de todos los ánimos penetró en la Toscana, regida á la sazon por un duque; que así rendia pleito-homenaje al emperador de Austria, en circunstancias normales, como huia de su pátria avergonzado, cuando la mano de la revolucion llamaba á sus puertas.

Esta parte del territorio italiano que habia salvado incólume del influjo de la Edad Media la cultura romana, la Toscana, antigua cuna de la civilizacion del Lacio, fué una de las primeras provincias que dieron el grito de adhesion al movimiento nacional, iniciado por el Piamonte. La prensa habia ya tomado la iniciativa en esta revolucion antidinástica, que hostilizando al Austria, venia á significar claramente los deseos de precipitar de su trono al gran duque Leopoldo II; pero este duque que lo esperaba todo de la proteccion que el emperador Francisco José le habia dispensado en otras ocasiones, empezaba á inquietarse y á no considerar ya efímero el triunfo de la revolucion en sus estados. En medio de todo, tranquilizábale la idea de que el Austria contaba con bastantes bayonetas, de cuya fuerza esperaba su salvacion en caso de que los acontecimientos le obligasen á abandonar á Toscana. ¡Siempre el despotismo confiando en la fuerza ciega!

En tanto, el pueblo toscano manifestaba en la primavera de 1859 sus deseos de declarar la guerra al Austria y ayudar al Piamonte en la heróica empresa de constituir una pátria comun, los partidos se unian en unas mismas aspiraciones, que tendian en último resultado á derribar de su trono á Leopoldo II, y hasta el ejército, fraternizando con el paisanaje, daba muestras inequívocas de que no hostilizaria al pueblo por defender á un monarca instrumento de sus cortesanos, juguete de Viena, sombra de la reaccion europea.

Un dia amaneció la ciudad de Florencia engalanada; en todas las casas se enarboló el pendon tricolor, emblema de la libertad; en los semblantes de todos los florentinos que discurrian por las calles victoreando á la Italia y al que habia dado el grito primero de unidad, veíase brillar el júbilo; la satisfaccion pública no reconocia límites: y la causa de todo esto era que la noticia de la declaracion de guerra del Piamonte se habia difundido por toda la Italia con la rapidez del rayo. El gran duque permanecia perplejo sin saber qué partido tomar, esperando como siempre

órdenes de Viena. Las circunstancias apremiaban, y era necesario tomar una resolucion pronta. En tal estado, dirigióse al ejército; pero sólo encontró en la fuerza armada una enérgica negativa á descargar sus armas contra los que aspiraban á la unidad de Italia.

Entonces Leopoldo II creyó que no debia perder toda esperanza. La política de concesiones le habia producido en otros tiempos maravillosos resultados y habia conjurado las tempestades revolucionarias que sobre su corona se condensaban. Fija su mente en esta idea , llamó al caballero Corsini para que le expusiera los deseos del pueblo y del ejército; pero era tarde. Los toscanos exigian nada ménos que una abdicacion, fian lo poco en la buena fé de Leopoldo II: que no siempre se burla la credulidad de los pueblos con la confesion esplícita de lamentables equivocaciones.

Las exigencias del pueblo toscano hicieron desaparecer las últimas sombras de esperanzas que en el ánimo del gran duque se anidaban. Este príncipe reaccionario que se mostraba liberal cuando los vientos soplaban favorables para la libertad y que oprimia á su pueblo, apoyado en el Austria, cuando veia lejos de su frente los rayos de la revolucion; este príncipe, que segun la frase de un repúblico italiano, habia convertido el sistema municipal de Toscana en una *machina per far denari é non altro*, salió de sus estados en medio de la indiferencia de sus súbditos: castigo digno de todos los reyes que en vez de obedecer al espíritu de los tiempos, se empeñan en servir de obstáculo á la marcha triunfal de la civilizacion y del progreso.

La atmósfera revolucionaria que sobre toda la Italia se habia condensado debia producir sus naturales consecuencias. El ejemplo noble y patriótico de Toscana no tardó en hallar imitadores en los demás ducados, y Francisco V, el duque de Módena, que de las aulas de los jesuitas habia pasado á manejar el cetro, el reyezuelo insolente y ciego, para quien no existian en la sociedad más que deberes hácia Dios y deberes hácia el soberano; aquel que condenaba á los liberales á retirarse al anochecer, y á no ir al teatro, ni á los lugares de reunion pública, y á que no hablasen con personas determinadas; aquel que negaba el ejercicio de la abogacía á un ciudadano, fundándose en que habia muchos abogados, y que se oponia á que otro ciudadado fuese pintor porque temia que no fuese pintor perfecto; el reyezuelo que se juzgaba espejo de reyes, y que en su ridículo orgullo consideraba como menores á todos sus súbditos, Francisco V, decíamos, y la duquesa de Parma, que á cada nueva revolucion habia opuesto mayor lujo de despotismo, viéronse tambien obligados á abandonar sus territorios y á esconder su vergüenza y su ineptitud bajo las banderas de los ejércitos austriacos.

Así murieron para siempre estos remedos de monarquía. Oprimieron á sus pueblos cuando los pueblos no podian resistir, y quisieron conceder libertades cuando los pueblos no podian ni debian esperar. Hé aquí la historia y el fin desastroso de todos los poderes reaccionarios.

Los reyes, pues, se iban de todos los tronos, heridos por las revoluciones. Pio IX que habia inaugurado aquella época crítica con sus palabras de libertad, lanzadas desde el asiento altísimo donde radica la autoridad por excelencia, tuvo que huir, oculta la tiara bajo tricornio de cochero, desde el palacio de las oraciones místicas y de las artes plásticas al seno oscurísimo del destierro. El rey Francisco II, heredero de una monarquía absoluta; incierto entre continuar la política de su padre, ó abrir las válbulas de la libertad; temiendo tanto resistir como ceder; engañado por su educacion, engañado por sus antiguos y sus modernos servidores; sin comprender hasta donde llegaba el verdadero alcance de

las ideas revolucionarias, y la verdadera pujanza de las fuerzas populares, quiere sostener el trono de Nápoles, y cae al pié de la fortaleza de Gaeta; que un pobre hijo del pueblo, Garibaldi, ha recibido de los cielos el don extraño de vencer y destronar á los semidioses, á los hijos de los reyes. Y despues de todas estas trajedias monárquicas; cuando parecia que los demás tronos alcanzaban algun reposo, alguna estabilidad, cae de súbito un rey, puesto por la mano artera de la diplomacia europea sobre la tierra madre de la República clásica; el rey Othon de Grecia, que linfático y frio como un hombre del Norte, macedonio y beocio por su cultura, de aquellos que tanto odiaron y zahirieron los antiguos griegos, aunque aleman por su cuna; monje más que rey, fué á reinar sobre el suelo de las inspiraciones, sobre el santuario de la democracia, sobre el pueblo del heroismo y tuvo que volverse herido, como tantos otros del rayo de la revolucion.

Y cuando se cumplian estas leyes misteriosas, cuando se desplomaban estos tronos altísimos, cuando ofrecia Europa en todas partes la enseñanza de que no tuvieran hogar seguro los reyes en la misma tierra donde habian tenido trono respetado, si no ellos, sus padres, queria la reina Isabel resistir con ceguera, marcar con su corona la espalda de las nuevas generaciones, robarnos la luz y el aire de las ideas, ponernos fuera de la Europa moderna, reducirnos á párias. Y hay en la historia moderna como en la historia antigua, una perfecta solidaridad entre los pueblos. Su espíritu es comun, comunes sus aspiraciones, comunes sus ideas. En esta crísis no podia quedar solitario el trono de un Borbon como árbol de otros tiempos y de otras zonas. Era necesario que cayese. La reina Isabel habia visto en los sucesos del 10 de Abril, una conjuncion de la inteligencia con la fuerza amenazando su trono. Y para conjurar el peligro que columbraba sin comprenderlo, solamente se le ocurrió nombrar un ministerio presidido por el general O'Donnell. ¿Mas era esto bastante? ¿Calmaba la opinion exacerbada en aquella época de combate? ¿Ponia un dique á las indómitas y tenaces aspiraciones de aquella generacion verdaderamente sobreescitada y verdaderamente revolucionaria?

¿Era posible olvidar lo que el general O'Donnell significaba? Cuando la nacion habia sacudido las dominaciones moderadas; cuando estaba entregada á la elaboracion de sus nuevas leyes; cuando comenzaba una época de mayor libertad, el general O'Donnell interrumpió aquel trabajo con la voz de sus cañones. Desde entonces fué posible la anatematizada Constitucion del 45; la influencia neo-católica; la negra amenaza á la enseñanza pública; el reinado de camarillas insolentes; la centralizacion administrativa que asfixiaba toda vida, y aquel sistema en el cual se perdia toda idea de libertad. Esta fué la primer obra del general O'Donnell. Despues, la reaccion que él empezó, y que el general Narvaez afirmó, fué á recibir de su segundo ministerio la sancion del tiempo. El general O'Donnell sostuvo la reforma del general Narvaez, la Cámára hereditaria, la facultad en la corona de modificar los reglamentos, la dictadura nocedalina sobre la imprenta, que era á un tiempo mismo negacion de la ley fundamental del Estado, é injuria escupida por un neo-católico á la conciencia y á la dignidad moral de nuestra patria.

La verdad es, que el estado de la opinion pública, el crecimiento de las ideas, el entusiasmo de las nuevas generaciones cada dia más apegadás á la libertad, hacian imposible, ya completamente imposible todo ministerio conservador. Nos encontrábamos en situacion muy semejante á la situacion de 1835. Como entonces, aparecia que las concesiones bajaban de la córte. Como entonces, una idea más alta, más ambiciosa que estas concesiones, embargaba el ánimo del país. Como entonces, parecian mezquinas las concesiones hechas á

la prensa y al cuerpo electoral; artificiales y sin vida los Cuerpos colegisladores; esclavos los comicios; nulas y tardías las reformas; reaccionario el gobierno delante del espíritu altivo del país. Entonces teníamos el Estatuto que los moderados consideraban como una grande norma de política, y que la nacion consideraba como una estrecha cárcel. Y por fin, vino un dia, y la nacion se burló de aquellas concesiones inútiles, de aquellas reformas estrechas, de aquella libertad que parecia un don cuando débe ser un derecho, y entre el polvo del combate, proclamó la Constitucion democrática de 1812, y convocó unas Córtes Constituyentes.

¿Era posible á la sazon un ministerio conservador? ¿Era posible lo que no fué posible en 1836? No, mil veces no. El partido conservador ensayó todos los medios de transaccion entre la autoridad y la libertad, y todos le salieron vanos, todos fallidos; y no teniendo ya más medios que ensayar estaba perdido. Aquel era su último dia, era su última hora. Su destino se asemejaba al destino del general Narvaez; su horóscopo podia leerse en la historia del gobierno que habia sucumbido. No tuvo nunca el partido moderado un ministerio tan fuerte y tan poderoso como el ministerio del general Narvaez. Pocas, muy pocas veces abrigára un ministerio propósitos más firmes de ser liberal. Encontró unas Córtes desacreditadas y las disolvió; encontró una prensa entregada á los consejos de guerra y la emancipó. Pero ¡ah! que habia dos elementos con los cuales no podia luchar; no podia luchar con el espíritu neo-católico que reinaba en las altas regiones, y el espíritu revolucionario que reinaba en el corazon del pueblo. Hé ahí los dos insuperables obstáculos. Si el general O'Donnell hubiera podido vencerlos, durára mucho tiempo.

Pero ¿tenia autoridad para vencer el espíritu neo-católico? No. El neo-catolicismo lo inficionó con su venenoso aliento, lo tuvo como magnetizado; le hizo quemar los libros racionalistas y desenterrar los cadáveres liberales; le inspiró la crueldad de Loja y la fundacion de los presidios de Fernando Póo; le incitó á negar el dogma de la soberanía nacional, y despues, para que todo el país lo viera su esclavo, le forzó á llevar pálidos cirios en procesiones que recordaban los tiempos de Cárlos II, y prometian el renacimiento de escenas como las célebres de la beata Clara. ¡Conjunto de hechos que daban aspecto repugnante á la union liberal, por lo mismo que no podia excusarlos ni siquiera el fanatismo por una creencia!

Acaso ¿este ciego espíritu neo-católico iba á ceder entonces? Se engañaba, completamente se engañaba el gobierno cuando tal creia.

Ese espíritu neo-católico es cobarde, es artero; se para en apariencias, pero en realidad camina siempre; se calla por un momento, pero así que encuentra ocasion, hiere y mata á sus enemigos.

Y así como no podia vencer el espíritu neo-católico arriba, no podia vencer el altivo espíritu revolucionario abajo. ¿Para qué queria el concurso legal de los partidos liberales? El general O'Donnell los habia perseguido, los habia aniquilado. Los partidos liberales sabian que sobre ellos pesaba un anatema eterno; los partidos liberales no podian renunciar á su único ideal, á su única esperanza. ¿Cómo habia de ser para ellos una satisfaccion el gobierno del general O'Donnell? Ellos pedian más; tenian derecho á más que á esas tardías concesiones. Ellos querian la libertad de asociacion, la libertad de enseñanza, la estension del sufragio, la descentralizacion administrativa, la muerte de esa permanente influencia neo-católica que nos degradaba; en fin, algo que un ministerio conservador no podia conceder sin suicidarse. No pudiendo el gobierno O'Donnell reprimir el espíritu neo-católico arriba, ni el espíritu revolucionario abajo, estaba destinado

á caer herido, incapacitado; dejando tal vez en pos de sí un reguero de sangre, porque toda transaccion era ya tardía, porque en aquel momento eran imposibles los gobiernos conservadores: que sólo tenia vida la libertad.

Apenas nació el ministerio del general O'Donnell, cuando estuvo ya en crísis. Los que le creian eterno veian cuánto tiempo duraba su eternidad; los que le creian fuerte veian cuánta intensidad alcanzaba su fuerza. El ministerio encontraba esos obstáculos ya tradicionales; pasaba por esas crísis ya permanentes, porque habia tenido, siquier con el fin de desarmar á los partidos liberales, la tendencia á reconocer el reino de Italia. Este propósito en el estado presente no era una concesion; era una necesidad. O España habia de ser la China de Europa, ó España habia de reconocer el reino de Italia, aunque lo haya maldecido la excomunion del Papa, y lo haya consagrado el sufragio universal, y lo haya servido la espada de Garibaldi. Nuestro nombre, nuestros intereses mercantiles y políticos, nuestro sistema constitucional, nuestra raza de noble prosapia latina, nuestra posicion geográfica que nos arroja en brazos de las penínsulas mediterráneas, todo cuanto somos, todo cuanto valemos, estaba pidiendo á grito herido el reconocimiento de Italia.

Hacia seis años á la sazon que se consumára la revolucion italiana. El pueblo esclavo arrojó en el Norte la dominacion de los austriacos, arrojó en el Mediodia la tiranía de los Bombas, arrojó en el centro el imperio de la teocracia. Sólo quedaron Roma y Venecia como los dos últimos eslabones de la cadena que pesa sobre Italia, el Prometeo de las naciones. La revolucion elevó el sufragio universal á norma del derecho europeo. Era la aparicion de Italia, un cambio en la política, una luz en la historia, una nueva vida en la sociedad. La fé de Mazzini, la prudencia de Ricasoli, el inmenso talento político de Cavour, el heroismo de Garibaldi, la poesía y la elocuencia de Montenelli y de Guerazzi serán siempre, no solamente la gloria de Italia, sino tambien nuestra propia gloria. A esta revolucion grandiosa por el génio, por la poesía, por el heroismo, por la prudencia se debió que Italia dejara de ser una mera expresion geográfica para convertirse en un pueblo. El mundo entero se asombró, y aplaudió. El mundo entero reconoció á Italia.

El mundo entero no; aquí estaba España que no la habia reconocido. En vano la opinion se irritó contra este aislamiento del pueblo español; en vano clamó porque fuéramos una nacion europea; el reino de Italia no era reconocido. Sucedíase un ministerio á otro ministerio; una situacion á otra situacion, y el reino de Italia no era reconocido. Númen fatal separaba á dos naciones nacidas para ser hermanas, y más cuando animaba á Italia la libertad. Pero, por fin, segun promesas solemnes, el reconocimiento del reino de Italia se iba á realizar. En el momento mismo en que esto se anunciára, la prensa neo-católica se subleva. Oyese por todas partes y en todas direcciones un clamoreo infinito que llena los aires. Periódico neo-católico hubo que dijo que si el reino de Italia era reconocido, se creeria desligado de todo juramento y dispuesto á negar la obediencia al gobierno. A este paso, por aquella teoría antigua del tiranicidio, teoría tan jesuítica, seria necesario que algun Jacobo Clemente de nuevo cuño afilase su puñal y lo clavára en el primero que quisiera reconocer el reino de Italia. Y en efecto, *La Regeneracion*, el más vivaz é impresionable de los periódicos neo-católicos, dijo al saber la noticia del reconocimiento del reino de Italia: mañana cae el gabinete. *El Gobierno,* periódico inspirado por el Nuncio, dijo que no se realizaria el reconocimiento del reino de Italia. Y en efecto, al dar este primer paso, el ministerio se encontró con un primer obstáculo.

Se aseguraba que el Nuncio habia pedido

sus pasaportes. Es decir, que el embajador de una nacion extranjera, de un monarca extranjero, se mezclaba en nuestra política, y queria á su antojo regirla. Un Nuncio no se atreviera á hacer tal cosa en los tiempos más oprobiosos de la Edad Media. Pedro el Grande de Aragon lo hubiera hecho perseguir por sus almogavares; Pedro el Cruel de Castilla lo hubiera hecho ahorcar por sus verdugos; San Fernando lo hubiera desterrado. ¿Quién era el Nuncio para mezclarse en nuestra vida interior, en nuestras instituciones, en nuestras leyes, en los actos del gobierno? El gobierno español es de los españoles, y no tiene que dar cuenta de sus actos á ningun monarca extranjero, ni á ningun embajador extranjero. Se hablaba del arzobispo de Búrgos, que influia; se hablaba del arzobispo de Toledo; y hasta se decia que el Nuncio amenazaba con irse acompañado de todos los obispos. ¿Cederia el gobierno del general O'Donnell ante esta conjuracion teocrática? ¿Se doblegará á los obstáculos tradicionales? preguntaba todo el mundo. *La Política*, periódico ministerial de grande y verdadera significacion, decia lo siguiente:

«Hoy se ha echado á volar la especie de que »el Nuncio de Su Santidad podria pedir sus »pasaportes á consecuencia de la actitud del »nuevo gabinete respecto de Italia, y en la »cuestion de desamortizacion, añadiéndose »que para ello se agitan ciertos elementos »teocráticos...»

«Se nos asegura que todos estos rumores »son completamente gratuitos, y así lo cree»mos.»

«Sin embargo, ya que de esto se habla, de»bemos consignar nuestra opinion de que »el actual gabinete no se arredraria ante obs»táculos de la naturaleza indicada, y que »antes que someterse ó detenerse ante las »tendencias que está llamado á combatir, sa»bria trocar el ejercicio del poder por el »aplauso de la opinion pública.»

«¡Adelante!»

*A.*

En efecto, inmediatamente la reaccion echó sus primeros emisarios al Congreso. El señor Mendez Alvaro fué el encargado de representarla. Su Señoría estaba asustado, no sabia lo que le pasaba. ¡El reconocimiento del reino de Italia! El Sr. Mendez Alvaro, médico ilustre que acababa de perder el glorioso destino concedido por el Gobierno en el matadero, se asustaba de que Italia fuera reconocida; de que se aflojáran los lazos que ataban á la prensa; de que se proclamára el libre exámen; de que los catedráticos pudieran enseñar desde sus cátedras aquellos principios que les dictase su conciencia.

El Sr. Posada Herrera, en un discurso de mucha significacion política, dijo: 1.° que el gobierno estaba dispuesto á sostener el reconocimiento del reino de Italia; 2.° que deseaba aflojar las ligaduras de la ley de imprenta; 3.° que no podia, que no debia oponerse á que los catedráticos ejercieran libremente el derecho de exámen. D. Cándido Nocedal miraba con aviesos ojos al Sr. Posada Herrera, como deseando que se perdiera por aquellos espacios de la libertad de conciencia, y del libre exámen, para ver si le era posible sacrificarlo. Bueno fué, correcto el discurso del Sr. Posada Herrera, é intencionado, sobre todo, cuando dijo que el Sr. Mendez Alvaro profesaba una ciencia cuyas bases cardinales eran completamente opuestas al dogma católico, y cuando añadió que estaba resuelto á retirarse si encontraba el menor obstáculo.

¡Obstáculos inmensos, insuperables, habia de encontrar, á la verdad, el mismo Sr. Posada Herrera, con ser moderado antiguo; obstáculos habia de encontrar si el partido neo-católico se empeñaba en no ser su cortesano, ó el señor Posada Herrera se empeñaba en prescindir del neo-catolicismo! La reaccion, la reaccion, era poderosa. Lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: la reaccion parecia, á la sazon adormecida; pero iba á despertarse. ¿Y la union liberal tendria fuerza? ¡Oh! No, no tenia fuerza. Para vencer la reaccion se ne-

cesitaba espíritu liberal, y no lo tiene la union; se necesitaba autoridad, y la union no la tiene; se necesitaba una historia más limpia, y la union la tiene manchada de sangre liberal. La reaccion cederia mientras tuviese miedo. Y á su vez, la union, por no perder las dulzuras del mando, cederia ante la reaccion. Y una y otra quedarian igualmente debilitadas y moririan de una misma muerte. Era imposible que la union liberal pudiera vencer el espíritu reaccionario, imposible. Se necesitaba otro Hércules más poderoso.

Entró, pues, el ministerio en el poder, con un programa que parecia inverosímil, y una actividad que parecia imposible. Sus primeras veinticuatro horas fueron de agitacion febril y contínua, de impaciencia por decir palabras liberales y por restañar las heridas que habia abierto la anterior situacion. Pero pasaban estos primeros instantes, y el pensamiento del gobierno caia en el silencio, y su voluntad en la atonía. Nos preguntábamos despues de muchos dias por qué no habia reconocido aun el reino de Italia; ni dado aun la circular sobre desamortizacion; ni desbaratado aun la camarilla omnipotente que tenia en sus manos la suerte de las libertades pátrias, de estas libertades adquiridas con tantos esfuerzos y regadas con tanta sangre. Pasaban dias y más dias, y no sabiamos que el representante de España fuese á Florencia á decir que España existe entre los pueblos libres; ni que el ministro de Hacienda escribiera á los obispos para mandarles que entregáran los inventarios de los bienes vendibles, de cuyos rendimientos necesitaba con urgencia nuestro Tesoro; ni que el ministro de Gracia y Justicia hubiera dado las órdenes oportunas para que la célebre trota-conventos, que presidia las maquinaciones reaccionarias, pasase de Aranjuez, lugar profano, á Roma, donde tiene su asiento el jefe del catolicismo, y donde las almas místicas recorriendo desde las catacumbas á la cúpula de San Pedro, la escala de las persecuciones y de las victorias cristianas, que por un extremo toca en los abismos de la tierra y por otro en los abismos del cielo, pueden adorar á Dios más á placer que en las cámaras de los palacios, ó en los conciliábulos de los facciosos.

Los liberales preguntaban en los primeros dias de Julio de 1865. ¿Por qué, por qué no habia hecho aun todo esto? ¿Por qué ni siquiera se habia puesto mano despues de tantos dias, en la acusacion de aquellos ministros que empezaron por violar con sus disposiciones sobre enseñanza, los derechos del pensamiento, y concluyeron por violar con sus dragonadas del 10 de Abril, los derechos de la vida humana? Y siempre encontraban en todas las conciencias y en todos los lábios la misma tenaz respuesta, esta respuesta que habia pasado á ser una clave para explicar todos los misterios de nuestra política: existian vivos, poderosos, incontrastables los obstáculos arrojados como otros tantos escollos insalvables en los procelosos mares de nuestra política.

La palabra «obstáculos tradicionales» servia para designar la familia real, la córte y sus secuaces. Y esta palabra demostraba cuán imposible es cohibir el pensamiento, porque admitida en tal sentido, nadie se equivocaba en España sobre su recta significacion. Así el partido liberal se preguntaba:

¿Será posible que nunca haya en España fuerza bastante para superarlos? ¿Será posible que nosotros, pueblo meridional, apto para comprender todas las magnificencias que la libertad guarda en su seno, hayamos de consumir nuestra vida entera en esta sed de libertad? Los periódicos cortesanos negaban que en la córte y en la familia real existieran esos obstáculos al progreso. Existen, sí, decíamos nosotros, existen los obtáculos, obstáculos tradicionales, que ora solapadamente, ora á las claras, cierran el camino á la libertad, y son la causa permanente de todos nuestros males. El país que antes lo adivinaba, entonces ya lo sabia. Durante solemne

sesion lo dijo en el Senado un anciano á quien algunas vacilaciones de sus últimos años no habian podido robar el respeto universal. Otros dias, con una tenacidad que será su gloria, el primero entre nuestros oradores parlamentarios los denunció al país con aquella elocuencia prodigiosa, con aquella sátira culta, con aquellos recuerdos históricos, con aquellas reticencias incomparables que hacian de sus discursos la esencia, el vapor de una agitacion moral llevada hasta los últimos pueblos de la Península. El mal tuvo su manifestacion, y el dolor del pueblo su quejido. No existia un corazon liberal que no entendiera por qué se malograban nuestras esperanzas, ni supiera en qué supremo esfuerzo residia el supremo remedio.

Y esto era de tal manera cierto, que antes podia creerse la frase de «obstáculos tradicionales» un arma de combate, un recurso de oposicion, una palabra usada por los que estábamos mal hallados en la cárcel estrecha en que nos consumiamos por tantos años. Pero ¿quién dudaria ya de que á la palabra respondiese la idea; de que bajo la frase se ocultase un grave, un trascendental concepto? ¿Quién lo dudaria cuando, no en la oposicion, no en este desierto desde el cual suelen descubrirse engañosos espejismos, sino en el poder, en la cumbre del poder, se veian los obstáculos neo-católicos, como una cordillera de negras preocupaciones opuesta á toda reforma? No éramos nosotros ya los que deciamos esto; era *El Diario Español*, el periódico semi-oficial del ministerio, el periódico que podia entregarse á una gran confianza, y que sin embargo, creia á la union liberal, á ese partido tan mezquino, tan cortesano, condenado en el ánimo de las camarillas á proscripcion en esta vida, y al infierno en la otra, por no sabemos qué reflejos de liberalismo, tomados tal vez contra su voluntad en el comercio forzoso con los partidos populares, sobre cuya cabeza gravitaba un anatema inapelable.

*El Diario Español* proclamaba que habia obstáculos para la libertad; que el neo-catolicismo oponia resistencias casi insuperables á toda reforma; que existian camarillas conjuradas en daño de todo intento noble, y que era necesario apercibirse á una lucha tremenda, á una lucha tal vez decisiva y suprema. ¡Ah! ¿Con que los estadistas de la madera de los conservadores, capaces de disolver unas Córtes Constituyentes y de ametrallar un pueblo, érais sospechosos, estábais excomulgados? ¿Y en último resultado, qué habiais propuesto? Medidas conservadoras, puramente conservadoras. Que la enseñanza pública volviera á las condiciones de la ley-Moyano, cuando la enseñanza pública necesitaba libertad; que el censo se bajase á doscientos reales, cuando el sufragio universal llamaba á nuestras puertas; que la ley-Cánovas, modificacion de la ley-Nocedal, se observára para regir nuestro pensamiento, cuando el pensamiento libre no cabe ni siquiera en la inmensidad de los espacios: que fuéramos el último de los pueblos en acercarnos al trono de Italia, despues de Rusia, despues de Roma misma, cuando ya hervia en el ánimo de las naciones latinas la idea de una confederacion de pueblos, que destrozase á todos los tiranos y fundára las bases de los Estados-Unidos de la Europa libre.

Pues si los mantenedores de la reforma-Narvaez, los de la ley-Nocedal, los de Loja, los de Badajoz, eran sospechosos al protervo neo-catolicismo, que ha difundido el veneno en las conciencias, la corrupcion en los corazones, y ha postrado nuestras fuerzas y ha hecho entecos nuestros entendimientos; si estos eran sospechosos, ¿qué seriamos nosotros, defensores genuinos de la libertad? Nosotros en la austeridad de nuestras creencias, en la rigidez de nuestra fé; nosotros, descendientes de esa genealogía de proscriptos y de mártires que han regado con su sangre el camino de la libertad; nosotros, que creemos antes que todo y sobre todo en el

derecho que cada hombre trae consigo al nacer, derecho sobre su pensamiento, sobre su conciencia, sobre toda su personalidad; nosotros, que como fórmula política consagramos la soberanía de las naciones en armonía con las libertades sagradas del indivíduo; nosotros que hemos admirado y bendecido á Italia; que hemos llamado santo al ideal de los Estados-Unidos; que hemos creido siempre en la inviolabilidad de la conciencia humana, nosotros éramos los párias, cuya sombra maldecian, como si fuera la sombra de la muerte, esas viejas y leprosas influencias, comidas por el cáncer del neo-catolicismo, y en las cuales no cabe ni un soplo siquiera del espíritu vital de nuestro siglo.

Pues bien, no las engañeis, gritábamos todos á los gobernantes. Atrevéos á decirles una vez siquiera, que los pueblos no se detienen hoy ante ningun obstáculo. Ayer caminábamos atados y á cortos pasos. Pero hoy que hasta la materia inerte ha recibido del vapor y de la electricidad un espíritu, hoy caminamos en locomotora hácia el ideal del progreso. Cuando es necesario, no pudiendo detenernos, salvar un obstáculo, abrimos de par en par, como Hércules, la montaña que nos detiene, y salvamos todos los obstáculos, porque nos anima la libertad, cuyo reinado no vacila, y cuyos enemigos serán siempre vencidos, porque la libertad es la ley fundamental de todas las sociedades, la reina inmortal de todos los pueblos.

¿Y qué pueden querer los obstáculos tradicionales? preguntaban sus amigos. ¿Qué pueden querer la familia de Borbon y su córte sino conservar el régimen constitucional por el que han vivido y han reinado?

«¿Sabeis lo que quieren esos obstáculos? contestábamos nosotros, pues quieren aislarnos de toda la política europea; quieren que la nacion que escribió el Código de 1812 sea un cuerpo muerto en medio de las naciones europeas. Quieren ¡oh juventud! tú que traes la idea de libertad en la mente, y la esperanza de la renovacion de la vida en el pecho, quieren que no pienses, que en vez de ser tu espíritu el ave del cielo, cuyas alas se bañan en la luz, sea el ave nocturna que habita en los panteones y los sepulcros. Quieren levantar el convento que tus padres han derribado, la amortizacion que tus padres han deshecho, la prévia censura que tus padres han roto, la inquisicion que han apagado tus padres; quieren reedificar la inmunda cárcel del absolutismo en que pasamos una agonía de tres siglos.»

La verdad es que inmediatamente que se presentaba una reforma, que se anunciaba el más leve cambio en sentido liberal, los obstáculos tradicionales se levantaban como un inmenso oleaje. Todo lo contrariaban, absolutamente todo. El más pequeño paso hácia el ideal del siglo, les parecia una amenaza de muerte; la más leve concesion, un caso de guerra. Se podia matar la cátedra, proponer la prévia censura, denunciar á todos los periódicos, conjurarse contra todas las libertades, sin que hubiera el menor obstáculo. Pero no se podia anunciar el reconocimiento del reino de Italia, ni la desamortizacion, ni la caida de las camarillas, sin que se levantase universal clamoreo en esos centros de donde salió la intervencion extranjera en 1823, y la guerra civil en 1833.

Comprendiendo un hombre de tan esclarecido talento, y de ingenio tan agudo y penetrante como el Sr. Posada Herrera que no podia seguir el gobierno á merced de la ceguera palaciega, pronunció el 3 de Julio de 1865 un discurso en defensa de la política del gobierno que era todo un cambio de ideas en sentido progresivo.

Al fin de tantos años de habernos oido llamar facciosos, ilegales, rebeldes, perturbadores de la sociedad, causa eficiente de la indisplina social, de la sublevacion de los ánimos, veiamos que nuestros mayores enemigos, los hombres que nos quisieran proscri-

bir de la sociedad, se rendian de hinojos ante nuestros principios. Ya sabíamos que no era conviccion; ya sabíamos que no era sentimiento de libertad; ya sabíamos que no era para ellos la evidencia irresistible de la justicia; no; pero la libertad, esta idea madre de todas las ideas; esta ley fundamental, sobre la que descansan todas las instituciones; el espíritu de nuestro partido, el dogma capitalísimo de nuestra doctrina, habia llegado á tener tal fuerza, que sus mismos enemigos la reconocian y la aclamaban.

Nos llamábais facciosos cuando decíamos que era imposible, puramente imposible reprimir la imprenta, y vinísteis á confesar que en esta grande actividad de hoy, no es posible, no, reprimirla. Nos llamábais facciosos cuando decíamos que necesitábamos gobiernos de opinion, gobiernos que fueran la fórmula de las grandes aspiraciones sociales, y despues lo oimos tambien del Sr. Posada Herrera. Nos llamábais facciosos cuando asegurábamos que la libertad es la idea á que todas las naciones aspiran, el aire y la luz que todos los pueblos buscan, el principio vital de esta sociedad, y llegasteis á pedir con nosotros la libertad..... ¡Oh! Era tarde, muy tarde.

¡Qué conversion la del Sr. Posada Herrera! ¡Con qué facilidad pasó de sus antiguas ideas á las ideas nuevas! Hacia poco tiempo sustentaba desde ese mismo banco azul que la soberanía nacional era un dogma condenable, y sustentaba despues que el gobierno debe nacer de los comicios, de la soberanía nacional. Hacia poco tiempo sustentaba que no podia renunciar el gobierno á la direccion de las elecciones, y despues que el gobierno debia permanecer neutral. Hacia poco tiempo sustentaba que no se le daba ningun pedazo de pan al pueblo con darle un derecho, y despues que para traer más suma de actividades á la sociedad, para lograr que mayor número de ciudadanos se interese en la gestion de los negocios públicos, para hacer que la nacion y no los partidos estén representados en las Córtes se necesitaba con urgente necesidad que se concediera á mayor número de ciudadanos el derecho del sufragio. Pues si el Congreso habia de nacer de la sociedad, si se necesitabá una gran suma de actividades, si el sufragio debia ampliarse ¿por qué no admitir ya entonces el dogma del sufragio universal?

Imaginaos cómo se pondria el neo-catolicismo oyendo un discurso de esa suerte, y cómo se levantaria su intérprete más genuino y más elocuente, el Sr. Aparici y Guijarro. Detengámonos un momento á contemplar este orador extraordinario y á oir su admirable discurso.

El Sr. Aparici era Thamo. ¿No recuerdan nuestros lectores quién era Thamo? Pues bien, era un piloto. Plutarco nos refiere con su arte de narrador incomparable, la extraña manía de Thamo, la alucinacion de aquel navegante. Por todas partes oia extrañas voces, ni más ni ménos que oye el Sr. Aparici las voces de las brujas de la Edad Media, y las oye como oráculos. Un dia iba Thamo hácia Grecia y cuando dejaba las costas de Sicilia á su espalda, oia la voz que turbaba siempre su corazon y su mente. Aquella voz salia de los escollos y de las olas en una época de crísis suprema para el espíritu humano, á fines del siglo primero. Aquella voz decia: el gran Pan, el dios Pan ha muerto. Aquella voz interrumpió un festin, heló la sangre en las venas de Thamo, y debió volverle monomaniaco. El Sr. Aparici es el Thamo de nuestro tiempo. Para él todo se muere, todo se acaba. Cuando le oíamos, mirábamos al aire, y estaba tan diáfano: mirábamos al cielo, y estaba tan risueño; mirábamos al sol, y estaba tan luciente; mirábamos á nuestro alrededor, y veíamos jóvenes que sienten el placer de vivir; mirábamos á nuestra frente, y veíamos con éxtasis hermosas que son ó que están destinadas á ser madres, y no podíamos dejar de compadecer el milenarismo

del Sr. Aparici, que cree oir la trompeta del juicio, la voz del Antecristo, el desquiciamiento del planeta, cuando lo único que se desquicia y se muere es alguno que otro idolillo que ni siquiera merece el tiempo por el Sr. Aparici en incensarlo. Se muere la prévia censura, se muere el gobierno teocrático, se mueren los últimos restos del absolutismo. ¿Y eso es el mundo? ¡Bah! Nos recuerda el Sr. Aparici á aquellos animalillos de que nos habla en su Historia Natural Aristóteles, que creen que se acaba el Universo cuando se evapora la gota de agua en que ellos han vivido. No se acaba el mundo; lo que se acaba es la gota de agua del señor Aparici, es el neo-catolicismo.

¡Qué discurso el discurso de 4 de Julio de 1865! Pocas veces hemos oido ninguno tan extravagante, y al mismo tiempo tan elocuente y tan grandioso. El Sr. Aparici aspiraba á tener uncion, y sólo tocaba en la ironía. Cuando se esforzaba en hacernos llorar por la muerte de sus ídolos, nos obligaba á reir. Pero cuando sin esfuerzo usaba la sátira, nos admiraba. Verdaderamente esto es propio de todos los corazones donde la fé se hiela. En vano procurará soplar en las cenizas, avivarlas, encenderlas, se ha muerto la fé. Y no resucita, no resucitará á conjuros de mágia ni á golpes de frase. La fé habia muerto en el alma del Sr. Aparici. Nos lo demostraba lo hinchada que era la frase cuando el Sr. Aparici declamaba sus principios, lo natural y lo corriente, y lo admirable que era cuando el Sr. Aparici se reia de todo. En aquella sesion llegó á reirse con gracia volteriana é irreverente del general O'Donnell y del cirio que empuñaba con su mano acostumbrada al sable, en las procesiones de San Pascual. ¿Podia haber hecho más un volteriano?

Seis partes tuvo el discurso del Sr. Aparici. Faltóle una para ser unas siete palabras. En cambio le sobró la entonacion y lo afectado del sentimiento. Con ser tan bella la frase, parecia no un orador, parecia lo que el pueblo aragonés llama un cuaresmero. ¡Qué sermon tan largo! Se habia propuesto llenar dos horas, y las llenó. Se burló de sus enemigos, injurió á los partidos liberales, y vió de nuevo la revolucion amenazante.

El Sr. Aparici dice: puesto que el mundo se va, entreguémosle á los frailes. ¿Con que han de venir los cuervos antes que el mundo sea cadáver? De las mañas frailescas tenemos ya un ejemplo en la historia, ese grande receptáculo de todos los dolores humanos. Cuando debia llegar el año 1000, los frailes predicaban que se iba á concluir el mundo. ¿Cómo habia de vivir despues de cumplidos mil años de la venida de Cristo? Entonces comenzaba el siglo futuro, es decir, la otra vida. No hay para qué decir cómo se recibiria en la barbárie y en la credulidad del siglo X aquella profecía. Los caballeros abandonaron sus caballos y tiraron sus lanzas. Los frailes recogian unos y otras. Los grandes señores, para salvarse, llevaban sus tesoros á las iglesias, y los frailes los guardaban. Los propietarios abandonaban sus propiedades y las recogian los frailes. Si quereis aspirar algunos vapores de este terror, registrad los cronicones de la Edad Media. Si quereis verlo materialmente, contemplad aquellas esculturas bizantinas que parecen temblar todavía sobre sus repisas. Mientras todos se aterraban, los frailes se reian. Ellos engordaron en aquel abandono universal; ellos se apoderaron de los bienes, de las riquezas que los crédulos habian dejado, y muy gordos, y muy ahitos esperaron el fin del mundo. Pues mientras el Sr. Aparici anuncia el fin del mundo, sus amigos comen. De seguro que la mayoría de los correligionarios tonsurados del Sr. Aparici, digieren mejor un jamon, por ejemplo, que un discurso del primero de sus abogados. El materialismo ha sido el vínculo de esa clase. Ya lo dijo un gran fraile que tuvimos en el siglo XVII, ya dijo que su gente nunca á Dios llamaba bueno sino despues de comer. Ya dijo un general de la órden de San Francisco:

«Mi voto de pobreza me ha valido tener muchos millones, mi voto de humildad me ha valido mandar sobre millones de hombres, y..... no quiero decir lo que me ha valido mi voto de castidad.» Y de toda esta prosa, el Sr. Aparici amasa un discurso en que no hay idea clara. Algunas veces, despues que ha combatido la libertad religiosa, la libertad de enseñanza, la libertad de imprenta, grita: viva la libertad. Es decir, viva la esclavitud para todos, y la libertad para el Sr. Aparici. ¡Oh política grande!

Lo cierto es que ni el marqués de Villena, metido dentro de su redoma, ignoraria el mundo como lo ignoraba el Sr. Aparici. Empezó á tratar la cuestion de Italia, y recordó que Víctor Manuel era tio, ó sobrino, ó no sabemos qué, de ese pobre rey Bomba, del último Borbon de Nápoles. ¿Pues qué, los reinos son hoy patrimonios de los monarcas? ¿Pues qué, por muy apretados que fueran los lazos de la sangre, tiene esto algo que ver con la suerte de los pueblos? ¿Que Víctor Manuel heria á un su primo en la guerra? Pues los católicos rancios hacian más; si tenian algun pariente libre-pensador, ó judaizante, lo entregaban á la Inquisicion. Hasta hace poco se guardaba en Valladolid el recuerdo, con grande veneracion, de la mujer de un protestante que denunció su propio marido al Santo Oficio. El fanatismo es el endurecimiento del corazon, el silencio de la conciencia.

En este discurso hubo una frase bellísima, la frase en que anunció el próximo destronamiento de Isabel II, recordando aquellas célebres palabras del inmortal poeta inglés: ¡adios, mujer de Jork, reina de los tristes destinos! Pero las elegías del Sr. Aparici, si poetizaban una sociedad muerta, no servian, no, para resucitarla.

Ménos podian aun servir las habilidades del Sr. Nocedal que se mostraba furioso en la tribuna, por haber reconocido el gobierno la existencia legal del reino de Italia.

No hay que dudarlo. El Sr. Nocedal habia concitado á los obispos contra el reconocimiento del reino de Italia, y los obispos españoles iban á oir y á obedecer al Sr. Nocedal. Hace mucho tiempo que preside el episcopado español, que es cabeza suya, este respetabilísimo láico. Notadlo, la voluntad propia de los obispos está anulada y su pensamiento dormido. Alguna que otra vez salen de su letargo para asistir al coro, para administrar el sacramento de la Confirmacion, ó para publicar las cartas apostólicas. Pero habla el Sr. Nocedal, dá la voz de alerta al episcopado, y el episcopado, como si una sola mano le moviera, se levanta y habla. Hace muchos dias que la enseñanza se ha secularizado, que la Universidad enseña filosofía sin curarse de la Suma, derecho natural sin curarse del derecho divino, y nunca se habia levantado contra este dominio eminente de la ciencia, contra esta facultad suya, ninguna voz en el episcopado español, á quien debemos suponer celoso en el cumplimiento de sus deberes. Pero se reunen cuatro láicos presididos por el Sr. Nocedal en la redaccion del *Padre Cobos* ó de *El Pensamiento;* escriben algunas gracias ó algunos artículos contra la enseñanza pública, acusan sin pruebas, declaman sin fundamento; y el episcopado oye y sigue la voz que lo concita contra la cátedra, y los artículos de fondo de los diarios neo-católicos se convierten por arte mágica en pastorales de los obispos españoles.

¡Qué diferencia de los tiempos heróicos, de los tiempos puros del cristianismo! Entonces esos ancianos que hoy llamamos obispos, elegidos por el sufragio universal de los fieles, señalados con las sublimes distinciones del martirio, en vez de mover guerra predicaban paz, en vez de adular á los tiranos maldecian á Neron, ó detenian á Atila; y apartados completamente de los palacios, descendian á las ergástulas de los esclavos ó á las cabañas de los pobres, á llevar con los principios evangélicos que regeneraban el alma, el soplo de la caridad y del amor cristiano.

Pero en España, salvas raras excepciones, los obispos se van convirtiendo en los agentes políticos de un partido y en los colaboradores de sus periódicos. A la voz de un partido y de los periódicos de ese partido, anatematizan toda la prensa liberal desde el púlpito; á la voz de un partido y de los periódicos de ese partido, se conjuran contra las cátedras donde se profesa la filosofía moderna; á la voz de un partido y de los periódicos de ese partido, publican las Encíclicas del Papa, esas negaciones de nuestros derechos constitucionales, esas amenazas lanzadas sobre las prerogativas de todas las coronas de Europa y sobre los fundamentos de todas las nacionalidades; esas pálidas evocaciones de la política de Gregorio VII y de Inocencio III, que como un fuego fátuo se extiende sobre los sepulcros de Roma; política absolutista, teocrática, que se cree á sí misma la luz bajada del cielo sobre el mundo, cuando es tan solo el fósforo que produce la descomposicion del cadáver de la Edad Media.

Imaginaos cómo se alarmarian gentes así, al ver reconocido el reino de Italia por la córte de España, que creian tener eternamente sometida y sierva. Todo el mundo pensaba lo mismo, que el problema de Italia era el problema revolucionario por excelencia.

A decir verdad, ó el reconocimiento del reino de Italia no significaba nada, ó significaba que se reconocia como caducado el poder temporal de los Papas, los cuales así podian ejercer la autoridad espiritual desde el Vaticano, como desde la última cabaña del mundo. El reconocimiento significaba que así como habia perdido su poder sobre las Marcas, sobre la Umbria, sobre Bolonia, podia perderlo sobre Roma. El reconocimiento significaba que no se creia incompatible la existencia del poder espiritual de los Papas con la caida de su trono temporal. La verdad es que la cuestion grave encerrada en las entrañas del reconocimiento de Italia, era la cuestion del poder temporal de los Papas. Se acabó aquel cosmopolitismo de la Roma de la Edad Media, por cuya fuerza y por cuya virtud entraban todas las naciones en Italia para esclavizarla. La nacionalidad italiana es; toda nacionalidad necesita una capital, y la capitalidad de Italia corresponde de derecho á Roma. O no ha de existir Italia, ó la existencia de Italia implica forzosamente el reconocimiento de la capitalidad en Roma. Verdaderamente el poder temporal de los Papas, si bien nacido en el siglo VIII, se afirmó cuando se afirmaron todos los poderes monárquicos, en la gran crísis que media entre fines del siglo XV y principios del siglo XVI. Maquiavelo dijo que los dos grandes papas-reyes habian sido Alejandro VI y Julio II. El Papa que siempre habia sido como jefe de los güelfos, el aliado de las ciudades italianas contra los emperadores, fué en el siglo XVI el aliado de los reyes absolutos contra las libertades populares. Cuando perecia la libertad no supieron escribir á su favor una protesta. Y ahora que los reyes absolutos han muerto, y la libertad, inmortal por naturaleza, se ha levantado, los Papas protestan á favor del absolutismo. Y en efecto, la clave que sostiene todos los restos de las instituciones políticas fundadas en el siglo XVI, y destruidas en el siglo XIX, era el poder temporal de los Papas. Su destruccion tenia la fuerza de necesidad inevitable para la consagracion del nuevo derecho europeo.

Y los revolucionarios, encarándose con la union liberal, decíanle las siguientes palabras sobre este pavoroso problema.

«La cuestion de la unidad de Italia implica tambien la cuestion de la libertad de la Iglesia. Y si los ministros de la union liberal, en vez de ser agradecidos servidores de las camarillas que aquí dispensan á su antojo el poder, fueran de la madera de los grandes revolucionarios, ahora se les ofrecia magnífica ocasion para resolver el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y resolverlo exclusivamente á favor de la Iglesia. Puesto que el reino de Italia viene á cambiar

radicalmente las relaciones entre los Estados europeos y la Iglesia, hora es de dar su libertad completa, plena, á la Iglesia. Así os evitareis dos graves males; primero, el castigar á los obispos, y segundo, el consentir que los medios puestos en sus manos por el Estado se vuelvan contra el Estado. ¿Puede hoy consentir el gobierno que la Iglesia se convierta en una fortaleza contra su poder, y el clero en una milicia rebelde? No. Tendrá que atajar esa sublevacion con mano fuerte. Pues corte el nudo gordiano. Quite á los obispos su presupuesto, incáutese de sus bienes, y luego déjeles publicar en paz las encíclicas del Papa, y en paz escribir pastorales contra el gobierno. Pero si con los privilegios de hoy, con la exclusiva fuerza que hoy tienen, convierten el púlpito en barricada, el confesionario en lugar de conjuraciones, disciplinan el clero como un ejército para una guerra santa, siembran la alarma en los fieles, comienzan por protestas religiosas, y concluyen por luchas civiles, el gobierno dará una prueba de imperdonable debilidad si cae á los piés de los obispos. No lo dudeis; detrás de las palabras de Nocedal están las protestas de los obispos, detrás de las protestas de los obispos el fanatismo de los facciosos. Ministros de la union liberal, ¿sereis tan cortesanos que vayais á deshonraros hasta el punto de entregar la política del país á una confabulacion episcopal?»

Las consecuencias de la actitud del Sr. Nocedal á la cabeza del Episcopado español, se palparon bien pronto. Los obispos más prudentes por su carácter, más ilustrados por su ciencia, más sensatos por su conducta, ciegos de cólera y heridos en el corazon empezaron á vibrar los rayos de su palabra sobre la Reina que habia nombrado el ministerio, sobre las Córtes que lo habian consentido. A oirlos, comenzaba para España, para la nacion católica por excelencia una era de desolacion y de tristeza. Todas las admirables imágenes que los profetas emplearan contra los reyes y á favor de los pueblos, empleábanlas ellos contra los pueblos y á favor de los reyes. Y bajo un aparente viso religioso encerrábase ardientísima, implacable cólera política. El que entre todos se distinguió por sus violencias fué el obispo de Tarazona.

Con un talante airado, con una audacia digna de cualquier trabucaire, el bueno del ministro de Dios llovia hiel y vinagre sobre la cabeza del ministerio por el horrendo delito de haber reconocido el reino de Italia.

¿Saben nuestros lectores lo que es Italia para el señor obispo de Tarazona? Italia es una letra falsa, un pagaré engañoso, perlas echadas á los puercos; eso es la hermosa, la bendita Italia, la que ha levantado el Duomo de Milán y la cúpula de San Pedro; la que ha escrito la Suma Teológica y ha inspirado la Divina Comedia del Dante. Pero no solamente es todo esto Italia; es tambien un reino imaginario. De suerte que la caida de los Borbones de Nápoles cosa es fabulosísima, y fabulosísima la caida de los Duques de Parma, Módena y Toscana, y fabulosísima la pérdida de la Romanía por el Papa; y Cavour un mitho, y Garibaldi una sombra, y la revolucion italiana el sueño de un poeta.

Esta idea del ilustre obispo de Tarazona nos recuerda la historia del padre Loriquet. Napoleon no era Napoleon, no, era el marqués de Bonaparte, general perito que, á las órdenes de Luis XVIII, conquistó casi toda Europa á fin de ponerla á los piés de los legítimos reyes de Francia. El Napoleon de la revolucion, el que escribió su nombre en las pirámides de los Faraones, y en los Alpes, esas pirámides de Dios, el del Puente de Arcole, el que entró en Venecia para dispersar una aristocracia militar, y en Roma para dispersar una aristocracia teocrática, ese héroe, que se queria envolver en el sudario de Carlo-Magno, mientras el rayo de la revolucion fulguraba sobre su frente, ese héroe, es un espejismo de la inteligencia, una mentira de la historia.

Esta es la verdad histórica que enseñan los neo-católicos; esta es la historia que enseñan los jesuitas; esta es la historia que saben los obispos, y que imbuirán allá en sus seminarios á los futuros clérigos. ¡Oh! Cuando leemos las protestas y las pastorales de los obispos; cuando vemos que no tienen ni teología ni sintáxis, no podemos dejar de lamentarnos de la triste suerte de la Iglesia española, de esta Iglesia que ha engendrado á Osio. Una Iglesia esclava; una Iglesia protegida por el Estado; una Iglesia estancada, ha de dar al fin y al cabo obispos como el obispo de Tarazona, y espectáculos políticos como el triste, el angustioso que daba España en aquellos tiempos. ¡Cuánto más valen el hervor de las inteligencias, el choque de los espíritus, las grandes batallas intelectuales, que empeñan los varios sistemas descomponiendo en sus gradaciones todo el espíritu, como descompone la luz el arco iris!

¡Oh libertad, libertad sagrada, nuestro númen, nuestra inspiracion, nuestra vida, sin tí no puede haber dignidad moral; sin tí no puede haber arte inspirada, sin tí no puede haber ciencia, pero sobre todo, y más que todo, sin tí no puede haber religion. Amamos todas las libertades; por todas ellas juntas hemos peleado cien veces con neo-católicos, con moderados, con vicalvaristas, con progresistas, con economistas, con comunistas, con todo el que ha desconocido ó limitado alguna; pero lo decimos sin jactancia y sin exageracion, en medio de este siglo positivista, que tanto culto presta á la banca, al crédito, á la Bolsa, nos sentimos con fuerza para pelear y morir por la primera entre todas las libertades, por la libertad de la Iglesia.

¡Cuánto tiempo malgastan nuestros gobiernos en estas luchas de la mitad del Estado con la otra mitad; del Estado civil con el Estado religioso! Si hubieran de cumplirse las leyes, si hubiera de aplicarse el Código, los obispos de Tarazona y de Búrgos debian de haber sido extrañados de estos reinos. Felipe II y Cárlos III lo hubieran hecho. Comprendemos, comprendemos que en el estado de los espíritus, en el adelanto de las ideas, era repugnante extrañar á un hombre por sus ideas políticas, siquiera fuesen tan desordenadas y nocivas como las ideas políticas del señor obispo de Tarazona. Dejadles en buen hora predicar, dejadlos escribir, dejadlos asociarse, dejadlos usar contra la libertad de todas las armas que dá la libertad; pero quitadles el presupuesto, pero quitadles el carácter oficial, pero quitadles el dominio exclusivo sobre las conciencias, pero quitadles todos esos privilegios, los cuales vienen á ser otros tantos motivos de perturbacion, de lucha en los Estados; otras tantas causas de decaimiento moral é intelectual; otros tantos gérmenes de anarquía.

Pero no, no podian hacer esto gobiernos cortesanos, gobiernos cuyo único orígen estaba en las mercedes de la corona. Ni siquiera podia combatir el ministerio O'Donnell á la camarilla. La monja seguia haciendo milagros á favor de la reaccion. El padre Claret continuaba dirigiendo la conciencia de la córte. Ese mismo padre Puente, el más fino de todos los obispos, perseveraba en imbuir al heredero de la corona las ideas de los antiguos tiempos, el derecho divino, el culto á la teocracia, todos los principios que la humanidad se ha dejado heridos y abandonados á sus espaldas. Y ni siquiera tenian ánimos los ministros cortesanos para abrir las páginas de la historia y mostrar la muda elocuencia de sus lecciones. Los Borbones de Francia entregaron la educacion del heredero del trono á un obispo jesuita. Una generacion entera se sintió herida en la libertad de su espíritu, en los derechos de su conciencia. Esto, y la ley del sacrilegio fueron las causas principales de la revolucion que hirió á los Borbones de Francia. Por fin, vino el dia de la gran liquidacion, y una familia que habia reinado siglos, abandonó el trono y abandonó la pa-

tria. Un historiador realista dice las siguientes palabras, describiendo el embarque y la fuga de la dinastía: «Dolorido silencio reinaba sobre las costas de Francia; muchos gemidos, pero ningun insulto los siguió á través de las olas. El navío llevó á los Borbones á Escocia, donde les preparaba Inglaterra un hospedaje solitario en *Holi-Rood;* palacio abandonado de María Estuardo, lleno de tragedias, de tristezas y de lecciones para las dinastías destronadas por haber querido imponer á sus pueblos, en nombre de la piedad política, el yugo de Roma, y haber atentado á la libertad del espíritu humano en su asilo más inviolable, en la conciencia de las naciones.»

La debilidad del ministerio O'Donnell para combatir la reaccion teocrática, se veia bien claro en una nota que por entonces, por Julio de 1865, trazaba el ministro de Estado explicando el reconocimiento de Italia.

Sí, porque no se concibe que para reconocer el reino de Italia, para dar un paso puramente político, para tomar una medida política puramente, se consulte la voluntad y el parecer de un monarca estranjero, del Papa. Nunca, en ningun tiempo han procedido así, ni siquiera los reyes absolutos. Cuando se han encontrado frente á frente de la curia romana y han tenido necesidad de combatir con ella, han combatido con la perseverancia que distinguia á nuestros padres, y con aquella tenacidad que es propia de gobiernos fuertes. Leed la nota del Sr. Bermudez de Castro, y vereis cuantas escusas, cuantas esplicaciones, cuantas palabras encaminadas á dar tan solo satisfacciones al Papa y pedirle préviamente su absolucion por el reconocimiento de un hecho que es claro como la luz del dia, que es fatal como la caida de los graves; por el reconocimiento del reino de Italia. Cuestiones de mayor gravedad, de más trascendencia tuvieron nuestros antepasados con la Santa Sede, en tiempos de fé muy viva; y todas se resolvieron con un valor de que ahora carecen completamente los ligeros y volterianos ministros de un régimen constitucional.

Pedro II de Aragon luchó con el Papa en los campos franceses, y murió en guerra con el Papa por no reconocer las violaciones de ley cometidas en Provenza. Pedro III de Aragon, no consultó ciertamente con el Papa su expedicion á Sicilia. Un siglo entero estuvo Aragon excomulgado. Doña María de Molina, reina animosísima, desafió las iras del Papa, que se ponia de parte de aquellos oligarcas empeñados en amortizar á favor de la aristocracia castellana una regencia, seguro y salvacion de la democracia. No queremos citar ni á Cárlos V, ni á Felipe II, ni á Felipe V, ni á Cárlos III, ni al mismo Cárlos IV, ménos temerosos en siglos de más fé, ménos temerosos del Papa que nuestros ministros constitucionales.

La verdad es que el Sr. Bermudez de Castro debia estar persuadido de que el poder temporal, lejos de ser una garantía de la independencia del Pontífice ha sido siempre un obstáculo. Mil veces ha cedido el Papa en cuestiones de disciplina, de gobierno eclesiástico; mil veces por no perder esos malditos estados que ya entonces eran como un monton de polvo. Cuando los reyes han querido humillar á los Papas, los han herido en sus intereses y dominios temporales. Luis XIV quiere alcanzar de Alejandro VII el Ducado de Castro para un Farnesio. El Papa se resiste oponiendo el juramento prestado en su consagracion de no ceder una pulgada de sus dominios. Luis XIV pone mano sobre Avignon, y el Papa cede. Luis XV en ocasion análoga se apodera de algunos dominios del Papa y no los cede sino con humillantes condiciones para el Papa. Cuando los Borbones de Francia, de España, de Nápoles y de Parma, pidieron de comun acuerdo á Clemente XIII la abolicion de los jesuitas, el Papa se negó. ¿Qué hicieron? Se apoderaron del territorio de los Papas. Clemente XIII resistió heróicamente; despojado de sus bienes temporales,

no cedió en una cuestion que era de su exclusiva competencia. El sucesor cedió en lo dogmático por alzarse con lo temporal. Por consiguiente, ese poder temporal ha sido una eterna debilidad para el Papa. ¿Por qué, pues, un gobierno católico, y un gobierno convencido de esta gran verdad, de que el poder temporal era débil, daba tantas y tantas esplicaciones al Papa, y dudaba tanto, y tanto vacilaba en reconocer la verdad evidente por sí misma de que el poder temporal habia muerto?

Ahora bien: ¿qué podria hacer el gobierno español á favor del poder temporal del Papa? Nada. Y cuando estaba convencido de la inutilidad de sus esfuerzos ¿iba á empeñarse en salir del concierto europeo por sostener una ruina? Hora era ya de que España dejase de ser el cenobita de las naciones. Hora era ya de que dejara de ser un astro errante y muerto, fuera de la gran mecánica europea, fuera de la gravitacion de todas las naciones. Para esto no habia más que un remedio cierto: seguir una política completamente opuesta á la política seguida hasta entonces; la gran política, la que reconoce el nuevo derecho, la que se aparta de las dinastías reaccionarias, la que vuelve las espaldas á los escombros de la Edad Media, la que proclama el sufragio universal, la política que se levanta como un luminoso faro sobre los escollos de lo presente y lleva su luz al seno de lo porvenir.

Eramos nosotros, los españoles, nosotros los que tantos sacrificios hemos hecho por la nobilísima causa de la libertad, éramos esclavos de Roma. En vano pelearon Viriato y Numancia contra el yugo de la ciudad eterna, caimos bajo el peso de sus armas, crueles mandatarias del destino. Pero al fin, caimos bajo aquella grande Roma, que habia esclavizado á todo el mundo, y que en cambio le dió con la idea de la unidad un solo espíritu. Aquella Roma era grande. Sus feciales llevaban las fórmulas de un poder incontrastable; sus pretores las leyes de un derecho sapientísimo; sus soldados, las fuerzas de un heroismo invencible. Fué necesario que vinieran los bárbaros, y que se pasara por aquel diluvio del siglo V, para llegar á romper la unidad inmensa de Roma. De los fragmentos que diseminó al estrellarse contra el suelo aquella corona del mundo, nacieron las nacionalidades modernas. Quince siglos de luchas, quince siglos de trabajos infinitos nos costó el fundar nuestras nacionalidades; el establecerlas sobre sus bases, el darles sus leyes, quince siglos en que el espíritu humano sudó sangre sobre la tierra.

Pues bien, al cabo de estos quince siglos éramos esclavos de Roma; pero no de aquella grande Roma que tenia el génio guerrero de Escipion y de César; no de aquella Roma que llevaba en su frente el resplandor del heroismo, sino de la Roma teocrática, de la Roma que no podia gobernarse á sí misma, y que necesitaba una guardia extranjera para obtener el respeto del mismo pueblo degradado que se arrastra sobre sus tristes ruinas.

Parecia que el ejemplo de la incapacidad de la teocracia para gobernar, era demasiado vivo en lo presente para que nadie se acordase de tal manera de gobierno. Parecia que el recuerdo de la España del Guadalete, arrastrada allí por una teocracia imbécil; y el recuerdo de la España de Cárlos II, vendida al extranjero por otra teocracia artera, debian bastar para que nadie se acordase de resucitar una España que desapareció bajo los surcos de la revolucion.

Pero no, la España teocrática subsistia, la España teocrática se levantaba aun como una sombra escapada de un sepulcro. Buscad con la mente una cuestion que pueda ser más grave y trascendental que la cuestion de las relaciones de un país con otro país. Puede decirse que un pueblo no se pertenece á sí mismo; que un pueblo no tiene personalidad propia ni independencia, si no puede contraer aquellas amistades á que le inclinan sus necesidades políticas, su razon ó su convenien-

cia. Quizá esto es el sello augusto de la independencia nacional, el remate y la cúspide de toda la obra de un pueblo, de toda su historia, de toda su vida. Ser en sí, vivir por sí; tener relaciones con otros países, contraer aquellas alianzas que completan la vida nacional, son, á no dudarlo, las primeras entre todas las prerogativas de los pueblos.

Pero ¿qué eran en España estas prerogativas? Cinco años estuvimos clamando por el reconocimiento del reino de Italia, y no pudimos conseguirlo. En vano recordábamos que su gobierno es constitucional como nuestro gobierno; que su causa es la causa misma que nosotros sostuvimos en 1808; que nos importaba el nacimiento de una gran potencia capaz de auxiliarnos á contrastar el poder inmenso de Francia; que por nuestro comercio, por nuestra posicion mediterránea, por nuestra historia, no podiamos aislarnos, no debiamos aislarnos de este grande movimiento europeo que cada dia anula más las monarquías de derecho divino y exalta más el derecho de los pueblos.

No habia posibilidad de que ejerciéramos este gran derecho de formar alianzas con Italia. ¿Por qué? Porque á ello se oponian los intereses de un monarca extranjero que en la revolucion italiana habia perdido parte de su territorio, á causa de regir ese territorio con los principios del régimen absoluto, con esos principios que verdaderamente asfixian el espíritu y la conciencia de los pueblos.

Ese monarca extranjero tiene organizado en España un verdadero ejército político, el cual se mueve á una voz que le dé el Nuncio. Y á toda medida liberal, á toda reforma progresiva oponen siempre una ciega, una tenaz resistencia. Se trata del reconocimiento del reino de Italia, y esos ejércitos se levantan en son de guerra. Se trata de desamortizar para que el país coseche los frutos que reporta siempre un gran movimiento en la riqueza pública; esos ejércitos se sublevan. Se trata de dar libertad al pensamiento, independencia al espíritu; esos ejércitos pugnan por reducirnos al estado de la última entre las naciones del mundo; al estado de un pueblo eternamente niño, eternamente imbécil, que no puede disponer de la primera y más sagrada entre todas las propiedades del mundo, que no puede disponer de su espíritu y de su conciencia.

Así poco á poco, la córte de la reina Isabel se imaginaba llevarnos á la teocracia y en realidad nos llevó como de la mano á la revolucion.

La oposicion neo-católica arreciaba fuertemente en el Congreso dirigida por el Sr. Nocedal. Uno de sus tenientes, el Sr. Fernandez Espino, pronunció contra el reconocimiento de Italia un discurso lleno de erudicion verdaderamente indigesta.

¿Qué tenia que ver Cartago, la Roma antigua, la historia de Amadeo ó de Filiberto de Saboya para el reconocimiento del reino de Italia? ¿Qué tendrian que ver todas esas disertaciones sin objeto, y toda esa erudicion averiada para un hecho sencillo, natural, á saber: el reconocimiento de un nuevo pueblo que se levanta sobre la base de un nuevo derecho? Y ese reconocimiento no podia retardarse por más tiempo. Hubiéramos sido un pueblo aparte, un pueblo muerto, un pueblo cuando ménos sin voz en los consejos europeos si no reconocemos el hecho capital de estos tiempos; el nacimiento de Italia: ¿Ofenderia esto la teoría del derecho divino? Que lo ofendiese. ¿Heria esto el poder temporal del Papa? Que lo hiriese. ¿Acababa esto con las últimas esperanzas de los Borbones de Nápoles? Que acabase. ¿Consagraba esto el sufragio universal, ese ejercicio de la soberanía de las naciones? Pues no habia más remedio que resignarse, porque todo lo que el reino de Italia hiere, herido está por la razon, herido está por Dios. Nosotros que teníamos un sistema constitucional, sistema en su esencia revolucionario, nosotros no podiamos renunciar sin suicidarnos á la revolucion. Despues

de todo, si hay causa santa, causa que despierte en el ánimo algo del religioso respeto que inspiran los nombres de Salamina, de Platea, de Zaragoza, es el nombre sagrado de Italia independiente, y el nombre de Garibaldi, jefe de la revolucion italiana. ¿En virtud de qué se iban á oponer al reconocimiento del reino de Italia? ¿En virtud de las preocupaciones de la faccion carlista? Fueron vencidas en los campos de Vergara, y vencidas para siempre. ¡Ah! no, en virtud tambien de las pretensiones de D. Cándido Nocedal, este espejo ustorio del catolicismo en España.

El Sr. Nocedal declamó largamente con su natural facilidad contra el reconocimiento del reino de Italia. Segun el Sr Nocedal, el reino de Italia es una cosa inverosímil é imposible, porque no ha sido nunca. Entonces el cristianismo hubiera sido inverosímil é imposible antes del siglo primero, porque no habia sido nunca. España una hubiera sido imposible en el siglo décimo-sexto, porque no habia sido posible por espacio de ocho siglos. Además, decia el Sr. Nocedal, la idea de la unidad de Italia es nueva. ¡Nueva! Cuando se dicen tales cosas; cuando se olvida al Dante y á Petrarca; cuando se desconoce el movimiento de veinte siglos, no hay discusion posible.

¡Qué castigo tan tremendo sufrió! El señor conde de San Luis, el mismo señor conde de San Luis que era la impopularidad mayor del partido moderado despues de la impopularidad de Narvaez y de Gonzalez Brabo; el señor conde de San Luis se vió aplaudido porque heria al Sr. Nocedal. Bien es verdad que éste le dijo que en cinco años el señor conde de San Luis habia estado olvidado de sí mismo. Era de ver la lucha entre dos moderados. Se repetia la fábula de los dos perros que se comieron y se devoraron mútuamente.

El Sr. Nocedal, habilísimo táctico parlamentario, se dirigió á los indivíduos de la antigua mayoría, echándoles en cara que, habiendo primero sostenido la política semi-autoritaria de Narvaez, sostenian entonces la política semi-revolucionaria de O'Donnell.

Despues de esta acre censura comenzaron los indivíduos de la antigua mayoría, aludidos por el Sr. Nocedal, á decir por qué habian votado, ó por qué no habian votado, dando un espectáculo que inspiraba materialmente asco al estómago. ¿Qué justificacion quedaba á la antigua mayoría? ¿A qué justificacion era dado aspirar? Despues de haber votado con el ministerio Narvaez, despues de haber rechazado la reforma electoral, despues de haber tenido empeñada una batalla con los vicalvaristas, iban á votar uno tras otro, conversos de un dia, todo lo que habian combatido. Los Ochoas, los Coronas, los amigos más íntimos del anterior ministerio, los que le precipitaran por el despeñadero, á cuyo término se encontraba el abismo de impopularidad que se lo ha tragado; esos mismos eran cortesanos de su heredero. ¿Qué decir despues de esto? El partido moderado habia muerto. Ocho meses habia estado en el poder, y cada dia habia tenido un tropiezo, y cada dia habia tenido una angustia. La conciencia sublevada, la opinion herida; todas las fuerzas vivas del país, sublevadas contra aquel ministerio, decian bien claramente que su política era entonces imposible. Una nueva idea se verifica en una nueva organizacion. Los partidos conservadores habian muerto. La libertad, la libertad bajaba cada dia más sobre este país. Los antiguos ídolos se caian. La libertad brillaba.

A pesar de los refuerzos recibidos de la mayoría de Narvaez, el gobierno temblaba ante palacio. Dos pretensiones tenia que eran verdaderamente audaces, dadas las preocupaciones de la Reina. Era la una que se apartase de la direccion religiosa del Príncipe heredero al padre Puente, que habia protestado con energía contra el reconocimiento del reino de Italia, y era la otra que se nombrase para ministro en la córte de Víctor Manuel de Saboya al Sr. D. Augusto Ulloa. Las dos pre-

tensiones ocasionaron dos crísis muy profundas, en las cuales amenazaban airados al palacio todos los periódicos adictos al ministerio. Por fin el dia 16 de Julio de 1865 pudieron cantar los ministeriales victoria completa, victoria absoluta. El arzobispo de Búrgos fué duramente exonerado. El Sr. Ulloa fué aprobado. Hé aquí todas sus victorias; hé aquí todos los resultados de su política. Pero ¿cesó por esto el obstáculo tradicional que aquí tenia toda solucion liberal? No, mil veces no. Continuaba vivo, muy vivo, por nuestro mal; y apercibido, muy apercibido á aniquilarnos.

¿Se podia dudar? Para el sencillo hecho de preparar el reconocimiento del reino de Italia, se habian visto en armas todos los elementos teocráticos del país, y excitaciones facciosas para que el absolutismo fuera restaurado por la teocracia, y para la teocracia. Centenares de funcionarios públicos, entre los cuales habia uno colocado en elevadísima gerarquía, protestaban airada y demagógicamente contra los propósitos del gobierno, alentados por misteriosos poderes, que ninguna Constitucion ha definido, y sólo las revoluciones han sabido tratar dignamente. Y un estado de cosas semejante, no se remediaba con una sesion del Consejo de ministros ni con una medida aislada, sabe Dios á costa de cuántas concesiones obtenida. No se trataba de vencer en una diferencia momentánea con un arzobispo, sino de resolver definitivamente el antagonismo que existia entre la libertad y la reaccion, de iniciar una política que no terminase sino en la humillacion perpétua y en la extincion de todo elemento reaccionario.

Así los demócratas explicaban de la manera siguiente su actitud respecto al general O'Donnell, actitud que merece detenido estudio, porque determina los hechos anteriores á la revolucion.

«El gabinete del general O'Donnell ha merecido de nosotros lo que á ningun gabinete habiamos otorgado; ha merecido una tregua, breve si se quiere, larga segun la cuenta y la impaciencia de nuestro deseo. La tregua ha sido tan clara, tan evidente que ha alcanzado censuras de muchos amigos generosos; epígramas y fuertes ataques de nuestros implacables enemigos. Pero nosotros, seguros del propio criterio, fieles á la santa causa de la democracia, entusiastas sobre todo y antes que todo de las ideas, dimos paz á la mano nunca fatigada en el combate, para que el gobierno español no encontrara los obstáculos de la libertad cuando encontraba los obstáculos de la reaccion. Si cien veces nos viéramos en el mismo caso, cien veces observariamos la misma conducta: que jamás hemos procedido por impaciencia en nuestra vida política, ni sacrificado un átomo de conviccion en aras de la popularidad.»

«La córte enemiga, los obispos sublevados, las camarillas amenazadas, los neo-católicos en armas, la ley electoral presentada, el reconocimiento de Italia prometido, la prensa amnistiada, la libertad de pensamiento defendida desde el banco ministerial; los periódicos del gobierno á nuestro lado en la guerra incansable á los obstáculos tradicionales; la responsabilidad criminal de las matanzas del 10 de Abril exigida; todos estos hechos, cuya importancia no desconocemos, todos han sido la justificacion de nuestra conducta, la causa de nuestra reconocida benevolencia. Creiamos nosotros, creiamos con creencia profundísima, que todos estos hechos, que todas estas reformas, que todas estas aspiraciones políticas respondian á un pensamiento que en la oposicion nos habia juntado, que habia movido nuestras plumas cuando conminábamos á los eternos enemigos de la enseñanza libre; que nos inspiraba al unir nuestros nombres al pié de una elocuentísima protesta contra las brutalidades del 10 de Abril; creiamos que la política del gabinete O'Donnell se reduciria á satisfacer esta primera necesidad de nuestra patria, el aniquilamiento de la reaccion corte-

sana y teocrática, obstáculo eterno á todas las libertades.»

«Nos hemos engañado: con todo cuanto el general O'Donnell ha hecho, con todo cuanto el general O'Donnell ha intentado, se ha propuesto popularizar á nuestros eternos enemigos; y nosotros, los demócratas, que no podemos consentir este nuevo engaño, nosotros, que no podemos consentir esta nueva metamórfosis de la estúpida reaccion encerrada en el fondo de nuestra política, nosotros nos levantamos de nuevo para decir á los amigos de la libertad, que creen siempre en lo sincero y honrado de nuestros consejos: guerra, guerra al general O'Donnell.»

«Seamos justos. Nos encontramos con un enemigo más poderoso, más inteligente, pero más temible que nuestros últimos enemigos. No es aquí el presidente del Consejo aquel Sila decrépito que sólo creia en la virtud de los esbirros y en el poder de las balas, y recordaba de contínuo como un mérito sus ferocidades de 1848; no es el ministro de la Gobernacion aquel tribuno ébrio de pasiones que á un arranque de ira sacrificaba una conveniencia de Estado, no; aquí el presidente del Consejo es un general habilísimo, que por dominarnos ha reprimido sus instintos realistas; y el ministro de la Gobernacion un más hábil sofista todavía, que sabiendo cuánto nos entusiasma el himno de Riego, á nosotros los cándidos liberales, que al oirlo, olvidamos, llenos de efusion generosa, quienes eran los verdugos de Riego, sabiendo esto, lo canta todos los dias en todos tonos; nos encontramos con dos enemigos que apelarán al engaño y á la corrupcion, hasta que uno y otro logren desarmarnos de nuestra reconcentrada ira, y uncirnos mansamente al carro de sus ídolos, cuyas ruedas han caminado siempre sobre los cráneos de los liberales. Mirad su hábil táctica. No se trata ya de perseguirnos; se trata de deslumbrarnos para despues perdernos. Porque á decir verdad ¿qué concesion verdadera, qué concesion importante se ha hecho á la libertad? Aparte de la reforma electoral, contra la que se guarda siempre la centralizacion administrativa; aparte de esta reforma que no significa nada, que no vale nada, que no importa nada mientras el gobierno tenga en su mano omnipotente el nombramiento de alcaldes, de guarda-montes, y demás empleados civiles, ninguna de las medidas propuestas se ha realizado, y todas, absolutamente todas, se han desnaturalizado por la perseverancia de la reaccion, que se baja, sí, más para asestar con mayor seguridad sus golpes.»

«Por lo demás, en todo hemos sido burlados. Pedimos con insistencia la desorganizacion de esa guardia veterana que en la terrible noche del 10 de Abril habia recorrido las calles de Madrid, sedienta de sangre, fusilando á ciudadanos indefensos que se asomaban á los balcones de sus casas, á transeuntes inofensivos que recorrian la poblacion para sus trabajos diarios, á inocentes mujeres, á pobres niños, con una crueldad que no se habia visto desde la terrible noche del Dos de Mayo. ¿Y qué hemos conseguido? NADA.»

«Pedimos que por fin se diera libertad á la imprenta, que se la dejara llegar hasta el fondo de todas las grandes cuestiones, porque la imprenta es la sonda con que los gobiernos modernos conocen los escollos ocultos en las entrañas de la sociedad; que si algo se reprimia se reprimiera solamente la injuria, entregando al pensamiento para espaciarse todos sus dominios, es decir, lo infinito. ¿Y qué hemos conseguido? En el corto tiempo que el ministerio lleva de vida más de diez denuncias fulminadas sobre la prensa independiente.»

«Pedimos que la teocracia fuera humillada, que se le enseñara, merced á un sistema de libertad de pensamiento seguido con perseverancia, su incurable impotencia; ¿y qué se ha hecho? Con las denuncias de los periódicos,

darle una satisfaccion. Con la permanencia de Sor Patrocinio en el convento de San Pascual, probar su omnipotencia, que se extiende hasta burlarse de la córte de Roma.»

«Con la retirada de la carta del Sr. Alonso Martinez, pidiendo la desamortizacion, ceder; con la carta del Sr. Posada Herrera, dando satisfacciones al obispo de Tarazona, caer á sus piés. En este infierno en que hemos caido para aquellas libertades que ofendan al sacerdocio, para la libertad del pensamiento no hay redencion.»

«Pedimos como complemento de toda la política que se debia inaugurar, pedimos que los ministros que en las últimas subastas malbarataron la riqueza nacional, que entraron á mano armada en el templo de la ciencia, como Alarico en Roma; que conculcaron todas las leyes divinas y humanas con aquella terrible matanza de la noche del 10, matanza cuyo recuerdo no se borrará nunca de la memoria, aunque se haya borrado la sangre de la tierra; pedimos que fueran acusados, y vemos que las mismas autoridades oficiales, dependientes del nuevo ministerio, repican las campanas y se disparan cohetes para recibir en sus viajes á los hombres sobre los cuales pesa la tremenda responsabilidad de tantos y tan enormes errores, de tantas y tan terribles iniquidades.»

«Y toda esta política ¿qué viene á significar? Viene á significar que el fondo de la situacion continúa siendo el mismo; que reinan los misterios en ciertas regiones superiores; que el bastion donde la teocracia se refugia está en pié, poblado de todas las aves nocturnas; que no ha cesado un punto la conjuracion tremenda contra la libertad, esa conjuracion que toma todas las formas, que se ciñe todos los ropajes, y queda siendo lo que fué en 1814, y en 1823, y en 1839, y en 1843, y en 1856, la enemiga jurada de nuestra libertad, que allá en el fondo de su conciencia ha jurado aniquilarnos.»

«Hé aquí, pues, la causa permanente de nuestra oposicion. Subsiste la causa; ha de subsistir por necesidad el efecto. Estamos en abierta y franca oposicion. Con las condiciones fundamentales que tiene el gobierno O'Donnell, nosotros no podemos transigir. Poned en esas condiciones un gobierno de Espartero, y no transigiremos. Poned en esas condiciones un gobierno de Olózaga, y no transigiremos. Poned en esas condiciones, ¿qué os diremos? un gobierno compuesto de los más reputados demócratas, donde entraran Orense, Rivero, Martos, Becerra; pues tampoco transigiríamos, y con nuestra lealtad acostumbrada les diríamos que iban á estrellarse en el eterno obstáculo de la libertad y que no queríamos estrellarnos con ellos. Los ministerios son el fenómeno de la situacion; nosotros combatimos la sustancia, permitidnos estos términos escolásticos. Esta restauracion del general O'Donnell se parece á la restauracion última de Napoleon. *Si licet in parvis exemplis grandibus uti.* Desde Somosaguas á palacio, como si dijéramos, desde la isla de Elba á las Tullerías, el general ha gritado: libertad. Mientras los neo-católicos le amenazan, el general O'Donnell grita: libertad. Pero así que los haya vencido pensará lo que pensaba Napoleon cuando triunfaba en Ligny la víspera de Waterlóo: reprimir á los periodistas y amordazar á los jacobinos. General O'Donnell: no os queda más que caer ó deshonraros. Si habeis de caer, ¿para qué hemos de caer nosotros con vos? Si habeis de deshonraros con vuestras complacencias serviles, deshonraos solo. Nosotros tenemos un númen que no falta, la libertad; y una causa que no sucumbe, la democracia.»

No todos los demócratas pensaban así. Muchos de ellos creian que el gobierno del general O'Donnell, si no merecia el apoyo directo de una aprobacion completa, merecia el apoyo indirecto de un completo abandono de la abstencion electoral. A la cabeza de los que así pensaban, encontrábase á la sazon el

Sr. Rivero fuertemente sostenido y secundado por el Sr. Figueras. Pero los Sres. Orense y Castelar pensaban de distinta suerte. El partido democrático era incompatible con la antigua dinastía; entre su poder y nuestro credo el antagonismo se enconaba á medida que se veia más clara nuestra tendencia republicana. El Sr. Castelar era el más apasionado quizá por la República de todos nuestros hombres políticos. En su concepto el espíritu democrático no podia desarrollarse sino en la forma republicana, como no puede desarrollarse el espíritu humano sino en el humano cuerpo. El Sr. Rivero al revés. Soñaba con llevar la sávia democrática al viejo y carcomido tronco de la monarquía histórica. Su empeño mayor consistia en hacer del partido democrático un partido legal; opinion sustentada con elevacion de pensamiento y fuerza de voluntad. A la abstencion jamás hubiera ido á no haberle llevado la violencia del gobierno. Mas se impacientaba por salir de la abstencion, y creia justificada la lucha legal por la política del gabinete O'Donnell. En efecto, la prévia censura habia caido, y la prensa gozaba de una libertad relativa, aunque fuertemente contrastada por los procesos contínuos y las multas abrumadoras. El reino de Italia, á pesar de tantas dificultades, acababa de ser reconocido. El derecho de reunion para todos los ciudadanos, fueran ó no electores, acababa de ser proclamado. El censo aristocrático de cuatrocientos reales acababa de ser reducido á doscientos, á la mitad. Una rígida ley penal castigaba los crímenes electorales. Nuestro retraimiento, decia el Sr. Rivero, se originó en las trabas puestas al derecho electoral y al derecho de reunion; es así que estas trabas se han roto, luego debe cesar el retraimiento.

Pero la juventud republicana habia logrado dar al retraimiento otro sentido; confundirlo con la revolucion, encaminar la revolucion al destronamiento de la dinastía, para deducir luego por lógica real é incontrastable del destronamiento de la dinastía su antiguo ideal, su adorada República. Si el retraimiento cesaba, si los partidos liberales volvian á la legalidad, si dentro de la legalidad alcanzaban el poder, y á consecuencia de esto se reanudaba la antigua inteligencia entre la dinastía y el partido progresista, representante de la clase media liberal, ¿cuándo vendria el anhelado momento de proclamar la República? Así el Sr. Castelar defendió con ardor, asociándose al Sr. Orense en esta campaña política, que era imposible salir del retraimiento, aun despues de las concesiones del gobierno.

Para nosotros, decian estos dos repúblicos, la cuestion es tan clara, que no consiente duda. La política más en armonía con nuestros derechos y con nuestros intereses; la política más digna, es la más enérgica, la que nos aparte para siempre de aquellos que han proscrito sistemáticamente al partido liberal del poder, y que han heredado el espíritu reaccionario, eterno obstáculo desde 1814 á nuestra libertad cómo ciudadanos, y eterna mancha de nuestra honra como españoles. Con solo considerar que ese espíritu reaccionario, encarnado en personas é instituciones que no hay para qué nombrar, subsiste, y subsiste con la idea y la voluntad puestas en nuestro aniquilamiento, se viene á conocer que debe subsistir en toda su integridad, con toda su energía, la política del retraimiento. Salir de ella, es dar fuerza á los que nos vendieron en 1833; á los que nos engañaron en 1854; á los que en 1856 dieron el golpe de Estado, y al levantarse con la dictadura impelieron los partidos liberales á la revolucion.

Y si esta causa generadora de todas las demás, no fuera bastante, solo considerar cuántos resultados ha producido el retraimiento, bastaria para insistir y perseverar en él. Hemos visto en dos años de retraimiento hundidos cuatro ministerios, muertos dos Congresos, desorganizado el corrompido cuerpo electoral, disuelto el partido moderado, revelados á los ojos del país los obstáculos tradicionales á la libertad, unido en un mismo

pensamiento y en una misma conducta al partido liberal, desarmados nuestros enemigos, que recurren á los mismos medios usados despues de una revolucion triunfante, á las falsas concesiones, á los traidores halagos, para desarmarnos. Compárense estos maravillosos resultados con la esterilidad desoladora de los cinco años de oposicion parlamentaria en que las virtudes más firmes, las palabras más elocuentes, los propósitos más enérgicos se estrellaban contra la empedernida reaccion, que respondia á un discurso elocuentísimo con un nuevo amaño, y á una votacion compacta y numerosa con un triunfo en que pretendia contrastar con la fuerza de la ley, siquier fuese ficticia, el vigor y la energía de la opinion siempre vencida y desarmada en el estrecho calabozo que nuestros enemigos llaman Parlamento.

Además, la causa permanente, la causa eterna de la repugnante ficcion que llamamos elecciones en nuestro desdichado país, sin duda alguna es la centralizacion administrativa que pone en manos del poder central los medios todos de falsear la opinion pública. Con gobernadores omnipotentes, con alcaldes nombrados por los gobernadores, con ayuntamientos esclavos, con diputaciones provinciales nulas, con jueces amovibles á voluntad del gobierno, con empleados convertidos en ajentes electorales, con guarda-montes, con pósitos, con la administracion toda á merced del gobierno, que ni olvida ni perdona un arranque de enérgica oposicion electoral, salir del retraimiento es tanto como ir á una segura derrota. Y no se arguya con la nueva insuficiente y mezquina reforma electoral; no se arguya con esto, porque la reforma electoral, que nada significa mientras subsista la centralizacion administrativa, y por consiguiente la omnipotencia del gobierno, entrega maquiavélicamente las operaciones todas precursoras de la eleccion, á funcionarios amovibles á voluntad del gobierno, fieles servidores de su política, ciegos instrumentos de sus amaños. Así no es posible luchar. El cuerpo electoral está corrompido y esclavizado. Por corrompido sirve al que paga, por esclavizado obedece al que manda. Aumentar los electores sin destruir las condiciones políticas y administrativas con que el sufragio se ejerce, no es más que aumentar el número de los esclavos.

El partido liberal ha llegado á una gran madurez, á un gran desarrollo. La fuerza de los hechos; el crecimiento de una generacion educada en la libertad y para la libertad; los progresos de las ideas; el estado del mundo entero; las victorias conseguidas en Europa, y América; el espíritu del siglo, y la opinion pública, le llaman al poder; no para repartir riquezas y honores, como en mal hora hacen nuestros contrarios, sino para realizar todas aquellas reformas que, como el sufragio universal, la abolicion de las quintas, y las matrículas de mar, y los estancos, y los consumos, han de emancipar y enriquecer al pueblo. No debemos contentarnos ya con oposiciones parlamentarias eternas, con discursos que, ora enérgicos, pasan como una tempestad, ora vistosos, como un fuego de artificio; con una propaganda ya extendida, ya concretada, ya definida, sino con la accion, con la accion enérgica y constante para lograr que el pueblo vea nuestras promesas convertidas en hechos, y nuestras ideas realizadas en poderosas instituciones. ¿Qué vamos á conseguir para esto con salir del retraimiento? Exasperar la sed de reformas que tiene el pueblo sin apagarla, y fortalecer las instituciones que nos esclavizan y nos anulan. Los ministerios todos, desde el de Miraflores hasta Arrazola, desde Arrazola hasta Narvaez, han ido buscando en el partido liberal quien desempeñe en el Congreso el ministerio de la oposicion, quien se preste á decir á Europa que en España hay todavía sistema constitucional. Pero ninguno ha podido encontrar este auxilio para la solitaria situacion que se derrumba, absolutamente ninguno, y todos ca-

yeron á los golpes de nuestro desden y nuestro silencio. ¿Encontrará el general O'Donnell quien le preste auxilio? Entonces el aire vital entrará en la máquina pneumática donde ahora se asfixia. Entonces vivirá ocho años más; ¡él! que solo se apoya en la ruina de nuestras leyes, y que tiene las manos manchadas con nuestra sangre; ¡él! que en su último mes de poder solo ha acertado á oprimir á la imprenta, porque la imprenta no puede consentir, no quiere consentir que dé nuevamente el beso de Judas á la libertad.

Las elecciones, ó no son nada, ó son para los partidos que miran la política gravemente, el medio único de conseguir el poder. Pues aun ganadas las elecciones encontrariamos los siguientes obstáculos: 1.° la eterna oposicion de ciertos obstáculos que no hay para qué nombrar; 2.° el Senado, donde los partidos liberales apenas tienen alguna que otra individualidad aislada é impotente; el Senado cuya mayoría está en manos de O'Donnell; 3.° el veto de que dispone con toda confianza, segun nos dicen los periódicos ministeriales, el general O'Donnell; 4.° la facultad de disolver que el general O'Donnell usará á su arbitrio, porque de antiguo se sabe que para disolver Córtes que le sean contrarias, el general O'Donnell usa, si lo cree conveniente, hasta de los cañones. Salir del retraimiento cuando manda el que nos vendió en 1854, el que nos cañoneó en 1856, el que sostuvo durante cinco años la reforma de Narvaez y la ley de Nocedal, el que dirigió las más escandalosas elecciones de todas cuantas recuerda nuestro régimen constitucional, el que ya en las Córtes llamó á unos héroes de barricadas, y á otros facciosos, el que pidió siempre la exclusion legal de la democracia, el que solo apela á la libertad como un recurso supremo para vivificar á los enemigos de la libertad; salir ahora del retraimiento, equivale á demostrar que somos los liberales torpes, mil veces engañados y mil veces ilusos, los liberales, de quienes tendrán derecho á mofarse por incapaces y complacientes, cuantos conozcan en Europa los últimos dias de nuestra malhadada historia. No parece sino que el general O'Donnell se ha propuesto resolver el siguiente problema: averiguar cuántas veces sea posible engañar y vender impunemente á los liberales de España. A los demócratas no los ha de engañar, no ha de vender á los demócratas.

El general O'Donnell, rodeado de sus amigos, servido por complacientes camarillas, secundado por ese hábil ministro de la Gobernacion, experto jugador de maniobras electorales, no puede inspirar confianza alguna, no inspirará confianza alguna al partido liberal, para que abandone la altiva y enérgica actitud del retraimiento, á cuyo término está el triunfo definitivo de la libertad. Salir del retraimiento, seria tanto como dar perdurable vida al general O'Donnell; luego salir del retraimiento, seria tanto como resellarse. Intentar salir del retraimiento, seria tanto como intentar dar perdurable vida al general O'Donnell; luego intentar salir del retraimiento, seria tanto como intentar resellarse. Una reflexion muy sencilla basta para probarlo. Si el partido progresista persistiera en el retraimiento, ¿qué demócrata seria osado á proponer que abandonara el retraimiento el partido democrático? Ninguno. Pues nosotros creemos más, lo decimos; despues de haberlo discutido mucho, despues de haberlo pensado mucho, se lo aconsejamos al partido democrático, dejando la resolucion á su decision suprema; nosotros creemos que, como el partido democrático es un partido independiente de todos los demás partidos, con propia doctrina, con organizacion propia, con vida propia, debe perseverar en el retraimiento aunque salga del retraimiento, que no lo creemos, que no lo esperamos, vista la enérgica actitud de sus más autorizados órganos, aunque salga del retraimiento el partido progresista; porque no debemos subordinarnos á nada ni á nadie, sino consultar á

nuestra conciencia y nuestros permanentes intereses. Se acabó el tiempo de las farsas. O hay gobierno representativo-verdad, abajo, arriba, en la córte, en el ministerio, en la Cámara, en los comicios, en todas partes, ó los partidos liberales no abandonarán el retraimiento. Supongamos que se hubiera cerrado con la última reforma la puerta electoral, ¿pero y las demás puertas por donde entran todos nuestros enemigos? Están abiertas de par en par al favor y á la intriga. Están herméticamente cerradas para nosotros. Imbéciles seremos si entramos por la falsa brecha donde el enemigo nos llama para destruirnos hoy ante el país, para deshonrarnos mañana ante la historia.

No hay individualidad por grande que sea, por poderosa que parezca; no hay individualidad alguna superior á todo el partido democrático, porque el partido democrático que profesa un ciego amor á su autonomía se gobierna á sí mismo. Nosotros, soldados de sus gloriosas filas, nosotros no mandamos, aconsejamos y nos someteremos como deben someterse todos á lo que el partido democrático, solemnemente reunido y convocado, resuelva, porque nuestro partido no consiente las autocracias. Pero, sin tratar de imponer nuestra opinion, detengámonos ante reflexiones muy sencillas: el partido liberal se ha perdido siempre por confiar en sus enemigos. La desconfianza lo salva. Seamos, pues, desconfiados, y no oigamos el primer reclamo. El poder del general O'Donnell, como el poder del general Narvaez, se halla en manos del partido liberal.

A ellos les interesa que salgamos del retraimiento; pues nos interesa á nosotros perseverar en el retraimiento. Son nuestros eternos irreconciliables enemigos. Union, pues, demócratas, union en estos supremos instantes, union de ideas y de conducta para vencer al más temible, porque es el más taimado de todos nuestros enemigos. Tengamos aquella fé en la idea, aquella energía de carácter, aquella fuerza de voluntad, aquel olvido de pequeñas rencillas y de agravios personales, aquella decision que cuadra á los partidos en cuyas manos está la suerte del pueblo, y en cuya mente el secreto del porvenir. Nosotros somos aquel partido desinteresado que no aspira al propio poder ni al propio medro, y que solo quiere la libertad para todos y el gobierno del pueblo por el pueblo. La democracia es el poder moral y el póder intelectual de nuestros tiempos. Si nosotros conservamos la unidad de ideas, la energía de carácter, la fuerza de accion que necesita el retraimiento, nosotros lograremos que la democracia, esta idea por la cual han peleado tantos héroes y han muerto tantos mártires; la democracia, esta grande idea que penetró en nuestro suelo con la guerra de la Independencia, en que el pueblo se gobernó á sí mismo, y en nuestras leyes con el Código inmortal de 1812, la democracia sea tambien el poder político de nuestra patria.

A esto decian los amigos de la lucha electoral que los partidos se suicidaban; que se morian tristemente en la oscuridad; que abandonaban el aire vital y la luz; que rompian entre sus propias manos el instrumento mayor de propaganda; que la gerarquía natural se trastornaba tomando la audacia el lugar reservado al poder de la palabra y á la virtud del mérito; que en las conjuraciones toda nocion de gobierno perdia fuerza y toda esperanza demagógica cobraba aliento; que si renunciábamos á la tribuna, por qué no renunciábamos tambien á la prensa, y que los fundadores del Parlamento no debian en manera alguna renunciar á lo que constituia su grandeza y su gloria, á las luchas de las ideas, donde les aguardaba siempre una verdadera victoria. Su empeño fué tan grande, que promovieron una grande excision dentro de nuestro partido, llamaron á los disidentes á reuniones tan públicas y solemnes como la reunion de Zaragoza, celebrada en los últimos dias de Julio de 1865; pero no lograron con-

trastar la opinion de los señores Orense y Castelar, ni conseguir su abandono de la política de retraimiento.

Bien es verdad que la córte daba á toda desesperacion verdadero incentivo con su política teocracia y su incurable temperamento absolutista. Mientras los partidos liberales discutian el retraimiento, en el cual se jugaba la suerte de aquella demente dinastía, los ministros no se daban punto de reposo en tratar la manera mejor de libertarse de la célebre monja protegida del rey, dotada con pingües tierras y soberbios conventos, oráculo al mismo tiempo de la Reina, que á ojos cerrados creia en sus virtudes y en sus milagros. Así los mantenedores del retraimiento ofrecian aquel espectáculo á sus correligionarios disidentes para moverles á derrocar el poder protervo que en vez de presidir un pueblo viril y libre, creia presidir un pueblo hechizado é impotente. Un consejo de ministros reunido extraordinariamente en la Granja para tratar de los misterios de un convento. ¡Ocho hombres que han llegado á los más altos puestos del Estado entretenidos en discurrir sobre la suerte de una monja, y temblando al ver que con la suerte de esa monja está la propia suya ligada! Imaginaos un Consejo de ministros en Inglaterra, uno de esos consejos donde se trata la cuestion de las alianzas con Alemania ó con Francia; uno de esos consejos de ministros de Italia donde se trata de Roma y de Venecia; uno de esos consejos de ministros de los Estados-Unidos donde se trata de la abolicion de la esclavitud; imagináoslos, comparadlos con aquellos consejos de ministros de España donde se trataba del Padre Claret, de Sor Patrocinio, del Nuncio; y luego decid si no os avergonzais de vivir en país en que de tal suerte se asfixia la conciencia.

Pero ¡ah! que no es el pueblo español; no es la cara pátria, no es todo lo que hay aquí de santo, de eterno, responsable de tamaño rebajamiento; eran nuestros dominadores y sus cómplices: nuestros dominadores que todavía tenian esclavizada la conciencia: nuestros dominadores que temblaban delante del predominio del clero; nuestros dominadores, cuya política parecia el último retoño de la política de Cárlos II.

¡Una monja! Se concibe que allá en los tiempos de histérico misticismo que pasaron; una monja tuviese grande influencia. La tenia en tiempo de Felipe III una abadesa ó priora ó lo que fuera del convento de las Descalzas reales. Pero en este siglo en que el vapor gime y el telégrafo vibra; en este siglo del libre exámen; en este siglo de las revoluciones, la aparicion de una monja en la política, es como la aparicion de uno de aquellos espectros que nuestros fanatizados abuelos creian ver vagando por las almenas de los castillos feudales, á la luz de los fuegos fátuos, cuyo fosfórico resplandor cruzaba sobre los campos de desolacion que por todas partes abrian las contínuas guerras.

Y esta monja ha hecho milagros, ha profetizado, Sibila de la reaccion, el triunfo de D. Cárlos, ha visto estamparse en sus manos y en sus piés y en su costado, por misteriosa manera, unas llagas semejantes á las que en siglos de fé adquirió por el magnetismo de la contemplacion y del éxtasis arrobado en su amor á Cristo, el fundador de aquellos monges plebeyos, que sin más armas que sus alforjas, y sin más patrimonio que su limosna, fundaron un Estado dentro de los Estados de Europa.

Pero ¡ay! que si entonces, cuando se creia, era sublime esta piadosa leyenda, hoy, á la luz de la razon, el reproducirla en un convento del Caballero de Gracia ó de Aranjuez, nos parece tan sacrílego como si se celebraran sobre el altar severo de Cristo el culto de Adonis ó los misterios de Eléusis. Las leyendas populares son la mitología de todos los tiempos. Cuando nacen de la fé, son respetables. Pero cuando ocultan una maniobra de partido, una intriga cortesana, una influencia

ministerial, una cábala de esas que trastornan la política de los pueblos, todavía son más que sacrílegas; no tenemos, no las hay, en nuestra lengua palabras bastante duras, bastante acerbas para calificar todas estas ridiculeces,

¿Conque el general O'Donnell, preguntaba todo el mundo, está reunido con siete hombres que deben suponerse graves, tratando de la suerte de Sor Patrocinio? Y sin embargo, Sor Patrocinio pesará más en la balanza de nuestra política que esos ocho hombres y que toda la union liberal. Y pesará, y debe pesar. Pues qué, ¿no debió por mucho tiempo á esa mujer el general O'Donnell todo su poderío? ¿No la declararon sus fiscales sagrada, inviolable, como si fuera la persona misma del monarca, recogiéndonos, cuando habia recogida, cada vez que tratábamos de Sor Patrocinio? ¿No se llegó á prohibir el hablar del convento de San Pascual? ¿No se secuestró un escrito por decir que los escrúpulos que el general O'Donnell tenia para el reconocimiento del reino de Italia eran escrúpulos de monja? Si la consultásteis como un oráculo, si la seguísteis como una bandera, si la proclamásteis sagrada como un dogma, y ahora os incomoda, culpáos á vosotros mismos, que con vuestras restauraciones de 1856 facilitásteis el predominio de todos estos escándalos, que solo pueden curarse por un supremo esfuerzo. El país lo hará. Pero hoy se rie de vosotros. ¡Serviles!

El ministerio se preparaba á reunir unas nuevas Córtes por dos razones fundamentales: primera, por no estar á merced de la mayoría narvaizta; segunda, por sacar á los partidos liberales de su amenazador retraimiento. Pero nadie se forjaba ilusiones; nadie veia el término de nuestros males en la reunion de un Congreso. Nuevas elecciones acusaban reunion de los antiguos partidos gobernantes; y los antiguos partidos gobernantes se habian perdido ellos por sí además de haber completamente perdido á la córte.

Los resortes del poder estaban aquí completamente gastados, porque las camarillas, ni se conocian á sí mismas, ni se enmendaban de sus faltas. La soledad que reinó en los últimos Congresos habia de reinar tambien en el Congreso que á la sazon se preparaba. Unos cuantos amigos particulares se repartian los trabajos, trataban en familia las cuestiones, se agitaban en lo vacío y luego iban á caer desplomados á los piés de la reaccion, de esa caprichosa, señora de nuestra pátria.

Por consiguiente, para unas Córtes de tal linaje, para unas Córtes como las que debian congregarse, buenas eran las que habia. ¿A qué agitar al país con una eleccion nueva, si el país estaba penetrado de que en el fondo de las urnas sólo se encontraba una sentencia definitiva, inapelable, la sentencia que lo condenaba á la desesperacion? Los comicios, las urnas, la tribuna, los parlamentos, todo lo que los liberales habíamos amasado con sangre de nuestras venas, y habíamos traido para que sirviera de firme pedestal á la idea de nuestro siglo, se habia destrozado bajo la mano de la reaccion impía que nos degrada. Si necesitaba conservar la apariencia de todas estas instituciones para vivir algun tiempo más, negábanse los liberales á ser cómplices de semejante farsa, ni cooperadores de tan arteros propósitos.

Horribles eran nuestros males, verdaderamente incurables; triste ver tantas y tan profundas desgracias; el influjo de una teocracia ignorante y fanática, las intrigas de unas camarillas ciegas, las complacencias serviles de unos ministros cortesanos; nuestro nombre injuriado en labios del emperador, nuestra dignidad ultrajada en la fria entrevista de Biarritz, el reconocimiento de Italia adulterado, las aspiraciones de una intervencion en Roma resucitadas; la política variando de hombres y no variando de esencia; la administracion de justicia levantándose contra la prensa y la libre emision del pensamiento; el favor reinando sobre el ejército, víctima de

cuatro familias de generales ambiciosos; el ministerio de la Gobernacion, apercibiéndose á falsear las elecciones y á corromper los comicios; la Hacienda en el suelo, rota á los golpes de una série de despilfarros increibles y de otra série de errores deshonrosos; el crédito nulo; la industria arruinándose; el comercio en completa paralisis; el hambre hiriendo á los trabajadores de Cataluña y de Andalucía; los productos materiales más necesarios á la vida, como la sal de la tierra, estancada; estancadas tambien las inteligencias en la preocupacion y el fanatismo; la moral pública perdiéndose en podredumbre universal; valles enteros de las montañas que Dios alzó para escudo de la nacionalidad suspirando por otra pátria; el cólera en la atmósfera, la desesperacion universal en todos los ánimos; terribles señales que nos moverian á creer en la disolucion de España, si no estuviéramos ciertos de que aparecen siempre cuando hay necesidad de pasar á un estado más perfecto, y de aplicar un cauterio enérgico á los grandes vicios sociales, si no estuviéramos ciertos de que la descomposicion de las viejas instituciones precede al nacimiento de las nuevas y progresivas, como la descomposicion de las semillas al nacimiento de las plantas.

Decíase á la sazon que la Reina acariciaba las ambiciones de Prim, la fidelidad de Pavía, y que buscaba medios de salvarse, ora lanzándose resueltamente en brazos del partido moderado y de una política reciente, ora lanzándose en brazos del partido progresista y de una política revolucionaria. Pero no habia, no, salvacion posible.

¿Quién sucederia á la union liberal? Los propósitos de la Reina estaban en lo cierto. No habia más que dos soluciones posibles para el poder supremo en aquellos instantes: ó el llamamiento de un ministerio moderado, ó el llamamiento de un ministerio progresista. Pues bien: cualquiera de estas dos soluciones traia las mismas consecuencias que la continuacion del régimen vigente; traian, por fatalidad invencible, la revolucion. Los moderados, en sus horas de suprema angustia, se olvidaban de Narvaez y se acogian á Pavía, á la manera de aquellos romanos de los últimos dias del imperio, que se olvidaban de sus patricios é iban á buscar generales ó emperadores entre los bárbaros. Sabido es, para que el general Pavía no se ofenda de la comparacion, que bárbaro y extranjero son casi sinónimos en el antiguo lenguaje clásico. Y extranjero al partido moderado era el general de los Puritanos, que pensaba gravemente en resucitar la Constitucion de 1837; inverosímil utopia, porque á la monarquía, institucion de suyo conservadora, no se la encuentra nunca para dar un golpe de Estado contra su propia autoridad. Obligarla á promulgar una Constitucion favorable al pueblo, era tanto como pedirla el suicidio, y las antiguas instituciones, como todas las grandes personalidades que representan una colectividad, no se suicidan; no conocen la desesperacion de Bruto y de Caton.

Además, quisiéralo ó no, el general Pavía representaba la reaccion, el restablecimiento del partido moderado, la política sangrienta del 10 de Abril, por una fatalidad de nuestro estado histórico que condenaba á todos los partidos conservadores á ser reaccionarios, y que condenaba á todos los partidos reaccionarios á ser revolucionarios. La revolucion, sí, la revolucion vendria tal vez súbitamente con el partido moderado, ó tal vez pausadamente, porque no podíamos calcular las resistencias sociales; pero venia por una necesidad ineludible: que las leyes de la sociedad son tan necesarias como las leyes del universo.

Pues imaginemos que no se nombra el ministerio del partido moderado; imaginemos, por un esfuerzo de esa fantasía humana capaz de poblar de jardines los desiertos, y de llegar al sol en un minuto, imaginemos que llamaban al poder al partido progresista. Hu-

biera sido un verdadero milagro, porque no lo llamaron cuando el partido liberal acababa de triunfar en la guerra de la Independencia, y de escribir la Constitucion de Cádiz; no lo llamaron cuando el partido liberal emprendia la guerra civil, y se sacrificaba en los campos de batalla; no lo llamaron cuando el partido liberal acababa la guerra civil, y sellaba la paz en Vergara; no lo llamaron cuando el partido liberal arrancó la regencia á Espartero, y declaró mayor de edad á la reina; solamente lo llamaban los Borbones, solamente lo invocaban los Borbones, como dice la historia de 1820, de 1836, de 1840, de 1854, cuando se oscurecen los horizontes, cuando se encrespan los mares, cuando lo impone la revolucion con su imperio. Pero imaginemos que lo llaman. ¿Hubiera ido? Nosotros creemos que, dados sus compromisos, dadas sus solemnes palabras, la desesperacion que poseia al partido progresista, la certeza que tenia de encontrar mil obstáculos, de consumirse desbaratando conjuraciones tenebrosas amañadas para impedirle el gobierno, dados todos estos antecedentes, no podia ir á ocupar un poder al cual solamente le habian llamado en los dias de las grandes desventuras, ó en las horas de los grandes peligros. Supongamos que hubiera ido. Con él, á pesar suyo, la Milicia Nacional armada, las juntas revolucionarias, los antiguos ayuntamientos, la Asamblea que el cañon dispersó, las leyes que borró la pólvora, la revolucion, esta impalpable electricidad de la cual estaba cargada, henchida nuestra atmósfera.

Sí, la revolucion estaba en los aires. La union liberal no la evitaba, el partido moderado la provocaba, el partido progresista la traia. Sucede en ciertas épocas con las revoluciones lo que sucede con la luz que tiñe todos los objetos; ó lo que sucede, si la anterior expresion no es muy propia, con la peste que modifica el aire, y da su propio carácter á todas las enfermedades. ¿Quién la ha hecho? ¿quién la ha traido? No se sabe. ¿Podríais averiguar de qué pantano ó de qué ola ha salido el vapor que forma la nube, ó de qué laboratorio la chispa que centellea en el rayo? No se sabe todavía quién ha hecho las revoluciones; si la erudicion de Montesquieu, la crítica de Bayle, la risa de Voltaire, el sentimiento de Rousseau, la elocuencia de Mirabeau, la accion de Danton, las peticiones de los Estados generales; ó el despotismo de Luis XIV, la inmoralidad de Luis XV, la debilidad de Luis XVI, el orgullo de María Antonieta, las provocaciones de los tiranos de Europa, la ceguedad del clero; no se sabe todavia, porque no conocemos la historia contemporánea, y se necesitan diez y nueve siglos para vislumbrar que César era la democracia y Pompeyo el privilegio; pero lo que sí se sabe, lo que si se alcanza, es que en los momentos decisivos y solemnes, las ideas todas, las fuerzas todas, los errores lo mismo que las verdades, los vicios lo mismo que las virtudes, se condensan en la revolucion. Los mismos que un dia nos mandaban eran nuestros cómplices del dia anterior, ciegos instrumentos de un espíritu más elevado que su conciencia y más fuerte que su voluntad.

Por aquellos dias, por Octubre de 1865. acababa de consumarse en España, en este país donde los ciudadanos se iban pareciendo en desgraciados á los hijos de Polonia, Zaragoza sufrió un 10 de Abril. La soldadesca se lanzó á la matanza; el humo de la pólvora oscureció los aires; las enrojecidas balas, atravesaron el pecho de inofensivos transeuntes; el terror reinó en todas partes; y mientras yacian desiertas las ensangrentadas calles, se poblaban hasta rebosar los calabozos. Todo atentado contra una poblacion es bárbaro; pero cuando esta poblacion se llama Zaragoza, el augusto templo de nuestra independencia, á la barbárie va unida la profanacion. El general O'Donnell, que subió al poder á consecuencia de la indignacion enjendrada en los ánimos por los asesinatos del 10 de Abril, indignacion que consumió á su an-

tecesor, caia en los mismos excesos, y se manchaba con la misma mancha de sangre.

La verdad es que se experimentaba un malestar profundísimo en España, regida por leyes contrarias á su espíritu y á sus necesidades. En Madrid, donde la vida intelectual está muy desarrollada por la existencia de tantos centros científicos, donde la idea y la palabra ejercen constante imperio, se conmovió profundamente el pueblo al ver heridos los derechos de la ciencia; y fué diezmado. Un pueblo como Zaragoza, donde sin obstar al culto á las grandes ideas, y sobre todo, á los grandes sentimientos, aparecen en primer término, por la feracidad de su rico suelo, y las ocupaciones habituales de sus hijos, las necesidades agrícolas, se conmovia profundamente al ver su agricultura esterilizada por la mano asoladora del fisco, y ese pueblo era tambien diezmado. Allí, como aquí, se provocó á una multitud que no provocaba; allí, como aquí, la autoridad, se cegó hasta desconocer el precio de la vida humana; allí, como aquí, se disparó al aire, á la ventana, donde se vislumbraba una luz, á la esquina donde se dibujaba un bulto, al hogar donde la familia ansiosa esperaba la vuelta del ausente; y si aquí, antes del atentado, se faltó á los preceptos del Código, allí, despues del atentado, se cayó en manos de un general bárbaro, que rompia la Constitucion, suspendia todas las garantías y todos los derechos, sustituia con su ordenanza el código, violaba el hogar, encarcelaba al ciudadano, y sobre todas las leyes rotas y todos los tribunales despedazados por la herradura de su caballo de guerra, colocaba su vengativa dictadura.

Nosotros, que profesamos un culto religioso á la justicia; nosotros nos levantamos á defender á Zaragoza como defendimos á Madrid; á execrar á O'Donnell como execramos á Narvaez; á pedir el castigo de Zapatero, como pedimos el castigo de Gutierrez de la Vega; y á repetirle á la situacion unionista las palabras dichas á la situacion moderada: que los gobiernos odiosos para la opinion é infamados por sus actos, no pueden vivir al calor de la libertad, y tienen que optar entre la dictadura ó la muerte.

¿Qué fatalidad pesaba sobre todos los gobiernos? ¿Cómo no daban un paso sin encontrar una grande explosion del espíritu público? ¿Cómo no podian moderar estas explosiones del espíritu público sin deshonrarse ni ensangrentarse? Era porque la revolucion moral, la grande trasformacion de las ideas, estaba consumada; y las leyes, las instituciones conservaban su antigua rigidez, su tradicional intolerancia, su divorcio sacrílego con el espíritu del siglo. Y sobre todo, donde más se conocia este triste estado de nuestra sociedad, era en las leyes económicas, verdadera ruina de la nacion. Nada de uniforme, nada de racional, nada de científico en este nuestro malhadado régimen económico, un cáos. Viviamos bajo todos los errores del antiguo régimen. Lo más odioso al pueblo era la contribucion de consumos, ese tributo feudal, más pesado para el pobre que para el rico, progresivo en sentido de que se aumenta para una familia á medida que se aumenta el hambre, resto de la Edad Media, que á su vez lo heredó de la insaciable rapacidad romana.

¿Cuándo habeis visto que una sociedad lleve sobre sus hombros todo este peso, sin que que se caiga y se aplaste? Las causas generales de las revoluciones son las ideas; de la revolucion primera de la sociedad moderna, el cristianismo; de la revolucion última, la filosofía. Pero las causas ocasionales, son los errores y los males económicos. Cuando los bárbaros vinieron á quemar la Roma antigua, vinieron llamados, invocados por las mismas poblaciones romanas que no podian sufrir las infinitas contribuciones, el cánon frumentario, la contribucion directa que se llevaba la quinta parte de la renta, el diezmo sobre todas las especies, impuestos sobre las minas cuando no se las quedaba el emperador para

explotarlas en su provecho; impuesto sobre las canteras de mármol; impuesto sobre los ganados; impuesto sobre el salazon; vectigalia, ó renta de aduanas; portuaria, ó impuesto sobre los barcos; consumos; el 25 por 100 sobre la manumision; el 20 sobre los testamentos; contribucion de cloacas y de columnas urinarias; patentes caras para la industria; patentes carísimas para el comercio; contribucion de célibes y de viudos; capitaciones, en fin, una red de impuestos que exigian una nube de exactores, alcabaleros, publicanos, cuya invasion temian más las colonias y los municipios, que las invasiones de los godos y de los hunnos. Y lo mismo sucedió en la revolucion que abre las puertas de la sociedad moderna, en la revolucion francesa. El diezmo, el feudo, la amortizacion, la tasa, el mayorazgo, las vinculaciones, la córvea, el *jusjurandum*, todos estos errores económicos, todos, enjendraron la revolucion francesa, unieron en un esfuerzo comun al pensador que buscaba la libertad de su idea, al orador que buscaba la libertad de su palabra, con el propietario que buscaba la desvinculacion de su tierra, con el trabajador que buscaba la emancipacion de su trabajo. El mal económico trajo los Estados generales, y los Estados generales trajeron la revolucion.

Los autores más importantes condenan la contribucion de consumos en general, el impuesto sobre el vino en particular. Los consumos, decia Turgot, gravan por necesidad los artículos de alimentacion que son indispensables para el pobre. La contribucion de puertas, exclamaba Leon Faucher, es la causa primera de las miserias que afligen á las ciudades, porque encarece los comestibles y los combustibles, y hace la vida difícil. Say declara que los consumos son opuestos á los principios de las Constituciones modernas, las cuales quieren que cada ciudadano subvenga á las cargas públicas en proporcion de sus haberes. Montesquieu se quejaba de que, merced á los impuestos, los gobiernos han hecho tan malo y tan caro el vino, que no parece sino que se han propuesto seguir al divino Koran, que prohibe esa medida. Napoleon, la víspera del tremendo dia en que iba á sepultarse en Santa Helena, cuando desesperado contemplaba á sus espaldas el imperio en ruinas, Francia deshonrada por la intervencion, y delante de sí el destierro, en aquellas últimas horas de Rochefort, que eran para él como el juicio final de su vida ante su conciencia, decia, contemplando el mapa de Francia: «¡Ah! no Waterlóo, no, el impuesto sobre el vino me ha perdido.»

¿Imaginais, por ventura, que unas mismas causas no han de dar siempre unos mismos efectos? Envenenais al pueblo, y no quereis que se retuerza al dolor del veneno. Le quitais el pan de la boca, y ni siquiera le dejais que bostece de hambre. Gravais la uva con un doscientos por ciento de su valor; gravais el pan en la misma proporcion; gravais el aceite; tiene sed y tiene hambre; os entrega la mitad casi de los alimentos que le piden sus hijos con el reclamo del lloro, cuyos ecos penetran como una espada en las entrañas del padre; y luego, cuando se queja, le enviais por todo consuelo vuestra infantería, vuestra caballería y vuestra artillería, y anudais con una bala ¡tiranos! la voz en su garganta.

Hacia ya mucho, muchísimo tiempo que debia abolirse la contribucion de consumos. Hacia ya mucho, muchísimo tiempo que se dijo que esa contribucion habia traido nada ménos que el movimiento de Julio en 1854. Y desde entonces, lejos de disminuir, lejos de aligerarse la contribucion de consumos, se habia aumentado con aumento espantoso.

Delante de estos sucesos, por poco que la reflexion se detuviera, aprendia mucho. Aprendia que el malestar era profundísimo. Aprendia que el pueblo no podia sufrirlo ya por más tiempo. Aprendia que los partidos doctrinarios, que sus corrompidos y corruptores gobiernos, tenian por todo remedio sus

batallones, sus descargas, sus ojeos organizados, su ley marcial, sus consejos de guerra, la dictadura militar, la inmolacion del pueblo. Esto no podia durar, esta tendencia del pueblo á las grandes reformas liberales, y esta tendencia del gobierno á la dictadura militar, habia de traer un conflicto gravísimo, inmenso, del cual eran anuncios, dias como el del 3 de Octubre, y noches como la del 10 de Abril. Miradlo. Zaragoza, la ciudad santa, la ciudad bendita; Zaragoza, el sagrado monumento de nuestra independencia; el númen que invocan del Norte al Sur, desde los polacos hasta los griegos; el ideal de todos los pueblos que pelean por la patria; Zaragoza, en cuyas ruinas se descubrian los primeros mariscales del Imperio y se inspiraba el primer poeta del siglo, fué insultada y ensangrentada sin haber precedido de su parte provocacion alguna, por un gobierno como el gobierno de O'Donnell, y un general como el general Zapatero.

Despues de estos sucesos vino terrible calamidad. El cólera se desencadenó sobre Madrid en la primera quincena de Octubre. Mucho tiempo ha pasado de aquella calamidad y todavía no podemos apartar el pensamiento del admirable espectáculo que Madrid ofrecia en tan supremas circunstancias. Esta poblacion tan anatematizada, esta poblacion, residencia de los libre-pensadores excomulgados, de los periodistas llamados canalla por los obispos, de los liberales perseguidos siempre con el anatema, esta poblacion que habian querido presentar como una nueva Babilonia, olvidada de la virtud y de Dios, presentaba uno de los espectáculos más solemnes y más consoladores del mundo; el espectáculo de la caridad, del amor á la humanidad, de todas esas virtudes que dejan una eterna estela en la tierra, un eterno resplandor en la historia, como que son la luz del alma.

Madrid debia estar satisfecho de sí mismo. Expontáneamente, sin ningun género de excitacion, movido por una mano oscura é ignorada, se levantaban todos los sanos á socorrer y consolar á todos los enfermos. ¡Qué grande adelanto en las costumbres públicas! ¡Qué inmensa cantidad de virtud, de bien, de amor á la humanidad, representaban aquellas asociaciones ignoradas, aquellos donativos secretos, aquellos sacrificios oscuros donde solo resplandecia el amor al bien por ser bien, y solo se aspiraba á la satisfaccion de la propia conciencia! La caridad habia corrido más que la epidemia, y la caridad le atajaba el paso, y le arrancaba sus presas.

Las democracias tienen por inspiracion permanente el amor á la humanidad. Impórtales poco, muy poco que les llame un amigo ó un enemigo; importáles poco asociarse con los que no piensan como ellos piensan; lo necesario, lo indispensable es hacer bien, mucho bien, sin mirar en compañía de quién se hace, ni mucho ménos la persona á quien se consagra. Lo necesario, lo importante, lo indispensable es hacer bien.

No imitemos, decian los periódicos liberales, el ejemplo de los que se apartan del contacto de las poblaciones infestadas. Esos, por grandes que quieran aparecer, se habrán colocado fuera de la sociedad, fuera de la humanidad, y estarán mas aislados en su soberbio egoismo que el pobre colérico en su jergon. Lo que sí pedimos á toda España es que imite el ejemplo de Madrid.

No se olvide para comprender el sentido de estas palabras, que la Reina y la familia real se encontraban á la sazon en la Granja, y el pueblo de Madrid abandonado á sí mismo, Inmediatamente el partido liberal se reunió, y puso todo su empeño en conjurar aquella calamidad.

Madrid se encontró sorprendido por la muerte de tan terrible manera, que no parecia sino que pueden morir tambien súbitamente los pueblos. En aquellas horas de suprema angustia, cuando solo se oia el quejido del enfermo y el estertor del moribundo mez-

clado con el lloro de los que perdian prendas amadas, se reunieron unos pocos ciudadanos oscuramente, y juraron socorrer todas las necesidades, cuidar de todos los enfermos, sin oir más inspiracion que los latidos de sus corazones, y sin esperar más premio que la satisfaccion de sus conciencias.

Aquella misma noche se repartieron los barrios de Madrid, invocaron la caridad pública para que prestase sus socorros, y á la miseria para que pidiera sus consuelos; subieron á las buhardillas, bajaron á los sótanos donde agonizaban innumerables infelices; y seguidos de legiones de médicos, con sobradas medicinas, y, sobre todo y antes que todo, con la inspiracion de su ardiente caridad que despertaba el ánimo abatido, conjuraron el mal y salvaron á Madrid del cólera, á Madrid que supo que no estaba abandonado, que no estaba solo, y que contra la muerte que llovia de las plomizas nubes se levantaba el ejército de la caridad, capaz de hacer los milagros que están reservados á todas las grandes virtudes, á todos los sublimes sacrificios.

No contaban con ningun auxilio oficial; no lo necesitaban tampoco; su fé les bastaba, y la libertad de asociacion valia por todos los gobiernos. Madrid los comprendió con esa lucidez que tienen las almas de los pueblos. Madrid les dió dinero, médicos, medicinas, sábanas, almohadas, camas, enfermeros, cuanto necesitaban, más de lo que necesitaban, sin saber y sin preguntar sus nombres, convencido de que aquellos que tuvieron tan honrada idea no podian dejar de ser honrados en su cumplimiento. Madrid se salvó á sí mismo.

Mientras procedia de esta suerte el partido liberal, mientras sus hombres más ilustres, ocultándose como si fueran á cometer un crímen, bajaban á los sótanos y subian á las buhardillas, para disputar á la muerte sus víctimas; la reina Isabel, encerrada en su palacio de la Granja, en el corazon de Guadarrama, en aquella purísima atmósfera, entre el melodioso rumor de las fuentes y las oxigenadas emanaciones de la selva, conservaba egoistamente su vida y se apartaba del contacto de la peste. Imposible decir cómo esta conducta la perdió en la conciencia pública. El cólera vino á destrozarla moralmente. El pueblo de Madrid la maldijo. La prensa liberal aprovechó aquella nueva desgracia para arrancarle de las sienes los últimos fragmentos de su corona real.

Mientras el cólera decrecia, la opinion comenzaba á fijarse en las causas y consecuencias de la negligencia con que el gobierno habia visto aproximarse el desarrollo de la enfermedad, en la inferioridad moral que habia mostrado en presencia de este gran infortunio, y del remedio que á todo esto pudiera oponerse. No se trata solamente de los cobardes y traidores que en una hora de desgracia han abandonado al pueblo, sin creer por eso renunciar á todo derecho á su respeto ó á su fortuna. El mal es todavía más extenso y más grave. La administracion entera se hizo cómplice de esta gran culpa. Y era ya notorio que, mientras la enfermedad se cebaba silenciosamente en el pueblo, y solo podia llegar al oido de las personas caritativas algun rumor confuso y siniestro, la administracion dejó morir en medio de la orfandad, y la miseria á innumerables ciudadanos, sin que se creyese obligada, ella que tan rápidamente se decide en otras ocasiones, á abandonarlos al puñal de los sicarios, ó á las exacciones de los publicanos; sin que se creyese obligada á hacer un desembolso, á tomar una precaucion, ó á prodigar un consuelo. Nadie ignora ya que si la impunidad con que en un dia verdaderamente fúnebre vimos todos al cólera recorrer las calles de la villa, no nos hubiese mostrado el peligro y nuestro desamparo, que si las personas caritativas no se hubiesen constituido, tal vez á despecho del gobierno, en asociacion y servicio público, habriamos presenciado el repugnante espectáculo de que en la capital de una de las na-

ciones más cultas y poderosas de Europa hubiese acaecido una gran calamidad pública, sin que el gobierno mostrase más interés por sus progresos que por sus remedios.

¿Qué habria sido de Madrid sin el gran principio de asociacion?

Lo que un ciudadano generoso no podia hacer, bien pronto se hizo recurriendo á la generosidad de otros ciudadanos. Y mientras la administracion se persuadia, á su pesar, de que el pueblo moria bajo sus plantas, mientras se osaba negar por medio de sus publicaciones la existencia de una calamidad, no más que por sentirse impotentes para vencerla, los ciudadanos asociados á despecho de una ley bárbara, corrian de casa en casa, buscaban el mal allí mismo donde el mal podia creerse inviolable, lo buscaban, lo atajaban y lo vencian. Ahora, reservemos para la ley moral á las personas que, faltando á los deberes más solemnes, hayan abandonado un pueblo cuya custodia habian aceptado en dias mejores para él, cuando la custodia no podia traer más que goces y prerogativas; pero entregamos al juicio del país, á esa administracion débil y opresora á la vez, que le arranca por una consideracion de órden público y seguridad social sus derechos, para dejarle indefenso ante los peligros.

A fines de Octubre el cólera descendió. Aunque la poblacion de Madrid estaba como asombrada, la salud pública mejoraba. Ya no se veian contínuamente las camillas cruzando en todas direcciones las calles; ya no se veia el óleo yendo en pos de los moribundos. Madrid respiraba un poco. Es verdad que la poblacion habia mostrado una vez más su ardiente caridad, y por lo mismo habia tenido el valor que inspiran todas las grandes virtudes. En una poblacion infestada brotó la caridad con tal ardor que ahogó la epidemia. En una poblacion aterrada el valor hizo maravillas. Madrid se ha salvado á sí mismo. Madrid es una poblacion que presentará siempre á los venideros como un título de gloria aquellos últimos dias de angustia en que su fé sobrepujó á su desgracia.

¡Qué abismos de miserias, de dolores, de desesperacion! En una buhardilla infestada donde apenas se podia respirar, donde apenas habia aire vital, una pobre mujer agonizando del cólera al lado de su jóven hija, que se moria tambien de miseria! En un pequeño cuarto la miseria pudorosa, la miseria que no mendiga, contaba cinco enfermas, de las cuales algunas acababan de morir, formando tal atmósfera de peste que los pulmones no podian respirarla. Un pobre padre estaba tendido sobre unos cuantos montones de andrajos que llamaba cama, y retenia en sus brazos frios y desmayados á su hijo muerto. Cinco niños demacrados, enfermos, lloraban en torno de aquella sepultura en que estaban enterrados un muerto y un moribundo. Se necesitaria la pluma de Víctor Hugo, ese Dante del infierno de nuestras miserias sociales para pintar el cólera reinando sobre el hambre.

Pero al lado de estas terribles llagas ¡cuánta caridad. Los vecinos, en vez de huir, socorriendo, alentando á los enfermos, sosteniendo en la última agonía á los moribundos, enterrando á los muertos. Esos escritores que tantas veces os habrán hecho reir con sus gracias ú os habrán encantado con las delicadezas de su estilo, olvidados de sí mismos, atendiendo á todo, curando á todos con la serenidad del alma que no teme á la muerte. Los jovenes estudiantes de medicina ensayando su ciencia y su caridad en los enfermos. De alguno sabemos que no pudiendo lograr que un enfermo ya frio, ya rígido, entrará en reaccion, se acostó en el apestado lecho para darle el calor de su propia vida. El nombre de *Los Amigos de los pobres* ocupará una gloriosísima página en la futura historia.

Nada más lejos de nuestro ánimo que esplotar en pró de los hombres de ningun partido político la caridad que abrasó en sus llamas á Madrid. Nos pareceria una cruel irreverencia á una santa virtud, á la virtud

que es la manifestacion más espléndida de Dios sobre la tierra. Pero sí nos permitiremos invocar dos ideas que han hecho la felicidad de los pueblos más grandes de la tierra: libertad y asociacion. La libertad, sí, la libertad con su prodigiosa fecundidad dió á luz esos ejércitos de la caridad, que iban donde el mal se encontraba para luchar con él y vencerlo. La asociacion, esa fuerza centuplicada de la libertad, hizo todo lo demás, hizo todo cuanto admiró á Madrid. El indivíduo aislado nada consigue. Por todas partes encuentra obstáculos; pero reunidos muchos, obran tambien muchos milagros. El uno pone su inteligencia, el otro su dinero, el otro su popularidad, y de estas fuerzas inmensas resulta la asociacion que es una personalidad inacabable, la cual todo lo aclara con su pensamiento, á todas partes llega con sus cien brazos y todo lo vence con su voluntad invencible. La victoria no es de ningun partido político; esto es cierto. Pero la victoria es de estas dos ideas que solamente posee en toda su integridad la democracia de la idea de libertad y de la idea de asociacion.

Y el pueblo comparaba lo que habia hecho en su bien la libertad, abandonada á sus fuerzas con lo que habia hecho la monarquía, dispensadora de todas las gracias, y poseedora de todo el presupuesto. Mientras la libertad descendia en forma luminosa de la Santa Caridad á socorrer al enfermo, á sostener al moribundo, á cerrar los ojos al muerto; la corte respiraba el aire purísimo de los jardines, encastillada en su implacable egoismo.

Por fin el ministerio asumió para sí la responsabilidad de la conducta que siguiera la córte respecto á esta poblacion de Madrid, con la cual tan excepcionales deberes tenia doña Isabel II por los inmensos sacrificios que hiciera á favor de su trono durante la tremenda época de la guerra civil.

Dijera lo que quisiera el ministerio O'Donnell, salió en su periódico semi-oficial, en *La Correspondencia*, una manifestacion que declaraba que los ministros habian dejado á la inspiracion de la conciencia de la Reina y á su voluntad el presentarse ó no en medio de la aflictiva calamidad. No hubo ni un solo diario ministerial que contradijera esta declaracion terminante. Veíase que todos convenian en que el ministerio habia dejado al corazon de los reyes el impulso de su conducta, y á su conciencia el premio ó el castigo moral que creyeran podia merecer esta conducta.

Mas de pronto los periódicos cortesanos se levantan en tropel y vociferan contra la declaracion de *La Correspondencia*, poniéndola al nivel de aquella última hora de la caida del ministerio O'Donnell, tantas veces anatematizada. Unos dicen que la Reina es de naturaleza superior á los demás mortales. Otros, que en el estado actual de la poblacion, traer á la Reina de la Granja á Madrid es traerla á una muerte segura, y que la muerte de la Reina seria poco ménos que la muerte de toda esta sociedad. Otros indican que el ministerio O'Donnell quiere traer á la Reina acaso para procurarse una regencia. Y en vez de sostener como cumplia á su dignidad, su actitud, el ministerio se asusta, retrocede, rasga su antigua declaracion, y dice en la *Gaceta* que él y solo él es responsable de la conducta de los reyes. El ministerio debió aconsejar á la Reina que viniera á Madrid. En los tiempos que corren las dinastías no viven solamente de sus derechos tradicionales; viven al par del prestigio con que la opinion pública las rodea. Y era un deber estrechísimo de los ministros, un deber imprescindible, procurar cor todos los medios á las dinastías, popularidad, consideracion, sobre todo en estos tiempos en que el reinar es tan difícil. ¿Y le parecia al ministerio O'Donnell buen proceder para los intereses mismos de las dinastías, el aislarlas allá, en una soledad fresca, sana y apartada, cuando la muerte reina en la poblacion donde la dinastía tiene su habitual residencia? Los ministros deben

procurar que los reyes aparezcan siempre como los primeros ciudadanos de su reino.

¿Y á qué medio apeló el general O'Donnell para remediar la torpeza de su consejo, el evidente mal de su determinacion? Al medio de decir á la Reina que entregue un millon. ¿Y qué? Cuando se trataba de una combinacion política cualquiera, el general O'Donnell creia haberlo arreglado todo con repartir pródigamente algunos nombramientos, algunos miles de reales entre los jefes de varias enemigas fracciones. Cuando se trataba de concluir una guerra como la guerra de África, el general O'Donnell lo resolvia todo ajustando una paz en que se trataba de la indemnizacion de unos cuantos millones. Y en aquel amargo trance, en aquella gran calamidad, el general O'Donnell creeria aplacar á la opinion resentida, al pueblo que buscaba consuelos, auxilios, valor moral, asistencia moral, arrojándole para que callase un millon.

¿Y en qué momentos aconsejaba esto el gobierno? Cuando el pueblo de Madrid se habia procurado á sí mismo recursos; cuando *Los Amigos de los pobres* acababan de cerrar la mano con que recibian los donativos; cuando las juntas de sanidad de los distritos municipales entregaban en la Caja de Depósitos el dinero recaudado, porque les sobraba para conjurar la epidemia; cuando llevábamos más de un mes de limosnas, de auxilios, sin que se hubiera agotado ni por un solo momento la inagotable caridad del público.

La sociedad de los *Amigos de los pobres*, el dia mismo que la reina Isabel mandó su malhadado millon, treinta dias despues de comenzada la gran obra de caridad expontánea, se despedia en estas palabras:

«Ahora ya podemos separarnos; y nos separamos, sí, nos separamos con el pensamiento puesto en reunirnos tal vez otro dia permanentemente para acudir á esa epidemia contínua que se llama miseria. Pero en el dia de hoy, despues de conjurada la calamidad que tanto nos ha afligido, debemos separarnos, debemos disolver esta sociedad. Casi todos nuestros recursos los hemos agotado ya. Los que nos restan, los emplearemos en auxiliar á los convalecientes y proteger y amparar á los huérfanos. En la próxima semana publicaremos la cuenta minuciosamente de las cantidades que hemos invertido en nuestra obra, y de los auxilios que hemos prestado á los pobres y á los enfermos. Nos despedimos hoy, nos despedimos del pueblo de Madrid, para cuyo valor, para cuya caridad no encontramos términos de encarecimiento; nos despedimos en la seguridad de que registrará estos dias de batalla con la muerte entre los más gloriosos de su historia. Ningun móvil interesado nos impulsó, ningun premio queremos, ninguna gloria esperamos. Dios, que ha visto hasta el fondo de nuestra conciencia, nos ha juzgado, y habrá recibido ya en su seno, y habrá premiado con la inmortalidad á aquellos de nuestros hermanos que han muerto en la batalla. Para ellos pedimos un recuerdo en la memoria de los que han socorrido; para ellos una lágrima de los pobres por quienes se han sacrificado. Nosotros que nos hemos salvado, juramos á nuestros hermanos que siempre, en todas ocasiones, cuando se presenten dias tan terribles como los dias pasados, acudiremos en su auxilio, porque cada hombre se debe á la humanidad, y por la virtud de la abnegacion y de la caridad se acerca y casi se confunde con Dios.

Esto publicaba el 8 de Noviembre toda la prensa liberal, y en aquel mismo dia se recibe la noticia de que Víctor Manuel habia ido á Nápoles á socorrer á los coléricos. Esta noticia fué comentada por la prensa liberal y democrática en los siguientes términos, que eran otras tantas heridas abiertas en el corazon de la dinastía.

«Al fin es un rey que debe su corona al sufragio universal, es el representante de la soberanía popular. Esto le habrá mostrado que un rey de su clase no puede vivir en el

aislamiento, que no puede encerrarse en su córte, que necesita vivir del pueblo y para el pueblo. Así es que Víctor Manuel en estas circunstancias, cuando ha visto su pueblo afligido, cuando ha visto á Nápoles pasando por una de las mayores calamidades por que puede pasar un pueblo, Víctor Manuel ha ido á Nápoles á desafiar la muerte. Si estando el cólera en Nápoles, Víctor Manuel se hubiera quedado en Florencia, de seguro hubiera perdido una batalla.»

«Cuando un hombre se levanta sobre los demás hombres; cuando se coloca al frente de la sociedad; cuando tiene muchos privilegios, debe tener muchos, muchísimos deberes. Los aragoneses creian que los reyes debian tener en las batallas solamente el botin que se ganaran con sus propias fuerzas. Hoy el único botin de los reyes son los votos de los pueblos. Los que tienen esos votos, reinan; y los que no, luchan y caen. El cólera es una gran batalla con la muerte, y Víctor Manuel, al ir á Nápoles infestado, al entrar en los hospitales, al llevar socorros á los enfermos, ánimo á los que sobreviven, Víctor Manuel ha ganado una gran batalla. Si se hubiera quedado en alguna quinta de Florencia, en algun lugar apartado, muy sano y muy fresco, de seguro Víctor Manuel perderia hoy la estimacion de Italia, y mañana la corona.»

«Así es que Víctor Manuel ha ido á Nápoles infestado; Víctor Manuel ha entrado en los hospitales llenos de coléricos; Víctor Manuel ha elevado el ánimo de sus conciudadanos, ha hecho lo que debe hacer un rey que no se cree superior á las demás gentes, y que sabe que en el siglo XIX los poderes se fundan en la soberanía popular, y los reyes viven de la opinion de los pueblos. Italia hubiera abandonado á Víctor Manuel, si Víctor Manuel abandona á Italia en estos momentos tristes y extraordinarios. Esta es hoy la ley de los pueblos; este es el carácter moral de nuestra época.»

Resueltamente el cólera habia sido exterminador de la dinastía. Bajo estos auspicios, los partidos liberales debian decidir en grandes reuniones públicas si salian ó no del retraimiento. La primera de estas reuniones fué la reunion del partido progresista.

Saludábamos sin reserva al partido progresista, le saludábamos de todo corazon por su enérgica resolucion del retraimiento, y por su admirable protesta contra todo lo existente. Ninguna adhesion debia agradecer el partido progresista como la nuestra, porque ninguna tan ardiente, ninguna tan desinteresada, ninguna más honrada. Nuestras relaciones con el partido progresista fueron claras. Separacion completa de dógma y de doctrina; separacion completa de organizacion, porque nosotros éramos un partido radical que no admite la herencia para el poder, ni la limitacion para la libertad, y el partido progresista era un partido ecléctico; pero alianza firme, incontrastable contra todos los obstáculos tradicionales, contra los que rompieran el sistema constitucional con sus traiciones, contra los verdugos de Riego y de Zurbano.

Recordemos la sesion de aquella popular asamblea. Inauguróla el Sr. Olózaga, y puede decirse que su pensamiento fué el pensamiento capital de la reunion. Pocos hombres demostraban la profunda modificacion que habia sufrido el partido progresista, muy pocos en verdad como el Sr. Olózaga. Por su temperamento, por su educacion, por sus ideas, el Sr. Olózaga era uno de los repúblicos más conservadores del partido progresista. El veto, la unidad religiosa, las dos Cámaras fueron siempre ideas políticas, profesadas, si se quiere, hasta con supersticion por el Sr. Olózaga. A esto unia ciertos hábitos diplomáticos que le obligaban á hablar casi siempre en las reuniones del pueblo como si hablara en los consejos de la monarquía. ¿Cómo él, tan reservado por hábito y por temperamento, tan fiel guardador de todas las conveniencias sociales, se mostró tan se-

vero en la forma como siempre, pero más enérgico que nunca, y sobre todo claro hasta mostrar el fondo de la idea que se encerraba en la mente del partido progresista? Esta claridad en la idea, esta franqueza y esta resolucion en la forma fueron los grandes servicios prestados en aquella ocasion al país por el Sr. Olózaga. Nosotros, que algunas veces nos habíamos quejado de su ambigüedad; nosotros, sin reserva, sin limitacion alguna, aplaudimos á todo aplaudir, con toda nuestra conciencia, el valor moral y enérgico que mostró el ilustre orador. Ahí estaba la salvacion de la libertad; ahí la suerte del país; ahí la redencion de todos nosotros, ahí. Pues qué, ¿habian de burlarse eternamente de nuestra mansedumbre? ¿Habian de contar eternamente con nuestra complicidad? ¿No significan nada 50 años de transacciones, 50 años de complacencias, 50 años, permítasenos la frase, de imbéciles esperanzas? Si nosotros una vez más transigiéramos, si una vez más bajáramos la cerviz ante los obstáculos tradicionales, mereceríamos el ódio del país, la burla de Europa, la maldicion de nuestros padres. La voz del Sr. Olózaga tan severa, su palabra tan estóica, su entonacion tan amenazadora, su frase tan gráfica, escribieron sobre la frente del partido progresista la señal gloriosa de su emancipacion. Al aplaudir aquellas severas palabras, aquellas manifestaciones del señor Olózaga, el partido progresista se manumitió del error de sus progenitores. Nosotros que nunca fuéramos esclavos, nosotros abrazábamos al liberto.

En vano el Sr. Madoz, en vano el Sr. Prim quisieron adulterar las palabras del Sr. Olózaga, en vano. El Sr. Prim usó de una condicional; dijo que si encontraba obstáculos, los superaria. Si no los habia encontrado el Sr. Prim, si no los habia visto, el Sr. Prim estaba destinado á tropezar mil veces. Los obstáculos tradicionales, los inmensos obstáculos estaban vivos, y el partido progresista tenia que reñir con ellos ó sucumbir. El general Prim, decia un publicista revolucionario, ¿sólo conoce los obstáculos tradicionales condicionalmente? Mire la legion de los mártires de la libertad, y si no siente su sangre caer gota á gota sobre el corazon, ¿qué hemos de decirle nosotros?

Cuando el partido progresista estaba en el poder, no fuimos nunca sus cortesanos, sino sus censores. Jamás aceptamos ninguna de sus mercedes en los tiempos de su prosperidad. Cuando cayó, le mostramos que habia caido por no seguir nuestros consejos, por sus complacencias serviles con los poderes reaccionarios, y su empeño en no desasirse de la dinastía. Mas tarde nos consagramos á separar nuestro dogma de su dogma, nuestras ideas de sus ideas, nuestra organizacion de su organizacion, por lo cual sostuvimos con el partido progresista alguna reñida contienda. Realizado este trabajo, habiamos convenido en una alianza para derrocar de consuno los obstáculos tradicionales. A esa alianza fuimos fidelísimos, y como dió el partido progresista una prueba más de que ni cejaba, ni vacilaba; una prenda más de que no se convertia en uno de tantos partidos cortesanos, mereció y obtuvo nuestros desinteresados aplausos. En vano algunos progresistas, como Madoz, y como Prim, quisieron descifrar las frases contra los obstáculos tradicionales; el partido progresista en su totalidad, el partido progresista, como animado por la electricidad revolucionaria, mantuvo la protesta revolucionaria, y se adhirió á la severa, á la enérgica declaracion del Sr. Olózaga, que era el verdadero pensamiento de todo el partido liberal. No queda duda. Desde el momento en que se levantaba á hablar un progresista dinástico, desde el momento en que se protestaba á favor de la legalidad, el partido entero protestabà; pero desde el momento en que asomaba una idea enérgicamente revolucionaria, el partido progresista la aclamaba como la revelacion de su espíritu. El partido progresista deshizo con sus

demostraciones todas las cábalas, se sobrepuso al pensamiento de sus prohombres, y demostró que no transigiria nunca con los eternos enemigos de la revolucion.

¡Qué solicitud tan grande la de los periódicos vicalvaristas por el partido progresista! Lo querian tanto, que deseaban verlo luchando en el Congreso; lo querian tanto, que se sustituian á su personalidad, y declaraban en voz alta no ser progresistas los mismos concurrentes á la sesion del partido. La verdad es, que cuando el partido progresista tenia algun arranque revolucionario, los conservadores se irritaban en contra suya, lo llenaban de denuestos, y calumniaban á todos sus hombres. Querian un partido progresista manso, humilde, dispuesto á servirle de comparsa, á ser cuando más, como aquel esclavo antiguo cuya voz anunciaba á los vencedores, cuando iban bajo los arcos triunfales de Roma, la muerte. Este era todo el destino que reservaban al partido liberal.

¿Y os parece que debia ser esta la suerte del partido que realizara la revolucion en España, y que extendiera toda la legalidad vigente? Los que escribieron la Constitucion de 1812; los que desamortizaron la propiedad; los que destruyeron la Inquisicion y la censura; los que libertaron á esta nacion esclavizada y enferma de la terrible plaga de las órdenes monásticas; los que abrieron las puertas de los comicios, y cerraron los tiempos de la monarquía absoluta, ¿debian por ventura, estar siempre, permanecer siempre esclavos, siempre fuera de la vida política, no por su voluntad, sino por la marca de proscripcion que habian puesto en su frente poderes obcecados y tiránicos?

El retraimiento indignaba á los vicalvaristas; el retraimiento, que era la necesidad suprema de nuestra política. ¿Quién sino ellos lo habia creado? Pusieron ministerios, presupuestos, administracion, todos los resortes imaginables á servicio de su interés político, de sus escandalosas elecciones, y contra los candidatos liberales. Pues bien, uno á uno arrojaron todos los diputados liberales de las urnas, y cuando los encontraron á todos fuera, resolvieron en contra suya, porque necesitaron para sus planes y para sus conjuraciones contra la libertad, para sus asaltos al presupuesto, una oposicion complaciente.

¡Y ahora decian que el partido progresista se iba á perder! ¿Cómo se perderia? ¿Por qué se perderia? Nunca habia ganado nada por las elecciones. Ni una sola vez le concedieron el poder porque hubiera triunfado en las urnas. Recordad que un dia fué disuelto un Parlamento solo por ser liberal. Recordad que un dia otro Parlamento fué disuelto solamente porque habia preferido el nombre, por cierto bien reaccionario, de Martinez de la Rosa, al nombre francamente absolutista del Sr. Tejada. Recordad que cuando no bastaban los medios ordinarios para disolver las Córtes, se soltaban contra ellas algunos batallones y caian los cascos de las granadas sobre la mesa misma de los presidentes.

Si no hubiera más medio para el triunfo del partido liberal que las elecciones, podiamos decir como el Dante á los condenados en el infierno: dejad toda esperanza. Sí, dejadla, porque la centralizacion no lo consiente, dejadla, porque la corrupcion política no lo consiente; y aunque hubiérais atravesado la corrupcion electoral y el muro de bronce de la centralizacion, os encontraríais con el Senado; y aunque lográrais vivificar todas aquellas momias y llevároslas en pos de vuestros pasos, habíais de encontraros por último con el veto.

¿Os parece que era posible luchar así? Si la cuestion se ha planteado en el terreno en que la planteó el Sr. Olózaga, se ha planteado más por espíritu conservador que por espíritu revolucionario.

El espíritu revolucionario de la Europa moderna ciertamente no se detiene en repulgos dinásticos ó anti-dinásticos. Tiene una idea bien fija y bien clara. Los que suelen

cuando las grandes liquidaciones se acercan, cuando las grandes catástrofes sobrevienen, los que suelen plantear las cuestiones en el terreno en que la ha planteado el Sr. Olózaga, son siempre los conservadores. Los Estuardos concitaron contra sí á hombres como Russell; los Borbones de Francia á hombres como Thiers; los bávaros de Grecia á hombres como Canaris; los tiruanclos de Italia á hombres como Ricasoli. Mazzini no se preocupa de una cuestion dinástica; pero se preocupa Olózaga. Sí, el más conservador de los progresistas, el más constitucional se habia convertido en revolucionario. Así lo quiso la incurable ceguera de la Reina.

La segunda reunion que por los primeros dias de Noviembre se celebró fué la reunion del partido democrático.

A las doce de la mañana los alrededores de la plaza del Rey, las cercanías del teatro del Circo se veian llenas de gentes que aguardaban con ansiedad la hora de la sesion. Habia algunos mal intencionados que divulgaban voces siniestras, Decíase que se preparaban luchas entre los demócratas, desórdenes; porque el partido democrático estaba dividido; porque sus fracciones no podian encontrarse sin batallar, y no podian batallar sin aniquilarse. ¡Error completo! Todos los demócratas se encontraron en un punto, acudieron todos á la cita, y el órden fué admirable, y la union y la fraternidad más sinceras reinaron en aquella popular asamblea, donde no habia más que un solo espíritu del cual participaban millares de ciudadanos.

Abrió la sesion el venerable anciano don José María Orense. Sus canas que infunden tan religioso respeto; sus servicios que despiertan recuerdos tan sagrados; la entereza de su carácter; la noble independencia de sus sentimientos; aquella sencillez y aquella franqueza que hacen del Sr. Orense una de las glorias más queridas de la democracia española, todo este conjunto de cualidades que el Sr. Orense posee como pocos hombres, le dieron por su misma virtud la presidencia de aquella popular asamblea. Así que se sentó, pronunció un discurso cuyo efecto fué inmenso; un discurso que presidió toda la reunion, que le dió como un solo cuerpo y una sola alma, y que fué escrupulosamente obedecido en once horas de trabajos políticos, que bien pueden llamarse once años de enseñanzas admirables para el país. Empezó el Sr. Orense tratando de lo que podíamos llamar la policía de la reunion; hizo las advertencias necesarias para la mejor conservacion del órden; pidió que le señalaran los alborotadores para estigmatizarlos ante la opinion pública. Desde este momento, todo obstáculo quedaba vencido, la victoria estaba conquistada. ¿Y cómo no, cuando aquel anciano, con la fé ardiente de un jóven, parecia reunir sobre sus canas los recuerdos más gloriosos de nuestra historia, y en su palabra nuestras más caras esperanzas? Orense parecia un ciudadano de los Estados-Unidos. Así hubiera hablado Washington, así hubiera procedido Lincoln. No venís, decia el Sr. Orense, no venís aquí en pos de honores ni de riquezas. La democracia no puede dar nada de eso; la democracia es un partido formado por la opinion y para la opinion. Mientras manden sus enemigos ningun puesto oficial puede desempeñar un demócrata; el dia que manden sus amigos las reformas serán tales y tantas que no quedarán esos altos destinos que repartir y con los cuales se suele explotar al pueblo. Mirad los Estados-Unidos, decia el Sr. Orense, creíase que iban á perecer en el dia de un conflicto, y se han salvado, y han asombrado al mundo; y aquellos generales orlados de victorias que no tienen rival, se han vuelto á la vida privada á gozar en paz de las victorias de su pátria. Plantemos el árbol, y ya que no podamos nosotros gozar de su sombra, que gocen nuestros hijos. Es imposible describir el efecto de este discurso. La reunion lo siguió admirablemente, despues de haberlo aplaudido con un gran entusiasmo.

Desde este momento quedó constituida la mesa. El Sr. Orense fué nombrado por aclamacion unánime presidente. Los señores Becerra y García, director de *La Discusion*, fueron propuestos, por el Sr. Orense, y aclamados por la reunion vicepresidentes. Los señores Blanc, Gomez Marin, Fernandez Cuevas, Rios y Portilla, Salmeron, Capilla, Cámara, Merino, fueron nombrados secretarios. El Sr. Nougués, al ver el espíritu de serena imparcialidad que reinaba en la presidencia, retiró con verdadera y plausible cordura una proposicion relativa á la manera de votar la mesa interina. Hubo algunos momentos de confusion propios de toda Asamblea, naturales en aquellas circunstancias, que se repiten donde quiera que se reunen los hombres, pero que se apaciguaron con la incontrastable fuerza moral del señor presidente y con el admirable espíritu que la reunion tenia. Es un pueblo maduro para la libertad el pueblo español. Es un partido de gobierno el partido democrático. Esta exclamacion se oia salir de todos los lábios.

A la una y media comenzó la votacion; á las ocho se concluia. Siete horas sin ninguna interrupcion habian estado pasando centenares de demócratas por delante de aquella mesa á depositar sus sufragios. Aquella numerosísima falange de defensores de la libertad parecia iluminada por el resplandor de una sola idea, por el reflejo de un solo espíritu. Era de ver aquella numerosísima procesion, ordenada, silenciosa, anhelante de indicar con su adhesion á los nombres de los demócratas sus votos por el triunfo de todas las libertades. Ningun interés bastardo los movia, ninguna pasion mezquina les guiaba; parecian por su actitud los antiguos romanos. Cuando un sacerdote, el Sr. Medina, se presentó á votar, resonó con larga resonancia una grande salva de aplausos. Lo mismo sucedió, cuando, concluida la votacion, el señor Orense depositó el último voto en la urna. ¡Qué admirable práctica del sufragio universal! ¡Qué grandes ciudadanos los reunidos en aquella asamblea!

Hacia pocos dias que llamaba el gobierno á eleccion de diputados provinciales, y hubo distrito de Madrid donde no se reunieron veinte votantes. Esto probaba la indiferencia que habia en el país por la política oficial. El mismo dia y á la misma hora, se reunia el partido moderado en casa del duque de Veraguas. Ocho dias estuvieron sus periódicos llamando á campana herida á los moderados. Y estos hombres que se han repartido los destinos del país por espacio de treinta años, apenas llegaron á reunir sesenta personas y estas sesenta personas ni siquiera llegaron á entenderse.

El Sr. Presidente pidió, despues de concluida la votacion del comité, un voto de confianza para la mesa, á fin de poder verificar el escrutinio al dia siguiente. La reunion lo acordó por unanimidad. Un aplauso ruidoso, atronador, coronó el término de la votacion. Entonces comenzaron los discursos por demanda universal del público. No hay para qué decir que si la primera parte de la reunion habia sido silenciosa, la segunda fué ruidosísima, fué una verdadera explosion de entusiasmo popular, pero sin que pasase nunca de los límites de lo conveniente. Comenzó á hablar el Sr. Rivera, que á pesar de sus cortos años, pronunció un discurso intencionado en su fondo, agradable en su forma, lleno de ardiente amor á la democracia. Al Sr. Rivera siguió el Sr. D. Tristan Medina, que en una peroracion muy calorosamente aplaudida encareció las excelencias del Evangelio y de la democracia. Al Sr. Medina siguió el señor don Cristino Martos.

Detengámonos un momento para tratar de este esclarecido orador. Dedicado al foro del cual es un grande ornamento, parecia que las fórmulas legales debian haber apagado en su ánimo el fervor que necesita la elocuencia política. Sin embargo, el señor D. Cristino Martos es hoy uno de los prime-

ros oradores políticos de nuestra patria. Solamente en un país tan desgraciado como la España doctrinaria; solamente en un país tan corrompido por la perniciosa influencia electoral, se concibe que no hubiera entonces pisado aún la tribuna del Parlamento este insigne orador parlamentario. Sí, porque no se necesita haber estado en el Parlamento para mostrar las cualidades parlamentarias de primer órden que ha demostrado siempre el Sr. Martos. Intencion profunda, pensamiento vivo, argumentar lógico, severidad de formas, sobriedad de lenguaje, correccion inimitable de frase; todas estas cualidades que nadie podrá negarle sino cegado por el ódio ó por la envidia, hacen del Sr. Martos uno de los primeros oradores, no solamente de la democracia sino de toda España. Desde 1854 en que se dió á conocer, no se ha abatido ni un momento el vuelo de la elocuencia del señor Martos, realzada por prendas de carácter que serán siempre orgullo de su partido, y especialmente de nosotros, sus leales amigos. Al poner aquella tarde el pensamiento en el señor Orense y en el Sr. Martos; al ver que contábamos en nuestras filas uno de los ancianos y uno de los jóvenes más esclarecidos de nuestra patria; al oir la elocuencia del primero realzada por los años y por una larga historia, y la elocuencia del segundo robusta y firme como la esperanza de la juventud, no podíamos ménos de congratularnos observando que por un decreto de la Providencia todo lo que hay de vivo, de glorioso, de enérgico, de grande en el país buscaba su atmósfera, la única en que se puede respirar, la atmósfera de la libertad.

Lo primero que debia impresionar al orador era el aspecto maravilloso de aquella reunion, y en efecto, hizo de ella una entusiasta apología. Despues, movido por un gran sentimiento patriótico, declaró que el país donde más esperanzas podia vincular la causa de la libertad era nuestra España. Francia se contenta con la gloria militar; sus hijos gustan de arrastrar sus cadenas por el mundo, y bajo la maldita influencia cesarista no aciertan á ser lo primero que constituye la dignidad humana, á ser libres. Alemania, absorta en sus meditaciones científicas, no trabaja por la libertad práctica. Italia sólo se cura de ser nacion. De suerte que puede decirse que la esperanza de la libertad europea está hoy en España. ¿Y qué mayor prueba? Una democracia vigorosísima, fuertemente unida, con una sola idea por bandera, se reune á votar los que han de representarla. Cuando tan numerosa y compacta acude á la cita, no dejará de acudir á otra cita más importante. El partido democrático sabe lo que quiere y lo que no quiere. Trabajemos por llegar á lo que queremos y por destruir lo que no queramos. Un grande aplauso siguió al elocuente discurso del Sr. Martos.

El Sr. Castelar, que siguiera al Sr. Martos, habló de los agravios que la libertad recibiera de la dinastía y usó esta frase que levantó una tempestad de entusiasmo y que le valió un ruidoso proceso. «Ya sabeis que cuando vienen las grandes calamidades, cuando la muerte se cierne sobre vuestras cabezas, la libertad no se aparta de vuestro lado escondiéndose en espléndidos jardines; la libertad desciende á la cabecera donde gime la agonía, lucha, triunfa porque la libertad no teme ni el destronamiento ni la muerte, á pesar de ser una reina que no tiene ni armas ni presupuestos.»

Habló luego el Sr. Pí y Margall, y en un discurso de grande severidad en la forma, muy conciso y muy templado, pidió la libertad de pensar, y dijo que debian reducirse á pocos los principios capitales de los partidos. Para el partido democrático pedia la libertad de pensar, la libertad de asociacion, y el sufragio universal. En cuanto á las relaciones con el partido progresista aconsejaba que no hubiera confusion, pues si un dia prestó este partido grandes servicios á la libertad, habia tenido despues debilidades mil que comprometieron tan sagrada causa.

Despues del discurso del Sr. Pí y Margall, puede decirse que no hubo más que algunos arranques de entusiasmo dichos en breves palabras por oradores que fueron muy aplaudidos. El director de *El Protector del Artista* dijo varias frases salidas expontáneamente de su corazon; el Sr. Blanc aclamó las reformas democráticas; el Sr. Lafuente recordó los gravísimos deberes que en excepcionales circunstancias ha de cumplir el partido democrático; el Sr. Simon habló de las diversas manifestaciones de nuestro partido; el señor Soler, de la democracia zaragozana, á grandes y valientes rasgos; y todos fueron calorosamente aplaudidos por el fervoroso entusiasmo de la reunion.

La democracia madrileña dió de sí elocuentísima muestra. Pocas veces, nunca acaso, se ha dado en España un tan maravilloso espectáculo. Cuanto aconsejamos á nuestros correligionarios, lo siguieron con admirable uniformidad. Les aconsejábamos órden, y el órden más rígido reinó. Les aconsejábamos libertad, y la libertad más amplia hubo. Les aconsejábamos que apelasen al sufragio universal, y al sufragio universal han apelado. Les aconsejábamos que dejasen libérrimo el uso de la palabra, y libérrimo permaneció durante toda esta admirable sesion.

¿Qué nos faltaba? Eramos el partido más inteligente de España, porque reuniamos todas las ideas emanadas de la ciencia moderna. Eramos el partido más jóven, porque hemos venido á renovar la vida. Eramos el partido más popular, porque oleadas de entusiastas muchedumbres se han acercado á depositar su voto en nuestras urnas. Eramos el partido más disciplinado, porque ninguno hubiera conservado durante dos dias el órden que en dos reuniones consecutivas conservó el partido democrático español. Despues de estos hechos, nada tenemos que añadir.

Basta que digamos que Madrid entero se admiró de la actitud del partido democrático; que por todas partes solo se oyeron muestras de entusiasmo; que nuestros enemigos, esperanzados con que diésemos un grande escándalo, se desconcertaron, y que la democracia madrileña, con este alarde de su fuerza y de su union, mostraba al mundo llevar en su mente la idea de la revolucion y en sus manos la misteriosa llave del porvenir.

Un suceso vino á mostrar que éramos esclavos hasta del alma: la prohibicion del *Juan Lorenzo*, drama célebre del ilustre poeta García Gutierrez.

La señal primera de nuestra desgracia, de esta inmensa desgracia, que sobre todos nosotros pesaba y que tras tantos años de lucha aun no habíamos podido remediar, era la servidumbre de nuestra razon. A manera de los indios, poníamos bajo las ruedas del carro donde iban los dioses del Estado, no ya nuestra cervíz, sino algo más íntimo y más sublime, nuestro pensamiento, nuestra conciencia. No éramos una nacion civilizada, no merecíamos el título de ciudadanos de Europa, en tanto que no pudiéramos pensar con libertad entera de conciencia, y escribir con entera libertad de palabra. La filosofía, el arte, la ciencia política, todo lo que la historia es el ornamento de la humanidad, se desarrollaron allá en Grecia con desusado vigor, porque en Grecia se rompió la teocracia del Oriente que esclavizaba el espíritu; y pudieron el sentimiento, la fantasía y la razon del indivíduo oponerse, y aun sobreponerse á las creencias del Estado. Solo así, en aquella espléndida tierra, Fidias idealizaba en sus estátuas la forma humana, y se escribian las primeras páginas de la historia por la mano de Herodoto; y se espaciaban los arrebatos del lirismo en los cánticos de Píndaro; y se convertia en grandes tragedias el poema de Homero al calor de la inspiracion de Esquilo, y la palabra humana llegaba á su más alto poder en los lábios de Demóstenes, y la filosofía á su más completa síntesis en la mente de Aristóteles y de Platon. Todos estos milagros

del entendimiento humano fueron obra de la libertad, obra de la antigua democracia.

Donde el arte ha de ajustarse á una regla trazada por la ley; el arte que lleva en sí mismo, como el universo, su ley soberana; donde la ciencia ha de inspirarse en un pensamiento superior á su derecho, que es la absoluta libertad de la razon, ni el arte, ni la ciencia, tienen propia vida, y por consiguiente, si existen, ¡ay! existen solo en la apariencia, como una forma sin idea, como un organismo sin músculos y sin sangre, como un astro sin propia lumbre. Miradnos á nosotros, los esclavos intelectuales de Europa, los negros del mundo de la conciencia y del espíritu. En vano buscareis en la elaboracion intelectual de nuestros últimos siglos, ni crítica histórica como la que ha descifrado los orígenes de Roma y los orígenes del cristianismo; ni filosofía como la que ha enlazado en una série de admirables progresiones científicas el mundo de la naturaleza con el mundo del espíritu; ni ciencia como la que ha descompuesto el agua y el aire y ha dado á la vida y á la combustion nuevos elementos con sus gases; ni industria como la que ha hecho del vapor una fuerza para borrar las fronteras de los continentes y de los mares, lanzando unos pueblos en brazos de otros pueblos, ó como la que ha escrito la palabra humana en las chispas del rayo. ¿Qué habíamos de tener si no teníamos libertad? Todavía la censura está expiando las palabras que á manera de sentencias oraculares se escapan de los lábios de un filósofo. Todavía un sacerdote se ve perseguido como un criminal por haber propuesto, inspirándose en el Evangelio, la libertad de la Iglesia. ¡Qué espectáculo más triste ofrece al mundo!

Parecia que la libertad de nuestro espíritu debia refugiarse como en el siglo XVII allá en las misteriosas regiones del arte. De antiguo el arte ha tenido más libertad en España que la ciencia. Cervantes pudo en la conversacion de Sancho con el morisco, al tornar de la ínsula Barataria, envidiar la libertad de conciencia de Alemania; Tirso pudo burlarse en sus dramas de los frailes que nunca á Dios llamaban bueno hasta despues de comer; Calderon pudo romper la feroz ortodoxia inquisitorial en los admirables arranques de desesperacion y de duda de *La vida es sueño*; Moratin pudo bajo el absolutismo criticar á la manera de Moliere la mogigatería espirante á los dardos de la mordaz filosofía del pasado siglo; y Quintana pudo inspirarse con ardor republicano en el pensamiento de su tiempo, y animar el espíritu de nuestras revoluciones desde las alturas del arte, con una nueva vida.

Pero en los dias de la dominacion borbónica lo habíamos dispuesto de otra suerte, y la censura acababa de prohibir un drama porque rompia las condiciones de nuestro arte, y tocaba los problemas sociales. ¡Qué pudibunda censura! Ahogaba primero el drama de un jóven; despues el drama de un maestro. Entonces protestamos, y protestaremos cien veces en nombre de un derecho, que es acaso el único derecho divino sobre la tierra, en nombre de la libertad de la inspiracion y de la conciencia, en nombre de todo lo más sagrado, de todo lo que está más cerca de Dios en el universo.

¿Quién no sabe de memoria algunos de aquellos viriles versos, alguno de aquellos sublimes pensamientos que el arte romántico arrojaba en el seno de España durante la guerra civil? Puede decirse que nunca el arte ha tenido entre nosotros mayor trascendencia social. El más moderado y el más pulcro de nuestros poetas escribia la *Viuda de Padilla;* el más académico, *Doña María de Molina;* el más incorrecto, pero más intencionado, *Cárlos II;* el más grande, *Don Álvaro;* el más fácil, *El Pelo de la Dehesa;* el más limado, *Doña Mencía ó la Boda en la Inquisicion;* el más popular, *El Trovador y el Paje;* el más amargo, *Macías;* y el más apasionado, *El Estudiante de Salamanca y El Diablo*

*Mundo*. Todas cuantas ideas pasaban por la conciencia iban á enrojecerse en aquellas imaginaciones que iluminaban por lo mismo que eran un incendio. El renacimiento de nuestros municipios y nuestras Córtes; la aparicion de la libertad, en cuyas aras se sacrificaba todo un pueblo; la ruina de la Inquisicion y de las órdenes monásticas; la apoteosis del pensamiento emancipado; la guerra á todos los dogmas filosóficos y sociales que nos habian envilecido; la rehabilitacion del pueblo en el romance y en la escena, al par de la rehabilitacion en los campos de batalla; las dudas que asaltan á los espíritus cuando por vez primera, al sentirse libres, miran lo infinito, y les parece vacío; todas las grandes aspiraciones revolucionarias flotaban en la poesía, como flotaba antes de ser el universo en la mente creadora del Eterno.

De este coro de grandes batalladores, unos murieron, otros callaron, otros cayeron en la fosa del Senado ó de la Academia; todos suspendieron su trabajo desde que pasó el primer vértigo revolucionario, como si quisieran dejar á la razon y á la elocuencia el término de la obra comenzada por la imaginacion y la poesía. Uno, por excepcion, permaneció fiel á su destino. Era éste el hijo del pueblo, el oscuro soldado, el poeta del *Trovador*, que si escribia, escribia para ennegrecer la memoria de los tiranos como en *El Duelo á Muerte;* para revelar la caida de los imperios como en la *Venganza Catalana;* ó para arrojar á la faz de la Academia los cantares del eterno poeta, del pueblo, esos cantares más bellos que el cielo de Andalucía, por lo mismo que son el claro reflejo de la conciencia popular.

Pues bien: este poeta, que ha escrito libremente siempre; este poeta, único resto vivo de aquellos gloriosos, no podia escribir. En España era más desgraciado García Gutierrez que Víctor Hugo en Francia, porque Víctor Hugo estaba desterrado del suelo de su país, pero habia escrito en su conciencia *Los Miserables*, mientras á García Gutierrez se le desterraba de la conciencia de su pátria. Estábamos tan acostumbrados á las arbitrariedades de los fiscales, de los censores, de tantos y tantos verdugos como tenia el pensamiento, que no solíamos dolernos de estas grandes iniquidades, ni las advertíamos ni las sentíamos. Y sin embargo, esos censores ahogaban las obras del arte antes de nacer, esas obras inmortales, en las que se condensaba el espíritu de un siglo.

Pero ya se ve; el Sr. D. Antonio García Gutierrez desde luego en esta sociedad y en estos tiempos era *auctor damnatus*. Él no ha escrito un epitalamio al casamiento de la reina ni una elegía á la muerte de Fernando VII; él no ha llamado ilustre nieto de San Luis al duque de Montpensier, ni heróico guerrero al infante D. Sebastian; no ha tenido un romance trasnochado y oliente á aceite como los de D. Aureliano Fernandez Guerra, por ejemplo, para cantar las ventas del terreno del real patrimonio; no es de los poetas cortesanos que se entusiasman de real órden y enfilan consonantes recalentados en la oficina del estómago; no, es el poeta de la inspiracion sencilla y grande que conviene á los cantores del pueblo.

Si llevado de su inspiracion, de su fé ardiente, ha buscado en la historia una de esas grandes crísis por que atraviesan los pueblos, cuando oprimidos y vejados llegan al último extremo de la desesperacion, y ha sentido brotar de su pluma la sangre hirviente que brota de nuestras heridas, impórtele poco el silencio forzado impuesto por una censura bárbara, pues el pueblo guardará en la memoria sus versos admirables; y la posteridad le premiará con el más alto de los dones, con la inmortalidad para su obra y para su nombre: que tal es el destino de los poetas de la libertad; un siglo enfermo les llama sus enemigos, y un siglo redimido sus profetas.

La revolucion, la revolucion llamaba á todas las puertas; la revolucion entraba en el

seno de todos los partidos. Hacia más de 11 años que unos cuantos oradores la estaban predicando, que unos cuantos periódicos la arrojaban en la atmósfera del país. La calumnia, la persecucion, el cadalso no habian podido detener la revolucion, y entonces se habia apoderado hasta de la mente de sus enemigos, y relampaguea fatalmente hasta en los periódicos más reaccionarios. Las ideas son para las conciencias como la atmósfera para los cuerpos. En las ideas generales de su tiempo han de vivir, como han de vivir los cuerpos en la atmósfera de su planeta. Y las ideas generales de esta sociedad en que vivimos son las ideas revolucionarias.

Ese mismo partido absolutista, que todos los dias llora la muerte de las antiguas instituciones, cuando ve perseguida su conciencia, hollado su hogar, desconocido su derecho, amenazado su pensamiento, reclama la libertad, y sin quererlo y sin saberlo, proclama la revolucion, y sirve indeliberadamente á los intereses revolucionarios.

El partido moderado impulsó en el último año con la accion y con la reaccion los intereses revolucionarios. Durante tres meses se gozó bajo su mando de una libertad de imprenta como no se ha conocido igual en España. El país aprovechó aquellos tres meses para conocer misterios que ignoraba. Merced á esta iniciacion revolucionaria, el país conoció el orígen de todos sus males, la causa primera de la raquitis intelectual y moral que padecia. Despues, cuando se planteó la cuestion de enseñanza, cuando se empeñó una lucha cuerpo á cuerpo entre un catedrático y un gobierno, cuando se sellaron las exposiciones neo-católicas contra la enseñanza con sangre de las víctimas del 10 de Abril, supo el país que la reaccion teocrática era impotente, que sólo la revolucion era todo-poderosa.

Vino la union liberal, ese detritus de todos los viejos partidos; vino con su excepticismo, con su criterio utilitario, con su apego á los intereses de un dia. Pero comprendió que solamente la revolucion era fuerte. Y restableció las condiciones de la enseñanza, y reconoció la obra revolucionaria por excelencia, el reino de Italia, y rebajó el censo, y proclamó la libertad de la ciencia, y empeñó una lucha á muerte con la teocracia. Y sin embargo, el país que podia más, que aspiraba á más, que no deseaba olvidar á los traidores, que adivinaba que el partido entonces dominante era solo un sofisma revolucionario, le abandonó á su suerte, le dejó en el mismo aislamiento y en el mismo ódio que á Narvaez.

Y mientras tanto la idea revolucionaria crecia y se apoderaba del viejo partido progresista. Y este anciano, vacilante entre sus recuerdos del 37 y del 56, preparaba un símbolo verdaderamente liberal, un símbolo donde estuvieran contenidas grandes aspiraciones revolucionarias que hasta entonces no habian entrado en su seno. Y al mismo tiempo con su enérgica actitud á favor del retraimiento, probaba que era revolucionario en idea y revolucionario en conducta.

La suerte de la revolucion está toda entera en manos de la democracia. Ella solamente sabe de dónde la revolucion se origina, á dónde vá, y por qué camino. Ella solamente ha sabido escribir el decálogo de sus derechos. Ella solamente ha formulado el ideal de justicia. La idea democrática ha extendido la libertad á todas las esferas de la vida; y la ha proclamado como la solucion de todos los problemas sociales. Ella es toda la revolucion, su alma y su cuerpo, su idea y su organismo, su ideal y su práctica; el centro de gravedad de este gran siglo.

El marqués de Valdegamas en los últimos dias de su vida comprendia con sublime tristeza este poder de la revolucion. ¡El! que deseaba restaurar lo antiguo, que ponia su palabra á servicio de los viejos ídolos y de los viejos altares, decia entristecido: «Hoy todos los caminos conducen á la perdicion. Unos se

pierden por ceder, otros se pierden por resistir.» Justo, á la perdicion de los privilegios. Cediendo ó resistiendo, la reaccion estaba perdida.

El general O'Donnell recogia los frutos de su política. A los seis meses de su poder se encontraba en una situacion, por lo desesperada y triste, bien análoga á la situacion del ministerio Narvaez. La opinion, la opinion liberal, que tan anheloso buscára con la rebaja del censo, con el reconocimiento de Italia, con los procesos incoados pero no seguidos contra los obispos, con todos los alardes de una política falsamente liberal, esta opinion, ya madura, ya viril, le abandonó completamente, porque no se contenta con falsos halagos, ni con engañosas apariencias. Mientras tanto las camarillas que durante el verano habian templado y se habian escondido, rehacian su poder, tramaban sus intrigas, y fiaban á un confesor ó á un médico sus planes de ambicion y de privanza: guerra de siervos, guerra de criados.

El manifiesto progresista que acababa de publicarse, venia á mostrar una vez más la grande oxidacion democrática que experimentaba el espíritu de nuestro país. Un partido que aun en los dias más revolucionarios no se atrevió á proclamar la libertad en toda su extension, la proclamaba entonces. Un partido que habia retrocedido desde la Constitucion democrática del 12 á la Constitucion doctrinaria del 37, y que volvia á sus antiguas invocaciones á la libertad, era un partido sobre el cual ejercia el espíritu democrático la influencia que debe ejercer en este siglo de las revoluciones, en este siglo de la libertad.

Era necesario que el partido progresista no volviera de ninguna suerte á ilusiones en mal hora concebidas y acariciadas. Era necesario que comprendiera que la libertad no cabe dentro de los viejos obstáculos que ha encontrado siempre la libertad en su camino. Era necesario que entendiera que encerrar una máquina de vapor dentro de una galera de la Edad Media, hecha solo para remeros esclavos, es una insensatez. Era necesario que no vacilara, y que llegara á alcanzar y á entender cuánta constancia, cuánta fé se necesitaba para perseverar en la política de retraimiento, abrazada con un fin más alto y más saludable para el país que conseguir un ministerio, porque el país pedia hondas y trascendentales reformas.

El manifiesto progresista nos revelaba que el partido comprendia su ministerio. ¡Oh! ¡Cuánta sangre se hubiera evitado, cuántas catástrofes, si nuestros padres de la Constituyente no pretendieran conciliar lo inconciliable! Cuán otra seria hoy la suerte del país, qué libre la conciencia, qué amplio el sufragio, qué fuerte el jurado, qué nula esa influencia teocrática y pretoriana, si nuestros padres hubieran tenido el año 20 el hercúleo valor que se necesitaba para limpiar la tierra de mónstruos.

Los partidos liberales españoles habian renunciado á la ley como Caton y Bruto renunciaron despues de Farsalia y de Filipos á Roma. Pero los grandes republicanos de la antigüedad creian que todo moria, que todo se acababa con ellos; y nosotros, más justos, nosotros, más creyentes, aguardamos, seguros de que los tiranos pasan, los sofistas pasan, los traidores pasan, y la libertad permanece en el centro del espíritu como el sol en el centro de nuestro sistema planetario, como Dios en el centro del Universo.

El Sr. Posada Herrera se hallaba admirado de que los liberales, tan crédulos no hubiéramos tragado el anzuelo. Una rectificacion de listas bastó para que los tragaran allá por el año 59. ¿Cómo no habia bastado despues? Se consumó una reforma electoral, y los liberales permanecieron en su retraimiento. ¿Creian que no sabiamos su táctica? ¿Creian que no sabiamos de antiguo que importan poco las concesiones, porque los poderes caducos se reservan la facultad omnímoda de alterarlas á su arbitrio? Esta ha sido siempre su con-

ducta. Han concedido una y otra cosa, han dejado caer de su mano una y otra reforma, y luego se han reservado aplicándolas, manejándolas, adulterarlas, corromperlas, destruirlas.

El país acababa de mostrar una vez más que no consentia engaños, que no distinguia entre Narvaez y O'Donnell, entre la política moderada y la política vicálvarista; que todos los ministerios le eran igualmente odiosos, igualmente repugnantes, porque hace mucho tiempo que solo representaban y solo significaban la ruina de la libertad. En el último ministerio de union liberal se habian unido la astucia y la fuerza; la primera para vencer á los fuertes, la segunda para amedrentar á los débiles. Posada representaba la astucia política, el maquiavelismo, los medios delicados, finos, para atraer y engañar á los liberales con aquella habilidad, ya proverbial é histórica, con que los engañó en 1859. O'Donnell representaba la infantería, la caballería, la artillería; en una palabra, la fuerza. Parecia imposible que un gobierno con todos estos medios, con todos estos recursos, no lograra engañar á un país que tan susceptible parecia, por generoso, de ser engañado.

Y no, no lo engañó. Subia O'Donnell despues de las matanzas del 10 de Abril, despues de aquellas estúpidas amenazas á la cátedra, despues de aquella sañuda persecucion contra la prensa, despues de los sangrientos alardes de Narvaez, y de las botaratadas, pues no merecen otro nombre, de Gonzalez Brabo. Subia con una protesta contra la ruina de la prensa y de la cátedra, con una promesa formal y solemne de resolver todas las cuestiones por el criterio de la libertad. Reconocia á Italia, en cuyo reconocimiento habia como escondido un abismo. Rebajaba el censo. Gritaba á grito herido, libertad. ¿Quién no habia de creerles?

En algunos momentos, dijeron personas autorizadísimas en los partidos liberales, que solamente quedaba un recurso contra gobierno tan poderoso: acudir á las urnas, vencerlo en la contienda parlamentaria, destruir sus leyes con la palanca de nuestras leyes. Momento hubo de duda en los ánimos, de vacilacion en los caractéres; momentos supremos en que puede decirse que hizo crísis la fiebre revolucionaria que agitaba al país. El general O'Donnell parecia haber logrado su intento: la tribuna se poblaba nuevamente con sus grandes oradores, las leyes recobraban su imperio, las batallas se reñian en el Parlamento, resucitaba la confianza perdida, y á la luz del dia se intentaban y se concluian mil arreglos que pudieran decorosamente sacar de sus apuros á aquel gobierno que habia despilfarrado en cuarteles, en buques inservibles, y en fortificaciones inútiles, en artes de guerra, los productos de la desamortizacion que debieron emplearse en las artes de la paz.

Ya se veia al Sr. Posada Herrera levantarse, extender sus largos brazos, pasear la escuálida figura delante del banco azul, sonreirse, y comenzar aquella série de agudos argumentos, tan sarcásticamente dichos; especie de acrobatismo intelectual en que es muy ducho, y en que da saltos mortales, y baila en la cuerda floja, y sostiene el balancin, y divierte y hasta marea, y cree resolver un problema con un sofisma, y engañar al país como deslumbra á su adversario. Y mientras tanto se pasaban cinco años más, cinco años de comicios, de elecciones, de juntas preparatorias, de actas, de votos, de discursos, de sesiones, de asambleas ruidosas, y el país se dormia confiando que en el fondo de las urnas se encontrará su felicidad.

¡Cuánto se nos decia por sostener el retraimiento! ¡Qué de argumentos se dirigian, que muchas veces se clavaban en mitad de nuestro corazon desgarrado! Tratais, se nos decia, de destruir el régimen representativo. Tratais de empobrecer al país que se muere de hambre en su aislamiento. Despreciais la propaganda que ha sido la gloria de la democracia, su gloria en la prensa, su gloria en el

Congreso, su gloria en el Ateneo, su gloria en todas partes. Cerrais las puertas á esos jóvenes oradores que están pugnando por abrirlas, por entrar vencedores dentro del Parlamento, por alcanzar esa fama de la palabra que tanto embriaga y á que aspiran hoy en vano, despedazados los restos últimos de la tribuna. Estais en actitud revolucionaria, y la revolucion no viene. Y nosotros, oyendo estos argumentos, pesándolos, haciendo esfuerzos supremos por el triunfo de nuestra opinion, veíamos el retraimiento condensarse, estenderse y arrebatar á la union liberal todo el aire en que creia respirar la vida.

El retraimiento triunfó completa, absolutamente. Quizá nunca fué tan radical, tan estendido, tan profundamente meditado, tan revolucionario. *El Progreso Constitucional* declara, que aunque vayan progresistas al Congreso, no tendrá representacion allí el partido progresista. Un periódico aferrado á la idea de que el retraimiento debia cesar, dijo en momento de sincera desesperacion: EL PAIS NO NOS HA OIDO: EL PAIS SE RETRAE.

No son estas ú otras fracciones las que se retraian; era el país, el país entero. Solo iban á votar los electores artificiales, los electores autómatas que habia fabricado el Sr. Posada Herrera; los pobres empleados que el ministerio azota con el látigo de una cesantía. Y es porque el país es el partido liberal, y el gobierno estaba fuera del país, estaba en manos de los reaccionarios. El país es la clase propietaria que no quiere tantas contribuciones, y la clase trabajadora que no quiere tantos y tantos gravámenes, tanta y tanta amarga servidumbre. El país es la jóven generacion que anhela para su conciencia libertad; para su idea voz. El país es la inteligencia, la riqueza, el crédito, el trabajo, el comercio, la agricultura, la industria, la tierra, que no pueden vivir, que no quieren vivir con la censura, con los fiscales de imprenta, con los jueces amovibles, con los gobiernos militares, con los conventos reedificados, con las camarillas omnipotentes, con tanto clérigo faccioso, con esas contribuciones odiosas, con el consumo que arranca el pan á la boca del pobre, con el arancel que nos acosa, con el estanco que mata la riqueza, con este sistema medio teocrático, medio feudal que es la consagracion del error, el triunfo de la barbárie.

El país, con su admirable instinto, ha comprendido el bien, y con su voluntad invencible lo ha realizado. El retraimiento acababa de triunfar en toda la línea. «Quejaos, decia un orador, vosotros, los que habeis traido al país á este trance de muerte. Quejaos, los que nos habeis proscrito. Quejaos, los que nos habeis llamado ilegales. Quejaos, los cubileteros de oficio, los grandes amañadores de elecciones; quejaos, si quereis. Gritad cuanto querais, al ver vuestra obra de perdicion. Nosotros creemos haber cumplido un deber de conciencia. Por vez primera, vuestra vida ó vuestra muerte política estaba en nuestras manos. Pues bien, con salir del retraimiento os vivificábamos. Con permanecer en el retraimiento os matábamos. Hemos preferido vuestra muerte..... Manes de Sixto Cámara, de Ruiz Pons, de Moreno Ruiz; mártires de 1856, estais vengados.»

El nuevo Congreso salvaria á la Reina. Imposible, completamente imposible.

Nunca el retraimiento fué más unánime; nunca más amenazador. Allá salieron diputados en Carmona dos representantes indisciplinados del partido progresista. Fuera de esto, la union liberal abandonada á su soledad, envuelta en el silencio de la muerte, sostuvo una gran batalla con los muertos, con los neo-católicos. El triste Tejado, el lastimero Aparisi, el hábil Nocedal, el jesuítico Orti y Lara, Clarós el estrambótico, el autor del Canónigo, y algunos ilustres vizcainos, cuyos nombres jamás se caerian de nuestros lábios si los supiésemos pronunciar, fueron á escribir en el Congreso su protesta contra el reconocimiento del reino de Italia. Así que

columbraban á D. José Posada Herrera, creian que era el canuto donde se encierra el diablo.

«Ahí los teneis; están muertos, decia un periódico, porque la idea que representan es una idea muerta; están muertos porque el espíritu ha huido de su seno; están muertos porque todas las instituciones en que se cobijan son instituciones caducas, están de todo punto corrompidas, disueltas; y sin embargo, señores de la union liberal, os asustan, ponen miedo en vuestro corazon y en vuestra conciencia.»

«¿Por qué es eso? ¿Qué significa eso? Os lo han dicho ellos mismos que al presentarse por cuatro ó cinco ó más provincias han mostrado una vez más cuánto desconfiaban de su victoria; os lo han dicho ellos mismos. No valen nada por sí, no representan nada por sí, no importan nada por sí, ellos, no significaban nada por sí, ellos lo han dicho. Son muertos que entierran á sus muertos, y ya sabeis, como decia la balada alemana, cuán de prisa se van los muertos.»

«Pues bien, ¿cómo es que os asustais? ¡Ah! No os asustan por lo que son en sí, os asustan por las influencias que tienen á su espalda, por los poderes que los protejen, por las corporaciones que los sustentan, por la gran nube de oscuros privilegios que rodea sus frentes maldecidas.»

«Si la union liberal siente mordido su seno ¡ay! no culpe á nadie, cúlpese á sí misma que ha abrigado la serpiente. Si la union liberal conoce la inmensa influencia que anormal é inconstitucionalmente, tienen esos benditos señores, poco temibles en una controversia porque hablan un lenguaje que no comprende el mundo moderno, vea quien le ha dado esa influencia sino los que nunca tuvieron valor para desarraigar la intolerancia religiosa. Si la union liberal tiembla delante de ellos, más, pero mucho más debiera temblar delante de su propia conciencia.»

«¿Quién tuvo cinco años el poder y sostuvo la prévia censura, y mató con grande ahinco toda aspiracion liberal, todo conato de reformar las creencias escolásticas y tradicionales? ¿Quién desenterró los muertos y enterró los libros? ¿Quién reveló al mundo la inmensa influencia de Sor Patrocinio? ¿Quién se colgó del cuello el relicario, empuñó el cirio, dobló su cabeza para besar el anillo de los obispos? ¿Quién declaró legal toda influencia neo-católica, esa influencia que se va, y facciosa la influencia de la grande idea del porvenir? Esos grandes crímenes de esa civilizacion, crímenes han sido de los unionistas.»

«Que sean castigados ahora por los neo-católicos; que lo sean. Hay Providencia.»

Habian triunfado los vicalvaristas en el resto de la nacion. ¿Y quién votaba á los vicalvaristas? La inmensa falange de empleados que segun la nueva ley electoral, tenian derecho de nombrar á los que deben arreglar los negocios del presupuesto.

Entre el Sr. Posada Herrera y el presupuesto decidieron el éxito de las elecciones. Allí donde el presupuesto y el Sr. Posada Herrera obraron de consuno, dieron la victoria á los vicalvaristas: allí donde solo obró el presupuesto, triunfaron los neos y los moderados. Todo aquí se resuelve en cuestiones de presupuestos. No es el país quien elige sus representantes, quien los elige es el presupuesto.

Examinad el resultado numérico de las elecciones: compulsad el número de votantes con el número de electores inscritos en las listas. Nueve décimas partes de electores se quedaron sin votar. Así el nuevo Congreso resultó elegido por una décima parte de electores. Decid despues de esto que aquellos Congresos eran la verdadera expresion de la voluntad del país. Decid despues de esto que los diputados representaban la voluntad nacional.

Esta extraña situacion política se explicaba por un hecho muy natural, por el retraimien-

to. Esto es tan cierto, que en los dias mismos de las elecciones se explicaba así un periódico de la democracia.

«El retraimiento ha sido el amargo fruto de 30 años de escándalos y de tiranías. Si el comercio se resiente, si la industria se paraliza, si el gobierno carece de fuerzas, las leyes de autoridad, los congresos de prestigio, el sistema constitucional de equilibrio, las luchas parlamentarias de solemnidad, los intereses todos de escudo, los ciudadanos todos de representacion en los asuntos públicos, los partidos todos de aquella actitud legal, que es la paz y la gloria de los países libres; cúlpese, no á los liberales, que han estado luchando y reluchando 30 años con el destino, seguros siempre de ser vencidos; cúlpese á la reaccion criminal y ciega, que nos ha proscrito, que nos ha perseguido y atormentado, que ha hecho de la administracion una máquina de guerra contra nosotros; que ha considerado el voto contrario á sus intereses como una rebelion, y los electores liberales como conjurados; que ha castigado á unos por el ejercicio de sus derechos, que ha corrompido á otros, que ha apenado á todos, concluyendo por conseguir que el derecho electoral sea en nuestra España, como el derecho curial era en los últimos dias del Imperio romano entre aquellos municipios degradados, una calamidad horrible que aborrecen los ciudadanos y los pueblos por su esterilidad completa para el bien.»

En esto los meses frios venian y el cólera se ahuyentaba. La Reina debia volver á Madrid, y los periódicos de oposicion y los comités discutian largamente el medio de manifestarle públicamente el hondísimo disgusto del pueblo. Advertido el gobierno, se apercibió á rechazar por la fuerza y á disolver por las armas toda manifestacion. Los partidos liberales, seguros de su victoria y deseosos de no comprometerla en aventuras inútiles ni malograrla por tentativas prematuras, prohibieron toda clase de manifestaciones. Para que la Reina pasase desde la estacion del Norte á Palacio, fué necesario aglomerar allí fuerzas de infantería, caballería y artillería. La Reina, contra su costumbre, y más en estacion tan fria, en Diciembre llegó muy temprano, sin ver en el tránsito ningun rostro que la sonriese, ninguna mano que la saludase, ningun obsequio ni felicitacion fuera de los frios obsequios y felicitaciones oficiales. Aquel mismo dia *La Democracia* puso á la cabeza de su número estas palabras de Mirabeau: «El silencio de los pueblos es una gran leccion para los reyes.» ¿Y qué sucedió? Dejemos hablar al mismo periódico, que daba cuenta así de sus desventuras.

«*La Democracia* de ayer ha sido denunciada. Hemos visto venir al señor juez de imprenta á nuestras oficinas, poner la mano sobre nuestros ejemplares, llevárselos, y apenas nos atrevíamos á creerlo. El conde Mirabeau, el fundador del sistema constitucional en Francia, y por consiguiente en el continente europeo, el que arriesgó su vida y su honra por salvar á la rama primera de la dinastía de los Borbones, ha sido ayer denunciado en las columnas de *La Democracia*. Ahora pueden los señores jueces obedecer fielmente la circular del Sr. Corzo, del implacable fiscal supremo español, y darse á recoger en una espuerta los huesos de Mirabeau y lanzarlos allá en el Saladero, en la nueva inquisicion, en el templo que habeis levantado á la libertad del pensamiento.»

«¡Denunciar á Mirabeau! Al denunciarlo habeis denunciado todo un siglo, toda una revolucion. Era aquel hombre el espíritu nuevo que tronaba en palabras sagradas, en palabras inacabables, cuando la revolucion hacia estallar el viejo mundo feudal. Era aquel hombre la condensacion de las quejas de 15 siglos. Por eso su palabra tenia la grandeza de la justicia, el horror tremendo del castigo. Él mismo no sabia todo lo que se ocultaba en su cerebro, todo lo que hervia en sus pulmones de cíclope. Mirabeau es algo

más que una persona, es la personificacion de las revoluciones modernas con sus desórdenes, con sus violencias, pero con su luz inmaculada que tiñe toda la tierra.»

«Nuestro juez de imprenta se ha sentado sobre su sepulcro para pedirle cuenta de sus palabras. ¡Sus palabras! Buscadlas en las ruinas amontonadas por la revolucion, en las frias cenizas de la inquisicion apagada, en las ruedas del tormento rotas, en la Bastilla pulverizada, en el derecho divino, esa usurpacion de la Providencia, arrancado á la frente de los reyes. ¡Sus palabras! Han formado la atmósfera que respiramos, el aire de que vivimos, la luz que hay diseminada en esta sociedad, y es tan seguro que allá el señor juez de imprenta, en el interior de su conciencia, que no conocemos, en el secreto de su voluntad, que no escudriñamos, se rie de su propio ministerio, y conoce la ineficacia de sus secuestros.»

«El Oriente perseguia á los demonios, la Edad Media á las brujas, ahora perseguís á las ideas. ¿Podríais contener la risa si os presentaran algun reo ante los tribunales diciendo que estaba embrujado? Y sin embargo, aún subsisten leyes relativas á las brujerías y al mal de ojo. Pues bien: los venideros no creerán, cuando las ideas tengan todo el espacio infinito de la conciencia que Dios les ha concedido como á los astros el cielo, los venideros no creerán que las ideas hayan sido perseguidas en un siglo llamado de libertad y de progreso. Esto no puede subsistir mucho tiempo. Cada editor, cada escritor que cae en la cárcel es un golpe más dado en la honda huesa de los poderes tiránicos.»

«Pero no es solamente un crímen repetir palabras de Mirabeau; es un crímen hablar del cólera, un crímen recordar nuestras angustias, un crímen alabar la caridad del pueblo de Madrid, un crímen enaltecer la sociedad de *Los Amigos de los Pobres*, un crímen recordar por qué milagro de caridad se salvó el vecindario, un crímen poner una flor sobre el ataud de Ancares y de Zavala.»

«¿De qué hablaremos? *La Correspondencia* noticia el regreso de la Reina. Dice que algunos obreros la victorearon en la puerta de la Casa de Campo. Conste que dice algunos. Añade que la mayor parte de los balcones se hallaban ornados. Conste que no dice todos. No habla nada de aquel entusiasmo que tan pintorescamente trazaban cuando el viaje de la reina á las Provincias Vascongadas, donde hasta los perros ladraban de frenético delirio. Conste que nada dice *La Correspondencia* de entusiasmo en Madrid. Nosotros, nosotros podemos asegurar que sólo oimos el doblar de las campanas, el redoblar de los tambores, el vibrar de los clarines, el rodar de los cañones, grande estruendo; nada más. Esta noche hace un gran frio. Madrid está á oscuras.»

La prensa moderada llegó á un exceso de susceptibilidad increible. Ante todo le pareció odioso que los demócratas hablásemos de la elocuencia del silencio. Como uno de los periódicos más leidos hubiera publicado en el mismo dia, un artículo bien inteligente por cierto, encareciendo la magnanimidad de la Reina al decidirse á regresar á Madrid, tambien fué acusado de malévolo y sedicioso. ¿Pero qué más? Al ministerio mismo se le acusó de antidinástico y enemigo de las instituciones fundamentales por haberse permitido recordar «en una forma nueva y desusada,» ó sea por medio de una real órden á los generales moderados, la conveniencia de asistir á la ceremonia oficial, cuando como decia *El Pabellon Nacional*, siempre acostumbran los moderados, sin necesidad de tales recuerdos, rendir su respetuoso homenaje á la Reina.

Detengámonos un momento. No se trataba ya del partido democrático, siempre odioso por haber mostrado el audaz propósito de trasformar la naturaleza de todas nuestras instituciones: ni siquiera del partido progre-

sista cuyas populares tradiciones que no habian sido perdonadas, sino del partido conservador mismo, de la más valerosa ya que no podamos decir tambien, de la más liberal de las fracciones del partido conservador. Que el vicalvarismo no ha mostrado constantemente un exceso de fervor monárquico, es indudable: pero que ha prestado al trono y la dinastía, poco más ó ménos los mismos servicios que el partido moderado les haya prestado, es tambien exactísimo. Alguna vez, en 1854 por ejemplo, pudieron advertir los monárquicos sinceros cuán preciosa podia ser y fué de hecho su cooperacion. En 1856 no es aventurado conjeturar que al vicalvarismo debió el trono su redencion. ¿No se ha dicho además, sin que se contestase satisfactoriamente, que en 1865 como en 1858 los enemigos del órden público y de las instituciones, hubiesen llevado á cabo sus planes sin la inesperada presencia del general O'Donnell en los negocios públicos? Y sin embargo se acusaba en estos momentos vivamente al general y sus amigos de deslealtad; se le acusaba vivamente de varias tentativas peligrosas para la seguridad de las instituciones fundamentales, se le censuraba porque *habia retenido* á la Reina tanto tiempo fuera de Madrid, se le señalaba á la cólera de los inmortales hasta por haber aconsejado á la Reina que regresase á Madrid en un dia más ó ménos próximo, en una hora más ó ménos solemne. Nadie suponia que semejantes acusaciones fuesen sinceras. No eran nada ó significaban mucho. No se vierten insinuaciones malévolas sobre la lealtad política del jefe de un gabinete monárquico, sino cuando los indicios de que falta á ella son tan graves que rayan en los límites de la evidencia.

Pero la verdad es, que el general O'Donnell á quien ante todo libraba de toda sospecha en este punto la tradicion monárquica que conservara durante la guerra civil, y de la cual no se apartaba en el fondo ni en los momentos en que más necesitado se veia del auxilio de las pasiones revolucionarias; el general O'Donnell, no dió nunca pretexto para estos ataques. Si ha obrado á veces con cierta ligereza al tratarse de ciertos objetos, si ha recurrido en alguna á la fuerza para imponer su voluntad, no han obrado á su vez de una manera mucho más respetuosa los moderados sus enemigos, y por otra parte, hay que tolerar algo á una naturaleza más altanera que delicada; si adiestrado por un ejemplo tan pernicioso como constante, ha vacilado poco en los medios, ante la seguridad de obtener un fin ardientemente anhelado. Pero el general O'Donnell ha reconocido á Italia se dirá. ¡Ah, es verdad! El general O'Donnell ha reconocido la obra de la revolucion italiana: el general O'Donnell no ha sido tan inepto, que creyese que podia conservarse la mitad del tiempo que el general Narvaez vivió sin modificar el *aspecto* del régimen actual, y ha ensayado una reparacion á la Universidad y ha detenido por algunos dias la persecucion á la imprenta y ha trasformado la ley electoral y ha solicitado una relacion cortés con Italia. ¡Desdichado! ¿Ignoraba por ventura que aquí no sólo estaba privada de favor la libertad, sino que por hipócritas que fueran hasta los homenajes á la libertad se hallaban proscriptos?

El principal objeto de la vuelta de la Reina fué asistir á una ceremonia oficial, á la apertura de las Córtes. Abriéronse las Córtes; otras Córtes nuevas abandonadas por el partido liberal en masa. No es posible concebir, no es posible, por consiguiente, explicar el frio intensísimo á que habian llegado estas ceremonias oficiales. Se tocaban las campanas de las iglesias circunvecinas, se disparaban los cañones, se ponian unas cuantas colgaduras á las ventanas, se enarenaban las calles, salian coches de concha cubiertos de oro riquísimo, tirados por caballos que ostentaban lujosos plumajes en sus briosas cabezas; la córte desplegaba todo su lujo, los bordados cruzaban el pecho y las espaldas de

los caballeros, las perlas y los diamantes parecian como llovidos sobre la frente de las señoras; todo cuanto podia mostrar explendor, se ostentaba allí; pero lo único que no parecia, lo único que no se sentia era el corazon del pueblo, que da calor á todos estos actos de la vida pública.

¡Qué diferencia de otros tiempos y de otras Córtes! Cuando se abrian, no ya aquellas Córtes del año diez, que llevaban en su seno la regeneracion de la pátria, sino los mismos Estamentos del año treinta y cuatro, la esperanza rebosaba en todos los corazones, el entusiasmo salia de todos los pechos, llenando los aires con atronadores gritos. Nosotros, hemos visto tambien abrirse unas Córtes, en torno de las cuales se agrupaba todo el pueblo; nosotros hemos visto abrirse las Córtes Constituyentes de 1854. ¡Qué ansiedad tan grande en el país! ¡Qué deseo tan intenso de leer en el espíritu de los diputados y escudriñar sus intenciones! ¡Con qué afan seguian los pueblos á aquellos hombres, casi todos nuevos, que iban á abrir profundos surcos en esta tierra sedienta de libertad!

¡Todo háse cambiado, todo! Abrian unas Córtes en medio de la mayor indiferencia. Algunos curiosos acudian á las tribunas á ver el brillante espectáculo que ofrecia una córte de gala. Algunos diputados adictos al ministerio vociferaban, sin calor ninguno vivas, que se estrellaban en las paredes, vivas sin resonancia, vivas sin ecos. Despues de esto, muere todo, se acaba todo, y quedan unas Asambleas donde las artes de la intriga suceden á las antiguas artes de la palabra y á la gran táctica parlamentaria; y el hielo de la indiferencia cae sobre el corazon del país.

Repitióse, pues, la escena de todos los dias, la escena de siempre. Mucho bordado, mucha perla, mucho diamante; los ecos de las músicas, el estampido de los cañones, el redoblar de los tambores, el repicar de las campanas, todo, ménos los latidos del corazon del pueblo. Creimos notar que, no obstante las seguridades de la prensa oficial, la salud de la Reina estaba profundamente alterada. En algunos párrafos la emocion de su voz era tal, que velaba materialmente los conceptos. La apertura estuvo, pues, más fria aún que la atmósfera cargada de nieve.

En cuanto al discurso, ¿qué diríamos del discurso? Hacia pocos dias que al otro lado del mar se abria tambien un Congreso. Allí no habia bordados, ni entorchados, ni bandas, ni cruces, ni placas. Eran los que celebraban aquella ceremonia unos hombres sencillos, que creen que no hay en el mundo título superior al título de ciudadano. El oscuro hijo de un artesano, de un sastre, elevado á la presidencia, al gobierno de aquella grandiosa nacion, leia un largo discurso. ¡Cuántos problemas, cuán difíciles! El gobierno de nuevos Estados reconquistados al regazo de la patria; la suerte de cuatro millones de hombres arrebados á la esclavitud; el destino reservado á un ejército formidable, cuyas victorias son las más honrosas para el género humano; el cambio de la administracion militar por la administracion civil; el pago de una deuda crecidísima; un conflicto con Inglaterra por la cuestion de los beligerantes, otro conflicto con Francia por la cuestion de Méjico, y en medio de todo esto, qué seguridad en lo presente, qué confianza en lo porvenir, qué sencillez de medios, qué admirable economía de recursos, qué grandeza de fines! Comparad el discurso que el presidente de los Estados-Unidos acababa de leer, con el discurso que los ministros responsables habian puesto en los lábios de la reina de España: comparadle, y á vuestra conciencia dejamos el juicio que de la comparacion resulte.

El párrafo más importante del discurso era el relativo á Italia ¿Se decia que el ministerio iba á mostrarse orgulloso de su obra; que iba á encarecerla altamente? Nada de eso. Dos palabras dichas de corrido, precipitadamente. Y al lado de esta concision, un largo párrafo

en que se encarecia lo mucho que el gobierno estaba dispuesto á hacer por la Santa Sede, por el Padre comun de los fieles, por el poder temporal del Papa, todos los tópicos de los neo-católicos. Puede decirse que la union liberal arrojó el discurso de la corona á los piés de los obispos. Y, sin embargo, los obispos brillaban por su ausencia. Solamente se veia en aquel sitio al reverendísimo patriarca de las Indias, aquel que atribuyó al Espíritu Santo unos versos de Horacio. *La Regeneracion* habia triunfado sobre los obispos. De todos modos, unas Córtes más; pero de esas Córtes alejado, completamente alejado el país. Mucho ceremonial; debajo nada.

Por los últimos dias de Diciembre hubo en Madrid otra manifestacion política por extremo grave y significativa, de una gran trascendencia, pues demostraba la inmensa impopularidad á que habia llegado la córte.

Si hay aspiracion noble, aspiracion generosa; si hay idea que pueda tocar en lo más íntimo de nuestro corazon como españoles; si hay trabajo digno de una generacion afortunada, es la union de España y Portugal. Estas dos naciones que habian sido una sola bajo el yugo romano, y bajo la dominacion visigoda, se separaron en aquel grande fraccionamiento que trajo naturalmente á España como á toda la Europa occidental la irrupcion del feudalismo. Sancho el Mayor de Navarra, respiró esta idea feudal allende el Pirineo, y la trajo al corazon de Castilla. Sus hijos, sus descendientes, olvidaron la idea germánica de la electividad de los reyes, y consideraron los reinos diversos como patrimonios particulares suyos, como una heredad, y los dividieron entre sus hijos. De aquí provino el error de aquel rey que no queremos nombrar, el error de dividir España y Portugal entre sus hijas. Portugal tuvo un gran fundador, uno de aquellos reyes feudales, cuyo arreo eran las armas, cuyo descanso era pelear. Varias alternativas ha tenido la division de España y Portugal. Pero se hubieran las dos naciones enlazado poderosamente, si la casa de Austria no hubiera tenido aquella feroz política que fué la causa de todos nuestros males. Portugal conservó á la dominacion española, el horror que Bélgica, el horror que Holanda. Los pueblos hermanos quedaron separados para siempre por el cetro de hierro de la casa de Austria, más temible que la guadaña de la muerte.

Y si se examina la historia se verá que, unidos ó separados, siempre ha sido uno el espíritu de España y Portugal; uno su carácter, una su vida. Sangre celta y sangre ibera discurre por las venas de sus primitivos pobladores. Lusitano era sin duda el primer héroe que representa ante Roma el principio de nuestra nacionalidad. Los dos pueblos caimos en un dia al pié de la Ciudad Eterna. Los dos recibimos con cortas diferencias los mismos elementos germánicos. Los dos fuimos redimidos casi por unas mismas manos. El jóven Alfonso V murió mártir de su fé al pié de los muros de Viseo. En Calatañazor soldados portugueses habia, en aquella batalla que quebrantó al gran coloso, el califato de Occidente. En el Salado, en la batalla que cerró al africano las puertas de España, habia tambien soldados portugueses. Y en el siglo décimo quinto, si nosotros descubrimos el camino del Nuevo Mundo, ellos descubren el camino del antiguo; si nosotros revelamos la tierra de lo porvenir, ellos revelan la tierra de lo pasado; y unos y otros, audaces navegantes, poblamos el Océano de leyendas, de maravillas, de milagros.

Y el trabajo social es el mismo. Cuando el feudalismo es vencido en España, es vencido en Portugal. La monarquía llega en los dos paises á un mismo tiempo; el feudalismo á su período de exaltacion en las dos grandes personificaciones del terror monárquico, en el siglo XIV. A un tiempo cayó en una y otra tierra el poderío de la nobleza. A un tiempo se implantó la monarquía absoluta. A un tiempo entró en el gobierno la filosofía del

pasado siglo; allí con Pombal, aquí con Aranda. Nos unió la guerra de la Independencia, en que defendimos una misma causa. Nos unió la guerra civil, pues á un tiempo entramos en las condiciones del régimen constitucional. ¿Quién será capaz de desconocer que España y Portugal deben ser una sola nacion?

Si es verdad que tiene una historia gloriosa, tambien la tiene Navarra que venció á Cárlo Magno; tambien la tiene Galicia que venció á los normandos; tambien la tienen las provincias Vascongadas que constituyeron una república; tambien Aragon que fué el modelo de la política de la Edad Media; tambien Cataluña y Valencia que dominaron el Mediterráneo; tambien Andalucía que civilizó al mundo con las escuelas de Córdoba y Sevilla, y envió al Atlántico los compañeros de Colon, los descubridores del Nuevo Mundo. No hay una provincia desde Asturias á Extremadura que no tenga una gran gloria que ofrecer, y á veces una nacionalidad que recordar. Casualmente los caractéres de nacion que Portugal tiene, lo habilitan más para la union con España, una union á semejanza de la que existe entre los Estados-Unidos, basada en la descentralizacion política, en la descentralizacion económica, en la descentralizacion administrativa. Esta union es indispensable hoy que las dos naciones latinas constituyen dos grandes y poderosos grupos. Los medios de la union no hay para qué decirlos; sobradamente los saben por una larga esperiencia los pueblos modernos.

Casualmente Portugal daba entonces gloriosos ejemplos á la Península toda, de su adhesion á las ideas del siglo presente; esa adhesion que lo constituyen hoy en la Bélgica del Mediodía. La Constitucion se observaba por su rey con una fidelidad digna del finado Leopoldo. Sus Cámaras eran elegidas sin que se proscribiese sistemáticamente ningun partido. Sus obispos no se sublevaban cuando se trata de reconocer el reino de Italia. La prensa era completamente libre. Allí no habia escritores en la cárcel. El jurado ejercia en la administracion de justicia su admirable ministerio. El sufragio confinaba casi con el voto universal. La asociacion era permitida. La tolerancia religiosa completa. Discutiase el registro civil y el matrimonio civil, que arrancaban á la teocracia la tutela de la familia. Los aranceles eran muy bajos. Portugal era un pueblo libre. Su rey, lejos de tener escrúpulos indignos del siglo XIX, se ha enlazado con la hija de Víctor Manuel y habia entrado en la familia de Saboya, en el momento mismo en que el látigo de la excomunion caia sobre esa familia por el enorme crímen de haber salvado á Italia en Palestro y San Martino.

¿Se extrañará ahora el recibimiento que el pueblo de Madrid, en los dias últimos de Diciembre, dispensara al rey portugués? Por muy demócratas que sean los pueblos, y Madrid lo es mucho, no dejan nunca de estimar á reyes adictos al pacto constitucional, como lo son indudablemente los monarcas lusitanos. Verian con mayor satisfaccion á esos hombres, que como Lincoln, ó como Juarez, sostienen el pabellon de la democracia en el Nuevo Mundo. Pero en el estado presente de Europa, en esta conspiracion tramada por el cesarismo de un lado y el neo-catolicismo de otro, para llevarnos á la dictadura ó á la teocracia, son todavía de apreciar aquellos reyes que no se dejan dominar por camarillas frailunas, y que viven dentro de la atmósfera de su siglo. Uno de estos es el rey de Portugal.

Madrid le dispensó la acogida más benévola, acogida que no dispensa este pueblo á todos los reyes. Lo mismo en el anden de la estacion que en la plaza de palacio; lo mismo en la plaza de palacio que en la Cuesta de la Vega; lo mismo en la Cuesta de la Vega que en el puente de Segovia, los vivas que se dieran no eran muestras de adhesion á una persona, á un monarca; eran vivas á las ins-

tituciones liberales tan en armonía con el espíritu del siglo, con el carácter de este gran pueblo de Madrid, que cada dia siente más la necesidad de entrar en el concierto de las naciones europeas por esas reformas que son la primera, la más sagrada de las emancipaciones posibles, la emancipacion del espíritu.

El sentido liberal del pueblo de Madrid no podia dejar en esta ocasion de dar una muestra de sus sentimientos de adhesion á la causa liberal. Esta y no otra es la significacion del grandioso espectáculo ofrecido por Madrid en la primera visita del rey de Portugal. Podia resumirse en esta fórmula: Todo por la libertad; nada con los enemigos de la libertad.

Y es de notar que el rey de España iba junto al rey de Portugal y veia las manifestaciones de ódio á su raza, mezcladas, confundidas con las manifestaciones de entusiasmo á la raza reinante en Portugal. Bien es verdad que el espíritu neo-católico llegaba á los últimos extremos de exaltacion y de fanatismo. Protegido por el episcopado y por la córte, publicábanse unas letanías lauretanas cuyo objeto era dar algun donativo al Papa envuelto en apotegmas religiosos, y en máximas católicas.

Tristes síntomas en verdad ofrecian las antiguas creencias, las antiguas ideas. Al repasar los diarios neo-católicos, despues de leidas las letanías lauteranas, á la verdad nos quedábamos entristecidos, consternados. Para ciertas almas, para ciertos temperamentos que creen posible la vida en una sociedad sin ideal, en una sociedad sin aspiraciones á lo infinito, en una sociedad sin creencias, las letanías lauretanas, ó no significan nada, ó son asunto de pura risa, asunto de chistes más ó ménos fundados, de ironía más ó ménos fina, asunto de burla. Nosotros, sin dejar de compadecer tanta decadencia moral, tan profunda ignorancia; sin dejar de sonreirnos al cúmulo de insignes ridiculeces que contenian esas listas sacrílegas, sí, sacrílegas porque profanaban el sentimiento religioso; sin dejar de compadecer lo que es digno de compasion, ni de reir lo que es digno de risa; nosotros, allá en el fondo de nuestros sentimientos, en el *substratum*, digámoslo así, de nuestras ideas, lo que encontrábamos ¡ay! era una pena profunda al ver las creencias que se habian apoderado de los que tienen exclusivamente á su cargo dirigir el espíritu religioso de un país tan grande como España.

La opinion estaba verdaderamente escandalizada. Ya no es la fé aquel aroma purísimo que llenaba de virtudes toda el alma. Ya no es la musa que inspiró á Calderon, que trazó las vírgenes de Rafael y de Murillo, que filigranó las agujas de la catedral de Búrgos, y levantó en los aires la asombrosa cúpula de San Pedro, para comunicar los sepulcros de las generaciones paganas con el cielo de los cristianos. La fé de nuestros neo-católicos, de los que escriben esas letanías patrocinadas por los obispos, impresas en los periódicos, recomendadas por las sacristías, esa fé es una odiosa bacante tomada del vino de todas las malas pasiones. En primer lugar, ¿qué fé es esa, que fé es esa que anda á campana herida publicándose en los periódicos? Esa fé se pareceria á una doncella que para mostrar su rubor saliese desnuda por la calle. «No sepa la mano izquierda el bien que haga la mano derecha.» «No os parezcais á los escribas y fariseos que oran en el templo á gritos.» Así hablaba Cristo. La fé al uso es un mercado, la fé que los periódicos neo-católicos escriben á clarin herido y á tambor batiente, es una blasfemia.

El salir á luz tan descaradamente ya es un mal. ¡Pero si al ménos fuese pura! Mas vedla y horrorizaos. Cierta devota en versos que son una ofensa al sentido comun, y otra ofensa al sentido moral, llama á los revolucionarios hidras, y pide al cielo su exterminio. De suerte que esta Judit neo-católica seria capaz,

por salvar la redaccion de cualquier periódico absolutista, de llevar un churí en la liga, y acometer con él despiadadamente á esas hidras, cuyo exterminio pide al eterno amor, á la bondad eterna. Otro llama hipócritas embusteros á los liberales de Italia, palabras envueltas en una nube de incienso, y dichas entre un par de casillas del rosario glorioso, ó del trisagio que Isaías oyó cantar en el cielo. Otra, en celebracion de la fiesta de María, insulta á dos sacerdotes como Medina y como Aguayo. Si mañana creyera que debia matarlos, en verdad los mataria despiadado *ad majorem Dei gloriam.* Uno le pide á la Vírgen, en latin horrible, que aplaste la cabeza de sus enemigos. De suerte que éste, no atreviéndose á coger una maza y hacer de los sesos de los liberales una tortilla, se lo encomienda á la Vírgen María, como si la Vírgen fuera algun capitan de asesinos. Un fraile pide, á la madre de Jesús, que aplaste la obra iniciada en el Calvario, la civilizacion moderna. Un catedrático del Seminario de Tuy, entre erupto y erupto, ha lanzado esta oracion salvaje, especie de bocanada de bílis y sangre sobre la Vírgen María durante todo el tiempo de las elecciones: *contere caput malignantium et Pio obsidiatium, sicut contrivisti caput serpentis.*

Pero continuemos. Un señor de Oviedo, para dirigir una oracion aceptable á la Vírgen, diserta largamente sobre la union liberal. Otro, de Bronchales, lanza sobre los reyes el siguiente párrafo, que si lo hubiéramos escrito nosotros anochecemos en el Saladero: *Santissime Pater, Dominus à dextris tuis, confregit in diæ iræ suæ reges.* Otro llama al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo á esta obra de misericordia: «aplasta la impía francmasonería, que intenta insensata destruir nuestra santa religion.» Otro: «Confunde al dragon infernal y á sus secuaces.» Estos somos nosotros. Otro dice lo siguiente: *Non transibit per eam pollutus.* Otro le llama á Cristo capitan y le pide seis plazas de soldado para su hijo. ¡Capitan! ¡Qué profanaciones! Otro ruega á la Vírgen que salgan diputados reaccionarios de las urnas. La pluma se nos cae de las manos al ver profanado así lo más puro, lo más íntimo, lo más esencial que hay en nuestro sér, el sentimiento religioso. Esto es horrible, esto es verdaderamente escandaloso.

Pero no creais que llegan aquí las atrocidades. Hay más: hay un escándalo digno de la *Llave de Oro;* hay una proposicion, que es una blasfemia escupida á Dios. Léase esta proposicion tal como ha salido en un periódico que blasona de católico entre los católicos, y si nuestros lectores tienen la desgracia de comprender todo su sentido, se horrorizarán como nos hemos horrorizado nosotros:

«Vírgen Santísima: así como toda la Beatísima Trinidad estuvo pendiente (á nuestro »débil modo de entender, pues nada sucede »en tiempo que no esté determinado desde la »eternidad) de vuestra resolucion para que »en vuestro castísimo seno se verificase la »Encarnacion del Divino Verbo; del mismo »modo lo estuvo de aquella excelentísima »union de vuestros Santísimos padres Joaquin »y Ana, de la cual fuísteis concebida.»

¿Puede darse una blasfemia mayor? El Criador pendiente de la criatura. El que hizo los cielos y la tierra sujeto á un sér inferior á él, muy inferior á él. La Vírgen María, elevada poco ménos que á la categoría de Dios, ¿qué? á la categoría de un sér superior á Dios. Una criatura elevada á ser una persona más de la Trinidad. Dios, aquel Dios cuyo nombre no se atreverian á pronunciar nuestros padres de Israel, por miedo de que les quemase los lábios, subordinado al matrimonio de Joaquin y Ana. ¿Puede darse una herejía mayor?

Notad lo que está pasando; notad cómo nos invade el paganismo por todas partes. La idea del Dios-espíritu se ha oscurecido completamente en la conciencia. Durante la Edad Media, ni un templo siquiera, ni un solo templo al Eterno, á Dios, al polo inmóvil de la vida. Y ahora, ya no solamente se oculta la idea del

Creador por la idea de las criaturas, sino que se levanta blasfema, sacrílegamente á María sobre Dios. De aquí esos libros devotos, que son eróticos; esos sermones, que se olvidan de las eternas leyes de la moral; esas invocaciones, á veces ridículas; el cristianismo sustituido por una especie de paganismo que recuerda las fiestas de Vénus y de Adonis; y el clero puesto á servicio de una escuela política como Sinmaco, cuando se arruinaba el Capitolio, ponia los dioses romanos á servicio del Senado espirante.

Y mientras se toleraban estas bocanadas de superstición neo-católica, en la cárcel yacian editores, redactores de periódicos liberales, víctimas de sañudas persecuciones é implacables venganzas.

Un periódico, esta obra enciclopédica, donde todas las ideas encuentran espacio, todos los hechos anales, todas las artes ecos, todos los problemas desarrollo, todos los dolores desahogo, todas las aspiraciones fórmulas, todas las grandes batallas aliento; un periódico, este libro inmenso que todos leen y que todos escriben; que descompone como el iris los matices de la luz y lleva en su seno como la nube los relámpagos de la tempestad; que es acaso, como la Agera en Atenas, como el Foro en Roma, el sitio donde se congregan todos los tribunados, donde cantan todos los amores por las ideas, y donde rugen todos los ódios; instrumento que no tuvo ninguna antigua revolucion, misionero de que no dispuso ninguno de los reformadores que han, con su idea ó con su palabra, volcado un mundo y engendrado otro; el periódico es hoy, en este inmenso caos donde tantos nuevos elementos sociales se agitan, la obra más penosa, la que más sudores cuesta, la que más vida consume, la que ménos satisfacciones procura; pero al mismo tiempo la que tiene más trascendental influencia sobre la vida y sobre las costumbres; y por esto, sin duda, es el blanco de las iras de los gobiernos reaccionarios; la víctima que demandan en su furor y en su despecho, para vivir una hora más todas las tiranías espirantes.

Escasa defensa en verdad. ¡Para sostener un trono ahogar un periódico! Desde el fondo de sus cárceles anunciaban los perseguidos humildes á los perseguidores omnipotentes la hora suprema de su ruina.

No de otra manera el pobre solitario que la Roma imperial perseguia, aseguraba desde el lecho de cenizas ó desde la rueda del tormento la apocalíptica caida de Roma; y el libre pensador que la Inquisicion ó la monarquía entregaban á las llamas, presentia que de sus huesos calcinados íbanse á levantar chispas de electricidad y de luz bastantes á encender en fé las conciencias, y á consumirlas protervias del despotismo.

Este don de la fé y de la esperanza solamente se acrisola en la desgracia, y á veces Dios lo concede solo á los ignorantes y á los humildes. Pero á este don se debe el doble milagro que intentan todas las revoluciones: la caida de los privilegios y su sustitucion por los derechos. Como la corteza del globo, no es más que la petrificacion de aglomeraciones infinitas de despreciables átomos, la corteza de la sociedad, acaso no es más que la condensacion de la sangre de generaciones innumerables de oscuros mártires. Los apóstoles que el orgulloso romano antiguo no entendia; los oscuros frailes que el alto clero de la Roma católica no se dignaba oir; los puritanos despreciados por la soberbia de la aristocracia inglesa; el estado llano á quien la monarquía absoluta no queria alojar en los antiguos palacios por miedo de que con su sombra los manchase, y que iba á un desmantelado juego de pelota á prestar sus juramentos; estos séres despreciados y despreciables, en el criterio de la reaccion y del privilegio, han creado con sus ideas, con su sudor y con su sangre el mundo del derecho, ese mundo donde el alma se dilata, y brilla

eternamente la justicia. En todas las revoluciones se repite el ejemplo de Holanda; el mendigo triunfa del déspota.

Las ideas democráticas se hallan esparcidas por todas las conciencias, y se condensan, y al condensarse forman un nuevo sistema social. Sucede con las ideas lo que supone la cosmogonía que sucede con los astros. Una gran porcion de sustancia cósmica disuelta, disgregada, precede á su formacion. A los ojos vulgares, esa sustancia cósmica disuelta en los cometas, es una espada de fuego que amenaza al mundo, y á los ojos escudriñadores y penetrantes, esa sustancia cósmica es el anuncio del nacimiento de un nuevo mundo, de un nuevo planeta. Pues bien, las ideas, los sentimientos, las aspiraciones democráticas han compuesto un nuevo estado social, cuya fórmula se halla en todas las conciencias, y cuya realidad debe pronto, muy pronto hallarse en el espacio. No habia un dolor que no se quejára, desde el dolor que siente la conciencia esclava, hasta el dolor que siente la tierra estéril; y cada una de estas quejas llamaba un remedio, y cada uno de estos remedios era una reforma, y en cada una de estas reformas se contenia toda la democracia. Los pueblos saben hoy que no pueden volver al absolutismo, pero saben tambien que no pueden permanecer en el doctrinarismo falso y corruptor. Así como antes de 1789 las quejas de los clubs, de las sociedades secretas, de las juntas generales de elecciones, de los comicios, llegaron á formar toda la revolucion, y á dar en tierra con el sistema absoluto y el sistema feudal, así entonces en España, todo el mundo, pedia las reformas que constituyen el símbolo del partido democrático. Era necesario, era indispensable, pues, fundar una nueva sociedad sobre estos nuevos sentimientos, porque en todos tiempos, cuando el sentimiento y la idea han ido por un lado y las leyes y el gobierno por otro, en abierta y reñida oposicion, se han engendrado más tarde ó más pronto, pero necesaria, indefectiblemente, las crísis terribles y sangrientas.

No hay que dudarlo. La trasformacion del sentido político se realizaba en nuestro tiempo, á nuestra vista, de la misma manera que se realizaron todas las trasformaciones precedentes. Así como en los realistas de 1823 se encontraban inconscientes los soldados de 1836, en las huestes que hasta entonces se habian sacrificado por esta ó por la otra Constitucion histórica, se encontraban las huestes que desde entonces en adelante se santificarian por la Constitucion natural de los pueblos, es decir, por la democracia. Todo aumento, así de la vida moral, como de la vida material; todas las asociaciones, así científicas, como industriales; todos los descubrimientos, desde la máquina que aprisiona el rayo y le obliga á escribir la palabra humana, hasta la máquina que mueve la aguja de coser; todos los movimientos políticos, en un sentido ó en otro, desde el afortunadísimo de Nápoles, hasta el infortunado de Aspromonte; toda reforma, desde las políticas que Gladstone prometia á la aristocrática Inglaterra, hasta las sociales que Johnson afirmaba en Virginia; toda manifestacion del arte verdadero, desde las notas que se escapaban al piano bajo los trémulos y cansados dedos de Rossini, hasta los Comuneros y Puritanos que trazaban la mano jóven y febril de Gisbert, todo este aumento de vida, de ideas, de aspiraciones inquietas y sublimes, todo es revolucion, todo es democracia, porque todo viene á aumentar el magnetismo de los sentimientos de libertad y de igualdad que se encierran en nuestro glorioso siglo.

Cada treinta años cambian los sentimientos y las ideas aun entre aquellas naciones más apegadas á su tradicion y á sus costumbres. No hay en la Europa continental ningun país tan tradicionalista como España. Pues bien; en 1605 éramos esclavos de la Inquisicion y de los frailes, y en 1719 luchábamos á porfía con Roma: desde las visiones

histéricas del Ente dilucidado, especie de delirio nacido de la fiebre devota, íbamos á dar en el regalismo atrevidísimo de Macanaz que casi anulaba el poder de Roma, y en la crítica de Feyjóo que entraba en el santuario y arrojaba las reliquias antiguas á la calle. En 1753 España siente necesidad de paz con Roma, necesidad de paz con el mundo entero, firma su Concordato, establece su neutralidad; y en 1767 espulsa los jesuitas y abre aquella larga contienda con la Santa Sede que acaba por anular á los de Loyola, el ejército organizado y permanente del Papa: sacude la paz poco más tarde, y rompe la neutralidad, y se empeña en larga lucha con Inglaterra por favorecer dos ideas, que vienen á ser como la negacion de toda la historia precedente, la independencia y la República en América. En 1795, por ejemplo, somos el pueblo de María Luisa y de Godoy, el pueblo de los manolos, de los chisperos, de las duquesas dadas al toreo, de las intrigas cortesanas, de las conspiraciones del Escorial, de las serviles complacencias, del murmurar sigiloso, del consentir eterno, el pueblo que solo podia inspirar á Goya sus admirables cartones y á D. Ramon de la Cruz sus admirables sainetes, dos grandes caricaturas; y en 1808 somos el pueblo de la epopeya, el pueblo en que cada ciudadano es un hombre de Plutarco, cada familia una legion de mártires, cada legislador un profeta del siglo, cada ley un golpe de muerte á la monarquía absoluta, á la suprema Inquisicion, al invasor convento; y la luz que sale de Cádiz, y el fuego que sale de Zaragoza y de Gerona, iluminan é incendian al mundo, y entre las ruinas amontonadas por quince siglos de tiranías sin número, reaniman y levantan á Italia y Grecia, las dos Sibilas de la historia.

Hoy los demócratas tenemos ya nuestro ideal hecho nacion; nuestra utopia hecha verdad. Cuando mirábamos antes á los Estados-Unidos, cuando contemplabámos su bandera con sus estrellas, las negras sombras que entre esas estrellas habia, contrastaban la fuerza de nuestra creencia, y desanimaban el impulso de nuestra voluntad. Hoy el ideal se ha purificado completamente; hoy se han redimido los Estados-Unidos sobre las ruinas de Richmond, la proterva Babilonia de donde han salido tres millones de esclavos convertidos en hombres. La democracia moderna tiene ya su ideal realizado. ¿Qué revolucion antigua podrá compararse á esta revolucion que sabe fijamente á dónde se dirige? Todos los grandes movimientos del espíritu humano han tenido un ideal confuso, á veces oscurísimo. El ideal de Tácito era la Germania cubierta de sombras; el ideal de Gregorio VII el imperio antiguo aplastado bajo seis siglos de catástrofes y ruinas; el ideal de Leon X, la Grecia muerta, enterrada con su corona de Acantho en los campos de Queronea, doblemente talados por Mahomet y Bayaceto; el ideal de Maquiavelo, los engaños, las perfidias, las llagas morales y materiales de Tiberio; el ideal de Campanella, el sacro augusto universal imperio en provecho del César, que Gregorio VII no habia podido resucitar en provecho del Papa; el ideal de Rousseau, un mundo artificioso que él llamaba de la naturaleza, y que en realidad, estaba tan lejos de la naturaleza como de la sociedad; todos los apocalipsis sociales han sido igualmente fantásticos, sombras en el horizonte, sueños en la conciencia, que, sin embargo han atraido y han aguijoneado, mejorándolo, al hombre, á ese eterno viajero del progreso. Siempre le ha sucedido á la humanidad lo que á una de sus grandes personificaciones, lo que á Colon, que buscando Asia, se encontró América; que buscando el oro de los imperios enterrados, encontró el oro nativo de los pueblos vírgenes; que buscando el mundo de lo pasado, se encontró el mundo de lo porvenir.

Pero nosotros no; ¡ah! nosotros tenemos nuestro ideal realizado en los Estados-Unidos, en una nacion que es hoy la maestra de

las naciones. Mientras la vieja Europa, que apenas puede sostener el peso de sus ejércitos espirituales y materiales, con sus Iglesias privilegiadas, con sus césares, con sus gobiernos que parecen omnipotentes, con sus aristocracias petrificadas, con sus Congresos, que ni siquiera representan la voluntad de unos cuantos afortunados, con sus altas Cámaras oligárquicas, con sus naciones destrozadas, como Polonia y como Venecia; ¡ah! se encorva y envejece bajo el doble peso de una inmensa deuda sobre su tesoro, y de una inmensa decadencia sobre su espíritu; la jóven América, en el espacio que se estiende desde los mares de Terranova al golfo mejicano, y desde las fronteras del Atlántico hasta las fronteras del Pacífico; en aquellos bosques, antes inesplorables, en aquellos rios antes infranqueables, ha planteado la democracia, ha concedido la libertad absoluta al pensamiento, inviolabilidad á la conciencia, universalidad al sufragio, asociacion al trabajo, el municipio al gobierno de los pueblos, el Congreso al gobierno de los Estados; el jurado como base de la organizacion judicial; la igualdad de los ciudadanos como base de la organizacion social; la amovilidad y la responsabilidad del poder como base de la organizacion política; por toda contribucion la aduana, por toda censura la opinion pública, por todo límite á cada derecho, el derecho de los demás hombres; y á la luz de estos principios, que despiden el calor de la verdadera vida, se han juntado los representantes de todas las razas, las ideas de todas las sectas, los esfuerzos más titánicos del trabajo humano y en pocos años aquellos Estados han centuplicado su poblacion, extendido ciudades riquísimas sobre el desierto, y ciudades flotantes sobre los rios; creado instituciones mercantiles que valen por una nacion, y escuelas rurales que valen por una universidad; y cuando se les creia apegados á la materia, incapaces del heroismo; con su Sherman y su Grant, han eclipsado los generales de la República francesa; con su Lincoln han burlado todos los cálculos de la política; con sus ejércitos de millones de hombres que dejaban en pos de sí abandonados sus heridos, sabian que los iban á recoger los ejércitos de la fraternidad y de la caridad, y á albergar porque hospitales ambulantes más gran diosos que los palacios de nuestros reyes, con sus ejércitos han mostrado su abnegacion; y con redimir tres millones de esclavos han conseguido que así como el polo inmóvil de la vida religiosa moderna es el calvario de Cristo, el polo inmóvil de la vida social sea eternamente el apictolio de Washington.

La verdad es, que todo el mundo sabia ya lo que deseaba la democracia; todo el mundo sabia que deseaba la democracia el sufragio universal, la libertad completa de la prensa, el *Habeas Corpus* para la seguridad individual, la inviolabilidad del espíritu y del hogar, derecho de reunion, derecho de trabajar libremente, derecho de comerciar libremente, credito libre, enseñanza libre, unidad de legislacion, abolicion de la pena de muerte, Jurado, Iglesia independiente, Universidad independiente, Municipio independiente, Provincia independiente en todas las atribuciones que le son propias, legislacion liberal, muy liberal en las colonias, abolicion completa de la esclavitud, desamortizacion, desestanco de la sal y del tabaco, supresion de los consumos y del papel sellado, rebaja de los aranceles, con lo cual se aumentarian los rendimientos fiscales y se podrian disminuir las contribuciones como en los Estados-Unidos y en Suiza; abolicion de las quintas y matrículas de mar, desamortizacion de minas, de salinas, venta de todos los edificios que no hubiera menester el Estado, difusion de la enseñanza primaria, hasta lograr que todos los españoles sepan leer, y que la instruccion deje de ser una de las atenciones del Estado para convertirse en la más alta y más lata de las funciones sociales: todas las mani-

festaciones de la libertad, la consagracion completa del derecho.

Definir la idea, concretarla, era lo primero. Las ideas se definen, se concretan por medio de la contradiccion. A cada sacudimiento, á cada batalla que con las sectas afines tuvo por cuestion de principios el partido democrático, se aclaraban más y más sus ideas, pudiendo decirse entonces que habia cesado la hora de la controversia y que habia sonado la hora de la accion. En su polémica con el partido progresista, mostró en una época de indudable gloria, que la democracia no podia admitir ninguna limitacion del derecho, que no podia consentir ninguna ley que atentase á la integérrima autonomía de la personalidad humana. En su lucha con las sectas que desconocen los derechos individuales, la democracia mostró que sostiene para todo, lo mismo para la política que para la economía, lo mismo para los problemas que afectan al espíritu que para los problemas que afectan al estado social, sus dos ideas fundamentales de libertad y de igualdad. Definido, concretado, puesto en artículos explícitos y clarísimos, esplicado amplísimamente, impreso el dogma radical en todos los corazones y en todas las conciencias, era ya la época de pensar en el triunfo real de la idea, la época de pensar en su aplicacion práctica, directa, á esta sociedad. Para tal fin, no bastaba con la idea; era precisa la accion. Y para obrar, los partidos necesitan contarse, los partidos necesitan organizarse. Y se trabajó mucho, muchísimo por la organizacion.

Es verdad que ha habido grandes inconvenientes, verdad que hemos tocado algunas dificultades. Pero no puede aún asegurarse si han sido estas mismas dificultades abultadas por nuestros enemigos, signos de vitalidad ó de decadencia. En la cosmogonia social sucede lo mismo que en la cosmogonía física. Ciertas manchas blanquecinas del cielo que están muy lejos, son para nuestros ojos un vapor, una nebulosa, algo etéreo que confina casi con la nada, y son para el telescopio del astrónomo un hormiguero de soles. Ciertas luchas en la sociedad, por dolorosas que á primera vista sean, purifican y encierran gérmenes maravillosos de futuras y poderosas organizaciones. Lo cierto es que habíamos resuelto un problema. Lo cierto es que la reunion del cinco de Noviembre, con su innumerable público, con sus numerosos votantes, con su órden y concierto, con sus discursos, cuyos comentarios todavía se escribian en la prensa, todavía se perifraseaban en las públicas conversaciones despues de dos meses; la reunion del cinco de Noviembre habia mostrado que el partido democrático era un todo perfectamente armónico, el cual resolvia sus contradicciones y sus luchas interiores en una sola idea. Ya no podia decirse de la democracia aquello que se dice de los globos aereostáticos, se ha encontrado el secreto de elevarlos, pero no se ha encontrado la máquina para dirigirlos. El partido democrático tenia su idea que lo elevaba sobre todos los partidos, su programa; tenia ya su mecanismo que lo impulsaba resueltamente á sus fines, la organizacion.

El partido democrático tenia ideal, tenia organizacion. Su espíritu se encarnaba en riguroso cuerpo robustamente organizado. Por todas partes se veia brotar la llama de la nueva idea. Por todas partes se veian surgir los legionarios del humano progreso. España ardia toda entera en el espíritu nuevo. El único enemigo formidable que contrastaba nuestras esperanzas y hacia vacilar la luz de nuestro ideal era el formidable imperio de Napoleon Bonaparte.

Parece imposible, pero el pueblo locuaz por excelencia, el pueblo-orador de la historia moderna, el pueblo sensible como las mujeres, y atrevido como los héroes, el pueblo de los discursos y de las canciones, el pueblo francés callaba. En su silencio, en su inaccion, parecia no sentir ninguna idea, y no obedecer á ninguno de los impulsos de la

civilizacion moderna. Mientras ese pueblo inglés en el cual sostiene una rivalidad que se estiende desde Azoncourt hasta Waterlóo, afirma cada dia más sus libertades, y anda más cada dia hácia el sufragio universal; mientras esa Italia que antes parecia el país de los muertos, engendra las Asambleas de las discusiones audaces y los ejércitos de la gloriosa independencia; mientras esos Estados anglo-americanos tantas veces motejados de no tener ni una gota de sangre para vivificar las ideas emancipan á sus negros; mientras la España de los frailes y de los inquisidores abraza la causa de los revolucionarios y de los filósofos; mientras la Rusia bárbara convierte sus siervos en hombres; y la Suecia feudal abre su constitucion á los principios de 1789, Francia se dormia al parecer bien hallada en su tranquila, si ignominiosa, tutela.

¿Será posible que el pueblo francés no entienda de la libertad nada más que la anarquía, ni de la autoridad nada más que el despotismo? ¿Será posible que el pueblo francés haya incendiado al mundo con su revolucion para caer luego en una paz perdurable y deshonrosa? Lo cierto es, lo indudable es, que la historia no recuerda una decadencia tan grande aunque recorra los fastos de todos los imperios, ni la elegía podrá llorar nunca bastante un mal tan profundo aunque tuviera todas las lágrimas y todos los lamentos de Job y de Jeremías. Si no hay decadencia semejante á la de Constantinopla, que del seno de la civilizacion griega y romana, cae bajo la mano del sultan y la cimitarra de los turcos, resta averiguar si hubiera sido posible que sucediese esto en una Constantinopla conmovida por tres grandes revoluciones democráticas, habitada por los primeros guerreros y por los primeros escritores de Europa, señora de una tribuna cuyos ecos trasformarán la conciencia del mundo, convertida en el centro de la civilizacion, en el cenáculo de la libertad.

La Francia que se gloría de haber destrozado el feudalismo y la monarquía absoluta; de haber estendido por el mundo los principios de la igualdad civil; de haber triunfado en cien campos de batalla con solo entonar la Marsellesa; de haber hecho de su idea un incendio donde se han consumido todos los errores, y de su revolucion un contagio donde se han acabado todos los tiranos; la Francia era, despues de Rusia sin duda, el pueblo más brutalmente esclavo. No habia resorte de dignidad moral, no habia inspiracion de la conciencia libre, no habia movimiento del espíritu, no habia idea alguna de las que mantienen el carácter y fortalecen la vida que hubiera podido resistir á la contínua y letal influencia de la política cesarista. Un ejército innumerable, una administracion bien semejante al ejército, una policía que estaba en todas partes como los espías y los esbirros del imperio romano, el hábito de la servidumbre militar habian convertido á Francia, que en 1789 y en 1793 era un pueblo de Gracos, en un pueblo de esclavos. ¡Cuán cierto es que el bien mayor de la vida, el resorte principal de todas las grandes acciones, la inspiracion más pura de todas las ideas será eternamente la libertad!

Son bien conocidos los caminos por donde Francia habia ido á dar en el cesarismo. Algunos fisiólogos de la historia suponen el cesarismo un mal congénito en la raza latina. No podemos creer, no creemos nosotros, adoradores de la libertad, en ninguna de esas fatalidades históricas. De raza latina es Italia y ha conservado aquellos municipios que se asemejan por su ciencia y por su libertad á las ciudades griegas; de raza latina es Portugal, y conserva sus libertades; de raza latina somos nosotros, y toda la fuerza, toda la astucia del absolutismo flamenco, extraño á nuestro suelo y á nuestra historia, no logró matar los gérmenes de federacion diseminados en nuestras provincias; y el poder de la conquista más incontrastable de este siglo no

logró llevarnos tras el César de la fortuna y de la gloria que aparecia á nuestros ojos fascinados entre el humo de los combates y el relampaguear de las revoluciones con todos los prestigios de las nuevas ideas y de los antiguos misterios.

El ideal cesarista ha aparecido en algunas inteligencias privilegiadas de Italia como la única esperanza de domar aquella eterna pero fecunda anarquía de las ciudades italianas durante la Edad Media. Lo acarició Santo Tomás, lo elevó á los ojos del mundo para animar el poder de los Papas; lo ensalzó Dante, lo creyó dueño de la tierra, heredero del imperio de los asirios, de los medas, de los griegos, de los romanos, protagonista en la cambiante escena de la vida moderna, centro de la historia, vínculo que recibió en la Europa cristiana Carlo-Magno de manos de Constatino, Othon I de manos de Carlo-Magno por medio de una série inacabable de sucesores; ornó este ideal con los reflejos de su génio, lo fortificó con la hiel de su cólera, lo invocó en aquellas sentencias que han quedado grabadas en la mente de Italia como un eterno dolor, cual si su pluma estuviera enrojecida en el fuego mismo del infierno; hizo todos estos prodigios de génio tan sólo para arrancar el poder de los papas romanos con el poder de los Césares alemanes; y cuando Maquiavelo volvió á invocar una monarquía tan uniforme, tan implacable, tan vengativa, tan inmoral como la de Tiberio, y creyó encontrar su ciencia en la política de Fernando V, y su realidad en la persona de César Bórgia; cuando Maquiavelo desenterró el podrido cadáver del cesarismo en los campos de la antigua Roma, lo desenterró para castigar á la Italia del siglo XVI: sus infamias; sus córtes babilónicas donde reinaban todos los vicios; sus reinos improvisados y destruidos no como obra de hombres sino como juegos de niños; sus repúblicas dictatoriales y sus monarquías plebeyas; sus tribunos cortesanos y sus palaciegos oradores; sus frailes adorando las Venus desenterradas de la antigüedad y sus creencias enterradas en sus orgías sin término; su heroismo inútil y sus ostentosos sacrificios; sus coros de artistas conquistando lo infinito y sus legiones de guerreros cayendo á los piés de extrañas gentes; para castigar á Italia, la primera de las naciones por su génio celeste y por su posicion en la tierra y la última por la infamia de sus hijos; nacion necesitada entonces de que la despertaran con terror infinito en la rueda de todas las tiranías y en la merecida prueba de todas las desgracias.

El ideal del cesarismo ha sido constantemente en Italia un sueño vago, un sueño bien extraño en verdad, á la civilizacion latina de los tiempos modernos. ¿Cómo ha reaparecido, sin embargo, despues de las revoluciones y ha reaparecido en Francia? Culpa en parte de la fatalidad; culpa de la misma revolucion. Europa coaligada contra la primera revolucion, pudo crear el cesarismo militar de Napoleon el Grande. Pero en 1848 ¿quién creó ese cesarismo astuto, burocrático, incierto, sin norte seguro, sin idea fija; especie de dictadura ignara y voluntariosa, que despierta á Italia y deja degollar á Polonia; que arranca á la casa de Austria la corona de hierro en Lombardía y le dá la corona de Itúrbide en Méjico? Francia nada tenia que temer de Europa en 1848. Los tiranos todos habian sentido vacilar sus tronos al grito de «Viva la República» que lanzaba París, la capital del género humano. Ya habia cambiado completamente el destino de la revolucion. En vez de temer Francia la invasion de Europa, temia Europa la invasion de Francia. Pesth, Viena, Berlin, Roma, se habian levantado como una nueva legion de ciudades aqueas, sublime anfictionado de la democracia, que pudo sucumbir por culpa de todos en su primera eflorescencia; pero que revivirá mañana en los Estados-Unidos de la Europa del porvenir.

El cesarismo reapareció por culpa de las

clases medias francesas, que fueron traidoras á la democracia; por culpa de los republicanos que creyeron cortar la organizacion monárquica, cortándole la cabeza, cual si el cuerpo social fuese como el cuerpo humano, el cuerpo social que necesita especiales instituciones para cada forma de gobierno; por culpa del pueblo, principalmente, que nunca llegó á entender la austera virtud de la libertad.

Y de esta desconfianza en la libertad, ¿quién tuvo la culpa, quién sino la utopia socialista? Habia por espacio de más de treinta años predicado la esterilidad de la primera revolucion, el menosprecio de las formas políticas, la guerra de las clases cuando todas debian confundirse y mezclarse en el derecho, la economía de la amortizacion de la tasa y del privilegio en vez de la economía moderna, la virtud de las facultades del Estado en vez de la virtud de la libertad, una especie de paraiso sensual, grosero, semejante al de Mahoma en lugar de la severa sencillez de la democracia, el imperio económico, el pontificado industrial, el convento del trabajador; y cuando la revolucion buscaba un pueblo hambriento de justicia, capaz de derramar su sangre por el derecho, encontró un pueblo egoista sediento de goces, capaz de seguir al primer César que le diese pan y circenses, que acallara el ruido de la libertad, y le hartara el estómago. Pecaron gravemente. Pero nosotros al ver á Francia, la esclarecida madre de la revolucion, aún esclava podíamos decir como los judíos siervos á orillas de extranjero rio: *Patres nostri peccaverunt et non sunt, et nos equitates eorum portavimus.*

El partido liberal español veia en Luis Napoleon obstáculos insuperables, sino á los proyectos revolucionarios, á las soluciones revolucionarias. Una parte, quizá la menor en número, pero la mayor indudablemente en importancia á causa de la virtud de su idea, una parte del liberalismo soñaba con la república. Y sabia que la política de Bonaparte era contraria radicalmente, contraria á expansion tan grande y extrema del sentimiento liberal. Así, ora por los obstáculos que la censura oponia á la libre expresion del pensamiento, ora por habilidad y por táctica, el partido republicano callaba su idea y reducia sus aspiraciones á un puro destronamiento de la dinastía. Con esto adivinaba en su instinto que el problema republicano, la necesidad de entregar la nacion á sí misma, venia lógica, necesariamente, brotando antes del seno de los hechos que de las combinaciones de los partidos. Un hombre de mérito extraordinario y de convicciones arraigadas, el Sr. Olózaga, pensaba en sustituir la dinastía de España en el caso de que cayera al empuje revolucionario, con la dinastía de Portugal. Pero no se ocultaba al partido republicano cuán difícil era esta sustitucion, y en el caso de realizarse, cuán frágil. Halagaba, pues, con empeño este ideal del hombre de Estado, y se gozaba en la idea de que una vez destronada la antigua familia real, su única sustitucion posible era la nueva república democrática. En esto, dos asuntos embargaban por completo la opinion pública. Era uno el recibimiento hecho al rey de Portugal, y era otro la conjuracion del general Prim. Todo el mundo sabia que el general Prim llevaba urdida con grande sagacidad una conjuracion militar. Este general, que se confundiera con la union liberal durante mucho tiempo, destacábase de la union liberal despues de la guerra de Africa, en que habia recogido tantos y tan brillantes laureles. Esta actitud suya, y el crédito que gozaba en palacio, decidieron á O'Donnell á enviarle como general en jefe á la expedicion mejicana, con lo cual se libraba de un competidor temible en la córte y de un revolucionario en el ejército, y quizá en las calles. Ya en Méjico, sus arranques á favor de la república y en contra de la intervencion, le unieron estrechamente al partido liberal y le separaron de los unionistas y de su jefe. La política seguida por Prim en América disgustó á todos los con-

servadores de España. Conociendo el general, de suyo muy astuto, que nada podia esperar del partido conservador, se afilió resueltamente en el partido liberal. De pronto su conducta se redujo á sostener en los suyos la esperanza de que el poder iria legalmente á sus manos por la libre voluntad de la Reina. Pero convencido de que esto era una ilusion, y nada más que una ilusion, dióse á conspirar. El ministerio Mon-Cánovas, que descubrió una de sus conspiraciones, malograda en el cuartel llamado de la Montaña, lo desterró á Oviedo. Levantóle su destierro el general Narvaez, y desde entonces no cesó un punto en su conjuracion. A consecuencia de los sucesos del 10 de Abril, apareció en la tribuna un momento en son de amenaza y de desafío á la tiranía del general Narvaez. Caido Narvaez, O'Donnell creia tener en sus manos el ejército y poder desafiar así las maniobras del general Prim. Cuál no seria su asombro cuando de los destacamentos de caballería apostados en las cercanías de Madrid sacó Prim un número considerable de soldados, que se apartaban hasta de sus jefes para seguir las banderas de la revolucion. Todo el mundo sabia que con aquellas fuerzas el general Prim no triunfaba; pero todo el mundo comprendia que aquella sublevacion acababa con el prestigio militar del general O'Donnell. El que habia dirigido el ejército, el que lo habia organizado, el que habia sido su jefe, se encontraba con una sublevacion militar que le heria en mitad del corazon. Los supersticiosos se daban á pensar en la coincidencia del levantamiento de Prim, verificado en los primeros dias de Enero, con el paso por Madrid del rey de Portugal, verificado en los últimos dias de Diciembre. Pero nada tenia que ver un acontecimiento con otro acontecimiento. En la manifestacion al rey de Portugal no hubo tanto una muestra de entusiasmo á este monarca como una muestra de repulsion á los monarcas españoles.

Mucho se criticó al Sr. Castelar que se asociara á una manifestacion en la cual entraba como una parte principal la adhesion á un monarca. El Sr. Castelar se defendió en los términos siguientes:

«Cuando vemos abatida la patria, pobre el Tesoro, decadentes la literatura y el arte, oprimido el pensamiento, débiles todos los gobiernos, mal seguras todas las libertades; el comercio en completa paralisis, en ruina la industria, en vigor aún la intolerancia, como si estuviéramos en los tiempos de la Inquisicion; nuestro pueblo, el pueblo de las gloriosas guerras y de los descubrimientos increibles anulado ante Europa, sin voz en los congresos de sus gobiernos, sin peso en la balanza de sus destinos ¡ay! no podemos ménos de comparar y medir en nuestra mente desde el fondo de este abismo, lo que somos aislados y mutilados y lo que seriamos si llegásemos á unir la península, reintegrándonos en nuestra nacionalidad, con el Pirineo y los dos mares por frontera, y el espíritu moderno, el espíritu de libertad, por inspiracion y por guia.»

«Nosotros maldeciremos siempre el absolutismo, no tanto por haber ahogado nuestras antiguas libertades, más vigorosas que las libertades inglesas; no tanto por haber corrompido nuestro carácter, más templado para la democracia que el carácter flamenco y el carácter suizo, como por haber esparcido estérilmente los huesos de nuestros padres en las orillas del Danubio, del Sena, del Rhin, en las costas del Mediterráneo y del Atlántico, del mar Pacífico y del mar del Norte, en los Alpes y en los Andes, sin haber reconcentrado tanta fuerza en nuestro suelo y dándonos al ménos á cambio de la esclavitud abyecta en que caimos, la unidad y la grandeza de la patria. El absolutismo está tocado de una completa esterilidad. Vanagloriándose de su unidad, despues de sacrificar á este principio todos los principios, á este ideal todas las ideas, concluye por desmembrar los pueblos sobre los cuales domina. No hay tres despo-

tismos tan fuertes, tan gigantescos, como el despotismo de los Césares sobre Italia, el despotismo de los emperadores sobre Alemania, el despotismo de los Austrias sobre España. Ninguno de estos tres poderes alcanzó la unidad. Tras los Césares los bárbaros; tras los emperadores los pueblos y los príncipes protestantes; tras el absolutismo austriaco, la pérdida de Gibraltar y la desmembracion de Portugal; propio castigo de esos gobiernos que imaginan en su orgullo frisar con el cielo, y como la estátua de la escritura, vacilan y caen faltos de la ancha base de la justicia.»

«Los reyes absolutos españoles sin embargo, comprendieron la necesidad de la union. Los matrimonios concertados por Doña Isabel la Católica lo están diciendo á voces. El enlace del César, de Cárlos V, de aquel jóven heredero del mayor imperio conocido en el mundo con la humilde princesa de Portugal, dice cuán arraigada estaba la idea de la unidad ibérica en la mente de los reyes, y el propósito de realizarla en su voluntad. Pero como el absolutismo es la injusticia, el mal, la soberbia arriba, la servidumbre y el envilecimiento abajo, no podia dar ningun fruto que no fuese venenoso. Los tiempos que vivimos unidos con Portugal bajo el pesado cetro de los Austrias, son el mayor obstáculo para que podamos hoy vivir unidos bajo el blando cetro de la libertad. Murió enterrado en los arenales del Africa, con sus mejores huestes, D. Sebastian, última sombra de la andante caballería de la Edad Media; héroe en el momento en que el heroismo iba á morir; poeta práctico cuando el análisis sustituia á las antiguas intuiciones, á la inspiracion antigua que habian guiado al hombre por la tierra en tiempos de más fé; rey que deseando ensanchar dominios estrechos á su inquieta ambicion, sin oir la voz de sus consejeros que le instaban para conservar lo heredado, se lanzó á una cruzada, con las creencias religiosas y los levantados propósitos de un Godofredo de Bouillon, al cual se parecia si no en la fortuna en la exaltacion de la fantasía, en la limpieza de las costumbres, en el olvido de todo placer, en el anhelo de toda gloria, y al lanzarse en tan poéticas empresas, enterró consigo en su propio abrasado sepulcro abierto por el simoun y la guerra en las arenas del desierto el reino de sus padres, cuya historia era una leyenda de maravillas, y á cuyos piés dormian como tributarios los mares que bañan la cuna misma del sol ganada por sus incomparables héroes, por sus audaces navegantes.»

«Con la nacionalidad portuguesa moria en un triste hospital aquel gran poeta que al escribir las Luisiadas, habia escrito al propio tiempo, no el poema de la guerra como Homero, no el poema de la teología como el Dante, sino el poema del trabajo, el poema, por consiguiente, del porvenir. Todos estos recuerdos debian unirse en la mente exaltada, en la fantasía oriental de los portugueses para obligarles á llorar la caida de la pátria y á recordar siempre con envidia los tiempos de su independencia. A su libertad sucedieron las hábiles intrigas del diplomático Mora, las sangrientas batallas del duque de Alba, el despotismo asolador de Felipe II, la imbecilidad de sus sucesores entregados á torpes favoritos, la Inquisicion por toda luz, los monasterios por toda vida, los vireyes delegados de un despotismo bárbaro por todo gobierno, la incomunicacion con los pueblos protestantes por todo comercio, la muerte moral y material por todo porvenir. ¿Qué habian de hacer? Lo que hicieron los castellanos con Padilla, los aragoneses con Lanuza, los italianos con Masaniello, los holandeses con Guillermo de Orange, los valencianos con Juan Lorenzo, los andaluces con sus caudillos de las Alpujarras, los catalanes con sus héroes de la guerra que tan admirablemente escribió Melo: protestar contra aquel bárbaro despotismo que á un tiempo oprimia y deshonraba á los pueblos. La protesta escrita con sangre se ha trasmitido de generacion en generacion

como un legado sacratísimo de libertad, de independencia, como un testimonio irrefragable de odio á todas las tiranías. Mientras signifique esto, nosotros no podemos ménos de acatarla. ¿Pues no hemos convertido en un altar el cadalso de Padilla?»

«Pero las enemigas sañudas entre los pueblos deben cesar y cesarán, porque los reunen los derechos de una misma libertad, la vida de una misma nacion, los intereses de una misma causa, los espacios de un mismo cielo y de una misma tierra. ¿Qué somos hoy separados? Nada. Bélgica que es un puñado de tierra, vale más, importa más, significa más que nosotros. ¿Y qué seríamos mañana unidos? La primera de las naciones de Occidente, tan grande como Francia por su territorio, tan comercial como Inglaterra por sus costas, tan bella como Italia por la hermosura de sus expléndidas regiones y la inspiracion de sus artes. No se trata de una conquista, no se trata de abdicar siquiera la autonomía propia de ambos pueblos. En los grandes principios de libertad que hoy dominan la vida política; en la descentralizacion administrativa que hoy exige la ciencia de gobernar á los pueblos, la unidad puede existir sin confusion, y nuestra vida nacional crecer sin necesidad de sacrificios ni de abdicaciones. La gran nacionalidad de Occidente con sus municipios populares, con sus provincias independientemente administradas, con sus puertos francos al comercio por la libertad, con su Estado reducido á dar seguridad á los ciudadanos y á cumplir y realizar todos los derechos, con un solo ejército y una sola marina y una representacion sola en el extranjero, uniendo á esta grande confederacion las posesiones que tiene en todos los mares limpias del militarismo y de la esclavitud, ofreceria el más bello de los espectáculos que jamás pudo ofrecer el siglo décimo-nono, y seria la mayor y más segura de todas las garantías para la paz de todos los pueblos, para la prosperidad de toda la tierra. Si esto es un sueño, es un sueño por el cual daríamos toda nuestra vida.»

«Nótase no ya en Europa, sino en todo el mundo, un gran movimiento hácia la unidad, un movimiento incontrastable. Los Estados-Unidos, por no romper el lazo federal que los unia, han hecho el mayor y más prodigioso de todos los esfuerzos que guarda su historia. Las hazañas de los tiempos épicos se han renovado en los muros de Richmond, y las montañas de Virginia como que han vacilado bajo el peso de aquellos ejércitos de gigantes que iban á morir por estas dos ideas, por la libertad del esclavo y por la unidad de la pátria. Las repúblicas hispano-americanas sienten, y con especialidad despues del furtivo establecimiento de la monarquía en Méjico, una vivísima tendencia á la union. Los mártires de Caseros no buscaban en su expedicion al través de las inmensas pampas otro fin que unir las dos riberas del Plata por el lazo de una fuerte democracia. En Europa ese movimiento hácia la unidad es mayor todavía, más porfiado. Desde las campañas que tuvieron por principal héroe á Ipsilante, y por principal cantor á Byron, hasta las sublevaciones que han concluido por recabar las islas Jónicas, todos los hechos de la Grecia moderna se explican por el grande sentimiento de la unidad de la pátria. Allá en las vertientes del Norte de los Alpes, lo mismo sienten los helvecios republicanos, que los ilirios esclavos. Cada cual en la porcion geográfica y en la nacionalidad que le ha tocado en suerte, menosprecia las diferencias de historia, de religion, de costumbres, para fundir en una sola raza todas las familias afines, como si tuvieran un solo espíritu. Desde la guerra de los treinta años hasta la guerra que ahora comienza, los alemanes de corazon levantado siempre han combatido por la unidad de la pátria. Muerta, enterrada está Polonia; los caballos de los desiertos tártaros han nivelado y juntado la tierra de su sepulcro sobre el cual no nace ni la yerba; y cada diez años no

parece sino que los huesos de sus héroes se reaniman al soplo de una resurreccion providencial para recordar al mundo que aun hay allí el espíritu de una grande nacionalidad, que descuartizada y repartida entre los déspotas aún existe allí la unidad de Polonia. De Italia no hablemos. La fé perseverante de Mazzini, el talento político de Cavour, la heróica espada de Garibaldi, han hecho de ese pueblo dividido entre varios régulos feudales y bárbaros una de las naciones más libres, más poderosas de Europa. Las fronteras se borran, las diferencias de razas se acaban, el comercio auxiliado por la telegrafía y el vapor confunde unos pueblos con otros, y en esta grande elaboracion del espíritu moderno se constituyen fuertemente las unidades inferiores, la unidad de las nacionalidades para formar esa gran suma que se ha de llamar en lo porvenir la confederacion libre de los Estados-Unidos de Europa.»

Y nosotros, nosotros, españoles y portugueses, ¿nos resistiremos? ¿Quedaremos nosotros fuera de la gravitacion europea? ¿Nos escaparemos de este espíritu, que como la atmósfera al globo rodea toda nuestra historia? No conocemos época en la vida, en que no hayamos sido unos con todo el espíritu europeo. La voz que se dá en Alemania, resuena en Sevilla, en Cádiz, y la llevan las olas de nuestros mares hasta las riberas de la ignorada América. La cadena eléctrica que une los pueblos y les lleva el sacudimiento de esa chispa que se llama idea, no se ha roto en nuestro siglo. Seguimos á Europa en todas sus trasformaciones, ó preparamos las trasformaciones europeas. Cuando Alarico entra por los Alpes, Ataulfo por el Pirineo: cuando San Gregorio desposa á los lombardos con la Iglesia y San Bonifacio á los germanos, San Leandro en España á los godos; cuando el espíritu católico y romano se estiende en Bretaña merced á San Fructuoso, en Besanzon merced á San Claudio, en Inglaterra merced á San Teodoro, se estiende en España merced á San Isidoro y Julian; cuando el grande imperio Carlovingio se funda bajo la unidad católica en Francia, bajo la unidad mahometana se funda en España el califato de Córdoba; cuando el terror religioso se estiende por toda Europa con la aproximacion del año mil nuestros padres ven pasar la sombra del diablo en Almanzor, que descompone desde las piedras del sepulcro de Santa Eulalia, hasta las del sepulcro de Santiago; cuando el feudalismo se establece con los barones normandos, Sancho el Mayor trae la idea de la patrimonialidad de los reinos al centro de la Península; cuando la unidad monárquica comienza á fundarse en Francia con San Luis, en España comienza tambien á establecerse con San Fernando y Jaime I, como el terror monárquico se estiende á un tiempo en el siglo décimo-cuarto con Pedro IV y Pedro el Cruel, como más tarde se funda la diplomacia monárquica por Fernando el Católico y Luis XI; y en los grandes tiempos de los descubrimientos y del trabajo, en ese período sublime que cierra la Edad Media y abre la Edad moderna, cuando la brújula señalaba una ruta en el vago oleaje del mar; y la imprenta alzaba la inmortalidad sobre el devorador abismo del tiempo; y el lente escudriñaba los espacios y leia los secretos de los astros; y la pólvora hacia saltar en mil pedazos los castillos feudales; y el arte salia del seno de los conventos como el ave del huevo y se elevaba á lo infinito tendiendo por la inmensidad sus alas libres; y la ciencia mataba la autoridad del antiguo maestro, la tradicion de la escolástica; y renacia la Grecia resplandeciente aún de juventud y de hermosura con su lira en la mano y su corona de acanto en las sienes; y Venecia hollaba con sus áureas naves el Mediterráneo; Portugal penetraba con Vasco de Gama en el Oriente, en los rios sagrados que habian mecido la cuna de los dioses; y Colon, en su nave, solitario, entre dos abismos que parecian amenazarle con la nada, sublevada su

tripulacion, al descubrir en aquella última noche de su esperanza la luz vacilante que le anunciaba la tierra, descubria en realidad el ara gigantesca ornada de guirnaldas sin fin, saludada por coros de aves sin número, exuberante de vida y de poesía.

Cuando estábamos en estas discusiones vino la nueva de que el general Prim se habia sublevado, poniéndose al frente de varios tercios de caballería que flojamente perseguidos se internaron en Portugal. El Gobierno dió las órdenes siguientes que á la letra copiamos.

«MINISTERIO DE LA GUERRA.—*Real órden.*—Hace tiempo que el gobierno de S. M. tiene noticias ciertas de que se conspira para alterar el órden público, esperando quebrantar la lealtad del ejército. El gobierno obrará, sin embargo, como si estuviese en época tranquila, encerrándose dentro del círculo legal, y confiando en la sensatez del pueblo español, que siente la necesidad de la paz para salvar sus intereses interiores y exteriores. Pero habiéndose sublevado en el pueblo de Aranjuez los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava, abandonando sus oficiales y capitaneados por un comandante, es llegado el caso de adoptar las medidas extraordinarias que caben dentro de las leyes á fin de evitar que alucinados con aquel suceso intenten aprovecharse los enemigos del órden para causar mayores y más importantes perturbaciones. Fundándose en estas consideraciones, cree el Consejo de ministros que seria conveniente que V. E., en uso de sus facultades, declare en estado de sitio á Madrid y su distrito. Por ese medio se volverá la tranquilidad al ánimo de los hombres honrados, y será más fácil impedir la realizacion de cualquier proyecto revolucionario, aminorando la efusion de sangre y otras desgracias que son consecuencia del uso de la fuerza. Resuelto el gobierno á emplearla hasta donde sea necesario para mantener el respeto á las leyes, espera que V. E., revestido con estas facultades extraordinarias y legales, proceda con toda energía y sin contemplacion á tomar cuantas disposiciones juzgue convenientes para reprimir á los enemigos de la Constitucion del Estado.

Lo que comunico á V. E., para su conocimiento, encargándole se ponga de acuerdo con las autoridades civiles de las provincias de este distrito, á quienes se comunican por el ministerio de la Gobernacion las órdenes oportunas. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 3 de Enero de 1866.—O'Donnell.—Señor capitan general de Castilla la Nueva.»

«GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Don José de Osorio y Silva, duque de Sesto, gobernador de la provincia de Madrid.

Noticioso hace tiempo el gobierno de S. M. de los trabajos que se hacian para alterar el órden público, ha permanecido encerrado dentro del círculo legal, confiando á la vez que en la vigilancia de los funcionarios encargados de ejercerla, en la sensatez del pueblo español que siente la necesidad de la paz; pero habiéndose sublevado en Aranjuez los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava, capitaneados por un comandante, es llegado el caso de adoptar las medidas extraordinarias que caben dentro de las leyes á fin de evitar que aprovechándose los enemigos del órden público puedan causar mayores perturbaciones. En su consecuencia, y cumpliendo lo dispuesto por el gobierno de S. M. en Real órden de esta fecha he resignado el mando en la autoridad superior militar del distrito, la cual desde este momento queda encargada de la conservacion del órden público.

Lo que se anuncia al público para su debido conocimiento. Madrid 3 de Enero de 1866.—Duque de Sesto.»

«CAPITANIA GENERAL DE CASTILLA LA NUEVA.

Don Isidoro de Hoyos, marqués de Zornoza, capitan general del distrito de Castilla la Nueva, etc., etc.

Habiéndose sublevado los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava en la villa de Aranjuez, y visto igualmente que el excelentísimo señor gobernador civil de esta provincia ha resignado su autoridad en la mia, en uso de las facultades que en tales casos me competen, y en cumplimiento de las órdenes del Gobierno,

Ordeno y mando lo siguiente:

Artículo 1.° Declaro en estado de sitio las provincias que comprende el territorio del distrito militar de mi mando.

Art. 2.° Serán sometidos al Consejo de guerra ordinario, que se reunirá en la forma que dispone la ley 8.ª, título 17, libro 12 de la Novísima Recopilacion, los reos de los delitos de rebelion y sedicion, sus cómplices y auxiliadores, y penados con las penas señaladas por las leyes.

Art. 3.° En lo que se refiere al orden público, todas las autoridades civiles obedecerán mis órdenes y las de los gobernadores militares de las provincias respectivas.

Art. 4.° En lo que toca á los negocios comunes y delitos no comprendidos en este bando, las autoridades civiles y los tribunales continuarán en el ejercicio de sus funciones.

Consumada la rebelion criminal, estoy resuelto á sofocarla y castigar á sus autores con el saludable rigor de la ley, cuyo cumplimiento forma el lema del gobierno de su majestad, y es indispensable para la salvacien de la patria.

Dado en Madrid á 3 de Enero de 1866.—Isidoro de Hoyos.—*(Gaceta del jueves 4 de Enero de 1866.)*»

A consecuencia de esto la prensa tuvo que interrumpir sus trabajos desde el dia 3 de Enero, en que el general Prim salió en armas de Madrid, hasta mediados de Marzo, en que los periódicos, y especialmente el periódico democrático, inauguraban sus tareas de la siguiente manera:

«Reanudamos hoy nuestras rudas tareas, y las reanudamos con la fé de siempre, con esa fé que es la única luz de nuestra inteligencia, el único consuelo que nos queda en nuestras grandes adversidades. Y al reanudar nuestras tareas, la primer palabra que á la pluma se escapa es la palabra que está en todos los lábios, la palabra que está en todas las conciencias, la palabra revolucion. No se crea que hablamos de las alteraciones más ó ménos hondas del órden público; no se crea que hablamos de motines, de sediciones, no; hablamos de esa fuerza misteriosa, no definida todavía, bien semejante al movimiento del oleaje en el mar, del viento en la atmósfera, de la sávia en el campo, á la renovacion toda en la naturaleza; fuerza de tal intensidad y de tal carácter, que al siglo presente se le llama el siglo de las revoluciones. Todos los que deseen renovar esta sociedad, dar á su conciencia una nueva idea, á sus leyes un nuevo derecho, á su gobierno una nueva forma, á su economía una nueva fuerza, todos son revolucionarios. Mas se necesita para ejercer este ministerio con aquel explendor y aquella gloria que lo han ejercido los grandes tribunos, los grandes reformadores, á veces maldecidos é inmolados por su tiempo, pero siempre glorificados y bendecidos por la historia, no abrazar la causa de la revolucion con miras ambiciosas y con propósitos inciertos, sino tener algo de sacerdote para profesar la fé política como se profesa una religion; algo de jurisconsulto para sentir y conocer el nuevo derecho; invocar la justicia con frenético entusiasmo; declarar guerra sin treguas á las clases privilegiadas y egoistas, á los parlamentos serviles, á los gobiernos reaccionarios é incorregibles, arriesgándose á devorar todos los agravios, á arrostrar todos los ódios, sin curarse de si la vida dada á la nueva idea será la muerte del reformador, y el trono levantado al esclavo redimido, serán las tablas de su propio cadalso.»

«Por este grande ideal del revolucionario se ve que para reformar la vida de un pueblo,

para mejorar sus instituciones, se necesita principalmente tener una idea muy grande y servir esa idea con una fé muy profunda. El que mire principalmente á su propia personalidad, el que reduzca todo su sér al horizonte sensible de sus ambiciones, y no lo dilate al infinito de toda la historia, jamás logrará curar ni una siquiera, ni la más leve de las enfermedades sociales. Y lo que decimos de los indivíduos, decimos de los partidos, esos indivíduos superiores, que tienen una organizacion tan real y una vida tan verdadera, como la organizacion, como la vida misma del hombre. Necesitan los partidos que han de ser revolucionarios para remover el suelo que pisan, para trasformar la sociedad en que viven, tener un ideal muy luminoso, y adorar ese ideal con una fé muy pura. Los partidos que crean posible intentar una revolucion, el sacrificio de un pueblo, el abandono de leyes antiguas, de antiguas costumbres, á las cuales se adhiere siempre la vida, valiéndose solo del aguijon de mezquinas ambiciones, no alcanzarán nunca, absolutamente nunca, una verdadera revolucion, es decir, una reforma radical y profunda. A medida que más electricidad se derrama sobre el sentimiento de los pueblos; á medida que se derraman más ideas sobre sus conciencias, se eleva su razon, se fortifica su carácter; y por lo mismo, se mueven y se sacrifican solo por grandes, por trascendentales reformas que abracen toda la vida. Con agitar estérilmente solo se consigue perturbar la vida. Los desórdenes sin motivo, son accidentes pasajeros que postran á los pueblos; las revoluciones son las grandes, pero saludables crísis que les dan la robustez del cuerpo y del espíritu.»

«La fuerza primera de un cambio, de una trasformacion social, es una idea, rodeada de grandes intereses. Fué necesario para derribar la sociedad antigua que se elaborara por cinco siglos la metafísica, capaz de corroer todos los privilegios religiosos. Fué necesario para destruir la sociedad de la Edad Media el nacimiento de la reforma que inició la teocracia, y el descubrimiento de la pólvora que destruyó los castillos feudales. Fué necesario para derribar la sociedad fundada en el derecho divino, pasar sobre ella el rasero de la revolucion. Holanda realizó su revolucion en el siglo XVI, para conquistar la libertad religiosa; Inglaterra en el siglo XVII, para sustituir una dinastía absoluta con una dinastía parlamentaria; Francia en el siglo XVIII, para destruir el feudalismo, como América para escribir en la conciencia del mundo con caractéres indelebles el ideal de la democracia. Solo por grandes ideas se renuevan las épocas, y solo por grandes impulsos se mueven los pueblos.»

«Por estas razones puede asegurarse que solamente hay una bandera que lleve hoy entre sus pliegues el viento de la revolucion por el mundo. Esa bandera no tiene colores indecisos, medias tintas, no; lleva en sus pliegues franca, resueltamente, la salud de los pueblos enfermos, la esperanza de los esclavos, la luz del espíritu nuevo, el ideal de la verdadera política. Esa bandera está solo en las manos que tienen hoy la llave del porvenir, en las manos del partido jóven y robusto que trabaja por la renovacion social.»

«Y de esta verdad se deducen dos grandes enseñanzas, una para los gobiernos, otra para los revolucionarios. ¿Quieren los gobiernos evitar los motines estériles? Pues abran paso á las ideas revolucionarias, déjenlas derramar su aliento vital en todos los espíritus. ¿Quieren los partidos liberales abrir un surco muy hondo en la tierra, y plantear reformas muy trascendentales? Pues abrácense cada dia más á los principíos únicos que pueden traer la salvacion social, á los principios del derecho nuevo, á los principios profundamente reformadores.»

«Pedirle á un pueblo que se sacrifique por una idea incierta, por un propósito inseguro, agitando á sus ojos una bandera incolora, es

pedirle un imposible. Los grandes esfuerzos solo se emplean para las grandes reformas. Por eso el partido democrático debe procurar hoy con más fuerza, con más fé que nunca, unirse íntimamente dentro de sí; y recabar con dignidad y entereza la inauguracion de todas las reformas, como dueño que es de la fórmula única posible en todo progreso. Nada de someter, no ya su dogma que es la elaboracion de tres siglos de grandes trabajos intelectuales; su dogma que es la doctrina social, más alta y más comprensiva de cuantas se conocen, no ya su dogma, pero ni siquiera su conducta, su accion, á ningun otro partido, y mucho ménos á fracciones que puedan querer más bien la agitacion de un dia para fines limitados y parciales, que la reforma profunda, radical, para el fin supremo de nuestra completa regeneracion.»

«Nosotros queremos la union de todos los liberales cuando se siente una gran necesidad de reforma, cuando el malestar social es profundo, cuando son muchos los desheredados de todo derecho, justo es que muchos concurran á la obra comun de la libertad. Sin embargo, aunque vengan de distintos puntos, en un fin todos han de estar conformes. Cuando ménos, haya conformidad en algo, no sea que despues de tantos trabajos, despues del largo martirologio con que hemos llenado nuestra historia, los trabajos sean estériles, y lo que es más cruel, infecunda la sangre de los martirios. Pues qué, ¿no basta con la historia? La confianza de los liberales, su ciego candor, han traido más que la fuerza de nuestros enemigos, la reaccion del 23, la reaccion del 43, la reaccion del 56; las tres reacciones más tristes y más capitales de nuestra historia, de las que proviene nuestra raquítis intelectual y nuestras miserias morales. En 1820, sobre nuestros hombros se levantó La Bisbal; en 1843, sobre nuestros hombros se levantó Narvaez; en 1856, sobre nuestros hombros se levantó O'Donnell. No conocimos que en las coaliciones maquiavélicas sucumben siempre los mejores. Nada, pues, de coaliciones inciertas. Para pactarlas de nuevo, porque altos deberes de patriotismo lo aconsejen, seguridad en los propósitos, seguridad en los fines, no sea que tengamos que llamar enemigos el dia de la victoria á los mismos que en el dia de la adversidad hemos llamado hermanos.»

«No reconvenimos á nadie, no acriminamos á nadie. Donde quiera que haya un esfuerzo por la libertad, allí está nuestro impulso. Donde quiera que sucumbe algun trabajo empleado á favor de la libertad, allí sucumbimos nosotros. Repetimos aquel célebre dicho de un guerrillero español «General, quiero ser de los muertos.» Pero conste que hay dos cosas que los partidos no deben sacrificar nunca en aras de nada ni de nadie: su dignidad y su idea. Sobre todo, antes de procurarnos estas ó las otras alianzas, pensemos con madurez en realizar nuestra propia union; trabajemos con extraordinario celo por juntarnos todos en una misma organizacion, ya que estamos juntos en un mismo pensamiento. Antes de enemistarnos unos con otros, de maldecirnos unos á otros, de perdernos en esa metafísica de personalidades que puede ser causa de nuestra ruina, pensemos en reivindicar con una energía sin ejemplo la accion política para la democracia, como es hoy para la democracia la idea capital de nuestro siglo. Los que tienen una idea, lo tienen todo. Maquiavelo, entre los resplandores del Renacimiento italiano, envidiaba la sencillez de la pobre Helvecia. Dejemos á otros partidos sus ambiciones, y busquemos los demócratas la libertad por la union de todos nuestros esfuerzos. Hemos logrado que todo el país sepa lo que le importa, y esté apercibido á conseguir lo que le interesa. Hemos logrado tener un símbolo como no lo tiene ningun otro partido, el manifiesto del 15 de Marzo. Pensemos en seguir una política enérgica, la única política salvadora, aquella bajo cuyos auspicios inauguramos nuestra

publicacion hace más de dos años: LA UNION DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA.»

Pero el general O'Donnell en su ceguera, para contrastar la grande agitacion revolucionaria, solo pensó en un monstruoso proyecto de dictadura:

«Estamos verdaderamente escandalizados, decia un escritor de oposicion, como á estas horas se escandalizará todo el país. No podemos comprender lo que pasa; creemos soñar. Si estamos despiertos, si es verdad, bajo la mano de O'Donnell se consuma para siempre la ruina de la patria. El ministerio, este ministerio, el más fatal, económicamente considerado, de cuantos han regido nuestro país; el ministerio O'Donnell, que ha tenido la triste desventura de ver en su tiempo los valores públicos más bajos que en el desastroso tiempo de la guerra civil; el ministerio O'Donnell que ha ido mendigando de puerta en puerta como un pordiosero, una limosna; el ministerio O'Donnell, que ha sido engañado torpemente por unos cuantos caballeros ingleses, que han aparecido y desaparecido por escotillon; este ministerio incapaz, impotente, desastroso, pide para sí, para sus torpes manos acostumbradas á desconcertar nuestra Hacienda, nada ménos que una dictadura económica monstruosa, un voto de confianza omnímodo para arreglar aquellas cuestiones que sólo pueden arreglarse en discusion pública, á la faz del mundo, con la intervencion completa del país, porque se trata de su fortuna y de su honra.»

«No se concibe una demencia semejante; no se concibe una ceguera tan insensata; no se concibe ese delirio de amor propio, de egoteismo desenfrenado. El gobierno pide autorizacion para cobrar los presupuestos, como si se hubieran discutido; autorizacion para rebajar los sueldos á los empleados, con tal que no sean los temibles militares; autorizacion para subir y bajar los gastos públicos á su antojo; autorizacion para barrenar todas las leyes, para suprimir todo cuanto le venga en mientes, para atropellar todos los derechos; autorizacion para arreglar la cuestion de cupones, esa cuestion cuya moralidad solo podria conocerse en la piedra de toque de la discusion pública; autorizacion para subir la fuerza pública al número que le parezca; autorizacion para emitir una cantidad tal de papel que los treses españoles no se querian ni para envolver especias en una tienda de ultramarinos. Esto es lo que pide el ministerio del general O'Donnell, y estos son los sacrificios inmensos que se van á imponer á nuestro malaventurado país.»

«¿Para qué queremos el régimen constitucional? Una de sus mayores ventajas, aquella por la cual tantos sacrificios han hecho los pueblos, es la pública discusion de todo, pero muy especialmente de los asuntos económicos. Al ménos por ese medio los pueblos saben cómo se usa de su fortuna. Pero estos restauradores del régimen constitucional han comenzado por tender un velo espesísimo sobre la discusion de la fortuna pública; han impuesto silencio á la tribuna en aquellos asuntos en que es más necesaria, en que es indispensable su voz.»

«Dos artículos únicamente tiene la ley, y en esos dos artículos varios párrafos. Por el primer párrafo el gobierno vuelve al sistema bravo-murillista, al sistema de pedir autorizacion para cobrar los impuestos, y despedir luego á las Córtes. De esta manera la discusion de los presupuestos se imposibilita cada dia más. De esta suerte el régimen constitucional expira. Con autorizaciones de este género mataron nuestros monarcas absolutos las antiguas Córtes.»

«El Gobierno pide autorizacion para descontar su sueldo á los empleados públicos. Pero nótese una particularidad; sí, una particularidad que indica bien la ruindad y el miedo del gobierno. A las clases civiles se les descuenta; pero á las clases militares, no. Con esto se manifiestan bien claramente dos cosas: primera, que siendo la mayor parte del

presupuesto la parte militar, las economías serán nulas; y segunda, que estamos en los tiempos de los pretorianos, esos tiempos que preceden á la decadencia de las naciones, á la muerte de los imperios.»

«El Gobierno pide, además, que se le conceda autorizacion para variar los servicios establecidos por leyes especiales. Pues bien, si esto no es atacar todas las leyes, variarlas á antojo del gobierno, francamente, no sabemos lo que es. El gobierno pide modestamente que el poder legislativo abdique en sus manos todas las facultades, todos los derechos, todo aquello que verdaderamente constituye su vida. Esto equivale á pedir al poder legislativo el suicidio.»

«El gobierno pide que le autoricen para arreglar la cuestion de los cupones. Muchas veces hemos dicho que esta cuestion no podria arreglarse sino por un gobierno en que confiara vivamente el país. Muchas veces hemos añadido que esta cuestion no podria arreglarse sino á la luz del dia, con un exámen muy prolijo, con una muy larga controversia, despues que todos los derechos se hubieran medido, despues que todo se hubiera pesado, despues que la dignidad del país hubiera quedado en el lugar que de derecho le corresponde. Y una cuestion de esta clase, una cuestion que sólo podria ventilarse bien en una amplísima contienda parlamentaria, y resolverse por una ley que tuviera todos los caractéres de tal, bien concebida, bien examinada; una cuestion así se quiere arreglar dictatorialmente, por las inspiraciones de un ministro á quien tantas veces han burlado los ingleses.»

«Y por último, el ministerio pide que le autoricen nada ménos que para subir el ejército; es decir, para aumentar los gastos, para aumentar el déficit, para enconar más y más las heridas del país, para concluir de esterilizar nuestra agricultura, para matar nuestra industria, para subir el presupuesto doscientos millones más; en fin, para seguir desgobernándonos y oprimiéndonos.»

«Y despues, una nueva emision de títulos como corona de todo este edificio. Pues si nuevamente se emiten títulos, ¿á dónde vamos á pagar? Cuando los emitió el Sr. Castro, la union liberal clamó contra aquella inmensa ruina. Y ahora que la Bolsa está desierta, que la cotizacion oficial está bajo cero, que el país se arruina en una de las más espantosas crísis por donde ha pasado desde los primeros dias de su historia, ahora se van á emitir nuevos títulos, para que lleguen á tal depreciacion en el mercado, que no tengan valor alguno, y se hunda la fortuna nacional y vayamos á la bancarrota.»

«Vosotros los que os soleis mostrar indiferentes á la política; vosotros los que decís que nada quereis saber de los asuntos públicos, ved si os interesan ó no; ved hasta qué punto está en ellos comprometida vuestra suerte, vuestra propiedad, vuestro trabajo, vuestros ahorros, la paz de vuestras familiass el pedazo de pan que repartís entre vuestros hijos. Mirad, comprended ahora cómo la falta de celo en defender la libertad os puede llevar hasta el extremo de quedaros en la desgracia, de caer en la más completa ruina. Un gobierno imprevisor, un gobierno ciego, uno de esos gobiernos que se creen fuertes porque son arbitrarios, pueden apoderarse de una dictadura que merme vuestra fortuna, sin más títulos que su ceguera y su torpeza.»

«En cuanto al partido liberal, á todo el partido liberal, ¡ay de él si no sabe tomar una enérgica resolucion para atajar los males presentes, una de esas resoluciones que son la honra de toda una historia! Es necesario evitar la dictadura de la torpeza y de la ignorancia. Es necesario que el país comprenda que solamente de él depende su salvacion ó su ruina.»

«La opinion está indignada, decia el periódico más democrático de la oposinion, el Parlamento alarmado, la Bolsa henchida de gente que acude presurosa á deshacerse de valores que nada valen; Madrid bajo la opresion de

una tristeza inmensa; la prensa perseguida y amordazada para que no exhale los terribles ayes de su indignacion; la tribuna sitiada por las obsesiones de un gobierno ciego; España amenazada de una de esas grandes catástrofes á cuyo término se encuentra la ruina de muchas fortunas, la desgracia de muchas generaciones: tristes frutos de la torpeza y de la ceguera de un gobierno, cuyo único carácter es la impotencia, cuya única inspiracion es el miedo, y cuyo término va á ser una ominosa dictadura, que derramará sobre nosotros incalculable copia de males, si no sabemos conjurarla con una grande energía, con una decision suprema, de esas que inspiran sublimes arranqnes á los pueblos.»

«El gobierno O'Donnell ha tenido el valor necesario para presentarse en la tribuna y pedir una dictadura. ¿Para qué la pide? Para cobrar todos los impuestos, para perturbar todos los servicios, para arreglar todas las deudas, para aumentar la renta perpétua á su antojo, para subir el cupo del ejército, en una palabra, para sustituir á la ley su omnímoda voluntad, y al criterio de los Cuerpos Colegisladores su absoluto criterio. Sesenta años de revoluciones contínuas, siete de terrible guerra civil, los sacrificios que están escritos en la historia con los nombres sagrados de tantos mártires, y en el espacio con los ensangrentados montones de tantas ruinas, han servido para que en plena paz, cuando ningun peligro corre nuestra independencia, ningun riesgo nuestra imperiosa neutralidad, se exija la dictadura, no ya para medidas transitorias de esas que aconseja la urgencia del momento, sino para arreglos permanentes con acreedores, largo tiempo desatendidos ó desdeñados; arreglos de muchos millones, de muchas incidencias, de muchas combinaciones, que deben resolverse y armonizarse entre los choques de ideas de una asamblea deliberante, y no con el falible criterio de un ministro que se ha divinizado á sí mismo, y ha exigido de los Cuerpos Colegisladores el suicidio de una abdicacion vergonzosa.»

«¿Y con qué títulos pide el gobierno esta dictadura? En nombre de la Caja de Depósitos arruinada, del Banco Español en quiebra, de la Bolsa en mortal crísis, del Banco Nacional convertido en un cuadro disolvente, del Erario exhausto, del papel de la deuda rasgado, de los cupones de Enero no satisfechos todavía en Mayo, de los servicios públicos desatendidos, de los trabajadores de nuestros arsenales hambrientos, de los infelices que corren por los mares en defensa de nuestra honra, ó bajan á las minas en busca del metal, muertos de hambre, de todas las obligaciones no satisfechas, de la bancarrota consumada, de las Bolsas extranjeras cerradas á nuestras humildes ofertas, de la perpetracion escandalosa de la ruina irremediable de la patria.»

«¿Y á un gobierno, á un gobierno de esta torpeza, vamos á concederle una dictadura, y una dictadura de esa magnitud? Las dictaduras nacen de las grandes crísis, y se conceden á los grandes servicios. Los romanos mismos, que son los creadores de esta palabra y de esta magistratura, que á los tiempos de la ciudad de Alba atribuian su orígen, no la concedieron sino á grandes y extraordinarios repúblicos, y no la toleraron sino por breves y supremos instantes. Cuando la dictadura fué perpétua, Roma sucumbió, falta del verdadero espíritu de la vida, que es la libertad. *Dictadura ad tempus sumebatur*, decia tristemente Tácito, recordando los grandes tiempos de la República bajo la innoble servidumbre del Imperio. Este tiempo era á lo más de seis meses. Pero siempre la dictadura nacia de circunstancias extraordinarias, cuando los celtas ó los cartagineses amenazaban á la Ciudad Eterna. Siempre se obtenia en virtud de grandes esperanzas ó de preclaros servicios. Se concibe que pida César la dictadura despues de haber domado á los galos; que la arranque Napoleon á la fati-

gada República francesa cuando esgrimia la espada de Marengo y de Arcole, la espada que habia escrito el nombre de Francia sobre la tumba de los Faraones de Egipto; que los Estados-Unidos la hubieran entregado al misterioso Lincoln, al trabajador oscuro que habiendo vivido la vida errante de los bosques, con su hacha de leñador por todo recurso; nacido en una cabaña de Kentuky; criado desde la edad de ocho años en las balsas arrastradas por las corrientes del Ohio, como el Moisés de una nueva raza; marinero más tarde de las barcas que cruzaban el Missisipí, despues de haberse abierto paso con toda su familia, héroe sublime de la epopeya del trabajo, entre selvas inexploradas desde la Indiana hasta el condado de Spencer, por un milagro divino se levanta á ser el redentor de tres millones de esclavos, y el jefe del primer pueblo de la tierra; se concibe que en momentos supremos y á hombres milagrosos y extraordinarios, se les entregue la dictadura; pero pedirla como la pide O'Donnell, despues de una derrota vergonzosa, despues de haber sido el escarnio de las naciones extranjeras, en nombre de una série de contratiempos y de desventuras increibles que provocarian á risa si no se tratase de la honra y de la fortuna de la pátria, es la demencia del orgullo en el gobierno, ridículo dictador, ó es el extremo de la abyeccion y de la miseria en nosotros, indignos españoles.»

«La dictadura nace de lo extraordinario, se funda en la necesidad, se justifica por el interés de todos, se engrandece por la victoria, se glorifica por la salud del pueblo, crece con los peligros, como en aquellos momentos sublimes é inolvidables en que la Convencion la tomó, la recogió del suelo, cuando los extranjeros amenazaban todas las fronteras de Francia; cuando la Vendée la descuartizaba con la insurreccion parricida; cuando la córte conspiraba en su seno contra todos los derechos adquiridos por la revolucion; cuando no podia salvarse sino por un arranque de génio en un momento de delirio y desesperacion.»

«Pero vosotros, pigmeos, ¿qué pedís? Pedís la arbitrariedad, pedís el despotismo ciego; pedís que no se examinen los presupuestos, que no se discutan los arreglos de nuestras deudas, que se reconozcan los cupones á vuestro gusto sin el zumbido incómodo de una controversia pública, que se pueda emitir papel de la deuda en estos momentos en que el mercado está desierto, y la cotizacion desciende hasta cero, y el papel no sirve para nada, en fin, que os sea lícito en la oscuridad concluir la completa ruina de la Hacienda.»

«¡Qué espectáculo! ¿A quién acudiremos? Los hombres de la union liberal deben haber perdido toda idea de justicia, todo sentimiento de dignidad. Cuando el año pasado se emitia el empréstito Sabater, clamaban horrorizados, y ahora emiten un empréstito más ruinoso. Cuando los moderados intentaban reconocer los cupones, decia el ministro de Estado de hoy que antes que firmar tal reconocimiento se cortaria la mano, y se reconocen los cupones, y al ménos, de rábia y de vergüenza debiera haber perdido, no ya las manos, la cabeza. Y vosotros, periodistas de los artículos revolucionarios, de las protestas contra gobiernos en verdad no tan arbitrarios como el vuestro, ¿dónde, dónde estais? Aun recordamos que cuando se trató del arreglo de la deuda en tiempo de Bravo Murillo, un ministro, el Sr. Negrete, indivíduo de la union liberal hoy, dió un «No» en oposicion abierta con todos sus compañeros de gabinete; porque á sus oidos llegaban rumores de que trataba de arreglarse aquella deuda sin la discusion necesaria. Y ahora dirá «Sí» en el Senado al arreglo dictatorial de los cupones ingleses. Si hubiéramos de juzgar del estado de la sociedad por las manchas que le salen á la faz, podiamos decir que en España estaba gangrenado hasta la médula de nuestros huesos.»

«El régimen constitucional puede renunciar á todo, ménos á la discusion de los servicios públicos. Esta es la base y la cúspide del Parlamento. Aun en aquellos tiempos más desastrosos de la política más absolutista, las Córtes conservaban este derecho. Y ahora se pide que las Córtes dejen de conocer en los asuntos más graves de la gestion de la Hácienda, en el arreglo de la deuda que ha de imponer un gravámen permanente á los ciudadanos, en el aumento del ejército que puede extraer la más preciosa sangre de las agotadas venas de nuestro pobre pueblo.»

«El régimen constitucional, en su acepcion más restringida, puede definirse de esta sencilla manera: la intervencion de los contribuyentes en la designacion del ejército y del impuesto. Pues bien, ambas facultades le quita el general O'Donnell á su antojo, y como quiera que es militar por temperamento, militar por profesion, militar en el gobierno, militar en el Senado, siempre militar, se aprovechará de la primera coyuntura para poner en pié de guerra al pais, y agostar la flor de la juventud en el ejército. Y el contribuyente verá por el arreglo de las deudas, por la emision de los títulos, menguado su patrimonio; y las familias verán por el aumento del ejército diezmados sus indivíduos, sin que puedan ni siquiera quejarse, porque las Córtes se hallarán cerradas, y la prensa muda bajo el pesado yugo de la nueva ley. La dictadura, la bárbara dictadura, la última razon de los gobiernos tiránicos, se estenderá sobre el país desolado, sobre el pueblo hambriento.»

«El sistema de la union liberal ha sido la corrupcion; el sistema de la union liberal ha sido siempre anteponer á todo los intereses materiales. Fundó un partido sin ideas, sin espíritu, sin sistema; un partido que sólo se unió, que sólo pudo unirse por el frágil lazo del presupuesto. Derramó por codicia en Santo Domingo la sangre española, para que resultáran despues esas sirtes de guerras americanas donde malgastamos nuestras fuerzas. Malbarató la fugaz gloria adquirida en Africa y el providencial destino que allí podíamos desempeñar, por unos cuantos ochavos marroquíes. Alistó en sus banderas, á pelotones, desde pacatos y tímidos neo-católicos como Mena y Zorrilla, hasta demagógicos tribunos como Escosura. Y ahora para proseguir en su perverso sistema de anteponer los intereses materiales á la honra moral de España, va á arreglar la deuda extranjera en el silencio.»

«¿Y se le consentirá? ¿Y será posible que no se levante un clamor tan fuerte, tan vivo, como aquel que se levantó contra el funesto empréstito de Barzanallana? Este sistema económico es más desastroso, es más contrario á lós intereses del país, lleva envueltos en sí mayores gravámenes para el contribuyente, ruina mayor para el Tesoro. Despiértese la opinion, despiértese, que medios legales tiene aún de hablar; no se diga que somos un pueblo de eunucos, dignos de guardar el sueño de cualquier señor á las puertas de un serrallo, como los griegos de Bizancio. La dictadura de la impotencia sólo puede ser consentida por los esclavos del miedo.»

Efectivamente tenian razon los que hablaban así. El proyecto de dictadura habia indignado en todas partes y á todo el mundo. El proyectó de dictadura era una nube que entrañaba toda suerte de males para este país sin ventura. Por él se conculcaban todos los principios que sirven como de base incontrastable al regimen constitucional, á este régimen que nos ha costado mares de sangre, sin que hayamos tocado ninguna de sus ventajas, sin que hayamos recogido ninguno de sus frutos. Los presupuestos volvian á plantearse por autorizacion. Las leyes todas quedaban en suspenso desde el momento mismo en que el gobierno podia negar á su antojo todos los servicios. Se hacia una rebaja á los empleados en sus sueldos; pero se exceptuaba el clero y el ejército, las dos castas privilegiadas que

consumian la mitad del presupuesto. Los cupones se reconocian dictatorialmente, es decir, el sudor del pueblo se malgastaba, se malbarataba en una negociacion, sin que el pueblo pudiera intervenir en asunto tan grave, como si no hubiera salido todavía de la tutela del absolutismo. Se establecia sin razon alguna que la abonase, la dictadura más extraña, más inverosímil que recuerda la historia.

Así la alarma del país era inmensa. Los periódicos de provincia excedian en coraje á los periódicos de Madrid. Todos á una, como por igual resorte movidos, se levantaban á protestar contra la dictadura; todos sentian el rostro encendido por la saliva que acababa de escupirnos el general O'Donnell.

«El asombro, decia el progresista Navarro, el estupor de España ante los descabellados planes del gabinete es inmenso. En un país cuya industria muere, cuya agricultura agoniza; en una nacion víctima de las ruinosas medidas rentísticas de ministros doctrinarios y empíricos; en este desgraciado pueblo que ve muerto su crédito, quiere un gobierno escarnecido autorizacion para aumentar de nuevo la deuda que nos ahoga, y para aumentarla nada ménos que en la enorme cifra de CUATRO MIL MILLONES.»

«La situacion es grave, é inútiles, exclamaba el *Guadalquivir de Córdoba*, los paliativos: cuando la enfermedad progresa es necesario hacer uso de medicinas radicales, de remedios heróicos.»

Y más abajo añadia:

«La descarada reaccion ha lanzado un reto á la libertad, y ésta lo ha aceptado. ¡Ay de la reaccion, porque la libertad no puede sucumbir!»

«Conocemos ya en toda su extension, escribian *Las Provincias* de Valencia, los proyectos político-financieros del ministerio, y ha llegado la hora de que rendidos á la evidencia de los hechos los más esperanzados en la buena estrella de la union liberal, contemplen la profundidad del abismo á cuya orilla nos ha arrastrado su imprevisor despilfarro.»

«Tenemos, pues, á la union liberal, dice *La Corona de Barcelona*, que tanto se jactaba de su respeto á las prácticas constitucionales, á la union liberal, que tan severos cargos hacia á las administraciones moderadas por el abuso de cobrar los impuestos por autorizacion, incursa en la misma falta.»

«Atrevimiento, por no darle otro nombre, se necesita para llamar á parto tan descomunal, *verdadero voto de confianza*. ¡Voto de confianza! ¿Y á quién? preguntaban *Los Dos Reinos* de Valencia. A un hombre que no entiende de leyes y le sobra audacia para suspender las garantías constitucionales, como dijo en la sala de conferencias.»

«¿Cree el duque de Tetuan, preguntaba á su vez *El Euscalduna* de Bilbao, que en la situacion presente y ante los peligros que puedan amenazarnos las cuestiones interiores y exteriores, es forzoso encaminar la política y la gobernacion por un cáuce distinto del que les abrió con rios de sangre el principio liberal? Pues si tal cree, que se retire y deje en manos de otros hombres lo que él no alcanza á dirigir.»

«Se revolverán, lucharán, saltarán por todas las conveniencias; vivirán un dia más, decia *El Eco de Alicante* refiriéndose á la actitud de los unionistas en esta cuestion; si se quiere, rodeados de desdichas y de angustias mortales, pero desaparecerán al cabo y para siempre, entre los silbidos y anatemas del pueblo que los detesta y execra su memoria.»

«Contemplen que el estado deplorable en que se encuentra la Hacienda española, dice *El Eco Bilbaino*, no es más que la consecuencia inevitable de los errores cometidos por ministros ignorantes é imprudentes.»

«¿Qué queda ya? añadia *La Crónica Mercantil* de Valladolid, la bancarrota y la mi-

seria; el descrédito más terrible nos amenaza, y no es posible vivir así por más tiempo.»

«¡Bonito porvenir se ofrece á España! decia *La Perseverancia* de Zaragoza (periódico absolutista). ¡Y todavía hay quien se asusta de que la revolucion llame á la puerta de este infortunado país! ¡Como si las catástrofes que ha de traer sobre la tierra no fueran la más cabal demostracion de la justicia del cielo!»

«Sin duda es pánico, y pánico con todo su terrible cortejo de temores, de sombríos presentimientos, de lúgubres profecías; pero es un pánico natural, exclamaba *El Telégrafo* de Barcelona, porque viene de lo alto, es el gobierno el que dá el ejemplo, es el ministerio el primero que se muestra poseido de un vértigo cuyas consecuencias aterran. ¡Oh! aun hay quien se opone hoy á la union, no de todos los partidos liberales, sino de todos los hombres patriotas, que quieran siquiera la vida de la pobre España.»

Hé ahí periódicos de todas las provincias de España, periódicos de todos los matices, unánimes en condenar un proyecto de dictadura que era la deshonra de la pátria. No se trataba de tal ó cual partido que tuviera interés en derribar al gobierno para sustituirle; eran todos los partidos; no se trataba de tal ó cual periódico escrito al calor urente de la atmósfera de Madrid, eran todos los periódicos; no se trataba de tal ó cual provincia que clamára por un interés aislado, son todas las provincias, era el clamor de todos los españoles, la voz de la pátria que llenaba los aires. Desde los tiempos de la guerra de *la Independencia* no se habia visto en España unanimidad tan asombrosa de sentimientos.

La discusion del proyecto de autorizacion fué larga y procelosa. Notábase en los bancos de la mayoría una gran desanimacion, y en los salones de conferencias una extraordinaria garrulería. Hablábase aquí en este punto mucho, extraordinariamente, de una comision de la mayoría que habia acudido á pedir al general O'Donnell modificaciones en el proyecto de autorizacion. Pero el general O'Donnell se habia negado á toda explicacion, á toda avenencia, á complacer en lo más mínimo á los que demandaban algun medio de salir del grave apuro á que los redujera el gobierno, obligándoles á una abjuracion de sus principios parlamentarios. El general O'Donnell, acostumbrado ya á la dictadura, trataba á los diputados como soldados; los trataba con la dureza y el menosprecio que Sila ó Antonio trataba á los senadores romanos.

Por eso decia que la mayoría se desbandaba. Ya habia en su seno antiguos disidentes, nuevos disidentes, fraccion Serrano, diputados catalanes, grupo de Camprodon, y otros indiferentes, además de los retraidos y abstinentes. Y de este confuso y abigarrado ejército donde tantos clamaban en sentidos diversos, ¿podria salir nunca una dictadura fuerte? Lo que saldria seria un enjendro informe que nos deshonrára, nos oprimiera, y acabára de consumar para siempre nuestra ya inevitable ruina.

Se discutia el voto del Sr. Nocedal, que por una triste irrision, por un juego incomprensible de la suerte, vino á ser más liberal, mucho más liberal que el ministerio O'Donnell. El Sr. Moyano pronunció un ardiente discurso, un discurso de mucho mérito contra el proyecto de autorizacion. Examínense sus argumentos, léanse sus cifras, y de seguro el ánimo del más fuerte se abate en presencia de tamaña ruina. Ibamos á reconocer unos certificados ingleses que desde el arreglo de la deuda venian siendo el caballo de batalla de todas las situaciones, el terror de todos los ministros; reconocimiento que no se habian atrevido muchos ministros á llevar á las Córtes, y que el general O'Donnell queria resolver dictatorialmente, de una manera tal, que rayaba en el escándalo.

El Sr. Moyano usó argumentos *ad hominem* de una gran fuerza. Ese señor ministro de Estado que pedia una dictadura para abrir con

el puño de la espada las puertas de la Bolsa de Lóndres, llamaba á los señores del comité mercachifles, los cuales no merecian, no ya un sacrificio, pero ni siquiera consideracion. Ese señor ministro de Hacienda que iba á emitir tantos y tantos millones de treses, confesaba en el mes de Febrero que toda emision de treses habia de ser por fuerza adversa á nuestro crédito, ruinosa á nuestro país. Con razon le decia el señor Moyano al Sr. Alonso Martinez que es un ciego, sí, un ciego que conducia por derroteros desconocidos, el Erario á su perdicion, y el país á una gran vergüenza. Ochocientos millones anuales iban á ser necesarios para pagar todos estos despilfarros de la union liberal; ochocientos millones, mares de sudor del pueblo, malgastados, perdidos.

¿Y qué se iba á conseguir con la dictadura? ¿Qué bien material iba á traer al país? ¿Qué remedio urgente iba á aplicar á nuestros males? A medida que un gobierno es más reaccionario, necesita más agentes, y á medida que necesita más agentes, necesita tambien más dinero. Toda la rebaja que de los sueldos puede calcularse, es de veintidos millones. Pero en cambio, esos veintidos millones se los llevarán los tenedores de los cupones ingleses. Nada ahorraremos. La emision del papel exigia ciento cincuenta millones anuales. Y no se sabia, no se acertaba á comprender de dónde saldrian recursos para satisfacer todos estos gastos. La contribucion territorial no podia subir más. Los subsidios eran ya escandalosos. Desgraciado país, arrastrado á la bancarrota por la ceguera, por la impericia, por la desatentada conducta de la union liberal. Y cuando se necesitaba una mano enérgica, una inteligencia clara, fuerza de voluntad, propósito firme de reducir los gastos, teniamos por todo ministro el Sr. Alonso Martinez, que sólo habia sabido mendigar de puerta en puerta algun préstamo, caer al pié de los fundadores del Banco inglés, reconocer los cupones, como si los cupones fueran algun manantial de riqueza, y desvanecer como humo los últimos restos de nuestra riqueza nacional.

Con razon le increpaba fuertemente el señor Moyano. Con razon le decia que era la imprevision y la ceguera dirigiendo nuestra Hacienda, y estrellándola contra grandes escollos. Con razon decia que cuando se hablaba por pasillos y por salones de conferencias de la caida del ministro, hasta los mismos ministeriales se frotaban las manos en señal de alegría.

El Sr. Alonso Martinez estuvo profundamente silencioso. No respondió ni una palabra á la lluvia de cargos que á manera de plomo derretido arrojaba sobre su frente el Sr. Moyano. El ministerio se impuso silencio. Como la dictadura es el silencio, como la dictadura es la arbitrariedad, como la dictadura es el despotismo, ¿para qué quieren, para qué, la discusion? Apáguese toda luz, caigamos en el silencio y en la inmovilidad de los muertos.

Quisiéramos saber qué intentaba, qué sostenia, qué defendia en aquella sazon el señor Illas y Vidal. Dijo que quiere y no quiere la dictadura; quiere y no quiere la emision de títulos; quiere y no quiere apoyar al general O'Donnell; estando suspenso entre dos fuerzas iguales y contrarias, y todavía no sabiendo en cual de las familias ministeriales podriamos clasificarse. La union liberal estaba en un período de completa disolucion, estaba perdida. Queria imponer silencio á la tribuna y á la prensa; pero no viviria porque todos callasemos: que la arbitrariedad en el poder es un signo de muerte.

El miedo y la desconfianza dominaban en la esfera del gobierno; la ansiedad y la perturbacion moral en el país; la alarma en todas partes. La conviccion firmísima de que la situacion era insostenible, de que la atmósfera política estaba preñada de peligros para el gobierno, poseia á todos los espíritus. La poblacion de Madrid se sentia instintivamente

agitada: las noticias que llegaban de provincias, manifestaban que esa agitacion era extraordinaria, general en toda España. Se operaba, sin duda, en el seno de nuestra sociedad, uno de esos fenómenos que en los séres orgánicos amenazan con la destruccion en el mismo momento en que esos séres se reproducen. No desmayemos, decian los más fuertes, esos peligros de muerte son el gérmen de una nueva vida.

En vano los periódicos ministeriales se esforzaban por calmar la agitacion del país; en vano nos presentaban al gobierno armado de una fuerza moral irresistible. Esa oficiosa solicitud de nada servia, á nadie imponia convencimiento. Y esa agitacion, esa alarma no era ficticia, como decian ciertos periódicos; no partia de determinados círculos políticos; ni siquiera era obra exclusiva de los partidos que en su generosa desesperacion, tan solo en una enérgica, extraordinaria protesta del país, veian el remedio de los males de la patria. Esa perturbacion moral era resultado de un movimiento expontáneo de la opinion; era el grito de dolor de una sociedad que sufria, era la electricidad que estalla en el seno de la nube; nube formada por la condensacion de cincuenta años de errores, injusticias y crímenes políticos y sociales.

Y ni remota esperanza habia de que la calma renaciera. El gobierno desconfiaba hasta de su sombra; miraba con tanta prevencion al ejército, guardaba con él tan pocas consideraciones, le atropellaba de tal suerte, que nadie se explicaba esto en un gobierno presidido por el general O'Donnell. Las prisiones, los destierros, los traslados militares se sucedian sin interrupcion por estos dias. El premio ofrecido á la delacion, esa suposicion oficialmente enunciada, de que entre la pundonorosa clase militar podia fomentarse la raza vil de los delatores, habia venido á hacer más anormal la situacion del ejército.

«Entretanto, decian las oposiciones, prepárese el país para sufrir mayores males. El proyecto de dictadura será al fin votado, con él decretada nuestra esclavitud política y nuestra completa ruina económica. Entretanto, apréstese el pueblo á un inmediato, cruentísimo sacrificio. La *Gaceta* traia el decreto por el que se llamaban á las armas á 30.000 hombres, correspondientes á la quinta del año. No basta que paguemos al fisco el tributo de nuestra riqueza y de nuestra actividad; es preciso darle tambien nuestra sangre. En las aras de ese monstruoso informe de nuestra miseria política, se nos obliga á sacrificarlo todo en desastrosa hecatombe.»

«¡Oh! despertemos pronto de ese vergonzoso letargo, gritaban, ó muramos de pena, que á tan vil precio es abominable la vida.»

Continúaban en el Congreso los debates sobre las enmiendas presentadas al famoso proyecto de las siete autorizaciones, debates que eran la pesadilla del ministerio y de la mayoría, porque durante estas discusiones la union liberal se encontraba sujeta al potro de la ignominia, expuesta ante el país con toda la repugnante fealdad de sus defectos. Tocó el turno al Sr. Cardenal, el cual, lo mismo que todos los oradores de la oposicion en aquellos dias, trituró materialmente al gobierno. Atacó el excepticismo político del Sr. Posada Herrera, ese excepticismo que es la sancion desde las alturas del poder, de todas las inconsecuencias. Acerca del reconocimiento de los cupones, como recordase al Sr. Bermudez de Castro su solemne promesa de otro tiempo de no aceptar nunca tal reconocimiento, el señor ministro de Estado excusó su manifiesta informalidad, diciendo que en aquella época los tenedores de cupones exigian con amenazas el reconocimiento de sus créditos, y que tan sólo por un sentimiento de patriótica independencia se opuso á su demanda. Palabras, vanas palabras con que se trataba inútilmente de encubrir una gran inconsecuencia.

Pues qué, ¿acaso los señores ingleses habian venido á postrarse de hinojos ante nuestro gobierno? ¿No nos amenazaban con no

abrir su Bolsa á nuestro papel, mientras no se arreglase el asunto de los cupones? ¿Y no es esta consideracion, la consideracion á las exigencias de nuestros acreedores extranjeros, la que alegaba el gobierno para llevar á cabo tan apresuradamente el arreglo de nuestra deuda en el exterior? Debia confesar de una vez el Sr. Bermudez de Castro, que sacrificaba sus opiniones particulares, sus formales compromisos ante la opinion, al interés de su partido, al deseo de conservarse en el poder.

Tambien el Sr. Cardenal confundió al general O'Donnell, echándole en cara otra de sus informalidades. Como indicó el Sr. Figuerola oportunamente, el duque de Tetuan, estando en el salon de conferencias en medio de muchos señores diputados, y otros que no lo eran, manifestó, que á encontrarse él en la oposicion, no votaria el proyecto de autorizaciones ni *aun á su padre*. Al oir esto, tembloroso, rebosando en ira, levantóse el general O'Donnell, semejante al toro cuando siente el hierro en sus espaldas. Quejóse y censuró acerbamente que se trajesen al debate conversaciones privadas, y palió como pudo el mal efecto de su imprudente confesion, sin afirmar que fuesen verdad las palabras que se le atribuian, pero sin atreverse tampoco á negarlas rotundamente. ¡Castigo horrible el de esos hombres, obligados contínuamente á luchar contra el remordimiento de sus debilidades de carácter y de sus faltas políticas!

El Sr. Bermudez de Castro, sin duda para distraer la atencion del Congreso, preguntó á la minoría moderada qué haria en la cuestion de las autorizaciones, si en las actuales circunstancias fuese llamada al poder. El señor Orovio contestó con evasivas á esta pregunta. No nos sorprende, el partido moderado es un partido, al fin, reaccionario. Lo que censuramos en la union liberal, lo creemos natural y lógico en los moderados.

La mayoría se revolvia entre tanto en la impaciencia. Ya lo hemos dicho: estas discusiones la tenian en un potro. El Sr. Posada Herrera levantóse para hacerse eco de esa impaciencia; dijo que en estos debates sufria la nacion, porque mientras no fuese aprobado el proyecto de autorizaciones, el gobierno tenia que pedir dinero prestado, y que sin la garantía de la autorizacion para crear títulos del 3 por 100, tenia que pagar intereses elevados. ¡Especioso pretexto para salir de su posicion embarazosa! Despues de emitido el papel, aun seria mayor la usura.

Lo cierto es que el general O'Donnell, despues de haber desbaratado una conjuracion que él llamaba tremenda, sintió renacer en sí todos sus instintos reaccionarios, y sujetó el país á los rigores de una disciplina militar; violando los hogares, oprimiendo los periódicos, matando los comités, arruinando todo cuanto podia recordar el nombre siquiera de la libertad. Su política tendia á sustituir á la dictadura del estado de sitio la dictadura permanente de su política personal. Obedecia en esto á no sabemos qué espiritu reaccionario difundido desde hace más de veinte años por el génio del mal en el seno de todos los ministerios.

Se conciben, como dice Royer-Collard, estas dictaduras, cuando tienen por fin salvar una sociedad, engrandecer un pueblo. Pero es la demencia más insensata empuñar la dictadura, usar de sus grandes y extraordinarios recursos para salvar miserias, para sostener errores. Así es, que una situacion incomprensible, dictadura con Parlamento y Parlamento con dictadura, donde todo estaba trastocado y confundido, esa situacion desaparecia bajo el peso de sus grandes errores.

El presidente del Congreso se apartaba de ella, y la dejaba hundirse en el descrédito. Los disidentes que eran los más liberales de todos los que componian esa Babel, la abandonaban á su soledad. Dentro del mismo ministerio habia quien tiraba á transacciones

con la oposicion, y por lo mismo á separarse del gobierno. A esta lucha entre fuerzas iguales y opuestas, dentro de la situacion, habia de seguir necesariamente el marasmo, que es la muerte de toda actividad; la suspension, primero de la inteligencia, despues de la vida, el marasmo que es la enfermedad de las situaciones raquíticas.

A todo esto acompañaba un malestar económico, semejante al malestar político. El presupuesto subia. Los ingresos bajaban. Los vencimientos de la Caja de Depósitos no se pagaban en provincias. Habia cupones del semestre de Enero no pagados en Junio. La Bolsa estaba en el suelo. Desde la guerra civil no habia bajado el papel tanto como bajara entonces. El trabajo estaba paralizado. El comercio se arruinaba. Las transacciones eran imposibles. Todas las sociedades de crédito estaban desacreditadas, porque emplearon sus capitales en papel del Estado. El Banco de España no cambiaba sus billetes y decia que no los cambiaba por culpa del gobierno. Los pagarés de bienes nacionales sufrian una gran depreciacion. Los billetes hipotecarios fueron y volvieron en un saco de noche á París, sin que los hubieran aceptado ni siquiera para garantía.

A esto se unian males mayores. Muchos españoles se veian obligados á abandonar su pátria. De las provincias de Galicia y de las provincias de Múrcia y Alicante la emigracion era verdaderamente espantosa; la emigracion al Africa y á la América. Otros nos dejaban por las discordias civiles. La prensa moria desconcertada por una persecucion sin ejemplo. Los escritores ó se hallaban en la cárcel ó amenazados de presidios. Se necesitaban los tesoros de Creso para pagar multas. Se necesitaban legiones de editores para sostener los periódicos. La enseñanza se veia amenazada por una conjuracion neo-católica á la cual iba á ceder el gobierno como habia cedido contra las asociaciones y contra la prensa á esa misma conjuracion. «España agoniza, decian los ménos exaltados, sí, agoniza. Se necesita que la salven sus hijos, pero que la salven por la libertad. Y para esto se necesita con la misma imperiosa necesidad que se necesitaba en el año pasado por ahora, la caida de Narvaez, se necesita hoy la caida de O'Donnell. Si él no cae, caerá la nacion, caerá la pátria.»

Así las sesiones de las Córtes eran cada dia más tumultuosas. Gritos, apóstrofes, discursos violentos, ruido atronador, todo esto hubo en el Congreso de diputados. El Sr. Bermudez de Castro levantó la voz y los puños; el general O'Donnell se puso rojo como un cangrejo cocido; el Sr. Alonso Martinez estuvo á punto de desmayarse como si hubiera visto al Sr. Salaverría, su sepulturero. El asunto no era para ménos. Hubo un escándalo de esos que no se recuerdan hace mucho tiempo en nuestras Córtes. Se necesita subir al gran dia en que el Sr. Negrete votó «no» en la cuestion del arreglo de la deuda, cuando se levantaron los puños y se blandieron los bastones y hasta se echaron los sombreros al aire. Sucedió, pues, un grande escándalo en unas Córtes conservadoras, elegidas por electores que pagan una buena contribucion; unas Córtes de las cuales se han apartado los partidos revolucionarios, esos partidos de quienes se dice que tienen por complexion la anarquía.

Y no se crea que el diputado que suscitó el grande escándalo, fuese un diputado de oposicion, no, fué un diputado de la mayoría. ¿Os acordais de aquel célebre orador, Gonzalez Serrano, que aconsejaba á la mayoría el tacto de codos? ¿Os acordais de aquel orador que por espacio de mucho tiempo fué como el Atlante que sostuvo en sus hombros el peso de la situacion? Pues bien, se levantó en una de aquellas sesiones y dijo con mucho primor, con un acento de conviccion profundísima, en castellano corriente y muy sonante que el asunto de los cupones era muy semejante al célebre robo de los ciento trein-

ta mil cargos de piedra. ¡Y esto á las barbas mismas de D. Leopoldo O'Donnell, el promovedor de aquel célebre expediente.

El volcan de sus iras estalló. Pidieron los ministros casi á un tiempo mismo la palabra, rugió la mayoría indignada, perdióse el sonar de la campanilla en aquel oleaje de ruidos diversos, y las tribunas vertieron sobre el mar de alteradas pasiones la tempestad de sus sublimes imprecaciones.

El Sr. Gonzalez Serrano miraba á todas partes como preguntando en su infantil inocencia, cuál era la causa del tumulto. El señor Alonso Martinez, todo dolorido, todo angustiado, con voz acongojada y lacrimoso acento, dijo que el poder era para él una carga. ¡Para él! Para el país, debió decir, y acertára. Dijo que él tenia valor para acometer de frente la cuestion de los cupones. Valor, inmenso valor, valor á toda prueba se necesitaba para acometer esa cuestion prescindiendo de las luces del Consejo de Estado, de la discusion amplísima en la tribuna, del voto de la Córtes. Valor, sí, valor se necesitaba para atropellar por todo, pisotear todas las leyes del país, pedir una dictadura tan sólo para caer en complacencias serviles con los tenedores de los cupones ingleses. Inmenso valor se necesitaba para esto. Nosotros hubiéramos arreglado la cuestion de los cupones á la luz del dia. Pero recibir una autorizacion de las Córtes, nunca, nunca, nunca. Arreglar los cupones dictatorialmente, cuando su única justificacion estaba en la publicidad, eso lo podia hacer solamente la desesperacion insensata en que habia caido la union liberal, y que la habia puesto en estado de demencia.

Cuando hubo acabado el Sr. Alonso Martinez, se levantó el Sr. Gonzalez Serrano á decir que él no queria hablar de la identidad de los casos, pero sí de las semejanzas entre los cupones y los cargos de piedra. Como ven nuestros lectores, el Sr. Gonzalez Serrano iba agravando más sus palabras. Entonces fué Troya. El general O'Donnell no pudo contenerse por más tiempo. Soltó los raudales de su biliosa elocuencia. Inspirábanle al general O'Donnell un respeto idéntico estas tres cosas: la gramática, las leyes y la disciplina. En el calor de la improvisacion dijo *comparanza*, barbarismo que provocó la risa del auditorio. El presidente quiso contener á las tribunas, pero el general O'Donnell, que con haber montado tanto solia perder los estribos, perdiólos por completo y dijo que dejáran á las gentes de las tribunas, que las desafiaba en las calles. Esta indigna provocacion produjo un grande, un general disgusto. ¡Qué hombre de Estado ese, qué hombre de Estado! ¿Cómo se extrañaba de que un pueblo inteligente volviera por su habla despedazada en los lábios del general O'Donnell, que se clavaban como una herradura en la gramática! En Atenas arrojaban verduras las verduleras mismas á los oradores que faltaban ni en un tilde á la prosodia. Pero prescindiendo de esto, el jefe de un gobierno, el guardador de las leyes, el representante de la autoridad en su más alta expresion, porque al fin tiene la responsabilidad, provocó á los asistentes á las tribunas á salir á la calle como un maton vulgar y pendenciero. ¡Qué ignominia! El señor presidente explicó la palabra del Sr. Gonzalez Serrano en sentido satisfactorio para la mayoría y el gobierno, y comenzó á hablar el Sr. Nocedal. Aunque habló largo tiempo, no concluyó su discurso, que fué sumamente hábil, habilísimo. Por vez primera tras de mucho tiempo, dejaba de hablar del Padre Santo, y de la fé revelada, y de la Iglesia católica, y de todas esas instituciones y sublimidades, para las cuales no ha nacido el Sr. Nocedal.

¡Poder de la libertad! Los que se llaman sus enemigos la sirven y la propagan sin saberlo. No de otra suerte aquellos neo-paganos de los últimos siglos del antiguo mundo creian servir á Roma espirante, cuando en realidad servian al triunfo del Cristianismo.

El Sr. Nocedal, jesuita de hábito corto, vocero de los obispos, enemigo jurado de todas nuestras libertades, incapaz de reconciliarse con el espíritu de este siglo revolucionario, servia á la libertad combatiendo la dictadura. Siempre lo mismo. Cuando defienden á los católicos oprimidos en Suecia, cuando defienden á los periódicos absolutistas perseguidos, cuando luchan en el Parlamento á favor de la intervencion de los pueblos en la gestion de los negocios públicos, los neocatólicos, sin quererlo, tal vez sin saberlo, defienden la libertad. No es posible en realidad vivir fuera de nuestras ideas. Son la atmósfera del siglo, y el espíritu que renuncia á ellas, como el pulmon que renuncia al aire, se ahoga.

El Sr. Nocedal combatió con copia de datos la dictadura. Pedia el gobierno una dictadura para arreglar una deuda con los tenedores de cupones al veinticinco por ciento, los tenedores de cupones que no reclamaron á su debido tiempo, y que eran oidos por la preocupacion de que se abrieran las Bolsas extranjeras, cuando ó no se abririan, ó se abririan inútilmente. Pedia el gobierno que se le facultase para pagar mayor cantidad á las amortizables, y los tenedores de esas deudas protestaban; pedia el gobierno que se le facultase para aumentar el ejército, cuando corríamos dos peligros: primero, el de la pérdida de nuestra industria y de nuestra agricultura con tal exceso de brazos desocupados é inútiles, y segundo el de empeños funestos en desastrosas empresas que pueden dar de sí un desastre tan horrible como el de Trafalgar, ó una alianza tan funesta como la alianza del pacto de familia. No, no era posible conceder esto á un gobierno sin retroceder á los tiempos del absolutismo, sin que abdicáran su poder y se suicidaran las Córtes.

Los ministeriales negaban siempre que el proyecto del general O'Donnell fuera un proyecto de dictadura. Decian que era darle proporciones inmensas á una sencilla autorizacion. Y sin embargo, el Sr. Cánovas del Castillo aceptó resueltamente la palabra dictadura. Y no solamente la aceptó, sino que evocó el terrible recuerdo de Sila. Esta fué quizá la única ocurrencia feliz de su monótono discurso. En verdad, Sila es el representante de la reaccion; Sila es el que señala la completa decadencia de la aristocracia romana; Sila corrompe aquella sociedad; Sila destroza los comicios; Sila premia la delacion y lleva en torno de sí una cohorte de delatores; Sila muere comido de lepra, como si su cadáver fuera el cadáver de la aristocracia romana.

Entre la política de Sila y la política gangrenosa de la union liberal, habia las misteriosas analogías que existen siempre entre todas las reacciones, entre todo lo que se corrompe y se desorganiza. Sila ejerció aquella dictadura que es una de las manchas de la historia romana, por salvar una aristocracia egoista y agonizante. Ese deseo le llevó desde las saturnales sangrientas de Atenas hasta las farsas báquicas del Capitolio. Así la union liberal, despues de haber sembrado metralla en los campos y en las ciudades, habia sembrado la corrupcion en los partidos, en los comicios, en todas partes. La dictadura de Sila podia levantar aun su maldecida frente en una sociedad sobre la cual han pasado diez y nueve siglos de Cristianismo. La dictadura con sus delaciones, la dictadura con sus horrores nos perseguia, no para sostener aquella aristocracia á la cual habian pertenecido Numa y Escipion, sino para sostener la burocracia de Salaverría, el censo de Posada ó el pretorianismo de Ustáriz. ¿Cuándo, cuándo vendrá la libertad, esa libertad que descompone todas las instituciones gastadas, y que vence las más invencibles resistencias? Despues de esto, nada queremos decir del discurso del Sr. Cánovas; nada de la polémica histórica que empeñó con el Sr. Nocedal. El hecho, el hecho, despues de todo, es lo

accidental en la historia. Lo esencial es la idea; lo esencial es saber que los poderes arbitrarios, los poderes que matan las Córtes y los municipios, los poderes que prescinden del derecho, aunque comiencen con la lozanía de Cárlos V, concluyen en la impotencia y en el oprobio de Cárlos II. En el duelo á muerte entre la reaccion y el progreso, señor Nocedal, conceptista neo-católico, Sr. Cánovas, ministro ecléctico, Dios habia decretado ya la victoria.

Y siguióse el debate. Un discurso del señor Hurtado, otro del Sr. Aurioles y un exordio del Sr. Tejado, llenaron toda una sesion. El Sr. Hurtado dijo que en su sentir lo más importante, lo más extraordinario de cuanto demanda el gobierno, era la autorizacion económica. ¡Oh! No. Lo más importante, lo que más nos ofendia, lo que nos rebajaba más, era que nos hubiese creido tan viles, tan incapaces de gobernarnos por nosotros mismos, que un gobierno inepto, un general pidieran una dictadura; como si hubiéramos llegado á una vejez tal, que necesitáramos en nuestra impotencia de triste y vergonzosa tutela.

Y ese hombre, ¿con qué títulos se presentaba á pedir esa dictadura? Debia su gobierno á la Caja de Depósitos 1.914 millones de reales. Los intereses de esta deuda sumaban 114 millones de reales. Siendo entonces nuestra deuda flotante 1.914 millones, y obteniendo 1.200 que se solicitaban, una vez descontados de los 1.914 millones, quedaban 714. Para obtener 1.200 millones, teniamos que emitir al treinta y tres un tercio por ciento, 3.600 millones, cuyo interés anual será de 108 millones de reales. Pero ¿á qué hemos de sacar cuentas? Se calculaban en 151 millones de reales el recargo de los intereses. «En fin, exclamaba un diputado, oprime el corazon pensar el estado á que hemos venido. La Hacienda española está á las puertas de la bancarrota. La Hacienda española ha muerto bajo la mano de O'Donnell, y pide autorizacion O'Donnell para continuar rigiéndola, como si porque ha tenido poder para matar la Hacienda, tuviera poder para resucitarla. Y hay en el Congreso quien se la concederá. Al ménos el Sr. Aurioles, que parece, como vulgarmente se dice, no haber roto nunca un plato; el Sr. Aurioles, que la echa de íntegro y de bondadoso, pide que se le entregue la monstruosa autorizacion al general O'Donnell, esa autorizacion con la cual acabará por arruinar nuestro Erario y aniquilar nuestra dignidad.»

Mas el Sr. Tejado lo compuso todo, el antiguo redactor del *Pensamiento*. Para combatir la dictadura empezó por combatir la libertad. Para decirnos que no queria un gobierno reaccionario, combatió el liberalismo. Y como si fuéramos tontos, ó hubiéramos caido de la luna, nos aseguró que él no era absolutista. Mas á renglon seguido, poco dueño de su palabra y ménos todavía de su idea, añadió que el absolutismo era la forma de gobierno más conforme con la organizacion de la Iglesia católica. ¡Cuántas blasfemias, cuántas, dicen los neo-católicos! Si el absolutismo es la forma de gobierno más en armonía con la religion católica, ¿cómo nos explicais aquellas primitivas asambleas cristianas, presididas por los más ancianos, y en las cuales el pueblo todo, por sufragio universal, designaba sus magistraturas religiosas? Si el absolutismo es la forma de gobierno más en armonía con la Iglesia católica ¿cómo nos explicais aquellas palabras de Cristo: no llameis señor sino á nuestro Padre que está en los cielos?»

¡Ah! sí, el absolutismo es la forma de gobierno más en armonía con la religion que vosotros, neo-católicos, habeis inventado para explotar al mundo; con la religion de los poderes absolutos, y de la negacion de todos los derechos; con ese jesuitismo híbrido que tiene por norte el probabilismo corruptor, por medio un semillero de tenebrosos clubs, por fin el embrutecimiento de la humanidad y el reinado de una oligarquía monástica con-

sagrada á matar todas las libertades, y á extinguir con su soplo más glacial que el frio de las tumbas, la llama inmortal del espíritu de nuestro siglo. Y estos hombres que matan la razon, la revelacion permanente de Dios; que matan la conciencia, la voz de Dios en la vida, quieren llamarse cristianos.

Toda la importancia de la sesion subsiguiente estuvo en el discurso del Sr. Figuerola. El Sr. Figuerola no es un orador fácil, ni mucho ménos, y sin embargo, su palabra es escuchada siempre con atencion, y sus razonamientos con respeto; y es porque el señor Figuerola enseña constantemente, porque no abandona jamás su puesto de catedrático. A estas cualidades hay que agregar su valor y su franqueza. El Sr. Figuerola no es de esos oradores que encubren con una forma bella un pensamiento atrevido, sino que expone sus ideas sin atavío, descarnadas, por más que encierren conceptos no comunes ni usuales.

Conocida es de todos la manera dura y acerba con que fueron tratados el gobierno y la mayoría, con motivo del monstruoso proyecto de dictadura; y sin embargo, el Sr. Figuerola usó en su discurso calificaciones más graves que todas las que anteriormente se habian pronunciado. Si las palabras del señor Gonzalez Serrano se conservan en la memoria siempre que se trata del arreglo de los cupones, las del Sr. Figuerola resonarán constantemente en el oido de los que se presten á tan vergonzosa abdicacion.

El Sr. Figuerola hizo una reseña exacta de la política de la union liberal; la debilidad, la indecision y las contradicciones, son á juicio del orador progresista, los caractéres distintivos de esta comunion política; y la verdad es, que sus frases quedaron plenamente justificadas. La primera época de la union liberal fué toda de aventuras, sin plan, sin concierto, que revelan la indecision de aquel ministerio. Mientras en expediciones quiméricas consumia la sangre y el oro del país, se entregó en el interior á un sistema de obras improductivas, preparando de este modo la bancarrota que nos amenazaba.

Toda la gloria de Africa se disipó en Santo Domingo, y mayor seria hoy nuestra desgracia sin la decision y entereza del general que mandaba la expedicion á Méjico. Pero donde se han mostrado más al vivo las contradicciones de la union liberal, es en el período que atravesamos. El vicalvarismo quiso ser popular, y reconoció el reino de Italia; pero espantado despues de su obra, comenzó el sistema de restricciones, que se inició con el estado de sitio, las leyes de imprenta y de asociacion, que ha de terminar con la dictadura.

Todo esto fué demostrado por el señor Figuerola con grandes razonamientos que impresionaron á la Cámara.

El Sr. Figuerola propuso un plan completo de Hacienda. En opinion del diputado progresista, podian y debian hacerse economías que empezaran por el ejército y concluyeran por el clero, y demás está decir que nosotros participamos de la misma creencia.

Las instituciones no se moralizan con medidas violentas, sino con el ejemplo y con la autoridad, y sabido es que el insurrecto de Pamplona y de Vicálvaro carece del prestigio que se necesita para semejantes empresas.

Pero al hacerse economías es necesario que sean de tal naturaleza, que produzcan resultados. Si los neo-católicos pedian la supresion de Universidades, el Sr. Figuerola accedia gustoso á ello con tal que se disminuyeran las diócesis y los obispados; y dado el actual sistema de relaciones entre la Iglesia y el Estado, no podia ménos de ser lógico lo propuesto por el diputado progresista. La democracia, sin embargo, no aceptaria el pensamiento del Sr. Figuerola. Nosotros queremos libertad para la enseñanza y libertad para la Iglesia; déjese que esta conserve el número actual de diócesis ó que lo aumente, con tal que renuncie á los muchos millones que percibe del presupuesto.

El general O'Donnell trató, aunque en vano, de destruir el efecto que habia producido el discurso del Sr. Figuerola. La union liberal recibió uno de esos golpes que causan una herida profunda.

El Sr. Figuerola, con su frase incisiva y su habitual franqueza, probó que la union liberal era el desconcierto en el interior, y la indecision en cuanto se refiere á nuestras relaciones exteriores.

El Sr. Navarro y Rodrigo habló con gran facilidad y con grande energía defendiendo á la union liberal. Pero la union liberal era de todo punto indefendible. Su causa estaba perdida. No podian hablar de reformas los que eran reaccionarios. No podian hablar de libertad los que habian escrito la última ley de imprenta. No podian hablar de respeto á los fueros del Parlamento los que revestian al jefe de su partido con una dictadura. No podian hablar del reconocimiento de Italia los que defendieran el poder temporal del Papa hasta merecer nota de Lamármora. La union liberal no tenia defensa.

Entrando en la discusion y en la votacion de los artículos de la ley, el Sr. Candau defendió su enmienda, la primera en el órden de presentacion, y el ministerio y la obediente mayoría tuvieron que escuchar una vez más la condenacion terminante, al par que razonada de su desastrosa política. El señor Candau asestó golpes terribles á la situacion; estuvo elocuente é inspirado en más de una ocasion, lógico y contundente siempre. Pero despues de todo, ¿qué efecto podia producir en el ánimo de la mayoría el discurso del señor Candau? ¿Qué le importaba á esa mayoría que se le demostrase una y mil veces que el proyecto de autorizaciones era la muerte del sistema representativo, que era un proyecto liberticida, que como representantes del país estaban obligados á los pueblos que les votaban, que la abdicacion en el poder ejecutivo de las facultades que los pueblos les confirieran, fué un verdadero crímen de lesa nacion? En lo que el Sr. Candau debió confundir á los vicalvaristas, si estos señores hubieran sentido alguna vez el rubor de la confusion en asuntos políticos, fué al ocuparse de la inconsecuencia de la union liberal. Revolucionarios en la oposicion, liberticidas en el poder, los recuerdos que en apoyo de su acusacion evocaba el Sr. Candau, eran el grito que la moralidad política de nuestro país lanzaba indignada contra tanto escándalo. El orador progresista, á propósito de la persistencia de la union liberal en conservar el poder, explanó la conocida teoría acerca de la verdadera mision de los partidos en el sistema parlamentario. Para épocas de perturbacion moral, de amagos revolucionarios, es necesario un partido de resistencia;—allí está la montaña blanca, decia el Sr. Candau señalando á la minoría neo-católica y moderada; si esta época ha llegado, ella debe ser poder. ¿Es normal nuestro estado? ¿No son necesarias las reformas trascendentes? El poder es vuestro, conservadores liberales; pídalo en buen hora la fraccion vicalvarista. ¿Se agita la opinion en deseos de grandes reformas, se agita el país en la fiebre revolucionaria, resultado de hondos males que sólo se curan con remedios heróicos? Para eso está el partido progresista. Pero que la union liberal se crea apta para todo, es ridículo y contrario al espíritu verdaderamente constitucional.—Ya se ve, la esplicacion del Sr. Candau es el parlamentarismo tal como se entiende y practica en Inglaterra, Bélgica é Italia; pero en España somos un país de excepcion, y estas y otras teorías son ilusiones peligrosas.

La disidencia habló por boca del Sr. Herrera, y habló en un discurso razonado y elocuente. El Sr. Herrera contestó con gran copia de argumentos á los que tachan de falta de patriotismo el empeño mostrado por las oposiciones de extremar hasta sus últimos límites los derechos reglamentarios, no consintiendo que el ministerio lleve su empresa á término sin una grande batalla. Con razon,

con mucha razon decia el Sr. Herrera, que bajo todos aspectos, por mil género de consideraciones, la oposicion no puede conceder su voto de confianza á un ministerio tan arbitrario, y á un ministerio que lleva en pos de sus pasos, como un rastro de maldicion, la desgracia. La union liberal, ó no es nada, ó es un partido liberal muy conservador. Solo con este carácter podia mandar; solo bajo este aspecto podia legitimarse su dominacion en este país necesitado de que la libertad venga á fecundar todas las instituciones. La union liberal era un partido destinado á armonizar los elementos conservadores con los elementos liberales. Pero ¿qué ha hecho? Ha desmentido su idea, ha faltado completamente á lo mismo que constituia el carácter capital de su idea, se ha desquiciado del centro de gravedad de su destino, ha retrocedido en las leyes de imprenta y de asociaciones hasta confundirse con el neo-catolicismo.

Y un ministerio de esta clase pide un voto de confianza: un ministerio que ha faltado á todos sus compromisos, un ministerio que ha caido en la más vergonzosa de las reacciones, un ministerio así, no puede tener un voto de confianza, no lo puede tener, porque el país lo rechaza. Sobre todo despues de sus últimos actos, despues de su contínua, incesante reaccion, el ministerio del general O'Donnell no puede inspirar confianza al Parlamento, por lo mismo que amenaza su vida. El general O'Donnell, que ha roto la disciplina militar en Vicálvaro; el general O'Donnell, que sublevó al ejército en la oposicion, tiene siempre la idea de establecer sobre la ley, el sable; sobre el Parlamento el predominio militar. Y no creamos cosa alguna más dañosa que el predominio militar, ese predominio militar que degrada á los países donde se ceba, y que es la calamidad de las calamidades. El ejército debe sostener á los gobiernos, pero no ser él mismo gobierno. ¡Un general mandando siempre en España sólo porque es general; un Narvaez ó un O'Donnell! Es necesario el ejército, muy necesario en las actuales circunstancias de Europa. Pero es necesario que el ejército no quiera mandar. Es necesario que no manden los militares siempre, que no sean siempre los militares los presidentes del Consejo. En Inglaterra, país eminentemente liberal, país eminentemente parlamentario, muchas veces ni siquiera es militar el ministro de la Guerra. Libertémonos, pues, del predominio del ejército sobre la ley, y no votemos, pues, la dictadura militar del general O'Donnell. Ese es el pretorianismo, y el pretorianismo es el mal de sociedades decadentes como la Roma del Imperio.

Así poco más ó ménos habló el Sr. Herrera en nombre de la disidencia.

El Sr. Candau continuó en sus rectificaciones, combatiendo fuerte, vigorosamente, al gobierno. En la cuestion de cupones, dijo que habia oido atentamente la controversia empeñada sobre este punto. Los que atacan el reconocimiento de los cupones, se fundan en la justicia; los que lo defienden, se fundan en la conveniencia. En todo tiempo, en todo país, debe ceder la conveniencia á la justicia, la gran ponderacion de las fuerzas sociales. El reconocimiento de los cupones ha sido siempre repugnado por la conciencia del país. El reconocimiento de los cupones será el escándalo de nuestro tiempo, y mucho más, cuando ha habido necesidad de apelar á la dictadura.

El Sr. Candau demostró que las economías proyectadas por el gobierno eran palabras vanas. El clero que cobraba doscientos millones se hallaba exceptuado. El ejército que devoraba la totalidad casi del presupuesto, tambien se exceptuaba. Se parecen clero y ejército al clero y al ejército de la Edad Media, á aquellas clases privilegiadas que se exentaban de pechar. Los empleados de la administracion provincial y municipal, tampoco pagarán. De suerte que todo eso de las

economías era pura frascología, palabrería vana para ocultar el proyecto de dictadura, porque en la oposicion le son al general O'Donnell un obstáculo todas las leyes, un obstáculo en el poder. El Sr. Candau demostró una vez más que la autorizacion pedida con tanto empeño por el gobierno, era la muerte vergonzosa del Parlamento.

Levantóse el general O'Donnell á contestarle. Dos manías tenia siempre este general. La primera era adular al ejército. En la sociedad antigua, los adoradores de la fuerza tuvieron que ceder á los adoradores de la idea. Vindex adula á las legiones de las Galias; Galba à las de España; Vitelio á las de Germania; Othon á las de Roma; Vespasiano á las de Oriente; todos á la fuerza, ninguno al derecho. Y sin embargo, allí habia unos hombres que sólo adoraban las ideas, y tales hombres vencieron. Las ideas son siempre los grandes elementos de vida en la historia. Otra de sus manías era desafiar á todo el mundo. El general O'Donnell no parece un presidente del Consejo de ministros, parece un baratero. Aquí nadie ha enseñado al ejército el camino de la sublevacion más que aquellos que conspiraron un año contra el gobierno y dos contra la libertad, fundándose siempre en las puntas de las bayonetas, dando por toda razon la espada.

Despues de estos discursos vino la proposicion del Sr. Cuesta, que era uno de los diputados que más á fondo tratan todas las cuestiones. El Sr. Cuesta indicó bien claramente que la crísis económica venia de muy lejos, venia de aquellos grandes despilfarros de la union liberal en los cinco años de su malhadado poder. Sus gastos han traido esta horrible consuncion en que nos perdemos, esta tísis material que nos está asesinando. ¿Qué ha pasado desde que el general O'Donnell ha subido al poder para que pida con tanta insistencia la dictadura? Cuando el Sr. Cuesta no podia ya hablar más, cuando le faltaba la voz, la mayoría pidió que se prorogara la sesion, una sesion que debia ser reanudada por la noche. La mayoría fué implacable. Decidió que el Sr. Cuesta reventara. D. José Posada Herrera, que tiene vista de lince y oido de jabalí, contó los maravedíses que le podian costar al país las palabras del Sr. Cuesta. ¿Y contó lo que le han costado los despilfarros de su partido al país? El Sr. Cuesta cayó jadeando sobre su banco, y se suspendió la sesion.

Pero lo que todo el mundo esperaba allí, era el discurso del Presidente de la Cámara, el discurso del Sr. Rios Rosas. ¿Hablaria ó no hablaria? Preguntaba todo el mundo.

Se lo habíamos dicho muchas, muchísimas veces al Sr. Rios Rosas. Despues de su actitud política, despues de sus compromisos, hablar era el primero de sus deberes. Un discurso suyo, un discurso que mostraba hasta qué punto habian faltado el gobierno y la mayoría á sus compromisos, iba á ser de grande, de poderoso, de decisivo efecto en aquellas circunstancias. Solamente él podia decir en qué sentido, con qué idea lo eligieron los diputados, y qué sentido y qué idea representaban los actos del gobierno, los proyectos presentados, la insensata reaccion á que la union liberal habia rendido últimamente culto. Solamente él podia mostrar la filiacion de la union liberal, sus ideas fundamentales, los actos á que obligaba el proclamar el criterio de la libertad, las promesas dadas y los juramentos hechos en el dia aquel tremendo en que la union liberal vino al poder prometiendo no asustarse nunca, no retroceder nunca ante las consecuencias del liberalismo.

A esta gran posicion á que su natural superioridad en la Cámara le llevaba, uníanse por fuerza las especiales dotes de orador que adornaban al Sr. Rios Rosas, el cual tenia el poder de desatar las grandes tempestades que encerraba su palabra, y que hacian temblar á los gobiernos reaccionarios ó ineptos. Su actitud, su accion, la elocuente ira que se dibujaba en su mirada, las palabras ora amar-

gas como la reconvencion, ora cortantes como el más afilado argumento, ora sublimes como las antiguas imprecaciones trágicas, daban siempre á sus discursos esa fuerza, ese poder que sólo tienen las grandes obras del arte. Los discursos del Sr. Rios Rosas solian ser incorrectos, informes, á veces monstruosos, pero eso mismo le daba las formas gigantescas, ciclópeas que aterraban á sus enemigos.

Y si no recuérdese la actitud que guardaba la mayoría. Cuando creyó que iba á hablar el Sr. Rios Rosas, sumisa y obediente le dejaba presidir, sin oponerle el menor obstáculo. Todos temian el rayo de su palabra. Desde el punto mismo en que se convenció de que el Sr. Rios Rosas no hablaba, se le subió, como decirse suele á las barbas. Despues de un discurso del Sr. Ballester, en que hablaba de suprimir la contribucion de consumos, cuya supresion en verdad es inevitable, pero sustituyendo cuatro ó cinco contribuciones todavía más gravosas; despues de un discurso del Sr. Ballester, en que volvia á insistir sobre la contribucion de inquilinatos, y la licencia de ventas, el Sr. Salces, que se levantó á hablar, echó en cara á la mesa que se habia faltado al consentir la discusion de tal enmienda á un artículo constitucional.

La mayoría lograba su objeto. Despues de tantos dias de buscarlos, habia encontrado los grandes pretextos de dar un voto de censura á su presidente. Corria un grande sacudimiento eléctrico por las apretadas filas de toda la mayoria. El presidente se defendió admirablemente. La Constitucion dice que no se reproduzcan los proyectos de ley ya desechados. Pero no puede decir que se traten las materias análogas en proyectos análogos á los ya rechazados. El presidente se defendió de una manera admirable. Nunca como en aquel momento se cumplia el antiguo precepto académico que dice que el presidente de una Asamblea debe ser: *plus quam orator*, más que orador. Detenia aquella inmensa hueste, la refrenaba con el poderoso lazo de su autoridad y de su palabra. Los vicalvaristas, sin embargo, rugian como las fieras fascinadas por la vista del domador, atemorizadas por el boton de fuego que trae en sus manos.

De vez en cuando se levantaba de aquel oleaje de rumores siniestros alguna expresion que débilmente manifestaba la ira. Era como el gemido de la ola que combate el peñasco y se retira, dejando en los espacios, con siniestros rumores, los ecos de su rábia. El señor Salces dijo tímidamente que se habia faltado á la ley. El Sr. Aurioles, que le habian causado desagradables impresiones las palabras del presidente. El Sr. Viedma, que el artículo de la Constitucion, por él invocado y no leido por el presidente, estaba pisoteado y deshecho en el suelo. El Sr. Navarro y Rodrigo pidió que se leyera un artículo del reglamento, artículo que ciertamente no era en aquel momento oportuno, ni apropiado al caso que se discutia. La mayoría azuzaba á sus diversos oradores. El presidente se defendió muy bien.

Pero callando faltaba á todo lo que de él se esperaba. No habíamos caido tanto, que no fuera mejor un discurso que todas las habilidades parlamentarias. Si callaba, si dejaba que se arrastrase la discusion de la dictadura de boca en boca de oradores vulgares, adocenados, sin aquella fuerza que dá una gran palabra, sin aquel prestigio que dá una grande reputacion, iba á ser responsable de complicidad con el gobierno. Callar cuando el país se empobrece, callar cuando la Hacienda se arruina, callar cuando la honra nacional cae á los pies de unos cuantos mercachifles de Lóndres, callar cuando las Córtes se despojan de sus más altas facultades, callar cuando recibe votos de confianza un ministerio que sólo es digno de la desconfianza del país, callar cuando asoma la dictadura, dejar que domine la soberbia de O'Don-

nell, el excepticismo de Posada, era una falta de lesa política que el Sr. Rios Rosas iba á purgar con una larga y merecida impotencia.

Por fin, movido de estas razones, habló para cerrar el debate.

El asunto del dia, el objeto de todas las conversaciones, fué al concluirse aquel debate el discurso pronunciado por D. Antonio Rios Rosas. Nosotros lo habíamos dicho muchas veces en bien de la oposicion parlamentaria del Congreso con la imparcialidad que nos distingue; el Sr. Rios Rosas tenia el deber de hablar en aquel debate, el deber de reconvenir á la mayoría por haber faltado á la significacion política que trajo de las urnas y que formuló en la designacion del candidato para la presidencia. El Sr. Rios Rosas cumplió con su deber hablando. De manera que cumplió el Sr. Rios Rosas este deber en el discurso que pronunció en contra del ministerio.

Desde luego, un hombre que habia formado con su palabra la union liberal, que le habia dado sus teorías más fundamentales, que habia obtenido dos ministerios en momentos de peligro para su partido naciente, que habia estado más á su cabeza en los dias de la desgracia que en los dias de la fortuna, que habia obligado á la union liberal á reconocer sus errores en la pasada legislatura, y á abrazar una política más liberal; un hombre así tenia en sí mismo una grande autoridad para reconvenir á los unionistas descarriados, y echarles en cara aquella no sabemos si tercera ó cuarta apostasía.

Además, si este hombre era presidente del Congreso, si habia debido á la mayoría tal honra, si se habia conservado fiel á las ideas en cuya virtud lo habian elegido, y luego le azotaba la cara con su palabra, daba á esa palabra una grande autoridad y á la sesion en que tales asuntos se trataran el aspecto de una inmensa batalla. Además el Sr. Rios Rosas representaba la política de doble aspecto conservadora y liberal. Y podia en nombre de estas dos ideas perseguir, acosar, rendir al ministerio y á su mayoría hasta obligarles á confesar que morian la muerte de la demencia, la muerte horrible del suicidio.

Y hecho esto, aún habia una parte importante que decir, un programa de gobierno que dar. Precisaba restaurar la palabra conservador. En Inglaterra, en Bélgica, en Italia, en los paises constitucionales, conservador quiere decir partido que cuida de los derechos, de los intereses adquiridos por la revolucion. Aquí los conservadores, si conociesen su ministerio, defenderian la libertad del pensamiento, la libertad de imprenta, la libertad de la palabra, la extension del sufragio, las economías en Hacienda, la descentralizacion administrativa para evitar de esta suerte las revoluciones violentas que suelen ser el azote de los pueblos regidos por la reaccion constante que desde 1843 domina en este país sin ventura.

El discurso del Sr. Rios Rosas no correspondió á lo que el público esperaba. Quiso ser comedido, y fué débil; diplomático, y fué oscuro; razonador, y fué casuista; quiso estar á la altura de su dignidad, como presidente, y su dignidad, colgada al cuello como una bola de hierro, le hacia bajar la frente, y balbucear palabras confusas, de escaso interés, de poca trascendencia, muy por bajo de la ocasion, del lugar y del público que habia acudido allí á escuchar un gran discurso á manera de aquel célebre pronunciado con tan gigante audacia, despues de los terribles sucesos del 10 de Abril, que cayera como una lluvia de fuego sobre el ministerio, y lo devorara.

Cuando la marea reaccionaria subia y subia hasta ahogarnos; cuando una política imprevisora y de aislamiento nos anulaba en los Consejos de Europa; cuando el desenfreno de la teocracia era cada dia mayor como acostumbrada á violar las leyes sin castigo; cuando un general que habia servido á todas las

causas abofeteaba á los partidos liberales con sus descarados retos; cuando la imprenta moria y el derecho de reunion no se ejercitaba, y el pensamiento enmudecia sin voz, sin palabra, como si fuéramos un pueblo de imbéciles; cuando la Hacienda estaba en quiebra; cuando la Constitucion se hallaba en suspenso, y el estado de sitio reinaba en las provincias más florecientes de España, y al término de todo eso se pedia una dictadura para barrenar las leyes, para trastornar los servicios públicos, para imponer mayores contribuciones con el reconocimiento de deudas cuya legalidad era dudosa; cuando así andaba todo perdido, desconcertado, en una confusion inmensa, por culpa de un partido que ora se muestra enciclopedista, ora neocatólico, que ya acude á los Comités de salud pública, ya á los locutorios de conventos, que así maneja la pluma del periodista demagógico, como el cirio del muñidor de cofradía, partido causante de una inmoralidad tan cancerosa que amenazaba devorar la conciencia pública, la cortesía era imposible y se necesitaba dureza, dureza, gran dureza, para aplicar con palabras de fuego el cauterio apropiado á tan horribles llagas.

Pero examinemos el discurso del Sr. Rios Rosas lijeramente. Antes que él habló el señor Bugallal; mas el ruido que reinaba en el salon era tanto, y la impaciencia de escuchar al Sr. Rios Rosas tan grande, que nada se oia de lo que murmuraba. Por fin se levantó el Sr. Rios Rosas. Echó en cara á la union liberal sus dias de contricion tan pronto olvidados en el poder. Desde aquel arrepentimiento del año pasado, hasta su actitud posterior mediaba un abismo moral; pero materialmente el canto de una hoja de papel, la credencial de ministro concedida al Sr. Posada Herrera. Lo que nos reveló el Sr. Rios, con grande extrañeza nuestra, es el respeto que guardan aquí los ministros á los derechos del Parlamento. Habiendo citado el presidente de la Cámara al ministro de la Gobernacion para hablar sobre los proyectos de imprenta y de asociaciones, el ministro de la Gobernacion no acudió á la cita; manera digna de Gortschakoff ó de Bismarck.

El asunto que trató con grande claridad el Sr. Rios Rosas, fué el asunto de los cupones. Si los acreedores se convinieron en 1851 á un trato, si lo aceptaron en todo lo que tenia para ellos de favorable, ¿por qué no en lo adverso? Y si en 1866 no querian convenirse con lo que entonces pactaron, devuelvan el papel de la deuda diferida que se les entregó devuelvan los intereses devengados, y queden las cosas en el estado en que se encontraban cuando el arreglo de la deuda. ¡Ah! El arreglo de los cupones en 1866 en su esencia era gravosísimo al país, y en su forma deshonroso, muy deshonroso, porque para arreglar una deuda extranjera se pedia que el país abdicase su soberanía, que las Córtes cediesen sus derechos, no al impulso de las bayonetas de Napoleon, sino al impulso de los tenedores de cupones ingleses.

Lo más trascendental que el Sr. Rios Rosas dijo, fué lo relativo á la union entre España y Portugal. Es necesario, es indispensable que artes, industria, ciencias, literatura, prensa, cuanto somos, cuanto podemos, cuanto valemos, todo lo pongamos á servicio de esta grande idea. Si el Sr. Cánovas, antiguo partidario de la union ibérica, que trabajó por esta idea en 1854; si el Sr. Cánovas citó á Mora, y á Felipe II, y al duque de Alba, esos recuerdos horribles, esos recuerdos sangrientos desaparecerán á la luz de la libertad que limpia esas manchas de la conciencia de los pueblos. ¿Pues qué hemos de ser más vengativos y más rencorosos que los italianos; que esas ciudades italianas, de antiguo entregadas á continuas guerras? ¡Cuántas Aljubarrotas hay entre Pisa y Florencia, entre Milan y Pádua, entre Venecia y Génova! Y sin embargo, todos esos recuerdos sangrientos se han olvidado. Florencia ha devuelto á Pisa sus cadenas; Génova y Venecia han cambiado sus

trofeos. No faltaba más sino que por rémoras de otros tiempos, por crímenes de otros dias, nos halláramos hoy separados nosotros de los portugueses, nuestros hermanos, de los portugueses que viven hoy bajo un mismo cielo con nosotros, y que vivirán mañana con nosotros, bajo una misma bandera.

El Sr. Rios Rosas, por último, dijo que la autorizacion era contradictoria, porque se pedia para hacer economías y se aumentaban los gastos con el armamento de más ejército; se pedian para hacer economías por la tarde, y por la noche en las sesiones se oponia el ministerio con una grande tenacidad á que las economías se realizaran. Se pedia, pues, la dictadura por una ambicion desenfrenada de poder, por una demencia, por un delirio de autoridad que tocaba en los confines del desvarío, del delirio. El régimen constitucional, amenazado en 1844, amenazado en 1851, amenazado en tantas y tantas ocasiones, despues de haber sido con torrentes de sangre regado, se hallaba entonces bajo el filo de nuevas y más terribles amenazas. Sí, porque nunca hasta aquel dia tuvo un gobierno audacia bastante para decir á un Parlamento: entrégame el poder de barrenar las leyes que hay en vigor, de negar los servicios que hay votados, de disponer á mi antojo de la fortuna pública, y de arreglar la deuda nacional. Este era el endiosamiento de un hombre en el período baltasaresco de la union liberal.

Despues de un discurso del Sr. Rios Rosas, no hay contraste como un discurso del señor Posada Herrera. La correccion, la frialdad, la gracia, el excepticismo, suceden á la incorrepcion, á la vehemencia, á la fuerza, á una especie de fé mahometana en los elementos conservadores y liberales. No conocemos, sin embargo, audacia que puéda compararse á la audacia del Sr. Posada Herrera. Cuando tenia entre sus manos las cuerdas de las cuales pendian tres ó cuatro periódicos ahorcados, que estaban materialmente en una horrible agonía, se declaraba á sí mismo partidario del criterio de la libertad. Por el criterio de la libertad estaban sin duda los editores y los escritores en la cárcel; por el criterio de la libertad los periódicos cargados de multas crecidísimas; por el criterio de la libertad los hogares violados; por el criterio de la libertad varios buques hendiendo los mares para llevar infelices deportados á Filipinas; por el criterio de la libertad toda asociacion prohibida..... ¿A qué hablar? Era ministro el Sr. Posada Herrera. Notamos, sin embargo, que su discurso principalmente se redujo á una defensa personal. Apenas habló cuatro palabras del ministerio, y cuatro palabras que podian llamarse como de pasada. Habia en toda su peroracion desmayo, en toda su persona desaliento. Se veia que pronunciaba aquel discurso por fuerza: tan débil fué su defensa.

Rectificó el Sr. Rios Rosas. Como quiera que el Sr. Posada Herrera formulara un voto de censura moral contra el presidente, éste le dijo á la mayoría si podria asociarse á tal voto, si podria reconocer la justicia de tal voto, y la mayoría calló. Si la mayoría no dá un voto de censura al Sr. Rios Rosas se lo dá al Sr. Posada Herrera. El proyecto monstruoso tuvo en contra noventa y seis votos. La oposicion sube como la espuma; concluyó con la votacion de ayer el Congreso. Demostró que en circunstancias graves vale más el criterio de siete hombres que el criterio del Parlamento. Un orador le dirigia al Sr. Rios Rosas la siguiente advertencia: «Permítanos el Sr. Rios Rosas que antes de concluir le demos un consejo. No se meta nunca á floreos diplomáticos. Ame, aborrezca como sabe amar y aborrecer. No quiera ser diplomático. Si siguiera nuestros consejos se reduciria á ser lo que debe ser el Sr. Rios Rosas, un tribuno del pueblo, un agitador, un revolucionario. Quede adorando sus viejos ídolos doctrinarios, y pronto se le apagará la idea en la mente, la elocuencia en los lábios, porque la

tempestad es su atmósfera y agitar es su destino.»

De esta manera describia un testigo ocular el espectáculo de aquellos dias:

«Aunque quisiéramos, no podríamos apartar la vista del horrible cuadro que ofrece el país amenazado por la calamidad de una dictadura imbécil. Todas las noticias que recibimos, todos los síntomas que notamos, son de una profunda, de una terrible alarma en la opinion pública. Los unos temen el secreto encerrado en esa parodia ridícula del 2 de Diciembre. Los otros lloran su fortuna en ruinas. Todos recelan que los impuestos han de subir á una cifra tal, que casi habrá necesidad de abandonar un país oprimido por toda suerte de trabas, un país paralítico, un país esterilizado por el fisco, un país preso, al fin de sus violentas revoluciones y de sus guerras épicas, en la ergástula de una horrible dictadura. La guardia negra se apercibe á escoltar á O'Donnell y á servirle, aunque quiera vender por esclavos á todos los españoles. Si el Senado pudiera ofrecer algunos inconvenientes, se obviarán, nombrando nuevos senadores hasta que no quepan en aquel estrecho recinto. La prensa está ya aherrojada con la argolla de la nueva ley al cuello. La prensa no puede hablar. ¡Los pueblos! Se fia en que los pueblos no han de comprender lo que son emisiones de papel, ni pago de cupones; no han de comprender que esto puede costarles mucho más caro que el empréstito de Barzanallana, por ejemplo. Y si por acaso quisieran alguna vez revolverse en el potro de su tormento y expresar su dolor, para eso se tienen ahí trescientos mil hombres. La vergüenza enciende nuestro rostro. No sabemos cuál será la suerte de esta pobre España. ¡Cuán vergonzosa y cuán cara es la esclavitud.»

«La situacion no puede ser más grave. El gobierno se ha empeñado en la más imposible de las empresas. Quiere gobernar con una dictadura, la más viciosa de cuantas recuerda la historia, y el país no ha de consentirlo. La actitud de la prensa, que desde los periódicos confinantes con la sociedad antigua hasta los periódicos que predican el ideal de lo porvenir, rechazan á una el absolutismo que quiere ejercer un general célebre por sus variaciones y por sus inconsecuencias; la actitud del Parlamento, que en las dos Cámaras se ha mostrado igualmente receloso del gobierno, dicen que éste no puede, no debe continuar al frente de una nacion que, ya mayor de edad, para lo cual presenta el bautismo de las dos guerras más heróicas que hay en nuestro siglo, se gobierna á sí misma sin consentir que le usurpen sus derechos ridículos pigmeos.»

«Dos grandes razones hay para no consentir lo que el señor general O'Donnell demanda. Primera, una razon de dignidad; segunda, una razon económica. La razon de dignidad es que no puede el país consentir la suspension de los derechos anejos al Parlamento sin más motivos que el deseo de tratar y negociar con unos cuantos mercaderes ingleses. Casualmente, si en algun punto los derechos del Parlamento son inalienables, si en alguno, es en aquel que tiene por objeto intervenir en la gestion de la fortuna pública. No se le puede imponer, no se le debe imponer á un país sacrificios constantes, gravámenes onerosísimos, sin oirle y sin someterse á su voto. Desde el momento en que el gobierno recoje en sus manos la facultad de contratar empréstitos ó de satisfacer deudas sin anuencia de las Córtes, el régimen parlamentario sucumbe, y se desvanece como una nube de humo la sangre de tres generaciones. Si esa abdicacion de los derechos del Parlamento, de lo más fundamental que hay en nuestro Código político, se pide para arrojar el gran país de Occidente á la puerta de la Bolsa de Lóndres, como una mujer perdida que pide el precio de su prostitucion, es preciso resistirse á tal suicidio, de aquellos que

los pueblos como los indivíduos aman más, de su honra.»

«El Senado español, compuesto de elementos conservadores, acaba de mostrar en una votacion solemne, que nuestra idea es su idea, que nuestros temores son sus temores. Capitalistas, banqueros, aristócratas de la propiedad, convienen con nosotros, pobres y oscuros demócratas, en la necesidad de negar al gobierno la escandalosa dictadura que demanda con tan repetidas instancias. La votacion secreta del Senado español es todo un buen augurio, porque es creible, muy creible, que cuando la discusion pública se empeñe, cuando las grandes votaciones vengan, se encuentre el gobierno con un extraordinario número de senadores enfrente. Y cuando el Senado español le haya dicho al gobierno que es incapaz de resolver los conflictos económicos, de continuar en la gestion de la política, el gobierno de la union liberal tendrá que retirarse bajo el peso de la universal maldicion de España.»

«Ya sabemos que en su insensata soberbia, ciego de ira y de despecho, el general O'Donnell ya acaricia la funesta idea de apoderarse de una dictadura que no le conceden las Córtes. Sabemos, por lo ménos, que si él no lo piensa, si él no lo cree, sus contertulios más íntimos, sus consejeros áulicos, le instan para que no pida, para que tome la dictadura. Despues de todo, era lo más sencillo, lo más fácil, lo más político. Pero esa mezcla de debilidad y de altanería, esa confusion de lo legal y de lo arbitrario, ese respeto mentido, hipócrita á un poder á quien se le pide un suicidio, es de lo más anómalo que recuerda la historia, de lo más híbrido, y por consecuencia de lo más infecundo que tiene la política. Cierto es que el general O'Donnell sale completamente perdido de esta adversa campaña. Los elementos revolucionarios se han convencido una vez más de que todas sus concesiones á la opinion son hijas del miedo ó de la sed de mando, concesiones escritas con una mano y borradas por la otra, de la misma suerte que el viento borra lo que se escribe en la arena. Los elementos conservadores saben que el general O'Donnell, no dirige, ni ordena, ni manda, ni gobierna, ni tiene más aptitud que la de derrochar la fortuna pública en un presupuesto de favoritismo y de nepotismo, y luego querer cubrir esa ruina con la humillacion y la deshonra de la pátria.»

«Y sin ideal, sin creencias, sin criterio fijo seguro, adorador de todas las ideas, veleta que gira á todos los vientos, su política era la inmunda política de los goces materiales: Importábale poco que la deuda se aumentara y el presupuesto, que el país se perdiera, que la desamortizacion se disipara, que todo el movimiento económico moderno se perdiera, con tal de tener un pedazo de pan que repartir entre sus famélicos adeptos. El lazo de union de todas esas gentes sin creencias, sin respeto á los compromisos, sin fé ninguna en las ideas, es el presupuesto. Y desde el momento en que el presupuesto se resiente, la union liberal, que es un inmenso pólipo, cuyo único órgano es el estómago, se resiente tambien. Y quiere que para continuar su reinado, para explotar al país, saltemos los demás por todo, le apoyemos para que cobre los insoportables tributos, le autoricemos para que emita papel, le consintamos que se arrastre á los piés de los mercachifles de Lóndres, y le digamos que debe pagar deudas más deshonrosas, más inícuas, más infundadas que la célebre de 1823.»

«Suicidarse un país para que viva un gobierno; arruinarse el comercio, la industria, para que triunfen cuatro ó cinco señores feudales del presupuesto; entregar nuestra honra, esa honra por la cual hemos hecho tantos sacrificios, á cuatro mercaderes, á cuatro negociantes, á cuatro usureros de Lóndres. No temimos á Napoleon, le desafiamos á pesar de su inmenso poder y de su inmenso orgullo, ¿y habiamos de temer á los

tenedores de cupones ingleses? Y cuando luchamos con Napoleon teníamos abiertas las Córtes, coronado el pueblo con su soberanía, vivas, pujantes todas las libertades, y escribíamos una Constitucion esencialmente democrática, con Cámara única y sufragio universal, destinada á recorrer el mundo entre las bendiciones de los pueblos y el ódio de los déspotas; y ahora, ahora que solo vamos á luchar con los tenedores de los cupones ingleses, con unos miserables negociantes sin más ejército que sus pinches de cocina, ó sus cobradores y dependientes, ahora pedimos que las garantías constitucionales se suspendan, que los derechos del Parlamento se conculquen, que de un salto atrás caigamos en los miserables tiempos del absolutismo. No, no puede ser, no será, mientras haya una prensa á la que le quede un resto de aliento. No; no será mientras la última sombra del Parlamento español vague sobre las ruinas de la tribuna, sobre la corrupcion de los comicios. No será mientras quede un solo español en esta tierra del valor y de la independencia.»

«Enemigos somos del Senado, enemigos de una institucion aristocrática, imposible en nuestro carácter democrático, inútil en el organismo de nuestras instituciones constitucionales; pero si ahora se inspira en la opinion, si oye el voto de los pueblos, si rechaza una dictadura ignominiosa, al mismo tiempo que demostrará ser el más conservador de todos los poderes, merecerá bien de la historia, bien de la pátria.»

Se leyó en el Senado el dictámen de la minoría de la comision del proyecto de dictadura. Redactado por los hombres más conservadores de la Cámara vitalicia, el dictámen fué la censura más grave que podia hacerse del vicalvarismo y de sus desatentadas pretensiones. El Sr. Bravo Murillo, autor de este documento, se desentendia de la cuestion política, y fijándose solamente en el estado de la Hacienda, juzgaba, y con razon, que estábamos en vísperas de una bancarrota. Ninguno más autorizado que el Sr. Bravo Murillo para hablar de los cupones y de las amortizables; ninguno con más títulos para tratar de este asunto que el que arregló nuestra deuda, el autor de la ley de 1851; pues bien, léanse sus frases:

«El abono á los poseedores de los célebres *certificados de cupones* de una parte del importe de estos, y la elevacion de la suma que anualmente se destina á la amortizacion de las deudas amortizables serian caprichosas concesiones que ni la justicia permite, ni la conveniencia reclama, ni consiente el decoro.»

Declámese ahora cuanto se quiera contra la oposicion liberal; preséntesenos como anarquistas y enemigos de todo gobierno; nosotros los liberales quedábamos tranquilos al ver que los hombres más conservadores, los más reaccionarios, se permitian acerca de varios extremos de la autorizacion calificativos que jamás hubiéramos estampado nosotros.

No eran ménos importantes las observaciones que la minoría de la comision hacia con motivo de la emision de treses y la autorizacion para aumentar de una manera ilimitada el ejército y la marina; si la emision de títulos consumaria nuestro descrédito, el aumento de la fuerza armada del modo vago que se demandaba, suponia la nulidad de la Constitucion. Las Córtes no tienen otro medio de limitar las facultades del poder ejecutivo que examinar y negar ó conceder los recursos pecuniarios; despojarse de estos derechos, renunciar á estas sagradas atribuciones, es tanto como abdicar y contribuir á la muerte del sistema parlamentario.

Estas deducciones no tendrian fuerza en nuestros lábios, pero la adquirieron inmensa, inconmensurable en boca del Sr. Bravo Murillo, del reformista del año 51. Con este criterio, la union liberal estaba juzgada, si no la conociéramos por sus actos. Rechazados por los liberales y abandonados de los conserva-

dores, los hombres del poder veian verificarse á su alrededor el vacío. Posible era aun que alcanzasen mayoría en el Senado; pero contra esa mayoría, contra ese voto, estaba el voto de la gente sensata del país, que veia sucumbir el crédito, alzarse la inmoralidad y aproximarse la bancarrota y la ruina general.

«Compare, decíale la union, sus antiguos tiempos con la época presente, y aprecie su actual situacion; el consolidado no se cotiza ya al 54, sino al 32; la Caja de Depósitos no facilita capitales, sino que retira por término medio un millon diario; los billetes del Banco no se cambian á la par, sino con una pérdida de 7 por 100; los partidos liberales le hacen la guerra, y los conservadores le prueban con razonamientos irrecusables que les exceden en instintos reaccionarios.»

Conforme se iba acercando el verano de 1866, se iba muriendo la union liberal. A su sistema de aplacar la inminente revolucion democrática con grandes concesiones habia sustituido el sistema de superarla con grande resistencia. Para el primer sistema, para su práctica sincera si no tenia medios, tenia autoridad; para el segundo sistema no tenia ni autoridad ni medios. Así podia exclamar con razon un escritor muy leido por aquellos supremos dias:

«La union liberal agoniza, la union liberal se muere. Todos los vicios que atribuia al ministerio del general Narvaez, todos los ha contraido. Todos los escándalos de las administraciones moderadas los ha duplicado en su funesta administracion. No se recuerda una falta; una caida, un error del ministerio moderado que no se haya repetido por el ministerio vicalvarista. Los moderados persiguieron la prensa, y los vicalvaristas la han perseguido más. Los moderados violaron el hogar doméstico, y los vicalvaristas lo han violado más veces. Los moderados rompieron las leyes á favor de los obispos en la cuestion de la Encíclica, y los vicalvaristas la han roto tambien en la cuestion de las representaciones. Los moderados se olvidaron de las incompatibilidades, los vicalvaristas tambien. Los moderados quebrantaron las disposiciones de la ley de empleados; los vicalvaristas tambien, segun nos han dicho sus mismos representantes en la prensa. Los moderados mataron la Hacienda, y los vicalvaristas la han enterrado. Los moderados destruyeron el derecho de asociacion, y los vicalvaristas han elevado esa ruina á fórmula general en sus leyes. Los moderados y los vicalvaristas, por consiguiente, son los mismos, con la misma política, con los mismos errores, con los mismos escándalos.»

«El país los sufre y los paga; pero al sufrirlos se pervierte, al pagarlos se arruina. En el fondo de todas las situaciones, en el seno de todos los ministerios, queda siempre, siempre, como un fondo oscuro, la reaccion, esa reaccion que nos mata. Pasan y pasan los ministerios, se cambian los hombres y la reaccion no pasa, y la política queda siempre la misma, siempre una en su esencia, con todo su horror.»

¿Por qué sucede esto? Sucede porque no consiste el remedio á los males políticos, en que suba este ó baje el otro; consiste el remedio en la reforma enérgica, radical, de las leyes que tienen como aherrojada y envilecida á esta pobre España. Nuestra política sigue siempre un círculo vicioso; de Narvaez á O'Donnell, de O'Donnell á Miraflores, de Miraflores otra vez á Narvaez, de Narvaez otra vez á O'Donnell. Así la atmósfera no se renueva. Así la vida política está como estancada y corrompida, y exhala fétidos miasmas.

El estado económico del país no podia ser más grave. Desde los tiempos de la guerra civil no se habia dado un Tesoro más exhausto, ni un hambre mayor en el desdichado pueblo. Los errores de tantos y tantos dias habian venido á condensarse en aquellos momentos, y á formar una nube sobre el gobierno. La queja era general. Los tenedores de

cupones de la deuda en provincias especialmente no habian cobrado el semestre de Enero. La desproporcion entre los ingresos, crecia á medida que se arruinaba la industria, que se esterilizaba la agricultura. De muchos de nuestros principales centros de poblacion emigraban los habitantes por no tener trabajo, por no encontrar medios de subsistencia. Y es sin duda que al error político, á la tiranía administrativa, á la centralizacion ha de acompañar precisa, indeclinablemente el error económico, la ruina del crédito, la ruina de la Hacienda. Y es que en todo tiempo la arbitrariedad arriba ha traido el desórden abajo, y el desórden ha engendrado lo que no podia ménos, la ruina de los gobiernos. La monarquía absoluta se perdió por sus despilfarros. Cuando los bárbaros vinieron á enterrar el imperio romano, ya el imperio romano estaba estenuado, muerto de hambre. La arbitrariedad traia estas crísis económicas. ¡Pobre España!

Estábamos cogiendo la cosecha de la larga siembra de nuestros errores, cogiéndola en lamentables desgracias. Al excepticismo, á la indiferencia, al afan de dejarlo todo á la casualidad, al empeño de sostener los antiguos errores en que nos hemos podrido, habia seguido como una consecuencia inevitable, este diluvio de males en que nos ahogábamos. La union liberal que debia haber sido un partido capaz de comprender y realizar la reforma si hubiera estado á la altura del ideal de nuestro siglo, y hubiera querido ser verdaderamente conservadora, habia pasado á convertirse en uno de tantos matices del neocatolicismo que como un mal perpétuo se hallaba apoderado del espíritu de nuestra pátria.

Entristecia verdaderamente nuestro estado. No teníamos religion porque la indiferencia la habia helado en las regiones superiores de la sociedad, y el fanatismo la habia ahogado abajo.

En la cárcel de la intolerancia no hay, no puede haber la grande espansion del alma, la grande efusion del corazon que se llama idea y sentimiento religioso, y que solo puede vivir de la libertad. No hay ciencia porque la ciencia necesita de la controversia y no puede haber controversia donde no hay libertad. ¡Si al ménos hubiera existido la riqueza para encubrir un poco con su brillo la ausencia del alma! Pero la riqueza habia huido de nuestro suelo despedida por los despilfarros del poder y por el desórden perpétuo de nuestros presupuestos. Si la muerte de las naciones pudiera ser tan fácil como la muerte de los indivíduos creeríamos que iba á morir entonces nuestra pátria.

Los más moderados se preguntaban qué contradiccion habia entre el temperamento del general O'Donnell y la libertad. No parecia sino que la nacion era algun patrimonio suyo. No parecia sino que llevaba alguna marca divina en la frente, para creerse con el derecho de regirnos á todos. No parecia sino que esa sangre bullidora é inquieta de los Tirconells de Irlanda, aquellos jefes de Clanes que comian carne cruda, y tenian por todo cetro un cayado, aquellos reyes de quienes se gloriaba descender el duque de Tetuan, ponian en sus venas espíritu feudal.

Fiel á esta sangre feudal, el general O'Donnell para arreglar unas cuentas apelaba nada ménos que á una dictadura. El dia que no hubiera necesidad de consultar á las Córtes, ¿tendria por eso más dinero? No se discutian los asuntos económicos en el Congreso, y sin embargo, se necesitaban veinte millones para pagar los vencimientos de la Caja de Depósitos, y habia que rebajarse hasta pedírselos al Banco, ofreciéndole por lo tanto limitar el cambio de los billetes, con lo cual todo el mundo padecia, para que el gobierno saliese de apuros. El dia en que el gobierno ejerciera su dictadura, ¿encontraria dinero para la emision de sus cuatro mil millones de treses?

El gobierno á su vez anunciaba próximas y terribles catrástrofes. Negábanlas á una, ne-

gaban su proximidad, su inminencia los hombres del partido liberal.

La verdad, decian, es que nadie se dá por engañado con los engaños del gobierno. Todo el mundo comprende que siente el gobierno la necesidad de sostenerse por estos reprobados y reprobables medios, de imponerse como necesario en ciertas regiones, de agarrarse al combatido timon del Estado por mucho tiempo, é identificar su causa con la causa del órden público. Porque no se concibe de otra manera que se hable así, que se encrespen esos mares de palabras con que los periódicos ministeriales están diariamente atronando al país. No se concibe de otra manera que se usen todas esas gastadas imágenes retóricas, sobre la cuchilla de la ley, y el rayo de la revolucion, y el oleaje de las pasiones, y la necesidad imperiosísima de salvar una sociedad terriblemente amenazada. Todos esos fuegos de artificio tienen por objeto deslumbrar á alguien, cegar á alguien: que de todo se valen para sostenerse un dia más nuestros malhadados gobiernos, en un poder que materialmente huye bajo sus plantas á impulsos de la reprobacion general del país, cansado de estos sistemas doctrinarios que sólo han servido para esquilmarlo.

La union liberal, por lo que vemos, se halla muy próxima á caer en aquellas aventuras célebres de un ministerio más célebre todavía, aventuras que consistian en fingir conspiraciones por el placer de descubrirlas y desarmarlas, mostrando á los tímidos que solo unas manos hábiles y poderosas, como son siempre las manos de los gobernantes, eran capaces de salvar el órden público. Los tiempos han cambiado. Lo que antes se hacia urdiendo una mala intriga, se hace ahora forjando unos cuantos artículos, y se acusa, y se persigue, y se execra á partidos enteros, tal vez para encontrar un nuevo pretexto con que resucitar el estado de sitio y reducir la prensa, esa institucion que tanto les molesta, á un oprobioso silencio.

A pesar de estas seguridades el gobierno seguia asegurando la proximidad de un reto revolucionario lanzado desde los campos ó las calles á su rostro. Y estos replicaban:

El general O'Donnell quiere sin duda que paguen los que él llama revolucionarios sus desgracias, la desgracia de no haber conservado su antiguo prestigio militar, la desgracia de no haber resuelto la crísis económica, la desgracia de no haber sacado á los partidos liberales del retraimiento, la desgracia inmensa de no tener un cuarto y no poder, por consecuencia, abrir aquel gran mercado donde tenian tarifa todas las apostasías políticas, desde la apostasía de los tránsfugas más oscuros, hasta la del ministro que en 1856 rompió la guerra en las calles, jefe segundo del partido progresista, contra el primer jefe de la union liberal.

¡Triste destino en verdad el destino del general O'Donnell! Castigado se halla de una manera tremenda. Él pasó dos años conspirando contra la autoridad, y otros dos años contra la libertad; él ha derrocado á cañonazos dos situaciones. Y ahora se encuentra con que por todas partes, en todas direcciones, aparece á sus ojos la revolucion, no real, no efectiva, sino como una sombra gigantesca, que sus remordimientos proyectan sobre la sociedad. Hay Providencia.

Los periódicos ministeriales aseveraban que existia una grande agitacion y los periódicos revolucionarios respondian con estas terribles palabras:

«Existe una grande agitacion. No somos nosotros los que decimos esto; lo dicen periódicos ministeriales tan autorizados como *El Diario Español*, cuyas tétricas y amenazadoras palabras resuenan en todos los oidos, y difunden la alarma por todos los ámbitos de la península. Tampoco somos nosotros, aunque tachados constantemente de revolucionarios, los que hemos traido la cosa pública á tan supremos y angustiosos extremos. Así como nadie puede averiguar de dónde sa-

len, de dónde emanan los torrentes de electricidad generadores de las tempestades, nadie sabe tampoco de dónde emanan los elementos generales de las revoluciones. Una escuela ha llamado á las revoluciones agentes misteriosos de la Providencia, que vienen á castigar á los pueblos, otras escuelas las han llamado la condensacion de los tiempos; otras las han creido perturbaciones tan necesarias y á veces tan saludables, como esos desequilibrios de la atmósfera, en cuya virtud se desatan los vientos; pero todas á una han convenido en que las revoluciones son siempre algo más que la conjuracion de un partido, algo más que el esfuerzo de un indivíduo, algo más que las sediciones de unos cuantos militares: la erupcion, digamóslo así, de una sociedad por grandes y terribles dolores herida, por grandes y terribles necesidades apremiada, por grandes ideas agitada y convulsa. Por consecuencia, nada nos parece tan insensato, tan pueril, como el empeño de ciertos hombres en creer que la revolucion se extermina exterminando á los revolucionarios. Perseguidlos si os place, no les consintais ni libertad para su pensamiento, ni seguridad para su hogar, expulsadlos de la pátria á la manera que Felipe III expulsó á los moriscos, y nada habeis hecho para conjurar el profundísimo malestar social que os aterra á vosotros mismos, si no satisfaceis con urgencia las grandes necesidades ó las grandes aspiraciones que, más ó ménos pronto, suelen traer, sin que ninguna fuerza humana sea bastante á evitarlo, el imperio de la revolucion.»

«¿Pues qué, sabeis de algun indivíduo, de algun partido, de algun pueblo que voluntariamente y por placer haga las revoluciones? ¿Pues qué, el instinto social de conservacion no es tan seguro, tan imperioso, como el instinto individual que nos aparta de los peligros por un movimiento órganico, fatal é inconsciente? Aunque las sociedades son inmortales; aunque no tienen esas zozobras que lo limitado de la vida y lo ténue de la salud despiertan en los indivíduos, su instinto de conservacion es tan grande, tan prodigioso, que solamente aceptan las revoluciones cuando han agotado todos los medios pacíficos, cuando han tentado sin fruto todos los caminos legales. Bien seguros estamos de que jamás hubiera venido el terrible 10 de Agosto en que pereció la monarquía francesa, sin la fuga á Warens, sin la resistencia á firmar las leyes sobre el clero. Nunca hubieran caido definitivamente los Estuardos, cuyos representantes más ilustres habian sido inmolados en dos sucesivos cadalsos, sin que por eso dejaran sus dos últimos régios descendientes de ascender al trono; nunca hubiera caido definitivamente aquella dinastía por tan poderosos enemigos acosada, sin el empedernido jesuitismo de Jacobo II. Inmenso daño, irreparable daño infieren á los poderes que sirven aquellos sus cortesanos, que como *El Diario Español*, constante servidor del ministerio O'Donnell, en vez de pedirle que modifique sus errores, que cambie su política, único medio de conjurar temibles y pavorosas catástrofes, le piden con insistencia que se ciegue de orgullo y se arme de fuerza, como si hubiera, ni en el orgullo de los poderes, ni en su fuerza, virtud alguna capaz de conjurar los males que ellos mismos han fatalmente engendrado.»

«Puesto que *El Diario Español* sabe á ciencia cierta que la situacion es revolucionaria, examine bien quién es aquí el principal responsable de esta grande, de esta suprema angustia que todos sentimos, que todos deploramos; porque como hemos dicho, ni pueblos ni indivíduos aceptan de buen grado las revoluciones, y pueblos é indivíduos las conjuran por todos los medios que tienen á su alcance cuando buenamente pueden conjurarlas. Pero si la agitacion es grande, la culpa principal ¿qué decimos? la culpa única exclusiva es del general O'Donnell y del partido que el general O'Donnell capitanea y representa.»

«Dos causas principales engendran el ma-

lestar profundo de esta sociedad, su agitacion revolucionaria: es la una, el retraimiento de los partidos populares; es la otra, el desconcierto de la Hacienda pública: ambas á dos se han originado de la política seguida por la union liberal. Cuando despues de once años de una reaccion ciega se habia llegado á escribir un pacto, al cual concurrieron todos los partidos liberales, los unos con su voto, los otros con su controversias, y sus discusiones, y sus consejos; y sus luces; cuando se habia escrito una legalidad, si no tan justa como nosotros deseáramos, más amplia en verdad que la precedente; el general O'Donnell lo destruyó todo, lo borró todo con el humo de sus cañones. Desde aquel momento la proscricion de los partidos liberales fué inevitable, é inevitable tambien la conducta que habian de seguir en lo venidero. Y como quiera que en los sistemas constitucionales, si quier sólo sean aparentemente observados y cumplidos, no puede un solo hombre constituir una situacion y defenderla, el general O'Donnell necesitó un partido. Y como los partidos, estas grandes colectividades se animan de las ideas, se arraigan en los intereses, necesitan de ese gran capital que se llama *el tiempo*, y brillan por su larga historia, no pueden improvisarse en un dia. Y el general O'Donnell se encontró con poder, pero sin partido. Y para formarlo apeló á los medios más reprobables, al poder de la intriga, al cebo del presupuesto, á la corrupcion que nos está degradando, á una especie de sacerdocio ó de religion del dios inmundo de los goces materiales. Y despues, llevándose de un lado elementos moderados, y de otro lado elementos progresistas, desconcertó las dos fuerzas que equilibran el sistema constitucional, y lo entregó sin contrapeso á los azares de la revolucion y de las reacciones. Hizo con su política bastarda que el partido moderado fuera á buscar su sávia en el partido neo-católico, y como el partido progresista viniese por una necesidad incontrastable á inspirarse en el espíritu democrático. Y aquel término medio, bello ideal de los partidos conservadores, tan distante de la reaccion como de la revolucion, que tiene todos los prestigios de la monarquía y toda la vitalidad de las libertades, segun sus adeptos, en el cual lo antiguo se conserva por medio de las instituciones seculares, y lo nuevo penetra por medio de las instituciones revolucionarias, aquel término medio quedó debilitado, porque se acabaron con las maquinaciones del general O'Donnell todas las transacciones, y se comenzaron todas las luchas, convirtiéndose el sistema constitucional en la dictadura más ó ménos amañada, más ó ménos franca de un solo hombre. Así la primera condicion de los sistemas constitucionales, que es la renovacion de los partidos en el poder, no ha podido cumplirse. El partido moderado puro, ora personificándose en Narvaez, ora en O'Donnell, ó en variantes de estos dos nombres, ha venido dominándonos diez años sin ninguna interrupcion, y al cabo de tanto tiempo se ha encontrado que el partido progresista, elemento preciso del sistema constitucional, está definitivamente fuera del Parlamento, fuera de la ley, imposibilitado por consiguiente para llevar al sistema constitucional la renovacion indispensable de su espíritu y de sus ideas. ¿Quién tiene, pues, la culpa de la agitacion revolucionaria que hoy se siente? El general O'Donnell.»

«Y por una expiacion que acompaña siempre á todas las grandes faltas, el general O'Donnell es tambien responsable de nuestra situacion económica. Él trajo la paralizacion de la venta de los bienes del clero, con lo cual fué preciso apelar más tarde á empréstitos moralmente escandalosos y económicamente ruinosos, como el empréstito Mirés. Él, más tarde, aprovechó los cuantiosos rendimientos de la desamortizacion que habia rechazado. Mas en vez de consagrarlos á amortizar la deuda ó á promover las obras públicas, los malbarató en fuertes, en cuar-

telcs, en gastos dispendiosos é inútiles, en expediciones como la de Méjico, en guerras como la de Santo Domingo, en el aumento de una administracion costosísima, cuyo único objeto es no regir el país sino ganar las elecciones. De aquí las emisiones de papel que vinieron á aumentar la deuda; la esterilidad de la Caja de Depósitos que amortizó y mató por consecuencia grandes capitales; los contratos con el Banco de España, que arrebatándole su numerario han traido esta escandalosa crísis, á cuyo influjo se recrudece y encona cada dia más el hambre de los pueblos. Por consecuencia, ¿quién es el responsable de la agitacion económica que viene á proseguir la agitacion política? El general O'Donnell.»

«Los escolásticos tenian entre sus axiomas, el fundamental de *sublata causa, tollitur efectus*. Que los poderes legítimos arrojen del gobierno al general O'Donnell, y habrá cesado en gran parte la agitacion revolucionaria que hoy se siente. Que los poderes legítimos devuelvan su libertad á la prensa perseguida, su fuerza á la asociacion proscrita, su fuerza al régimen constitucional bastardeado, su influencia al partido liberal esclavizado, su amplitud al sufragio convertido en un cubileteo indigno, y habrá cesado la agitacion revolucionaria. Que los poderes legítimos rebajen el presupuesto, castiguen los gastos, reduzcan el ejército, simplifiquen la administracion, amorticen la deuda, emancipen el crédito en vez de monopolizarlo en Bancos privilegiados, y habrá cesado la agitacion revolucionaria. Que esa reaccion ciega, tenaz, impenitente, siempre dispuesta á conspirar contra todas nuestras libertades, fuerte ó hipócrita, segun necesita oprimirnos ó engañarnos, ceda, huya de este país, que tanto ha explotado, y cesará para siempre la agitacion revolucionaria. Pero las cárceles, los presidios, la supresion de los periódicos, la inmolacion de la vida de los honrados ciudadanos en horribles suplicios, el aumento de nuestro largo catálogo de mártires, el exterminio que *El Diario Español* predica tan sin consejo, sin paliar ninguno de nuestros males, daria tal vez fuerza por un momento al general O'Donnell, pero incontrastable, invencible, permanente á la revolucion. ¿Quereis desarmarla? Pues acudid á la justicia, á la libertad, los únicos para-rayos de las revoluciones.»

En esto sucede un hecho que agita vivamente la opinion pública en España. Un escritor y un editor habian sido conducidos de la Audiencia á la cárcel, y de la cárcel á la Audiencia en el carruaje cerular y con esposas en los pies y en las manos. La prensa puso el grito en el cielo. La Democracia decia:

«Madrid no ha salido todavía de su asombro. La infame y bárbara crueldad cometida con nuestro compañero D. Javier Ramirez, y con nuestro editor D. Joaquin Cobelo de Lias, ha indignado á toda esta sensata y culta poblacion. El Sr. Ramirez lleva todavía, llevará por mucho tiempo las marcas del hierro que la implacable justicia humana suele guardar para los grandes criminales. Pero como el crímen no puede ser creado por la ley positiva, sino que ha de nacer de otra ley más alta promulgada en todas las conciencias por una voz divina, las señales de los hierros que manchan sus brazos, son marcas de luz que abrillantan su alma. Si faltaba alguna nueva hez al cáliz de su amargura, despues de haberle tenido cinco meses en la cárcel, el dia que por la ley le tocaba respirar un poco de aire libre, lo encierran en el fúnebre coche de los presidiarios, en el enrejado asilo del crímen, especie de jaula de fieras, y así lo lleva maniatado con pesadas esposas en presencia de sus jueces.»

«¡Oh! ¿Puede darse una crueldad mayor? Periodistas de la union liberal, periodistas que protestásteis contra la política del general Narvaez, no tan dura ni tan cruel como la política del general O'Donnell, ¿cómo callais ahora? No basta con una lijera protesta; es

necesario apartarse de un gobierno que mancha la prensa con los hierros de los presidios. Si el sentimiento de libertad no anida en vuestros corazones, si la idea de justicia no habita en vuestras conciencias, acordáos al ménos de que la rueda de la fortuna hoy baja á los que ayer alzaba, y acaso no pasarán muchos dias sin que os veais vosotros mismos en la cárcel de los criminales, en el carro cerular de los presidiarios, con los hierros de los homicidas. Si no habeis perdido la memoria, hace un año que vosotros, los dispensadores hoy de la fortuna y de los honores públicos, bajo la amenaza de un auto de prision, os encontrábais próximos por consiguiente á las duras condiciones á que habeis reducido al redactor de LA DEMOCRACIA. Y mañana caereis, y la inflexible justicia de la Providencia, os castigará con los mismos ó mayores castigos que los infligidos por vosotros á vuestros enemigos.»

«No conocemos error más trascendental que el error de castigar con penas aflictivas la conciencia, el pensamiento; de perseguir los fenómenos morales con las represiones materiales. El castigo material, lejos de corregir al que se ve castigado por ideas, por pensamientos, le empeña más y más en sus creencias. La sociedad que se aparta del reo vulgar, rodea con una aureola de gloria las sienes del reo político. La ley de hoy le alza un cadalso, la ley de mañana un altar. Unos pocos le llaman criminal, pero todas las generaciones le llaman mártir. Hay en esa cárcel que ahora se abre para recibir los presos políticos, en esos hierros que ahora los aprisionan, en esos castigos que ahora los apenan, alguna sombra de la antigua inquisicion reprobada hoy por la voz de todos los siglos.»

«¡Qué gloria para la union liberal! En su tiempo, sólo en su tiempo se ha dado el caso de que un escritor honrado vaya con cadenas, con hierros al presidio. Sólo bajo su imperio se ha dado ejemplo de esta crueldad neroniana. Las heridas que sus esposas han abierto en los brazos del Sr. Ramirez, serán siempre la acusacion de la barbárie del gobierno; el testimonio de su arbitraria tiranía. Y cuando las situaciones llegan á estos punibles extremos, cuando cometen estas brutalidades, se creen fuertes porque son feroces, y en realidad muestran su ceguera y su incurable impotencia.»

«Y no se diga que lo sucedido en la cárcel es sólo un accidente, cuando es un sistema; no se diga que es la venganza de un alcaide, cuando es la justicia de un gobierno. Si se ha extrañado que un escritor público vaya en el carruaje cerular, más extraño es todavía que despues de cinco meses gima en otro sitio no ménos horrible, en el fondo de una cárcel. Si se ha extrañado que un escritor público vaya en compañía de cuatro criminales desde el Saladero á la Audiencia, en compañía de cuatro mil está hace cinco meses. Si se ha extrañado que las penas aflictivas vengan hoy á perseguirlo, estas mismas penas multiplicadas por tantos dias de angustias supremas, estas mismas penas sufre junto á honrados editores, sin que el clamor haya sido tan universal como es ahora, en que sólo se ha visto un momento, un minuto de su terrible pasion. Y despues de todo, con la ley en la mano el fiscal de la Audiencia pide que le condenen nueve años á presidio, que le vistan el tosco traje, que le rapen la cabeza, que le ciñan el grillete al pié, que le sepulten donde yacen los criminales más vulgares, sin pensar siquiera en que hay temperamentos sensibles, nerviosos, como el temperamento de las aves, almas nacidas para volar, para cantar, para descomponer en sus alas los matices de la luz, para recoger en sus pulmones el aire de la libertad; almas de poeta, las cuales sufren solamente en una hora de cautiverio, en un dia de prision, los dolores de muchos siglos, aumentados por la sensibilidad del corazon, por el hervor del cerebro.

«Los que tienen la culpa de todo esto, los

responsables del escándalo de la sociedad y de la afliccion de tantas almas buenas, son los que han resucitado en pleno siglo décimo-nono, en el siglo de la fé, en la tolerancia universal esas horribles penas corporales que el magistrado impone con horror, que la sociedad rechaza con energía. Porque el castigo social, para ser eficaz, para ser justo, para no sublevar contra sí los ánimos, necesita estar sancionado por una ley más alta que la ley positiva, por la ley moral; necesita caer de un tribunal inapelable, altísimo, del tribunal divino de la conciencia universal. Preguntadle al pobre alguacil que aprisiona un escritor, al escribano que sigue su proceso, al carcelero que lo custodia, al fiscal que lo acusa, al juez que lo condena, al ciudadano indiferente, cuya conciencia es como la chispa que enciende la antorcha de la justicia, preguntadle y os dirán que estos procesos, estas vistas, estos castigos, todo lo que se hace tan sin consejo para perseguir, para oprimir el pensamiento, sobre ser ineficaz, porque el pensamiento se escapa de todas las cárceles, y se sobrepone á todos los jueces, y dicta á toda autoridad su autoridad soberana, es verdaderamente injusto, verdaderamente escandaloso, la mancha de nuestras leyes, la perturbacion de todo procedimiento, la negra sombra de nuestros tribunales.»

«Es necesario dar libertad completa á la prensa. Es necesario restablecer el jurado para que entienda de lo único que hay penable en la imprenta, de la injuria y de la calumnia. Es necesario reconocer los derechos del pensamiento, tan eternos como el alma. Es necesario dejar espacio á todas las ideas, voz á todas las escuelas, campo de batalla á todas las controversias, porque de este discorde coro de contradicciones ha querido Dios que resulten las armonías de la vida. Si hoy se resucitan las penas aflictivas para el pensamiento político, ¿quién nos asegura que no se resucite mañana la inquisicion para el pensamiento religioso? La persecucion sañuda contra la cátedra mató á Narvaez; la persecucion sañuda contra la prensa matará á O'Donnell. Javier Ramirez llevó ayer unas esposas en las manos, llevará mañana unos grilletes en los piés, pero llevará siempre una aureola en la frente, mientras sus perseguidores, sus verdugos, sin poder romper la pluma del escritor, ni ahogar el pensamiento, llevarán hoy sobre su conciencia el ódio de esta sociedad, y mañana sobre su nombre la maldicion de la historia.»

Mientras tanto la prensa liberal aprovechaba todos los acontecimientos para recordar al pueblo la necesidad inevitable de destronar á la dinastía. Con motivo del 2 de Mayo de 1866, el Sr. Castelar reunió en un artículo político todos los documentos que más podian despertar el ódio del pueblo contra la casa de Borbon. He aquí este artículo muy discutido por aquellos dias, muy importante en la historia de los sucesos.

«¡El Dos de Mayo! ¡Cuántos recuerdos trae este solemne dia á nuestra memoria! Aunque quisiéramos acordarnos de nuestras miserias presentes, del Banco Español y el Banco Nacional, de la crísis económica, de la penuria del Tesoro, de las apostasías de la union liberal, no podríamos, distraida la mente con la evocacion de aquellos dias de grande lucha, de grande prueba, pero tambien de grande gloria. El país sabe confusamente lo que sucedió el Dos de Mayo; sabe que el suelo pátrio fué hollado por gente extranjera, y redimido por española sangre. Pero el país no recuerda los sucesos que antecedieron, los sucesos que acompañaron, los sucesos que siguieron á aquella grande catástrofe, que será bendecida por todos los pueblos, que será aclamada por todas las generaciones, que servirá de ejemplo, como una estrella fija en los horizontes del mundo moral, porque antes se extinguirá la naturaleza humana que pueda extinguirse el culto al sacrificio y al martirio.»

Recordemos los hechos, nada más que los

hechos. Para ejemplo del mundo, para su enseñanza, los hechos bastan. La historia debe ser el libro por excelencia del pueblo. La experiencia, es la gran maestra de las naciones, esos hombres superiores que viven de una sola vida, que tienen un solo espíritu, y que deben guardar en su memoria archivados sus hechos para enseñanza, para ejemplo, para que nunca se pierda el tiempo, una de las leyes divinas de la vida. La nacion española habia pasado del absolutismo teocrático de la casa de Austria, al absolutismo cortesano, autocrático, de la casa de Borbon. Al reinado de Felipe V el Animoso, sucedió el reinado de Fernando VI el Misántropo; y al reinado de Fernando VI el Misántropo, el reinado de Carlos III, en que el espíritu de la filosofía penetró en España con los grandes magistrados, y el espíritu teocrático salió con los expulsados jesuitas.

En pos de estos dias, vino el reinado ominoso de Cárlos IV. Un rey paciente, una reina orgullosa y un ambiciosísimo favorito, dispusieron á su arbitrio de nacion tan grande. La impopularidad de estos tres directores del país fué tal, que el mismo príncipe de Astúrias, Fernando VII, conspiró contra su padre. En su deseo de tener un aliado, escribió á Napoleon cierta carta en que le pedia proteccion para su política, y una mujer de la familia Bonaparte para su lecho.

«Imploro, pues, le decia, con la mayor confianza, la proteccion paternal de V. M., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse á este único objeto de mis deseos.»

Pero el favorito Godoy lo ganó por la mano, sostenido como estaba por la confianza omnímoda de los reyes, y franqueó la Península á los franceses para que pasasen á Portugal, á cambio de una corona, en las estipulaciones de Fontainebleau prometida. Esto irritó al príncipe, que continuaba en su conjuracion. Descubierta, fué arrestado, y como quiera que todos los individuos de la familia real pusieran en manos de Napoleon sus diferencias, Cárlos IV escribia lo siguiente al emperador contra su propio hijo:

«Hermano mio:

«Mi hijo primogénito el heredero presuntivo de mi trono habia formado el horrible designio de destronarme, y habia llegado al extremo de atentar contra los dias de su madre. Crímen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. *La que le llama á sucederme, debe ser revocada; uno de sus hermanos será más digno de reemplazarle en mi corazon y en el trono.* Ahora procuro indagar sus cómplices para buscar el hilo de tan increible maldad, y no quiero perder un solo instante en instruir á V. M. I. y R., suplicándole me ayude con sus luces y consejos.

Sobre lo que ruego, etc.—Cárlos.—En San Lorenzo á 29 de Octubre de 1807.»

Fernando fué perdonado en un decreto dado el 5 de Noviembre de 1807, cuyo encabezamiento publicamos á continuacion:

«La voz de la naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse á ello un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que le habian hecho concebir unos malvados; todo lo ha manifestado en forma de derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley en tales pruebas; su arrepentimiento y asombro le han dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen.»

«Señor:

«Papá mio: he delinquido, he faltado á V. M. como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada debia hacer sin noticia de V. M., pero fuí sorprendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales piés á su reconocido hijo—Fernando.»

«Señora:

«Mamá mia: estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido á V. M. se digne interceder con papá, para que permita ir á besar sus reales piés á su reconocido hijo—Fernando.»

Entonces se proyectó casar á Fernando con la hija de Luciano Bonaparte, y hasta se pensó en retirar á Godoy del alto puesto que desempeñaba; pero Fernando VII se opuso, por evitar este gran dolor al corazon de sus padres. Mientras tanto los franceses penetraban á millares en España; las plazas fuertes eran tomadas por traicion, como Pamplona; Murat, nombrado general en jefe del ejército invasor. Entonces se sublevó la guarnicion de Aranjuez, y Cárlos IV se vió obligado á separar á Godoy, hecho que comunicaba á Napoleon en la siguiente carta:

«Señor mi hermano: hacia bastante tiempo que el príncipe de la Paz me habia hecho reiteradas instancias para que le admitiese la dimision de los encargos de generalísimo y almirante, y he accedido á sus ruegos; pero como no debo poner en olvido los servicios que me ha hecho, y particularmente los de haber cooperado á mis deseos constantes é invariables de mantener la alianza y la amistad íntima que me une á V. M. I. y R., yo le conservaré mi gracia.»

Pero como continuaran los tumultos, Cárlos IV forzosamente abdicó en su hijo Fernando. Sin embargo, segun su antigua costumbre, escribia tambien á Napoleon Bonaparte declarando nula su abdicacion, arrancada por la fuerza:

«Señor mi hermano: V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas; y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en los brazos de un grande monarca aliado suyo, subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos.»

«Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última hubiera sido seguida de la de la Reina.»

El nuevo rey Fernando VII continuó, como su padre completamente supeditado á los franceses. El 31 de Marzo de 1808, la espada que Francisco I entregó en Pavía á los españoles, fué devuelta por el caballerizo mayor marqués de Astorga con grande pompa á Murat. Despues, como Napoleon pidiera que Fernando VII fuese á Bayona, Fernando fué obedeciendo sus órdenes. Desde Vitoria escribió una carta á Napoleon, mostrándose muy sentido de no haber alcanzado ninguna carta suya:

«Ruego, pues, á V. M. I. y R. con eficacia se sirva poner término á la situacion congojosa en que me ha puesto su silencio, y disipar por medio de una respuesta favorable las vivas inquietudes que mis fieles vasallos sufririan con la duracion de la incertidumbre. Ruego á Dios que os tengan en su santa y digna guarda. De V. M. I. y R. su buen hermano.—Vitoria 14 de Abril de 1808.»

Por fin, en Bayona se reunieron los reyes Cárlos IV, María Luisa, Fernando VII, y los infantes D. Francisco y D. Antonio de Borbon. Este último se despidió en la siguiente carta de la junta de regencia:

«Al Sr. Gil.—A la junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de órden del rey, y digo á dicha junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Dios nos la dé buena. Adios, señores, hasta el valle de Josaphat. Antonio Pascual.»

En las conferencias de Bayona, Fernando VII abdicó el trono á favor de su padre Cárlos IV y Cárlos IV lo abdicó á favor de Napoleon, sin más condiciones que conservar íntegro el territorio, y perpetuar la unidad

religiosa del país. El emperador escribió entonces la proclama declarándose dueño de España:

«Españoles: despues de una larga agonía, vuestra nacion iba á perecer. He visto vuestros males y voy á remediarlos. Vuestra grandeza y vuestro poder hacen parte del mio. Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos á la corona de España. Yo no quiero reinar en vuestras provincias; pero quiero adquirir derechos eternos al amor y al reconocimiento de vuestra posteridad.»

Pero ¡ah! que estaba aquí el pueblo, el gran pueblo español, dispuesto á no entregarse á merced de aquel poder que parecia tan fuerte y tan incontrastable. El pueblo pensó en recabar el patrio suelo, en ganar de nuevo esta tierra querida donde reposan los huesos de nuestros padres. El Dos de Mayo fué una de las primeras y de las más elocuentes protestas. Fusilada la inerme poblacion de Madrid, no cedió. En cada uno de aquellos mártires, habia una luz nueva que señalaba su camino triunfal á nuestra patria. En los muros de Cádiz se clavaban las bombas francesas; pero de los muros de Cádiz surgia radiante aquel artículo de la Constitucion, que decia la nacion española no es patrimonio de ninguna persona ni familia. Y Zaragoza á su vez renovaba los milagros de Numancia, Gerona conserva todavía en su derruidos muros las cicatrices de aquella gran batalla, que será siempre la honra de la pátria. Bailén, Talavera, estos ilustres numbres renovaron las glorias de San Quintin y de Pavía. Cada casa era una fortaleza, cada campo un inmenso campo de batalla, cada español un soldado. El mundo entero que habia enmudecido delante de Napoleon, vió asombrado un pueblo que le combatia, un pueblo que contrastaba su poder. Los ejércitos de los reyes absolutos fueron vencidos por Napoleon, mas la primera vez que se encontró con un pueblo, el vencido fué Napoleon. Sin embargo, en los primeros momentos España sucumbia: España sólo tenia fuerza para el padecimiento, para el sacrificio. Parecia que Napoleon habia encadenado la victoria. Fernando VII, entretanto, saludaba á Napoleon en las siguientes cartas:

«Señor: El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la Providencia corona nuevamente la augusta frente de V. M. imperial y real, nos estimulan á felicitarle, con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que vivimos, bajo la proteccion de V. M. imperial y real.

«Mi hermano y mi tio me encargan que ofrezca á V. M. su respetuoso homenaje, y se unen al que tiene el honor de ser, con la más alta y respetuosa consideracion, Señor, de V. M. imperial y real, el más humilde y más obediente servidor. Fernando.—Valencey 6 de Agosto de 1809.»

(*Monitor* del 5 de Febrero de 1810.)

«Lo que ahora ocupa mi atencion, es para mí un objeto del mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador, nuestro soberano. Yo me creo acreedor de esta adopcion, que verdaderamente haria la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M., como por mi sumision y entera obediencia á sus intereses y deseos.»

(*Monitor* del 26 de Abril de 1810.)

Estaba abandonado el pueblo español, pero venció; venció en aquella guerra que espera aún su Homero, aquella guerra que es por sí misma la Iliada de nuestro tiempo. Mientras quede en el corazon de los pueblos el amor á la libertad y á la pátria; mientras presten culto á la religion del sacrificio y del martirio, este pueblo tres largos siglos dormido, que se despierta para luchar con un esfuerzo sin ejemplo; que levanta en Zaragoza y en Gerona el ideal saludado eternamente por todas las naciones oprimidas; que al mismo tiempo escribe el código inmortal de 1812, y apaga la Inquisicion, y soterra el feudalismo, y destruye el derecho divino, y levanta el altar de

la libertad y el altar de la pátria, y muestra que España no podia ser como pensára Napoleon, la Polonia del Mediodía, sino el escudo de las nacionalidades, el guerrero de la libertad y de la independencia en el mundo.

El pueblo devoraba todos estos recuerdos, y en su consecuencia la dinastía estaba ya destronada y proscripta.

Todos los años, cuando presenciamos la ceremonia en que el pueblo de Madrid recuerda el terrible holocausto de 1808 no podemos ménos de reflexionar tristemente sobre todos estos acontecimientos, llenos, henchidos de ideas que deben ilustrar á todas las generaciones. Sólo, abandonado, vendido por su aristocracia, traspasado como un rebaño por sus reyes, el pueblo español revindicó noble, gloriosamente su independencia. Aquel grande ejemplo no ha sido todavía sobrepujado en ningun tiempo y por ningun pueblo. Especialmente se distinguieron los guerrilleros, los hombres que sin otra ciencia que su inspiracion, sin otro deseo que servir á su pátria, se lanzaban al campo, y siguiendo la antigua táctica de Viriato, congregaban á su alrededor los guerreros, sin disciplina, en pelotones, cayendo como una nube sobre el campo enemigo: hijos del pueblo que empeñaban la verdadera guerra popular.

Cuando oimos el tañido fúnebre de las campanas, el redoble de los tambores, el estruendo de las descargas, el eco de los cánticos religiosos; cuando, entre los misteriosos cipreses descubrimos la aguja piramidal, el obelisco que parece llevar al cielo el aroma exhalado por las almas de los mártires, ante nuestro pensamiento pasan aquellos hombres ilustres, que tenian el patriotismo como una religion, y el martirio como un deber; aquellos guerrilleros sin par que los griegos en la última guerra de la independencia recordaban al lado de los Temístocles y de los Milciades, y que el mismo Napoleon señalaba como un ejemplo y como una enseñanza á sus soldados, cuando el extranjero llamaba á las puertas de Francia.

Y al poco tiempo, cuando el rey Fernando volvió, cuando parecia llegada la hora de la libertad de la nacion, del premio á sus héroes, de la honra á sus mártires ¡qué triste y terrible desengaño! Se concedian veneras de honor á los inquisidores que no habian dominado durante la guerra. Prohibíanse los periódicos cuya elocuencia y cuyo ardor habia encendido los ánimos. Se dictaban leyes de sospechosos contra los mismos defensores de la independencia. Los jesuitas vuelven á entrar en España. Mientras tanto, Mina, aquel Mina que habia renovado las glorias de Roncesvalles en los desfiladeros de Navarra, tuvo que abandonar el suelo de la patria. Porlier apellidó libertad en la Coruña. Pocos hombres podrán presentar tantos títulos á la consideracion de la patria. Habia sido de aquellos que llegaron á infundir admiracion y terror á sus mismos enemigos. Mil veces venció á los vencedores del mundo. Las piedras de los desfiladeros del Pirineo estaban regadas con su sangre. Y despues fué sepultado en la Inquisicion, conducido al cadalso, ahorcado en la Coruña; él, él, que habia sido uno de los redentores de la patria. Se instituyeron cruces para premiar á los que habian prendido á Porlier, y recayeron en muchos que nunca se habian movido de Valencey. Y un fraile fanático escribia esta blasfemia al frente de un escrito: *Triunfos recíprocos de Dios y de Fernando VII*. Estos frailes celaban á hombres como Milans, que habia derramado su sangre en Cataluña, y como Lacy, que habia defendido á Cádiz. Este último, otro de los héroes de la independencia, otro de los hombres que más sacrificios habian hecho, fué sacrificado en el castillo de Bellver. Él mismo, con rostro sereno, con voz entera, mandó el fuego que habia de cortar su vida. La tierra por él emancipada, bebió estérilmente su preciosa sangre. Valencia que habia luchado tan heróicamente con los franceses, era opri-

mida por el infame Elío, el cual mandaba preparar las túnicas de los parricidas para los presos, antes de que se viesen sus causas. El vecindario de Cádiz, á quien perdonaron las bombas francesas, se vió perseguido y diezmado por los sicarios del depotismo. Mas ¿para qué insistir? Despues de tantos heróicos sacrificios, despues de tanta sangre vertida, cuando los muros de Zaragoza y de Gerona habian enseñado á todos los pueblos que hay escudos contra la tiranía, cuando blanqueaban aún los huesos de los mártires desde las ásperas sierras del Bruch hasta las plácidas orillas de los mares de Cádiz, cuando el mundo entero creia que España jamás podria verse por extranjera gente profanada, España, que habia enseñado á los pueblos la manera única de vencer á los conquistadores, vinieron en 1823 llamados por el despotismo esos mismos franceses, á hollar las cenizas de los héroes del Dos de Mayo, á manchar los muros de Zaragoza y de Cádiz, á cubrirnos de ignominia y de vergüenza. ¡Oh! ¡patria patria!....»

Estos recuerdos llevaban á todos los ánimos la perfecta conviccion de que la dinastía habia sido eternamente enemiga de la pátria además de haber sido implacable con la libertad. Al propio tiempo los periódicos no dejaban de refrescar la memoria pública. Por aquellos dias de Mayo decia tambien *La Democracia*, hablando de la Córte:

«Tenemos que dar grandes noticias á nuestros lectores, recogidas todas de *La Correspondencia*, el órgano de los órganos ministeriales. Han de saber que Aranjuez se hallaba muy triste, segun noticias del diario ministerial, el sábado. Sólo se veian algunas pocas personas que andaban de aquí para allá con medio palmo de lengua fuera á causa del calor. Pero el domingo la decoracion se trasforma. Segun la misma *Correspondencia*, Aranjuez se halla hermosísimo; las juguetonas auras humedecidas por el Tajo se perfuman en las acacias y las magnolias, y se llenan de armonías por las cadencias que forman los surtidores de las fuentes y los acordes de las músicas. ¿Cómo ha cambiado tanto el paisaje? No lo comprendemos. Pero el periódico ministerial de los ministerios pasados, presentes y futuros, nos enseña que el domingo los ministros recibieron grandes y extraordinarias seguridades de larga vida; y cantaron los pajarillos, y se vistieron de flores los árboles, y el viejo Tajo siguió entonando su eterna canturia hácia los brazos del Océano. ¡Bendita sea la tierra donde desemboca y la ciudad libre que se mira en sus ondas, cuando se dilatan sus márgenes, y sus aguas se pierden en los abismos del mar!»

«Pero prosigamos con *La Correspondencia*. Han de saber nuestros lectores que el domingo no sólo estuvo el ministerio en Aranjuez, tambien estuvo el Padre Cirilo, el célebre arzobispo de las variaciones, que un dia llamó gavilla de perdidos á los mismos príncipes á quienes habia llamado antes majestad y altezas serenísimas. Y sigue *La Correspondencia*. Estuvo en Aranjuez á dar la comunion al rey D. Francisco de Asís. Despues que el rey hubo comulgado, sigue diciéndonos *La Correspondencia*, fué en compañía del arzobispo á tomar chocolate en San Pascual. Tambien dice *La Correspondencia* que ha llegado al sitio D. Miguel Tenorio, uno de los personajes que más asunto diera á *El Diario Español* para su célebre artículo titulado *Misterios*. *La Correspondencia* añade tambien que el sábado se verificó un milagro, segun habia declarado un cura con corona, el milagro de haberse salvado la infanta doña Eulalia por una intervencion manifiesta del cielo. Pero al dia siguiente derriba en tierra el milagro, diciendo que el cura con corona se habia engañado, y que todo ello fué que una mosca habia picado á una mula. Esta mula, que no es tan paciente como el pueblo español á quien le pican tantas moscas y no se queja, hubo de desbocarse antes de que la infanta subiera al coche. De suerte que no

sucedieron milagros en Aranjuez, donde tan buen chocolate tiene y tan ricos milagros hace Sor Patrocinio. Todo esto lo hemos copiado de *La Correspondencia*. Ella lo dice todo. Nosotros, ¡ah! nosotros no decimos nada.»

Y en otro lugar decia:

«¿Por qué hemos de hablar del Congreso? ¿Qué nos importa una tribuna donde no se levanta la voz de los oradores que valen, donde no pasan los partidos que son y pueden? Despues de todo, nada significa aquí una discusion en los Cuerpos colegisladores; nada la prensa con los torrentes de elocuencia y de ideas que arroja de su seno; nada los partidos con sus fuerzas y con su historia, y con sus sacrificios. Leed *La Correspondencia*, y vereis que importa más una procesion en San Pascual que un discurso en el Parlamento, ó el mejor artículo de un periódico, ó la mas sábia combinacion de los partidos.»

«Hace pocos dias que nos daba el periódico oficial de todos los ministerios una gran noticia, á la cual ligaba graves combinaciones políticas. El duque de Riánsares acababa de visitar á la superiora de San Pascual. Cualquiera diria que esto significa una mera atencion. Pero al convento de San Pascual no se va por meras atenciones de urbanidad; allí, entre los acordes del órgano, entre el humo del incienso, entre los cánticos de las vírgenes del Señor, cuyos últimos ecos han idealizado Zorrilla y Chateaubriand; allí, al pié del Crucifijo, se habla de futuros ministerios, y se trata de los cupones ingleses.»

«*La Correspondencia*, el periódico oficial de todos los ministerios, repetimos, ha dicho que la visita del duque de Riánsares á Sor Patrocinio es trascendental, es importantísima. Se supone que despues de una larga conferencia se ha convenido en influir para el nombramiento de un ministerio muy santo, impecable, capaz de hacer milagros, que nos encierre á todos en un convento, que arme nuestro ejército de cirios, que queme todos los libros de filosofía y los sustituya por *La Llave de Oro*, que esté representado por la fé incomparable y el seso gravísimo de un Cándido Nocedal, ese espejo del neo-catolicismo. No lo decimos nosotros, lo dice *La Correspondencia*.»

«Pues hay más, mucho más. Se ha formado una gran coalicion, una de esas coaliciones que acaso puedan decidir de la suerte de la pátria. No es la coalicion de los torys y los whigs en Inglaterra para resistir á Napoleon; ni la coalicion del partido de accion con el partido conservador en Italia para conquistar el Véneto; es algo más, es mucho más que todo eso, es la coalicion del duque de Riánsares, del Sr. D. Miguel Tenorio, de Sor Patrocinio, del Padre Claret, del arzobispo de Toledo para salvar *in extremis* esta nacion que agoniza.»

«Nosotros no queremos; nosotros no podemos decir lo que cada uno de estos personajes representa. Si quereis saber lo que representa el duque de Riánsares, leed los discursos dichos por O'Donnell y por los Conchas el año 54 en el Senado, ó las lecciones dadas por el señor ministro de doble personalidad, el señor ministro de Hacienda y Ultramar en el Ateneo. Si quereis saber lo que representa el Sr. D. Miguel Tenorio, leed todos los periódicos ministeriales de este verano, cuando el Sr. Tenorio iba de camino para Zarauz. Si quereis saber lo que significa el Padre Cirilo, acordaos de su proclama sobre la gavilla de perdidos. Si quereis saber lo que significa el Padre Claret, ahí están aún vivitos y coleando los artículos de *La Clave* y *Los Misterios*. Y por último, si quereis saber lo que Sor Patrocinio significa, hojead á á vuestro antojo cualquier coleccion de *Causas célebres*. Todos esos elementos pueden reunirse en torno de una caldera y dar un brebaje más sabroso que el de las brujas de Macbeth.»

«Atareáos, hombres políticos de España, atareáos. Ya podeis revisar la estadística, analizar las Constituciones escritas, leer la his-

toria, destilar la quinta esencia de la economía, reunir en vuestra mente todas las combinaciones de la alta política; todo esto se desvanecerá delante de cualquier combinacion política depositada en el torno de San Pascual.»

«Despues de esto, no queremos hablar, no queremos escribir. Si nos dejásemos llevar de los impulsos de nuestra desesperacion, arrojaríamos la pluma, nos retiraríamos para siempre de nuestra por tantos títulos desgraciada pátria. España, España, la nacion de los héroes y de los artistas: cincuenta años de revolucion no han podido limpiarte todavía de la lepra de tres siglos. La tribuna, la prensa, el pensamiento que á todo alcanza, la palabra que todo lo puede, la inteligencia emancipada, cuanto es inmortal se ahoga. Envidiamos, sí envidiamos desde Madrid la suerte de Varsovia. Preferiríamos, si esto ha de continuar así, ser de Polonia á ser de España. Polonia está muerta, pero no deshonrada.»

La impopularidad del general O'Donnell era tan grande que pudo el conde de San Luis pronunciar contra él un aplaudido discurso.

El señor conde de San Luis tenia indudablemente cualidades de orador. Sin tener facultades de imaginacion y de pensamiento de primer órden, la sonoridad de su voz, la flexibilidad de su estilo, la intencion de sus argumentos y la variedad de sus reflexiones, daban grande, irresistible encanto á sus discursos. Estuvo implacable. Se veia que desde su banco, teniendo enfrente al gobierno, cuyos ministros, sus enemigos en el dia de la desgracia, fueron sus cómplices y aun sus cortesanos en el dia del poder, el señor conde de San Luis ejercia algo más que la justicia, ejercia la venganza, pero merecida venganza, porque despues de haberse sublevado los vicalvaristas contra el gobierno del conde de San Luis, han seguido sus pasos, han imitado su conducta.

En el punto capital de su discurso el señor conde de San Luis tenia razon, mucha razon sobrada razon. No se puede mudar tan bruscamente de política como habia mudado el general O'Donnell. Pasar de los halagos al partido progresista, al duelo á muerte; del reconocimiento de Italia á los cirios de San Pascual; del criterio de libertad á esas leyes sobre reuniones y sobre imprenta, es uno de los tránsitos más bruscos que conocemos, y como todos los tránsitos bruscos más expuestos á una muerte segura, ó al ménos á un seguro descrédito. Los hombres que han tenido una política y al dia siguiente creen que la contraria es más propia de las circunstancias, deben abandonar en el momento mismo el poder, y dejar á sus enemigos la tarea de gobernar. Esto sucede en Bélgica, en Inglaterra, donde quiera que se practica el régimen constitucional y se tienen para algo en cuenta las inspiraciones de la opinion y los derechos del Parlamento.

Pero querer tener autoridad contra las sublevaciones cuando se ha quebrantado la disciplina militar con subversivos ejemplos; querer reprimir la revolucion cuando se le han dado alas en célebres coaliciones; querer seguir una política de represion cuando se ha proclamado que todos nuestros males dimanaban, como de su fuente, de esa política, es una ceguera en el entendimiento, es una perversion en la voluntad que se paga siempre con grandes y terribles castigos.

Al mudar de sistema decia el Conde es necesario mudar de hombres. Recogísteis el poder de manos del duque de Valencia porque era un político reaccionario. Os habeis convencido de que la reaccion es precisa. Volvedle el poder. Pero no seais perturbadores, oponiendo á cada situacion, á cada ministerio una especie de argumento distinto, aquel que os abra con más facilidad las puertas del poder, aquel que en el poder más tiempo se conserve. Esto es de una escandalosa inmoralidad.

Y para conservar esta inmoralidad, vene-

noso fruto del excepticismo, pedia el general O'Donnell una dictadura. Con razon le recordó el conde de San Luis lo que nosotros hemos dicho muchas veces. Se concibe una dictadura que conduzca á un fin glorioso, y que provenga de un grande orígen, de una grande victoria. Pero pedir la dictadura en nombre de una derrota y para arreglar unos cupones, parécenos el colmo del escándalo y del ridículo. Mario obtuvo la dictadura despues de vencer á los cimbrios. Sila despues de haber vencido á los griegos; César despues de haber vencido á los galos; Cronwell despues de haber vencido á los Estuardos; solamente O'Donnell la ha pedido despues de una victoria como la victoria del Banco inglés, esa pirámide donde están escritas las glorias de la union liberal.

El conde de San Luis tuvo párrafos elocuentísimos cuando habló de la muerte de Espinosa y los sargentos. ¡No más sangre! ¡No más sangre! Decia. Y este grito deberia salir á una de todos los pechos. Harta sangre se ha derramado; harta sangre ha bebido la tierra desgraciada de España.

El conde de San Luis nos recordó una terrible escena que no se habia borrado de la memoria afligida todavía del pueblo de Madrid. Los sargentos inmolados en la Fuente Castellana á causa de la salida en armas de Prim le dieron asunto para una imprecacion final. A las once de la noche eran encausados, á las seis de la mañana, fusilados. No hubo perdon, no hubo misericordia, no hubo.... pero no dejemos correr la pluma. «He concluido con el duque de Tetuan,» dijo el señor conde al acabar. Un inmenso aplauso resonó en las tribunas al oir este *quid pro quo*. No, no habia acabado con el duque de Tetuan el conde de San Luis. Habian acabado primero sus propios errores, despues la actitud de los partidos liberales.

Los periódicos templados hicieron un último y supremo esfuerzo para ver si podian arrastrar los partidos liberales á la legalidad y sacarlos del retraimiento. *La Reforma* se puso á la cabeza de este grande movimiento. Pero el partido democrático respondia á estos halagos con verdaderas invocaciones á la revolucion.

*La Reforma,* decia el órgano más autorizado de la democrácia, ha publicado una série notabilísima de artículos sobre el partido progresista, en la cual con grande copia de argumentos, con mayor elocuencia de frase, le mueve, le incita, le apremia en gradacion creciente y formidable para que abandone su actitud revolucionaria, y espere nuevamente de la legalidad de hoy, de la lucha ordenada y pacífica, el poder que la fuerza de los sucesos, las necesidades de lo presente, lo que podriamos llamar la lógica real de la sociedad, sus leyes de natural gravitacion, llevan fatalmente á sus manos, sin que lo evite ninguna combinacion de la intriga, ningun esfuerzo de los elementos que parecen más fuertes, y con el partido progresista más irreconciliables.

Desde luego adelantamos al periódico con quien contendemos una idea que debe ser la primera, la única, la exclusiva de este artículo: el partido progresista no puede sin suicidarse, abandonar su enérgica actitud. Y no puede porque su palabra empeñada, sus manifiestos públicos y solemnes, sus compromisos con el país, la desesperacion sublime á que lo han arrastrado sus eternos enemigos, le empeñan fuertemente en mantenerse ajeno á una legalidad que es su dogal y su castigo. No en vano se desaira perseverantemente á un partido legal; no en vano medio siglo de abominables ingratitudes lo proscriben; no en vano se ha empapado con su sangre la tierra de la patria que él ha libertado de la tiranía absolutista y de la tiranía extranjera; no en vano cuenta sus dias por sus desgracias, y ve en cada una de las páginas de su historia un largo martirologio; no en vano se ha hecho de él como una raza maldita, sujeta siempre al yugo, imposibilitada no sólo de

alcanzar el poder sino de ejercer sus más necesarios derechos: sufrir todo esto con resignacion seria la más indigna de las degradaciones, y los partidos como los indivíduos viven de su honra.

Nosotros confesamos que en el estado de los espíritus, en el crecimiento de las ideas, en las nobles aspiraciones de la nueva generacion, el partido progresista debiera ser hoy el partido conservador, el partido de gobierno; y el partido moderado el partido de ayer, el partido histórico, lo cual haria que el ideal del progreso inmediato, heredero de lo presente, brillara sobre la democracia, y los propósitos, las tendencias, las ideas del absolutismo se relegáran á un tiempo tan lejano y tan imposible de resucitar, como el tiempo del régimen feudal y del derecho de pernada. El partido progresista representa los elementos más conservadores de la sociedad presente, los intereses de la clase media que han nacido de la desamortizacion, clase que gobierna en la Europa continental, donde quiera que el régimen parlamentario ha echado verdaderas raices; así como el partido democrático representa el pueblo, el derecho de todos, la justicia para todos, una gran propaganda en lo presente, una grande accion contra todas las instituciones reaccionarias, una grande victoria para lo porvenir; partido progresivo por esencia y por necesidad, partido reformador y revolucionario.

Pero prescindamos de lo que representa el partido democrático, lo cual no puede ser objeto del presente artículo, y concretémonos al partido progresista. Nosotros podemos formular nuestro pensamiento con estas frases. ¿Qué deberia ser el partido progresista? Un partido conservador. ¿Qué es el partido progresista? Un partido revolucionario. ¿Porque? Hé aquí el punto culminante de la dificultad; borrado ese punto, removido ese obstáculo, todo volveria á la combinacion natural de las instituciones en las sociedades presentes. Es un partido revolucionario, porque su idea tan brillantemente encendida en la tribuna, no trasciende á las leyes; un partido revolucionario, porque sus soldados, que han amasado con su sangre el régimen liberal, en vez de ser ciudadanos son proscritos; un partido revolucionario, porque cada una de sus reformas en la esfera económica, en la esfera política, en la esfera religiosa, encuentra insuperables obstáculos nacidos de preocupaciones sólo desarraigables por el hierro y el fuego; un partido revolucionario, porque desde 1820 hasta 1854 ha subido siempre al poder por la revolucion, y desde 1823 hasta 1856, ha caido del poder siempre por un golpe de Estado. No le pregunteis al partido progresista por qué es revolucionario; preguntádselo á los infames persas de 1814, á los nietos de San Luis de 1823, á los frailes fanáticos que predicaban el exterminio de sus hijos hasta la cuarta generacion, á las camarillas tenebrosas que lo han proscrito con una perseverancia sin ejemplo, á esa larga série de traiciones, de infamias escritas indeleblemente por la pálida mano de la reaccion, sobre el presidio de Argüelles, sobre el proceso de Olózaga, sobre el patíbulo de Riego.

El partido progresista ha intentado mil veces, sí, ha querido mil veces ser un partido conservador, un partido de gobierno, porque ninguno más benévolo y hasta más humilde por temperamento. En 1820, cuando Fernando VII pronunció el discurso de apertura de aquellas Córtes, el partido progresista, por boca de uno de sus primeros oradores, declaró que habia sonado la hora de sellar una alianza entre el trono y el pueblo, mantenida por el más grande entre todos los reyes. En 1837, el partido progresista escribió aquella Constitucion, que Martinez de la Rosa llamaba tambien símbolo del partido moderado, y en la cual constaba la monarquía con todos sus atributos, el veto con toda su fuerza, las dos Cámaras con todo su poder, los elementos conservadores con toda su incontrastable re-

sistencia. En 1843 el partido progresista declaró la mayor edad de la reina antes del tiempo prefijado por la Constitucion. En 1851, el partido progresista renunció á la Milicia nacional como una prenda de su trasformacion en sentido conservador. Durante el bienio, á pesar de escribir una Constitucion dictada por el espíritu revolucionario triunfante, mantuvo el veto, las dos Cámaras, la unidad religiosa, el censo, todos los privilegios y todas las excepciones que constituyen las bases fundamentales de un régimen conservador. Si alguno tuviera derecho á reconvenirle, seriamos nosotros, el elemento revolucionario, nunca el elemento conservador de las sociedades modernas, fuertemente adherido á todas estas combinaciones, á todos estos equilibrios del régimen parlamentario que ha dado largos dias de paz á Bélgica, á Holanda, á Inglaterra.

¿Y cómo se le han pagado por los elementos conservadores todos estos servicios? Se le han pagado persiguiendolo, cañoneándolo, destruyendo los pactos escritos en sus Constituciones, fundando una dictadura que lo reducia á vivir fuera de los comicios, y en realidad fuera de la prensa, porque no vive en la prensa el escritor que debe unir al instrumento divino de su pluma, el hierro y las esposas del presidio. De suerte que el partido progresista no ha ido de grado á la enérgica actitud en que hoy se encuentra; ha ido arrastrado por sus enemigos, por los que creyeron contar eternamente con su complicidad y su paciencia.

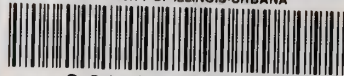
Es frecuente, frecuentísimo, achacar la perturbacion que traen las revoluciones al impulso de los reformadores, en vez de atribuirlas á la resistencia de los reaccionarios. Ninguna, absolutamente ninguna sociedad apela á una revolucion por placer, por aficion, como ningun hombre apela á la cirujía por divertimiento. Las revoluciones son siempre fuertes, enérgicas operaciones, curas terribles, cauterios á los cuales renuncian fácilmente las sociedades cuando tienen algun medio en sus manos de curarse sin pasar por este amargo trance. Todo pueblo antes de decidirse á un sacrificio tan costoso, duda, vacila, se apena y repite las palabras de Cristo en el huerto: si es posible, pase de mí este cáliz.» Pero notad que un sólo mal, uno sólo cuando es profundo, cuando es inveterado, produce una revolucion. No conocemos estudio más provechoso que el estudio de estas tempestades morales. La intolerancia religiosa produjo la revolucion de Holanda, que venció el poder de Felipe II. Las camarillas jesuíticas, las conjuraciones constantes de los Estuardos para producir una reaccion política y religiosa, produjeron la revolucion de Inglaterra. El exceso de los tributos la revolucion de los Estados-Unidos. La resistencia á sancionar los decretos contra el clero, la revolucion de 1793. Las leyes oprimiendo la imprenta; la revolucion de Julio; la corrupcion electoral, la de Febrero. ¡Desgraciado país aquel donde puedan reunirse todas estas causas juntas de revolucion!

Pero dejando esto aparte, dejando esto como un paréntesis, volvamos al asunto principal de nuestro artículo, volvamos á considerar la actitud del partido progresista para resumir lo que hemos dicho. ¡Notable fenómeno en verdad! Durante nuestra época, el partido tory manda excepcionalmente en Inglaterra, y en España, al revés; manda excepcionalmente el partido liberal. Para conseguir este triste resultado, para alcanzar esta contradiccion escandalosa con el espíritu de nuestro tiempo, con las necesidades de nuestra sociedad, la reaccion ha asesinado el municipio, ha traido una centralizacion apoplética, ha destrozado la prensa, ha herido la tribuna y la cátedra, ha convertido los comicios en antesalas de los ministerios, ha escandalizado al mundo con esa corrupcion electoral que infesta, que envenena materialmente el aire vital de nuestra sociedad. Y cuando todo esto se ha consumado, cuando

el partido progresista ha perdido todo hábito de gobierno, y ha tomado los hábitos revolucionarios, cuando ya ha lanzado palabras que no pueden recogerse, y ha dicho juramentos que no pueden olvidarse, cuando ha dejado huérfana la tribuna porque su voz no se oia, en este momento le decís que vais á darle el poder legalmente. Pues bien, aunque le diérais el poder, nada habríais, conservadores, conseguido. El partido progresista entero, y el país con él, exclaman: ES TARDE.»

Y en efecto, era tarde. Toda esta polémica fué cortada por los terribles sucesos de Junio de 1866. Describamos este siniestro dia 22, y parémonos ante sus inmediatas consecuencias.

FIN DEL TOMO PRIMERO.


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 118437927